



TESIS DOCTORAL

2018

**DE LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS AL PARA
ALGUNOS DE MATÍAS DE LOS REYES. DEL
MANUSCRITO ORIGINAL DE IMPRENTA AL IMPRESO**

ALBA GÓMEZ MORAL

**PROGRAMA DE DOCTORADO EN FILOLOGÍA. ESTUDIOS
LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS: TEORÍA Y APLICACIONES**

**DIRECTOR/A: CRISTINA CASTILLO MARTÍNEZ (UNIVERSIDAD DE JAÉN)
CO-DIRECTOR/A: ANA SUÁREZ MIRAMÓN**

DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA Y TEORÍA DE LA LITERATURA
FACULTAD DE FILOLOGÍA
(UNED)

DE *LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS AL PARA ALGUNOS* DE MATÍAS DE LOS
REYES. DEL MANUSCRITO ORIGINAL DE IMPRENTA AL IMPRESO

Memoria para optar al grado de doctora presentada por:

Alba Gómez Moral

Realizada bajo la dirección de la Dra. Cristina Castillo Martínez (Universidad de Jaén) y
la codirección de la Dra. Ana Suárez Miramón (UNED)

AGRADECIMIENTOS

La realización de la presente tesis ha ocupado una porción nada desdeñable de mi vida y, al igual que esta, se ha sustentado sobre pilares humanos cuyo apoyo, paciencia e incondicionalidad merecen ser mencionados.

En primer lugar, agradezco a mi familia y, en especial, a mi madre —ángel terrestre— la vida misma así como los aprendizajes más sabios sobre cómo vivirla. Su constante lucha, tesón y fuerza resultan un paradigma vital diario que ha sido necesario, entre otras cuestiones, para la realización de esta tesis.

En segundo lugar, agradezco a mi maestra y amiga, la doctora Cristina Castillo Martínez, motor del presente trabajo, todos los ingredientes que ha aportado a este proyecto: su aliento y ánimo, una envidiable sabiduría, una impecable labor investigadora, su eterna paciencia y su calidad humana cuando mis dudas o preocupaciones han sido ajenas al ámbito académico. Asimismo, le debo agradecer eternamente la ingente cantidad de horas de su vida que ha volcado para que esta tesis fuese real. Sin su auxilio no habría excedido el límite de lo intangible.

Por otra parte, reconozco en la UNED un impulso fundamental para la realización de este proyecto gracias a un contrato de Formación del Personal Investigador de la Facultad de Filología (septiembre, 2011), que albergó a su vez una estancia breve en la Università degli studi di Pavia. Allí fueron esenciales el saber y la ayuda de Paolo Pintacuda.

De vuelta a la Universidad Nacional de Estudios a Distancia, me siento en la obligación de alabar el apoyo brindado y los sabios consejos académicos y vitales que he recibido durante mi desarrollo académico en dicha institución. Muy especialmente debo agradecer a Ana Suárez Miramón su disponibilidad infinita, sin olvidarme de Nieves Baranda Leturio, Miguel Ángel Pérez Priego, María Martos y Blanca Vizán Rico.

Lejos de las fronteras de la universidad nacional, no puedo prescindir de quienes me han tendido la mano en tantas ocasiones: Rafael Bonilla Cerezo, David González Ramírez, Leonardo Coppola, Valentina Nider, Florencio Sevilla Arroyo y tantos otros investigadores (de los que seguro me olvido) cuya ayuda ha valido para solventar varios y diversos escollos de este pedregoso camino.

Gracias, por último, a quien de alguna u otra forma ha contribuido a que hoy esta tesis sea.

RESUMEN/ RIASSUNTO

La necesidad de redescubrir un género tan en boga en su época y a la vez tan denostado por la crítica posterior hasta bien entrado el siglo XX, como lo es el de la novela corta del seiscientos, me llevó inicialmente al propósito de contribuir mediante un trabajo de tesis a la exhumación de un título peculiar de un autor secundario no demasiado apreciados uno ni otro en los estudios de investigación literarios: el *Para algunos* de Matías de los Reyes. Mi objetivo prístino ambicionaba exclusivamente el estudio y la edición crítica de la obra antedicha, que no cuenta con ninguna edición moderna. De hecho, solo se conoce una edición de la obra, la de 1640. Y es que, sin duda, una de las mejores alternativas para contribuir al rescate de un género literario pasa por desempolvar, en primer lugar, sus textos. De ahí la atención hacia el *Para algunos*, una de las obras que formaron parte del *corpus* de colecciones de metaficción (Piqueras, 2016a) que poblaron con notable éxito la prosa de ficción barroca en España.

Pero como cualquier proyecto vital o humano está sujeto a un seguro azar, el curso de la investigación y un dichoso y fortuito hallazgo obligaron a abrir el horizonte de expectativas de la presente tesis doctoral. Con tal descubrimiento me refiero al ejemplar manuscrito que se manipuló en el taller de Juan Sánchez para confeccionar la única edición conocida de la obra, testimonio que se ha dado en llamar «original de imprenta» y que en este caso ostenta nombre y apellidos: *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637), MSS/ 6521 (BNE).

Por tanto, a partir de esta halagüeña revelación, se tuvieron que llevar a cabo obligadas modificaciones con respecto al planteamiento inicial, pasando a adoptar una perspectiva diacrónica que diera cuenta no solo del proceso de producción material del libro durante su paso por el taller de imprenta sino también de la transformación de texto manuscrito en texto impreso. Por todo ello, estas reformas implicaban la apertura de un estudio que inicialmente se sustentaba en la Ecdótica y en la Crítica literaria hacia disciplinas complementarias y periféricas al texto literario como la Bibliografía Material o la Sociología literaria.

Así las cosas, en el primer capítulo de este proyecto se recogen las referencias más significativas que, hasta el momento se han aportado sobre Matías de los Reyes y, más particularmente, sobre su última obra conocida, objeto particular de este estudio: el *Para algunos* (1640). La revisión de la bibliografía existente evidencia la repetición de juicios generales sobre el autor en la mayoría de ocasiones, datos que inciden en la escasez de originalidad de sus obras y, sobre todo, en su intento por alcanzar el reconocimiento literario a partir de la relación que el *Para algunos* establece con el *Para todos* (1632) de Juan Pérez de Montalbán.

Por otra parte, si bien el autor madrileño no figuró en los principales inventarios de ingenios de la época, su inclusión en el *Catálogo de libros entretenidos de caballerías, novelas, cuentos, historias y casos para divertir la ociosidad* (ca. 1740) del librero Pedro José Alonso y Padilla o la novelita romántica de los enamorados de la peña de Antequera de José Heriberto García de Quevedo, en la que la impronta de la novela homónima del autor madrileño resulta incuestionable, refrendan la importancia de Matías de los Reyes en el seno de la prosa de ficción barroca. Del mismo modo que las diversas menciones que sobre el autor se han llevado a cabo desde el seiscientos hasta la actualidad ratifican su participación en la confección de la narrativa de ficción del seiscientos español, tipificada por las colecciones de novela corta de las que el *Para algunos* podría ser un ejemplo, aunque no típico.

No menos interesante resulta la obligada consideración material que proporciona el testimonio manuscrito original de imprenta, no solo por su singularidad sino también por los vestigios que exhibe acerca del dilatado proceso de publicación durante el Barroco, aspectos que se recogen en el segundo capítulo de esta tesis. En tal apartado y, además del escrutinio del manuscrito, tienen cabida nociones como la cuenta del original, los trámites legales y administrativos necesarios para la publicación de toda obra impresa o los pormenores vinculados con el proceso de composición e impresión por formas característico de la época.

Yendo aún más lejos y, más allá del interés de lo apuntado, el cotejo entre este testimonio manuscrito y su correlato impreso desvela numerosas divergencias textuales que no pueden ser atribuidas a la mano de Matías de los Reyes. Tales incursiones ajenas al autor y empleadas con la finalidad de ajustar manualmente el texto en la imprenta han sido denominadas «remiendos de imprenta». Dichas modificaciones han motivado la adopción de una perspectiva diacrónica que muestra el texto en construcción. Con toda seguridad tales remiendos constituyen el aporte más destacado de este segundo capítulo: los ensanches o recortes sustanciales de texto no atribuibles a Matías de los Reyes, sino a los operarios del taller de Juan Sánchez, cuya finalidad estriba en ajustar el texto manuscrito a la caja disponible del impreso durante su manufactura. A pesar de que la disección minuciosa de la información que alberga el impreso en relación con el manuscrito revela una batería relativamente amplia de triquiñuelas al servicio del estiramiento o acortamiento del texto (desplazamiento de líneas, exceso de líneas en la caja de escritura, abuso de blancos o empleo de abreviaturas, entre otros), el cotejo de ambos testimonios muestra no pocos parcheados textuales que se vinculan inexcusablemente con el proceso discontinuo de composición e impresión por formas. Es por ello por lo que la mayoría de delitos textuales se condensa en la parte inferior de la plana y, en concreto, en las planas primera, cuarta, séptima y undécima del total de las dieciséis que componen cada cuarto conjugado. La relevancia de estos datos, no

obstante, podría parecer, a priori, insustancial. Pero nada más lejos de la realidad. El hecho de que un ejemplar original de imprenta venga a constatar que el texto impreso gestado a partir de él incluye modificaciones textuales conscientes implica que el *Para algunos* que se ha leído, criticado y (escasamente) estudiado durante casi cuatro centurias no contiene exactamente el mismo texto que Matías de los Reyes gestó y procuró para sus lectores.

Por lo tanto, pese a que la tradición crítica hispánica ha vivido generalmente de espaldas a la Bibliografía Material, este caso viene a declamar que la materialidad del libro en tanto construcción de objeto comercial, cultural, social y humano acarrea consecuencias que no deberían ser ignoradas por el crítico que se propone fijar un texto sometido a posibles incursiones.

Una vez sometida a examen la materialidad del ejemplar, el tercer capítulo lo constituye el análisis crítico de un texto literario muy particular cuyas peculiaridades comienzan con la inclusión del propio autor, Matías de los Reyes, en la ficción literaria, inserción que ha permitido deducir ciertos aspectos de su biografía y otorgarle al autor la posteridad que nunca le brindaron sus propias obras. Además de este dato, el *Para algunos* se construye en torno a un amplio muestrario de los más variados géneros en boga del seiscientos a modo de un complejo crisol cuyo denominador común reposa en el carácter falaz de las apariencias y, particularmente, en los entresijos de la magia metamórfica, asuntos y géneros que Matías de los Reyes tomó prestados de la tradición precedente. En efecto, buena parte de las fuentes literarias de las que el autor hizo uso tienen origen italiano, y a esta misma tradición se adscribe la que sin duda constituyó su principal germen: *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso* de Lorenzo Selva (Orvieto, Rosato Tintinassi, 1582), que, más que un influjo, puede considerarse el texto base de una traducción puritana. Y es que Matías de los Reyes omite o enmienda aquellos pasajes que considera ilícitos o deshonestos con respecto a la moral católica imperante. Aparte de esta *novella*, el *Para algunos* se relaciona dialógicamente con textos tan diversos e interesantes como el *Anfitrión* de Plauto, *La Diana* de Jorge de Montemayor, *La civil conversazione* de Stefano Guazzo, el *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* de Rodrigo de Carvajal y Robles o el *Discurso sobre la dignidad del hombre* de Pico della Mirandola, entre otros.

El último capítulo lo conforma la teoría sobre la edición crítica del *Para algunos*, del corpus de obras del autor y, a excepción de la edición que Emilio Cotarelo llevó a cabo de *El Menandro* (1909) —con preceptos diversos a los que rigen la actual crítica de textos— no existen ediciones críticas rigurosas de ninguna de las obras de Matías de los Reyes. Para esta edición no se establece la *princeps* como testimonio base sino el texto manuscrito *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637). Esta decisión implica editar un texto que nunca nadie leyó jamás, pero me mueve a ello la convicción de que fue sin

duda el texto que Matías de los Reyes quiso entregar a sus lectores y se corresponde, por consiguiente, con su última voluntaria literaria. Los percances de diversa índole que repercutieron en la literalidad del texto y tuvieron lugar una vez que el mismo había franqueado el umbral de la imprenta solo lo alejaron de su versión original.

Dada la diversidad de cuestiones esbozadas, el marco teórico-epistemológico que sustenta el presente estudio está compuesto principalmente por dos disciplinas anejas y complementarias, como quedaba apuntado en líneas anteriores. De un lado, la Bibliografía Material dispensa los instrumentos imprescindibles de cara al análisis de un original de imprenta partícipe en un proceso de publicación durante el periodo de la imprenta manual. Del otro, y de acuerdo con el carácter filológico de la presente edición, la Ecdótica en su vertiente *neolachmaniana* ocupa un lugar trascendental en cualquier trabajo que posea pretensiones críticas. En relación con este aspecto, resulta extremadamente complejo decantarse hacia unos criterios que satisfagan a todo crítico. En este caso, se ha optado por una solución intermedia entre la edición paleográfica y la modernizada, en la que se ha respetado el texto original pero se han regulado aquellos aspectos sin repercusiones fonéticas o estilísticas.

La necessità di riscoprire un genere importante e allo stesso tempo dimenticato dalla critica posteriore fino al secolo XX, come è stato quello della novella del Seicento spagnolo, mi inizialmente spinta a «riesumare» un testo peculiare di un autore secondario, scarsamente apprezzati e trattati negli studi di ricerca letteraria: il *Para algunos* de Matías de los Reyes. Lo scopo principale del lavoro era lo studio e l'edizione critica di quest'opera, mai edita modernamente. Fino ad oggi dell'opera si conosceva unicamente un'edizione: quella di 1640 (Madrid, vedova di Juan Sánchez). Senza dubbio, una delle migliori alternative per contribuire al riscatto di un genere letterario consiste nel «rispolverare» i suoi testi. È per questo che si è scelto di concentrarsi su *Para algunos*, una delle opere che appartenente al vasto corpus di collezioni di metafinzione di maggior successo la prosa di finzione barocca in Spagna.

Ma poiché ogni progetto vitale oppure umano è legato al caso, nel corso della ricerca un felice ritrovamento mi ha indotta ad ampliare l'orizzonte di aspettative di questa tesi. Con questa scoperta sto alludendo all'esemplare manoscritto che fu manipolato nella stamperia di Juan Sánchez per confezionare l'unica edizione conosciuta dell'opera, testimone che si è soliti definire «copia per la stampa» e che ha come titolo: *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637).

Pertanto, a partire da questa scoperta importante si è dovuto provvedere a riconfigurare il progetto iniziale, poichè si doveva adottare una visione diacronica che mettesse in evidenza non soltanto il processo di produzione materiale del libro ma anche la trasformazione dal testo manoscritto al testo stampato. Per questo motivo si è reso necessario arricchire lo studio ecdotico e critico testuale attraverso l'ausilio di discipline complementari e periferiche al testo come la Bibliografia Testuale o la Sociologia della Letteratura.

Nel primo capitolo della tesi sono stati presi in esame i riferimenti più importanti che finora riguardano Matías de los Reyes e più in particolare sua ultima opera stampata: *Para algunos*. La revisione della bibliografia esistente mette in evidenza, nella maggior parte dei casi, la tendenza ad una la ripetizione di giudizi generici sull'autore, che incidono sulla mancanza di originalità delle sue opere e, soprattutto, con particolare riferimento al rapporto che il suo *Para algunos* istituisce con il *Para todos* (1632) di Juan Pérez di Montalbán.

D'altra parte, sebbene l'autore non è annoverato tra i nei principali autori della sua epoca, la sua inclusione nel *Catálogo de libros entretenidos de caballerías, novelas, cuentos, historias y casos para divertir la ociosidad* (ca. 1740) di Pedro José Alonso y Padilla oppure la novella dell'Ottocento «los enamorados de la Peña de Antequera» di José Heriberto García de Quevedo, dove l'influsso dell'omonimo racconto di Matías de los Reyes si rivela indiscutibile, mostrano l'importanza di questo autore all'interno della

narrativa barocca. Inoltre i diversi riferimenti che su Matías de los Reyes si susseguono dal Seicento ad oggi confermano il suo contributo alla configurazione della narrativa di finzione di questo periodo, canonizzata nelle collezioni di novelle di cui *Para algunos* potrebbe essere un esempio, anche se atipico.

Non meno interessante risulta essere la necessaria considerazione materiale che offre il manoscritto, non soltanto per la sua singolarità ma anche per tutte le tracce che mostra in rapporto al processo di pubblicazione durante il Seicento spagnolo, aspetti che vengono trattati nel secondo capitolo di questa tesi. In questa parte si affrontano questioni come l'analisi dettagliata del testo del manoscritto, i procedimenti legali ed amministrativi riguardanti la stampa di opere letterarie, i dettagli collegati al processo di composizione e stampa con caratteri mobili.

In particolare, il raffronto (*collatio*) tra il testo manoscritto ed il suo corrispettivo stampato fa emergere divergenze testuali che non possono essere attribuite alla mano di Matías de los Reyes. Queste incursioni estranee all'autore e dovute a esigenze di carattere squisitamente tipografico sono conosciute come «modifiche intenzionali di stampa». Tutto ciò ha imposto l'adozione di una visione diacronica che mostrasse il testo in costruzione. Con tutta certezza questi interventi costituiscono il contributo più significativo nel passaggio dal manoscritto alla stampa di questo secondo capitolo: gli ampliamenti o tagli sostanziali del testo non imputabili a Matías de los Reyes ma agli impiegati della stamperia di Juan Sánchez, il cui scopo si trova nell'adeguamento del testo manoscritto allo spazio disponibile (in numero di righe e caratteri) per ciascuna forma tipografica durante la sua produzione. La collatio tra testo manoscritto e testo stampato rivela non solamente l'esistenza di molti accorgimenti al servizio dell'allungamento o l'accorciamento del testo (riposizionamento di righe, eccesso di righe nelle forme, eccesso di spazi oppure l'uso di abbreviazioni, ecc.), ma anche la presenza di non poche modifiche intenzionali collegate al processo materiale di composizione e stampa delle forme. È per questo che la maggior parte di tali 'travisamenti' testuali si trovano in genere nella parte inferiore della forma e, soprattutto, nelle forme prima, quarta, settima ed undicesima del totale delle sedici che compongono ogni quarto combinato. La rilevanza di questi dati potrebbe sembrare, a priori, inconsistente. Tuttavia non lo è affatto. Dal momento in cui la copia manoscritta preparata per la stampa mostra sostanziali divergenze rispetto al testo dell'unica stampa che conosciamo dell'opera, significa che il *Para algunos* che è stato letto, criticato e scarsamente studiato per quasi quattro secoli non restituisce esattamente lo stesso testo che Matías de los Reyes aveva pensato di offrire ai suoi lettori.

Nonostante la tradizione critica ispanica abbia spesso fatto a meno della Bibliografia Testuale, questo caso dimostra che l'aspetto materiale del libro come prodotto commerciale, culturale, sociale e umano comporta conseguenze che non dovrebbero essere trascurate dal critico che ha come obiettivo quelli di fissare un testo che si avvicini il più possibile all'ultima volontà dell'autore.

Una volta esaminati gli aspetti materiali di entrambi i testimoni (quello a stampa e il manoscritto), il terzo capitolo si concentra sull'analisi critica di un testo letterario molto particolare data l'inclusione del proprio autore, Matías de los Reyes, nella stessa finzione letteraria, elemento questo che ha consentito di dedurre alcuni aspetti della sua biografia e concedergli la fama postuma che mai gli conferirono le sue opere. Oltre a questo dato, il *Para algunos* è stato scritto a partire da un ampio campionario dei più importanti generi letterari del Seicento e basato sul carattere fallace delle apparenze e la magia metamorfica; questioni e generi che Matías de los Reyes aveva desunto dalla tradizione letteraria precedente. Infatti, buona parte delle fonti letterarie da cui l'autore ha tratto ispirazione proviene dalla tradizione italiana, come è il caso, ad esempio, *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso di Lorenzo Selva* (Orvieto, Rosato Tintinassi, 1582), che potrebbe considerarsi il testo base di una traduzione puritana, giacché Matías de los Reyes omette o corregge quelle parti che considera lesive della morale cattolica dominante. Oltre a questa opera, il *Para algunos* manifesta punti di contatto con testi così diversi ed interessanti come l'*Anfitrión* di Plauto, *La Diana* di Jorge de Montemayor, *La civil conversazione* di Stefano Guazzo, il *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* di Rodrigo de Carvajal y Robles oppure il *Discurso sobre la dignidad del hombre* di Pico della Mirandola, per citarne solo alcuni.

L'ultimo capitolo incentrato sull'edizione critica del *Para algunos*, poichè di tutte le opere dell'autore e, ad eccezione della edizione che ha fatto Emilio Cotarelo di *El Menandro* (1909) —a partire da precetti diversi di quelli che governano l'attuale critica testuale—, non esistono, come si è detto all'inizio, edizioni moderne di nessuna delle opere di Matías de los Reyes. Per questa edizione non si stabilisce la princeps come il testimonia base ma il testo manoscritto *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637). Pur consapevole che tale scelta, filologicamente ponderata, comporti editare un testo che nessuno ha mai letto, ma sono convinta che fu questo il testo che Matías de los Reyes voleva consegnare ai suoi lettori e che corrisponde, pertanto, con la sua ultima volontà letteraria. I diversi interventi, più o meno accidentali, che hanno influito sulla conformazione finale del testo dato alle stampe, lo hanno di fatto allontanato dalla sua versione originale.

Data la complessità delle questioni affrontate, la cornice epistemologica su cui si è basato il presente studio è composta fondamentalmente da due discipline tra di loro interconnesse e complementari. Da una parte, la Bibliografia Testuale che fornisce gli

strumenti necessari per l'analisi di un testimone a stampa frutto del processo di pubblicazione con stampa manuale a caratteri mobili. Dall'altra il carattere filologico della presente edizione, impone l'applicazione scrupolosa e rigorosa del metodo ecdotico neolachmanniano quale unico strumento in grado di definire i rapporti genealogici tra i testimoni e permettere di ricostruire la lezione dell'archetipo. Nella consapevolezza di quanto sia complesso scegliere correttamente dei criteri che soddisfino tutti, si è optato per una soluzione intermedia tra l'edizione paleografica e quella moderna, in cui si è rispettato il testo originale normalizzando unicamente quegli aspetti privi di conseguenze fonetiche o stilistiche.

ÍNDICE

ESTUDIO

Índice de tablas	13
Índice de imágenes.....	16
INTRODUCCIÓN. JUSTIFICACIÓN.....	17
ENTRE TIPOS. BAJO TAPAS.....	21
I. MATÍAS DE LOS REYES Y EL <i>PARA ALGUNOS</i> . ESTADO DE LA CUESTIÓN	23
II. <i>LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS</i> (CA. 1637): DEL MANUSCRITO ORIGINAL DE IMPRENTA AL TEXTO IMPRESO.....	33
2.1. <i>LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS</i> : SOBRE UN ORIGINAL DE IMPRENTA.....	33
2.1.1. REVISIÓN DE LOS HISTOS MÁS RELEVANTES DE LA BIBLIOGRAFÍA MATERIAL EN ESPAÑA. CASI UN ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	33
2.1.1.1. Maestros impresores de la tradición hispánica	42
2.1.2. DESCRIPCIÓN DEL EJEMPLAR <i>LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS</i> (MSS/6521, BNE)	45
2.1.2.1. Introducción.....	45
2.1.2.2. Títulos y encabezados	45
2.1.2.3. Caligrafía y numeración del ejemplar	46
2.1.2.4. A propósito de la dedicatoria.....	47
2.1.2.5. Tramitación legal de <i>La culebra de oro. Para algunos</i>	47
2.2. DE LA AMBIGÜEDAD DE UN TÍTULO, ¿ESTRATEGIA COMERCIAL?.....	48
2.2.1. DE LAS RELACIONES DIALÓGICAS DE AMBOS TÍTULOS: SU INTERTEXTUALIDAD .	49
2.2.2. TRAS LA PISTA DE LOS INDICIOS TEXTUALES.....	52
2.2.3. NOTAS PARA UNA POSIBLE HIPÓTESIS.....	54
2.3. DE RASTROS PREPLÚMBLEOS. ANÁLISIS DE LOS VESTIGIOS DEL MANUSCRITO-ORIGINAL DE IMPRENTA <i>LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS</i>	58
2.3.1. LA(S) MANO(S) ESCRITURARIA(S)	59
2.3.2. ORNAMENTACIÓN. MARGINALIA	65
2.3.3. LA MANO CENSORA	67
2.3.4. HUELLAS DE IMPRENTA EN <i>LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS</i>	67

2.3.4.1. El proceso de composición e impresión por formas. La cuenta del original en <i>La culebra de oro. Para algunos</i>	68
2.3.4.1.1. Marcas y vestigios de la cuenta del original. Análisis de los cuadernos	73
2.3.4.1.2. Repercusiones textuales de la cuenta del original	100
2.3.4.1.2.1. Remiendos de imprenta.....	104
2.3.4.1.2.2. Cantidad de líneas por plana en el impreso.....	129
2.3.4.1.3. Análisis de un cuaderno: el cuaderno Aa	130
2.3.4.1.3.1. La cuenta del original en el cuaderno Aa.....	131
2.3.4.1.3.2. Una hipótesis de trabajo: el cuaderno Aa del <i>Para algunos</i> en el taller de la viuda de Juan Sánchez	135
2.3.4.1.3. El proceso de composición e impresión por formas cuaderno a cuaderno en el manuscrito original de imprenta <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	139
2.3.4.1.3.1. Algunas pesquisas sobre el proceso de composición e impresión por formas.....	139
2.3.4.1.3.2. Conclusiones sobre el proceso de composición e impresión por formas.....	221
III. DOS TEXTOS, UNA ÚNICA FICCIÓN. ESTUDIO DE LA OBRA	225
3.1. PRIMERAS NOTAS.....	225
3.2. DE LA MISCELÁNEA A LA NOVELA CORTA. CONSIDERACIONES GENÉRICAS SOBRE LA PROSA HÍBRIDA BARROCA	229
3.2.1. HACIA UNA POÉTICA DE LA NOVELA CORTA. MARGINALIA Y FEMINIDAD EN EL <i>PARA ALGUNOS</i> DE MATÍAS DE LOS REYES	234
3.2.1.1. Historias, sucesos y novelas: la novelística breve del <i>Para algunos</i> de Matías de los Reyes	235
3.2.1.2. La feminidad como rasgo distintivo	241
3.3. SOBRE LA POÉTICA DE LA REFUNDICIÓN	245
3.3.1. LA PRESENCIA DE LA LITERATURA ITALIANA EN LAS OBRAS DE MATÍAS DE LOS REYES	245
3.3.1.1. <i>Della metamorfosi</i> de Lorenzo Selva: en el origen del <i>Para algunos</i> de Matías de los Reyes	248
3.3.1.1.1. Aproximación a las metamorfosis italianas	248
3.3.1.1.2. A propósito de una traducción puritana	251
3.3.1.2. Otras fuentes italianas presentes en el <i>Para algunos</i>	256

3.3.2. A LITERATURA LATINA EN EL PARA ALGUNOS	258
3.3.2.1. De <i>El asno de oro</i> de Apuleyo al <i>Para algunos</i> de Matías de los Reyes. Cotejo de una metamorfosis.....	258
3.3.2.1.1. Lucio y Acrisio: de ser humano a animal.....	262
3.3.2.1.2. De cómo recuperar la forma humana.....	266
3.3.2.1.3. ¿Por qué una metamorfosis?.....	267
3.3.2.1.4. A propósito de la consideración de las transformaciones	270
3.3.2.1.5. Conclusiones.....	273
3.3.2.2. De <i>Anfitrión</i> a <i>El agravio agradecido</i>	274
3.3.2.2.1. Breves notas sobre <i>El agravio agradecido</i> : Plauto en el molde de la Comedia Nueva.....	274
3.3.2.2.2. El tema del doble en la tradición literaria: reescrituras del <i>Anfitrión</i> de Plauto.....	285
3.3.2.2.3. Sentido y función de la comedia <i>El agravio agradecido</i> en el <i>Para algunos</i>	286
3.3.2.2.4. <i>El agravio agradecido</i> : crónica de una reescritura.....	288
3.3.3. TRADICIÓN Y LEYENDA: LA HISTORIA DE LOS DOS ENAMORADOS DE LA PEÑA DE ANTEQUERA	291
3.3.3.1. La leyenda de los dos enamorados de la peña de Antequera	291
3.3.3.2. «La historia de la peña de los dos enamorados de Antequera»: un caso particular entre la novelística del <i>Para algunos</i>	292
3.3.3.3. «La peña de los enamorados» de José García De Quevedo: entre la épica de Rodrigo de Carvajal y Robles y el <i>Para algunos</i> de Matías de los Reyes	297
3.3.3.4. Conclusiones.....	302
3.3.4. OTRAS FUENTES	303
3.3.4.1. Dos éxitos renacentistas en el seno del <i>Para algunos</i> : <i>Jardín de flores curiosas</i> de Antonio de Torquemada y <i>La Diana</i> de Jorge de Montamayor	303
3.3.4.2. El elemento pastoril	309
3.3.4.3. <i>El peregrino de su patria</i> de Lope de Vega y el asunto del hado.....	310
3.3.5. CONSECUENCIAS DE LA REFUNDICIÓN	312
3.4. DE ALGUNOS TÓPICOS LITERARIOS.....	313
3.4.1. «UN LIBRO ESCRITO DE MANO». DE «DOBLAR LA HOJA», AUTOBIOGRAFÍAS FICTICIAS Y MEMORIAS ENCERRADAS EN EL <i>PARA ALGUNOS</i> DE MATÍAS DE LOS REYES	313

3.5. MAGIA Y JUEGO APARENICIAL EN EL <i>PARA ALGUNOS</i>	315
IV. SOBRE ESTA EDICIÓN.....	325
4.1. EL EJEMPLAR IMPRESO.....	325
4.2. LA ELECCIÓN DEL TESTIMONIO BASE.....	326
4.3. CRITERIOS DE EDICIÓN.....	330
V. CONCLUSIONES/ CONCLUSIONI.....	337
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	345

EDICIÓN CRÍTICA: *LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS*

Introducción	385
<i>El agravio agradecido</i>	390
Discurso primero. Discurso sobre las magias y reprobación de sus supersticiones	478
Discurso segundo. Comienza	498
Discurso tercero	522
Discurso cuarto	545
Discurso quinto	566
Discurso sexto	587
Discurso séptimo	610
Discurso octavo	633
Discurso nono	658
Discurso décimo	683
Discurso once	706
Discurso doce	730
Discurso trece. En el cual da Acrisio fin a su historia	754

ANEXOS

Anexo I. Dedicatoria a Tirso de Molina inserta en el manuscrito	II
Anexo II. Paratextos edición 1640 <i>Para algunos</i>	IV

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Índice de frecuencia de marcas a lápiz en la cuenta del original en planas y cuadernos	73
Tabla 2. Cuenta del original. Cuaderno E	74
Tabla 3. Cuenta del original. Cuaderno F	75
Tabla 4. Cuenta del original. Cuaderno G	77
Tabla 5. Cuenta del original. Cuaderno H	78
Tabla 6. Cuenta del original. Cuaderno I	79
Tabla 7. Cuenta del original. Cuaderno K	81
Tabla 8. Cuenta del original. Cuaderno L	82
Tabla 9. Cuenta del original. Cuaderno M	84
Tabla 10. Cuenta del original. Cuaderno N	85
Tabla 11. Cuenta del original. Cuaderno O	86
Tabla 12. Cuenta del original. Cuaderno P	87
Tabla 13. Cuenta del original. Cuaderno Q	88
Tabla 14. Cuenta del original. Cuaderno R	88
Tabla 15. Cuenta del original. Cuaderno S	89
Tabla 16. Cuenta del original. Cuaderno T	91
Tabla 17. Cuenta del original. Cuaderno V	92
Tabla 18. Cuenta del original. Cuaderno X	93
Tabla 19. Cuenta del original. Cuaderno Y	94
Tabla 20. Cuenta del original. Cuaderno Z	95
Tabla 21. Cuenta del original. Cuaderno Aa	96
Tabla 22. Cuenta del original. Cuaderno Bb	97
Tabla 23. Cuenta del original. Cuaderno Cc	98
Tabla 24. Cuenta del original. Cuaderno Dd	99
Tabla 25. Remiendos de imprenta. Cuaderno A	109
Tabla 26. Remiendos de imprenta. Cuaderno F	110
Tabla 27. Remiendos de imprenta. Cuaderno G	111
Tabla 28. Remiendos de imprenta. Cuaderno H	112
Tabla 29. Remiendos de imprenta. Cuaderno I	112
Tabla 30. Remiendos de imprenta. Cuaderno K	113
Tabla 31. Remiendos de imprenta. Cuaderno L	113
Tabla 32. Remiendos de imprenta. Cuaderno M	114
Tabla 33. Remiendos de imprenta. Cuaderno N	114
Tabla 34. Remiendos de imprenta. Cuaderno O	115
Tabla 35. Remiendos de imprenta. Cuaderno P	116
Tabla 36. Remiendos de imprenta. Cuaderno Q	116
Tabla 37. Remiendos de imprenta. Cuaderno R	118
Tabla 38. Remiendos de imprenta. Cuaderno S	119
Tabla 39. Remiendos de imprenta. Cuaderno T	119
Tabla 40. Remiendos de imprenta. Cuaderno V	120
Tabla 41. Remiendos de imprenta. Cuaderno X	121
Tabla 42. Remiendos de imprenta. Cuaderno Y	122
Tabla 43. Remiendos de imprenta. Cuaderno Z	123
Tabla 44. Remiendos de imprenta. Cuaderno Aa	125
Tabla 45. Remiendos de imprenta. Cuaderno Bb	127
Tabla 46. Remiendos de imprenta. Cuaderno Cc	128
Tabla 47. Remiendos de imprenta. Cuaderno Dd	129
Tabla 48. Número de líneas por plana	130
Tabla 49. Desajustes en la cuenta del original en las primeras planas del cuaderno Aa	132
Tabla 50. Cuenta del original entre las planas 6Aa y 7Aa	132
Tabla 51. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original cuaderno E	144
Tabla 52. Recuento de planas, cuaderno E	144
Tabla 53. Análisis marcas a grafito, cuaderno E	144

Tabla 54. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original, cuaderno F	146
Tabla 55. Recuento de planas. Cuaderno F	146
Tabla 56. Marcas a grafito. Cuaderno F	147
Tabla 57. Alteraciones textuales. Cuaderno F	147
Tabla 58. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno G	150
Tabla 59. Recuento planas. Cuaderno G	150
Tabla 60. Marcas a grafito. Cuaderno G	150
Tabla 61. Alteraciones textuales. Cuaderno G	151
Tabla 62. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno H	154
Tabla 63. Recuento de planas. Cuaderno H	154
Tabla 64. Alteraciones textuales. Cuaderno H	155
Tabla 65. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno I	157
Tabla 66. Recuento de planas. Cuaderno I	157
Tabla 67. Marcas a grafito. Cuaderno I	158
Tabla 68. Alteraciones textuales. Cuaderno I	158
Tabla 69. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno K	161
Tabla 70. Recuento de planas. Cuaderno K	161
Tabla 71. Marcas a grafito. Cuaderno K	161
Tabla 72. Alteraciones textuales. Cuaderno K	162
Tabla 73. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno L	163
Tabla 74. Recuento de planas. Cuaderno L	164
Tabla 75. Alteraciones textuales. Cuaderno L	164
Tabla 76. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno M	167
Tabla 77. Recuento planas. Cuaderno M	167
Tabla 78. Marcas a grafito. Cuaderno M	167
Tabla 79. Alteraciones textuales. Cuaderno M	168
Tabla 80. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno N	170
Tabla 81. Recuento de planas. Cuaderno N	170
Tabla 82. Marcas a grafito. Cuaderno N	171
Tabla 83. Alteraciones textuales. Cuaderno N	171
Tabla 84. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno O	173
Tabla 85. Recuento planas. Cuaderno O	173
Tabla 86. Marcas a grafito. Cuaderno O	173
Tabla 87. Alteraciones textuales. Cuaderno O	174
Tabla 88. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno P	176
Tabla 89. Recuento de planas. Cuaderno P	176
Tabla 90. Marcas a grafito. Cuaderno P	176
Tabla 91. Alteraciones textuales. Cuaderno P	177
Tabla 92. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Q	179
Tabla 93. Recuento de planas. Cuaderno Q	179
Tabla 94. Marcas a grafito. Cuaderno Q	179
Tabla 95. Alteraciones textuales. Cuaderno Q	180
Tabla 96. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno R	182
Tabla 97. Recuento de planas. Cuaderno R	182
Tabla 98. Marcas a grafito. Cuaderno R	182
Tabla 99. Alteraciones textuales. Cuaderno R	183
Tabla 100. Proceso de composición e impresión por formas. Cuaderno S	185
Tabla 101. Recuento de planas. Cuaderno S	185
Tabla 102. Alteraciones textuales. Cuaderno S	186
Tabla 103. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno T	188
Tabla 104. Recuento de planas. Cuaderno T	188
Tabla 105. Marcas a grafito. Cuaderno T	188
Tabla 106. Alteraciones textuales. Cuaderno T	189

Tabla 107. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno V	191
Tabla 108. Recuento de planas. Cuaderno V	192
Tabla 109. Marcas a grafito. Cuaderno V	192
Tabla 110. Alteraciones textuales. Cuaderno V	193
Tabla 111. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno X	194
Tabla 112. Recuento de planas. Cuaderno X	195
Tabla 113. Marcas a grafito. Cuaderno X	195
Tabla 114. Alteraciones textuales. Cuaderno X	196
Tabla 115. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Y	198
Tabla 116. Recuento de planas. Cuaderno Y	198
Tabla 117. Marcas a grafito. Cuaderno Y	198
Tabla 118. Alteraciones textuales. Cuaderno Y	199
Tabla 119. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Z	202
Tabla 120. Recuento de planas. Cuaderno Z	202
Tabla 121. Marcas a grafito. Cuaderno Z	203
Tabla 122. Alteraciones textuales. Cuaderno Z	204
Tabla 123. Proceso de composición e impresión por formas. Cuaderno Aa	206
Tabla 124. Recuento de planas. Cuaderno Aa	206
Tabla 125. Marcas a grafito. Cuaderno Aa	207
Tabla 126. Alteraciones textuales. Cuaderno Aa	208
Tabla 127. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Bb	209
Tabla 128. Recuento de planas. Cuaderno Bb	210
Tabla 129. Marcas a grafito. Cuaderno Bb	210
Tabla 130. Alteraciones textuales. Cuaderno Bb	211
Tabla 131. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Cc	213
Tabla 132. Recuento de planas. Cuaderno Cc	214
Tabla 133. Marcas a grafito. Cuaderno Cc	214
Tabla 134. Alteraciones textuales. Cuaderno Cc	215
Tabla 135. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Cc	218
Tabla 136. Recuento de planas. Cuaderno Dd	218
Tabla 137. Marcas a grafito. Cuaderno Dd	218
Tabla 138. Alteraciones textuales. Cuaderno Dd	219
Tabla 139. Alteraciones textuales. Cuaderno Ee	221
Tabla 140. Síntesis de las implicaciones entre las planas contadas y las no contadas en la cuenta del original	222
Tabla 141. Cotejo entre <i>La civil conversatione</i> (Stefano Guazzo) y su traducción en el manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> y en el impreso <i>Para algunos</i> , en el que se reduce el texto de la versión manuscrita	257
Tabla 142. Reajustes de parlamentos en la comedia <i>El agravio agradecido</i> entre los ejemplares R/23962 (1629), mss. 6521 (ca. 1637) y R/4475 (1640)	289
Tabla 143. Modificaciones en la comedia <i>El agravio agradecido</i> entre los ejemplares R/23962 (1629), mss. 6521 (ca. 1637) y R/4475 (1640)	290
Tabla 144. Sustitución de versos en la comedia <i>El agravio agradecido</i> entre los ejemplares R/23962 (1629), mss. 6521 (ca. 1637) y R/4475 (1640)	290

ÍNDICE DE IMÁGENES

Imagen 1. Firma del secretario del Consejo, Francisco de Arrieta, así como del autor, Matías de los Reyes (ca. 1637: f. 279v).....	59
Imagen 2. Corrección en f. 145v.....	63
Imagen 3. Corrección en f.47r.....	63
Imagen 4. Cómputo silábico en la comedia <i>El agravio agradecido</i> , f. 26r.....	65
Imagen 5. Esquema del cuarto conjugado extraído de <i>Institución y origen del arte de la imprenta</i> de Víctor Alonso de Paredes (1680: f. 27v).....	68
Imagen 6. Marca a lápiz cercana a la marca de estimación de la cuenta del original «2x», f. 209r.....	70
Imagen 7. Marca a lápiz cercana a una marca de estimación de la cuenta del original «2y», f. 218v.....	71
Imagen 8. Marca a lápiz cercana a una marca de estimación de la cuenta del original, f. 204v..	71
Imagen 9. Desajuste en la cuenta del original, 6Aa, f. 240v.....	132
Imagen 10. Desajuste cuenta del original, 7Aa, f. 241v.....	133
Imagen 11. Impreso, ff. 187v-188r (planas 6ª y 7ª del cuaderno Aa).....	133
Imagen 12. Últimas planas del discurso undécimo en el impreso, ff. 189v-190r.....	135
Imagen 13. Comienzo del discurso duodécimo en el impreso, ff. 190v-191r.....	136
Imagen 14. Ejemplo de cómo la adición de la palabra «más» en la segunda línea del f. 178v supone la generación de una línea extra.....	139
Imagen 15. Caja de escritura de la cuarta plana del cuaderno T. ff. 146v-147r.....	190

INTRODUCCIÓN. JUSTIFICACIÓN

La necesidad de redescubrir un género tan en boga en su época y a la vez tan denostado por la crítica posterior hasta bien entrado el siglo XX, como lo es el de la novela corta del seiscientos, me llevó inicialmente al propósito de contribuir mediante un trabajo de tesis a la exhumación de un título peculiar de un autor secundario no demasiado apreciados uno ni otro en los estudios de investigación literarios: el *Para algunos* de Matías de los Reyes. Como no podía ser de otra manera y, en consonancia con la labor que están llevando a cabo en este ámbito grupos de investigación como el dirigido por Rafael Bonilla Cerezo: *La novela corta del siglo XVII: estudio y edición* (proyecto I+D+I del MECED), mi objetivo prístino ambicionaba exclusivamente el estudio y la edición crítica de la obra antedicha, que no cuenta con ninguna edición moderna. De hecho, solo se conoce una edición de la obra, la de 1640. Y es que, sin duda, una de las mejores alternativas para contribuir al rescate de un género literario pasa por desempolvar, en primer lugar, sus textos. De ahí la atención hacia el *Para algunos*, una de las obras que formaron parte del *corpus* de colecciones de metaficción (Piqueras, 2016a) que poblaron con notable éxito la prosa de ficción barroca en España.

Pero como cualquier proyecto vital o humano está sujeto a un seguro azar, el curso de la investigación y un dichoso y fortuito hallazgo obligaron a abrir el horizonte de expectativas de la presente tesis doctoral. Con tal descubrimiento me refiero al ejemplar manuscrito que se manipuló en el taller de Juan Sánchez para confeccionar la única edición conocida de la obra, testimonio que se ha dado en llamar «original de imprenta» y que en este caso ostenta nombre y apellidos: *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637), MSS/ 6521 (BNE).

Sin duda, el exotismo de los originales de imprenta (dado el escaso volumen de ejemplares conservados) implica que el descubrimiento y el análisis de los datos contenidos en los mismos resulten trascendentales de cara al estudio del funcionamiento de la imprenta española durante su periodo manual, empresa encargada de la transmisión textual de nuestros clásicos.

Por tanto, a partir de esta halagüeña revelación, se tuvieron que llevar a cabo obligadas modificaciones con respecto al planteamiento inicial, pasando a adoptar una perspectiva diacrónica que diera cuenta no solo del proceso de producción material del libro durante su paso por el taller de imprenta sino también de la transformación de texto manuscrito en texto impreso. Por todo ello, estas reformas implicaban la apertura de un estudio que inicialmente se sustentaba en la Ecdótica y en la Crítica literaria hacia disciplinas complementarias y periféricas al texto literario como la Bibliografía Material o la Sociología literaria.

En efecto, esta doble vertiente es la que se esconde detrás del aislamiento y la aparente falta de conexión entre los diversos capítulos que componen esta tesis, pues se desdobra en torno a dos pilares fundamentales: de un lado, la fijación y el estudio de un texto de ficción del barroco español a través de una edición crítica y, del otro, la consideración y el análisis material del mismo que revela no pocos subterfugios empleados en el taller de imprenta.

Así las cosas, en el primer capítulo de este proyecto se recogen las referencias más significativas que, hasta el momento, se han aportado sobre Matías de los Reyes y, más particularmente, sobre su última obra conocida, objeto particular de este estudio: el *Para algunos* (1640). La revisión de la bibliografía existente evidencia la repetición de juicios generales sobre el autor en la mayoría de ocasiones, datos que inciden en la escasez de originalidad de sus obras y, sobre todo, en su intento por alcanzar el reconocimiento literario a partir de la relación que el *Para algunos* establece con el *Para todos* (1632) de Juan Pérez de Montalbán.

Por otra parte, si bien el autor madrileño no figuró en los principales inventarios de ingenios de la época, su inclusión en el *Catálogo de libros entretenidos de caballerías, novelas, cuentos, historias y casos para divertir la ociosidad* (ca. 1740) del librero Pedro José Alonso y Padilla corrobora el interés que entraña la figura de Matías de los Reyes en el seno de la prosa de ficción barroca. Del mismo modo que las diversas menciones que sobre el autor se han llevado a cabo desde el seiscientos hasta la actualidad ratifican su participación en la confección de la narrativa de ficción del seiscientos español, tipificada por las colecciones de novela corta de las que el *Para algunos* podría ser un ejemplo, aunque no típico.

No menos interesante que la perspectiva literaria apuntada resulta la obligada consideración material que proporciona el testimonio manuscrito original de imprenta, no solo por su singularidad sino también por los vestigios que exhibe acerca del dilatado proceso de publicación durante el seiscientos español, aspectos que se recogen en el segundo capítulo de esta tesis. En tal apartado y, además del escrutinio del manuscrito, tienen cabida nociones como la cuenta del original, los trámites legales y administrativos necesarios para la publicación de toda obra impresa o los pormenores vinculados con el proceso de composición e impresión por formas característico de la época.

Yendo aún más lejos y, más allá del interés de lo apuntado, el cotejo entre este testimonio manuscrito y su correlato impreso desvela numerosas divergencias textuales que no pueden ser atribuidas a la mano de Matías de los Reyes. Tales incursiones ajenas al autor y empleadas con la finalidad de ajustar manualmente el texto en la imprenta han sido denominadas «remiendos de imprenta», cuya sistematización y análisis figura asimismo en este segundo capítulo. Dichas modificaciones han motivado la adopción de una perspectiva diacrónica que muestra el texto en construcción.

Una vez sometida a examen la materialidad del ejemplar, el tercer capítulo lo constituye el análisis crítico de un texto literario muy particular cuyas peculiaridades comienzan con la inclusión del propio autor, Matías de los Reyes, en la ficción literaria, inserción que ha permitido deducir ciertos aspectos de su biografía y otorgarle al autor la posteridad que nunca le brindaron sus propias obras. Además de este dato, el *Para algunos* se construye en torno a un amplio muestrario de los más variados géneros en boga del seiscientos a modo de un complejo crisol cuyo denominador común reposa en el carácter falaz de las apariencias y, particularmente, en los entresijos de la magia metamórfica, asuntos y géneros que Matías de los Reyes tomó prestados de la tradición precedente. Y es que bien podría identificarse el autor madrileño con aquellos escritores que desdeñaba Lope de Vega en su memorial debido a las prácticas literarias en que incurrían: «traducen libros de italiano en castellano (trabajo poco honroso) poniendo entre los capítulos sus adiciones, con depravado ánimo»¹. En efecto, buena parte de las fuentes literarias de las que el autor hizo uso tienen origen italiano, y a esta misma tradición se adscribe la que sin duda constituyó su principal germen: *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso* de Lorenzo Selva (Orvieto, Rosato Tintinassi, 1582), que, más que un influjo, puede considerarse el texto base de una traducción. Aparte de esta *novella*, el *Para algunos* se relaciona dialógicamente con textos tan diversos e interesantes como el *Anfitrión* de Plauto, *La Diana* de Jorge de Montemayor, *La civil conversazione* de Stefano Guazzo, el *Poema heroico del asalto y conquista de*

¹ El memorial completo puede hallarse en García de Enterría, 1973: 88-89.

Antequera de Rodrigo de Carvajal y Robles o el *Discurso sobre la dignidad del hombre* de Pico della Mirandola, entre otros.

El último capítulo lo conforma la teoría sobre la edición crítica del *Para algunos*, para la que no se establece la *princeps* como testimonio base sino el texto manuscrito *La culebra de oro. Para algunos*. Soy consciente, a partir de esta decisión, de que me propongo editar un texto que nunca nadie leyó jamás —fuera de los operarios de imprenta, cuyo ejercicio no puede considerarse exactamente lector, y las personalidades implicadas en los trámites legales y administrativos necesarios para la publicación de la obra—, pero me mueve a ello la convicción de que fue sin duda el texto que Matías de los Reyes quiso entregar a sus lectores y se corresponde, por consiguiente, con su última voluntaria literaria. Los percances de diversa índole que repercutieron en la literalidad del texto y tuvieron lugar una vez que el mismo había franqueado el umbral de la imprenta solo lo alejaron de su versión original.

Dada la diversidad de cuestiones esbozadas, el marco teórico-epistemológico que sustenta el presente estudio está compuesto principalmente por dos disciplinas anejas y complementarias, como quedaba apuntado en líneas anteriores. De un lado, la Bibliografía Material dispensa los instrumentos imprescindibles de cara al análisis de un original de imprenta partícipe en un proceso de publicación durante el periodo de la imprenta manual. Del otro, y de acuerdo con el carácter filológico de la presente edición, la Ecdótica en su vertiente *neolachmaniana* ocupa un lugar trascendental en cualquier trabajo que posea pretensiones críticas. En relación con este aspecto, resulta extremadamente complejo decantarse hacia unos criterios que satisfagan a todo crítico:

Las distinciones entre «ediciones críticas» y «ediciones de lectura» o entre el «hipertexto multimedia» y «el texto único en forma de libro», tal como las propone Francisco Rico, ayudan a superar la dificultad. Pero no sé si son suficientes para permitir la propuesta de ediciones capaces, a la vez, de ubicar las obras en su historia y hacerlas contemporáneas de nuestro presente. El desafío es de gran relevancia para que se mantenga la comprensión de los textos pasados que son nuestra herencia y que plasman lo que somos (Dadson, 2012: 396).

En este caso, se ha optado por una solución intermedia entre la edición paleográfica y la modernizada, en la que se ha respetado el texto original pero se han regulado aquellos aspectos sin repercusiones fonéticas o estilísticas.

ENTRE TIPOS. BAJO TAPAS

Además de la importancia trascendental de la bibliografía en el desarrollo de cualquier pesquisa científica, en este caso particular en el que un testimonio original de imprenta constituye la base fundamental de la presente investigación, parecía necesario conocer los embrollos del proceso artesanal de la imprenta *in situ*, desde una perspectiva opuesta —no antitética— a la distancia irremediable en que nos sitúa la esfera teórica.

La visita a un taller de imprenta que aún en la actualidad trabaja manualmente, la casa editrice Tallone (Alpignano, Italia), me ha servido para constatar que el *ars typographica*, durante su periodo manual, constituyó un arte extremadamente minucioso y preciso en el que cualquier desajuste podía desencadenar magnas repercusiones. Y asimismo ha corroborado un temor irreversible: tal y como me confesaba Enrico Tallone mientras me mostraba su precioso laboratorio, cada maestro impresor ha contado a lo largo de la historia con sus propias triquiñuelas al servicio siempre de la eficacia y de la fidelidad al texto, *modi operandi* que podían variar incluso en un mismo taller en función de la edición, del número de ejemplares, del formato o del mismísimo operario. En esta línea, no existe ni ha existido una norma o protocolo riguroso de actuación entre las paredes de un taller de imprenta —máxime entre varios talleres—, sino que los diversos remedios y saberes se han puesto en juego de diversas formas en busca de la eficiencia requerida en cada momento y ocasión particular. Esta afirmación se engrandece al conocer que buena parte de los ajustes o prácticas manuales se llevaban a cabo sin medidas preestablecidas sino «a ojo». A partir de estas certezas, resulta sencillo comprender la convicción de E. Tallone, quien afirmaba que teoría y práctica, en el ámbito de la imprenta, han ido siempre por derroteros paralelos y pocas ocasiones han conseguido cruzarse, puesto que generalmente quienes teorizamos sobre los recovecos de la imprenta desconocemos casi en su totalidad la mesa de trucos

artesanal al servicio de la manufactura del libro impreso. Y lo más grave aún: el motor humano de la imprenta manual hace imposible su sistematización, planificación o cualquier intento de regulación.

Esta áspera realidad me lleva a poner a la vista un convencimiento que saldrá a relucir en numerosas ocasiones a lo largo de estas páginas: los resultados extraídos de un manuscrito original de imprenta concreto, *La culebra de oro*. Para algunos, no pueden ni deben ser extrapolados más allá de sí mismo, ya que ni siquiera licitan aplicarse a la confección de otros impresos del mismo taller de imprenta. Las conjeturas esbozadas a partir del análisis de los rastros y del cotejo con la edición príncipe pueden o no ser válidas, pero hay que tener presente que son fruto de una investigación gestada cuatro siglos después de los hechos y, por tanto, desde una perspectiva humana, social y cultural diametralmente diversa.

I. MATÍAS DE LOS REYES Y EL *PARA ALGUNOS*. ESTADO DE LA CUESTIÓN

La primera noticia biobibliográfica de Matías de los Reyes se recoge en la *Biblioteca Hispana Nova* (1672) de Nicolás Antonio, donde aparecen mencionadas tres obras del «matritensis», entre ellas el *Para algunos*, cuya breve entrada se basa en la relación de oposición del título con la tan polémica obra de Pérez de Montalbán: *Para todos*. Desde entonces y hasta los más recientes estudios que contienen información sobre Matías de los Reyes se han sucedido distintos acercamientos a su vida y obra. En las páginas que siguen figuran tanto las referencias recogidas en catálogos y repertorios como los estudios y ediciones realizadas, aspectos que aúnan historia y estado de la cuestión, y que evidencian el interés suscitado por el autor desde una perspectiva diacrónica.

En este sentido y ya en el setecientos, tanto *El Curial del Parnaso* como *El Menandro* y el *Para algunos* de Matías de los Reyes se incluyen en el *Catálogo de libros entretenidos de caballerías, novelas, cuentos, historias y casos para divertir la ociosidad* (ca. 1740), en el que el librero Pedro José Alonso y Padilla reúne los cien títulos más representativos de la novela española del seiscientos con evidentes pretensiones comerciales (Flor y Ripoll, 1991: 76-77).

Por otra parte, la primera de las pocas ediciones —en este caso parcial— que se han llevado a cabo a partir de la obra de Matías de los Reyes tuvo lugar en la *Colección de novelas escogidas compuestas por los mejores ingenios españoles* (Madrid, imprenta de González, 1788), colectánea en la que aparece la novela corta «La desobediencia de los hijos castigada» (que ocupa el aviso VI de *El Curial del Parnaso*) de Matías de los Reyes.

Muy poco tiempo después, Joseph Antonio Álvarez y Baena, en su *Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes* (1789- 91), basándose en la información contenida en el *Para algunos*, afirma que Reyes nació en Madrid, fue dos veces administrador de las Reales Alcabalas de las yerbas de la Orden de Alcántara, residió en Villanueva de la Serena y aún vivía en 1640. De su producción literaria señala *El Curial del Parnaso* (Madrid, 1624), *El Menandro* (Jaén, 1636), el *Para algunos* (Madrid, 1640), *La Ulixía*, *El Embrión*², *El sabio del Guijo* (del que afirma tenía que dar a la imprenta en 1640) y seis comedias: *El agravio agradecido* (que está incluido al principio del *Para algunos*); *Dar al tiempo lo que es suyo*; *Di mentira, sacarás verdad*; *Donaires de Pedro Corchuelo y el qué dirán*; *Elías, su vida y rapto y Enredos del diablo*.

También Thomas Roscoe, en *The Spanish Novelist: a series of tales, from the earliest period of the close of the seventeenth century* (1832), aporta datos biobibliográficos sobre Matías de los Reyes además de traducciones de tres de sus novelas cortas. Por lo que atañe al *Para algunos*, destaca tanto la relación del título con la obra de Montalbán *Para todos*, como el carácter heterogéneo y moral de ambos trabajos.

La siguiente referencia en la que se halla información bibliográfica de Matías de los Reyes la constituye el *Diccionario histórico o biografía universal compendiada* (1834). Consiste en la única noticia en que se alaba la facultad creativa del autor: «tuvo excelente inventiva que lució en varias fábulas y comedias» (1834: tomo XI, 132), puesto que, como podrá deducirse a partir del corpus bibliográfico vertido sobre Matías de los Reyes, uno de los asuntos más reiterados pasa por incidir en sus prácticas literarias miméticas.

Y es este precisamente uno de los datos que Francisco Javier de Burgos recoge en la sección «Biografía de autores dramáticos españoles» en el número 38 (20 de diciembre de 1840) del periódico *La Alhambra*, apartado dedicado en esta ocasión a Matías de los Reyes, Jerónimo Alonso de Salas Barbadillo y Francisco López de Zárate. Del autor que

² J. A. Álvarez y Baena hubo de malinterpretar una referencia sobre la obra de Matías de los Reyes contenida en «A los que leyeren» del *Para algunos*, donde el Licenciado Gregorio Cid de Cariazo afirma: «Menos festivo ya, sin perder la gracia de las musas, se abstuvo de la dulzura de sus versos, al paso que, puesta en pie la razón, fue premiando sus desvelos con mayores logros, dando por testimonio d'ellos *El Curial del Parnaso*, *La Ulixea*, *El Menandro*, y el embrión que está para darse a la estampa: *El Sabio del Guijo*». El aludido «embrión» se refiere precisamente a esa última obra que está por «parir»: *El sabio del Guijo* y no al título de otra de sus obras (Johnson, 1970: 298). Esta errónea interpretación generó, no obstante, una obra fantasma, pues no pocas referencias bibliográficas a propósito de la figura de Matías de los Reyes incluyen *El embrión* entre su producción literaria. Sirvan de muestra el *Diccionario histórico o biografía universal compendiada* (1834: tomo XI,132), Barrera y Leirado (1860: 325), Ballesteros (1912: 545), Cotarelo (1909: XXIV), Marqués López (2002a) o Valladares Reguero (2012: 326), entre otros.

Tal confusión puede haber tenido origen en la disposición tipográfica del fragmento aludido en el *Para algunos*, puesto que «El Embrión» figura en mayúsculas y letra cursiva al igual que el resto de obras enumeradas.

nos ocupa, el intelectual granadino destaca información extraída del prólogo del *Para algunos* (efectuado por Gregorio Cid de Cariazo) y enaltece en especial su comedia *El agravio agradecido*, recreación de *Anfitrión* de Plauto, de la que asegura ser «la mejor escrita del teatro antiguo»³. Este juicio será recogido una veintena después por Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado, en su *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español. Desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII* (1860).

Por su parte, George Ticknor, en *History of Spanish Literature* (1849), cita el *Para Algunos* de Matías de los Reyes en relación con el *Para todos* de Montalbán como una imitación natural tras el éxito editorial de esta.

De la misma forma, el *Para algunos* aparece recogido en la sección dramática del *Catálogo* (1872) de Pedro Salvá, calificada, de nuevo, como obra rara escrita a imitación del *Para todos* de Montalbán.

En la *Biblioteca antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa aumentadas y refundidas en forma de Diccionario biográfico- bibliográfico* (1884- 86), Gómez Uriel incluye una entrada de un tal Matías de los Reyes, del que asegura que en 1668 era prior del Convento de San Josef de Carmelitas Descalzos de Zaragoza, y antes lo habría sido de otros de aquel reino. Esta hipótesis basada en la coincidencia de Matías de los Reyes escritor y este religioso parece poco probable aunque no descabellada, puesto que sabemos, gracias a Carroll B. Johnson, que aún vivía en 1660 (1970: 259).

La última noticia decimonónica, a caballo con el siglo siguiente, la aporta Cristóbal Pérez Pastor en su *Bibliografía madrileña o descripción de las obras impresas en Madrid* (1891- 1907), donde presenta información relativa a *El Curial del Parnaso* de Matías de los Reyes, del que afirma que no llegó a publicar ni la segunda parte de esta obra ni las seis comedias prometidas en el Prólogo de la misma.

Ya en el siglo XX el interés por la figura y la obra de Matías de los Reyes se incrementa. Valga de prueba su inclusión en el estudio de Caroline Bourland (v. Colón Calderón, 2010) basado en el influjo *boccacciano* en la literatura peninsular: «Boccaccio and *The Decameron* and his influence in castilian and catalan literature», publicado en la *Revue Hispanique* en 1905. En esta publicación se incluye a Matías de los Reyes entre la nómina de escritores que se hacen eco de la influencia del *novelliere*, ya que el autor del *Para algunos* inserta en dos de sus obras, *El Curial del Parnaso* y *El Menandro*, adaptaciones de novelas cortas presentes en el *Decamerón*. En relación con dichas recreaciones, Bourland considera que «Reyes [...] seems to have been wholly lacking in inventive ability, and to have possessed only a certain faculty of combination» (1905: 82), que acabará por ser un tópico manido por la crítica en relación

³ Burgos, 1840b: 445.

con Matías de los Reyes. C. Bourland volverá sobre el autor en *The Short story in Spain in the seventeenth century, with a Bibliography of the Novela from 1576 to 1700* (1927).

Amén de la consideración del autor en estudios monográficos, también comienzan a editarse sus obras en los albores del siglo XX. Así en 1909, Emilio Cotarelo y Mori en su *Colección selecta de antiguas novelas españolas* incluye las ediciones de *El Curial del Parnaso* y *El Menandro* con sus respectivos estudios preliminares. En la introducción de *El Menandro*, Cotarelo vierte los siguientes juicios a propósito del *Para algunos*: «fue ideado a imitación del *Para todos* del Doctor Juan Pérez de Montalbán» (1909: XXII). Y continúa

Con motivo de incluir su ya citada comedia *El agravio agradecido*, [Matías de los Reyes] extendió un largo capítulo acerca de la magia, que es lo que da principio al tomo. Sigue luego una larga historia simbólica, bastante pesada, aunque muy bien escrita, como todo lo que salía de la pluma de este autor (1909: XXII).

Con respecto a la producción global del autor, enjuicia: «Todos los libros de Matías de los Reyes son muy raros; pero conceptuamos *El Menandro* como el que lo es más» (1909: XXVI). Después de la labor editorial —más que ecdótica— de Emilio Cotarelo, no han visto la luz nuevas ediciones a partir de obras de Matías de los Reyes.

Pero sí continuaron aportándose nuevos datos. Luis Ballesteros en su *Diccionario biográfico matritense* (1912) refiere de forma sucinta, además de la relación bibliográfica del matritense —en la que incluye *El embrión*—, aspectos biográficos extraídos fundamentalmente de los textos liminares del *Para algunos*. Por su parte, Cejador y Frauca en su *Historia de la lengua y literatura castellana* (1915- 1920) dedica un apartado a Matías de los Reyes en el que habla de su amistad con Tirso de Molina, sus estudios humanísticos en Alcalá y sus estancias en Villanueva de la Serena, Madrid y Jaén, basándose en las dedicatorias de las obras del autor. Sobre sus cualidades literarias, incide en un aspecto ya aludido al declarar que «no tiene Reyes inventiva, tomando el fondo de sus obras de otros autores; pero sí el don de herosear lo leído, de extenderlo y de sacar consecuencias morales. Su estilo es elocuente, abundoso, fácil, armonioso y rodado y a veces con giros elegantes y calificativos briosos y expresivos»⁴ (Cejador, 1972, IV: 232).

De sus obras menciona el *Auto al Nacimiento de Cristo*; *El Curial del Parnaso*; *Anotaciones a la esfera de Juan Sacrobosco del maestro Mauro Florentino, traducido*

⁴ Resulta curioso este juicio de Cejador y Frauca sobre la falta de inventiva de Matías de los Reyes si cotejamos el fragmento mencionado con la siguiente consideración de Cotarelo y Mori, presente en la introducción de *El Menandro*: «Matías de los Reyes no tiene invención alguna: todo lo que dice en cuanto al fondo lo ha tomado de una u otra parte. Pero tiene el don precioso de herosear lo que ha leído, y amplificarle y sacarle consecuencias morales muy oportunas y muy ajenas del que primero trató aquellos asuntos; tal sucede, por citar solo el ejemplo más patente, con los cuentos tomados del Boccaccio. El estilo es, sobre todo, lo que más hay que alabar en el autor madrileño. Elocuente, abundoso, fácil y lleno de armonía, ruedan palabras [...]» (1909: XXV).

del italiano al castellano, *El Menandro*; seis comedias y sus representantes: *Los enredos del diablo*, *El qué dirán y donaires de Pedro Corchuelo*; *Di mentira y sacarás verdad*; *Dar al tiempo lo que es suyo* y *El agravio agradecido* y *Para algunos*. Julio Cejador destaca los asuntos italianos presentes en *El Curial del Parnaso* y en *El Menandro*. Con respecto a *El agravio agradecido*, la señala como la mejor de las comedias «muy abalada por F.J. de Burgos (La Alhambra, 1840)», y por lo que atañe al *Para algunos*, incide en su relación con la miscelánea de Montalbán, en la promesa de la publicación de otras obras que no llegaron a publicarse y en el hecho de que esta obra constituye la última referencia que se tiene del autor.

Nuevas referencias sobre Matías de los Reyes hallan cabida en el *Catálogo de autos sacramentales, historiales y alegóricos* (1916-1923) de Jenaro Alenda, en este caso vinculadas al auto sacramental atribuido a Matías de los Reyes (*Auto al Nacimiento de Cristo*). En dicho inventario se afirma que las correcciones del manuscrito conservado en la BNE (MSS/15309) así como la firma del último folio pertenecen a Francisco de Rojas.

Edwin Place, por su parte, incluye en su *Manual elemental de novelística española* (1926) una referencia a la obra narrativa de Reyes, y destaca que su *Para algunos* fue tal vez escrita en contestación al *Para todos* de Montalbán. Añade, asimismo, un dato novedoso con respecto a la bibliografía precedente, y es, además del contenido mágico, el hecho de que el motivo central de la obra sea un viaje durante el que se insertan cuentos y piezas dramáticas.

Lejos de nuestras fronteras, la figura de Matías de los Reyes también ha sido objeto de interés por parte de la crítica. Además de los estudios de conjunto previamente referidos (T. Roscoe, G. Ticknor o C. Bourland), en 1929 A. Giannini publica un artículo centrado en una obra concreta de Matías de los Reyes: «*El Curial del Parnaso* di Matías de los Reyes e le sue fonte italiane», en *Annali di R. Istituto Orientale di Napoli*. En este trabajo analiza la recreación que Matías de los Reyes lleva a cabo en *El Curial del Parnaso* no solo a partir de *Ragguagli del Parnaso* de Boccacini sino también de *novelle* de Giraldo Cintio, Boccaccio y Bandello. En relación con estas imitaciones y, en la misma línea de otras consideraciones difundidas sobre el autor, A. Giannini considera que «nel libro spagnolo manca anche qualsiasi impronta personale dell'autore» (1929: 122).

De nuevo el componente italiano en la obra de Matías de los Reyes así como sus prácticas imitativas serán factores reseñables en los *Orígenes de la novela* de Marcelino Menéndez y Pelayo (1931). Con respecto a la influencia de las novelas *boccaccianas* en nuestro país, señala a Matías de los Reyes como imitador de alguna de ellas «hasta el plagio» (XVIII, Introducción) en *El Curial del Parnaso* y *El Menandro*, aunque nada

dice a propósito del *Para algunos*. La emulación de la prosa italiana por parte de Matías de los Reyes en estas dos obras será algo que destaque también, algunas décadas después, Jean-Michel Laspéras en *La nouvelle en Espagne au Siècle d'Or* (1987).

Como puede desprenderse de la información ya expuesta, la labor literaria de Matías de los Reyes ha sido encasillada en torno a dos factores relacionados entre sí: de un lado, su *modus scribendi* basado en la traducción e imbricación de modelos literarios previos y, del otro, la evidente relación de su *Para algunos* con la polémica obra de Juan Pérez de Montalbán, *Para todos* (1632). Precisamente en este último aspecto incide Ludwig Pfandl en su *Historia de la Literatura nacional española en la Edad de Oro* (1933), definiendo la correlación de estas obras junto al *Para sí* de Juan Fernández y Peralta (1661) como un «ridículo juego de títulos» (1933: 400).

De la misma forma R.H. Williams en *Boccalini in Spain: a study of his influence on prose fiction of the seventeenth century* (1946), abarca el análisis de *El Curial del Parnaso* en relación con su fuente italiana. No obstante, lo más significativo de esta referencia es la identificación de la principal fuente literaria del *Para algunos* de Matías de los Reyes, del que apunta en nota a pie que: «is made up principally of unacknowledged borrowings from Lorenzo Selva's *Metamorfosi* (1582)» (1946: 50). En efecto, buena parte del *Para algunos* es una traducción libre de tales metamorfosis y la obra de Williams supone la primera noticia a propósito de esta relación.

La aludida obra italiana, *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*, asimila muchos de los aspectos de *El asno de oro* de Apuleyo, que indudablemente recoge también el *Para algunos* de Matías de los Reyes. En esta línea, Marcelino Menéndez Pelayo en su *Bibliografía hispano-latina clásica*, es el primero en advertir el influjo de Apuleyo «en la idea general» del *Para algunos* (1950: 157), prescindiendo del eslabón intermedio italiano: la obra de Lorenzo Selva.

Las relaciones intertextuales entre el *Para todos* y el *Para algunos* figuran también en los juicios vertidos por Amezúa y Mayo en sus *Opúsculos*, donde señala, refiriéndose a Juan Pérez de Montalbán, que «supliendo aquella segunda parte del *Para todos* que él no había podido imprimir, otros ingenios menores vendrían en pos del suyo que lo harían, como Matías de los Reyes con el *Para algunos* y Juan Fernández de Peralta con el *Para sí*» (1951: vol. II, 93). Adicionalmente, incluye en nota a pie una aclaración de la obra que nos ocupa de Matías de los Reyes, de la cual considera que «es obra muy curiosa, con buen castellano, que merecía reproducirse» (*ibidem*).

Más allá de estas obras de conjunto, en 1952, H. Matthes defendió en Berlín la primera y única tesis conocida sobre el autor con el título de *Matías de los Reyes und seine Prosaschriften*, trabajo aún inédito.

Por otra parte y, además de los ya mencionados, otro de los aspectos vinculados con Matías de los Reyes que más ha llamado la atención de la crítica ha sido la supuesta relación de amistad que el autor madrileño habría mantenido en su juventud con fray Gabriel Téllez, tal y como lo confiesa en sus palabras laudatorias que preludian su comedia *El agravio agradecido*. De este aspecto se ocupa precisamente E. Wade en su trabajo «La dedicatoria de Matías de los Reyes a Tirso de Molina» (1952) publicado en la revista *Estudios*.

El aludido artículo, además de las ediciones de Cotarelo de *El Menandro* y *El Curial del Parnaso*, y dos aportaciones de Carroll B. Johnson (un artículo sobre la reescritura del *Anfitrión* de Plauto incluida en el *Para algunos* y un estudio completo de la obra del autor) es referido por José Simón Díaz en su *Manual de Bibliografía de la literatura española* (1963). El mismo autor también incorpora a Matías de los Reyes en su monográfico *Cien escritores madrileños del Siglo de Oro* (1975).

Nuevos datos figuran en el *Manual del librero hispanoamericano* (1964) de Palau y Dulcet, donde alberga información de Matías de los Reyes concerniente a *El Curial del Parnaso*, sus seis comedias, *El Menandro* y *Para algunos*. Sobre esta última destaca los testimonios biográficos que Reyes recoge en ella, la imitación de *Anfitrión* en *El agravio agradecido* y el tema de la magia en discursos y disertaciones, además de las poesías intercaladas. Afirma que la novela extensa, esto es, la historia de Acrisio, imita las *Metamorfosis* de Apuleyo, como ya había anunciado Menéndez Pelayo (1950).

De marcado carácter recopilatorio se muestra la obra de C. L. Penny, *Printed Books (1468-1700) in the Hispanic Society of America* (1965), en la que la autora meramente enumera las obras del autor que se conservan en dicha sociedad: *El Curial del Parnaso*, *El Menandro* y *Para algunos*.

Blanca de los Ríos, en su estudio introductorio a las *Obras dramáticas completas de Tirso de Molina* (1969), vuelve a incidir en la relación previamente apuntada de Matías de los Reyes y Tirso de Molina en un apartado que lleva por nombre «Un discípulo de Tirso: Matías de los Reyes» (1969: 93), en el que aporta, amén de fragmentos de la dedicatoria de Matías de los Reyes a fray Gabriel Téllez, noticias biobibliográficas sobre el autor.

Por su parte, también Bartolomé José Gallardo recoge en su *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* (1968) información sobre Matías de los Reyes y su obra más estudiada, *El Menandro*, aunque nada se dice del *Para algunos*, salvo que aparece un ejemplar del mismo en una colección del maestro Don Benito junto a títulos como el *Para todos* de Pérez de Montalbán o el *Para sí* de Juan Fernández Peralta.

Sin duda las aportaciones más completas y relevantes en relación con Matías de los Reyes y su obra son las de Carroll Johnson y su exhaustivo estudio *Matías de los Reyes*

and the craft of fiction (1973), ampliación de su artículo «Amphitryon: Plautus and Matías de los Reyes», publicado en 1970. En el estudio, además de una detallada biografía que pone en tela de juicio datos reiterados en trabajos anteriores como la amistad de Reyes con Tirso o la fecha de su nacimiento, entre otros, aporta información muy interesante referente tanto al autor como a su obra, de la que presenta un minucioso análisis, dedicando a cada una de sus producciones literarias un detallado epígrafe. Los dos últimos apartados de la obra están destinados, por una parte, a la simbiosis de arte y moralidad en la obra de Reyes; y por otra, al estilo narrativo del autor. Tras la aparición de su trabajo no se han publicado estudios monográficos sobre Matías de los Reyes, si bien sí se ha tratado de forma parcial, aunque no siempre de forma rigurosa. Así, por ejemplo, Ezequiel González Mas en el volumen dedicado al Barroco de la *Historia de la literatura española*, incluye a Matías de los Reyes, autor del *Para algunos*, como uno de los «nombres espectrales, humo de novelaría barroca» (1989: 406). En la misma dirección, Begoña Ripoll lo recoge en *La novela barroca: catálogo bio- bibliográfico* (1991), partiendo de la bibliografía precedente sin tener en cuenta, si bien lo cita, el estudio de Johnson, por lo que reitera tópicos como la amistad del autor con Tirso de Molina o la consideración del *Para algunos* como un «libro misceláneo que intenta superar el *Para todos* de Montalbán» (1991: 136). En cuanto a la calidad artística del autor, lo define como «un escritor mediocre, aunque apreciado por algunos de sus contemporáneos» (1991: 136).

Desde una perspectiva diametralmente diversa, Luis Vázquez vuelve a relacionar al autor madrileño con Tirso de Molina en un estudio en el que aporta noticias del autor vinculadas con legajos notariales: «Tres documentos inéditos de Matías de los Reyes, el amigo de infancia de Tirso de Molina» (*Estudios*, 1983).

Ya en la década de los noventa del pasado siglo, Anne Cayuela, en un monográfico trascendental sobre los paratextos en la literatura del Siglo de Oro (*Le paratexte au Siècle d'Or*, 1996), comprende, entre otros aspectos, la relación intertextual ya citada que se establece entre el *Para todos*, el *Para algunos* y el *Para sí*.

Asimismo, el *Para algunos* también aparece en el estudio compilatorio de Justa Moreno Garbayo (editado por Fermín de los Reyes Gómez) *La imprenta en Madrid (1626-1650): materiales para su estudio e inventario* (1999) donde la obra de Matías de los Reyes se alista entre las obras publicadas en el madrileño taller de imprenta gestionado por la viuda de Juan Sánchez.

Tres son los escritores españoles situados en el seiscientos y llamados «Matías de los Reyes» que acopia el *Índice biográfico de España, Portugal e Iberoamérica* (2000) de Víctor Herrero, repertorio en el que se archivan tres personalidades que parecen responder, a raíz de las referencias bibliográficas aportadas, a una única persona,

precisamente al autor de nuestro *Para algunos*. Esta identificación no puede corroborarse en el tercer caso, correspondiente con un tal Matías de los Reyes eclesiástico y escritor y ubicado en torno a 1668 (2000: 2887), pues carecemos de información suficiente que nos permita asemejar a este religioso con nuestro autor.

De un enfoque radicalmente novedoso parte Carmen Rabell en *Rewriting the italian novella* (2003), donde examina el uso del discurso forense en la novela corta hispánica de herencia italiana, todo ello en relación con las circunstancias histórico-sociales que determinaba la Contrarreforma. Entre los casos estudiados figura «Los dos amigos», *novella* incluida en *El Curial del Parnaso* de Matías de los Reyes en la que el autor hace uso de la retórica judicial.

Interesantes perspectivas siguen aportándose el mismo año, en que Francisco Vivar publica un estudio cuyo fundamento lo constituye nuevamente el título de la obra que nos ocupa en relación con la figura del receptor: «El uso del público en la creación literaria: *Para todos*, *Para algunos* y *Para sí*» (*Hispanófila*, 2003). F. Vivar considera que la reducción progresiva del público en los títulos de dichas obras no es más que el reflejo de la decadencia de la novela corta hispánica en el seiscientos.

Aún en 2003, Jesús Bregante incorpora en su *Diccionario Espasa de la Literatura Española* a Matías de los Reyes, a quien reputa como «uno de los representantes más dignos de la novela cortesana en España» (2003: 801). Entre los datos que aporta sobre el autor, se halla un saleroso desliz, pues *El Meandro* sustituye a *El Menandro* (*ibidem*).

Lejos de estas consideraciones, Ana Gisbert Terol y María Lutgarda Ortells recogen en el segundo volumen de su *Catálogo de obras impresas en el siglo XVII en la Biblioteca Histórica de la Universitat de Valencia* dos obras de Matías de los Reyes: *El Curial del Parnaso* y el *Para algunos* (2005: 1248), sobre las que aportan sendas descripciones bibliográficas.

Uno de los últimos trabajos aparecidos sobre el *Para algunos* atiende a su consideración como una miscelánea, algo que ha sido puesto de relieve en monográficos dedicados, sobre todo, al estudio de la novela corta barroca, como es el caso del trabajo de Rafael Bonilla: *Novelas cortas del siglo XVII* (2010).

Por otra parte, la estancia de Matías de los Reyes en una localidad jiennense, así como la publicación de algunas de sus obras en Jaén, ha motivado su aparición en el monográfico *Literatura jiennense en el siglo XVII* (2010) así como en el inventario *Diccionario bibliográfico de la provincia de Jaén* (2012), ambas obras de Aurelio Valladares Reguero. En la más reciente, en el apartado dedicado al autor madrileño se muestran datos biográficos además del elenco de sus obras, entre las que se incluye, como se ha dicho, la obra fantasma *El embrión*.

Por último, Marcial Rubio Árquez en «La contribución cervantina a la novela barroca: la ejemplaridad» (*Edad de Oro*, 2014), analiza los paratextos legales de *El Curial del Parnaso* y *El Menandro*. A propósito de Matías de los Reyes, lo juzga como un autor «injustamente olvidado» (2014: 139). En la misma línea, Leonardo Coppola, partiendo de los paratextos de *El Menandro*, aclara su situación editorial concluyendo que existieron tres emisiones de una única edición de esta obra (v. Coppola, 2018).

Además de la información recabada sobre el *Para algunos*, en relación con *El agravio agradecido*, comedia incluida en dicha obra, hay que mencionar dos investigaciones que la tomaron como objeto de estudio exclusivo: el ya mencionado de Carroll B. Johnson de 1970 y un análisis comparativo con respecto a su fuente latina: *Anfitrión* de Plauto, de Eva Marqués López (2002a) en el que se pone de manifiesto la conjunción del asunto latino en el molde formal de la nueva dramaturgia definida por Lope de Vega.

Muy recientemente la edición facticia de las seis comedias de Matías de los Reyes (Jaén, Pedro de la Cuesta, 1629), entre las que se incluye *El agravio agradecido*, ha sido estudiada por Guillermo Gómez Sánchez-Ferrer en su tesis *Del corral al papel: estudio de impresores españoles de teatro en el siglo XVII* (2015: 217-220).

A pesar de no tener constancia de la fecha y el lugar de su muerte, en la *Biblioteca antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa aumentadas y refundidas en forma de Diccionario biográfico- bibliográfico* (1884- 86), Gómez Uriel incluye una entrada de un tal Matías de los Reyes, del que asegura que en 1668 era prior del Convento de San Josef de Carmelitas Descalzos de Zaragoza, y antes lo habría sido de otros de aquel reino. No se conocen más datos a propósito de esta posible coincidencia entre Matías de los Reyes escritor y este religioso. Por su parte, Carroll B. Johnson apunta el último testimonio certero que se tiene de la vida Matías de los Reyes: la asistencia del autor al bautizo de su nieto en Zalamea (1973: 33)⁵, fecha que puede o no coincidir con el año 1660, en el que parece ser que aún vivía (Johnson, 1970: 249).

⁵ Aunque Johnson no especifica el año, afirma contundentemente la presencia de Reyes en este acontecimiento familiar basándose para ello en un documento de la Inquisición.

II. *LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS* (CA. 1637): DEL MANUSCRITO ORIGINAL DE IMPRENTA AL TEXTO IMPRESO

2.1. *LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS*: SOBRE UN ORIGINAL DE IMPRENTA

2.1.1. REVISIÓN DE LOS HISTOS MÁS RELEVANTES DE LA BIBLIOGRAFÍA MATERIAL EN ESPAÑA. CASI UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

La tradición crítica hispánica ha pervivido durante demasiadas décadas al amparo de los postulados neolachmannianos y dando la espalda, por norma general, a la mera consideración de la Bibliografía Material. Si bien la ecdótica no deja de ser —ni debe dejar de serlo— la piedra angular sobre la que reposa la edición crítica de textos, parece del todo equivocada la visión antagónica de quienes asumen ambas disciplinas como irreconciliables. Lejos de esta pugna, la Bibliografía Material, en determinados casos — considérese el que nos ocupa— se yergue como una herramienta más al servicio del crítico, siempre en aras de la óptima exégesis de la literatura clásica. No tiene sentido ya a estas alturas colocarse una venda ante la historia material de una resma de papel que, tras su paso por la imprenta manual, acaba formando un cuaderno de quién sabe qué ejemplar de nuestra literatura. No tiene sentido —tampoco— la indiferencia ante correctores, censores, cajistas, librereros, autores, impresores y demás participantes de una compleja cadena humana —*humana*— orientada a multiplicar un testimonio a través del irremediable y fascinante cauce del taller de imprenta:

This is not to suggest that, in editing, bibliography is the servant of criticism or viceversa, for they are essentially interdependent activities. The relationship of the surviving texts of a work, and the nature of the variants, are established bibliographically; texts are chosen and variants are evaluated critically; and there can be no critical text unless the editor performs both functions [...] whatever he does, the editor should base

his decisions, not on rules, but on his bibliographical and critical judgement of the circumstances of each case (Gaskell, 1978: 2-6).

A pesar de que la Bibliografía Material cuenta con una amplia trayectoria en otras tradiciones como técnica auxiliar con la que abordar la reconstrucción textual de la literatura nacional —valga de prueba la literatura anglosajona⁶, donde el trasiego material de las ediciones impresas despertó un interés científico ya en los albores del siglo XX—, en el ámbito hispánico sus primeras aproximaciones no supusieron un cambio significativo⁷ sino que continuaron siendo oasis en el desierto bibliográfico español⁸. En efecto, ya en las últimas décadas del siglo XIX, Cristóbal Pérez Pastor mostró su interés por los derroteros de la imprenta nacional en ciudades como Toledo, Medina del Campo o Madrid.

Varias décadas más tarde Agustín González de Amezúa pronunció un célebre discurso titulado «Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro» con motivo de la celebración de la Fiesta del Libro Español en el Instituto de España el día 23 de abril de 1946. En él sentaba las bases de una disciplina, aún por venir, al servicio de la literatura hispánica, y su finalidad no era otra que la de suplir una carencia advertida sabiamente, «nadie, que yo sepa —decía González de Amezúa—, se acordó de que el libro tiene también una gestación material que lo precede, y que antes que salga de la imprenta, [...] ha de pasar por muchas manos y seguir un obligado proceso, que en los tiempos antiguos era aún más largo y trabajoso que en los nuestros» (1951: 331-332). De hecho, su discurso se basa precisamente en el recorrido por los diferentes estadios administrativos y burocráticos que había de superar un manuscrito antes y durante su paso por la imprenta, si su autor pretendía verlo impreso en letras de molde. Asimismo, trata aspectos tangenciales a la publicación de libros durante nuestro Siglo de Oro: las

⁶ Véanse, entre otros, Gaskell, 1978, 1999; Greg, 1932; Hellinga, 2006; McKenzie, 1959; 1969; McKerrow 1998. Asimismo, la literatura italiana se nutrió tempranamente de los postulados de la Bibliografía Material de la mano de críticos como Conor Fahy (1988) o Pasquale Stoppelli (1987), quien sistematizó en *Filologia dei testi a stampa* las principales aportaciones de la tradición anglosajona a este terreno.

⁷ «La atención a los originales de imprenta, en comparación con otras filologías que llevan decenios prestándosela con notorio provecho, es entre nosotros recentísima, por más que en España podemos contarlos por centenares, a lo ancho de toda la Península y a lo largo de todas las etapas de la tipografía manual, desde el primer incunable hasta los últimos productos de la Viuda de Ibarra» (Rico, 2005: 58).

⁸ Prescindiremos aquí por cuestiones temporales, temáticas y metodológicas de las aportaciones científicas, generalmente históricas, vinculadas con el establecimiento y desarrollo de la imprenta en ciudades concretas de la geografía española (v. Sáinz de Robles, 1973; *Historia de la imprenta hispana*, 1982). Y es que además de los trabajos mencionados, no pocos investigadores se han ocupado de la imprenta en un foco geográfico o ciudad concreta. Reseñables en esta línea resultan los monográficos sobre la imprenta en Córdoba (J. M. de Valdenebro y Cisneros, 1900), Extremadura (A. Rodríguez-Moñino, 1945), Galicia (Odriozola, 1992; A. López, 1987), Alcalá de Henares (J. Martín Abad, 1991 y 1999), Medina del Campo (C. Pérez Pastor, 1992), Sevilla (A. Domínguez Guzmán, 1992 y J. Hazañas y La Rua, 2011), Salamanca (L. Ruiz Hidalgo, 1994), Zaragoza (J. Borao, 1995), Granada (C. Peregrín Pardo, 1997), Burgos (J. A. Sagredo Fernández, 1997 y M. Fernández Valladares, 2005), Lérida (M. Jiménez Catalán, 1997), Segovia (F. de los Reyes Gómez, 1997), Castilla (M.^a López-Vidriero, 1998), Baeza (P. M. Cátedra, 2001), La Rioja (M. Marsá, 2002), Jaén (M.^a D. Sánchez Cobos, 2005), Valladolid (M. Marsá, 2007) o Toledo (J. Vega, 2010), entre otros.

diversas Pragmáticas que desde los Reyes Católicos hasta doña Juana (hermana de Felipe II), se promulgan o modifican con respecto a la impresión, los diversos medios de financiación —en caso de que el autor no poseyese la suma necesaria, que era lo habitual— con los que contaban los escritores (siendo el más común de ellos el de depositar el Privilegio en manos de un librero a cambio de un puñado más o menos exiguo de reales), o la estimación media del trabajo diario de una imprenta española durante el periodo manual.

Igualmente en el ecuador del siglo XX se ubica una figura polifacética entre cuyos puntos de interés se encontraba el análisis y estudio de la imprenta hispana. Se trata de Antonio Odriozola, quien en 1974 ganaría el premio extraordinario «Cardenal Cisneros» por un trabajo basado precisamente en este ámbito: *La imprenta en Castilla en el siglo XV*, aunque sus indagaciones tipográficas habían comenzado años antes⁹. De su producción científica relacionada con la prensa de dos golpes destacan *Nacimiento y ocaso del libro y la imprenta de Juan Párix en Segovia* (1974), la conferencia *Nacimiento de la imprenta en España* (1974), así como su labor dedicada a los impresos litúrgicos en varios de sus trabajos.

Amén de la importancia señera de los estudios aducidos, la verdadera e inaugural irrupción en los estudios bibliográficos —en tanto que definitivamente acabó por abrir una nueva vía aún en construcción en el ámbito de la Bibliografía Material española— vino de la mano de Jaime Moll, de cuyas varias denominaciones —Bibliografía Estructurada, Sociología de la Edición, Bibliografía Textual—, pareció triunfar entre los especialistas la de «Bibliografía Material». En cualquier caso, no eran sino diversas apostillas para aludir a una disciplina centrada en el proceso de confección del libro en tanto objeto así como en la relación libro-sociedad durante el periodo de la imprenta manual.

Jaime Moll funda, por tanto, una nueva perspectiva de análisis del libro áureo con su trabajo «Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro» (1979), artículo publicado como separata del *Boletín de la Real Academia Española* en el que se sistematizan aspectos inherentes a la producción de cualquier ejemplar impreso durante el periodo de la imprenta manual: además de la tramitación legal infranqueable —al menos en teoría— desde la Pragmática de 1558¹⁰ o los diversos tipos de ediciones¹¹, Jaime Moll exporta de la tradición anglosajona una clasificación de irrefutable valía basada en la tipología de divergencias que pueden hallarse entre dos ejemplares de una misma obra literaria de acuerdo con su paso por la imprenta: edición —conjunto de ejemplares

⁹ Para una revisión de su obra, v. Agenjo Bullón y Martín Abad, 1987.

¹⁰ Sobre el proceso legal que implicaba la impresión de cualquier testimonio en la época que nos ocupa, véanse, entre otros, F. Bouza, 2012; A. Cayuela, 1996; J.M. Lucía Megías, 1999 y, fundamentalmente, Reyes Gómez, 2000, 2001, 2010.

¹¹ Ediciones fantasma, contrahecha, falsificada, etc. v. Moll, 1979, 2011.

tirados a partir de una misma composición tipográfica—, emisión —conjunto de ejemplares que, dentro de una misma edición, conforman una unidad con alguna variación intencionada, como podría ser la alteración de la portada— y estado —variación involuntaria presente en algunos ejemplares de una misma edición como consecuencia de correcciones—. A partir de esta tipificación, la unidad básica de análisis crítico ha de ser, irremisiblemente, el ejemplar. En la misma línea, también José Simón Díaz se ocupa de aspectos sociológicos y legales de los impresos antiguos en *El libro antiguo español* (1983).

Si bien es cierto que la inicial contribución de Jaime Moll tampoco generó la deseable continuidad y aplicación por parte de la crítica, sí gestó una nueva perspectiva que, con el tiempo, se ha hecho cada vez más vívida, repercutiendo en la clarividencia de nuestros textos clásicos. Así, tras varios lustros de silencio afortunadamente interrumpidos con aportaciones de investigadores como Trevor Dadson (1984) y del mismo Jaime Moll¹², orientadas en todo caso a incidir en aspectos varios de la transformación de un original de imprenta —testimonio base empleado por los trabajadores del taller— en un testimonio impreso así como a las repercusiones sociales de este último, los albores de la década de los noventa nos han legado relevantes contribuciones que siguieron abriendo camino para conocer la historia material del libro impreso hispánico. En este sentido, Mercedes Agulló y Cobo en su tesis doctoral *La imprenta y el comercio de libros en Madrid, siglos XVI-XVIII*, no solo trata cuestiones relativas al taller de imprenta o los trámites burocráticos necesarios para la impresión sino que además incluye un exhaustivo e imprescindible elenco de librerías e impresores madrileños que desarrollaron su labor en Madrid durante el periodo comprendido entre los siglos XVI y XVIII. De igual modo la capital definitiva de la corte, Madrid, se halla en el origen de los estudios de Yolanda Clemente San Román, *Tipobibliografía madrileña: la imprenta en Madrid en el siglo XVI (1566-1600)* y Justa Moreno Garbayo, quien se ocupó, en un exhaustivo estudio inconcluso pero editado por Fermín de los Reyes Gómez, de la imprenta en la capital durante los años siguientes a los analizados por Yolanda Clemente: *La imprenta en Madrid (1626-1650)* (1999). De un periodo previo de la imprenta se ocupa también Frederick Norton en una edición anotada por Julián Martín Abad: *La imprenta en España (1501-1520)* (1997).

Por su parte, Amalia Sarriá Rueda¹³ en sendos estudios sobre los albores y el desarrollo de la imprenta en nuestro siglo dorado, analiza aspectos complementarios al propio texto: el establecimiento de la imprenta en nuestro país, los agentes que intervenían en el proceso, etc.

¹² En homenaje al maestro de la Bibliografía Material en España, en 2012 se publicó *De re typographica. Nueve estudios en homenaje a Jaime Moll*, Madrid: Calambur, Biblioteca Litterae, 2012.

¹³ V. Sarriá Rueda, 1994a, 1994b.

Más allá de la década de los noventa, con el advenimiento del nuevo milenio la Bibliografía Material hispánica gozó de un nuevo y nada desdeñable envite. Sirvan de prueba las contribuciones de Fermín de los Reyes Gómez respecto a privilegios y demás cuestiones administrativas. En los dos volúmenes de *El libro en España y América. Legislación y censura (Siglos XV-XVIII)* (2000) se centra en las disposiciones legales vinculadas con el libro hispano durante la etapa de la imprenta manual, trazando una trayectoria diacrónica a través de las sucesivas legislaciones que repercutieron en la publicación del libro durante los siglos mencionados y haciendo especial hincapié en las circunstancias sociales, mercantiles o político-religiosas que incidieron en su gestación y comercio. Aparte de este estudio, muy sugestivo deviene también «Estructura formal del libro antiguo» (2010) en el que sistematiza los paratextos usuales de la etapa que nos ocupa.

Del mismo modo, ineludible resulta la figura de Fernando Bouza en este ámbito, experto en la historia de la cultura escrita de nuestro país, con una ingente producción científica parcialmente dirigida a desentrañar los derroteros de la escritura —manuscrita e impresa— en la España de los siglos XVI y XVII¹⁴. Si bien sus estudios no tienen como objeto de atención los malabares que sufre un texto manuscrito —o impreso— al pasar de nuevas —o en reiteradas ocasiones— por la imprenta, especial interés revisten, por ser auxiliares al ámbito que nos ocupa, los monográficos *Corre manuscrito: una historia cultural del Siglo de Oro* (2001) y «Dásele licencia y privilegio». *Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro* (2012), imprescindible este último para conocer los vericuetos de los trámites legislativos previos a la impresión de nuestras obras del Siglo de Oro.

Un vínculo más intenso con la filología guarda el volumen colectivo *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro* (2000), dirigido por Francisco Rico y editado por Sonia Garza y Pablo Andrés Escapa, en el que se dan cita varios expertos en aras de dilucidar los entresijos del taller de imprenta en relación con el análisis crítico de la literatura española. De ahí que se reúnan estudios vinculados con los originales de imprenta, la cuenta del original o las correcciones de imprenta. No fue este el único compendio de aportaciones enfocadas a conocer la historia de la producción del libro en nuestro país. Buena fe de ello la otorgan los monográficos *Libro y lectura en la Península Ibérica y América. Siglos XIII a XVIII*, editado por Antonio Castillo Gómez (2003); *El libro antiguo*, editado por Yolanda Clemente, Manuel José Pedraza y Fermín de los Reyes (2003); *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, dirigido por Víctor Infantes, François López y Jean-François Botrel (2003); *Filologia dei testi a stampa*,

¹⁴ V. asimismo, v. R. Chartier, 2006.

editado por Patrizia Botta¹⁵ (2005); *Imprenta, libros y lectura en la España del Quijote*, editado por José Manuel Lucía Megías (2006), o el número XXVIII (2009) monográfico de la revista *Edad de oro* de la Universidad Complutense de Madrid dedicado especialmente a la Bibliografía Material.

La nueva era trajo asimismo el interés tenaz de eruditos de primer nivel hacia el conocimiento de la imprenta en España. Sirvan de muestra los trabajos de María Marsá *La imprenta en los Siglos de Oro (1520-1700)* (2001) y Julián Martín Abad, *Los primeros tiempos de la imprenta en España (C.1471-1520)* (2003), en los que aparecen no solo procedimientos de trabajo usuales de la imprenta en ciernes sino también un enfoque sociológico del establecimiento de la imprenta en España. José Manuel Lucía Megías, por su parte, ha dedicado varios empeños a esclarecer las aventuras de un testimonio en manos de los impresores, reclamando la debida atención para la Bibliografía Material en el ámbito hispánico:

editar hoy en día un texto impreso sin tener en cuenta las posibles modificaciones que en este momento se pueden llevar a cabo delante del chibalete, supone realizar un trabajo científico al margen de su historia, de sus propios medios de transmisión, que son bien diferentes a los actuales o a los medievales. Uno de los graves errores en que ha caído la filología hispánica en los últimos decenios; una de las grandes aportaciones de la bibliografía textual (Lucía Megías, 2003: 216).

Adicionalmente, al comienzo de este epígrafe se apostaba por la consideración de la Bibliografía Material como un instrumento añadido al servicio de la ecdótica. Valga de prueba su auxilio en la siguiente reflexión de Lucía Megías:

[...] A la hora de evaluar las variantes entre varias ediciones, se hace necesario incorporar este nuevo factor: su colocación en la forma. Como este factor no existe en la tradición manuscrita, no ha sido utilizado por los editores de textos impresos, desvirtuando los datos entresacados de la *collatio codicum* (Lucía Megías, 2003: 218).

También a este investigador se le debe una clasificación necesaria de los diferentes estadios que podía sufrir un testimonio partiendo del original autógrafo hasta convertirse en edición princeps (2005: 316), tipología imprescindible a la hora de seleccionar el texto base así como de desentrañar conceptos primordiales y tremendamente discutidos que deberían pulular en la mente y el criterio del editor actual: última voluntad de autor¹⁶ y ejemplar ideal¹⁷ —que son todos y ninguno al mismo tiempo— en caso de transmisiones impresas en las que la tradición hispánica ha venerado en exceso la *princeps*. En definitiva, para José Manuel Lucía Megías, la

¹⁵ En este volumen destaca especialmente una sucinta e incipiente clasificación en el ámbito hispánico de la tipología de los errores en la imprenta a partir de los casos encontrados en *La Celestina*: BOTTA, Patrizia, «Pillole celestinesche per una tipologia dell'errore a stampa», pp. 417-420.

¹⁶ Sobre este denso concepto, v. Lucía Megías, 2005; Profetti, 2005 y, fundamentalmente, Tanselle, 1976.

¹⁷ Reconstrucción crítica que abarca todas las variantes de una misma edición, por lo que incluye emisiones y estados —en todo caso, por tanto, las producidas en el interior del taller de imprenta—. V. Lucía Megías, 2005;

Bibliografía Material debería imponerse entre los filólogos hispánicos como una «nueva» metodología

que no solo nos muestra los modos (complejos) de la producción y recepción de un libro, sino que también pone a nuestra disposición unas herramientas que permiten concretar cuál debe ser la finalidad de nuestro trabajo ecdótico y las limitaciones que, en muchos casos, encontramos en el camino (Lucía Megías, 2005: 332).

Una figura que ha contribuido a mermar parte de las limitaciones aludidas y cuyos trabajos se codean con las contribuciones más relevantes de la Bibliografía Textual aplicada a los textos hispánicos es Sonia Garza Merino. Su tesis doctoral, basada en el análisis de un corpus de originales de imprenta¹⁸, supuso un avance sin precedentes para conocer tanto el modo de proceder como los rastros físicos de los trabajadores de la imprenta española en los testimonios manuscritos e impresos que empleaban a la hora de dar a luz un texto en letras de molde. «El interés que tiene un original de imprenta es, precisamente, el de informarnos de la trayectoria por la que ha pasado un texto hasta su impresión» (Garza, 2004: 383). Efectivamente, en su trabajo se ocupa, además de la definición de los rasgos que caracterizan los testimonios originales de imprenta, de los vestigios materiales que el proceso de impresión timbraba en los mismos, así como de las huellas de la tramitación legal o de la revisión del texto. En esta línea, de sumo provecho resulta el análisis de las marcas derivadas de la cuenta del original. Sus pesquisas devienen, hasta el momento, la sistematización más lúcida en relación con el tránsito de manuscrito a impreso.

Nuevos datos vienen de la mano de Francisco Rico —si bien constreñidos al infinito y concreto «don Quijote»— a través de *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*, basado, por una parte, en una exposición genérica del panorama de la Bibliografía Material en España así como del proceso legal y puramente técnico y manufacturero del libro en la imprenta, y, por otra y, en particular, en las circunstancias tangenciales e inherentes a la publicación del *Quijote*: el taller de imprenta —Juan de la Cuesta— además de cuestiones ecdóticas complejas que el texto cervantino presenta. Una de las tesis fundamentales que defiende el autor consiste en denunciar la excesiva veneración con que la tradición crítica hispánica se arrodilla ante la prínceps, prescindiendo a veces de cuestiones adyacentes —la posibilidad de la revisión del autor en reimpressiones o el proceso de manufacturación del libro, entre otros— que se relegan al plano de la ignorancia o, más grave aún, de la indiferencia. A pesar de la incuestionable valía de este trabajo, adolece puntualmente de cierto exceso de elucubraciones difícilmente demostrables.

¹⁸ Se trata del testimonio generalmente manuscrito (aunque impreso en caso de reediciones) que sirve de base en el taller de imprenta a la hora de confeccionar y producir una determinada edición.

Asimismo, José Montero y Pedro Ruiz Pérez publican en 2006¹⁹ un estudio en el que, entre otros aspectos vinculados con la recepción y producción del libro áureo, pasan revista a los principales hitos relacionados con la bibliografía material hispánica — especialmente entre las páginas 20 y 24— enmarcados en los tres lustros que abarca su estudio —desde 1980 hasta 2005—.

Por otra parte, una postura diametralmente opuesta a la antedicha de Francisco Rico en relación con la edición príncipe la sostiene Begoña Rodríguez en su tesis doctoral *Bibliografía material y edición de impresos áureos. Teoría y práctica*, que se halla en la base del monográfico *Del original de imprenta al libro impreso antiguo* (2014). En tales indagaciones lleva a cabo una apología de la príncipes aun en casos de conservación del original de imprenta, en tanto que la impresión en letras de molde supone la fijación de la literalidad de cualquier texto. Adicionalmente, ha demostrado la habilidad de los operarios de imprenta para gestar de forma impecable un texto impreso —*Vida política de todos los estados de mujeres*— a partir de un caótico original de imprenta (v. Rodríguez Rodríguez, 2010).

Como no podía ser de otra manera, parte de los estudios en que se han aplicado los principios de la Bibliografía Textual se han ceñido sobre la repercusión del proceso de impresión en nuestros clásicos. Así lo constata, por ejemplo, el estudio de Patrizia Botta (2005) en relación con *La Celestina*, en el que destaca una breve pero utilísima clasificación de los errores más usuales del proceso de copia metálica propio de la imprenta. No menos estimables resultan los trabajos de José Lluís Canet Vallés (2012) a propósito de la *Comedia de Calisto y Melibea* o José María Micó (2000) respecto al *Guzmán de Alfarache*. Sin duda, el proceso de impresión de nuestro más (famoso) hidalgo ha generado cuantiosas polémicas en las que en no pocas ocasiones el insigne caballero ha quedado a la deriva. El trasiego de don Quijote por la imprenta ha llamado particularmente la atención de Francisco Rico (2005) y Florencio Sevilla Arroyo (2005, 2007, 2008a, 2008b, 2009). En su artículo «‘Cuenta del original’ y remedios de cajista en la ‘princeps’ del primer ‘Quijote’» (2008b), Florencio Sevilla lleva a cabo una estimación del margen —en términos tipográficos— con el que contaría un cajista para enmendar cualquier cuenta errónea del original antes de optar por la deturpación del texto: según el autor, existe un límite de hasta ciento cincuenta caracteres (unas cuatro líneas) que resultan de combinar abreviaturas o espacios en exceso en el caso de necesitar más o menos espacio, lo que permitiría incluir hasta dos páginas por cuaderno (2008b: 63). No obstante, tal vez se ha de caer en la cuenta de que este cálculo —absolutamente admisible— resulta de una estimación *a posteriori* y no de una planificación previa por parte del trabajador de la imprenta que, teniendo en cuenta

¹⁹ «El libro en el Siglo de Oro. Estado de la investigación (1980-2005)», *Etiópicas. Revista de Letras Renacentistas*, nº 2, pp. 15-108.

variantes inmensurables como el grado de honestidad, la experiencia laboral o la presteza requerida por determinadas condiciones tangenciales a la impresión —al fin y a la postre, variables inherentes a su condición humana²⁰— podrían resultar en «malas prácticas» en el caso hipotético de un componedor trabajando de forma trepidante que, ya en la antepenúltima línea de una plana cualquiera, fuese consciente solo entonces de un exceso o insuficiencia de texto en relación con el espacio disponible.

La infinita cuestión quijotesca ha dado lugar a nuevas aportaciones en los últimos tiempos. Así, con motivo de la conmemoración del cuarto centenario de la edición príncipe de la primera parte del *Quijote*, emerge el volumen colectivo *Don Quijote en el campus: tesoros complutenses* (editado por Marta Torres, 2005), en el que figuran sugerentes trabajos como el de Julián Martín Abad «Los talleres de imprenta en tiempos de Cervantes» (2005: 51-68), magistral radiografía de las imprentas peninsulares áureas en la que delata las abismales carencias de la red tipográfica hispana.

Vinculado de lleno no solo con nuestro enfoque sino también con el caballero andante, nace el grupo de investigación «prinQeps 1605» de la Universidad Complutense de Madrid, dirigido por Víctor Infantes de Miguel, con la finalidad de analizar en profundidad los pormenores y la trayectoria de la primera edición de la gran obra de Cervantes. Entre las contribuciones más interesantes del colectivo, destaca *La primera salida de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605). La historia editorial de un libro* (Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2013, Víctor Infantes [ed.]). De este monográfico, particularmente sugestivo resulta, por su relación con la Bibliografía Material, el estudio de Ana Martínez Pereira, «La impresión del *Quijote*: evaluación y registro de variantes» (2013: 179-292). La misma investigadora llevó a cabo un análisis sobre el proceso de confección de la primera edición quijotesca en el artículo «El *Quijote* en la imprenta: orden de composición y orden de impresión» (2011), en el que desvela el orden de impresión de los pliegos de los distintos cuadernos a partir del escrutinio de los relieves tipográficos. Su examen pone de manifiesto que, en el caso del *Quijote* —como probablemente ocurriera en todos los casos—, no hubo un orden unívoco.

Además de los estudios aludidos, otros monográficos se han ocupado parcialmente de las relaciones entre la manufacturación del libro impreso y la literatura. La exposición «Juan Párix, primer impresor de España», a cargo de Fermín de los Reyes Gómez, exhibió en 2004 en Madrid ocho de los impresos gestados en la imprenta que el tipógrafo alemán estableció en Segovia en el cuatrocientos, entre los que se hallaba la

²⁰ «Luis de Rebolledo, en la segunda edición de la *Primera parte de cien oraciones fúnebres* (Sevilla, por Clemente Hidalgo, 1603) escribe una nota titulada «Lo que cerca de las erratas de esta segunda parte advierte el autor», donde incluye una auténtico tratado de la errata: “Impresión sin erratas es casi imposible para quien sabe qué es la imprenta”» (Reyes Gómez, 2010: 57).

Sinodal de Aguilafuente, considerado hasta el momento el primer impreso producido en la Península Ibérica. De esta exposición emergió en el mismo año el volumen homónimo, *Juan Párix, primer impresor de España*, en el que destaca —siempre para nuestro análisis— el estudio de Manuel José Pedraza García, «La imprenta y el proceso de impresión» (2004: 15-44).

2.1.1.1. Maestros impresores de la tradición hispánica²¹

Amén de la revisión teórica de la Bibliografía Textual a partir de los estudios más relevantes vinculados con la tradición hispánica y enfocados desde la perspectiva que otorga el tiempo, resultan de suma importancia los tratados que diversos eruditos o maestros impresores de la etapa manual confeccionaron en aras de instruir desde la experiencia a futuros y noveles cajistas y demás operarios del taller de imprenta, o con el mero fin de exponer sus conocimientos sobre el particular.

Tales testimonios entrañan una relevancia sin parangón puesto que permiten contar con la perspectiva interna de quienes conocieron y practicaron de primerísima mano el arte de imprimir.

Las primeras noticias conservadas sobre el mundo de la imprenta vienen de la mano de Cristóbal Suárez de Figueroa, quien en su *Plaza universal de todas ciencias y artes* (1629) introduce capítulos concernientes a librereros, correctores e impresores. En relación con el primero de los oficios aludidos, el autor hace un breve recorrido histórico por insignes librerías para concluir enumerando los instrumentos con los que ha de disponer un librero a la hora de llevar a cabo su oficio (encuadernar pliegos), y apunta:

por de buenos colores que se quieran pintar los librereros, no dejan también de padecer sus defetos y vic[i]os. Quanto a lo primero, sin los descuidos en las obras y costumbres de mentir, que ya es hábito en ellos, les atribuyen principalmente los daños que se siguen en la república de libros legos y escandalosos. Porque como quiera que consigan ganancia (blanco en que siempre ponen la mira) no reparan en esparcir por el mundo tan mala semilla. Encárganse con particular ansia de su impresión, comprando a veces ha subido precio lo que de balde sería carísimo. [...] Solo eligen lo que les puede ser útil, y lo que como dicen se halla guisado para el gusto del vulgo, cuyo talento en cosas de ingenio descubre quilates de plomo pesado y vil. Mas no paso adelante, supuesto son amigos, y no es bien los irrite; siquiera porque se muestren poco favorables en el despacho desde libro (1629: f. 376v).

²¹ Para una revisión más completa de este asunto, que excede asimismo los límites de nuestro cometido, véase Nadal, 2011. En dicha obra se menciona el que parece que hubo de ser el primer tratado tipográfico en lengua española: *Reclamo de impresores* de Vasco Díaz Tanco, del que no se han localizado ejemplares (Nadal, 2011: 54).

Por otra parte, se omite aquí uno de los manuales señeros del oficio por pertenecer a la tradición anglosajona: *Mechanick Exercises on the whole Art of Printing* (1683) de Joseph Moxon.

En el capítulo dedicado parcialmente a los correctores, el autor trata aspectos relacionados con los soportes de la escritura, los ortógrafos o los focos lingüísticos en los que el corrector habría de centrar su atención: los signos de puntuación, la ortografía y voces arcaicas así como ciertas figuras del lenguaje que deberían de ser detectadas y enmendadas en casos concretos (solecismo, pleonismo, perisología, tautología, etc.). Asimismo, Suárez de Figueroa concluye este apartado delatando los defectos de los correctores: «Mas no por eso dejaron y dejan de mezclar muchos vicios en estas cosas, usando por instantes de negligencia en las emprentas, supuesto escriben ignorantemente al revés de lo que debrían, condenando con imprudencia el error ajeno en que incurren los mismos» (1629: f. 129v).

Aparte de los mencionados, no menos interesante resulta el apartado dedicado a los impresores (capítulo CXI) en el que, después de un elogio introductorio a la imprenta y breves notas históricas sobre su invención y difusión, lleva a cabo una explicación de los diversos roles partícipes en el proceso de impresión, de modo que detalla las respectivas labores de fundidores, componedores, tiradores, batidores y correctores, exposición acompañada de una descripción de las partes de la prensa. Suárez de Figueroa omite en este caso cualquier referencia a la cuenta del original, reduciendo la información concerniente a los componedores a los tipos de letras y a los instrumentos que emplean en su oficio. El autor concluye el apartado de los impresores con el siguiente apunte sobre la relación entre autores y operarios de imprenta:

la fatiga de todos sus oficiales es increíble, y no menor la de los autores mientras duran las impresiones de sus libros. Entre unos y otros suele haber no pocas diferencias y voces, nacidas así de las prolijidades de los primeros como de las remisiones de los últimos: si bien en esta parte están disculpados por ser preciso en ellos cualquier instante de tiempo para la puntualidad de sus tareas, que suelen ser grandes. Mas al cabo paran todas estas rencillas en mucha conformidad, satisfacción y agradecimiento [...] ²² (1629: f. 379v).

Apenas cuatro décadas después de los aportes de Cristóbal Suárez de Figueroa, el polifacético Juan Caramuel imprimió otro de los testimonios más sugerentes respecto a la imprenta: el *Syntagma de arte typographica* (1664), donde critica de forma genérica el *modus operandi* de los operarios de imprenta:

he observado y aprendido muchas cosas en las que los tipógrafos se equivocan voluntariamente, tomé la pluma el año pasado y escribí este tratado para que sea de utilidad tanto a los autores que publican libros como a los artífices materiales que se encargan de la edición [...] Muchos aspectos hay en este arte que deben considerarse desde un punto de vista práctico y moral, aspectos que necesitan ser perfeccionados o, cuando menos, considerados a fondo. Y puesto que conozco bien este arte y veo que hay muchos al frente de las imprentas que lo ignoran, escribo las páginas que siguen para que sirvan de gobierno a sus manos y a sus conciencias (2000: 271).

Probablemente uno de los puntos más útiles de la crítica de Juan Caramuel tenga que ver con su apreciación de ciertos hombres de imprenta:

²² Modernizo las grafías.

Muchos impresores ávidos de lucro no admiten demoras y se niegan a corregir las formas, por mucho que reclame el autor. De ahí las quejas de tantos hombres ilustres [...] Se da el caso de que impresores que parecen diligentes son de lo más descuidado. De hecho, mientras se corrige una forma o se manda al autor una prueba, siguen imprimiendo muchos folios, dándose por contentos con que se incluyan las correcciones solo en los últimos. Y así estafan al autor y desde la propia imprenta distribuyen la edición de un mismo libro con unos folios corregidos y otros sin corregir. Este abuso es grave en las letras pero absolutamente intolerable si se trata de números. Y aún hay veces que se acusa al autor de ignorancia, cuando debiera atribuirse negligencia o malicia al corrector. Si el libro se imprime a expensas del impresor se corrige con todo cuidado. Si es a cuenta del autor o del librero, con poco o ninguno. ¿Y por qué? Si se corrige bien tiene más compradores y sube de precio: por eso el impresor es diligente si se trata de su negocio y negligente cuando es ajeno (2000: 281-283).

Tal vez uno de los tratados sobre la imprenta más difundidos entre los estudios de Bibliografía Material, dada su prolijidad y su detallada perspectiva de los diversos quehaceres y haberes del taller de imprenta, es precisamente el manual del maestro impresor Víctor Alonso de Paredes, a quien su dilatada trayectoria en el oficio lo mueve a dar a la luz su *Institución y origen del arte de la imprenta y reglas generales para los componedores* (ca. 1680) con la finalidad de aleccionar a operarios noveles. Tras un recorrido a través de los hitos más señeros de la historia de la imprenta, el autor trata asuntos como los diversos tamaños de letra, las cajas de tipos, la ortografía, los distintos formatos de libro o las imposiciones, entre otros, además de un aspecto de especial interés ubicado en el capítulo octavo: la cuenta del original. Este apartado goza de un valor excepcional por su exclusividad, ya que no contamos en la tradición hispánica con otros testimonios que den cuenta de primera mano de tal procedimiento. A propósito de dicho recuento, Víctor Alonso de Paredes es el encargado de delatar veladamente ciertos remedios ilícitos perpetrados en los talleres de imprenta áureos cuando aviene algún desajuste en la cuenta:

Cuando se pueda excusar la cuenta, y componer seguido, no hay nada que la composición queda más igual, y mas agradable a la vista: lo que no se goza en el libro que se compuso contado, porque como no son ángeles los que cuentan, es fuerza que una o otra vez salga la cuenta larga o corta; y habiendo de remediarse la larga con tildes, y la corta con espacios (si ya no se valen de otros medios feos, y no permitidos, que no lo especifico porque se olviden si es posible) queda lo impreso con notable fealdad, que motiva a que el libro le arrimen y dejen de leerle (2002: f. 35v).

Por su parte, Juan Joseph Sigüenza y Vera, regente de la imprenta de la Compañía de impresores y libreros del reino en el momento de publicar su manual (1811, imprenta de la Compañía), dedica su *Mecanismo del arte de la imprenta* a la memoria de su maestro, Joaquín Ibarra. Confiesa el autor que el propósito de compendiar su conocimiento del arte de la imprenta surgió a partir de un error garrafal que cometió como trabajador de la misma:

por haber echado a perder una urgente relación de méritos de quatro planas por la mala colocación de las dos del blanco en la prensa, cuyo primer pliego no miré con el debido

cuidado, de que resultó una dilación perjudicial al interesado, y a Ibarra un grandísimo disgusto [...] determiné hacer parte de este trabajo (1811: f.VI).

En su manual, de inmensa relevancia, el maestro impresor comienza presupuestando un taller de imprenta. Seguidamente, aporta numerosas instrucciones a los componedores sobre la distribución de los espacios, las líneas que debe tener cada plana en función del tamaño y el tipo de letra, la forma de insertar las letras, signos de diversas lenguas y disciplinas (hebreo, alemán, matemáticas...) así como un glosario de términos de dudosa ortografía tanto castellanos como latinos, entre otros aspectos, con miras a facilitar la labor del empleado de la imprenta.

Todos estos textos son, en definitiva, testimonios imprescindibles para el conocimiento de las labores realizadas en los talleres de imprenta de tradición hispánica.

2.1.2. DESCRIPCIÓN DEL EJEMPLAR *LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS* (MSS/6521, BNE)

2.1.2.1. Introducción

El manuscrito preparado para la imprenta *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637) se conserva casi íntegro —a falta de los folios 112 y 161 del total de los 279 que componen la obra— en la Biblioteca Nacional de España (MSS/6521). Se trata de un ejemplar de 25 x 18 cm encuadernado que hace gala de una esmerada presentación mediante encuadernación en pergamino, con tejuelo con hierros dorados y cortes rojos.

2.1.2.2. Títulos y encabezados

El ejemplar descrito atesora no pocas particularidades, como el hecho de presentar dos títulos. El primero de ellos, «La culebra de oro», corona el ejemplar en una suerte de portadilla, escrito en mayúsculas redondas y ornadas en la mitad superior del folio, numerado, por lo demás, con un uno romano a lápiz, que presumiblemente habría sido escrito con posterioridad. Este aspecto lo deducimos no solo por el color del trazo sino también por el tipo de numeración, pues en ambos aspectos difiere de la numeración arábiga del resto del ejemplar, que comienza a partir del folio siguiente. Y es entonces, precisamente, cuando aparece un nuevo título «Para algunos. Discursos de Matías de los Reyes» en minúsculas de un tamaño ligeramente superior al del cuerpo del texto, cuya introducción se deja ver en ese mismo folio. A partir de este, de principio a fin, se produce un reparto equitativo de las dos partes del título en los encabezados del ejemplar, pues todos los vueltos del manuscrito rezan «La culebra de oro», mientras que en los rectos se lee «Para algunos. Discurso X». Esta equipolencia únicamente se quiebra en los rectos de los folios 57, 61, 84, 89, 215, en los que, contrariamente a la norma, se lee «La culebra de oro».

Tal alternancia de títulos ubicada en el encabezado de los folios del manuscrito se omite al comienzo de cada uno de los trece discursos. En el primer folio de cada uno de ellos el encabezamiento inicial lo conforman, por el orden que sigue, el título —*La culebra de*

oro. Para algunos—, el número de discurso («discurso X») y la palabra «argumento» acompañada de una breve sinopsis del contenido de dicho capítulo, síntesis que se deja ver únicamente en el caso de los ocho primeros discursos —en el resto solo se halla un espacio en blanco en su lugar—. Las partes referidas, a excepción del número de discurso, han sido tachadas con posterioridad —así lo manifiesta el tono más claro de la tinta—. Adicionalmente, en algunos casos se anota al margen un nuevo epígrafe y se indica, en ocasiones mediante un aspa, que debe ubicarse en el lugar del encabezamiento. Sirva de ejemplo el caso del discurso tercero, cuyo sumario expone

~~Propone su madre a Acrisio la jornada de Nápoles con razones eficaces. Dale a entender su calidad y abuelos. Él contradice su pretensión con razones notables, comunícalo con Olimpia. Procura ella divertirlo del intento de su madre y, en fin, convencida, le concede licencia. Y él se parte a su jornada~~ (Reyes, *ca.* 1637: f. 79v).

Al margen de ese mismo folio se ha anotado «Prosigue la historia». En efecto, en el resultado impreso, se lee «Discurso tercero. Prosigue la historia» (*ca.* 1637: f. 58v).

2.1.2.3. Caligrafía y numeración del ejemplar

Pese a que esta cuestión se abordará más adelante, se puede anticipar que al cotejar la caligrafía de la totalidad del manuscrito, parecen advertirse dos manos diversas. La primera de ellas habría copiado únicamente el primer folio íntegro (recto y verso) de la introducción. A esta consideración no solo nos mueve el estilo divergente de la letra con respecto al resto del ejemplar, sino que también lo hacen la disposición del folio (con márgenes laterales más holgados) y el número de líneas del mismo: treinta y nueve líneas frente a las treinta y siete que suelen ocupar cada plana del manuscrito. No obstante, no van a ser estas las únicas diferencias que se establezcan entre este primer folio y el resto de la introducción, puesto que, a excepción de aquel, todos los demás presentan en el margen interno una numeración que comprende dígitos entre el cinco y el dieciséis dispuestos ordinalmente. Cada uno de los números, a partir del cinco, se corresponde con el comienzo de un párrafo diverso.

Dicha introducción o narración marco en la que figuran tres personajes (el propio Matías de los Reyes, Acrisio y un religioso de Talavera) aparece interrumpida por la lectura de una comedia del mismo Matías de los Reyes que ya había sido publicada con anterioridad: *El agravio agradecido* (Jaén, Pedro de la Cuesta, 1629). Pues bien, una vez culminada la comedia —en la que no figura la numeración aludida al margen—, el párrafo que sigue —que forma aún parte de la introducción— viene numerado con el dígito diecinueve. Del mismo modo, en el folio siguiente continúan los números en el margen, si bien esta numeración es el único reducto que permanece de un folio anterior que fue cortado y del que solo se conserva precisamente el margen. Sobre este resto se ha pegado una banderilla: un nuevo folio, el 38r-v.

Es probable que no solo se mutilase el folio aludido, culmen de la referida introducción. En efecto, tras el treinta y ocho, únicamente aparece un folio en blanco —numerado posteriormente en la parte superior con un treinta y nueve a lápiz— y a continuación figura el comienzo del primer discurso, que pasa a ocupar el recto del folio cuarenta y siete. Este salto, además de la banderilla, nos permite intuir que entre la introducción y

el primer discurso hubo de existir un texto que pudo o no formar parte del proyecto global de *La culebra de oro. Para algunos*.

Aparte de este caso que no exhibe una carencia de texto sino más bien una reestructuración del mismo, el manuscrito evidencia la pérdida de los folios 112 y 161, cuya reconstrucción textual ha sido posible a partir del ejemplar R/4475 de la princeps.

2.1.2.4. A propósito de la dedicatoria

En el *Para algunos* Matías de los Reyes incluyó su comedia más estimada, *El agravio agradecido* (Jaén, Pedro de la Cuesta, 1629), publicada años antes y dedicada entonces a Tirso de Molina. En el manuscrito original de imprenta, tanto la dedicatoria al autor de *Los cigarrales de Toledo* como la comedia fueron reescritas con respecto a su anterior edición. Las alteraciones que afectaban a la dedicatoria jamás llegaron a ver la luz en tanto que ya en el consecuente impreso desapareció la loa tirsiana y el *Para algunos* en su conjunto fue brindado a don Pedro de Carvajal y Ulloa, quien pertenecía a una influyente familia cacereña²³ (Johnson, 1973: 33).

2.1.2.5. Tramitación legal de *La culebra de oro. Para algunos*

El primer paso en la publicación de un libro impreso durante el periodo que nos ocupa pasaba por solicitar la licencia de impresión, trámite legal similar a una suerte de censura cuya finalidad estribaba en verificar que el libro en cuestión no comprendiese contenidos que contraviniesen la fe y las buenas costumbres. En el caso del *Para algunos*, dicha licencia se emitió en octubre de 1637 de mano del licenciado de ordinario Lorenzo de Iturrizarra, uno de las personalidades más recurrentes de los paratextos legales áureos (Moreno Garbayo, 1999: 37).

Una vez emitida la licencia, el segundo trámite era el privilegio de impresión, que concedía el derecho de imprimir una obra concreta en un reino y periodo también determinados —generalmente, se otorgaba por el plazo de una década—. Puesto que lo usual era que los autores carecieran del presupuesto necesario para dar a la luz sus obras, la tendencia mayoritaria era vender este privilegio a un editor, librero o impresor con quien se concertaban, mediante contrato, las condiciones de impresión (Reyes Gómez, 2000: 35). Y esto será precisamente lo que ocurra en el caso que nos ocupa. En el *Para algunos*, tal y como figura en los preliminares legales, la suma del privilegio se le otorga a Matías de los Reyes para esta obra particular. Su declaración se hace efectiva el 18 de noviembre de 1637 por parte del secretario de S.M. Francisco Gómez de Lasprilla que, como en el caso anterior, figura en no pocas tramitaciones legales relativas al proceso de impresión (Moreno Garbayo, 1999: 37). La compra o posesión

²³ Según Johnson, Matías de los Reyes habría pretendido dedicar su última obra a Lorenzo Ramírez de Prado (a quien anteriormente le había brindado la tercera emisión de la única edición de 1636 de *El Menandro*, v. Coppola, 2018: 560), pero una desavenencia entre ambos habría propiciado la decisión *in extremis* de dedicar su *Para algunos* a Pedro de Carvajal y Ulloa (Johnson, 1973: 33). A este respecto resulta sugestiva la afirmación de José Simón Díaz: «Un nuevo análisis del tema nos llevó a conclusiones bastante negativas sobre el alcance real de dicho mecenazgo. Las dedicatorias de libros a grandes personajes no pasaron de ser una protección «en grado de tentativa», pero casi nunca alcanzada» (1991: 248).

del privilegio suponía que la obra a la que se le había concedido podía comenzarse a imprimir. En esta ocasión, Matías de los Reyes hubo de vender el privilegio de impresión a Gabriel de León y Lorenzo Sánchez (hijo de Juan Sánchez y María del Castillo, regentes del taller de imprenta en el que se gestó el *Para algunos*), dos de los librereros más destacados de la época sobre los que se volverá más adelante.

Si todo continuaba según los cauces usuales, finalizada la edición, uno de los ejemplares debía ser cotejado por el secretario del Consejo con el manuscrito original en aras de constatar que la edición había respetado lo supervisado por la censura (Chartier, 2012: 392). De los deslices perpetrados daba cuenta la fe de erratas, en esta ocasión firmada por el licenciado Murcia de la Llana el 30 de enero de 1640. No obstante, a la luz no solo del *Para algunos* sino de otras tantas publicaciones, se puede sospechar que este proceso no debió de ser sumamente minucioso y, en efecto, la hipotética confrontación efectuada por Murcia de la Llana apenas evidencia un ínfimo porcentaje del total de variantes existentes entre ambos documentos.

Idéntica fecha que la fe de erratas, esto es, el 30 de enero de 1640, posee el último procedimiento legal, la suma de la tasa, que consistía en otorgar al libro un valor pecuniario en función del número de pliegos por los que estuviese constituido. De la tasa del *Para algunos*, formado por cincuenta y siete pliegos, se ocupó el secretario Arrieta, miembro del Consejo. Precisamente Francisco de Arrieta había sido el encargado de rubricar cada una de las planas del manuscrito *La culebra de oro. Para algunos*.

Tras este somero rastreo por las diversas diligencias necesarias para imprimir un libro en el Siglo de Oro, constatamos que el espacio de tiempo comprendido entre la concesión de la licencia —primera de los gestiones— y la suma de la tasa, es decir, entre octubre de 1637 y enero de 1640, fue de dos años y tres meses, un periodo mayor del usual por motivaciones que nos son desconocidas. Probablemente tuvieron algo que ver la falta de medios económicos y de librereros dispuestos a financiar la edición²⁴.

2.2. DE LA AMBIGÜEDAD DE UN TÍTULO, ¿ESTRATEGIA COMERCIAL?

No parece necesario incidir en la carga semiótica de un título, máxime cuando concierne a un texto literario: engloba y abarca el todo textual que un determinado autor preconice, de la misma manera que se convierte en el primer peldaño de una escalera llamada «texto», y *a priori* incita o disuade de su lectura. Se trata, en cualquier caso, del vínculo entre el lector y su lectura y entre el autor y su obra:

le titre a la primauté sur tous les autres éléments composant le texte. Nous parlons ici de primauté dans un doublé sens: le titre est non seulement cet élément du texte qu'on

²⁴ Sobre este trámite y sus posibles dilaciones, v. Dadson, (1984: 1058), González de Amezúa (1951: 250), Reyes Gómez, (2010: 36) y Bouza y Rico (2009: 25), entre otros.

perçoit le premier dans un livre mais aussi un élément autoritaire, programmant la lecture. Cette suprématie de fait influence toute interprétation possible du texte (Hoek, 1981: 1-2).

El primero de los títulos que aparece al frente de la última obra de Matías de los Reyes, «La culebra de oro», corona el manuscrito de forma absoluta en un folio liminar. En el folio siguiente puede leerse «Para algunos. Discursos de Matías de los Reyes»²⁵. Sin embargo, lo cierto es que «La culebra de oro» no alcanzó las letras de molde, puesto que en la portada del impreso —y, por tanto, en la tradición literaria— el texto quedó motejado solamente con el título restrictivo: «Para algunos de Matías de los Reyes» (Madrid, viuda de Juan Sánchez, 1640). Nadie supo —más allá de las personalidades que intervinieron en el proceso legal o los trabajadores de la imprenta de la viuda de Juan Sánchez— que detrás de una obra dirigida a un reducto de lectores se escondía una culebra dorada. O sí.

2.2.1. DE LAS RELACIONES DIALÓGICAS DE AMBOS TÍTULOS: SU INTERTEXTUALIDAD

Resultan palmarias las relaciones dialógicas que ambos sintagmas, respectiva e independientemente, mantienen con la tradición anterior así como con la contemporaneidad cultural de Matías de los Reyes.

En efecto, en el primero de los casos, *La culebra de oro* remeda la clásica novela de Apuleyo, *El asno de oro*, y al igual que aquella, se basa en las peripecias de un joven que acaba metamorfoseado en animal durante el transcurso de un viaje. Así, la lectura del *Para algunos* rezuma la impronta de las aventuras de Lucio aunque no exclusivamente de forma directa, sino filtrada por un eslabón que engarza ambos testimonios tan dispares en el tiempo: se trata de la *novella* italiana de Lorenzo Selva, *Della metamorfosi, cioè trasformazione del virtuoso* (Orvieto, Rosato Tintinassi, 1581), que Matías de los Reyes tradujo parcialmente en el *Para algunos*²⁶.

En relación con el segundo título, notablemente taxativo —«para algunos»—, entabla un diálogo irrefutable con el *Para todos* de Juan Pérez de Montalbán (Madrid, imprenta del reino, mayo de 1632), obra híbrida que ya desde el momento de su publicación

²⁵ El caso de este manuscrito parece no ser infrecuente: «En ocasiones el título [de la anteportada] difiere del de la portada, por lo que habrá que recurrir a las reglas de catalogación para ver la fuente principal y, en su caso, indicar en el área de notas el título correspondiente. Con cierta frecuencia se combina con una portada calcográfica, sobre todo en el siglo XVII» (Reyes Gómez, 2010: 26). En la misma línea, McKerrow apunta a que «existen también algunos libros en los que el encabezamiento de la primera página de la obra, propiamente dicha, y el titulillo difiere de la portada y, en tales casos, podemos probablemente deducir que este encabezamiento conserva el título que el autor propuso originariamente» (1998: 122).

²⁶ A propósito de estas relaciones, v. Gómez Moral, 2015a, 2015b. En cuanto a este aspecto, son múltiples las ocasiones en que Apuleyo aparece citado en el *Para algunos*. En algunas de estas citas no deja de sorprender la atribución autobiográfica de la experiencia metamórfica de Lucio —protagonista de *El asno de oro*— a su autor, Apuleyo; equívoco con una difusión nada desdeñable. De hecho, «la obra [*El asno de oro*] no fue percibida con nitidez por muchos lectores que confundieron el autor con el narrador y se preguntaron si leían una autobiografía real o una inventada» (Fernández Corte, 2007: 679). Y es que el propio autor, Apuleyo, era conocido por su inclinación «a las artes mágicas [...] y a la religión y las iniciaciones místicas» (*ibidem*).

contó con un éxito evidente²⁷ y fue objeto de una de las más fervientes controversias literarias de la época. En ella, como no podía ser de otra manera, se vio involucrada la pluma impetuosa de Quevedo, que, desde *La Perinola*, le dedicó algunos de los ataques más vejatorios que escaparon de su ingenio²⁸. Buena prueba de ello viene dada en el fragmento de este libelo que narra el momento en que un mozo interrumpe los entretenimientos de unas damas para mostrarles el *Para todos*. Una de ellas, incrédula ante tal generosidad, sentencia que «si es para todos, será la muerte» (Quevedo, f. 161r). En suma, otra de las damas concluye que

libro que es para todos, guárdele, que el autor, sea quien fuere, confiesa, que es obra vulgar y bazofía, porque universalmente para encarecer el primor de una cosa buena, se dice, que no es para todos, y por la misma razón, siendo para todos, es bodegón, y olla de mondongo de esquina: guarde su libro, que yo quiero cosa, que sea para pocos, porque las tales son muchos menos las [sic] que las saben hacer (Quevedo, ff. 161v-162r).

Ambos pasajes representan solo una ínfima demostración del compendio de injurias dirigidas a todos los ámbitos de la obra y encaminadas a demoler la fortuna literaria de Juan Pérez de Montalbán, quien, por su parte, no solo respondió a la embestida de Quevedo con su *Trompa del doctor Juan Pérez de Montalbán, contra la Perinola de don Francisco de Quevedo, diablo cojuelo, jorobado y con cuatro ojos* (Piero, 1961: 44) sino que, además, firme ante su convicción, volvió a justificar el título «Para todos» en el primer volumen de sus *Comedias* (1638):

Algunos melindrosos se han enfadado del título de *Para todos* y a mi parecer sin razón: porque supuesto que trata de todas las materias que profesan todos, *para todos* se debe llamar y no de otra manera, porque decirle *Para muchos* es bueno, y no lo es más; *Para algunos* es algo, pero no es mucho; y *Para ninguno*, ni es mucho ni poco, porque no es nada» (Vivar, 2003: 5).

No poco alcance hubo de tener tamaño litigio, en el que, amén de Quevedo y Juan Pérez de Montalbán, acabaron tomando parte a favor de uno u otro bando el padre fray Diego Niseno, fray Martín Jiménez de Embún, Jerónimo de Vera o Pedro Ribera²⁹, entre otros. De hecho, la contienda resonó incluso en los preliminares del *Para algunos*, donde Gregorio Cid de Carriazo³⁰, en la dedicatoria al lector de esta misma obra, se hace eco de la aludida defensa de Pérez de Montalbán para con su título:

No es menos notable haberle dicho *Para algunos*, porque no solo es algo mucho y bueno, sino lo que más sentencioso que pudiera decirse para algunos es este libro, que fuera poco segura confianza pensar que podía hacerse para todos, porque no hay pluma que universalmente pueda satisfacer lo necesario, como ni ajustarse a la voluntad de todos ni atribuirse a natural humano que no ignore algo de lo que todos saben» (1640: f. §7v).

²⁷ v. Vivar (2003: 1).

²⁸ V. Amezúa y Mayo (1951, II: 73 y ss.).

²⁹ v. González de Amezúa y Mayo (1951, II: 70-79), Piero (1961: 41-42), Plata (2006: 246-253).

³⁰ Alcalde de Villanueva de la Serena, localidad de Extremadura en la que Matías de los Reyes desarrolló durante varios años su labor como administrador de las reales alcabalas de la Orden de Alcántara.

Asimismo, un suceso añadido que refrenda la magnitud de este múltiple y feroz enfrentamiento, que sobrepasó holgadamente los confines de la literatura, no es otro que la mención explícita a esta polémica en torno al *Para todos* que el padre Niseno incluyó en el sermón fúnebre pronunciado con ocasión de la temprana muerte de Juan Pérez de Montalbán en 1638 (Piero, 1961: 42).

Partiendo, por tanto, de estos lances que no hacen sino corroborar el nivel de difusión de los libelos partícipes en esta contienda, es probable que la elección del segundo título de Matías de los Reyes —«para algunos»— viniera motivada parcialmente como acato de este principio quevedesco: «yo quiero cosa, que sea para pocos» (Quevedo, f. 162r). Pero también, sin duda, tuvo algo que ver un deseo frustrado del escritor: alcanzar la fama literaria en el postrero intento, aspirando a imbricar su última obra en la esfera de la polémica que había suscitado el *Para todos*³¹ en aras de trascender la marginalidad intelectual y obtener un merecido reconocimiento —por más que fuera a base de salpicones y solo a la zaga de Montalbán— que se truncó en utopía (Johnson, 1973:226).

Si bien en su época Matías de los Reyes ni siquiera rozó la pretendida fama, la selección de su título, en relación con la obra de Pérez de Montalbán, sí tuvo repercusiones póstumas. Y es que a pesar de que la tradición crítica hispánica ha mostrado injustamente cierta indiferencia hacia su figura, en aquellas ocasiones en que ha interrumpido su silencio lo ha tildado, en la inmensa mayoría de casos, de imitador del *Para todos* de Juan Pérez de Montalbán³², cuyo invento, dicho sea de paso, pareció no cautivar en exclusiva a Matías de los Reyes, pues en 1661 Juan Fernández y Peralta publicaba el *Para sí* (Zaragoza, Juan de Ybar). A propósito de esta triple relación (*Para todos*, *Para algunos*, *Para sí*) se han vertido los más variopintos juicios, de los que los siguientes son solo una representativa muestra: Pfandl diagnosticó esta correspondencia dialógica como un «ridículo juego de títulos» (1933: 400); González de Amezúa, por su parte, consideró que tanto Matías de los Reyes como Juan Fernández y Peralta, «ingenios menores», habían simulado con sus obras una segunda parte del *Para todos* que Pérez de Montalbán no había podido sacar a la luz (1951, II: 94); Anne Cayuela la juzgó como una moda y un juego paratextuales que representaban la eterna dicotomía clásica del acceso cultural para el vulgo o el discreto (1996: 126-128) y Vivar, por último, la asimiló como el reflejo de la relación escritor-lector, en la que entrevió una paulatina restricción de la figura del receptor, símbolo de la decadencia de la novela en el diecisiete (2003: 2). Esta diversidad de criterios, en definitiva, solo demuestra que, aunque Matías de los Reyes jamás logró ser reconocido entre los más ilustres escritores del barroco español³³, su reputación ulterior, principalmente derivada de su *Para*

³¹ v. Jonhson (1973:9-10); Vivar (2003: 5).

³² v. Antonio (1996: 114); Roscoe (1832: 4); Ticknor (1849: 141); Salvá (1872, I: 491); Cejador y Frauca (1972, IV: 232); Place (1926: 80); Ripoll (1991: 136); Vivar (2003: 1); González de Amezúa y Mayo (1951, II: 93); Johnson (1973: 186); Vázquez (1983: 407); Ríos (1969: 93).

³³ «Reyes does not figure in any of the lists of *ingenios* published during his lifetime» (Johnson: 1973: 226).

algunos, ha perdurado indisolublemente unida a la retaguardia del *Para todos* de Juan Pérez de Montalbán.

2.2.2. TRAS LA PISTA DE LOS INDICIOS TEXTUALES

Nada más abrir la obra, en el recto del segundo folio del cuaderno de preliminares (f. §2r, esto es, en el folio siguiente al de la portada), Matías de los Reyes lanza una sugerente advertencia al lector de forma camuflada, ya que comparte folio con los paratextos legales a los que precede (suma de la tasa, suma del privilegio, licencia del Ordinario y fe de erratas). El autor sugiere, en un puñado de líneas, que, dada la densidad conceptual del primer discurso que forma parte de la obra, basado únicamente en disertaciones teóricas sobre la magia metamórfica y lejos, por consiguiente, de la mera ficción, el lector puede libremente prescindir de su lectura, y para ello aporta la clave de tal derecho de omisión:

Advierto al que leyere, que si se hallare embarazado su gusto con la lección del primer discurso, por lo que le parezca contradiciente a lo que promete de entretenido este libro en la disputa de la magia, podrá pasar al siguiente, en que se da principio a la narración. Que fue necesario escribirle *para algunos* que no son prácticos en estas operaciones de estas ciencias, que ya será posible le vuelva a buscar después de haber leído el libro, por informarse de lo duro que ofrecerán a su crédito los admirables sucesos de Acrisio³⁴ (f. §2r).

Aparte de este consentimiento de omisión, cuya inclusión del título pudo responder a una motivación fortuita, a lo largo de la obra se esparcen menciones explícitas y deliberadas del título en las que Matías de los Reyes toma en consideración diversos interventores del proceso literario —esencialmente, autor y lector— a la hora de argumentar su elección y dotar de sentido a la expresión «para algunos». La primera de ellas aparece en el prólogo de la obra, donde el autor declara abiertamente su pretensión literaria: «he procurado el deleite en lo moral y alegórico para algunos doctos, y para algunos vulgares lo literal, porque ni a todos los doctos ni a todos los vulgares se puede satisfacer con singularidades» (Reyes, 1640: f. ¶2v). En esta declaración de principios duplica el nivel de lectura, y, por tanto, la exégesis de esta narración, basándose en el nivel cultural del receptor: al vulgo le dirige el plano literal, mientras que para el discreto³⁵ relega la dimensión simbólica. Esta alusión al título no será la única, pues ya al final de la obra el autor hace gala de falsa modestia al tornar la perspectiva esta vez hacia sí mismo y afirmar que «por escribirlos yo no podré prometerme serán «para todos», me contentaré de que sean «para algunos»³⁶ (Reyes, 1640: f. 218v). Este pasaje cuenta, además, con un valor clave en tanto que en este caso el juego intertextual viene reforzado gráficamente en el manuscrito autógrafo —medida que se adoptará también en la configuración del impreso—, donde ambos títulos se distinguen del resto del texto

³⁴ La cursiva es mía.

³⁵ Algo parecido proclamó Mateo Alemán en los preliminares del *Guzmán de Alfarache*, desdoblado la dedicatoria para sendos receptores: «Al vulgo» y «Al discreto lector».

³⁶ González de Amezúa y Mayo, a propósito de la relación entre el *Para todos* y *Para algunos*, sostuvo erróneamente que Matías de los Reyes en el *Para algunos* no hacía «alusión alguna [...] al *Para todos*» (1951, II: 93). Bien al contrario, según se puede ratificar, son varias las referencias premeditadas a la obra de Juan Pérez de Montalbán.

por el uso de mayúsculas marcadas. Por último, en la concluyente aspiración que cierra la obra, Matías de los Reyes vira de nuevo hacia el destinatario «deseando por lo menos haber acertado con algo bueno “para algunos”» (Reyes, 1640: f. 218v).

Entre estas varias alusiones intertextuales, debidas al propio autor, no hay rastro de «la culebra de oro», título que inviste el manuscrito³⁷. Ahora bien, una sintomática excepción tiene lugar en la dedicatoria que Gregorio Cid de Carriazo dirige «A los que leyeren», paratexto donde el alcalde de Villanueva de la Serena suele referirse a la obra que prelude como «Para algunos»³⁸. Urdido en sus palabras, llama poderosamente la atención el siguiente reclamo propagandístico: «te divertirán los encantos *d’esta culebra de oro* que aun hasta en verle el fin los has de experimentar si los comienzas, te aseguro» (1640: f. §8v). Este vestigio, fruto de una conciencia externa al autor, implica que tal dualidad titular excedía la voluntad de Matías de los Reyes. De hecho, no existe insinuación o evidencia alguna a lo largo de toda la narración —más allá del título del manuscrito— que invite a inferir tal apelativo, puesto que, por más que el personaje principal acabe convertido en sierpe, el adyacente «de oro» no es deducible a partir de los datos textuales. ¿Por qué, entonces, el autor de este texto liminar, Gregorio Cid de Carriazo, conocía el (ante)título «La culebra de oro» y así lo proclama en la dedicatoria, que usualmente se escribía una vez que la obra estaba impresa, a falta solo del cuaderno de preliminares? Excluyendo hipotéticas elucubraciones sobre la autoridad de esta dedicatoria al lector, la lógica lleva a considerar que o bien esta información procedía directamente de Matías de los Reyes o bien de la lectura particular que Gregorio Cid de Carriazo habría hecho de alguna copia manuscrita o ya impresa, quizá similar a la que aún se conserva, aquella que sirvió como original de imprenta y en la que el autor le otorgó paridad de relevancia a ambos títulos, «La culebra de oro. Para algunos».

A su vez, la recurrencia a la expresión «para algunos» en contraste con la nula presencia de «la culebra de oro» debidas a la mano del autor tiene que ver meramente con un aspecto cultural entreverado con la aspiración literaria de Matías de los Reyes. De manera que, a partir de todo lo expuesto, no parece disparatado sentenciar que el público lector de mediados del seiscientos español de un nivel cultural medio iba a ser capaz de vislumbrar la relación intertextual con respecto al *Para todos* de Juan Pérez de Montalbán, asociación meridianamente más compleja en el caso de «La culebra de oro», cuya relación con *El asno de oro* de Apuleyo es, grosso modo, indirecta. En suma, tampoco resulta baladí en este sentido la obsesión vital de Matías de los Reyes: abrazar el Olimpo de la Literatura española *in extremis* a partir de las controvertidas

³⁷ La única mención a la serpiente, símbolo en esta ocasión de lo pernicioso, se muestra inserta en una sentencia latina. Matías de los Reyes, quien ofrenda el *Para algunos* a don Pedro de Carvajal y Ulloa, diserta en la dedicatoria, entre otros temas, sobre la adquisición de la virtud y confiesa que la mejor forma de cultivarla reside en la lectura de buenos libros. En relación con estos, critica la lectura placentera al considerar que lo usual es leer fábulas desprovistas de consejas y entregadas por entero al mero entretenimiento, donde juzga que «ibi latet anguis», esto es, que lo nocivo de la lectura se oculta precisamente tras el deleite de la literatura.

³⁸ «A los ignorantes y a los caprichosos de espíritu contradictivo podrá servirle el título *Para Algunos* [...]» (1640: f. §8v).

repercusiones del *Para todos*, y de ahí los diversos juegos lingüísticos dispersos en varios fragmentos de la obra.

Por lo que respecta al ámbito de los paratextos legales, todos pretendían favorecer la impresión de un libro «intitulado *Para algunos*». Mas las historias de otros textos áureos han desvelado que el proceso legal previo a la publicación de una obra así como el tránsito de la misma por la imprenta no fueron siempre adheridos a la licitud, la moralidad o la impecabilidad. A ello contribuye, probablemente, no solo el factor humano ineludible en esta transformación, sino también, y de forma evidente, su condición mercantil.

2.2.3. NOTAS PARA UNA POSIBLE HIPÓTESIS

Carroll Johnson, en su monografía sobre Matías de los Reyes, declara que el cambio de título desde *La culebra de oro* hasta *Para algunos* habría sido auspiciado por el afán malogrado de reconocimiento literario del autor madrileño (1973: 226). A esta aseveración habría que añadirle un leve aunque sustancial matiz, ya que no se trata tanto de una sustitución cuanto más bien de una modificación —concretamente, una supresión parcial—, puesto que «Para algunos» se exhibe ya en un manuscrito que hubo de ser copiado en algún momento previo a octubre de 1637³⁹ y compuesto de forma evidente con cierta anterioridad. Luego este afán represor se hallaba ya en el origen de la obra, como así lo prueban también los indicios textuales.

Tal vez Matías de los Reyes, titubeante ante la última oportunidad de verse codeado con los más brillantes ingenios del Siglo de Oro, vaciló en el momento de escorar hacia un guiño a la tradición —*La culebra de oro*— que se correspondía, en efecto, con el contenido y los orígenes de su obra, o una elección diversa, ajena por completo a los asuntos tratados, pero con posibles e interesantes secuelas socioliterarias a partir de su relación con el aura controvertida del *Para todos* —a través de *Para algunos*—. Basta apenas un atisbo por el resto de títulos que componen la producción narrativa de Matías de los Reyes para advertir que la salutación a la tradición literaria se evidencia como una constante en el corpus. Así ocurre en *El Curial del Parnaso*, compuesto a partir de varias influencias⁴⁰, donde se hace eco del topónimo de su principal fuente literaria: *Ragguagli di Parnaso* de Trajano Boccalini. Por su parte, *El Menandro*, ya desde el título, reverencia a la literatura griega de modo similar a *La Ulixea*, de la que solo se posee un débil pero verosímil indicio de su existencia. La ruptura de esta tendencia —el homenaje a la tradición desde el título— a la que escapa el *Para algunos* exclusivamente en su versión impresa suscita ciertas sospechas en relación con la

³⁹ En el último folio del manuscrito puede leerse «Matriti, sexto idus octobris» (f. 279v), fecha carente de año. Carroll Johnson aventura que podría tratarse del mismo de 1637, unos días antes de entregar a las autoridades el manuscrito: «Since the *Licencia del ordinario* was granted at Madrid on 24 October 1637, and the approbation at Madrid on 4 November of the same year, it is reasonable to assume Reyes signed his *Para algunos* on 8 October 1637» (1973: 33).

⁴⁰ v. Giannini, 1929.

autoridad de la modificación del título, que pudo no responder, al igual que ocurrió con otros aspectos, a la voluntad de Matías de los Reyes⁴¹.

A pesar de que la circunstancia de una transformación titular ajena a los designios de un autor resulte extraordinaria, son considerables los casos que validan lo contrario⁴² y que tienen su razón de ser en causas dispares. En primer lugar, la divulgación masiva de una obra conlleva en ocasiones la trivialización de su título por parte de su entorno cultural. Sirva de muestra el caso de *El Arcipreste de Talavera que habla de los vicios de las malas mugeres e complexiones de los hombres...*, conocido en la tradición como *Corbacho* (Simón Díaz, 1983: 46), *La tragicomedia de Calisto y Melibea* asimilada como *La Celestina*⁴³, o la queja de Mateo Alemán inserta en la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*, ilustrativa en este contexto, cuando confesaba que «esto proprio le sucedió a este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Pícaro* y no se conoce ya por otro nombre» (II, 1, 6)⁴⁴.

De forma diversa a las reducciones anteriores, promovidas social y culturalmente, contamos con ejemplos cuyo cambio responde a un claro objetivo lucrativo y prueba que los agentes que intervenían en el proceso de gestación de un libro durante el periodo de la imprenta manual tenían una incidencia mayor en la configuración última de este de la que general y tradicionalmente se ha estimado. Puede valer para ratificarlo el testimonio autobiográfico de Juan Luis Vives, que se sentía acosado por un «mal hado» cada vez que los libreros o impresores de sus obras decidían cambiar el título de las mismas en aras de un mayor beneficio (Bouza, 1997a: 38-39). La experiencia de Vives, sin duda, fue algo habitual, especialmente en aquellos casos en que el autor había vendido el privilegio de su texto a un «costeador de libros», contrato con el que, a cambio de un puñado más o menos exiguo de reales o ejemplares impresos de su obra, perdía autoridad sobre la vida y hechos de la misma (González de Amezúa, 1951, I: 354; Moreno, 1999: 28; Reyes Gómez, 2000: 279). Ciertamente, son múltiples los análisis que confirman que la portada, carta de presentación de un libro impreso, era el lugar propicio en el que los trabajadores del libro actuaban libremente de espaldas a la voluntad del autor con fines crematísticos⁴⁵.

Tal parece haber sido el motivo de la diferencia entre el título que Miguel de Cervantes le otorga a su ilustre caballero, *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, en el memorial de petición de la licencia de impresión (Bouza y Rico, 2009: 20), y el título que ostenta el impreso confeccionado en el taller de Juan de la Cuesta, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Sea cual fuera la causa de la visibilidad de «don Quijote», la

⁴¹ Cayuela, A.; «Les fluctuations du titre peuvent être d'origines diverses. Elles peuvent provenir du fait que l'édition a échappé au contrôle de l'auteur. Le procédé de la copie, lié à la nature même du manuscrit, entraîne de par l'intervention de personnes étrangères à l'auteur, imposant leur propre subjectivité au texte, des modifications titulaires» (1996: 262).

⁴² A propósito de variaciones titulares, v. Cayuela, 1996: 262-264.

⁴³ V. Ruiz, 1999: 297-299.

⁴⁴ V. Alemán, 2007: 115; Rico, 2005: 435.

⁴⁵ V. Bouza, 1997a: 38; Reyes Gómez, 2000: 44; Rico, 2005: 439; Bouza y Rico, 2009: 20; Dadson, 1984: 1054.

indagación en solicitudes de licencia muestra que fueron cuantiosos los ejemplos en que, como en el caso cervantino, existieron diferencias entre los títulos que figuraban en la petición administrativa y en el definitivo ejemplar impreso.

La cuestión relativa a la reducción de *La culebra de oro. Para algunos* hasta convertirse en *Para algunos* no permite plantear cuestiones concernientes a su petición legal, puesto que, hasta el momento, se desconoce la conservación de su expediente. Solo se muestran accesibles los preliminares legales que figuran en el primer cuaderno del *Para algunos* y que conceden la publicación de un texto homónimo. ¿Pudo existir la posibilidad, por tanto, de modificar el texto legal a su paso por la imprenta —obviando así «La culebra de oro»— o bien con anterioridad a noviembre de 1637 —fecha de concesión del privilegio— Matías de los Reyes se había inclinado definitivamente por el título *Para algunos*, y por ello así figura en los paratextos legales? En relación con la primera alternativa, los documentos conservados tornan la respuesta difícilmente soluble. En cualquier caso, existen cuantiosos casos de modificaciones titulares ajenas a la voluntad del autor antes o durante su tránsito por la imprenta. Valgan de muestra los documentos legales que concedían a María de Zayas la publicación de una obra titulada *Honesto y entretenido sarao* que finalmente vio la luz tras su paso por la imprenta como *Novelas amorosas y ejemplares* (Zaragoza, Pedro Esquer, 1637) o la metamorfosis desde la *Plaza universal de todas las profesiones* de Suárez de Figueroa hasta *Plaza universal de todas las ciencias y artes* (Madrid, Luis Sánchez, 1615). Asimismo, afirma Bouza que al

Tratado de la simpatía y antipatía de la naturaleza de Juan Eusebio Niéremberg se le añadirá ese siempre sugerente *Oculto filosofía*. Y, en suma, *Las poesías castellanas* (1661) de Gabriel Fernández de Rozas correrán impresas bajo el título de *Noche de invierno, conversación sin naipes* (1663) (2012: 54).

Algo diverso le ocurrió a *La lira de las musas* de Bocángel, cuyo título era idéntico en portada y preliminares, pero «el texto impreso de 1637 no es el mismo para el que se había obtenido la licencia de imprimir dos años antes, [...] procedimiento técnicamente ilegal» (Dadson, 1984: 1058). Expuesto este sucinto muestrario, que prueba el recurso a conductas no siempre legítimas en las entrañas de la imprenta, no es de extrañar que a *La culebra de oro. Para algunos* pudiera haberle ocurrido algo similar. De hecho, como se advertía líneas arriba, en algunos casos «los títulos que aparecen en los pedimentos de licencia [...], serán alterados en mayor o menor medida al llegar a la imprenta» (Bouza, 2012: 36).

Por lo que respecta a la segunda cuestión, la posibilidad de un cambio autorial, queda irresoluble hasta que el hallazgo deseable de algún nuevo testimonio se pronuncie. Ahora bien, la referencia de Gregorio Cid de Carriazo a «la culebra de oro» ya aludida resulta eminentemente sugestiva, y sobre todo la conservación de un original de imprenta firmado por Matías de los Reyes que, a día de hoy, es el testimonio que en estas determinadas y concretas circunstancias mejor representa la última voluntad del autor, y en él figuran ambos títulos. Esta afirmación podría demolerse en caso de contar con indicios que probasen la presencia del autor en el taller de imprenta durante el

proceso de impresión de su obra⁴⁶, hecho que no concuerda con la coyuntura particular de Matías de los Reyes, quien, definitivamente instalado en Madrid en agosto de 1636, y, tras un intento de vivir de las letras, en 1638 debía regresar a Villanueva de la Serena (Extremadura) para volver a encargarse de la administración de la reales alcabalas (Johnson, 1973: 38). Así lo afirma Gregorio Cid de Carriazo en el prólogo al lector del *Para algunos*:

Harto se dice, con que habiendo gozado en la Corte y fuera della favores más que particulares de algunos señores, no pocas veces grandes, y muchas debidos a su natural agrado (digámoslo así), le dejó la suerte volver segunda vez a la administración de las Reales Alcabalas de las yerbas de la Orden de Alcántara (ff. §6v-7r).

A partir de este retorno podemos deducir que, amén de esporádicos viajes a la corte, Matías de los Reyes estuvo lejos de la imprenta de Juan Sánchez (o de su viuda) durante la composición e impresión de los diversos cuadernos que acabaron por darle forma a su *Para algunos*.

Por otra parte, el periodo de tiempo comprendido entre la autorización del privilegio y la impresión fue mayor del usual, probablemente por falta de medios económicos y de librereros dispuestos a financiar la edición, situación con la que el autor había tropezado en varias ocasiones. Valga de prueba el dilatado periodo de tiempo transcurrido entre la aprobación de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo para *El Menandro*, firmada en 1624, y su definitiva impresión en 1636⁴⁷ (Jaén, Francisco Pérez de Castilla). Es nítida la percepción del autor a propósito de este aspecto que se desprende de la lectura de la introducción del *Para algunos*, plagada de referencias autobiográficas del propio Matías de los Reyes, que aparece convertido en uno de los personajes⁴⁸. Ya en la ficción, su compañero, mientras conversan sobre las obras literarias del autor madrileño, le pregunta: «¿No habéis acabado de despachar la *Ulixea*⁴⁹?», a lo que Matías de los Reyes responde: «Ya tengo privilegio para imprimirla, y creo será presto si el tiempo y ventura ayudan» (Reyes, 1640: f. 3r). Hasta el momento se desconoce cualquier noticia que tenga que ver con la publicación de esta obra de Matías de los Reyes, por lo que parece que jamás llegó a imprimirse, acaso debido a la ausencia de financiación. Por fortuna, la edición del *Para algunos* acabó sufragada por Gabriel de León y Lorenzo Sánchez (hijo del impresor Juan Sánchez y de María del Castillo —«viuda de Juan Sánchez»—, que pasó a regentar la imprenta tras la muerte de su marido). La diversidad de infracciones perpetradas en este taller de imprenta de forma voluntaria —esos «medios feos» que

⁴⁶ Circunstancia que, en efecto, tuvo lugar, principalmente en aquellos casos en que el autor autofinanciaba su edición. v. Dadson, 1984; Andrés Escapa, 1999, entre otros.

⁴⁷ En esta ocasión existió un condicionante legal: la prohibición de publicar comedias y novelas en Castilla desde 1624 hasta 1635. No obstante, sobre los pormenores editoriales de *El Menandro* resulta esclarecedor el trabajo de Coppola, 2018.

⁴⁸ Resulta sumamente curiosa la autotransformación de Matías de los Reyes en personaje de su propia obra, con la que pretendía granjearse la gloria. Esta conversión a la ficción quizá responda a una vía alternativa de trascender los límites de la inmortalidad literaria, no ya como un autor real sino como un personaje homónimo. La narración marco del *Para algunos*, plano en el que aparece Matías de los Reyes ficticio, contiene no poca información autobiográfica sobre el autor.

⁴⁹ En el texto, «Ulexía» (Reyes, 1640: f.3r).

Víctor Alonso de Paredes insinuaba⁵⁰—, que deja traslucir el cotejo entre el original de imprenta y el impreso, abarcan desde remedios leves que no afectan a la literariedad (abuso de espacios y abreviaturas, irregularidad en el número de líneas entre planas, etc.), hasta graves transgresiones como la eliminación o adición de parte de texto por razones de espacio, tretas que no alientan a concederle el beneficio de la duda a los sujetos implicados en la impresión del *Para algunos*. Es probable que los libreros, cuyo oficio se basaba en generar beneficios con el comercio de libros, considerasen que *Para algunos* podía granjear mayor rentabilidad al despertar resonancias con respecto a la reciente y acalorada disputa en torno al *Para todos* de Juan Pérez de Montalbán, aunque para ello hubieran de sacrificar «La culebra de oro».

En suma, los testimonios examinados hasta el momento cercioran que Matías de los Reyes pudo no ser el único afectado por este usual libertinaje. En circunstancias semejantes, otro original de imprenta vio alterado su título antes o durante su estancia en el taller de Juan Sánchez (Bouza, 2012: 113). Se trata de la *Relación verdadera de lo que ha pasado entre la serenísima República de Venecia y el serenísimo Archiduque Ferdinando sobre el hecho de los uscoques súbditos de su alteza y las razones que por las partes se alegan y lo sucedido en la guerra entre el señor Duque de Saboya y el señor don Pedro de Toledo*, escrita por Manuel de Tordesillas (Madrid, Juan Sánchez, 1616), simplificación del título que se lee en el manuscrito⁵¹: Buena verdadera relación de lo que últimamente ha pasado entre la serenísima república de Venecia y el serenísimo Archiduque Ferdinando sobre el hecho de los uscoques súbditos de su alteza y las razones que de ambas por las partes se alegan y lo sucedido en la guerra [...] escrita por Manuel de Tordesillas estante en esta Corte.

2.3. DE RASTROS PREPLÚMBLEOS. ANÁLISIS DE LOS VESTIGIOS DEL MANUSCRITO-ORIGINAL DE IMPRENTA *LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS*

El manuscrito *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637) exhibe la participación de, al menos, tres colaboradores diversos, pertenecientes a su vez a los distintos sectores de intervención que formaban parte del proceso de impresión durante el periodo de la imprenta manual. En primer lugar, el agente fundamental es el encargado de redactar el texto literario, germen no solo de los varios trámites vinculados con la imprenta sino también de este estudio mismo. Dicha mano posee ciertos indicios que hacen vincularla con la del propio autor. Por otra parte y, antepuesto al tránsito por la imprenta, el manuscrito ostenta la firma del escribano de cámara del Consejo, filtro legal necesario para toda publicación impresa. Por último, el transcurso del texto de Matías de los

⁵⁰ «Es fuerça que vna, o otra vez salga la cuenta [del original manuscrito] larga o corta, y aviendo de remediarse la larga con tildes, y la corta con espacios (si ya no se valen de otros medios feos, y no permitidos, que no los especifico porque se olviden si es posible)» (Paredes, [s.a.]:35v).

⁵¹ Agradezo a Valentina Níder el acceso a este original de imprenta.

Reyes por la imprenta fue la gestión más rica en términos de vestigios tal y como se verá a continuación.

2.3.1. LA(S) MANO(S) ESCRITURARIA(S)

Tras el *éxPLICIT* del manuscrito, en el verso del folio 279, se hallan dos rúbricas: la del autor, Matías de los Reyes, así como la de Francisco de Arrieta, secretario del Consejo. La firma del autor se ubica bajo un colofón incompleto: «*Matriti sexto idus octobris*». Pese a la falta del año, hubo de ser el mismo de 1637 en que se comenzaron los trámites legales —la licencia de ordinario se emite el 24 de octubre de 1637— para la publicación de la obra o bien necesariamente en años anteriores.



Imagen 1. Firma del secretario del Consejo, Francisco de Arrieta, así como del autor, Matías de los Reyes (ca. 1637: f. 279v)

En relación con las rúbricas, mención especial merece la firma de Matías de los Reyes. Y es que se trata, hasta el momento, del último documento que atestigua la supervisión y autorización del autor con respecto a su último texto literario publicado, se trate o no de un testimonio autógrafa⁵².

En este sentido y, pese a que la translación habitual de un texto desde su redacción autorial hasta su efectiva publicación impresa pasaba por varios estadios de copia (Lucía Megías, 2005: 316), la letra del manuscrito parece identificarse con la mano del propio autor, Matías de los Reyes, hipótesis avalada no solo por la presencia de su firma en el colofón sino también por la constatación de una fase de revisión y corrección que

⁵² La rúbrica del autor mostrada en la imagen coincide con la presente en tres documentos no literarios: dos textos notariales de arrendamiento y traspaso de una vivienda así como un documento sobre el otorgamiento de un poder en Villanueva de la Serena. Sobre el análisis de dichos textos, v. Vázquez, 1983.

evidencia innovaciones textuales con tinta diferente. Se trata de un estadio posterior a la redacción primigenia con el fin de remodelar expresiones, suprimir algún fragmento o añadir apostillas marginales, modificaciones todas llevadas a cabo con una caligrafía idéntica a la de la primera redacción⁵³. Sirvan de muestra los ejemplos siguientes:

a) Cuerpo abajo ~~tuvo necesidad de~~ ^{le fue forzoso} creher que había encantos mágicos (f. 50v)

b) Que era muy más ~~spiritual~~ ^{corporal} la luz que inquietaba a la enferma que la ~~material~~ ^{natural} (f. 173v)

Además de este dato, existe un indicio añadido: la misma letra de la mano escrituraria de *La culebra de oro. Para algunos* se exhibe en otro manuscrito conservado del autor que nunca llegó a publicarse: la traducción de las *Anotaciones de Mauro Florentín a la Esfera de Joan de Sacrobosco*, cuyo colofón reza «Torreximeno, 27 diciembre de 1633». Se trata de una localidad jiennense, probablemente residencia temporal de Matías de los Reyes (Johnson, 1973: 29-31) y muy distante de la capital de la corte que se halla en el colofón del manuscrito *La culebra de oro. Para algunos*, por lo que resulta improbable la recurrencia al mismo copista a raíz de estas lejanas ubicaciones. A pesar de la excepción que supone que el autor mismo efectuase la copia en limpio, Matías de los Reyes no debió de ser exclusivo al actuar de modo heterodoxo, y así lo refrenda el testimonio de Manuel de Faria y Sousa, que aseveraba redactar las copias en limpio «de su propia mano, preciándose de no haber recurrido nunca a los servicios de los «copiadores» profesionales, como solían hacer muchos de sus contemporáneos»⁵⁴ (Rico, 2005: 58).

Ilustrativo asimismo a nuestro propósito resulta el fragmento que sigue, extraído de una carta de Luis de la Puente dirigida al padre Diego Guálbez el 22 de septiembre de 1615:

De las advertencias cerca de la impresión no digo nada hasta su tiempo, que las enviaré todas juntas. Ahora sólo digo que, aunque el cuarto tomo tiene cien hojas más que el tercero, pero el tercero tiene mucho de mi letra, que es más metida que la del escribiente; y así, vendrán a ser iguales. Aquí he echado la cuenta con un impresor o componedor, y hallamos que, si se imprimían de «atanasia», saldrían muy grandes y llegarían a ciento veinte pliegos; y así, me inclino a que entrambos vayan de letra de lectura, que me dicen la hay en esa ciudad muy buena; y con esto tendrá cada uno poco más de cien pliegos⁵⁵.

El único aspecto desconcertante de esta hipótesis consiste en la atribución del primer folio del manuscrito que, como se decía en otro apartado, presenta una caligrafía y disposición diversas a las del resto del ejemplar.

⁵³ «La coincidencia de la mano que redacta la copia con la mano que realiza correcciones o adiciones en el texto durante la fase de revisión posterior al traslado, es una evidencia constatable en la mayoría de los originales que puede concluir a favor de la autoridad del autor en uno o ambos cometidos y confirmar el grado de participación del autor en la preparación del texto» (Garza Merino, 2004: 178).

⁵⁴ Otro ejemplo lo encontramos en Luis de la Puente, jesuita que confiesa en una carta (nº 43) del 22 de septiembre de 1615, dirigida al padre Diego Guálbez, que el tomo tercero de su obra está escrito a medias entre su propia mano y la de un escribiente. [Consultado a través de <http://www.cervantesvirtual.com/obra/epistolario--2/>, última consulta 18/04/16]

⁵⁵ Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/epistolario--2/html/feec9f14-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_45 [fecha última consulta 04/01/2018].

No menos desconcertante que la adjudicación anterior resulta la atribución a Matías de los Reyes del manuscrito que contiene *El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Auto sacramental* (1623). Se trata de un ejemplar en el que han participado, al menos, tres manos redactoras. La única caligrafía que muestra similitudes con los otros testimonios manuscritos conservados de obras del autor se halla en los folios preliminares, en los que puede leerse «Auto del Nacim.^{to} de Xto. Reyes (Matías de los). Vide el de Lope. En * de Robles. Distinto del de Robles y valdiv.^o». Asimismo, en el folio en el que da comienzo el auto sacramental, se lee «Auto del nacimiento de nro. Señor Jesu Christo compuesto por Mathias de los Reyes V.^o de la villa de Madrid año de MDC23». En la base de datos *Manos*⁵⁶, a propósito de este ejemplar, se dice que se trata de un original de Reyes «con numerosas correcciones de mano de Francisco de Rojas, de quien es también la letra de la última hoja»⁵⁷. Sin embargo, ninguna de las diversas caligrafías del auto sacramental —salvo la parte referida con anterioridad— se asemeja a la que exhiben la traducción astronómica italiana y *La culebra de oro. Para algunos*. Con relación a los vínculos entre Matías de los Reyes y Francisco de Rojas, nada se sabe por el momento, más allá de que algunas referencias bibliográficas atribuyeron a Francisco de Rojas Zorrilla una obra homónima a la publicada en 1629 en Jaén por Matías de los Reyes: *Vida y rapto de Elías* (Vega García-Luengos, 2013: 57).

Amén de las dudas que genera la compleja atribución de la mano escrituraria del manuscrito *La culebra de oro. Para algunos*, en algunos de sus folios pueden apreciarse enmiendas ortográficas realizadas con tinta más oscura cuya caligrafía y asignación resulta difícil de precisar por tratarse de letras aisladas. Sirvan de muestra los casos siguientes:

Oración devota> oración debota (f. 272v)

A ta* perfecto amor> a tan perfecto amor (f. 266r)

Si bien es cierto que no faltan indicios para suponer el manuscrito autógrafo, no todos los datos se inclinan a favor de esta consideración. Así, por ejemplo, en el recto del folio 213 se constata un pequeño hueco en el seno del cuerpo del texto. Una opción posible —entre otras— pasa por pensar que este espacio lo dejase un copista que no habría entendido varias palabras del texto que transcribe⁵⁸. Es probable, asimismo, que entre las infinitas opciones que caben conjeturarse, una de ellas consista en una enmienda postergada del autor que jamás habría llegado a hacerse efectiva.

⁵⁶ <https://manos.net/>

⁵⁷ V. <https://manos.net/manuscripts/bne/15-309-nacimiento-el-de-nuestro-senor-jesucristo-auto-sacramental?locale=es> última consulta 20/07/2018.

⁵⁸ «Un argumento que demuestra sin lugar a dudas que un traslado ha sido realizado por un copista y no por el propio autor es la presencia de lagunas en el texto. Un copista podría dejar huecos en blanco en el curso de la transcripción justificados por la imposibilidad de leer o interpretar correctamente el modelo que copia, pero no así un autor» (Garza Merino, 2004: 178).

Aparte de este aspecto, otro motivo de duda lo aportan algunos errores ortográficos o lecciones difícilmente imputables al autor responsable de la autoridad del texto⁵⁹, aunque, en relación con el primer aspecto, no se debe olvidar que no será hasta el siglo XVIII cuando la labor de la Academia configure una norma ortográfica. Sirva de ejemplo la siguiente muestra:

- Esos, señora mía —añadió él—, son efectos de las mudanzas del tiempo. Yo sé muy bien dónde me vistes.
— ¿Ansí? —dijo ella— pues decídmelo [ms.] / - ¿Assí? -dijo ella- pues decídmelo [impreso]

Uno de los argumentos a favor de la atribución autógrafa del manuscrito lo aportan las correcciones y remodelaciones textuales presentes a lo largo de todo el testimonio. Dichas correcciones suelen efectuarse mediante tachones —que en ocasiones dejan entrever la redacción original— a los que se añade la nueva lección en el interlineado superior o al margen. Generalmente, cuando las adiciones aparecen en el interlineado superior, su posición en el texto se indica mediante dos rayitas verticales o una suerte de símbolo similar al acento circunflejo (ej. f. 145v), mientras que en aquellos casos en que se ubican al margen suelen ir acompañadas de una cruz, vertical o inclinada —un aspa, entonces—, correlativa a un símbolo idéntico situado en el lugar del texto que debe ocupar la corrección (ej. f. 47r). Probablemente este signo tenga, además de la función aludida, la de diferenciar reescrituras de apostillas marginales.

⁵⁹ No se ha de pasar por alto lo siguiente: «Una segunda conclusión clásica es que los manuscritos autógrafos del periodo moderno temprano no pueden considerarse equivalentes a los esbozos y borradores literarios de autores del siglo XIX. Frecuentemente, los autores fueron los amanuenses de sí mismos y elaboraron con su propia mano las copias que ofrecieron a sus patrocinadores. En consecuencia, sus manuscritos deben ubicarse dentro del corpus de las copias hechas por copistas que constituyen la mayoría de los manuscritos literarios de los siglos XVI y XVII» (Chartier, 2012: 391).

La Calabre de oro

su violencia en una pena inordinada, y se ca-
 ba con mi salud, y se iba de ser usada. Pero con-
 sidero de las resultas de la arrojada piedra me
 al campo. Un chaga en la caudra, que me llebo
 vniendo al suelo pri budo de los sentidos. quando
 vna de las Damas dize, y se leuanta al Topo
 Dize, villano Zapio, y de carter; que passadumbre
 se iba a quella apobu la libra? que ganadumbre? He
 a fe que yo la auiro de lleno, quemo mela de James.
 Budo de la fe repuso ella, que se dize ugora
 muerta mayor pual, que quidiera vna, y si no
 quisiera budo la pperencia gastete de aqui al
 punto. El villano murio budo el Plazer de la
 Dama, y quelo gentiles hombres, comuzaban a
 Joma. La de mano, de la ofensa mia, a bafote
 Cariza, y se fue tras sus companeros, que y a con
 Caminaba.

Imagen 2. Corrección en f. 145v

Discurso. I.

Argumento.

De la ocacion de las magias, y de las causas que las producen, y de la
 utilidad, y de la necesidad que se les tiene en el mundo.

NO QUISE QUE LA OCASION
 que diuina de satisfacer mi curiosidad
 los acerca de las operaciones magias
 se me mal lo grac briendo tan a
 la mano de ingenios, tan doctos
 como el cura, y de Riposo, y
 assi en libandolos mandales
 qui se proponer los, y alida por a
 Santa Lucena de los dos comeni alplacament en
 esta galabri.

Discurso, +
 sobre la
 magia, y
 de sus
 causas

Imagen 3. Corrección en f.47r

Otras veces, si parte de la corrección o modificación consiste únicamente en mínimos ajustes de género, número, etc., estos suelen escribirse sobre la palabra misma (determinantes, adjetivos, etc.).

En cuanto a las causas que motivan las correcciones que se han efectuado en el manuscrito, destacan, entre las más frecuentes, las siguientes (no figuran por orden de aparición o frecuencia, sino aleatoriamente):

- a) la mejora de la caligrafía de una palabra no demasiado bien escrita en la primera redacción;
- b) la sustitución de un término por otro sinónimo: ej. *así dio fin Laurençia a su ~~novela~~ narración* [...], f. 179v⁶⁰;
- c) la eliminación de una palabra que se repite en la oración inmediata anterior o posterior: ej. *si el príncipe quiere ser justo no tiene dellas otra cosa que la administración y si no quiere ser^{lo} ~~justo~~, no halla más* [...], f. 198r;
- d) la adición de palabras para aclarar un pasaje: ej. *como quien tanta destreza y magisterio tenía en ello ^{de suerte que} en poco tiempo las redujo a tales términos* [...], f. 178v;
- e) cambios de estilo: ej. [...] fertilizando y aligerando *los amenos valles*. [...] le hace a la vista grato, no ofendiendo con destemplados fríos a *las alegres selvas* (f. 62r) > [...] fertilizando y aligerando *las amenas selvas*. [...] le hace a la vista grato, no ofendiendo con destemplados fríos a *los alegres valles* (f. 62r); Era muy más ~~spiritual~~ ^{corporal} la luz que inquietaba a la enferma que la ~~material~~ ^{natural}; No ~~pueden~~ ^{les es lícito} exercer (f. 55r);
- f) la exclusión de una palabra o expresión que se ha escrito dos veces seguidas de forma inconsciente (*pues en fin tenía esperança de que algún día ~~goçar~~ goçar podría* [...], f. 274v)
- g) la corrección ortográfica (*en aptitud* > *en abtitud*, f.239v).

Un rasgo particular de la mano escribiente consiste en una sinalefa ortográfica muy presente a lo largo de todo el manuscrito. En aquellas ocasiones en que un monosílabo vocálico aparece seguido de una palabra que comienza por la misma vocal, generalmente se prescinde del término monosilábico. Sirvan de ejemplo las muestras que siguen: «yo me comienzo alentar» (f. 33r, col.1), «no me atrevía aproximarme» (f. 239v), «oh quanta imbidia tuve aquellos árboles» (f. 240v), etc. Por norma general, estos casos aparecen resueltos y desarrollados en la edición impresa.

Por otra parte, en relación con el texto, se constatan ciertas convenciones ortotipográficas que tienen su reflejo en la tipografía formal del impreso. Así, por ejemplo, los fragmentos subrayados del testimonio manuscrito figuran en cursiva en la edición impresa. Es lo que generalmente ocurre con pasajes en latín⁶¹. Por otra parte, en

⁶⁰ Sobre el concepto de novela en Matías de los Reyes, v. Gómez Moral, 2016a.

⁶¹ «La manera de indicar en un original que determinadas palabras, fragmentos o pasajes debían componerse en cursiva, solía realizarse mediante el subrayado de las palabras o frases que así habían de componerse. Tal asociación estaba plenamente asentada entre los artífices del libro, según demuestran los originales, de lo que se deduce una común aceptación. En ocasiones, esta variación de la tipografía se apoyó con una aclaración en el margen» (Garza Merino, 2004: 205).

los folios 180v y 181r del manuscrito se dispone una composición lírica. Para evitar el subrayado de todos y cada uno de sus versos, entre el texto en prosa y el inicio de la composición se incluye un mensaje destinado al operario de imprenta: «esto a de yr de crusiuas»⁶² (mantengo la grafía original, f. 180v).

Aparte de las cursivas, esporádicamente en el texto se disponen ciertas expresiones en mayúsculas que aparecen de forma idéntica en el impreso. De este modo sucede ya al final de la obra, momento en el que el autor hace especial hincapié en la relación de su obra con la polémica publicación de Juan Pérez de Montalbán: «aunque por escribirlos yo no podré prometerme serán PARA TODOS, me contentaré de que sean PARA ALGVNOS» (f. 279r). Excepcionalmente aparecen también las mayúsculas de forma similar a como lo hacen al comienzo del discurso quinto, en el que la primera línea figura escrita en mayúscula en su totalidad (f. 113v) sin ninguna funcionalidad aparente.

Por último, otro de los rasgos a destacar en el manuscrito se localiza en la comedia donde se aprecian pequeños arcos verticales que unen dos o más versos y se colocan al final de los mismos. Dichos símbolos marcan el cómputo octosilábico cuando este resulta la suma de varias intervenciones tal y como se muestra en la siguiente imagen:

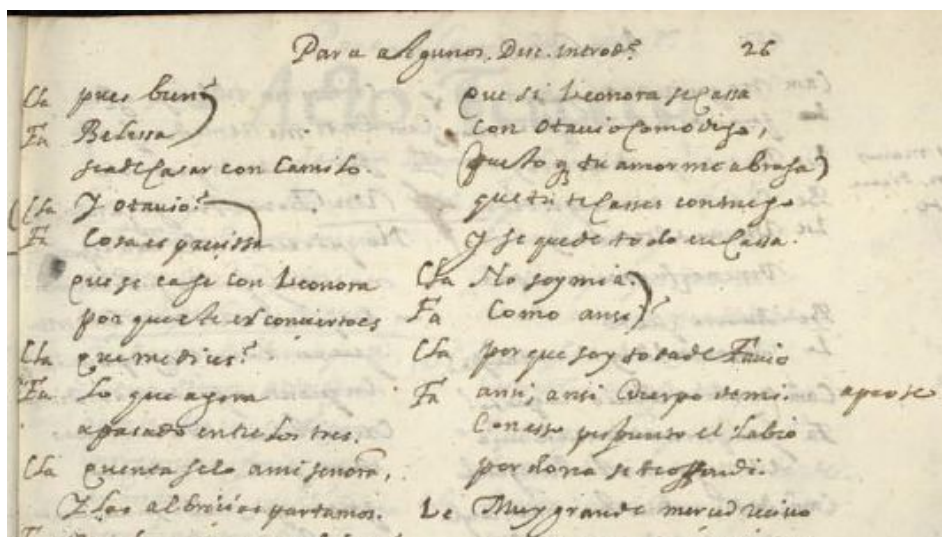


Imagen 4. Cómputo silábico en la comedia *El agravio agradecido*, f. 26r

2.3.2. ORNAMENTACIÓN. MARGINALIA

El manuscrito presenta una disposición bastante cuidada así como una caligrafía regular, fruto de su objetivo último: servir como testimonio base en la confección del consecuente impreso.

Si bien es cierto que el texto carece de ornamentación, al comienzo de cada discurso —aunque después no se reflejaría en el impreso por figurar tachado en aquel—, ambos títulos de la obra se disponen en letras itálicas de un cuerpo mayor. Por otra parte, todo discurso comienza con una letra capital inserta en un marco decorativo.

⁶² V. Andrés Escapa, 2000: 35.

En cuanto a las apostillas marginales, llama notablemente la atención la cantidad de las mismas, que emergen a cada paso con funciones diversas⁶³ tanto en el manuscrito como en el impreso. En el *Para algunos* predominan las anotaciones relativas a fuentes documentales de las que en teoría hubo de valerse el autor a la hora de construir su propio texto. El uso de la presunción se debe a que en no pocas ocasiones la referencia no es la correcta⁶⁴. Buena parte de estas anotaciones acompañan a citas insertas en el cuerpo del texto o a contenidos que aluden a textos bíblicos (*Éxodo*, *Génesis*, *Eclesiástico*, *Jeremías*, *San Juan*, *Salmos*, *Daniel*, *Malaquías*, etc.), literarios — concretamente clásicos— (Ovidio, Petrarca, Virgilio, Horacio, Plauto, Tito Livio, Plinio, Marcial, Séneca, Homero, Juan de Mariana, etc.), y, dado el contenido del texto, a fuentes que tratan cuestiones vinculadas con la demonología o las transformaciones mágicas (San Agustín, Martín del Río, *Malleus Maleficarum*, Santo Tomás de Aquino, etc.).

Además de las autoridades, se hallan notas referidas a las materias tratadas en el texto: «Hado, destino y fortuna. Destierro de su abuso» (f. 92v), «Discurso sobre la mujer y sus calidades» (f. 136r), etc. Asimismo, similares a la naturaleza de este bloque, aparecen comentarios que aclaran algún contenido relevante: «la madre en quien se representa la ley de la carne le instaba ya a buscar la hacienda» (f. 80r) o «transformación de Acrisio» (f. 140r), entre otros.

Más allá de los tipos de apostillas mencionados, particularmente interesantes resultan aquellas que poseen una función estructural e indican, en el complejo entramado de la obra, el tránsito entre dos de los múltiples niveles de ficción existentes. Sirva de muestra la glosa «Prosigue la historia» (f. 159r) en un momento de la obra en que se da paso a la narración principal, interrumpida previamente por coloquios pseudoeruditos llevados a cabo por los tres contertulios de la narración marco. Idéntico carácter demarcativo poseen otras anotaciones como «Historia de la peña de los dos enamorados de Antequera» (f. 97r) o «novela»⁶⁵ (f. 162v), entre otros. No menos llamativas que estas últimas figuran en los márgenes de la obra aspectos sobre los que el autor reclama el interés del lector. En este tipo se engloba la apostilla «nótese el blanco del virtuoso amor» (f. 246v), que acompaña a un concepto del amor honesto y perseverante plasmado en el texto.

Lejos de la tipología y la función de los *marginalia* del *Para algunos*, el color de la tinta de algunas de las notas que figuran en el manuscrito hace sospechar una inclusión posterior a la redacción primigenia, por lo que probablemente no todas ellas formasen parte de la idea original del texto. Con independencia del momento de su inserción en el manuscrito, todas ellas figuran en la edición impresa.

⁶³ Sonia Garza Merino afirma en su tesis doctoral que las anotaciones marginales de los originales de imprenta que ella ha manejado se dividen en anotación de autoridades y síntesis de materias (2004: 201). No obstante, como se verá, la variedad es mayor en el testimonio manuscrito *La culebra de oro. Para algunos*.

⁶⁴ Valgan de prueba los amores de Coridón y Alexis referidos en el discurso quinto que Matías de los Reyes ubica en la primera égloga virgiliana. Dicha relación aparece, sin embargo, en la Égloga II.

⁶⁵ Sobre la consideración de este término para Matías de los Reyes, v. Gómez Moral, 2016a.

2.3.3. LA MANO CENSORA

Toda publicación en el periodo que nos ocupa debía solventar una serie de filtros legales y administrativos orientados a controlar la naturaleza de las impresiones (Reyes Gómez 2003b:228-234). De este trámite queda constancia en el manuscrito a través de la firma del escribano de Cámara del Consejo, en este caso Francisco de Arrieta.

A partir de la *Pragmática* de 1558, el escribano de Cámara del Consejo debía firmar cada una de las planas del testimonio que certificaba y, además, había de indicar al final el número de planas totales así como las enmiendas ubicadas en el texto para evitar de este modo acciones fraudulentas de cara a la impresión (Reyes Gómez, 2000: 198-199; Garza Merino, 2004: 214). No obstante, tales trabas no resultaban suficientes para quienes se proponían burlar el sistema establecido y modificar el texto una vez emitida la licencia de impresión tal y como lo denuncia Lope de Vega en el texto que sigue:

hay autores, que después de aprobado el libro, añaden en la imprenta páginas enteras, sin que los impresores adviertan que solo se puede componer y tirar lo que va ceñido con la rúbrica del Secretario: pero estos más indolentes que el mar, pues él no excede la margen que Dios le puso, vierten de la otra parte de las rúbricas su veneno, y desta suerte es inútil la aprobación, y quita la opinión al que la ha dado, pues al estampar los libros, añaden sus malicias, sátiras y opiniones, y algunos mudan las censuras (García de Enterría, 1973: 88-9).

En oposición al resto de originales de imprenta conservados⁶⁶, en el caso de *La culebra de oro. Para algunos*, la rúbrica del secretario Arrieta solo figura en los rectos del manuscrito, centrada al final de la plana y en ningún caso se repite junto a enmiendas textuales o anotaciones marginales. Tampoco se conserva —si lo hubo— ningún recuento de planas, folios o rectificaciones, pérdida que parece constituir la tendencia habitual⁶⁷. El único vestigio que atestigua una supervisión administrativa, como ya se adelantaba, lo conforman las rúbricas de cada recto junto con la firma final en la que aparece el nombre del secretario, Francisco de Arrieta.

2.3.4. HUELLAS DE IMPRENTA EN *LA CULEBRA DE ORO. PARA ALGUNOS*

Fuera del extremo interés que albergan las manos partícipes reseñadas, tal vez el principal tesoro que conserva el manuscrito original de imprenta estribe en las trazas preservadas del proceso de impresión. Ya en el área marginal de los folios del ejemplar se constata la presencia esporádica de huellas dactilares entintadas pertenecientes a los operarios del taller que manipularon el manuscrito. Más constantes que aquellas se dejan ver las marcas derivadas de la cuenta del original, quizá el procedimiento más sugestivo de todos cuantos comprende el *modus operandi* de la producción libresca áurea.

⁶⁶ «Lo más común, por lo que muestran las copias, es que el original vaya firmado en el recto y en el verso de cada folio, salvo algún descuido o salto de hoja, por un solo escribano» (Garza Merino, 2004: 228). V. Reyes Gómez, 2000: 198-199.

⁶⁷ «Parece que acostumbraron a registrar las variaciones introducidas, bien en el margen inferior de la hoja, bien al final de la copia. Pocos originales conservan estas relaciones, tal vez, porque al adjuntarse al final del manuscrito se hayan perdido. Su presencia, al menos en algunas copias, prueba que durante los años siguientes a la pragmática de 1558 se tuvieron en cuenta las normas citadas» (Garza Merino, 2004: 231).

2.3.4.1. El proceso de composición e impresión por formas. La cuenta del original en *La culebra de oro. Para algunos*

Buena parte de las secuelas textuales que el tránsito por la imprenta estampó en el manuscrito hallan su razón de ser en el método de trabajo propio de la imprenta durante su periodo manual, conocido como «composición por formas». Esta técnica, propia de la prensa de dos golpes, venía condicionada no solo por la escasez de tipos metálicos en los talleres de imprenta sino también por cuestiones de eficacia y consistía, fundamentalmente, en un quehacer discontinuo. A este proceder contribuía un factor añadido relacionado con la medida básica de papel característica de esta etapa de la imprenta: el pliego, que, dependiendo de las veces que se doblase de modo equidistante, originaba cuadernos de diverso formato. De este modo, un cuaderno en folio se obtenía a través de un pliego dispuesto horizontalmente y con un solo doblez; un cuaderno en cuarto, con dos plegados; uno en octavo con tres y así sucesivamente. Pues bien, cada una de las caras del pliego, denominada «forma», que albergaría un número variable de «páginas» en función del formato final, constituía precisamente la unidad de impresión.

El *Para algunos* fue impreso en cuartos conjugados —formato muy común en la narrativa de ficción del seiscientos—, es decir, en cuadernos compuestos por dieciséis planas cuya distribución en formas sería la siguiente:

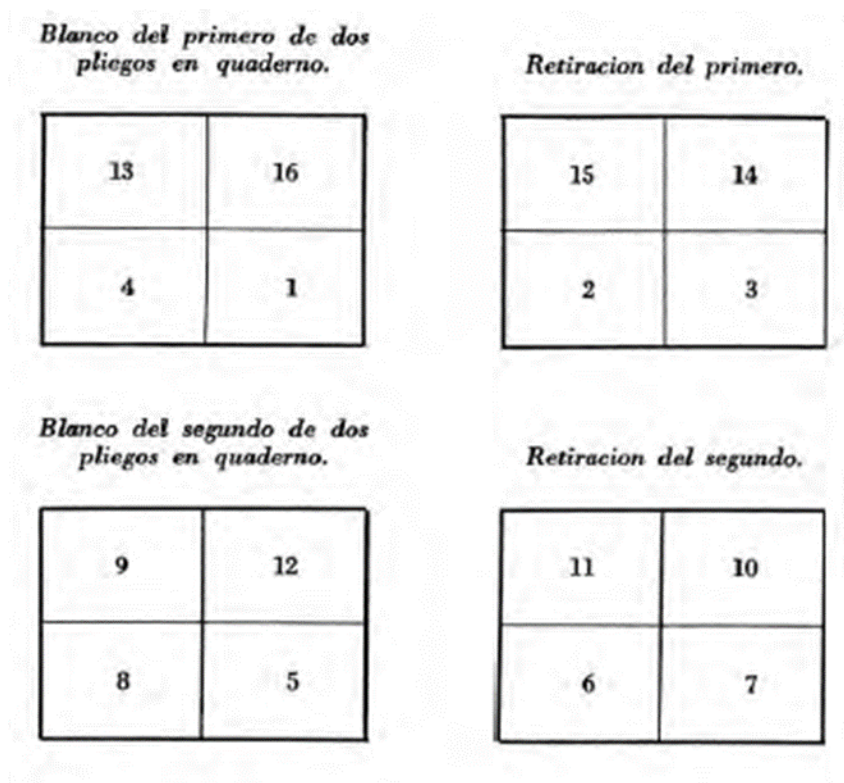


Imagen 5. Esquema del cuarto conjugado extraído de *Institución y origen del arte de la imprenta* de Víctor Alonso de Paredes (1680: f. 27v)

Esto es, el pliego externo estaría constituido en la forma exterior por las planas 1-4-13-16 y 2-3-14-15 en la interior. El pliego interno, por el contrario, estaría compuesto en la forma externa por las planas 5-8-9-12 y en la interna por 6-7-10-11. El hecho de que la

unidad de composición e impresión fuese la forma⁶⁸, exigía, por tanto, no componer las planas de forma ordinal sino alterna, disposición que recobraba la linealidad al doblar el pliego las veces necesarias. Tal tarea no podía llevarse a cabo sin contar el original⁶⁹. Se trataba de estimar hasta la letra qué segmento de texto del ejemplar original de imprenta iría destinado a cada plana relegada del impreso. Esto significa, por ejemplo, que si la primera forma de un cuaderno en componerse fuese la externa del pliego interno (planas 5, 8, 9, 12), el cajista habría contado previamente las cuatro primeras planas antes de comenzar a componer la quinta, planas sobre las que volvería con posterioridad.

En el caso de *La culebra de oro. Para algunos*, algunos de los rastros más interesantes que evidencia el manuscrito lo conforman precisamente la variedad de marcas resultantes de la referida cuenta del original. Y es que a la hora de calcular la cantidad de texto manuscrito destinada a cada forma de los ejemplares impresos así como de trasvasar las diversas porciones de texto a tipos metálicos, los trabajadores de la imprenta dejan varias marcas como consecuencia de su labor, señales que podrían clasificarse del siguiente modo:

a.1) En primer lugar, se observan pequeños trazos horizontales entre las líneas del texto en el margen interno que indican la cuenta pormenorizada de renglones que se incluirán en cada forma. Estas líneas, a veces, van acompañadas por un número o son sustituidas cada tanto por él. Tales dígitos no exceden en ningún caso la cantidad de cuarenta, cómputo de renglones que, excepto singularidades, conforma la medida estándar de la caja de escritura en la edición príncipe. La utilidad de dichos números es la de indicar la posición que una determinada línea —siempre la última de un párrafo en cuestión, cerrada por punto y aparte— debe ocupar en su respectiva plana (esto es, si al final de un párrafo cualquiera figura el número diecinueve, esto implicaría que dicho párrafo en el impreso debe culminar en el renglón decimonoveno de los cuarenta que normalmente componen cada plana).

a.2) Una vez que el operario alcanza la cantidad necesaria, marca la división entre planas con dos símbolos diversos, dependiendo generalmente de lo siguiente: si el corte se ubica entre un párrafo y otro, la marca empleada es una línea horizontal extensa. Si, por el contrario, el corte se halla en la mitad de una oración o párrafo, el símbolo utilizado representa la forma de una zeta invertida. No obstante, se trata de señales ambivalentes, pues no reflejan exclusivamente un proceso previo de estimación del original sino que se emplean igualmente a posteriori para dar cuenta de una labor —la composición— ya finalizada.

Lo que sí parece ser una tendencia uniforme lo constituye la combinación de números y letras que acompañan a las marcas de corte, fórmulas alfanuméricas de dos o tres elementos cuya composición y cantidad dependía de la futura ubicación del texto en el

⁶⁸Se denominaba «blanco» a la primera de las dos formas de un pliego compuesta e impresa y «retiración» a la restante y última.

⁶⁹ Sobre esta práctica resulta fundamental el estudio de Garza Merino, 2000. Véanse, además, los trabajos de Andrés Escapa *et alii*, 2000; Hellinga, 2006: 67-68; Rodríguez Rodríguez, 2010; Sevilla Arroyo, 2008a, entre otros.

impreso: si una determinada porción iba destinada a ocupar un recto, en el patrón se explicita el número de folio, el número de plana —de las dieciséis que componen cada cuaderno— y el respectivo cuaderno. Valga de prueba el resultado que figura en el recto del folio 101, «76/7/K», que indica que a partir de la marca debe comenzar en el impreso la séptima plana del cuaderno K, que coincide con el recto del folio 76. Si, en cambio, el texto tanteado acabase por ocupar un vuelto, solo se especifica la letra del cuaderno —numerados alfabéticamente— así como el número de plana dentro del mismo; así, «8K» (en el verso del folio 101 del manuscrito) remite a la octava plana del cuaderno homónimo⁷⁰. Como excepción, la primera forma de cada cuaderno suele ir acompañada de la expresión «Pa».

Amén de las marcas referidas, trazadas usualmente con tinta, en ocasiones se constata la presencia de marcas a lápiz con formas diversas —trazos verticales, forma de zeta invertida, etc. en algunos casos casi imperceptibles— que vienen a indicar la división real efectuada en el impreso y a corregir las marcas de estimación previas en aquellos casos en que la solución del impreso difiere del cálculo plasmado en el manuscrito. Es decir, en numerosos lugares, cercana a la marca de estimación trazada a tinta en el manuscrito y acompañada del código alfanumérico de la cuenta del original, que no coincide con el resultado del impreso, aparece una señal a lápiz que sí es equivalente a la definitiva solución de la princeps⁷¹. Buena prueba de ello son las siguientes imágenes

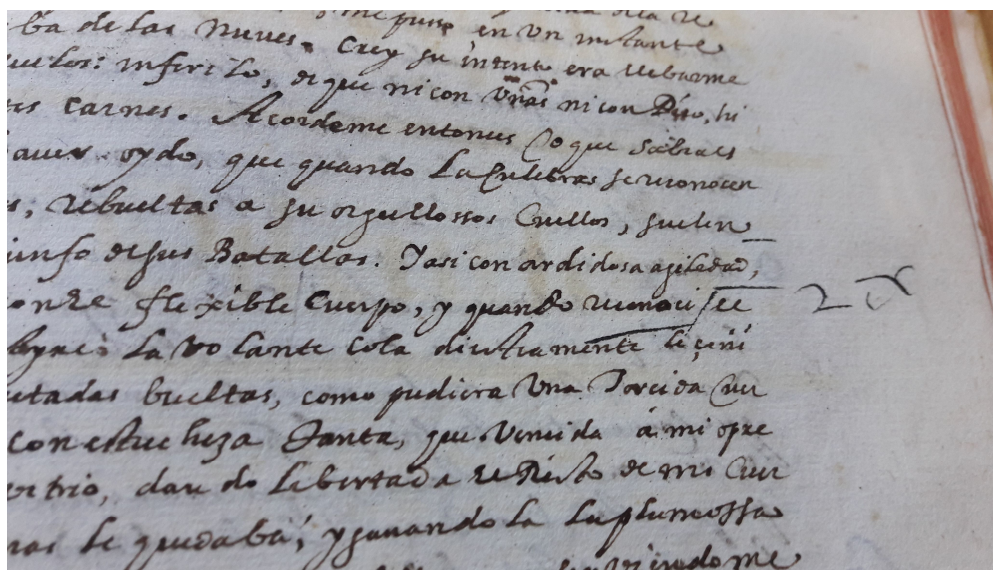


Imagen 6. Marca a lápiz cercana a la marca de estimación de la cuenta del original «2x», f. 209r

⁷⁰ «y en contando tantos renglones como ha menester para su plana, hazer con la pluma su señal de 2.A ò 3.B &c. que es la plana que se ha de seguir contando, ò componiendo; y si la plana que se señala ha de tener folio, como siempre le tienen las nones, y en muchas obras tambien las pares, ponerse tambien junto con la señal, en esta manera: 3.C.10. Y de aqui se puede colegir en la forma que se ha de contar en qualesquiera cosas que se ofrezcan» (Paredes, 2002: f. 36v).

⁷¹ V. Gómez Moral, 2017.

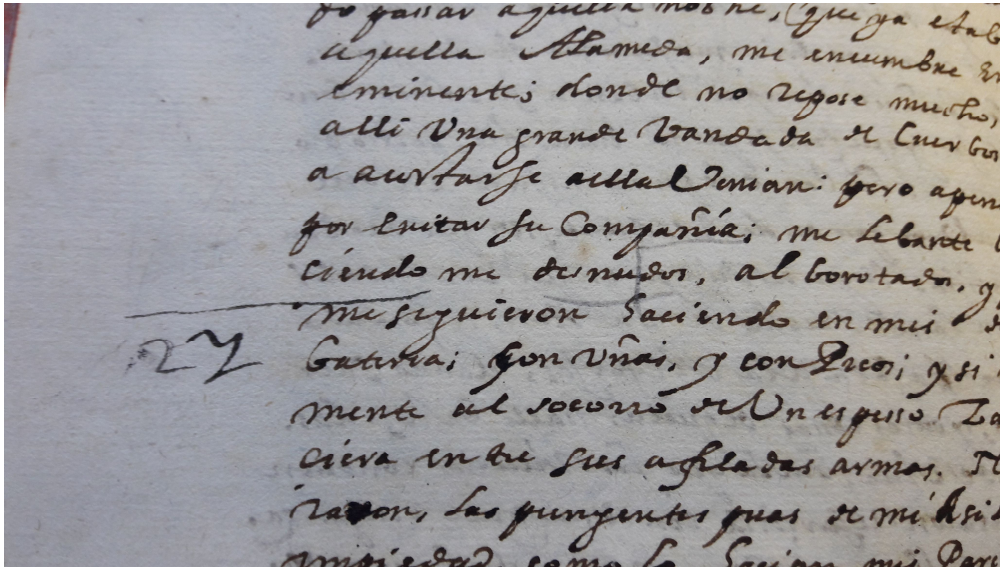


Imagen 7. Marca a lápiz cercana a una marca de estimación de la cuenta del original «2y», f. 218v

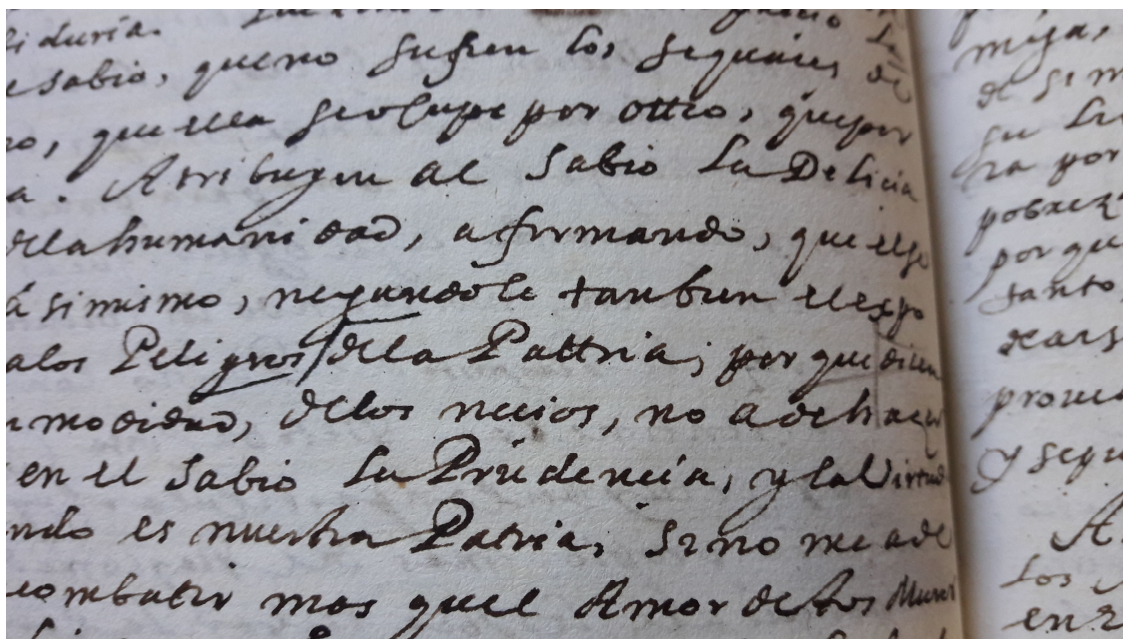


Imagen 8. Marca a lápiz cercana a una marca de estimación de la cuenta del original, f. 204v

Estas señales no figuran de forma sistemática como ocurre con las anteriores, por lo que esta intermitencia podría ser un indicio nada baladí que permitiría conjeturar la siguiente manera de proceder. Es posible que en los casos en que aparecen marcas de corte junto a tales trazas verticales, aquellas sean fruto de una cuenta del original previa a la composición, aplicada a planas postergadas. Esto explicaría, en estos casos, la presencia de marcas a lápiz escritas una vez que se volviese sobre dichas planas y se culminase el proceso de composición. Es por ello por lo que ambos tipos de marcas no suelen convenir en el mismo lugar del texto, pese a que se dan casos coincidentes. Por el contrario, parece factible suponer que las marcas de corte carentes de la complementariedad de estos signos verticales definitivos pudieron ser trazadas solo tras

concluir la composición en aquellas planas no saltadas. No obstante, en relación con este aspecto, merece la pena recordar la consideración de Hellinga:

Que nadie se engañe [...] creyendo que los cajistas se sentían obligados a dejar para la posteridad razón de su trabajo y decisiones. Buena parte de sus intervenciones en el texto no dejan huella alguna, lo cual crea muchos problemas a los historiadores del texto actuales. Solo cuando tenemos la certeza de que el documento que se nos ofrece a los ojos es el mismo que manejaron los cajistas, podemos deducir que toda variación en la versión impresa (salvo las consignadas ya en el original) se debe a su intervención (2006: 99).

Pese a la formulación de la hipótesis anterior, lo cierto es que estas marcas a lápiz pudieron trazarse de forma previa o posterior a la composición, y realmente no existe, pese a las elucubraciones anteriores, una respuesta categórica puesto que hay razones para pensar que pudieron plasmarse en ambos momentos —antes o después de la composición—.

En primer lugar, a favor de un trazado previo a la labor de componer se hallan dos argumentos bastante sólidos. El primero de ellos aparece en la separación de las planas decimocuarta y decimoquinta del cuaderno V, donde se han trazado dos marcas diversas a lápiz y, sin embargo, el resultado definitivo del impreso coincide con la marca grabada a tinta. El segundo motivo lo otorga un hecho que se da en repetidas ocasiones: la plana a la que da fin la marca a lápiz presenta modificaciones textuales en el impreso, lo cual carecería de sentido si el trazo fuese posterior a la composición, pues tales modificaciones serían un ajuste necesario para alcanzar dicha marca.

La cuestión se hace inmensamente más compleja cuando en el lado opuesto, esto es, en la consideración de un estadio posterior de las marcas de grafito con respecto a la composición, se encuentran también razones convincentes. Y es que en ocasiones, el desajuste entre las marcas a tinta y a lápiz ocupa líneas exactas en el impreso. Así ocurre, por ejemplo, en la separación de las planas tercera y cuarta del cuaderno Aa donde, además de una marca de estimación, coexisten dos marcas a lápiz y la distancia entre ambas en el impreso es de exactamente dos líneas. Una situación análoga se da en la escisión entre la cuarta y la quinta plana del cuaderno E, en la que la distancia entre la marca a tinta y la marca a lápiz es de una línea cabal en el impreso. Por último, otro argumento que nos mueve a pensar que tales marcas pudieron ser posteriores al hecho de componer estriba en la coexistencia, en el mismo lugar textual del manuscrito, de una marca de estimación a tinta y una marca a lápiz.

Más allá del instante en que se trazasen estas marcas o el material que se usase para ello, la presencia de las mismas corrobora la constatación de desajustes en ciertas planas. El índice de frecuencia de las marcas a lápiz en relación con las planas de los diferentes cuadernos sería el siguiente:

		PLANAS															
CUADERNOS	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	
E				x	x	x											

F			x													
G			x				x					x				
H																
I			x									x				
K				x												
L																
M																
N			x	x												
O			x						x							
P																
Q				x												
R			x													
S															x	
T																
V			x													
X		x														
Y		x	x	x												
Z		x	x	x												
AA			x	x		x										
BB		x		x												
CC		x	x	x		x	x									
DD			x			x	x									
EE		x	x													
	-	6	13	9	1	4	9	1	-	-	8	-	1	-	-	-

Tabla 1. Índice de frecuencia de marcas a lápiz en la cuenta del original en planas y cuadernos

Amén del análisis particular de lo que ocurre en cada uno de los cuadernos, lo interesante de estos resultados es la convicción de que el índice de los desajustes en la cuenta del original resulta muy superior en las planas tercera, cuarta, séptima y undécima, precisamente las planas más susceptibles de contener variaciones textuales tal y como se verá a continuación.

a.3) Además de estas indicaciones, en la comedia *El agravio agradecido*, aparecen unas marcas añadidas, en las que la abreviatura «col.» («columna») se combina con trazas horizontales que indican la separación en dos columnas de versos en cada folio del impreso.

2.3.4.1.1. Marcas y vestigios de la cuenta del original. Análisis de los cuadernos⁷²

A tenor de lo visto, resulta necesario el análisis pormenorizado de la cuenta del original a lo largo de los diversos cuadernos que integran *La culebra de oro*. Para algunos con la finalidad de exhibir el tránsito desde el manuscrito hasta el impreso del modo más

⁷² Se emplea «[c]» cuando el número de línea coincide con la posición del resultado impreso. En caso contrario, se anota «[nc]» acompañado del orden de línea que ocupa realmente en la plana en cuestión. En relación con «i.d.», equivale a «inicio de discurso», mientras que «f.d.» a «fin de discurso». Por otra parte, se omiten los cuadernos iniciales correspondientes a la comedia, puesto que no exhiben datos significativos con respecto a la cuenta del original.

clarividente posible. Es por ello por lo que en las páginas que siguen se integran tablas explicativas (cada una correspondiente a cada uno de los cuadernos, salvo los que albergan la comedia) de las marcas y los desajustes de la cuenta del original.

CUADERNO E

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1e 49r-v	16- 15 [c] 21 líneas -19 [c] 32 líneas-28 [c] 39 líneas-34 [c] 46 líneas y-corte [no coincide x una sílaba]	
	2e 49v-50r	3 líneas -3 [c] 7,5 líneas-7[c] 41 líneas-corte	
	3e 50r-v	38,5 líneas- 34 [nc, 33] 43,5 líneas-38 [nc, 37] 46,5 líneas –corte	
	4e 51r-v	11 líneas- 10 [n.c. 9] 20 líneas- 18 [n.c. 17] 36 líneas- 32 [c. 32] 40 líneas- 35 [n.c. 36] 45,5 –corte [no coincide]	Se ha trasvasado una línea del final de la cuarta al comienzo de la quinta
	5e 51v-52r	18 líneas- 15 [nc, 17] 24 líneas-20 [nc, 23] 29 líneas-24 [nc, 28] 34 líneas-29 [nc, 33] 46 líneas y-corte [no coincide. 4,5 líneas de diferencia]	
	14e 56v-57r	3- 4 -3 y una sílaba 23 líneas y-13 30 líneas - +8 [9] 35 líneas -23 [23] 42,5 –corte [c]	
Planas no contadas	6e 52r-v	39 líneas- corte [c]	
	7e 52v-53r	43,5 líneas –corte [c]	
	8e 53r-v	44,5 –corte [c]	
	9e 53v-54r	46 líneas-corte [marca de corte separando una palabra bisílaba] [c]	
	10e 54v-55r	46 líneas –corte [c]	
	11e 55r-55v	42,5 –corte [bisílaba partida al final] [c]	
	12e 55v-56r	44 líneas –corte [c]	
	13e 56r-v	46 líneas y –corte [c] [acaba en palabra cortada]	
	15e 57v-58r	47,5- corte [c]	
	16e 58r-v	47 y-corte [c]	

Tabla 2. Cuenta del original. Cuaderno E

CUADERNO F

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	F1r, 58v-59r	8 líneas-8 [8] 43-corte [c]	Adiciones
	F3 60r-v	10 líneas -8 [nc, 7] 18 líneas -15 [15] 31 líneas- 26 [26] 40 -36 [36] 45 -corte [nc]	Comienza y acaba con palabra partida
	4f 60v-61r	18 líneas- 16 [16 con error, 15 sin error] 21 líneas -19 [19] 32 -29 [21, párrafo añadido] [29] 35-32 [32] 43,5-corte	Comienza con palabra partida
	6f 61v-62r	22 líneas [i.d.] ⁷³ 29 líneas -30 [29] 38 líneas -38 [38] 40 líneas-corte [c]	
	7f 62r-62v	30 líneas-26 [26] 45,5- corte [c]	
	10f 64r	6 líneas -6 [6] 18 líneas-16 [17] 30 líneas -26 [27] 42 líneas -36 [36] 46,5 líneas -corte [no coincide por dos palabras]	Adición superior parte
	11f 64v-65r	12'5 líneas -11 [11] 45 líneas -corte [c]	Adiciones al final de la plana
	13f 65v-66r	9 líneas -8 [9] 44 líneas -corte [c]	
Planas no contadas	F2 59r-59v	46 líneas-corte [nc]	Acaba con palabra partida
	5f 61r-v	18 líneas -corte [c]	Fin de discurso
	8f 62v-63r	49 líneas y -corte [c]	
	9f 63r-v	48 líneas y -corte [c]	
	12f 65r-v	45,5 líneas -corte [c]	
	14f 66r-v	44 líneas -corte [c]	Acaba con palabra partida
	15f 66v-67v	43 líneas -corte [c]	Comienza y acaba con palabra partida
	16f 67v-68r	44 líneas -corte [c]	Comienza y acaba con palabra partida (enlazando con el siguiente cuaderno)

Tabla 3. Cuenta del original. Cuaderno F

⁷³ Plana inicio de discurso (en este caso, el segundo). Debido a que las planas que contienen comienzo de discurso muestran bandas decorativas así como letras mayúsculas en la parte superior, los operarios de la imprenta establecen una equivalencia de veintidós líneas para esta disposición especial previa a la caja de texto. Por lo tanto, el primer renglón de texto ocupa la posición vigesimotercera.

CUADERNO G

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1g 68r-v	11 líneas –marca 22 líneas –marca 29 líneas -26 [26] 38 líneas –marca 45 líneas –corte [c]	
	2g 68v-69r	8 lin –marca 11 lin –marca 16 lin –marca 29 y -26 [24] 45 lin –corte [no coincide por línea y media]	Acaba con palabra partida
	3g 69r-v	10 lin -9 [8] 23 lin -20 [20] 31 lin -27 [27] 46 y –corte [c]	Comienza con palabra partida
	4g 69v-70r	9 lin -8 [8] 45 lin –corte [c]	
	6g 71r-v	7 lin -6 [6] 15 –marca 23 –marca 31 –marca 38 –marca 47 lin –corte [no coincide por 4 palabras, corta]	Comienza con palabra partida
	7g 71v-72r	3,5 -3 [2] 18 líneas -15 [15] 46 y –corte [c]	
	10g 73v-74r	6 lin -5 [5] 21 -17 [17] 37-30 [31] 48 y –corte [no coincide por casi una línea, larga]	Acaba con palabra partida
	11g 74r-v	3 lin -3 [4] 10 lin –marca 17 lin –marca 47 lin –corte [c]	Empieza por palabra partida
	14g 76r	18 lin -17 [16] 30 lin -28 [26] + párrafo [39] 44,5 lin -corte	
Planas no contadas	5g 70v-71r	50 lin. –corte [c]	Acaba con palabra partida
	8g 72r-v	44 y –corte [c]	
	9g 73r	45 y –corte [c]	
	12g 74v-75r	46 lin. –corte [c]	Acaba con palabra partida
	13g 75r	48 lin. –corte [c]	Comienza con palabra partida
	15g 76v-77r	48 lin –corte [c]	
	16g 77r-v	49 lin –corte [c]	Acaba con palabra

			partida
--	--	--	---------

Tabla 4. Cuenta del original. Cuaderno G

CUADERNO H

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1h 78r-v	7 lin [tachones] -7 [7] 14 -marca 21-marca 23,5-21 [21] 33-31 [31] 40-marca 44-corte [c]	
	2h 78v-79r	3 lin -3 [3] 9-marca 17 lin-14 [14] 25-21 [21] 33-27 [27] 40-marca 48,5-corte [no coincide por casi una línea]	Acaba con palabra partida
	4h 79v-80r	Subtítulos -22 35-35 [35] 40,5-corte [c]	Inicio de discurso
	6h 80v-81r	6-marca 13-marca 43 lin-corte [c]	Comienza por palabra partida. Solo se cuenta con marcas
	7h 81r-v	8,5-7 [8] 20-marca 32-marca 40-marca 46 lin -corte [c]	
	8h 81v-82v	7-marca 16-marca 24-marca 31-marca 47,5-corte [c]	
	10h 83r-v	7-marca 15-12 [12] 36-30 [30] 46 y-corte [c]	
	11h 83v-84r	7-marca 14-marca 22-19 [19] 34-marca 40-marca 46 lin-corte [c]	
	13h 85r-v	2-2 [2] 8-marca 16-14 [14] 22-marca 25-22 [22] 31-marca	Comienza por palabra partida

		36,5-32 [32] 44-38 [38] 46,5-corte [c]	
Planas no contadas	3h 79r-v	19 lin-corte [f.d.]	Comienza por palabra partida
	5h 80r-v	46 lin-corte [corta palabra, c]	Culmina con palabra partida
	9h 82v-83r	49 lin-corte [c]	El texto culmina en línea 41
	12h 84r-85r	48,5-corte [c]	Acaba con palabra partida
	14h 85v-86r	49,5-corte [corta palabra, c]	Acaba con palabra partida
	15h 86r-87r	49,5-corte [el siguiente símbolo «%» aparece al margen en fol. 86v) [c]	Comienza con palabra partida
	16h 87r-v	45 lin –corte [c]	El texto culmina en la línea 41

Tabla 5. Cuenta del original. Cuaderno H

CUADERNO I

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1i 87v-88r	7-marca 14-marca 16-14 [c] 22-19 [c] 28-marca 35-marca 42-marca 46 y- corte [c]	
	2i 88r-v	5-5 [c] 12-11 [11] 19-17 [17] 28-25 [25] 34-marca 38-33 [33] 46,5-corte [no coincide por medio renglón, corta]	Acaba con palabra cortada
	3i 88v-89r	10-8 [8] 29-marca 31-marca 37-marca 45-marca 46,5-corte [c]	Empieza por palabra cortada
	4i 89r-v	6-marca 9-7 [7] 15-marca 21-marca 28-22 [22] 34-27 [27] 40-32 [32]	Acaba con palabra cortada

		49,5-corte [palabra cortada, coincide]	
	6i 90v-91r	9-7 [7] 27-marca 31-25 [25] 36-30 [30] 47,5-corte [no coincide por una sílaba]	Acaba con palabra cortada
	7i 91r-v	8-marca 21 [con dos líneas tachadas, es decir, 19]- 16 [17] 41-marca 48,5 [contando líneas con bastantes tachones]-corte [c]	Empieza con palabra cortada
	10i 93r-v	6-marca 13-marca 19-marca 24-20 [20] 32-27 [27] 39 -marca 45-marca 47,5-corte [no coincide por medio renglón, cuenta corta]	Acaba con palabra cortada
	11i 93v-94v	4-marca 14-11 [11] 20-marca 26-marca 33-marca 39-marca 45-marca 50 lin -corte [c]	Comienza con palabra partida
	13i 95r- v	28-25 [25] 45 y- corte [c]	
Planas no contadas	5i 90r-v	48,5-corte [c]	Comienza por palabra cortada
	8i 91v-92v	48,5 -corte [palabra cortada, coincide]	Acaba con palabra cortada
	9i 92v-93r	50 lin -corte [c]	Empieza por palabra partida
	12i 94v-95r	53 y -corte [c]	
	14i 95v-96v	52 y -corte [parte palabra, coincide]	Acaba con palabra cortada
	15i 96v	27-corte [f.d.]	Empieza con palabra cortada
	16i 97r	19,5 -corte [i.d.]	

Tabla 6. Cuenta del original. Cuaderno I

CUADERNO K

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1k 97v	2-2 [2] 14-13 [13] 30-27 [27] 41-marca 44,5-corte [c]	

	2k 98r-v	6-5 [6] 16-marca 31-27 [27] 40-marca 46 y poco- corte [c]	
	3k 98v-99r	8-marca 16-marca 21-18 [18] 28-marca 37-32 [32] 44-38 [38] 46 y poco-corte [parte palabra, pero no coincide por dos sílabas, cuenta larga]	
	4k 99r-v	1,5-1 [2] 8-7 [8] 17-marca 22-19 [19] 32-28 [28] 40-marca 41-36 [36] 45,5-corte [c]	
	6k 100v-101r	7 –marca 11-9 [9 por una sílaba] 17-14 [14] 37-33 [33] 42-38 [38] 44,5 –corte [c]	Empieza por palabra partida
	7k 101r-v	10-8 [8] 21-marca 29-marca 34-29 [29] 41-35 [35] 45-38 [38] 47,5 –corte [c]	
	10k 103r-v	19-16 [16] 47-corte [no coincide por tres palabras, corta]	
	11k 103v-104r	8-marca 16-marca 23-marca 27-23 [23] 34-marca 37-32 [32] 44-marca 46,5 –corte [dos marcas, coincide con la segunda]	
Planas no contadas	5k 99v-100v	51,5 –corte [parte palabra, coincide]	Acaba con palabra partida
	8k 101v-102r	45,5 –corte [c]	
	9k 102r-103r	45,5 –corte [c]	
	12k 104r-v	51,5-corte [c]	
	13k 104v-105v	45-corte [parte palabra, c]	Acaba con palabra partida
	14k 105v-106r	51-corte [c]	Comienza con

			palabra partida. La caja de escritura del impreso culmina en la línea 41 ^a por una sílaba.
	15k 106r-v	48 lin –corte [parte palabra, c]	Acaba con palabra partida
	16k 106v-107v	50 lin –corte [c]	Comienza con palabra partida

Tabla 7. Cuenta del original. Cuaderno K

CUADERNO L⁷⁴

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	11 107v	6,5-6 [6] 13-marca 20-marca 26-marca 27-marca 30-26 [26] 37,5-33 [33] 45-marca 46,5-marca corte [c]	
	21 108r	6-marca 7-marca 13-11 [11] 19-marca 26-marca 32-marca 38-marca 44-marca 47,5-corte [no coincide por casi un renglón, corta]	
	31 108v	2,5-2 [2] 9-marca 16 -15-marca 19-15 [corregido sobre 16] [15] 26-21 [21] 35-marca 44-marca 47,5-corte [no coincide por medio renglón, corta]	
	41 109r	10-marca 18-marca 25-marca 27,5-23 [23] 35-marca 36,5-30 [30] 44-marca 49-corte [c]	

⁷⁴ El folio 112 del manuscrito, que hubo de contener la estimación relativa a la octava y novena planas del cuaderno ele no se ha conservado.

	6l 110v	6-marca 12-marca 18-marca 25-21 [20] 31-26 [26] 38-marca 45-marca 47,5-corte [no coincide, dos palabras, cuenta larga]	
	7l 111r	6-5 [5] 12-marca 18-marca 23-marca 29-marca 32-26 [26] 38-marca 39,5-33 [33] 46-marca	
Planas no contadas	5l 110r	48,5-corte [c]	
	10l 113r	12lin [f.d.]	Comienza con palabra partida
	11l 113v	19 lin [c.d.]	
	12l 114r	46 lin- corte [c]	La caja de escritura del impreso culmina en la línea 41 ^a , la misma en la que se halla el reclamo
	13l 114v	46,5 -corte [c]	
	14l 115r	46,5- corte [palabra cortada, coincide]	Acaba con palabra partida
	15l 115v	40-marca 47,5-corte [c]	Comienza con palabra partida
	16l 116v	39-marca 46,5 corte [c]	

Tabla 8. Cuenta del original. Cuaderno L

CUADERNO M

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1M 117r	2-2 [2] 11-9 [10] 14-12 [13] 23-marca 25-23 [23] 33-marca 40-marca 42-38 [38] 44-corte [hay una línea en blanco en esta plana] [c]	
	2m 117v	8-marca 12-11 [10]	

		20-18 [son 17 lin. Del impreso] 36-32 [31 impreso] 46,5 corte [no coincide por media línea, corta]	
	3m 118r	12-marca 18-15 [15 impreso] 26-22 [22 impreso] 36-30 [30 imp] 41-34 [34 imp] 47 corte [c]	
	4m 119r	5 marca 11 marca 13-11 [11] 21 marca 22-19 [19] 28-marca 32-27 [27] 40-35 [35] 47 corte [c]	
	6m 120r	19-marca [19 impreso] 22,5-19 [19] 32-marca 39 marca 48 corte [rectificación marca, la marca definitiva no coincide con la escisión del impreso]	Empieza por palabra partida
	7m 120v	6-marca 10-8 [8 imp] 18-15 [15 imp] 36-31 [31 imp] 45,5 corte	
	10m 122v	8 marca 20-16 [15 impreso] 46,5 –corte	Acaba con palabra cortada
	11m 123r	5-4 [5,5 impreso] 15-13 [15,5 en impreso] 22,5-20 [23 imp] 31 marca 38 marca 40-35 [38 imp] 44 corte [no coincide con la marca del impreso, mucha diferencia]	Comienza y acaba con palabra cortada
Planas no contadas	5m 119v	44,5 corte [línea en blanco en el impreso] [corte palabra, c]	Acaba con palabra partida
	8m 121r	46,5 corte	
	9m 122r	48,5	
	12m 123v	45,5 corte [respeta los párrafos del ms.]	Comienza y acaba por palabra cortada
	13m 124v	47,5 corte	Comienza y acaba con palabra cortada
	14m 125r	49,5 corte	Comienza con palabra cortada
	15m 125v	45,5 corte [corte separa sílabas dentro de una misma palabra]	Acaba con palabra cortada

	16m 126v	50 corte [corte palabras dentro de sílaba]	Comienza y acaba con palabra cortada
--	----------	--	--------------------------------------

Tabla 9. Cuenta del original. Cuaderno M

CUADERNO N

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1n 127r	31,5 corte	Abundancia de versos en el folio y, por tanto, muchas líneas en blanco ⁷⁵
	2n 127v	7 marca 12 marca 18 marca 25-20 [21 lin. Impreso] 31 marca 36 marca 42 marca 49,5-corte [obvia la separación en párrafos del ms.]	Acaba con palabra partida
	3n 128r	16-13 [13 imp] 19-16 [16 imp] 34-29 [29 imp] 47 corte	Comienza y acaba con palabra partida
	4n 128v	32-30 [30 líneas por una sola sílaba] 43 corte	Comienza con palabra partida
	7n 130v	6-marca 29-25 [25 imp] 42-37 [37 imp] 45 corte	Comienza con palabra partida
	8n 131r	9 marca 19 marca 22-19 [19 imp] 29 marca 36 marca 44-38 [38 imp] 46,5 corte	
	10n 132r	3-3 [3 imp] 9-8 [8 imp] 17-15 [15 imp] 26-23 [23 imp] 44-39 [39 imp] 45 corte	
	11n 133r	3-3 [3 imp] 10-9 [9 imp] 22-19 [19 imp] 32-23-27 [27 imp] 39-33 [33 imp] 47 corte	
	13n 134r	6-5 [5]	

⁷⁵ Generalmente, en la disposición formal del impreso, siempre que aparecen versos estos se separan del texto en prosa con una línea en blanco previa y otra posterior.

		22-5/23- 19 [19] 47,5 corte [hay marcas intermedias]	
Planas no contadas	5n 129v	31 corte [f.d.]	
	6n 130r	18,5 [i.d.]	Acaba con palabra partida
	9n 131v	46,5 corte	
	12n 133v	45,5 corte [palabras separadas]	
	14n 135r	46,5 corte	
	15n 135v	48,5 corte [corte silábico]	Acaba con palabra partida
	16n 136r	48,5 corte	Empieza por palabra partida

Tabla 10. Cuenta del original. Cuaderno N

CUADERNO O

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1o 136v	8-6 25- 15 -21 [corrección x equívoco en la cuenta] 48,5 corte [corrección marca]	
	2o 137v	8-4 [puesto que hay dos marcas, creo que los números se corresponden con la segunda marca] 17-12 25-19 30-23 36-29 40-33 47,5 corte [dudosas las marcas de esta plana]	La caja de escritura de esta plana ocupa 41 líneas completas, por lo que el reclamo pasa a ocupar la posición 42 ^a
	3o 138r	22-20 [21 en imp] [hay tachones] 41-38 [38 imp] 43,5 corte	
	4o 138v	3-2 [2 imp] 9-7 [7 imp] 39-36 [35 imp, verso] 43,5 corte [hay versos]	
	6o 139v	31-26 [26 imp] 42-35 [35 imp] 48,5 corte	
	7o 140v	2-2 46,5 corte	
Planas no contadas	5o 139r	48,5 corte	
	8o 141r	46,5 corte	
	9o 141v	48,5 corte	
	10o 142v	47 corte [marcas, sin números]	
	11o 143r	46,5 corte [marcas, sin números]	
	12o 143v	45,5 corte	
	13o 144r	48,5 corte [silábico]	Acaba con palabra

			partida
	14o 145r	52 corte	Empieza por palabra partida
	15o 145v	48 corte	
	16o 146r	37 corte [f.d.]	

Tabla 11. Cuenta del original. Cuaderno O

CUADERNO P

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1p 147r	22 título 30- 28 [n.c.,30] 40,5 [doble marca]	Inicio discurso
	2p 147v	6-5 [5 imp] 18-16 [16 imp] 32-29 [29 imp] 39-36 [36 imp] 43 corte	
	3p 148r	11-11 [11 imp] 35-33 [33 imp] 42,5 corte	Acaba con palabra cortada
	4p 148v	4-4 [4 imp] 17-16 [16 imp] 22-21 [21 imp] 27-26 [26 imp] 42 corte	Comienza con palabra cortada
	6p 149v	7-6 [6 imp] 29-26 [25 imp] 44,5 [tachones]	No hay reclamo en esta plana
	7p 150v	5-5 [imp.] 16-marca 25 marca 35 marca 42-37 [imp] 45,5 corte [rectificación] correcta la segunda marca	
	10p 152r	2-2 [imp] 22-20 [imp] 32-marca 42-marca 44,5 corte	
	11p 152v	7-6 [imp] 22-marca 29-25 [imp] 43-37 [imp] 46,5-corte	
	13p 154r	5, 10 y 17 marca 27- 22 -23 [22 imp] 39- 32 -33 [33 imp] 47,5 corte [hay una marca posterior tachada]	Comienza con palabra cortada
Planas no contadas	5p 149r	48,5 corte	

	8p 151r	43,5-corte	Acaba con palabra partida
	9p 151v	43,5-corte	Comienza con palabra cortada
	12p 153v	52,5-corte	Acaba con palabra cortada
	14p 154v	48,5 corte	Acaba con palabra cortada
	15p 155v	48,5 corte	Comienza y acaba con palabra cortada
	16p 156r	47,5 corte	Comienza con palabra cortada

Tabla 12. Cuenta del original. Cuaderno P

CUADERNO Q⁷⁶

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1q 156v	10-8 [8] 43-38 [38] 45,5 aprox corte [c]	Acaba con palabra cortada
	2q 157r	19-16 [16 por un sílaba] 33-28 [28] 46,5 corte [hay otro corte en 47,5, válido el último]	Comienza y acaba con palabra cortada
	4q 158v	17-13 [13] 28-22 [22] 36-29 [29] 48,5 corte	Comienza por palabra partida
	6q 159v	20-17 [17] 26-22 [22] 48 corte	Comienza con palabra cortada
	7q 160v	8-7 [7] [falta folio] Entre 8-9 hay palabra partida y entre 9-10 también	
	11q 163r	8-6 [6] 19-17 [17] 47 corte	
Planas no contadas	3q 158r	45,5 corte	Comienza y acaba con palabra cortada
	5q 159r	45,5	Acaba con palabra cortada
	10q 162v	48,5	
	12q 163v	44 corte	
	13q 164r	39 corte [f.d]	
	14q 165r	21 corte [i.d.]	

⁷⁶ El folio 161 del manuscrito no se ha conservado, por lo que carecemos de las indicaciones concernientes a la disposición de las planas octava y novena.

	15q 165v	43 corte	Plana con versos
	16q 166r	47 corte	Plana con versos

Tabla 13. Cuenta del original. Cuaderno Q

CUADERNO R

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1r 166v	14-14 [14] 46 corte	
	2r 167v	7-6 [6 por una sílaba] 39-32-33 [33] 45-38 [38] 47,5 corte	Acaba con palabra partida
	3r 168r	36-29 [30] 48-39 [39] 49,5	Comienza y acaba con palabra partida
	4r 168v	10-8 [7] 21-18 [17] 46,5 marca	Comienza por palabra partida
	6r 170r	10-8 [8] 45,5 corte	Acaba con palabra partida
	7r 170v	20-17-16 [16] 49,5 corte	Comienza con palabra partida
	13r 174v	18-15 [15] 47 corte	Se ha computado una línea extra por la presencia de versos
Planas no contadas	5r 169r	51,5	
	8r 171r	48,5 corte	Acaba con palabra partida
	9r 172r	47,5 corte	Comienza y acaba con palabra partida
	10r 172v	48,5 corte	Comienza con palabra partida
	11r 173r	47,5 corte	
	12r 173v	56	Hay varias líneas tachadas en el manuscrito, por lo que dichos tachones han de ser previos a la cuenta del original
	14r 175r	48 corte	La caja de escritura culmina en la línea 41 ^a por una sílaba, en la misma línea del reclamo
	15r 176r	46,5 corte	Acaba con palabra partida
	16r 176v	44,5 corte	Comienza y acaba con palabra partida

Tabla 14. Cuenta del original. Cuaderno R

CUADERNO S

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1s 177r	4-4 [4] 28- 27 [27 x una sílaba] 35-34 [34] 41,5 corte	
	2s 177v	16-16 [16] 27-26 [26] 42,5 corte	
	3s 178r	10-8 [8] 20- 16 [16] 49,5 corte	
	4s 179r	2-2 [2] 48,5 corte	
	6s 180r	12-10 [10] 18- 15 [16] 43 corte	Comienza con palabra partida. Es posible que hayan contado el comentario «esto ha de ir en crusivas», que aparece con anterioridad a los versos
	7s 181r	26-26 [26, versos] 39-37 [37] 42,5 corte [dos marcas con una palabra de diferencia]	
	10s 182v	7-6 [6] 17-15 [15] 29-25 [25] 35-30 [30] 47,5 corte	
	11s 183v	3-3 [3] 18-15 [15] 47 corte	
Planas no contadas	5s 179v	46,5 corte	Acaba con palabra partida
	8s 181v	47,5 corte	Acaba con palabra partida
	9s 182r	48,5 corte	Comienza con palabra partida
	12s 184r	49,5 corte	Acaba con palabra partida
	13s 184v	51 corte	Comienza y acaba con palabra partida
	14s 185v	33 corte [f.d.]	Comienza con palabra partida
	15s 186r	18 [i.d.]	
	16s 186v	50,5 corte	

Tabla 15. Cuenta del original. Cuaderno S

CUADERNO T

	Plana-folio	Líneas reales// dígito manuscrito//	Notas
--	-------------	-------------------------------------	-------

	manuscrito	posición párrafo impreso	
Planas contadas	1t 187r	4-3 [3] 10-8 [8] 17- 14 [14] 34-31 [31] Espacios en blanco antes y después de una composición poética 45,5	
	2t 187v	11-8 [8] 23-18 [18] 40-34 [34] 46'5 corte [parte palabra en el impreso aunque no estaba así el corte en el manuscrito]	Acaba con palabra partida
	3t 188v	parte palabra 3-3 [3] [en el impreso al límite pq la cuenta anterior había sido corta] 8-8 [8] 17-16 [16] 35-31 [31] 39-35 [35] 44,5-45 corte	Comienza con palabra partida
	4t 189r	32-25 [26] 43-34 [34] 48-38 [38] 50 corte	
	6t 190r	9-7 [7] 25-20 [20 por una sílaba, muchos espacios en el párrafo, se fuerza el cómputo de 20] 39-32 [32] 49 corte [acaba con palabra partida en el impreso, aunque no estaba así el corte en el ms.]	Empieza y acaba con palabra partida
	7t 191r	20-16 [16] 33-27 [27] 38-32 [32] 43-36 [36] 44,5 corte [acaba con palabra partida]	Comienza y acaba con palabra partida
Planas no contadas	5t 189v	47,5 corte [acaba con palabra partida]	Acaba con palabra partida
	8t 191v	49,5	Comienza con palabra partida
	9t 192r	48,5 [acaba con palabra partida]	Acaba con palabra partida
	10t 193r	47,5 [empieza parte palabra]	Comienza con palabra partida
	11t 193v	47,5	
	12t 194r	46,5	Acaba con palabra partida
	13t 194v	48,5 [empieza parte palabra]	Comienza con palabra partida
	14t 195v	48,5	
	15t 196r	48	
	16t 196v	49,5	Acaba con palabra

			partida
--	--	--	---------

Tabla 16. Cuenta del original. Cuaderno T

CUADERNO V

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1v 197v	8-6 [6] 39-34 [34] 46,5	
	2v 198r	22-18 [c., 18] 33- 27 [c., 27] 49 corte [no es exacta la correspondencia impreso-ms.]	
	3v 199r	9-7 [7] 12-10 [10] 25-20 [20] 52 corte [2 líneas enteras tachadas][rectificación marca una línea]	
	4v 199v	9-7 [8] 14-11 [12] 35-28 [29] 50	Es probable que lo tuvieran contado previamente y al componer la plana 3 necesitaran completarla con más texto, de ahí el desajuste de la cuenta de la número 4. Esta plana acaba en el renglón 41º, en el mismo que el reclamo
	6v 201r	9-8 [8] 19-16 [16] 27-22 [22] 36-29 [29] 49,5 corte [cuenta corta. No se corresponde exactamente con la separación del impreso]	Comienza por palabra partida
	7v 201v	33-28 [28] 47	
	9v 203r	7-5 [5] 43-33 [31] 51,5 [primera marca errónea] 56 corte	El texto acaba en la misma línea que el reclamo, la 41ª
	10v 204r	41-32 [32, muchos espacios] 51,5 [correspondencia inexacta imp.-ms.]	
	11v 204v	17-12 [12] 22-16 [16] 38-29 [29]	

		50, 5 marca tachada 51,5 corte	
Planas no contadas	5v 200r	48,5 [acaba corte palabra]	Acaba en palabra partida
	8v 202v	49,5	
	12v 205r	48,5	
	13v 206r	49 [una línea tachada, muchos párrafos]	
	14v 206v	51	El texto acaba en la línea 41, en la misma que el reclamo
	15v 207r	22 [f.d.]	
	16v 208r	19,5 [i.d.] [acaba en palabra partida esta plana]	Acaba con palabra partida

Tabla 17. Cuenta del original. Cuaderno V

CUADERNO X

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1x 208v	10-8 [8] 45,5 [no coincide exactamente corte ms.-imp.]	Al final hay otra marca vertical que señala el corte real. La diferencia son cuatro palabras
	2x 209r	8-7 [7] 15-13 [13] 36- 38 -32 [en el manuscrito se ha omitido esta separación en párrafos] 45 [cuenta larga, de ahí que se haya intentado reducir espacio eliminando la separación del párrafo]	La plana acaba en palabra cortada
	3x 209v	9-8 [9] 12-11 [12] 22-21 [22] 26-25 [26] 30- 29 [30] 41,5 corte [cuenta inexacta]	La plana comienza con palabra cortada. Es probable que estuviese contado antes de componer la segunda plana que, al desajustarse a la cuenta, provoca el desajuste de la tercera también
	4x 210r	3-3 [se ha omitido esta división en el impreso] 7-7 [7] 21-20 [20] 25-24 [24] 43 corte	
	7x 212r	6-6 [6] 12-12 [12] ¿ - 32 [32] 42 corte	Comienza con palabra cortada
Planas no contadas	5x 210v	45,5 corte [parte palabra, coincide con división impreso]	Acaba con palabra partida

	6x 211v	8-7 [7] 40-36 [36] 44,5 corte	Comienza y acaba con palabra partida
	8x 212v	44 corte	
	9x 213r	44 corte	
	10x 213v	45,5 corte [parte palabra, coincide con división impreso]	Acaba con palabra cortada
	11x 214r	48 corte	Comienza con palabra cortada. Esta plana excede las cuarenta líneas usuales por una sílaba
	12x 215r	47,5 corte	
	13x 215v	47,5 corte [corta palabra, idéntico en impreso]	Acaba con palabra cortada
	14x 216r	47,5 corte [corta palabra, idéntico en impreso]	Comienza y acaba con palabra cortada
	15x 217r	42,5	Comienza y acaba con palabra cortada
	16x 217v	44,5	Comienza con palabra cortada

Tabla 18. Cuenta del original. Cuaderno X

CUADERNO Y

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1y 218r	2-2 [2] 47 [no coincide, cuenta larga] [marca vertical a lápiz señala división real]	Acaba con palabra partida
	2y 218v	48 [no coincide por una sílaba]	Empieza y termina con palabra partida
	3y 219v	23-20 [20] 43-36 [36] 47,5/48 [no coincide exactamente]	Empieza y acaba con palabra partida
	4y 220r	7-6 [6] 14-12 [12] 26 -22 [22] 47,5	Empieza con palabra partida
	6y 221r	33-28 [28] 46	Comienza con palabra partida
	10y 223v	9-8 [8] 14-12 [12] 46,5 [no coincide en más de una línea con la división del impreso]	
	11y 224r	3,5-3 [el impreso prescinde de este párrafo, no hay] 32-29 [no hay división en párrafos en esta plana del impreso] 45	
Planas no contadas	5y 220v	49 [parte palabra y coincide con impreso]	Acaba con palabra partida

	7y 222r	42,5	
	8y 222v	44,5 [he sumado dos líneas pq hay una estrofa]	
	9y 223r	46,5 [corta palabra, coincide con impreso]	Acaba con palabra partida
	12y 225r	42 [coincidencia]	
	13y 225v	43,5 [coincidencia]	Acaba con palabra partida
	14y 226r	25 [f.d.]	Comienza con palabra partida
	15y 226v	20 [primera plana discurso, hay q tener en cuenta la mayúscula inicial grande]	Acaba con palabra partida
	16y 227r	45	Empieza por palabra partida. Esta plana excede las cuarenta líneas por una sílaba

Tabla 19. Cuenta del original. Cuaderno Y

CUADERNO Z

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1z 227v	13,5-13 [13] 29- 27 [27] 44,5 [no coincide por dos sílabas] [línea vertical en la división real]	Acaba en palabra partida
	2z 228r	43-36 [36] 48 [no coincide por una palabra]	Comienza con palabra partida
	3z 228v	2-2 [2] 10-8 [9] 14-11 [una línea tachada en manuscrito. 12] 48 [no coincide por algunas palabras]	Acaba con palabra partida
	4z 229v	3-3 [3] 12-11 [11] 17-15 [15] 18-16 [16] 48,5	Comienza con palabra partida
	6z 230v	6-5 [5] 10-9 [9] 30-26 [26] 36-31 [31] 46,5 [no coincide por una palabra, cuenta larga]	Comienza con palabra partida
	7z 231r	15-12 [12] 18-15 [15] 20-17 [17] 49,5	
	10z 233r	26-21 [21] 36-29 [29] 49,5 [no coincide, cuenta larga por un par de palabras]	
Planas no contadas	5z 230r	45,5 [correspondencia perfecta]	Acaba con palabra partida

	8z 232r	48,5 [no coincide, cuenta larga, se pasa varias palabras]	Acaba con palabra partida
	9z 232v	3	Comienza con palabra partida
	11z 233v	49,5	
	12z 234v	49,5 [coincide a la perfección]	Acaba con palabra partida
	13z 235r	48,5 [coincidencia perfecta]	Comienza con palabra partida
	14z 235v	47,5 [coincidencia perfecta]	
	15z 236r	47,5 [coincidencia perfecta]	
	16z 237r	44,5 [dos marcas con una palabra de diferencia]	

Tabla 20. Cuenta del original. Cuaderno Z

CUADERNO Aa

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1Aa 237v	26-22 [23] el impreso añade un párrafo [35 [+2 x versos]-32 [33] 43 y 44 marca [la marca válida es la primera]	
	2Aa 238r	13-10 [11] 24- 20 19 [20] 29- 24 -23 [24] 39- 32 -31 [32] 49,5 [hay dos marcas, ambas erróneas por largas] En esta plana hay varias marcas y varios tachones en el recuento	
	3Aa 238v	30-25 [26] 35-29 [30] 48,5 corte[cuenta errónea, cuenta larga]	
	4Aa 239v	22-17 [18] 50,5 [correspondencia]	
Planas no contadas	5aa 240r	50,5 [cuenta errónea, cuenta larga]	
	6aa 240v	48,5 [cuenta errónea, cuenta larga]	
	7aa 241v	41 [correspondencia]	
	8aa 242r	43 [correspondencia]	
	9aa 242v	47,5	Se han computado más líneas porque hay versos
	10aa 243r	39,5 [coincidencia]	
	11aa 243v	10 [f.d.]	
	12aa 244r	19 [i.d.]	
	13aa 244v	45 [correspondencia]	
	14aa 245r	45,5 [correspondencia]	

	15aa 245v	44,5 [correspondencia]	Acaba con palabra partida
	16aa 246r	44 [correspondencia]	Comienza con palabra partida

Tabla 21. Cuenta del original. Cuaderno Aa

CUADERNO Bb

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1bb 246v	18-16 [16] 24-22 [22] 34-30 [30] 45,5 [no coincide por dos sílabas] [línea vertical marcando división real]	Acaba con palabra partida
	2bb 247v	9-8 [8] 44-37 38 [37] 48	Comienza con palabra partida
	3bb 248r	8-7 [7] 46 [no se corresponde por unas cuantas palabras]	Acaba con palabra partida
	4bb 248v	21-18 [18] 26-23 [23] 43-38 [38] 45 [dos marcas, una tachada, válida la primera]	Comienza con palabra partida
	5bb 249r	13-12 [12] 23-21 [21] 31-28 [28] 37-3? [35] 43,5 [correspondencia]	
	6bb 249v	6-5 [5] 15-13 [13] 47,5 [una palabra de diferencia]	
	7bb 250v	5-5 [5] 12-11 [11] 35-33 [33] [una línea más por versos] 42-42 [42]	
	10bb 252r	33-28 [28] 42-35 [35] 48,5 [corresp]	
	11bb 253r	15-12 [13] 49,5 [corresp]	
Planas no contadas	8bb 251r	39,5 [correspondido]	
	9bb 251v	47,5 [corresp]	
	12bb 253v	46 [corresp]	Acaba con palabra partida
	13bb 254r	47,5 [corresp]	Comienza con palabra partida
	14bb 255r	42 [cor.]	
	15bb 255v	47 [cor.]	
	16bb 256r	47,5 [corresp.]	Acaba con palabra partida

Tabla 22. Cuenta del original. Cuaderno Bb

CUADERNO Cc

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1 cc 256v	13,5-12 [12] 31-27 [27] 46,5 [no se corresponde por dos sílabas] [línea vertical]	Comienza y acaba con palabra partida
	2cc 257r	29-24 [24] 33-28-27 [27] 43-36 [36] 47,5 [no se corresponde por una sílaba]	Comienza y acaba con palabra partida
	3cc 258r	26-22 [22] 37-32 [32] i - 39 46,5 [no correspondido por una sílaba]	Comienza y acaba con palabra partida
	4cc 258v	28-24 [24] 34-29 [29] 47, 5 [corres]	Comienza con palabra partida
	5cc 259r	5-4 [4] 26-22 [22] 47, 5 [no correspon. Cuenta errónea por poco]	
	6cc 259v	9-8 [8] 24-21 [21] 34-30 [30] 46,5 [no coincide por una sílaba]	Acaba con palabra partida
	7cc 260v	23- 18 19 [19] 49- 40 39 [40]	Comienza con palabra partida
	11cc 263r	19-17 [17] 135 líneas y no hay marca hasta la de 14cc [corresp perf]	
Planas no contadas ⁷⁷	8cc 261r	27 [última plana cuaderno]	
	9cc 262r	17,5 [primera plana cuaderno]	
	10cc 262v	44 [coresp perfec]	
	[Falta el recuento desde la plana 11	12-13 y 13 sobrepasan las 40 líneas	Comienza con palabra partida

⁷⁷ En el manuscrito original de imprenta no existe constancia del recuento completo de las planas undécima, duodécima y decimotercera. Más allá de la marca de estimación que divide las planas décima y undécima, así como de un dígito que indica la posición decimoséptima del fin del primer párrafo en Cc6r, no se encuentran nuevas marcas hasta el verso del folio 264, en el que figura el corte entre Cc7r y Cc7v. Entre el final de Cc6v y el comienzo de Cc7r aparece una palabra partida y, por otra parte, también en Cc7r el texto culmina en la mitad de la línea cuadragesimoprimera, el mismo renglón en el que se ubica el reclamo.

	hasta la 14		
	14cc 264v	45 [parte palabra, corresp. Exacta]	Acaba con palabra partida
	15cc 265v	47,5 [corresp perf]	Comienza con palabra partida
	16cc 266r	48 [corresp perfec]	

Tabla 23. Cuenta del original. Cuaderno Cc

CUADERNO Dd

	Plana-folio manuscrito	Líneas reales// dígito manuscrito// posición párrafo impreso	Notas
Planas contadas	1dd 266v	16-13 [13] 34-28 [28] 48,5 [corresp exac]	
	2dd 267r	3-7 [versos, 7] 11-11 [11] 15-14 [14] 35-30 [30] 39-34 [34] 46,5 [no coincide por una sílaba]	Acaba con palabra partida
	3dd 268r	10-8 [8] 25-20 [20] 50,5 [corresp perf]	Comienza con palabra partida
	4dd 268v	6-6 [6] 17-14 [15] 21-18 [19] 25-22 [23] 37-33 [33] 44,5 [corresp]	Hay una anotación que remite a 106/14
	5dd 269r	12-11 [13] 16-14 [16] 26- 22 [u tachado en una línea –la que acaba con la palabra «dolor» y escrito de nuevo al final de la siguiente que acaba en «duele»] 38-32 [32] 47,5 [no coincide por dos sílabas]	Acaba con palabra partida
	6dd 269v	10-8 [8] 18-15 [15] 31-25 [25] 36-29 [29] 42-34 [34] 44-36 [36] 49 [no coincide por dos sílabas]	Comienza con palabra partida
	7dd 270v	41-33 [33] 49,5 [corresp exacta]	
	8dd 271r	2-2 [2] 17-15 [15] 21-18 [18] 26-22 [22] 31-26 [26]	

		48,5 [corresp exacta]	
	11dd 273r	15-13 [13] 19-17 [17] 26-23? [23] 30-26 [26] 46,5 [no coincide por dos palabras]	Comienza con palabra partida
Planas no contadas	9dd 271v	47,5 [corresp exc]	
	10dd 272v	48,5 [parte palabra, coincide]	Acaba con palabra partida
	12dd 273v	48,5 [parte palabra, coincide]	Acaba con palabra partida
	13dd 274r	45,5 [coincidencia perf]	Comienza y acaba con palabra partida
	14dd 275r	49 [corresp perf]	Comienza y acaba con palabra partida
	15dd 275v	48 [corresp perf; hay versos pero se suprimen las líneas blancas que suelen dejarse]	Comienza con palabra partida
	16dd 276r	47,5 [corresp perf]	

Tabla 24. Cuenta del original. Cuaderno Dd

CUADERNO Ee

En la penúltima línea del verso del folio 276 del manuscrito figura la última marca relativa a la cuenta del original, que demarca la división entre los cuadernos Dd y Ee (este cuaderno, a diferencia del resto, está formado exclusivamente por medio pliego y, por tanto, cuenta con cuatro planas). Después de este vestigio no se exhiben nuevos trazos, por lo que se puede deducir que en este caso los operarios de la imprenta no llevaron a cabo una estimación previa del texto sino que más bien lo compusieron «a ojo», ejecución que parecía ser la más efectiva: «cuando se pueda excusar la cuenta y componer seguido, no hay nada que la composición queda más igual y más agradable a la vista: lo que no se goza en el libro que se compuso contado» (Paredes, 2002: f. 35v). Más allá del beneficio de la estética, en el ámbito textual el cuaderno Ee constata la reducción de texto más importante de todas las manipulaciones -ensanches o reducciones- verificadas entre ambos testimonios:

Manuscrito	Impreso	Ubicación impreso
Sobresaltada nuevamente con la vergüenza de su publicidad , el mismo día que su supersticiosa aya fue entregada a las llamas con las demás sus cómplices (f. 278r)	Sobresaltada nuevamente con tales nuevas , el mismo día que su aya fue entregada a las llamas (f. 217v)	Ee1v (2) Mitad inferior
Y añadiéndose desdichas a desdichas , vuestro tío también dentro de ocho días murió también . Pero con mejor prevención, pues viéndose ya cercano al trance último hizo su testamento declarando (f. 278r)	Y vuestro tío dentro de ocho días murió declarando en su testamento (f. 217v)	Ee1v (2) Últimas líneas.
Y así os declaraba (f. 278r)	Y que así os declaraba (f. 217v)	Ee1v (2) Últimas

		líneas
Por verdadero dueño de todo y que en virtud del testamento de su suegra y en virtud del suyo pedía fuédeses puesto en quieta y pacífica posesión de todo. Este fideicomiseo [sic] me encargó como a persona de quien más satisfacción tuvo así por el cercano deudo (que sabéis teníamos) como por las experiencias que de mis servicios tenía. Y lo cierto es que a nadie pudo encargarlo con más acierto pues ninguno con más gusto acudiera que yo a su ejecución. Respecto al afecto con que os amo, en cuya fe no quise dilatarlo un punto, pues luego que cumplí con las obsequias de los defunctos, me partí a buscaros para daros estas nuevas, que aunque tienen tanto de penosas, traen consigo el indulto de la herencia con que semejantes pesares se suelen convertir en gozos (f. 278r)	Con lo cual me partí a buscaros para daros cuenta destas nuevas (f. 217v)	Ee1v (2) Última línea
Hic adest finis lector, liberque valete, sed defuit scriptis ultima línea meis. Siquid dictum contra fidem, et bonos mores, quasi non dictum, et omnia subiicio sub correctione, sanctae matres Romanae eclesia, ac doctisimorum piorum quae censorum etcétera. Matrity sexto idus octobris (f. 279v)	Hic adest finis lector, liberque valete, sed defuit scriptis ultima línea meis. (f. 218v)	

La manifiesta merma del texto junto con la disposición sumamente ajustada del mismo o el exceso de renglones en las planas Ee1v y Ee2r (que alcanzan las cuarenta y una líneas ocupando el renglón del reclamo) parecen evidenciar que los componedores, probablemente al amparo de una decisión ajena (del impresor, editor...) consistente en no emplear voluntariamente más de medio pliego en el último cuaderno, hubieron de verse obligados a ajustar los últimos folios del manuscrito a cuatro planas, hazaña a todas luces incompatible con el respeto cabal al texto contenido en el manuscrito original de imprenta.

2.3.4.1.2. Repercusiones textuales de la cuenta del original

El cotejo a la letra entre el manuscrito original de imprenta *La culebra de oro. Para algunos* y el ejemplar R/ 4475 de la BNE de la princeps del *Para algunos* desvela divergencias sustanciales entre ambos testimonios. Más allá de la disimilitud de los títulos, estas diferencias consisten en adiciones o supresiones de palabras, expresiones o porciones de texto de cierta extensión que se aglutinan en segmentos concretos de la caja de escritura –generalmente, la parte inferior de la plana (v. Sevilla Arroyo, 2008: 14)– y, lo que es más sorprendente aún, en planas determinadas de los diversos cuartos conjugados. En efecto, las planas primera (1r), cuarta (2v), séptima (4r) y undécima (6r) presentan en mayor medida este tipo de modificaciones, mientras que, por el contrario,

nunca o casi nunca tienen lugar en las planas quinta (3r), duodécima (6v), decimocuarta (7v), decimoquinta (8r) y decimosexta (8v).

Quizá la opción primera pasaría por reparar, a priori, en la posible presencia de Matías de los Reyes en el taller de imprenta durante la gestación de su obra, lo cual permitiría atribuir las variaciones advertidas a una voluntad de autor de última hora⁷⁸, y desde luego así parecen indicarlo algunas de las variantes textuales que constan en el impreso y pueden considerarse *dificiliores*. Sirva de muestra una de las varias adendas ubicadas en el verso del folio 188, que reza «como un cárdeno y macilento ligustro» en el mismo lugar en que el manuscrito leía «como un cárdeno ligustro»⁷⁹ (f.242v).

Ahora bien, contra esta hipótesis emerge una duda palmaria: ¿Cómo podría explicarse, en caso de ser fruto de una revisión textual del propio Matías de los Reyes, la innegable tendencia a la condensación de esos cambios en unas planas determinadas? Además, como señala Carroll Johnson, el autor, tras haber intentado vivir de las letras en la corte, hubo de regresar definitivamente en 1638 a la localidad extremeña de Villanueva de la Serena para volver a dedicarse a labores administrativas (1973: 38). El privilegio de impresión de su *Para algunos* lo obtuvo en noviembre de 1637, por lo que se puede concluir que, aparte de posibles y esporádicos viajes a Madrid, el autor se hallaba lejos del taller de imprenta en el que se fraguó su *Para algunos*.

Adicionalmente, y, tal y como era usual en el Siglo de Oro, Matías de los Reyes se vio obligado a vender el privilegio de impresión de su obra con la finalidad de poder verla circular impresa. Este contrato entre autores y libreros o impresores despojaba al texto de toda autoridad literaria y transformaba una propiedad intelectual en un mero producto mercantil⁸⁰. La responsabilidad adquirida por los agentes de circulación del libro impreso queda reseñada por el corrector general Juan Vázquez de Mármol en la última de sus «Condiciones que se pueden poner cuando se da a imprimir un libro»: «Cuando el impresor, o algun librero compra una impresion, suele obligarse a sacar la tasa. Puédese decir que se obliga al despacho del libro, de correccion y tasa, y los libros que se dan a los del Consejo, y Secretario y Corrector» (Gallardo, 1968: 937).

Sugerente para nuestro objetivo resulta el pleito en el que estuvo involucrado uno de los dos editores que costearon la edición del *Para algunos*, Gabriel de León. Desde el gremio de los impresores madrileños y, junto con otros libreros de discutida honorabilidad, fue denunciado por llevar a cabo prácticas perniciosas para la imprenta española, entre las que se hallaba la de imprimir en el extranjero dados los menores costes de producción. Así, en la *Copia de los Autos del Pleito que se siguió en el*

⁷⁸ La presencia de los autores en los talleres de imprenta –sobre todo cuando actuaban como editores de sus propias obras– ha quedado suficientemente probada. v. Andrés Escapa (1999), Andrés Escapa *et alii* (2000: 45), Dadson (1984), etc.

⁷⁹ La palabra «macilento» había aparecido, esta vez en ambos testimonios, en el f. 172v. del manuscrito y el 133r del impreso: «ya vuelto su rostro árido, lánguido y macilento».

⁸⁰ Agulló y Cobo, Mercedes: «La venta o cesión de los privilegios por parte del autor de la obra al editor o impresor era la práctica habitual. En algunos casos, esta venta se hace sin obligación por parte del librero-editor de imprimir la obra; en otras, la cesión o venta está condicionada a la realización de una edición, cuyas condiciones y calidades se determinan en los correspondientes contratos [...] lo habitual era la venta o cesión por el autor o poseedor del privilegio como contrapartida de la impresión de la obra, por lo cual algunas veces recibía el precio en el momento de su entrega» (1992: 4).

*Consejo Real entre los Mercaderes de Libros e Impresores de esta Corte, sobre los libros que se llevaban a imprimir fuera del Reino*⁸¹, se afirma que el conjunto de libreros acusados, entre los que se hallaba Gabriel de León, «buscaban el peor papel, cargando las planas con letra menuda, y sin dexar márgenes, para que el libro que auía de lleuar cien pliegos, se imprimiesse en ochenta» [f.3v]. Asimismo, los impresores madrileños ponen de manifiesto las palpables desemejanzas existentes entre los libros costeados por los libreros aludidos y por los propios autores, pues estos últimos «eran de muy buenas impresiones, y [...] podían competir con las mejores forasteras; y si se reconociesen las que se auían costeadas por los dichos Libreros, y singularmente las más modernas, eran incomparablemente inferiores...» [f. 5v]. El interés lucrativo de algunos libreros en detrimento de la fidelidad textual viene a corroborarse en las líneas siguientes. Y es que las quejas de los impresores demandantes pueden ejemplificarse en la única edición conocida del *Para algunos*, pues muestra un alto grado de desaliño en su proceso de gestación, dato deducible a partir del número dispar de líneas –entre 39 y 41– que se da en el cuaderno Aa del impreso⁸² (las planas 6,7,8,9,10 contienen 39 líneas) o de una significativa supresión de texto ya al final de la obra con el fin de ajustar el texto manuscrito al último cuaderno del impreso, Ee, para el que exclusivamente se empleó medio pliego por evidentes motivos pecuniarios. A raíz de varios análisis, parece hartamente probado que el último cuaderno de los ejemplares impresos –el que cierra el libro, que no el último en imprimirse–, dada su ubicación conclusiva, era el más vulnerable de cara a posibles transgresiones. Ilustrativas a este respecto parecen las palabras de Iglesias Feijoo en relación con su labor ecdótica sobre *El Príncipe Constante*, la última de las obras contenidas en la *Primera parte de las comedias de Calderón*⁸³ y en cuya difusión también estuvo involucrado Gabriel de León:

Por momentos llegaría a pensarse si en los talleres de la imprenta de María de Quiñones la tarea de componer los últimos pliegos del volumen que contienen la obra se hubiese encomendado a un aprendiz sin experiencia para que fuera ejercitándose. Como ello es hartamente improbable y además imposible de comprobar, resulta más natural creer que el manuscrito con el que se trabajaba contenía la mayor parte de los dislates (2008: 258-259)

Algunos de las infracciones delatadas por Iglesias Feijoo (parlamentos atribuidos a personajes equivocados, hipometrias, faltas de sentido, etc.) devienen recelosamente

⁸¹ s.l. [Madrid].s.i. s.a. [1658] (Madrid. Archivo de San Ginés. San Gerónimo. Pleitos y documentos) (cito a través de Reyes Gómez, 2000: 285).

⁸² V. A. Paredes advierte que los componedores deben evitar «que no lleven las planas renglon de mas, porque es malissimo; y si la necesidad fuere tan grande, que no se puede escusar, hazer en todo caso, que la plana de la buelta lleve otros tantos renglones, porque si la tres (digamos) tiene treinta y ocho, y la quatro treinta y nueve, es cosa insufrible» ([ca. 1680], f. 36v-37r). Idéntica consideración merecen los casos inversos, es decir, la composición de una plana con menos renglones de los estipulados.

⁸³ Si bien esta obra antológica se imprimió por primera vez en 1636 en la imprenta de María de Quiñones (Madrid), en 1640 vio la luz la segunda edición de la obra, efectuada en la imprenta de la viuda de Juan Sánchez a plana y renglón a partir de la primera edición y sufragada, al igual que el *Para algunos*, por Gabriel de León. En palabras de Iglesias Feijoo «la obra que cierra el tomo, *El príncipe constante*, [es] la comedia de texto más defectuoso de las doce» (2008: 253).

similares, en ciertos casos, a las que se contemplan en el *Para algunos*⁸⁴. Sin embargo, la cuestión calderoniana carece de un original de imprenta sobre el que poder constatar las sospechas apuntadas, situación opuesta a la que nos ocupa, pues la posesión del ejemplar que se manipuló en la imprenta, sumado al repertorio argumentativo antedicho, nos permite concluir que las divergencias sustanciales que emanan del cotejo de ambos testimonios –manuscrito e impreso– revelan una intromisión ajena a la mano –aunque no necesariamente a la voluntad– de Matías de los Reyes y, por tanto, muchos de los fragmentos que figuran en el impreso no formaban parte de su planteamiento literario, o al menos no lo hacían del mismo modo.

Las opiniones en relación con este tipo de desajustes entre originales de imprenta e impresos de compleja atribución se reparten entre voluntades de autor y decisiones editoriales o de imprenta. Así, por ejemplo, Andrés Escapa, tras el análisis de un conjunto de originales de imprenta, demuestra que la mayor parte de las variaciones presentes en los impresos con respecto a los mismos, son fruto de determinaciones de autor. Ahora bien, precisa

En ninguno de ellos figura como titular del privilegio un editor o un librero. Advertimos esta circunstancia porque, al menos hipotéticamente, la cesión o venta del privilegio por parte del autor podría justificar un mayor número de manipulaciones en su obra (2000: 31)

En efecto, la calidad de los impresos dependía, casi exclusivamente, de las exigencias del editor (Moll, 2003b: 79)⁸⁵, ya que buena parte de los resultados que se constatan en las ediciones impresas tienen su razón de ser en los contratos de impresión. A partir del escueto reducto de testimonios conservados, se sabe que en ocasiones estos acuerdos eran bastante explícitos e incluían convenios concernientes no solo al tipo de letra o a la disposición formal del futuro texto impreso, sino también a los medios técnicos que debían emplearse (Pedraza, 2001: 39, Reyes Gómez, 2003a: 105; Reyes Gómez, 2010: 35 *et alii*). Generalmente, además, el pacto editorial venía acompañado de «una muestra impresa [...] que sirve de pauta y a la que se atenderán impresor y editor en caso de pleito» (Andrés Escapa, 2000: 35). Sin embargo, este contrato, que en el caso del *Para algunos* se llevaría a cabo entre librerías e impresor, quedaba ya muy lejos de Matías de los Reyes. Por eso, en tanto que carecemos no solo del concierto impresor sino también del relativo a la venta del privilegio firmado por Matías de los Reyes así como por los librerías Lorenzo Sánchez –hijo del propio Juan Sánchez y María del Castillo– y Gabriel de León, no estamos en condiciones de conocer la última voluntad editorial del autor –quien pudo acatar mediante su firma contractual ciertas condiciones relativas al fin último de sus letras al tratarse de una edición autorizada (v. Moll, 2005b)– pero sí la

⁸⁴ Sobre la vulnerabilidad del último cuaderno de las obras impresas, v. Rodríguez Rodríguez (2010: 56) o Sevilla Arroyo (2009), entre otros.

⁸⁵ En otra parte: «el libro reflejará normalmente las exigencias y deseos del editor, más que las posibilidades de calidad que puede satisfacer el impresor» (Moll, 1996: 29).

literaria, que se corresponde, a nuestro entender, con el manuscrito *La culebra de oro*. Para algunos⁸⁶.

2.3.4.1.2.1. Remiendos de imprenta

Todo proceso de copia, de transmisión manuscrita o impresa, genera variantes inconscientes debidas a factores muy diversos —todos ellos humanos— como la memoria, los errores de lectura, o saltos de línea —*homoiooteleuton*—, entre otros (v. Blecua, 2011; Pérez Priego, 2011). No obstante, amén de aquellas, el cotejo entre ambos testimonios (manuscrito e impreso) exhibe la presencia de variantes sustanciales bien distintas a las mencionadas: remiendos de imprenta, es decir, arreglos textuales consistentes en adendas o recortes de texto al servicio del ajuste de la caja de escritura durante la manufactura de una edición impresa. Antes de seguir adelante, merece la pena considerar las siguientes palabras:

Los mismos recursos empleados por un copista para reducir o expandir el texto fueron asimilados por los cajistas y empleados habitualmente en el caso de que necesitara comprimir o extender la composición de una secuencia determinada de texto, según la cuenta realizada. Entre las posibilidades que tenía el cajista, se hallaban las siguientes: hacer uso de abreviaturas o evitarlas, emplear más o menos espacios entre los tipos, variar la ortografía de las palabras, duplicar las consonantes o mantenerlas simples, añadir o suprimir palabras, o añadir alguna línea extra, o lo contrario, suprimirla (Garza Merino, 2004: 265).

En relación con la anterior afirmación de Sonia Garza, resulta interesante el siguiente razonamiento de Francisco Rico:

Así, a las equivocaciones de rigor en toda transcripción y a las propias de la tipografía (letras empasteladas —vale decir, fuera de su cajetín— o deterioradas, tipos que se salen o se deslizan, etc., etc.), la composición por formas tiende a incorporar, como comprobaremos, infidelidades conscientes, hechas adrede, a las formulaciones del escritor, y tanto más peligrosas cuanto que aspiran a pasar inadvertidas. Por poco exigente que fuera con las *probas*, que normalmente *oía* leer sin cotejo alguno con el *original*, el corrector podía salir al paso de las erratas propiamente dichas; pero de esas traiciones deliberadas al autor, él mismo, como cabeza pensante del taller, sería cómplice o artífice en multitud de casos, y solo le cuadraba disimularlas (Rico, 2005: 92)

En el caso que nos ocupa, achacar tales remiendos a un corrector —si lo hubo— no resolvería la cuestión de los lugares críticos. A esto podría sumársele la escasa formación que poseían los cajistas de las imprentas españolas (Reyes Gómez 2000: 272; Rico 2005: 172). En relación con este aspecto, y dados los múltiples errores del impreso, se infiere una corrección descuidada o probablemente inexistente. Un dato que corrobora lo anterior nos lo aporta la ausencia de estados que hasta la presente se puede suscribir entre los ejemplares conservados de la edición de 1640. Pese a que no se ha llevado a cabo un cotejo exhaustivo entre los cuarenta y un ejemplares localizados, el

⁸⁶ El concepto de la «última voluntad» ha desatado ampollas críticas. Muy interesante al respecto resulta la perspectiva de Lucía Megías (2005).

contraste de varios de ellos en lo que a yerros de imprenta se refiere no contradice la afirmación susodicha. Y aunque la fase de corrección –incluso reiterada– durante el periodo que nos ocupa se da por sentada (v. Garza Merino 2012: 111; Moll, 2003a, 2003b, etc.; Reyes Gómez 2003: 111 *et alii*) no hay razones para pensar que no se pudiera contravenir lo estipulado, pues las reglas parecen no haber sido escritas cuando está en juego un taller de imprenta (Juan Caramuel, 2000: 281-283).

Por otra parte, varios testimonios denuncian la situación crítica de la imprenta española durante los siglos XVI y XVII (Martín Abad 2005; Reyes Gómez 2000), quejas que salpican en buena medida a la figura del corrector: «además de las [lacas] legislativas, se encuentran los escasos medios de las imprentas, entre ellos de correctores, y la poca formación del personal en los talleres» (Reyes Gómez 2000: 272).

Por último, el conocido testimonio de Víctor Alonso de Paredes, cuya experiencia como maestro impresor le había permitido conocer a cuatro tipos de correctores (de los que destacamos los dos últimos), arroja luz sobre este hecho:

El tercero es cuando el poco útil de las impresiones no da lugar a más, y es preciso encargar la corrección al más experto componedor [...] el cuarto es cuando el dueño de la imprenta no es impresor sino mercader de libros o son viudas o personas que no lo entienden; y no obstante quieren corregir, o lo encargan a personas que apenas saben leer. A estos tales, ¿Quién los puede llamar correctores? (ff. 42r-v)

Recordemos que el *Para algunos* se imprimió en las prensas de la viuda de Juan Sánchez. Entonces, si las intrusiones textuales no se deben al corrector, podríamos considerar que fue el cajista o los cajistas, encargados de trasvasar el texto del original de imprenta a letras de molde, los culpables de quebrar la última voluntad del autor, aunque harto complejo parece dilucidar un quién objetivo solo a raíz de los indicios con los que contamos. Lo único que las circunstancias permiten intuir, dada la condensación de cambios en unas planas determinadas, es que las reformas textuales estuvieron relacionadas con el ajuste del texto a la caja de escritura y, por consiguiente, con el proceso de composición e impresión por formas.

En efecto, la mayor parte de quienes se han acercado a este laborioso método considera que las adendas y supresiones que constan en los impresos, partiendo de la delación de Víctor Alonso de Paredes, no son más que parches que vienen a solventar una errónea cuenta del original:

Ello puede ser causa de errores, resueltos convenientemente –encoger la composición, si sobra texto, o airearla si falta texto para llenar la página– o con malos usos –eliminar palabras o frases del original si sobra texto, o introducir las si falta–. Las consecuencias para la transmisión textual son en este caso funestas (Moll 2003a: 34)

En el original de imprenta *La culebra de oro. Para algunos*, contamos con un dato que refrenda la anterior suposición: no existe ninguna modificación textual en las planas del impreso constituidas exclusivamente por versos, disposición textual que facilitaba inmensamente la cuenta del original dada su correspondencia unívoca entre verso y línea.

A pesar de que en este caso particular los datos a nuestra disposición apuntan a la figura del cajista, Sevilla Arroyo aseveraba, en relación con la *princeps* del Quijote (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605) que

las posibilidades de estiramiento o estrechamiento –según y cómo exigiesen las circunstancias tipográficas– del original manuscrito eran tan variadas y tan versátiles, sin necesidad de alterar la letra manuscrita, que difícilmente un cajista recurriría a los «medios feos» de marras (2008b: 58).

En el mismo trabajo y, a partir de un ejemplar despliegue numérico, Sevilla Arroyo (2008a, 2008b), ha puesto de manifiesto *a posteriori* los cuantiosos ardidés al servicio de la óptima ejecución tipográfica sin necesidad de adulterar la literalidad del texto⁸⁷. No obstante, se parte aquí de la premisa de que un cajista no trabajaba con calculadoras ni estadísticas a la hora de ejecutar su labor, sino más bien con cierta premura, necesidad de coordinación con, al menos, otro operario, y una buena dosis de improvisación vinculada a posibles errores de cálculo o imprevistos sobrevenidos. Es por ello por lo que parece poco apropiado hacer cálculos basados exclusivamente en datos numéricos, si bien es cierto que estos constatan el amplio margen de maniobra para ensanchar o constreñir la caja de escritura con el que contaba un cajista durante el periodo de la imprenta manual⁸⁸.

Sea como fuere, lo cierto es que en la manufactura del *Para algunos* se procedió con «medios feos». Por tanto, a continuación se abordan aquellas variantes que se consideran remiendos de imprenta, pues resultan fruto de la acción de «añadir o suprimir palabras» durante el proceso de confección del libro impreso. Tras efectuar una criba entre las variantes constatadas entre manuscrito e impreso, pasan a considerarse compensaciones textuales de imprenta aquellas que poseen las siguientes características:

⁸⁷ «Como la línea regular contiene unos 40 caracteres sin espacios o blancos, la plana, también regular (32 líneas), se llena con 1.280 (40 x 32) tipos sólidos, la forma con 5.120 (1.280 x 4), el pliego con 10.240 (1.280 x 8 o 5.120 x 2) y el cuaderno con 20.480 (1.280 x 16 o 10.240 x 2).

Simplemente con bajar o subir 3 caracteres por línea, dejándola en 37 o en 43, se ganan o se pierden unas dos líneas por plana (3 x 32 = 96 caracteres; 96 : 40 = 2,4 líneas) y más de una página por cuaderno (2,4 x 16 planas = 38,4 líneas; 38,4 : 32 = 1,2 páginas). Pero como las variaciones permitidas pueden bajar a 33 caracteres por línea y subir a 49, según dejamos dicho, los resultados son asombrosos: la plana oscilaría entre 1056 (33 x 32) y 1617 (33 x 49) caracteres, bajando a 26,4 líneas (1.056 : 40) o subiendo a 40,4 (1617 : 40), con una oscilación de hasta 14 líneas por página (40,4 / 26,4); entonces, el cuaderno podría variar nada menos que en 224 líneas (14 x 16) o en 7 planas: casi en un 50%.

Si probásemos con las alteraciones en el número de líneas por plana, los resultados serían no menos chocantes. Pues la oscilación permitida va de las 29 a las 33, el cuaderno podría contener entre 464 líneas (29 x 16) o 14,5 planas (464 : 32) y 528 líneas (33 x 16) o 16,5 planas (528 : 32), con una desviación de 2 páginas en total.

Y si se nos ocurriese combinar ambos recursos entre sí, añadiéndoles las consabidas abreviaturas, capaces de ahorrar hasta 10 letras por línea, o de absorber otras tantas más del original, el cómputo se dispararía: una plana con 66 abreviaturas y 33 líneas incrementaría en unos 150 caracteres por plana—casi cuatro líneas—los máximos ya contemplados, pudiendo incluir dos páginas más en el cuaderno (hasta 9 en total)» (Sevilla, 2008b: 62-63).

⁸⁸ Tras visitar un taller de imprenta que sigue trabajando como en la época manual, el de Alberto Tallone en Alpignano, se llega a la conclusión de que el arte de componer tiene algo de matemático, pero mucho más de inteligencia espacial y visual.

a) se llevan a cabo de forma consciente por parte de los operarios del taller, presumiblemente los componedores, en aras de ganar o reducir espacio en la caja de escritura;

b) no modifican en esencia el sentido del texto, sino que, en el caso de las adiciones, se trata de palabras o expresiones pleonásticas que pasan desapercibidas al lector; por el contrario, las omisiones tampoco desvirtúan el significado del texto. En efecto, la pretensión de quienes llevan a cabo este tipo de remiendos es, precisamente, que el lector no los advierta;

c) las adendas se localizan en cajas de texto muy abiertas (generalmente plagadas de espacios, consonantes dobles, signos ortotipográficos...) mientras que las omisiones se ubican en planas en las que el texto aparece sumamente cerrado (escasez de blancos, sensación de ahogo, etc.);

d) pese a la invalidez de las generalizaciones, buena parte de estas modificaciones, como se ha anunciado previamente, se ubican en la parte inferior de la plana (V. Sevilla Arroyo, 2008a: 13-14⁸⁹) y en unas planas determinadas del cuarto conjugado: las planas primera (1r), cuarta (2v), séptima (4r) y undécima (6r) carecen en mayor medida de este tipo de ultrajes, mientras que nunca o casi nunca tienen lugar en las planas quinta (3r), duodécima (6v), decimocuarta (7v), decimoquinta (8r) y decimosexta (8v). No obstante, un buen porcentaje de las mismas guardan relación con la necesidad de respetar la posición de los párrafos preestablecida durante la cuenta del original.

e) consisten en variantes desautorizadas por parte del autor.

Antes de exhibir los remiendos de imprenta detectados en la *princeps* del *Para algunos*, merece la pena ejemplificar, en dos casos similares, qué motiva o no su consideración.

En el siguiente ejemplo, entre manuscrito e impreso se halla una lección diversa. Mientras el original de imprenta lee «Que un amigo **mío** llamado Doristeo» (f. 213r), en el impreso aparece «Que un amigo llamado Doristeo» (f. 164v, X4v, lin. 24). No obstante, si se observa la disposición del texto en el ejemplar impreso, se advierte que no existen problemas de espacio y que el cajista contaba con un área más que suficiente para insertar el posesivo tónico, por lo que su omisión responde más a un despiste o a un error de lectura que a una supresión premeditada, en tanto que no existe un motivo consistente para justificar su eliminación.

Se trata de un caso bien distinto a lo que ocurre en la muestra que sigue. En el verso del folio 78 del original de imprenta aparece un pasaje que ha sido henchido en el consecuente impreso. Así, mientras en el manuscrito figura «Y añadido aquí la historia de los dos amantes de la peña», el impreso lee «Y añadido aquí la **notable** historia de los dos **muy queridos** amantes de la peña» (fol. 57r). Además de la naturaleza superflua de los términos aportados, no deja de generar cierta suspicacia su ubicación: H1r, primera plana del cuaderno hache —una de las planas más perjudicadas por este tipo de

⁸⁹ Este trabajo ha sido leído a partir de una separata proporcionada directamente por el autor y no desde el volumen colectivo en el que aparece, por lo que la numeración de ambos puede divergir.

maniobras—, líneas 39 y 40 —penúltima y última de la plana—. Basta, además, un somero rastreo por dicha plana para apreciar que la plasmación del texto, especialmente en las últimas líneas, se muestra distendida. A partir de estas circunstancias, es lícito plantear que los añadidos textuales no responden a una corrección de imprenta sino más bien a la necesidad de cuadrar la caja de escritura con respecto al resto de planas del cuaderno, principalmente con la siguiente (H1v), que, muy probablemente, podría ya estar compuesta e incluso impresa. No obstante, sobre este aspecto se volverá a continuación.

De modo que a la hora de discernir entre un remiendo de imprenta y una variante generada por cualquier error común a un acto de copia (lectura, memorización, dictado interior...) ha sido necesario considerar múltiples condicionantes:

- a) Su ubicación en la plana. Generalmente se emplazan en las líneas finales, pero a veces se disponen en la parte superior o intermedia de la plana y su misión es la de conseguir el número de líneas estipulado y marcado en el manuscrito original de imprenta.
- b) Las repercusiones que conlleva incluir o suprimir una determinada palabra (en ocasiones, la adición de una palabra ayuda a añadir una línea extra sin que el texto baile demasiado debido a la abundancia de blancos, etc.)
- c) El contexto tipográfico (cantidad desmesurada de espacios o, por el contrario, sensación de ahogo tipográfico)
- d) El valor semántico de las supresiones o adiciones (los remiendos de imprenta suelen pasar desapercibidos en este aspecto, pues mantienen el significado esencial del texto)

En las siguientes tablas figuran, seccionados por cuadernos, los remiendos de imprenta localizados en el *Para algunos*.

CUADERNO A⁹⁰

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar edición R/4475	Plana impreso	Línea plana
Mi camarada Acrisio (así dijo llamarse) (fol.2r)	Mi camarada Acrisio, (que así dijo llamarse) (fol. 2r)	A2r (3)	Lin. 14
Mi advertencia, le pretendía obligar (fol.2v)	Mi advertencia y cuidado , le pretendía obligar (fol. 2r)	A2r (3)	Lin. 30
Algo de lo que me encubría	Algo de lo mucho que me encubría	A2 (3)	Lin. 31

⁹⁰ Solo las siete primeras planas del cuaderno A contienen el texto dispuesto en prosa, ya que la octava plana figura en blanco y, a partir de la novena (A5r), comienza la comedia *El agravio agradecido*, que se extiende hasta D5v. Se omiten en este capítulo los cuadernos que ocupa la comedia puesto que los mismos carecen de remiendos de imprenta, en tanto que la distribución en versos facilita enormemente la cuenta del original, más exacta y matemática, de manera que evita problemas de ajuste de texto.

En relación con el cuaderno A, las planas tercera (A2r) y cuarta (A2v) presentan retoques textuales, en este caso adiciones dispersas a lo largo de la plana, que permiten alcanzar las cuarenta líneas que constituyen el número de renglones estipulado para cada plana. A falta de dichos añadidos, probablemente hubiera sido muy complejo conseguir tal medida. De hecho, en el caso de 2r (A2r) es exclusivamente una palabra, «entonces», la que ocupa el renglón cuadragésimo.

(fol.2v)	(f. 2r)		
Significándole deseaba saber... (fol.2v)	Significándole y encareciéndole lo mucho que deseaba saber... (f. 2r)	A2 (3)	Lin. 33
Tan advertidamente me encubría (fol.2v)	Tan advertida y cuidadosamente me encubría (f. 2r)	A2 (3)	Lin. 34
Me divirtió con toda humanidad el deseo, prometiéndome (f. 2v)	Me divirtió con toda humanidad el deseo que tenía , prometiéndome (f. 2r)	A2 (3)	35-36
Prometiéndome que habiendo ocasión más oportuna (f. 2v)	Prometiéndome que en habiendo ocasión más oportuna (f. 2r)	A2 (3)	Lin. 36
Me diría cosas que me admirasen (f. 2v)	Me diría cosas tan raras que me admirasen (f. 2r)	A2 (3)	Lin. 37
Se ofrecería mejor con que me resolví no le cansar más entonces (f. 2v)	Se ofrecería otra mejor con que me resolví a no le cansar más por entonces (f. 2r)	A2r (3)	Lin. 39
Era a la sazón cura un particular amigo mío, me era fuerza no pasar sin verle por habérmelo él pedido desde que tuvo (fol. 2v)	Era a la sazón cura un particular amigo mío y me era fuerza no pasar adelante sin verle por habérmelo él pedido muy encarecidamente desde que tuvo (fol. 2v)	A2v (4)	Lin. 4
Cuando le tuviese de que... (f. 2v)	Cuando no le tuviese de que... (f. 2v)	A2v (4)	Lin. 9
Quería ir a Guadalupe (f. 3r)	Quería ir a Nuestra Señora de Guadalupe (f. 2v)	A2v (4)	Lin. 22
Repasamos sobremesa aquella noche muchos de los sucesos que tuvimos en Alcalá de Henares (f. 3r)	Repasamos por sobremesa aquella noche muchos de los sucesos que tuvimos en la insigne universidad de Alcalá de Henares (f. 2v)	A2v (4)	Lin. 29
Particular relación, que llegaba a más de cuatro mil ducados (f. 3r)	Particular relación, diciendo que llegaba a más de cuatro mil ducados cada año (f. 2v)	A2v (4)	Lin. 33-34
Los sujetos que a él aspiran (f. 3r)	Los sujetos tan grandes que a él aspiran (f. 2v)	A2v (4)	Lin. 37

Tabla 25. Remiendos de imprenta. Cuaderno A

CUADERNO F

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar edición R/4475	Plana impreso	Línea plana
Pero no dejando de proseguir el caminar por la plancha adelante, fue tanta la grita de unos y de otros... (fol. 59r)	Pero no dejando de proseguir el caminar por la plancha adelante, no pudiendo entender lo que en tan breve tiempo le había acontecido, porque era tanto el ruido y grita de unos y otros... (fol. 41r)	F1r (1)	39-40
Que refiere San Agustín en los lugares que citastes (fol. 60r) [hay una marca en el original sobre S. Agustín]	Que refiere el glorioso doctor San Agustín en los lugares que citastes	F2r (3)	14
Tengo apuntados los sucesos de mi vida, donde los	Tengo apuntados todos los sucesos de mi vida, de donde los trasladaré	F3v (6)	12 (pero es la

trasladaré agora (fol. 62r)	agora (fol. 43v)		primera plana de discurso; así que hay que sumar 22 líneas= 34)
Apartado del mundo (fol.62v)	Apartado del engañoso mundo (página 117, fol. 44r)	F4r (7)	35
Esperando que el tiempo desengañaría a Ismenia...(fol. 64r)	Esperando oportuna ocasión en que el tiempo desengañaría a Ismenia (página 118, fol. 45v)	F5v (10)	4
Hizo lo mismo con las suyas (fol.65r)	Hizo también lo mismo con las suyas (página 120, fol. 46r)	F6r (11) Adiciones aglutinadas en las últimas líneas del folio	31
Llegando a un tiempo unas y otras	Llegando a un tiempo las unas y las otras	F6r (11)	32
Se saludaron ambas partes	Se saludaron de entr ambas partes	F6r (11)	33
A las forasteras la bienvenida	A las forasteras la bienvenida con mucha cortesía	F6r (11)	34
A que fue correspondida cortésmente	A que fue correspondida muy cortésmente	F6r (11)	36
A la sombra de una fresca alameda	A la sombra de una hermosa , fresca y deleitable alameda	F6r (11)	38

Tabla 26. Remiendos de imprenta. Cuaderno F

CUADERNO G

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Y ya solo deseaba ocasión (fol. 68r final)	Y ya solo deseaba tener ocasión (fol. 49r)	G1r (1) Mitad inferior de la plana	25
A festejar los novios con regocijos y fiestas (fol. 68v)	A festejar los novios con regocijos, entretenimientos y fiestas (fol. 49r)	G1r (1)	38
Con tan buena suerte (fol. 68v)	Con tan buena y dichosa suerte (pág. 124, fol. 49r)	G1r (1)	39
No dejaban entenderse (70v)	No dejaban bien entenderse (fol. 50v)	G2v (4) Penúltima línea	39
Pero a poco rato oí abrir la puerta (fol.70v)	Pero dentro de poco rato oí abrir la puerta (fol.50v, pág. 125)	G2v (4) Penúltima línea	40
En el puesto mismo donde	En el puesto donde esperaba yo	G4r ⁹¹ (7)	36

⁹¹ En esta plana el texto aparece sumamente compacto.

esperaba yo (ms.fol. 72r)	(52r)		
De donde averiguadas nuestras inocencias en los cargos (fol. 74v)	De donde estando ya con razones averiguadas nuestras inocencias en los cargos (página 130, fol. 54r)	G6r (11) Mitad de la plana	21

Tabla 27. Remiendos de imprenta. Cuaderno G

CUADERNO H

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Y añadido aquí la historia de los dos amantes de la peña(78v)	Y añadido aquí la notable historia de los dos muy queridos amantes de la peña (fol. 57r)	H1r (1) Última línea, profusión de espacios	39-40
Pero en fin vencida de los temores (80r)	Pero vencida de los temores (pág. 135, fol. 58v)	H2v (4) Mitad inferior de la página	13 (primera plana del discurso tercero, por lo que hay que sumar 22= 35)
A mí me traen tan desasogada y cuidadosa (fol.80r)	A mí me traen tan desasosegada (pág. 135, fol. 58v)	H2v (4) Mitad inferior de la plana	38 (igual que el anterior)
Para que me criase aquí como hija suya (fol.81v)	Para que me criase y alimentase aquí como hija suya (pág. 138, fol.60r)	H4r (7) Última línea, profusión de espacios	40
La respondí en esta sentencia (fol. 83r)	La respondí así en esta sentencia (pág. 139, fol. 61v)	H5v (10) Parte superior de la página. La adición de esta palabra supone una línea más.	11
También el corazón de cuidados y inquietudes (fol. 84r)	También el corazón de cuidados, penas y inquietudes (pág. 140, fol. 62r)	H6r (11) Final página, muchísimos espacios	39
Gastando la solicitud del día (84r)	Gastando toda la solicitud del día (pág. 140, fol. 62r)	H6r (11)	40
Porque en las ruines intenciones	Porque en las ruines y dañadas	H7r (13)	30

(85v)	intenciones (pág. 142, fol. 63r)	Mitad inferior de la página	
-------	----------------------------------	-----------------------------	--

Tabla 28. Remiendos de imprenta. Cuaderno H

CUADERNO I

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Desistiese de las instancias de mi madre (87v)	Desistiese de las instancias y persuaciones de mi madre (65r)	I1r (1) Parte superior de la página	11
El cielo, no sin providencia (ídem)	El cielo, no sin grande providencia suya (ídem)	I1r (1) Parte sup.	12
Por medio del retiro de mi abuelo y padre (ídem)	Por medio del retiro y aparcamiento de mi abuelo y padre (ídem)	I1r (1) Parte sup. (primer párrafo)	13
Pues ninguna hará agradable consonancia en tu estragada voluntad (88r)	Pues ninguna dellas hará agradable, suave ni suficiente consonancia en tu estragada voluntad (pág. 145, 65r)	I1r (1) Última línea	39-40
Con una amorosa seña me lo concedió (88v)	Con una amorosa y compuesta seña me lo concedió (145, fol. 65v)	I1v (2) Mitad página	25
Y para examinar si mi pasión me lleva a esta sospecha (88)	Y para examinar con más cuidado y diligencia la pasión que me lleva a esta sospecha (pág. 146, fol. 66r)	I2r (3)	6
Se ajustará a la soledad deste desierto (89r)	Se ajustará a la soledad deste tan retirado desierto (146, 66r)	I2r (3) Final página	33
Sentencias y salas? cortesanas, quién... (89r)	Sentencias y sales cortesanas de tanta policia , quién (146, 66r)	I2r (3) Final página	35
Zapato curioso por toscas abarcas (89r)	El pulido y curioso zapato por toscas abarcas (146, 66r)	I2r (3) Final página	37
Deseaba llegar también aunque me obligaba (91v)	Deseaba llegar también por ver aquella tan grandiosa ciudad aunque me obligaba (149, 68r)	I4r (7)	34
Quedó dueño del triunfo (94v)	Quedó dueño del dichoso triunfo (pág. 152, fol. 70r)	I6r (11)	39-40

Tabla 29. Remiendos de imprenta. Cuaderno I

CUADERNO K

Manuscrito <i>La culebra de</i>	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana	Línea
---------------------------------	-------------------------------------	-------	-------

<i>oro. Para algunos</i> (ca. 1637)		impreso	plana
Y entre otras materias se discurrió sobre (97v)	Y entre otras materias que entre ellos se trataban se discurrió una sobre (pág. 155, fol.73r)	K1r (1) Mitad de la página	15-16
Apoderándote de mi antigua libertad (98v)	Apoderándote de mi antigua y incontrastable libertad (156, 73v)	K1v (2) Última línea	39
Rendidas las potencias (fol. 98v)	Rendidas todas las potencias (ídem)	K1v (2) Última línea	40
Con hipócritas escusas, procuró disuadirle el pensamiento (99v)	Con hipócritas y fingidas escusas procuró disuadirle de aquel pensamiento (74v, 158)	K2v (4) Última línea	39-40

Tabla 30. Remiendos de imprenta. Cuaderno K

CUADERNO L

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Habiendo atendido Don Tello a la desesperada resolución (111r)	Habiendo atendido el noble don Tello a la desesperada y atrevida resolución	L3v (6)	21
En acentos interrumpidos la dijo así (111r)	Con acentos interrumpidos y lastimosos la dijo así (ídem)	L3v (6)	25
Hazaña tan heroica (111v)	Hazaña tan rara y heroica (171, 84r)	L4r (7)	11-12
Semejantes impiedades. Reparad señora (111v)	Semejantes impiedades como vos me pedís . Reparad señora (171, 84r)	L4r (7)	16
Acaso más por darla aquel contento (111v)	Acaso más por agradarla y darla aquel contento (pág. 172, 84r)	L4r (7)	30

Tabla 31. Remiendos de imprenta. Cuaderno L

CUADERNO M

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Estos contrastes y otros muchos tiene amor (118v)	Estos contrastes tiene amor (pág. 179, fol. 90r) [esta supresión se debe a la necesidad de cuadrar el texto con la estimación de líneas por párrafo que se aprecia en el manuscrito, donde aparece escrito el número 15 y, en efecto, de haber mantenido la lectura del original de imprenta, se hubiese sobrepasado dicha medida]	M2r (3) Mitad página	14
Así en virtudes del ánimo como en hermosura exterior (121r)	Así en virtudes como en hermosura (92r)	M4r (7) Mitad inferior	31

Se exaltan como en centro propio suyo (123v)	Se exaltan como en centro suyo (185, 94r)	M6r (11) Mitad inferior	35
Nobilitas tu ser y esclaresces tus partes personales y (123v)	Nobilitas y esclaresces tus partes y (186, 94r)	M6r (11) Mitad inferior	37
Aunque realmente me persuadí	Aunque me persuadí	M6r (11) Última línea	40

Tabla 32. Remiendos de imprenta. Cuaderno M

CUADERNO N

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Con admiración y sombro santiguándose dijo (128r)	Con admiración y asombro me dijo (190, 97v)	N1v (2)	29
Afirmándose en lo que primero dicho había (128r)	Afirmándose en lo que había dicho (190, 97v)	N1v (2)	33
El advitrio de hombres	El advitrio y parecer de hombres [sin la adición de esta palabra no se alcanza la medida estipulada en el manuscrito original de imprenta para el primer párrafo]	N2v (4)	26

Tabla 33. Remiendos de imprenta. Cuaderno N

CUADERNO O

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Salva paz de la que me toca (137r)	Salvo la que me toca (201, 105r)	O1r (1)	27
Más a la conservación y reverencia del femíneo sexo (137r)	Más a la conservación del femíneo sexo (201, 105r)	O1r (1)	28
Sino antes en señal y demonstración de la incontinencia de los hombres	Sino en señal de la inconstancia de los hombres	O1r (1)	32
Con mujeres aún de excelente fama , que con la de hombres...	Con mujeres que con la de hombres...	O1r (1)	34
Con usurarios, con ladrones y con otros de más estragadas costumbres (137r)	Con usurarios, ladrones y otros (201, 105r)	O1r (1)	35
Yo me allano dije- en nombre... (138r)	Yo me allano en nombre (202, 106r)	O2r (3)	4
A sola una y esta procedía [...] y semejantemente (140v)	A sola una y que esta procedía [...] y que semejantemente (205, 108r)	O4r (7) ⁹² Mitad superior	14-15
Vestido en la del animal (141r)	Vestido en la del fiero animal	O4r (7)	27

⁹² En esta plana (f. 108r) abundan los blancos.

	(206, 108r)	Mitad inferior	
Para mayor penalidad (141r)	Para mayor penalidad y sentimiento (206, 108r)	O4r (7) Mitad inferior	29
Porque persuadido me convenía vivir en aquella miserable vida (141r)	Porque persuadiéndome a que me convenía vivir en aquella miserable y triste vida (206, 108r)	O4r (7)	32-33
Que dejase mis potencias desahogadas (141r)	Que dejase todas mis potencias tan desahogadas (206, 108r)	O4r (7)	35
Que las de los demás hombres (143v)	Que la de todos los demás hombres del mundo (208, 110r)	O6r (11)	35-36

Tabla 34. Remiendos de imprenta. Cuaderno O

CUADERNO P

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Muy contenta de haber hecho en su jornada tan dichoso empleo en mi hallazgo y posesión (147v)	Muy contenta con mi hallazgo (213, 113)	P1r (1)	13 (puesto que se trata de comienzo de discurso, habría que sumarle 22= 35)
Extrañaba semejante lenguaje (148v)	Extrañaba mucho semejante lenguaje (214, 114r) [en este caso, en el manuscrito se han estimado las líneas que deben ocupar los párrafos del impreso. De no ser por la adición de esta palabra así como por la profusión de espacio, no se habría alcanzado la medida preestablecida]	P2r (3) Mitad página	
Persuadido yo debiera (148v)	Persuadido que yo debiera (114v, 214)	P2v (4) ⁹³	5
Engañar aquella simple doncella	Engañar a aquella simple doncella	P2v (4)	7
Le satisfizo como ella no sabía	Le satisfizo diciendo cómo ella no sabía	P2v (4)	10
Y la parienta ¿cómo engaño? (149r)	Y la parienta dijo ¿cómo engaño? (214, 114v)	P2v (4)	18

⁹³ Para esta plana se ha estimado la posición en que debe culminar cada párrafo. El texto se muestra sumamente holgado.

Según San Buenaventura (154v)	Según el glorioso doctor San Buenaventura (221, 119r)	P7r ⁹⁴ (13) Mitad inferior	23
A todas sus órdenes. O es un orden de las (154v)	A todas sus órdenes y mandatos . O es un orden (ídem)	P7r (13) Mitad inferior (se trata de una cita)	26
En dos modos, a saber (154v)	En dos modos, conviene a saber (ídem)	P7r (13) Mitad inferior	29

Tabla 35. Remiendos de imprenta. Cuaderno P

CUADERNO Q

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Atribuyendo a milagro de su hada su hallazgo (158r)	Atribuyendo a milagro de su hada la dicha de su hallazgo (122r)	Q2r (3) Mitad	18
Qué era aquello de la hada y el religioso le hizo una breve resumta de [...] en oprobio de la supersticiosa opinión (158r)	Qué era aquello que decían de la hada y el religioso le hizo una breve y compendiosa resumta de [...] en oprobio y descrédito de la supersticiosa opinión (122r)	Q2r (3) Mitad	20-21; 21-22; 22-23
Lo cual todo bien entendido por el juez, mandó que luego y sin dilación Lisena... (158r)	Lo cual todo muy bien entendido por el juez, mandó que luego al punto y sin dilación alguna Lisena (122r)	Q2r (3) Mitad	23-24-25
Lo cual fue ejecutado (ídem)	Lo cual fue luego ejecutado (ídem)	Q2r (3) Mitad	27
Confirmados con el hallazgo de la cadena (158v)	Confirmados con el del hallazgo de la cadena (122r)	Q2r (3) Mitad	29
Arrojado con violencia [...] con peligro de mi vida	Arrojado con tanta violencia [...] con peligro grande de mi vida	Q2r (3) Mitad	36-37
No acertaba a pronunciar palabra más de señalar (163v)	No acertaba a hablar ni pronunciar palabra alguna más de señalar (126r)	Q6r (11) Final	37
Al punto el buen hombre comenzó a desbaratar la yerba	Al punto el bueno del hombre comenzó a desbaratar y descomponer la yerba	Q6r (11) Última línea	39-40

Tabla 36. Remiendos de imprenta. Cuaderno Q

⁹⁴ Plana con cuantiosos blancos. En el manuscrito original de imprenta se han establecido las líneas de estimación de párrafos.

CUADERNO R

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Con el riguroso o infame instrumento de tu torpeza (169r)	Con el riguroso instrumento de tu torpeza (130v, 237)	R2v (4)	29
Vino a tierra (169r)	Vino a dar en tierra (238, 130v)	R2v (4)	40
Por gozar del agradable sitio (170v)	Por gozar del agradable y deleitoso sitio (289, 132r)	R4r (7) Primer párrafo	12
Una muy poblada higuera (170v)	Una muy hermosa y poblada higuera (239, 132r)	R4r (7)	13-14
Me subí para gozar mejor (ídem)	Me subí sin ser sentido para gozar mejor (ídem)	R4r (7)	15
Despidiendo un gran suspiro (173v)	Despidiendo un grande suspiro (242, 134r)	R6r (11) Mitad	17
Salido de lo íntimo del corazón (173v)	Salido de lo más íntimo del corazón (242, 134r)	R6r (11) Mitad	18
Como reparando en su engaño (173v)	Como reparando y advirtiendo en su engaño (242, 134r)	R6r (11) Mitad	20
Que su mal era muy diverso de asombros ni de espíritus (173v)	Que su mal era muy diverso y diferente que el de asombros ni de espíritus (242, 134r)	R6r (11) Mitad	21-22
Con caricias, luego con amenazas (173v)	Con caricias y amorosas palabras , luego con amenazas (243, 134r)	R6r (11) Mitad	26
Con promesas de ayudas sus deseos (173v)	Con promesas, prometiéndola de ayudarla en todos sus deseos (243, 134r)	R6r (11) Mitad	27
La sacó del recatado pecho (173v)	La sacó de su recatado y honesto pecho (ídem)	R6r (11) Mitad	29
No había podido con todos sus aforismos	No había podido descubrir con todos sus aforismos	R6r (11) Mitad	30
La causa de su enfermedad	La causa y ocasión de su enfermedad	R6r (11) Mitad	31
Porque la refirió los principios	Porque la refirió todos los principios	R6r (11) Mitad	32
Procuró disponerle	Procuró luego disponerle	R6r (11) Mitad	36
Porque resuelta la enferma	Porque estaba resuelta la enferma	R6r (11) Mitad	39
Su luz, considerando	Su luz, y considerando	R6r (11) Mitad	40
Y si bien ella se mostró alegrar (174r)	Y si bien ella por entonces se mostró alegrar (243, 134v)	R6v (12) Mitad inferior	27
Sin que persona lo entendiese (174v)	Sin que persona alguna lo entendiese (244, 135r)	R7r (13) Principio página	2
La sirvió de alivio, antes gravemente la dañó porque	La sirvió de alivio ni de consuelo , antes gravemente la	R7r (13) Principio	6-7

(174v)	daño y entristeció porque (244, 135r)	de la página. Numerosos espacios.	
Objeto de sus fatigas	Objeto y causa de sus fatigas	R7r (13) Principio	8
Volviendo sus padres, hallando la casa (175r)	Volviendo sus padres de la quinta , hallando la casa (244, 135r)	R7r (13)	23-24
Vuelta en su acuerdo[...] de que ellos y los demás a cuya noticia llegó admirados	Vuelta ya en su acuerdo [...] de que ellos y todos los demás que allí se hallaron quedaron admirados	R7r (13)	28-29-30
Juzgándola piadosa y ordenada	Juzgándola por piadosa y ordenada	R7r (13)	31

Tabla 37. Remiendos de imprenta. Cuaderno R

CUADERNO S

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Aquellas tiernas doncellas (178r)	Aquellas tiernas y delicadas doncellas (248, 137v)	S1v (2) Penúltima línea	38
Añadió era poco honesta y para confirmarlo (179r)	Añadió que era muy poco honesta y para confirmarlo (249, 138v)	S2v (4) ⁹⁵ Principio	14
Creyendo lo fuese (179r)	Creyendo que lo fuese (249, 138v)	S2v (4)	16
Por serle así notorias tantas ofensas (179r)	Por serle así ciertas y notorias tantas y tan grandes ofensas (249, 138v)	S2v (4)	21
Confirmaba y apoyaba su maldad, todo (179v)	Confirmaba y apoyaba su mal intencionada y dañada maldad, todo (249, 138v)	S2v (4)	26-27
De lo cual tanta pasión rescibió (179v)	De lo cual tanta fue la pasión que recibió (idem)	S2v (4)	28
Seminario de santas vírgenes	Seminario de santas y virtuosas vírgenes	S2v (4)	31
Trató de recogerse a él	No trató más de recogerse a él	S2v (4)	33
Solas estamos. ¿Qué inconveniente se te puede seguir aquí? Hazlo, así te goces (180v)	Somas estamos. Hazlo, así te goces (250, 139v) [se trata de un caso dudoso porque de haber incluido la oración omitida, quizás habrían sobrepasado las diez líneas estimadas para el primer párrafo de dicha plana, que	S3v (6)	10 ¿homoiotel euton?

⁹⁵ Profusión de espacios, sobre todo en la parte superior de la plana.

	resulta más problemática al contener versos en su parte inferior]		
Y seis damas o ninfas (183r)	Y seis damas (253, 141v)	S5v (10)	11
Acreditándoseles esta opinión con mis discursivas acciones (183v)	Acreditándoseles más esta opinión con mis discursivas y advertidas acciones (142r, 254)	S6r (11)	22

Tabla 38. Remiendos de imprenta. Cuaderno S

CUADERNO T

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
A allí envían (189r)	Allí envían (idem)	T2v (4) Mitad página	16
Dedicarte al servicio de la persona de un hombre (189v)	Dedicarte al servicio de un hombre (260, 146v) [en este caso, en el original de imprenta está marcada la posición que debe ocupar la última línea de cada párrafo. La expresión se suprime para cuadrar este párrafo, que acaba justo a final de línea]	T2v (4) Mitad inferior	30
Y esto en cada instante [...] y que en suma	Y esto a cada instante [...] y en suma [mismo caso que el anterior]	T2v (4) Mitad inferior	33

Tabla 39. Remiendos de imprenta. Cuaderno T

CUADERNO V

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Agora, si la injusticia, la ambición... (198r)	Agora, pues , si la justicia, la ambición... (271, 153r)	V1r (1) Última línea, muchos espacios	40
A los atentos servicios (198v)	A los atentos y fieles servicios (272, 153v)	V1v (2) Final	36
Atraído de la aparente benignidad	Atraído y obligado de la aparente benignidad	V1v (2) Final	37-38
No se pudiendo afirmar que vive (199v)	No se pudiendo afirmar de ningún modo que vive (272, 154r)	V2r (3) Final	35
Concurso de hombres bajos	Concurso o ayuntamiento de hombres bajos	V2r (3) Final	39-40

Se ha de concluir que no son libres (201v)	Se ha de concluir con decir que no son libres (275, 156r)	V4r (7) Principio	7
Quién hay en el mundo libre (201v)	Quién hay en el mundo tan libre (275, 156r)	V4r (7) Principio	8
Necesita áncora (202r)	Necesita de áncora (275-276, 156r)	V4r (7) Mitad	16
Te obliga a arrojar (202r)	Te obliga y precipita a arrojar (276, 156r)	V4r (7) Final	38
De muy bajo precio (205r)	De muy bajo y tenue precio (279, 158r)	V6r (11) Últimas líneas	38
Por los excesivos gastos (205r)	Por los excesivos y grandes gastos (279, 158r)	V6r (11) Última línea	40

Tabla 40. Remiendos de imprenta. Cuaderno V

CUADERNO X

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Afligiéndola con estrechez tanta (209r)	Afligiéndola tanto (283, 161v) [en el manuscrito se han plasmado los dígitos que han de corresponderse con la posición de líneas de los párrafos en el impreso, y, con la reducción, el párrafo culmina a final de línea]	X1V (2) Principio	3
Lo cual se conoce con que (210v)	Lo cual se deja bien conocer con que (285, 162v)	X2v (4) Penúltima línea	39
Quisimos experimentar entre zozobras (211v)	Quisimos experimentar primero entre zozobras (286, 163v)	X3v (6) Mitad Muchísimos espacios	19
Y ya hemos vistos que los hurtados son los más suaves (211v)	Y ya hemos visto que los hurtados son los más suaves y deleitosos (286, 163v)	X3v (6) Mitad Muchos espacios	21
Fueron ordenadas a no malograr (211v)	Fueron ordenadas y dispuestas a no malograr (ídem)	X3v (6) Mitad inferior	24
Oír lo que con Olimpia tratase (212v)	Oír todo lo que con Olimpia tratase (286, 164r)	X4r (7) Mitad inferior, muchos espacios	29
A quien los rayos de la luna (212v)	A quien los hermosos rayos de la luna (287, 164r)	X4r (7) Mitad inferior	35
Llegó la hermosa Olimpia (212v)	Llegó la bella y hermosa Olimpia (287, 164r)	X4r (7) Últimas	38

		líneas, profusión espacios	
En aquellas montañas	En aquellas apartadas montañas	X4r (7) Penúltima línea	39

Tabla 41. Remiendos de imprenta. Cuaderno X

CUADERNO Y

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Que la noche había ensartado (219r)	Que la fresca noche había ensartado (294, 169v)	Y1v (2) Mitad inferior	32
Hallando yo en el pensamiento (219r)	Y hallando yo en el pensamiento (294, 169v)	Y1v (2) Mitad inferior	35
Tuvo gusto yo asistiese (219v)	Tuvo gusto en que yo asistiese (170r, 295)	Y2r (3) Mitad superior	8
Que a un hermano (219v)	Que si fuera un hermano (170r, 295) [en el caso de esta plana, estaba estipulado el cómputo de líneas por párrafo, y se estima que el primer párrafo ha de llegar hasta el vigésimo renglón. Este culmina con apenas unas sílabas, por lo que estos añadidos dispersos tienen la intención de alcanzar la medida preestablecida]	Y2r (3) Mitad superior	17
Prosiguió diciendo así (220r)	Prosiguió así (295, 170r) [la inserción de la palabra habría supuesto la adición de otra línea, imposible a esas alturas]	Y2r (3) Final página	36
Donde yo estaba ya hecho (220v)	Donde yo estaba hecho (296, 170v)	Y2v (4) Mitad inferior	29
Pero desengañeme al tiempo de despedirse los dos (ídem)	Pero desengañeme al tiempo que se despidieron los dos (ídem)	Y2v (4) Mitad inferior, muchos espacios	31
El cual despedido de Doristeo (ídem)	El cual habiéndose despedido de Doristeo (ídem)	Y2v (4) Últimas líneas	36
A extinguir tanto fuego (222r)	A extinguir y apaciguar tanto	Y4r (7)	6

	fuego (297, 172r)	Mitad superior	
Los sangrientos daños (ídem)	Los más sangrientos daños (ídem)	Y4r (7) Mitad superior	8
Donde teníamos hacienda (ídem)	Donde teníamos un poco de hacienda (ídem)	Y4r (7) Mitad superior	13
El camino por quien Dios me llamaba (222r)	El camino por donde Dios Nuestro Señor me llamaba (298, 172r)	Y4r (7) Mitad superior	16 [crea un párrafo donde no lo había en el ms.]
A seguir sus muertes (222v)	A seguir sus tristes muertes (172r, 298)	Y4r (7) Mitad inferior	33-34
Quedé como acosada fiera (222v)	Quedé como una acosada fiera (298, 172r)	Y4r (7) Mitad inferior	35
Que librar me pudiesen de pesares tantos (222v)	Que mejor me pudiesen librar de pesares tantos (298, 172r)	Y4r (7) Final, consonantes dobles	38
De mayores daños (222v)	De mayores y más rigurosos daños (ídem)	Y4r (7) Penúltima línea	39
Aquel divino arrobo de contemplación, estando a sus pies , no curaba nada (224v)	Aquel divino arrobo de contemplación, no curaba nada (174r, 301)	Y6r (11) [en esta plana han omitido la división en párrafos que habían establecido en el original de imprenta, y todo el texto aparece en bloque]	23

Tabla 42. Remiendos de imprenta. Cuaderno Y

CUADERNO Z

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
A su padre arder en el fuego eterno (227v)	A su padre padece r y arder en el fuego eterno (304, 177r) [cómputo de párrafos en el manuscrito original de imprenta. El primero debe	Z1r (1) Mitad superior	7-8

	alcanzar el renglón 13, y lo alcanza por apenas siete tipos, de ahí las adiciones y los blancos]		
De suma alegría (ídem)	De suma y grande alegría (ídem)	Z1r (1) (ibídem)	8-9 [con estas dos inserciones se gana una línea – párrafo-]
No ya cuanto a la pena ajena [...] sino cuanto considera (227v)	No ya en cuanto a la pena ajena [...] sino en cuanto considera (304, 177r)	Z1r (1) (ibídem)	9
Cuando es verdaderamente círculo (229v)	Cuando es cierta y verdaderamente círculo (306, 178r)	Z2r (3) Última línea, muchos espacios	39
Cuál tenéis por cierta (229v)	Cuál tenéis por más cierta (306, 178v) [la inserción supone una línea más. En el manuscrito original de imprenta se ha dispuesto que el primer párrafo de esta plana debe ocupar hasta el tercer renglón]	Z2v (4) Primera línea	2
A poco espacio que por ella anduve sentí no muy lejos (233v)	A poco espacio sentí no muy lejos (311, 181v) [en esta plana la longitud de los párrafos también está predefinida en el manuscrito original de imprenta]	Z5v (10) Mitad superior	17
Las muertes que mi famélica necesidad (233v)	Las muertes que de mi famélica necesidad (311, 181v)	Z5v (10) Mitad	corrección
De aquellos aquiterrestres animalejos (233v)	De aquellos terrestres animalejos (311, 181v)	Z5v (10) Mitad inferior	23
A la refeción, y llegado a ella , me embosqué (233v)	A la refeción, me embosqué (311, 181v)	Z5v (10) Mitad inferior	26
Puesto de celada donde a una descuidada rana me engullí enteramente (233v)	Puesto de celada me engullí una descuidada rana enteramente (311, 181v)	Z5v (10) Mitad inferior	27

Tabla 43. Remiendos de imprenta. Cuaderno Z

CUADERNO Aa

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
--	-------------------------------------	---------------	-------------

Por entre la fresca y crescida yerba (239v)	Por entre la fresca yerba (186r, 318)	Aa2r (3) Últimas palabras. Se suprime porque no cabe	40
Ay infelice mujer (241v)	Ay infelice y desdichada mujer (320, 188r)	Aa4r (7) Principio	3
Que de su muerte viene a darme (241v)	Que de su triste muerte viene a darme aviso (320, 188r)	Aa4r (7) Principio	6
Ni cómo persuadirme que debajo desta piel escuálida se podía (241v)	Ni cómo podía persuadirme que debajo desta fiera y escuálida piel se podía (320, 188r)	Aa4r (7) Primer párrafo	10
Cómo tan anticipadamente (241v)	Cómo tan presta y anticipadamente (320, 188r)	Aa4r (7) Mitad	18
El mundo te ha perdido. ¿Qué...? (241v)	El mundo te ha perdido en tu más floreciente edad. ¿Qué...? (320, 188r)	Aa4r (7) Mitad	21
Sin ti estas selvas (241v)	Sin ti estas agradables selvas (320, 188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	21,22
Entre sus valles (241v)	Entre sus espaciosos valles (320, 188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	22
Ya sus ninfas (241v)	Ya sus hermosas ninfas (320, 188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	23
Cuál será mi estado (241v)	Cuál será mi infelice estado (320, 188r)	Aa4r (7) Mitad inferior, muchos espacios	28
Infelice Olimpia (242r)	Infelice y desdichada Olimpia (320, 188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	31
Si alguna vez lo imaginaste (242r)	Si alguna vez lo entendiste y imaginaste así (188r, 320)	Aa4r (7) Mitad inferior	34
Quién le ha divertido del camino (242r)	Quién le ha estorbado y divertido del camino (320, 188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	39 [última línea]
No saltas de mí en menudas piezas (242r)	No saltas de mí y te partes en menudas piezas (320, 188v)	Aa4v (8) Mitad superior	3
Al sentimiento solo desta voz (242r)	Al sentimiento grande desta pronunciada voz (320, 188v)	Aa4v (8) Mitad superior	4
Oh incompatibles secesos? (242r)	Oh incompatibles y discordes sucesos (320, 188v)	Aa4v (8) Mitad superior	7
Que ni estas lágrimas soñando se vierten [...] ni se reciben durmiendo aquestos golpes	Porque ni estas abundantes lágrimas soñando se vierten [...] ni se reciben durmiendo	Aa4v (8) Mitad superior	9-11

(242r)	aquestos tan crueles golpes (320, 188v)		
En tan furioso dolor cayó la mísera doncella combatida de estos pensamientos (242r)	Con tan furioso dolor cayó la triste y mísera doncella combatida de tan varios pensamientos (321, 188v)	Aa4v (8) Mitad superior	13-14
Lo que con la lengua decía ejecutaba (242r)	Lo que con la lengua pronunciaba ejecutaba (321, 188v)	Aa4v (8) Mitad superior	15
Tan activas acciones (242r)	Tan activas y lastimosas acciones (321, 188v)	Aa4v (8) Mitad superior	16
Daban bastante señal (242r)	Daban bastante y suficiente señal (321, 188v)	Aa4v (8) Mitad superior	17
Mirándola al rostro y pechos (242r)	Mirándola al hermoso rostro y blancos pechos (321, 188v)	Aa4v (8) Mitad inferior	21-22
Como a querer hablarla (242v)	Como dando muestras de querer hablarla (321, 188v)	Aa4v (8) Mitad inferior	28
Como un cárdeno ligustro (242v)	Como un cárdeno y macilento ligustro (321, 188v)	Aa4v (8) Mitad inferior	38 [esta plana solo tiene 39]
Que es engaño decir (242v)	Que es grande engaño decir (321, 189r) [en el caso de esta plana no hay dígitos en el original que señalen la posición de los párrafos, pero el primero de ellos llega hasta el renglón quinto por solo siete tipos]	Aa5r (9) Principio	2
Porque a ser cierto (242v)	Porque a ser así cierto (321, 189r)	Aa5r (9) Principio	3

Tabla 44. Remiendos de imprenta. Cuaderno Aa

CUADERNO Bb

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Y con subtil destreza en la asa de la cubierta acomodó la siete (248r)	Y con destreza en el asa de la cubierta acomodó los siete (327, 193v)	Bb1v (2) Final	36 [había que reducir espacio para cuadrar el texto]
Ando este día pues en este ejercicio (248r)	Andando pues en este ejercicio (327, 194r)	Bb2r (3) Mitad	18
Hacer en él la noche (248r)	Hacer en él noche (327, 194r)	Bb2r (3) Mitad	20
En la casa del padre de Cintia.	En la casa del padre de Cintia	Bb2r (3)	21

Vio a la hermosa (248r-v)	donde vio a la hermosa (327, 194r) [componedor especialmente despistado?]	Mitad	
Otros juzgaron piadosamente que aquella ingenua seguridad que mostraba se ocasionase (249r)	Otros juzgaron que aquella ingenua seguridad que mostraba se ocasionaba (194v, 328) 15 [el respeto al texto habría supuesto añadir otra línea más y en el ms. Tienen marcado que el primer párrafo debe ocupar 18 líneas, y las ocupa casi totalmente prescindiendo de dichas palabras]	Bb2v (4) Parte superior	
Como a la verdad después sucedió (249r)	Como después sucedió (328, 194v)	Bb2v (4) Parte superior	18 [la expresión «como después» aparece pocas líneas antes también, tal vez se trate de equívoco por influjo]
Rompió en un tierno y lamentoso llanto (249r)	Rompió en un lastimoso llanto (328, 194v)	Bb2v (4) Parte inferior	30
Cuya ausencia y sentimientos justos tenían (249r)	Cuya ausencia y sentimientos tenían (328, 194v)	Bb2v (4) Parte inf	31
Razones de su virtuosa oración (250r)	Razones de su compuesta y virtuosa oración (330, 195v)	Bb3v (6) Mitad	21
Que le duró seis meses (250r)	Que le duró por espacio de seis meses (195v, 330)	Bb3v (6) Mitad	23
La memoria de la muerte (250r)	La memoria de la triste muerte (330, 195v)	Bb3v (6) Mitad	26
Tratando de su regalo (250r)	Tratando con mucho cuidado de su regalo (330, 195v)	Bb3v (6) Mitad	27-28
Que en otro tiempo que por tiránicos modos (250v)	Que en otro tiempo por tiránicos modos (330, 195v)	Bb3v (6) Final	38 [corrección]
Más de una hora después (250v)	Más de una larga hora después (330, 196r) [la inserción de esta palabra añade una línea más, y en el ms. Está señalado el número de líneas del impreso hasta el párrafo en que se inserta esta palabra]	Bb4r (7) Mitad	22

Dar el golpe. Que Cintia (253r)	Dar el golpe primero . Que Cintia (334, 198r)	Bb6r (11) Parte superior	8
---------------------------------	--	-----------------------------	---

Tabla 45. Remiendos de imprenta. Cuaderno Bb

CUADERNO Cc

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Juzgando cosa muy corriente (257v)	Juzgando por cosa muy corriente (340, 201v)	Cc1v (2) Parte superior	7
Ingratas aversiones de Olimpia (257v)	Ingratas y mal correspondidas aversiones de Olimpia (340, 201v) [con la inserción de estas palabras el párrafo adquiere las líneas que se habían estipulado en el impreso, 24 –hay una rectificación en el manuscrito: está tachado y sustituido por 24, ¿antes o después de estas inserciones?]	Cc1v (2) Parte superior	13-14 25
Ponerme a citar autores que hoy viven (260v)	Ponerme a citar otros muchos y muy doctos autores que hoy viven (343, 204r)	Cc4r (7) Parte superior, muchos espacios	7-8
La fertilidad de su prodigioso ingenio (260v)	La fertilidad de su heroico y prodigioso ingenio (343, 204r)	Cc4r (7) Parte superior, muchos espacios	13 [con estas adiciones el párrafo toma una línea más y acaban siendo 19. En el ms. «18” ha sido tachado y se ha escrito encima 19, ¿antes o después de las inserciones?] Plana con muchos espacios
Fundado acaso (260v)	Fundando acaso (343, 204r)		
Para formar un perfecto orador	Para hacer y formar un	Cc4r (7)	28

(260v)	perfecto orador (343, 204r)	Parte inferior, muchos espacios	
Alaba a Lisias (261r)	Alaba mucho a Lisias (343, 204r)	Cc4r (7) Parte inferior, muchos espacios	30
Reprehendiendo un introductor de voces nuevas dijo: (261r)	Reprehendiendo a un introductor de voces nuevas le dijo desta manera (343, 204r)	Cc4r (7) Parte inferior, muchos espacios	34
Han alentado mi cobardía y aún me dan atrevimiento de usarlas cuando se me ofrezca ocasión si de la elección mía puedo prometerme (261r)	Han alentado tanto mi cobardía que aún me dan atrevimiento para usarlas, cuando se me ofrezca ocasión si es que de la elección mía puedo (343, 204)	Cc4r (7) Últimas líneas, muchos espacios	37-39 [con estas adiciones el párrafo toma las 40 líneas necesarias . Corrección en ms. 39-> 40]

Tabla 46. Remiendos de imprenta. Cuaderno Cc

CUADERNO Dd

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
A mis palabras ni a mis obras (270v)	A mis desacordadas palabras ni a mis mal intencionadas obras (353, 212r)	Dd4r (7) Mitad, muchos espacios	17-18
Cruel, ingrata y los demás (270v)	Cruel, ingrata y todos los demás (353, 212r)	Dd4r (7) Mitad, muchos espacios	21
Continuos apetitos (271v)	Continuos y dilatados apetitos (354, 212v)	Dd4v (8) Mitad inferior, espacios	30-31
Allá en el monte (271v)	Allá en el retirado monte (ídem)	Dd4v (8) Mitad inferior, espacios	32
A un sano juicio (ídem)	A un sano y maduro juicio (ídem)	Dd4v (8) Mitad inferior, espacios	36
El fin de todos los males (271v)	El último fin de todos los	Dd4v (8)	39

	males	Mitad inferior, espacios	
Que en la vida al hombre asaltan (271v)	Que en el discurso de la vida al hombre asaltan (ídem)	Dd4v (8) Mitad inferior, espacios	39
Ni bien sentía mi desdicha ni bien dejaba de atormentarme (276r)	Ni bien sentía mi impensada desdicha ni bien dejaba de atormentarme y afligirme (359, 216v)	Dd8v (16) Mitad superior [con estas adiciones el párrafo gana una línea más]	9-10

Tabla 47. Remiendos de imprenta. Cuaderno Dd

2.3.4.1.2.2. Cantidad de líneas por plana en el impreso

Las modificaciones textuales no fueron la única triquiñuela que los operarios del taller de Juan Sánchez emplearon con la finalidad de solventar la abundancia o escasez de espacio, si bien es cierto que aquellas constituyeron tal vez el método más ilícito. Y es que el recuento de las líneas que ocupan la totalidad de planas del impreso desvela que, en ocasiones, los componedores trasvasaron líneas de una a otra plana y redujeron o añadieron algún renglón con respecto a la norma. Dejando a un lado los inicios y finales de discurso, mermados en número de líneas dada la ornamentación especial de dichas planas, lo usual es encontrar cuarenta líneas por plana de tamaño lectura⁹⁶, renglones seguidos de un reclamo que ocupa la línea siguiente, esto es, la posición cuadragésimoprimeras. Ocasionalmente, por falta de espacio, el texto culmina en la misma línea del reclamo. Es lo que ocurre en las planas H5r-9 (f. 61r), H8v-16 (f. 64v), K7v-14 (f. 79v), L6v-12 (f. 86v), R7v-14 (f. 135v), V2v-4 (f. 154v), V5r-9 (f. 157r), V7v-14 (f. 159r), X8v-16 (f. 176v), Z2v-4 (f. 178v), Z5r-9 (f. 181r), Cc7r-13 (f. 207r), Dd1r-1 (f. 209r), Dd2r-3 (f. 210r), Ee1v-2 (f. 217v). Se contabiliza incluso un caso en el que la caja de escritura posee una línea extra completa: en la plana O1v-2 (f. 105v) el reclamo pasa a ocupar la línea cuadragésimo segunda.

De la misma manera que en los casos previamente aludidos se sobrepasa la medida estándar de la caja de escritura por falta de espacio, no faltan ocasiones en que sucede lo contrario y el número de renglones por plana se ve ligeramente reducido. Buena prueba de ello la evidencia el cuaderno Aa, en el que las planas Aa3v, Aa4r, Aa4v, Aa5r y Aa5v contienen treinta y nueve líneas en lugar de las cuarenta que por norma general componen cada plana. Sobre este aspecto y sus posibles motivaciones nos ocuparemos con detalle a continuación.

⁹⁶ «El cuarto es la segunda medida, y en ella lo más que se hace son libros: en cuanto al ancho de las líneas, no llevando cotas, ni columnas, se le puede dar veinte y cuatro mm de Lectura; y de largo veinte y cuatro renglones de Parangona, veinte y ocho de Texto, treinta y cuatro de Atanasia, y cuarenta de Lectura.» (Víctor Alonso de Paredes, 2002: 24v)

PLANAS																
CUADERNOS	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16
E																
F																
G																
H									41							41
I																
K														41		
L												41				
M																
N																
O		41														
P																
Q																
R														41		
S																
T																
V				41					41					41		
X											41					
Y																41
Z				41					41							
AA						39	39	39	39	39						
BB										41	41				41	
CC													41			
DD	41		41													
EE		41	41													

Tabla 48. Número de líneas por plana

2.3.4.1.3. Análisis de un cuaderno: el cuaderno Aa

Sin duda el cuaderno Aa del *Para algunos* se muestra como uno de los más sugestivos desde el punto de vista de la Bibliografía Material: el número de líneas entre las diversas planas carece de regularidad —prescindiendo, claro está, de los colofones y aperturas de discurso—, las marcas de la cuenta del original no siempre coinciden con el resultado impreso y, por otra parte, como se constata en las tablas precedentes, existen variantes sustanciales entre ambos testimonios.

De la totalidad de planas que configuran el cuaderno mencionado, dos de ellas son peculiares: en la plana undécima culmina el discurso once (Aa6r, f. 190r), por lo que solo cuenta con doce líneas de texto dispuesto a modo de pirámide invertida y previo a un pie de copa; consecuentemente, en la plana duodécima (Aa6v, f. 190v) comienza el discurso doce, de manera que aparte de la ornamentación típica de cualquier inicio de discurso, la caja de escritura que figura en dicha plana contiene solo dieciocho líneas de texto amén de la ornamentación tipográfica propia de la apertura de discurso.

2.3.4.1.3.1. La cuenta del original en el cuaderno Aa

Ya desde la primera marca que señala el inicio del cuaderno Aa («P^a. Aa», f. 237v) llama poderosamente la atención el hecho de que existan dos trazas —la segunda de ellas tachada— para indicar el inicio de tal cuaderno; solo la primera de ellas se corresponde con la división real perpetrada en el impreso entre la decimosexta plana del cuaderno Z y la primera del cuaderno Aa. Resulta sugerente, entonces, que exista cierta vacilación en el límite de dos cuadernos puesto que lo normal sería pensar que, con independencia del número de cajistas que trabajasen simultáneamente, estos no comenzarían a componer un nuevo cuaderno hasta no haber concluido el precedente. Sea como fuere, lo cierto es que esta corrección de la marca de corte, así como las irregularidades que se expondrán a continuación —ausencia de correspondencia entre marcas de corte y división textual real—, desvelan que en algunos casos —solo en algunos casos— los vestigios de la cuenta del original y su disposición se efectuaron de forma previa y no posterior ni simultánea al momento de la composición, hipótesis refrendada por los datos siguientes.

De todas las marcas de corte que confirman la escisión del texto en planas, hallamos anomalías en aquellas efectuadas para separar las planas 2-3, 3-4, 5-6, 6-7⁹⁷. Por otra parte, además de la presencia de las dos marcas referidas anteriormente para seccionar Z8v y Aa1r, también para la división entre Aa1r y Aa1v se han trazado dos líneas de corte, ninguna de ellas correspondiente con la efectiva segmentación textual del impreso.

Aparte de estos desajustes, varios de los dígitos empleados para indicar el número de línea en las planas del impreso han sido sobrescritos en aras —entendemos— de corregir alguna anomalía. Sirvan de prueba los destinados a ocupar la segunda plana del cuaderno Aa: «11» se ha corregido en «10» (f. 238r), «20» en «19» (f. 238v), «24» en «23» (f. 238v) y «32» en «31» (*ibidem*), como puede constatarse en la tabla que figura a continuación. Es probable que estas modificaciones sean una repercusión del titubeo en la marca de corte entre la primera y segunda plana —siempre del cuaderno Aa—. Lo realmente curioso es que las líneas del impreso no coinciden con la corrección sino con la estimación anterior, y, en efecto, esta falta de correspondencia es característica de las cuatro primeras planas del cuaderno:

Plana	Folio (manuscrito)	Estimación párrafos en el manuscrito	Fin de párrafo en impreso	Folio (impreso)
Aa1v	238r	11 10 20 19 24 -23 32 -31	11 20 24 32	f. 185v

⁹⁷ Las marcas de corte a las que me refiero consisten en zetas oblicuas invertidas o líneas horizontales. Sin embargo, se constata la presencia de tenues líneas verticales a lápiz (tratadas previamente) —en algunos casos casi imperceptibles— que vienen a indicar la división real efectuada en el impreso. Dichas marcas se hallan en concreto en la división que atañe a las planas 2-3, 3-4, 5-6, 7-8.

		49,5 [hay dos marcas, ambas erróneas por largas]		
Aa2r	238v	25 29	26 30	f. 186r
Aa2v	239v	17	18	f. 186v

Tabla 49. Desajustes en la cuenta del original en las primeras planas del cuaderno Aa

Lejos de los problemas planteados, interesa destacar un hecho vinculado con la cuenta del original que ocurre entre las planas quinta, sexta y séptima, para cuya explicación será necesario el examen de la tabla y las imágenes que siguen:

Cuenta original ms.	Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i>	Impreso <i>Para algunos</i>
6Aa	...repetía los golpes y yo mi tolerancia. En suma vista por ella mi sufrimiento constante, pensando a caso entre sí misma... (f. 240v)	...repetía los golpes, y yo mi tolerancia. <i>En suma visto por ella mi sufrimiento constante, pensando acaso entre sí misma... (f. 187r-v)</i>
188/7/Aa	Misera yo decía (entre sollozos tiernos) que presagios son aquesto, que amenazan a mis dichas? que significa esta sierpe, que parece ser doctada de humano conocimiento? quien me la imbia? de donde viene? o dulcísimo Acrisio mio, vives, o mueres? (f. 241v)	Misera yo dezia (entre sollozos tiernos), que presagios son aquestos que amenazan a mis dichas. Que significa esta sierpe, <i>que parece ser dotada de humano conocimiento? Quien me la embia? De donde viene? O dulcísimo Acrisio mio, vives, o mueres? (f. 287v-288r)</i>

Tabla 50. Cuenta del original entre las planas 6Aa y 7Aa

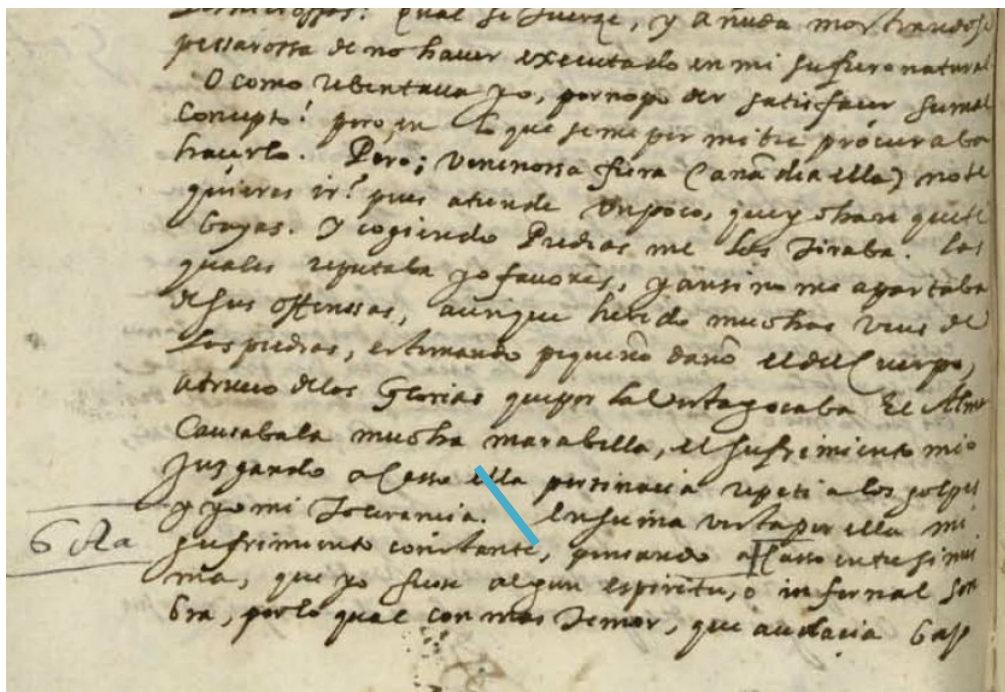


Imagen 9. Desajuste en la cuenta del original, 6Aa, f. 240v

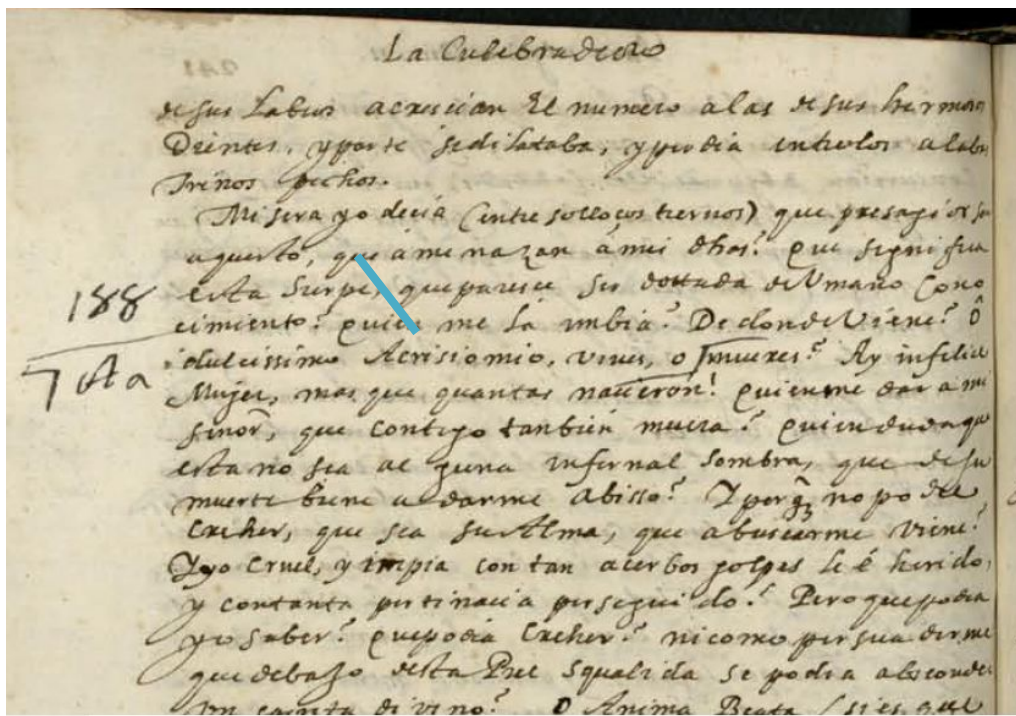


Imagen 10. Desajuste cuenta del original, 7Aa, f. 241v

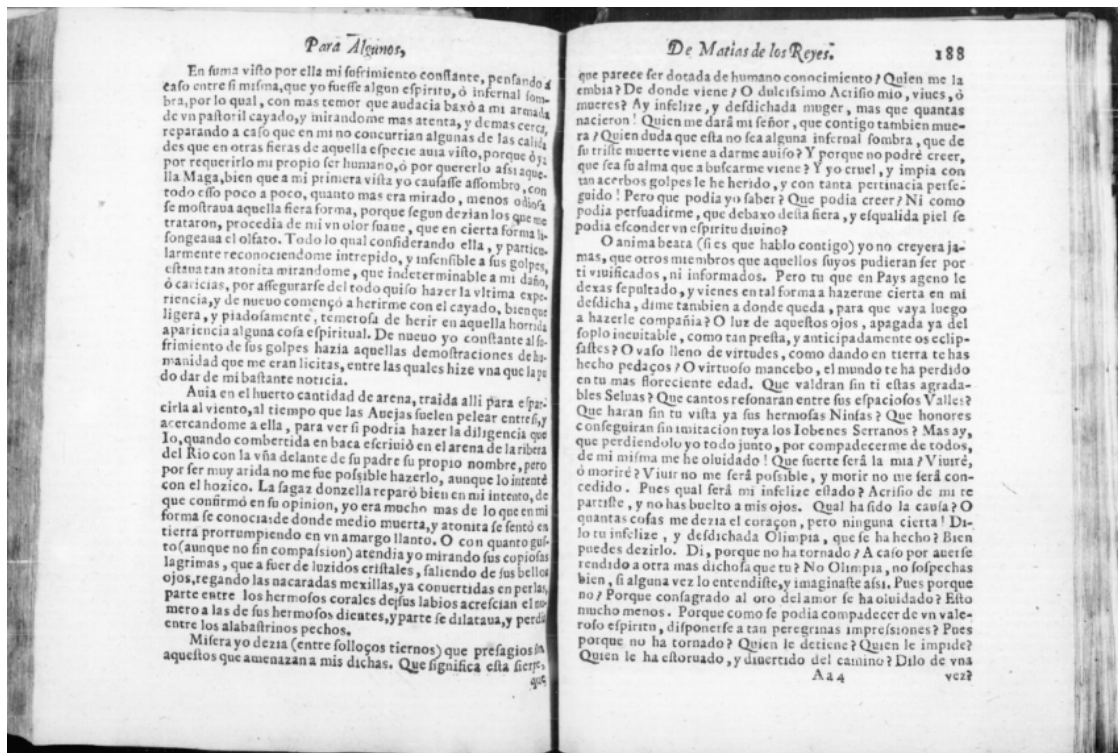


Imagen 11. Impreso, ff. 187v-188r (planas 6ª y 7ª del cuaderno Aa)

A partir de las muestras anteriores, extraídas del manuscrito y el impreso respectivamente, se constata el desajuste entre ambos testimonios en relación con las

marcas derivadas de la cuenta del original. Más allá de esta evidencia, lo interesante es que dichas irregularidades se corresponden, en ambos casos, con líneas exactas y completas de la caja de escritura del testimonio impreso. En el primer caso, el extracto «En suma vista por ella mi sufrimiento constante, pensando a» (ms. f. 240v) se había estimado, según aparece en el manuscrito, para formar parte de las últimas palabras de la quinta plana (Aa3r) y, sin embargo, en el resultado impreso figura ocupando cabalmente la primera línea de la plana sexta (Aa3v). Asimismo, en cuanto a «que parece ser doctada de humano conocimiento? quien me la imbia? de donde viene? o dulcísimo Acrisio mio, vives o» (ms. f. 241v) y, según la marca presente, debía tratarse del último fragmento de la plana sexta, pese a que finalmente constituye exactamente las dos primeras líneas de la plana séptima. Todo apunta a que, una vez compuestas las planas quinta, sexta y séptima, la última línea de la plana quinta se transfiere al inicio de la caja de escritura de la plana sexta y, de forma consecutiva, las dos últimas líneas de esta plana se desplazan a la siguiente, la séptima⁹⁸. En relación con este trueque de líneas, de especial interés resulta el número irregular de las mismas que se evidencia en las planas Aa3v, Aa4r, Aa4v, Aa5r y Aa5v, pues contienen 39 líneas en lugar de las 40 que por norma general componen cada plana. Víctor Alonso de Paredes, a propósito de este tipo de ejecuciones, considera lo siguiente:

Si sobrare [texto], à que llamamos apretado, y es poco, hazer de quando en quando vna tilde; si fuere mucho, recontar las quatro planas antecedentes, porque suele suceder estar contado en vnas partes breve, y en otras largo; y si se hallare assi, compartirlo de modo, que sacando renglones del principio de la cinco para poner en el fin de la quatro, se ajuste de forma, que venga toda la composicion igual: porque lo que hazen algunos, que no se atreven à passar de las señales, y ajustan cada plana precisamente con su señal, de mas de fatigarse mucho, queda la composicion feissima [...] Si por desgracia està toda la cuenta breve, valerse de tildes y de algunas abreviaturas [...] procurando siempre, que no lleven las planas renglon de mas, porque es malissimo; y si la necesidad fuere tan grande, que no se puede escusar, hazer en todo caso, que la plana de la buelta lleve otros tantos renglones, porque si la tres (digamos) tiene treinta y ocho, y la quatro treinta y nueve, es cosa insufrible. Si acaso saliere la cuenta à lo largo, que es quando faltan renglones [...] gobernarse en el ajuste de las planas, con las mismas circunstancias que queda dicho quando sale breve la cuenta (2002: ff. 36v-37r).

En efecto, a la hora de reducir el número de líneas de una serie de planas (6-7-8-9-10), se ha tenido en cuenta la disposición final y formal del libro, pues las disminuciones pasan desapercibidas al figurar en planas consecutivas en el caso de Aa3v-Aa4r y Aa4v-Aa5r. La plana décima (Aa5v), además, va seguida del colofón del discurso once, por lo que la reducción tampoco se muestra evidente a la vista.

Además de estas permutas de líneas, cuya incidencia no excede la estética del texto impreso, en el cuaderno Aa se constata, tal y como puede verse en la tabla correspondiente a este cuaderno, la práctica de los «medios feos» que insinuaba Víctor

⁹⁸ «Varios cajistas podían trabajar en diversas formas simultáneamente o con desfases concertados, porque tenían acotados en el original los segmentos que a cada uno le tocaba pasar a metal y los componían ateniéndose mejor o peor a las marcas correspondientes, pero en general sin dar la forma por definitiva hasta ver el resultado del alcance del otro o los otros y «hacer» entonces «la conclusión», los ajustes precisos para que cuadraran las formas respectivas» (Rico, 2005: 176).

Alonso de Paredes⁹⁹ y que, muy al contrario de los casos anteriores, sí afectan y desvirtúan la literalidad del texto. De hecho, el cotejo a la letra entre el texto del manuscrito-original de imprenta y un ejemplar impreso¹⁰⁰ descubre omisiones y adendas textuales —más frecuentes estas últimas— con la finalidad de suplir, respectivamente, la escasez o el exceso de espacio.

A partir de todo lo expuesto surge una duda evidente: ¿Qué pudo ocurrir durante la confección del cuaderno Aa para que los componedores se viesan obligados no solo a intercambiar líneas entre planas sucesivas sino a adulterar el texto con manipulaciones ajenas a la última voluntad literaria de Matías de los Reyes? En las líneas que siguen se intentará dar respuesta a esta múltiple cuestión, pero siendo conscientes de que cualquier hipótesis en relación con la imprenta, por razonable y lógica que parezca, jamás podrá transgredir los límites de la conjetura.

2.3.4.1.3.2. Una hipótesis de trabajo: el cuaderno Aa del Para algunos en el taller de la viuda de Juan Sánchez

Antes de esbozar una hipótesis relacionada con el modo de trabajo de los operarios del taller de la viuda de Juan Sánchez, particularmente con la manufactura del cuaderno Aa, parece necesario apuntar previamente un dato mencionado líneas arriba que pudo estar involucrado en las decisiones de última hora ejecutadas, y es que en la plana duodécima de dicho cuaderno comienza el discurso doce; consecuentemente, la plana undécima conforma el colofón del discurso previo, tal y como puede apreciarse en estas imágenes:

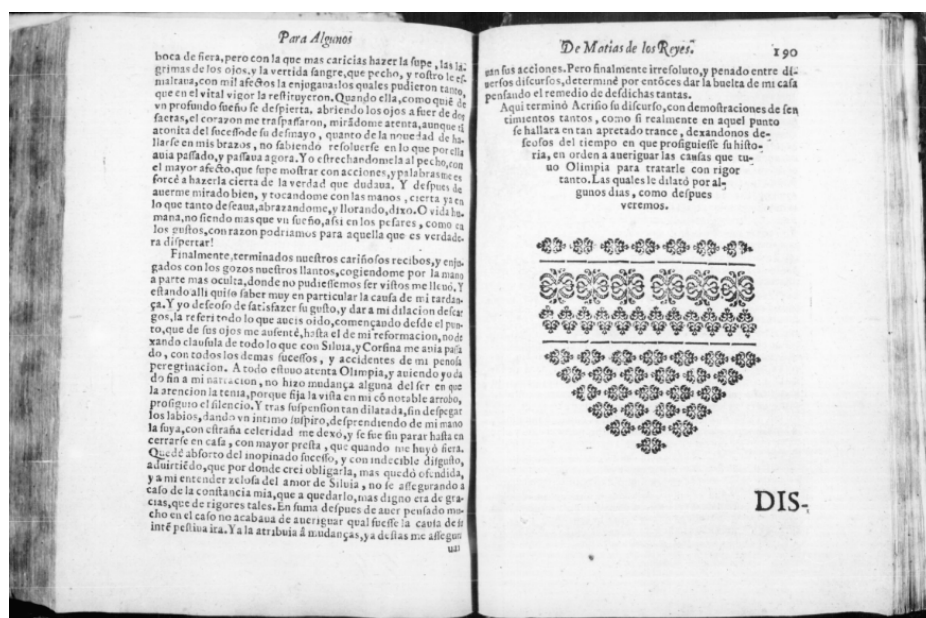


Imagen 12. Últimas planas del discurso undécimo en el impreso, ff. 189v-190r

⁹⁹ «Como no son ángeles los que cuentan, es fuerza que una vez salga la cuenta larga o corta; y habiendo de remediarse la larga con tildes y la corta con espacios (si ya no se valen de otros medios feos, y no permitidos, que no los especifico porque se olviden si es posible)» (Paredes, 2002: f. 35v).

¹⁰⁰ Se trata del ejemplar R/4475 de la BNE.



Imagen 13. Comienzo del discurso duodécimo en el impreso, ff. 190v-191r

Si tenemos en cuenta que en el manuscrito solo se constata la cuenta del original previa en las cuatro primeras planas a través de trazos-guía y números de estimación de párrafo, podemos inferir que la composición del cuaderno Aa hubo de comenzar por el pliego interno y, seguramente, por la plana quinta, y así mismo lo hace suponer la falta de correspondencia entre las marcas derivadas de la cuenta del original y el definitivo resultado impreso en cuanto a las mencionadas cuatro primeras planas¹⁰¹. En relación con este primer pliego compuesto —forma externa 5-8-9-12; forma interna 6-7-10-11— y, a la luz de los datos con los que contamos, parece lícito conjeturar que los cajistas se toparon, repentinamente, con un exceso de espacio imprevisto mientras lo ejecutaban, así como con un margen de maniobra reducido al no poder valerse de la plana duodécima, inicio de discurso, y, por tanto, intocable.

Por otra parte, lejos de la cuenta del original previa que se deduce de las cuatro primeras planas por los motivos anteriormente expuestos¹⁰², el escrutinio de los resquicios a nuestra disposición corrobora que no siempre se llevó a cabo la cuenta del original en el cuaderno Aa, sino que en ocasiones las marcas de corte son trazos efectuados a posteriori, una vez compuesta una plana determinada. Y así lo demuestra no solo la correspondencia exacta entre las marcas de estimación y el consecuente resultado impreso a partir de la plana séptima, sino también la carencia de un patrón estable que nos permita intuir una pauta reiterada —pues el cómputo de líneas manuscritas oscila

¹⁰¹ V. Rico, 2005: 86. V. asimismo, la aportación de Hellinga (2006: 99).

¹⁰² El hecho de que no existan diversas marcas de estimación en el resto de planas, más allá de la marca de corte, no significa que no se llevase a cabo la cuenta del original —o, al menos, un tanteo— de forma previa, sino simplemente que en el manuscrito no hay constancia de ello.

entre cincuenta y treinta y nueve para las diversas planas—. No existe explicación aparente para las discordancias presentes en este cuaderno entre la infidelidad a las marcas de las primeras planas y su respeto absoluto en las siguientes, aparte de la estimación o no de una cuenta del original anterior a la composición, algo que no es de extrañar al considerar el proceso de composición por formas. Este método, ya descrito, usual de la imprenta manual, exigía computar y saltar un determinado número de planas —proceso denominado «cuenta del original»— en las que es lógico suponer la existencia de desajustes. Por el contrario, creemos que otras veces la marca de corte era solo posterior a la composición, y esta sospecha es la que nos permite dar sentido a divisiones de planas en las que se llegan a fragmentar varias sílabas de una misma palabra (como ocurre, por ejemplo, entre las planas decimoquinta y decimosexta del cuaderno Aa). Lo desconcertante es constatar, a lo largo del manuscrito *La culebra de oro. Para algunos*, que no existe un paradigma común en la cuenta del original, aplicable a todos los cuadernos, sino que más bien cada uno de ellos exhibe unas pautas particulares y variables, si bien se infieren tendencias reiteradas. En definitiva, los motivos arriba planteados hacen sospechar que las marcas que hallamos para establecer la división en planas a partir de la cuarta¹⁰³ no fueron previas sino posteriores a la efectiva composición de las mismas. Ahora bien, partiendo de esta conjetura, ¿cómo es posible explicar, entonces, la falta de equivalencia en algunos casos, como los aludidos líneas arriba, en las planas quinta, sexta y séptima?

Como queda referido, el hecho de que los desajustes entre la marca de corte de la cuenta del original y la efectiva división en el impreso supongan una línea exacta en el caso de la plana sexta y dos en la séptima solo adquieren sentido si suponemos dos posibilidades: en la primera de ellas, las planas se habrían compuesto de acuerdo con marcas preestablecidas y posteriormente, por alguna determinada razón, se habría decidido mover líneas de unas planas a otras, retrasando, en esta ocasión, una porción de texto. Una segunda posibilidad estribaría en sospechar que, tras haber compuesto las planas quinta, sexta y séptima y haber señalado posteriormente el corte entre las mismas, habría sobrevenido la necesidad de desplazar algunas de sus líneas y los operarios habrían olvidado corregir la marca primigenia. Independientemente de los antecedentes, lo cierto es que algún inconveniente obligó a trasladar líneas entre planas una vez compuestas.

A partir de la séptima plana, todas las marcas coinciden exactamente con la segmentación textual del impreso, pese a que el número de líneas manuscritas que van a parar a cada una de las planas resulta invariable.

No parece descabellado, a raíz los datos que manejamos, plantear la plana undécima, que contiene los estertores del discurso once, como el origen de los imprevistos expuestos. A simple vista se puede apreciar la escasa cantidad de texto que contiene dicha plana, que sin duda se hubiera visto ligeramente mermada —en cinco líneas, concretamente, las que resultan de eliminar una de cada plana entre la sexta y la

¹⁰³ En el caso de las planas quinta, sexta y séptima resulta imposible determinar con certeza si las marcas son previas o posteriores a la composición.

décima— de haberse mantenido, según la norma, las cuarenta líneas usuales que ocupan el resto de planas del *Para algunos*. Si desde la sexta hasta la décima plana se arrastra una línea por plana, esto implica que la plana undécima contiene más texto del que se habría tanteado en un principio. Como decíamos, el hecho de que en la plana Aa6v comience un nuevo discurso reduce el margen de actuación y movimiento de texto entre planas.

Es probable que en el taller de la viuda de Juan Sánchez se hallasen al menos dos cajistas trabajando simultáneamente en la confección del pliego interno del cuaderno Aa, cada uno de ellos centrado en una de las dos formas. Parece, asimismo, presumible que habrían contado hasta la plana séptima —pese a que las marcas de la cuenta solo constan en las cuatro primeras, es probable que se estimasen más superficialmente hasta la séptima— puesto que esta opción les facilitaría el trabajo: mientras uno de ellos se ocuparía de las planas quinta y duodécima (esta última sin ningún problema puesto que constituye el inicio del discurso once y la quinta tampoco generaría inconvenientes puesto que las cuatro primeras planas se han dejado contadas y, por tanto, se han saltado) otro lo haría de las sexta y séptima. Una vez compuestas estas planas —al menos, la quinta y la sexta— el trabajo sería más fácil debido a la distribución consecutiva del resto (planas 6-7 y 10-11 en la forma interna y 8-9 en la externa). Puede que al tener compuestas, como apuntaba, las planas quinta, duodécima y, al menos, la sexta, los componedores adviertan la abundancia de espacio en relación con el texto que está por componer, y decidan, sobre la marcha, no solo trasvasar líneas entre las planas quinta y sexta (y reservar dos líneas para la séptima en caso de no estar compuesta o añadirselas en el supuesto contrario), sino también dejar reducidas las planas que se especificaban previamente a treinta y nueve líneas con la finalidad de no dejar desvaído el colofón de discurso, o sea, la undécima plana. Sin embargo, ni siquiera estos trueques habrían valido para solventar la excedencia de espacio, y de ahí las adendas dispersas a lo largo de las planas séptima y octava, que resultan de nuevo un mecanismo al servicio de la ampliación del texto¹⁰⁴. Curiosamente, las adiciones de la séptima plana comienzan ya en la tercera línea. Recordemos que la aparición de las dos primeras líneas en Aa4r son el resultado de una rectificación, en tanto que se han movido desde la plana anterior (Aa3v).

¹⁰⁴ «Podemos comprender sin demasiado esfuerzo que la consecuencia de solventar problemas de espacio en los libros compuestos en un orden distinto a la secuencia de lectura conlleva una proliferación inevitable de variantes textuales. Como observó Haebler, la variación del número de líneas por página fue una de las maneras de adaptarse al espacio disponible; otra, empleada cuando el espacio para el texto era insuficiente, fue el recurso a las abreviaturas y las contracciones, incluso a la omisión de palabras. A la inversa, sin embargo, adviértase que el exceso de espacio libre también causaba problemas. En tales casos el texto se expandía separando más las palabras y también añadiendo otras nuevas» (Hellings, 2006: 101).

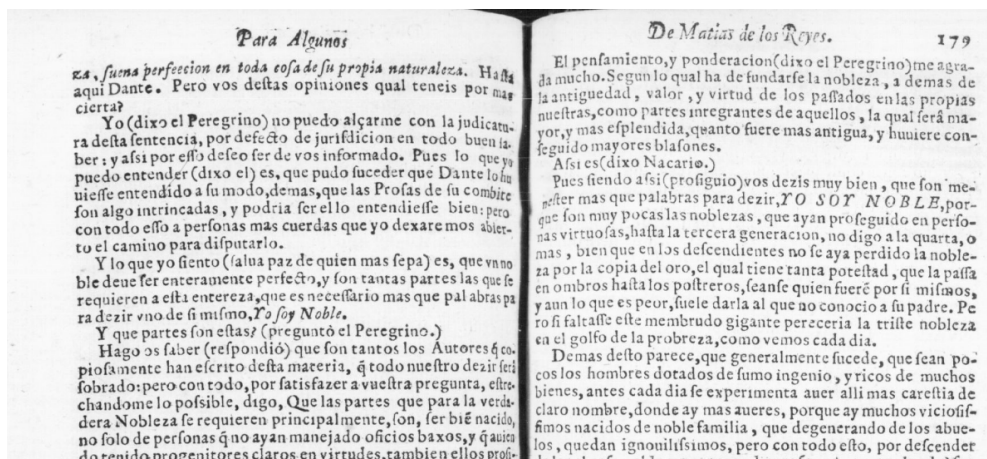


Imagen 14. Ejemplo de cómo la adición de la palabra «más» en la segunda línea del f. 178v supone la generación de una línea extra

2.3.4.1.3. El proceso de composición e impresión por formas cuaderno cuaderno en el manuscrito original de imprenta *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637)

2.3.4.1.3.1. Algunas pesquisas sobre el proceso de composición e impresión por formas

Sobre el sistema de composición e impresión por formas en cuanto a cuartos conjugados se refiere no ha habido consenso por parte de la crítica, y no porque se haya incurrido en errores sino porque se ha constatado que cada taller de imprenta e incluso cada operario de un taller de imprenta podía aplicar sus propias técnicas a la hora de elaborar ediciones impresas. De modo que los diversos investigadores que se han acercado a este proceso respecto a obras de tradición hispánica han vertido conclusiones no siempre unívocas. Así, por ejemplo, el maestro Jaime Moll, a propósito de «Un cuaderno mal contado en *La Celestina* de Toledo, 1500» (2013: s.n.), afirma:

El análisis de este cuaderno nos ha permitido establecer el orden de composición que en este caso presenta el cuarto conjugado:

- Pliego externo:
 - forma interna: 1v - 2r - 7v - 8r [2-3-14-15]
 - forma externa: 1r - 2v - 7r - 8v [1-4-13-16]
- Pliego interno:
 - forma interna: 3v - 4r - 5v - 6r [6-7-10-11]
 - forma externa: 3r - 4v - 5r - 6v [5-8-9-12] [...]

Este orden de composición difiere del señalado casi dos siglos después por Alonso Víctor de Paredes, por lo que será necesario estudiar otros casos coetáneos y posteriores para verificar si es una excepción o están en uso distintos sistemas (2013: s.n.).

Por su parte, Sonia Garza Merino en un estudio sobre la *Vida política de todos los estados de mujeres* concluye que el primer cuaderno de esta obra se compuso según el orden que sigue: pliego interno (forma externa-forma interna) y pliego externo (forma externa-forma interna):

Atendiendo a las marcas del original, el orden que siguió el cajista para la composición del texto fue el siguiente: primero, compuso las planas 1 y 2, después, estimó texto para las planas 3 y 4, y compuso la plana 5; luego, estimó texto para las dos planas consecutivas, 6 y 7, y compuso el par siguiente, 8 y 9, estimó las planas 10 y 11, y por último, compuso la plana 12. En resumen, el cajista había conseguido componer los cuatro moldes de la cara exterior del pliego interior calculando la extensión de texto que podrían suponerle seis planas. Tenía preparada, por tanto, la primera forma. Debía ahora preparar la segunda, sabiendo que en cualquier momento podía comenzar la composición de la forma interior del pliego interior, cuyas planas 6 y 7 y 10 y 11, ya estaban estimadas y consistían en dos pares de planas consecutivas entre sí, delimitadas por las planas de la primera forma, de manera que podía repartir el texto previsto para ellas como mejor pareciera con tal de que la composición ajustara con los moldes de las planas anteriores y posteriores preparados previamente.

Quedaba por preparar el pliego exterior. Sin olvidar que las planas 1 y 2, cada una pertenecientes a una forma del pliego exterior, ya estaban compuestas, falta resolver qué forma se terminó primero. En el original, las señales muestran que el cajista estimó y se saltó las secciones de texto correspondientes a las planas 14 y 15 para componer la plana 16. Al parecer, se siguió el mismo orden que en el pliego interior: la forma exterior antes que la forma interior. Para ello, el primer paso era estimar el texto correspondiente a la plana 3 para poder componer 4; el segundo, componer la plana 13 desde el punto en que había terminado la plana 12, y el tercero, componer la plana 16.

Hecho esto, únicamente faltaba componer las planas de la forma interior (Garza Merino, 2000: 82-83).

Más generales resultan los postulados de Francisco Rico, quien, en el monográfico *Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro* (2005) afirma que «lo más corriente en tiempos de Juan de la Cuesta parece haber sido proceder de dentro a fuera, y principiando por la página cinco» (Rico, 2005: 86) y, en nota a pie, añade: «comienzan siempre por el pliego interno. Es práctica largamente corroborada, sobre todo para el siglo XVII» (*ibidem*).

En la misma línea, otro de los investigadores que más información ha vertido sobre la bibliografía textual hispánica –aplicada en este caso al texto cervantino–, Florencio Sevilla Arroyo, repara en una consideración muy similar a la de Francisco Rico:

Más complejo es el caso del *cuarto conjugado*, pues –según dejamos dicho– reduplica las *formas* en juego, hasta cuatro, y el pliego externo abraza al interno, alterando considerablemente la secuencia resultante: los dos *cuartos* combinados no se comportan igual que en suelta ni coinciden con las dos formas del *octavo*. En consonancia, empero, con los otros formatos, aquí lo más rentable será comenzar con el *pliego interno*, ya que contiene las páginas centrales (5-12: 5, 8, 9, 12 y 6, 7, 10, 11) y cerrar después con el *externo*, que lleva las primeras y las últimas (1-4 y 13-16: 1, 4, 13, 16 y 2, 3, 14 y 15), por las razones aplicadas a los otros formatos; dentro de cada pliego, también se irá de la forma interior a la exterior, pues se simplifica bastante la *cuenta*. Naturalmente, el orden global perseguirá reducir al mínimo el número de planas calculadas del total de las 16, empezando por las formas que lleven más páginas consecutivas a la vez que más contiguas en la serie:

1° *Forma interior del pliego interno*: lleva dos pares seguidos (6, 7 y 10, 11) –como la interior del pliego externo (2, 3 y 14, 15)–, separados por otro también consecutivo (10, 11) –en contra de aquélla (4-13)–. Exige la cuenta de 5 (1-5) planas tan sólo para empezar el trabajo y 2 más (8, 9) para cerrar la forma, pero luego se rentabilizan bastante.

2° *Forma exterior del pliego interno*: contiene dos seguidas (8, 9) y no precisa mayor cómputo: 5, 8 y 9 ya están contadas y la 12 puede tirar del texto abierto.

3° *Forma interior del pliego externo*: tiene dos pares seguidos (2, 3 y 14, 15), aunque muy distantes (3-14) –por eso no tendría sentido empezar el cuaderno por ella (habría que calcular 12 páginas: 2 antes [1, 2] y las 10 de distancia [4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13])–, pero el primero ya está contado y el segundo sólo pide la cuenta de la 13, pues 14 y 15 se nutren de texto abierto.

4° *Forma exterior del pliego externo*: no lleva ningún par seguido, sus planas distan mucho entre sí y, sobre todo, cierra el cuaderno, pero con este orden no entraña esfuerzo alguno: 1, 4 y 13 están previstas y la última (16) cierra el conjunto (Sevilla Arroyo, 2008a: 17¹⁰⁵).

No obstante, Sevilla Arroyo concluye que:

No se nos esconde que tales asertos sólo funcionarían bajo el supuesto de que la composición estuviese a cargo de un solo operario, o en el caso de que fuese consecutiva, pero se vendrían abajo ante la simple intervención de más de un cajista –como parece que era lo habitual–, pues el *cuaderno*, en la segunda opción, estaría flanqueado por márgenes cerrados y la estrategia serviría, exclusivamente, bien para desplazar los problemas a los extremos del mismo, o bien para arrinconarlos en su centro; incluso, podría ser que varios operarios interviniesen en la confección de un mismo *cuaderno* y, de resultas, los ajustes serían posibles sólo a la hora de la *imposición* y el *casado* de los *moldes* en la *rama*. Tampoco ocultaremos que ni hemos encontrado información concluyente, ni tenemos datos suficientes al respecto para abogar en firme por un orden concreto, de modo que nos movemos a nivel puramente especulativo, aquí sólo encaminado a su aplicación en el caso concreto del primer *Quijote* (Sevilla Arroyo, 2008a: 17-18¹⁰⁶).

Asimismo, Begoña Rodríguez, en un artículo centrado en las consecuencias textuales de la cuenta del original en *Vida política de todos los estados de mujeres*, apunta: «El caso es que, con independencia del orden seguido en la composición de las “formas” —imposible de fijar con certeza, aunque parece que se procedía desde dentro hacia fuera—», (Rodríguez, 2010: 40) y, más adelante, precisa la información antedicha: «Tan solo podemos conjeturar [...] que los impresores solían proceder desde dentro hacia fuera, comenzando por el pliego interno» (Rodríguez, 2010: 63).

Por último, Ana Martínez Pereira, en una titánica labor llevada a cabo sobre los relieves de impresión de la prínceps de *El Quijote*, concluye que el orden de impresión (ojo, no de composición, aunque la lógica incita a pensar que ambos habrían seguido idéntico patrón), habría sido el siguiente:

De los 83 pliegos que componen la primera edición del *Quijote*, solo cuatro fueron impresos antes por su cara interna, el resto comenzó a imprimirse por la externa; esto supone que un 95% de los pliegos se imprimió antes por el lado externo. [...] seguimos

¹⁰⁵ Este trabajo ha sido leído a partir de una separata proporcionada directamente por el autor y no desde el volumen colectivo en el que se integra, por lo que la numeración puede divergir.

¹⁰⁶ Este trabajo ha sido leído a partir de una separata proporcionada directamente por el autor y no desde el volumen colectivo en el que se integra, por lo que la numeración puede divergir.

huyendo de generalizaciones: en la *Tercera parte* de las comedias de Calderón estudiadas por Cruickshank, edición impresa en 1664 en cuarto conjugado, como el primer Quijote, el orden de impresión de los pliegos fue el contrario al que encontramos en la obra de Cervantes, primero la forma interna en un 94% de los casos (Martínez Pereira, 2013: 199).

Ni siquiera el maestro impresor Víctor Alonso de Paredes presenta una solución unívoca. Valgan para corroborarlo dos fragmentos de su manida *Institución y origen del arte de la imprenta*, ca. 1680, f. 35v

que las cinco primeras queden tanteadas, o contadas. Hazese vn libro de à quarto dos pliegos en quaderno, su forma primera es seis, y siete, diez y onze; luego las tanteadas serán las cinco primeras y en componiendo las dos siguientes, se tantearan la ocho, y nueve, para acabar la forma componiendo la diez y onze. Con estos exemplos dicho se podrá discurrir en los otros casos (ca. 1680: f. 35v).

Pero sin embargo, pocas líneas más adelante, explica:

lo mas ordinario es contar las cinco planas primeras del quaderno, y destas la que primero se empieza à componer es la cinco: ya que tengo hechos algunos renglones della, voy mirando como me ha entrado; si bien, prosigo componiendo, hasta llegar à la primera, ò segunda cabeça, ò fin de la plana, y ver si ha venido bien (ca. 1680: f. 36v).

A la hora de intentar definir el patrón o secuencia de trabajo de la composición del *Para algunos* se ha prescindido de análisis basados en el número de tipos por línea o similares¹⁰⁷ puesto que no se trata de datos que manejaran los operarios del taller de imprenta en el momento de confeccionar una determinada plana. Por tanto, para entender mejor este procedimiento, ha de ser vislumbrado con una mirada similar a la de los cajistas del seiscientos, que contaban con pocos recursos añadidos a la agudeza matemática y, sobre todo, espacial.

Por otra parte, las abreviaturas, blancos, etc. se tienen en cuenta de manera «prudente», ya que a veces la caja de escritura de una sola y única plana aparece abierta y cerrada simultáneamente en varias de sus partes con la finalidad de alcanzar la exacta ubicación —previamente tanteada— de una determinada línea en el futuro texto impreso.

Luego, en el caso particular de *La culebra de oro. Para algunos*, además de las interesantes marcas procedentes de la cuenta del original y, a la hora de intentar concluir una secuencia de trabajo sobre el proceso de composición e impresión por formas, se han tenido en cuenta el cotejo entre el cómputo en el manuscrito y el definitivo resultado impreso, las palabras cortadas entre planas consecutivas¹⁰⁸ (si bien este no resulta un factor definitivo), la cantidad de líneas por plana y, por último, las modificaciones textuales perpetradas voluntariamente.

Por último, de los veintisiete cuadernos y medio pliego que conforman la edición impresa del *Para algunos*, solo se han analizado los veintitrés últimos —desde E hasta

¹⁰⁷ Sevilla Arroyo, 2008a, 2009b. v.*supra* nota 87.

¹⁰⁸ Es de suponer que cuando una determinada plana comienza por palabra partida, la plana inmediatamente precedente hubo de componerse con anterioridad.

Dd—, puesto que el resto, a excepción de breves fragmentos en prosa, aparece ocupado en su práctica totalidad por la comedia *El agravio agradecido* (desde el cuaderno A y hasta casi el final del cuaderno D). Dado que el verso no genera ningún altercado textual, se ha prescindido de su análisis en relación con el proceso de composición e impresión por formas.

A continuación figuran, desbrozados por cuadernos, datos significativos y relevantes para el proceso de composición e impresión por formas. Pese a que la cuenta del original se ha analizado de forma pormenorizada en un epígrafe anterior, la importancia de los datos que arroja se recoge nuevamente aquí dada su incidencia en el proceso de composición de impresión por formas.

CUADERNO E

E	ff. ms.	ff. impreso	Marcas cuenta original	Notas
1e	49r-v	33r	16- 15 [c] 21 líneas -19 [c] 32 líneas-28 [c] 39 líneas-34 [c] 46 líneas y-corte [no coincide x una sílaba] palabra cortada	
2e	49v-50r	33v	Palabra cortada 3 líneas -3 [c] 7,5 líneas-7 [c] 41 líneas-corte	
3e	50r-v	34r	38,5 líneas- 34 [33] 43,5 líneas-38 [37] 46,5 líneas –corte [n.c.] Palabra cortada	
4e	51r-v	34v	Palabra cortada 11 líneas -10 [9] 20 líneas-18 [17] 36 líneas-32 [32] 39,5 líneas -35 [36] 46-corte [no coincide por una línea, acaba en palabra partida]	Debería ser el comienzo de E2v (4), pero la cuenta ha sido corta, por lo que hay 8 palabras más antes de pasar al siguiente folio (por tanto, la marca se incluye en E2r (3)) fol. 34r
5e	51v-52r	35r	Palabra partida 18 líneas- 15 [17] 24 líneas-20 [23] 29 líneas-24 [28] 34 líneas-29 [33] 46 líneas y-corte [no coincide. 4,5 líneas de diferencia]	Debería ser el comienzo de E3r (5) fol. 35r, pero la cuenta ha sido larga en este caso y las palabras señaladas en la cuenta del original aparecen en la segunda línea de tal folio. (en la

				primera hay más texto cuya planificación previa lo incluía en el folio anterior)
3v-6e	6e 52r-v	35	39 líneas- corte [c] palabra partida	
4r-7e	52v-53r	36r	Palabra partida 43,5 líneas –corte [c]	
8e	53r-v	36v	44,5 –corte [c]	
9e	53v-54r	37r	46 líneas-corte [marca de corte separando una palabra bisílaba] [c]	
10e	54v-55r	37v	Palabra partida 46 líneas –corte [c]	
11e	55r-55v	38r	42,5 –corte [bisílaba partida al final] [c]	
12e	55v-56r	38v	Palabra partida 44 líneas –corte [c] Palabra partida	
13e	56r-v	39r	Palabra partida 46 líneas y –corte [c] [acaba en palabra cortada]	
14e	56v-57r	39v	Palabra partida 3- 4 -3 y una sílaba 23 líneas y-13 30 líneas - +8 [9] 35 líneas -23 [23] 42,5 –corte [c]	
15e	57v-58r	40r	47,5- corte [c]	
16e	58r-v	40v	47 y-corte [c] palabra partida	

Tabla 51. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original cuaderno E

Planas contadas/no contadas

PLANAS CONTADAS:	PLANAS NO CONTADAS:
1 (no coincide por una sílaba) 2 3 4 (no coincide por una sílaba) 5 (no coincide por un párrafo) 14	6,7,8, 9, 10, 11, 12,13,15,16

Tabla 52. Recuento de planas, cuaderno E

Marcas a grafito

(3-) 4e	La marca de corte (Z) no coincide con la segmentación real. Desde la línea vertical hasta el fin de la plana hay una línea exacta: movimiento de líneas
(4-) 5e	La marca de corte no coincide con la segmentación real, que sí que coincide con la marca vertical. Entre ambas hay una línea exacta, que ocupa la primera línea de la plana 6e (f. 35r)
(5-) 6e	La marca de corte no coincide con la segmentación real, pero esta sí coincide con la marca vertical. Hay bastante diferencia entre ambas (cuatro líneas y una palabra del impreso)

Tabla 53. Análisis marcas a grafito, cuaderno E

Propuesta de trabajo

Resulta extremadamente complejo esbozar una hipótesis sobre el orden de composición e impresión de este cuaderno. A priori podría pensarse que, puesto que la plana sexta es la primera en no contarse, tal vez habría sido la primera en componerse. No obstante, existe un desajuste muy importante de texto en el comienzo de la plana sexta, que se inicia casi cinco líneas del manuscrito antes de lo que estaba estimado, por lo que no pudo ser la primera en componerse. A partir de la plana sexta, el resto coincide con la estimación de la cuenta, e incluso las planas 9-10, 11-12 y 13-14 acaban y comienzan, respectivamente, por palabra partida. En este caso, solo la idea de una composición simultánea de las dos formas del pliego por parte de dos o más cajistas diversos podría dar sentido a todos los datos disponibles.

Por otra parte, la plana cuarta tampoco pudo ser la primera en componerse, habida cuenta de que, al igual que la anterior, comienza por palabra partida y su escisión con respecto a la tercera plana tampoco coincide con la demarcación que se hace en el manuscrito.

CUADERNO F

F	ff. ms.	ff. impreso	Marcas cuenta del original	Notas
F 1r	58V-59R	41r	8 líneas-8 [8] 43-corte [c]	Muchas adiciones al final
F2	59r-59v	41v	46 líneas-corte [no coincide por más de una línea, y además acaba por palabra partida]	
F3	60r-v	42r	[comienza por palabra partida] 10 líneas -8 [7] 18 líneas -15 [15] 31 líneas- 26 [26] 40 -36 [36] 45 -corte [no coincide por una línea, acaba por palabra partida]	Adición dudosa en relación con la cuenta del original. Debería empezar en F2r (3) fol. 42r, pero la cuenta ha sido corta, por lo que el pasaje marcado aún aparece en el folio anterior
4f	60v-61r	42v	[comienza palabra partida] 18 líneas- 16 [16 con error, 15 sin error] 21 líneas -19 [19] 32 -29 [21, párrafo añadido] [29] 35-32 [32] 43,5-corte	Antes del texto marcado hay una línea de texto, por lo que la cuenta ha sido larga. F2v (4) fol. 42v Movimiento de líneas
5f	61r-v	43r	18 líneas -corte [la siguiente plana comienza discurso en plana nueva] [c]	
6f	61v-62r	43v	[los espacios también los cuentan. Es decir, las líneas que ocupa el título de los epígrafes, los espacios, adornos,	

			etc.] Todo esto ocupa 22 líneas 29 líneas -30 [29] 38 líneas -38 [38] 40 líneas-corte [c]	
7f	62r-62v	44r	30 líneas-26 [26] 45,5- corte [c]	+ una palabra
8f	62v-63r	44v	49 líneas y -corte [c]	
9f	63r-v	45r	48 líneas y -corte [c]	
10f	64r	45v	6 líneas -6 [6] 18 líneas-16 [17] 30 líneas -26 [27] 42 líneas -36 [36] 46,5 líneas -corte [no coincide por dos palabras]	Adición parte superior
11f	64v-65r	46r	12,5 líneas -11 [11] 45 líneas -corte [c]	Bastantes adiciones al final Cuenta errónea corta. Este folio comienza tres palabras después de lo estimado («particular fiesta la»)
12f	65r-v	46v	45,5 líneas -corte [c]	
13f	65v-66r	47r	9 líneas -8 [9] 44 líneas -corte [c] palabra partida	
14f	66r-v	47v	Palabra partida 44 líneas -corte [c] [acaba palabra partida]	
15f	66v-67v	48r	[comienza palabra partida] 43 líneas -corte [c] [acaba por palabra partida]	
16f	67v-68r	48v	[comienza por palabra partida] 44 líneas -corte [c] [acaba por palabra partida]	

Tabla 54. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original, cuaderno F

Planas contadas/ no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	2 (no coincide por más de una línea)
3 (no coincide por más de una línea)	5 [última plana discurso]
4	8,9, 12, 14,15,16
6	
7	
10 (no coincide, 2 palabras)	
11	
13	

Tabla 55. Recuento de planas. Cuaderno F

Marcas a grafito

(2-) 3f	La marca de corte no coincide con la segmentación real, que sí que coincide con una marca con forma de zeta invertida a lápiz (f. 41v)
---------	--

Tabla 56. Marcas a grafito. Cuaderno F

Alteraciones textuales

Lectura ms.	Lectura ejemplar impreso BNE/ 4475	Cuaderno-plana	Línea impreso
Pero no dejando de proseguir el caminar por la plancha adelante, fue tanta la grito de unos y de otros... (fol. 59r)	Pero no dejando de proseguir el caminar por la plancha adelante, no pudiendo entender lo que en tan breve tiempo le había acontecido, porque era tanto el ruido y grito de unos y otros... (fol. 41r final)	F1r (1)	39-40
Que refiere San Agustín en los lugares que citastes (fol. 60r) [hay una marca en el original sobre S. Agustín]	Que refiere el glorioso doctor San Agustín en los lugares que citastes	F2r (3)	14
Tengo apuntados los sucesos de mi vida, donde los trasladaré agora (fol. 62r)	Tengo apuntados todos los sucesos de mi vida, de donde los trasladaré agora (fol. 43v)	F3v (6)	12 (pero es la primera plana de discurso; así que hay que sumar 22 líneas= 34)
Apartado del mundo (fol.62v)	Apartado del engañoso mundo (fol. 44r)	F4r (7)	35
Esperando que el tiempo desengañaría a Ismenia...(fol. 64r)	Esperando oportuna ocasión en que el tiempo desengañaría a Ismenia (fol. 45v)	F5v (10)	4
Hizo lo mismo con las suyas (fol.65r)	Hizo también lo mismo con las suyas (fol. 46r)	F6r (11) Adiciones aglutinadas en las últimas líneas del folio	31
Llegando a un tiempo unas y otras	Llegando a un tiempo las unas y las otras	F6r (11)	32
Se saludaron ambas partes	Se saludaron de entr ambas partes	F6r (11)	33
A las forasteras la bienvenida	A las forasteras la bienvenida con mucha cortesía	F6r (11)	34
A que fue correspondida cortésmente	A que fue correspondida muy cortésmente	F6r (11)	36
A la sombra de una fresca alameda	A la sombra de una hermosa, fresca y deleitable alameda	F6r (11)	38

Tabla 57. Alteraciones textuales. Cuaderno F

Propuesta de trabajo

Probablemente la composición comenzó por la cara externa del pliego interno (5-8-9-12) una vez que el resto de planas previas y necesarias para la composición de dicha forma se habían dejado contadas (1-2-3-4). Esta consideración parte de la ausencia de un recuento exhaustivo en el caso de la quinta plana. Tras componer la forma externa de este pliego –interno— se procede con la interna, lo que explicaría las adendas en las líneas finales de la plana undécima, remiendo empleado con la finalidad de alcanzar el corte con respecto a la plana duodécima, que estaría ya compuesta.

En relación con el pliego externo, es posible que se priorizase la forma interna (2-3-14-15) por varios motivos. En primer lugar, las adendas de las líneas finales de la primera plana indican que la segunda ya debía de estar compuesta. Por otra parte, la existencia de palabras partidas entre las planas tercera (2r) y cuarta (2v) y decimoquinta (8r) y decimosexta (8v) avala esta postura. No obstante, el análisis de las voces divididas entre planas consecutivas no da lugar a conclusiones nítidas, puesto que, por ejemplo, en este caso también aparece una palabra partida entre la decimotercera (7r) y la decimocuarta (7v) plana, lo cual sería indicio del orden inverso (forma externa-forma interna). Sea como fuere, no parece descabellado plantear una composición simultánea de ambas formas del pliego externo por dos o más operarios de imprenta, pues todo apunta a que las planas 2-3-4 y 14-15-16 hubieron de componerse de forma consecutiva. En el caso de las primeras, esta hipótesis la ratifican tanto los desajustes en la cuenta del original como la existencia de palabras partidas entre dichas planas. En cuanto a las planas 14-15-16, el hecho de que no fuesen contadas previamente así como la existencia de voces sesgadas entre las mismas hace suponer que habrían sido compuestas consecutivamente.

CUADERNO G

G	ff. manuscrito	ff. impreso	Marcas cuenta del original	Notas
1g	68r-v	49r	11 líneas –marca 22 líneas –marca 29 líneas -26 [26] 38 líneas –marca 45 líneas –corte [c]	
2g	68v-69r	49v	8 lin –marca 11 lin –marca 16 lin –marca 29 y -26 [24] 45 lin –corte [no coincide por línea y media, palabra partida]	La primera línea de estimación está tachada y aparece otra un poco más adelante que se corresponde con la división hecha en el impreso
3g	69r-v	50r	[palabra partida] 10 lin -9 [8] 23 lin -20 [20] 31 lin -27 [27]	Cuenta del original errada (estimación corta). El

			46 y –corte [c]	componedor incluye –antes de componer 3g— las siguientes palabras «porque ya burlaba de mi presumpción, creyendo había otro Acrisio más dichoso a quien Olimpia»
4g	69v-70r	50v	9 lin -8 [8] 45 lin –corte [c]	
5g	70v-71r	51r	50 lin. –corte [c] [palabra partida]	
6g	71r-v	51v	[palabra partida] 7 lin -6 [6] 15 –marca 23 –marca 31 –marca 38 –marca 47 lin –corte [no coincide por 4 palabras, corta]	
7g	71v-72r	52r	3,5 -3 [2] 18 líneas -15 [15] 46 y –corte [c]	Cuenta corta. El cajista añade «fundada según decía la misma» antes de componer 7g. No obstante, hay una traza diversa (una línea a lápiz) justo en la división correcta.
8g	72r-v	52v	44 y –corte [c]	
9g	73r	53r	45 y –corte [c]	
10g	73v-74r	53v	6 lin -5 [5] 21 -17 [17] 37-30 [31] 48 y –corte [no coincide por casi una línea, larga, palabra partida]	
11g	74r-v	54r	[palabra partida] 3 lin -3 [4] 10 lin –marca 17 lin –marca 47 lin –corte [c]	Cuenta larga. La plana 11g comienza varias palabras antes de la estimación de la cuenta del original: «-ridad, que fue lo del disfraz que

				me atribuí, y que fue». La división real aparece señalada por una marca a lápiz
12g	74v-75r	54v	46 lin. -corte [c] [palabra partida]	
13g	75r	55r	[palabra partida] 48 lin. -corte [c]	
14g	76r	55v	18 lin -17 [16] 30 lin -28 [26] + párrafo [39] 44,5 lin -corte	
15g	76v-77r	56r	48 lin -corte [c]	Hay dos marcas a tinta. La segunda se corresponde con la división del impreso
16g	77r-v	56v	49 lin -corte [c] [palabra partida]	

Tabla 58. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno G

Planas contadas/no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1 2 (no coincide por línea y media) 3 4 6 (4 pal. No coincide) 7 10 [no coincide por casi una línea, larga] 11 14	5,8,9,12,13, 15,16

Tabla 59. Recuento planas. Cuaderno G

Marcas a grafito

(2-)3g	La marca de estimación no coincide con la segmentación real, que sí coincide con una línea a lápiz (en este caso es una línea vertical con una línea horizontal arriba).
(6-)7g	La marca de estimación no coincide con la segmentación real, pero esta sí coincide con la marca a lápiz vertical. Se aprecia un abuso de blancos al final de la plana 6g (f. 51v)
(10-)11g	La segmentación no coincide con la marca de estimación pero sí con la marca a lápiz

Tabla 60. Marcas a grafito. Cuaderno G

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
--	-------------------------------------	---------------	-------------

Y ya solo deseaba ocasión (fol. 68r final)	Y ya solo deseaba tener ocasión (fol. 49r)	G1r (1) Mitad inferior de la página	25
A festejar los novios con regocijos y fiestas (fol. 68v)	A festejar los novios con regocijos, entretenimientos y fiestas (fol. 49r)	G1r (1)	38
Con tan buena suerte (fol. 68v)	Con tan buena y dichosa suerte (fol. 49r)	G1r (1)	39
No dejaban entenderse (70v)	No dejaban bien entenderse (fol. 50v)	G2v (4) Penúltima línea	39
Pero a poco rato oí abrir la puerta (fol.70v)	Pero dentro de poco rato oí abrir la puerta (fol.50v)	G2v (4) Penúltima línea	40
En el puesto mismo donde esperaba yo (ms.fol. 72r)	En el puesto donde esperaba yo (fol. 52r)	G4r ¹⁰⁹ (7)	36
De donde averiguadas nuestras inocencias en los cargos (fol. 74v)	De donde estando ya con razones averiguadas nuestras inocencias en los cargos (página 130, fol. 54r)	G6r (11) Mitad de la página	21

Tabla 61. Alteraciones textuales. Cuaderno G

Propuesta de trabajo

El orden de trabajo a seguir en este cuaderno podría ser el siguiente:

1º) Pliego interno-forma externa (5-8-9-12): estas planas no se cuentan en el tanteo previo y detallado de la cuenta del original y, por otra parte, no presentan ningún desajuste. Las planas quinta y duodécima de esta forma acaban con palabra partida, lo cual podría explicarse teniendo en cuenta que se habrían compuesto, respectivamente, en un instante previo a las planas sexta y decimotercera, pertenecientes a formas diversas. Asimismo, la omisión de una palabra en la plana séptima así como la adición en la undécima refrendarían esta suposición.

2º) Pliego interno-forma interna (6-7-10-11): la segmentación entre las planas consecutivas 6-7 y 10-11 no coincide con las marcas de estimación previas de la cuenta del original. Es probable que este desequilibrio tenga que ver con el hecho de que estas planas se compongan de manera sucesiva. En la plana séptima, cuyo texto se muestra sumamente compacto, se omite una palabra en las líneas finales con respecto al manuscrito. Por su parte, la plana sexta presenta bastantes espacios, mientras que en la séptima se observa la tendencia contraria. Por otra parte, el texto figura más ajustado en las planas décima y undécima.

3º) Pliego externo-forma interna (2-3-14-15): una vez compuesto el pliego interno, dos planas de la forma interna del pliego externo, 2 y 15, necesitan ser recontadas. Las planas 2 y 3 presentan bastantes espacios.

¹⁰⁹ En esta plana el texto aparece sumamente compacto.

4º) Pliego externo-forma externa (1-4-13-16): habría sido la última forma en componerse, de ahí las modificaciones en las últimas líneas de las planas primera y cuarta, que son las que necesitan ajustarse en relación con las demás. La primera plana presenta, además de adiciones, numerosos espacios.

CUADERNO H

H	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
57/Pª h	78r-v	fol. 57r	7 lin [con tachones] -7 [7] 14 -marca 21-marca 23,5-21 [21] 33-31 [31] 40-marca 44-corte [c]	
2/h	78v-79r	fol. 57v	3 lin -3 [3] 9-marca 17 lin-14 [14] 25-21 [21] 33-27 [27] 40-marca 48,5-corte [no coincide x casi una línea. Corta. Palabra partida]	
58/3/h	79r-v	fol. 58r	[palabra partida] 19 lin-corte [fin discurso]	Cuenta corta. El cajista tiene que añadir «porque cuando ella no estuviera autorizada» antes de pasar a la composición del siguiente folio. No obstante, esta cuenta errónea no tiene repercusiones porque en el siguiente folio acaba el segundo discurso, por lo que se cierra con pie de copa.
4/h	79v-80r	fol. 58v	Subtítulos -22 35-35 [35]	

			40,5-corte [c]	
59/5/h	80r-v	fol. 59r	46 lin-corte [corta palabra, c] [palabra partida]	
6/h	80v-81r	fol. 59v	[palabra partida] 6-marca 13-marca 43 lin-corte [n.c. por una palabra]	
60/7/h	81r-v	fol. 60r	8,5-7 [8] 20-marca 32-marca 40-marca 46 lin -corte [c]	El desajuste es de una palabra. Cuenta corta por una palabra «como»
8/h	81v-82v	fol. 60v	7-marca 16-marca 24-marca 31-marca 47,5-corte [c]	
61/9/h	82v-83r	fol. 61r	49 lin-corte [c]	En este caso hay una estimación errónea en el manuscrito líneas antes de la marca que se corresponde con la división real
10/h	83r-v	fol. 61v	7-marca 15-12 [12] 36-30 [30] 46 y-corte [c]	
62/11/h	83v-84r	fol. 62r	7-marca 14-marca 22-19 [19] 34-marca 40-marca 46 lin-corte [c]	
12/h	84r-85r	fol. 62v	48,5-corte [c] [palabra partida]	
63/13/h	85r-v	fol. 63r	[palabra partida] 2-2 [2] 8-marca 16-14 [14] 22-marca 25-22 [22] 31-marca 36,5-32 [32] 44-38 [38] 46,5-corte [c]	
14/h	85v-86r	fol. 63v	49,5-corte [corta palabra, c] [palabra partida]	

64/15/h	86r-87r	fol. 64r	[palabra partida] 49,5-corte [el siguiente símbolo «%» aparece al margen en fol. 86v) [c]	
16/h	87r-v	fol. 64v	45 lin –corte [c]	

Tabla 62. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno H

Planas contadas/no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	3 [fin discurso]
2 [no coincide x casi una línea. Corta]	5
4	9
6 (marcas)	12, 14, 15,16
7 (marcas)	
8 (marcas)	
10	
11	
13	

Tabla 63. Recuento de planas. Cuaderno H

Marcas a grafito

Entre las marcas de la cuenta del original concernientes al cuaderno H no se hallan marcas a lápiz.

Alteraciones textuales

Ms. <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Y añadido aquí la historia de los dos amantes de la peña(78v)	Y añadido aquí la notable historia de los dos muy queridos amantes de la peña (fol. 57r)	H1r (1) Última línea, profusión de espacios	39-40
Pero en fin vencida de los temores (80r)	Pero vencida de los temores (fol. 58v)	H2v (4) Mitad inferior de la página	13 (primera plana del discurso tercero, por lo que hay que sumar 22= 35)
A mí me traen tan desasogada y cuidadosa (fol.80r)	A mí me traen tan desasosegada (fol. 58v)	H2v (4) Mitad inferior de la página	38 (igual que el anterior)
Para que me criase aquí como hija suya (fol.81v)	Para que me criase y alimentase aquí como hija suya (fol.60r) [coincide con una de las marcas de división del manuscrito]	H4r (7) Última línea, profusión de espacios	40
La respondí en esta sentencia (fol. 83r)	La respondí así en esta sentencia (fol. 61v)	H5v (10) Parte superior de la página. La adición de esta palabra supone una línea más.	11

También el corazón de cuidados y inquietudes (fol. 84r)	También el corazón de cuidados, penas y inquietudes (fol. 62r)	H6r (11) Final página, muchísimos espacios	39
Gastando la solicitud del día (84r)	Gastando toda la solicitud del día (fol. 62r)	H6r (11)	40
Porque en las ruines intenciones (85v)	Porque en las ruines y dañadas intenciones (fol. 63r)	H7r (13) Mitad inferior de la página	30

Tabla 64. Alteraciones textuales. Cuaderno H

Propuesta de trabajo

1º) Pliego interno-forma externa: en primer lugar, podría haberse compuesto la forma que contiene las planas 5-8-9-12 debido a dos aspectos fundamentales. En primer lugar, esta forma no presenta altercados en relación con adiciones, supresiones o la cuenta del original. Por otro lado, las planas 1,2 y 4 se han contado previamente —la tercera plana no se ha tanteado puesto que se trata de la plana que cierra el discurso segundo—, lo cual sería indicio del comienzo de la composición por la quinta plana. No obstante, resulta curiosa la adición de una línea más en la plana número 9, cuya división se ajusta a las marcas en el original de imprenta. El texto aparece ajustado en relación con otros casos, tal vez en un intento de no sobrepasar las cuarenta líneas, que finalmente acaban siendo cuarenta y una. En esta forma hay que mencionar el «recuento» de dicha plana, la novena, cuyas dos estimaciones aparecen separadas por un fragmento importante de texto. Tanto la quinta plana como la duodécima acaban por palabra partida, puesto que no se cuentan previamente. Es probable que la marca definitiva, entonces, sea posterior a la composición en estos casos.

2º) Pliego interno-forma interna: en segundo lugar, se habrían compuesto las planas 6-7-10-11. Tanto la plana séptima como la undécima sufren en las últimas líneas retoques acompañados de un evidente abuso de espacios.

3º) Pliego externo-forma interna (2-3-14-15). Entre ambas parejas de números consecutivos —2 y 3, por un lado, y 14 y 15, por otro— las planas acaban por palabra partida. La composición de esta forma como blanco del pliego la evidencian los retoques sufridos en las últimas líneas de las planas primera y cuarta, así como la adición de media línea extra en la plana decimosexta. Asimismo, la plana decimotercera se estima previamente tal y como se desprende de la variedad de marcas de la cuenta del original, por lo que se presupone que se tantea para volver en un momento posterior sobre ella.

4º) Pliego externo-forma externa (1-4-13-16).

CUADERNO I

I	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
65/Pª I	87v-88r	fol. 65r	7-marca 14-marca 16-14 [c] 22-19 [c] 28-marca 35-marca 42-marca 46 y- corte [c]	
2/I	88r-v	fol. 65v	5-5 [c] 12-11 [11] 19-17 [17] 28-25 [25] 34-marca 38-33 [33] 46,5-corte [no coincide por medio renglón, corta, palabra cortada]	
66/3/I	88v-89r	fol. 66r	[palabra cortada] 10-8 [8] 29-marca 31-marca 37-marca 45-marca 46,5-corte [c]	Cuenta corta. El cajista ha metido las palabras «que ningún accidente» antes de componer esta forma
4/I	89r-v	fol. 66v	6-marca 9-7 [7] 15-marca 21-marca 28-22 [22] 34-27 [27] 40-32 [32] 49,5-corte [palabra cortada, coincide] palabra cortada	Hay dos marcas muy próximas, la primera de ellas la correcta
67/5/I	90r-v	fol. 67r	palabra cortada 48,5-corte [c]	
6/I	90v-91r	fol. 67v	9-7 [7] 27-marca 31-25 [25] 36-30 [30] 47,5-corte [no coincide por una sílaba] palabra cortada	
68/7/I	91r-v	f. 68r	palabra cortada 8-marca 21 [con dos líneas tachadas, es decir, 19]- 16 [17] 41-marca 48,5 [contando líneas con bastantes tachones]-corte [c]	

8/I	91v-92v	f. 68v	48,5 –corte [palabra cortada, coincide] palabra cortada	
69/9/I	92v-93r	f. 69r	palabra cortada 50 lin –corte [c]	
10/I	93r-v	f. 69v	6-marca 13-marca 19-marca 24-20 [20] 32-27 [27] 39 –marca 45-marca 47,5-corte [no coincide por medio renglón, cuenta corta] palabra cortada	
70/11/I	93v-94v	fol. 70r	palabra cortada 4-marca 14-11 [11] 20-marca 26-marca 33-marca 39-marca 45-marca 50 lin –corte [c]	Cuenta corta «bien de donde venga» es añadido antes de componer esta forma
12	94v-95r	fol. 70v	53 y –corte [c]	
13/I	95r- v	fol. 71r	28-25 [25] 45 y- corte [c]	
Solo aparece la marca [14I]	95v-96v	fol. 71v	52 y –corte [parte palabra, coincide] palabra cortada	
72/15/I	96v	fol. 72r	palabra cortada 27-corte [último folio discurso]	
16i	97r	fol. 72v	19,5 –corte [primer folio discurso]	

Tabla 65. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno I

Planas contadas/ no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	5
2 [no coincide por medio renglón, corta]	8, 9, 12, 14, 15, 16
3	
4	
6 [no coincide por una sílaba]	
7	
10 [no coincide por medio renglón, cuenta corta]	
11	
13	

Tabla 66. Recuento de planas. Cuaderno I

Marcas a grafito

(2-)3i	No coincide con la marca de estimación (zeta invertida) pero sí con la línea
--------	--

	vertical, colocada tras varias sílabas de diferencia a partir de la marca de corte
(10-)11i	No coincide con la señal de estimación pero sí con la marca a lápiz que en este caso tiene forma de zeta invertida. El desajuste ocupa varias sílabas

Tabla 67. Marcas a grafito. Cuaderno I

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Desistiese de las instancias de mi madre (87v)	Desistiese de las instancias y persuaciones de mi madre (65r)	I1r (1) Parte superior de la página	11
El cielo, no sin providencia (ídem)	El cielo, no sin grande providencia suya (ídem)	I1r (1) Parte sup.	12
Por medio del retiro de mi abuelo y padre (ídem)	Por medio del retiro y aparcamiento de mi abuelo y padre (ídem)	I1r (1) Parte sup. (primer párrafo)	13
Pues ninguna hará agradable consonancia en tu estragada voluntad (88r)	Pues ninguna dellas hará agradable, suave ni suficiente consonancia en tu estragada voluntad (fol. 65r)	I1r (1) Última línea	39-40
Con una amorosa seña me lo concedió (88v)	Con una amorosa y compuesta seña me lo concedió (fol. 65v)	I1v (2) Mitad página	25
Y para examinar si mi pasión me lleva a esta sospecha (88)	Y para examinar con más cuidado y diligencia la pasión que me lleva a esta sospecha (fol. 66r)	I2r (3)	6
Se ajustará a la soledad deste desierto (89r)	Se ajustará a la soledad deste tan retirado desierto (fol. 66r)	I2r (3) Final página	33
Sentencias y salas cortesanas, quién... (89r)	Sentencias y sales cortesanas de tanta policia , quién (fol. 66r)	I2r (3) Final página	35
Zapato curioso por toscas abarcas (89r)	El pulido y curioso zapato por toscas abarcas (fol. 66r)	I2r (3) Final página	37
Deseaba llegar también aunque me obligaba (91v)	Deseaba llegar también por ver aquella tan grandiosa ciudad aunque me obligaba (fol. 68r)	I4r (7)	34
Quedó dueño del triunfo (94v)	Quedó dueño del dichoso triunfo (fol. 70r)	I6r (11)	39-40

Tabla 68. Alteraciones textuales. Cuaderno I

Propuesta de trabajo

En el caso de este cuaderno, los datos obtenidos a partir de los distintos aspectos tenidos en cuenta no ofrecen una solución lúcida y convincente, por lo que será necesaria una detenida revisión de los antecedentes antes de formular cualquier hipótesis.

Inicialmente, se observa que no hay una disposición diferente con respecto al resto de cuadernos en relación con la cuenta del original: se cuentan con esmero las mismas planas que en los demás cuadernos y lo mismo ocurre con aquellas que no se tantean previamente en líneas generales —no en todos los cuadernos se cuentan o no exactamente las mismas planas—.

Asimismo, en el cuaderno I aparecen palabras partidas entre los pares de planas consecutivas 2-3, 4-5, 6-7, 8-9, 10-11, 14-15 y se constatan desajustes entre 2-3, 6-7 y 10-11. Buena prueba de estos desequilibrios la aporta el registro de marcas a lápiz entre 2-3 y 10-11, trazos que sí coinciden con el resultado final del impreso.

Otro aspecto no menos interesante lo constituyen los «remiendos ilícitos» perpetrados, fundamentalmente, en las planas primera, tercera, séptima y undécima. En este cuaderno, las alteraciones textuales no concentradas en las líneas finales, como por ejemplo la adenda de la línea vigesimoquinta de la segunda plana —«y compuesta»— adquiere, al igual que otros casos, la explicación que sigue: los cajistas estiman en el primer recuento un cómputo de párrafos y líneas para la caja de escritura del impreso de las planas que relegan para un momento posterior. En este caso, si el operario del taller de imprenta no hubiese introducido la adenda «y compuesta», el párrafo en el que este parche lingüístico se inserta no habría culminado en la posición vigesimoquinta, cómputo inicial que resulta necesario alcanzar para conseguir un resultado acorde con las previsiones.

En cuanto a las modificaciones del texto en las líneas finales, las planas primera, tercera, séptima y undécima contienen retoques importantes. Además, en la mitad inferior de las planas décima y undécima se aprecia una evidente profusión de blancos. Ocurre también, aunque no de forma tan exagerada, en la plana séptima.

Un último aspecto digno de consideración que pudo mediar en el orden de composición del cuaderno I del *Para algunos* consiste en la culminación del discurso tercero en la plana decimoquinta, y, en consecuencia, en el comienzo del discurso cuarto en la última plana del cuaderno, la decimosexta.

Si bien en el resto de cuadernos todo parece apuntar a que la composición debió de comenzar por la quinta plana, en este caso dicha plana comienza por palabra partida, por lo que parece extraño que la composición se iniciase, en este caso, por la forma externa del pliego interno (5-8-9-12). En este sentido, tanto este factor como las adiciones de la tercera plana sugieren que la cuarta plana hubo de estar compuesta en un momento previo a la composición de ambas (3 y 5), lo cual situaría a la forma externa del pliego externo (1-4-13-16) en el momento inicial de la composición del cuaderno. No obstante, esta hipótesis no permite explicar los desajustes de la primera plana, en la que se ha incrustado texto con la finalidad de alcanzar un recuento previo. Esta desconcertante

situación solo podría explicarse a partir del trabajo simultáneo de dos o más cajistas, centrados cada uno de ellos en una de las formas del pliego externo, cuyas estimaciones no habrían podido modificar por la sincronización del trabajo. Esta vez, por tanto, es posible que la composición comenzase por el pliego externo, aunque en este caso particular casi cualquier conjetura, a la luz de los datos extraídos, podría ser válida.

CUADERNO K

K	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
73/ P ^a K	97v	fol. 73r	2-2 [2] 14-13 [13] 30-27 [27] 41-marca 44,5-corte [c]	
2/ k	98r-v	fol. 73v	6-5 [6] 16-marca 31-27 [27] 40-marca 46 y poco- corte [c]	
74/3/k	98v-99r	fol. 74r	8-marca 16-marca 21-18 [18] 28-marca 37-32 [32] 44-38 [38] 46 y poco-corte [parte palabra, no coincide por dos sílabas, cuenta larga]	Cuenta larga «mi que» [rida]
4/ k	99r-v	fol. 74v	1,5-1 [2] 8-7 [8] 17-marca 22-19 [19] 32-28 [28] 40-marca 41-36 [36] 45,5-corte [c]	
Solo aparece la marca [5k]	99v-100v	fol. 75r	51,5 –corte [parte palabra, coincide] palabra partida	
6/ k	100v-101r	fol. 75v	palabra partida 7 –marca 11-9 [9 por una sílaba] 17-14 [14] 37-33 [33] 42-38 [38] 44,5 –corte [c]	
76/7/k	101r-v	fol. 76r	10-8 [8] 21-marca 29-marca 34-29 [29]	

			41-35 [35] 45-38 [38] 47,5 –corte [c]	
8/ k	101v-102r	fol. 76v	45,5 –corte [c]	
77/9/K	102r-103r	fol. 77r	45,5 –corte [c]	
10/ k	103r-v	fol. 77v	19-16 [16] 47-corte [no coincide por tres palabras, corta]	
78/11/ K	103v-104r	fol. 78r	8-marca 16-marca 23-marca 27-23 [23] 34-marca 37-32 [32] 44-marca 46,5 –corte [dos marcas, coincide con la segunda]	Cuenta corta. Añade «más al objeto de» antes de componer esta forma
12/ k	104r-v	fol. 78v	51,5-corte [c]	Hay una primera estimación tachada y la segunda correcta para el comienzo de esta plana
79/13/k	104v-105v	fol. 79r	45-corte [parte palabra, c] palabra partida	
14/ k	105v-106r	fol. 79v	palabra partida 51-corte [c]	
80/15/k	106r-v	fol. 80r	48 lin –corte [parte palabra, c] palabra partida	
16/ k	106v-107v	fol. 80v	palabra partida 50 lin –corte [c]	

Tabla 69. Proceso composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno K

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1 2 3 [parte palabra, no coincide por dos sílabas, cuenta larga] 4 6 7 10 [no coincide por tres palabras, corta] 11	5, 8, 9, 12,13,14,15,16

Tabla 70. Recuento de planas. Cuaderno K

Marcas a grafito

(3-) 4k	No coincide con la marca de estimación (zeta invertida) pero sí con la marca vertical, colocada dos sílabas antes
---------	---

Tabla 71. Marcas a grafito. Cuaderno K

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Y entre otras materias se discurrió sobre (97v)	Y entre otras materias que entre ellos se trataban se discurrió una sobre (fol.73r)	K1r (1)	15-16
Apoderándote de mi antigua libertad (98v)	Apoderándote de mi antigua y incontrastable libertad (73v)	K1v (2)	39
Rendidas las potencias (fol. 98v)	Rendidas todas las potencias (ídem)	K1v (2)	40
Con hipócritas escusas, procuró disuadirle el pensamiento (99v)	Con hipócritas y fingidas escusas procuró disuadirle de aquel pensamiento (fol. 74v)	K2v (4)	39-40

Tabla 72. Alteraciones textuales. Cuaderno K

Hipótesis de trabajo

En cuanto al pliego interno, los datos analizados, fundamentalmente el recuento detallado de las cuatro primeras planas, hace suponer que el orden de composición hubo de comenzar por la forma externa (5-8-9-12) tal y como se ha planteado en el resto de cuadernos estudiados.

En relación con el pliego externo, en esta ocasión ocurre algo similar a lo que pasaba en el cuaderno L, pues solo la composición simultánea del mismo podría explicar, por una parte, las adendas en las planas primera, segunda y cuarta y, por otra, el hecho de que entre 13-14 y 15-16 existan palabras partidas, fruto, probablemente, de una composición sincronizada, además de la demasia de líneas en la plana decimocuarta, que cuenta con cuarenta y una en lugar de las usuales cuarenta.

CUADERNO L

L	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
81/Pª L	107v	fol. 81r	6,5-6 [6] 13-marca 20-marca 26-marca 27-marca 30-26 [26] 37,5-33 [33] 45-marca 46,5-marca corte [c]	
2/ L	108r	fol. 81v	6-marca 7-marca 13-11 [11] 19-marca 26-marca 32-marca 38-marca 44-marca 47,5-corte [no coincide por	

			casi un renglón, corta]	
82/3/L	108v	fol. 82r	2,5-2 [2] 9-marca 46-15-marca 19-15 [corregido sobre 16] [15] 26-21 [21] 35-marca 44-marca 47,5-corte [no coincide por medio renglón, corta]	Cuenta corta. Se añade «a la sangrienta venganza de Abenabo, a quien» antes de comenzar esta plana
4/ L	109r	fol. 82v	10-marca 18-marca 25-marca 27,5-23 [23] 35-marca 36,5-30 [30] 44-marca 49-corte [c]	Cuenta corta. Se añade «con inominiosas» antes de comenzar esta plana
83/5/L	110r	fol. 83r	48,5-corte [c]	
6/ L	110v	fol. 83v	6-marca 12-marca 18-marca 25-21 [20] 31-26 [26] 38-marca 45-marca 47,5-corte [no coincide, dos palabras, cuenta larga]	
84/7/L	111r	fol. 84r	6-5 [5] 12-marca 18-marca 23-marca 29-marca 32-26 [26] 38-marca 39,5-33 [33] 46-marca []	Cuenta larga. Esta plana comienza unas palabras después de lo estimado: «es lo que me»
	[folio perdido]		Palabras partidas entre 9-10	
10/ L	113r	fol.85v	12lin	
11/L/86	113v	fol. 86r	19 lin [comienzo discurso]	
12/ L	114r	fol. 86v	46 lin- corte [c]	
87/13/L	114v	fol. 87r	46,5 –corte [c]	
14 L	115r	fol. 87v	46,5- corte [palabra cortada, coincide]palabra partida	
88/15/L	115v	fol. 88r	palabra partida 40-marca 47,5-corte [c]	
16/ L	116v	fol. 88v	39-marca 46,5 corte [c]	

Tabla 73. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno L

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1 2 [no coincide por casi un renglón, corta] 3 [no coincide por medio renglón, corta] 4 6 [no coincide, dos palabras, cuenta larga] 7 15, 16 [tanteadas solo con marcas]	5, 12, 13, 14

Tabla 74. Recuento de planas. Cuaderno L

Marcas a grafito

En este cuaderno no aparecen marcas a grafito.

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Habiendo atendido Don Tello a la desesperada resolución (111r)	Habiendo atendido el noble don Tello a la desesperada y atrevida resolución	L3v (6)	21
En acentos interrumpidos la dijo así (111r)	Con acentos interrumpidos y lastimosos la dijo así (ídem)	L3v (6)	25
Hazaña tan heroica (111v)	Hazaña tan rara y heroica (f. 84r)	L4r (7)	11-12
Semejantes impiedades. Reparad señora (111v)	Semejantes impiedades como vos me pedís . Reparad señora (f. 84r)	L4r (7)	16
Acaso más por darla aquel contento (111v)	Acaso más por agradarla y darla aquel contento (f. 84r)	L4r (7)	30

Tabla 75. Alteraciones textuales. Cuaderno L

Propuesta de trabajo

La pérdida del folio 112 del manuscrito *La culebra de oro. Para algunos*, que hubo de contener los rastros de la cuenta del original relativos a las planas octava y novela del cuaderno L, impide ofrecer unos resultados imparciales, aunque se puede suponer, a partir de la tendencia general mostrada en el ejemplar manuscrito, que tales planas no habrían sido contadas con detenimiento. A partir de esta conjetura, y, dados los añadidos de las planas sexta y séptima, se puede suponer que la composición del pliego interno habría comenzado por la forma externa (5-8-9-12¹¹⁰), pues nuevamente las cuatro primeras planas figuran computadas con exhaustividad. En cuanto a las adendas detectadas en la forma interna, concretamente en las planas sexta y séptima, pueden explicarse al echar mano de las marcas de la cuenta del original para dichas planas: el texto se ensancha mediante adiciones con la finalidad de alcanzar la distribución de líneas y párrafos planificada en una estimación previa.

¹¹⁰ No obstante, el planteamiento de esta hipótesis entra en contradicción con el exceso de líneas de la caja de escritura de la plana duodécima, que cuenta con cuarenta y una líneas en lugar de cuarenta.

Por lo que respecta al pliego externo, la falta de coincidencia entre las marcas y la segmentación del impreso que afecta a las planas 2-3 y 3-4 hace de nuevo sospechar una labor colaborativa. Una posibilidad a priori poco desacertada pasaría por plantear la composición simultánea de, por un lado, las cuatro primeras planas del pliego externo (1-2-3-4) y, por otro, las cuatro últimas planas de dicho pliego (13-14-15-16).

CUADERNO M

M	ff.ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
89/Pª M	117r	fol. 89r	2-2 [2] 11-9 [10] 14-12 [13] 23-marca 25-23 [23] 33-marca 40-marca 42-38 [38] 44-corte [hay una línea en blanco en esta plana] [c]	
2/ M	117v	fol. 89v	8-marca 12-11 [10] 20-18 [son 17 lin. Del impreso] 36-32 [31 impreso] 46,5 corte [no coincide por media línea, corta]	
90/3/M	118r	fol. 90r	12-marca 18-15 [15 impreso] 26-22 [22 impreso] 36-30 [30 imp] 41-34 [34 imp] 47 corte [c]	Cuenta corta. El cajista necesita añadir, además del texto tanteado, «de aquel tiempo me nacieron estas» antes de comenzar esta forma
4/ M	119r	fol. 90v	5 marca 11 marca 13-11 [11] 21 marca 22-19 [19] 28-marca 32-27 [27] 40-35 [35] 47 corte [c]	
91/5/M	119v	fol. 91r	44,5 corte [línea en blanco en el impreso] [corte palabra, c] palabra cortada	
6/ M	120r	fol. 91v	palabra cortada 19-marca [19 impreso] 22,5-19 [19] 32-marca 39 marca 48 corte [rectificación marca, la marca]	

			definitiva no coincide con la escisión del impreso]	
92/7/M	120v	fol. 92r	6-marca 10-8 [8 imp] 18-15 [15 imp] 36-31 [31 imp] 45,5 corte	Hay dos trazos de estimación. El primero aparece levemente tachado. El segundo sigue siendo corto, de manera que es necesario añadir «al honor de» antes de comenzar esta plana
8/ M	121r	fol. 92v	46,5 corte	
93/9/M	122r	fol.93r	48,5	
10/ M	122v	fol. 93v	8 marca 20-16 [15 impreso] 46,5 –corte [n.c.] [palabra cortada]	
94/11/M	123r	fol. 94r	[palabra cortada] 5-4 [5,5 impreso] 15-13 [15,5 en impreso] 22,5-20 [23 imp] 31 marca 38 marca 40-35 [38 imp] 44 corte [no coincide con la marca del impreso, mucha diferencia] [palabra cortada]	Cuenta larga. Antes de la división tanteada, aparece el fragmento siguiente «tas inmunidades de la sangre. Admiro mucho tu poca estimación»
12/ M	123v	fol. 94v	[palabra cortada] 45,5 corte [respeta los párrafos del ms.] [palabra cortada]	Estimación errónea (cuenta larga). Antes de la palabra que marca el corte de inicio de esta plana, aparece «mas de haber sido llevada de un impulso de amor, a dar asiento a sus esperanzas, quise darle

				esta repulsa y desengaño, para que reprimiese afectos tan desordenados, que pudieran arrastrarla». El desajuste entre la marca del manuscrito y la segmentación del impreso ocupa 3 líneas exactas.
95/13/M	124v	fol. 95r	[palabra cortada] 47,5 corte [palabra cortada]	
14/ M	125r	fol.95v	[palabra cortada] 49,5 corte	
96/15/M	125v	fol. 96r	45,5 corte [corte separa sílabas dentro de una misma palabra] [palabra cortada]	
16/ M	126v	fol. 96v	[palabra cortada] 50 corte [corte palabras dentro de sílaba] [palabra cortada]	

Tabla 76. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno M

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	5, 8,9,12,13,14,15,16
2 [no coincide por media línea, corta]	
3	
4	
6	
7	
10	
11 [no coincide con la marca del impreso, mucha diferencia]	

Tabla 77. Recuento planas. Cuaderno M

Marcas a grafito

(10-) 11m	No coincide con la marca de estimación pero sí con la señal a lápiz, que en este caso pose forma de zeta invertida
--------------	--

Tabla 78. Marcas a grafito. Cuaderno M

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca.	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
--	-------------------------------------	---------------	-------------

1637)			
Estos contrastes y otros muchos tiene amor (118v)	Estos contrastes tiene amor (fol. 90r) [esta supresión se debe a la necesidad de cuadrar el texto con la estimación de líneas por párrafo que se aprecia en el manuscrito, donde aparece escrito el número 15 y, en efecto, de haber mantenido la lectura del original de imprenta, se hubiese sobrepasado dicha medida]	M2r (3) Mitad página	14
Así en virtudes del ánimo como en hermosura exterior (121r)	Así en virtudes como en hermosura (fol. 92r)	M4r (7) Mitad inferior	31
Se exaltan como en centro propio suyo (123v)	Se exaltan como en centro suyo (fol. 94r)	M6r (11) Mitad inferior	35
Nobilitas tu ser y esclaresces tus partes personales y (123v)	Nobilitas y esclaresces tus partes y (fol. 94r)	M6r (11) Mitad inferior	37
Aunque realmente me persuadí	Aunque me persuadí	M6r (11) Última línea	40

Tabla 79. Alteraciones textuales. Cuaderno M

Propuesta de trabajo

En el cuaderno M aparecen palabras cortadas entre 5-6, 10-11-12-13-14 y 15-16. La última plana también acaba en palabra partida.

En relación con el pliego interno, que habría sido el primero en componerse —dada la cuenta exhaustiva de las cuatro primeras planas—, parece darse una composición simultánea por parte de dos componedores distintos, lo que explicaría, por una parte, las modificaciones al final de la plana 11 y, por otra, las palabras cortadas que se dan entre los pares de planas consecutivas 5-6 y 11-12. Algo similar puede decirse del pliego externo, donde las palabras partidas entre pares de planas seguidas sugieren dos órdenes diversos de composición, pues vinculan 13-14 (orden externo-interno) y 15-16 (orden externo-interno).

Esta composición simultánea de las formas del pliego interno explicaría lo siguiente. Por una parte, la plana número 11 comienza un fragmento después de lo que aparece estimado en el manuscrito. Es decir, la cuenta del original ha sido larga, y así se aprecia en las marcas concernientes a dicho proceso, pues no coinciden con la estimación previa. Ante esta falta de espacio, se suprimen varias palabras de las líneas finales de la plana undécima, omisiones que resultan insuficientes por lo que la siguiente plana, la duodécima, comienza un fragmento después de lo que se había calculado en la cuenta del original (concretamente, 3 líneas exactas después, por lo que se han movido las líneas). En esa plana también aparece una palabra omitida.

Los desajustes en la cuenta del original aparecen entre las planas 2-3, 6-7 y 10-11. En este caso, como excepción [puede deberse a la composición simultánea] se extiende también a la segmentación entre 11 y 12.

Por otra parte, en la primera plana de este cuaderno aparece una carta. Usualmente, entre versos, sentencias, etc. se dejan en el impreso una línea blanca con anterioridad y otra con posterioridad a la cita. En este caso, solo se ha mantenido el blanco en la posición anterior. Es probable que esto haya permitido contar con más espacio.

CUADERNO N

N	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
97/Pª N	127r	fol. 97r	31,5 corte [muchos versos en el folio y, por tanto, muchas líneas en blanco]	
2/ N	127v	fol. 97v	7 marca 12 marca 18 marca 25-20 [21 lin. Impreso] 31 marca 36 marca 42 marca 49,5-corte [obvia la separación en párrafos del ms.] palabra partida [n.c.]	
98/3/N	128r	fol. 98r	palabra partida 16-13 [13 imp] 19-16 [16 imp] 34-29 [29 imp] 47 corte palabra partida [n.c.]	Estimación larga del original. En este folio, antes del corte estimado, aparece «guntais. Solo puedo decir, que os considero tal»
4/ N	128v	fol. 98v	palabra partida 32-30 [30 líneas por una sola sílaba] 43 corte	
99/5/N	129v	fol. 99r	31 corte [fin de discurso]	
6/ N	130r	fol. 99v	18,5 [principio discurso] palabra partida	
100/7/N	130v	fol. 100r	palabra partida 6-marca 29-25 [25 imp] 42-37 [37 imp] 45 corte	
8/ N	131r	fol. 100v	9 marca 19 marca	

			22-19 [19 imp] 29 marca 36 marca 44-38 [38 imp] 46,5 corte	
101/9/N	131v	fol. 101r	46,5 corte	
10/ N	132r	fol. 101v	3-3 [3 imp] 9-8 [8 imp] 17-15 [15 imp] 26-23 [23 imp] 44-39 [39 imp] 45 corte	
102/11/N	133r	fol. 102r	3-3 [3 imp] 10-9 [9 imp] 22-19 [19 imp] 32-23-27 [27 imp] 39-33 [33 imp] 47 corte	
12/ N	133v	fol. 102v	45,5 corte [palabras separadas]	
103/13/N	134r	fol. 103r	6-5 22-5/23- 19 47,5 corte [hay marcas intermedias] [c.]	
14/ N	135r	fol. 103v	46,5 corte	Hay dos marcas; el comienzo de esta plana coincide con la segunda marca
104/15/N	135v	fol. 104r	48,5 corte [corte silábico] palabra partida	
16/ N	136r	fol. 104v	palabra partida 48,5 corte	

Tabla 80. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno N

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	5 y 6 [fin y comienzo discurso]
2	9
3	12,14,15,16
4	
7	
8	
10	
11	
13	

Tabla 81. Recuento de planas. Cuaderno N

Marcas a grafito

(2-) 3n	No coincide con la marca de estimación pero sí con la marca vertical (f. 128r)
(3-) 4n	No coincide con la marca de estimación pero sí con la marca vertical (f. 128v)

Tabla 82. Marcas a grafito. Cuaderno N

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Con admiración y sombro santiguándose dijo (128r)	Con admiración y asombro me dijo (fol. 97v)	N1v (2)	29
Afirmándose en lo que primero dicho había (128r)	Afirmándose en lo que había dicho (fol. 97v)	N1v (2)	33
El advitrio de hombres	El advitrio y parecer de hombres [sin la adición de esta palabra no se alcanza la medida estipulada en el manuscrito original de imprenta para el primer párrafo]	N2v (4)	26

Tabla 83. Alteraciones textuales. Cuaderno N

Propuesta de trabajo

De nuevo el análisis de las marcas relativas a la cuenta del original desvela el inicio de la composición por la quinta plana, ubicada en la forma externa del pliego interno. A esta conclusión se llega mediante la cuenta detallada de las cuatro primeras planas y la existencia de desajustes entre las mismas. De hecho, la adenda de la cuarta plana tiene que ver con la necesidad de alcanzar el número de 30 líneas para el primer párrafo tal y como hubo de haber quedado preestablecido en la cuenta del original previa.

En cuanto al pliego externo, la aparición de palabras partidas entre las planas 2-3, 3-4 y 15-16 sugiere que se compuso en primer lugar la forma interna para pasar después a la externa.

Los desajustes en la cuenta del original aparecen entre las planas 2-3 y 3-4, lugares en los que figuran también marcas a lápiz que dan fe de la segmentación final del impreso. La cuenta del original ha sido excesiva en planas como la segunda en la que que, pese a que se omiten algunas palabras, continúa siendo excesiva.

CUADERNO O

O	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
105/ P ^a O	136v	fol. 105r	8-6 25-15-21 [corrección x equívoco en la cuenta] 48,5 corte [corrección marca]	
2/ O	137v	fol. 105v	8-4 [puesto que hay dos marcas, creo que los números se corresponden con la segunda marca] 17-12	hay una marca tachada, y la correcta se hace comprendiendo menos texto,

			25-19 30-23 36-29 40-33 47,5 corte [dudosas las marcas de esta plana]	antes de la tachada
106/3/O	138r	fol. 106r	22-20 [21 en imp] [hay tachones] 41-38 [38 imp] 43,5 corte	Estimación muy larga. Antes de la palabra que debería comenzar la plana aparece el siguiente fragmento «se le siguen de su comercio? Eso (dije) se ha de entender de las viejas, que las jóvenes se dijeron a iuuare por la ayuda que confieren al hombre. Antes (dijo) las mozas son más dañosas que»
4/ O	138v	fol. 106v	3-2 [2 imp] 9-7 [7 imp] 39-36 [35 imp, verso] 43,5 corte [hay versos]	
107/5/O	139r	fol. 107r	48,5 corte	
6/ O	139v	fol. 107v	31-26 [26 imp] 42-35 [35 imp] 48,5 corte	
108/ 7/ O	140v	fol. 108r	2-2 46,5 corte	Estimación corta. Es evidente la profusión de espacios. Aún así, no son suficientes para enmendar la cuenta, por lo que el cajista añade antes de componer esta plana «el preso, usar sus oficios en»
8/ O	141r	fol. 108v	46,5 corte	
109/9/O	141v	fol. 109r	48,5 corte	
10/ O	142v	fol. 109v	47 corte [marcas, sin números]	
11/ O	143r	fol. 110r	46,5 corte [marcas, sin números]	Estimación larga. El cajista tiene que componer antes del texto

				estimado: «fueron burlas, que en»
12/ O	143v	fol. 110v	45,5 corte	
111/13/O	144r	fol. 111r	48,5 corte [silábico] palabra partida	
14/ O	145r	fol. 111v	palabra partida 52 corte	
112/15/O	145v	fol. 112r	48 corte	
16/ O	146r	fol. 112v	37 corte [fin discurso]	

Tabla 84. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno O

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	5,8,9,10,11,12,13,14,15,16
2	
3	[las planas 10 y 11 se estiman con pequeños trazos horizontales al final de las líneas, pero sin numeración]
4	
6	
7	

Tabla 85. Recuento planas. Cuaderno O

Marcas a grafito

(2-) 3o	No coincide la marca de estimación por un fragmento importante de texto. Hay asimismo una marca vertical que tampoco coincide con la segmentación real por una línea exacta
(7-) 8o	No coincide con la marca de estimación pero sí con un trazo a lápiz diagonal a pocas palabras de diferencia

Tabla 86. Marcas a grafito. Cuaderno O

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Salva paz de la que me toca (137r)	Salvo la que me toca (fol. 105r)	O1r (1)	27
Más a la conservación y reverencia del femíneo sexo (137r)	Más a la conservación del femíneo sexo (fol. 105r)	O1r (1)	28
Sino antes en señal y demonstración de la incontinencia de los hombres	Sino en señal de la inconstancia de los hombres	O1r (1)	32
Con mujeres aún de excelente fama , que con la de hombres...	Con mujeres que con la de hombres...	O1r (1)	34
Con usurarios, con ladrones y con otros de más estragadas costumbres (137r)	Con usurarios, ladrones y otros (fol. 105r)	O1r (1)	35
Yo me allano- dije - en nombre...(138r)	Yo me allano en nombre (fol. 106r)	O2r (3)	4

A sola una y esta procedía [...] y semejantemente (140v)	A sola una y que esta procedía [...] y que semejantemente (fol. 108r)	O4r (7) ¹¹¹ Mitad superior	14-15
Vestido en la del animal (141r)	Vestido en la del fiero animal (fol. 108r)	O4r (7) Mitad inferior	27
Para mayor penalidad (141r)	Para mayor penalidad y sentimiento (fol. 108r)	O4r (7) Mitad inferior	29
Porque persuadido me convenía vivir en aquella miserable vida (141r)	Porque persuadiéndome a que me convenía vivir en aquella miserable y triste vida (fol. 108r)	O4r (7)	32-33
Que dejase mis potencias desahogadas (141r)	Que dejase todas mis potencias tan desahogadas (fol. 108r)	O4r (7)	35
Que las de los demás hombres (143v)	Que la de todos los demás hombres del mundo (fol. 110r)	O6r (11)	35-36

Tabla 87. Alteraciones textuales. Cuaderno O

Propuesta de trabajo

En el cuaderno O, el análisis de las planas que se contaron o no previamente sugiere el inicio de la composición por la forma externa del pliego interno, concretamente, por la quinta plana, lo cual se hallaría en el origen de las modificaciones textuales, en este caso adendas, expuestas en las planas séptima y undécima. En el caso de este pliego, desconcierta la marca a lápiz entre las planas séptima y octava. Por una parte, suponiendo que dicha marca se haya trazado con posterioridad a la composición, solo una labor colaborativa explicaría la aparición de esta traza así como el inicio de la composición por la quinta plana. Por otra parte, si esta marca a lápiz se registró con anterioridad a la tarea de componer, carecen de sentido tanto la abundancia de blancos como las alteraciones textuales, usualmente perpetradas con la finalidad de alcanzar unos límites textuales muy concretos.

En cuanto al pliego externo, no contamos con muchos datos, más allá de importantes modificaciones en la primera plana, una caja de escritura que sobrepasa la cantidad de cuarenta líneas en la segunda plana y una palabra partida entre las planas decimotercera y decimocuarta. Un último dato viene dado por la cuenta del original: solo las cuatro primeras planas aparecen tanteadas. Es probable, a partir de esta información, que se compusiese en primer lugar la forma externa (y las alteraciones de la primera plana tengan que ver con la necesidad de alcanzar las marcas trazadas inicialmente) y en segundo lugar la interna. No obstante, es probable que, tal y como ha quedado formulado para otros cuadernos, se llevase a cabo de manera coordinada por varios operarios de la imprenta. Hace pensar en una labor colaborativa el exceso de líneas en la segunda plana, puesto que la siguiente, la tercera, se halla en la misma forma.

¹¹¹ En esta plana (f. 108r) abundan los blancos.

CUADERNO P

P	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
113/Pª P	147r	fol. 113r	22 título 30- 28 [30 imp] 40,5 [ppio discurso] [doble marca] [n.c.]	
2/ P	147v	fol. 113v	6-5 [5 imp] 18-16 [16 imp] 32-29 [29 imp] 39-36 [36 imp] 43 corte [n.c.]	Hay dos marcas para el comienzo de esta plana, la primera de ellas tachada. La segunda, que abarca más palabras, no se corresponde exactamente con la división del impreso (por una palabra)
114/3/P	148r	fol. 114r	11-11 [11 imp] 35-33 [33 imp] 42,5 corte [palabra cortada]	
4/ P	148v	fol. 114v	palabra cortada 4-4 [4 imp] 17-16 [16 imp] 22-21 [21 imp] 27-26 [26 imp] 42 corte	
115/5/P	149r	fol. 115r	48,5 corte	
6/ P	149v	fol. 115v	7-6 [6 imp] 29-26 [25 imp] 44,5 [tachones] [c]	
116/7/P	150v	fol. 116r	5-5 [imp.] 16-marca 25 marca 35 marca 42-37 [imp] 45,5 corte [rectificación] correcta la segunda marca	
8/ P	151r	fol. 116v	43,5-corte palabra cortada	Hay dos marcas. La primera de ellas, que abarca menos palabras, está tachada. La segunda se corresponde con la división del impreso
9/ P	151v	fol. 117r	palabra cortada 43,5-corte	
10/ P	152r	fol. 117v	2-2 [imp] 22-20 [imp] 32-marca 42-marca 44,5 corte [n.c.]	
118/11/P	152v	fol. 118r	7-6 [imp] 22-marca	Estimación corta. Dicha plana no

			29-25 [imp] 43-37 [imp] 46,5-corte [n.c.]	comienza por la palabra estimada, sino que empieza tres palabras después. En la plana anterior aparecen las palabras «también que Dios», que deberían ir en esta plana, la 11
12/ P	153v	fol. 118v	52,5-corte palabra cortada	
119/13/P	154r	fol. 119r	palabra cortada 5, 10 y 17 marca 27-22-23 [22 imp] 39-32-33 [33 imp] 47,5 corte [hay una marca posterior tachada]	
14/ P	154v	fol. 119v	48,5 corte palabra cortada	Aparecen dos marcas: la segunda tachada. La primera, que abarca menos texto, se corresponde con la división del impreso.
120/15/P	155v	fol. 120r	palabra cortada 48,5 corte palabra cortada	
16/ P	156r	fol. 120v	palabra cortada 47,5 corte	

Tabla 88. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno P

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	5,8,9,12,14,15,16
2	
3	
4	
6	
7	
10	
11	
13	

Tabla 89. Recuento de planas. Cuaderno P

Marcas a grafito

(10-) 11p	No coincide con la marca de estimación pero sí con un trazo vertical excesivamente tenue (parece un surco en el papel más que un trazo a lápiz)
-----------	---

Tabla 90. Marcas a grafito. Cuaderno P

Alteraciones textuales

Manuscrito	<i>La</i>	Ejemplar	R/4475	Plana impreso	Línea plana
------------	-----------	----------	--------	---------------	-------------

<i>culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	<i>Para algunos</i>		
Muy contenta de haber hecho en su jornada tan dichoso empleo en mi hallazgo y posesión (147v)	Muy contenta con mi hallazgo (fol. 113)	P1r (1)	13 (puesto que se trata de comienzo de discurso, habría que sumarle 22= 35)
Extrañaba semejante lenguaje (148v)	Extrañaba mucho semejante lenguaje (fol. 114r)	P2r (3) Mitad página	
Persuadido yo debiera (148v)	Persuadido que yo debiera (fol. 114v)	P2v (4)	5
Engañar aquella simple doncella	Engañar a aquella simple doncella	P2v (4)	7
Le satisfizo como ella no sabía	Le satisfizo diciendo cómo ella no sabía	P2v (4)	10
Y la parienta ¿cómo engaño? (149r)	Y la parienta dijo ¿cómo engaño? (fol. 114v)	P2v (4)	18
Según San Buenaventura (154v)	Según el glorioso doctor San Buenaventura (fol. 119r)	P7r (13) Mitad inferior	23
A todas sus órdenes. O es un orden de las (154v)	A todas sus órdenes y mandatos . O es un orden (<i>ibidem</i>)	P7r (13) Mitad inferior (se trata de una cita)	26
En dos modos, a saber (154v)	En dos modos, conviene a saber (<i>ibidem</i>)	P7r (13) Mitad inferior	29
Por respecto de aquellos (155v)	Por el respeto de aquellos (fol. 120r)	P8r (15) Principio página	5

Tabla 91. Alteraciones textuales. Cuaderno P

Propuesta de trabajo

Teniendo en cuenta las marcas resultantes de la cuenta del original, parece lícito conjeturar que en el cuaderno P se comenzó la composición por la forma externa del pliego interno y, en concreto, por la quinta plana, puesto que ninguna de las planas de esta forma aparece contada previamente¹¹² y sí lo hacen las cuatro primeras planas así como las planas sexta, séptima, décima y undécima. Esto explicaría, asimismo, la aparición de palabras cortadas entre las planas 8-9 y 12-13.

En relación con el pliego externo, el hecho de que la plana decimotercera se cuente previamente y el texto de dicha plana se vea modificado, así como la segmentación de

¹¹² Esta suposición la refrenda el hecho de que el número de líneas manuscritas que van a parar a cada una de las planas del impreso sea tan dispar en aquellas planas no contadas previamente. En el caso del cuaderno P, las líneas manuscritas abarcan desde las cuarenta y tres líneas y media de la octava plana hasta las más de cincuenta y dos de la plana duodécima.

palabras entre los pares de planas 3-4 y 15-16 hacen suponer un orden inverso: en primer lugar se habría compuesto la forma interna y, con posterioridad, la externa.

CUADERNO Q

Q	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
121/P ^a Q	156v	fol. 121r	10-8 [8] 43-38 [38] 45,5 aprox corte [palabra cortada]	
2/ Q	157r	fol. 121v	palabra cortada 19-16 [16 por un sílaba] 33-28 [28] 46'5 corte [hay otro corte en 47,5, válido el último] palabra cortada	
122/3/Q	158r	fol. 122r	palabra cortada 45,5 corte palabra cortada [n.c.]	Aparecen dos marcas para el comienzo de esta plana. La que se corresponde con la división del impreso es la segunda
4/ Q	158v	fol. 122v	palabra cortada 17-13 [13] 28-22 [22] 36-29 [29] 48,5 corte	La cuenta es un poco corta, por lo que la plana comienza varias sílabas después de lo estimado: «a execu»
123/5/Q	159r	fol. 123r	45,5 palabra cortada	
6/ Q	159v	fol. 123v	palabra cortada 20-17 [17] 26-22 [22] 48 corte [n.c.]	
124/7/Q	160v	fol. 124r	8-7 [7] [falta folio] Entre 8-9 hay palabra partida y entre 9-10 también	Cuenta un pelín larga. Esta plana comienza una palabra antes «rigor».
10/ Q	162v	fol. 125v	48,5 [n.c.]	
125/11/Q	163r	fol. 126r	8-6 [6] 19-17 [17] 47 corte	Cuenta corta. Esta plana comienza unas palabras después de lo tanteado: «que no creí salir vivo de sus»
12/ Q	163v	fol. 126v	44 corte	
127/13/Q	164r	fol. 127r	39 corte, fin de discurso	
[marca ilegible]	165r	fol. 127v	21 corte [principio discurso]	
128/15/Q	165v	fol. 128r	43 corte [hay versos]	
16/ Q	166r	fol. 128v	47 corte [hay versos]	

Tabla 92. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Q

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	3 [con rayitas] ,5,10,
2	12
4	13 (fin discurso)
6	14 (ppio discurso)
7	15 (versos)
11	16 (versos)

Tabla 93. Recuento de planas. Cuaderno Q

Marcas a grafito

(3-) 4q	No coincide con la marca de estimación pero sí con un trazo vertical
(6-) 7q	No coincide con la marca de estimación pero sí con un trazo diagonal a lápiz
(10-) 11q	No coincide con la marca de estimación, sí con la señal a lápiz en forma de zeta invertida. Entre ambas marcas figuran pocas palabras de diferencia

Tabla 94. Marcas a grafito. Cuaderno Q

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/ 4475 <i>Para algunos</i>	Plana	Línea
Siendo enviado por los señores boloñeses embajador al...(157r)	Siendo enviado por los señores boloñeses por embajador al...(fol. 121r)	Q1r (1) Mitad aprox.	25
Atribuyendo a milagro de su hada su hallazgo (158r)	Atribuyendo a milagro de su hada la dicha de su hallazgo (fol. 122r)	Q2r (3) Mitad	18
Qué era aquello de la hada y el religioso le hizo una breve resumpta de [...] en oprobio de la supersticiosa opinión (158r)	Qué era aquello que decían de la hada y el religioso le hizo una breve y compendiosa resumpta de [...] en oprobio y descrédito de la supersticiosa opinión (fol. 122r)	Q2r (3) Mitad	20-21; 21-22; 22-23
Lo cual todo bien entendido por el juez, mandó que luego y sin dilación Lisena... (158r)	Lo cual todo muy bien entendido por el juez, mandó que luego al punto y sin dilación alguna Lisena (fol. 122r)	Q2r (3) Mitad	23-24-25
Lo cual fue ejecutado (ídem)	Lo cual fue luego ejecutado (<i>ibídem</i>)	Q2r (3) Mitad	27
Confirmados con el hallazgo de la cadena (158v)	Confirmados con el del hallazgo de la cadena (fol. 122r)	Q2r (3) Mitad	29
Arrojado con violencia [...] con peligro de mi vida	Arrojado con tanta violencia [...] con peligro grande de mi vida	Q2r (3) Mitad	36-37
Por lo cual y la distancia de la gente (158v)	Por lo cual y por la distancia de la gente (fol. 122v)	Q2v (4) Principio	8

Pero agora, padre nuestro, proseguid, pues no es tarde, vuestra historia (159r)	Pues agora, padre nuestro, prosiguió , pues no es tarde proseguí vuestra historia, (fol. 122v)	Q2v (4)	27
Colgado quedé	Colgado me quedé	Q2v (4)	39
Que entre aquellas peñas crían (159v)	Que entre aquellas peñas se crían (fol. 123r)	Q3r (5) Mitad	17
Oí no lejos de mí [...] y juzgando esta ocasión oportuna (160r)	Oí no muy lejos de mí [...] y juzgando esta ocasión por oportuna (fol. 123v)	Q3v (6) Final	31-33
En ese primero monte, vi venir (163r)	En ese primero monte y vi venir (fol. 125v)	Q5v (10) Párrafo final	27
No acertaba a pronunciar palabra más de señalar (163v)	No acertaba a hablar ni pronunciar palabra alguna más de señalar (fol. 126r)	Q6r (11) Final	37
Al punto el buen hombre comenzó a desbaratar la yerba	Al punto el bueno del hombre comenzó a desbaratar y descomponer la yerba	Q6r (11) Última línea	39-40

Tabla 95. Alteraciones textuales. Cuaderno Q

Propuesta de trabajo

Antes de forjar una hipótesis sobre el orden de composición del cuaderno Q, se hace necesario puntualizar que la pérdida del folio 161 del manuscrito, que hubo de contener las marcas relativas a las planas octava y novena de este cuaderno, imposibilita una resolución imparcial¹¹³.

No obstante, la presencia de palabras segmentadas entre planas consecutivas en los pares 5-6 y 9-10, la cuenta previa del original para el caso de las planas 1, 2, 4, 6, 7 y 11, así como las adendas en las líneas finales de la plana undécima sugieren que la composición hubo de comenzar, como se ha expuesto en el resto de cuadernos, por la forma externa del pliego interno (5-8-9-12).

En relación con el pliego externo, son varios los datos a tener en cuenta. En primer lugar, aparecen palabras partidas entre las planas 1-2, 2-3 y 3-4, información que no permite formular un orden concreto pues apunta a los dos patrones posibles de composición —en ambas direcciones—. Por otra parte, figuran adendas importantes en las planas tercera y cuarta y las dos últimas planas (15-16) están ocupadas por versos. La plana decimotercera alberga fin de discurso, por lo que, en consecuencia, en la decimocuarta comienza un nuevo discurso. Es probable que se trate de una composición simultánea, conjetura esbozada fundamentalmente a partir de las modificaciones textuales de las planas tercera y cuarta.

CUADERNO R

¹¹³ Repárese en la coincidencia entre los cuadernos L y Q: ambos se han conservado mutilados al faltarles uno de sus folios, que casualmente contienen las marcas relativas a las planas octava y novena de los mismos.

R	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
129/Pª R	166v	fol. 129r	14-14 [14] 46 corte	
2/r	167v	fol. 129v	7-6 [6 por una sílaba] 39-32-33 [33] 45-38 [38] 47,5 corte palabra partida [n.c.]	
130/3/r	168r	fol. 130r	palabra partida 36-29 [30] 48-39 [39] 49,5 palabra partida	Desajuste entre 2-3. Cuenta larga por «ve y os»
4/ r	168v	fol. 130v	palabra partida 10-8 [7] 21-18 [17] 46,5 marca	
131/5/r	169r	fol. 131r	51,5	
6/ r	170r	fol. 131v	10- 8 [8] 45,5 corte palabra partida [n.c.]	
132/7/R	170v	fol. 132r	palabra partida 20-17-16 [16] 49,5 corte	Cuenta errónea, por lo que en vez de comenzar en la palabra estimada, comienza un fragmento después. Es decir, todas las siguientes palabra, que se habían estimado para la forma 7, han sido ubicadas al final de la forma 6 «el padre y madre de Plácida y algunos criados fueron a hacer la aplazada visita, quedan»
8/ r	171r	fol. 132v	48,5 corte palabra partida	
133/9/R	172r	fol. 133r	palabra partida 47,5 corte palabra partida	
10/ r	172v	Fol. 133v	palabra partida 48,5 corte	
134/11/R	173r	fol. 134r	47,5 corte	
12/ r	173v	fol. 134v	56 [hay varias líneas tachadas, por lo que los tachones serían previos a	

			la cuenta del original]	
135/13/R	174v	fol. 135r	18-15 [15] 47 corte [he contado una línea extra pq hay versos]	
14/ r	175r	fol. 135v	48 corte	
136/15/R	176r	fol. 136r	46,5 corte palabra partida	
16/ r	176v	fol. 136v	palabra partida 44,5 corte palabra partida	

Tabla 96. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno R

Planas contadas/ no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	5,8,9,10,11,12,14,15,16
2	
3	
4	
6	
7	
13	

Tabla 97. Recuento de planas. Cuaderno R

Marcas a grafito

(2-) 3r	No coincide con la marca de estimación pero sí con la marca vertical a lápiz
(6-) 7r	No coincide con la marca de estimación pero sí con la señal con forma de zeta invertida a lápiz

Tabla 98. Marcas a grafito. Cuaderno R

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Con el riguroso o infame instrumento de tu torpeza (169r)	Con el riguroso instrumento de tu torpeza (fol. 130v)	R2v (4)	29
Vino a tierra (169r)	Vino a dar en tierra (fol. 130v)	R2v (4)	40
Por gozar del agradable sitio (170v)	Por gozar del agradable y deleitoso sitio (fol. 132r)	R4r (7) Primer párrafo	12
Una muy poblada higuera (170v)	Una muy hermosa y poblada higuera (fol. 132r)	R4r (7)	13-14
Me subí para gozar mejor (ídem)	Me subí sin ser sentido para gozar mejor (<i>ibidem</i>)	R4r (7)	15
Despidiendo un gran suspiro (173v)	Despidiendo un grande suspiro (fol. 134r)	R6r (11) Mitad	17
Salido de lo íntimo del corazón (173v)	Salido de lo más íntimo del corazón (fol. 134r)	R6r (11) Mitad	18

Como reparando en su engaño (173v)	Como reparando y advirtiéndolo en su engaño (fol. 134r)	R6r (11) Mitad	20
Que su mal era muy diverso de asombros ni de espíritus (173v)	Que su mal era muy diverso y diferente que el de asombros ni de espíritus (fol. 134r)	R6r (11) Mitad	21-22
Con caricias, luego con amenazas (173v)	Con caricias y amorosas palabras , luego con amenazas (fol. 134r)	R6r (11) Mitad	26
Con promesas de ayudas sus deseos (173v)	Con promesas, prometiéndola de ayudarla en todos sus deseos (fol. 134r)	R6r (11) Mitad	27
La sacó del recatado pecho (173v)	La sacó de su recatado y honesto pecho (<i>ibidem</i>)	R6r (11) Mitad	29
No había podido con todos sus aforismos	No había podido descubrir con todos sus aforismos	R6r (11) Mitad	30
La causa de su enfermedad	La causa y ocasión de su enfermedad	R6r (11) Mitad	31
Porque la refirió los principios	Porque la refirió todos los principios	R6r (11) Mitad	32
Procuró disponerle	Procuró luego disponerle	R6r (11) Mitad	36
Porque resuelta la enferma	Porque estaba resuelta la enferma	R6r (11) Mitad	39
Su luz, considerando	Su luz, y considerando	R6r (11) Mitad	40
Y si bien ella se mostró alegrar (174r)	Y si bien ella por entonces se mostró alegrar (fol. 134v)	R6v (12) Mitad inferior	27
Sin que persona lo entendiese (174v)	Sin que persona alguna lo entendiese (fol. 135r)	R7r (13) Principio página	2
La sirvió de alivio, antes gravemente la dañó porque (174v)	La sirvió de alivio ni de consuelo , antes gravemente la dañó y entristeció porque (fol. 135r)	R7r (13) Principio de la página. Numerosos espacios.	6-7
Objeto de sus fatigas	Objeto y causa de sus fatigas	R7r (13) Principio	8
Volviendo sus padres, hallando la casa (175r)	Volviendo sus padres de la quinta , hallando la casa (fol. 135r)	R7r (13)	23-24
Vuelta en su acuerdo[...] de que ellos y los demás a cuya noticia llegó admirados	Vuelta ya en su acuerdo [...] de que ellos y todos los demás que allí se hallaron quedaron admirados	R7r (13)	28-29-30
Juzgándola piadosa y ordenada	Juzgándola por piadosa y ordenada	R7r (13)	31

Tabla 99. Alteraciones textuales. Cuaderno R

Propuesta de trabajo¹¹⁴

De nuevo en el cuaderno R parece que se procedió siguiendo la tendencia general del resto de cuadernos. El cómputo previo de la cuenta del original en las cuatro primeras

¹¹⁴ La plana 14 excede las 40 líneas por una sílaba, que acaba en la misma línea del reclamo.

planas apunta a un orden de composición en el pliego interno que iría desde fuera hacia dentro, esto es, en primer lugar se habrían compuesto las planas 5-8-9-12, pertenecientes a la forma externa, y con posterioridad se habría procedido con la forma interna (6-7-10-11). Esto explicaría no solo las modificaciones textuales perpetradas en las planas séptima y undécima, sino también las de la cuarta plana. Asimismo, este orden de composición resulta válido con respecto a la presencia de palabras partidas entre los pares de planas 6-7, 8-9 y 9-10, incluidos en el pliego interno.

En cuanto al pliego externo, el orden hubo de ser el inverso, pues tanto el cómputo de planas contadas (1,2,3,4,13), como las alteraciones textuales (en las planas cuarta y decimotercera) o la presencia de palabras divididas entre planas consecutivas (2-3, 3-4, 15-16) apuntan a una secuencia inversa que iría desde dentro hacia fuera (forma interna-forma externa). No obstante, el exceso de letras en la caja de escritura de la plana decimocuarta, que supera las usuales cuarenta líneas por una sola sílaba —que viene a parar a la línea del reclamo, la cuadragésimo primera— sugiere una labor colaborativa, pues no hay otra razón para sobrepasar la caja de escritura si se considera que la plana consecutiva, la decimoquinta, se encuentra en la misma forma y, por tanto, el cajista cuenta con mayor margen de actuación.

CUADERNO S

S	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
137/P ^a S	177r	fol. 137r	4-4 [4] 28- 27 [27 x una sílaba] 35-34 [34] 41,5 corte	
2/ s	177v	fol. 137v	16-16 [16] 27-26 [26] 42,5 corte	
138/3/S	178r	fol. 138r	10-8 [8] 20- 16 [16] 49,5 corte [n.c.]	
4/ s	179r	fol. 138v	2-2 [2] 48,5 corte	Esta plana comienza una palabra después de lo estimado. Cuenta corta por una palabra «publico»
139/5/S	179v	fol. 139r	46,5 corte palabra partida	
6/ s	180r	fol. 139v	palabra partida 12-10 [10] 18- 15 [16]. Es posible que hayan contado el comentario «esto ha de ir en crusivas, que aparece con anterioridad a los versos] 43 corte	
7/s	Fol. 181r	fol. 140 r	26-26 [26, versos] 39-37 [37] 42,5 corte [dos marcas con una palabra de diferencia]	

8/ s	181v	fol. 140v	47,5 corte palabra partida	Hay dos trazas para el comienzo de esta plana. La primera de ellas la correcta, la segunda tachada
141/9/S	182r	fol. 141r	palabra partida 48,5 corte	
10/ s	182v	fol. 141v	7-6 [6] 17-15 [15] 29-25 [25] 35-30 [30] 47,5 corte	
142/11/ S	183v	fol. 142r	3-3 [3] 18-15 [15] 47 corte	
12/ s	184r	fol. 142v	49,5 corte palabra partida	
143/13/S	184v	fol. 143r	palabra partida 51 corte palabra partida	
14/ s	185v	fol. 143v	palabra partida 33 corte [última plana discurso]	
144/15/S	186r	fol. 144r	18 [primera plana discurso]	
16s	186v	fol. 144v	50,5 corte	

Tabla 100. Proceso de composición e impresión por formas. Cuaderno S

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	5, 8, 9, 12,13,14 [última plana cuaderno] ,15 [primera plana cuaderno],16
2	
3	
4	
6	
7	
10	
11	

Tabla 101. Recuento de planas. Cuaderno S

Marcas a grafito

En el cuaderno S solo hay una marca a lápiz en la segmentación entre las planas 12 y 13. Lo curioso de este trazo es la coincidencia en el mismo lugar textual entre una marca de estimación con forma de zeta invertida a tinta y un trazo vertical a lápiz. Ambas marcas coinciden con la fragmentación real

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Aquellas tiernas doncellas (178r)	Aquellas tiernas y delicadas doncellas (fol. 137v)	S1v (2) Penúltima línea	38

Añadió era poco honesta y para confirmarlo (179r)	Añadió que era muy poco honesta y para confirmarlo (fol. 138v)	S2v (4) ¹¹⁵ Principio	14
Creyendo lo fuese (179r)	Creyendo que lo fuese (fol. 138v)	S2v (4)	16
Por serle así notorias tantas ofensas (179r)	Por serle así ciertas y notorias tantas y tan grandes ofensas (fol. 138v)	S2v (4)	21
Confirmaba y apoyaba su maldad, todo (179v)	Confirmaba y apoyaba su mal intencionada y dañada maldad, todo (fol. 138v)	S2v (4)	26-27
De lo cual tanta pasión rescibió (179v)	De lo cual tanta fue la pasión que rescibió (<i>ibidem</i>)	S2v (4)	28
Seminario de santas vírgenes	Seminario de santas y virtuosas vírgenes	S2v (4)	31
Trató de recogerse a él	No trató más de recogerse a él	S2v (4)	33
Solas estamos. ¿Qué inconveniente se te puede seguir aquí? Hazlo, así te goces (180v)	Somas estamos. Hazlo, así te goces (fol. 139v) [se trata de un caso dudoso porque de haber incluido la oración omitida, quizás habrían sobrepasado las diez líneas estimadas para el primer párrafo de dicha plana, que resulta más problemática al contener versos en su parte inferior. Asimismo, al diferir del resto de casos, es posible que se trate de un homoioteleuton]	S3v (6)	10
Y seis damas o ninfas (183r)	Y seis damas (fol. 141v)	S5v (10)	11 [dudoso]
Acreditándoseles esta opinión con mis discursivas acciones (183v)	Acreditándoseles más esta opinión con mis discursivas y advertidas acciones (fol. 142r)	S6r (11)	22

Tabla 102. Alteraciones textuales. Cuaderno S

Propuesta de trabajo

En el cuaderno S probablemente se comenzó, tal y como se ha supuesto en los cuadernos anteriormente analizados, por el pliego interno y, en concreto, por la forma externa (5-8-9-12). Así lo hace suponer el cómputo detallado de las cuatro primeras planas del cuaderno, así como el de las sexta, séptima, décima y undécima. Este modo de proceder se ajusta a la distribución de palabras divididas entre las planas

¹¹⁵ Profusión de espacios, sobre todo en la parte superior de la plana.

consecutivas 5-6, 8-9 y 12-13 y a las modificaciones textuales presentes en la plana undécima¹¹⁶.

En relación con el pliego externo, tiene más sentido pensar en un patrón desde fuera hacia dentro (forma externa-forma interna), puesto que las planas decimocuarta y decimoquinta apenas presentan inconvenientes al contener, respectivamente, fin y principio de discurso. Por otra parte, el hecho de que en esta ocasión la plana decimotercera no aparezca contada previamente y comparta palabra dividida con la plana siguiente (14) refrenda esta hipótesis.

CUADERNO T

T	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
145/ Pa T	187r	fol. 145r	4-3 [3] 10-8 [8] 17- 14 [14] 34-31 [31] Espacios en blanco antes y después de una composición poética 45,5	
2/ t	187v	fol. 145v	11-8 [8] 23-18 [18] 40-34 [34] 46'5 corte [parte palabra en el impreso aunque no estaba así el corte en el manuscrito] parte palabra [n.c.]	
146/3/T	188v	fol. 146r	parte palabra 3-3 [3] [en el impreso al límite pq la cuenta anterior había sido corta] 8-8 [8] 17-16 [16] 35-31 [31] 39-35 [35] 44,5-45 corte	Estimación larga. Antes de la palabra marcada para el inicio de esta plana, aparecen «bo de la cadena»
4/t	189r	fol. 146v	32-25 [26] 43-34 [34] 48-38 [38] 50 corte	
147/5/T	189v	fol. 147r	47,5 corte [acaba con palabra partida] parte palabra	
6/ t	190r	fol. 147 v	parte palabra 9-7 [7] 25-20 [20 por una sílaba, muchos espacios en el párrafo, se fuerza	

¹¹⁶ Las modificaciones textuales de la plana sexta no se han tenido en cuenta puesto que su naturaleza difiere de los remiendos de imprenta. Es probable que en este caso se trate de un salto de lectura más que de una modificación intencionada, puesto que se omite una oración completa.

			el cómputo de 20] 39-32 [32] 49 corte [acaba con palabra partida en el impreso, aunque no estaba así el corte en el ms.] parte palabra [n.c.]	
148/7/T	191r	fol. 148r	parte palabra 20-16 [16] 33-27 [27] 38-32 [32] 43-36 [36] 44,5 corte [acaba con palabra partida] parte palabra	cuenta un poco larga. Antes de la palabra estimada, aparece «go, que el»
8/ t	191v	fol. 148v	parte palabra 49,5	
149/9/T	192r	fol. 149r	48,5 [acaba con palabra partida] parte palabra	
[ilegible]/t	193r	fol. 149v	parte palabra 47,5	
150/11/T	193v	fol. 150r	47,5	
12/ t	194r	fol. 150 v	46,5 [acaba palabra partida parte palabra]	
151/13/T	194v	fol. 151r	parte palabra 48,5 [empieza parte palabra]	
14/ t	195v	fol. 151v	48,5	
152/15/T	196r	fol. 152r	48	
16/ t	196v	fol. 152v	49,5 [parte palabra compartida con el cuaderno siguiente] parte palabra	

Tabla 103. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno T

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	5,8,9,10,11,12,13,14,15,16
2	(palabra partida con cuaderno siguiente)
3	
4	
6	
7	

Tabla 104. Recuento de planas. Cuaderno T

Marcas a grafito

(6-) 7t	No coincide con la marca de estimación (horizontal) pero sí con un trazo a lápiz en forma de zeta invertida (f. 191r)
---------	---

Tabla 105. Marcas a grafito. Cuaderno T

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
A allí envían (fol. 189r)	Allí envían (fol. 146v)	T2v (4) Mitad página	16

Dedicarte al servicio de la persona de un hombre (fol. 189v)	Dedicarte al servicio de un hombre (fol. 146v) [en este caso, en el original de imprenta está marcada la posición que debe ocupar la última línea de cada párrafo. La expresión se suprime para cuadrar este párrafo, que acaba justo a final de línea]	T2v (4) Mitad inferior	30
Y esto en cada instante [...] y que en suma (<i>ibidem</i>)	Y esto a cada instante [...] y en suma [mismo caso que el anterior]	T2v (4) Mitad inferior	33

Tabla 106. Alteraciones textuales. Cuaderno T

Propuesta de trabajo

En el cuaderno T convive una serie de datos sutilmente diversos de los cuadernos examinados hasta el momento. En primer lugar, se aprecia un menor número de planas contadas previamente: 1,2,3,4,6,7, si bien se trata de las mismas planas tanteadas en los cuadernos precedentes. Tal recuento previo posibilita el *modus operandi* descrito en otros casos: los cajistas habrían comenzado la composición por la forma externa del pliego interno y, en concreto, por la quinta plana. No obstante, todo apunta a que varios operarios de imprenta habrían llevado a cabo una labor colaborativa y consecutiva en este pliego, pues así lo hace sospechar no solo la palabra dividida entre las planas sucesivas 7-8, que sugiere un orden diverso al expuesto, sino también la ausencia de un tanteo previo a la composición para las planas décima y undécima, que suelen ser de las más contadas a lo largo del manuscrito.

En cuanto al pliego externo, los datos disponibles en esta ocasión no son suficientes ni demasiado locuaces como para formular una hipótesis. Así, por ejemplo, no aparece una cuenta del original exhaustiva en ninguna de las últimas planas de este cuaderno, ni palabras divididas entre planas seguidas que permitan intuir un orden determinado. Tampoco figuran en esta ocasión alteraciones importantes que otorguen pistas al respecto, por lo que el proceso podría haber virado en ambas direcciones.

En cuanto a la omisión de varias palabras en la línea 30 de la cuarta plana, puede explicarse a partir de la necesidad de alcanzar el número estipulado de líneas en la cuenta del original. De conservarse la expresión sesgada, el segundo párrafo habría excedido las 34 líneas previstas en el cómputo previo, pues aun prescindiendo de varias palabras, el párrafo culmina al extremo de la caja de escritura. Así puede apreciarse en la imagen que sigue

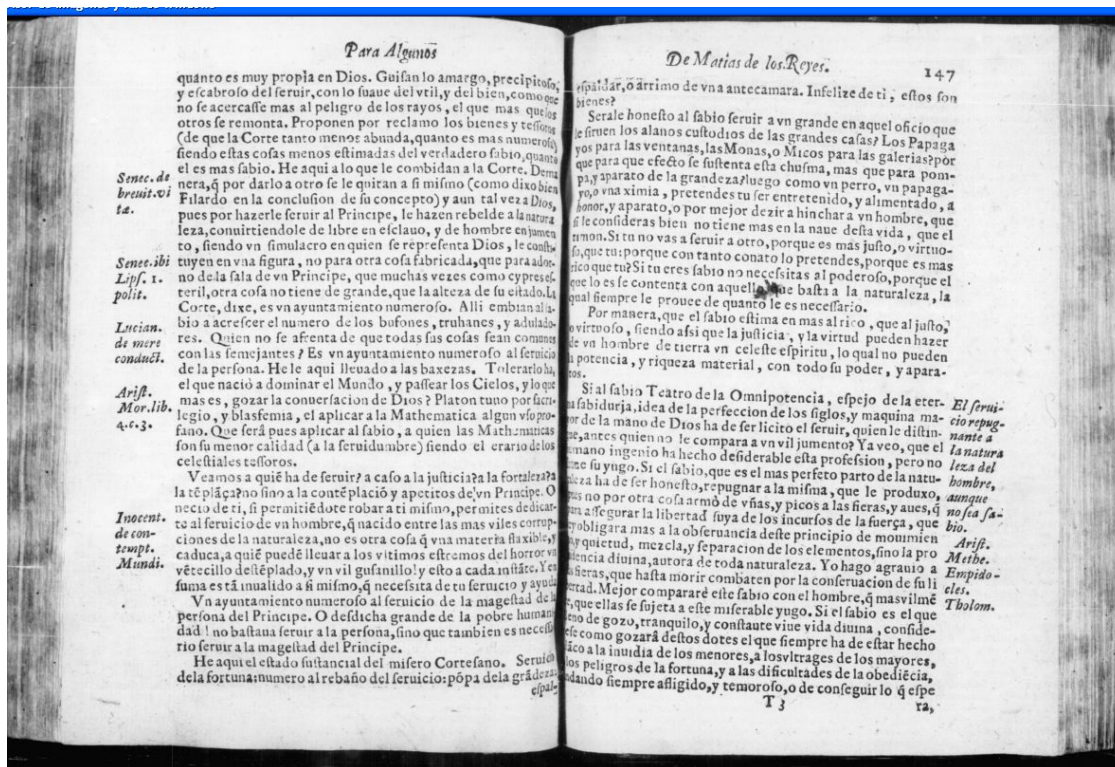


Imagen 15. Caja de escritura de la cuarta plana del cuaderno T. ff. 146v-147r

CUADERNO V

V	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
[ilegible]	197v	fol. 153r	8-6 [6] 39-34 [34] 46,5	
2v	198r	fol. 153v	22 -18 [18] 33 -27 [27] 49 corte [no es exacta la correspondencia impreso-ms.; n.c.]	
159/3/v	199r	fol. 154r	9-7 [7] 12-10 [10] 25-20 [20] 52 corte [2 líneas enteras tachadas en esta plana][rectificación marca una línea]	Estimación corta. Esta plana comienza dos palabras después de lo estimado. Lo completa con «herario del»
4/ v	199v	fol. 154v	9-7 [8] 14-11 [12] 35-28 [29] 50	Estos fallos en la cuenta deben deberse a algo. Es probable que lo tuvieran contado previamente y al componer la plana 3 necesitaran completarla con más texto, de ahí el desajuste de la

				cuenta de la número 4
155/5/v	200r	fol. 155r	48,5 [acaba corte palabra] palabra cortada	
6/ v	201r	fol. 155v	palabra cortada 9-8 [8] 19-16 [16] 27-22 [22] 36-29 [29] 49,5 corte [cuenta corta. No se corresponde exactamente con la separación del impreso; n.c.]	
156/7/v	201v	fol. 156r	33-28 [28] 47	Estimación corta. La plana séptima comienza cinco palabras después de lo previsto («y no de la fuerza»)
8/ v	202v	fol. 156v	49,5	
157/9/8 [sic]	203r	fol. 157r	7-5 [5] 43-33 [31] 51,5 [primera marca errónea] 56 corte	
10/ v	204r	fol. 157v	41-32 [32, muchos espacios] 51,5 [correspondencia inexacta imp.-ms.]	Hay dos marcas con bastante separación para el inicio de esta plana. La adecuada es la segunda de ellas
158/11/v	204v	fol. 158r	17-12 [12] 22-16 [16] 38-29 [29] 50, 5 marca tachada 51,5 corte	Estimación corta. Esta plana comienza varias palabras después de lo previsto: «de la patria, porque»
12/ v	205r	fol. 158v	48,5	Hay dos marcas, la primera de ellas tachada.
159/13/v	206r	fol. 159r	49 [una línea tachada, muchos párrafos]	
14/ v	206v	fol. 159v	51	
160/15/V	207r	fol. 160r	22 [fin discurso]	
16/ v	208r	fol. 160v	19,5 [ppio discurso] [acaba en palabra partida esta plana] palabra cortada	

Tabla 107. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno V

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	5,8,12,13,14,15,16 (acaba en palabra partida)
2	
3	
4	

6 [cuenta corta. No se corresponde exactamente con la separación del impreso]	
7	
9	
10 [correspondencia inexacta imp.-ms.]	
11	

Tabla 108. Recuento de planas. Cuaderno V

Marcas a grafito

(2-) 3v	No coincide la marca de estimación con la segmentación real, que sí coincide con un trazo vertical a lápiz (f. 199r)
(6-) 7v	No coincide con la marca de estimación en forma de zeta invertida. Coincide con una señal horizontal a lápiz (f. 201v)
(10-) 11v	No coincide con la marca de estimación con forma de zeta invertida sino con una zeta invertida a lápiz. Existen pocas palabras de diferencia entre ambas marcas

Tabla 109. Marcas a grafito. Cuaderno V

Además de las marcas incluidas en la tabla, para el comienzo de la plana 9v conviven dos marcas en el mismo lugar del texto: un trazo con forma de zeta invertida a tinta y una marca vertical a lápiz. Por otra parte, en el caso de la disección entre 14v y 15v, aparecen dos trazos horizontales a lápiz además de uno a tinta, siendo este último el que coincide con la segmentación definitiva del impreso.

Alteraciones textuales

Manuscrito	Ejemplar R/4475	Plana impreso	Línea plana
<i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	<i>Para algunos</i>		
Agora, si la injusticia, la ambición... (198r)	Agora, pues , si la justicia, la ambición... (fol. 153r)	V1r (1) Última línea, muchos espacios	40
A los atentos servicios (198v)	A los atentos y fieles servicios (fol. 153v)	V1v (2) Final	36
Atraído de la aparente benignidad	Atraído y obligado de la aparente benignidad (<i>ibidem</i>)	V1v (2) Final	37-38
No se pudiendo afirmar que vive (199v)	No se pudiendo afirmar de ningún modo que vive (fol. 154r)	V2r (3) Final	35
Concurso de hombres bajos	Concurso o ayuntamiento de hombres bajos (<i>ibidem</i>)	V2r (3) Final	39-40
Se ha de concluir que no son libres (201v)	Se ha de concluir con decir que no son libres (fol. 156r)	V4r (7) Principio	7
Quién hay en el mundo libre (201v)	Quién hay en el mundo tan libre (fol. 156r)	V4r (7) Principio	8
Necesita áncora (202r)	Necesita de áncora (fol. 156r)	V4r (7) Mitad	16
Te obliga a arrojar (202r)	Te obliga y precipita a arrojar (fol. 156r)	V4r (7) Final	38
De muy bajo precio	De muy bajo y tenue precio (fol. 156r)	V6r (11)	38

(205r)	158r)	Últimas líneas	
Por los excesivos gastos (205r)	Por los excesivos y grandes gastos (fol. 158r)	V6r (11) Última línea	40

Tabla 110. Alteraciones textuales. Cuaderno V

Propuesta de trabajo¹¹⁷

En el cuaderno V los datos disponibles concuerdan con los demás cuadernos en cuanto al comienzo de la composición por la forma externa del pliego interno (5-8-9-12). Esta suposición la sostienen el cómputo de las cuatro primeras planas así como de las planas 6,7,10 y 11, las modificaciones textuales en las planas séptima y undécima, el exceso de líneas en la plana cuarta y la palabra dividida entre las planas 5 y 6. No obstante, ciertas noticias vinculadas con la novena plana hacen flaquear este supuesto: dicha plana aparece contada y, además, también excede la caja de escritura de cuarenta líneas, lo cual solo cobra sentido formulando un trabajo cooperativo.

En cuanto al pliego externo, contamos con modificaciones textuales en las tres primeras planas, exceso de líneas en la plana decimocuarta y, por último, la finalización del discurso noveno en la plana decimoquinta y el inicio del discurso décimo en la última plana del cuaderno V, la decimosexta. En esta ocasión, partiendo del comienzo de nuevo discurso en la decimosexta plana, la lógica invita a pensar que se habría compuesto en primer lugar la forma interna (2-3-14-15) para pasar después a la externa (1-4-13-16) aunque, por ejemplo, la decimotercera plana no aparece computada. De nuevo la solución más sensata que otorgue sentido a la información extraída pasa por plantear un trabajo simultáneo por varios operarios del taller de imprenta.

CUADERNO X

X	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
161/Pa X	208v	fol. 161r	10-8 [8] 45,5 [no coincide exactamente corte ms.-imp.]	
2/ x	209r	fol. 161v	8-7 [7] 15-13 [13] 36-38-32 [no hay separación párrafos] 45 [cuenta larga, de ahí que se haya intentado reducir espacio eliminando la separación del párrafo] palabra cortada [n.c.]	Estimación larga. Esta forma comienza varias palabras antes de lo estimado, «cuerpo y cuando reconocí»
162/3/X	209v	fol. 162r	palabra cortada 9-8 [9] 12-11 [12] 22-21 [22] 26-25 [26] 30- 29 [30]	Es probable que estuviese contado antes de componer la segunda plana que, al

¹¹⁷ La caja de escritura alcanza la línea cuarenta y una (sobrepasando así las cuarenta líneas usuales) en las planas 4, 9 y 14. Por otra parte, se ha de tener en cuenta que la plana decimoquinta alberga fin de discurso por lo que la sucesiva (decimosexta) recoge el inicio del discurso siguiente.

			41,5 corte [cuenta inexacta]	desajustarse a la cuenta, provoca el desajuste de la tercera también]. Estimación larga. Antes de la palabra indicada aparecen «za, tranquilidad y permanencia»
4/ x	210r	fol. 162v	3-3 [no hay división en impreso] 7-7 [7] 21-20 [20] 25-24 [24] 43 corte	Estimación larga. Antes de la palabra marcada aparecen «y insignias adormadas de aquel soberbio blasón»
163/5/x	210v	fol. 163r	45,5 corte [parte palabra, coincide con división impreso] palabra cortada	
6/ x	211v	fol. 163v	palabra cortada 8-7 [7] 40-36 [36] 44,5 corte palabra cortada [n.c.]	
164/7/x	212r	fol. 164r	palabra cortada 6-6 [6] 12-12 [12] - 32 [32] 42 corte	estimación corta por una sílaba «do»
8/ x	212v	fol. 164v	44 corte	
165/9/x	213r	fol. 165r	44 corte	
10/ x	213v	fol. 165v	45,5 corte [parte palabra, coincide con división impreso] palabra cortada	
166/11/x	214r	fol. 166r	palabra cortada 48 corte	
12/ x	215r	fol. 166v	47,5 corte	
167/13/x	215v	fol. 167r	47,5 corte [corta palabra, idéntico en impreso] palabra cortada	
14/ x	216r	fol. 167v	palabra cortada 47,5 corte [corta palabra, idéntico en impreso] palabra cortada	
168/15/X	217r	fol. 168r	palabra cortada 42,5 palabra cortada	
16/ x	217v	fol. 168v	palabra cortada 44,5	

Tabla 111. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno X

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1 (inex.)	5,8,9,11,12,13,14,15,16
2 (inex.)	
3 (inex.)	

4	
6	
7	
10	

Tabla 112. Recuento de planas. Cuaderno X

Marcas a grafito

(1-) 2x	No coincide con la marca de estimación a tinta con forma de zeta invertida pero sí con una señal vertical a lápiz (f. 209r)
(6-) 7x	No coincide con la marca de estimación a lápiz con forma de zeta invertida por una sílaba, pero sí con una marca vertical a lápiz (f. 212r)

Tabla 113. Marcas a grafito. Cuaderno X

De nuevo este cuaderno nos hace dudar sobre el instante en el que se trazan las marcas a lápiz: si la marca existente entre 6 y 7 fuese posterior a la composición, no habrían sido necesarias las modificaciones textuales llevadas a cabo en la plana sexta puesto que los cajistas tendrían la posibilidad de ajustar más el texto en la siguiente plana, la séptima. Es probable entonces que la marca a lápiz constituya un recuento previo a la composición. Buena prueba de que los componedores no siempre dejaron constancia del trabajo realizado lo conforman los ejemplos de las planas 3 y 4, en los que las marcas de estimación no coinciden con el resultado final.

Alteraciones textuales

Manuscrito	<i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Afligiéndola con estrechez (209r)	con tanta	Afligiéndola tanto (fol.161v) [en el manuscrito se han plasmado los dígitos que han de corresponderse con la posición de líneas de los párrafos en el impreso, y, con la reducción, el párrafo culmina a final de línea]	X1V (2) Principio	3
Lo cual se conoce con que (210v)		Lo cual se deja bien conocer con que (fol.162v)	X2v (4) Penúltima línea	39
Quisimos experimentar entre zozobras (211v)		Quisimos experimentar primero entre zozobras (fol.163v)	X3v (6) Mitad Muchísimos espacios	19
Y ya hemos vistos que los hurtados son los más suaves (211v)		Y ya hemos visto que los hurtados son los más suaves y deleitosos (fol.163v)	X3v (6) Mitad Muchos espacios	21
Fueron ordenadas a no malograr (211v)		Fueron ordenadas y dispuestas a no malograr (<i>ibidem</i>)	X3v (6) Mitad inferior	24
Oír lo que con Olimpia tratase (212v)		Oír todo lo que con Olimpia tratase (fol.164r)	X4r (7) Mitad inferior, muchos espacios	29
A quien los rayos de la luna (212v)		A quien los hermosos rayos de la luna (fol.164r)	X4r (7) Mitad inferior	35

Llegó la hermosa Olimpia (212v)	Llegó la bella y hermosa Olimpia (fol.164r)	X4r (7) Últimas líneas, profusión espacios	38
En aquellas montañas	En aquellas apartadas montañas (<i>ibidem</i>)	X4r (7) Penúltima línea	39

Tabla 114. Alteraciones textuales. Cuaderno X

Propuesta de trabajo¹¹⁸

Los datos disponibles parecen apuntar a un patrón de trabajo similar al expuesto para los cuadernos analizados con anterioridad. Es decir, en relación con las planas contadas, el cómputo de las mismas (1,2,3,4,6,7 y 10) encaja a la perfección con la hipótesis que sostiene el inicio de la composición por la forma externa del pliego interno y, en concreto, por la quinta plana. De ahí que fuese necesario no solo tantear la cantidad de texto destinada a las cuatro primeras planas, sino también a las planas sexta, séptima y décima (no obstante, en esta ocasión es extraño que la plana undécima no fuese contada previamente). Esta consideración la refrenda la presencia de una palabra dividida entre las planas 5 y 6.

Las consecuencias de dejar contado un conjunto de planas para volver después sobre ellas pueden observarse no solo en las modificaciones textuales perpetradas en las planas 2, 4, 6 y 7 (en estas dos últimas planas acompañadas de un evidente abuso general de blancos), sino también en el exceso de líneas en la plana undécima o en la eliminación de párrafos para ganar espacio, tal y como ocurre, por ejemplo, en la segunda plana del cuaderno X (v. tabla Marcas de la cuenta del original cuaderno X). En la caja de escritura del impreso se omite uno de los puntos y aparte con la finalidad de ganar más espacio, necesario para acoplar el texto tanteado del manuscrito. Los números de estimación de los párrafos de la tercera plana tampoco coinciden con los del impreso, tal vez por lo que se ha llevado a cabo en la segunda. Lo mismo ocurre en la cuarta plana, donde debería aparecer un primer párrafo de tres líneas que no aparece así en el impreso, pues tal colocación se ha omitido por falta de espacio.

Por lo que respecta al pliego externo, la distribución de las palabras divididas entre planas consecutivas sugiere diversas posibilidades: así, las palabras partidas entre 1-2 y 13-14 indican un patrón que comenzaría por la forma externa para continuar por la interna; mientras que la disección de una palabra entre 15 y 16 apunta al orden inverso. Suponiendo que en el taller de imprenta contasen con una cantidad suficiente de tipos metálicos como para componer dos formas simultáneamente, parece lícito pensar en un trabajo colaborativo por parte de varios operarios en el que cada uno de ellos podría ocuparse de una sección de planas consecutivas: 1-2-3-4, por una parte, y 13-14-15-16 por otra.

¹¹⁸ La undécima plana excede las cuarenta líneas de la caja de escritura.

CUADERNO Y

Y	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
169/Pa/ Y	218r	fol. 169r	2-2 [2] 47 [no coincide, cuenta larga] palabra partida	
2/ y	218v	fol. 169v	palabra partida 48 [no coincide por una sílaba] palabra partida	estimación larga. Esta forma añade antes de la palabra estimada «dos, alborotados y puestos en arma»
170/3/Y	219v	fol. 170r	palabra partida 23-20 [20] 43-36 [36] 47,5/48 [no coincide exactamente] palabra partida	estimación larga en una sílaba «ble»
4/ y	220r	fol. 170v	palabra partida 7-6 [6] 14-12 [12] 26 -22 [22] 47,5	Estimación corta, ampliada con «a estos santos»
171/5/Y	220v	fol. 171r	49 [parte palabra y coincide con impreso] palabra partida	
6/ y	221r	fol. 171v	palabra partida 33-28 [28] 46	
172/7/y	222r	fol. 172r	42,5	
8/ y	222v	fol. 172v	44,5 [he sumado dos líneas pq hay una estrofa]	
173/9/Y	223r	fol. 173r	46,5 [corta palabra, coincide con impreso] palabra partida	
10/ y	223v	fol. 173v	palabra partida 9-8 [8] 14-12 [12] 46,5 [no coincide en más de una línea con la división del impreso]	
174/11/ Y	224r	fol. 174r	3,5-3 [el impreso prescinde de este párrafo, no hay] 32-29 [no hay división en párrafos en esta plana del impreso] 45	Cuenta del original larga la de la plana anterior. De ahí que esta forma empiece varias palabras antes de la estimada «tierra no es lícito casar primero a la menor que a la mayor hija, pero cumple la semana»
12/ y	225r	fol. 174v	42 [coincidencia]	

175/13/Y	225v	fol. 175r	43,5 [coincidencia] palabra partida	
14/ y	226r	fol. 175v	palabra partida 25 fin discurso	
15/ y	226v	fol. 176r	20 [primera plana discurso, hay q tener en cuenta la mayúscula inicial grande] palabra partida	
16/y	227r	fol. 176v	palabra partida 45	

Tabla 115. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Y

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1 (inex.)	5
2 (inex.)	7
3 (inex.)	8
4	9,12,13,14,15,16
6	
10 [no coincide en más de una línea con la división del impreso]	
11	

Tabla 116. Recuento de planas. Cuaderno Y

Marcas a grafito

(1-) 2y	No coincide con la marca horizontal de estimación pero sí con una señal a lápiz con forma de zeta invertida (f. 218v). Esta señal es muy nítida
(2-) 3y	No coincide por una sílaba con la marca de estimación zeta invertida. Hay una señal vertical a lápiz con la que sí coincide (f. 219v)
(3-) 4y	No coincide con la marca de estimación con forma de zeta invertida pero sí con una marca vertical a lápiz (f. 220r)
(10-) 11y	No coincide con la marca de estimación con forma de zeta invertida pero sí con una señal vertical. Hay una línea y media del impreso de diferencia (f. 224r)

Tabla 117. Marcas a grafito. Cuaderno Y

Alteraciones textuales

Manuscrito	Ejemplar R/4475	Plana impreso	Línea plana
<i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	<i>Para algunos</i>		
Que la noche había ensartado (219r)	Que la fresca noche había ensartado (fol. 169v)	Y1v (2) Mitad inferior	32
Hallando yo en el pensamiento (219r)	Y hallando yo en el pensamiento (fol. 169v)	Y1v (2) Mitad inferior	35
Tuvo gusto yo asistiese (219v)	Tuvo gusto en que yo asistiese (fol. 170r)	Y2r (3) Mitad superior	8
Que a un hermano (219v)	Que si fuera un hermano (fol.170r) [en el caso de esta plana, estaba estipulado el cómputo de líneas por párrafo, y se estima que el primer párrafo ha de llegar hasta el vigésimo renglón. Este	Y2r (3) Mitad superior	17

	culmina con apenas unas sílabas, por lo que estos añadidos dispersos tienen la intención de alcanzar la medida preestablecida]		
Prosiguió diciendo así (220r)	Prosiguió así (fol.170r) [la inserción de la palabra habría supuesto la adición de otra línea, imposible a esas alturas]	Y2r (3) Final página	36
Donde yo estaba ya hecho (220v)	Donde yo estaba hecho (fol. 170v)	Y2v (4) Mitad inferior	29
Pero desengañeme al tiempo de despedirse los dos (ídem)	Pero desengañeme al tiempo que se despidieron los dos (<i>ibidem</i>)	Y2v (4) Mitad inferior, muchos espacios	31
El cual despedido de Doristeo (ídem)	El cual habiéndose despedido de Doristeo (<i>ibidem</i>)	Y2v (4) Últimas líneas	36
A extinguir tanto fuego (222r)	A extinguir y apaciguar tanto fuego (fol. 172r)	Y4r (7) Mitad superior	6
Los sangrientos daños (ídem)	Los más sangrientos daños (<i>ibidem</i>)	Y4r (7) Mitad superior	8
Donde teníamos hacienda (ídem)	Donde teníamos un poco de hacienda (<i>ibidem</i>)	Y4r (7) Mitad superior	13
El camino por quien Dios me llamaba (222r)	El camino por donde Dios Nuestro Señor me llamaba (fol.172r)	Y4r (7) Mitad superior	16 [crea un párrafo donde no lo había en el ms.]
A seguir sus muertes (222v)	A seguir sus tristes muertes (fol.172r)	Y4r (7) Mitad inferior	33-34
Quedé como acosada fiera (222v)	Quedé como una acosada fiera (fol. 172r)	Y4r (7) Mitad inferior	35
Que librar me pudiesen de pesares tantos (222v)	Que mejor me pudiesen librar de pesares tantos (fol. 172r)	Y4r (7) Final, consonantes dobles	38
De mayores daños (222v)	De mayores y más rigurosos daños (<i>ibidem</i>)	Y4r (7) Penúltima línea	39
Aquel divino arrobo de contemplación, estando a sus pies , no curaba nada (224v)	Aquel divino arrobo de contemplación, no curaba nada (fol.174r)	Y6r (11) [en esta plana han omitido la división en párrafos que habían establecido en el original de imprenta, y todo el texto aparece en bloque]	23

Tabla 118. Alteraciones textuales. Cuaderno Y

Propuesta de trabajo¹¹⁹

A partir del cómputo de las cuatro primeras planas así como de la 6, 10 y 11, se puede conjeturar que el cuaderno Y habría comenzado a componerse por la forma externa del pliego interno (5-8-9-12), lo cual serviría para explicar las adendas de la séptima plana. Asimismo, la división de palabras entre las planas 5-6 y 9-10 refrenda esta hipótesis.

En cuanto al pliego externo, los datos vuelven a no ser concluyentes. Los deslices de la cuenta del original en el pliego externo con respecto a su definitiva separación textual en el impreso generan dudas en relación con la composición de este pliego, donde los desajustes en la cuenta del original se dan entre las planas 1 y 4. Por otra parte, aparecen palabras partidas en ambos sentidos: entre 1-2, 3-4, 13-14 y 15-16. En la separación de las 4 primeras planas existen reajustes previos o constancia posterior de la composición a partir de las marcas verticales que sí que coinciden con el definitivo resultado del impreso.

En este caso las modificaciones textuales son insignificantes para decantarnos por una u otra solución, si bien es cierto que las alteraciones de la segunda y tercera plana cobran más sentido si las marcas a lápiz se trazan en un momento previo a la composición.

Por otra parte, en la línea 36 de la tercera plana se omite una palabra que habría supuesto añadir una línea más. La división de este párrafo está marcada en el manuscrito con el número 36.

No parece descabellado suponer, tal y como se ha hecho en algún caso anterior, la composición seguida por parte de dos operarios de la imprenta de, por una parte, las planas 1-2-3-4 y, por otra, de 13-14-15-16, siempre que el taller contase con tipos suficientes para proceder de este modo.

Por último, aturde el exceso de líneas de la última plana de este cuaderno, puesto que esta demasía parece explicable solo si el siguiente cuaderno, Z, se ha comenzado a componer antes del culmen de la decimosexta plana del cuaderno Y. Adicionalmente y, tal y como se ha postulado en el presente estudio, la primera plana de los cuadernos no suele ser de las primeras en componerse. Hay que tener presente, ante hechos como este, que nada certifica que la composición de una determinada obra impresa siguiese el orden lógico y esperable de cuadernos. Por otra parte, es posible considerar que este exceso de texto se deba a que probablemente las primeras planas del cuaderno siguiente sí estaban contadas mientras se terminaba de componer el cuaderno Z, por lo que el cajista de turno habría preferido hacer corresponder su trabajo con la marca preestablecida. No obstante, tiene sentido asimismo que se

¹¹⁹ La última plana de este cuaderno supera las cuarenta líneas por una sílaba. Además, en la plana decimocuarta culmina el discurso décimo y en la plana decimoquinta comienza el discurso undécimo.

tratase de un hecho fortuito, debido meramente a la preferencia por culminar un párrafo al final de plana y no dejar dos sílabas y una interrogación para la plana siguiente (lo que además conllevaría una pérdida de línea al constituir un punto y aparte).

CUADERNO Z

Z	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
177/Pa Z	227v	fol. 177r	13,5-13 [13] 29- 27 [27] 44,5 [no coincide por dos sílabas] palabra partida	
2/ z	228r	fol. 177v	palabra partida 43-36 [36] 48 [no coincide por una palabra]	Cuenta ligeramente larga. Esta plana comienza dos sílabas antes de lo estimado: «crates»
178/3/Z	228v	fol. 178r	2-2 [2] 10-8 [9] 14-11 [una línea tachada en manuscrito. 12] 48 [no coincide por algunas palabras] palabra partida	Cuenta ligeramente larga. Esta plana comienza una palabra antes de lo estimado: «leído»
4/ z	229v	fol. 178v	palabra partida 3-3 [3] 12-11 [11] 17-15 [15] 18-16 [16] 48,5	Cuenta corta. La plana comienza después de lo estimado por las palabras: «que esta voz noble»
179/5/z	230r	fol. 179r	45,5 [correspondencia perfecta] palabra partida	
6/ z	230v	fol. 179v	palabra partida 6-5 [5] 10-9 [9] 30-26 [26] 36-31 [31] 46,5 [no coincide por una palabra, cuenta larga]	
180/7/z	231r	fol. 180r	15-12 [12] 18-15 [15] 20-17 [17] 49,5	Cuenta ligeramente larga. Esta plana comienza

				una palabra antes de lo estipulado: «atreven»
8/ z	232r	fol. 180v	48,5 [no coincide, cuenta larga, se pasa varias palabras] palabra partida	
181/9/Z	232v	fol. 181r	palabra partida 43	Cuenta larga. Esta plana comienza un fragmento antes de lo estimado: «nas las repúblicas por no usar cada»
10/ z	233r	fol. 181v	26-21 [21] 36-29 [29] 49,5 [no coincide, cuenta larga por un par de palabras]	
182/11/Z	233v	fol. 182r	49,5	Cuenta larga. Esta plana comienza varias palabras antes de lo estimado: «sin dilación alguna»
12/ z	234v	fol. 182v	49,5 [coincide a la perfección] palabra partida	
183/13/z	235r	fol. 183r	palabra partida 48,5 [coincidencia perfecta]	
14/ z	235v	fol. 183v	47,5 [coincidencia perfecta]	
184/15/z	236r	fol. 184r	47,5 [coincidencia perfecta]	
16/ z	237r	fol. 184v	44,5 [dos marcas con una palabra de diferencia]	

Tabla 119. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Z

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1 (inex.)	5
2 (inex.)	8 [no coincide, cuenta larga, se pasa varias palabras]
3(inex.)	9,11,12,13,14,15,16
4	
6 [no coincide por una palabra, cuenta larga]	
7	
10 [no coincide, cuenta larga por un par de palabras]	

Tabla 120. Recuento de planas. Cuaderno Z

Marcas a grafito

(1-) 2z	No coincide con la marca de estimación zeta invertida tinta, pero sí con una marca vertical a lápiz situada 2 sílabas antes que aquella (f. 228r)
(2-) 3z	No coincide con la marca horizontal pero sí con una marca vertical a lápiz (f. 228v)
(3-) 4z	No coincide con la señal horizontal a tinta pero sí con la marca vertical. Abuso de blancos al final de la plana 178r del impreso (f. 229v)
(6-) 7z	No coincide con la señal con forma de zeta invertida a tinta pero sí con la marca vertical a lápiz
(10-) 11z	No coincide con la marca de estimación zeta invertida a tinta pero sí con la marca vertical a lápiz (f. 233v)

Tabla 121. Marcas a grafito. Cuaderno Z

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
A su padre arder en el fuego eterno (227v)	A su padre padecer y arder en el fuego eterno (fol.177r)	Z1r ¹²⁰ (1) Mitad superior	7-8
De suma alegría (ídem)	De suma y grande alegría (<i>ibidem</i>)	Z1r (1) (<i>ibidem</i>)	8-9 [con estas dos inserciones se gana una línea – párrafo-]
No ya cuanto a la pena ajena [...] sino cuanto considera (227v)	No ya en cuanto a la pena ajena [...] sino en cuanto considera (fol. 177r)	Z1r (1) (<i>ibidem</i>)	9
Cuando es verdaderamente círculo (229v)	Cuando es cierta y verdaderamente círculo (fol. 178r)	Z2r (3) Última línea, muchos espacios	39
Cuál tenéis por cierta (229v)	Cuál tenéis por más cierta (fol. 178v) [la inserción de este monosílabo supone una línea más. En el manuscrito original de imprenta se ha dispuesto que el primer párrafo de esta plana debe ocupar hasta el tercer renglón]	Z2v (4) Primera línea	2
A poco espacio que por ella anduve sentí no muy lejos (233v)	A poco espacio sentí no muy lejos (fol. 181v) [en esta plana la longitud de	Z5v (10) Mitad superior	17

¹²⁰ Para esta plana figura el cómputo de párrafos en el manuscrito original de imprenta. El primero debe culminar en el renglón decimotercero, y lo alcanza por apenas siete tipos, de ahí las adiciones y los blancos que se aprecian en la misma.

	los párrafos también está predefinida en el manuscrito original de imprenta]		
Las muertes que mi famélica necesidad (233v)	Las muertes que de mi famélica necesidad (fol. 181v)	Z5v (10) Mitad	corrección
De aquellos aqui terrestres animalejos (233v)	De aquellos terrestres animalejos (fol. 181v)	Z5v (10) Mitad inferior	23
A la refeción, y llegado a ella , me embosqué (233v)	A la refeción, me embosqué (fol. 181v)	Z5v (10) Mitad inferior	26
Puesto de celada donde a una descuidada rana me engullí enteramente (233v)	Puesto de celada me engullí una descuidada rana enteramente (fol. 181v)	Z5v (10) Mitad inferior	27

Tabla 122. Alteraciones textuales. Cuaderno Z

Propuesta de trabajo

En las planas 4 y 9 de este pliego la caja de escritura culmina en la misma línea que el reclamo, por lo que excede las usuales cuarenta líneas que la componen.

En cuanto a las adiciones u omisiones llamativas (en las planas 1, 3, 4, 10), se deben tener en cuenta los siguientes factores:

- a) Con las dos adiciones de la primera plana se gana un párrafo, tal y como se estipula en la cuenta del manuscrito (el primer párrafo debe ocupar 13 líneas del impreso, a las que no se llegaría sin estas dos adiciones)
- b) La adición de la plana tercera viene acompañada de muchísimos espacios
- c) En la plana cuarta ocurre lo mismo que en la primera: en el manuscrito se ha estipulado que el primer párrafo de dicha plana debe tener 3 líneas. Sin la palabra añadida ni el abuso de espacios, el primer párrafo solo constaría de dos líneas.
- d) Supresiones en la plana 10

En relación con las modificaciones aludidas, no parecen solventar un error de cálculo, sino que más bien son fruto de un intento por mantener lo estipulado en la cuenta del original en relación con la estructura en párrafos del impreso.

En relación con la cuenta del original, la marca primigenia a tinta no se corresponde con el resultado del impreso en la división que atañe a las planas 1-2-3-4, 6-7, 8-9, 10-11, por lo que en todos los pares salvo en la disección entre 8 y 9 aparece una marca a grafito que viene a corresponderse con la distribución de las cajas de escritura del impreso.

En cuanto a las palabras partidas entre planas consecutivas, aparecen en los pares 1-2, 3-4, 5-6, 8-9, 12-13.

Los datos expuestos se asemejan a los extraídos en otros cuadernos, por lo que la composición del cuaderno Z habría comenzado por la forma externa del pliego interno (5-8-9-12) y, en concreto, por la quinta plana. En este caso desconcierta un tanto, al igual que ocurría en el cuaderno X, que la plana undécima no figure contada previamente. Tampoco encaja a la perfección el hecho de que la plana novena exceda la dimensión estándar de la caja de escritura si se ha compuesto en un momento inicial y previo a la plana décima.

Por lo que respecta al pliego externo, nuevamente la información disponible no permite plantear una conclusión unívoca. Así, por ejemplo, aparecen palabras partidas entre 1-2 y 3-4, por lo que ambas direcciones (forma externa-forma interna o viceversa) cobran sentido.

CUADERNO Aa¹²¹

Aa	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
185/Pa Aa	237v	fol. 185r	26-22 [23] el impreso añade un párrafo [habría que comprobarlo in situ, es probable que la marca esté en el margen y no se pueda ver en la versión digitalizada] 35 [+2 x versos]-32 [33] 43 y 44 marca [la marca válida es la primera]	Hay dos marcas separadas por una única palabra. La primera es la válida, la segunda está tachada
2/ Aa	238r	fol. 185v	13-10 [11] 24- 20 19 [20] 29- 24-23 [24] 39-32?-31? [32] 49,5 [hay dos marcas, ambas erróneas por largas] En esta plana hay varias marcas y varios tachones en el recuento [n.c.]	Existen dos marcas, la primera de ellas se corresponde con la división del impreso. La diferencia entre ambas ocupa el siguiente fragmento: «apóstol, que todo lo que hubiese entendido o hecho sin»
186/3/Aa	238v	fol. 186r	30-25 [26] 35-29 [30] 48,5 corte[cuenta errónea, cuenta larga] [n.c.]	Estimación larga. Se añade antes de componer lo estipulado para esta plana «quien quiera que Platón se salvase, citando»
4/ Aa	239v	fol. 186v	22-17 [18] 50,5 [correspondencia]	Estimación larga. Se añade antes de comenzar esta plana «hierba. Yo reconocí bien todo aquel sitio, porque no estaba»
187/5/Aa	240r	fol. 187r	50,5 [cuenta errónea,	

¹²¹ En el caso de este cuaderno se prescinde de proponer una hipótesis de trabajo aquí, ya que este asunto se ha tratado con anterioridad de forma pormenorizada.

			cuenta larga] [n.c.]	
6/ Aa	240v	fol. 187v	48,5 [cuenta errónea, cuenta larga] [n.c.]	Estimación larga. La plana comienza varias palabras antes de la estimada «en suma visto por ella mi sufrimiento constante, pensando a»
188/7/Aa	241v	fol. 188r	41 [correspondencia]	Estimación larga. La plana comienza muchas palabras antes «que parece ser dotada de humano conocimiento? ¿Quién me la envía? Oh dulcísimo Acrisio mío, ¿vives» (dos líneas exactas de la caja de escritura del impreso)
8/ Aa	242r	fol. 188v	43 [correspondencia]	
189/9/Aa	242v	fol. 189r	47,5 [he contado dos líneas más pq hay versos]	
10/ Aa	243r	fol. 189v	39,5 [coincidencia] palabra partida	
190/11/Aa	243v	fol. 190r	Palabra partida 10 [última plana de un cuaderno]	
12/ Aa	244r	fol. 190v	19 [primera plana cuaderno]	
191/13/Aa	244v	fol. 191r	45 [correspondencia]	
14/ Aa	245r	fol. 191v	45,5 [correspondencia]	
192/15/Aa	245v	fol. 192r	44,5 [correspondencia] palabra partida	
16/ Aa	246r	fol. 192v	palabra partida 44 [correspondencia] Palabra partida	

Tabla 123. Proceso de composición e impresión por formas. Cuaderno Aa

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1 (recuento)	5 [cuenta errónea, cuenta larga]
2 (recuento)	6 [cuenta errónea, cuenta larga]
3 (inex.)	7
4	8
	9
	10
	11
	12
	13
	14
	15
	16

Tabla 124. Recuento de planas. Cuaderno Aa

Marcas a grafito

(2-) 3Aa	Hay dos marcas con forma de zeta invertida a tinta. Ninguna de ellas coincide con la división real, pero sí lo hace una marca vertical a lápiz (f. 238v)
(3-) 4Aa	La división real no coincide con la marca de estimación zeta. Hay dos marcas verticales a lápiz, solo la primera de ellas coincide con la división real del impreso, pero la distancia desde la primera marca a lápiz a la segunda es exactamente de dos líneas en el impreso [en este caso, la vacilación en las marcas de lápiz da cuenta de su escritura posterior a la composición]
(5-) 6Aa	No coincide con la marca de estimación zeta pero sí con una marca vertical a lápiz (f. 240v)
(7-) 8Aa	Dos líneas simultáneas: línea de estimación y trazo vertical a lápiz (f. 242r)

Tabla 125. Marcas a grafito. Cuaderno Aa

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Por entre la fresca y crescida yerba (239v)	Por entre la fresca yerba (fol.186r)	Aa2r (3) Últimas palabras. Se suprime porque no cabe	40
Ay infelice mujer (241v)	Ay infelice y desdichada mujer (fol.188r)	Aa4r (7) Principio	3
Que de su muerte viene a darme (241v)	Que de su triste muerte viene a darme aviso (fol.188r)	Aa4r (7) Principio	6
Ni cómo persuadirme que debajo desta piel escuálida se podía (241v)	Ni cómo podía persuadirme que debajo desta fiera y escuálida piel se podía (fol.188r)	Aa4r (7) Primer párrafo	10
Cómo tan anticipadamente (241v)	Cómo tan presta y anticipadamente (fol.188r)	Aa4r (7) Mitad	18
El mundo te ha perdido. ¿Qué...? (241v)	El mundo te ha perdido en tu más floreciente edad. ¿Qué...? (fol.188r)	Aa4r (7) Mitad	21
Sin ti estas selvas (241v)	Sin ti estas agradables selvas (fol.188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	21,22
Entre sus valles (241v)	Entre sus espaciosos valles (fol.188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	22
Ya sus ninfas (241v)	Ya sus hermosas ninfas (fol.188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	23
Cuál será mi estado (241v)	Cuál será mi infelice estado (fol.188r)	Aa4r (7) Mitad inferior, muchos espacios	28
Infelice Olimpia (242r)	Infelice y desdichada Olimpia (fol.188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	31
Si alguna vez lo imaginaste (242r)	Si alguna vez lo entendiste y imaginaste así (fol.188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	34
Quién le ha divertido del camino (242r)	Quién le ha estorbado y divertido del camino (fol.188r)	Aa4r (7) Mitad inferior	39 [última línea]
No saltas de mí en menudas piezas (242r)	No saltas de mí y te partes en menudas piezas (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad superior	3
Al sentimiento solo desta voz	Al sentimiento grande desta	Aa4v (8)	4

(242r)	pronunciada voz (fol.188v)	Mitad superior	
Oh incompatibles secesesos? (242r) REVISAR	Oh incompatibles y discordes sucesos (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad superior	7
Que ni estas lágrimas soñando se vierten [...] ni se reciben durmiendo aquestos golpes (242r)	Porque ni estas abundantes lágrimas soñando se vierten [...] ni se reciben durmiendo aquestos tan crueles golpes (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad superior	9-11
En tan furioso dolor cayó la mísera doncella combatida de estos pensamientos (242r)	Con tan furioso dolor cayó la triste y mísera doncella combatida de tan varios pensamientos (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad superior	13-14
Lo que con la lengua decía ejecutaba (242r)	Lo que con la lengua pronunciaba ejecutaba (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad superior	15
Tan activas acciones (242r)	Tan activas y lastimosas acciones (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad superior	16
Daban bastante señal (242r)	Daban bastante y suficiente señal (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad superior	17
Mirándola al rostro y pechos (242r)	Mirándola al hermoso rostro y blancos pechos (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad inferior	21-22
Como a querer hablarla (242v)	Como dando muestras de querer hablarla (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad inferior	28
Como un cárdeno ligustro (242v)	Como un cárdeno y macilento ligustro (fol.188v)	Aa4v (8) Mitad inferior	38 [esta plana solo tiene 39]
Que es engaño decir (242v)	Que es grande engaño decir (fol.189r) [en el caso de esta plana no hay dígitos en el original que señalen la posición de los párrafos, pero el primero de ellos llega hasta el renglón quinto por solo siete tipos]	Aa5r (9) Principio	2
Porque a ser cierto (242v)	Porque a ser así cierto (fol.189r)	Aa5r (9) Principio	3

Tabla 126. Alteraciones textuales. Cuaderno Aa

CUADERNO Bb

Bb	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
193/Pa Bb	246v	fol. 193r	18-16 [16] 24-22 [22] 34-30 [30] 45,5 [no coincide por dos sílabas] palabra partida	
2/ bb	247v	fol. 193v	palabra partida 9-8 [8] 44-37 38 [37]	Esta plana comienza dos sílabas después de la marca a tinta: «su per»

			48	
194/3/Bb	248r	fol. 194r	8-7 [7] 46 [no se corresponde por unas cuantas palabras] palabra partida	
4/ bb	248v	fol. 194v	palabra partida 21-18 [18] 26-23 [23] 43-38 [38] 45 [dos marcas, una tachada, válida la primera]	Esta plana comienza antes de lo marcado por el trazo a tinta: «to, entre quien también estaba»
195/5/Bb	249r	fol. 195r	13-12 [12] 23-21 [21] 31-28 [28] 37-3? [35] 43,5 [correspondencia]	Hay dos marcas, la segunda tachada y la primera concuerda con la división
6/ bb	249v	fol. 195v	6-5 [5] 15-13 [13] 47,5 [una palabra de diferencia] [n.c.]	
196/7/Bb	250v	fol. 196r	5-5 [5] 12-11 [11] 35-33 [33] [una línea más por versos] 42-42 [42]	Esta plana comienza una palabra antes de lo marcado por el trazo a tinta: «gustos»
8/ bb	251r	fol. 196v	39,5 [correspondido]	
197/9/Bb	251v	fol. 197r	47,5 [corresp]	
10/ bb	252r	fol. 197v	33-28 [28] 42-35 [35] 48,5 [corresp]	
198/11/Bb	253r	fol. 198r	15-12 [13] 49,5 [corresp]	
12/ bb	253v	fol. 198v	46 [corresp] palabra partida	
199/13/Bb	254r	fol. 199r	palabra partida 47,5 [corresp]	
14/ bb	255r	fol. 199v	42 [cor.]	
200/15/Bb	255v	fol. 200r	47 [cor.]	
16/ bb	256r	fol. 200v	47,5 [corresp.] palabra partida	

Tabla 127. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Bb

Planas contadas /planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1 (inex.)	8
2	9
3 (inex.)	12,13,14,15,16
4	
5	
6 [una palabra de diferencia]	
7	
10	

Tabla 128. Recuento de planas. Cuaderno Bb

Marcas a grafito

(1-) 2Bb	No coincide con la marca de estimación pero sí con la marca vertical a lápiz (f. 247v)
(3-) 4Bb	No coincide con la marca de estimación horizontal pero sí con la señal vertical a lápiz
(6-) 7Bb	No coincide por una palabra con la marca de estimación pero sí con la señal vertical

Tabla 129. Marcas a grafito. Cuaderno Bb

Alteraciones textuales

Manuscrito <i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Y con subtil destreza en la asa de la cubierta acomodó la siete (248r)	Y con destreza en el asa de la cubierta acomodó los siete (fol.193v)	Bb1v (2) Final	36 [había que reducir espacio para cuadrar el texto]
Ando este día pues en este ejercicio (248r)	Andando pues en este ejercicio (fol.194r)	Bb2r (3) Mitad	18
Hacer en él la noche (248r)	Hacer en él noche (fol.194r)	Bb2r (3) Mitad	20
En la casa del padre de Cintia. Vio a la hermosa (248r-v)	En la casa del padre de Cintia donde vio a la hermosa (fol.194r)	Bb2r (3) Mitad	21
Otros juzgaron piadosamente que aquella ingenua seguridad que mostraba se ocasionase (249r)	Otros juzgaron que aquella ingenua seguridad que mostraba se ocasionaba (fol.194v) 15 [el respeto al texto habría supuesto añadir otra línea más y en el ms. tienen marcado que el primer párrafo debe ocupar dieciocho líneas, y las ocupa casi totalmente prescindiendo de dichas palabras]	Bb2v (4) Parte superior	
Como a la verdad después sucedió (249r)	Como después sucedió (fol.194v)	Bb2v (4) Parte superior	18 [la expresión «como después aparece pocas líneas antes también, tal vez equívoco por influjo]
Rompió en un tierno y lamentoso llanto (249r)	Rompió en un lastimoso llanto (fol.194v)	Bb2v (4) Parte inferior	30
Cuya ausencia y	Cuya ausencia y sentimientos	Bb2v (4)	31

sentimientos justos tenían (249r)	tenían (fol.194v)	Parte inf	
Razones de su virtuosa oración (250r)	Razones de su compuesta y virtuosa oración (fol.195v)	Bb3v (6) Mitad	21
Que le duró seis meses (250r)	Que le duró por espacio de seis meses (fol.195v)	Bb3v (6) Mitad	23
La memoria de la muerte (250r)	La memoria de la triste muerte (fol.195v)	Bb3v (6) Mitad	26
Tratando de su regalo (250r)	Tratando con mucho cuidado de su regalo (fol.195v)	Bb3v (6) Mitad	27-28
Que en otro tiempo que por tiránicos modos (250v)	Que en otro tiempo por tiránicos modos (fol.195v)	Bb3v (6) Final	38 [corrección]
Más de una hora después (250v)	Más de una larga hora después (fol.196r) [la inserción de esta palabra añade una línea más, y en el ms. está señalado el número de líneas del impreso hasta el párrafo en que se inserta esta palabra]	Bb4r (7) Mitad	22
Dar el golpe. Que Cintia (253r)	Dar el golpe primero . Que Cintia (fol.198r)	Bb6r (11) Parte superior	8

Tabla 130. Alteraciones textuales. Cuaderno Bb

Propuesta de trabajo

En el cuaderno Bb existen datos interesantes a la hora de sugerir un patrón de trabajo relacionado con el orden de composición. En primer lugar, se aprecia que varias planas exceden la caja de escritura de 40 líneas (10, 11 y 15), alcanzando la línea cuadragésimo primera, cuyo culmen se corresponde con la ubicación del reclamo. Por otra parte, en relación con otros cuadernos, el cuaderno Bb presenta un número elevado de planas contadas: 1,2,3,4,5,6,7,10 y 11 —situación muy diversa a la que se daba, por ejemplo, en el cuaderno Aa en el que solo se había contado previamente las cuatro primeras planas—. De hecho, solo en los cuadernos C, E y Bb se cuenta de forma detallada la plana quinta, cuyo inicio en el caso del cuaderno Bb desvela cierto titubeo a partir de dos marcas. En cuanto a las marcas relativas a la cuenta del original, no coinciden en la segmentación de 1-2, 3-4 y 6-7, lugares en los que aparece una marca alternativa a lápiz que sí se corresponde con el definitivo resultado del impreso. Adicionalmente, las palabras partidas se distribuyen en esta ocasión entre las planas 1-2, 3-4 y 12-13.

En relación con las adiciones y omisiones, se han de tener en cuenta los siguientes aspectos:

- En la segunda plana, en la cuenta del manuscrito, se estima que debe haber un punto y aparte en la línea 38. Posteriormente este número se tacha y se corrige en 37. En el impreso se ha quitado una palabra del penúltimo párrafo cuya presencia sumaría una línea adicional (38) y de este modo queda en 37
- En la cuarta plana se omiten palabras a lo largo de toda la misma
- En la plana sexta se añaden muchas palabras

Es probable que se comenzara a componer por la forma externa del pliego interno, que contiene las planas 5-8-9-12, aunque, como se apuntaba, resulta extraño que en esta ocasión y de manera excepcional la plana quinta se haya computado con detalle. Además de este hecho, entre las planas 4 y 5 aparecen dos marcas: la primera de ellas, correspondiente con la segmentación del impreso, consiste en un trazo horizontal que divide líneas completas, mientras que la segunda, tachada, parte palabra (arriba/tando) y posee forma de zeta invertida. Esta vacilación de marcas podría explicarse a partir del siguiente factor: el último párrafo marcado para ocupar la plana 4 contendría 38 líneas, por lo que sería relativamente sencillo ultimar hasta la letra (y de ahí que se parta la palabra) aunque posteriormente se redujese la extensión de la plana 4 con una nueva marca. De ser cierta la hipótesis que sostiene el inicio de la composición por la quinta plana, ambas marcas se habrían trazado en el mismo momento, una como rectificación de la otra.

Por otra parte, las omisiones que se dan a lo largo de la plana cuarta indicarían un intento de ajustarse a la siguiente plana, ya compuesta y, además, se aprecia la intención de respetar las marcas estimadas en la plana cuarta: valga de prueba la omisión de una palabra para ajustar el texto a las 18 líneas que se habían estipulado para el primer párrafo. Yendo más lejos, puesto que las planas 5 y 8 ya están compuestas, las planas 6 y 7, por un lado, y 10 y 11, por otro, necesitan contener «retoques» para ajustar el texto, y de ahí la cantidad de alteraciones textuales que figuran en la plana sexta. En la plana 7 se añade una palabra para hacer coincidir el texto con la cantidad de líneas por párrafo que se habían supuesto. En cuanto a las planas 10 y 11, ambas exceden la cantidad de cuarenta líneas de la caja de escritura.

En relación con el pliego externo vuelve a hacer falta echar mano de una composición simultánea, que podría dar sentido a las palabras partidas entre 1-2 y 3-4, a las modificaciones en la primera plana y al exceso de líneas en la plana 15.

CUADERNO Cc

Cc	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
201/Pa/Cc	256v	fol. 201r	13,5-12 [12] 31-27 [27] 46,5 [no se corresponde por dos sílabas] palabra partida	
2/ cc	257r	fol. 201v	palabra partida 29-24 [corregido] [24] 33-28-27 [27] 43-36 [36] 47,5 [no se corresponde por una sílaba] palabra partida	Esta plana comienza tres sílabas después de la marca a tinta «sin aten»
202/3/Cc	258r	fol. 202r	palabra partida 26-22 [22]	Esta plana comienza una

			37-32 [32] 44 -39 [39] 46,5 [no correspondido por una sílaba] palabra partida	sílaba antes de la marca a tinta «me»
4/ cc	258v	fol. 202v	palabra partida 28-24 [24] 34-29 [29] 47, 5 [corres]	Esta plana comienza una sílaba antes de la marca «te»
203/5/Cc	259r	fol. 203r	5-4 [4] 26-22 [22] 47, 5 [no correspon. Cuent a errónea por poco] [n.c.]	
6/ cc	259v	fol. 203v	9-8 [8] 24-21 [21] 34-30 [30] 46,5 [no coincide por una sílaba] palabra partida [n.c.]	Esta plana comienza dos palabras después de lo estimado «carescer los»
204/7/Cc	260v	fol. 204r	palabra partida 23- 18 19 [19] 49- 40 39 [40]	Esta plana comienza una sílaba antes de la marca a tinta «tos»
8/ cc	261r	fol. 204v	27 [última plana cuaderno]	Hay dos marcas de corte [parece que con tinta diversa] la primera de ellas es la correcta (la segunda no aparece tachada)
205/9/Cc	262r	fol. 205r	17,5 [primera plana cuaderno]	
10/ cc	262v	fol. 205v	44 [coresp perfec]	
206/11/Cc	263r	fol. 206r	19-17 [17] 135 líneas y no hay marca hasta la de 14cc [corresp perf]	
FALTAN [ausencia de marcas desde la plana 12 hasta la 14]			palabra partida 12-13 y 13 sobrepasa las 40 líneas	
14/ cc	264v	fol. 207v	45 [parte palabra, corresp. Exacta] palabra partida	
208/15/Cc	265v	fol. 208r	palabra partida 47,5 [corresp perf]	
16/ cc	266r	fol. 208v	48 [corresp perfec]	

Tabla 131. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Cc

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
-----------------	--------------------

1 (inex.) 2 (inex.) 3 (inex.) 4 5 (inex.) 6 (inex.) 7 11	8,9,10,14,15,16
---	-----------------

Tabla 132. Recuento de planas. Cuaderno Cc

Marcas a grafito

(1-) 2Cc	No coincide exactamente con la marca de estimación pero sí con un trazo vertical a lápiz (f. 257r)
(2-) 3Cc	No coincide con la marca de estimación x una sílaba pero sí con un trazo vertical a lápiz
(3-) 4Cc	No coincide con marca de estimación y parece haber una línea vertical muy tenue que coincide con la división real (diferencia de una sílaba entre ambas) (f. 258v)
(5-) 6Cc	No coincide con marca estimación pero sí con un surco horizontal en el margen izquierdo (f. 259v)
(6-) 7Cc	No coincide con la marca de estimación pero sí con una señal vertical a lápiz (diferencia entre ambas una sílaba) f. 260v

Tabla 133. Marcas a grafito. Cuaderno Cc

Alteraciones textuales

Manuscrito	<i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	Ejemplar R/4475 <i>Para algunos</i>	Plana impreso	Línea plana
Juzgando cosa muy corriente (257v)	Juzgando por cosa muy corriente (fol.201v)	Cc1v (2) Parte superior	7	
Ingratas aversiones de Olimpia (257v)	Ingratas y mal correspondidas aversiones de Olimpia (fol.201v) [con la inserción de estas palabras el párrafo adquiere las líneas que se habían estipulado en el impreso, 24 – hay una rectificación en el manuscrito: está tachado y sustituido por 24, ¿antes o después de estas inserciones?]	Cc1v (2) Parte superior	13-14 25	
Ponerme a citar autores que hoy viven (260v)	Ponerme a citar otros muchos y muy doctos autores que hoy viven (fol. 204r)	Cc4r (7) Parte superior, muchos espacios	7-8	
La fertilidad de su prodigioso ingenio (260v)	La fertilidad de su heroico y prodigioso ingenio (fol. 204r)	Cc4r (7) Parte superior, muchos espacios	13 [con estas adiciones el párrafo toma una línea más y acaban siendo 19. En el ms. 18	

			ha sido tachado y se ha escrito encima 19, ¿antes o después de las inserciones?] Plana con muchos espacios
Fundado acaso (260v)	Fundando acaso (fol. 204r)		
Para formar un perfecto orador (260v)	Para hacer y formar un perfecto orador (fol. 204r)	Cc4r (7) Parte inferior, muchos espacios	28
Alaba a Lisias (261r)	Alaba mucho a Lisias (fol. 204r)	Cc4r (7) Parte inferior, muchos espacios	30
Reprehendiendo un introductor de voces nuevas dijo: (261r)	Reprehendiendo a un introductor de voces nuevas le dijo desta manera (fol. 204r)	Cc4r (7) Parte inferior, muchos espacios	34
Han alentado mi cobardía y aún me dan atrevimiento de usarlas cuando se me ofrezca ocasión si de la elección mía puedo prometerme (261r)	Han alentado tanto mi cobardía que aún me dan atrevimiento para usarlas, cuando se me ofrezca ocasión si es que de la elección mía puedo (fol 204)	Cc4r (7) Últimas líneas, muchos espacios	37-39 [con estas adiciones el párrafo toma las 40 líneas necesarias. Corrección en ms. 39->40]

Tabla 134. Alteraciones textuales. Cuaderno Cc

Propuesta de trabajo

El caso del cuaderno Cc es similar al cuaderno anterior, Bb. La información siguiente puede ayudar a urdir un orden de impresión. Por una parte, el texto de la plana decimotercera culmina en la misma línea que el reclamo, esto es, en la línea 41. Por otra parte, se hallan desajustes en la cuenta del original entre las planas 1-2-3-4, 5-6-7. Lejos de estos aspectos, no menos interesante resulta la presencia de dos marcas a tinta en la separación entre las planas séptima y octava, una horizontal y otra con forma de zeta invertida. Lo curioso de esta vacilación es que, pese a ser la primera de las marcas la que coincide con la segmentación del impreso, la distancia entre ambas marcas ocupa exactamente una línea en la caja de escritura del impreso. En cuanto a las planas contadas previamente, en el cuaderno Cc se da una tendencia similar al cuaderno precedente: se cuentan de manera detallada las planas 1,2,3,4,5,6,7 y 11. Nuevamente lo extraño es el cómputo de la quinta plana, algo que también ocurría en el cuaderno

anterior. Con respecto a las modificaciones textuales, resulta pertinente tener en cuenta que:

- a) En la plana segunda no queda claro que las modificaciones sean por motivos textuales, aunque añadiendo las palabras agregadas se consigue cuadrar el texto con el número de líneas por párrafos estipuladas
- b) En la plana séptima aparecen numerosas adiciones a lo largo de la misma

Pese al cómputo de la quinta plana, es probable que en este cuaderno se procediese de la misma forma que en los precedentes: la primera forma en componerse habría sido la externa del pliego interno (5-8-9-12) para proceder a continuación con la forma interna de dicho pliego. Este orden justificaría las adiciones de la séptima plana así como el desajuste en la cuenta del original entre las planas quinta y sexta. En relación con las adiciones de la plana séptima, pueden deberse no solo a que la plana octava esté ya compuesta sino a que se le haya quitado una línea en la reestructuración de la cuenta del original.

En relación con el pliego externo, solo una composición simultánea podría explicar los desajustes en la separación del texto entre las planas 1-2-3-4, y el exceso de texto en la plana decimotercera, sumamente ajustado, que contiene una línea más de lo normal. Esto solo podría ocurrir si la decimocuarta estaba ya compuesta. Puede ser que se procediera por orden: es decir, un copista compone 13-14-15-16 y otro 1-2-3-4, pero esto no explicaría el exceso textual en la última línea de la plana decimotercera.

CUADERNO Dd

Dd	ff. ms.	ff. impreso	Marcas de la cuenta del original	Apuntes
209/Pa Dd	266v	fol. 209r	16-13 [13] 34-28 [28] 48,5 [corresp exac]	
2/ dd	267r	fol. 209v	3-7 [versos, 7] 11-11 [11] 15-14 [14] 35-30 [30] 39-34 [34] 46,5 [no coincide por una sílaba] palabra partida	
210/3/Dd	268r	fol. 210r	palabra partida 10-8 [8] 25-20 [20] 50,5 [corresp perf]	Esta plana comienza una sílaba después de la marca a tinta: «in»
4/ dd	268v	fol. 210v	6-6 [6] 17-14 [15] 21-18 [19] 25-22 [23] 37-33 [33] 44,5 [corresp]	

211/5/Dd	269r	fol. 211r	12-11 [13] 16-14 [16] 26- 22 [el número se ha escrito al final de la línea que acaba con «dolor», tachado y reescrito en la que acaba con «duele»] [22] 38-32 [32] 47,5 [no coincide por dos sílabas] palabra partida	
6/ dd	269v	fol. 211v	palabra partida 10-8 [8] 18-15 [15] 31-25 [25] 36-29 [29] 42-34 [34] 44-36 [36] 49 [no coincide por dos sílabas]	Esta plana comienza dos sílabas antes de la marca a tinta: «lidad»
212/7/Dd	270v	fol. 212r	41-33 [33] 49,5 [corresp exacta]	Esta plana comienza una palabra antes de lo estimado por una palabra: «otra»
8/ dd	271r	fol. 212v	2-2 [2] 17-15 [15] 21-18 [18] 26-22 [22] 31-26 [26] 48,5 [corresp exacta]	
213/9/Dd	271v	fol. 213r	47,5 [corresp exc]	
10/ dd	272v	fol. 213v	48,5 [parte palabra, coincide] palabra partida	
214/11/ Dd	273r	fol. 214r	palabra partida 15-13 [13] 19-17 [17] 26-23? [23] 30-26 [26] 46,5	
12/ dd	273v	fol. 214v	48,5 [parte palabra, coincide] palabra partida	Hay dos marcas. La primera de ellas con forma de zeta invertida tachada, la segunda, horizontal, es la correcta
215/13/Dd	274r	fol. 215r	palabra partida 45,5 [coincidencia perf] palabra partida	
14/ dd	275r	fol. 215v	palabra partida 49 [corresp perf] palabra partida	

216/15/Dd	275v	fol. 216r	palabra partida 48 [corresp perf; hay versos pero se suprimen las líneas blancas que suelen dejarse]	
16/ dd	276r	fol. 216v	47,5 [corresp perf]	

Tabla 135. Proceso de composición e impresión por formas. Cuenta del original. Cuaderno Cc

Planas contadas/ planas no contadas

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
1	9,10,12,13,14,15,16
2 (inex.)	
3	
4	
5 (inex.)	
6 (inex.)	
7	
8	
11 (inex.)	

Tabla 136. Recuento de planas. Cuaderno Dd

Marcas a grafito

(2-) 3Dd	No coincide por una sílaba con la marca de estimación pero sí con el trazo vertical a lápiz (f. 268r)
(5-) 6Dd	No coincide por 2 sílabas con la marca de estimación, sí con la señal vertical a lápiz
(6-) 7 Dd	No coincide por una palabra pero sí con la marca vertical a lápiz

Tabla 137. Marcas a grafito. Cuaderno Dd

Alteraciones textuales

Manuscrito	Ejemplar	Plana impreso	Línea plana
<i>La culebra de oro. Para algunos</i> (ca. 1637)	R/4475 <i>Para algunos</i>		
A mis palabras ni a mis obras (270v)	A mis desacordadas palabras ni a mis mal intencionadas obras (fol. 212r)	Dd4r (7) Mitad, muchos espacios	17-18
Cruel, ingrata y los demás (270v)	Cruel, ingrata y todos los demás (fol. 212r)	Dd4r (7) Mitad, muchos espacios	21
Continuos apetitos (271v)	Continuos y dilatados apetitos (fol. 212v)	Dd4v (8) Mitad inferior, espacios	30-31
Allá en el monte (271v)	Allá en el retirado monte (<i>ibidem</i>)	Dd4v (8) Mitad inferior, espacios	32
A un sano juicio (<i>ídem</i>)	A un sano y maduro juicio (<i>ibidem</i>)	Dd4v (8) Mitad inferior, espacios	36
El fin de todos los males (271v)	El último fin de todos los males (<i>ibidem</i>)	Dd4v (8) Mitad inferior, espacios	39
Que en la vida al hombre asaltan (271v)	Que en el discurso de la vida al hombre asaltan (<i>ibidem</i>)	Dd4v (8) Mitad inferior, espacios	39

Ni bien sentía mi desdicha ni bien dejaba de atormentarme (276r)	Ni bien sentía mi impensada desdicha ni bien dejaba de atormentarme y afligirme (fol. 216v)	Dd8v (16) Mitad superior [con estas adiciones el párrafo gana una línea más]	9-10
---	---	---	------

Tabla 138. Alteraciones textuales. Cuaderno Dd

Propuesta de trabajo

En el caso del cuaderno Dd no resulta nada sencillo proponer un patrón de trabajo a partir de la información disponible. Al igual que ocurría en los cuadernos Bb y Cc, las planas contadas difieren tangencialmente del resto de cuadernos. En esta ocasión, se cuentan previamente las planas 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 11. El cómputo de la octava plana consiste en un hecho excepcional, que acontece solo en este cuaderno así como en el cuaderno N. Adicionalmente, dicha plana contiene modificaciones textuales, del mismo modo que la séptima y la decimosexta. Probablemente lo más curioso de este caso sea la adición de palabras en la octava plana y no su reajuste en la gestión del espacio entre la octava y la novena -recuérdese que en este cuaderno la octava plana se ha contado—, por lo que parece probable un trabajo simultáneo de dos cajistas, uno afanado en la octava plana y otro en la siguiente, la novena, aunque esta opción no deja de ser compleja por el hecho de que el texto destinado a ocupar cada una de ellas comparte ambas caras de un mismo folio del original de imprenta.

Si bien en casos anteriores el principal criterio a la hora de establecer un orden ha recaído sobre las planas contadas de manera detallada, en este caso dicho aspecto resulta confuso, pues no permite, a priori y de manera tan nítida, trazar el plan de trabajo establecido hasta ahora consistente en el comienzo de la composición por la forma externa del pliego interno y, en concreto, por la quinta plana. De hecho, tanto la plana octava como la quinta figuran aquí tanteadas previamente, hecho que deviene una anomalía en relación con el resto de cuadernos.

Entre los datos extraídos tanto del manuscrito como de ejemplares impresos, se halla la disección de palabras entre planas consecutivas en los pares 2-3, 5-6, 10-11, 12-13, 13-14, 14-15, 15-16. Asimismo, se dan desajustes en la cuenta del original en la separación de planas entre 2-3, 5-6 y 6-7, aunque los desequilibrios no cesan ahí: en las planas 4 y 5 no se corresponde el número de líneas estimado para los diversos párrafos del impreso. Por último, en las planas primera y tercera se excede la caja de escritura de cuarenta líneas y en la plana duodécima figuran dos marcas de corte, la segunda de ellas tachada.

Por otra parte, en la novena plana se observa cierto abuso de blancos: se respeta el blanco previo y posterior a la inclusión de versos, pero, por otra parte, dos líneas de la misma plana están ocupadas solamente por la última sílaba de una palabra.

Al final de la plana 15 hay versos que ocupan las últimas líneas de la plana. En este caso no se ha dejado el blanco previo.

El orden podría haber sido:

- a) 5-8-9-12: de estas planas solo se han contado 5 y 8, y tal vez por ello se han llevado a cabo adiciones en las líneas finales de la octava plana: para hacer corresponder el texto con la marca estipulada. Resulta complejo explicar la modificación en la marca de corte de la plana 12. Esto explicaría la palabra partida 5-6.
- b) 6-7-10-11: así podrían explicarse las adiciones de la plana séptima, puesto que la octava ya está compuesta. De todas formas no es una respuesta satisfactoria...

En relación con el pliego externo:

- a) Adiciones plana 16
- b) 1 y 3 una línea más ... 2-3-14-15 y luego 1-4-13-16? O composición seguida 1-2-3-4 y por otro lado 13-14-15-16

CUADERNO Ee

Tal vez el cuaderno Ee resulte uno de los más singulares —en tanto diverso— de todos los cuadernos analizados hasta el momento. Se trata del último cuaderno que figura en el impreso del *Para algunos*, pese a que seguramente no hubo de ser el último en imprimirse, puesto que esta posición quedaba reservada para los folios liminares.

En la penúltima línea del verso del folio 276 del manuscrito figura la última marca relativa a la cuenta del original, que demarca la división entre los cuadernos Dd y Ee (este cuaderno, a diferencia del resto, está formado exclusivamente por medio pliego y, por tanto, cuenta con cuatro planas). Después de este vestigio no se exhiben nuevos trazos, por lo que se puede deducir que en este caso los operarios de la imprenta no llevaron a cabo una estimación previa del texto, sino que más bien lo compusieron «a ojo», ejecución que parecía ser la más efectiva si acudimos a la consideración de Víctor Alonso de Paredes al respecto: «cuando se pueda excusar la cuenta y componer seguido, no hay nada que la composición queda más igual y más agradable a la vista: lo que no se goza en el libro que se compuso contado» (Paredes, 2002: f. 35v). Más allá del beneficio de la estética, en el ámbito textual el cuaderno Ee evidencia la reducción de texto más importante de todas las manipulaciones —ensanches o reducciones— verificadas entre ambos testimonios:

Manuscrito	Impreso	Ubicación impreso
Sobresaltada nuevamente con la vergüenza de su publicidad , el mismo día que su supersticiosa aya fue entregada a las llamas con las demás sus cómplices (f. 278r)	Sobresaltada nuevamente con tales nuevas , el mismo día que su aya fue entregada a las llamas (f. 217v)	Ee1v (2) Mitad inferior
Y añadiéndose desdichas a desdichas , vuestro tío también dentro de ocho días murió también . Pero con mejor prevención, pues viéndose ya cercano al trance último hizo su testamento declarando (f. 278r)	Y vuestro tío dentro de ocho días murió declarando en su testamento (f. 217v)	Ee1v (2) Últimas líneas.

Y así os declaraba (f. 278r)	Y que así os declaraba (f. 217v)	Ee1v (2) Últimas líneas
Por verdadero dueño de todo y que en virtud del testamento de su suegra y en virtud del suyo pedía fuédeses puesto en quieta y pacífica posesión de todo. Este fideicomiseo [sic] me encargó como a persona de quien más satisfacción tuvo así por el cercano deudo (que sabéis teníamos) como por las experiencias que de mis servicios tenía. Y lo cierto es que a nadie pudo encargarlo con más acierto pues ninguno con más gusto acudiera que yo a su ejecución. Respecto al afecto con que os amo, en cuya fe no quise dilatarlo un punto, pues luego que cumplí con las obsequias de los defunctos, me partí a buscaros para daros estas nuevas, que aunque tienen tanto de penosas, traen consigo el indulto de la herencia con que semejantes pesares se suelen convertir en gozos (f. 278r)	Con lo cual me partí a buscaros para daros cuenta destas nuevas (f. 217v)	Ee1v (2) Última línea
Hic adest finis lector, liberque valete, sed defuit scriptis ultima línea meis. Siquid dictum contra fidem, et bonos mores, quasi non dictum, et omnia subiicio sub correctione, sanctae matres Romanae eclesia, ac doctisimorum piorum quae censorum etcétera. Matrity sexto idus octobris (f. 279v)	Hic adest finis lector, liberque valete, sed defuit scriptis ultima línea meis. (f. 218v)	

Tabla 139. Alteraciones textuales. Cuaderno Ee

La manifiesta merma del texto junto con la disposición sumamente ajustada del mismo o el exceso de renglones en las planas Ee1v y Ee2r (que alcanzan las cuarenta y una líneas ocupando el renglón del reclamo) parecen evidenciar que los componedores, probablemente al amparo de una decisión ajena (del impresor, editor...) consistente en no emplear voluntariamente más de medio pliego en el último cuaderno, hubieron de verse obligados a ajustar los últimos folios del manuscrito a cuatro planas, hazaña a todas luces incompatible con el respeto cabal al texto contenido en el manuscrito original de imprenta.

A partir de los datos expuestos, parece que el medio pliego se compuso de fuera hacia dentro: en primer lugar las planas 1 y 4 y, por último, la 2 y 3, de ahí la reducción textual en la plana segunda del cuaderno Ee y el exceso de líneas en 2 y 3.

2.3.4.1.3.2. Conclusiones sobre el proceso de composición e impresión por formas

Tras una minuciosa pesquisa a partir de todos los datos antedichos, se puede concluir — tal y como se ha ido exponiendo para el caso particular de cada cuaderno— que en el taller de imprenta de la viuda de Juan Sánchez y a la hora de confeccionar la *princeps* del *Para algunos* esta labor se lleva a cabo del modo que sigue: los cajistas cuentan de forma detallada una serie de planas que se relegan para un momento posterior (las que se saltan para volver después sobre ellas), y, por el contrario, no cuentan aquellas sobre las que trabajan de forma inmediata; para las primeras, encontramos variedad de marcas —horizontales, con forma de zeta invertida...— y, para las que se componen sobre la marcha, solo el código alfanumérico que da cuenta del alcance de la composición. Como es lógico, en el caso de las planas previamente tanteadas existen numerosos desajustes entre las marcas y los resultados del impreso, mientras que en estas se da una coincidencia casi absoluta. Después de sopesar la información al respecto, creemos que las marcas que figuran en las planas contadas se trazaron con anterioridad a la composición, mientras que en las planas no contadas las marcas se van registrando de forma simultánea a la tarea de componer.

PLANAS CONTADAS	PLANAS NO CONTADAS
Composición relegada	Composición inmediata
Variedad de marcas y dígitos	Ausencia de trazos (solo código alfanumérico)
Oscilación entre las marcas y el resultado del impreso [no coincidencia]	Coincidencia exacta entre las marcas y los resultados del impreso
Registro de marcas previo a la composición	Registro de marcas posterior a la composición

Tabla 140. Síntesis de las implicaciones entre las planas contadas y las no contadas en la cuenta del original

Una vez analizadas todas las marcas relativas a la cuenta del original de este manuscrito, se obtienen los siguientes resultados a partir de los 23 cuadernos examinados:

Las planas más contadas son:

- 1.- 23
- 2.- 22
- 3.- 21
- 4.- 23
- 5.- 4 (tres de las veces que se cuenta tienen lugar en los cuadernos finales: Bb, Cc, Dd)
- 6.- 19
- 7.- 20
- 8.- 3
- 9.- 1
- 10.- 13
- 11.-15
- 12.-no consta
- 13.-6
- 14.- 2
- 15.- no consta

16.-no consta

Estos datos revelan que, en la mayoría de cuadernos, el cómputo exhaustivo de las cuatro primeras planas es indicio del comienzo de la composición por la quinta plana, es decir, por la forma externa del pliego interno. Asimismo, esta hipótesis la corrobora el hecho de que las planas 6 y 7, por una parte, y 10 y 11 sean de las más tanteadas. Para componer en primer lugar las planas 5, 8, 9 y 12 hay que contar, inexcusablemente y, además de las cuatro primeras, las sexta, séptima, décima y undécima. Esto explicaría también que entre las planas más susceptibles de contener modificaciones textuales se hallen la séptima y la undécima (además de la primera y la cuarta), puesto que los cajistas cuentan con unos límites textuales inamovibles: las planas siguientes, en este caso, 8 y 12, ya están compuestas y probablemente impresas, de ahí que buena parte de los ajustes de última hora se localicen precisamente en las planas séptima y undécima.

Si bien hasta aquí pudiera parecer que se puede postular una regla o sistema sobre el orden de composición en el *Para algunos* en relación con el pliego interno, no hay nada más lejos de la realidad: en los cuadernos E e I la plana quinta comienza por palabra partida, lo cual parece indicar que la cuarta plana hubo de componerse con anterioridad (en el cuaderno E, aunque no es lo habitual, se cuenta detalladamente la quinta plana).

Yendo más lejos, el asunto se complica sobremanera si pasamos a analizar el pliego externo, cuyo orden de composición resulta inexplicable sin echar mano de una labor simultánea por parte de varios componedores. No obstante, el hecho de que la primera plana sea una de las más perjudicadas en relación con las adendas y omisiones textuales podría significar que en el pliego externo se procedería desde dentro hacia fuera: en primer lugar 2-3-14-15 y, por último, 1-4-13-16, aunque hay palabras divididas entre planas consecutivas de ambas formas que apuntan hacia un orden inverso.

Pese al interés del conjunto de marcas conservadas en el manuscrito-original de imprenta, estas resultan desafortunadamente un recurso parcial ya que en ocasiones se constata que los operarios del taller de imprenta no dejaron constancia de sus últimos movimientos¹²². Además de todo el conjunto de marcas analizadas, se ha tenido en cuenta, a la hora de intentar gestar una hipótesis coherente, el análisis de las palabras partidas entre planas consecutivas.

En cuanto al escrutinio de las palabras partidas, aunque no se trate de un factor determinante, arroja los siguientes datos: los lugares en los que menos aparecen serían la división entre las planas cuarta y quinta (en 2 ocasiones), séptima y octava (en una sola ocasión) y undécima y duodécima (en 2 ocasiones). Esta circunstancia viene a reforzar la hipótesis esbozada previamente a propósito del comienzo de la composición por la forma externa del pliego interno: 5-8-9-12 en la mayoría de los casos.

¹²² Valga de muestra el caso de la división de las planas tercera y cuarta del cuaderno F: el resultado del impreso no coincide con la división establecida en el manuscrito, y este desajuste ocupa exactamente una línea de la caja de escritura del testimonio impreso, lo cual da fe de una reubicación de líneas de última hora que no se registra en el original de imprenta (y como este existen cuantiosos casos similares).

Por el contrario, las divisiones en las que más aparecen palabras divididas se hallan entre 2-3, 3-4, 5-6, 12-13, 13-14 y 15-16.

El estudio de estos datos tampoco ofrece una solución definitiva puesto que, por ejemplo, en el caso de la plana decimocuarta (perteneciente a la forma interna del pliego externo), no habría motivos para pensar en la alteración de la misma en tanto que las planas decimocuarta y decimoquinta figuran consecutivas y, sin embargo, se excede la caja de escritura estándar en varias ocasiones. Este hecho solo goza de sentido, de nuevo, al postular una composición simultánea por parte de dos o más operarios de imprenta.

Si bien parece entonces extremadamente arduo formular algún patrón definitivo, en el caso del proceso de elaboración del *Para algunos* los datos nos invitan a pensar que se procedió en la mayoría de los cuadernos comenzando por la forma externa del pliego interno (5-8-9-12) y, en cuanto al pliego externo, parece que la tendencia fue la inversa, aunque en este caso los datos se muestran menos concluyentes. Asimismo, lo cierto es que a veces los diferentes datos analizados contradicen los procedimientos (es decir, quizás las marcas del manuscrito en relación con el resultado impreso nos hacen plantearnos un modo de trabajar que entra en contradicción, por ejemplo, con la ubicación de las palabras partidas).

No obstante, como se ha dicho previamente, no existe una solución definitiva (pues no existen patrones aplicables al 100% de los cuadernos), de manera que el orden de composición, amén de una secuencia más o menos fija, pudo estar condicionado por motivos textuales (por ejemplo, finales y principios de capítulos que facilitasen un orden diferente de composición, por ejemplo), materiales o laborales que no merece la pena detenerse a enumerar.

Solo se puede concluir, por tanto, reafirmando que lo desconcertante de este campo es darse cuenta de que no existen reglas sistemáticas, sino que a cada paso florecen noticias que avalan modos diversos de proceder y que habitualmente solo cobran sentido si uno postula el trabajo colaborativo de dos o más operarios. El aspecto más negativo de esta conclusión es que, pese a que las deturpaciones textuales suelen coincidir en unos lugares determinados (generalmente las últimas líneas de las planas primera, cuarta, séptima y undécima), tampoco se pueden establecer con certeza unos lugares críticos susceptibles de análisis sobre todo en casos de tradición impresa en la que no se cuenta con el tesoro de un original de imprenta que nos permita conocer la versión real del texto. Cada ejemplar impreso parece esconder detrás un complejo entramado colectivo tan único como impenetrable, por lo que su estudio no permite abrir la cota de la singularidad.

III. DOS TEXTOS, UNA ÚNICA FICCIÓN. ESTUDIO DE LA OBRA

3.1. PRIMERAS NOTAS

Más allá del interés que alberga la dimensión material de la obra a través de la conservación de un manuscrito-original de imprenta, resulta sugestivo el *Para algunos* como proyecto literario, pues son múltiples los flancos abiertos dignos de estudio que ofrece, de los que aquí se dará cuenta parcialmente.

Ya desde el título cualquier lector del seiscientos caería en la cuenta del evidente juego que el *Para algunos* establecía con respecto a uno de los *best-sellers* del Siglo de Oro, el *Para todos* de Juan Pérez de Montalbán (1632); reducción que vendría a consumarla Juan Fernández y Peralta con su *Para sí* (1661). Pero, lejos del título, son tantos los aspectos literarios, formales y teóricos reseñables y merecedores de atención, que una tesis (esta tesis) no basta para abarcarlos todos. De ahí que no sean pocas las cuestiones que aquí se traten de modo tangencial, con la pretensión de ahondar en las mismas en un futuro próximo.

El primero de los aspectos que contribuyen al especial interés del *Para algunos* estriba en la inserción de datos biobibliográficos del autor, Matías de los Reyes. Así, por ejemplo, en la dedicatoria a don Pedro de Carvajal y Ulloa confiesa el autor a propósito de la obra que está brindando: «el que consagro a V.m. (señor) es el quinto parto, escrito es en más madura edad» (1640: §5r). En esta, la obra más ambiciosa de Matías de los Reyes, el autor pareció seguir el dictamen del que señaló como su amigo de infancia,

Tirso de Molina¹²³, quien, en la dedicatoria de su *Deleitar aprovechando* (1635) reivindicaba: «hagamos una miscelánea provechosa» (Molina, 1994: 9). En efecto, el *Para algunos*, condumio híbrido —que no miscelánea—, se adscribe a las miras ejemplares de la Contrarreforma y, tal y como fue usual en la narrativa de ficción barroca, cuenta con una historia marco en la que se engarzan diversos planos narrativos. Lo excepcional de este primer y más superficial nivel —la narración marco— lo constituye la presencia del autor, Matías de los Reyes, en su propia ficción como uno de los personajes. Muy probablemente este carácter autobiográfico del *Para algunos* tenga que ver, entre otros aspectos, con los anhelos frustrados del autor por ser un escritor reconocido en su época¹²⁴. De sus fracasados intentos da cuenta Gregorio Cid de Carriazo en el texto preliminar «A los que leyeren» inserto en el *Para algunos*:

del bien afortunado con las musas, a quien festivamente han aclamado por más que merecedor de la gracia de sus números, del tantas veces admirado de las antiguas y nuevas deidades del melifluo Manzanares, y nunca bien conocido Matías de los Reyes, cuyos poemas en verso y prosa han sido iguales a la escaseza [sic] de su fortuna, con que digo tanto menos de lo mucho (1640: §6v).

De modo que al incluirse Matías de los Reyes en su propia ficción, conseguía franquear la muerte —esta vez como personaje—, en caso de que su intento por granjear la fama a través de la literatura resultase nuevamente fallido. Y así fue.

Ya en el seno de la ficción, Matías de los Reyes narra autobiográficamente que, yendo en peregrinación a Guadalupe y tras haber parado a descansar en una posada, coincide con Acrisio, cura italiano de avanzada edad¹²⁵. Tanto el motivo de la peregrinación religiosa, así como la profesión de fe de los dos personajes que, junto con Matías de los

¹²³ Pocos datos se conservan a propósito de esta supuesta relación, reducidos todos a la dedicatoria de *El agravio agradecido* (Jaén, Pedro de la Cuesta, 1629), comedia dedicada a Tirso de Molina, cuyo colofón se ubica en Villanueva de la Serena el 21 de septiembre de 1622. En el texto liminar de la dedicatoria, Matías de los Reyes afirma: «Si nuestra comunicación fue desde los rudimentos de las primeras letras contraída, sin duda será eternamente estable» (*El agravio agradecido* en *Enredos del diablo...* 1629: f. ¶1r, R/ 23962 BNE). Y continúa: «Entre ellas [las seis comedias que tiene escritas] es una *El agravio agradecido*, imitación de los *Anfitreones* de Plauto, que es la misma que a V.P. leí en su celda, que por haberme dicho bien della, me atrevo a juntarla con las otras cinco que doy a la estampa» 1629: f. ¶1v, R/ 23962 BNE). De las palabras del autor del *Para algunos* se desprende la existencia de una amistad entre ambos literatos. Sobre esta relación, v. Barrera y Leirado, 1968: 326; Johnson, 1973: 12-14; Ríos, 1969: 93-944; Vázquez, 1983; Wade, 1952.

¹²⁴ Así lo asevera C. Johnson: «Reyes dreamed of a successful literary career. He was obsessed by the idea of literature as a means to acquire honor [...] He was known in literary circles, but his work was never particularly well received there. He figures in only one of the catalogues of golden age writers compiled by his contemporaries, that of Tomás Tamayo y Vargas, in a one-line reference. He does not appear as a writer of introductory verses in anyone else's books. And no other writer, with the notable exception of Juan Pablo Mártir Rizo, contributed any such verse to Reye's works» (1973: 9-10).

¹²⁵ En relación con este aspecto, son varias las similitudes que pueden establecerse entre el *Para algunos* y *Corrección de vicios* (1615) de Alonso J. de Salas Barbadillo. En primer lugar, en la narración marco de esta última el autor se autoincluye asimismo como personaje de su propia ficción literaria. Al igual que Matías de los Reyes, realiza un viaje —en este caso a Tudela— que dará pie a la inserción de nuevos planos narrativos a partir del encuentro con otro personaje, «Boca de todas las verdades».

Reyes, protagonizan la narración marco, tienen mucho que ver con el espíritu de la Contrarreforma y con el concepto barroco de *homo viator*¹²⁶:

Se trata de un inmejorable medio de propaganda para inclinar los espíritus a los dogmas de la fe cristiana. La figura del peregrino, acosado por la confusión del mundo, sigue el camino hacia la salvación guiado por la fe y la gracia divina. La identificación individual y colectiva con esta imagen permite consolidar las barreras de contención a los intentos de debilitar los poderes temporales e intemporales de la sociedad, la monarquía absoluta y la Iglesia Católica (Deffis de Calvo, 1999: 46).

Acrisio y Matías de los Reyes entablan una cordial conversación y el religioso italiano, que casualmente se dirige hacia el mismo destino, acepta acompañar al autor, Matías de los Reyes, a visitar a un amigo de Talavera, también cura, antes de encaminarse hacia Guadalupe. Una vez en casa del religioso talaverano, el autor, dentro de la ficción, halla fortuitamente en la biblioteca de su amigo la que se ha considerado su mejor comedia, esto es, *El agravio agradecido*, que no es sino una reescritura de *Anfitrión* de Plauto, publicada en Jaén en 1629 por Pedro de la Cuesta en un volumen facticio junto con las otras cinco comedias del autor escritas durante su juventud¹²⁷. En la lectura propagandística que de la comedia llevan a cabo, tiene lugar un suceso trascendental para el desarrollo ulterior de la obra: se trata de un hechizo mágico que posibilita la transmutación física de un personaje en otro. Acabada la lectura de la comedia, la transformación mágica en ella recogida será el motor que desencadene los sucesivos trece discursos del *Para algunos*, ya que los tres amigos discurrirán a propósito de la naturaleza de las transformaciones. Matías de los Reyes, que muestra sus dudas con respecto a las metamorfosis, asevera:

se me quedaron pegados en el ánimo algunos escrúpulos de que deseo limpiarme. Estos son sobre los metamorforsios o transformaciones que los prestigiosos profesores de esta ciencia hacen con sus encantos de unos cuerpos en otros [...] Y para que de una vez yo proponga mis escrúpulos y causas, que me los han introducido, y me dejéis limpio de ellos, quiero saber también como se entiende a nuestro propósito¹²⁸ (ca.1637: f. 47v).

A partir de este momento, los tres contertulios desarrollan varias disertaciones en torno a la magia. Ya en el primer discurso, que lleva por título «Sobre las magias y reprobación de sus supersticiones», el religioso de Talavera refiere la transmigración en asno de un joven por efecto de una mujer que, a consecuencia del amor, deseaba retenerlo consigo. Vinculada también con las relaciones amorosas, tiene lugar la zoantropía más destacada de las que aparecen en el *Para algunos*. Y es que Acrisio,

¹²⁶ «Nuestra vida es toda peregrinación, y lo confirman todas las cosas del mundo, cuyo ser, por instantes, vuela» (Suárez de Figueroa, 1988: 65).

¹²⁷ V. Gómez Sánchez-Ferrer, 2015: 217-219.

¹²⁸ Estas dudas suelen ser frecuentes en las tertulias de los marcos narrativos a propósito de los sucesos que en ellas se narran. Así se desprende del juicio de J. Bradbury sobre *Noches de invierno*: «la obra de Eslava recuerda a misceláneas como las de Torquemada y Zapata, compartiendo con ellas también una cierta inquietud acerca de la veracidad de los elementos maravillosos que pueden surgir en las narraciones o los debates posteriores [...] dudas que se resuelven por medio de *auctoritates* en los discursos consiguientes» (2014: 220-221).

para esclarecer su opinión sobre las metamorfosis, refiere una experiencia personal mediante la lectura de sus memorias, las cuales ocupan la mayor parte de los trece discursos del *Para algunos* y se convierten, por tanto, en la narración principal y más extensa de la obra. A su vez, siete novelas cortas, cartas y composiciones en verso se ensartan en dicha narración, materiales que, según la clasificación de Pilar Palomo, establecen con respecto a aquella una dependencia sintagmática (1976: 18). Como se verá a continuación, tanto los anales de Acrisio como seis de las siete novelas cortas no son más que una recreación de *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso* de Lorenzo Selva (Orvieto, Rosato Tintinassi, 1582), pese a que no será esta la única referencia literaria que Matías de los Reyes tenga en cuenta a la hora de confeccionar su obra de madurez, *Para algunos*.

Sin duda el carácter autobiográfico de este proyecto literario de Matías de los Reyes no tuvo que ver exclusivamente con las aspiraciones literarias del autor, sino que se enraíza asimismo en una tendencia literaria muy extendida en la época que pugna por dotar de veracidad los hechos literarios:

Esta corriente formalmente autobiográfica que [...] no es privativa de la picaresca, proporciona en muchos casos las dosis de credibilidad en lo narrado que tanto se habían echado de menos cuando se enjuiciaban los viejos libros de caballerías. La búsqueda de la verosimilitud se hizo más acuciente según se viven las últimas décadas del siglo XVI y se avanza en la centuria siguiente. [...] la forma autobiográfica supone, sobre todo, un recurso más que añadir a esta configuración verista que impregna muchos géneros literarios de la época. La autobiografía, pues, consiste en hacernos creer lo contado, y si quien lo cuenta adopta el diálogo como vehículo de expresión de sus experiencias, la credibilidad en el esquema propuesto crece (Costa, 1994: 264).

En efecto, el asunto de la verosimilitud hubo de preocupar a Matías de los Reyes, y de ello da fe no solo su inclusión en el plano de la ficción sino también la estructuración de los trece discursos en torno a las comidas de los personajes. Valga de prueba el culmen del discurso segundo, en el que ocurre lo siguiente:

- A buen tiempo —dijo el cura— habéis concluido, porque Quiteria me está haciendo del ojo para que va[ya]mos a comer.
- A la voz del ángel —acudí yo—, ¿quién se hará rebelde y sordo? Vamos, en buena hora.
-Vamos —dijo el cura—, y en reposando la comida volveremos a saber quién dio la muerte a Ismenia [...] (Reyes, ca.1637: f. 79r).

Ciertamente, el motivo literario que permite distribuir los trece discursos no es otro que la vianda de los personajes de la narración marco. Sobre este aspecto, resulta ilustrativo el extracto que sigue. El cura talaverano, ante la tristeza de Acrisio al narrar un trágico suceso de sus memorias, reflexiona: «Mejor es que tratemos que nos den de cenar, si es cierto que los duelos con pan son menos» (ca.1637: f. 136v), a lo que el personaje italiano responde:

— Bien vale aquí —dijo él—, señor doctor, ese proverbio, porque la sobra de regalo que nos hacéis me tiene a mí tan prevenido que no puede hacer en mi pecho mella pesar

presente, cuanto y más pasada memoria. Y supuesto que es temprano, dad lugar que la digestión de la comida le dé a la cena, que en esta parte andáis tan puntual que todo se nos va en comer y cenar, no como aquellos caballeros andantes de la antigüedad que jamás sus cronistas nos dicen cuándo comían.

— No es mala la advertencia —dije— para los que nos mormuraren de lo que menudeamos el comer y cenar en estos discursos, pero sírvanos por disculpa, que por eso estamos en casa de un liberal ánimo que no nos lo zahiera y así, pues no nos lo da nadie, callen y oigan (*ibídem*).

Las respuestas de Acrisio y Matías de los Reyes implican la autoconciencia, por parte del personaje, de su condición ficticia al compararse con los caballeros andantes, cuyo principal rasgo de inverosimilitud, amén de sus fantásticas aventuras, era la ausencia de hábitos humanos tales como la alimentación. En este caso, las reuniones en el huerto, repartidas en función de los horarios de la cena y el almuerzo, contribuyen, además de otros elementos que así lo hacen posible —entre los que se halla la perspectiva autobiográfica de la ficción—, a dotar de verosimilitud los hechos narrados.

3.2. DE LA MISCELÁNEA A LA NOVELA CORTA. CONSIDERACIONES GENÉRICAS SOBRE LA PROSA HÍBRIDA BARROCA

La primera de las cuestiones en las que cabe detenerse concierne a la delimitación genérica de la última obra de Matías de los Reyes y es muy probable que de este estudio no se extraiga una respuesta concreta. Puede, incluso, que no exista aún una etiqueta capaz de abarcar la heterogeneidad manifiesta que caracteriza a un corpus de obras barrocas entre las que figura el *Para algunos*, que surge al calor de varios factores de índole diversa: el desgaste de colecciones homogéneas de novelas cortas y la consecuente búsqueda de nuevas propuestas formales, los imperativos de los editores (no hay que olvidar que la mayoría de autores había de recurrir a libreros que sufragasen los costes de edición) o un público ávido de repertorios de ficciones variadas, además de un conglomerado de géneros literarios manidos, entre otros. En relación con este fenómeno, vale la pena reparar en la siguiente consideración de Cristóbal Suárez de Figueroa vertida en *El pasajero* (1617):

Pareceme, pues, habrá dificultad en alcanzar licencia para la impresión, y que, según esto sería menester valerse de industria con que se venciese este obstáculo. Convendría erigirle algún frontispicio pomposo, algún nombre abultado, ejemplar y atractivo (...) Resta ahora interpolar los versos con algunas prosas, que sirva solo de explicar las ocasiones en que se hicieron. Con esta mezcla, con este entreverado se disimula no poco aquella mala calidad de Rimas solas, y se da motivo a facilitar la licencia (citado a través de Suárez Figaredo, 2004: 239-240).

Siguiese o no Matías de los Reyes la prescripción de Suárez de Figueroa, lo cierto es que el *Para Algunos*, constituido sobre una amalgama de elementos adscritos a diversos géneros literarios, presenta serias dificultades a la hora de delimitar su categoría

genérica, pues recoge, muy acorde con la época en que vio la luz, la mezcolanza y el contraste «of the most of the preexisting genres of Renaissance humanism» (Johnson, 1973: 185).

Tradicionalmente esta obra y sus similares no han gozado de una consideración idónea, inmersas hasta una fecha relativamente reciente en una esfera marginal tal vez derivada de su indeterminación genérica y calificadas, en ocasiones, como «un cajón de sastre» (González de Amezúa, 1951: 1970)¹²⁹ a partir de su manifiesta variedad. Valga para ilustrar estas palabras la reflexión de Isaías Lerner cuando afirma que «las misceláneas [del quinientos] se transformaron en simple moda derivativa y terminaron por ser objeto de burlonas referencias y justos ataques de los escritores del XVII, quienes, sin embargo, no dejaron de utilizarlas en sus propios textos» (1998: 81)¹³⁰.

A tal efecto, el *Para algunos* ha sido considerada una miscelánea al estilo de los *Cigarrales de Toledo* (1624) de Tirso de Molina, las *Tardes entretenidas* (1625) de Castillo Solórzano o el *Para todos* (1632) de Pérez de Montalbán, entre otros. No obstante, no han faltado quienes no se han atrevido a clasificarla admitiendo su «difícil catalogación» (Flor y Ripoll, 1991: 91).

Por una parte, resulta innegable la impronta que diálogos misceláneos del siglo XVI, como el *Jardín de Flores Curiosas* (1570) de Antonio de Torquemada, tienen sobre la obra heterogénea de Matías de los Reyes, y, en efecto, numerosos fragmentos, como se verá a continuación, delatan tal influencia. Esta miscelánea y sus análogas toman como referentes obras clásicas, principalmente la *Historia natural* de Plinio, las *Noches áticas* de Aulo Gelio, las *Saturnalia* de Macrobio y el *Banquete de los sofistas* de Ateneo; y fueron bastante comunes en el siglo XVI, primero en latín y posteriormente, siguiendo la estela de Mexía, en lengua vernácula (Lerner, 1998: 72-74).

Amén de las similitudes entre la obra de Reyes y este género, que radican sobre todo en la carga pseudoerudita de los diálogos, no pueden obviarse ciertas divergencias sustanciales que, si bien no configuran otra estructura genérica, tampoco permiten la inclusión del *Para Algunos* y obras de configuración similar en el grupo de las misceláneas entendidas en el sentido renacentista como suma de curiosidades varias, sin orden alguno, que generalmente excluyen la ficción (aunque evidentemente presentan un alto grado de literariedad) y buscan, ante todo, la autenticidad (Alcalá Galán, 1996: 12- 13). En suma, las eventuales narraciones insertas en este tipo de obras no aparecen valoradas *per se*, «porque estos autores no desean construir historias poéticas, sino

¹²⁹ Calificativo empleado para definir el *Para todos* de Juan Pérez de Montalbán, pero extensible a todo el conjunto de obras barrocas híbridas.

¹³⁰ Es probable que estas consideraciones no sean más que una tendencia basada en la inercia de los diálogos renacentistas del siglo XVI de los que, como afirma Rafael Malpartida, «su estatuto genérico apenas si ha interesado, a lo cual hemos de añadir que, en la consideración particular de las distintas obras misceláneas, han abundado los términos peyorativos» (2007: 42).

utilizar a modo de ejemplos sucesos que sirvan de apoyo o clarificación a lo expuesto» (Rallo Gruss, 1984: 166).

En el caso del *Para Algunos*, y, muy a pesar de la consideración de Fernández Nieto, quien afirma que «el libro es un amasijo de géneros diversos interrumpidos incluso por citas eruditas sin ningún sentido dentro del conjunto» (1985: 163), lo cierto es que, aunque confluyen, efectivamente, variados temas recogidos en diversos formatos estructurales, no son tantos ni tan dispares como en las misceláneas y diálogos renacentistas, ni suponen una recopilación de orden arbitrario. En todo caso se subordinan a un conducto argumental en el que se imbrican con perfecto sentido, constituyendo así un complejo entramado de planos de ficción, pese a que a Fernández Nieto le parezcan un «todo revuelto donde lo de menos es el argumento» (1985: 163).

En efecto, los elementos insertos en la trama principal ilustran un razonamiento previamente expuesto, pero sus cualidades literarias exceden la mera ejemplificación, por lo que el corsé de «miscelánea» imposibilita la inclusión del *Para algunos* en el mismo. Se trata, sin duda, de un producto literario diverso, más elaborado y complejo que una simple evolución del género del quinientos. No obstante, quizá estas trabas genéricas tengan su razón de ser en un problema más terminológico y conceptual que literario. Así, en la entrada «miscelánea» del DRAE conviven sendas acepciones que podrían aplicarse intachablemente, por una parte, al *Para algunos*, como obra «mixta, varia, compuesta de cosas distintas o de géneros diferentes» (2001: sv); y, por otra, a las misceláneas del siglo XVI, más bien consideradas particularmente como «obra o escrito en que se tratan muchas materias inconexas y mezcladas» (2001: sv). De ahí que tal vez sea conveniente matizar de algún modo el término «miscelánea», que en literatura ha acabado asumiendo la segunda definición, con el fin de diferenciarlo de un conjunto de obras que no pueden englobarse bajo la misma, sino que más bien responden a una práctica común de un siglo en el que el contraste fue la piedra angular del arte. De acuerdo con Jonathan Bradbury:

Habrá que adoptar de todas formas una formulación heurística que permita identificar las misceláneas del XVII, y propongo que esta identificación se efectúe a través de una consideración de la medida en que una presunta miscelánea tardía preserve la función fundamental de las misceláneas tempranas: la colección y transmisión a lectores medios de hechos y datos normalmente fuera de su alcance, con un énfasis particular en materias eruditas (2014: 211-212).

Definitivamente resulta este el motivo fundamental por el que la última obra de Matías de los Reyes no tiene cabida en el género de la miscelánea —entendida literariamente según la forma del quinientos—, pues sus pretensiones quedan muy lejos de la erudición. Así se manifiesta en un texto muy curioso que antecede a los textos liminares legales y administrativos del *Para algunos*, en el que puede leerse lo siguiente:

Advierto al que leyere, que si se hallare embarazado su gusto con la lección del primer discurso, por lo que le parezca contradiciente a lo que promete de entretenido este libro en la disputa de la magia, podrá pasar al siguiente, en que se da principio a la narración. Que fue necesario escribirle para algunos que no son prácticos en las operaciones destas ciencias, que ya será posible le vuelva a buscar después de haber leído el libro, por infor[mar]se de lo duro que ofrecerán a su crédito los admirables sucesos de Acrisio¹³¹ (1640: §2r).

El discurso primero, ofrendado al lector como prescindible a partir de las palabras anteriores, se titula «Sobre las magias y reprobación de sus supersticiones», y es el que soporta la mayor carga de tertulia pseudoerudita llevada a cabo entre los tres personajes de la narración marco. En discursos sucesivos predomina la ficción, con buenas dosis de diálogo en los discursos sexto y noveno.

Muy recientemente y, con la finalidad de plantear una solución a la compleja clasificación de la narrativa de ficción áurea de carácter híbrido, se han propuesto nuevas terminologías. Tal es el caso de Manuel Piqueras Flores quien, consciente de la problemática terminológica, plantea el concepto más genérico de «colecciones de metaficción»¹³² para aquellos casos en que dentro «de una ficción los personajes tengan conciencia de que las novelas que leen, relatan y escuchan son a su vez ficciones. Cabría distinguir entonces entre la ficción primaria (el marco) y la ficción secundaria (las novelas cortas insertas en él)» (2016a: 799). A esta reciente propuesta escaparía también el *Para algunos*, en tanto que varias de las novelas cortas que se insertan en la narración principal del mismo son el resultado de experiencias personales —o, en cualquier caso, asimiladas como verosímiles por los personajes de la ficción primaria— narradas por personajes secundarios con los que se topa el narrador.

Además del género de la miscelánea, la presencia de novelas cortas en la última obra de Matías de los Reyes ha motivado su parentesco con las prolíficas colecciones de novela corta, subgénero que sufre una importante eclosión en la primera mitad del siglo XVII, momento en que «la prosa novelística logró por primera vez el estatus de forma literaria principal» (King, 1963: 105) y se convirtió en todo un negocio editorial (Montero, 2006: 172). Este género ha pervivido históricamente desvaído en la tradición literaria española debido a apreciaciones desatinadas por parte de la crítica, pues como afirma Evangelina Rodríguez Cuadros,

la llamada novela corta o cortesana es atendida por la historiografía, pues, en primera instancia, como un sucedáneo borroso y vergonzante de la cervantina, como un

¹³¹ Resulta complejo determinar si esta advertencia se corresponde con la voluntad de Matías de los Reyes o más bien es fruto de un imperativo editorial.

¹³² «Una vez fijado el término general, es posible distinguir, por un lado, entre colecciones de metaficción misceláneas (lexema usado aquí como adjetivo, no como sustantivo), que serían aquellas que contienen ficciones secundarias de varios géneros; y por otro, entre colecciones de metaficción puras: aquellas colecciones que interpolan únicamente un género» (Piqueras Flores, 2016a:807).

aglomerado literario o filtro que diversifica distintas estructuras de fortuna editorial: lo pastoril, lo caballeresco, lo sentimental, lo morisco (1996: 32).

Ciertamente, el interés por la novela corta surge tímidamente a principios del siglo XX con aportaciones que, aunque escuetas en número, marcaron imprescindibles derroteros que aún hoy constituyen ineludibles referencias para el estudio del género. Buena prueba de ello la constituyen las investigaciones de Menéndez Pelayo (1905), Edwin B. Place (1926) o Caroline Bourland (1927).

Afortunadamente y, tras unas décadas de silencio honrosamente interrumpidas por Willard F. King (1963), Walter Pabst (1972) o Giovanna Formichi (1973), la novela corta resucita a las miras de la investigación literaria en los años ochenta, tal vez a partir de la aportación señera de Evangelina Rodríguez Cuadros: *Novela corta marginada del siglo XVII español* (1979), para continuar recibiendo inexcusables contribuciones, entre las que puede destacarse la de Jean-Michelle Laspéras (1987). Ambas consiguieron desempolvar paulatinamente la novela corta, a partir de ese momento menos postergada a los márgenes de la literatura de segunda fila. Ya en los últimos tiempos, es necesario reseñar, en este frugal recorrido, dos estudios que no por recientes son menos estimables, pues se trata de auténticas obras de referencia en el estudio de la narrativa breve barroca: el de Isabel Colón (2001), basado no solo en aspectos intrínsecos a la propia literatura sino también en el marco sociológico que la vio nacer, y el de Rafael Bonilla Cerezo (2010), que, además de contener una valiosa síntesis de la crítica vertida sobre la novela corta, apuesta hacia nuevas e interesantes consideraciones del género. Ambos investigadores han dirigido proyectos de investigación orientados a alumbrar definitivamente la prosa breve de ficción barroca: *Pampinea y sus descendientes: novella italiana y española frente a frente* (2010-2013, UCM), dirigido por Isabel Colón y *La novela corta del siglo XVII. Estudio y edición* (2010-2013, UCO), renovado en una segunda edición (2014-2017) y una tercera edición (2018-2021) bajo la tutela de Rafael Bonilla Cerezo¹³³. En el marco de este último proyecto, varios investigadores han unido sus esfuerzos en aras de editar críticamente un considerable corpus de textos de prosa de ficción barroca.

En relación con el ámbito formal, las novelas cortas podían aparecer, fundamentalmente, en dos formatos: o bien aisladas unas de otras sin trabazón argumental, al menos aparente, como es el caso de las *Novelas ejemplares* (1613) de Cervantes; o bien reunidas en colecciones en las que una historia marco servía como pretexto para la inclusión de las narraciones a la manera del *Decamerón* (1350) de Boccaccio. No obstante, como señala Isabel Colón, «la trama del marco no es igual en

¹³³ Una escrupulosa revisión de los últimos avances bibliográficos en el ámbito de la novela corta puede hallarse en Bonilla Cerezo y Fernández Malgarejo, «La novela corta del Barroco: estado de la cuestión (2010-2015) y tareas pendientes» en ALBERT, M. *et alii* (eds.), *Nuevos enfoques sobre la novela corta barroca*, Frankfurt am Main, 2016, pp. 19-76.

todas las agrupaciones, en algunas sirve tan solo de vinculación entre novelas, en otras se acumulan los diálogos hasta el punto de que se convierten en misceláneas» (2001: 55). Tal es el caso del *Para Algunos*, similar a la variedad contextualizada o con marco de la novela corta, en las que un motivo externo, en este caso, un viaje que da lugar a una tertulia, se ve interrumpido y sirve como excusa para la inserción de un conjunto de relatos o, como aquí ocurre, de varias formas literarias, con la salvedad de que la novela corta tiene presencia minoritaria en el desarrollo de la narración del *Para algunos*.

Respecto a la formación y poligénesis de la novela corta, mucho se ha debatido¹³⁴. No obstante, resultan sumamente convincentes, por cuanto tienen de repercusión en el presente estudio, las palabras de Rafael Bonilla cuando asegura que:

Para encajar las teselas del mosaico de la novela en España es necesario acudir [...] a la impronta de los géneros narrativos que triunfaron en el XVI; o sea, los libros de caballerías, pastoriles, moriscos, bizantinos y –más secundarios– picarescos. Junto a otra creación del Seiscientos: la comedia nueva. Morínigo [1957: 41-61] ha sostenido que desde finales del XVI el teatro se percibe como sustituto de la novela [...] la narrativa comienza a adoptar técnicas dramáticas para el desarrollo de los argumentos, copiando incluso la expresión de la comedia en lo que atañe a la interpolación de poesías y canciones, cada vez más frecuente, además de los disfraces (2010: 37).

Además de esta sucinta revisión teórica, será interesante considerar la perspectiva sobre la novela corta que el propio Matías de los Reyes brinda en su *Para algunos*, de la que trataré más adelante.

3.2.1. HACIA UNA POÉTICA DE LA NOVELA CORTA. *MARGINALIA* Y FEMINIDAD EN EL *PARA ALGUNOS* DE MATÍAS DE LOS REYES¹³⁵

La dificultad para cercar los fundamentos del género aurisecular de la novela corta comienza por su denominación misma, oscilante entre varias voces que no resultaron unánimes ni siquiera a los propios noveladores, quienes se refirieron a sus creaciones como «patrañas» (Timoneda), «maravillas» (María de Zayas), «sucesos» (Pérez de Montalbán), «casos» (Juan de Piña), «novelas» (Cervantes, Lope de Vega...) y un largo etcétera (Miñana 2002: 79) que ha hallado un correlato similar en la perspectiva de la crítica, con sobrenombres nunca conformes a todos los gustos (Colón 2001: 13-14; Rodríguez Cuadros 2014). Una muestra que corrobora esta versatilidad terminológica en el seno del seiscientos la constituye precisamente la última obra de Matías de los Reyes, en la que tiene cabida un generoso muestrario de conceptos que designan una misma –o, al menos, parecida– realidad narrativa. Se trata de la fluctuación léxica entre «novela», «novella», «historia», «narración» y «suceso». En relación con las

¹³⁴ V. González Ramírez (2011), Montero Reguera (2006), Piqueras Flores, Manuel (2016b), entre otros.

¹³⁵ Buena parte de las conclusiones plasmadas aquí vieron la luz en un trabajo homónimo inserto en el volumen colectivo *Nuevos enfoques sobre la novela corta barroca* coordinado por Mechthild Albert *et alii*, 2016, pp. 215-232. V. Gómez Moral, 2016a.

narraciones breves incluidas en el *Para algunos*, sumo interés atesoran los varios estadios de redacción que exhibe el manuscrito-original de imprenta, retornos sobre el texto que evidencian cierta reflexión a propósito de la «novela»¹³⁶, cuya consideración se muestra, asimismo, en la única tertulia femenina que tiene lugar en el *Para algunos*. No obstante, andaremos con cautela a la hora de forjar una referencia semántica para la «novela corta» en la poética de Matías de los Reyes. Y es que, como se adelantaba, tal vez se incurra en anacronismos al pretender encorsetar bajo los moldes de una teoría crítica actual un género que vio la luz desprovisto de formulismos y se incubó, por consiguiente, al calor de la experimentación.

3.2.1.1. Historias, sucesos y novelas: la novelística breve del *Para algunos* de Matías de los Reyes

Ya en el *Para algunos*, es el propio Acrisio quien, antes de iniciar la lectura de su diario, justifica la inserción de breves incisos narrativos: «Prevéngooos con que sus accidentes me obligan a largos discursos, pues será forzoso y aun creo no enojoso al oído tocar de camino algunos sucesos y casos que diviertan algo de lo penoso de los míos» (f. 61r). Según esta confesión, las novelas cortas aquí reunidas tienen el objetivo de distender la impronta trágica de la autobiografía de Acrisio, alegato que resuena al ya empleado por Gaspar Lucas Hidalgo en sus *Diálogos de apacible entretenimiento* (1605): «¿Quién hay que, puesto en el teatro desta vida, no se canse de ver representar sus melancólicas tragedias, sin que entre jornada y jornada le diviertan con el entremés de un placer y honesto pasatiempo?» (Hidalgo, 2010: 77-78). Estos paréntesis, que en el caso del *Para algunos* codician, asimismo, un virtuoso recreo, solo comparten una manifiesta desemejanza en extensión, temática y engarce. Pese a tal heterogeneidad, será el tratamiento paratextual y literario de algunas de estas novelas cortas por parte de su propio autor el que nos permita dar cuenta de los fundamentos que reunió la *novella* para Matías de los Reyes.

Según el parecer de Jean-Michel Laspéras, «la definición de la novela no se puede conformar espigando palabras, reflexiones, comentarios fugaces, y otros elementos diseminados de una poética que nunca logró escribirse» (Laspéras 1999: 317). Ciertamente, la carencia de una preceptiva en torno a la novela corta del Siglo de Oro ha movido a la crítica a postular fórmulas posibles a partir de sucintas declaraciones de los noveladores castellanos disgregadas en sus propias colecciones (v. Vega Carpio, 2007: 107; Suárez de Figueroa, 1618: 56r-v; Lugo y Dávila, 1906: 21-27; etc.). Lamentablemente, tal vez el embrollo de influjos y posibilidades exegéticas que alberga la narrativa breve del Barroco español impida otras vías con las que alcanzar la descripción del género y el puzle solo pueda confeccionarse partiendo de estos dispersos

¹³⁶ Me referiré siempre, a no ser que especifique lo contrario, al referente del término «novela» en el seiscientos, esto es, lo que más o menos consensuadamente se ha dado en llamar «novela corta».

resquicios que los mismos autores desperdigaron por sus obras de forma simultánea a su composición. Es, del mismo modo, probable, que se trate de un rompecabezas irresoluble –y anacrónico, como apuntaba líneas arriba– y solo valga la constatación de lo que, para cada autor particular, significó el término «novela», hipótesis desestimada por Laspéras. Sin embargo, ante la ausencia de alternativas, nos decantamos por analizar los indicios de uno de los tuerkos del reino de los ciegos que fue la poética de la novela corta, el *Para algunos* de Matías de los Reyes, cuyos vestigios –en ocasiones materiales– posibilitan una aproximación al género, por exclusiva o singular que esta sea.

En esta obra escrita figuradamente para unos pocos, y, contrariamente a lo que ocurre en su principal fuente literaria –*Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*–, no todas las novelas cortas reciben idéntico tratamiento ni trabazón estructural, pues se origina, a la hora de etiquetarlas, una escisión pretendida entre las voces «historia», «suceso» y «novela». De manera que no todas ellas –siempre desde la perspectiva de Matías de los Reyes– van a contener los elementos necesarios para ser consideradas «novelas».

En relación con la primera de las formas narrativas, «historia», alude a las tres narraciones más dilatadas, aquellas que, precisamente por su extensión, se asemejan a la medida estándar de las novelas cortas castellanas. No obstante, en contadas ocasiones, «historia» se intercambia con el término «novela» para hacer alusión a una misma realidad narrativa, generalmente más breve, aunque habrá razones de sobra para atribuir referentes diversos a uno y otro vocablo.

«La historia de la peña de los dos enamorados de Antequera» es la primera de las novelas cortas que aparecen en el *Para algunos* así como la más exclusiva: se trata de la única que integra una unidad estructural independiente –el discurso cuarto–, que ostenta título, y que, a diferencia del resto, no procede de las metamorfosis italianas.

Acrisio, durante un viaje, comparte camino con el antequerano Alarcón, al que pide que le cuente una leyenda que conoce sobre su tierra natal. El español acepta la encomienda, que posterga para después de la siesta, «remitiendo para el entretenimiento del camino la narración de la historia», con la que promete «un entretenido rato en la novedad del suceso» (fol. 96r). Es así como Alarcón refiere esta novela corta morisca, versión de la popular leyenda de los dos enamorados de la peña de Antequera (v. Gómez Moral, 2016b) cuya demarcación conceptual –«historia»– se revela inherente a los más encumbrados exponentes del género morisco: la *Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa* y la «Historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja» incluida en el *Guzmán de Alfarache* (1599) y con la que, además, comparte ciertas concomitancias. En esta ocasión, la condición legendaria de esta novela corta presente en el *Para algunos*

salvaguarda su historicidad, rasgo ausente en el resto de narraciones breves clasificadas bajo el rótulo de «historia», acaso el más impreciso de los moldes narrativos.

Sirva de muestra la siguiente «historia», una novela corta que figura en el discurso undécimo del *Para algunos* en el momento en que Acrisio, convertido en serpiente, presencia el encuentro de dos peregrinos y reconoce en uno de ellos a su buen amigo Doristeo. Cuando el otro viajero le pregunta a este por qué se marchó de su aldea natal, Doristeo responde con parte de su autobiografía, sin duda singular al contener una metamorfosis en cuervo. Acrisio, al mencionar el suceso, sentencia: «así concluyó su historia mi amigo Doristeo» (fol. 219v). Este relato, como excepción a la casuística de la novela corta intercalada en el *Para algunos*, consiste en el único introducido desde la perspectiva del narrador homodiegético.

La tercera y última novela corta investida como «historia» en el *Para algunos* remeda, esencialmente por su coprotagonista masculino, a los frutos más granados del género pastoril. Acrisio, después de recibir desdenes de su amada, duda si abandonar o perseverar en la ilusión de este amor, por lo que pide consejo al pastor Macrino que, a fin de ilustrar su opinión, le refiere la historia del pastor Silvio y la serrana Cintia, quienes, tras varios años de ausencias, reviven un amor nunca olvidado. De este modo, Macrino ensalza con su narración la virtud de la constancia y así se lo hace saber a su interlocutor: «Perseveremos pues, Acrisio, que a este intento he referido esta historia» (fol. 256r).

Aparte de «historia», Matías de los Reyes se sirve en una ocasión de la polisémica voz «suceso» para citar un breve relato enlazado en la narración principal a consecuencia de un debate sobre las metamorfosis: un marinero, por efecto de una hechicera, acaba convertido en asno, maleficio que revierte al pasar por la puerta de una iglesia. Aunque este episodio se halla también en la obra de Lorenzo Selva, el autor del *Para algunos* explicita al margen otras autoridades vinculadas con el mundo de la magia –Sprenger, Martín del Río, etc.– y precisa «que por célebre le refieren muchos» (fol. 58v).

Lejos de «historia» o «suceso», de más interés, por cuanto conciernen a nuestro propósito, resultan las siguientes líneas consagradas al uso del término «novela» en el *Para algunos* de Matías de los Reyes. Mientras Acrisio se encuentra transformado en serpiente, asiste a la siguiente reunión casual: tres mujeres que vuelven a casa y un arriero que, al percibir el cansancio de la más joven, le ofrece los lomos de su asno y, ante las carcajadas de las damas, les pregunta qué les suscita tremenda hilaridad. Una de las peregrinas propone contar la siguiente novela, «con cuya relación entretendremos lo que de camino nos falta» (fol. 162v). Su sobrino, leñador, había sido acusado de herir a tres mujeres en el mismo lugar y tiempo en que se hallaba partiendo leña y solo se había defendido del ataque de tres gatos. Asombrosamente, se había revelado que los tres

gatos no eran más que tres fémimas de la zona que practicaban artes oscuras y solían transformarse en felinos por lo que, tras el hallazgo, habían sido procesadas. El fin de esta relación viene acompañado por un juicio conminatorio por parte de su narradora: «como Dios no permita sin castigo semejantes pecados [...] los superiores ministros [...] castigaron a las tres con las penas condignas a sus maldades» (fol. 163r). Esta narración se muestra tan breve en extensión –apenas un folio manuscrito–, que se aproxima más a una anécdota que realmente a lo que los noveladores castellanos cultivaron. Sin embargo, presenta un elemento que llama notablemente la atención. En nota al margen del manuscrito original de imprenta –nota que forma parte asimismo de los *marginalia* del impreso– y, con tinta diversa a la empleada en el texto principal –lo que implica un proceso de relectura o revisión del texto–, se especifica «novela» (fol. 162v), apostilla que advierte al lector de una escisión narrativa. Finalizado el relato, el narrador apunta «ansí dijo la vieja, y de común acuerdo de todos se celebró la historia» (fol. 163r). En esta ocasión, por tanto, los conceptos «historia», más amplio, y «novela», se alternan, si bien «novela» implica aquí, adicionalmente, una demarcación estructural. Aparte de este caso, tal puntualización al margen vendrá a acompañar en idénticas circunstancias a las dos novelas cortas que siguen y que, además, entrañan, por su contexto narrativo particular, un valioso provecho por cuanto arrojan de luz sobre la poética de la novela corta de Matías de los Reyes.

El marco narrativo referido, tomado nuevamente de las metamorfosis italianas, tiene lugar en el momento en que Acrisio, aún con forma de sierpe, decide permanecer junto a las jóvenes Plácida, Laurencia y Florida, primas que se han reunido para pasar la tarde en un entorno natural y que buscan alguna suerte de pasatiempo. La mejor opción acaba siendo la propuesta por Florida, quien insta a las jóvenes: «Contemos, si os agrada, una novela que nos entretenga y dé alguna enseñanza, que yo he oído decir, que no hay cosa que mayores ni mejores experiencias administre que saber sucesos y dichos ajenos» (fol. 171r). Ya en su proposición queda implícito el doble y manido fondo –aunque no siempre respetado– de la *novella: utile y delectare*, idea traducida literalmente de la narración italiana. Caso bien distinto resulta la continuación de la tertulia, innovadora con respecto a la obra de Lorenzo Selva y en la que se lleva a cabo una especial incidencia en la faceta moral de la novela corta. Así se infiere de la opinión de Plácida, otra de las jóvenes, que considera que quienes novelan deberían buscar «los colores de su estilo, eficacia de las razones y prudencia de los discursos y castidad de los sucesos» (fol. 171r) con la finalidad de «mover las pasiones del espíritu a la imitación de lo bueno y aborrecimiento de lo malo, que es el blanco y objeto a que debrían mirar todos los que novelan, porque el introducir los vicios desnudos de enseñanza, más mira a impiedad que a recreo de espíritu» (fol. 171r). Esta afirmación, en la que se repudia el carácter meramente lúdico de la novela –por más que algunas de las novelas cortas

insertas en el *Para algunos* no miren más lejos— no deja ser un tópico presente en múltiples declaraciones sobre la esencia de la novela corta, ubicadas generalmente en los paratextos y en las que no parece necesario ahondar habida cuenta de la ingente bibliografía al respecto (Cayuela 1996; Laspéras 1987; Rodríguez Cuadros 1989, *et alii*). En la discusión femenina en torno a la novela, Plácida, la más drástica de las jóvenes, advierte del perjuicio que las novelas carentes de ejemplaridad pueden generar e incluso adopta una posición extrema: «Y los que así lo hacen no son dignos de las honestas orejas, mayormente de doncellas tiernas como somos nosotras. Y así soy de parecer, que huyendo este peligro, no experimentemos alguna ruin doctrina enmascarado [sic] con lo deleitoso de la fábula» (fol. 171r).

No es esta la primera vez que Matías de los Reyes se preocupa por las nocivas repercusiones que el dulce de las novelas puede ocasionar en el género femenino, pues ya en *El Menandro* (Jaén, 1630, Francisco Pérez de Castilla), el narrador juzga del siguiente modo el dilema de Dinarda, atrapada entre la lealtad a su honor e incontenibles incendios de amor. En relación con estos últimos,

consideraba la facilidad con que otras damas logran sus gustos, sin tanta circunspección y advertencias, y luego se le venían a la memoria muchos ejemplos que había leído en el Boccaccio, y otros noveleros de mujeres que trajeron a puerto seguro sus temerarias resoluciones, creyendo en todo su juicio que los que los escribieron para enseñanza de los vicios que se deben huir, y virtudes imitar, lo hicieron para persuadir los contrarios efectos; que este es el fruto que obran los libros de este género que no llevan consigo el adorno de la moralidad, sacando de cada discurso la quinta esencia para medicar los mismos sucesos, de suerte que su imitación queda aborrecida en los corazones de los sencillos ánimos. (Reyes 1909: 228-229; Johnson 1973: 229)

Estas contemplaciones morales concernientes a la mujer no fueron un rasgo exclusivo de la ética de Matías de los Reyes, sino, muy contrario, un lugar común sobre el que incidieron no pocos autores (Colón 2001: 18; Rodríguez y Haro 1999: 35). Sirva como botón de muestra la siguiente advertencia incluida en los *Entretenimientos y juegos honestos* de Alonso Remón (Madrid, viuda de Alonso Martín, 1623):

si estos libros para poderlos tener por entretenimiento las señoras, y las criadas, fueran libros que usaran de la sentencia de Horacio, que todo se lo llevó el que mezcló lo dulce a lo provechoso, y mezclaran doctrina, y sacaran moralidades, y alegorías de aquellas novelas, y fábulas, y enseñaran a huir vicios, y a abrazar el camino de la virtud, pudiéranse leer por entretenimiento: pero son muy al revés de todo esto, y así lastimado de su lección, y de los daños que hacen, especialmente en mujeres, me ocupé con gusto, como atrás queda dicho, en buscar este entretenimiento en que se entretengan sin distraerse (f. 92r).

Buena parte de este componente pernicioso de la novela corta tenía su origen en la naturaleza licenciosa del novelar italiano, a cuyos frutos recurrió Matías de los Reyes de forma reiterada despojándolos siempre de todo libertinaje, cuyas consecuencias más extremas podían abocar a la temeridad a doncellas cándidas. En relación con este aspecto y ya de vuelta en el *Para algunos*, en el coloquio entre Florida, Plácida y

Laurencia, esta última, ante la advertencia de Plácida sobre la lectura de novelas para con el género femenino, abre otro debate relacionado con el filtro censor que toda obra literaria debía transitar hasta verse impresa en letras de molde: «si las novelas fueran tan dañosas, ¿las permitiera a la estampa la piedad cristiana?» (fol. 171v), a lo que Plácida matiza que la solución óptima pasaría por imponer una censura más severa: «no por esto condeno yo el uso d'estos libros en común, pero digo que fuera bien que primero que llegasen a las manos de doncellas simples, les hiciesen la salva juicios más maduros, que experimentando algún veneno, quebraran el vaso y vertieran el licor» (fol. 171v). Florida decide clausurar el debate argumentando que la cuestión que tratan no incumbe a sus entendimientos: «No me parecen [...] materias estas para nuestra censura. Yo me afirmo que el día que sale el libro viene a nuestro poder con todas esas salvas, [...] remitámonos a quien sabe y tratemos de nuestro entretenimiento» (fol. 171v). Repárese en la incidencia ejemplar dirigida a la mujer –«simple» y «cándida»–, asunto sobre el que volveremos más adelante.

Tras el colofón de Florida, las tres jóvenes deciden novelar para ilustrar una discusión que sigue girando en torno a cuánto debe saber la mujer. Florida, la primera en hacerlo, introduce el relato de Lucía, una joven de Perugia que se halla en el limen entre la niñez y la adolescencia, y que, a pesar de su corta edad, enferma y acaba muriendo por el amor que siente hacia Lucio. De nuevo en el margen del manuscrito –trasvasado también al impreso–, una mano precisa el comienzo de una nueva dimensión narrativa, una nueva «novella», que esta vez conserva incluso la ortografía italiana (fol. 175r). A continuación del suceso, las jóvenes coligen que conocer las entrañas del amor en una edad tan precoz es tan perjudicial que puede degenerar en la muerte y así lo sentencia la narradora de esta novela corta «veis aquí, amigas, cómo mi Lucía, aunque más tierna que nosotras, supo mucho más que debiera, y tanto que no solo no le fue útil, sino muy dañoso, como habéis podido entender» (f. 175r). Acrisio, en tanto que narra sus memorias, sentencia «aquí calló Florida, dando fin a su novela». Sin embargo, en el manuscrito, una mano correctora, con tinta diversa, ha tachado «novela» y ha sobrescrito «historia», atribuyéndoles, de nuevo, una expansión semántica similar. No va a ser esta la única ocasión en que el titubeo a propósito de la terminología de la narrativa breve se evidencie en los folios de este ejemplar. Buena prueba de ello la aporta la siguiente novela corta.

Llegado el turno de Laurencia, refiere una novela que tiene por protagonista a la lasciva y corrupta Livinia quien, tras disfrazarse de varón y engañar a la regente de una residencia de virtuosas, consigue ingresar en ella y, mediante sus prácticas, convertirla en una casa de mancebía. Dicha novela corta, que viene expurgada de cierto contenido macabro en su versión castellana con respecto a la italiana, provoca la reacción deseada en Plácida: «confieso que es útil haber sabido tales iniquidades, porque por los extremos

de los vicios se conocen los medios de las virtudes [...]. Y así sabiendo por las operaciones del bueno lo que debemos seguir y por las del malo lo que debemos huir, se llega a el efecto de una buena elección en que la virtud consiste» (f. 180r). De nuevo, aunque la primera redacción lee «así dio fin Laurencia a su novela» (fol.179v), este último término ha sido tachado y sustituido, también con otra tinta, por «narración».

Puesto que en la tertulia se hallan presentes tres doncellas, Plácida, aún falta de novelar, es instada a ello por parte de sus primas. En el momento en que se dispone a participar en la ronda de novelas, al reclamo de «atended, pues» (fol. 181v), las tres jóvenes, a partir de un grito ajeno, toman consciencia de la presencia de una serpiente, que no es sino el joven Acrisio. De esta forma, el ademán novelesco de Plácida queda interrumpido y postergado a la imaginación del lector, que solo presupone su temática: las repercusiones del conocimiento en la mujer.

En definitiva, partiendo del escueto análisis del proceso redactor mediante el cual se intercambian ciertos conceptos vinculados al arte de novelar, existe en el retorno al texto por parte del autor una propensión evidente a desgajar y puntualizar ciertas unidades narrativas con el término «novela»/«novella» a través de su ubicación paratextual. Esta advertencia al lector provoca la sustitución de «novela» en el propio texto literario por sinónimos –«historia» o «narración»– a fin de evitar su reiteración. Ahora bien, si esta circunscripción se da exclusivamente en tres de las siete narraciones breves contenidas en el *Para algunos* hasta ahora reseñadas, ¿cuáles son, entonces, los criterios que Matías de los Reyes tiene en cuenta a la hora de calificar una narración como «novela»?

3.2.1.2.La feminidad como rasgo distintivo

A la luz no solo de la anarquía que caracteriza la narrativa breve del *Para algunos* sino también de los titubeos terminológicos recogidos en el manuscrito, se antoja caprichoso intentar delinear los componentes de la polifacética novela corta para este autor madrileño.

Hasta el momento y, respecto al uso de «historia», contamos con tres novelas cortas designadas exclusivamente a través de este distintivo (la «historia de los dos enamorados de la Peña de Antequera», la autobiografía de Doristeo y la novela pastoril protagonizada por Cintia y Silvio), narraciones que contrastan notablemente en cuanto a extensión con el resto de las que forman parte del *Para algunos*, erigiéndose como las más prolongadas. Dicho sea de paso, «historia» se aplica también a la narración de las memorias de Acrisio, que ocupa prácticamente y de forma discontinua toda la obra.

Por su parte, el término «novella» como deslinde narrativo en el contexto del *Para algunos* aparece en el manuscrito en tres notas al margen para indicar que en dichos lugares textuales acontece una inflexión narrativa. Tal glosa tiene lugar en exclusiva

cuando Acrisio, aún convertido en serpiente, asiste de forma clandestina a entornos sociales en los que se cuentan novelas: la primera de ellas, por una peregrina cuyo sobrino había litigado con mujeres metamórficas y, las restantes, por las primas Laurencia y Florida, basadas en mujeres nada ejemplares. Ajena a la disposición paratextual, la voz «novela» se emplea a lo largo del texto únicamente para hacer referencia bien a algunas *novelle* de Boccaccio o a estas tres novelas cortas advertidas desde el margen, cuyos elementos conjuntivos conceden la propuesta de una definición de la novela corta para Matías de los Reyes.

En primer lugar, las tres narraciones derivan de *novelle* italianas, característica concurrente en el resto de novelas cortas que figuran en el *Para algunos* –salvo los enamorados de la peña de Antequera– y, en general, tendencia recursiva en la narrativa del autor. Por otra parte, poseen, de forma diversa a las consideradas «historias», una breve o muy breve extensión, bien que, como afirma Étiemble, este aspecto «no podría ser criterio de definición» (1977: 130). Tan exigua es una de ellas que se reduce a un folio del manuscrito, volumen muy distante del tamaño usual de las novelas cortas cultivadas durante el barroco español y más próximo, por el contrario, a las *novelle*. No obstante, esta narración se adapta al canon expuesto por Lugo y Dávila en su *Teatro popular* (1622) donde, al teorizar sobre la extensión de las novelas siguiendo la preceptiva aristotélica, postula que «cuanto a la duración y límite de la fábula o novela [...] es todo aquel tiempo [...] hasta que con existencia se pasa de la incómoda fortuna a la cómoda, o de la cómoda a la incómoda, esto es, de la felicidad a la adversidad o al contrario» (Lugo y Dávila, 1906: 24). Adicionalmente, en las tres novelas y, a diferencia de otros casos, las narradoras de las mismas, concluidos sus relatos, explicitan una lección moral maniquea y atribuida más o menos veladamente a la justicia divina, juicios que ratifican la naturaleza instructiva de la novela corta que proclamaba Plácida. Caso opuesto a las novelas son las «historias» recogidas en el *Para algunos*. Aunque en ocasiones servían para ejemplificar cierta opinión o precepto, no por ello exhibían una conducta digna de imitación o repulsa. En suma, lejos de la ejemplaridad, emerge un componente *a priori* baladí que cobra sentido solo al rastrear los orígenes literarios del *Para algunos* –las metamorfosis de Lorenzo Selva–, y no es otro que la feminidad asociada al género de la novela corta. Efectivamente, las tres novelas vienen introducidas por narradoras y, pese a que «historia» se atribuye indistintamente a personajes femeninos o masculinos que se disponen a novelar, en ninguna ocasión se imbrican, a lo largo de toda la obra, el sexo masculino y el término «novela». Antes de ahondar en esta cuestión será preciso volver las miras a la anterior obra narrativa de Matías de los Reyes, *El Menandro* (Jaén, 1630, Francisco Pérez de Castilla), en cuyos folios ya se observa una evidente inclinación a relacionar «novela» con el género femenino. En dicha obra, «novela», usado siempre como sinónimo de

patraña, se perfila ligado en la mayoría de los casos al personaje de Casandra, quien, enamorada de su hijastro Menandro, fantasea a propósito de su vida para alcanzar objetivos ilícitos. De modo que, ayudada de varios disfraces y atribuyéndose pasados fabulescos,

trabajaba siempre en la invención de alguna novela con que le persuadiese no era Casandra, sino otra mujer diversa, que por varios casos de fortuna en aquel modo andaba derrotada por el mundo, creyendo así facilitaría a Menandro, para que, sin escrúpulo del nefando incesto, la gozase (Reyes, 1909: 182).

Aún más elocuentes resultan las voces que en sucesivas ocasiones aluden a la capacidad inventiva de la apasionada madrastra para «fabricar» (Reyes 1909: 182) o componer «con particular estudio» (Reyes 1909: 247) nuevas novelas con las que seducir a Menandro. Sumados estos usos del concepto «novela» a las dos ocasiones en que se refiere a embustes relacionados con la vida del pícaro Moncada, se puede concluir que para Matías de los Reyes, en 1624 –fecha de la aprobación de *El Menandro*–, «novela» no era más que una ficción, una mentira, una relación de sucesos inventados –y, probablemente, perjudiciales para las mujeres–, despojados de la profundidad connotativa que adquiere en el *Para algunos*, donde se atisba cierta modulación en el referente, que vira con mayor ahínco hacia la feminidad. Algo debió de ocurrir, entonces, antes de 1637 para que Matías de los Reyes acabara afiliando el término «novela», en exclusiva, a la mujer.

Como se verá en otra parte, el autor madrileño aprehendió con frecuencia obras italianas para recrearlas y entreverarlas generando así nuevos híbridos literarios, y una buena muestra de ello fue el *Para algunos*, imitación de *Della metamorfosi* de Lorenzo Selva. Pues bien, el escrutinio de esta fuente literaria desentraña la cuestión, cuya clave se halla en un pasaje en el que germina una reunión imprevista en un caserío. El propietario del mismo, en aras de amenizar la jornada, insta a la joven Isotta a que cuente una novela, encargo que acepta proponiendo que sea él quien la siga, a lo que le responde: «tu vuoi forse dire che a noi huomini stia bene il dir nouelle, or non sai tu, che questa è cosa propria di voi donne?» (Selva, 1591: 216). A pesar de esta afirmación, en las metamorfosis italianas participan narradores masculinos, en evidente desproporción y minoría con respecto a la mujer, hecho verificable asimismo en el *Decamerón* donde, pese a que tres de los diez narradores son hombres, Boccaccio dirige su atención, fundamentalmente, al género femenino (Baquero Goyanes, 1983: 15; Rodríguez y Haro, 1999: 44), al considerar que a partir de sus novelas: «le già dette donne che queste leggeranno, parimente diletto delle sollazzevoli cose in quelle mostrate e utile consiglio potranno pigliare, in quanto potranno cognoscere quello che sia da fuggire, e che sia similmente da seguitare» (Boccaccio, 1956: 3).

Reparando en todo lo anterior, resulta evidente que para Matías de los Reyes, la lectura detenida de las metamorfosis italianas, entre una vasta nómina de *novellieri* cuyas

huellas pueden rastrearse en buena parte de su producción (Gómez Moral, 2015b), fue determinante a la hora de forjarse un referente nítido de la novela corta, ostentado en su última obra, *Para algunos*. Al respecto, los retornos sobre el texto que destapa la conservación de un manuscrito original de imprenta, así como la constatación de una fuente literaria identificable que el autor tomó como modelo, licitan constreñir la receta de la *novella* para Matías de los Reyes según su última voluntad literaria. Los ingredientes, por tanto, de la novela corta, no serían otros que, además de la utilidad, el deleite o su inserción en un contexto social, la mujer: feminidad asociada al arte de contar historias.

A pesar de que estas líneas no pretenden rebasar los límites de la aproximación teórica, en tanto que será pertinente profundizar en un rango más amplio de obras, lo cierto es que el íntimo vínculo vislumbrado aquí entre la mujer y la novela corta no deviene excepcional. Y es que una cantidad nada desdeñable de autores del seiscientos, movidos por ambiciones intelectuales extremas, repudiaron la novela, relegándola al ámbito de la marginalidad literaria dada su condición ficcional y recreativa, y destinándola, precisamente por ello, a la mujer, sexo pocas veces sintonizado en la época con la práctica erudita –antítesis honrosa la de María de Zayas– (Rodríguez Cuadros y Haro, 1999: 43-46). Ilumine esta dicotomía el siguiente fragmento extraído de la narración marco del *Para todos* (1632) de Juan Pérez de Montalbán, donde queda sobradamente probado el absoluto liderazgo intelectual masculino y el lugar que, en consecuencia, ocupa la mujer. Doña María y don Pedro deciden celebrar su compromiso matrimonial en una quinta de recreo a la que acuden durante una semana junto con sus invitados. De entre estos, siete de los más ilustres caballeros son elegidos para liderar las tertulias de cada día, de manera que

fuese con esto cada uno de los elegidos a estudiar los puntos que le habían encomendado, previniendo primero a todos los presentes del silencio y asistencia que habían de tener, menos a las damas, que por serlo se les dio licencia para poder cuando quisiesen trocar la academia por el campo y los discursos por las flores, particularmente cuando los asuntos no fuesen de gusto para ellas, o por ser muy sutiles, o por muy ajenos de su profesión (Rodríguez Cuadros y Haro, 1999: 491).

Si bien la masculinidad se asocia, por tanto, con la ilustración y la sabiduría, para la mujer se reserva lo superficial, lo fábulesco, convirtiéndose así en «una consumidora potencial de una cierta literatura de entretenimiento –en este caso las novelas– mundo en el que encuentra el campo de recreación íntimo y mental de la ensoñación colectiva y contemplativa del teatro» (Rodríguez Cuadros y Haro, 1999: 43). Buena prueba de ello nos la da Baltasar Gracián en *El Criticón* al desestimar novelas y comedias, solo aptas para «pajes y doncellas de labor» (Gracián, 2009: 300). Algo similar debió de pensar Matías de los Reyes, quien, además, insistió con fervor en enmascarar el pasatiempo con la virtud, principalmente, en lecturas destinadas a doncellas jóvenes para evitar con ello los peligros de la ficción.

En suma, y más allá de esta conexión entre un narrador femenino y el término «novela» que se observa como tendencia en el *Para algunos*, se puede hablar de un género no solo desde sino también para la mujer. Así lo atestigua la predilección, a lo largo de esta obra, por relegar la dimensión intelectual de los discursos teóricos a tres tertulios masculinos, mientras que, en el discurrir de las novelas cortas, son las mujeres las que practican la brujería, las que estafan valiéndose o no de disfraces, las que quiebran la autoridad paterna y, las que, entre otras infracciones, violan las normas preestablecidas y acaban, por ello, de forma trágica. No son más que asuntos encaminados a la instrucción de las féminas y a mostrar los peligros que puede ocasionar el saber en la mujer. Valga de prueba la afirmación de Plácida cuando asevera que «sacadas de la almohadilla y rueca todas somos ignorancia» (fol. 172r).

3.3.SOBRE LA POÉTICA DE LA REFUNDICIÓN

Lope de Vega, en un memorial en el que delataba infracciones vinculadas con el mundo de la literatura y la imprenta, denunciaba a aquellos librereros que de forma ilícita sufragaban la impresión de comedias sin el beneplácito o la supervisión de los dramaturgos, y comparaba esta indebida apropiación con la de aquellos autores «que traducen libros de italiano en castellano (trabajo poco honroso) poniendo entre los capítulos sus adiciones» (García de Enterría, 1973: 88-89).

Esta, que fue una práctica más frecuente de lo que pueda imaginarse, se corresponde sin duda con la labor literaria de Matías de los Reyes. De hecho, en el caso de este autor, no resulta reseñable la tendencia a la imitación, recreación o traducción —pese a que, como se verá, parece ser lo único que ha cautivado la atención de la crítica—, natural de la estética de estos siglos¹³⁷, sino más bien la hegemonía de la cultura italiana en esta faena.

3.3.1. LA PRESENCIA DE LA LITERATURA ITALIANA EN LAS OBRAS DE MATÍAS DE LOS REYES

Como quedaba apuntado, la escasa atención prestada por la crítica literaria del siglo XX hacia la figura de Matías de los Reyes ha sido para poco más que condenar al autor al ostracismo del ingenio. Ilustren esta afirmación las palabras de Emilio Cotarelo: «Reyes no tiene invención alguna: todo lo que dice en cuanto al fondo lo ha tomado de una ú otra parte»¹³⁸ (1909: XXV) o las de Caroline Bourland cuando afirma que «Reyes [...] seems to have been wholly lacking in inventive ability, and to have possessed only a

¹³⁷ «[en el Siglo de Oro] la invención está siempre ubicada en el paradigma de la imitación, y la composición de los textos resulta a menudo de la colaboración. Lo debemos recordar para evitar el anacronismo que nace de la interpretación y edición de los textos de los siglos XVI y XVII según criterios filosóficos, estéticos y jurídicos establecidos y anudados solamente un siglo después» (Dadson, 2012: 394).

¹³⁸ Este juicio sin duda se halla en la base del expreso por Cejador y Frauca: «No tiene Reyes inventiva, tomando el fondo de sus obras de otros autores» (1972, IV: 232).

certain faculty of combination» (1905: 82), que podrían seguirse de la apostilla de «plagio» tan fecunda en la valoración sobre el autor (Menéndez y Pelayo, 1931: XVIII; Giannini, 1929: 131; Williams, 2013: 50). Si bien es cierto que Reyes, tal vez de un modo más acusado de lo habitual, basó su poética en literatura preexistente. En ocasiones como esta la crítica proscribía las galas histórico-sociales que circundan todo texto, al no tener en cuenta no solo que las letras áureas emanaron «en un mundo cultural dominado por la veneración hacia los modelos, la «interpretatio» y la «aemulatio»» (Terracini, 1996: 953), sino que allá por la misma época era usual «la práctica de la imitación, tan habitual como desprovista de las connotaciones peyorativas que posee actualmente» (Arredondo, 1989a: 223). Valga de prueba un testimonio contemporáneo al autor para dar buena fe de ello. Y es que Baptista Remiro de Navarra consideraba en *Los peligros de Madrid* (1646) que «no es menor determinación hurtar que escribir; y, de verdad, todo es uno, porque todo lo que se escribe es hurtado» (Copello, 2012: 270). Además de este alegato, el mismo Matías de los Reyes hace apología de la imitación en uno de los coloquios que forman parte del *Para algunos*:

el africano Terencio, que fue más ha de mil y seiscientos años, el cual habiendo compuesto su *Andria* a imitación de Menandro, [...], siéndole mormurado el hurto, dijo [...] «ninguna cosa es dicha que no fue primero dicha». Pues si mil y seiscientos años ha que no se podía decir cosa que primero no hubiese sido dicha, ¿cómo se podrá (por consecuencia) decir hoy nada que no haya sido mil y seiscientas veces primero dicho, pensado y escrito?» (ca. 1637: f. 228r).

Carroll B. Johnson, el mejor conocedor de la obra de Reyes hasta el momento, resuelve la cuestión de la manera que sigue: «The key word is “authority”. For Reyes, writing without a model to imitate is inconceivable» (1973: 219), puesto que, en este caso, la invención queda subordinada a la selección de materiales susceptibles de ser emulados e imbricados.

Entre las autoridades ineludibles de las que se valió Reyes con ahínco, sin duda ocupan un lugar privilegiado los *novellieri* (Johnson, 1973: 232), tendencia poco original, pues difícilmente puede concebirse la novelística breve del seiscientos español sin la impronta del novelar italiano (v. González Ramírez, 2011, 2014). Este hecho lo avala, además del flujo constante de traducciones y adaptaciones de la *novella* en nuestro país a lo largo de los siglos XVI y XVII, la predisposición de los noveladores castellanos a escindir-se entre quienes se declaraban legatarios del influjo italiano y quienes, por el contrario, se reafirmaban insumisos –y, por tanto, innovadores— frente al mismo. No obstante –de nuevo un tópico—, los paradigmas culturales que había impuesto la Contrarreforma coartaban la impudicia inherente a las *novelle*, y es por ello por lo que, a pesar de que no fueron pocos los autores que burlaron la censura con perspicaces

triquiñuelas¹³⁹ –considérense las promesas moralizantes de los paratextos plenamente traicionadas en la propia ficción—, existió una evidente propensión a tamizar lo irreverente de las narraciones italianas con la pátina del decoro. Buena prueba de ello se desprende del cotejo entre el *Para algunos* (Madrid, viuda de Juan Sánchez, 1640) y su principal inspiración: *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso* del franciscano Lorenzo Selva –pseudónimo de Evangelista Marcellino—, publicada por primera vez en Orvieto en 1582 por Rosato Tintinnassi.

Este recurso a fuentes italianas no fue un rasgo exclusivo del *Para algunos*, sino que puede advertirse en toda la prosa de ficción de Reyes. Ya en *El Curial del Parnaso* (Madrid, viuda de Cosme Delgado, 1624), su primera obra narrativa, Lope de Vega — censor de la misma— afirmaba en la aprobación que su lectura incluía «agradables exemplos, a imitación de algunos hombres doctos, que en la lengua toscana han escrito en este género» (f. ¶2v), y es que el mismo Reyes advertía en el prólogo:

Estos avisos remití desde el Parnaso de mi estudio al dueño que los dirijo; si ya los viste, no sería en este traje: estímalo por la fuente de que se derivan, si algún tiempo bebiste sus cristales, perdonando el mal sabor que han recibido pasando por los minerales de mi desabrido ingenio, pues es solo mi intento, comunicar algunos de sus agudos conceptos a nuestra lengua (1624: f. ¶5v).

En efecto, seis de los doce avisos que componen la obra constituyen una traducción de parte de los *Ragguagli di Parnaso* de Boccalini¹⁴⁰, mientras que el resto remeda palmariamente novelas cortas de Giraldi Cinzio, Boccaccio y Bandello¹⁴¹. Asimismo, la emulación de estos dos últimos *novellieri* se evidencia en tres narraciones breves de su segunda producción en prosa, *El Menandro* (Jaén, Francisco Pérez de Castilla, 1630), hecho del que también daba cuenta Salas Barbadillo al juzgar como censor que el autor era «ingenioso en la imitación»¹⁴². En relación con este quehacer, se puede deducir que Reyes, al igual que tantos otros contemporáneos, habría leído los textos en su lengua original¹⁴³, y así lo refrenda su labor como traductor en un ámbito que excedió los límites de la literatura, a partir de las *Annotationi sopra la lettione della sphaera del Sacro Bosco*¹⁴⁴ de Mauro de Florencia (1550).

¹³⁹ V. Bourland (1973: 47), Cayuela (1993: 70), González Ramírez (2014: 132), Laspéras (1987: 417), Rubio Arquez (2014: 134), entre otros.

¹⁴⁰V. Antonio, 1996: IV, 114; Johnson, 1973: 104; Williams, 2013: 51; Giannini, 1929: 119; Rubio Arquez, 2014: 140-141.

¹⁴¹V. Bourland, 1905: 74; Cejador, 1972: 233; Cotarelo, 1909: XIX; Giannini, 1929: 134; Williams, 2013: 51; Rabell, 2003: 90.

¹⁴²V. Cotarelo, 1909: XXVIII.

¹⁴³«[el italiano] era tan familiar a los españoles, que la mayor parte de los aficionados a la lectura amena gozaba de estos libros en su lengua original» (Menéndez Pelayo, 1931: vol.2, I).

¹⁴⁴Su traducción (BNE, MSS/9273) permanece inédita y con colofón de 1633.

3.3.1.1. *Della metamorfosi* de Lorenzo Selva: en el origen del *Para algunos* de Matías de los Reyes¹⁴⁵

3.3.1.1.1. Aproximación a las metamorfosis italianas

Del mismo modo se puede hablar de traducción soterrada en el caso de *Le metamorfosi*, narración italiana del quinientos que se halla en el origen de *Para algunos*¹⁴⁶. Se trata de la única obra de ficción del franciscano Lorenzo Selva, un tanto diversa de los modelos prototípicos que habían cultivado los *novellieri*, mostrándose más próxima no solo por el pretexto narrativo sino también por la temática a *El asno de oro* de Apuleyo¹⁴⁷. El autor italiano, que había hecho de la escritura un púlpito expreso en una ingente suma de obras religiosas —en la que esta novela suponía una clara excepción—, no gozó de poca estima en esta nueva modalidad, si se advierte el moderado éxito con el que contaron sus metamorfosis, impresas hasta en siete ocasiones más desde que vieran la luz en Orvieto en 1582: en las prensas florentinas de los hermanos Giunti en 1583, 1591, 1598, 1608 y 1615; en Venecia en la imprenta de Pietro Farri en 1616 y, también en esta última ciudad, aunque ya en el siglo XIX, Giovanni Parolari la editó de forma parcial y fragmentaria. En suma, la novela se tradujo al francés (*La Métamorphose du vertueux, livre plein de moralité*, Jean Baudoin, 1611) y dio lugar a una imitación que ocupa la mayor parte de un libro que se estampó en la imprenta de la viuda de Juan Sánchez en el Madrid de 1640: el *Para algunos* de Matías de lo Reyes.

A pesar del relativo reconocimiento contemporáneo que ostentaron las metamorfosis de Lorenzo Selva, lo cierto es que el interés que han despertado entre la crítica ulterior ha sido más bien reducido. De modo que la mayor parte de los críticos que se han acercado a su obra lo ha hecho desde una perspectiva de conjunto integrándolo en repertorios generales o para focalizar la atención en su escritura y profesión religiosas. Entre quienes se han ceñido a su metamorfosis, pueden otearse juicios no siempre acertados. Así A. Albertazzi, quien aseveraba que en la quinta edición de la obra (Firenze, Giunti, 1608) Lorenzo Selva había expurgado la misma de «quei passi ch'eran troppo arditi verso il «miserabile fasto spagnuolo»» (1891: 88), se equivocaba, por una parte, a partir de un cotejo sustentado en seis ejemplares correspondientes a ediciones diversas y, por otra, y como argumento irrefutable, debido a un desliz de cálculo: la muerte del franciscano en 1593 (Capponi, 1878: 255). J.G.T. Graesse, por otro lado, estaba en lo correcto cuando sostenía que «la 3ª est la meilleure de toutes, parce qu'elle a été revue

¹⁴⁵ Un trabajo homónimo fue publicado en *I novellieri italiani e la loro presenza nella cultura europea: rizomi e palinsesti rinascimentali*, 2015, pp. 459-472.

¹⁴⁶El primero en revelar esta afinidad fue Williams: «*Para algunos* is made up principally of unacknowledged borrowings from Lorenzo Selva's *Metamorfosi*» (2013: 50). Johnson, por su parte, afirma que: «there can be no doubt as to the direct derivative relationship of Reyes's work to Selva's» (1973: 189).

¹⁴⁷V. Magnanini, 2011: 332, Gómez Moral, 2015a.

et corrigée par l'auteur qui en a amélioré les notes marginales ainsi que la table» (1865: VI, 345), pues la de 1591 fue la última edición impresa en vida del autor. Igualmente resultan compartidas y estimables las apreciaciones de S. Magnanini fundadas solo en el cotejo de dos ediciones «The primary difference in the two editions [1583 y 1616] involves the names of certain characters [...] The 1616 edition also contains brief summaries for each novella and is more heavily glossed» (2011: 337), aunque, verdaderamente, este incremento de glosas advertido en la edición de 1616 no es sino una herencia que comparten todas las ediciones a partir de la de 1591.

Le metamorfosi narra el largo viaje de Acrisio, obligado por los ruegos de su madre a recuperar una herencia que preservan sus familiares en una lejana ciudad. Aunque el protagonista se resiste a aceptar la voluntad materna para evitar la separación de su amada Clori, acaba claudicando. Una vez en su destino, Nápoles, y, ante su negativa a corresponder las deshonestas insinuaciones de su prima Silla, sufre una cruel venganza: su metamorfosis en serpiente, perpetrada por una criada de sus parientes a través de un hechizo profético. Convertido en animal será víctima de una sarta de infortunios hasta poder alcanzar su localidad natal, reencontrarse con Clori y recobrar su forma humana, que, tal y como auguraba el hechizo, solo se obraría al ingerir sangre de su amada.

Esta extensa narración adquiere puntualmente una nítida función estructural como marco narrativo en el que brotan contextos sociales idóneos para engarzar hasta trece *novelle*, a las que Acrisio asiste como receptor durante su transformación en culebra.

La exégesis de esta metamorfosis dejaría de ser escurridiza si Lorenzo Selva no hubiese confesado en las palabras liminares que, en realidad, los amores entre Acrisio y Clori no debían interpretarse literalmente, sino que, de forma alegórica, aludían al vínculo anímico del individuo con respecto a Dios. Declaraba el autor italiano que, ante la imposibilidad de expresar lingüísticamente la inefabilidad de un amor espiritual y con la intención de edificar a la masa a través de aparentes patrañas, había recurrido a este amor corporal de ambos jóvenes para referirse, simbólicamente, a una unión mística. En esta alegoría, la relación amorosa entre Acrisio y Clori no sería más que un trasunto del verdadero amor: el divino, objetivo de todo virtuoso. De ahí la necesidad del protagonista de recuperar a Clori, símbolo de la virtud, que se convierte en una quimera objeto de anhelo a lo largo de su viaje. La madre de Acrisio, que instiga a su hijo a recuperar bienes crematísticos, representaría la inclinación material del ser humano, o «la ley de la carne», de acuerdo con la propia expresión de Selva. Es por ello por lo que hasta que ella no muere, los amantes no pueden retomar sus amores, pues «che'l vero virtuoso, lontano da ogni presenza sensibile, deue gustare la virtù: et bene il Redentor nostro disse di non poter mandare lo Spirito santo, se da tal presenza non si togliuea» (Selva, 1591: †4v). Según argumenta el autor en el proemio, la razón de ser del *delectare* de su obra tiene un motivo bien justificado:

Il volgo, che'l solo esteriore attende, se quel nudo senso li si porrà innanzi, li sarà vna souerchia noia, doue copertolo con quello che li diletta, da quello al diletto, che la mente pasce, potrebbe condursi. Et chi non sa che essendo og'vno tirano dal suo piacere, [...] per mezo le cose simili deue l'ignorante vulgo, esser ammaestrato?¹⁴⁸ (Selva, 1591: †5r).

Todo apunta a que el franciscano temía que solo las almas encumbradas fuesen capaces de alcanzar el pretendido nivel alegórico, por lo que se habría visto obligado a enmascarar la moralidad con estos amores en aras de instruir a través de la ficción. No obstante, tal debió de ser el grado de exigencia intelectual requerido para acceder al culmen de la obra, que sus contemporáneos se escandalizaron al leer sus páginas, salpimentadas con asuntos que adolecían de cierta indecencia¹⁴⁹.

De estas críticas se hizo eco muy pronto el autor, que ya en la segunda edición (Firenze, stamperia de' Giunti, 1583) confesaba también en los preliminares dirigidos al lector no solo la culpabilidad derivada de los múltiples errores que contenía la primera impresión de su obra («l'ho veduta in quella prima stampa così piena d'errori, che non vna volta ma infinite ho biasimato me stesso», f.†4r), sino un sentimiento de enajenación con respecto a la misma: «il non potere liberamente mostrarmene autore: perche si come le scarpe che portauamo essendo fanciulli, non ci stanno benne essendo gia fatti huomini, così le cose che giouani faceuamo, non ci conuengano quando siamo vecchi» (f.†4r). De modo explícito, el autor se refería a esas críticas despectivas hacia su metamorfosis, que la catalogaban de «ciance,[...] fauole, e somiglianti cose» (1583: †4v). Así las cosas, Lorenzo Selva prometía una nueva edición «lontana da quegli errori [...] Il che facilmente ci potrà succedere hauendo questa seconda impressione con la bellezza del carattere aggiunta la scienza dell'arte quando la prima così dell'vna e dell'altra mancaua» (1583: †4v- †5r).

A pesar de esta declaración de buena fe, sus coetáneos continuaron juzgando la obra de un modo distante y opuesto a los antedichos deseos del autor, considerándola «libro di nouelle, e sole di romanzi, e narrazione tutta piena d'amor lasciuo, e carnale, di quello amor [...], il cui fine non è altro, che fetente lussuria, e lussurioso fetore» (Selva, 1591: †6r). De modo que su tono de arrepentimiento y docilidad manifiesto en la dedicatoria al lector en 1583, se truncó en embestida en la misma parte de la tercera edición (1591), al apuntar que no podían ser otros los que tildaban de lasciva su obra sino «quegli vbriachi, e immondi [...] che per ciò credano esser tale questo amore, cioè carnale: atteso che si serue delle parole, e motti che i lasciui amori vsano» (1591: †7r). En efecto el autor, que escudaba el erotismo de la obra tras la ausencia de alternativas para

¹⁴⁸ Todas las citas extraídas de las diversas ediciones de *Le metamorfosi* han sido transcritas paleográficamente.

¹⁴⁹El carácter alegórico de la obra no solo se cuestionó en el quinientos. Desde la perspectiva de M. Ariani, la transformación en serpiente entraña «evidentissime valenze sessuali, tra colpa e ravvedimento» (2007: 1700).

formular un amor espiritual, se defendía de tales invectivas aseverando que la verdadera interpretación del texto —y esto es algo de suma relevancia en tanto que se incrementa notablemente en esta tercera edición— venía dada por «le molte postille quà, e là poste nelle imargini del libro, le quali dichiarano quale, e come sia questo amore¹⁵⁰» (1591: †8r). Finalmente, el autor se dejaba vencer, afirmando que «Certamente quello che ho potuto fare ho fatto, come potrai vedere, leggendo questa terza impressione benigno Lettore » (1591: †8r).

3.3.1.1.2. A propósito de una traducción puritana

Dadas las sutiles divergencias entre las varias ediciones cotejadas de *Le metamorfosi* que se sucedieron desde 1583 hasta 1616 —resumidas en el número de glosas marginales, algún nombre propio y las declaraciones del autor en los preliminares—, no ha sido posible ofrecer una respuesta certera y tajante a propósito de la edición concreta que manejó Matías de los Reyes. Tan solo el nombre de uno de los personajes, Plácida —presente en la edición de 1583—, repetido en la obra del madrileño y mudado en Prasilda en las sucesivas ediciones italianas a partir de la de 1591, podría llevarnos a conjeturar que Reyes se habría basado precisamente en esta segunda edición. No obstante, fuera cual fuese, no existen cambios sustanciales entre una y otra edición.

Sí resultan, sin embargo, de mayor interés las alteraciones que Matías de los Reyes lleva a cabo en su trasvase de la obra del italiano al español. En primer lugar, el autor madrileño se apropia del proemio de Lorenzo Selva —en el que el autor italiano proclamaba su virtuosa pretensión— para convertirlo también en prólogo del *Para algunos*, invistiendo así su producción de un hálito moral. Por otra parte, toma la ficción italiana —con sustanciales modificaciones— para incrustarla en un marco narrativo y transformarla en solo una parte —si bien la más extensa— de lo que el *novelliere* había proyectado como un todo. Es decir, en el *Para algunos* y, como ya se ha dicho, Matías de los Reyes, convertido en personaje de su propia ficción, cuenta de modo autobiográfico cómo en el transcurso de una peregrinación a la virgen de Guadalupe, y mientras se alojaba en una posada de Cosarrubias, conoce y comparte aposento con Acrisio —protagonista de las metamorfosis de Lorenzo Selva—, un veterano religioso italiano que casualmente se dirige hacia su mismo destino. Cuando ambos deciden retomar la marcha, el autor madrileño decide visitar a un amigo —también cura— que reside en Talavera y Acrisio accede a acompañarlo. El Matías de los Reyes ficticio, ya en la biblioteca del talaverano, encuentra azarosamente una de sus comedias (*El agravio agradecido*), lo que da pie a los tres personajes para llevar a cabo la lectura de la misma.

¹⁵⁰En la glosa «Di qui si può vedere qual sia lo scopo di tutto questo libro, e di questa allegorica fauola» (*Ivi*, p.342), el autor revela la clave interpretativa de su obra. Esta nota complementa a una exposición acerca del amor espiritual, divino. Asombra el hecho de que esta glosa aparezca por primera vez en la 3ª edición (1591), momento en que el autor era ya consciente del carácter lascivo con el que gran parte de los lectores había interpretado su narración.

Las transformaciones mágicas que salpican la comedia los mueven a plantear su propia opinión —ya en los trece discursos sucesivos— acerca de esta suerte de magia, siempre a la luz de postulados católicos en un primer discurso que lleva por título «Sobre las magias y reprobación de sus supersticiones». El sacerdote italiano, Acrisio, para esclarecer la cuestión, decide exponer una experiencia personal que sufrió en su juventud: su propia metamorfosis en serpiente. Y es aquí, en este punto, donde comienza la emulación de la obra italiana.

Pese a que Reyes añade y suprime al gusto y no se puede hablar sino de una traducción libre, llaman poderosamente la atención los paliativos de aquellos contenidos de *Le metamorfosi* que habrían supuesto no poca provocación en la España de corte contrarreformista, fragmentos sesgados a través de la omisión, la sustitución o la adición de comentarios condenatorios¹⁵¹. Buena prueba de ello la constituyen los siguientes ejemplos¹⁵².

Acrisio, quien constantemente lamenta su nueva apariencia reptil y maldice a la culpable de la misma, solo encuentra cierto alivio a sus pesares cuando puede contemplar e incluso complacerse del contacto de alguna hermosa joven. Lo muestra el momento en que, ya transformado en serpiente, se camufla en un haz de hierba —que porta una doncella sobre su regazo— con el fin de evitar peligros. Inmerso en tal comodidad, afirma

ch' il crederebbe, che anco nelle cose dispiaceuoli trouassimo alcuna volta contento?
sopra modo mi rallegrai, premendomi col petto, e con le cosce reggendomi la bellissima
giouane, e poco meno, che io non haueua caro d'hauer cangiata forma; Onde desideroso
che quel viaggio fosse stato lungo, con molto mio contento andaua (Selva, 1591: 97).

Para evitar cualquier conjetura errónea derivada del contacto de la serpiente con estas partes de la joven, Matías de los Reyes modera este fragmento sustituyendo los miembros aludidos así como añadiendo una nota conminatoria:

iba muy contento allí, en cuanto me consideraba libre de los pasados asaltos, y ya con el presente gusto de ser llevado entre los brazos de la hermosa aldeanilla, creo que me había olvidado del principal objeto de mi jornada. Infiero todo esto de que deseaba que aquel viaje se dilatara por más tiempo [...]. Pero presto pagué la baja de tan ruines pensamientos (1640: f. 125r)¹⁵³.

Caso distinto del siguiente episodio, en el que Acrisio acaba de escapar de un incidente violento en que un joven ha intentado forzar a su amada y él mismo, gracias a su nueva condición, ha conseguido impedirlo. Tras solucionar este entuerto y seguir a la víctima

¹⁵¹«With respect to the moral, the writer's task obviously consists in expurgating or modifying those elements of the source he judges to be harmful for his own audience» (Johnson, 1973: 232).

¹⁵²Los fragmentos citados a continuación pertenecen, respectivamente, a la única edición conocida del *Para algunos* de Matías de los Reyes (viuda de Juan Sánchez, Madrid 1640) así como a la tercera edición de *Le metamorfosi* de Lorenzo Selva (Giunti, Firenze 1591).

¹⁵³ Ca. 1637: f. 162r.

hacia su casa, esta se reúne con sus primas en un huerto donde deciden pasar la tarde novelando:

io che la bellezza di coloro a mio modo contemplar voleua in quello entrato, e sopra un grosso pie di fico, che ombra faceua al fonte andatomene, queste tre Dee a guisa di Paride aspetto. Le quali venute è piu d'una volta le mani, e'l viso, e il bellissimo petto lauatesi, e mitatesi come in uno specchio nella chiara fontana, a sedere in torno all'erbose sponse si messero, chi col suo guancialetto in grembo, e chi con la conocchia a lato (Selva, 1591: 110).

En este caso, Matías de los Reyes prescinde de cualquier referencia al aseo omitiendo tal pasaje:

se encaminaron a lo más espeso del huerto, adonde poco a poco y con todo recato las fui siguiendo hasta que, habiendo llegado a una clara y fresca fuente, alimento común de todo el huerto, por gozar del agradable y deleitoso sitio se asentaron a su margen, sirviéndoles de dosel una muy hermosa y poblada higuera, a quien yo (luego que las vi sentadas) me subí sin ser sentido para gozar mejor su vista y conversación (1640: 132r).

Tanto la sustitución como la omisión se convierten en los recursos más frecuentes seleccionados por el autor madrileño para purgar el texto italiano de posibles malentendidos. En el siguiente fragmento, tres jóvenes juegan con la serpiente como si de un animal doméstico se tratase. Asegura Acrisio que

In somma tanto feci, che le si assicurarono, e mi toccarono, ne questo solo, ma intorno al collo, e nel bellissimo seno mi teneuano,[...] l'Eugenina, che sì timida fosse, [...] non prima restó, che come l'altre due, il bellissimo suo collo mi fece cingere, et una uolta, e un'altra nel candido seno entrare, anzi tanto diletto di me prendeuano, che faceuano a gara di hauermi, essendo io loro non piccolo impedimento [...] E quante uolte alcuna di loro tenendomi a collo, l'altra hauendo le mani occupate, mi porgeua la bocca perche io la baciassi; il che facendo io, e dal collo dell'vna a quello dell'altra lanciandomi, sentiuua non poca dolcezza, consumando in così lieto trattenimento il rimanente del giorno (Selva, 1591: 137-138).

De nuevo, ante el recelo que pudiesen generar los devaneos de la culebra por la anatomía femenina, Matías de los Reyes recurre a la enmienda a través del reemplazo de partes corporales comprometidas por otras neutras. De manera que el Acrisio español, irremediablemente más ingenuo, cuenta, que

ya pasaban de este atrevimiento a cogerme en ellas, y d'este a no negarme apacibles giros y suaves vueltas a sus cristalinos brazos [...] Florida, [...] ya más asegurada en las experiencias de sus primas había salido de su retiro, deseando no mostrarse menos ardidosas que ellas, y aún significándose envidiosa de las que ella juzgaba mejoras de sus fortunas. [...] De suerte estaban ya todas tres gozosas con mi amistad, que creciendo entre ellas los celos sobre cuál me tenía más tiempo en su poder, juzgaba cada cual el que no me poseía por perdido (1640: f. 142v).

Idéntica se muestra la solución aplicada en la siguiente escena en la que el pecho y otras partes espinosas de la narración italiana han sido suplantadas por los brazos. Una vez que Acrisio ha superado no pocas vicisitudes, y ya casi al final de sus aventuras, tiene lugar el suceso que ansía durante todo su peregrinaje: el reencuentro con su amada Clori —u Olimpia—, que ocurre cuando Acrisio, aún convertido en serpiente, penetra en el

huerto donde de la joven duerme. El protagonista, al verla, ruega «Deh almeno ritienla tanto nel sonno, che con questa lingua qual'ella sia, non pur queste delicate mani, ma la bocca, gli occhi, e quel bellissimo suo petto possa baciare» (Selva, 1591: 263). Reyes, por su parte, reduce la enumeración precedente, cuyos términos son relevados nuevamente por partes inocuas: «Detenla a lo menos en el sueño tanto, que con esta lengua, inválida a la expresión de mis conceptos, me goce un poco tocando un rato sus delicadas manos, ya que más celestiales partes no me sea lícito» (1640: f. 186v). En esta ocasión, además, el mismo narrador se cohíbe ante otras posibilidades más irreverentes.

No sirven de mucho las exhortaciones de Acrisio en tanto que Clori despierta repentinamente, se espanta ante su presencia y percibe cierta extrañeza en los comportamientos del reptil, que no son más que ademanes del protagonista en un intento de revelar su verdadera identidad. Ella, entonces, extrañada y creyendo que aquello pueda ser un mal agüero, le pregunta a la serpiente si acaso es un ser maléfico que va a darle las malas nuevas de la muerte de su amado, a lo que Acrisio responde con el único sonido capaz de emitir: un siseo, asimilado por la fémica como una respuesta afirmativa. En ese momento Clori abandona la cordura, se autolesiona y pierde la consciencia. El joven metamorfoseado, a pesar de declararse vencido por la tristeza y la impotencia, confirma que

non era però senza qualche contento, percioche con la veloce lingua il bellissimo petto (che il sangue, qual grana il candido alabastro, macchiato haueua) leccando, non senza mio diletto quello succhiaua, e inghiottiua. [...] Appena fra le delicate mammelle haueua posto il picciol capo, e con la lingua lecatò il sangue e quello inghiottito, ch'io mi sento a guisa d'uomo (Selva, 1591: 269-270).

No deja de sorprender cómo en esta secuencia cargada de insinuación erótica el protagonista recobra su deseada forma humana al ingerir sangre de Clori, redención que el hechizo había pronosticado. En la traducción española, Matías de los Reyes echa mano nuevamente de la sustitución:

Y aunque tan grande era mi dolor, le hallé algún consuelo, porque con la veloz lengua la lamía el bellissimo rostro, que matizado con el rojo carmín de su vertida sangre, le constituía más lastimoso. Y engullendo las preciosas gotas (¡oh admirable suceso!) impensadamente me hallé hombre (1640: f. 189r).

En el próximo y último ejemplo de acendramiento carnal, Matías de los Reyes vuelve a eludir, a través de la omisión en este caso, la mención explícita al pecho de la mujer. En las últimas páginas de la narración, hallándose los enamorados juntos, Clori muere tras una picadura letal de araña. Acrisio, al sentir que la joven está agonizando, reacciona así en el texto de Selva: «Io stringendomela al petto, e baciandoli mille, e mille volte gli occhi, la bocca e il languido seno sentendo que pur anco haueua un poco di fiato in corpo» (Selva, 1591: 350). Reyes, sin embargo, prescinde de esta última parte, de modo que su Acrisio, más cauto, confiesa que: «apretándola a mi pecho, besando mil veces sus cerrados ojos y la boca, sintiendo que aún tenía algún aliento [...]» (1640: f. 216r).

Si los casos hasta aquí enumerados han sido destilados de cierta voluptuosidad, no es este el único ámbito susceptible de expurgo, sino que la criba se extiende a cualquier asunto en alguna medida heterodoxo. Aunque es cierto que el autor introduce alguna novela corta ausente en su predecesora italiana, del mismo modo que prescinde de algunas narraciones de la misma (sobre todo aquellas de tintes más fantásticos o jocosos en que el adoctrinamiento es más superficial o directamente nulo), resulta sugestiva la decisión de no incluir la cuarta *novella* de *Le metamorfosi* que tiene como protagonista a Glorizia, cristiana virtuosa, constante y ejemplar. Tal vez pueda explicarse a partir del barniz macabro que circunda esta narración, en la que la joven acaba con los sesos desparramados. Lejos de presunciones, valga una prueba fehaciente de cómo la pluma del autor rehuyó cualquier atisbo de truculencia. En las metamorfosis italianas, un personaje femenino cuenta una novela corta (la tercera) sobre una muchacha depravada que se vale de artimañas para entrar en una casa de virtuosas y acabar convirtiéndola en un lupanar. Al final de la historia, la narradora concluye que la protagonista, «fuggendosi via con que' suoi fauoriti, non dopo molto uenuta loro a noia, fu una notte da loro in vn'osteria strangolata, e lasciata nuda, come quando nacque, e secondo che meritaua» (Selva, 1591: 123). El autor madrileño, convirtiendo la explicitud en sugerencia, narra cómo «aquel ministro de Satanás [...] se huyó secretamente una noche sin que jamás se supiese d'ella, y es de creer acabaría tan mal como había vivido» (1640: f. 138v).

Este elenco de ejemplos prueba suficientemente la práctica depurativa que desempeñó Matías de los Reyes en su última obra, *Para algunos*, con respecto a su principal fuente italiana: *Le metamorfosi* de Lorenzo Selva. El autor español, quizá considerando que la narración originaria de Acrisio pecaba de impúdica, filtró el texto italiano a través de la omisión de información, la sustitución —principalmente de partes corporales sugerentes en aquellos casos que podían suscitar obscenidad— y la adición de juicios reprobatorios dirigidos a condenar ciertas conductas.

Tal afán catártico, que no fue exclusivo de Matías de los Reyes sino que puede rastrearse en parte de las imitaciones y traducciones postridentinas de los *novellieri* al español, no solo debe relacionarse con las miras morales del autor ya esbozadas en el prólogo de su última obra y dedicadas particularmente *para algunos* discretos¹⁵⁴, sino que también tiene mucho que ver con los condicionantes culturales con los que amedrentaba la Contrarreforma. En definitiva, el componente italiano que late en el *Para algunos* de Matías de los Reyes fue refinado —y es esta una tendencia extensible

¹⁵⁴ «He procurado el deleite en lo moral y alegórico para algunos doctos, y para algunos vulgares lo literal, porque ni a todos los doctos ni a todos los vulgares se puede satisfacer con singularidades» (Reyes, 1640: ff. ¶2r-¶2v).

al resto de sus obras en prosa— de acuerdo a unos valores nacionales cuyos confines excluían la procacidad de la *novella*.

3.3.1.2. Otras fuentes italianas presentes en el *Para algunos*

Si bien la obra de Lorenzo Selva constituye la base indiscutible de la mayor parte del *Para algunos*, Matías de los Reyes tuvo muy en cuenta otras referencias bibliográficas italianas no advertidas hasta el momento por los estudiosos que se han acercado a su obra. Es el caso de *La civil conversatione* de Stefano Guazzo (Bozzola, Brescia, 1574) o el *Discorso sulla dignità dell'uomo* de Giovanni Pico della Mirandola (1486).

En el caso del primero de ellos, el tratado de civilidad *La civil conversatione*, se basa en los diálogos entre Annibale y el Cavaliere a propósito de cuestiones concernientes a la educación y las relaciones sociales y, al igual que manuales similares como *Il Cortegiano* de Castiglione, su finalidad no era otra que la de

regular las conductas de un lugar social dado, la Corte, y de un orden particular, la nobleza. Desde ese punto de vista se apartan del universalismo erasmiano y se insertan en toda la literatura que, desde principios del siglo XVII, pretende organizar la vida de Corte e inculcar nuevas normas de comportamiento a los gentilhombres (Chartier, 1993: 256).

Resulta evidente —y son varios los argumentos que así lo atestiguan— que Matías de los Reyes leyó con detenimiento el tratado de Guazzo, y de este modo se refleja en varios fragmentos del *Para algunos*. A lo largo de las discusiones que mantienen los tres contertulios de la narración marco —Acrisio, el propio Matías de los Reyes y el cura de Talavera— pueden enumerarse diversos temas sobre los que debaten. Pese a que de forma hegemónica estas cuestiones giran en torno a la magia y el destino, la obra aparece salpicada por temas secundarios no en importancia mas en extensión. Uno de estos asuntos, incluido en el discurso sexto, aparece advertido en nota al margen como «Discurso sobre la mujer y sus calidades» y se trata precisamente de la traducción de un fragmento de *La civil conversatione*.

En esta ocasión, Matías de los Reyes emparenta forzadamente voces españolas con un origen latino erróneo en un intento de emular y saldar este escollo de la traducción italiana. Así, para la palabra «dama» echa mano de la latina «*damna*» («daños, perjuicios») con la finalidad de intentar demostrar el germen pernicioso del sexo femenino, idea que descansa en la fuente de la que se vale, donde el Cavaliere sentencia que «Et come si possono amar le donne, se così si chiamano dal danno che ne segue?» (1575, II: 289). En el caso de las doncellas ocurre algo similar: Matías de los Reyes inventa de nuevo una etimología vinculando «jóvenes» con «*iuarer*» («ayudar»). En la obra de Guazzo, Annibale considera que «le giovani così si chiamano dal giovamento, perché giovane» (*Ibidem*).

El interés de esta traducción va más lejos de lo apuntado puesto que permite confirmar, como se recoge en otra parte de este estudio, que la princeps del *Para algunos* presenta modificaciones textuales llevadas a cabo en el taller de imprenta y ajenas a la voluntad de Matías de los Reyes. En este caso, nos mueve a esta consideración la ubicación en la que se emplaza el siguiente fragmento en el manuscrito-original de imprenta: el final de la primera plana del cuaderno O, concretamente, en uno de los llamados «lugares críticos».

<p><i>La civil conversatione</i>, Stefano Guazzo (libro secondo), 1575</p>	<p>Mss. <i>La culebra de oro. Para algunos</i>, ca. 1637</p>	<p>Impreso <i>Para algunos</i>, 1640</p>
<p>E m'aveggo che voi non mirate se non la scorza. Ma se spingete l'acutezza del vostro intelletto infino alla midolla, troverete che non sono pronunciate in biasimo delle donne, ma in segno dell'incontinenza e della fragilità dell'uomo, il quale pecca più tosto conversando con donne di buona fama, che con uomini scelerati, conciosiaché conversando con usurari, con ladri, con adulteri, con maldicenti e con altri uomini di mala vita, non sarà così facile a lasciarsi tentare dalle loro sceleraggini, come conversando con donne, benché oneste, si sentirà commovere da lascivo e disordinato appetito (1575: f. 287)</p>	<p>Y considero, señor doctor, que en vuestra invectiva solo tocáis la corteza, pero si con lo subtil de vuestro juicio pasáis a la médula y corazón de la cosa, hallaréis las tres sentencias, no en vituperio de las mujeres sino <u>antes en señal y demostración</u> de la <u>incontinencia</u> de los hombres, los cuales pecan más fácilmente conversando con mujeres <u>aun de excelente fama</u>, que con la de hombres ímprobos, siendo verdad que conversando con usurarios, <u>con ladrones</u>, y <u>con otros de más estragadas costumbres</u>, no serán tan fáciles a la tentación de semejantes vicios, como conversando con mujeres, supuesto, que muy honestas pues, se sentirá con mover de un lascivo y desordenado apetito (ca. 1637: f. 137r)</p>	<p>Y considero, señor doctor, que en vuestra inventiva solo tocáis la corteza, pero si con lo subtil de vuestro juicio pasáis a la médula y corazón de la cosa, hallaréis las tres sentencias, no en vituperio de las mujeres sino de la inconstancia de los hombres, los cuales pecan más fácilmente conversando con mujeres, que con la de hombres ímprobos, siendo verdad que conversando con usurarios, ladrones, y otros, no serán tan fáciles a la tentación de semejantes vicios, como conversando con mujeres, supuesto, que muy honestas pues, se sentirá con mover de un lascivo y desordenado apetito (1640: f. 105r, O1r)</p>

Tabla 14141. Cotejo entre *La civil conversatione* (Stefano Guazzo) y su traducción en el manuscrito *La culebra de oro. Para algunos* y en el impreso *Para algunos*, en el que se reduce el texto de la versión manuscrita

Tal y como se desprende del cotejo de los tres fragmentos, en el manuscrito Matías de los Reyes plasma una traducción casi literal del referente italiano, que se ve mermada en la definitiva edición impresa por motivos de espacio.

El influjo de *La civil conversatione* transgrede el fragmento anterior y se constata en otras partes del mismo debate sobre la mujer. En relación con las diferencias –siempre

en términos negativos— entre mujeres de avanzada o temprana edad, se trae a colación una fábula extraída asimismo del tratado de Guazzo:

acordaos de aquel que era amante de una vieja y de una moça, al cual aquella quitaba los pelos negros y esta los blancos, en orden cada cual de convertirle a su ser, y al cabo entre las dos le dejaron como perro chino en carnes (1640: f. 106r).

En efecto, pese al referente italiano, se trata de la fábula número 31 de Esopo retomada por el latino Fedro y que cuenta con una ingente proyección literaria posterior. Sirva de muestra la comedia *El guante de doña Blanca* atribuida a Lope de Vega e inserta en el volumen colectivo *Parte treinta de comedias famosas de varios autores* (Zaragoza, Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, 1636). En el primer acto de esta, Brito, que se halla doblemente amenazado por féminas, afirma que: «Parece aquel sabio, que tenía/ dos mugeres por lo menos, / que la vna le quería/ quitar los blancos cabellos/ y la otra más celosa/ le repelaua los negros,/ con que vino a quedar calbo» (Vega, 1636: f. 436)¹⁵⁵. Asimismo, el fabulista francés Jean de la Fontaine (1621-1695) la recoge en sus *Fables*.

Además de *La civil conversatione*, el *Para algunos* rezuma briznas de la que fue considerada una de las piedras angulares teóricas del Renacimiento: el neoplatónico *Discorso sulla dignità dell'uomo* (1486) de Giovanni Pico della Mirandola. Ambas obras pueden emparentarse a partir del siguiente fragmento inserto en el discurso noveno de la obra de Matías de los Reyes: «Ninguna cosa halló en el mundo Abdallahⁱ sarraceno más milagrosa que el hombre, y Mercurio Trismegestro, considerándole bien, le llamó «milagro del universo»» (ca.1637: f. 204v). Estas palabras resuenan indudablemente al comienzo del manifiesto renacentista: «Negli scritti degli Arabi ho letto, Padri venerandi, che Abdalla Saraceno, richiesto di che gli apparisse sommamente mirabile in questa scena del mondo, rispondesse che nulla scorgeva più splendio dell'uomo. E con questo detto si accorda quello famoso di Ermete: «Grande miracolo, o Asclepio, è l'uomo»» (Pico, 1970: 71).

3.3.2. A LITERATURA LATINA EN EL *PARA ALGUNOS*

3.3.2.1. De *El asno de oro* de Apuleyo al *Para algunos* de Matías de los Reyes. Cotejo de una metamorfosis¹⁵⁶

Matías de los Reyes, en calidad de personaje contertulio de la narración marco del *Para algunos*, expone sus dudas en el discurso primero —«Sobre la magia y reprobación de

¹⁵⁵ Extraído del ejemplar T/25542 de la BNE.

¹⁵⁶ Parte de la información que aquí se presenta fue publicada en Gómez Moral, Cuadernos de Aleph, nº 7 (2015), pp. 53-78.

sus supersticiones»— a propósito de si las palabras pueden o no obrar una transformación real:

¿De forma —añadí yo— que hemos de entender que tantas transformaciones como oímos decir se han hecho y hacen por ministerio de la magia son de la calidad que con suma erudición vuestra paternidad me ha probado? Según esto, ¿Hemos de decir que así fue obrada en Hipata la transformación que de sí mismo refiere Apuleyo en su *Asno de oro* y todas las demás que cuenta[n] Ovidio y otros poetas, como la de Efigenia en cierva, los compañeros de Ulises en animales torpes, los de Diomedes en aves, Anteón en venado, Progne y Filomena en aves, Acrisio en peñasco, Dafne en laurel, y otros muchos de que los poetas están llenos, a que yo hasta agora he dado poco crédito? (ca.1637, f. 57v).

Del mismo modo, en el discurso sexto, mientras Acrisio se lamenta de su desdeñable estado viperino, recuerda metamorfosis más gratas en lo concerniente a las apariencias adoptadas:

Si Ío fue convertida en vaca, Calixto en osa y en cierva Efigenia y otros en más gratas formas, como las antiguas fábulas nos dicen, y después de aquellos antiguos tiempos el mancebo Apuleyo en asno, menor fue su desdicha, pues les dieron formas más tratables y menos aborrecibles que la mía (Reyes, ca. 1637: f. 142r).

La metamorfosis latina, en este caso, se codea con algunas de las más destacadas transformaciones de la mitología clásica. Pues bien, la confusión en la que incurre Matías de los Reyes en relación con la identificación autor—personaje (Apuleyo—Lucio), resultó un equívoco común. Sirva de muestra la idéntica mención que San Agustín refiere en *La ciudad de Dios* (libro 18, capítulo 18, «Qué se puede creer sobre las transformaciones que parece les suceden a los hombres por arte de los demonios»):

Si, en efecto, dijéramos que no hay que creer estas cosas, no faltan al presente quienes afirman con toda seguridad que han visto algunas de ellas o las han oído de quienes las pasaron. A mí incluso me ocurrió estando en Italia haber oído semejantes cosas de cierta región de allí, en que mujeres de albergue, imbuidas en estas malas artes, se decía solían dar a los viandantes, que querían o podían, dentro del queso cierto ingrediente que los convertía al instante en bestias de carga para transportarles lo que necesitaran, y después de realizado esto, tornaban de nuevo a su ser. Sin embargo, no se hacía su mente bestial, sino que conservaban la razón humana, como escribió Apuleyo en su libro *El asno de oro*, que le ocurrió a él mismo: habiendo tomado una vez un veneno, cuenta o finge que se convirtió en asno sin perder su mente humana (San Agustín citado a través de Cardini, 1982: 253-254)

En efecto, «la obra [*El asno de oro*] no fue percibida con nitidez por muchos lectores que confundieron el autor con el narrador y se preguntaron si leían una autobiografía real o una inventada» (Fernández Corte, 2007: 679). Y es que el propio autor, Apuleyo, era conocido por su inclinación «a las artes mágicas [...] y a la religión y las iniciaciones místicas» (*ibidem*).

Tal y como se ha tratado con anterioridad, gran parte del *Para algunos* no es sino una reelaboración de una obra del Renacimiento italiano: *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*, que se yergue, asimismo, como una recreación de *El asno*

de oro de Apuleyo, novela que, por tanto, se halla en la base más sólida de la obra de Matías de los Reyes. A tal efecto, el título que corona el manuscrito y que se pierde en el tránsito de la obra por la imprenta, «La culebra de oro», no deja de ser un guiño a esta relación intertextual.

La autobiografía en prosa de un hombre transformado en burro que constituye el único testimonio completo que de la novela latina se nos ha conservado no fue una creación literaria original del madaurense Apuleyo (s.II d.C.), sino que este tomó, en esencia, el contenido de una novela griega, *Las Metamorfosis*, escrita un siglo antes por Lucio de Patras, testimonio perdido del que solo contamos con una referencia de Focio en el siglo IX (Fernández Corte, 2007:680). No obstante, su existencia parece quedar suficientemente probada debido a las concomitancias entre *El asno de oro* y *El alción o sobre las metamorfosis* de Luciano, declarada esta última como un resumen de la perdida obra de Lucio de Patras, lo cual nos lleva directamente a la obra de este último como fuente inexcusable de ambos argumentos a pesar de sus significativas divergencias: el tono, el modo de volver a la primigenia forma humana y la multiplicidad de planos narrativos, elemento exclusivo de *El asno de oro* totalmente ausente en las obras de Lucio y Luciano (Fernández Corte, 2007: 681).

La obra de Apuleyo se nos muestra como una huella preciosa de lo que fue la novela latina, género polémico y del que se ha debatido mucho debido a su ausencia en la clásica preceptiva aristotélica. Así, críticos de todos los tiempos se han tropezado con cuantiosas dificultades a la hora de llegar al sentido más profundo de la obra y de delimitar su estructura, su intención y su configuración, entre otras tantas incógnitas. De manera que este texto «establece su propia norma de lectura sobre un fondo de regulaciones literarias bastante equívoco» (Fernández Corte, 2007: 683).

Lucio, protagonista de *El asno de oro*, se ve obligado a viajar por asuntos que no llegan a ser especificados. En el transcurso de su viaje tendrá lugar un suceso insólito como consecuencia de su insaciable curiosidad: su transformación en asno. El protagonista de Apuleyo se aproxima paulatinamente a la magia metamórfica a raíz de sus relaciones con Fotis, criada de una hechicera, Pánfila, quien muda su forma en búho cuando así lo desea. De manera que el joven fisgón, concededor de tales pesquisas a través de su amante, ansía poder observar y experimentar tal mágica transformación y consigue llevarlo a cabo clandestinamente por mediación de Fotis, que conoce todos los ardidés de este proceso. Sin embargo, el efecto resulta no ser el esperado, ya que en lugar del plumaje del ave de la sabiduría, Lucio acaba ostentando la pelambre del animal más rudo y torpe: el asno. El error de Fotis, que ha confundido el ungüento, le costará tan caro a Lucio que, para volver a su prístina forma, sufrirá mil y una desventuras —entre ellas, el sometimiento a varios crueles amos— originadas por la Fortuna hasta poder

comer las rosas que le devuelvan la forma humana, gracias a la intermediación de la diosa Isis.

En *Della metamorfosi* de Lorenzo Selva se halla la impronta innegable de la historia de Lucio, huella que inevitablemente se transmite también al *Para algunos*. Sin embargo, pese al carácter de «imitación» de gran parte de la obra de Matías de los Reyes con respecto a las metamorfosis de Lorenzo Selva, el *Para algunos* retoma más aspectos de *El asno de oro* que esta. Basta pensar, como decíamos, en el título inicial que el madrileño eligió para este volumen híbrido: *La culebra de oro*.

Tal y como se desprende del hecho de ser eslabones aislados de una misma tradición, las tres obras mencionadas, *El asno de oro* de Apuleyo (s. II), *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso* de Lorenzo Selva (s. XVI) y *Para algunos* de Matías de los Reyes (s. XVII) comparten cuantiosos elementos que condicionan de modo específico su transcurso argumental. En primer lugar, el relato autobiográfico¹⁵⁷ se convierte en un derrotero óptimo para acercar al lector a los hechos narrados, cuyo grado de verosimilitud aumenta así de manera considerable¹⁵⁸. Por otra parte, los tres argumentos giran en torno a un protagonista –Lucio en *El asno de oro* y Acrisio en las obras italiana y española– que ha de hacer un largo viaje por diversos motivos, durante el cual encuentra a varios peregrinos que hacen su propia aportación argumental a la historia –de modo que nuestros narradores se convierten, a su vez, en público receptor de otras aventuras, originando así varios planos narrativos–. El asunto del largo viaje es el recurso idóneo para imbricar en la narración principal sucesos secundarios, contados por otros personajes o por el mismo protagonista, de manera que este motivo adquiere aquí la categoría de marco narrativo con una clara función estructural. Sin embargo, no será el único, ya que, bajo el pretexto de contar historias, los protagonistas a cada paso se ven inmersos en eventos sociales (banquetes, reuniones, albergues, fiestas, etc.). Llama la atención el hecho de que estas novelas cortas, en la mayoría de las ocasiones, tratan temas mágicos o relacionados con el disfraz, el engaño aparental y, en definitiva, con el tópico constante de lo falaz de las apariencias. Por último, y con carácter primordial, en algún momento del periplo los protagonistas de las tres producciones literarias acaban convertidos en animal. En relación con este hecho, un común denominador a las zoantropías de todos los tiempos es la preservación del raciocinio frente a la pérdida de otras facultades humanas como la voz.

¹⁵⁷ El Acrisio de Matías de los Reyes, a diferencia de los protagonistas de Lorenzo Selva y Apuleyo, lee a los otros dos contertulios sus memorias, las cuales guarda en una de las maletas de su equipaje. En relación con valijas portadoras de documentos literarios, v. Castillo Martínez, 2001.

¹⁵⁸ La narración en primera persona será precisamente un rasgo característico y definitorio de la novela picaresca, cuyas raíces han sido rastreadas en el asno latino. A propósito de esta perspectiva narrativa, v. Rico, 2000.

Mientras dure la metamorfosis, motivada por causas dispares, los protagonistas sufrirán una sarta de infortunios hasta poder recuperar la deseada forma humana.

3.3.2.1.1. Lucio y Acrisio: de ser humano a animal

En efecto, el hecho más singular de las obras que aquí se parangonan viene dado por las zoantropías que en ellas se recogen. La ferviente curiosidad y la volubilidad de su espíritu le llevan a Lucio a querer transformarse en ave del mismo modo que lo hace Pánfila, a quien sirve su amada. La vía que emplea la hechicera para la transfiguración es la unción de ungüentos por todo su cuerpo, y así lo hace también Lucio: «quitándome todas mis ropas, hundo ávidamente mis manos [en el ungüento] y, sacando mucha cantidad, me unto bien todos los miembros de mi cuerpo» (Apuleyo, 1984: 68). Los jóvenes metamórficos de Lorenzo Selva y Matías de los Reyes, por su parte, se verán sometidos a un ritual mágico mucho más complejo que, a diferencia de Lucio, no llevarán a cabo de forma activa y voluntaria, sino que, muy al contrario, serán víctimas pasivas de las prácticas oscuras de una bruja. Esta, valiéndose de ungüentos mágicos, un hechizo profético, oraciones ininteligibles y todo un rito preciso con diversos objetos, efectuará la metamorfosis de los sucesores de Lucio. No obstante, en la transformación de ambos Acrisios –este pasaje es en la obra española casi una literal traducción de su precedente italiana de la que mantiene hasta el nombre del protagonista¹⁵⁹–, la situación de partida es sutilmente diversa: Acrisio, aún en casa de sus parientes en Nápoles, acaba de tener un sueño desagradable en el que aparece su amada –Clori, en *La Metamorfosi* italiana y Olimpia en *Para algunos*– y del que despierta en el momento en que la bruja penetra en el dormitorio por arte de magia, por lo que el joven se halla en esa línea discontinua y difusa entre la vigilia y el sueño. A partir de ese instante tendrán lugar una sucesión de hechos confusos que Acrisio recuerda así:

puso sobre un bufete que cerca de la cama estaba una mediana caja que consigo traía, llena al parecer de bujetas y botecillos de diversos ungüentos. [...] Fijando en mí la vista, me miró atentamente, en tanto que entre dientes murmuró cosas que no pude entender. Después, escupiéndose las manos me fricó el cuerpo todo, desde el vértice de la cabeza hasta las plantas de los pies, causando en mis sentidos tan íntimo sentimiento, como si con una pungente piel de erizo me hiciera la fricación. Y abriendo la caja, custodia de sus embustes, tomó con el pulgar dedo ungüento de uno de los botes, ungiéndome desde la garganta hasta la extremidad del vientre, figurando así una perfecta figura de culebra. [...] Después, tomando un hilo me ligó el brazo diestro sobre el codo, diciendo con voz distinta este verso:

«Con este débil hilo
su diestro brazo ligo»

Y tomando con el dedo mismo ungüento de otro bote, ungiendo el nudo, dijo:

«Tenga el nudo esta forma,
en tanto que en culebra se transforma»

Luego, tomando en la boca agua de una pequeña ampolla de vidrio, me roció el rostro y dijo:

¹⁵⁹ Dadas las insignificantes divergencias presentamos exclusivamente el fragmento de *Para algunos*.

«Al pie del Apenino,
la forma de serpiente
beberá en los cristales de una fuente»
Y sacando del infernal archivo un pellejo de culebra, me ciñó con él la garganta,
la cintura, los muslos de los brazos y piernas, diciendo.
«De escama serpentina
se vista su dureza diamantina».
Hecho esto, con una sutil aguja me picó en siete diversas partes del cuerpo con íntimo
dolor mío, diciendo.
«Padezca mil fortunas
en tanto que giraren siete lunas».
Últimamente, abriéndome los brazos en forma de cruz, dijo:
«Con sangre de la dama que celebra
se libre de la forma de culebra» (Reyes, *ca.* 1637: f. 127r).

Así, Acrisio, que dormía en la misma dependencia que un criado, al despertarse aturdido, le pregunta dónde estuvo la noche anterior mientras le sucedía aquello tan extraño. El compañero, de nombre Mauricio, al responder que de su cama no se había movido, suscita ciertas reticencias en el joven, que considera la posibilidad de que lo ocurrido no fuera más que una manifestación onírica.

Por cuanto respecta a la transmutación misma, resultan también diversos los procedimientos —si bien no el resultado— en Lucio y en ambos Acrisios. La del primero ocurre de forma instantánea, apenas unos segundos después de haber ungido su cuerpo con aquella sustancia, momento en que su fisonomía se desdibuja a favor de la apariencia de un cuadrúpedo:

mis cabellos engordan como cerdas y la piel fina se endurece como cuero y, en cada una de las extremidades, los dedos, perdido el número, se confunden en forma de pezuña y al final de la espina dorsal me sale un gran rabo. La cara se me hace enorme, la boca se me alarga, las narices se entreabren y los labios cuelgan; también las orejas se me alargan de manera extraordinaria (Apuleyo, 1984: 68).

Por el contrario, en el caso de Acrisio habrán de cumplirse los pronósticos enunciados en el hechizo para que el joven se mude en una viscosa serpiente. Tales vaticinios sucederán de forma categórica y se convertirán, desde el mismo momento de su pronunciación, en el destino irrevocable al que está empujado el protagonista. Este hecho no será evidente hasta el final de sus memorias, cuando se da a conocer el modo en el que Acrisio recobra su forma humana.

El Acrisio de Selva y Reyes, que tras la noche oscura ha abandonado la casa de sus parientes para regresar a su hogar¹⁶⁰, recorre en su itinerario las inmediaciones de la ciudad natal de Olimpia —Clori, en la obra italiana—, inmerso en sus pensamientos y decidido a no beber agua en las cercanías de los Apeninos con el fin de evitar un funesto

¹⁶⁰ En *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso* Acrisio emprende su retorno en solitario y en *Para algunos* da inicio al viaje de vuelta junto a dos mozos: Mauricio, el criado con el que compartía dependencia, y otro joven del servicio de la casa de sus parientes. A pesar de esta divergencia, el resto del episodio es muy semejante en una y otra obra.

desenlace —al que estaba condenado por el hechizo—. En aquel lugar, sin embargo, se topa con una anciana que extrae agua de un pozo. Él, movido por una intensa sed que arrastra por temor a la fatal predicción, le pide un poco de agua, a lo que ella responde:

Oh mancebo gentil, ¿para qué quieres agora beber agua? Mira que te pronostico en ella un grave daño. A lo que juzgo de tu rostro, no gozas buena salud. Persuádome que esta tu sed no es natural, antes ocasionada de accidente de algún grande mal que tienes en el cuerpo. Si tú te atreves a sufrir con paciencia esta sed, ella por sí misma se te extinguirá (Reyes, *ca.* 1637: 139v).

Sin embargo el joven, vencido por la sed, hace caso omiso a las advertencias de la anciana y le suplica que al menos le deje mojarse los labios. La desconocida le ofrece el cántaro, cuya agua tira una vez que ha bebido Acrisio.

Tras saciar su sed, el joven empieza a sufrir los efectos secundarios y confiesa: «no habríamos caminado una milla, cuando me sentí agitado de dos opuestos efectos cuales son calor y frío» (Reyes, *ca.* 1637: 139v). Tal es su angustia, que solicita a sus acompañantes hacer un descanso a la orilla del río. Al tumbarse en la hierba tiene lugar el comienzo de su desgracia:

me sentí oprimido el diestro brazo, en la parte que el hilo me fue atado [...] y echando la siniestra mano a su favor, sentí la cuerda al tacto, pero apenas la toqué [...] con sonoro estrépito se rompió [...] Rota así la cuerda, en un instante me pareció hallarme despojado de todos mis vestidos como salí del vientre de mi madre [...]. Sentí que las piernas se reducían a sola una y que esta procedía a la figura de una cola de una larga culebra, y que semejantemente, sin intermisión, los brazos se embebieron en las espaldas y caderas formando el cuerpo del fiero animal. Luego creciendo la nariz y aplanándose la frente, se constituyó una cabeza semejante al cuerpo ya formado, y todo junto, a todo mi entender, quedé perfecta culebra. Ya olvidado o destituido de los movimientos a un humano cuerpo propios, en vez de pasos comencé a serpear por entre la verde yerba haciendo diversos giros y lazos con el flexible cuerpo y cola, todo en orden a huir de mi desdicha (Reyes, *ca.* 1637: ff. 140r-140v).

Una vez efectuada la zoantropía, los jóvenes con aspecto de animales conservarán todas las facultades humanas excepto la de la voz. Así, cuando Lucio desea manifestarse verbalmente, el único sonido proferido es el rebuzno, algo similar a lo que les ocurre a ambos Acrisios con el siseo. De hecho, nada más adquirir la forma de víbora, estando Acrisio junto a sus camaradas, intenta hacerles partícipes de su nuevo estado, momento en que toma la consciencia «de un no experimentado impedimento [de] las fauces y instrumentos de la voz» (Reyes, *ca.* 1637: f. 140v). La imposibilidad de comunicación, más allá de la apariencia, es significativamente restrictiva en tanto que minimiza la humanidad de los jóvenes metamorfoseados y los aproxima de forma considerable a su condición animal. En este sentido, es interesante la relación entre la personalidad de los protagonistas y la forma animal que adoptan. Y es que la intromisión desmedida de Lucio, así como su torpeza e ingenuidad manifiestas en no pocos episodios de la obra, le llevan a lucir la apariencia del asno, el cuadrúpedo más soez y tardo. Ambos Acrisios, por su parte, alejados en determinadas ocasiones de la virtud —por ejemplo, en el

momento en que abandonan a sus amadas por causas pecuniarias—, acaban convertidos en el animal estandarte del pecado, el vicio y la bajeza de los ánimos humanos, esto es, la culebra. Podríamos concluir, por tanto, que «la transformación continúa la naturaleza de los personajes» (Ruiz Sánchez, 2000: 53) de forma maximizada y reduccionista. A propósito de la transformación en serpiente recogida en la obra de Selva, afirma M. Ariani que esta guarda «evidentissime valenze sessuali, tra colpa e ravvedimento» (2007: 1700)¹⁶¹. En esta misma línea de simplificación del género humano que conllevan las metamorfosis, es muy interesante la aseveración de María del Carmen Cabrero cuando sentencia que «de antiguo, la metamorfosis en animal representaba la caída en la esclavitud de las bajas pasiones, en lo puramente material en el sentido de pérdida de dimensión cultural, en cuanto humana» (2006: 172).

A partir del mismo instante de la metamorfosis, no será nada fácil sobrevivir en un entorno adverso para un asno y una serpiente en ciernes habituados a la realidad humana, por lo que las adversidades serán un continuum en sus nuevas vidas: subordinaciones a amos, actos de violencia, ataques de otras fieras, etc. Llama considerablemente la atención una excepción a lo dicho anteriormente, y es el hecho de que en las tres autobiografías diversos personajes con los que se cruzan tanto Lucio como Acrisio convertidos ya en animales, perciben cierta extrañeza en sus miradas o comportamientos, que les hacen pensar que no son realmente bestias sino otro tipo de seres. En *El asno de oro*, en concreto, una jovencita es capturada por unos ladrones (libro IV) y encerrada en una cueva junto a Lucio, del que confiesa que «si, en verdad, Júpiter mugió bajo la forma de un toro, es posible que en mi asno se oculte algo: bien un rostro humano, bien la faz de un dios» (Apuleyo, 1984: 125). Asimismo, Acrisio es considerado en las dos obras que protagoniza un hada o espíritu familiar en más de una ocasión. Valga de prueba la primera de ellas, muy similar en ambas, que sucede en el momento en que el joven convertido en serpiente, lamentándose de su amargo estado, intenta maldecir a Silla/ Silvia —su prima— por encontrarse de tal suerte, pero solo es capaz de emitir un largo y ruidoso siseo que surte efecto de llamada para un grupo de fieras que acuden hacia él. Acrisio ve su vida en peligro y logra salvarse gracias a un grupo de campesinos de las inmediaciones que intercede por él y que aprecia en su ser un rasgo distintivo:

Pero quien con más eficacia instaba en mi defensa era uno de aquellos gentiles hombres, que preciándose de muy entendido en secretos naturales, reparando en que yo me diversaba [sic] mucho de las comunes serpientes dijo que sin duda yo

¹⁶¹ Es necesario aclarar, no obstante, que Lorenzo Selva y, con posterioridad, Matías de los Reyes, afirman en el prólogo de sus respectivas fábulas que sus protagonistas adoptan tal forma animal porque a partir de esta desean reflejar la «sabiduría o prudencia de la sierpe» (Reyes, 1640: f. ¶1v), hecho que contrasta notablemente con los significados asociados a la serpiente que desde antaño ocupan el imaginario popular y que no guardan relación con la virtud o la sabiduría, sino, muy al contrario y en la línea de la afirmación de M. Ariani, con el pecado, la sexualidad y los más bajos instintos.

era hada, lo cual oído de las damas, mirándome con más atención y curiosidad, acordaron de común acuerdo que no podía ser yo otra cosa que la que el gentil hombre decía (Reyes, *ca.* 1637: f. 145r).

3.3.2.1.2. De cómo recuperar la forma humana

Momentos previos a la transformación de Lucio, tras mostrar esta preocupación respecto a la recuperación de su forma humana, Foti le explica el sencillo modo en que su ama Pánfila restablece su estado habitual:

estate tranquilo [...] ya que mi señora me ha enseñado cada una de las cosas con que pueden transformarse otra vez esas tales formas en personas humanas [...]. Mira [...] con qué hierbas tan insignificantes y corrientes realiza una cosa tan extraordinaria: un poco de eneldo con hojas de laurel mezclado con agua de la fuente. De esta infusión bebe y luego se baña en ella (Apuleyo, 1984: 68).

Sin embargo, tal remedio hubiera sido válido si Fotis no se hubiera equivocado de ungüento y Lucio, tal y como deseaba, se hubiese convertido en ave. Después de arrepentirse por su torpe error, la joven criada asevera que «el remedio para recobrar [su] forma es más sencillo» (Apuleyo, 1984: 68), pues consiste solo en masticar algunas rosas. A pesar de la simpleza de la enmienda, Lucio sufrirá un sinnúmero de adversidades hasta poder sentirse en su forma natural. Ya desesperado, perseguido tantas veces por la contraria Fortuna y sometido a la violencia y los desdenes humanos, se sumerge siete veces en el mar Egeo en una noche de luna llena, antes de proferir las siguientes palabras implorando la compasión de alguna divinidad:

cualquiera que sea tu nombre, tu rito o tu figura [...] asísteme tú en mis extremas penalidades desde ahora en adelante, vuelve ya benévola e invariable a mi suerte, concede una tregua y una paz a mis terribles penalidades por las que he pasado. Basta ya de fatigas y peligros. Aparta de mí esta terrible envoltura de cuadrúpedo [...] devuélveme a mi forma de Lucio (Apuleyo, 1984: 214)

Las súplicas de Lucio tienen inmediata respuesta divina, pues la diosa Isis se manifiesta surgiendo, cual Venus, de las olas del mar. La divinidad le explica al joven desesperado cómo podrá recuperar su antigua forma a cambio de consagrarle su vida a partir de su esperada transformación. En la festividad que al día siguiente se celebraría en aquel lugar (Cencres) en homenaje a Isis, Lucio debía acercarse al cortejo de la diosa donde encontraría a un sacerdote que llevaría una corona de rosas, las cuales debía comer para recobrar su humana apariencia. En efecto, llegado el día, todo tiene lugar como lo describiera la diosa la noche anterior. En medio de la procesión, Lucio come las rosas que formaban la corona del sacerdote y vuelve a su forma humana ante el asombro de la muchedumbre.

En el caso de ambos Acrisios, como ya les predijeran sus respectivas hechiceras, la del quinientos: «della sua diva il sangue/ toglià l'esser dell'anguè» (Selva, 1598: f. 67) y la

del Siglo de Oro: «con sangre de la dama que celebra/ se libre de la forma de culebra» (Reyes, *ca.* 1637: f. 141r), será ciertamente la sangre de Clori y Olimpia –en un plano alegórico, la ingesta de la virtud– la que les devuelva a su forma originaria. Una vez que consiguen¹⁶² vislumbrar a sus amadas, tras haber sido víctimas de innumerables calamidades, estas se espantan ante tan horrible animal. Puesto que ellos intentan hacerles ver quiénes son realmente y no se comportan, por tanto, como serpientes usuales, ellas piensan de inmediato que aquel animal ha venido con la misión de darles el aviso funesto que temen: la muerte de Acrisio. Ambas le inquietan a la víbora una respuesta a propósito de su terrible duda, y el siseo de las serpientes, que son en realidad sus desdichados amantes, les hace pensar que la réplica es positiva y que, en efecto, Acrisio ha muerto, por lo que ambas se rasgan las vestiduras y se autolesionan provocándose la pérdida de la consciencia. En ese momento los confusos jóvenes se acercan rápidamente al cuerpo desfallecido de sus amadas y lamen sus heridas, cuya sangre les hace librarse de la apariencia viperina y recuperar sus cuerpos naturales. Hasta aquí el fin de su zoantropía, aunque no el de sus desgracias, ya que al poco tiempo, tanto Clori como Olimpia morirán al ser víctimas de una picadura letal de araña.

3.3.2.1.3. ¿Por qué una metamorfosis?

Ríos de tinta han corrido a propósito de la intención de Apuleyo al escribir *El asno de oro*. Sin embargo, todas las explicaciones posibles parecen escurridizas dada la esencia esquiva de la obra. En efecto, esto podría tener su razón de ser en el contexto histórico-social del siglo II que envolvió la vida de Apuleyo, ya que según explica Fernández Corte, «las *Metamorfosis* brota en el suelo de la segunda sofística y en estos escritores se da una inclinación constante al juego entre la realidad y la apariencia, lo verdadero y lo verosímil, la máscara y el rostro» (2007: 688). En suma, la afición de Apuleyo, «inclinado a las artes mágicas [...] y a la religión y las iniciaciones místicas [...] hace coexistir en su desarrollo los temas de la magia y de la iniciación mística, amén de una miscelánea de relatos y de digresiones, que evidencian la amplitud de intereses de su autor y la brillantez y extravagancia de su estilo» (Fernández Corte, 2007: 679). Hubo incluso quienes insinuaron que, dado el conocimiento y la habilidad del autor en este tipo de cuestiones, sus metamorfosis no eran más que una autobiografía¹⁶³. Las constantes acusaciones sobre las prácticas mágicas de Apuleyo lo movieron a escribir una apología de la magia en su propia defensa: *De magia* (Luck, 1995: 80). No obstante, tal vez la clave de esta cuestión la encerrara el madauerense en su propia obra, y es que, en el libro XI de *El asno de oro* el sacerdote portador de la corona de rosas que

¹⁶² Valga el plural para la referencia conjunta a ambos Acrisios dada la similitud de los pasajes en una y otra obra.

¹⁶³ «La obra [*El asno de oro*] no fue percibida con nitidez por muchos lectores que confundieron el autor con el narrador y se preguntaron si leían una autobiografía real o una inventada» (Fernández Corte, 2007: 679).

le brindará al protagonista su forma habitual se dirige a Lucio para darle una explicación a sus pasadas congojas:

Ni tu nacimiento, ni tu posición social, ni la instrucción que has recibido te aprovecharon para nada, sino que, arrastrado, por la fogosidad de tu juventud, a unos placeres serviles, has recibido el desdichado premio de tu malsana curiosidad. Mas, al fin, la ciega Fortuna, mientras te ha perseguido con los más terribles peligros, te ha conducido, sin preverlo, con sus mismos rigores, hasta esta religiosa felicidad (Apuleyo, 1984: 221).

De modo que, según reza el religioso en este fragmento, podríamos asumir el carácter moral de la obra. A propósito de esta interpretación, señala Fernández Corte que resulta cuanto menos extraño el hecho de que si era esta la verdadera intención de Apuleyo, la moralidad haga acto de presencia solo al final de la obra y no en los diez primeros libros (2007: 690). Sin embargo, tal intención moral se convierte en una explicación lógica y retrospectiva a las desdichas sufridas por Lucio y cobra sentido solo una vez que el joven se ha redimido de su cuadrúpeda apariencia. La cuestión sería irremediabilmente más simple si la razón ética no contrastase con las palabras de Apuleyo al comienzo de la obra, cuando, antes de iniciar la historia de Lucio, advierte: «doy principio a una fábula de origen griego. Fíjate lector; te regocijarás» (Apuleyo, 1984: 21), en las que destaca precisamente el *delectare* que de la lectura se va a desprender. Concluye Fernández Corte que desde el «neoplatonismo [...] se pueden afirmar como no incompatibles las visiones de la realidad que se ofrecen en los diez primeros libros y la que se ofrece en el último» (2007: 689).

Amén de la verdadera pretensión de Apuleyo, lo que resulta innegable es la pátina mística que envuelve toda la obra desde el mismo momento en que entra en juego la magia hasta el final de las desgracias de Lucio debido a la intercesión de la diosa Isis. A consecuencia de la promesa que este le otorga a la divinidad a cambio de su metamorfosis, el joven dedicará su vida a honrarla, iniciándose así en los ritos isiáticos.

Las intenciones didácticas de los autores de las obras sucesoras, esto es, *Della metamorfosi* y *Para algunos*, parecen ser más evidentes en cuanto a propósito, si bien sus enseñanzas se desvanecen notablemente conforme avanza la ficción. Ya en el prólogo de ambas obras, tanto Lorenzo Selva como Matías de los Reyes, quien sustancialmente lo toma de aquel, explican de forma alegórica la *fábula* que se disponen a desarrollar:

che'l nostro Acrisio [...] è cangiato [...] in serpente, come a mostrare, che cerca della prudenza, e così ritorna a Clori, che significa la vera virtù, appo la quale è restituito nella pristina forma, non appo donna della città, che accenna la virtù speculativa, ne appo le giovani della villa, che la morale significano, essendo la sola grazia di Dio quella, che ci rende la divina imagine. [...] Restando anco in lui le reliquie del peccato (la madre [...] la legge della carne significa), non li si mostra [Clori] molto amorevole: il che fa quando appieno il vede dal vizio purgato (che fu dopo la morte della madre) et allora morendoli in braccio da lui si parte; atteso, che'l vero virtuoso, lontano da ogni presenza sensibile,

deve gustare la virtù: e bene il redentor nostro disse di non poter mandare lo Spirito Santo, se da tal presenza non si toglieva. (Selva, 1598: Proemio VI y VII¹⁶⁴).

Así, en esta alegoría, el pecado o «la ley de la carne», tal y como lo entendió Selva en su obra y Matías de los Reyes lo asimiló en *Para algunos*, es la madre de Acrisio, que acaba convenciendo a su hijo para viajar a Nápoles a recuperar parte de una herencia de sus antepasados. Esta figura representa la volubilidad humana y se opone a la virtud encarnada por Clori/Olimpia, amada del protagonista. La búsqueda de los bienes heredados por parte de Acrisio, es decir, la inclinación a la voluntad de su madre, lo lleva a alejarse de Clori/Olimpia y, por tanto, de la virtud, que se convertirá en objeto de amor y búsqueda a lo largo de la narración, mostrándose en ocasiones como una quimera inalcanzable para el joven, quien padecerá cuantiosas adversidades hasta reencontrarla.

Matías de los Reyes hace aún más dilatada la explicación alegórica de las aventuras de Acrisio, añadiendo, entre otros datos, que

porque ya restituido a la gracia, de lo sensible se ha de pasar a lo espiritual, esto es, a la contemplación, conviene muera Olimpia, porque el amor de las cosas temporales, en ella aquí imaginado, impide este tránsito: [...] dándose del todo a la contemplación (que es lo mismo, la religión) a quien se dedica (Reyes, 1640: f.¶2r).

Por otra parte, además de esta información inicial que se ofrece al lector y, al igual que ocurre en *El asno de oro*, es al final del relato cuando la zoantropía vuelve a adquirir una naturaleza moral y religiosa. Así, en *Della metamorfosi*, una vez que los enamorados han conseguido reunirse, siendo Acrisio hombre de nuevo, la joven Clori diserta acerca de la verdadera unión espiritual de los amantes, y concluye que antes se ha de amar a Dios ante todas las cosas y para conseguir el verdadero amor supremo se ha de morir antes, por lo que le pregunta a Acrisio: «che dobbiamo noi far altro, che desiderare di presto morire, per poter presto fruire il nostro amore? Moriamo adunque a questa vita mortale, accioche a quella che mai non muore, viver possiamo» (Selva, 1598: fol. 343). En nota al margen, y es esto lo realmente relevante en tanto que muestra la intención real del autor en relación con lo que está escribiendo, se lee: «di qui si può veder qual sia lo scopo di tutto questo libro, e di questa allegorica favola» (Selva, 1598: fol. 342). De manera que el propósito de Lorenzo Selva al escribir *Della metamorfosi*, tomando por ciertas estas palabras, habría sido reflejar la grandeza del amor verdadero, y el peligro de la pérdida de la virtud pues conduce irrevocablemente al castigo.

El joven Acrisio no podría imaginarse que lo expuesto en la disertación de Clori se cumpliría con tal prontitud, puesto que, apenas unos instantes después, la joven recibe en el pecho la picadura mortal de una araña. Acrisio intenta suicidarse ante tal funesto

¹⁶⁴ Puesto que *Della metamorfosi* carece de edición moderna, he de remitirme a la edición de 1598 por ser la que ostenta un mejor estado de conservación. Como era habitual, los preliminares aparecen sin numerar. En números romanos, corresponderían a los folios VI y VII.

suceso, pero Clori le pide con fervor que si el suyo es amor verdadero siga viviendo. El joven entonces considera que la muerte de su amada no es sino una segunda venganza – tras su transformación en serpiente– de aquella pariente de la que rechazó su amor, y por tanto es un castigo a sus pecados. De este modo trágico concluye la historia de Lorenzo Selva que, sin embargo, continúa en el *Para algunos* de Matías de los Reyes¹⁶⁵, donde Acrisio, que ya es casi un anciano, da a conocer qué fue de su vida con posterioridad a la muerte de su amada, información inestimable en tanto que muestra la perspectiva didáctico-religiosa que Matías de los Reyes adopta. Así, cuando acaba de leer sus memorias, Acrisio confiesa que tales desdichas lo movieron a ordenarse religioso de la orden camaldulense, aspecto que además de los ya mencionados con anterioridad, le otorga un parecido más acusado con *El asno de oro*, si bien la inserción religiosa se debe a diversas motivaciones: en la novela latina se trata de un agradecimiento a la divinidad (por recuperar la forma humana), mientras que en la obra española la vía mística es la opción elegida tras la desilusión, el sufrimiento y la apatía vitales.

No será este el único dato añadido que sepamos sobre la historia de Acrisio con respecto a su antecedente italiano, ya que en la obra de Matías de los Reyes el religioso italiano les contará a sus dos compañeros de tertulias que pocos días después de la muerte de Olimpia había tenido noticia de cómo la bruja Corsina –actante de su metamorfosis–, había conocido todos sus infortunios como si junto a él fuese mientras estaba convertido en serpiente y de qué manera, en forma de araña, le había dado muerte a Olimpia con la pretensión de que, muerta la joven, Acrisio rindiera amor a su prima Silvia. Supo también que todos sus parientes, además de la hechicera –que fue quemada en la hoguera por sus prácticas sombrías–, habían muerto por causas diversas y su tío, en el testamento, le había dejado todas las posesiones que por herencia le correspondían. De nuevo, a través de esta confesión, Matías de los Reyes castiga, en este caso con la muerte, a todos los personajes que han pecado de una u otra forma. Y es que el afán didáctico-moral del autor madrileño, como decíamos más arriba, aparece esbozado ya en el Prólogo de la obra al confesar que pretende con ella «representar en el teatro de la humana vida la ciencia del buen vivir» (Reyes, 1640: f. ¶1v).

3.3.2.1.4. A propósito de la consideración de las transformaciones

La obra de Matías de los Reyes diverge de las metamorfosis de Apuleyo y Selva en que introduce, en el fluir de los discursos y, además de la prosa meramente ficcional y narrativa, exposiciones divulgativas sobre temas variados. Uno de los motivos que adquiere mayor importancia es precisamente el de las transformaciones mágicas,

¹⁶⁵ El episodio de la muerte de Olimpia –Clori, en *Della metamorfosi*– es muy similar en esta obra, aunque Matías de los Reyes prescinde de la exposición de la joven sobre el verdadero amor.

cuestión que podría rechinar si tenemos en cuenta que *Para algunos* derrocha cristianismo por doquier. Esta afirmación no solo se justifica a partir de la alegoría del Prólogo –presente también en el antecedente de Selva– o la ordenación religiosa de Acrisio tras sus tormentosas vivencias, sino que toma su razón de ser en los contenidos bíblicos y religiosos que constantemente florecen en las tertulias que mantienen los tres parroquianos¹⁶⁶ así como en la opinión que estos manifiestan a propósito de las metamorfosis.

Ante tal fervor religioso resulta curioso que la mayor parte de la obra la ocupe la narración de un joven convertido en serpiente, que precisamente representa en la tradición bíblica la bajeza humana y la esencia demoníaca. A lo largo del *Para algunos* se dan explicaciones varias al intentar solventar una cuestión irresoluble –esto es, la transformación de un hombre en fiera–, hasta que los tres contertulios determinan que aquello que parece no es realmente lo que ha tenido lugar. De manera que será el propio Acrisio, quien aparentemente ha sufrido una verdadera zoantropía, el que se encargue de dar una explicación religiosa a lo ocurrido.

A pesar de que las divagaciones pseudoeruditas que se desarrollan en la obra de Matías de los Reyes no tienen cabida de forma tan intensa y sistemática en *Della metamorfosi*, Lorenzo Selva aprovecha ciertas tertulias de personajes para insertar conjeturas a propósito de las transformaciones. Avanzada un tanto la narración, Acrisio, convertido aún en serpiente, es acogido por un grupo de tres jóvenes doncellas que se encaminan junto a otros amigos y familiares hacia una fiesta campestre. Uno de los presentes, de nuevo sacerdote, «cominciò [...] a narrare in che modo si possa uno cangiare da una forma in un'altra, col dire, che solo pareva, ma non era» (Selva, 1598: 131). En efecto, a partir de un breve relato en el que el religioso cuenta cómo una bruja transforma a un joven en asno para valerse de él, concluye que

non sono queste trasformazioni, ma paiono, e non paiono a colui che trasformano, ma alle genti che lo mirano. Non che io neghi, che anco a colui tal volta non possa parere, percioche questo non ho io per cosa impossibile, da che molti oppressi da umore malinconico s'immaginano d'esser quello che non sono (Selva, 1598: f. 154).

En suma, en nota al margen, el propio autor glosa «i teologi per lo più concedono che questo mostrarsi un huomo bestia, procede da chi'l vede il cui senso interiore è deluso dal demonio. Vide *Malleum Maleficarum*¹⁶⁷» (Selva, 1598: fol. 154). Idéntica opinión es la que mantiene uno de los acompañantes al reafirmar que: «non mi pare di poter dubitare [...] in che modo possa fare il demonio, che un corpo grande paia piccolo, come una donna che paia gatta, anzi che si mostri un'uccello» (Selva, 1598: fol. 154).

¹⁶⁶ De hecho, la *Biblia*, San Agustín, y otros testimonios religiosos tienen una presencia masiva en los márgenes de la obra.

¹⁶⁷ El *Malleum Maleficarum*, tratado de finales del s. XV sobre la persecución de brujas, aparece nombrado en numerosas ocasiones tanto en *Della Metamorfosi* como en *Para algunos*. Tanto es así, que un número importante de relatos que se insertan en ambas obras están tomados de él.

Otra de las contertulias, por su parte, asevera que «al dire che un corpo grande possa parer piccolo, è forza, che'l diciamo, attesa la molta potenza del demonio, che dimostra nelle cose prestigiose» (Selva: 1598: f. 155).

Aunque en una y otra obra no se alcanza a dar una explicación racional a por qué en apariencia un cuerpo se muestra diverso de su forma real, lo cierto es que todos los personajes que discurren acerca de este asunto coinciden en creer que es el demonio a través de sus delegados —generalmente, hechiceras¹⁶⁸—, quien efectúa tales encantamientos, eso sí, siempre bajo la supervisión o el poder divinos, fuerza suprema que, en ocasiones, permite tales licencias como castigo a los pecadores, como así lo asevera Acrisio en el siguiente fragmento:

Las palabras, por sí solas, carecen de toda fuerza natural, sobrenatural ni artificial para obrar algo. [...] Son inmateriales, luego no valen a ninguna artificial operación [...]. Concluyamos de una vez que las palabras, y en especial las de los magos, no tienen eficacia para inmutar los humores y menos para obrar tales transformaciones mágicas, en quien se experimentan con engaños de los sentidos [...] tan estupendas maravillas. Ni yo asiento por verdad en mi suceso que los versos y palabras pronunciadas por aquel infernal ministro, ni el uso de aquellos supersticiosos unguentos, obraron en mí tan prodigiosa inmutación. [...] Que aunque mis iludidos y prestigiados sentidos y los de los demás, que en siete meses me trataron, padecieron este engaño, se ha de entender todo dentro de los límites de estas doctrinas, y no en más. Concluyendo, me sucedió todo así por permisión divina en castigo de mis graves culpas, y obrada así para persuasión de aquella mala vieja y engañada doncella, de cuyos efectos sacaba el demonio, su maestro, el fruto a que aspira, que es su tiránica adoración lograda en semejantes ministros (Reyes, *ca.* 1637: f. 133r).

Aunque Acrisio no explica la causa, lo cierto es que atribuye su transformación a un engaño sensorial concerniente a la apariencia sufrido no solo por quien experimenta la zoantropía sino también por los que lo tratan, de manera que alega que «persuadidos los que me veían y comunicaban, y yo con ellos que realmente era culebra, padecía yo o gozaba, y me conferían ellos los daños o beneficios que hemos visto y veremos de aquí adelante» (Reyes, *ca.* 1637: f. 164v).

Sea como fuere, la realidad es que más allá de demonios, brujas, hechizos, metamorfosis y demás partícipes de prácticas oscuras, era necesario sacar a relucir en la España católica del seiscientos la supremacía divina, por lo que afirma el religioso que: «todas las [cosas] que dudáis poder obrarse por medio de los encantos y supersticiones mágicas que llaman demoníacas se obran sin duda precediendo primero la divina permisión, como vos lo entendéis católicamente» (Reyes, *ca.* 1637: f. 49r).

¹⁶⁸ No es baladí el uso del femenino, ya que la tradición nos ha legado una magia metamórfica ligada a la actuación perversa de féminas, que emplean diversos ardidés para, en ocasiones, surtir el efecto deseado en el género opuesto o bien castigar un rechazo varonil a una propuesta amorosa o lasciva. Tanto es así que en el *Malleus Maleficarum* se hace referencia a que «la mayoría de quienes practican la magia son mujeres, ello se debe a que —formadas defectuosamente de una costilla curva de Adán— son inferiores a los hombres» (Bigalli, 2006: 104).

3.3.2.1.5. Conclusiones

Uno de los aspectos más interesantes del *Para algunos* es el hecho de que forme parte de una tradición que se remonta a la literatura grecolatina y que tiene que ver con las metamorfosis de un humano en animal. A partir del cotejo de *El asno de oro*, *Della metamorfosi* y *Para algunos*, se puede concluir que dichas obras, aun siendo eslabones de una misma tradición, presentan un tratamiento tan diverso como interesante derivado de su cualidad inherente de productos históricos. De manera que las perspectivas desde las que se tratan las metamorfosis, el tono de las obras y su finalidad resultan tan desiguales como la época y el contexto cultural que las vio nacer.

A pesar de que Apuleyo retoma una tradición que nació en la Grecia del siglo primero, lo cierto es que perfila y añade un esquema estructural antes ausente que se verá repetido en las producciones literarias de Lorenzo Selva y Matías de los Reyes, ya que ambas obras hilvanan, al igual que su precedente, relatos de narradores secundarios que se incrustan en la trama principal, la cual cuenta con un elemento común que constituye el conflicto narrativo, esto es, la zoantropía o metamorfosis de sus protagonistas en animales, que se deriva de algún comportamiento pecaminoso de los jóvenes: en Lucio, su curiosidad desmedida, y en ambos Acrisios su alejamiento de la virtud –simbolizada en la figura de sus amadas– por motivos lucrativos.

En suma, las tres transformaciones están relacionadas, en mayor o menor medida, con la religión, de manera que en *El asno de oro*, Lucio recobra su forma humana gracias a la intercesión de la diosa Isis, que a cambio le solicita al joven adoración hacia su figura. En el caso de los dos Acrisios, el carácter alegórico que sus autores pretenden conferirle a sus obras transmite una idea de la virtud como práctica necesaria para evitar la tragedia y el castigo divinos. Este concepto, con no pocas matizaciones, es mucho más evidente y persistente en el caso de *Para algunos* de Matías de los Reyes, tal vez por el afán didáctico pregonado a partir de la Contrarreforma. Sin ir más lejos, uno de los episodios autobiográficos que el autor madrileño recoge en su obra no es otro que su peregrinación al monasterio de la Virgen de Guadalupe.

Como no podía ser de otra manera, las metamorfosis de Lorenzo Selva y, en mucho mayor grado, de Matías de los Reyes, inmersas en este halo cristiano, se explican a partir de la intervención demoníaca en los ánimos humanos, actuación consentida por Dios para las almas pecadoras. De manera que estas transformaciones no tienen lugar *realmente*, sino que constituyen una suerte de encantamiento tanto en la víctima como en quienes se cruzan en su camino. Más allá de la pretendida intención didáctica de Selva y, sobre todo, de Matías de los Reyes, la verdad es que, una vez sumergidos en la ficción, la lección moral deja paso al entretenimiento.

Por último, lo más interesante de estas narraciones ficticias en prosa que vieron la luz en épocas y lugares tan dispares entre sí, es reconocer en ellas un esqueleto común que ha ido adquiriendo diversos cuerpos a lo largo de la tradición literaria occidental y se ha remodelado acorde a las circunstancias culturales, históricas y sociales que lo rodeaban, pero manteniendo su esencia en cualquier caso.

3.3.2.2. De *Anfitrión* a *El agravio agradecido*

3.3.2.2.1. Breves notas sobre *El agravio agradecido*: Plauto en el molde de la Comedia Nueva

El interés que Matías de los Reyes sintió por el género teatral queda de manifiesto tanto en el auto sacramental *El Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo*¹⁶⁹ como en las seis comedias que compuso, de las que da parte ya en el prólogo al lector de *El Curial del Parnaso* (Madrid, viuda de Cosme Delgado, 1624), en el que el autor promete nuevas obras en caso de gozar de buena estima literaria. Entre tales entregas futuras figura ya su corpus dramático: «Si con este servicio te obligas, te remitiré otros, dándome vida el cielo, el año que viene. Esto conoceré en la liberalidad con que pagares al librero el porte destes y el de seis comedias que tras estos saldrán, y en tanto, vale» (1624: f. ¶5v). En efecto, todas sus comedias —*Dar al tiempo lo que es suyo*, *Enredos del diablo*, *Di mentira y sacarás verdad*, *Qué dirán y donaires de Pedro Corchuelo*, *Representación de la vida y rapto de Elías profeta* y *El agravio agradecido*— estaban ya escritas en 1622, año que aparece en el colofón de cada una de ellas, si bien no impresas hasta 1629 en Jaén por Pedro de la Cuesta en un volumen facticio (Gómez Sánchez-Ferrer, 2015: 218). Buena prueba de la naturaleza colectiva de esta edición la otorgan las comedias conservadas en la actualidad, pues muy raramente se han mantenido unidas, sino desglosadas o reubicadas en otros volúmenes de comedias. A esta tendencia escapa el ejemplar R/23962 (BNE) que, a pesar de figurar encuadernado con otras obras, conserva las seis comedias tal y como salieron de las prensas de Pedro de la Cuesta.

Precisamente en relación con esta impresión jiennense, y pese a que el autor pasó parte de su vida en la localidad jaenera de Torredonjimeno (Johnson, 1973: 31), esta pudo no ser la única causa que motivase la impresión de sus comedias en un taller periférico, esto es, en Jaén, sino que la prohibición de publicar novelas y comedias en el reino de Castilla en el periodo comprendido entre 1625 y 1634, debido a reparos morales (Moll, 1974; Cayuela, 1993), hubo de estar relacionada con este hecho.

¹⁶⁹Se trata del manuscrito MSS/15309 conservado en la BNE.

Dado el carácter independiente de las seis comedias reunidas en el susodicho volumen, cada una de ellas, con numeración y portada autónomas, aparece brindada a una personalidad diversa. En el caso de *El agravio agradecido*, la figura de Tirso de Molina se yergue como destinataria y además lo hace de un modo especial en tanto que Matías de los Reyes confiesa haber recibido el beneplácito de fray Gabriel Téllez para con su comedia tras la lectura de la misma en su celda. No será esta la única experiencia vital común que aparezca en la dedicatoria, puesto que el autor del *Para algunos* aporta indicios de una estrecha relación¹⁷⁰, notas que han llevado a parte de la crítica a tratar a Matías de los Reyes como «el amigo de infancia» de Tirso de Molina. Más allá de las posibles relaciones entre ambos autores, resulta de interés la declaración del autor del *Para algunos* en relación con el teatro de la época, «ejercicio en nuestros tiempos poco estimado (quizá por su mal uso)» (1629: Gg2r¹⁷¹). Y confiesa, a propósito de su labor como dramaturgo:

Las que hasta hoy tengo escritas son seis solas, por haberme acobardado la poca estima que los autores hacen desta mercadería¹⁷², no se la feriendo mercader grueso y de nombre (si bien es verdad que estas pocas pasaron ya su carrera, como testificarán muchos de aquellos a cuyas manos llegaren). Entre ellas es una *El agravio agradecido*, imitación de los *Anfitreones* de Plauto, que es la misma que a Vuestra Paternidad leí en su celda que por haberme dicho bien de ella, me atrevo a juntarla con las otras cinco que doy a la estampa (1629: Gg2v). Colofón: Villanueva de la Serena y setiembre 21 de 1622.

Quienes se han interesado por la producción teatral de Matías de los Reyes consideran que *El agravio agradecido* fue su mejor comedia (Cejardor y Frauca, 1972; Johnson, 1973: 84), e incluso «it is also his most ambitious in terms of the doctrinal and formal difficulties to be overcome» (Johnson, 1970: 258). Más lejos llegó en la estima de la comedia F.J. de Burgos, quien aseguró en el periódico *La Alhambra* (1840) que esta comedia era «la mejor escrita del teatro antiguo» (1840b: 445). Sin duda, en buena consideración hubo de tenerla Matías de los Reyes para volver a publicar una reescritura de la misma en el interior de su obra de madurez, *Para algunos* (Madrid, Viuda de Juan Sánchez, 1640), once años después. En la narración marco de esta, es el propio Matías de los Reyes ficticio quien, en su relato autobiográfico, aprovecha para sacar a relucir su producción literaria e incrustar una versión modificada con respecto a la princeps de 1622 de *El agravio agradecido*. De modo que hallándose el autor en la biblioteca del religioso de Talavera, cuenta lo siguiente:

¹⁷⁰ «Si nuestra comunicación fue desde los rudimentos de las primeras letras contraída, sin duda será eternamente estable» (Dedicatoria *El agravio agradecido*, Reyes, ca. 1637: f. 5v).

¹⁷¹ En este volumen facticio cada una de las comedias cuenta con una numeración independiente a excepción de las dedicatorias liminares de cada una de ellas, que carecen de numeración.

¹⁷² Las consideraciones de Matías de los Reyes a propósito de la dramaturgia contemporánea no cesan aquí, sino que en la tertulia de la narración marco llevada a cabo entre Matías de los Reyes, Acrisio y el cura de Talavera, asevera este último que «la comedia, como esté expurgada de acción viciosa y obscena, no es de condenar, pero escríbense hoy de forma que más podemos llamar a los teatros cátedras de vicios que espectáculos de recreación» (ca. 1637: f. 4v).

Y yo, entre tanto, siguiendo mi inclinación me fui a la librería de mi amigo, que la tiene muy bien surtida de todas facultades y letras, así divinas como humanas, y reparé en un libro que tenía entre los de humanidad, y, leyendo su título, vi que eran mis comedias, y sonriendo, me dije:

— ¡Jesús, señor doctor! ¿Pues esto tenéis aquí?

Y él preguntó:

— ¿Qué, son vuestras comedias? Y con mucho gusto por serlo. ¿No habéis hallado ahí *El Curial del Parnaso* y *El Menandro*?

Y mirando a los libros, dije:

— Sí, aquí están, ¡mucha honra es esta!

— A lo menos obligación precisa —dijo él— pues cuando los libros no lo merecieran, como dicen los que los han visto, los amigos somos protectores forzosos de las obras o partos del entendimiento de nuestros amigos.

Y prosiguió diciendo:

— ¿No habéis acabado de despachar *La Ulexía*?

— Ya tengo privilegio para imprimirla y creo será presto si el tiempo y ventura ayudan.

— Deséolo mucho, por la satisfacción que tengo d'él, y creo que conocerá por él quien le viere, que no habéis gastado el tiempo en la plaza aunque en la de negocios estáis siempre.

A este tiempo Acrisio me había tomado de las manos el libro y iba registrando los títulos de las seis comedias que contiene, y llegando a la que le tiene de *El agravio agradecido*, reparó en la dedicatoria y della infirió su argumento, y hablando conmigo, dijo:

— ¿Imitación es esta de los *Anfitreones* de Plauto? Según eso, alguna transformación introducís.

— Sí —dije yo—.

Y él dijo:

— Aunque yo no soy muy inclinado a oír comedias, en viniendo de la iglesia la habéis de leer, que gustaré ver su argumento y ya desde luego me prometo de vuestro ingenio un buen rato.

— Pues se entretendrá vuestra paternidad —dijo el cura—, que como es verdad que su autor muestra genio dispuesto a este género de escritos, lo es también que la comedia es ingeniosa y guarda en ella el decoro poético y aun el de las costumbres, pues por lo menos no tiene la obscenidad de Plauto en los ingresos, que él pintó un adulterio cometido por el más heroico de sus dioses y nuestro amigo unos amores de quien resulta un matrimonio. Dejemos aparte el levantado estilo y sentencias de Plauto y arte de su comedia, que eso no se ha de poner en competencia (Reyes, *ca.* 1637: ff.3v-4r).

El agravio agradecido junto con *Dar al tiempo lo que es suyo* fueron catalogadas por Johnson como comedias de enredo, ya que incorporan «the tradition of Roman comedy and the contemporary urban setting of Spain and Italy» (1973: 51). No obstante, para el caso de la primera, tal vez un apelativo más preciso, en relación con la clave de su argumento, podría ser el de «comedia de doble, [que] ha recibido también la denominación más abstracta de «comedia de identidad». La identidad se manifiesta en la coincidencia de las señas personales y familiares y, sobre todo, en el parecido físico, sea natural o artificial» (Riehle, 1990: 9 en García-Hernández, 2001: 274), descripción en perfecta consonancia con la comedia de Matías de los Reyes.

La comedia de enredo y, en general, toda aquella enraizada en algún tipo de ardid o truco hacia el espectador fue del agrado del público teatral de la España del seiscientos, pues «el gusto por la metamorfosis, la suplantación de identidades y el engaño de las apariencias se erige como mecanismo para poder decir –y al mismo tiempo eludir– la realidad» (Berruezo, 2011:39).

Como era natural en la obra de Matías de los Reyes, «all the plays have in common some combination and reelaboration os preexisting materials» (1973: 4), y en el caso de estas, tal base la constituye el teatro plautino, más difuso en *Dar al tiempo lo que es suyo* que en *El agravio agradecido*, donde la impronta de *Anfitrión* es sumamente nítida; tanto que, como se constata en los dos extractos anteriores, el propio Matías de los Reyes delata tal influjo. De hecho, una vez culminada la lectura de la comedia en la narración marco, es el correlato ficticio del autor el que comenta ante Acrisio y el cura de Talavera lo siguiente: «La verdad es [...] que aunque hice esta imitación, fue más por seguir a Plauto que porque haya dado entero crédito a estas mágicas operaciones, en que parece hay tanta contradicción a la razón natural» (Reyes, ca. 1637: f. 38r).

No obstante, amén de estas referencias, Fabio, el responsable de la magia en la comedia, haciéndose pasar por Guarín, otro de los personajes, incide en la similitud de argumentos cuando confiesa: «[...] Y yo quedo/ cual Mercurio transformado/ en Sosias: vaya de enredo» (Reyes, ca. 1637: f. 11v).

Si bien *Anfitrión* fue la «primera del teatro clásico traducida al castellano y la que más veces ha sido adaptada en la literatura española» (Marqués López, 2002a: 2082), la mayor parte de tales adaptaciones tomaron el argumento y los personajes de Plauto. Sin embargo, en el caso de Matías de los Reyes se trata más bien de una reescritura, en tanto que solo se basa en uno de los dos ejes centrales del argumento (el adulterio y no el nacimiento de Hércules), el cual reformula y emplea como base de inspiración de su comedia.

Si en la comedia plautina el dios Júpiter adopta la forma del soldado Anfitrión para valerse de su coyuntura matrimonial con Alcmena, en la comedia de Matías de los Reyes los enredos no solo atañen a un matrimonio y sus criados, como en la plautina, sino que en este caso los afectados son tres nobles (dos damas y un varón) con sus respectivos siervos (Marqués López, 2002a: 2085), y precisamente un criado, Fabio, es el urdidor de una serie de hechizos aplicados a su amo Camilo con la finalidad de que este adquiera la identidad –o apariencia– de Octavio. La pretensión no es otra que la de hacerse pasar por este, prometido legal de su amada Belisa con la que le une un vínculo de conveniencias parentales. Fabio, al igual que el esclavo latino, es astuto. Tanto él en *El agravio agradecido* como Júpiter en *Anfitrión* se ubican en una posición intermedia entre los personajes y el autor, puesto que solo ellos, dentro del plano de la ficción, conocen la consecución de los hechos debido a que son los artífices del engaño.

El juego de identidades en la comedia de Matías de los Reyes dará lugar a chirriantes confusiones cuando el Octavio verdadero se reúna con su prometida (al igual que le

ocurre a Anfitríon cuando vuelve de la guerra) y, sobre todo, cuando se niegue a casarse con ella al enterarse de su estado de gestación, episodio también diverso en la comedia plautina, en la que Alcmena estaba ya encinta cuando su marido se marcha a la milicia. A pesar de todo, en ambas comedias el adulterio termina en embarazo. En *El agravio agradecido*, Belisa, rechazada presuntamente por aquel que la había fecundado, sufrirá por su honor mancillado. En la escena final, Fabio hará recobrar la verdadera identidad de su amo, al igual que Júpiter confiesa su despropósito, y la trama culminará con un cuádruple matrimonio: los nobles Belisa y Camilo; Octavio y Leonora (que a su vez es hermana de Camilo) y los criados, que repetirán la misma estructura matrimonial que sus amos. Se trata, por tanto, del manido final feliz que en este caso comparte con el desenlace de *Anfitríon*.

A pesar de la similitud de los asuntos, por si el argumento del famoso agravio pudiera suscitar alguna crítica en la época, se defiende el autor anticipadamente en labios de su amigo talaverano, cuando declara, no sin cierto cinismo, que *El agravio agradecido* «no tiene la obscenidad de Plauto en ingresos, que él pintó un adulterio cometido por el más heroico de sus dioses y nuestro amigo unos amores de quien resulta un matrimonio» (Reyes, ca. 1637: f. 4r).

Parangonando ambas comedias, tanto Júpiter y Mercurio en la comedia *Anfitríon* como Camilo y Fabio en *El agravio agradecido* actúan como *sosias*, esto es, como un «doble gemelar [...] que suele ser artificioso y falso; con intenciones malévolas, se hace impostor y se propone usurpar la personalidad del doblado. En tal caso, los dobles son incompatibles y su encuentro produce una colisión personal» (García-Hernández, 2001: 21). En ambas comedias, la usurpación de la persona ajena supone en el suplantado un estado de duda y confusión. Esto ocurre precisamente cuando Sosias, criado de Anfitríon, al que había acompañado a la batalla, vuelve de la misma adelantándose a su amo para anticiparle a Alcmena el regreso inminente de su esposo, cuando, para su sorpresa, se encuentra *a sí mismo* (Mercurio) custodiando la puerta de la casa:

MERCVRIVS.	Tun	te	audes	Sosiam	esse	dicere,
						qui ego sum?
SOSIA.						Perii.
MERCVRIVS.						Parum etiam, praeut futurum est, praedicas, quouis nunc es?
SOSIA.						Tuos, nam pugnus usu fecisti tuom, pro fidem, Thebani cives.
						[...]
MERCVRIVS.						Quis tibi erust?
SOSIA.				tu		voles.
MERCVRIVS.						Quid igitur? qui nunc vocare?
SOSIA.			nisi	quem		iusseris.
MERCVRIVS.						Amphitruonis te esse aiebas Sosiam.
SOSIA.						Peccaveram... (Plauto, 1992: pp. 28-29).

De la misma manera, en *El agravio agradecido* tiene lugar una situación análoga cuando Guarín se topa con alguien que dice ser él mismo:

GUARÍN. ¿Qué diré? Ayuda San Pablo,
 esforzarme quiero. ¡El diablo!
 FABIO. Pues al diablo busco yo.
 ¿Tú eres el diablo?
 GUARÍN. No,
 No soy yo sino Guarín.
 FABIO. Oh vil, infame, ruin,
 ¿en tan inútil sujeto
 cabe nombre tan perfeto?
 No te lo nombres jamás.
 GUARÍN. No, no haré, tú lo verás.
 FABIO. Mi nombre usurpas, mi nombre,
 ¿Dónde naciste? Di, hombre.
 Algún engaño pretendes
 hacer con él, tú me vendes,
 porque en toda esta ciudad
 no hay otro Guarín.
 GUARÍN. Verdad,
 eso me ha escandalizado [...]

FABIO ¿Qué nombre tiene tu amo?
 GUARÍN. Otavio.
 FABIO. ¿Otavio se nombra?
 Hombre o diablo, ¿eres mi sombra?
 Otro nuevo engaño entablas.
 Porque cuanto instas y hablas
 es todo en mi emulación,
 sin duda mi indignación
 Irritas en daño tuyo.
 ¿Cómo dices que eres suyo?
 ¿dónde posa?
 GUARÍN. Ha de posar
 aquí, que se ha de casar
 con Belisa mi señora.
 FABIO. Con eso acabaste agora
 de apurarme la paciencia,
 pues llegamos a Florencia,
 yo y Otavio aquesta tarde,
 (que es mi dueño)¿ y tú, cobarde,
 levantas esta patraña?
 GUARÍN. ¿Tu dueño? ¡Cosa es extraña! (Reyes, *ca.* 1637: ff. 13v-14r)

Ambas confusiones llegan al punto álgido con la identificación del nombre, que, si en principio consiste en una marca externa distintiva entre dos individuos, en la comedia de doble, en la que, al igual que la semejanza física, los nombres llegan a confluír por diversos motivos, no es más que otro elemento al servicio de la confusión, origen constante de equívocos (García-Hernández, 2001: 277) y colmo del desconcierto de la víctima doblada.

En ambas escenas, tanto el Sosias como el Guarín verdaderos dudan de su propia existencia y así lo comunican a sus respectivos amos, Anfitrión y Octavio, quienes atribuyen a algún tipo de alteración psíquica las palabras de sus criados. Estas formas de proceder

no son exclusivas de la comedia de doble, sino iniciativas o reacciones típicas de cualquier situación de equívoco o confusión. [...] Esta clase de acusaciones son un tópico indefectible en la comedia de doble. En *Anfitrión* es frecuente la aparición de motivos de magia, embriaguez y locura (García-Hernández, 2001: 301).

En *El agravio agradecido* Guarín insiste a su amo con el hecho de que la noche anterior riñó consigo mismo cuando se disponía a ver a Florela en casa de Belisa, a lo que Octavio no puede por más que atribuir el juicio de su criado a la embriaguez y la locura:

OTAVIO. ¿Estás borracho, demonio? [...]
 Tú me quieres volver loco.
 Bien dicen, que uno hace ciento. [...]
 Direte que desvarías,
 aunque lo que dices vieses (Reyes, ca. 1637: ff. 16v-17v).

Un detalle realmente llamativo extraído de esta conversación y derivado del asunto del doble que suscita la hilaridad del receptor es el hecho de que Guarín, tras el encuentro con su alter ego, incorpora a su personalidad características que ha inferido del encontronazo con su otro yo, Fabio (Johnson, 1970: 258): de un lado, la agresividad que contrasta con su pública cobardía y, del otro, expresiones lingüísticas que le son útiles y de las que se vale para reafirmar su repentina audacia.

Guarín encuentra a Fabio transmutado en él mismo en las inmediaciones de la casa de Belisa, que vigila con la idea de salvaguardar la integridad de su amo (al igual que hiciera Mercurio mientras Júpiter gozaba de Alcmena). Y el farsante, para atemorizarlo, lo amenaza del modo que sigue:

 ¿Cuándo tuvo tal martillo
 en su oficina Vulcano,
 como el que en aquesta mano
 tengo yo encerrando el puño?
 Del primero golpe acuño
 los sesos en el ombligo (Reyes, ca. 1637: f. 13r).

Asimismo, cuando el propio Guarín advierte a su amo Camilo del singular episodio, añade:

 Dices que cobarde soy,
 y no es más valiente Marte:
 a cien hombres desafío
 y se me hace poca copia.
 Y por mi persona propia
 diablos por el aire envío,
 pues que cuando cierro el puño,
 tanto a quien pego atosigo,
 que los sesos al ombligo
 del primer golpe le acuño (Reyes, ca. 1637: f. 16v).

En efecto, el tropiezo con quien el criado bobalicón cree ser él mismo le produce una crisis de identidad ante el reflejo de una personalidad radicalmente opuesta a la suya, pero más conveniente para quien, ante cualquier imprevisto, se sitúa en el limen del miedo.

Por otra parte, un mecanismo muy interesante y presente en todas las comedias de doble herederas de los modelos plautinos es que suele aparecer algún objeto que, sumado a la apariencia impostora, corrobora el engaño haciéndolo más perfecto:

En las dos comedias plautinas de doble y en sus imitaciones modernas aparece de principio a fin un elemento maravilloso –manto, pátera, etc., que tan pronto desaparece de unas manos como se ve en otras. Ese objeto concreto [...] es el mejor símbolo de la alternación de los dobles en la escena y su suplantación (García-Hernández, 2001: 297).

En la comedia de Matías de los Reyes, una vez que Belisa y Florela asumen la existencia de intrusos, deciden entregarles a los respectivos amantes una banda y un listón¹⁷³ que estos colocarán en el sombrero para así diferenciarlos de los usurpadores, pero lo cierto es que otorgan este *elemento maravilloso* a los ladrones de identidades, Camilo y Fabio:

CAMILO. Dadme, pondreme esa banda,
que ella podrá haceros cierta
d' esta distinción.
BELISA. Tomadla,
Que es prevención muy discreta.
FLORELA. Toma esta cinta, y pondrasla
en el sombrero, y con ella
te sabré diferenciar.
FABIO. Estímola por tu prenda,
Y *ad perpetuam rei memoriam*
quedará en las entretelas
de mi corazón (Reyes, *ca.* 1637: f. 23v).

Esta estratagema provocará otra situación de confusión en los amantes verdaderos que no son portadores del objeto diferenciador. De manera que cuando se expone el caso ante el gobernador, aparece Octavio (el verdadero), y Belisa, reconociendo la ausencia de la cinta en el sombrero, se sorprende y confiesa:

BELISA. ¡Ay Dios! ¿Qué es esto que vi?
Los cielos favor me den.
(*Mira con atención a Otavio*)
La duda está manifiesta
Otavio verdad me dijo,
a creerlo estoy dispuesta,
y con razón lo colijo,
pues no trae mi banda puesta (Reyes, *ca.* 1637: f. 34r)

Una vez que la confusión llega al límite y el gobernador decide encarcelar a Otavio y Guarín, que no caben en su desconcierto, Fabio resuelve acabar con el hechizo:

FABIO. Ya el tiempo vino,
de que el hilo atado al dedo,
salga d' este laberinto.

¹⁷³ El listón empleado como objeto para diferenciar y reconocer al amante había sido utilizado por Lope de Vega en *El caballero de Olmedo*.

(Saque un papel que lleva doblado en la petrina, y rómpale, y luego mírense todos unos a otros con admiración, y saque otro del pecho y póngasele donde quedó el otro)

Este papel en que están
caracteres y sigilos
diversos, quedando roto
cesará aqueste artificio.
Con los que en estotro quedan,
a conformidad obligo
en la causa d'este agravio,
por ser benévolo hechizo (Reyes, ca. 1637: f. 36v).

Algo similar a lo que sucede en el *Anfitrión* y que lleva a Júpiter a reconocer su daño en la escena final de la obra:

IVPPITER. Bono animo es, adsum auxilio, Amphitruo, tibi et tuis:
nihil est quod timeas. hariolos, haruspices
mitte omnes; quae futura et quae facta eloquar,
multo adeo melius quam illi, quom sum Iuppiter.
primum omnium Alcumenae usuram corporis
cepi, et concubitu gravidam feci filio.
tu gravidam item fecisti, cum in exercitum
profectu's: uno partu duos peperit simul.
eorum alter, nostro qui est susceptus semine,
suis factis te immortalis adficiet gloria.
tu cum Alcumena uxore antiquam in gratiam
redi: haud promeruit quam ob rem vitio vorteres;
mea vi subactast facere. ego in caelum migro (Plauto, 1992: 49).

Carroll B. Johnson plantea la posibilidad de que el tema de la usurpación de la identidad o transformación en *El agravio agradecido*, además de la fuente plautina, tuviera su razón de ser –sobre todo en la concepción de la representación– en la inspiración de dos hermanos gemelos, Juan Bautista y Juan Jerónimo Valenciano¹⁷⁴, que actuaban por los teatros de la época y eran especialistas en papeles de dobles (1973: 101). Esta hipótesis resulta realmente interesante pues, en 1630, parece ser que Juan Jerónimo se asoció con Francisco de Mudarra (Ferrer, 2002: 154), quien figura como jefe de la compañía que se encargó de representar *El agravio agradecido*.

En relación con los actores gemelos, si en *Anfitrión* Plauto advertía al lector en boca de Mercurio de la diferencia de vestuario entre este y su padre Júpiter con el fin de que el espectador consiguiese distinguirlos cuando apareciesen junto a Anfitrión y Sosias en escena (Johnson, 1970: 253), nada al respecto aparece en *El agravio agradecido*, por lo que es de suponer que esta confusión violaría los límites de la ficción teatral para confundir también al público, situación que solo es posible con la identidad natural de los sujetos.

¹⁷⁴ Teresa Valls ha dedicado un interesante estudio a las huellas bibliográficas de estos dos actores: «Actores del siglo XVII: los hermanos Valenciano y Juan Jerónimo Almella», *Scriptura*, n° 17, 2002, pp. 133- 160.

En definitiva, la bifurcación de la personalidad y las escenas de doble poseen en el género dramático, además de interesantes alcances argumentales, una serie de implicaciones genéricas que suponen la creación de otro nivel de representación inmerso en la ficción teatral:

La ficción dramática es de suyo un doblamiento de la realidad, en cuanto que la imita o la disfraza. A su vez, el personaje que dentro de su papel hace el papel de otro redobla la ficción dramática, proyecta el teatro dentro del teatro; hace metateatro (García-Hernández, 2001: 293).

Por lo que respecta al molde dramático, Matías de los Reyes construyó una comedia adpta ya a la nueva poética teatral que publicara el Fénix de los ingenios en 1609, aunque con asunto clásico, como se ha visto, transgrediendo de este modo el principio mediante el cual Lope afirmaba que a la hora de componer una comedia «sacaba a Terencio y Plauto de su estudio» (Vega, 2006: 133). Y a propósito de los asuntos, instaba a lo siguiente:

Elijase el sujeto, y no se mire
(perdonen los preceptos) si es de reyes,
[...] Esto es volver a la comedia antigua,
donde vemos que Plauto puso dioses,
como en su *Anfitrión* lo muestra Júpiter.
Sabe Dios que me pesa de aprobarlo... (2006: 140).

En lo referente al tema plautino, el cura talaverano, amigo de Reyes en la ficción del *Para algunos*, asevera que

la comedia es ingeniosa y guarda en ella el decoro poético y aun el de las costumbres, pues por lo menos no tiene la obscenidad de Plauto en ingresos, que él pintó un adulterio cometido por el más heroico de sus dioses y nuestro amigo unos amores de quien resulta un matrimonio (Reyes, ca. 1637: f. 4r).

Salvo dicha excepción y la de guardarse «de imposibles, porque es máxima que solo ha de imitar lo verosímil», el autor respetará todos los preceptos del *Arte Nuevo de hacer comedias*. Así, el argumento de su obra será el fingimiento; mezclará lo trágico y lo cómico; desarrollará una sola acción en tres actos a los que Reyes llama jornadas.

Con respecto al plano lingüístico, al igual que el Fénix justificara que

[...] porque, como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto. [...] No traya la escritura, ni el lenguaje
ofenda con vocablos exquisitos,
porque si ha de imitar a los que hablan... (2006: 133).

asegura Matías de los Reyes que la suya «tiene el lenguaje que se practicaba en el tiempo que se escribió» (Reyes, ca. 1637: f. 37v) a lo que responde Acrisio:

a mí no me ha disonado el lenguaje, considerando el decoro de las personas introducidas. Y ya yo he leído algunas de las comedias modernas, y entre el estruendo y bazaría de voces, y el concepto, he hallado poca conveniencia, y aunque confieso que tal lenguaje lisonjea el oído, saca el entendimiento poco que admirar del alma de las sentencias (Reyes, ca. 1637: f. 38r).

haciendo alusión, ciertamente, a la tendencia culteranista que ronda la escritura en 1640 (Johnson, 1973: 49). Finalmente, concluye el cura ratificando que «por eso estuvo siempre bien con las de Lope de Vega, porque él solo fue el que supo dar el punto a esta cosa» (*ibídem*).

Otro ingrediente de *El agravio agradecido* muy recurrente en la dramaturgia áurea española es el honor, ya que «[...]los casos de la honra son mejores/ porque mueven con fuerza a toda gente» (Vega, 2006: 149).

Inevitablemente Belisa, que ha confiado su amor a un falso Otavio (Camilo), su prometido legal, choca con su honor mancillado cuando el Otavio real rehúye sus acusaciones y se muestra contrario a tomarla como esposa una vez conocida la noticia de su embarazo:

BELISA. Mucho las mujeres yerran,
¡Que aventuran su decoro!
¿Eso me decís? ¿Qué es esto?
Daré voces a los cielos,
pondré en aventura el resto
de mi honor, obligarelos
a que me venguen muy presto.[...]

OTAVIO. Mil siglos os goce amén
el que un hora os mereció,
¿Quién es?, porque el parabién
después de dárselo yo
mis amigos se le den.
Yo quedo desobligado
de la palabra que os dí [...]

BELISA. Hombre, hombre, ¡dí, conoce!,
¿Quién soy? ¿Quién te da osadía
para que mi honor destroces?,
¡Recupera la honra mía!
¡Oh, vive Dios! (Reyes, *ca.* 1637: f. 19r).

Esta mancha de honor no solo afecta a Belisa, sino que por supuesto tiñe también la honra de Octavio, en tanto que Camilo se apropia de su apariencia para disfrutar clandestinamente de su prometida, haciendo uso de una personalidad ajena, que se verá mermada y descolocada ante las situaciones derivadas del engaño.

Si en *Anfitrión* la afrenta de Júpiter se solventa con el nacimiento de un dios, Hércules, en el seno del matrimonio de Anfitrión y Alcmena, en *El agravio agradecido* la honra de los afectados se restituye con cuatro matrimonios finales que ya no atienden a los pactos de interés precedentes, sino solo al amor, de manera que Camilo y Belisa se desposan, al igual que lo hacen Octavio y Leonora. En suma, los criados acaban repitiendo la misma estructura matrimonial que sus respectivos amos: Florela se promete con Guarín y Clavela con el maquinador de toda confusión, Fabio.

El tema del honor, junto con las múltiples relaciones amorosas y sus respectivos celos, cauces convergentes en felices desposorios finales, resulta la combinación perfecta para embelesar al espectador del siglo XVII.

En definitiva, *El agravio agradecido* presenta un asunto clásico de gran tradición en la historia de la dramaturgia occidental aunque transformado de forma personal y original por Matías de los Reyes, quien supo adaptar a la horma de la nueva dramaturgia áurea la trama plautina del célebre *Anfitrión*.

3.3.2.2.2. El tema del doble en la tradición literaria: reescrituras del *Anfitrión* de Plauto

Desde la Antigüedad el tema del doble ha sido uno de los más recurrentes en la literatura occidental (García Jurado y Pérez Ibáñez, 2003: 171). La fuente primigenia habría que buscarla en el agravio que Júpiter y Mercurio perpetran en el *Anfitrión* de Plauto, asunto que ha perdurado hasta nuestros días a través de copias y refundiciones. La primera reaparición documentada del engaño plautino tiene lugar en el siglo XII con la comedia de Vitalis Blesensis *De Geta et Byrra*, que fue escrita para ser leída y no representada y que sería traducida al italiano y al francés a principios del siglo XV.

En los albores del quinientos, dos traducciones humanistas son las encargadas de acercar el original latino a la lengua vernácula en nuestra Península: la del médico cortesano Villalobos, en 1515, y la de Hernán Pérez de Oliva en 1525. Luis Camões escribió, alrededor de 1540, su *Auto das Enfatriões*, y Timoneda, basándose en la traducción de Villalobos, compuso su *Amphitryon* en 1559. Dos años después Lodovico Dolce publicaría en Venecia *Il marito*.

Ya en el siglo XVII hay que destacar el *Amphitryon* de Molière (1668), además de *Mater virgo* de Burmeisler (1621), *Les deux Sosies* de Jean Rotrou (1638), *Amphitryon* de John Dryden (1690) así como *El agravio agradecido* de Matías de los Reyes (1629), objeto particular de nuestro estudio.

Asimismo, ejemplos ilustres son el *Anfitrião* de Antonio José de Silva (1736), el *Amphitryon* de Kleist (1807) y, ya en siglo XX, el *Amphitryon 38* de Giraudoux (1929), *Zweimal Amphitryon* de G. Kaiser (1948) y *Los cuernos y los dioses* de Alfonso Sastre (1995).

Si en este parco recorrido por el influjo de *Anfitrión* en la historia de la literatura nos basásemos únicamente en el género dramático, daríamos una visión parcial del alcance del mito en la historia de Occidente. Se hace necesario subrayar, por tanto, dentro del género narrativo, la novelita *El haya de los judíos*, de Anette von Droste- Hülshoff y las novelas *El doble*, de Fiodor Dostoievski, *El Gólem*, de Gustav Meyrink (1915), los relatos «Borges y yo» o «El otro», de Jorge Luis Borges, la novela *Amphitryon* del mejicano Ignacio Padilla (2000) o *El hombre duplicado* del Nobel Saramago (2002).

Sirva esta muestra para corroborar la pervivencia del ultraje de Júpiter y, con ello, el desdoblamiento de la personalidad en la ficción de todas las épocas. La trascendencia del engaño va más allá de la comicidad del encuentro especular para inmiscuirse en los resquicios más hondos del alma humana hasta tal punto que llega a constituir la base de la filosofía cartesiana.

3.3.2.2.3. Sentido y función de la comedia *El agravio agradecido* en el *Para algunos*

La inclusión de una pieza teatral en un producto literario heterogéneo coronado por un marco narrativo no resulta una práctica exclusiva de Matías de los Reyes, sino que responde a una tendencia de la época que también llevaron a cabo autores como Tirso de Molina en sus *Cigarrales de Toledo* o Juan Pérez de Montalbán en su *Para todos*, entre otros.

Fernández Nieto propone como precedente para la introducción de piezas dramáticas en volúmenes híbridos los géneros pastoriles, en los que algunos de sus episodios poseían una formulación claramente dramática «al estilo de las églogas, con personajes y acción» (1985: 166). En esta línea, también habría tenido cierta incidencia la inyección, en diálogos renacentistas, de recursos teatrales «desglosables del conjunto, con intención de aligerar el contenido doctrinal de estas obras» (1985: 166).

Ya en las misceláneas del barroco español, asegura el autor en un estudio basado en la función del género dramático en novelas y misceláneas, que en estas composiciones heterogéneas «los textos teatrales solo se incluyen para afirmar la autoría» (1985: 167) basándose, tal vez, a la declaración que Pérez de Montalbán hiciera en su popular *Para todos*:

Pongo aquí cuatro comedias más solo para dar a entender que las que se han impreso hasta aquí sin mi orden son falsas, mentirosas, supuestas y adulteradas; porque como los que las hurtan no tienen bastante espacio para trasladarlas, y quien las imprime las compra de los que las hurtan, salen con mil desatinos, errores y barbaridades, sin atender al agravio que se hace a los ingenios (Montalbán, 1999: 470).

Sin embargo, tal no es el caso de *El agravio agradecido* con respecto a su incursión en el *Para algunos*, ya que posee en la obra una función claramente definida. Tanto su posición como el asunto le confieren a la comedia un estrato superior en relación con el resto de elementos que integran la obra. Con anterioridad se ha mencionado la estrategia propagandística de Matías de los Reyes con respecto a la inclusión de la que probablemente consideró su mejor comedia y el episodio del hallazgo fortuito de su producción dramática en la biblioteca de su amigo talaverano.

En efecto, la lectura en la ficción de *El agravio agradecido* por parte del autor ante sus amigos religiosos tiene un claro destino, y es que, a partir de las transformaciones

mágicas que en ella tienen lugar, se desencadena un debate acerca de la magia inducido por el propio Matías de los Reyes:

Algo dije, señores, en el discurso pasado haber visto en algunos autores graves, así antiguos como modernos, acerca de la magia, para asentar la verisimilitud que intenté dar a la imitación suya, siguiendo las huellas a Plauto, pero que todavía (atribuyo a mi poco saber) se me quedaron pegados en el ánimo algunos escrúpulos de que deseo limpiarme. Estos son sobre los metamorforsios o transformaciones que los prestigiosos profesores d'esta ciencia hacen con sus encantos de unos cuerpos en otros [...] Y para que de una vez yo proponga mis escrúpulos y causas, que me los han introducido, y me dejéis limpio d'ellos, quiero saber también cómo se entiende a nuestro propósito el *Canon Episcopi*... (Reyes, ca. 1637: f. 47v).

Con este parlamento el autor pretende conocer cuáles son las opiniones de sus colegas en lo concerniente a lo mostrado en el argumento de *El agravio agradecido*, fingiendo ciertas lagunas en la consideración de la magia (Johnson, 1973: 208). Este hecho repercutirá en el desarrollo posterior de la obra en tanto que puede afirmarse que las transformaciones constituyen uno de los ejes centrales no solo de los discursos eruditos que funcionan como historia marco, sino que su presencia quebranta los límites de los mismos y se inserta también en la historia de Acrisio (introducida a propósito del debate) y en algunas de las novelas cortas que se imbrican en la misma, de manera que *El agravio agradecido* actúa como desencadenante y pretexto temático de todo lo posterior.

En relación con las disertaciones presentes en el *Para algunos*, Fernández Nieto declara que «toda la prosa intercalada es más una explicación del texto dramático que un relato, y sin ella no es posible comprender la comedia plagada de encantamientos y transformaciones» (1985: 163), aserción fácilmente cuestionable si consideramos que la comedia, individualmente, había sido ya publicada once años antes y, sobre todo, si leemos la pieza teatral con detenimiento.

Por lo que respecta al vínculo existente entre *El agravio agradecido* y el resto de la obra –bastante arraigado, como declarábamos–, además de lo ya mencionado, es necesario señalar que tanto la comedia como la narración de las memorias de Acrisio comparten asuntos comunes a pesar de estar fundadas en fuentes meridianamente diversas. Esta confluencia se debe a la labor literaria de Matías de los Reyes, que logró integrar en ambas partes asuntos como la herencia, los matrimonios de conveniencia o la transformación de la identidad, único elemento común que venía ya dado de ambas partes.

Tal vez su impronta como autor original se manifieste de modo más nítido en la comedia *El agravio agradecido* que en el resto de partes que componen su *Para algunos*, puesto que la obra teatral no es un simple calco de su antecesor latino sino que la inserción de elementos novedosos es ciertamente relevante pues llegan a darse las confluencias argumentales mencionadas. Valga de muestra el siguiente fragmento en el

que Belisa refiere el concierto matrimonial que, muy a su pesar, su tío le encomendó con el fin de mantener la herencia familiar:

BELISA. ¿Pues eso ignoráis, señor,
sabiendo que lo es forzoso,
no solo por su valor
en esta ciudad famoso,
sino por el testamento
que Filiberto, mi tío,
que con este aditamento
valificó el dote mío,
para aqueste casamiento? (Reyes, *ca.* 1637: f. 33r).

A partir de esta confesión y la narración de Acrisio podemos extraer razonables paralelismos que atañen a los personajes y a la trama de la comedia y la novela.

En primer lugar, tanto Acrisio y Olimpia como Octavio y Leonora están obligados a alejarse de sus respectivos amores para atender arreglos matrimoniales impuestos por un familiar, en ambos casos y respectivamente, el tío de Acrisio y Leonora, aunque en las dos situaciones acabará triunfando el amor sobre el interés crematístico.

Por otra parte y en relación a la magia, hay que destacar que en los dos episodios los causantes de las transformaciones son criados. En la comedia, Fabio, siervo de Camilo, y en la historia de Acrisio, Corsina, aya de su prima Silvia, son los encargados de dirigir las mutaciones de los jóvenes. Este hecho aporta cierta información acerca de la asunción de la magia y su práctica, puesta en manos, en este caso, de la servidumbre y considerada quizá como industria de los bajos fondos sociales.

En definitiva, la inserción de la comedia *El agravio agradecido* en el *Para algunos* no responde a la mera publicidad de la actividad dramática del autor, sino que supone un impulso primordial en la secuenciación de discursos y elementos varios que se eslabonan en la obra. Por otra parte, las similitudes argumentales expuestas entre *El agravio agradecido*, cuyo trasunto toma del *Anfitrión* de Plauto y las memorias de Acrisio, fundadas en la obra de Selva: *Della metamorfosi o trasformazione dell virtuoso*, ponen de manifiesto la labor de Matías de los Reyes, diversa de la del mero recopilador o adaptador, puesto que combina materiales de distintos géneros, épocas y autores para conferirles un toque personal y original dando lugar a una obra diversa en su unidad y única en la diversidad.

3.3.2.2.4. *El agravio agradecido*: crónica de una reescritura

Tal y como se anunciaba previamente, Matías de los Reyes publicó en dos ocasiones su comedia *El agravio agradecido* con contextos literarios bien diversos en cada una de ellas: la primera vez, en el volumen facticio que abarcaba sus seis comedias (Jaén, Pedro de la Cuesta, 1629) y la segunda en el *Para algunos* (Madrid, viuda de Juan

Sánchez, 1640) no solo como parte de la autopropaganda editorial del autor sino también como motor de la ficción en tanto que las metamorfosis incluidas en la comedia daban pie a los trece discursos en los que se imbrican contenidos literarios heterogéneos.

Pues bien, en las líneas que siguen se expondrá una muestra de un estudio aún en ciernes sobre las modificaciones que Matías de los Reyes llevó a cabo en la versión de *El agravio agradecido* incluida en el *Para algunos*. Y es que a partir del cotejo pormenorizado de dos ejemplares pertenecientes respectivamente a las dos ediciones de esta pieza teatral (el ejemplar R/23962 de la edición de 1629 y R/ 4475 de la 1640; ambos atesorados en la BNE) y, dejando al margen modificaciones que podrían responder a habituales errores de copia, se constata el carácter de reescritura de la versión recogida en el *Para algunos*, puesto que no son pocos los fragmentos remodelados con respecto a la edición de 1629 (Jaén, Pedro de la Cuesta). Tales modificaciones se despliegan de varios modos. Así, en algunos casos, se observa una reestructuración de los parlamentos de algunos personajes, como en las ocasiones siguientes, en las que se han reubicado varios versos dentro de la misma escena:

Versos	1629, R/23962	Manuscrito MSS.6521	1640, R/ 4475
847-848	<i>Om.</i> [reestructurado con el caso siguiente]	FABIO. [...] No te lo nombres jamás. GUARÍN. No, no haré, tú lo verás	FABIO. [...] No te lo nombres jamás GUARÍN. No, no haré, tú lo verás
855 y ss.	GUARÍN. Eso me ha escandalizado. FABIO. Pues en el hurto te he hallado/ No te lo llames jamás <i>Amenazándole [om. en la edición de 1640]</i> GUARÍN. No haré, tú lo verás/ mas di, ¿Qué andas a buscar?	GUARÍN. Eso me ha escandalizado/ y me tiene con cuidado/ mas di, ¿Qué andas a buscar?	GUARÍN. Eso me ha escandalizado/ y me tiene con cuidado/ mas di, ¿Qué andas a buscar?
1295 y ss.	BELISA. ¿Señor? [...] ¿Cómo no me dais los brazos? <i>(Ella muy alegre, y él muy compuesto, quitada la gorra, y muy remiso, como ignorante del pensamiento de BELISA.)</i>	<i>(Ella muy alegre, y él muy compuesto, quitada la gorra, muy remiso, como ignorante del pensamiento de BELISA.)</i> BELISA. ¿Señor? [...] ¿Cómo no me dais los brazos?	<i>(Ella muy alegre, y él muy compuesto, quitada la gorra, muy remiso, como ignorante del pensamiento de BELISA.)</i> BELISA. ¿Señor? [...] ¿Cómo no me dais los brazos?

Tabla 14142. Reajustes de parlamentos en la comedia *El agravio agradecido* entre los ejemplares R/23962 (1629), mss. 6521 (ca. 1637) y R/4475 (1640)

Además de la reorganización de versos, otras reformas muestran una ampliación de información con respecto a la prínceps de la comedia en aras de hacer más completa la comprensión del texto, tal y como ocurre en la siguiente acotación:

979	<i>Salgan Camilo y Belisa y Florela</i>	<i>Vase aparte. Y salgan Camilo y Belisa y Florela, y Fabio se llega a Florela</i>	<i>Vase aparte. Y salgan Camilo y Belisa y Florela, y Fabio se llega a Florela</i>
-----	---	--	--

Tabla 14143. Modificaciones en la comedia *El agravio agradecido* entre los ejemplares R/23962 (1629), mss. 6521 (ca. 1637) y R/4475 (1640)

La sustitución de versos figura asimismo como una de las tendencias más acusadas a la hora de contrastar las dos ediciones de la comedia. Como botón de muestra sirvan las intervenciones de Camilo y Guarín:

1007	CAMILO. Si en eso me hacen culpado/ hay disculpa que me abone/ oyéndome en ese grado	CAMILO. Cuando lo hayan murmurado/ hay disculpa que me abone/ el haberlo dilatado	CAMILO. Cuando lo hayan murmurado/ hay disculpa que me abone/ el haberlo dilatado
1200-1201	GUARÍN. Travieso, me hizo cosquillas/ y fui, ¿qué te maravillas?	GUARÍN. Amigo de zancadillas/ me sacó de mis casillas	GUARÍN. Amigo de zancadillas/ me sacó de mis casillas

Tabla 14144. Sustitución de versos en la comedia *El agravio agradecido* entre los ejemplares R/23962 (1629), mss. 6521 (ca. 1637) y R/4475 (1640)

Aparte de las innovaciones reseñadas, en varias ocasiones el cotejo de las dos ediciones de la comedia a partir de los tres documentos expuestos desvela la desaparición de versos en la edición de 1640 con respecto a la primera (1629). Sin embargo, antes de considerar que se trata de una modificación voluntaria por parte de Matías de los Reyes, habría que caer en la posibilidad de errores de copia basados en el salto u omisión de intervenciones dramáticas. Es este el motivo por el que, por el momento, se prescinde de su inclusión aquí, hasta que un estudio pormenorizado arroje noticias al respecto.

Amén de las divergencias entre ambas versiones de la comedia, de las que aquí se ha expuesto una muestra, las modificaciones afectan también a la dedicatoria preliminar a Tirso de Molina, pese a que finalmente el *Para algunos* en su conjunto fuese brindado a don Pedro de Carvajal y Ulloa.

3.3.3. TRADICIÓN Y LEYENDA: LA HISTORIA DE LOS DOS ENAMORADOS DE LA PEÑA DE ANTEQUERA¹⁷⁵

«La historia de la peña de los dos enamorados de Antequera», leyenda de vasta trayectoria literaria, forma parte de la novelística breve inserta en la última obra de Matías de los Reyes, *Para algunos* (Madrid, viuda de Juan Sánchez, 1640). A partir de este asunto legendario de raigambre popular y cincelado, no obstante, en cuantiosas versiones y géneros —algunas de ellas realizadas incluso fuera de las fronteras hispánicas (Lara Garrido, 1982: 174; Menéndez Pelayo, 1944: 154)—, Matías de los Reyes inaugura la recreación de esta leyenda en el molde de la prosa breve de ficción.

Con anterioridad a esta novela corta, la tradición previa se había basado en formas épicas o historiográficas y, en efecto, el *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* de Rodrigo de Carvajal y Robles (Lima, 1627) se halla en el origen de la novela de Matías de los Reyes. Amén de este poema épico, no faltan en la aludida novela corta ingredientes que remedan a las *novelle* de Giovanni Boccaccio así como a la «Historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja», novela morisca imbricada en el *Guzmán de Alfarache* (1599). Junto a esta relación de influjos conviven en la trama narrativa rasgos originales —al menos no incluidos en el resto de versiones cotejadas— que van a permitir constatar y ubicar la lectura y proyección de «La historia de la peña de los enamorados de Antequera» de Matías de los Reyes en una de las múltiples versiones de la leyenda que se llevaron a cabo en el Romanticismo hispánico: la novela «La peña de los enamorados» de José García de Quevedo, publicada en dos entregas en el *Museo de las familias* en 1850.

3.3.3.1. La leyenda de los dos enamorados de la peña de Antequera

La naturaleza popular, historiográfica, literaria e incluso mixta de las fuentes que se han hecho eco de esta leyenda vinculada con la reconquista de Antequera por parte del infante don Fernando, dificulta la realización de un nítido bosquejo cronológico que dé cuenta de versiones, relaciones e influjos (Lara Garrido, 1984: 143). Dada, por otra parte, la ingente cantidad de testimonios que atesora alguna versión de la leyenda, se verán aquí mermados y reducidos a los más señeros y relevantes en relación con la novela corta incluida en el *Para algunos* (1640) de Matías de los Reyes.

La primera constatación textual de esta leyenda antequerana figura en *Historiarum Ferdinandi Regis Aragoniae Libri tres* (1445-1457) del humanista Lorenzo Valla (López Estrada, 1957: 17-18; Lara Garrido, 1984: 143, Menéndez Pelayo, 1944: 153), cuyo asunto alcanzará no escasa resonancia al ser incluido —asimismo en un molde historiográfico— por el padre Juan de Mariana en su difundida *Historia general de*

¹⁷⁵ Este capítulo fue publicado en el volumen XXXV de *Edad de Oro*. V. Gómez Moral, 2016b.

España (1601). Esta primera versión escrita de la leyenda, que será objeto de multitud de recreaciones literarias de asunto fronterizo, recoge los amores desdichados entre un cristiano esclavo al servicio de un moro de Granada y la hija de este, de los que no se detallan los nombres. La novedad que esta leyenda aporta al género morisco estriba en la desemejanza religiosa, puesto que los amantes, paradójicamente, rinden culto a dioses distintos (Lara Garrido, 1984: 142; Carrasco Urgoiti, 1989: 71), por lo que deciden fugarse a territorio cristiano. El padre de ella, al enterarse, sale en su busca y cuando están a punto de ser alcanzados, se refugian en la peña de Antequera y acuerdan, antes de ser capturados, lanzarse al vacío desde lo alto de aquel promontorio. Esta es la historia que conocemos a partir de los textos más antiguos que la conservan y sobre la que se han realizado numerosas versiones a lo largo del tiempo, como veremos más adelante. Junto a ella, existe otra rama, más vinculada a la tradición oral de la leyenda, que es la que relata Juan de Vilches en su poema latino en dísticos elegíacos «De rype davorum amantivm apvd antiqvariam sita, ad litteris praestatem virvm dominvm Fabianvm Nebrissensem» (*De variis lvsibus sylva*, 1544). En este caso, Hamet, siervo del rey de Granada, y Tagzona, oriunda de Archidona, se ven por primera vez en una fuente y caen rendidos al amor. Hamet invita a Tagzona a marcharse con él en su yegua y así lo ejecutan. Quienes presencian la escena consideran que la muchacha ha sido raptada, noticia que llega a oídos de su padre y, acompañado por una multitudinaria tropa, sale en su busca. Una vez que el progenitor advierte, ya en la peña de Antequera, que la joven no va forzada sino voluntariamente, decide abandonar la persecución y desandar sus pasos, lo que no evitará el funesto desenlace: Hamet acaba asesinado a manos de unos pastores, por lo que Tagzona decide quitarse la vida con la espada de su amado. A esta rama escrita, también trágica, fundada por Juan de Vilches se suman muy pronto escritores como Agustín de Tejada (Martos Pérez, 2008: 146-190).

3.3.3.2. «La historia de la peña de los dos enamorados de Antequera»: un caso particular entre la novelística del *Para algunos*

El atractivo de una historia como esta no pasó desapercibido a los ojos de un narrador avezado y gran lector como Matías de los Reyes, quien quiso recrearla en su *Para algunos*. De hecho, «La historia de la peña de los dos enamorados de Antequera» resulta la más exclusiva de las siete novelas cortas que aparecen en esta obra: es la única que integra una unidad estructural independiente —el discurso cuarto—, que ostenta título y que, a diferencia del resto, no hunde sus raíces en la *novella* italiana *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso* (Orvieto, Rosato Tintinassi, 1582).

A pesar de estas diferencias, comparte con las demás narraciones su doble propósito: la utilidad y el deleite en sintonía con las exigencias culturales de la época. En relación

con su carácter instructivo —manifiesto de formas diversas y no aplicable exclusivamente al ámbito de la moral—, algunas de ellas se engarzan a la narración principal con el fin de ilustrar algún razonamiento expuesto en la misma, y esto es precisamente lo que ocurre con el caso que nos ocupa. De modo que en el discurso segundo —de los trece que conforman el total de la obra—, Acrisio, el protagonista, como parte de sus memorias, asegura que se enamoró de oídas de la hermosa Olimpia sin haberla visto jamás, solo a partir de la audición de sus atributos, cauce de enamoramiento presente en versiones anteriores de la leyenda¹⁷⁶ y asimismo asunto de larga tradición literaria¹⁷⁷. La suspicacia que esta entrada de amor genera en los tertulianos que escuchan a Acrisio mueve a este a alegar lances similares mediante la autoridad de Boccaccio: «d'este parecer fue el certaldo en la novela de Ludovico y en la del Gerbino» (1640: 57v) —aspecto sobre el que tornaremos a continuación—, no sin antes dejar prometido un relato que corroborará, del mismo modo, su opinión. Habrá que esperar hasta el discurso cuarto para conocer la historia de los dos enamorados de la Peña de Antequera. Por tanto, con dicha novela corta, de acuerdo con este debate sobre el enamoramiento de oídas, el protagonista pretende validar su existencia.

El pretexto que engasta la narración de esta novela corta en el *Para algunos* lo genera el encuentro de Acrisio con dos españoles: el antequerano Alarcón y Roberto, quien le pide a aquel que cuente una leyenda conocida sobre su tierra natal. Alarcón acepta la propuesta pero antes deja claro que «la certeza y verdad [...] que tenga esa historia no está averiguada más de por lo que publica una vulgar y común tradición» (1640: 71v). La apostilla marginal en la que puede leerse «Mariana en su *Historia general de España*» nos llevaría a pensar en este texto como fuente directa; sin embargo, el cotejo de las distintas versiones de la leyenda desvela que no fue tal la que recreó Matías de los Reyes sino la inserta en el *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* (Lima, 1627) de Rodrigo de Carvajal y Robles, que, por lo demás, fue ampliamente conocida durante el Barroco (Lara Garrido, 1984: 147). Nos mueve a esta consideración, aparte de las pruebas textuales, el hecho de que la versión de Mariana es muy escueta y, además, no introduce los nombres de los protagonistas, como sí hace Matías de los

¹⁷⁶ «A Hamet Alhasad llegó la fama
en solo oír su celestial decoro,
ya con ansia amorosa a voces llama
a Tagazona honor del sacro coro,
herido en solo oír de aquella flecha,

contra quien duro acero no aprovecha» (Tejada, 2005: 357). El enamoramiento de oídas también está presente en la versión de Juan Bautista de Mesa (Martínez Bennecker, 2008: 245).

¹⁷⁷ En efecto, este asunto gozó de una incidencia nada baladí en las colecciones de novela corta del seiscientos, y así lo verifica su presencia, entre otros, en *El Menandro* (Jaén, 1630, Francisco Pérez de Castilla) del propio Matías de los Reyes, en la novela corta *Al cabo de los años mil* inserta en el *Para todos* (1632) de Juan Pérez de Montalbán o en el *Deleitar aprovechando* (1635) de Tirso de Molina, quien atestiguaba que «entrando amor por los oídos y la sensualidad por los ojos, tanta más ventaja llevan aquellos a estos, cuanto va del alma al cuerpo» (1994: 92-93).

Reyes, homónimos a los de Carvajal y Robles. En este sentido, el poema heroico aporta cuantiosas novedades con respecto a los testimonios anteriores de la leyenda antequerana, elementos que perdurarán en ulteriores versiones de la historia como lo refrenda el *Para algunos* de Matías de los Reyes.

Una de estas primicias la conforma el estatus social del joven cristiano, al que Rodrigo de Carvajal y Robles emparenta con la nobleza astigitana, si bien con anterioridad este mismo personaje no dejaba de ser bien un cristiano cautivo o bien un musulmán, Hamet, pero jamás de ascendencia patricia. De manera que en el canto IV del poema de Robles se lee:

Nació en Écija un joven de la casa
ilustre de Aguilar, llamado Tello,
con quien naturaleza no fue escasa [...] (2000: 148).

Una información similar a la que aparece en las primeras líneas del discurso cuarto del *Para algunos*: «Écija hoy, y corazón de la Vandalia, engaste de la andaluz nobleza y patria también de don Tello de Aguilar, decendiente de la ilustre familia que con este apellido se decora [...]» (1640: 72v).

Ciertamente, entre las aportaciones del autor épico se cuentan nuevos personajes, algunos de ellos históricos y otros ficcionales, tales como el judío Levi, cuya relevancia en la trama de estas versiones se revela incuestionable: a partir de la descripción de la joven Ardama que realiza el hebreo, don Tello queda completamente enamorado. Para lograr un acercamiento y satisfacer sus amores, contará con la complicidad de Levi:

[54]Mas para cotejar este retrato
con la original propia hermosura
de Ardama quiero hacer contigo un trato,
que a ti dará ganancia, a mí ventura;
[...]
[55]Yo he de fingirme esclavo; tú, mi dueño,
y a Granada hemos de ir, donde vendido
a su padre de Ardama o en empeño
me has de dejar o con algún partido,
de suerte que yo pueda deste sueño
despertar, en que estoy adormecido;
porque si deste sueño no despierto,
tanto es estar dormido como muerto (Carvajal, 2000: 149).

Algo muy similar a lo que sucede en el *Para algunos*:

quiero que sepas que de la ingeniosa descripción que hiciste hoy de la belleza de Ardama le comunicó a mi libre pecho tal incendio de amor, que si tú mismo, que dispusiste mi daño, no previenes mi remedio, puedes acusarte de homicida mío, como remediándome, gloriarte del nombre de mi restaurador. Mira si te atreves a mi ayuda y finge en tu imaginación el premio, que el que te prometieres tendrás de mí con largueza. [...] Lo que intento, caro amigo, es que me lledes a Granada con nombre de esclavo tuyo y me vendas a Abenabo, padre de la bella Ardama. Pues con tan ingeniosa introducción, yo llegaré a verla y después en el resto de mis esperanzas, Amor, que supo instruirme en esto, sabrá disponer lo demás (Reyes, 1640: 74v).

Las similitudes referidas entre la leyenda recreada por Rodrigo de Carvajal y Robles y su imitación por parte de Matías de los Reyes, de las que en las líneas anteriores solo se ha recogido una escueta muestra, no figuran en el bosquejo del padre Mariana que, como se apuntaba, comparece en los *marginalia* del *Para algunos*. Asimismo, una prueba añadida corrobora la lectura del poema épico por parte de Matías de los Reyes y tiene lugar en el discurso segundo del *Para algunos*, en el seno del aludido coloquio en torno al enamoramiento de oídas. En esta ocasión Acrisio echa mano de un «poeta de nuestros tiempos» que, como afirma el protagonista, también había tratado este asunto en sus versos, de los que incluye una muestra:

El amor se le entró por los oídos,
porque del alma son también las puertas,
como los ojos (estos dos sentidos)
que velando y durmiendo están abiertas, etcétera (Reyes, 1640: 57r).

Efectivamente, dichos versos forman parte de la octava XLIV del cuarto canto del *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera*, y aparecen referidos, como no podía ser de otra manera, a don Tello de Aguilar, aunque descontextualizados en este caso y lejanos en el texto de la aparición de este personaje en el *Para algunos* —que no acontecerá, como se decía, hasta el discurso cuarto—.

Además de las evidentes y múltiples concomitancias entre ambos testimonios, el *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera*, pese a ser el principal, no fue el único texto que el autor del *Para algunos* tomó en consideración en el momento de recrear la leyenda de los enamorados de la peña de Antequera. Optó también por condimentar su versión con elementos que emulan tanto a una de las *novelle* de Boccaccio —la de Ludovico [VII,7], previamente referida— como a la «Historia de los enamorados Ozmín y Daraja», novela corta entreverada en el *Guzmán de Alfarache* (1599), cuyo influjo se atisba ya desde el propio título. En relación con la obra de Mateo Alemán y más allá de esta similitud, habría que decir que ambas novelas cortas se insertan en un formato narrativo extenso a partir de un motivo análogo. Así, en el *Para algunos*, Alarcón, el narrador de la leyenda, destaca el carácter lúdico de la historia «remitiendo para el entretenimiento del camino la narración», con la que promete «un entretenido rato en la novedad del suceso» (1640: 71v). De manera semejante, en el *Guzmán de Alfarache* (I,7), un joven clérigo cuenta «La historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja» —emplazada en la Sevilla de la Reconquista—, con el fin de «entretener el x x x x n alivio» (Alemán, 2009: 213). Ambos protagonistas, Acrisio y Guzmán, asisten como receptores a sendas tramas moriscas en las que también podemos encontrar similitudes. Y es que ambos coprotagonistas masculinos, tanto Ozmín como don Tello, se valen de idéntico subterfugio para encauzar sus amores: simular un rango

social inferior para trabajar como jardineros en los vergeles de sus amadas¹⁷⁸. Sobre esta relación resulta sumamente sugestivo el razonamiento que verbaliza Alarcón, el narrador de los amores de don Tello y Ardama en el *Para algunos*: «es ya pensión de los amantes venturosos el servir este oficio en los jardines de sus damas. Debe de ser porque en ellos tiene el amor sus cortes [...]. Y si no es esto, será porque sus cronistas lo quieren así»¹⁷⁹ (1640: 76r).

En la versión de la leyenda antequerana de Matías de los Reyes se hallan igualmente influencias procedentes de la *novella* número VII de la séptima jornada del *Decamerón*, que tiene por protagonista a Ludovico, personaje a quien el propio Acrisio había mencionado, ya en el segundo discurso, mientras discurría sobre la entrada del amor por los oídos. En la antología boccacciana relata Filomena, una de las narradoras, lo siguiente:

mezclándose en una conversación de los jóvenes entre los que estaba Ludovico [...] y oyéndolos razonar entre sí sobre las damas hermosas de Francia y de Inglaterra y de otras partes del mundo, comenzó uno de ellos a decir que ciertamente de cuanto mundo él había recorrido y de cuantas mujeres había visto, nunca una hermosura semejante a la mujer de Egano de los Galluzzi de Bolonia, llamada doña Beatriz, había visto; [...] la cual cosa escuchando Ludovico, que todavía no se había enamorado de ninguna, se inflamó en tanto deseo de verla que en otra cosa no podía fijar el pensamiento; [...] dispuesto a ir hasta Bolonia a verla, y allí quedarse si a ella le placía (2001: 802).

Algo muy semejante le sucede a don Tello de Aguilar en la novela corta de Matías de los Reyes:

estaba don Tello un día en una conversación de caballeros de su edad y alientos, y entre otras materias que entre ellos se trataba, se discurrió una sobre los sujetos hermosos de las damas de aquella su ciudad, haciendo cada cual alarde de las partes más laudables que en la dama que celebraba tenía observadas. Solo don Tello era oyente destos amorosos asuntos, sin que él entrase a la parte de las alabanzas de alguna dama, ocasionando con esta esquivaza a que los demás le diesen trato con los atributos y epítetos que suelen imponerse y atribuirse a los galanes de su edad, que no tienen voto en semejantes prácticas. Pero él se reía de todos, gloriándose de la libertad que gozaba en virtud de su retirada opinión. [...] A esta conversación se halló también un hebreo, llamado Levi, [...] el cual oyendo tantas alabanzas de las cristianas damas, dijo: «si yo os pintase la de las damas granadinas, quedariades desengañados de que no se cifra en Écija la hermosura de toda la Andalucía» [...] Atento oyó don Tello la descripción que

¹⁷⁸ En el *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* don Tello es comprado como esclavo por Abenabo, padre de Ardama, pero no existe ninguna referencia a la profesión de jardinero que acaba desempeñando en el *Para algunos*: «[58] por esclavo se dio a la tiranía/ del judío, y él mismo por esclavo/ lo vendió al sagacísimo Abenabo» (2000: 149).

¹⁷⁹ A este respecto no deja de sorprender el comentario condenatorio hacia las novelas por parte de Ambrosio Bondía en su *Cítara de Apolo y Parnaso en Aragón* (Zaragoza, Diego Dormer, 1650), reprobación en la que se ve salpicado el jardín: «en casi todas [las novelas] dicen con descrédito grande, que [las doncellas] se han huido de las casas de sus padres por jardines, siendo verdad, que por más amor que hayan tenido, ninguna se atrevió a sacar el pie de las casas paternas. [...] Por tanto, se ha decretado que ninguna de estas novelas ni otras que no mudaren de estilo con ingenio y arte, sean recibidas en el deliciosísimo Parnaso, y que los padres que tuvieren hijas, no tengan en sus casas jardines, porque si llegan a noticia de estos semicómicos tremendos, sin reparar en tan enorme y temerario juicio, se atreverán a decir que se salieron por allí» (f. 604).

Levi hacía de la bella mora, ya menos libre de los amorosos incursos que cuando blasonaba su libertad (1640: 73r-v).

En esta ocasión, el contexto narrativo en el que don Tello se enamora de oídas de Ardama evoca una situación análoga a la que figura en la aludida *novella*, de manera que la narración, en este punto, se desvía con respecto a su fuente principal —el poema heroico—, en la que se lee a propósito del enamoramiento de don Tello:

[43] Este, por la desgracia de su estrella
o por lástima triste del oyente,
a quien viniere la noticia della,
inflamado se vio de amor ardiente,
que oyendo celebrar de Ardama bella
la beldad de aquel siglo más luciente,
por relación de un mercader judío,
la fuerza le entregó de su albedrío (Carvajal, 2000: 148).

El poema épico de Carvajal y Robles se muestra más escueto en este aspecto y carece tanto del contexto social en que se halla inmerso don Tello en el *Para algunos* como de la impunidad del joven al amor hasta el momento previo a la audición de los atributos de Ardama. Dichos elementos proceden de la referida obra boccacciana donde Ludovico, protagonista de la *novella*, también acaba siendo esclavo del marido de Beatriz, su amada, con el fin de aproximarse a ella.

Por más que Matías de los Reyes se valiese de varias fuentes a partir de las cuales confeccionó su propia versión, lo cierto es que pareció mostrarse ligeramente original en algunos aspectos argumentales, y son precisamente estas divergencias no constatadas, hasta el momento, en otros testimonios¹⁸⁰ las que nos dan licencia para validar el influjo de la novela corta incluida en el *Para algunos* en la novela romántica por entregas «La peña de los enamorados» de José García de Quevedo.

3.3.3.3. «La peña de los enamorados» de José García De Quevedo: entre la épica de Rodrigo de Carvajal y Robles y el *Para algunos* de Matías de los Reyes

La leyenda antequerana de estos trágicos amantes gozó en el Romanticismo hispánico de un auge sin precedentes y buena prueba de ello la otorga el ingente volumen de

¹⁸⁰ Dadas las prácticas de escritura de Matías de los Reyes, se ha de tener especial cautela a la hora de atribuirle contenidos originales. Menéndez Pelayo, por ejemplo, apuntó que «don Bartolomé José Gallardo afirmaba haber poseído y perdido una comedia de Tirso de Molina sobre la peña de los enamorados. La que existe manuscrita con aquel título, por ningún concepto puede pertenecer a tan excelso dramaturgo» (1944: 156). Efectivamente, la anónima comedia *La peña de los enamorados* (BNE, Mss./ 14745) [s.a.] [s.i.] [s.l.] recoge la versión de tradición escrita iniciada por Lorenzo Valla y difundida por el padre Mariana (y así consta en sus versos finales: «con esto, senado ilustre/ tiene fin esta tragedia/ que a más elegantes luces/ escribió el padre Mariana/ cuyo risco se descubre/ no muy lejos de Antequera/ en los campos andaluces» (f. 82v). Dicho testimonio puede descartarse sin lugar a dudas como origen de las innovaciones argumentales que figuran en la novela corta del *Para algunos*, pese a que la información expuesta vinculada con Tirso de Molina genere ciertas suspicacias.

versiones que proliferaron engalanadas en moldes literarios diversos (Jiménez Morales, 1996; Rodríguez Gutiérrez, 2002: 128; Rodríguez Gutiérrez, 2004: 58; Miranda, 2005: 51-52, *et alii*). En el ámbito narrativo y, además de las versiones de Joseph Marie de la Croix (1796), Mariano Roca de Togores (1836), Manuel de Zúñiga (1839) o Miguel Menéndez Arango (1842), José García de Quevedo, literato y diplomático venezolano, publicó «La peña de los enamorados» en el *Museo de las familias* en dos entregas: el 25 de febrero —partes primera y segunda— y el 25 de marzo de 1850 —parte tercera—. En palabras de Jiménez Morales, la narración de José de Quevedo «sigue en todo momento el *Poema del asalto y conquista de Antequera* de Carvajal y Robles. Cambia, eso sí, algunos motivos del relato y su estructura, al emplear la prosa» (1996: 232). Ciertamente, la colación de los testimonios pone a la vista el poema épico como base indudable de la novela de José García de Quevedo, en especial en los motivos principales de la leyenda, aunque su lectura atenta parece manifestar una fuente alternativa: «La historia de los dos enamorados de la peña de Antequera» enmarcada en el *Para algunos*. Las discrepancias, pues, a las que alude Jiménez Morales, no serían más que recreaciones cuyo origen podría remontarse a la novela corta de Matías de los Reyes.

Ante la ausencia de ediciones del *Para algunos* más allá de la princeps —lo cual parece evidenciar su escasa repercusión literaria no solo en el seiscientos sino también en siglos posteriores—, resulta cuanto menos oscuro el vínculo entre la narración de José García de Quevedo y la novela corta de Matías de los Reyes. A no ser que se eche mano de Francisco Javier de Burgos y Olmo, poeta, periodista y político granadino, apasionado de la literatura española del Siglo de Oro. En efecto, en distintos números de *La Alhambra, periódico de Ciencia, Literatura y Bellas Artes* (1839-1842), el motrileño llevó a cabo una revisión de la dramaturgia áurea en una sección titulada «Biografía de autores dramáticos españoles» y, tras publicar las fichas de los grandes dramaturgos de la época, en el número 38 del 20 de diciembre de 1840, aparecía, junto a Jerónimo Alonso de Salas Barbadillo y Francisco López de Zárate, Matías de los Reyes. A propósito de su comedia *El agravio agradecido* (publicada inicialmente en 1629 e incluida, posteriormente, en el *Para algunos*), F. Javier de Burgos la defendía como «la mejor escrita del teatro antiguo» (1840b: 445). Apenas tres días antes de la publicación aludida (el 17 de diciembre de 1840), el periodista granadino se ocupaba de Juan Pérez de Montalbán en la sección de biografías del periódico *El Panorama* dedicando buena parte de su atención al *Para todos*¹⁸¹ (1632) en cuya polémica mencionaba, entre los detractores, a «un licenciado pedante [...] de quien hablaremos en el artículo de Matías de los Reyes» (1840a: 4). Se trataba, sin duda, —como viene a confirmarlo tres días

¹⁸¹ Curiosamente, F. Javier de Burgos compuso una comedia titulada *Desengaños para todos* (Morán, 1986: 67).

después en *La Alhambra*— de don Gregorio Cid de Carriazo, prologuista del *Para algunos*.

Pese a que las aportaciones de F. Javier de Burgos no vienen a solucionar la dudosa relación entre las versiones de Matías de los Reyes y José García de Quevedo, suponen la única referencia decimonónica al autor del *Para algunos* así como a esta obra en concreto, que abarca, como se decía, «La historia de los dos enamorados de la peña de Antequera». Por tanto, a falta de testimonios comunes que hablen en contra, los siguientes casos parecen demostrar la lectura de Matías de los Reyes en el seno del Romanticismo español por parte de José Heriberto García de Quevedo.

Líneas arriba quedaba plasmado el contexto social de la novela corta del seiscientos — de tintes boccaccianos— en el que don Tello, que hasta ese momento había vivido libre de los enredos de amor, había sucumbido a las condiciones de Ardama —«Ardana» en la novela de José García de Quevedo— a partir de su descripción. Se trata, en esencia, del mismo esbozo que se halla en las primeras líneas de «La peña de los Enamorados»:

una hermosa mañana de primavera, se hallaban reunidos en la plaza de Écija una porción de jóvenes de los más distinguidos de la ciudad, y lo que era muy propio de sus años, disputaban sobre la belleza, gracia y donaire de las damas andaluzas, procurando a porfía ponderar cada uno las prendas de la que había cautivado su corazón. [...] [don Tello] no se había cuidado del amor, y se había mostrado indiferente a las miradas de fuego de las damas andaluzas que más de una vez le habían manifestado que no les eran indiferentes sus nobles prendas y apuesta y gallarda figura (1850a: 29-30).

Más allá de esta convergencia, en episodios siguientes se vuelve a constatar el desapego de la novela de José García de Quevedo con respecto al poema épico de Carvajal y Robles y, de otro lado, su afinidad con la novela corta de Matías de los Reyes. Así, una vez que don Tello ha conseguido pasar a servir en la casa de Abenabo (padre de Ardama) mediante la intercesión de Levi, la joven mora descubre la artimaña del modo que sigue:

[63] Pasaron por los dos algunos días
siempre sufriendo, de su amor callado
en las almas, secretas agonías
y confuso temor en el cuidado,
hasta que de sentir melancolías,
una noche, el amante desdichado,
contra Ardama empezó a formar querel[las]
sin pensar que testigo fuese dellas.
[66] Mas Ardama, que siempre le acertaba
por un breve resquicio, las oía,
que sobre el aposento que habitaba
Tello, de su recámara se abría.
Ella con atención las escuchaba
y él con grave dolor las repetía,
y mientras su mal cuenta dolorida
ella lo va escribiendo en su sentido (2000: 150).

En este caso, la revelación inconsciente de la verdad responde a una escucha casual dada la contigüidad de las habitaciones de Tello y Ardama. Caso bien distinto al de la novela corta de Matías de los Reyes donde la joven musulmana, tras enamorarse perdidamente del pseudoesclavo que cuida su jardín

un día tuvo favorable la ocasión de hallarse a solas con Levi [...] Sacó del informe del hebreo mucho más de lo que esperaba de las calidades de don Tello, demás de lo cual le refirió cómo por verla, enamorado de la relación que él mismo había hecho de su hermosura, se había fingido esclavo y dádole a él orden para que le vendiera a su padre, significándola cuán grandes demostraciones de amarla había reconocido en él. [...] Muy pagada quedó Ardama con nuevas tan a su propósito [...] y por no le descubrir al judío de todo punto su pecho le despidió (1640: 77r).

En la versión de José García de Quevedo es también Levi el encargado de interceder entre los enamorados:

Levi, que había ya conocido de un modo indudable, que a la hija de Abenabo no le era indiferente su esclavo, [...] le contó entonces minuciosamente cuanto había pasado con don Tello, y concluyó arrojándose a los pies de Ardana [...] Ardana, cuyas mejillas durante la explicación de Levi habían pasado de una palidez suma al más encendido carmín, cuyos ojos habían brillado de placer al oír los trasportes de amor de su jardinero, envanecida con el cariño de un joven tan noble, discreto y arriesgado, faltó muy poco para que confesara que también ella amaba ciegamente; pero pudo dominarse (1850a: 34-35).

Amén de los casos mostrados, el episodio siguiente refleja de manera nítida la lectura que José García de Quevedo debió de efectuar sobre la obra de Matías de los Reyes. En el seno de la trama, don Tello, aprovechando la oscuridad de la noche, se encarama a un árbol del jardín —planta ausente en el poema épico, que consiste en un moral en el caso del *Para algunos* y en un limonero en la versión romántica— para contemplar desde el mismo a su enamorada. En la versión del seiscientos, habiendo trepado Tello el moral,

quiso buscar medio como divertirla el sueño, y reparando que [...] sobre un cojín de terciopelo carmesí dormía una perrica de falda, [...] determinó inquietarla para que a su ruido ella despertase. Cortó para hacerlo una rama de aquel árbol con que asombrando la perrilla la obligó a retirarse ladrando a la cama de su dueño. [...] La perrilla, recogida al asilo de los brazos de su señora, se quietó y ella sin inquirir la causa de su inquietud prosiguió en su sueño (1640: 78r).

García de Quevedo, a propósito de don Tello, cuenta que

Una noche cuando ya todos dormían, se decidió a trepar por el árbol y acercarse a la ventana que estaba abierta [...] mas apenas lo había verificado, cuando una perrita que dormía en la habitación de Ardana, viendo que las ramas inmediatas se movían, comenzó a ladrar tan desaforadamente, que don Tello temió que despertase a todos y le descubriesen [...] Mas por fortuna la perra asustada se refugió en el lecho de su ama, que aunque despertó no hizo caso de su ladrido (1850a: 35-36).

El árbol del jardín, en ambas versiones, acaba convirtiéndose en un aliado de don Tello, que sacia de esta forma las vistas de su amada, a pesar de que no vuelve a intentar despertarla hasta que la casualidad le brinda la ocasión oportuna: tanto Abenabo, padre de Ardama, como Zoraida, su aya —omitida, también, en la versión de Rodrigo de

Carvajal y Robles—, han de ausentarse de la casa de Ardama. Esa misma noche don Tello ejecuta el cumplido ascenso, despierta a la joven y ambos mantienen una conversación amorosa, si bien Ardama le pide pronto que no arriesgue su vida, que descienda del árbol y que postergue la ocasión hasta mejor oportunidad para tratar de sus amores, aviso que culmina con un inesperado desenlace. En la narración de Matías de los Reyes:

queriendo don Tello ejecutar su mandamiento, trató de descender del empinado moral [...] pero la turbación gobernó tan mal sus pasos, que falseando una rama, vino precipitado, sin reparo alguno al suelo, lo cual conocido por Ardama [...] tuvo por cierta su muerte. [...] Se acordó que cerca de su cámara se bajaba por un secreto caracol a unas oscuras bóvedas, que con escasa luz de día eran alumbradas por unas lumbreras, que al mismo jardín salían (1640: 79v).

Semejante desatino tiene lugar en la novela romántica, donde don Tello

deseoso de cumplir con presteza la orden que acababa de intimarle, perdió el equilibrio, se agarró a una rama demasiado débil, que desgajándose cayó con él al suelo, contra el que recibió un golpe mortal. [...] Ardama entretanto sufría horriblemente: se hallaba en una perplejidad congojosa, y no acertaba lo que debía hacer. [...] recordó una escalera lóbrega medio destruida y abandonada que desde su cuarto comunicaba con el jardín. ¡Bendito sea Alá! Exclamó, y tomando un pomo de bálsamo, sin asustarse por la lobreguez de las bóvedas que tenía que cruzar [...] bajó por la escalera oculta (1850b: 63).

Solventado este aparatoso trance, los amantes continúan comunicándose hasta que planean su huida desde la quinta de Abenabo, fuga que culminará de manera funesta. Ambos aspectos se tratan de forma muy similar en las versiones de Rodrigo de Carvajal y Robles y Matías de los Reyes, mientras que la narración de José García de Quevedo difiere de aquellas sensiblemente en este último lance (Jiménez Morales, 1996: 234). Cuando los jóvenes se hallan inmersos en una intensa persecución por parte de Abenabo y sus tropas, acorralados en la parte superior de la peña de Antequera, comienzan a ser atacados vigorosamente por arqueros. Tello y Ardama, conscientes de que no hay esperanza, optan por la siguiente solución en el *Poema del asalto y conquista de Antequera*:

[36] [...] y en dos recíprocos abrazos
no con ánimos tristes, sino ledos,
lían sus cuerpos en sus propios brazos
y los trabados ñudos de sus dedos;
y sin desbaratar los fuertes lazos,
ni de la muerte recelar los miedos,
de la tajada peña se arrojaron
y en el aire las almas se dejaron
[...]
[39]En el río, que siempre los pies lava
de la peña, cayeron abrazados,
y casi la corriente se quejaba
de verlos en sus ondas ahogados,
que la sangre que dellos reventaba

teñía sus raudales plateados
de coral, porque fuese el agua roja
publicando el color de su congoja (2000: 166).

De manera análoga, en la novela corta de Matías de los Reyes se evidencia la impronta de las estrofas aludidas de Rodrigo de Carvajal y Robles:

Y diciendo así, como estaban abrazados en indisoluble nudo, y con indecible constancia se arrojaron por lo más precipitoso de la peña, y dejando los espíritus amantes (si no católicos) en los vientos, no pararon hasta dar en los cristales del río, que al modo deste lava los pies a la encumbrada peña, convirtiéndolos en corales rojos (1640: 84r-v).

Si bien en ambas recreaciones los amantes se muestran unánimes en su resolución, José García de Quevedo modifica este trágico suceso, pues en la narración romántica es Ardana quien toma la iniciativa optando por el suicidio colectivo y así lo ejecuta:

don Tello que la había escuchado con asombro, la estrechó contra su pecho, y entonces ella haciendo un esfuerzo que el joven no pudo resistir, se precipitó con él por la cortadura de la peña, y aquellos dos tan felices como infortunados amantes, fueron rodando hasta lo más profundo del valle, al que llegaron horrorosamente mutilados (1850b: 68).

En suma, valgan los pasajes confrontados para ratificar la huella de la novela corta de Matías de los Reyes —portadora, a su vez, de una variada tradición previa— en la novela romántica de José García de Quevedo. Este hecho demuestra no solo la continuidad de la leyenda sino también la complejidad de su proceso de formación, en tanto que cada nueva versión aporta trabazón y densidad narrativas a la tradición a la que se adscribe, fórmula que comparten todas las manifestaciones literarias unidas mediante algún vínculo a la tradición oral y presas, por tanto, en variantes.

3.3.3.4. Conclusiones

Todo lo dicho da cuenta de la pervivencia a lo largo de muchos siglos y en distintas versiones de una de las leyendas moriscas de más arraigada tradición, la peña de los enamorados de Antequera.

Matías de los Reyes, cuya personalidad literaria se nutrió de reescrituras, insertó en su obra más ambiciosa, el *Para algunos*, el primer testimonio en prosa de ficción de la leyenda, que tomó del *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* (Lima, 1623) de Rodrigo de Carvajal y Robles que, a su vez, entroncaba con la tradición abierta por Lorenzo Valla y divulgada por Juan de Mariana. No obstante, el autor del *Para algunos* no se ciñó únicamente a la gesta en octavas sino que, tal y como se ha probado, atavió su novela corta con remiendos de otros escritos. Al mismo tiempo y, a pesar de este afán emulador, Matías de los Reyes aportó novedades a la trama de su novela corta, innovaciones que han pasado inadvertidas pero que constatan la lectura y el influjo de

este autor madrileño en una de las múltiples versiones que se gestaron en el Romanticismo español tras la eclosión de este motivo fronterizo, la de José García de Quevedo que, pese a que tomó como testimonio predilecto el poema épico de Carvajal y Robles, se surtió de buena parte de las aportaciones con las que Matías de los Reyes había timbrado la leyenda.

En este sentido, parece osado formular cualquier hipótesis que hermane el concepto de originalidad con la literatura de Matías de los Reyes, habida cuenta de la trayectoria y el *modus scribendi* del autor. Por el momento, los resultados expuestos son fruto de un análisis textual no conclusivo ni exclusivo sino abierto a la posibilidad del hallazgo de nuevos testimonios que reformulen lo aquí presente. Pese a esta contingencia, la nutrida red de relaciones que se establece en la confrontación de solo tres versiones de la leyenda manifiesta la dificultad que entraña el conocimiento exhaustivo de todos los moldes literarios que la han abordado, así como de los diversos y complejos vínculos que entre ellos han quedado urdidos.

3.3.4. OTRAS FUENTES

3.3.4.1. Dos éxitos renacentistas en el seno del *Para algunos: Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada y *La Diana* de Jorge de Montamayor

Dos de los más importantes ejes temáticos de las tertulias son, por una parte, la consideración del hado, destino o fortuna y, por otra parte, las reflexiones sobre transformaciones mágicas. En cuanto a la primera materia, podemos encontrar un claro precedente que Matías de los Reyes habría tenido en consideración directa o indirectamente. Se trata de la obra más célebre de Antonio de Torquemada, el *Jardín de flores curiosas* (1570), y en particular del tratado cuarto, que lleva por título «En que se contiene qué cosa sea fortuna, ventura, dicha y felicidad y en qué se diferencia caso de fortuna. Qué cosa es hado, y cómo influyen los cuerpos celestiales, y si son causa de algunos daños que vienen en el mundo, con algunas otras cosas y curiosidades» (Torquemada, 1982: 332).

Tratando de definir Acrisio qué es la fortuna, afirma que «Aristóteles, desvelándose en inquirir qué sea esta tan querellada fortuna, dice que solamente es una cosa, por accidente, que ocurre al hombre en toda cosa que hace con propósito diverso» (Reyes, ca. 1637: f. 92v), la misma cita que emplea Antonio, uno de los tres contertulios de la obra de Torquemada: «comenzaré de la definición de fortuna, la cual pone Aristóteles en el segundo de los Físicos, en el capítulo 6», y dice de esta manera: «Manifiesta cosa es que la fortuna es accidental en aquellas cosas, que por algún propósito se hacen para un fin» (Torquemada, 1982: 334).

No será esta la única autoridad a la que recurran para su propósito. Así, Acrisio trae a colación una fuente religiosa y manifiesta que «San Gregorio dijo «destiérrese de los corazones de los fieles creer que hay hado, destino o fortuna»», en la misma línea que Antonio cuando declara que «San Gregorio, en la homelía de la Epifanía [...] dice: «Guarde Dios a los corazones de los que fueren fieles que no digan que hay hado alguno»» (Torquemada, 1982: 360).

Del mismo modo, ambos tertulianos encuentran una razón inexcusable para posicionarse del lado de la inexistencia del hado, y es que Acrisio considera que

si fuere así, que el libre albedrío no fuese en el hombre, [...] no habría justicia que del bien fuese el hombre premiado ni del mal castigado, [...] los buenos no merecieran alabanza y premio de sus obras ni los malos vituperio ni castigo por las suyas, supuesto que los unos y los otros obraran necesariamente a la disposición de los celestes movimientos y no por elección propia (Reyes, *ca.* 1637: ff. 92v-93r).

De manera semejante a como lo había razonado Antonio de Torquemada en el *Jardín*: «porque si tuviésemos por cosa indubitable que hay hados y que ninguno puede huir de ellos, no tendríamos culpa ni gracias ni mereceríamos pena ni gloria por lo que hiciésemos» (Torquemada, 1982: 360).

La conclusión de ambos, respaldada en la providencia divina, es también muy similar. Mientras Acrisio reconoce que «es conocida cosa que somos subordinados y sujetos a mayor fuerza y naturaleza mejor que la de los cielos, cual es aquella que Dios usa para con nosotros, en gracia de enderezar nuestra voluntad a seguir el bien y huir el mal» (Reyes, *ca.* 1637: f. 93r) Antonio había ya afirmado que

no hay hado, ni hados ningunos, a lo menos, de la manera que comúnmente se toman y se entienden, si no queremos entender por este nombre la providencia de Dios y el cumplimiento de su voluntad: lo cual nos deja siempre con la libertad de nuestro libre albedrío, para que podamos escoger lo bueno y huir de lo malo (Torquemada, 1982: 361).

Por su parte, el asunto de la magia —tan importante en el *Para Algunos* que puede considerarse el hilo vertedrador de toda la obra—, enlaza con el tratado tercero del *Jardín de flores curiosas*, «Que contiene qué cosas sean fantasmas, visiones, trasgos, encantadores, hechiceros, brujas, saludadores, con algunos cuentos acaecidos y otras cosas curiosas y apacibles» (Torquemada, 1982: 246). En este apartado se recoge un suceso presente también en el discurso primero del *Para algunos*, episodio del que afirma Reyes «se refiere en el *Malleus Maleficarum* y le trae Martín del Río en sus *Disquisiciones Mágicas* y otros» (Reyes, *ca.* 1637: f. 54r). Cuentan que un marido, sospechoso de ciertas conductas extrañas de su esposa, descubre que realiza prácticas oscuras con ungüentos a lo que él, movido por la curiosidad, decide sumarse y probar sus efectos. Ambos son transportados a una reunión lasciva en la que tiene lugar un lujurioso banquete. Al preguntar el marido si no ponían sal en la mesa, todo desaparece

repentinamente, y, cuando vuelve en sí, se halla desnudo en un paraje que distaba largamente de su casa¹⁸².

De igual manera y, a propósito de la similitud de rostros entre el propio Acrisio y su vecina Ismenia, se origina un debate en el discurso segundo en torno a «la semejanza de los rostros humanos» (Reyes, *ca.* 1637: f. 76r), cuestión claramente vinculable con algunos de los asuntos pertenecientes al tratado primero del *Jardín*, donde, entre otros temas, se habla «de muchos hombres que se parecieron unos a otros» (Torquemada, 1982: 108) o «de dos que se parecían uno a otro» (Torquemada, 1982: 109). Amén de este influjo, en este episodio converge asimismo la estampa de *Los siete libros de la Diana* (1559) de Jorge de Montemayor, aspecto sobre el que volveremos enseguida.

Además de la impronta del *Jardín de flores curiosas*, Carroll B. Johnson destaca la incidencia en el *Para algunos* de otros diálogos renacentistas como el *Crotalón* y el *Diálogo de las transformaciones de Pitágoras* (1973: 185). No obstante, las similitudes con respecto a estos diálogos lucianescos habrían de limitarse más bien a las animalizaciones de los protagonistas que a cualquier otro plano, pues si ambos se enraízan en la tradición erasmista y, por tanto se valen, con fines reformistas, de la sátira y la crítica de su sociedad contemporánea (Gómez, 2000: 102), donde incluso la Iglesia sale mal parada, el *Para algunos* carece de ese espíritu constructivo y, en suma, desprende cierto catolicismo.

De vuelta con el asunto de la similitud de los rostros entre dos personajes que no guardan relación sanguínea alguna —Acrisio e Ismenia¹⁸³—, y, más allá del influjo del *Jardín de flores curiosas* en esta temática, este caso que Matías de los Reyes presenta desde una doble perspectiva (narrativa y discursiva) cuenta con una tradición literaria nada desdeñable. No obstante, su antecedente más cercano se halla en la susodicha obra pastoril: *Los siete libros de la Diana* (1559) de Jorge de Montemayor. En el libro primero de la misma, cuenta Selvagia, a propósito de Ismenia, que «tenía un primo que se llamaba Alanio a quien ella más que a sí quería, porque en el rostro y ojos, y todo lo demás se le parecía, tanto que, si no fueran los dos de género diferente, no hubiera quien no juzgara el uno por el otro» (Montemayor, 1991: 144). De forma análoga, en el *Para algunos*, confiesa Acrisio que

era Ismenia, aunque muy parecida a mí en rostro, sumamente hermosa. Había nacido en su casa el día mismo que yo en la de mis padres. Era, digo, la semejanza de nuestros rostros tanta, que trocando entre los dos, cuando más niños, los vestidos, engañábamos a nuestros mismos padres en el conocimiento de su propio hijo, y lo mismo sucediera en mayor edad, cuando continuáramos estos trucos (Reyes, *ca.* 1637: f. 63v).

En este caso la coincidencia no se reduce en exclusiva a la identidad de rostros entre seres de diverso sexo, sino que hace concurrir también sus fechas de nacimiento, como gemelos que hubieran nacido de madres distintas. La igualdad física entre Ismenia y

¹⁸² V. Torquemada, 1982: 322 y Reyes, *ca.* 1637: f. 54r y ss.

¹⁸³ Sobre este personaje afirma Johnson: «[...] shepherdess whom Reyes borrowed from Libro I of Montemayor's *Diana*» (1970: 190).

Acrisio permite crear equívocos en el transcurso de la narración, al igual que ocurre con Ismenia y Alanio.

Amén de esta concomitancia, las similitudes continúan entre ambas obras. De modo que el embrollo amoroso que acontece en la obra de Matías de los Reyes entre Acrisio, Olimpia, Doristeo e Ismenia remeda en cuantiosos elementos a *Los siete libros de la Diana* de Jorge de Montemayor, tanto que Matías de los Reyes hubo de tenerlo muy en cuenta a la hora de escribir su obra. Valgan de prueba los sucesos que Selvagia cuenta a Sireno sobre Ismenia:

Llegado pues el día en que la fiesta se celebraba, yo con otras pastoras amigas mías, dejando los serviles y bajos paños, y vistiéndonos de los mejores que teníamos, nos fuimos el día antes de la fiesta, determinadas de velar aquella noche en el templo, como otros años lo solíamos hacer. Estando, pues, como digo, en compañía de estas amigas mías, vimos entrar por la puerta una compañía de hermosas pastoras a quien algunos pastores acompañaban; [...] Pues habiendo entrado las pastoras que digo en el suntuoso templo, después de hechas sus oraciones y de haber ofrecido sus ofrendas delante del altar, junto a nosotras se asentaron. Y quiso mi ventura que junto a mí se sentase una de ellas, para que yo fuese desventurada todos los días que su memoria me durase. Las pastoras venían disfrazadas, los rostros cubiertos con unos velos blancos, y presos en sus chapeletes de menuda paja, sutilísimamente labrados, con muchas guarniciones de lo mismo, tan bien hechas y entretejidas, que de oro no les llevara ventaja.

Pues estando yo mirando la que junto a mí se había sentado, vi que no quitaba los ojos de los míos, y cuando yo la miraba, abajaba ella los suyos, fingiendo quererme ver sin que yo mirase en ello. Yo deseaba en extremo saber quién era, porque si hablase conmigo no cayese yo en algún yerro, a causa de no conocerla. Y todavía todas las veces que yo me descuidaba la pastora no quitaba los ojos de mí, y tanto que mil veces estuve por hablarla, enamorada de unos hermosos ojos que solamente tenía descubiertos. Pues estando yo con toda la atención posible, sacó la más hermosa y delicada mano que yo después acá he visto, y tomándome la mía, me la estuvo mirando un poco (Montemayor, 1991: 139-141).

En el caso del *Para algunos*, Ismenia, enamorada de Acrisio —quien, a su vez, lo está y es correspondido por Olimpia—, y presa por los celos, aprovechará la semejanza de sus rostros para hacerse pasar por él frente a Olimpia en una situación muy similar a la que tiene lugar en la obra de Montemayor:

En el ardor de sus celos vivía Ismenia cuando llegó este festivo día, y sin dilatar más el efeto de lo que ya tenía imaginado en orden a la averiguación de sus celosos cuidados, se previno para hallarse en la fiesta, adornándose de las más lucidas galas que su usanza le concedió. Cubriose el rostro de un sutil cendal, llevó en su compañía otras dos serranas amigas suyas, y llegada al templo en quien hizo su oración, más intenta a informarse si estaba en él Olimpia que no a hacerla, súpolo de la persona a quien lo preguntó, que se la mostró también diciéndola era una de cinco serranas que hacían un coro a un lado del templo. [...] No tuvo necesidad de informarse cuál era de las cinco Olimpia, porque se dejaba conocer como el sol entre las demás estrellas. Y así cierta en su conocimiento, instó tanto en mirarla, que obligó a Olimpia a reparar en su curiosidad, y con un impulso más que ordinario de saber quién fuese la forastera que con tanto cuidado la miraba, y por informarse mejor, determinó salir del templo al espacioso campo, y pidiendo a sus amigas la siguiesen, se levantó y todas juntas salieron. Lo cual visto por Ismenia, hizo también lo mismo con las suyas, y llegando a un tiempo las unas

y las otras a la puerta, se saludaron de entrambas partes, dando las naturales a las forasteras la bienvenida con mucha cortesía. [...] Y puestas en el campo, se asentaron juntas a la sombra de una hermosa, fresca y deleitable alameda, que guarnece la margen de un cristalino arroyo que cerca del templo corre sesgo y agradable (Reyes, *ca.* 1637: ff. 64v-65r).

Varios aspectos del cortejo entre las dos féminas devienen igualmente similares en ambas obras. Una vez sentadas juntas las dos pastoras en *La Diana*, con la cara cubierta Ismenia —al igual que en el *Para algunos*—, narra Selvagia que aquella «sacó la más hermosa y delicada mano que yo después acá he visto, y tomándome la mía, me la estuvo mirando un poco» (Montemayor, 1991: 141). Del mismo modo, en la obra de Matías de los Reyes, la pastora homónima «Prendiola las blancas manos significándosele muy deseosa de tan dichoso rato, porque la fama de sus amables partes aun hasta las mujeres rendía y traía a su amor» (Reyes, *ca.* 1637:f. 65r). Asimismo, Selvagia, tras un halago de Ismenia, responde: «¿Cómo puede ser, pastora, que siendo vos tan hermosa os enamoréis de otra que tanto le falta para serlo, y más siendo mujer como vos?» (Montemayor, 1991: 141), réplica muy parecida a la de Olimpia ante piropo semejante «¿Cómo podré yo creer, bella y discreta serrana, que teniendo vos tanto bueno dentro de vuestra casa, os obliguéis a peregrinar en demanda de hermosuras? Incompatible diligencia la juzgo entre mujeres y fineza poco practicada entre nosotras» (Reyes, *ca.* 1637: f. 65v).

En los dos casos, ambas Ismenias actúan del mismo modo: cuando Selvagia y Olimpia insisten en saber la identidad de las jóvenes embozadas, confiesan ser Alanio y Acrisio respectivamente, los jóvenes de quienes están enamoradas. De este modo consiguen el propósito opuesto: despertar en Selvagia y Olimpia un amor ferviente por los jóvenes a quienes las dos Ismenias les usurpan la identidad (Alanio y Acrisio).

Si bien hasta aquí las similitudes entre ambas obras resultan evidentes, no ocurre lo mismo con el desenlace de los episodios: mientras en la obra de Montemayor el embrollo amoroso se complica sobremanera¹⁸⁴, en el *Para algunos* Ismenia aparece muerta disfrazada de varón. Casi al final de la obra el lector conoce que el asesino de Ismenia fue Doristeo, quien cometió el homicidio creyéndola Acrisio.

El Matías de los Reyes ficticio, una vez que Acrisio ha concluido el episodio en el que cuenta los sucesos acontecidos entre él mismo, Olimpia, Ismenia y Doristeo, ofrece cierta incredulidad en relación con lo que acaba de escuchar, pero no deja de recordar otros sucesos similares basados en la semejanza de rostros

tales como Antíoco y Artemio, Pompeyo con Biblio y Publio. El padre del mismo Pompeyo con Menógenes, su cocinero, los dos muchachos que Teoranio vendió a

¹⁸⁴ En palabras de Selvagia: «estando yo perdida por Alanio, Alanio por Ismenia, Ismenia por Montano [...] [Montano] en viéndome comenzó a quererme, de manera, según lo que cada día iba mostrando, que ni yo a Alanio, ni Alanio a Ismenia, ni Ismenia a él, no era posible tener mayor afición» (Montemayor, 1991: 149).

Marco Antonio y el otro mozuelo que retornó en Mordazmote a Octaviano, a quien era tan semejante. Y en suma otros muchos que omito por no dilatar la solución de mi reparo (Reyes, *ca* 1637: f. 75r).

No era esta la primera vez que Matías de los Reyes trataba el tema de la similitud de los rostros en su obra ni el único episodio al respecto en el *Para algunos*. Sin ir más lejos, en *El Curial del Parnaso* (1624) se incluye la *novella* «Los dos amigos», asunto de amplia trayectoria literaria (v. Avalor-Arce, 1957) como lo corroboran las versiones contenidas en el *Patrañuelo* (1567) de Juan de Timoneda (Bourland, 1905), *La Galatea* (1585) de Miguel de Cervantes, en el *Teatro popular* (1622) de Lugo y Dávila (novela corta «De la juventud») o en la comedia *La boda entre dos maridos* (1614) de Lope de Vega (Bourland, 1905). Este asunto, que tiene su origen en el *Decamerón* de Boccaccio (X,8), se basa en la historia entre dos verdaderos amigos que guardan un parecido singular y que demuestran que la amistad real se halla en un nivel superior al de la vida. En esta trama, el parecido físico genera diversas situaciones de trueque y engaño entre ambos personajes.

Aparte de esta novela, Matías de los Reyes incluye en el *Para algunos* episodios recogidos de la tradición y caracterizados por la coexistencia de dos personajes que, sin ser hermanos gemelos, poseen idéntico rostro. Así, por ejemplo, aún en el discurso segundo y con motivo de la discusión en torno a la semejanza de rostros, Acrisio refiere el caso de Nino y Semíramis¹⁸⁵, aunque a partir de una versión distinta a la que apunta como fuente del suceso, *Epitoma Historiarum Philippicarum* del historiador romano Marco Juniano Justino. En el libro primero de esta obra se cuenta que, tras la muerte de Nino, rey asirio y esposo de Semíramis (no hijo de esta, tal y como queda emparentado en *Para algunos*), le habría correspondido reinar al único hijo de ambos, aún menor de edad. Semíramis, ante esta situación, decide tomar las riendas del reino fingiendo ser su propio hijo, artimaña que permiten no solo la similitud física entre ambos —madre e hijo— sino también un pertinente disfraz varonil. Esta leyenda la trató también el historiador griego Diodoro de Sículo en su *Biblioteca Histórica* (Libro 2), donde cuenta cómo Nino amenazó a Ones, esposo de Semíramis, con extirparle los ojos si no le concedía a su mujer en matrimonio y, ante tal situación, Ones acabó suicidándose. Semíramis habría reinado tras la muerte de su marido y murió a consecuencia de una conspiración de su hijo Ninias. Según esta versión, Semíramis habría acabado convertida en paloma¹⁸⁶.

Además de estas referencias, San Agustín en *La ciudad de Dios* refiere la leyenda de Nino y Semíramis (libro XVIII, capítulo II), y ahí puede leerse un aspecto que incluye

¹⁸⁵ Tales personajes despertaron el interés de buena parte de los creadores del Siglo de Oro. Así lo prueban las *La gran Semíramis* de Virués o *La hija del aire* de Calderón de la Barca (Pedraza, 1993: 592).

¹⁸⁶ Este asunto lo trató asimismo Lope de Vega en el soneto 187 «De Nino y Semíramis» (Vega, 2003: 125), versión diversa a la de Justino.

Matías de los Reyes en su relación, esto es, que el hijo de Nino y Semíramis habría reinado tras dar muerte a su madre por atreverse a incurrir en incesto con él.

3.3.4.2. El elemento pastoril

Además de la innegable huella de *Los siete libros de la Diana* de Jorge de Montemayor, ciertos elementos circunscritos a la narración de Acrisio remedan al género pastoril. Tal es el caso del siguiente fragmento, que se corresponde con el inicio de la lectura de las memorias del protagonista, del que se desprende el tópico del *locus amoenus* al evocar los paraísos naturales de su aldea natal:

Es aquel sitio favorecido mucho de las celestes influencias, porque en el verano parece que con más franqueza vierte allí Flora las riquezas de su abundante copia. El estío es más agradable que en otro clima, así por la abundancia de las puras y cristalinas fuentes, que redundan en diversas venas frígidos licores, fertilizando, y alegrando las amenas selvas. La pureza de los aires hacen saludable el sitio, constituyendo en él un favorable temple. El otoño con sus razonadas frutas, le lisonjea y regala. Y el invierno, aunque en aquellas partes cano, no caduco ni desapacible, pues antes lo cándido de sus guedejas, le hace a la vista grato, no ofendiendo con destemplados fríos, a los alegres valles en quien la abundante caza en todos géneros cruza en varias tropas, gozándola los naturales, así sin dispendio de tiempo, como con sobra de recreo. Pesca bastante contribuyen las despeñadas gargantas que no con menor entretenimiento es presa en abundancia. En fin, todo aquel terreno es un olvido y desprecio de los elíseos campos, y por decirlo de una vez, un remedo del terrestre paraíso (Reyes, *ca.* 1637: f. 62r).

Asimismo, en el discurso octavo, transformado ya Acrisio en serpiente, cuenta un episodio del que es testigo y que también evoca algunas escenas pastoriles:

Así iba yo discurriendo entre mí mismo, [...] cuando no muy lejos de aquel sitio me pareció oír templar un instrumento [...] que era un mancebo, ni de ciudad, ni de aldea, pero de alguno de aquellos villajes de más fama que en aquella serranía yacen. Y habiendo yo puéstome en parte donde pude oírle, y encomendado a mi atención apercibiese lo que cantar quería, aclarando la voz oí que con una muy acorde, con el instrumento cantó. [...] Después de los cuales, poniendo apartado de sí el instrumento, apoyando en una cercana peña el codo y mejilla en la siniestra mano, se quedó suspenso y melancólico, como quien de una cruel pasión ocupado el pecho, aún la respiración no se le permite (Reyes, *ca.* 1637: ff. 165r-165v).

Del mismo modo, de las conversaciones que Acrisio mantiene con su madre se desprende constantemente el elogio de la vida humilde en consonancia con la naturaleza frente a una vida acomodada, trasunto del tópico de la alabanza de aldea y menosprecio de corte:

Pero no me negaréis, supuesto que lo experimento, [afirma Acrisio] que este tugurio humilde, adornado de rústicas alhajas, este sayal grosero y aquel tasajo hecho de jabalí que vencí con propia mano y los claros y puros cristales de esa vecina fuente, ¿no son muy bastantes para mi conservación? (Reyes, *ca.* 1637: f. 85v).

Otra vinculación con el mundo pastoril lo encontramos en el relato de los pastores Cintia y Silvio, contada por el pastor Macrino a Acrisio en el discurso duodécimo:

Cuando en mis primeros años yo seguía los pasos de mis mansas ovejas por las fértiles faldas d'estas encumbradas montañas vivía también aquí un pastor nombrado Silvio, el

cual de una serrana d'estas selvas gloria, se enamoró tan ardientemente que el suave nombre suyo (que Cintia se llamaba) en varias rimas resonaba por estos montes, y no contento con hacerla oír en voz, con la punta de un muy sutil cuchillo, en mil hayas la esculpió (Reyes, *ca.* 1637: ff. 247r-247v).

En este relato, además, se hace alusión a la mítica Arcadia:

nuestro Silvio amaba a Cintia con un tierno y honesto amor, siendo también correspondido d'ella con igual correspondencia, por lo cual, ya en voz, ya por escrito (como se dice) resonando las selvas el nombre de Cintia, semejaban a las de la antigua Arcadia (Reyes, *ca.* 1637: f. 248r).

Los amores del pastor y la serrana se ven impedidos por un ilustre caballero ya entrado en años que, tras enamorarse de Cintia, la obliga a marchar con él a su castillo amenazando con asesinar a su familia en caso de no hacerlo. La serrana, presa del pánico, acepta la proposición del caballero aunque en los años que dura su matrimonio en ningún momento olvida el amor que siente por Silvio. Muerto el caballero, con quien Cintia había mantenido una relación de simple convivencia, la joven, en hábito de serrano, va en busca de su amado para comprobar si aún la espera, y efectivamente lo encuentra cantando sus cuitas de amor. Cintia, haciéndose pasar por Cintio, le informa de la muerte del caballero y de cómo puede encontrar a su amada. El pastor, siguiendo las indicaciones del presunto serrano, acude al encuentro de Cintia y, tras una conversación metafórica en la que ambos aluden a su relación en términos pastoriles, ella le ofrece permanecer en su castillo:

— ¿Qué buscáis serrano?

Y él entonces, despidiendo un íntimo suspiro, respondió:

— Busco, señora, un ganado perdido.

— Perdido habéis ganado —preguntó ella—, ¿y sospecháis dónde está?

— De esa ignorancia nació mi pérdida—respondió—. Solo he tenido nuevas ciertas que una ovejuela, a quien particular amor tenía, me la robó un lobo.

— ¿Y habéis sabido —añadió ella— si os la devoró?

— Algunos pastores me dicen que la han visto viva, pero tan mudada de mis antiguas señales, que me persuaden su desconocimiento —dijo él—. La pérdida d'esta res sola por mí tan estimada es la que me aflige más que el resto de mi ganado.

— ¿Tanto —dijo ella— la amáis?

Y él:

—Es con exceso tanto que dudo de mi vida (Reyes, *ca.* 1637: ff. 155r-v).

Esta huella de lo pastoril, por último, puede apreciarse en el personaje de Ismenia, homónima de una pastora del libro primero de la *Diana* de Montemayor (Johnson, 1973: 190).

3.3.4.3. *El peregrino de su patria* de Lope de Vega y el asunto del hado

Líneas arriba se constataba el influjo del *Jardín de flores curiosas* (1570) en aquellas consideraciones expuestas en el *Para algunos* vinculadas con el hado o destino, uno de

los asuntos más recurrentes en esta obra de Matías de los Reyes. Sin embargo, más allá de la influencia de la obra de Antonio de Torquemada en relación con este tema, Matías de los Reyes pareció tener muy en cuenta las ideas vertidas en *El peregrino de su patria* (Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604) de Lope de Vega sobre idéntica cuestión. Así, en el libro tercero de esta novela bizantina, mientras Pánfilo de Luján dialoga con otro peregrino, expone lo siguiente sobre el hado:

los filósofos, mayormente los estoicos, creyeron que fuese una orden o disposición de las segundas causas, como de las estrellas, planetas y influencias celestiales: debajo de las cuales es concebido y nace cualquiera de nosotros, el cual determina, regula y necesita todos los efectos inferiores, buenos o malos, que vienen a los hombres. Así lo sienten Tolomeo, Demócrito, Crisipo y Epicuro, los cuales juntamente atribuyen al hado todos los efectos naturales y voluntarios, todas las inclinaciones, virtudes y vicios, las pasiones y deseos hasta los pensamientos y acciones. Estos desvaríos prueban algunos con la autoridad de Boecio en el cuarto libro de Consolación, donde dice que la orden del hado mueve el cielo y las estrellas, temple los elementos y ata los actos humanos con un indisoluble lazo de las causas (Vega, 1605: ff. 105r-v).

Estas consideraciones descansan en la base de las que figuran en el discurso séptimo del *Para algunos*, en el que un cura sermonea en torno a esta materia. La causa de este debate no es otra que la confusión de Acrisio —ya convertido en serpiente— con un ser mágico, un hada, vinculada en este caso con la voz parónima «hado». Afirma el religioso que

Hado, pues, según ellos, no es otra cosa que un orden o disposición de las segundas causas, esto es, de las estrellas, planetas y influjos celestes, debajo de cuyo dominio nace cualquiera de nosotros, el cual determina, regula y necesita todos los efectos inferiores, buenos o malos, que provienen a los hombres.

Así lo difine[n] Ptolomeo, Séneca, Demócrito, Epicuro y Crisipo estoico, todos los cuales atribuyen al hado los efectos naturales y voluntarios, todas las inclinaciones, vicios o virtudes, las pasiones de los hombres, las concupiscencias y deseos, los sucesos de fortuna que han de suceder o ya buenos o ya adversos, los pensamientos y tentaciones de los hombres.

Y afirman algunos d'ellos que todas estas cosas son necesariamente ordenadas y prevenidas inmóvilmente d'este hado sin el querer expreso de Dios y de los mismos hombres, de forma que ninguna d'estas cosas está en nuestra libertad. Y pretenden probarlo con razones, si puede haberlas en semejantes desatinos. La primera d'ellas es: *Concedida la causa suficiente, necesariamente se le sigue el efecto. El hado y el orden de las segundas causas es suficiente causa de todos los efectos voluntarios, y naturales acá abajo. ¿Luego todas las cosas necesariamente nacen y provienen del hado?*¹⁸⁷ Prueban la menor con la autoridad de Boecio, el cual en el 4 libro de *Consolación*, dice: «El orden del hado mueve al cielo y las estrellas, temple los elementos uno con otro», y poco más abajo, dice: «Los actos pues humanos y sus fortunas, con indisoluble ligamen de las causas, ata y liga»; y en otra parte: «Nosotros no podemos mudar los hados, porque son duros e inexorables» (Reyes, ca.1637: ff. 151r-v).

¹⁸⁷ Mantengo la cursiva del texto original.

3.3.5. CONSECUENCIAS DE LA REFUNDICIÓN

Tal vez una de las consecuencias del vasto corpus de influjos que se dan cita en el *Para algunos* sea la caída en ciertos despistes y contradicciones que brotan a lo largo de la narración. Así, por ejemplo, al comienzo de la obra, en el momento en que el Matías de los Reyes ficticio narra su encuentro con Acrisio en una posada de Cosarrubios, nos cuenta:

Preguntámonos luego por nuestras patrias y objetos de nuestras jornadas, y habiéndole yo dicho que la mía era Madrid, y el viaje a Guadalupe, se alegró sobremanera significándome llevaba el mismo, y que tendría dichosa suerte si le continuásemos juntos. Yo le significué el mismo gusto, y por no quedarme sin saber su patria se lo repregunté, y me satisfizo diciéndome era italiano y natural de la gran Parténope, ya Nápoles (Reyes, *ca.*1637: f. 2r).

Sin embargo, este lugar de procedencia —Nápoles— no coincide con el origen que Acrisio explicita al comenzar a leer sus memorias: «Al pie del Apenino, cerca de la fuente cuna del caudaloso Renho [...] vi la primera luz» (Reyes, *ca.*1637: f. 61v). La ubicación declarada por Acrisio localiza su nacimiento en la Toscana, concretamente, en la provincia de Pistoria y, en efecto, es concretamente en Pistoia donde sitúa a Olimpia, sobre cuya localización afirma «vivía poco más de dos millas de mi aldea, en otra, una serrana hija también de padres bien favorecidos de fortuna, [...] pero mejor afortunados por ser su hija Olimpia» (Reyes, *ca.*1637: f. 64r).

No solo la ubicación será objeto de incoherencias, puesto que estas también se hallan en relación con la descendencia de los padres del propio Acrisio. De modo que apenas comenzado el discurso segundo, al referir la educación que le había brindado su padre, afirma:

y aunque el serle único pudiera divertirle de apartarme de sí (pasión que ha obrado mucho daño en muchos hijos de nobles) se resolvió (no obstante la instancia que para lo contrario hizo mi madre) a inviarme a Rávena, ciudad veinte millas distante de mi casa, dirigido a un amigo suyo (Reyes, *ca.*1637: f. 63r).

La aseveración de ser hijo único incurre en contradicción con el siguiente fragmento ubicado ya en los estertores de la obra, una vez que Olimpia ha muerto:

Tratamos de dar sepulcro honroso al defuncto cuerpo y yo de disponer mis cosas por desembarazarme a la ejecución de mis propósitos, los cuales hice luego que vi defuncto aquel hermoso cuerpo por quien se introdujo en mi ánimo un notable desengaño de todas las cosas deste miserable mundo, y un gran desprecio de todas sus vanidades. Acordándome de las doctrinas del religioso Nacario me determiné a seguir el estado religioso y dar de mano al mundo en quien tanta fragilidad hallé, considerando aquella bella criatura, poco antes cándida azucena, en un instante ya cárdeno y mustio lirio. Determiné tomar el hábito que hoy profeso en el convento camandulense donde vivía mi amigo Doristeo. Y ansí resuelto en este santo propósito, dispuse las cosas de mi casa, casando a mi

hermano con una hermana de mi Olimpia para que los dos fuesen herederos de nuestras substancias y amores (Reyes, *ca.*1637: f. 276v).

Tanto el despiste de los orígenes de Acrisio como el de sus relaciones de parentesco se encuentran precisamente en la información que Matías de los Reyes añade a la traducción de las memorias de Acrisio que constituyen *Las metamorfosis* de Lorenzo Selva.

3.4. DE ALGUNOS TÓPICOS LITERARIOS

3.4.1. «UN LIBRO ESCRITO DE MANO». DE «DOBLAR LA HOJA», AUTOBIOGRAFÍAS FICTICIAS Y MEMORIAS ENCERRADAS EN EL *PARA ALGUNOS* DE MATÍAS DE LOS REYES

Matías de los Reyes –autor– no va a ser el único que refleje sus memorias (o al menos notas autobiográficas) en sus escritos, pues varios de sus personajes también lo hacen así. Es el caso de Acrisio, quien, en el discurso segundo, confiesa:

[...] ya que es forzoso cumplir con el gusto que habéis mostrado en saber la causa de mis lastimados afectos, satisfaciendo a vuestro mandato, quiero sea con más puntualidad que lo puede ejecutar la memoria, por un papel en que con particularidad tengo apuntados los sucesos de mi vida, donde los trasladaré agora a vuestra grata atención. A fragmentos os la iré dando, porque un discurso no será capaz de tanta historia, donde doblaremos la hoja siempre que os halléis cansados de atenderme». A este tiempo llegó el donado con la valija y della sacó un libro escrito de mano, y leyendo comenzó así (Reyes, *ca.* 1637: ff. 61v-62r).

Se trata del momento en que el religioso italiano, Acrisio, da inicio a la lectura de sus anales ante el cura de Talavera y el Matías de los Reyes ficticio. Resulta evidente que tal «libro escrito de mano» no es sino el diario que los contiene, memorias que procede a leer él mismo con la finalidad de narrar los hechos del modo más fehaciente posible.

Esta receta que combina los ingredientes de un libro de memorias y una maleta que lo alberga no es una primicia de Matías de los Reyes, sino que, verbigracia, cuenta con no escasa presencia en la narrativa cervantina. Recuérdese la también manuscrita *Novela del curioso impertinente*, de la que informa el ventero al cura tal y como sigue:

bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que a algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela a quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles; que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algún tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, a fe que se los he de devolver (Cervantes, 1977: I, cap. XXXII, 424).

Asimismo, poco después del curioso robo del rucio de Sancho en Sierra Morena, don Quijote encuentra una maleta que contiene, además de cuatro camisas y un puñado de escudos de oro, «un librillo de memoria»¹⁸⁸ (Cervantes, 1977: I, cap. XXIII, 310).

¹⁸⁸ V. Castillo Martínez, 2001.

De no menor interés goza *Los soldados en la guardia* del coronel Pedro de la Puente (1657), del que Fernando Bouza afirma:

La mayor originalidad de la obra estriba, sin duda, en que el hilo argumental de sus cuatro discursos es la sendereada historia de un cartapacio manuscrito y de sus sucesivos y variopintos lectores.

Dos pastores lo han encontrado al abrir, codiciosos, una valija caída de la montura de un desconocido pasajero que recorría al galope el camino real (2001: 15).

En relación con esta suceso y con el ya mencionado de la novelita de *El curioso impertinente* incluida en *don Quijote*, Bouza considera algo que podríamos aplicar asimismo a la lectura efectuada por Acrisio de sus propias memorias, documento que constituye «al mismo tiempo, materia y circunstancia de la narración» (2001: 16).

En el *Para algunos/ De vuelta en el Para algunos*, pese a que Acrisio parece ser el único que lleva a cabo una lectura en voz alta de sus memorias, son varios los personajes que hacen uso de la expresión «doblar la hoja», la cual remeda precisamente a una fuente escrita y se emplea para aludir a una interrupción en una relación de hechos. La primera aparición de estas palabras tiene lugar, como se ha visto, en el momento en que Acrisio anuncia la lectura de su diario, al afirmar que «doblaremos la hoja siempre que os halléis cansados de atenderme» (Reyes, ca. 1637: f. 62r). No será esta la última ocasión en que algún personaje de la obra se valga de esta expresión. En efecto, la madre de Acrisio, mientras intenta convencer a su hijo para que viaje hasta Nápoles a recuperar la herencia que les corresponde, procede a contarle la relación de sus antepasados. Durante la historia y, con el fin de retomar el hilo de uno de sus parientes, afirma: «Rato ha que doblé la hoja donde dejé preñada a la señora Policena, viuda del señor Claudio» (Reyes, ca.1637: ff. 61v-62r).

Lejos del *Para algunos*, otros personajes de la narrativa de Matías de los Reyes emplean igualmente esta expresión a la hora de referirse a sus propias narraciones. De modo que en la novela bizantina *El Menandro* (Jaén, 1636), el narrador relata lo siguiente a propósito de Camilo:

Aquí llegaba Camilo con la narración de su amorosa historia, cuando se la interrumpió al llegar a una hostería (que es lo que en España llamamos venta), en que les fue forzoso hacer el medio día, por estar ya el mayor planeta en el de aquel paralelo y ser irreparables sus rayos. Pidió a los amigos licencia para doblar la hoja, protestando proseguir a la tarde. Todos lo tuvieron por bien, aunque los llevaba tan suspendidos que apenas habían sentido los rigores de Apolo, efectos de la apacible conversación que es chimenea de invierno y cantimplora de verano (Reyes, 1909: 106-107).

A pesar de que en ningún momento se hace alusión al comienzo de la lectura de la historia de Camilo, sí aparece una mención a su fin en la que vuelve a resonar el uso de un soporte escrito:

y habiendo estado en España, vuelvo a ella con los afectos que os he significado, y cuidadoso de los dos días que he trampeado al amor, y a mi Lucrecia la vuelta. Esta es la historia, señor Ricardo, que os ofrecí, y ha venido tan a plana renglón con el camino,

que a no acabarla aquí, los muros de Sena, a quien habemos llegado, me obligaran a doblar otra hoja (Reyes, 1909: 119).

Fuera de la narrativa de Matías de los Reyes, otros personajes áureos han doblado sus hojas también. Particularmente llamativa resulta la presencia de tal expresión en la obra de Juan Pérez de Montalbán. Así, en la novela corta «Al cabo de los años mil», inserta en su *Para todos* (1632), uno de los personajes afirma «volvimos a los mismos lances de la plática pasada, que es donde doblamos la hoja, y yo volví a ofrecerme por muy suyo»¹⁸⁹ (Pérez de Montalbán, 1999: 554).

Igualmente en *La gran comedia del mariscal de Virón* de Juan Pérez de Montalbán (Barcelona, Gabriel Nogués-Juan Saperá, 1635), el protagonista, condenado a muerte, narra su versión de los hechos, en la que utiliza la expresión que nos ocupa del modo que sigue: «doblemos aquí la hoja, / que puede para después/ importarme esta memoria» (Pérez de Montalbán, 1700: f. 25). Pocos versos más adelante, durante la misma intervención, el mariscal retoma el asunto que dejaba en paréntesis al doblar la hoja: «a la culpa que me imputan/ de que en el Rhin, con mañosa/ industria, os quise matar, / passando una puente angosta,/ satisfago con bolver/ donde doblamos la hoja/ de las passadas heridas» (Pérez de Montalbán, 1700: f. 25).

3.5. MAGIA Y JUEGO APARENICIAL EN EL *PARA ALGUNOS*

En los Siglos de Oro, como herencia de una clara repercusión medieval, «los tratados sobre demonología conocieron un auge extraordinario» (Lara, 2010: 212). A propósito de la brujería en nuestro país, además de la distinguida fama de Toledo como «ciudad de nigrománticos» en la Edad Media¹⁹⁰, asevera Caro Baroja que «brujas, hechiceras, embaucadores y embaucadoras los hubo a granel en toda la Península durante todo el siglo XVII» (1970: 280). Y en efecto, buena prueba de ello son el proceso de Navarra, el auto de Logroño, o el doctor Torralba y la mítica Camacha de Montilla, literaturizada en *El coloquio de los perros*¹⁹¹. Sin embargo, pese a estos *ilustres* ejemplos, lo cierto es que la práctica de la magia gozó de menos adeptos en España que en otros países europeos, tal vez a causa del férreo catolicismo imperante. Este brote de ocultismo virulento tan acusado, sobre todo, en países luteranos como Alemania, donde la hechicería corría cual peligrosa epidemia (Lara, 2010: 212 en Allegra, 1982: 45), no es sino un legado consecuente, entre otros factores, de la publicación del tan conocido

¹⁸⁹ Como no podía ser de otro modo, idéntica expresión figura en la novela corta «Lisarda y Ricardo» inserta en la novena posición de una edición dieciochesca de las *Novelas entretenidas* de Mariana de Carvajal (Madrid, Librería de don Pedro Joseph Alonso de Padilla, 1728). La susodicha novelita, con título diverso, no es otra que «Al cabo de los años mil» de Juan Pérez de Montalbán (Ripoll, 1991: 47).

¹⁹⁰ Cuenta Giovanni Allegra que, tal era la fama de la práctica supersticiosa en esta ciudad, que incluso el ocultismo se conocía usualmente como «scientia toletana» (Allegra, 1982: 52).

¹⁹¹ Sobre estos casos, v. Menéndez Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos españoles*, 1982, pp. 399 y siguientes.

como ignominioso tratado al servicio de la persecución de brujas: el *Malleus Maleficarum* (1486), compuesto por los inquisidores Kramer y Sprenger, puesto que, como afirma José Antonio Escudero en palabras del inquisidor de Logroño Salazar y Frías, «no hubo brujas ni embrujados hasta que se habló y se escribió de ello» (1985: 34).

Antes de proseguir con estas cábalas, parece necesario precisar que en el Medievo y en buena parte de los siglos posteriores, prácticamente todo lo tangencial a los límites de la ortodoxia se consideraba herejía, lo que puede dar lugar a anacronismos al evocar la brujería medieval, que, ya desde los inicios, no se basa en los aquelarres y las pócimas mágicas, sino que el estereotipo de la «bruja» nace aproximadamente en 1400 para referirse a la mujer irreverente en el proceso de domesticación masculina o, dicho de otro modo, a la mujer que no se resigna a ser esposa y madre sumisa (Bigalli, 2006: 94). Si bien es cierto que algo hubo de existir relacionado con prácticas oscuras, como así lo atestiguan numerosos documentos, no es ilícito pensar que buena parte de la brujería no fuese más que un cauce alternativo de misoginia.

Así las cosas, la realidad es que esta práctica tuvo una incidencia social relevante que, como no podía ser de otra manera, no dejó de proyectarse en la literatura áurea, como así lo demuestran la madre de Don Pablos, Fabia (en *El caballero de Olmedo* de Lope de Vega) o Falsirena (en *El Criticón*, de Gracián), de entre otros muchos ejemplos que podrían señalarse¹⁹² entre los que se encuentran algunos personajes de nuestro *Para algunos*.

La magia y, en especial, las transformaciones, se muestran como un aspecto recurrente en la producción dramática de Matías de los Reyes. Este tema será tratado ampliamente, al menos quince años después, en el *Para algunos* con tal profusión, tanto de forma teórica como ficcional, que puede asegurarse que ejerce de conducto vertebrador de las diversas partes que constituyen la obra.

El primer episodio mágico en el *Para algunos* tiene lugar en la comedia *El agravio agradecido*. Este ejercerá de precursor de los trece discursos posteriores, puesto que el suceso mágico que en ella se cuenta será objeto de debate por parte de los tres contertulios en la historia marco. Con respecto a este acontecimiento, el espectador-lector de la comedia no conoce el proceso sino solo el resultado: la transmigración que le permite a Camilo suplantar la personalidad de Octavio por efecto de un hechizo de Fabio, su criado, que delata:

¹⁹² Eva Lara lleva a cabo un estudio exhaustivo de la presencia de hechiceras y brujas en la literatura del Siglo de Oro español, y, además, presenta una clasificación tipológica de los tipos de individuos que incurrían en estas industrias. V. Eva Lara Alberola, *Hechiceras y brujas en la literatura española de los Siglos de Oro*, Valencia: Parnaseo (Universidad de Valencia), 2010.

De tan diabólico efeto
solo yo instrumento fui
con la ciencia que aprendí
en la cueva de Espoleto (Reyes, *ca.* 1637: f. 8r).

Camilo, que no es capaz de explicarse lo sucedido, le pregunta a Fabio la razón de la transformación, a lo que el siervo responde, en primer lugar, con la etimología del término «magia»:

Direte lo que me mandas,
aunque en términos sucintos.
«Magia» es vocablo persiano,
y significa lo mismo,
que «filosofía» en Grecia
y «ciencia» entre los latinos (Reyes, *ca.* 1637: f. 20v).

Este parlamento resulta afín al que enuncia Acrisio, en el discurso primero en el que los tres religiosos disertan sobre la magia (Johnson, 1973: 205):

Y porque sepáis lo que es magia y como es una de las ciencias que con las demás fue infusa en nuestro primero padre, y como tal reverenciada y respectada por cosa divina, pues con su nombre se exaltaban los monarcas y sumos sacerdotes, cognominándose por excelencia «magos». Entre los griegos se llamaron «filósofos»; entre latinos, «sabios»; los persas, «magos»; los etíopos «gimnosofistas»; entre los asirios, «caldeos»; entre los indos «brahemanes»; y entre los galos, «druidas» (Reyes, *ca.* 1637: f. 50r).

Por otra parte, idénticas son también las fuentes en las que se basa Fabio para ilustrar a su amo y las que ocupan los márgenes del discurso primero en el que los contertulios se valen de las autoridades más versadas en esta suerte de superstición para respaldar sus consideraciones al respecto. No obstante, hay que señalar también la presencia de obras que no aparecen mencionadas en la comedia pero a las que se alude de forma constante a lo largo del discurso primero y en parte del resto de discursos, como el *Canon Episcopi* o, por supuesto, la *Biblia*. En la breve lección sobre magia que Fabio proporciona a su amo Camilo, le aconseja que indague en los siguientes autores:

San Agustín, doctor sacro,
largamente en los capítulos
diecisiete y dieciocho
del décimotavo libro
de *La ciudad de Dios*, cuenta
haber en Italia oído
mil sucesos d' esta ciencia
a sujetos fidedignos.[...]
También refiere Apuleyo
que trazando un botecillo,
queriendo mudarse en ave,
quedó en asco convertido [...]
Y lo que me admira mucho
es lo que dice Virgilio
en un verso de la octava
Écloga, y es este el mismo:
«atque fatas alio vidi
traducere meses». [...]

Pero si quisieres ver
mucho d' esto, te remito
al *Malleus Maleficaron*,
y al padre Martín del Río
en su *Magia a Torre Blanca*,
y ahora nuevamente al mismo
en su *Iure Spirituali*,
donde hay mucho d' esto escrito (Reyes, ca. 1637: ff. 20v-21r).

He aquí, en este fragmento, la presencia del *Malleus Maleficarum*, entre otros, como referencia inexcusable para quien desee instruirse en tales supercherías. La principal conclusión que queda meridianamente lúcida tras la lectura de este tratado de magia es que los demonios existen, creencia tan viva en la época que «quienes nieguen su existencia deben ser combatidos como herejes» (Bigalli, 2006: 96). Indudablemente, y, bajo una moral religiosa opresora y acechante, Dios se halla en un nivel superior a los malignos y, de hecho, los creó como ángeles, cuya acción perversa les provocó la caída del cielo (Bigalli, 2006: 97). En efecto, «para el bien del universo, Dios permite la acción de los demonios, refrenándola, mediante la presencia de los ángeles buenos, con el fin de que no hagan tanto daño como querrían», pero lo cierto es que «los demonios están autorizados en mayor medida a hacer daño a los pecadores que a los justos» (Bigalli, 2006: 101).

Es necesario puntualizar que, en la mayoría de ocasiones, los demonios llevan a cabo sus fechorías a través de sus ministras, las brujas¹⁹³, con quienes mantienen un pacto expreso (Bigalli, 2006: 98). Uno de los increíbles crímenes que estas son capaces de maniobrar, y el que nos interesa, es el de «transformar a los humanos en animales» (Bigalli, 2006: 103). Precisamente en el *Malleus Maleficarum* se narra la transformación, por efecto de una hechicera, de un individuo en asno, que quizá sea una de las más frecuentes metamorfosis de este tipo, y que probablemente bebiera de la Antigüedad y, en concreto, de aquella famosa obra en la que Lucio, queriendo convertirse en ave, se tornaba en el *Asno de oro*.

Una muestra de tal influencia, aunque ciertamente singular por ser el protagonista un gallo, es la que tiene lugar en el decimocuarto capítulo del *Diálogo que trata de las transformaciones de Pitágoras, en que se introduce un zapatero llamado Micyllo e un gallo en cuya figura anda Pitágoras*, que contiene «como de Epulon fue transformado en asno» por efecto del juez infernal Minos (Menéndez Pelayo, 1931: 133).

Otro ilustre ejemplo de este trasunto viene dado por la transmutación en asno que se recoge en *El coloquio de los perros* de la mano de Berganza cuando le narra a su

¹⁹³ El uso del femenino no responde a una elección voluntaria o personal sino que así suele aparecer en este tipo de obras que apenas contemplan el pecado en el sexo viril. De hecho, en el *Malleus Maleficarum* se hace referencia a que «la mayoría de quienes practican la magia son mujeres, ello se debe a que —formadas defectuosamente de una costilla curva de Adán— son inferiores a los hombres» (Bigalli, 2006: 104).

compañero Cipión la anécdota de la hechicera Cañizares, la cual le confiesa, a propósito de la célebre Camacha de Montilla, que «tuvo fama que convertía los hombres en animales, y que se había servido de un sacristán seis años, en forma de asno, real y verdaderamente» (Cervantes, 2003: 337).

Y precisamente un suceso semejante lo menciona el religioso de Talavera en el primer discurso del *Para algunos* afirmando que muchos otros así lo habían recogido¹⁹⁴:

[...] un caballero mozo de la orden de los hierosolimitanos, yendo embarcado aportó su nave al puerto de Salamina en Chipre. [...] Este caballero llegó a una[...] casa donde le salió una mujer de mediana edad, y más que mediana hermosura y talla, [...]la cual [...] le sacó una docena de huevos cocidos, pan y algunas frutas, todo en una curiosa cestilla de mimbres, sin querer recibir por ello precio alguno. Él se despidió agradecido del regalo, y [...] así sentado en una peña comenzó a satisfacer el hambre en aquellas cosas que la mujer le había presentado. Cuando oyó tocar a embarcar, acudió a hacerlo, pero al poner el pie en la plancha oyó una voz de uno de los marineros, que dijo: «Arre acá, diablo», acudiendo con la ejecución de un palo cuyo golpe sintió en las costillas, y que prosiguiendo el marinero dijo: «¿Cúyo es este asno que quiere también embarcarse como si fuera persona?». [...] quiso vengar su injuria, y previniendo la voz contra el marinero, [...] disparó un grande y descompuesto rebuzno, y mirándose a sí mismo se halló vestido de una piel de asno y puesto en cuatro pies. [...] En esto llegó aquella mujer con una jáquima, de quien él se permitió prender, y cogiéndole por el cabestro, dijo: «¿Así que os queríades ir de mí sin más cuenta? Pues yo os haré que os acordéis de mí, de un desconocido», y así se le llevó a su casa. [...] Este supo presto, porque ella le declaró cómo, vencida de su amor, le había convertido en semejante bruto para impedirle su partida, y que si la prometía condescender al remedio de su pasión, le restituiría su forma (Reyes, ca. 1637: ff. 58v-59r).

Valgan de muestra estos tres fragmentos para ilustrar el estado de las metamorfosis en asno en la literatura áurea. En relación con estas transmigraciones hay que destacar la tradición heredada de la hechiceras tesálicas¹⁹⁵, que contaban, entre sus acciones, con la de transformar al hombre que no la correspondía en bestia (Lara, 2010: 44), «rituales que se podrían catalogar entre las prácticas de sometimiento, que pueden ser destructivas o eróticas» (Lara, 2010: 34). De la misma manera que lo hacen, con fines sexuales o amorios, la mítica Camacha o la hechicera que se menciona en el relato del *Para algunos*. A propósito de las transformaciones animales, Fabio presenta un suceso recogido por San Agustín en *La ciudad de Dios*:

Cuenta de unas mesoneras
que daban un cierto mixto
de queso a los pasajeros
en hechizo tan activo,
que en bestias los transformaban
y habiéndolos conducido
cargados por varias partes
de cosas de su servicio,
después los restituían

¹⁹⁴ En nota al margen menciona a Sprenger (Malleus Maleficarum) y a Martín del Río, «entre otros».

¹⁹⁵ Son mencionadas también por Fabio en su discurso: «Mujeres hubo en Tesalia, / dice, que a fuer de exorcismos / transferían los sembrados / de los unos a otros sitios». (p. 64)

por tiempo a su ser antiguo (Reyes, *ca.* 1637: f. 21r).

A pesar de lo interesante de estas relaciones dialógicas, otras tres transformaciones, incluidas también en el *Para algunos*, son las que más nos incumben por su trascendencia en la obra y por cuanto poseen de demostrativo con respecto a la consideración de la magia por parte del autor. Una de ellas, en especial, resulta fundamental para el discurrir narrativo y surge de las peroratas que los tres contertulios mantienen acerca de las supersticiones, puesto que se trata de la experiencia personal de uno de ellos, Acrisio. Con ello nos referimos a su conversión en serpiente, en el discurso quinto, a consecuencia de un hechizo formulado por la maga Corsina. Pese a tratarse de una vivencia propia de la que el protagonista no guarda gratos recuerdos, cataloga su transformación como un estado mental o engaño de los sentidos solo en base a lo aparente. Así, afirma que

las palabras, y en especial las de los magos, no tienen eficacia para obrar tales transformaciones mágicas, en quien se experimentan, con engaños de los sentidos, tan estupendas maravillas. Ni yo asiento por verdad en mi suceso, que los versos y palabras pronunciadas por aquel infernal ministro, ni el uso de aquellos supersticiosos ungüentos obraron en mí tan prodigiosa inmutación [...] Que aunque mis iludidos y prestigiados sentidos, y los de los demás que en siete meses me trataron, padecieron este engaño, se ha de entender todo dentro de los límites d'estas doctrinas, y no en más (Reyes, *ca.* 1637: f. 133v).

La segunda transformación aparece inserta en el discurso séptimo cuando Acrisio, aún en forma de serpiente, presta atención al relato que cuentan unas caminantes en relación a una visita que acaban de realizar. El sobrino de una de ellas, acusado de malherir a tres de sus vecinas, encamadas a causa de sus heridas, declaraba que aquello era imposible pues solo había reñido con tres feroces gatos. Y es que al parecer, de todos era conocido que aquellas tres mujeres andaban en felina apariencia.

Ante tal suceso, Acrisio presenta dos posibles explicaciones: la primera, que aquellos gatos fuesen en realidad demonios que habrían transportado las heridas a dichas mujeres, y, la segunda,

que ellas pudieron parecer allí con sus mismos cuerpos, creyendo y haciendo creer a los leñadores eran gatos, y como tales dieron y recibieron las heridas, engañándose ellos y ellas con las prestigiosas y fantásticas formas. Y en este modo último me sucedían a mí mis fortunas. Pues persuadidos los que me veían y comunicaban, y yo con ellos que realmente era culebra, padecía yo o gozaba, y me conferían ellos los daños o beneficios que hemos visto y veremos de aquí adelante (Reyes, *ca.* 1637: f. 164v).

Del mismo modo considera Doristeo su transmigración en cuervo, maquinada, al igual que la de Acrisio, por una hechicera como venganza por haber rechazado a su hija:

No me causaba novedad el ser en que me hallaba, porque yo había leído en autores graves semejantes sucesos, que importó a mi consuelo, si bien admiraba mucho mirarme cuervo, ejerciendo acciones de tal y raciocinar como hombre, de donde llegué a averiguar con la experiencia que no pasa esta transformación de los sentidos exteriores

que informan a la fantasía, en cuyo teatro se representan privadamente estas tragedias (Reyes, *ca.* 1637: f. 218r).

Es de suponer, por tanto, que este tipo de metamorfosis son de aquellas a las que se refiere el religioso talaverano en el discurso primero:

en que el demonio no tiene parte. Esta es solamente una persuasión singular en solo el hombre que la padece, causada de un humor melancólico que le persuade a estar convertido en un bruto, en un lobo o en otra cosa particular. Y tal estuvo persuadido ser lobo [...], y los tales no solo lobos pero perros, piedras, asnos y otras cosas se significan ser también (Reyes, *ca.* 1637: f. 58v).

Equivalentes también eran las cavilaciones de Fabio en la comedia, que, siguiendo a San Agustín, defendía

Que puesto que en lo aparente
a creer nos persuadimos,
que es real lo que miramos
por el símil concebido,
este concepto se causa,
como sucede al dormido
que juzga lo que no es
con el obtuso juicio.
Eso el mago con sus artes
en los extraños sentidos
causa con yerbas, palabras,
caracteres y sigilos (Reyes, *ca.* 1637: f. 21v).

Estas reflexiones, en las que se afirma que el demonio no interfiere en este tipo de transformaciones, sino que serían algo similar a un estado mental del afectado de todos los que lo tratan, son algo confusas. Ciertamente, la teoría que justifica los casos de magia en el *Para algunos*, resulta enrevesada y aún más inverosímil, en ocasiones, que los propios ejemplos. Tal vez el propio Matías de los Reyes fuese consciente de tales desajustes así como de la aridez prosística de aquel primer discurso «sobre la magia, reprobación de las supersticiones»¹⁹⁶, y por ello avisaba al lector, nada más abrir la obra, de que

si se hallare embarazado su gusto con la lección del primer discurso, por lo que le parezca contradiciente a lo que promete de entretenido este libro en la disputa de la magia, podrá pasar al siguiente, en que se da principio a la narración, que fue necesario escribirle para algunos que no son prácticos en las operaciones d'estas ciencias, que ya será posible le vuelva a buscar después de haber leído el libro, por infor[mar]se de lo duro que ofrecerán a su crédito los admirables sucesos de Acrisio (Reyes, 1640: §2r).

No obstante, el planteamiento de Matías de los Reyes en las disertaciones mágicas no es exclusivo en la época, como así lo corrobora un fragmento de *El Criticón* en el que, en relación a las oscuras industrias de la hechicera Falsirena, afirma Andrenio que los hombres que se creen transformados en bestias realmente no lo están, sino que ellos lo piensan (Lara, 2010: 208). Del mismo modo delata la bruja Cañizares, en relación con

¹⁹⁶ El título de este discurso remeda a la obra de Pedro Ciruelo *Reprobación de las supersticiones y hechicerías* (1530).

las transmigraciones de hombres en bestias, que «no eran otra cosa sino que ellas [las brujas], con su mucha hermosura y con sus halagos, atraían a los hombres de manera a que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte, que sirviéndose dellos en todo cuanto querían, que parecían bestias» (Cervantes, 2003: 337).

Pero no son estas las únicas transformaciones que aparecen en el *Para algunos*, pues el juego aparental y, con él, la suplantación de la personalidad, se muestran también a través de recursos como el disfraz o la identidad de rostros, asunto tratado con anterioridad a propósito del influjo de *Los siete libros de la Diana* (1559) de Jorge de Montemayor (v. 3.3.4.1.).

Este caso extraordinario, presentado como «natural», tiene que ver con la igualdad de rostros entre Acrisio y su vecina Ismenia, tan similares que llevan a cabo acciones propias de hermanos gemelos fecundados en vientres diversos.

Siendo ya adultos, Ismenia, enamorada de Acrisio y presa de los celos, se hará pasar por su vecino frente a su amada Olimpia, incapaz de distinguir dos personas diversas, dando lugar a un sonado equívoco:

Gustosa Ismenia de ver ya entablado su juego, comenzó a prevenir las tretas que estudiadas traía contra la inocente Olimpia.[...] Lo anficológico d' estas razones confundían mucho el juicio de Olimpia, y todas eran incentivos que despertaban sus deseos a saber quién fuese la embozada serrana [...]. Entonces Ismenia, bajando el rebozo, descubrió el deseado rostro, diciendo:

—¿Veis aquí, señora, lo que deseáis? Ya estaréis arrepentida, no de haberme visto, [...] sino por el engaño que padeció vuestra imaginación, juzgando o esperando más de mí de lo que hallado habéis. Ya considero os llamáis a engaño y pedís restitución a vuestros deseos. Y aunque yo sea defraudado de mis favores habré de permitirlo por el aprecio que hago de vuestros gustos. ¡Mas ay! ¿qué dije? ya no puedo negarme cuando mi partera lengua publicó mi ser. Ya es forzoso confesaros que soy Acrisio (ca. 1637: f. 65r).

Ante la duda de Olimpia, Ismenia prosigue:

—No permita el cielo, querido objeto mío, yo os trate engaño: la verdad os he significado, ¡y ojalá fuera mi dolor sin causa! Ved, señora, la experiencia que queréis de mi verdad, que os juro que no es más cierto amador, que lo es que soy Acrisio) (ca. 1637: f. 67v).

La estratagema urdida por Ismenia surte el efecto contrario, puesto que aviva el amor entre Olimpia y Acrisio, que hasta el momento solo se conocían de oídas. Este encuentro entre un *sosias* y Olimpia dará lugar a sucesivas confusiones. Así, cuando el Acrisio real y Olimpia se encuentran por vez primera y ella se dirige hacia él para proponerle un nuevo encuentro, el protagonista queda perplejo y así se lo confiesa a su amigo Doristeo: «[...] amigo mío, es esa mi confusión, porque sus razones arguyen precedencias muy atrasadas de comunicación» (ca. 1637: f. 69v).

Otro desconcierto entre la pareja tendrá lugar cuando ambos, tras una serie de desventuras, consigan encontrarse:

Señora, ¡aquí dé Dios! [Acrisio] Declaraos más, que no entiendo lo que decís. Yo me vuelvo loco y no acierto a dónde vais a parar con tantos afectos. ¡Daisme a entender que os vi primero que en las bodas de Silvana! ¡y no sé qué decís de un vil disfraz! ni menos comprendo, cómo me persuadís a que os hablé a noche, pues en todas estas vistas solo fui dichoso en veros en las bodas, ¡que la primera y última es engaño! ¿Yo casado con Ismenia? ¡cielos! ¿qué es esto?

¿Pues cómo puedes negarme [Olimpia] que el día de nuestra fiesta me hablaste en hábito de serrana para dar con este ingenioso, si no alevoso traje, introducción a mi primera persuasión? (ca. 1637: f. 72v).

El fin de tales desaciertos llega con la muerte de Ismenia, a la que encuentran muerta vestida en hábito de varón simulando el aspecto de Acrisio. Es en este momento cuando ambos enamorados se explican lo sucedido.

También en las vestiduras se basa el siguiente ardid, inserto en la narración cuando Acrisio, siendo aún serpiente, va a parar a una quinta en la que tres doncellas charlan apaciblemente y deciden contar historias a propósito del debate de cuánto ha de saber la mujer. En una de las historias, Laurencia narra cómo una deshonesto joven, incitada a cambiar de vida, se persona con vestimenta varonil en un colegio de virtuosas adolescentes para pedir su ingreso en él. En este caso, el disfraz es parte del artificio de la muchacha, que le confiesa a la regidora que ha sido necesario usarlo para escapar de su domicilio familiar, donde se le ha impuesto un matrimonio de conveniencia al que ella se opone. Esta vez el disfraz ejerce de mero instrumento al servicio de la mentira y no da lugar a malentendidos como en el caso anterior, puesto que la doncella no suplanta ninguna identidad, sino que simplemente encubre la suya propia.

Un último episodio de disfraz, que incluye el desdoblamiento de la personalidad, aparece en la novela corta pastoril de Silvio y Cintia en la que la protagonista se viste en hábito de serrano para ir en busca de su amado pastor, Silvio, con el propósito de averiguar si aún la ama. Una vez satisfecha por la demostración afirmativa, ocultando su personalidad en todo momento, el falso serrano intercede entre los amantes —siendo él uno de ellos— para concertar una cita al día siguiente, advirtiéndole a Silvio dónde puede encontrar a su amada.

Basten estos ejemplos para ratificar la insistencia de Matías de los Reyes en la relación entre apariencia y realidad que impregna todo el *Para algunos* en sus diversos niveles estructurales, pues la confusión a través de lo aparente hubo de preocupar o fascinar tanto al autor que dedicó toda una obra para desarrollar este asunto a través de varios prismas, tanto teóricos como «ejemplares», que guían en todo momento hacia una idea palpitante en cada rincón de esta obra, y es que tales muestras están orientadas, en todo

caso, a advertir al lector de que lo que se toma por verdadero, en ocasiones, no es sino un mero engaño de la percepción de los sentidos.

IV. SOBRE ESTA EDICIÓN

4.1. EL EJEMPLAR IMPRESO

De la única edición conocida del *Para algunos* (Madrid, viuda de Juan Sánchez, 1640) se han localizado cuarenta y dos ejemplares distribuidos por bibliotecas de todo el mundo:

BNE (R/4475, R/4515, R/4517, R/4952, R/4952, R/5734, R/8465, R/ 24138, R/ 24998, R/ 39297) | Biblioteca Pública de Palma de Mallorca (19974) | Biblioteca de Castilla-La Mancha, Toledo (1-360) | Biblioteca de la Universidad de Barcelona (C-186/3/34) | Biblioteca de Catalunya, Barcelona (Res 1083-8) | Biblioteca Real Monasterio San Lorenzo del Escorial (36-II-35) | Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia (Y-3/144) | Biblioteca Histórica Municipal, Madrid (R/454) | Fundación Lázaro Galdiano, Madrid (8140) | Biblioteca Palacio Real, Madrid (VIII-17097) | Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, Universidad Complutense, Madrid (BH FLL Res.1182, BH FLL 34313) | Biblioteca del Monestir de Poblet, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona (R52-26, R238-19) | Biblioteca Xeral, Universidade da Santiago de Compostela (19206) | Bayerische Staatsbibliothek, München (4 P.o.hisp. 60 h) | Bibliothèque nationale de France, París (Z-5987) | Det Kongelige Bibliotek: Nationalbibliotek og Københavns Universitetsbibliotek, Copenhagen (77:1, 51 00172) | Nationale Bibliotheek van Nederland, The Hague (KW 366 E 30) | Russian State Library, Moscow (IV-исп.) | Österreichische Nationalbibliothek (Austrian National Library), Wien (26210-B) | British Library, London (1073.k.8.) | Texas University Library, Austin (PQ 6425 R4 P21 1640) | Marsh's Library, Dublin (signatura no disponible) | Michigan University Library, Ann Arbor (PQ 6425 .R4 P37 1640) | Hispanic Society, New York (PQ 6425 .R4 P37 1640 copy1, PQ 6425 .R4 P37 1640 copy2, PQ 6425 .R4 P37 1640 copy3) | All Souls College Library, Oxford (nn.14.7) | Pennsylvania University Library, Philadelphia (868 R335P) | Princeton University Library (New Jersey) (2008-0773N) | Biblioteca Apostolica Vaticana, Roma (Stamp.Barb.KKK.IV.22) | John Hopkins University, Baltimore, Maryland, George Peabody Library Rare Books (864.3 R3308 1640 c1)

Por su parte, el cotejo entre el manuscrito original de imprenta y la edición impresa de 1640 se ha llevado a cabo a partir del ejemplar R/4475 de la Biblioteca Nacional de España. Su elección vino motivada por su estado de conservación, mejor con respecto a otros ejemplares también accesibles.

[Portada] PARA | ALGVNOS DE MATIAS | DE LOS REYES NATVRAL | DE MADRID. | *DEDICADO AL SEÑOR DON PEDRO DE Caruajal y Vlloa Cauallero de la Orden, y Caualleria de Alcan- | tara, Gouernador de su Villa, y Partido, por el Rey | nuestro señor, &c.* | Año (escudo) 1640 | Con priuilegio. En Madrid, por la viuda de Iuan Sanchez. | 57 | *A costa de Lorenço Sanchez, y Gabriel de Leon mercaderes | de Libros.*

(A mano “Don fiderico Mercadanti”)

[Preliminares]

(“Aduerto al que leyere,...”).

SVMA DE LA TASSA.

SVMA DEL PRIVILEGIO.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

ERRATAS

APROVACION DEL LICEN- | ciado Valdiuieso Capellan de su Alteza el Sere- | nissimo señor Infante Cardenal de España, | y de la Capilla de los Moçarabes de | Toledo

AL SEÑOR DON | Pedro de Caruajal y Vlloa Cava | llero de la Orden, y Caualleria de | Alcantara, Gouernador de su | Villa, y Partido por el Rey nuestro señor, | &c.

A LOS QVE LEYEREN | DEL LICENCIADO GREGORIO | Cid de Cariazo Alcalde, y Iusticia mayor del | Partido de Villanueua de la Serena por | el Rey nuestro señor.

PROLOGO

En 8°, 12 h+ 218 fols. + 2h. Sign. §8, ¶2, A8-Ee2, con reclamos. Encuadernación en piel verde. Errores de numeración: 12 por 21.

4.2. LA ELECCIÓN DEL TESTIMONIO BASE

La pretensión de todo crítico textual abarca la reconstrucción y fijación del texto más cercano a lo que se ha dado en llamar «la última voluntad» del autor; es decir, a la manera en que un autor desea ser leído¹⁹⁷. Este delicado concepto, el de la última voluntad, resulta decisivo en el estadio inmediatamente anterior a cualquier faena ecdótica, esto es, en la elección del testimonio base, punto de partida y de llegada de toda labor de crítica textual: «a la hora de editar un texto, hemos de definir, en primer lugar, cuál va a ser nuestro texto base, en donde el criterio de la «última voluntad» es el único que puede ser utilizado como argumento» (Lucías Megías, 2005: 322). No

¹⁹⁷ «If the aim of the editor is to establish the text as the author wished to have it presented to the public (and we shall postpone any consideration of other possible editorial aims), he cannot divorce himself from the "meaning" of the text, for, however much documentary evidence he may have, he can never have enough to relieve himself of the necessity of reading critically» (Tanselle, 1976: 172-173).

obstante, como se verá a continuación, no deja de ser un tanto esotérica la resolución de la intención final de un autor con respecto a su obra literaria.

En el caso del *Para algunos* de Matías de los Reyes, el dilema oscila entre un manuscrito (¿autógrafo?) titulado *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637), que fue empleado como original de imprenta en el madrileño taller de Juan Sánchez y una única edición —que se sepa— de 1640 en la que solo aparece el título restrictivo (*Para algunos*) y de la que se han localizado cuarentaiún ejemplares repartidos por bibliotecas de todo el mundo. Se trata de una situación ecdótica excepcional en tanto que la supervivencia de un original de imprenta permite entrever la manufacturación de la obra literaria como objeto, como libro impreso, así como los desencadenantes textuales que derivan de su producción. Aun en el caso de carecer de este precioso testimonio, parece inconcebible pretender restablecer filológicamente un texto impreso obviando las posibles transformaciones que este pudo sufrir en la imprenta y encorsetando su análisis en exclusiva bajo una metodología propia de la transmisión manuscrita, achaque que ha padecido la tradición hispánica¹⁹⁸. La historia de un texto no nace el día de su aparición en letras de molde, sino que sus orígenes cuentan con capítulos más remotos, dignos, por tanto, de ser estimados en la ardua elaboración de una edición crítica.

En relación con los testimonios susceptibles de elección y, en líneas generales, la ortografía del manuscrito suele responder a una tendencia más culta y conservadora, que se depura en la edición impresa. Son frecuentes, por tanto, en la princeps, las reducciones de grupos cultos que aparecen en el original de imprenta. Lejos de la dimensión accidental a la que acabo de referirme y, a la hora de dictaminar un ejemplar como testimonio base, consideraré únicamente las lecciones sustanciales que difieren entre ambos testimonios, pues así lo exigen las particularidades de este caso.

A la luz de esta disyuntiva —la edición crítica de un texto del que se conserva el manuscrito de imprenta—, existen posturas antitéticas:

Quando il manoscritto è conservato, l'autorità che di solito si riconosce alla prima edizione viene spostata indietro a questo testo, che rappresenta con piú esattezza le intenzioni dell'autore soprattutto in relazione agli accidentali, di modo che il manoscritto e non la prima edizione diventa l'unico testo-base legittimo. Naturalmente, non potrebbe esistere una situazione testuale piú desiderabile» (Bowers trad. por Stoppelli, 1987: 114).

Gaskell, por su parte, considera que

A primera vista podría parecer que el manuscrito es la elección obvia como manuscrito de base, ya que es el texto escrito por el autor. Sin embargo,

¹⁹⁸ «[...] editar hoy en día un texto impreso sin tener en cuenta las posibles modificaciones que en este momento se pueden llevar a cabo delante del chibalete, supone realizar un trabajo científico al margen de su historia, de sus propios medios de transmisión, que son bien diferentes a los actuales o a los medievales. Uno de los graves errores en que ha caído la filología hispánica en los últimos decenios; una de las grandes aportaciones de la bibliografía textual» (Lucía Megías, 2003: 216).

¿representa el texto en la forma en la que el autor quería que se leyese? Por lo que se refiere a los sustantivos [...] sí; sin embargo, por lo que se refiere a los cambios accidentales, no. Incluso hoy en día, la mayoría de los autores esperan que el impresor normalice la ortografía y el uso de las mayúsculas (y, hasta finales del siglo XIX, esperaban que también se normalizara la puntuación), confiando en que durante el proceso el texto quedara listo para su publicación, aprobándolo implícitamente (con cambios posteriores o sin ellos) al corregir las pruebas. [...] (1999: 425).

Contrariamente a la opinión de Bowers, no son pocas las voces que se inclinan hacia la *princeps* como testimonio base de una hipotética edición crítica en cuya tradición se conserve el manuscrito original de imprenta, y no les falta razón¹⁹⁹. En efecto, considerando todos y cada uno de los estadios previos a la gestación de una edición *princeps*²⁰⁰, el testimonio original de imprenta se halla sumamente alejado de la versión blindada que sale de las prensas. Adicionalmente, solo el texto estanco de la primera edición constituye la lectura consolidada en la contemporaneidad y posteridad del autor, por lo que, en términos de influjos o repercusiones, se muestra como la única versión lícita.

Más allá de los referidos aspectos, merece la pena reparar en una cuestión misteriosa apuntada previamente: la de la última voluntad. Del complejo proceso de escritura creativa, así como de un acto de copia ya sea manuscrito o metálico, forman parte diversos procedimientos intelectuales, por lo que basta un mínimo desliz en la ejecución de dichas operaciones para generar un error textual. En una lectura hipotética «la la vio

¹⁹⁹ «Así las cosas, puestos a editar críticamente, no encontramos razón alguna para molestarnos en «editar por formas», ni tampoco en devanarnos los sesos para establecer la *ideal copy*. Bastará, seguramente, con atenernos a la *princeps* como *copy text*, bien que sin perder nunca de vista su correspondiente original de imprenta» (Rodríguez Rodríguez, 2014: 173). Sin embargo, tal aseveración genera conflicto con algo esbozado, en la misma obra, previamente: «Cuando son voluntarios [los cambios], sobre la adaptación ortográfica ya contemplada, vienen impuestos por la justificación de las líneas o por los errores de estimación previos y establecen una casuística imposible de reducir a doctrina teórica alguna ni de sistematizar con ningún tipo de criterio. Consisten en pequeñas cancelaciones o breves añadidos, normalmente sin repercusión semántica notable, suficientes para cuadrar mejor un bloque de texto que, habitualmente, ya está un tanto alterado por el uso anómalo de blancos y abreviaturas, aunque, en contadas ocasiones, el relleno –supóngase que también la cancelación– puede abarcar varias líneas» (2014: 99).

²⁰⁰ Lucía Megías (2005: 316) establece la siguiente progresión:

- 0.1. Original autógrafo
- 0.2. Original de autor (copia del original autógrafo corregida por el autor)
- 0.3. Original de imprenta (original de autor firmado por el escribano, con posibles modificaciones emanadas de la censura)
 - 0.3.1. Original de imprenta impreso: un ejemplar de una edición precedente
 1. Original de imprenta+cambios del corrector de la imprenta
 2. Original de imprenta+cambios del propio autor
 3. Original de imprenta+cambios del componedor (errores involuntarios, erratas y errores en la cuenta del original)
 4. Primeras pruebas +cambios del corrector (o enmiendas del autor)
 5. Segundas pruebas+corrección (o enmienda) del autor
 6. Imposición+cambios involuntarios (estados)
 7. Imposición+cambios voluntarios (emisiones)
 8. Editio princeps (conjunto de ejemplares con diferentes estados y emisiones)

dormida», es factible intuir que, a menos que el lector haya sido avisado de la tartamudez de un personaje o del narrador, se trata de una errata por reduplicación del objeto directo. En esta ocasión, el editor crítico debería enmendar suprimiendo la palabra repetida. No obstante, no todos los casos se muestran con idéntica lucidez. Al considerar la última voluntad literaria como la forma en la que un autor pretende que sus lectores reciban su obra —en relación con el sentido, con la sustancia, con la literatura—, parece legítimo vincular esta pretensión literaria con la versión contenida en el manuscrito original de imprenta revisado por el autor que constituye, en última instancia, lo que desea ver impreso. Pero también es cierto que todo acto de copia genera irremediablemente variantes²⁰¹ y que, al mismo tiempo, todo autor, con anterioridad a la impresión de su obra, firma bien un contrato de impresión en el que acata tácita o explícitamente ciertas condiciones concernientes al tránsito de su obra por la imprenta o, lo que es peor, vende el privilegio de impresión a libreros que hagan frente a los costes de la edición impresa. Ambos aspectos —las divergencias consustanciales al acto de copia y la relación contractual— avalan la existencia de una última voluntad editorial, que la abarca pero diverge de la última voluntad literaria:

quiero hacer hincapié [...] en la doble autoridad textual que una edición documenta, en donde la forma final del texto (en sus lecciones accidentales y en los paratextos, principalmente) no corresponde, o no tiene necesariamente que corresponder, al autor, y por tanto no han de gozar de la misma autoridad que las lecciones sustanciales [...] (Lucía Megías, 2005: 316).

Más adelante, sin embargo, Lucía Megías incluye también la doble autoridad de las lecciones sustanciales de una determinada edición: «establecido el texto-base, [el crítico deberá] tener en cuenta la doble autoridad que ha de concedérsele a las lecciones sustanciales y a las accidentales que documenta» (2005: 320).

Así las cosas, en tradiciones editoriales que conserven un manuscrito (¿autógrafo?) original de imprenta, y siempre que no haya síntomas de la presencia del autor en el taller de imprenta²⁰², la predilección del crítico textual debería inclinarse hacia la última voluntad literaria del autor que, en nuestro caso, coincide con el original de imprenta *La culebra de oro*. Para algunos, constituyendo la excepción que licita Gaskell:

[...] la regla sería que el manuscrito de base habrá de ser la edición impresa que más se acerque en la línea de descendencia al manuscrito del autor, siga los accidentales y también los sustantivos, a no ser que hubiera pruebas de que la intención del autor estaría mejor representada por otras lecturas (Gaskell, 1999: 426).

En efecto, esta perspectiva se ratifica en aquellos casos, de naturaleza similar al que nos ocupa, en que se dan indicios más que suficientes para certificar la quiebra de la última

²⁰¹ «Y aun aplicando toda la diligencia posible, quedan tantos que con razón llamó Novarini a la imprenta “oficina de errores”. Al final de los *Electa sacra* dice: «No yerran cuantos llaman a la imprenta madre de los errores»; lo es, ciertamente, y fecunda. Por más diligencia que se ponga, por más cuidadosa que sea la corrección, no es posible librar de este defecto a los libros» (Juan Caramuel, 2000: 281).

²⁰² Véanse, entre otros, Andrés Escapa, 1999; Dadson, 1984.

voluntad literaria del autor en el taller de imprenta. En tales ocasiones, fundamentadas en sólidos argumentos, la certeza basta para desterrar la *princeps* y erigir en su lugar el manuscrito-original de imprenta como testimonio base de una edición crítica. Tal vez en el caso de *La culebra de oro*. Para algunos, la razón determinante consista en el carácter premeditado de las modificaciones sustanciales perpetradas en la imprenta, que no proceden de lapsus involuntarios sino, muy al contrario, de evidentes motivaciones intencionales. Se ha constatado, como se ha dicho en otro lugar, que buena parte de las adiciones y omisiones textuales detectadas en la edición impresa responden a la necesidad de ampliar o reducir el texto —en ausencia del autor— con la finalidad de ajustar el mismo a un espacio exacto de la caja de escritura debido al proceso de composición e impresión por formas. Y es precisamente este factor, el de la intencionalidad de los operarios de la imprenta, el que condiciona la elección del testimonio base hacia el manuscrito original de imprenta²⁰³.

En relación con este aspecto, toda decisión se convierte en imperfecta, pues siempre desdeña a una o varias de las partes. Al fin y al cabo, la elección del testimonio base es meramente una hipótesis de trabajo (Lucía Megías, 2005: 318), la que en estas circunstancias parece más racional al poner sobre la mesa los indicios barajados. Siempre habrá quien, con todo, halle razones más convincentes para seleccionar la edición príncipe como testimonio base de la edición crítica. De modo que la resignación pasa por convencerse de que no existe la edición crítica perfecta ni definitiva. En palabras de Daniel Eisenberg, a propósito de la carencia de ediciones realmente críticas de *Don Quijote de la Mancha*,

una solución perfecta de todos los problemas es una meta imposible. Pero no por esto debemos concluir que la edición crítica sea más arriesgada. Los editores somos humanos, tan humanos como los últimamente muy denostados cajistas de Juan de la Cuesta, y, como ellos, vamos a fallar (Eisenberg, 2003).

4.3. CRITERIOS DE EDICIÓN

Editar un texto del Siglo de Oro implica, en primer lugar, elegir unos criterios de edición acordes con el texto en cuestión, empeño nada fácil cuando entre la crítica no existe consenso al respecto.

La dificultad se acentúa al considerar las particularidades del texto, manuscrito autógrafo (*¿*), en tanto que los criterios seleccionados repercuten directamente sobre la

²⁰³ «Pero para Rojas hay otra razón que ha podido enmarañar la comprensión del texto que ha propuesto a sus lectores: la intervención malhadada de los impresores mismos. Deplora, en efecto, los añadidos que han creído poder hacer, contra su voluntad y contra las recomendaciones de los Antiguos: «Que aun los impresores han dado sus punturas, poniendo rúbricas o sumarios al principio de cada acto, narrando en breve lo que dentro contenía: una cosa bien escusada según lo que los antiguos escritores usaron» (Chartier, 1993: 45).

letra del autor. Teniendo en cuenta la datación del manuscrito [ca. 1637], podemos ubicarlo en el momento para el que, aproximadamente, se sitúa la consumación del cambio más significativo en el paso del español medieval al español moderno, esto es, la reestructuración de las sibilantes, por lo que la tendencia general ha sido una solución intermedia a medio camino entre la modernización fonológica, y el respeto, en la medida de lo posible, hacia aquellos usos o formas que pudieran delatar un *modus scribendi* particular o una alternancia inconclusa para la época o el autor.

Por tanto, estos son los criterios de edición seguidos:

- Unión y separación de palabras
 - Con el fin de regular vacilaciones presentes en el texto se unen y separan palabras de acuerdo, principalmente, con un criterio semántico: *a caso*> *acaso*; *de más*> *demás*; *tambien*> *tan bien*, *a penas*> *apenas*, *bienvenida*> *bienvenida*, *mal logremos*> *malogremos*, etc. La tendencia a amalgamar palabras consecutivas parece ser un rasgo de la escritura del texto. Sirvan de muestra los siguientes ejemplos, que se separan atendiendo, como se apuntaba, al criterio citado: ej. *y parauer deserlo* (f. 247r) > *y para haber de serlo*; *desasvoces* (f. 92r)> *d'estas voces*, etc.
 - En relación con la alternancia separación/unión de las preposiciones *a* y *de* con el artículo determinado (ej. *a el/al*), se regula su uso atendiendo al criterio actual
 - Se hace uso del apóstrofe para marcar la fusión por fonética sintáctica con motivo de discernir secuencias que pueden confluir (*del frente a d'él*)
- Mayúsculas y minúsculas
 - Se emplea la mayúscula siguiendo las pautas de la Real Academia Española para marcar las divisiones mayores del texto, así como los nombres propios (antropónimos, topónimos, «nomina sacra»), además de las personificaciones (*Fortuna*, *Amor*) y los cargos públicos. Asimismo, se conserva el uso de mayúsculas con valor estilístico, en casos como el que figura a continuación: «aunque por escribirlos yo no podré prometerme serán PARA TODOS, me contentaré de que sean PARA ALGVNOS» (ca. 1637: f. 279r)
- Puntuación y acentuación
 - Se acentúa el texto de acuerdo con los usos modernos.

- Se puntuó el texto según usos modernos, intentando respetar con la máxima fidelidad las pausas establecidas por el propio autor.
- Dobletes léxicos
 - En casos de alternancia léxica se mantiene tal distinción: *agora / ahora; huésped / güésped; huerto / güerto; huevo / güevo, así / así, mayorazgo / mayorazgo, etc.*
- Onomástica
 - Se mantiene la variación Moisés/Moisén
 - Se actualizan las grafías de *Hyeremias* > *Jeremías*
- Grafías
 - Vocalismo
 - u/v, i/j: se regula *u, i* con valor vocálico y *v, j* con valor consonántico (*diuersidad* > *diversidad; vnos* > *unos*). En el caso particular de «ierro», y atendiendo al contexto, se mantiene el valor vocálico («hierro») o consonántico («yerro») de la vocal palatal.
 - La grafía *y* solo se mantiene como conjunción copulativa; se transforma en *i* en caso de formar hiato o diptongo: (*oydo* > *oído; Moysés* > *Moisés*).
 - Se simplifican las vocales dobles (*fee* > *fe; vee* > *ve*).
 - A pesar de que se trata de un uso muy frecuente en el manuscrito, se restituye la vocal media palatal /e/ atendiendo al uso moderno cuando una palabra comienza por el fonema fricativo, alveolar, sordo en posición inicial implosiva, por entender que no se pronunciaba como ‘s’ líquida: *scena* > *escena; scrúpulos* > *escrúpulos; speranza* > *esperanza, stirpe* > *estirpe, strépito* > *estrépito, splendor* > *esplendor, squalida* > *escuálida, specifica* > *específica; scriptor* > *escriptor; etc.* Asimismo, se elimina la /s/ implosiva en posición inicial: *sciencia* > *ciencia*.
 - Se mantiene la vacilación en el timbre de las vocales átonas: *mesmo/mismo*.
 - Consonantismo

- Se corrigen las metátesis, particularmente frecuentes en la secuencia lateral líquida /l/ seguida de oclusiva dental sonora /d/: *restituide*> *restituidle*.
- Se simplifica la doble grafía de la vibrante múltiple tras consonante nasal: *desenrredar*> *desenredar*, *sonrrio*> *sonrió*.
- El dígrafo *qu-* se mantiene ante las vocales e/i y se regula cuando va seguido de a/o/u: *quando*> *cuando*; *quales*> *cuales*.
- Se regulan los grupos –np- y –nb- por no suponer distinción fonética: *recompensas*> *recompensas*; *empobrezcan*> *empobrezcan*.
- Se regulan las sibilantes de acuerdo con el uso actual, tratando de normalizar la fluctuación que caracteriza al texto en este aspecto (ej. *lenguage/ lenguaje*; *sugeto/ sujeto*; *balixa/valija*). Las rimas consonantes prueban que las sibilantes habrían dejado de oponerse fonéticamente (ej. *intención/razón*, f. 33v, vv. 4-8 -2ª col-)²⁰⁴: *juiçio*> *juicio*; *raçones*> *razones*; *muger*> *mujer*, etc.
- Se reduce el doble fonema fricativo alveolar sordo, que aparece en alternancia con el simple (-ss->-s-) en posición intervocálica: *necessario*> *necesario*.
- Se mantiene la alternancia *escuse/ excuse* con el fin de discriminar significados y, cuando la vacilación *s/x* no repercute en el nivel semántico, se regula siguiendo el criterio actual: *estremos/ extremos*> *extremos*.
- Se establecen usos modernos para *s/x*: *máxcara* > *máscara*.
- Se simplifican los grupos cultos carentes de repercusión fonética: -ph-> -f: *Joseph*> *Josef*; *ephímera*> *efímera*; -ch->-c: *hipocresía/ hipochresía*; *Cristo/ Christo*; *chimera*> *quimera*.

²⁰⁴ Si bien es cierto que al hablar de procesos fonológicos de este tipo se ha de considerar, en primer lugar, la duración del proceso y, en segundo, los distintos grados de evolución atendiendo a la diatopía, lo cierto es que buena parte de los historiadores de la lengua española consideran que la reestructuración de las sibilantes habría concluido en el primer tercio del siglo XVII. Todo parece apuntar, por tanto, a que la vacilación ortográfica es indicio de la carencia de una norma ortográfica pero no de confusiones fonéticas en la lengua de los hablantes.

- Se mantiene, por el contrario, la vacilación presente en grupos cultos con incidencia fonética²⁰⁵: *parecer/ parecer*; *dubda/duda*; *perfecto/ perfeto*; *absconder/esconder*; *fructo/ fruto*, *efecto/ efeto*, etc.
- Se respeta, asimismo, la oscilación de consonantes dobles que implican un desarrollo fonético diverso: *satisfacción/ satisfacción*; *perfección/ perfección*, etc.
- Se conserva la confusión de líquidas (*sulcando*) y la asimilación de la vibrante simple al infinitivo ante la líquida lateral del pronombre enclítico: *imitalle*; *vella* (f. 174v), *hacello* (f. 245v), *vido* (f. 253r), etc.
- Se regula la alternancia h/Ø atendiendo al uso actual: *auía*> *había*; *exortaciones*> *exhortaciones*, etc.

➤ Abreviaturas

- Se desarrollan las abreviaturas sin dejar constancia: *tpo*>*tiempo*; *xpiano*> *cristiano*, *c.*>*capítulo*; *August.*> *San Agustín*, *qq.*> *cuestiones*; *dist.*> *distinción*, etc. En los casos de *V.A.*> *Vuestra Alteza* y *V.M.*> *Vuestra Merced*, la elección de «Vuestra» y no de «Vuesa» responde al uso más habitual de la época

➤ Erratas

- Se rectifican las erratas advirtiendo de ello en nota a pie de página

➤ Notas a pie de página:

Las notas a pie de página conforman un aparato crítico negativo²⁰⁶ que recoge las variantes textuales que figuran en el impreso con respecto a la lectura del manuscrito. En aquellas ocasiones en que el texto en letras de molde añade o suprime una o varias palabras con respecto a la lección del testimonio manuscrito, la nota a pie aparece vinculada a un superíndice aislado, no ligado a ninguna voz en cuestión. Dichas notas a

²⁰⁵ Resulta llamativo el hecho de que, a pesar de que la tendencia fonética seguida en el impreso consiste en la reducción consonántica de los grupos cultos, ej. *substancial*> *sustancial*; *redemptor*> *redentor*; *absconder*> *esconder*; *subtileza*> *sutileza*, etc. existen excepciones mediante las que se lleva a cabo la tendencia contraria: ej. *oscuro*> *obscuro*, *sostituír* (ca. 1637: f. 262r)> *substituír*; etc.

²⁰⁶ A la disposición del aparato crítico negativo existe una excepción: la nota a pie número 38 del discurso primero, puesto que el uso de tal disposición impedía la inteligibilidad del pasaje y del contraste entre ambas lecturas. Es por ello por lo que en esta ocasión se ofrecen en nota a pie las dos lecciones íntegras y de forma simultánea, la del manuscrito y la del impreso.

pie incluyen en todo caso la abreviatura «add.» u «om.» en relación con la adenda o el recorte textual que impliquen.

Por otra parte, en notas al final —ubicadas en el culmen de cada discurso— se da cuenta de las erratas del texto que se han rectificado en esta edición, así como de aclaraciones semánticas, mitológicas, históricas o cualquier glosa imprescindible para la comprensión e interpretación del texto. En relación con las notas semánticas, se ha recurrido, en primer lugar, al *Tesoro de la lengua castellana* (1611) de Sebastián de Covarrubias y, si esta fuente carecía de la entrada pertinente, se ha localizado la información en las distintas ediciones del *Diccionario de Autoridades* (1726 y ss.) de la Real Academia Española. En esta labor ha sido fundamental la consulta del *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española* (NTLLE).

➤ Reconstrucción textual

En el manuscrito se constata la pérdida de los folios 112 y 161, correspondientes a los discursos cuarto y séptimo respectivamente. La reconstrucción del texto se ha llevado a cabo a través del ejemplar R/4475 BNE. En la edición, tal recomposición textual ha sido marcada mediante el uso de un color más claro —gris— en el cuerpo del texto. Dicho restablecimiento se advierte en nota final.

➤ Otros signos:

- Las intervenciones de los personajes se marcan con guion largo (—)
- Las grafías o palabras reconstruidas se enmarcan entre corchetes ([])
- Las comillas laterales se emplean para las citas literales de autor (« »)
- El término **[sic]** se utiliza para atestiguar que ciertas palabras del texto, de difícil lectura y comprensión, aparecen tal cuales en el original.

Además de la enumeración de los criterios de edición expuestos con los que se ha procedido a fijar el texto, merece la pena incidir en ciertos usos de escritura particulares que se observan a lo largo de los folios del manuscrito y que se han conservado en la presente edición crítica. El primero de ellos consiste en el empleo del relativo «quien» con referentes inanimados: «todos los días sale a un deleitoso jardín que en el castillo tiene, a quien pasa por el común patio» (ca. 1637: f. 254), «discursos a quien hallo esmaltados» (ca. 1637: f. 258v), etc. Por otra parte, son varias las ocasiones en que el determinante numeral-ordinal masculino «primer» especifica sustantivos femeninos: «primer clase» (ca. 1637: f. 258v). Además, formas como *pluviera* se han mantenido dada la relativa frecuencia con la que aparecen en textos de la época²⁰⁷. De más interés

²⁰⁷ Su presencia se ha constatado en diversas ediciones del seiscientos de «La esclava de su amante» de María de Zayas; «El estudiante» en *La mojiganga del gusto* de Castillo Solórzano o *La Galatea* de Cervantes.

resultan, sin duda, los casos en que el autor se vale de neologismos o voces alteradas con respecto a su forma normativa. Valga de prueba la palabra «advitrio», que aparece documentada en el *Vocabularium Hispanicum Latinum et Anglicum copiosissimum, cum nonnullis vocum millibus locupletatum, ac cum Linguae Hispanica Etymologijs* del hispanista John Minsheu (Londres, Joannum Browne, 1617), quien remite, mediante dicha forma, a la palabra «arbitrio». Otro ejemplo, muy recurrente en el texto, es la palabra «foventar» por «fomentar», que no ha conseguido localizarse en otros textos de la época. En relación con estas «innovaciones léxicas», deviene sumamente ilustrativa la discusión sobre los neologismos inserta en el duodécimo discurso de la obra. En ella, asevera uno de los personajes de la narración marco, el cura, que:

Aristóteles, así en la *Poética* como en la *Retórica*, dice que convenientemente y con decoro le es lícito al orador y escritor introducir en sus obras voces estrangeras a su idioma propio, porque así dice que los escritos, mayormente poéticos, serán más floridos y agradables cuanto más se apartaren del ordinario y común lenguaje. Y da la razón, porque deleitan más las composiciones así ordenadas con el ejemplo y semejanza de los naturales y extranjeros.

Cicerón, Demetrio, Quintiliano y Horacio, y en suma todos los que en esto hablan lo dicen. Y se puede colegir de algunos en todo y de algunos en parte. Y esto es en cuanto a la licencia de poder usar estos términos y voces, que a los que las ignoran suenan tan mal. Pero veamos si hay quien así lo haya usado.

¿No saben los que leen que todos los autores de nombre, así griegos como latinos, indiferentemente han usado d' esta elegante usurpación? Los latinos usaron de las griegas, y lo que más es, de las bárbaras. [...] ¿Y no basta para constante establecimiento de tan necesaria usurpación el haberla usado nuestro culto cordobés, con que dejó su nombre escrito en láminas de eterna celebridad. ¿Hay periodo o cláusula en sus obras que no sea esto mismo? (ff. 258v-259r).

Tras esta apología del uso de neologismos como instrumento retórico, Matías de los Reyes interviene en el coloquio: «Señores —dije yo— usádoles he [neologismos] y he sido reprehendido de algún docto a cuya censura quedé cobarde, y me alegrara mucho que el tal os escuchara y oyera el parecer vuestro, con quien me ajusto» (ff. 261r-v).

Amén de esta tendencia léxica creativa, son también frecuentes en el *modus scribendi* de Matías de los Reyes los errores de concordancia. Sirvan de ejemplo los casos siguientes para dar fe de ello: «La pureza de los aires hacen saludable el sitio, constituyendo en él un favorable temple»²⁰⁸ (f. 62r); «¡Mas, oh piadoso cielo, oh tú, luciente luna, que en compañía del lucido escuadrón de estrellas muchas noches fuistes testigos de nuestros castos y puros amores, sedlo ya de mis desdichas, pues lo seréis también de mi firmeza!» (f. 90r); «con cuyo orgullosa inquietud despertó la dormida dama».

²⁰⁸ Concordancia *ad sensum*.

V. CONCLUSIONES/ CONCLUSIONI

A tenor de lo expuesto, las diversas hipótesis planteadas en los distintos capítulos de esta tesis licitan la extracción de conclusiones independientes para cada uno de ellos.

En primer lugar, en relación con el análisis material del manuscrito original de imprenta *La culebra de oro. Para algunos (ca. 1637)*, se ha propuesto su consideración autógrafa a partir, fundamentalmente, no solo de la firma del autor en el colofón del mismo sino también de los diversos estadios de revisión y corrección con idéntica caligrafía que el texto exhibe. Por otra parte, la presencia de banderillas en el ejemplar así como los saltos en la numeración del mismo hacen sospechar que el texto pudo sufrir alguna reestructuración formal o funcional antes de asimilar la forma definitiva que el autor decidió entregar a las prensas.

Aparte de tales vestigios, de no menor importancia resultan los trazos relativos al proceso de confección del libro impreso áureo, caracterizado por el método de composición e impresión por formas. En este sentido, se constata la presencia de patrones de trabajo similares a los expuestos por otros investigadores que han centrado su atención en ejemplares manipulados en los talleres de imprenta (v. Garza Merino, 2004), si bien el caso que nos ocupa presenta trazas particulares, en concreto, marcas relativas a la cuenta del original trazadas con diversos materiales, algunas de ellas a grafito (v.2.3.4.1.1.) cuya incidencia pudo ser determinante en el proceso de composición e impresión por formas. De esta diversidad de sustancias con funciones posiblemente distintas no se tiene constancia anterior en la bibliografía revisada.

Por otra parte, en el seno de esta cuestión, esto es, el método artesanal de producción del libro en el Barroco, se ubican los intentos frustrados por sistematizar un patrón de trabajo común en la elaboración de los diversos cuartos conjugados cuya amalgama dio lugar a la única edición impresa del *Para algunos* (1640). No obstante, los datos extraídos dejan entrever un esquema similar: parece ser que la composición e impresión comenzaron en la mayoría de ocasiones por la forma externa del pliego interno, si bien se constatan excepciones que impiden formular una regla al respecto.

Además de este aspecto, con toda seguridad el aporte más destacado de este segundo capítulo lo proporciona la definición y clasificación de los remiendos de imprenta, es decir, de los ensanches o recortes sustanciales de texto no atribuibles a Matías de los Reyes, sino a los operarios del taller de Juan Sánchez, cuya finalidad estriba en ajustar el texto manuscrito a la caja disponible del impreso durante su manufactura. A pesar de que la disección minuciosa de la información que alberga el impreso en relación con el manuscrito revela una batería relativamente amplia de triquiñuelas al servicio del estiramiento o acortamiento del texto (desplazamiento de líneas, exceso de líneas en la caja de escritura, abuso de blancos o empleo de abreviaturas, entre otros), el cotejo de ambos testimonios muestra no pocos parcheados textuales que se vinculan inexcusablemente con el proceso discontinuo de composición e impresión por formas. Es por ello por lo que la mayoría de delitos textuales se condensa en la parte inferior de la plana y, en concreto, en las planas primera, cuarta, séptima y undécima del total de las dieciséis que componen cada cuarto conjugado. La relevancia de estos datos, no obstante, podría parecer, a priori, insustancial. Pero nada más lejos de la realidad. El hecho de que un ejemplar original de imprenta venga a constatar que el texto impreso gestado a partir de él incluye modificaciones textuales conscientes implica que el *Para algunos* que se ha leído, criticado y (escasamente) estudiado durante casi cuatro centurias no contiene exactamente el mismo texto que gestó y procuró Matías de los Reyes para sus lectores.

Luego, a partir de los datos desplegados sobre la materialidad del texto, solo se pueden corroborar las mediaciones textuales imputables a los oficiales del taller de imprenta de la viuda de Juan Sánchez. El factor humano que participa y protagoniza todo el proceso artesanal de manufacturación libresco durante el período de la imprenta manual aglutina tantas posibilidades que abruma considerarlas: el número de cajistas que intervinieron en la confección del impreso, su grado de experiencia y pericia, las posibles adversidades que hubieron de resolver durante la gestación del libro y una vasta cantidad de condicionantes cuyas repercusiones pudieron determinar —y de hecho lo hicieron— el definitivo resultado impreso. De este deriva, como se ha dicho, una príncips con un texto blindado que se sumó a las colecciones híbridas de prosa de ficción del barroco, fue leído y pasó a formar parte de las letras hispánicas con cuantiosos pasajes desvirtuados con respecto a la última voluntad literaria de su autor. Pese a todo, el examen de un único original de imprenta y las consecuencias incompletas y provisionales de él extraídas no permiten universalizar un *modus operandi* aplicado en unas circunstancias tan concretas, específicas e irrepetibles como las que conlleva la faena derivada de un equipo humano que trabaja a destajo. Solo el

tiempo y el estudio de una cantidad considerable de originales de imprenta podrán esclarecer qué ocurría en las prensas españolas, más aún, en el taller de la viuda de Juan Sánchez y en qué medida, aparte del *Para algunos*, lo sufrieron nuestros clásicos manufacturados en sus prensas.

Por lo tanto, pese a que la tradición crítica hispánica ha vivido generalmente de espaldas a la Bibliografía Material, este caso viene a declamar que la materialidad del libro en tanto construcción de objeto comercial, cultural, social y humano acarrea consecuencias que no deberían ser ignoradas por el crítico que se propone fijar un texto sometido a posibles incursiones. Valga de muestra la merma contundente de texto que acontece en el medio pliego que compone el cuaderno Ee, cuya finalidad no es otra que la de no emplear más papel para «solo un poquito más de texto». Este ejemplo verifica cómo a veces la literatura queda subordinada a cuestiones externas pero anejas, que no pueden, en ningún caso, obviarse.

Por otra parte y, pese a que se ha llevado a cabo un análisis exhaustivo del manuscrito y su evolución hasta convertirse en libro impreso, los límites académicos y temporales no han permitido incluir aquí aunque sí en un plan de trabajo futuro aspectos como una clasificación de variantes halladas entre el manuscrito y el impreso o un examen más intenso de cuestiones vinculadas con las personalidades que periféricamente se relacionan con la publicación del impreso (Gabriel de León, Lorenzo Sánchez, Pedro de Carvajal y Ulloa o Gregorio Cid de Carriazo, entre otros).

Ya en el tercer capítulo se ha llevado a cabo el estudio parcial del *Para algunos* en tanto texto literario, obra que hasta el momento no había despertado las inquietudes de la crítica. En líneas generales, ha quedado probada la riqueza de este producto barroco, no solo debido a su naturaleza híbrida o a una temática común basada en lo esquivo de las apariencias y en la magia sino también a su carácter aglutinador y difusor con respecto a toda una tradición precedente como así lo certifican las cuantiosas relaciones intertextuales que pueden establecerse entre la obra de Matías de los Reyes y la literatura antecesora. De modo que, además del interés que despierta la variedad de materiales que se incluyen en la obra y que por tanto determinan un carácter heterogéneo que forja dudas en cuanto a su adscripción genérica, lo más llamativo lo constituye el entramado de conexiones literarias que presenta. Unas (pocas) fueron reconocidas por el propio Matías de los Reyes —como ocurre con *Anfitrión* de Plauto—; otras han de considerarse erróneas, como es el caso del *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* de Rodrigo de Carvajal y Robles, verdadera fuente de la novela sobre los enamorados de la peña de Antequera —y no la delatada por el autor: la *Historia de España* de Juan de Mariana—; y la mayoría aparecen camufladas, llamadas a pasar desapercibidas en el seno de la obra. Esto último es lo que ocurre con *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso* de Lorenzo Selva, obra renacentista ubicada en la *novella* italiana y de la que buena parte del *Para algunos* no es más que una traducción puritana. Y es que Matías de los Reyes omite o enmienda aquellos pasajes que considera ilícitos o deshonestos con respecto a la moral católica imperante. Fuera de la base de esta curiosa traducción, otras obras del Renacimiento dejaron su

impronta en el *Para algunos*; es el caso de *Los siete libros de la Diana* de Jorge de Montemayor o del *Jardín de flores curiosas* de Torquemada.

Por otro lado, aunque se ha reiterado que la literatura de Matías de los Reyes ha navegado entre la prosa de ficción barroca de puntillas, testimonios como la aparición del autor en el *Catálogo de libros entretenidos de caballerías, novelas, cuentos, historias y casos para divertir la ociosidad* (ca. 1740) de Pedro José Alonso y Padilla o la novelita romántica de los enamorados de la peña de Antequera de José Heriberto García de Quevedo, en la que la impronta de la novelita homónima del autor madrileño resulta incuestionable, refrendan la importancia de Matías de los Reyes. Era necesario, por tanto, rescatar su figura de la indiferencia, la displicencia y los márgenes de la literatura. Su prosa de ficción, aún parcialmente soterrada, merece un estudio en profundidad que se pospone para futuras investigaciones.

En realidad, el estudio y análisis exegético del *Para algunos* era una labor inherente al objetivo inicial de esta tesis, esto es, la edición crítica de esta obra de Matías de los Reyes, que carecía de ediciones modernas. En efecto, del corpus de obras del autor y, a excepción de la edición que Emilio Cotarelo llevó a cabo de *El Menandro* (1909) —con preceptos diversos a los que rigen la actual crítica de textos— no existen ediciones críticas rigurosas de ninguna de las obras de Matías de los Reyes, de ahí la importancia de este trabajo que incita, además, a continuar en investigaciones posteriores la labor ecdótica con otras obras del autor. Así las cosas, en el cuarto capítulo del presente trabajo figura la teoría concerniente a la edición crítica de *La culebra de oro. Para algunos* aquí contenida.

En dicho lugar se justifica la elección del manuscrito *La culebra de oro. Para algunos* como testimonio base, a partir de los remiendos de imprenta perpetrados en los ejemplares de la única edición conocida hasta el momento, la de 1640. Tomando, entonces, como punto de partida el texto del manuscrito, se ha pretendido alcanzar el justo medio entre una edición paleográfica y una modernizada, intentando el apego al texto original salvo en aquellas ocasiones en que las divergencias no suponían una alteración fonética, cultural, estilística o lingüística.

En la misma línea, la disposición de los aparatos críticos de la presente edición puede resultar peculiar: un aparato crítico negativo a pie de página²⁰⁹ que solo refleja las variantes constatadas en la edición de 1640 con respecto a las lecciones del manuscrito y un aparato crítico final, al culmen de cada discurso, de carácter fundamentalmente explicativo, que abarca cuestiones textuales, históricas, mitológicas o culturales. Tal disposición responde al objetivo principal de este proyecto: la aproximación diacrónica al texto desde su plasmación manuscrita hasta su publicación en letras de molde y las incidencias sufridas a su paso por un taller de imprenta. No obstante, tal distribución se basa exclusivamente en un criterio formal, que no pretende deturpar la funcionalidad del aparato crítico.

²⁰⁹ En ocasiones, en las notas a pie aparecen saltos en la numeración. Este hecho responde a que el orden seguido en las notas a pie recoge en primer lugar las variantes presentes en el texto principal y, una vez enumeradas estas, las posibles variantes ubicadas en las notas al margen.

A partire dalle ipotesi affrontate nei diversi capitoli di questa tesi, si possono trarre conclusioni indipendenti per ognuno.

In primo luogo, secondo l'analisi materiale della copia manoscritta per la stampa *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637), è stato proposto il suo carattere di autografo a partire non solo dalla firma dell'autore alla fine del testo ma anche dai diversi stati di revisione e correzione con la stessa calligrafia che il testo manoscritto mostra. D'altra parte, la presenza di modifiche nell'esemplare ed anche i salti nella numerazione fanno sospettare che il testo abbia potuto subire qualcuno intervento prima di assimilare la versione definitiva che l'autore aveva deciso di consegnare alla stampa.

Oltre a queste tracce, non meno importanti si rivelano i segni collegati al processo di produzione del libro a stampa barocco, caratterizzato dal metodo di composizione manuale. In questo senso, è dimostrata la presenza di una tecnica di lavoro simile a quella rilevata da altre ricercatrici che si sono concentrate su esemplari pronti per la stampa (v. Garza Merino, 2004), sebbene questo caso mostri segni particolari relativi al conteggio dell'esemplare originale che sono state fatti con grafite (v.2.3.4.1.1.) e la cui importanza ha potuto essere essenziale nel processo di composizione e stampa manuale. Di questa diversità di tracce effettuate con strumenti e materiali diversi con funzioni probabilmente diverse non esistono riferimenti nella bibliografia relativa.

Inoltre, in relazione a questa questione (il metodo manuale di produzione del libro nel Barocco) si trovano i tentativi falliti di formulare una regola sul processo di creazione dei libri con fascicoli in quarto combinati come avviene nell'unica edizione a stampa del *Para algunos* (1640). Nonostante, i dati estratti mostrano che la composizione e la stampa partivano nella maggioranza dei casi dalla forma esterna della carta nella sua parte interna, sebbene vi sono eccezioni.

Oltre a questo aspetto, indubbiamente il contributo più rilevante di questo secondo capitolo risiede nella definizione e classificazione delle modifiche intenzionali di stampa oppure ampliamenti o tagli sostanziali del testo non imputabili all'autore ma ai tipografi della stamperia di Juan Sánchez, il cui scopo si trova nell'aggiustamento del testo manoscritto alle righe disponibili del testo a stampa durante la sua produzione. La collatio tra testo manoscritto e testo stampato rivela non solamente l'esistenza di molti accorgimenti al servizio dell'allungamento o l'accorciamento del testo (riposizionamento di righe, eccesso di righe nelle forme, eccesso di spazi oppure l'uso di abbreviazioni, ecc.), ma anche la presenza di non poche modifiche intenzionali collegate al processo materiale di composizione e stampa delle forme. È per questo che la maggior parte di tali 'travisamenti' testuali si trovano in genere nella parte inferiore della forma e, soprattutto, nelle forme prima, quarta, settima ed undicesima del totale delle sedici che compongono ogni quarto combinato. La rilevanza di questi dati

potrebbe sembrare, a priori, inconsistente. Tuttavia non lo è affatto. Dal momento in cui la copia manoscritta preparata per la stampa mostra sostanziali divergenze rispetto al testo dell'unica stampa che conosciamo dell'opera, significa che il *Para algunos* che è stato letto, criticato e scarsamente studiato per quasi quattro secoli non restituisce esattamente lo stesso testo che Matías de los Reyes aveva pensato di offrire ai suoi lettori.

A partire dai dati sulla materialità del testo, soltanto si possono confermare gli interventi dei tipografi della stamperia di Juan Sánchez. Il fattore umano presente in tutto il processo artigianale di produzione del libro durante la stampa manuale offre una casistica piuttosto articolata: il numero di compositori che sono intervenuti, la loro competenza, le probabili cause accidentali e tante altre le cui ripercussioni hanno potuto determinare —ed infatti, così è stato— il risultato della stampa. Da questi interventi deriva il testo edito dalla princeps e che è passato a far parte delle raccolte in prosa narrativa del Barocco e più in generale della letteratura spagnola, un testo tuttavia così distante e diverso dall'ultima volontà del suo autore. Le ipotesi effettuate non consentono di proporre un *modus operandi* comune. Soltanto il tempo e lo studio di più esemplari dello stesso tipo saranno in grado di chiarire quello che è successo nelle tipografie spagnole e in particolare in quella della vedova di Juan Sánchez, o se altre opere hanno sperimentato alterazioni e modifiche come è accaduto nel caso di *Para algunos*.

Di conseguenza, a dispetto dell'indifferenza di certa critica spagnola nei confronti della Bibliografia Testuale, questo caso dimostra che l'aspetto materiale del libro come prodotto commerciale, culturale, sociale ed umano comporta conseguenze che non dovrebbero essere trascurate dal critico che ha come obiettivo di studiare ed editare un testo del Siglo de Oro. Un esempio di questo lo si vede nel quaderno Ee del *Para algunos*, dove cade una porzione testuale per evitare di occupare più carte. Questo esempio dimostra come a volte la letteratura è subordinata a questioni esterne che non possono non essere tenute in conto.

D'altra parte e, nonostante si sia fatta un'analisi completa dell'esemplare manoscritto e della sua evoluzione fino alla stampa, i limiti accademici e temporali non hanno permesso di includere qui ma lo si farà in un progetto di ricerca prossima la classificazione delle varianti rilevate tra il testo manoscritto ed il testo a stampa così come una più approfondita indagine delle questioni legate alle persone esterne che hanno partecipato nella pubblicazione alla prima ed unica edizione dell'opera (Gabriel de León, Lorenzo Sánchez, Pedro de Carvajal y Ulloa o Gregorio Cid de Carriazo, tra altri).

Il terzo capitolo è dedicato allo studio del *Para algunos* come testo letterario, opera che finora non aveva ricevuto l'attenzione della critica. In generale, è stata dimostrata la ricchezza di questo libro barocco non soltanto a partire dalla sua natura ibrida o dall'uso di temi basati sulle apparenze o la magia metamorfica ma anche dalle relazioni letterarie che quest'opera di Matías de los Reyes stabilisce con la letteratura precedente.

Inoltre l'interesse che risveglia l'opera è legato alla varietà di materiali in essa inclusi e che, pertanto, determinano il suo carattere eterogeneo tanto da rendere difficile la sua adesione ad un genere letterario, e anche dalla complessità di relazioni intertestuali ad essa sottese. Poche sono state riconosciute dal proprio Matías de los Reyes —questo accade con *Anfitrión* di Plauto—; altre si devono considerare non corrette (poiché il *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* di Rodrigo de Carvajal y Robles è la vera fonte della novella «los enamorados de la peña de Antequera» e non quella riferita da Matías de los Reyes: la *Historia de España* di Juan de Mariana) e la maggior parte appaiono occulte. Questo avviene con *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso* di Lorenzo Selva, opera rinacentista italiana. La maggior parte del *Para algunos* risulta essere una traduzione puritana di questa opera, poiché Matías de los Reyes omette o corregge quelle parti che considera lesive della morale cattolica dominante. Oltre a questa opera, il *Para algunos* si relaziona anche con altri testi rinascimentali come *La Diana* di Jorge de Montemayor oppure il *Jardín de flores curiosas* de Torquemada.

Sebbene sia stato ricorrente l'affermazione sulla mancanza d'importanza dell'autore nella prosa barocca, la sua inclusione nel *Catálogo de libros entretenidos de caballerías, novelas, cuentos, historias y casos para divertir la ociosidad* (ca. 1740) di Pedro José Alonso y Padilla o la novella del ottocento «los enamorados de la peña de Antequera» di José Heriberto García de Quevedo, in cui l'influsso della novella dello stesso nome di Matías de los Reyes si rivela indiscutibile, mostrano l'importanza di questo autore. Era necessario, pertanto, recuperare la sua figura rimasta a lungo emarginata. La sua prosa di finzione, ancora enigmatica e tutta da scoprire, merita in futuro una ricerca più approfondita.

In realtà, lo studio e l'analisi del *Para algunos* era l'obiettivo iniziale di questa tesi: l'edizione critica di quest'opera di Matías de los Reyes, priva di edizione moderna. Infatti, di tutte le opere dell'autore e, ad eccezione dell'edizione curata da Emilio Cotarelo di *El Menandro* (1909) —che segue un metodo diverso da quello dell'attuale critica testuale—, non esistono edizioni moderne di nessuna delle opere di Matías de los Reyes ed è in ciò che risiede il merito di questa tesi, che induce a proseguire nella stessa direzione qui tracciata. Poi, nel quarto capitolo del presente studio si esplicita il metodo su cui si basa l'edizione critica de *La culabra de oro. Para algunos* (ca. 1637) qui contenuta.

In questo luogo è giustificata la scelta del testo manoscritto *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637) come testo base, in ragione delle modifiche intenzionali fatte in tipografia che appaiono nelle copie dell'unica edizione conosciuta finora, quella di 1640. Una volta preso il testo manoscritto come punto di partenza, questa edizione tenta di trovare il giusto equilibrio tra una edizione paleografica ed una edizione moderna, caratterizzata dalla fedeltà al testo originale ad eccezione di quelle occasioni in cui le differenze tra i testimoni non hanno ripercussioni fonetiche, culturali, stilistiche o linguistiche.

Allo stesso modo, la disposizione dell'apparato critico può sembrare particolare, poiché è diviso in due apparati: uno negativo alla fine delle pagine che mostra le varianti che appaiono nell'edizione del 1640 rispetto alle lezioni del testo manoscritto e un apparato alla fine di ogni discorso di carattere fondamentalmente illustrativo che tratta questioni testuali, storiche, mitologiche o culturali. La disposizione scelta risponde all'obiettivo principale di questo progetto: l'approccio diacronico d'un testo dalla sua redazione manoscritta fino al trasferimento sulla forma e alla composizione tramite caratteri mobili che ne determina le possibili alterazioni. Ciò, questa distribuzione risponde ad un criterio soltanto formale, che non intende pregiudicare la funzionalità dell'apparato critico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACOCELLA, Mariantonietta (2001), *L'asino d'oro nel Rinascimento. Dai volgarizzamenti alle raffigurazioni pittoriche*, Ravenna: Longo Editore.

AGENJO BULLÓN, Xavier; MARTÍN ABAD, Julián (1987), «La obra de Antonio Odriozola: aproximación bibliográfica», *Boletín de la Anabad*, XXXVIII, nº 4, pp. 579-592.

AGULLÓ Y COBO, Mercedes (1991), *La imprenta y el comercio de libros en Madrid. Siglos XVI-XVIII*, Tesis Doctoral inédita Universidad Complutense de Madrid.

AGUSTÍN DE HIPONA (San Agustín) (2007), *La ciudad de Dios*. Libros I-VII, R.M. Marina Sáez (ed.), Madrid: Gredos.

AGUSTÍN DE HIPONA (San Agustín) (1981), *Obras de San Agustín, VII, Sermones -1º-*, M. Fuertes Lanero y Moisés M^a. Campelo (eds.), Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (La Editorial Católica).

ALBERT, Mechthild; BECKER, Ulrike; BONILLA CERREZO, Rafael; FABRIS, Angela (eds.) (2016), *Nuevos enfoques sobre la novela corta barroca*, Frankfurt am Main: Peter Lang.

ALBERTAZZI, Adolfo (1890), «Due romanzi morali del Cinquecento: le *Metamorfosi* di Lorenzo Selva e il *Brancaleone* di Latrobio filosofo», *Giornale storico della letteratura italiana*, nº 16, pp. 317- 333.

ALBERTAZZI, Adolfo (1891), *Romanzieri e romanzi del Cinquecento e del Seicento*, Bologna: Ditta Nicola Zanichelli.

ALBERTAZZI, Adolfo (1902), *Storia dei generi letterari italiani. Il romanzo*, Milano: Vallardi.

ALCALÁ GALÁN, Mercedes (1996), «Las misceláneas españolas del siglo XVI y su entorno cultural», *Dicenda: cuadernos de filología hispánica*, nº14, pp. 11- 20.

ALDOMÁ GARCÍA, Mireia (1996), «Los Hecatommithi de Giraldi Cinzio en España», *Studia aurea: actas del III Congreso de la AISO (Toulouse, 1993)*, I. Arellano Ayuso; C. Pinillos Salvador; M. Vitse; F. Serralta (coords.), Pamplona: GRISO-LEMSO, vol. 3, pp. 15-22.

ALDOMÀ GARCÍA, Mireia (2014), «Didactismo, género literario y lector en Giraldi Cinzio», *Edad de Oro*, nº 33, pp. 87-108.

ALEMÁN, Mateo (2007), *Guzmán de Alfarache*. J. M.^a Micó (ed.), Madrid: Cátedra.

ALENDÁ, Jenaro (2010), *Catálogo de autos sacramentales, historiales y alegóricos (1916-1923)*, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; Madrid: Biblioteca Nacional. Consultado a través de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/catalogo-de-autos-sacramentales-historiales-y-alegoricos/> [fecha de última consulta: 09/08/2018]

ALMEIDA CABREJAS, Belén (2003), «Aproximación al estudio de los «nombres clásicos» en la Edad Media» en C. Castillo Martínez; J. M. Lucía Megías (eds.), *Decíamos ayer...Estudios de alumnos en honor a María Cruz García de Enterría*, Alcalá de Henares: Universidad, pp. 11-22.

ALONSO, Dámaso (1992), *Antología de la poesía española, lírica de tipo tradicional*, Madrid: Gredos.

ALONSO HERNÁNDEZ, José Luis (1993), «La novela corta española en los siglos XVI y XVII», en J. L. Alonso Hernández; M. Gosman; R. Rinaldi (eds.), *La nouvelle romane (Italia- France- España)*, Amsterdam: Rodopi.

ALONSO Y PADILLA, Pedro Joseph (1740), *Catálogo de libros entretenidos de caballerías, novelas, cuentos, historias y casos para divertir la ociosidad*, [s.l.] [s.i.]

ALONSO PALOMAR, Pilar (1998), «La importancia de la magia a la luz de los libros contenidos en algunas bibliotecas particulares españolas de los Siglos de Oro (II parte)», *Castilla: Estudios de literatura*, nº23, pp.7- 22.

ALSINA, J. (1988), «La segunda sofística» en J.A. López Férez (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid; Cátedra, pp. 1039-1064.

ALTSCHUL, Nadia (2008), «La nueva crisis de la filología editorial: cultura del manuscrito, *scribal version*, “literatura medieval”», *Revista de poética medieval*, 20, pp. 41-66.

ÁLVAREZ Y BAENA, Joseph Antonio (1789-1791), *Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes*, tomo IV, Madrid: Benito Cano.

ANDRÉ, Michel (1847), *Diccionario de derecho canónico*, de la Pastora y Nieto, Isidro (ed.), Madrid: Imprenta de don José G. de la Peña.

ANDRÉS ESCAPA, Pablo (1999), «Autores en la oficina del impresor: tres reimpresiones del Siglo de Oro español y un aplazamiento», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXIX, pp. 249-266.

ANDRÉS ESCAPA, Pablo; DELGADO PASCUAL, Elena; DOMINGO MALVADI Arantxa; RODRÍGUEZ MONTEDERAMO, José Luis (2000), «El original de imprenta», en P. Andrés Escapa; S. Garza Merino (eds.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 29-64.

ANTONIO, Nicolás (1788), *Bibliotheca Hispana Nova*, vol. II, Madrid: viuda y herederos de Joaquín de Ibarra.

ANTONIO, Nicolás (1996), *Bibliotheca Hispana Nova*, vol. IV, Madrid: Visor.

APULEYO (1984): *El asno de oro*, LÓPEZ SOTO, V. (ed.), Barcelona: Editorial Juventud.

ARBOUR, Roméo (1985), *L'ère baroque en France. Répertoire crhonologique des éditions de textes littéraires (Quatrième partie. 1585-1643)*, Gèneve: Librairie Droz.

ARCE, Joaquín (1975), *Boccaccio humanista y su penetración en España: conferencia pronunciada en la Fundación Universitaria Española el día 25 de abril de 1975*, Madrid: Fundación.

ARCE, Joaquín (1982), *Literaturas italiana y española frente a frente*, Madrid: Espasa-Calpe.

ARELLANO, Ignacio y CAÑEDO, Jesús (eds.) (1986), *Edición y anotación de textos del siglo de oro: Actas del Seminario Internacional para la Edición y Anotación de Textos del Siglo de Oro*, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.

ARMESTO Y GOYANES, José (1791), *Diccionario histórico, cronológico, geográfico y universal de la Santa Biblia*, tomo IV (R-Z), Madrid: Blas Román.

ARREDONDO, María Soledad (1989a), «Notas sobre la traducción en el Siglo de Oro: Bandello francoespañol», en F. Lafarga (ed.), *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, , pp. 217-227.

ARREDONDO, María Soledad (1989b), «Novela corta, ejemplar y moral: las *Novelas morales* de Agreda y Vargas», *Criticón*, nº 46, 1989, pp. 77-94.

ARRIANO (1982), *Anábasis de Alejandro Magno*, A. Bravo García (introd.); A. Guzmán Guerra (ed.), Madrid: Gredos.

ASÍN, Francisco (dir.) (1996), *Mundo del libro antiguo*, Madrid: Editorial Complutense.

AVALLE-ARCE, Juan Bautista (1957), «El cuento de los dos amigos», *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona: Ariel. Consultado a través de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/nuevos-deslindes-cervantinos--0/html/ff6e1774-82b1-11df-acc7-002185ce6064_31.html [Última consulta: 23/08/2018]

BALLESTEROS ROBLES, Luis (1912), *Diccionario biográfico matritense*, Madrid: Imprenta Municipal.

BAQUERO ESCUDERO, Ana Luisa (1996): «La cuestión de la ficcionalidad en la novela corta del XVII» en J.M. Pozuelo Yvancos; F. Vicente Gómez (coords.), *Mundos de ficción (Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica, Murcia, 21-24 noviembre 1994)*, Murcia: Universidad de Murcia, vol. I, pp. 299-305.

BAQUERO ESCUDERO, Ana Luisa (2003), «Espacios de la maravilla en la novela corta áurea», *Loca ficta. Los espacios de la maravilla en la Edad Media y Siglo de Oro (Actas del Coloquio Internacional, Pamplona, Universidad de Navarra, abril, 2002)*, ed. Ignacio Arellano, Madrid: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, pp. 57-67.

BAQUERO GOYANES, Mariano (1983), «Comedia y novela en el siglo XVII», *Serta Philologica Fernando Lázaro Carreter*, Madrid: Cátedra, v. II, pp. 13-29.

BARANDA LETURIO, Consolación (2011), «Formas del discurso científico en el Renacimiento: tratados y diálogos», *Studia Aurea: Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, nº5, pp.1- 21.

BARANDA LETURIO, Nieves (2003-2004), «Mujeres y escritura en el Siglo de Oro: una relación inestable», *Litterae: Cuadernos sobre cultura escrita*, pp. 61-83.

BARRERA Y LEIRADO, Cayetano Alberto de la (1968), *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español. Desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, Londres: Tamesis Books Limited.

BARROSO CASTRO, José y SÁNCHEZ DE BUSTOS, Joaquín (1993), «Propuestas de transcripción para textos del XV y Siglos de Oro», en M. García Martín (coord.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro: actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp.161-178.

BAS CARBONELL, Manuel (2000), «El nacimiento del libro en España», *Debats*, nº 69, pp. 28-33.

BELLONI, G. (1986), «Commenti petarcheschi» en V. Branca (ed.), *Dizionario critico della letteratura italiana*, Torino: Utet, pp. 22-39.

BENGTSON, Hermann (1977), *Griegos y persas. El mundo mediterráneo en la edad antigua*, I, México D.F.: Siglo XXI.

BENNASSAR, Bartolomé (1983), *La España del Siglo de Oro*, Barcelona: Crítica.

BERMÚDEZ DE PEDRAZA, Francisco (1608), *Antigüedad y excelencias de Granada*, Madrid: Luis Sánchez.

BERRUEZO SÁNCHEZ, Diana (2011), «Amor, humor y equívocos en *El vergonzoso de Palacio* de Tirso de Molina», *Anagnórisis: Revista de Investigación teatral*, nº 3, pp. 38- 52.

BERRUEZO SÁNCHEZ, Diana (2012), «*Il Novellino* de Masuccio Salernitano en algunas comedias de Lope y Calderón» en S. Boadas; F. Chávez; D. García Vicens (eds.), *La tinta en la clepsidra. Fuentes, historia y tradición en la literatura hispánica*, Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, pp. 139-150.

BIGALLI, Carlos (2006), «El *Malleus Maleficarum*», *Subjetividad y procesos cognitivos*, nº 9, pp. 92- 114.

BLECUA, Alberto (2005), «La edición del *Lazarillo* de Medina del Campo (1554) y los problemas metodológicos de su filiación», en P. Botta (ed.), *Filologia dei testi a stampa (Area Iberica)*, Modena: Mucchi Editore, pp. 151- 160.

BLECUA, Alberto (2009), «Defensa e ilustración de la Crítica Textual», *Edad de Oro*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, vol. 28, pp.19-28.

BLECUA, Alberto (2011), *Manual de crítica textual*, Madrid: Castalia.

BOCCACCIO, Giovanni (1956), *Il Decamerone*, V. Branca (ed.), Torino: Einaudi.

BONDÍA, Ambrosio (1650), *Cítara de Apolo y Parnaso en Aragón*, Zaragoza: Diego Dormer.

BONIFACIO BERMEJO, José (2009), «La tecnología de impresión en el Siglo de Oro», *Edad de Oro*, vol. 28, pp. 7-18.

BONILLA CERREZO, Rafael (2010), *Novelas cortas del siglo XVII*, Madrid: Cátedra.

BONILLA CERREZO, Rafael; RODRÍGUEZ, Begoña; TRUJILLO, José Ramón (eds.) (2012), *Novela corta y teatro en el barroco español (1613-1685): studia in honorem prof. Anthony Close*, Madrid: Sial.

BONILLA CERREZO, Rafael (2016), «La novela corta del Barroco: estado de la cuestión (2010-2015) y tareas pendientes», M. Albert; U. Becker; R. Bonilla Cerezo; A.

Fabris (eds.), *Nuevos enfoques sobre la novela corta barroca*, Frankfurt am Main: Peter Lang, pp. 19-76.

BOTTA, Patrizia (ed.) (2005), *Filologia dei testi a stampa (Area Iberica)*, Modena: Mucchi Editore.

BOTTA, Patrizia (2005), «Pillole celestinesche per una tipologia dell'errore a stampa» en P. Botta (ed.), *Filologia dei testi a stampa (Area Iberica)*, Modena: Mucchi Editore, pp. 417-420.

BOTTA, Patrizia (2009), «Problemas filológicos de un texto impreso», *Edad de Oro*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, vol. 28, pp. 29-40.

BOTTIGHEIMER, Ruth B. (2002), *Fairy Godfather: Straparola, Venice, and the Fairy Tale Tradition*, Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.

BOTTIGHEIMER, Ruth B. (2004), «Fairy Godfather: Straparola, Venice and the Fairy Tale Tradition», *The Sixteenth Century Journal*, Vol. 35, nº 2, pp. 627-629.

BOTTIGHEIMER, Ruth B. (2012), *Fairy Tales Framed: Early Forewords, Afterwords, and Critical Words*, Albany: State University of New York Press.

BOURLAND, Caroline B. (1905), «Boccaccio and The Decameron in Castilian and Catalane Literature», extracto de la *Revue Hispanique*, XII, nº 41.

BOURLAND, Caroline B. (1973), *The short story in Spain in the seventeenth century: with a bibliography of the novela from 1576 to 1700*, New York: Burt Franklin.

BOUZA, Fernando (1995), «Contrarreforma y tipografía, ¿nada más que rosarios en sus manos?», pp.73-88.

BOUZA, Fernando (1997a), «Para qué imprimir. De autores, público, impresores y manuscritos en el Siglo de Oro», *Cuadernos de historia moderna*, nº 18, pp.31-50.

BOUZA, Fernando (1997b), *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*, Madrid: Síntesis.

BOUZA, Fernando (2001), *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid: Marcial Pons.

BOUZA, Fernando (2002), «No puedo leer nada. El Corrector General Juan Vázquez del Mármol y la cultura escrita del Siglo de Oro», *Syntagma: Revista del Instituto de Historia del Libro y de la Lectura*, nº0, pp.19-45.

BOUZA, Fernando (2008), *Papeles y opinión. Políticas de publicación en el Siglo de Oro*, Madrid: CSIC.

BOUZA, Fernando (2012), «Dásele licencia y privilegio», *Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro*, Madrid: Akal.

BOUZA, Fernando; RICO, Francisco (2009), «Digo que yo he compuesto un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de la mancha*», *Bulletin of the Cervantes Society of America*, nº 29.1, pp.13-30.

BOWERS, Fredson (2001), *Principios de descripción bibliográfica*, Madrid: Arco Libros.

BRADBURY, Jonathan (2014), «La narrativa breve en la miscelánea del siglo XVII», *Edad de oro*, vol. XXXIII, pp. 211-224.

BRAVO, Gonzalo (1994), *Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica*, Madrid: Alianza Editorial.

BREGANTE, Jesús (2003), *Diccionario Espasa de la Literatura Española*, Pozuelo de Alarcón: Espasa Calpe.

BURGOS, Francisco Javier de (1840a). «Biografía. El doctor Juan Pérez de Montalbán», *El Panorama*, nº 103, pp. 385-388.

BURGOS, Francisco Javier de (20 de diciembre de 1840), (1840b) «Biografía de autores dramáticos españoles. Matías de los Reyes», *La Alhambra. Periódico de Ciencias, Literatura y Bellas Artes*, tomo III, nº 28, pp. 445- 446.

BURGOS, Francisco Javier de¹ (1 de enero de 1841) «Biografía. Matías de los Reyes», *El Panorama*, nº 105, p. 10.

CABRERO, María del Carmen (2006), «La sabiduría del burro (*Lucio* o *El asno* de Luciano de Samosata)», *CFC (G), Estudios griegos e indoeuropeos*, nº16, pp. 165-179.

CALERO CALERO, F. (2009-2010), «*El asno de oro* de Apuleyo, el *Lazarillo* y Vives: reconocimiento a Antonio Vilanova», *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, nº 43.

(Pseudo) CALÍSTENES (1977), *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Madrid: Gredos.

CAMPS, Assumpta (2012), *La traducción en las relaciones italo-españolas: Lengua, Literatura y Cultura*, Barcelona: Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona.

CANET VALLÉS, José Luis (2009), «Algunas reflexiones sobre el proceso de edición en el siglo XVI y la Bibliografía textual», *Edad de Oro*, vol. 28, pp.59-72.

CANET VALLÉS, José Luis (ed., introducción y notas) (2011), *Comedia de Calisto y Melibea*, Valencia: Universidad de Valencia.

CANTERA ORTIZ DE URBINA, Jesús (2005), *Diccionario Akal del Refranero Latino*, Madrid: Akal.

CANTINI, Gustavo (1948), *I francescani d'Italia. Di fronte alle dottrine luterane e calviniste durante il Cinquecento*, Roma: Pontificium Athenaeum Antonianum,.

CAPPONI, Vittorio (1878), *Biografia pistoiese, o Notizie della vita e delle opere dei pistoiesi*, Tipografia Rossetti, Pistoia.

CARAMUEL, Juan (2000), *Syntagma de arte typographica*, P. Andrés Escapa (ed.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, pp. 267-287.

CARDINI, Franco (1982), *Magia, brujería y superstición en el Occidente medieval*, Barcelona: Edicions 62.

CARO BAROJA, Julio (1966), *Las brujas y su mundo*, Madrid: Alianza.

CARO BAROJA, Julio (1970), *Inquisición, brujería y criptojudaismo*, Barcelona: Ediciones Ariel.

CARRASCO URGOITI, María Soledad (1989), *El moro de Granada en la literatura*, Granada: Servicio de Publicaciones de la Universidad.

CARRASCÓN, Guillermo (2013), «Oneste o ejemplares: Bandello y Cervantes», *Artífara* (Monográfico *Las novelas ejemplares* en su IV centenario), nº13 bis, pp.285-305.

CARRASCÓN, Guillermo (2014), «Apuntes para un estudio de la presencia de Bandello en la novela corta del siglo XVII», *Edad de Oro*, nº 33, pp.53-68.

CARRIÓN GÚTIEZ, Manuel (1994), «La encuadernación española en los siglos XVI, XVII y XVIII» en H. Escolar (dir.), *Historia ilustrada del libro español. De los incunables al siglo XVIII*, Madrid: Pirámide, pp.395-446.

CARVAJAL Y ROBLES, Rodrigo de (2000), *Poema Heroico del asalto y conquista de Antequera*, B. Martínez Iniesta (ed.), Málaga: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga.

CASTILLO GÓMEZ, Antonio (1997), *Escrituras y escribientes. Prácticas de la cultura escrita en una ciudad del Renacimiento*, Madrid: Lerko Print, Gobierno de Canarias.

CASTILLO GÓMEZ, Antonio (ed.) (2003), *Libro y lectura en la Península Ibérica y América. Siglos XIII a XVIII*, Salamanca: Kadmos, Junta de Castilla y León.

CASTILLO GÓMEZ, Antonio (2003), ««De donoso y grande escrutinio». La lectura áurea entre la norma y la transgresión» en A. Castillo Gómez (ed.), *Libro y lectura en la Península Ibérica y América. Siglos XIII a XVIII*, Salamanca: Kadmos, Junta de Castilla y León, pp. 107-128.

CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina (2001), «“Cuevas subterráneas”, “maletas abandonadas” y otros paralelismos entre el “Quijote” y algunas novelas pastoriles del siglo XVII», *Volver a Cervantes: Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, vol. I, A. Pablo Bernat Vistarini (coord.), Palma: Universitat de les Illes Balears, vol. I, pp. 471-478.

CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina (2005), *Antología de libros de pastores*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.

CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina (2011), «Falsificaciones literarias y editoriales en la novela corta del siglo XVII», *Imposturas literarias españolas*, Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), Salamanca: Ediciones Universidad, pp.33-56. CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina (2013), «Novela pastoril y novela corta: cruce de caminos», *Los viajes de Pampinea: «novella» y novela española en los Siglos de Oro*, I. Colón Calderón (coord.), Madrid: Sial, pp. 225-236.

CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina (2014), «La fuente del desengaño: de las *Noches de invierno* de Eslava a la *Tercera Diana* de Tejedá», *Edad de oro*, nº 33, pp. 225-240.

CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina (2017), «Tras los pasos de *La Diana* de Jorge de Montemayor: continuaciones, imitaciones, plagio», en D. Álvarez Roblin y O. Biaggini (eds.), *La escritura inacabada: continuaciones literarias y creación en España. Siglos XIII al XVII*, Madrid: casa de Velázquez, pp. 163-185.

Catálogo de la Biblioteca Nacional de España. Consultado a través de <http://catalogo.bne.es/uhtbin/webcat> [última consulta 13/11/17]

Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español <http://www.mcu.es/bibliotecas/MC/CCPB/index.html> [Última consulta: 09/11/2017]

CATULO, Poesías (1997), M. Dolç (ed.), Madrid: CSIC.

CATULO, *Poesías* (2009), J.C. Fernández Corte; J. A. González Iglesias (eds.), Madrid: Cátedra.

CAYUELA, Anne (1996), *Le paratexte au Siècle d'Or. Prose romanesque, livres et lecteurs en Espagne au XVIIe. siècle*, Genève: Librairie Droz S. A..

CAYUELA, Anne (2006), «Los libreros en el Madrid de Cervantes», en J. M. Lucía Megías (ed.), *Imprenta, libros y lectura en la España del Quijote*, Madrid: Imprenta artesanal, pp.359-382.

CAYUELA, Anne (ed.) (2012), *Edición y literatura en España (siglos XVI y XVII)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

CEJADOR Y FRAUCA, Julio (1972), *Historia de la lengua y literatura castellana*, vols. IV y V, Madrid: Gredos.

CERVANTES, Miguel de (1977), *Don Quijote de la Mancha*, J. Alcina Franch (ed.), Zaragoza: Clásicos y ensayos colección Aubí.

CERVANTES, Miguel de (2003), *Novelas ejemplares II*, H. Sieber (ed.), Madrid: Cátedra.

CHACÓN DÍAZ, José Luis, «Rama del condado de Cosarrubios del Monte», *Apellido Chacón*. Consultado a través de <http://www.apellidochacon.es/> [última consulta 29/04/2016].

CHARTIER, Roger (1993), *Libros, lectura y lectores en la Edad Moderna*, Madrid: Alianza Editorial.

CHARTIER, Roger (1994), *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona: Gedisa.

CHARTIER, Roger (2006), *Inscribir y borrar: cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Buenos Aires: Katz.

CHARTIER, Roger (2012), «Postfacio. Editar en el Siglo de Oro, editar el Siglo de Oro. Una silva de varia lección» en A. Cayuela (ed.), *Edición y literatura en España (siglos XVI y XVII)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 387-396.

CHEVALIER, Maxime (1975), *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Madrid: Gredos, 1975.

CHEVALIER, Maxime (2004), «Los novelistas áureos entre retórica y agudeza», *Bulletin hispanique*, nº 106.1, pp. 203-211.

CLEMENTE SAN ROMÁN, Yolanda (1998), *Tipobibliografía madrileña: la imprenta en Madrid en el siglo XVI (1566-1600)*, Kassel: Reichenberger.

Colección de novelas escogidas compuestas por los mejores ingenios españoles (1788), Madrid: imprenta de González.

COLÓN CALDERÓN, Isabel (2001), *La novela corta en el siglo XVII*, Madrid: Ediciones del Laberinto.

COLÓN CALDERÓN, Isabel (2010), «Miedos infundados a lo sobrenatural: la narrativa hispánica de los Siglos de Oro y Valle-Inclán ante II, 5 del *Decamerón*», *Cuadernos de Filología Italiana* (volumen extraordinario), pp. 129-143.

COLÓN CALDERÓN, Isabel y GONZÁLEZ RAMÍREZ, David, (eds.) (2014), *Estelas del «Decamerón» en Cervantes y la literatura del Siglo de Oro*, Málaga: Analecta Malacitana.

CONDE, Juan Carlos (2001), «Un aspecto de la recepción del *Decamerón* en la Península Ibérica, a la sombra de Petrarca. La historia de Griselda», *Cuadernos de Filología Italiana* (volumen extraordinario), pp. 351-371.

CONDROCHI, Baptista (1591), *De christiana ac tuta medendi ratione*, Ferrara: Benedetto Mammarello.

COPELLO, Fernando (2012), «Cuestiones de gusto, mercado y costos: la transformación de *La desdicha por la honra* de Lope en *Los amantes sin fortuna* (Madrid, 1666)» en A. Cayuela (ed.), *Edición y literatura en España (siglos XVI y XVII)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 269- 288.

COPPOLA, Leonardo (2012), «Traducción y *dispositio*: Truchado y *Le piacevoli notti*», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, vol.30, pp.141-152.

COPPOLA, Leonardo (2014), «La proyección de Straparola en la novela española del Siglo de Oro desde una perspectiva editorial», *Edad de Oro*, nº 33, pp.69-86.

COPPOLA, Leonardo (2018), «Matías de los Reyes: la relación de la portada y de los elementos paratextuales preliminares en las emisiones de *El Menandro* (1636)», *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, vol. 38, pp. 554-586.

CORRAL GARCÍA, Esteban (1987), *El escribano de Concejo en la Corona de Castilla (siglos XI al XVII)*, Burgos: Excmo. Ayuntamiento.

COSTA, Angelina (1994), «Hibridismo y convergencia de formas en los *Diálogos de apacible entretenimiento* de G. Lucas de Hidalgo en Fco. Cerdán (coord.), *Hommage à Robert Jammes*, vol. I, Toulouse: Presses Universitaires du Mirail. pp.263-272.

COTARELO Y MORI, Emilio (1909), «Prólogo» en Matías de los Reyes, *El Menandro*, Madrid: Librería de los bibliófilos españoles, pp. XX-XXIV.

COVARRUBIAS, Sebastián de (1984), *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Madrid: Ediciones Turner.

CRISIPO DE SOLOS (2006), *Testimonios y Fragmentos*, en F. J. Campos Daroca, M. Nava Contreras (eds.), Madrid: Gredos.

CRUICKSHANK, D. W. (1970), «Calderón's *Primera* and *Tercera partes*: the Reprints of '1640' and '1664'», *The Library*, V, XXV, pp.105-119.

DADSON, Trevor J. (1984), «El autor, la imprenta y la corrección de pruebas en el siglo XVII», *El Crotalón: Anuario de Filología Española*, nº1, pp.1053-1068.

DADSON, Trevor (2005), «Editar o no editar: esta es la cuestión, o cuando el olvido es el mejor regalo para ciertas obras y autores» en P. Botta (ed.), *Filologia dei testi a stampa (Area Iberica)*, Modena: Mucchi Editore, pp. 335-342.

DADSON, Trevor (2006), «Entre componedores y correctores», en LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (ed.), *Imprenta, libros y lectura en la España del Quijote*, Madrid: Imprenta artesanal, pp. 225-242.

DADSON, Trevor J. (2012), «El mercado del libro en Madrid durante el primer tercio del siglo XVII: algunos apuntes y un inventario» en A. Cayuela (ed.), *Edición y literatura en España (siglos XVI y XVII)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 239-268.

DEFFIS DE CALVO, Emilia I.(1999), *Viajeros, peregrinos y enamorados. La novela española de peregrinación del siglo XVII*, Pamplona: Eunsa.

DELGADO CASADO, Juan (1996), *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*, 2 vols., Madrid: Arco Libros.

DEXEUS, Mercedes (1991), «De la valoración y tasación de libros» en *Homenaje a Antonio Odriozola*, Pontevedra: Museo de Pontevedra, pp. 335-350.

DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente (1982), «Don Tello, Señor de Aguilar y de Vizcaya (1337-1370)», *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, nº 47, pp.267-335.

DÍAZ MORENO, Félix (2006), «Un original de imprenta del siglo XVI: el *De Re Militari* de Diego Gracián de Alderete», *Pecia Complutense: Boletín de la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid*, 3 (5). Consultado a través de <http://eprints.ucm.es/6197/> [Última visita: 06/11/2014]

Diccionario de Autoridades. Consultado a través de <http://web.frl.es/DA.html> [última consulta: 30/08/2018]

DIODORO DE SIRACUSA (2008), *Biblioteca histórica*, J.J. Torres Esbarranch (ed.), Madrid: Gredos.

DIÓGENES LAERCIO (1990), *La secta del perro. Vidas de los filósofos cínicos*, C. García Gual (ed.), Madrid: Alianza Editorial.

DOMÉNECH RICO, Fernando (2005), «Las transformaciones del duende (sobre los orígenes italianos de la comedia de magia)», *Cuadernos dieciochistas*, nº6, pp.279- 297.

DUNANT, Sarah (2013), «Syphilis, sex and fear: How the French disease conquered the world», *The Guardian*, 17/05/2013. Consultado a través de: <https://www.theguardian.com/books/2013/may/17/syphilis-sex-fear-borgias> [Última consulta: 24/08/2018]

EISENBERG, Daniel (2003), «Que nos falta una edición crítica del *Quijote*», en S. González García y L. Von der Walde (eds.), *Palabra crítica: (estudios en homenaje a José Amezúa)*, México: Universidad Autónoma Metropolitana; Unidad Iztapalapa y Fondo de Cultura Económica, 1997. Consultado a través de <http://www.cervantesvirtual.com/obra/que-nos-falta-una-edicion-critica-del-quiote-0/> , Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

EISENSTEIN, Elizabeth (1994), *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, F. Bouza Álvarez (trad.), Madrid: Akal.

ESCOLAR, Hipólito (dir.) (1994), *Historia ilustrada del libro español. De los incunables al siglo XVIII*, Madrid: Pirámide.

ESOPO (1978), *Fábulas*. P. Bádenas de la Peña; J. López Facal (eds.), Madrid: Gredos.

ÉTIEMBLE, René (1977), «Problemática de la novela corta», en R. Étiemble (ed.), *Ensayos de literatura (verdaderamente) general*, Madrid: Taurus, pp. 127-137.

FABRIS, Ángela (2014), «El diálogo con el público y los espacios reales y de maravilla en Casos prodigiosos y cueva encantada de Juan de Piña», *Edad de Oro*, nº 33, pp.267- 280.

FAHY, Conor (1988), *Saggi di bibliografia testuale*, Padova: Editrice Antenore.

FANTAZZI, Charles (2003), «La «Fábula de homine» como parodia de la «Oración» de Pico de la Mirandola», F. Grau Codina; X. Gómez Font; F. Pérez Durà; J. M. Estellés González (eds.), *La Universitat de València i l'Humanisme: Studia Humanitatis i renovació cultural a Europa i al Nou Món*, Valencia: Universidad de València, pp. 79-88.

FARINELLI, Arturo (1929), *Italia e Spagna*, Torino: Fratelli Bocca Editori.

FEDRO, *Fábulas* (1998), M. Mañanas Núñez (ed.), Madrid: Akal.

FERNÁNDEZ CORTE, José Carlos (2007), «Las *Metamorfosis*» en C. Codoñer (ed.), *Historia de la Literatura Latina*, Madrid: Cátedra, pp. 679-692.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (coord.) (2005), *Artis. Historia del Arte*, Barcelona: Vicens Vives.

FERNÁNDEZ NIETO, Manuel (1985), «Función de los géneros dramáticos en novelas y misceláneas», *Criticón*, nº30, pp. 151- 168.

FERNÁNDEZ VALLADARES, Mercedes (1998), «Análisis material y control bibliográfico del libro antiguo: un ejemplo a propósito de la obra de Martín de Frías», *Revista general de información y documentación*, vol. VIII, nº 1, pp. 11-37.

FERRARI, Luigi (1943), *Onomasticon. Repertorio biobibliografico degli scrittori italiani dal 1501 al 1850*, Milano: Ulrico Hoepli editore.

FERRER VALLS, Teresa (2002), «Actores del siglo XVII: los hermanos Valenciano y Juan Jerónimo Almella», *Scriptura*, nº 17, pp. 133- 160.

FERRERAS, Juan Ignacio (1988), *La novela en el siglo XVII*, Madrid: Taurus.

FERRONI, Giulio (2000), *Storia della letteratura italiana. Dal Cinquecento al Settecento*, Milano: Einaudi.

FIGUEROA SAAVEDRA, Fernando (2005), «La «Clavícula de Salomón»: la magia como osamenta expresiva de los miedos y deseos humanos», *Cuadernos del minotauro*, nº2, pp. 99-118.

FLOR, Fernando R. de la y RIPOLL, Begoña (1991), «Los cien Libros de novelas, cuentos, historias y casos trágicos de Joseph Alonso y Padilla», *Criticón*, nº 51, pp. 75-97.

FRADEJAS, José (1995), «Identificación de Juan de Leganés (nota para *El Buscón*)», *Revista de Filología Española*, vol. LXXV, nº 1/ 2, pp. 147-148.

FRAZER, James George (1995), *La rama dorada. Magia y religión*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

FUMAGALLI, Giuseppe (1921⁷), *Chi l'ha detto? Tesoro di citazioni italiane e straniere, di origine letteraria e storica, ordinate e annotate*, Milano: Hoepli.

GALLARDO, Bartolomé José (1968), *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid: Gredos.

GALLARDO, Piero (1966), *Storia e Antologia della Letteratura italiana. Pensiero e poesia: dal Cinquecento al Settecento*, vol. II, Milano: Fratelli Fabbri Editori.

GARCÍA DE ENTERRÍA, M^a Cruz (1973), *Sociedad y poesía de cordel en el Barroco*, Madrid: Taurus.

GARCÍA DE QUEVEDO, José Heriberto (1850), «La peña de los enamorados. Tradición del s. xv» (I-II). *Museo de las familias*, tomo VIII, 4, pp. 29-36.

GARCÍA DE QUEVEDO, José Heriberto (1850), «La peña de los enamorados. Tradición del s. xv» (III). *Museo de las familias*, tomo VIII, 7, pp. 63-69.

GARCÍA DE YEGROS, Alonso (1915), *Historia de la antigüedad y nobleza de la ciudad de Antequera*, Antequera: El Siglo xx.

GARCÍA-HERNÁNDEZ, Benjamín (2001), *Gemelos y sosias en la comedia de doble de Plauto, Shakespeare y Molière*, Madrid: Ediciones Clásicas.

GARCÍA JURADO, Francisco y PÉREZ IBÁÑEZ, María Jesús (2003- 2004), «El múltiple regreso de Saramago a Plauto: el tema del doble», *Castilla: Estudios de literatura*, nº 28- 29, pp. 171- 202.

GARGANO, Antonio (2014), «Difficile est proprie communia dicere: el género de la novella entre Boccaccio y Cervantes», *Edad de oro*, nº 33, pp. 35-52.

GARZA MERINO, Sonia (coord.) (2000), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles.

GARZA MERINO, Sonia (2004), *Manuscritos e imprenta* [Tesis doctoral inédita], Universidad de Alcalá de Henares.

GARZA MERINO, Sonia (2006), «El «original» de imprenta. El diseño del libro impreso antiguo según su autor», *Ecdotica*, nº3, pp.153-172.

GARZA MERINO, Sonia (2009), «Vida de San Gerónimo. *El texto en proceso de constitución*», *Edad de Oro*, vol. 28, pp. 105-142.

GARZA MERINO, Sonia (2012), «Imprenta manual y pruebas de imprenta» en A. Cayuela, (ed.), *Edición y literatura en los siglos XVI y XVII*, Zaragoza: Servicio Publicaciones Universidad, pp.11-136.

GASKELL, Philip (1978), *From writer to reader. Studies in editorial method*, Oxford: Clarendon Press.

GASKELL, Philip (1999), *Nueva introducción a la bibliografía material*, [prólogo y revisión técnica, José Martínez de Sousa], Gijón: Ediciones Trea.

GIANNINI, A. (1929), «*El Curial del Parnaso* di Matías de los Reyes e le sue fonte italiane», *Annali di R. Istituto Orientale di Napoli*, (separata), I, pp. 119-137.

GIL, Daniel (2007), *Escritos sobre locura y cultura*, Montevideo: Ediciones Trilce.

GIL FERNÁNDEZ, Juan (1986): «Apuleyo y Delicado: el influjo de *El asno de oro* en *La lozana andaluza*», *Habis*, nº 17, pp. 209-220.

GISBERT TEROL, Ana; LUTGARDA ORTELLS, María (2005), *Catálogo de obras impresas en el siglo XVII en la Biblioteca Histórica de la Universitat de Valencia*, volumen II, Servicio de Publicaciones de la Universitat de Valencia.

GÓMEZ, Jesús (2000), *El diálogo renacentista*, Madrid: Laberinto.

GÓMEZ, Jesús (2001), «El marco interlocutivo de los relatos incluidos en el diálogo», *Criticón*, nº 81-82, pp. 247-269.

GÓMEZ MORAL, Alba (2014), «De metamorfosis y zoantropías. El caso particular de *Para algunos* de Matías de los Reyes», en B. Greco y L. Pache Carballo (eds), *De lo sobrenatural a lo fantástico: Siglos XIII-XIX*, Madrid: Biblioteca Nueva, pp.129-137.

GÓMEZ MORAL, Alba (2015a), «De *El asno de oro* de Apuleyo al *Para algunos* de Matías de los Reyes: cotejo de una metamorfosis», *Cuadernos de Aleph*, nº7, pp. 53-78.

GÓMEZ MORAL, Alba (2015b), «Lorenzo Selva en el origen del *Para algunos* de Matías de los Reyes», en G. Carrascón y C. Simbolotti (eds.), *I novellieri italiani e la loro presenza nella cultura europea: rizome e palinsesti rinascimentali*, Torino: Accademia University Press, pp. 459- 472.

GÓMEZ MORAL, Alba (2016a), «Hacia una poética de la novela corta: *marginalia* y feminidad en el *Para algunos* de Matías de los Reyes» en M. Albert, U. Becker, R.

Bonilla Cerezo, A. Fabris (eds.), *Nuevos enfoques sobre la novela corta barroca*, New York; Frankfurt am Main: Peter Lang, pp. 215- 229.

GÓMEZ MORAL, Alba (2016b), ««La historia de los dos enamorados de la peña de Antequera» en el *Para algunos* de Matías de los Reyes: fuentes y reelaboraciones», *Edad de Oro*, vol. XXXV, pp. 251-267.

GÓMEZ MORAL, Alba (2016c), «Del paratexto al texto: la violencia en el *Para algunos* de Matías de los Reyes», en C. José Álvarez López, J. Manuel Carmona Tierno, A. Davis González, S. González Ángel, M. R. Martínez Navarro, M. Rodríguez Manzano (eds.), *¡Muerto soy!: las expresiones de la violencia en la literatura hispánica desde sus orígenes hasta el siglo XIX*, Sevilla: Editorial Renacimiento, pp. 281-292.

GÓMEZ MORAL, Alba (2017), «Remiendos lícitos e ilícitos de imprenta en el cuaderno Aa del *Para algunos* de Matías de los Reyes. Del original de imprenta al impreso», *Il Confronto Letterario*, nº 67, pp. 41-59.

GÓMEZ MORAL, Alba (2018), «Apuntes sobre la prosa de ficción de Matías de los Reyes: hacia la complejidad narrativa», *eHumanista* [Número monográfico: La novela corta. poligénesis y pluritematismo], nº 38, pp. 537-553.

GÓMEZ MORAL, Alba (en prensa), «Algunas notas sobre el original de imprenta *La culebra de oro. Para algunos* (ca. 1637) de Matías de los Reyes», *Revista de Literatura*.

GÓMEZ SÁNCHEZ-FERRER, Guillermo (2015), *Del corral al papel: estudio de impresores españoles de teatro en el siglo XVII*, [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid].

GÓMEZ URIEL, Miguel (1884- 1886), *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa aumentadas y refundidas en forma de Diccionario biográfico-bibliográfico*, Zaragoza: Imprenta de Calisto Ariño.

GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín (1951), *Opúsculos histórico-literarios*, vol.II, Madrid: CSIC.

GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín (1982), *Cervantes, creador de la novela corta española*, Madrid: CSIC.

GONZÁLEZ MAS, Ezequiel (1989), *Historia de la Literatura española. Barroco (s. XVII)*, Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

GONZÁLEZ MIGUEL, Jesús-Graciliano (1998), *Historia de la Literatura Italiana I, desde los orígenes hasta la unidad nacional italiana*, Salamanca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

GONZÁLEZ RAMÍREZ, David (2011), «En el origen de la novela corta del Siglo de Oro: los *novellieri* en España», *Arbor: ciencia, pensamiento y cultura*, nº 752, pp. 1221-1243.

GONZÁLEZ RAMÍREZ, David (2014), «Del término al género: el rastro de la ‘novela’ desde Boccaccio hasta Cervantes», en I. Colón Calderón y D. González Ramírez (eds.), *Estelas del «Decamerón» en Cervantes y la literatura del Siglo de Oro*, Málaga: Analecta Malacitana, pp. 123-144.

GONZÁLEZ RAMÍREZ, David (2017), «Boccaccio, el *Decamerón* y la acuñación de un neologismo: la ‘novela’ en el siglo XV», *Anuario de Estudios Medievales*, XLVII, 1, pp. 107-128.

GONZÁLEZ RAMÍREZ, David (2018), «Breve geografía del cuento en el siglo XVI: la invención de la novela corta», *eHumanista. Journal of Iberian Studies* (Número monográfico: «Compuestas fábulas, artificiosas mentiras». La novela corta del Siglo de Oro), nº 38, pp. 3-24.

GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Carlos Alberto (2003), «Cercos a la imaginación: lectura y censura ideológica en la España del siglo XVI» en A. Castillo Gómez (ed.), *Libro y lectura en la Península Ibérica y América. Siglos XIII a XVIII*, Salamanca: Kadmos, Junta de Castilla y León, pp. 79-106.

GRAESSE, J.G.T. (1865), *Trèsor de livres rares et précieux ou nouveau dictionnaire bibliographique*, Rudolf Kuntze, Dresde, vol. 6.

GREG, W. W. (1932), «Bibliography, an apología», *The Library*, vol. XIII, nº2, septiembre, pp. 113-143.

GRIFFIN, Clive (1991), «El impresor Juan Varela de Salamanca y dos libros de Caballerías» en *Homenaje a Antonio Odriozola*, Pontevedra: Museo de Pontevedra, pp. 217-233.

GRIFFIN, Clive (2009), *Oficiales de imprenta, Herejía e Inquisición en la España del siglo XVI*, Madrid: Ollero y Ramos.

GRIMAL, Pierre (1982), *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona: Paidós.

GUAZZO, Stefano (1575¹), *La civil conversatione*, Vinegia: Altobello Salicato. .

HELLINGA, Lotte (2006), *Impresores, editores, correctores y cajistas. Siglo XV*, P. Andrés Escapa (trad.), Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez/ Fundación Duques de Soria.

HERRERA MORILLAS, José Luis (2010), «Los impresos publicados en Jaén del Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español. Parte I. Siglos XVI y XVII»

en *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, Año nº 25, nº 98-99, pp. 187-214.

HIGHET, G. (1954), *La tradición clásica, Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 2 vols.

HOEK, Leo H. (1981), *La marque du titre*, The Hague: Mouton Publishers.

HORACIO (2008), *Sátiras. Epístolas. Arte poética*, J.L. Moralejo (ed.) Madrid: Gredos.

HUARTE DE SAN JUAN, Juan (1575), *Examen de ingenios para las ciencias*. Consultado a través de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/examen-de-ingenios-para-las-ciencias--0/html/> [Última consulta: 24/08/2018]

IGLESIAS FEIJOO, Luis (2008), «Calderón en la escena y en la imprenta: para la edición crítica de *El príncipe constante*», *Anuario Calderoniano*, I, pp. 245-268.

Impresos del siglo XVII (1996) en *Catálogo de la Real Biblioteca*, tomo XII, Madrid: Patrimonio Nacional.

INFANTES, Víctor; LÓPEZ, François; BOTREL, Jean-François (eds.) (2003), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

INFANTES, Víctor (2005), «Pormenores de la filología impresa. Hacia el texto editorial (1)» en P. Botta (ed.), *Filologia dei testi a stampa (Area Iberica)*, Modena: Mucchi Editore, pp. 281-308.

INFANTES, Víctor y MARTÍN ABAD, Julián (eds.) (2012), *De re typographica. Nueve estudios en homenaje a Jaime Moll*, Madrid: Calambur, Biblioteca Litterae.

INFANTES, Víctor (2012), «La «muestra de impresión»: un testimonio inédito de la estrategia editorial del Siglo de Oro» en A. Cayuela (ed.), *Edición y literatura en España (siglos XVI y XVII)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 137-168.

INFANTES, Víctor (ed.) (2013), *La primera salida de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605. La historia editorial de un libro*, Alcalá de Henares: Biblioteca de Estudios Cervantinos.

Inventario general de manuscritos de la Biblioteca Nacional (1987), Tomo XI (5700 a 7000), Madrid, Ministerio de Cultura, Dirección General del libro y bibliotecas. Consultado a través de http://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/Inventario_Manuscritos/InventarioGralDeManuscritos/ [Última consulta: 05/11/2017]

JIMÉNEZ MORALES, M.^a Isabel (1996), «La leyenda de la Peña de los enamorados en textos literarios no dramáticos del siglo XIX», *Revista de estudios antequeranos*, nº 7-8, pp. 215-249.

JOHNSON, Carroll B. (1970), «Amphitryon: Plautus and Matías de los Reyes», *Iberoromania: Revista dedicada a las lenguas y literaturas iberorrománicas de Europa y América*, nº II, pp. 249- 259.

JOHNSON, Carroll B. (1973), *Matías de los Reyes and the craft of the fiction*, Berkeley: University of California Press.

KING, Willard F. (1963), *Prosa novelística y academias literarias en el siglo XVII*, Madrid: Anejos del boletín de la Real Academia Española.

LADERO QUESADA, Miguel Ángel (1984), «De Per Afán a Catalina de Ribera. Siglo y medio en la historia de un linaje sevillano (1371-1514)», *La España Medieval* (Revista de la Universidad Complutense de Madrid), vol. 4, pp. 447-498.

LAFUENTE ALCÁNTARA, Miguel (1845), *Historia de Granada, comprendiendo las de sus cuatro provincias, Almería, Jaén, Granada y Málaga*. Granada: Imprenta y Librería de Sanz, vol. III.

LARA ALBEROLA, Eva (2010), *Hechiceras y brujas en la literatura española de los Siglos de Oro*, Valencia: Parnaseo (Universidad de Valencia).

LARA GARRIDO, José (1982), «Tres poemas inéditos del xvii en manuscritos antequeranos». *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, vol. 5, nº 1, pp. 173-188.

LARA GARRIDO, José (1984a), «En torno a un nuevo romance inédito sobre la leyenda fronteriza de la Peña de los enamorados», *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, vol. VII, nº1, pp. 142-148.

LARA GARRIDO, José (1984b), «Dos notas complementarias», *Analecta Malacitana*, nº 7, pp. 139-148.

LASPÉRAS, Jean-Michel (1980), «La traduction et ses théories en Espagne aux XV et XVI siècles», *Revue des Langues Romanes*, nº 84, pp. 81-92.

LASPÉRAS, Jean-Michel (1987), *La nouvelle en Espagne au Siècle d'Or*, Université de Montpellier.

LASPÉRAS, Jean-Michel (1992), «La ejemplaridad de la novela corta», en Francisco Rico y Aurora Egido, *Historia y crítica de la Literatura española*, 3/1, Barcelona, Crítica, pp. 294-299.

LASPÉRAS, Jean-Michel (1999), «La novella corta: hacia una definición», *La invención de la novela, estudios reunidos y presentados por Jean Canavaggio*, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 307-317.

LEONARDO DE ARGENSOLA, Bartolomé (2011), *Sátiras Menipeas*, I. Pérez Cuenca y L. Schwartz (eds.), Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

LERNER, Isaías (1998), «Misceláneas y polianteadas del siglo de oro español» en J. Matas Caballero; J.M. Trabajo Cabado; M.L. González Álvaro; M. Paramio Vidal (eds.), *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, vol. II, León: Secretariado de Publicaciones, pp. 71- 82.

Livio, Tito, *Ab urbe condita*

LÓPEZ, Aurora y POCIÑA, Andrés (eds.) (2008), *Fedras de ayer y de hoy*, Granada: Eug.

LÓPEZ FONSECA, Antonio (2006), «El viaje en la novela latina: *El Satiricón* de Petronio y *El asno de oro* de Apuleyo», *Revista de Filología Románica*, anejo IV, pp. 77-84.

LOPEZ SOTO, V. (ed.) (1984), *El asno de oro* de Apuleyo, Barcelona: Editorial Juventud.

LÓPEZ DE TORO, José; LÓPEZ ESTRADA, Francisco (1957), *La conquista de Antequera, con la leyenda de la Peña de los enamorados*, Antequera: Caja de Ahorros de Antequera.

LÓPEZ MOLINA, Manuel (2001), «Apogeo y decadencia de la imprenta en Jaén en el siglo XVII», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, nº 177, pp. 7-36.

LUCERO, Ernesto (2009), «Relevancia ecdótica de la bibliografía textual: El caso del Marcos de Obregón», *Edad de Oro*, vol. 28, pp. 143-176.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (1999), «La Pragmática de 1558 o la importancia del Control del Estado en la Imprenta», *Indagación: Revista de Historia y Arte*, nº 4, pp.177-184.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2000), *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid: Ollero & Ramos.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2003), «Escribir, componer, corregir, reeditar, leer (o las transformaciones textuales en la imprenta)», en A. Castillo Gómez (ed.), *Libro y lectura en la Península Ibérica y América. Siglos XIII al XVIII*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, pp.209-242.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2005), «Una mirada desde otra galaxia: bibliografía textual y edición de textos hispánicos de los siglos XVI y XVII» en P. Botta (ed.), *Filologia dei testi a stampa (Area Iberica)*, Modena: Mucchi Editore, pp. 309-334.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (ed.) (2006), *Imprenta, libros y lectura en la España del Quijote*, Madrid: Imprenta artesanal.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2006), «El texto dentro y fuera de la imprenta: cara y cruz de la edición», en J. M. Lucía Megías (ed.), *Imprenta, libros y lectura en la España del Quijote*, Madrid: Imprenta artesanal, pp. 293-342.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2008a), «Un ejército de soldados de plomo: la imprenta al servicio de las artes liberales y de la ciencia», *Península. Revista de Estudios Ibéricos*, nº 5, pp.11-30.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2008b), «Un original de imprenta caballeresco», *Amadís de Gaula, quinientos años de libros de caballerías: [Madrid, 9 de octubre de 2008 a 19 de enero de 2009]*, [Madrid]:Biblioteca Nacional de España, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 121-126.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2009), «*El autor ante la imprenta: Textos para un manual*», *Edad de Oro*, vol. 28, pp. 177- 196.

LUCIANO DE SAMÓSATA (1988), *Diálogos*, Barcelona: RBA, 4 vols.

LUCK, Georg (1995), *Arcana Mundi: magia y ciencias ocultas en el mundo griego y romano*, Madrid: Gredos.

MAAS, Paul (2012), *Crítica del texto*, A. Baldissera y R. Bonilla Cerezo (trads.), Sevilla: UNIA.

MAAS, Paul (1960), *Textkritik*, Leipzig: Teubner.

MAESTRE MAESTRE, José María (1994), «Un supuesto poema de Nebrija sobre la Peña de los enamorados de Antequera: su correcta atribución a Fabián de Nebrija», *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*, Salamanca: Universidad, pp. 491-504.

MAGNANINI, Suzanne (2011), «Between Straparola and Basile: Three Fairy Tales from Lorenzo Selva's *Della metamorfosi* (1582)», *Marvels and Tales*, vol. 25, nº2, pp. 331-369.

MAILLARD ÁLVAREZ, Natalia; RUEDA RAMÍREZ, Pedro (2008), «Sevilla en el mercado tipográfico (siglos XV-XVIII): de papeles y relaciones», *Relaciones de sucesos en la Biblioteca Universitaria de Sevilla: antes de que existiera la prensa*, Sevilla: Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla.

MARCO AURELIO (2005), *Meditaciones*, C. García Gual (ed.), Madrid: Gredos.

MARIANA, Juan de (1678), *Historia de España*, Madrid: Andrés García de la Iglesia.

MARQUÉS LÓPEZ, Eva (2002a), «*El Agravio agradecido* de Matías de los Reyes: recepción y adaptación del «Amphitruo» de Plauto en el teatro clásico español» en J. M. Maestre Maestre; L. Charlo Brea y J. Pascual Barea (coords.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico: homenaje al profesor Antonio Fontán*, Vol. 4, Universidad de Cádiz: Servicio de Publicaciones, pp. 2081-2090.

MARQUÉS LÓPEZ, Eva (2002b), «Plauto y el teatro del siglo XVI: la obra del dramaturgo aragonés Jaime de Huete», *Alazet: Revista de Filología*, nº14, pp. 295- 301.

MARSÁ, María (2001), *La imprenta en los Siglos de Oro (1520-1700)*, Madrid: Ediciones Laberinto.

MARTÍN ABAD, Julián (2003), *Los primeros tiempos de la imprenta en España (C.1471-1520)*, Madrid: Ediciones Laberinto.

MARTÍN ABAD, Julián (2005), «Los talleres de imprenta en tiempos de Cervantes» en M. Torres Santo Domingo (ed.), *Don Quijote en el campus: tesoros complutenses*, Madrid: Universidad Complutense, pp. 51-68.

MARTÍN MORÁN, José Manuel (1999), «La maleta de Cervantes», *Anales cervantinos*, nº 35, pp. 275-293.

MARTÍN NIETO, E. (dir.) (2003), *La Santa Biblia*, Madrid: San Pablo, 2003.

MARTÍNEZ BENNECKER, Juan Bautista (2008), «La poesía de senectud de Juan Bautista de Mesa», *Lemir*, nº 12, pp. 235-254.

MARTÍNEZ PEREIRA, Ana (2011), «El Quijote en la imprenta: orden de composición y orden de impresión» en C. Strosetzki (coord.), *Visiones y revisiones cervantinas: actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, pp. 565-578.

MARTÍNEZ PEREIRA, Ana (2013), «La impresión del *Quijote*: evaluación y registro de variantes» en V. Infantes (ed.), *La primera salida de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (Madrid, Juan de la Cuesta, 1605. La historia editorial de un libro*, Alcalá de Henares: Biblioteca de Estudios Cervantinos, pp. 179-292.

MARTÍNEZ PEREIRA, Ana; TORNÉ, Emilio (2008), «82 pliegos+1. Hacia la reconstrucción tipográfica de la prínceps del Quijote», en A. Dotras Bravo *et alii* (eds.), *Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, pp. 503-521.

MARTOS PÉREZ, María Dolores (2008), *La obra poética de A. de Tejada Páez: estudio y edición*, [tesis doctoral dirigida por José Lara Garrido] Universidad de Málaga.

MATTHES, Heinz (1953), *Matías de los Reyes und seine Prosaschriften* [Tesis doctoral inédita], Universidad de Berlín.

MCKENZIE, D. F. (1959), «Compositor B's Role in *The Merchant of Venice* Q2 1619», *Shakespeare Bulletin*, vol. XII, pp. 75-90.

MCKENZIE, D.F. (1969), «Printers of the Mind: Some Notes on Bibliographical Theories and Printing-House Practices», *Studies in Bibliography*, vol. 22, pp. 1-75.

MCKERROW, Ronald B. (1998), *Introducción a la bibliografía material*, I. Moyano Andrés (trad.), Madrid: Arco Libros (Colección *Instrumenta Bibliografica*).

MENCZEL, G. y SCHOLZ, L. (eds.) (2006), *La metamorfosis en las literaturas en lengua española*, Budapest, Eotvos Jozsef Konyvkiado.

MÉNDEZ, Francisco; HIDALGO, Dionisio (2000), *Tipografía española*, Pamplona: Analecta.

MENÉNDEZ ARANGO, Miguel (1842), «El ingrato por amor. Novela histórica». *El Nalón de Oviedo*, nº 6, pp. 87-91.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1931), *Orígenes de la novela (II): Novelas de los siglos XV y XVI, con un estudio preliminar*, Madrid: Casa Editorial Bailly/ Baillière.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1944), *Antología de poetas líricos castellanos*, vol. VII, Santander: Aldus.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1950), *Bibliografía hispano-latina clásica*, vol. 1, Santander: Aldus, C.S.I.C..

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1982), *Historia de los Heterodoxos Españoles (Erasmistas y protestantes; Sectas místicas; Judaizantes y moriscos; Artes mágicas)*, México, D.F.: Editorial Porrúa.

MICHELSON, Emily (2013), *The Pulpit and the Press in Reformation Italy*, Cambridge, Massachussets: Harvard University Press.

MICÓ, José María (2000), «Mateo Alemán y el «Guzmán de Alfarache»: la novela, a pie de imprenta» en Fco. Rico (dir.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, P. Andrés Escapa y S. Garza Merino (eds.), Valladolid: Universidad de Valladolid, Centro para la edición de los Clásicos Españoles, pp.151-169.

MIGNE, J. P. (ed) (1865), *Patrologiae cursus completus*, París: hermanos Garnier.

MINSHEU, John (1617), *Vocabularium Hispanicum Latinum et Anglicum copiosissimum, cum nonnullis vocum millibus locupletatum, ac cum Linguae Hispanica Etymologijs*, Londres: Joannum Browne.

MIÑANA, Rogelio (2002), *La verosimilitud en el Siglo de Oro: Cervantes y la novela corta*, Newark: Juan de la Cuesta.

MIRANDA VALDÉS, Javier (2005), *Aureliano Fernández Guerra (1816-1894), un romántico, escritor y anticuario*, Madrid: Real Academia de la Historia.

MOLINA, Tirso de (1994), *Obras completas*. P. Palomo, I. Prieto (eds.), Madrid: Turner.

MOLL, Jaime (1979), «Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro», *Boletín de la Real Academia Española (separata)*, tomo 59, cuaderno 216, enero-abril 1979, Madrid: Imprenta Aguirre, pp. 49-107.

MOLL, Jaime (1982a), «Correcciones en prensa y crítica textual. A propósito de *Fuenteovejuna*», *Boletín de la Real Academia Española*, vol. LXII, pp. 159-171.

MOLL, Jaime (1982b), «El libro en el Siglo de Oro», *Edad de Oro*, vol. I, pp. 43-54.

MOLL, Jaime (1989), «Para el estudio de la edición española del Siglo de Oro», *Livres et libraires en Espagne et au Portugal (XVIe-Xxe siècles)*, Paris: Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, pp. 15-25.

MOLL, Jaime (1990), «Aproximación a la sociología de la edición literaria» en P. Jauralde Pou; D. Noguera Guirao y A. Rey Álvarez (coords.), *La edición de textos: actas del I Congreso Internacional de hispanistas del Siglo de Oro*, Madrid: Tamesis Book Limited, pp. 61-68.

MOLL, Jaime (1991), «La imprenta en Valencia de 1530 a 1532: Notas para su estudio» en *Homenaje a Antonio Odriozola*, Pontevedra: Museo de Pontevedra, pp. 205-216.

MOLL, Jaime (1994), *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Madrid: Arco Libros (*Instrumenta Bibliologica*).

MOLL, Jaime (2000), «La imprenta manual» en Fco. Rico (dir.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*; al cuidado de Pablo Andrés y Sonia Garza, Valladolid: Universidad de Valladolid, Centro para la edición de los Clásicos Españoles, pp. 13-27.

MOLL, Jaime (2003a), «El taller de la imprenta», en V. Infantes (ed.), *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, pp. 31-38.

MOLL, Jaime (2003b), «El impresor, el editor y el librero», en V. Infantes (ed.), *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, pp. 77-84.

MOLL, Jaime (2005a), «De nuevo sobre bibliografía estructurada» en P. Botta (ed.), *Filologia dei testi a stampa (Area Iberica)*, Modena: Mucchi Editore, pp. 275-279.

MOLL, Jaime (2005b), «Del manuscrito al impreso», en VV.AA., *El Quijote. Biografía de un libro. 1605-2005*, Madrid: Biblioteca Nacional, pp. 39-48.

MOLL, Jaime (2011), *Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro*, Madrid: Arco Libros.

MOLL, Jaime (2011), «Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla: 1625- 1634», *Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro*, Madrid: Arco Libros.

MOLL, Jaime (2013a), «El libro, entorno del texto», *Le livre et l'édition dans le monde hispanique XVIe.-XXe. Siècles: Pratiques et discours paratextuels*, Grenoble: Centre d'études et de recherches hispaniques de l'Université Stendhal, 1992, pp. 9-19. Consultado a través de <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/el-libro-entorno-del-texto/html/> [Última consulta: 08/08/2018]

MOLL, Jaime (2013b), «Un cuaderno mal contado en la “Celestina” de Toledo, 1500», Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2013¹ <http://www.cervantesvirtual.com/obra/un-cuaderno-mal-contado-en-la-celestina-de-1500/> [Fecha última consulta 08/08/2018]

MONTEMAYOR, Jorge de (1991), *La Diana*, A. Rallo (ed.), Madrid: Cátedra.

MONTERO, José; RUIZ PÉREZ, Pedro (2006), «El libro en el Siglo de Oro. Estado de la Investigación (1980-2005)», *Etiópicas. Revista de Letras Renacentistas*, nº 2, pp. 15-108.

MONTERO REGUERA, José (2006), «El nacimiento de la novela corta en España (la perspectiva de los editores)», *Lectura y Signo*, nº1, pp. 165- 175.

MORÁN, Manuel (1986), «Notas para un catálogo de los escritos literarios de Javier de Burgos», *Rilce*, II, 1, pp. 61-72.

MORENO, Modesto (1891), «Bibliografía de “La peña de los enamorados”», *El Ateneo de Málaga*, nº 545, pp. 3-4.

MORENO GALLEGO, Valentín (2008), «Juan de Mariana ante la imprenta de Luis Sánchez. El textus receptus de la *Historia General de España*», *Bulletin Hispanique*, tomo 110, nº1, pp. 111-144.

MORENO GARBAYO, Justa (1999), *La imprenta en Madrid (1626-1650)* F. de los Reyes Gómez (ed.), 2 vols., Madrid: Arco Libros.

MORENO HERNÁNDEZ, Antonio (2005), «La literatura latina y sus modelos griegos» en J. Signes, B. Antón, P. Conde y M. A. González (eds.), *Antiquae Lectiones*, Madrid: Cátedra, pp. 102-109.

MOXON, J. (1683), *Mechanick Exercises: Or, The Doctrine of Handyworks Applied to the Art of Printing*, Londres: Joseph Moxon.

NADAL BADAL, Oriol (2011), *Manuales Tipográficos*, Barcelona: Unico.

NAVARRO BONILLA, Diego (2003), «Las huellas de la lectura: marcas y anotaciones manuscritas en impresos de los siglos XVI a XVIII» en A. Castillo Gómez (ed.), *Libro y lectura en la Península Ibérica y América. Siglos XIII a XVIII*, Salamanca: Kadmos, Junta de Castilla y León, pp. 243-288.

NAVARRO DURÁN, Rosa (2009), «Acerca del verbo brincar, de una pantera con alas y otros casos: problemas en la edición de textos picarescos», *Edad de Oro*, vol. 28, pp. 249-268.

NEPOTE (1985), *Vidas*, M. Segura Moreno (ed.), Madrid: Gredos.

NIDER, Valentina (2014), «Relación verdadera...sobre el hecho de los uscoques de Emanuel de Tordesillas y el *Mundo caduco* de Francisco de Quevedo», *La Perinola. Revista anual de investigación quevediana*, nº18, pp.143-159.

NORTON, Frederick J. (1997), *La imprenta en España (1501-1520)*, J. Martín Abad (ed.), Madrid: Ollero & Ramos.

Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española. Consultado a través de <http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle> [Última consulta: 24/08/2018]

ODRIOZOLA, Antonio (1982), «La imprenta en Castilla en el siglo XV» en VV.AA., *Historia de la imprenta hispana*, Madrid: Editora Nacional, pp.91-220.

OLIVA, Narciso (ed.) (1834), *Diccionario histórico o biografía universal compendiada*, Barcelona: Antonio y Francisco Oliva, tomo XI.

ORDUNA, Germán (2000), *Ecdótica. Problemática de la edición de textos*, Kassel: Edition Reichenberger.

ORDUNA, Germán (2005), *Fundamentos de crítica textual*, Madrid: Arco Libros.

ORDUNA, Lidia (2005), «Las variantes en impresos castellanos de mediados del Siglo XVI: el caso de Belianís de Grecia (1547-1587)», en P. Botta (ed.), *Filologia dei testi a stampa (Area Iberica)*, Modena: Mucchi Editore, pp. 143-150.

ORTEGA VILLARO, Begoña (ed.) (2006), *Poemas griegos de vino y burla. Antología palatina*, Libro XI, Madrid: Akal.

OSSORIO Y BERNARD, Manuel (1903), *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid: Imprenta y litografía de J. Palacios.

OVIDIO (1995), *Metamorfosis*, C. Álvarez y R. M.^a Iglesias (eds.), Madrid: Cátedra.

PABST, Walter (1972), *La novela corta en la teoría y en la creación literaria (Notas para la historia de su antinomia en las literaturas románicas)*, Madrid: Gredos.

PALAU Y DULCET (1964), Antonio, *Manual del librero hispanoamericano*, Tomo XVI, Barcelona: Librería Palau.

PALOMO, Pilar (1976), *La novela cortesana (forma y estructura)*, Barcelona: Editorial Planeta.

PAREDES, Víctor Alonso de (ca. 1680), *Institución y origen del arte de la imprenta y reglas generales para sus componedores*, [s.l.] [s.n.] [s.i.]

PAREDES ALONSO, Javier (1988), *Mercaderes de libros. Cuatro siglos de historia de la Hermandad de San Gerónimo*, Madrid: Ediciones Pirámide.

PAROLARI, Giovanni (ed.) (1818), *La metamorfosi di Lorenzo Selva*, Venecia: [s.i.]

PASCUAL, José Antonio (1993), «La edición crítica de los textos del Siglo de Oro: de nuevo sobre su modernización gráfica», en M. García Martín (coord.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro: actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

PATRIZI, G. (1993), «La tradizione della novella tra Quattrocento e Seicento» en J.L. Alonso Hernández; M.Gosman; R. Rinaldi (eds.), *La nouvelle romane (Italia-France-España)*, Amsterdam: Rodopi.

PEDRAZA GARCÍA, Manuel José (2001), «Las muestras en las capitulaciones para la impresión de libros: análisis de dos muestras del siglo XVI», *Pliegos de bibliofilia*, nº 13, pp. 33-42.

PEDRAZA, Manuel José; CLEMENTE, Yolanda; REYES, Fermín de los (eds.) (2003), *El libro antiguo*, Madrid: Editorial Síntesis.

PEDRAZA GARCÍA, Manuel José (2004), «La imprenta y el proceso de impresión», en V.V.A.A., *Juan Párix, primer impresor de España* (Exposición Círculo de Bellas Artes, Madrid 14 de abril a 2 de mayo de 2004), Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, pp. 15-44.

PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B. (ed.) (1993), *Rimas de Lope de Vega*, Madrid: Universidad de Castilla-La Mancha.

PENNY, Clara Louisa (1965), *Printed Books (1468-1700) in the Hispanic Society of America*, New York: The Hispanic Society of America.

PEÑA DÍAZ, Manuel (2012), «Sobre expurgos y calificadores. Debates en torno a a la censura inquisitorial (siglos XVI-XVII)» en A. Cayuela (ed.), *Edición y literatura en España (siglos XVI y XVII)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 95-110.

PERERA PRATS, Arturo (1961), «La tipografía española en el siglo XVII», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Tomo LXIX, nº2, pp. 795-816.

PÉREZ LASHERAS, Antonio (2012), «Editar textos áureos: aspectos ortotipográficos», en A. Cayuela (ed.), *Edición y literatura en España (siglos XVI y XVII)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 343-360.

PÉREZ DE MONTALBÁN, Juan (1700), *La gran comedia del mariscal de Biron*, Salamanca: Imprenta de la Santa Cruz.

PÉREZ DE MONTALBÁN, Juan (1999), *Para todos en Obra no dramática*, Madrid: Fundación José Antonio Castro, pp. 461- 890.

PÉREZ PASTOR, Cristóbal (1891- 1907), *Bibliografía madrileña o descripción de las obras impresas en Madrid*, Madrid: Tipografía de los Huérfanos.

PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel (2009), «Texto y edición en los orígenes del auto sacramental», *Edad de Oro*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, vol. 28, pp. 269-284.

PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel (2011), *La edición de textos*, Madrid: Síntesis.

PETRARCA (2011), *Cancionero*, J. Cortines (ed.), 2 vols., Madrid: Cátedra.

PFANDL, Ludwig (1933), *Historia de la Literatura nacional española en la Edad de Oro*, Barcelona: Sucesores de Juan Gili.

PICO DELLA MIRANDOLA, Giovanni (1970), *La Dignità dell'uomo*, Fabio Sante Pignagnoli (ed.), Bologna: Edizioni scholastiche Pàtron.

PICO DELLA MIRANDOLA, Giovanni (1994), *Oratio de hominis dignitate*, E. Garin (ed.), Pordenone: Edizioni Studio Tesi.

PIERO, Raúl A. del (1961), «La respuesta de Pérez de Montalbán a la *Perinola* de Quevedo», *PMLA*, vol. 76, n.º 1, pp. 40-47.

PIQUERAS FLORES, Manuel (2016a), «Alonso J. de Salas Barbadillo y las colecciones de metaficciones áureas», *Castilla. Estudios de Literatura*, vol. 7, pp. 794-811.

PIQUERAS FLORES, Manuel (2016b), «El nacimiento de las colecciones de novela corta en español» en M. Albert; U. Becker; R. Bonilla Cerezo; A. Fabris (eds.), *Nuevos enfoques sobre la novela corta barroca*, Frankfurt am Main: Peter Lang, pp. 77-92.

PLACE, Edwin B. (1926), *Manual elemental de novelística española* (Bosquejo histórico de la novela corta y el cuento durante el Siglo de Oro), Madrid: Biblioteca española de divulgación científica.

PLATA, Fernando (2006), «La polémica en torno a la *Perinola* de Quevedo con un texto inédito», *La Perinola: Revista de investigación quevediana*, nº10, pp. 145- 256.

PLAUTO, Tito Maccio (1992), *Anfitrión, La comedia de los asnos, La comedia de la olla, Las dos báquides, Los cautivos, Cásina*, M. González-Haba (ed.), Madrid: Gredos.

PLAUTO, Tito Maccio (1999), *Anfitrión; Aulularia; Los cautivos*; J. A. Enríquez González (ed.), Madrid: Alianza Editorial.

PLAUTO, Tito Maccio, *Amphitruo*. Consultado a través de <http://www.thelatinlibrary.com/plautus/amphitruo.shtml> [Última consulta: 05/11/2014]

PLINIO (1624), *Historia Natural*, G. de Huerta (trad.), Madrid: Luis Sánchez.

PLUTARCO (2002), *Obras morales y de costumbres (Moralia)*, vol. IX, V. R. Palerm y J. Bergua Caverro (eds.), Madrid: Gredos.

POZZO, G. Da (2007), «Il Cinquecento», in A. Balduino (dir.), *Storia letteraria d' Italia*, Padova: Piccin Nuova Libreria.

PROFETI, Maria Grazia (2005), «Tradición impresa y voluntad de autor: el problema del teatro áureo», en P. Botta (ed.), *Filologia dei testi a stampa (Area Iberica)*, Modena: Mucchi Editore, pp. 57-72.

QUEVEDO, *La Perinola en Obras en prosa y verso*, MS. 5525 BNE [s.f.][s.i.]

QUEVEDO, Francisco de (1980), *El buscón*, Fco. Ynduráin (ed.), Madrid: Cátedra.

QUINTILIANO (1916), *Instituciones oratorias*, I. Rodríguez y P. Sandier (trads.), Madrid: Imprenta de Perlado Páez, vol. II.

QUIRÓS SALVADOR, Abilio Bernardo de (1991), «Apuntes para una historia de la imprenta en Galicia y del periodismo en Pontevedra» en VV.AA., *Homenaje a Antonio Odriozola*, Pontevedra: Museo de Pontevedra, pp. 293-333.

RABELL, Carmen (2003) *Rewriting the italian novella in Counter-Reformation Spain*, Tamesis, Woodbridge.

RALLO GRUSS, Asunción (1984), «Las misceláneas: conformación y desarrollo de un género renacentista», *Edad de Oro*, vol.3, pp. 159- 180.

REYES, Matías de los (1624), *El Curial del Parnaso*, Madrid: viuda de Cosme Delgado.

REYES, Matías de los (1629), *Enredos del diablo, Qué dirán y donaires de Pedro Corchuelo, Di mentira y sacarás verdad, Representación de la vida y rapto de Elías profeta; El agravio agradecido; Dar al tiempo lo que es suyo*, Jaén: Pedro de la Cuesta. R/23962 BNE

REYES, Matías de los (1636), *El Menandro*, Jaén: Francisco Pérez de Castilla.

REYES, Matías de los (ca. 1637), *La culebra de oro. Para algunos*, MSS/ 6521 (BNE).

REYES, Matías de los (1640), *Para algunos*, Madrid: viuda de Juan Sánchez. R/4475 BNE

REYES, Matías de los (1909), *El Menandro*, E. Cotarelo (ed.), Madrid: Librería de los bibliófilos españoles.

REYES GÓMEZ, Fermín de los (2000), *El libro en España y América. Legislación y censura (Siglos XV-XVIII)*, 2 vols., Madrid: Arco Libros.

REYES GÓMEZ, Fermín de los (2001), «Con privilegio: la exclusiva de edición del libro antiguo español», *Revista General de Información y Comunicación*, vol.11, pp. 163-200.

REYES GÓMEZ, Fermín de los (2003a). «La elaboración del libro» en Y. Clemente, M. J. Pedraza y F. de los Reyes Gómez (eds.), *El libro antiguo*, Madrid: Síntesis, pp. 49-134.

REYES GÓMEZ, Fermín de los (2003b), «Estructura formal del libro antiguo» en Y. Clemente, M. J. Pedraza y F. de los Reyes Gómez (eds.), *El libro antiguo*, Madrid: Síntesis, pp. 207-248.

REYES GÓMEZ, Fermín de los (2004), «Orígenes de la imprenta española. Estado de la cuestión», en V.V.A.A., *Juan Párix, primer impresor de España*, (Exposición Círculo de Bellas Artes, Madrid 14 de abril a 2 de mayo de 2004), Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, pp. 65-84.

REYES GÓMEZ, Fermín de los (2010), «Estructura formal del libro antiguo español», *Paratesto*, nº 7, pp. 9-59.

RICO, Francisco (2000), *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral.

RICO, Francisco (dir.) (2000), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid: Universidad de Valladolid.

RICO, Francisco (2001), «Yerros de imprenta», *La Vanguardia*, «Libros», 09/11/2001.

RICO, Francisco (2005), *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*, Madrid: Ediciones Destino.

RILEY, Edward C. (1971), *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid: Taurus.

RINCÓN GONZÁLEZ, María Dolores (2013), «Nota breve sobre la *Eloquencia española* de B. Jiménez Patón», *Humanismo giennense*. Consultado a través de: www.humanismogiennense.es [última consulta 06/08/2018]

RÍOS, Blanca de (ed.) (1969), *Obras completas de Tirso de Molina*, Madrid: Aguilar.

RIPOLL, Begoña (1991), *La novela barroca: catálogo bio- bibliográfico (1620-1700)*, Ediciones Universidad de Salamanca.

ROCA FRANQUESA, José María (1947), «Caracteres generales de la novela cortesana», *Revista de la Universidad de Oviedo*, pp.5-39.

ROCA DE TOGORES, Mariano (1836), «La peña de los enamorados», *Seminario pintoresco*, nº 24, pp. 193-195.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco (1985-1987), *Historia de la fábula greco-latina*, Madrid: Complutense, 3 vols.

RODRÍGUEZ CUADROS, Evangelina (1979), *Novela corta marginada del siglo XVII español*, Valencia: Serie Maior.

RODRÍGUEZ CUADROS, Evangelina (1989), «La novela corta en el Siglo de Oro: ejemplaridad y programaciones retóricas», *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, nº 509, pp.4-5.

RODRÍGUEZ CUADROS, Evangelina (1996), «La novela corta del Barroco español: una tradición compleja y una incierta preceptiva», *Monte Agudo*, nº 1, pp. 27-46.

RODRÍGUEZ CUADROS, Evangelina (2014), «Novela cortesana, novela barroca, novela corta de la incertidumbre al canon», *Edad de oro*, vol. 33, pp.9-20.

RODRÍGUEZ CUADROS, Evangelina y HARO CORTÉS, Marta, (1999), *Entre la rueca y la pluma: novela de mujeres en el barroco*, Madrid: Biblioteca Nueva.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja (2002), «Dos narraciones románticas del siglo XVIII». *Dieciocho. Hispanic Enlightenment* [separata], vol. 25, nº. 1, pp.121-142.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja (2004), *Historia del cuento español (1764-1850)*, Madrid: Iberoamericana.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Begoña (2009), «Del «original de imprenta» a la «edición príncipe»: El Tratado de Bernardino de Sandoval», *Edad de Oro*, vol. 28, pp.341-358.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Begoña (2010), «La «cuenta del original» y su repercusión textual en la *Vida política de todos los estados de mujeres*», *Criticón*, nº 109, pp. 39-71.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Begoña (2014), *Del original de imprenta al libro impreso antiguo*, Madrid: Ollero y Ramos.

ROLDÁN HERBÁS, José Manuel (1991), *Historia de Roma. Tomo I: La República romana*, Madrid: Cátedra.

ROMANO, Alba C. (1998), «Nuevamente el tema de Anfitrión», en A. Pociña y B. Rabaza (eds.), *Estudios sobre Plauto*, Madrid: Ediciones Clásicas.

ROMERO DE LECEA, Carlos (1982a), «Raíces romanas de la imprenta hispana» en VV.AA., *Historia de la imprenta hispana*, Madrid: Editora Nacional, pp. 7-90.

ROMERO DE LECEA, Carlos (1982b), «Amanecer de la imprenta en el reino de Aragón» en VV.AA., *Historia de la imprenta hispana*, Madrid: Editora Nacional, pp. 221-360.

ROMERO-DÍAZ, Nieves (2014), «Lecturas alternativas en la novela del fin bueno en mal principio de doña Ana Francisca Abarca de Bolea», *Edad de oro*, nº 33, pp. 335-350.

ROMERO TOBAR, Leonardo (2012), «La bibliografía material y la edición de textos literarios modernos», en V. Infantes (ed.), *De re typographica. Nueve estudios en homenaje a Jaime Moll*, Madrid: Calambur, pp. 179-192.

RONCAGLIA, Aurelio (1975), *Principi e applicazioni di critica testuale*, Roma: Bulzoni Editore.

ROSCOE, Thomas (1832), *The spanish novelist: a series of tales, from the earliest period of the close of the seventeenth century*, London: R. Bentley (Late Colburn and Bentley).

ROSELLI, Amneris (ed.) (1997), *Filologia antica e moderna. Due giornate di studio su tradizione e critica dei testi*, Soveria Mannelli: Rubbettino.

ROTUNDA, D.P. (1942), *Motif-Index of the Italian Novella in Prose*, Bloomington: Indiana University Publications.

RUBIO ÁRQUEZ, Marcial (2014), «La contribución de Cervantes a la novela barroca: la ejemplaridad», *Edad de Oro*, nº 33, pp. 125-149.

RUIZ, Elisa (1999), «El artificio librario: de cómo las formas tienen sentido» en A. Castillo (ed.), *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona: Gedisa, pp. 285-312.

RUIZ FIDALGO, Lorenzo (1991), «Libros e impresores en Salamanca. 1501-1550» en VV.AA., *Homenaje a Antonio Odriozola*, Pontevedra: Museo de Pontevedra, pp. 177-204.

RUIZ SÁNCHEZ, M. (2000), «Asinus in fabula. Relaciones intratextuales e intertextuales en la primera parte del *Asno de oro* de Apuleyo», *Estudios clásicos*, tomo 42, nº 117, pp. 35-74.

SABIK, Kazimierz (1998-1999), «Mitología, alegorismo y magia en el teatro cortesano español del ocaso del Siglo de Oro (1670- 1700)» en VV.AA., *Atti del XVIII Convegno (Associazione Ispanisti Italiani)*, Siena: Bulzoni Editore, bol. 1, pp. 131- 140.

SÁINZ DE ROBLES, Federico Carlos (1973), *La imprenta y el libro en la España del siglo XV*, Madrid: Biblioteca Calamon.

SALAS BARBADILLO, Alonso J. (1615), *Corrección de vicios*, Madrid: Juan de la Cuesta.

SALCEDO IZU, Joaquín (1982), «La imprenta en la legislación histórica de Navarra» en *Historia de la imprenta hispana*, Madrid: Editora Nacional, pp. 645-677.

SALVÁ Y MALLEEN, Pedro (1872), *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, Valencia: Imprenta de Ferrer de Olga.

SAN AGUSTÍN, Civitate Dei

SÁNCHEZ COBOS, María Dolores (2005), *La imprenta en Jaén (1550-1831)*, Jaén: Servicio de publicaciones de la Universidad de Jaén.

SÁNCHEZ MARIANA, Manuel (2003), «El manuscrito y su producción en la época del libro impreso» en V. Infantes, F. López, J.F. Botrel (dirs.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

SÁNCHEZ MARIANA, Manuel (2006), «La novela en manuscrito en los Siglos de Oro» en J.M. Lucía Megías (ed.), *Imprenta, libros y lectura en la España del Quijote*, Madrid: Imprenta artesanal, pp. 119-138.

SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, Pedro (2011), *La edición de textos españoles medievales y clásicos. Criterios de presentación gráfica*, Cilingua: San Millán de la Cogolla.

SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, Pedro; TORRENS ÁLVAREZ, María Jesús (eds.) (2012), *Nuevas perspectivas para la edición y el estudio de documentos hispánicos antiguos*, Bern: Peter Lang.

SARRIÁ RUEDA, Amalia (1994a), «Los inicios de la imprenta» en H. Escolar (dir.), *Historia ilustrada del libro español. De los incunables al siglo XVIII*, Madrid: Pirámide, pp. 35-94.

SARRIÁ RUEDA, Amalia (1994b), «La imprenta en el siglo XVII» en H. Escolar (dir.), *Historia ilustrada del libro español. De los incunables al siglo XVIII*, Madrid: Pirámide, pp. 141-200.

SCAPPUCCIO, Carmelo (1948), *Storia della Letteratura italiana*, Firenze: Sansoni.

SELVA, Lorenzo (1582), *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*, Orvieto: Rosato Tintinnassi.

SELVA, Lorenzo (1583), *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*, Florencia: Filippo Giunti.

SELVA, Lorenzo (1591), *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*, Florencia: Filippo Giunti.

SELVA, Lorenzo (1598), *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*, Florencia: Filippo Giunti.

SELVA, Lorenzo (1609), *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*, Florencia: Giunti.

SELVA, Lorenzo (1615), *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*, Florencia: Cosimo Giunti.

SELVA, Lorenzo (1818), *La metamorfosi*, G. Parolari (ed.), Venecia: [s.i.]

SÉNECA, Lucio Anneo (1979), *Tragedias*, Madrid: Gredos, 2 vols.

SÉNECA, Lucio Anneo (2000), *Diálogos*, Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida.

Séneca, Lucio Anneo, *Epístolas morales*

SEVILLA ARROYO, Florencio (2005), «Madrid, Juan de la Cuesta, 1605 y 1615: el Quijote «definitivo», en P. Botta (ed.), *Filologia dei testi a stampa* (Area Iberica), Modena: Mucchi Editore, pp. 175-194.

SEVILLA ARROYO, Florencio (2007), «‘Famoso [y valiente] hidalgo’: sobre conjeturas y deturpaciones textuales», *Anales Cervantinos*, vol. XXXIX, pp. 53-77.

SEVILLA ARROYO, Florencio (2008a), «La «cuenta del original» en el primer *Quijote*: consecuencias textuales», *Anuario de estudios cervantinos*, nº 4, pp. 69-104¹.

SEVILLA ARROYO, Florencio (2008b), «<Cuenta del original> y remedios de cajista en la princeps del primer Quijote», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, vol. 28, nº 1, pp. 53-82.

SEVILLA ARROYO, Florencio (2009), «La intervención de la imprenta en el texto del tercer Quijote de Cuesta (1608)», *Edad de Oro*, vol. 28, pp. 359-400.

SHERO, L.R. (1956), «Alcmena and Amphitryon in Ancient and Modern Drama», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, vol. 87, pp. 192- 238.

SIGNES CODONER, J.; ANTON MARTINEZ, B.; CONDE PARRADO, P.; GONZÁLEZ MANJARRES, M. A. (eds.) (2005), *Antiquae Lectiones*, Madrid: Catedra.

SIGÜENZA Y VERA, Juan Joseph (1811), *Mecanismo del arte de la imprenta*, Madrid: imprenta de la Compañía.

SIMÓN DÍAZ, José (1975), *Cien escritores madrileños del Siglo de Oro*, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños.

SIMÓN DÍAZ, José (1980), *Manual de Bibliografía de la literatura española*, Madrid: Gredos.

SIMÓN DÍAZ, José (1983), *El libro español antiguo*, Kassel: Edition Reichenberger.

SIMÓN DÍAZ, José (1991), «Libros dedicados al Gran Conde de Lemos», en *Homenaje a Antonio Odriozola*, Pontevedra: Museo de Pontevedra, pp. 245-266.

SOLINO, C. Julius (2001), *Colección de hechos memorables*, F. J. Fernández Nieto (ed.), Madrid: Gredos.

SPIEKER, Joseph B. (1975), «La novela ejemplar: “*delectare-prodesse*”», *Iberoromania*, 2, pp. 33-68.

STOPELLI, Pasquale (ed.) (1987), *Filologia dei testi a stampa*, Bologna: Il Mulino.

SUÁREZ FIGAREDO, Enrique (2004), *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda*, Barcelona: Carena.

SUÁREZ DE FIGUEROA, Cristóbal (1629), *Plaza universal de todas ciencias y artes*, Perpiñán: Luis Roure.

SUÁREZ DE FIGUEROA, Cristóbal (1988), *El pasajero*, M^a. I. Bascuñana López (ed.), Barcelona: PPU.

TÁCITO (2007), *Anales*, B. Antón Martínez (ed.), Madrid: Akal.

TALAVERA ESTESO, Francisco J. (1995), «Sobre la peña de los dos enamorados que se halla junto a Antequera. Al destacado escritor don Fabián de Nebrija», *El humanista Juan de Vilches y su De variis Lvsibvs Sylva, Analecta Malacitana*, Anejo VII, pp. 265- 287.

TANSELLE, G. Thomas (1976), «The Editorial Problem of Final Authorial Intention», *Studies in Bibliography*, vol. 29, pp. 167-211.

TEJADA PÁEZ, Agustín de (2005), *Discursos históricos de Antequera*, A. Rallo Gruss (ed.), Málaga: Diputación provincial de Málaga.

TERENCIO (2008), *Obras [La Andriana, El atormentado, El eunuco, Formión, La suegra, Los hermanos]*, G. Fontana Elboj (ed.), Madrid: Gredos.

TERRACINI, Lore (1996), «Unas calas en el concepto de traducción en el Siglo de Oro español», en A. Alonso González; L. Castro Ramos; B. Gutiérrez Rodilla; J.A. Pascual Rodríguez (eds.), *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid: Arco Libros, pp. 939-954.

TICKNOR, George (1863), *History of Spanish Literature*, vol. 3, Londres: Trübner & co.

TORQUEMADA, Antonio de (1982), *Jardín de Flores curiosas*, G. Allegra (ed.), Madrid: Castalia.

TORRE REVELLO, José (1940), *Orígenes de la imprenta en España y su desarrollo en América española*, Buenos Aires: Institución Cultural Española.

TORRES SANTO DOMINGO, Marta (2005), *Don Quijote en el campus: tesoros complutenses*, Madrid: Universidad Complutense.

TRAPIELLO, Andrés (2001a), «Duendes en la imprenta del Quijote», *La Vanguardia*, «Libros», 9 noviembre 2001.

TRAPIELLO, Andrés (2001b), «Asesinato en la imprenta de Cuesta», *La Vanguardia*, «Libros», 16 de noviembre de 2001.

TREVOR-ROPER, Hugh (2009), *La crisis del siglo XVII. Religión, Reforma y Cambio social*, Madrid: Katz Editores.

TRUJILLO, José Ramón (2012), «Apuntes para una colección de narrativa barroca», en R. Bonilla Cerezo, B. Rodríguez, J.R. Trujillo (eds.), *Novela corta y teatro en el barroco español (1613-1685): studia in honorem prof. Anthony Close*. Madrid: Sial, pp. 185-211.

URZÁIZ TORTAJADA, Héctor (2002), *Catálogo de autores teatrales del siglo XVII*, Madrid: Fundación Universitaria Española, 2 vols.

VACCARO, Alberto J. (1981- 1983), «Tratamiento de la personalidad en el teatro de Plauto», *Estudios clásicos*, tomo 25, nº 86, pp. 79- 94.

VALLA, Lorenzo (1957), *La conquista de Antequera, con la leyenda de la Peña de los enamorados*, J. López de Toro, Fco. López Estrada (eds.), Antequera: G. E. H. A.

VALLADARES REGUERO, Aurelio (2010), *Literatura giennense en el siglo XVII*, Jaén: Universidad.

VALLADARES REGUERO, Aurelio (2012), *Diccionario bibliográfico de la provincia de Jaén*, Úbeda (Jaén): A. Valladares.

VALVASSORI, Mita (2014), «El modelo narrativo del *Decamerón* en la Edad de Oro: una vieja historia», *Edad de Oro*, nº 33, pp. 21-34.

VÁZQUEZ, Luis (1983), «Tres documentos inéditos de Matías de los Reyes, el amigo de infancia de Tirso de Molina», *Estudios*, nº142, pp. 407-409.

VEGA, Lope de (1605), *El peregrino de su patria*, Barcelona: Sebastián de Cormellas.

VEGA, Lope de (1636), *El guante de doña Blanca en Parte treinta de comedias famosas de varios autores*, Zaragoza: Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, ff. 426-365.

VEGA, Lope de (2003), *Obras completas. Poesía, II*, A. Carreño (ed.), Madrid: Biblioteca Castro.

VEGA, Lope de (2006), *Nuevo arte de hacer comedias*, R. García Santo-Tomás (ed.), Madrid: Cátedra.

VEGA, Lope de (2007), *Novelas a Marcia Leonarda*, M. Presotto (ed.), Madrid: Castalia.

VEGA, María José (2013), «La ficción ante el censor. La *novella* y los índices de libros prohibidos en Italia, Portugal y España (1559-1596)», en J. Núñez Rivera y J. Valentín (coords.), *Ficciones en la ficción: poéticas de la narración inserta (siglos XV-XVII)*, Barcelona: Bellaterra (Universidad Autónoma de Barcelona), pp. 49-75.

VEGA GARCÍA-LUENGOS, Germán (2013), «Comedia nueva y Antiguo Testamento», en E. I. Deffis, J. Pérez Magallón, J. Vargas de Luna (eds.), *El Teatro Barroco Revisitado. Textos, lecturas y otras mutilaciones. Actas del XV Congreso de la AITENSO*, Puebla, Montréal y Québec: El Colegio de Puebla, McGill University y Université Laval, pp. 53-75.

VIAN, Ana (1984), «*El diálogo de las transformaciones* y el enigma de su autoría», *Dicenda: Cuadernos de Filología Hispánica*, nº3, Madrid: Ediciones de la Universidad Complutense, pp. 117- 14.

VIRGILIO MARÓN, P. (1990), *Bucólicas. Geórgicas*. Tomás de la Ascensión Recio, A. Soler (eds.), Madrid: Gredos.

VIVAR, Francisco (2003), «El uso del público en la creación literaria: *Para todos, Para algunos y Para sí*», *Hispanófila*, nº 138, pp.1-13.

VV.AA. (1982), *Historia de la imprenta hispana*, Madrid: Editora Nacional, 1982.

VV.AA. (1991), *Homenaje a Antonio Odriozola*, Pontevedra: Museo de Pontevedra.

VV.AA. (2004), *Juan Párix, primer impresor de España*, Exposición Círculo de Bellas Artes, Madrid 14 de abril a 2 de mayo de 2004, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.

VV.AA. (1636), *Parte treinta de comedias famosas de varios autores*, Zaragoza: Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia.

VV.AA. (2014), *Sagrada Biblia*, Madrid: Biblioteca de autores cristianos.

WADE, G., E. (1952), «La dedicatoria de Matías de los Reyes a Tirso de Molina», *Estudios*, nº8, pp. 589-593.

WILLIAMS, Robert H. (1946), *Boccalini in Spain: a study of his influence on prose fiction of the seventeenth century*, Menasha (Wisconsin): George Banta.

WILSON, Edward M. (1959), «The two editions of Calderón's *Primera Parte* of 1640», *Library*, nº 14, vol. 3, pp.175-191.

YNDURÁIN, Domingo (1983), «Enamorarse de oídas» en F. Lázaro Carreter (ed.), *Serta Philologica: natalem diem sexagesimum celebranti dicata*, Madrid, Cátedra, vol. II, pp. 589-603.

ZAMORA CALVO, María Jesús (2000), «Los ojos temerosos y la lengua endemoniada: temática de los relatos tradicionales insertos en el *Disquisitionum Magicarum Libri VI*», *Castilla: Estudios de literatura*, nº 25, pp. 147- 155.

ZAMORA CALVO, María Jesús (2014), «...En tiempo menos discreto que el de agora, aunque de hombres más sabios, se llamaban a las novelas cuentos», *Edad de Oro*, nº 33, pp. 109-124.

ZERARI- PENIN, María (2009), «De los títulos y de la palabra «novela»: otros apuntes sobre una promoción», en S. Arredondo; P. Civil y M. Moner (coords.), *Paratextos en la literatura española (siglos XV- XVIII)*, Madrid: Casa de Velázquez, pp. 237- 252.

ZIOLKOWSKI, Jan M. (2010), «Straparola and the Fairy Tale: Between Literary and Oral Traditions», *Journal of American Folklore*, nº123, pp.377-397.

ZÚÑIGA, Manuel de (1839), «La peña de los enamorados», *La Alhambra: periódico de Ciencias, Literatura y Bellas Artes*, nº 5, pp. 80-83.

EDICIÓN CRÍTICA

LA CULEBRA DE ORO.
PARA ALGUNOS
POR MATÍAS DE LOS REYES

De la gran metrópoli de España, que por excelencia es reputada por la común del orbe, partí a cumplir un preciso voto por mí hecho a la serenísima serrana de Guadalupe el mismo día en que el mayor planeta acababa de dorar el vellocino al animal que trasladó, desde Tebas a Colcos, los dos hijos de Atamante, que dieron con su naufragio a Frigia y Helespontoⁱ, los nombres de que hoy se precian.

El punto de la jornada de aquel día me ofreció la villa de Casarrubiosⁱⁱ, que es título de la ilustre Casa de los Chaconesⁱⁱⁱ. Hallela toda ocupada en aposentar a un príncipe de los grandes destos reinos, que a una de las principales villas de sus estados hacía jornada. Valiome a mí para tener posada el antiguo conocimiento con el dueño de una de las comunes, a quien tenía granjeado en ocasiones más desahogadas a precio de liberalidades, moneda con que se compra la caridad de aquellos que hacen granjería de la tercera obra de misericordia^{iv}. Diome aposento, en estrechez tanta, en compañía de otro huésped, cosa que juzgué por pensión de la comodidad, si bien hallé presto el desengaño, porque era mi compañero un reverendo anacoreta religioso, de aquellos —digo—, que imitan en el retiro de vida solitaria a aquel glorioso Pablo que en la desierta Tebaida dio principio a tan heroico vivir^v.

Pero pues este ha de ser el héroe destos discursos, será bien que sin pasar de aquí haga un disinio^{vi} de su persona y comience a hacer acento¹ al letor a sus hazañas, con tirarle poco a poco la cortina a las excelentes partes de que le dotó el cielo, por donde con más gusto aguardará los sucesos de su vida, dignos de ser oídos.

Era, pues, de aspecto venerable. Su edad, según dijo después, de más de setenta años, si bien lo desmentían las reliquias que el fugaz tiempo le había perdonado de su lozana juventud, si ya cubiertas con la nieve que de la cabeza y barba se le dilataba, inundándole espalda y pecho hasta la cintura con reverendo decoro, causando a cuantos le miraban un preciso respecto que después con el trato se aumentaba.

En la propiedad del español lenguaje parecía haber nacido en Toledo y en el toscano que no sino en Florencia, y en el latino imitaba la elocuencia de la antigua Roma, y en la griega lengua era un ateniense.

La copia de doctrinas en que era instruido, términos de cortesía que practicaba, integridad de ánimo de que estaba vestido, suma de virtudes que en él resplandecían, se coligaron destos discursos, asuntos los suyos o copias de sus originales, como a su tiempo se entenderá mejor.

Admitiome entonces a su compañía con inc[r]eíble^{vii} caridad y agrado, dando desde luego premisas de su apacibilidad, y en ella de la permanencia que tendría nuestra amistad, pues como si de mucho tiempo antes contraída fuera², usó conmigo particulares caricias^{3viii} y agasajos, mostrándose sobradamente cuidadoso en mi regalo.

Preguntámonos luego por nuestras patrias y objetos de nuestras jornadas y, habiéndole yo dicho que la mía era Madrid y el viaje a Guadalupe, se alegró sobremanera, significándome llevaba el mismo y que tendría dichosa suerte si le continuásemos juntos. Yo le signifiqué el mismo gusto, y por no quedarme sin saber su patria se lo repregunté y me

¹ Atento]

² Fuera contraída]

³ Caridades]

satisfizo diciéndome era italiano y natural de la gran Parténope, ya Nápoles.

En agradable conversación gastamos el breve tiempo que hasta cenar hubo, y siendo hora ordenó a un donado de su religión, que sirviéndole iba, la dispusiese, lo cual él hizo presto, ayudado de mi criado y ambos de las alforjas, cuya prevención suplió aquella noche las inconmodidades con que nos amenazaba la confusión que en aquella casa había.

Sazonose la cena con la apacible conversación de mi camarada Acrisio,⁴ (así dijo llamarse), porque se mostró en todas materias práctico, facundo y vario, y en siendo hora nos dividimos a las camas que nos estaban prevenidas con acuerdo que a la primera luz del nuevo día prosiguiésemos nuestro viaje.

Luego, pues, que nos avisaron los criados que el sumiller de cortina^{ix} del príncipe de las luces cominzaba a corrérsela, haciéndole patente a nuestro hemisferio, nos prevenimos, y puestos a caballo comenzamos la jornada de aquel día, en la cual ni el siguiente no se nos ofreció cosa digna de memoria, si ya lo pudieran ser los admirables discursos del religioso con que yo iba suspenso y entretenido. En algunos tocó, aunque de paso, notables accidentes de su vida, y tal vez acaso con la memoria de alguno le vi suspendido, divirtiéndose presto a otras cosas, con que despertó mi deseo a saber algo de aquello a que descuidadamente se iba y de quien cuidadosamente se apartaba. Y así dándole a conocer mi advertencia⁵ le pretendía obligar a que me dijese⁶ algo de lo⁷ que me encubría, comunicándole yo otros secretos míos íntimos y aun significándole⁸ deseaba saber lo que tan advertidamente⁹ me encubría. Pero él me divirtió con toda humanidad el deseo¹⁰, prometiéndome que¹¹ habiendo ocasión más oportuna, me diría cosas¹² que me admirasen. Y aunque le dije que la del camino era buena, me despidió con decir que ya se ofrecería¹³ mejor, con que me resolví¹⁴ no le cansar más¹⁵ entonces.

Aunque de nuestro camino derecho nos divertía más de dos leguas un lugar de tierra de Talavera, en quien era a la sazón cura un particular amigo mío,¹⁶ me era fuerza no pasar¹⁷ sin verle, por habérmelo él pedido¹⁸ desde que tuvo noticia de mi voto. Advertilo¹⁹ así al religioso

⁴ *Add.* Que

⁵ *Add.* Y cuidado

⁶ Descubriese]

⁷ *Add.* Mucho

⁸ *Add.* Y encareciéndole lo mucho que

⁹ Advertida y cuidadosamente]

¹⁰ *Add.* Que tenía

¹¹ *Add.* En

¹² *Add.* Tan raras

¹³ *Add.* otra

¹⁴ *Add.* a

¹⁵ *Add.* por

¹⁶ *Add.* y

¹⁷ *Add.* adelante

¹⁸ *Add.* Muy encarecidamente

¹⁹ Advertíselo]

Acrisio cuando llegamos²⁰ a la parte donde se aparta el camino al tal lugar. Signifíquele las partes y talento de mi amigo y cuánto gusto tendría, conociendo su persona, cuando ²¹ le tuviese de que rodeásemos dos leguas. Díjome que en aquel viaje iba subordinado a mis disposiciones y que así guiase por donde me pareciese, y volviendo la rienda guíe al lugarejo (llámole así por su corta vecindad, y²² por la gruesa de su beneficio pudiera nombrarle²³ ciudad). Llegamos a él aquella noche misma²⁴, donde fuimos recibidos con el gusto y agasajo que se podía esperar de un cura íntimo amigo y sobradamente rico y más sobrado en el ánimo, aliento y despejo.

Aquella noche de nuestra llegada y el siguiente día llevaba yo destinado[s] para gastar en su visita, pero entendido por él no solo no lo permitió sino que condenándose a ocho días de güéspedes, nos obligó a su obediencia, significándonos que él también quería ir a ²⁵ Guadalupe y no podía desocuparse hasta dicho tiempo, a causa de aguardar para entonces un deudo suyo sacerdote²⁶, a quien dejar²⁷ encargada su iglesia, y no quería perder la comodidad de nuestra compañía.²⁸ Reconociendo nuestra ganancia, y que con ella misma le servíamos,²⁹ aceptamos.

Repasamos ³⁰ sobremesa aquella noche muchos de los sucesos que tuvimos en ³¹ Alcalá de Henares, donde concurrimos oyentes si³² ya³³ en diversas facultades. De aquí pasamos a la admiración de la cortedad de aquella aldea y gruesa de su beneficio, de que nos hizo particular relación: ³⁴ que llegaba a más de cuatro mil ducados ³⁵, y a no habersele hecho^x cierta alforza^{xi}, pudiera ser renta de un prelado³⁶ con tiara y ceptro, cosa que aunque ³⁷ había oído comúnmente, no ³⁸ creí hasta entonces, si bien pudieran persuadirme a ello los sujetos ³⁹ que a él aspiran, como realmente lo era el de mi amigo, pues en concurrencia de muchos muy doctos se le concedió a él la primada de las Españas^{xiii}, en cuya diócesis está.

Mostrámonos compadescidos de que hombre de sus partes se hubiese ajustado a la vida de tan yermo lugar, donde le faltaría de todo punto conversación conforme a su talento, a que nos satisfizo diciendo que sus fieles compañeros, los libros, suplían bastantemente en su gusto la

²⁰ Llegábamos]

²¹ Add. no

²² Aunque]

²³ Llamarle]

²⁴ Misma noche]

²⁵ Add. nuestra señora de

²⁶ Sarcedote]

²⁷ Dejaría]

²⁸ Add. y

²⁹ Add. la

³⁰ Add. por

³¹ Add. La insigne universidad de

³² Om. si

³³ Aunque]

³⁴ Add. diciendo

³⁵ Add. Cada año

³⁶ Perlado]

³⁷ Add. lo

³⁸ Add. lo

³⁹ Add. Tan grandes

penuria de conversantes, con quien lo pasaba menos mal que pudiera con el tracto de los que de muy doctos presumen, pues los libros comunican lo que tienen sin ambición ni enfado, no como los presumidos que si tienen, no son comunicables; y si no tienen, enfadan. Y que en queriendo divertirse de su estudio, una escopeta, dos galgos y un perdiguero le daban buenos ratos en el monte y en la mesa, y le hacían olvidar de los concursos de las escuelas⁴⁰ de Alcalá, y patios de palacio. Así gastamos el tiempo hasta ser hora de tomar las camas, que fueron con el aseo y limpieza que del cuidado del dueño se podía prometer, en quien resarcimos bien las inconmodidades y cansancio del camino, hasta que a la mañana a buena hora nos vestimos a tiempo que Quiteria, su ama, una buena mujer sencilla como ama de cura, nos tenía prevenido el almuerzo, el cual no admitimos hasta que el cura dijera misa.

Y yo, entre tanto, siguiendo mi inclinación me fui a la librería de mi amigo, que la tiene muy bien surtida de todas facultades y letras, ansí divinas como humanas, y reparé en un libro que tenía entre los de humanidad, y, leyendo su título, vi que eran mis comedias, y sonriéndome^{xiii}, dije:

— ¡Jesús, señor doctor! ¿Pues esto tenéis aquí?

Y él preguntó:

— ¿Qué son vuestras comedias? Y con mucho gusto por serlo. ¿No habéis hallado ahí *El Curial del Parnaso* y *El Menandro*?

Y mirando a los libros, dije:

— Sí, aquí están, ¡mucha honra es esta!

— A lo menos obligación precisa —dijo él— pues cuando los libros no lo merecieran, como dicen los que los han visto, los amigos somos protectores forzosos de las obras o partos del entendimiento de nuestros amigos.

Y prosiguió diciendo.

— ¿No habéis acabado de despachar *La Ulexía*?

— Ya tengo privilegio para imprimirla y creo será presto si el tiempo y ventura ayudan.

— Deséolo mucho, por la satisfacción que tengo d'él, y creo que conocerá por él quien le viere, que no habéis gastado el tiempo en la plaza aunque en la de negocios estáis siempre.

A este tiempo Acrisio me había tomado de las manos el libro y iba registrando los títulos de las seis comedias que contiene, y llegando a la que le tiene de *El agravio agradecido*, reparó en la dedicatoria y della infirió su argumento, y hablando conmigo, dijo:

— ¿Imitación es esta de los *Anfitreones* de Plauto? Según eso, alguna transformación introducís.

— Sí —dije yo—.

Y él dijo:

— Aunque yo no soy muy inclinado a oír comedias, en viniendo de la iglesia la habéis de leer, que gustaré ver su argumento y ya desde luego me prometo de vuestro ingenio un buen rato.

— Pues se entretendrá vuestra paternidad —dijo el cura—, que como es verdad que su autor muestra genio dispuesto a este

⁴⁰ Esculas]

género de escritos, lo es también que la comedia es ingeniosa y guarda en ella el decoro poético y aun el de las costumbres, pues por lo menos no tiene la obscenidad de Plauto en los ingresos, que él pintó un adulterio cometido por el más heroico de sus dioses y nuestro amigo unos amores de quien resulta un matrimonio. Dejemos aparte el levantado estilo y sentencias de Plauto y arte de su comedia, que eso no se ha de poner en competencia.

- Cuando yo no tuviera buen concepto de nuestro amigo, vuestra aprobación, señor doctor, bastara para su abono.
- Vámonos⁴¹ a decir misa y léase luego, aunque se deponga por ese rato el decoro religioso. Y no os parezca melindre, que soy poco austero, sino que esta ocupación o diversión indiferente se prohíbe a los religiosos para darles a entender que aun de lo que tiene sabor de vicio, aunque ello en sí sea virtuoso, se deben abstener, no más de por aquella concomitancia, supuesto que los religiosos son espejos en que los seculares han de componer sus acciones. Y la comedia, como esté expurgada de acción viciosa y obscena⁴², no es de condenar, pero escríbense hoy de forma que más podemos llamar a los teatros cátedras de vicios que espectáculos de recreación.
- Pues quíteseles esta parte a las comedias y dad por acabado su ministerio —dije⁴³—.
- ⁴⁴Yo no digo ⁴⁵ que se pueden excusar las introducciones de amores, pero digo que querría —dijo Acrisio— que esto fuese templado con la doctrina dada por el mismo escritor, sin comprometerlo a la piedad y virtuosa índole del auditorio, porque los ánimos de los hombres no son todos de una naturaleza: ya vemos que de una flor mesma saca la abeja miel y la araña ponzoña.
- Pues ya según eso —dije yo— no será la culpa⁴⁶ de la flor sino de los que la disfrutan.
- Ahora, señores —dijo el cura—, esta disputa no es para en pie. Vámonos a misa que tiempo tendremos, después de haber leído la comedia, de decir algo.

A este tiempo oyeron tocar la campana y fueron a su llamado, y habiendo dicho el cura misa y cumplido con sus obligaciones, nos volvimos a casa y entrándonos en el huerto, que muy curioso y poblado de diversas yerbas y flores le tenía, donde ya Quiteria tenía puesta la mesa, y habiendo recibido el matutino alivio, quitados los manteles pedimos el libro y comencé a leer como se sigue.

⁴¹ Vamos]

⁴² Obscura] [consta en la fe de erratas]

⁴³ Om. dije

⁴⁴ Add. dije

⁴⁵ Add. yo

⁴⁶ Culpia]

COMEDIA FAMOSA
EL AGRAVIO AGRADECIDO
 POR MATÍAS DE LOS REYES,
 Natural de Madrid.

Representola Francisco de Mudarra.

Hablan en ella las personas siguientes

Otavio caballero	Leonora dama
Camilo caballero	Belisa dama
Fabio criado	Florela criada
Guarín criado	Clavela criada
Un gobernador	Un escribano

ACTO⁴⁷ PRIMERO⁴⁸

(Salgan Octavio Caballero y Guarín, su criado, de camino, y Fabio, criado de buen hábito, de Camilo⁴⁹, escuchándolos, sin ser visto dellos, desde aparte.)

GUARÍN.	Ya estás en Florencia.	
OTAVIO.	Y ya puerto mi esperanza toma.	
GUARÍN.	Salir anteyer de Roma, y estar hoy temprano acá: ¡por Dios que es rigor terrible!	5
	¡Ay de mí particular!	
OTAVIO.	Quise así recuperar mi tardanza en lo posible: solo llevé de licencia para mi jornada un mes,	10
	y hoy se cumplen, Guarín, tres, que partimos de Florencia. Siempre en la corte romana hay precisa dilación.	
	En cualquier negociación, supuesto que sea liviana. Ya la que allá nos llevó, gracias a Dios, tuvo fin.	15
GUARÍN.	Bercebú lleve el rocín, y el postillón que le dio. No tiene un monte arrayán bastante para emplastarme.	20
OTAVIO.	Ya el parabién puedes darme, ya fin mis bodas tendrán.	

⁴⁷ Jornada]

⁴⁸ Primera]

⁴⁹ Criado de Camilo, de buen hábito]

GUARÍN.	Alégrome que así sea, véanlo mis ojos ya, que a lo menos me valdrá esta boda una librea. Ya mi señora Belisa culpará nuestra tardanza.	25 30
OTAVIO.	Camina tras la esperanza En pies de plomo la prisa.	
GUARÍN.	¿No pudo tu desposorio hacerse antes de partirte?	
OTAVIO.	¿Otra vez he de decirte lo que te fue ya notorio? ¿No sabes ya que el casarme con Belisa fue concierto de su tío Filiberto, que tuvo extremo en amarme?	35 40
GUARÍN.	Ya sé que ese amor nació de aquella estrecha amistad, que un tiempo aquesta ciudad por milagro ⁵⁰ celebró. D'él y tu padre, a quien quiso tanto conformar el cielo, que en ellos dio a nuestro suelo segundo Eurialo y Niso. Lo que nunca entender pude es que te cases agora y que no sea con Leonora es forzoso que lo dude. ¿Qué se hizo aquel amor, tantas noches malas mías, cuando mis hombros hacías escalas a su favor? Dilo.	45 50 55
OTAVIO.	El paternal respecto (dese intento divirtiome) que me casase mandome con Belisa, cuyo efeto los dos amigos trataron, y para lograr su intento, en un común testamento herederos nos nombraron. Y porque efecto tuviese el venirnos a casar, lo pretendieron grabar con que el que no obedeciese de los dos, <i>in continente</i> , quedase desheredado, y todo el dote aplicado	60 65 70

⁵⁰ Mí larga]

para la parte obediente.
 Llegado, en resolución,
 el tiempo que consignano
 habían los dos dejado 75
 para su disposición,
 Belisa, acaso obligada,
 de otros diversos intentos,
 si no con impedimentos,
 con permisión dilatada, 80
 dio en poner a nuestras bodas
 algunas dificultades
 de frívolas calidades,
 pues era vencida en todas.
 Más de seis meses pasaron 85
 de una en otra dilación
 sin tomar resolución,
 pero al fin todas cesaron.
 Redújose finalmente
 a casarse cuando diera 90
 yo el dote, porque estuviera
 en su intento eternamente.
 Animaba mi deseo
 el afición de Leonora,
 de quien aún no niego agora 95
 que es mi principal empleo.
 Porque cuando instancia hacía
 en convencer a Belisa,
 era en orden a dar prisa
 al fin de la intención mía. 100
 Pues logrando ella su intento
 conmigo, no se casando,
 sucedía yo heredando,
 como manda el testamento,
 con cuya hacienda quedaba 105
 más capaz de merescer
 la belleza en la mujer
 mayor, que Florencia alaba.
 Pero en efeto, asignado
 para nuestra boda el día, 110
 porque ya Belisa había
 el beneplácito dado,
 tuve nuevas de que Honorio
 era muerto, que ocasión
 dio para la dilación 115
 del tratado desposorio.
 Partí a disponer las cosas
 de la hacienda de mi tío,
 que me tocan por ser mío,
 obligaciones forzosas. 120
 En esta disposición

	tres meses hemos gastado en Roma.	
GUARÍN.	Tú has ajustado las dudas de mi objeción. A ganar albricias ^{xxi} voy, aunque temo de mis daños, que no llegaré en dos años según escocido estoy. Doyte al diablo matalote, pariente por lo trotante del célebre Rocinante del manchego don Quijote.	125 130
OTAVIO.	Por hoy ni mañana quiero no se sepa que he venido, que quiero estar prevenido de ciertas cosas que espero. Y así podrás escusar ^{xxii} que no lo sepa Belisa.	135
GUARÍN.	Por Dios que, tras tanta prisa, es gentil flemerizar ^{xxiii} . ¿No pudieras detenerte ese tiempo en el camino, y no traer mi rocino al galope desta suerte?	140
OTAVIO.	Convino así. A la posada vamos, y dispondré el modo que tengo de dar en todo.	145
GUARÍN.	Vamos, pues así te agrada; mas despacio has de picar, porque yo voy de manera, que habré menester pollera ^{xxiv} , para que me enseñe a andar.	150

(Vase renqueando)

FABIO.	Suerte venturosa ha sido llegar a tal ocasión, que de su conversación haya el discurso entendido. Que, como el concurso es mucho de la gente, no advirtieron en mí, ni me conocieron con haber rato que escucho. Muy bien de aquesta manera, mi engaño foventaré, y a mi dueño excusaré el daño que le viniera. De no hallarse prevenido contra el agravio de Otavio, siendo el más notable agravio,	155 160 165
--------	--	---

que en el mundo ha sucedido,
supuesto que le ha hurtado
a Esaú^{xxv} la bendición, 170
gozando la posesión
de quien ya fue descartado.
La historia de Anfitreón
resucita hoy en el mundo,
y cual Júpiter^{xxvi} segundo, 175
goza Camilo su acción.
Belisa ha sido Alcmena^{51xxvii},
y yo, cual Mercurio^{xxviii}, en fin
soy ya de Fabio, Guarín.
La danza anda pardiez^{xxix} buena. 180
De tan diabólico efeto
solo yo instrumento fui
con la ciencia que aprendí
en la cueva de Espoleto^{xxx}.
Mas todo en bien parará, 185
pues conserva Otavio agora
el afición de Leonora,
con quien casarse podrá.
Acudamos al remedio,
puesto que hay bien que hacer, 190
pero yo daré a entender
que anda Fabio de por medio.

*(Vase. Salgan LEONORA dama y CLAVELA
su criada)*

CLAVELA. Perdona mi atrevimiento
si te digo que ese llanto
implica a tu entendimiento. 195
LEONORA. ¡Ay Clavela, que no es tanto
cuanto es el dolor que siento!
CLAVELA. ¿No has quedado despificada^{xxxi}
con la ingratitud de Otavio?
LEONORA. Antes más amartelada, 200
porque un amoroso agravio
rinde a la más despejada,
porque has de saber, Clavela,
que, aunque desdenes fingimos,
a quien nos ama, es cautela, 205
que mentimos, si decimos
que su amor no nos desvela.
Verdad es que en mi afición
fui con recatado estilo,
porque sé la estimación 210
en que mi hermano Camilo

⁵¹ Alemana]

	tiene su reputación.	
CLAVELA.	Grande tu recato ha sido, pues a mí, que de tu pecho siempre la llave he tenido, participante no has hecho de lo que agora he sabido. A mi industria y no a tu amor puedo estar agradecida.	215
LEONORA.	No tengas por disfavor, mi Clavela, por tu vida, la obligación del honor. Que agora participante no fueras de mis desvelos, que el amor que en mí fue infante no hubieran hecho los cielos en breve tiempo gigante.	220
	¿Nunca has oído decir, amiga, que es necesario, para haber de discernir un objeto del contrario, el uno al otro inducir?	225
	Pues luego que yo mezclé en la manera que has visto, celos y honor, publiqué, mediante el contrario mixto, lo que encubrir procuré.	230
	Aquesta pasión cruel me tiene en el potro ^{xxxii} puesta, y aprieta tanto el cordel, que aunque fui mártir de honesta, soy ya confesora en él.	235
CLAVELA.	Tengo por cosa muy recia, que a vista del desengaño muera por quien te desprecia.	230
LEONORA.	A conocer ese daño, ¿Qué mujer hubiera necia? siempre andamos por extremos, sin tomar medio jamás, amadas aborrecemos, y al que nos desprecia más, por obligar perecemos: en oyendo que casado está Otavio con Belisa, y que de mí se ha olvidado, se avivó en mi pecho aprisa ⁵² de amor el fuego templado. Tuve tanta confianza de su amor en mi opinión,	240
		245

⁵² Apriesa]

	que no temí su mudanza,	250
	mas esta satisfacción resulta ya en su venganza, y bien sospecho que es muy cierto mi pensamiento,	
	pues resulta, como ves,	255
	que aquel su amor fue violento, pues se rindió al interés. A Belisa aborrecía, mas este aborrecimiento	
	cesó luego el mismo día	260
	que vio de su casamiento el útil que se seguía. quien de las finezas hace capital en el amor,	
	y su pecho satisface	265
	de palabras, con mayor desventura se amenace. Supuesto que ya no tiene remedio aqúeste suceso,	
CLAVELA.	que tu pasión se refrene,	270
	a que corres con exceso, en todo caso conviene. No venga a entender tu hermano lo que no entendió hasta aquí.	
LEONORA.	Eso no está ya en mi mano,	275
	cuando pude resistí, ya resistirme es en vano. Hoy tiene de ver Florencia de mi pasión el extremo,	
	hoy he de hacer experiencia de mi ingenio.	280
CLAVELA.	Mucho temo de tu poca resistencia. ¿Qué remedio piensas dar a imposible semejante?	
LEONORA.	Sabes tú poco de amar.	285
	Aunque me ves principiante, aforismos puedo dar. Sin peligro de tu honor, ¿qué medio puede ser bueno, aunque te disculpe amor?	
CLAVELA.		290
LEONORA.	Esa tu duda condeno, no todo amor es error. A casamiento camina este mío, no te espante el intento que fulmina ⁵³	295
	contra este amante inconstante	

⁵³ Fue mina]

	la afición más peregrina. El remedio he yo fundado, Clavela, en no persuadirme que Otavio esté desposado.	300
CLAVELA.	Bien se ve que es tu amor firme, pues no te has desengañado. Graciosa dificultad es la que pones, por Dios, cuando toda esta ciudad sabe que lo están los dos ha tres meses.	305
LEONORA.	Es verdad que esa fama se ha extendido por las capitulaciones de los padres; pero ha sido violento en sus aficiones de su legado el partido.	310
CLAVELA.	Pues si quedó efetuado, cuando a Roma se partió, el casamiento tratado, y el uno al otro se dio la mano, ¿eso has sospechado?	315
LEONORA.	Pues, sin embargo, prosigo del intento mío el fin.	
CLAVELA.	Todo cuanto he dicho y digo me lo dijo a mí Guarín, porque fue a todo testigo.	320
LEONORA.	Con palabras me aseguro de cualquier inconveniente, en lo que intentar procuro.	325
CLAVELA.	Las palabras de presente dirimen las de futuro. Si en efeto consumó, como dicen, con Belisa el matrimonio, cesó ya tu acción, cosa es precisa si en palabras se fundó.	330
LEONORA.	No me quiero reducir que a ese extremo haya llegado, por más que quieran decir.	335
CLAVELA.	¿En qué, dime, lo has fundado que te pueda persuadir?	
LEONORA.	Belisa le aborrecía, siendo aborrecida d'él tanto, que ella me decía que antes el cuello a un cordel, que mano a Otavio daría. Y el pecho a un agudo filo primero Otavio obligaba, siguiendo della el estilo,	340
		345

porque al paso que él me amaba
 Belisa amaba a Camilo.
 Pues aquí vengo a fundar
 la fuerza de mi argumento,
 viniendo a considerar, 350
 que un forzado casamiento
 mal se llega a efetuar.
 No tiene ella inconveniente,
 a cuyo respecto atienda
 para la elección presente, 355
 sino al gozo de la hacienda,
 que la dejó su pariente.
 Y esta podrá despreciar
 a precio de que su gusto
 se le venga a bien lograr, 360
 pues no hay má[s]^{xxxiii} gusto o disgusto
 que en el bien o mal casar.
 Finalmente determino
 que Otavio no está en Florencia,
 y no lo estando imagino 365
 que ha de remediar su ausencia
 mi mal por este camino.
 Será la traza extremada,
 yo tengo de refrescar
 nuestra amistad ya pasada 370
 con ocasión de irle a dar
 el parabién de casada.
 Darela a entender qué siento
 del pensamiento de Otavio
 en aqueste casamiento, 375
 que tiene más de su agravio,
 que de amor su pensamiento.
 Porque él me ha comunicado
 a solas su pretensión,
 y que a hacerlo le ha obligado 380
 no género de afición,
 sino ambición al legado.
 Y que sé que cierta dama,
 tenida en esta ciudad
 en⁵⁴ noble y honesta fama, 385
 en razón de voluntad
 con más afecto le llama.
 Direle también que agora
 toda Florencia publica,
 que Camilo la enamora, 390
 que ella a su amor se dedica,
 y que Otavio no lo ignora.
 Que haber en esta ocasión

⁵⁴ De]

	ausentándose Camilo, fuerza ha sido de pasión de ver el injusto estilo con que trata su afición. Destos toques impulsada, si como creo no está ya la boda efetuada, no creas que lo estará eternamente.	395 400
CLAVELA.	Extremada estás. Mucho puede Amor en un pecho amartelado.	
LEONORA.	Mucho más un disfavor, sin razón ocasionado, y más haciéndose honor.	405
CLAVELA.	Pues si encuentras allí a Otavio gozando la posesión, ¿cómo vengarás tu agravio?	410
LEONORA.	Clavela, en esa ocasión no despegaré mi labio. Quedaré desengañada y a mi casa tornareme de su afición despificada.	415
CLAVELA.	Y yo de ti reireme viéndote.	
LEONORA.	¿Qué?	
CLAVELA.	Reportada en ocasión semejante. Pero si eso determinas, no pases más adelante en tu intento.	420
LEONORA.	¿Qué imaginas?	
CLAVELA.	Que has de hallar allí a tu amante con Belisa.	
LEONORA.	No podré creerlo, que si estuviera en Florencia, de su fe antigua me prometiera, viniera a verme.	425
CLAVELA.	No sé, porque si él está casado, ¿para qué puede ser bueno visitarte?	
LEONORA.	Mi cuidado está de sospechas lleno.	430
CLAVELA.	Al menos enamorado.	
LEONORA.	Vencer esta duda espero. Véanlo mis propios ojos, mañana ir a verlo ^{xxxiv} quiero.	435
CLAVELA.	¿Celos miras con antojos?	

Grandes te los considero.

(Vanse. Salgan CAMILO, galán muy alborotado, y su criado FABIO)

- CAMILO. ¿Qué dices⁵⁵, Fabio?
FABIO. Señor,
que Otavio ha venido.
- CAMILO. ¿Cierto?
FABIO. Tan cierto, que en este punto 440
en su posada le dejo.
- CAMILO. ¿Tú le has visto?
FABIO. Y apearse
de las postas.
- CAMILO. ¿Qué remedio
daremos a tanto daño?
FABIO. Dificultoso lo veo. 445
- CAMILO. ¿Dificultoso? ¿Qué dices?
¿Dónde está, Fabio, tu ingenio?
¿Faltan modos, faltan trazas?
¡Caígase sobre mí el cielo!
Con tu ciencia me enredaste 450
y para tu ciencia apelo.
Desenrédame, pues fuiste
deste labirinto Dédalo.
No te escuses, dame ayuda,
lo más hiciste, en lo menos 455
no me dejes, ¡oh por Dios!
que me obligues a un exceso.
- (Amenázale con la daga)*
- FABIO. Repórtate, que no es justo
hacerme culpado en esto,
pues condescendí a tu gusto 460
obligado de tus ruegos.
Ya gozaste de Belisa,
que fue de tu gusto objeto,
vuelve a tu primera forma,
y en ti, pues eres discreto. 465
- ¿Quién en toda esta ciudad
(a no ser el diablo mesmo)
podrá reputarte a ti
por autor deste suceso?
¿No tienen generalmente 470
por público y manifiesto,
que ha dos meses que partiste
desde Florencia a Palermo?

⁵⁵ Decís]

	Esto no es tan asentado que nadie hay que dude en ello, y en tal grado, que tu hermana Leonora cree lo mismo.	475
	Pues siendo así, ¿qué te importa que venga Otavio? En efeto, ¿No has conseguido tu gusto en el engañoso trueco?	480
	La ingratitud castigaste de Belisa, a los desvelos de tu afición no debida; sin causa es tu sentimiento.	485
	La cudicia de la herencia tuvo más fuerza en su pecho que el amor de tantos años, de quien hizo poco precio.	490
	Pene de su ingratitud el pecado en el infierno, más cruel que dio el amor a rebeldes de su imperio.	495
CAMILO.	Fabio, Fabio, tarde llegas. Considera que no es tiempo, como crees, de venganzas, misericordias pretendo.	500
	Si primero amé a Belisa, ya la adoro con extremo, remedio aplica a mis llagas, no, como intentas, consejos.	505
	Vista el alma me abrasó, y gozada, te confieso, que acrecentó amor en mí activamente su fuego.	510
	Puesto que la posesión del más optado sujeto, suele enfriar en el alma el más adusto deseo.	515
	Fabio, los hombres de bien que quieren bien sus respetos, no han de obligarse obligados de lo que ya rescibieron.	520
	No supiste transformarme en el fantástico cuerpo de Otavio con tal primor, que engañas todo este pueblo.	
	Tú el de Guarín no tomaste, ¿No me advertiste secretos de Otavio, para dar alma a este fantástico enredo?	
	Pues ¿qué medio querrás dar, que no sea muy buen medio	

	para dilatar un siglo la gloria que ya poseo?	525
	Fabio mío, Fabio amado, tú eres mi señor, mi dueño. ¿Qué tengo yo que no es tuyo? ¿Qué valgo sin ti? ¿Qué puedo?	
FABIO.	Señor, todo cuanto intente ha de ser sin fundamento, pues nunca por largo espacio oculta un pecado el cielo. Belisa, en fe de haber dado de futuro casamiento	530 535
	la palabra y mano a Otavio, confirmación de concierto, en su casa te admitió, viendo en ti su ⁵⁶ rostro mismo, dándote su lado y cama	540
	por un fácil prosupuesto ^{57xxxv} que fundó en que Otavio dijo que había de venir dentro de un mes de Roma a casarse, Y como no tuvo efeto	545
	por la dilación que tuvo en los negocios, cogiendo el copete a la ocasión, substituiste su puesto, con su rostro y con su talle	550
	llegando aquel tiempo mismo, que para su vuelta Otavio había dejado despuesto. Belisa quedó burlada, y no me admiro, pues creo,	555
	que sus acciones Otavio imitara mucho menos. Porque tanta propiedad, aún hasta ocultos secretos has guardado en imitalle,	560
	que yo lo sé y me embeleso. Pues si esto es desta manera, ¿de qué argüirás que puedo dilatar aqueste engaño con mi ciencia un siglo entero?	565
	Demos que suceda así, y te cases, en efeto en nombre y lugar de Otavio, que es fuerza que así sea presto. Pues la posesión que tienes	570
	es solo en fe del concierto,	

⁵⁶ Tu]

⁵⁷ Presupuesto]

	pues que no os habéis casado de la santa Iglesia al fuero. No será este matrimonio, pues de Belisa el intento	575
	es de casar con Otavio, y aqueste es un sacrilegio, a que no debe un cristiano por un antojo ligero, dar lugar, y que se frust[r]e tan divino sacramento.	580
CAMILO.	Muy casuista estás, Fabio, la doctrina te concedo, Pero ¿cuándo viste amante buen cristiano ni discreto?	585
	Mas resuélveme una duda, que, aunque quiero, no resuelvo, ¿cómo el honor de Belisa salvar al mundo podemos? Porque ves aquí que Otavio viene a visitarla, nuevo	590
	de todo lo sucedido, y a proseguir sus empleos entra en casa, habla a Belisa: ella se confunde, viendo	595
	la novedad con que Otavio la habla cuando él, suspenso, se admira de que le diga razones, de quien cogiendo él vaya su desengaño, y ella en el suyo advirtiéndolo.	600
	Dime, ¿en qué vendrá a parar esto, Fabio, que lo veo sin que le halle salida a razonable suceso?	605
FABIO.	Dígote que me retoza, señor, la risa en el cuerpo, cuando de Otavio y Belisa las confusiones contemplo.	610
	Ahora bien, dime una cosa, ¿estás resuelto, en efeto, de casarte con Belisa?	615
CAMILO.	Pártame un rayo del cielo, si hay cosa que quiera más, ¿pues en dubda pones eso?	615
FABIO.	Ten ánimo, si es así, que yo te sacaré al puerto. Éntrate al momento en casa, y finge partirte luego a Roma, que es importante para lo que yo pretendo.	620

Finge más, que los negocios
a que fuiste no tuvieron
el fin que era necesario,
y que al fin vuelves a ellos. 625
Ya te he dado relación
de todo cuanto dijeron
Otavio y Guarín, que importa
que vayas muy bien en esto
dándole a Belisa parte 630
de lo que hace a nuestro intento.
Entra y despáchate aprisa,
y déjame a mí y al tiempo.
CAMILO. Yo sigo tu parecer.
Yo entro, Fabio. (Vase)
FABIO. Y yo quedo 635
cual Mercurio transformado
en Sosias^{xxxvi}: vaya de enredo.
Pero vengamos a cuentas,
o pensamiento⁵⁸, primero
que tratéis de ajenos gustos 640
trataremos de los nuestros.
Cual tablilla de mesón
en el oficio os contemplo,
que hospedando a los extraños
os quedáis siempre al sereno. 645
Tras desta negra afición
de Camilo andáis suspenso,
olvidando propios gustos
por ajenos pensamientos.
Dos meses ha que se dice, 650
que partimos a Palermo,
sin que sea más verdad
que haber hecho yo creerlo.
Y para que así se crea
me he abstenido en este tiempo 655
de los ojos de Clavela,
que es mucho encarecimiento.
Pero en aquesta tormenta
es lindo entretenimiento
el perseguirme Florela 660
con sus engañosos celos.
Porque, como la persona
de su Guardín represento
(aunque no tan propiamente
como piden sus deseos), 665
cree que en otra afición
(y cree bien) me divierto,
y es verla, un juego de cañas,

⁵⁸ Pensamientos]

si comienza a hacer pucheros.
 Mas pasos, si no me engaño, 670
 venir por la calle siento.
 Defender quiero la puerta
 mientras Camilo está dentro.
 No venga Otavio u⁵⁹ invíe
 a ver a Belisa a tiempo 675
 que con ella esté mi amo,
 que será grave suceso.
 La noche es un poco oscura,
 y ha quedado oculto el cielo
 con el ausencia del sol, 680
 y algunos nublados negros.

(Retírase a una parte, y sale GUARÍN de ronda embozado a lo gracioso)

GUARÍN.

Amor, que como la hambre
 no perdonas a ninguno,
 pegajosuelo, importuno
 más que tábano en verano, 685
 hinchado más que villano,
 cuando rogado se ve.
 Más equivoco en la fe,
 que la secta de Mahoma.
 Ya di la vuelta de Roma, 690
 ya estoy, vesme aquí en Florencia
 tras de un montón de paciencia
 que en esta ausencia he gastado
 de la vista desterrado,
 de la zurribanda^{xxxvii} mía. 695
 ¿Me dilatas otro día
 que la vea y comunique?
 Eres , Amor, alambique,
 que la quinta esencia das.
 Basta, Amor, basta, no más. 700
 allá se entiendan tus fueros
 a damas y caballeros,
 que de jinete a peón,
 y de chapín a ramplón
 distinción tiene de haber. 705
 quiero bien a esta mujer,
 y si Otavio no a Belisa,
 está bien, no se dé prisa,
 no la vea en todo un año,
 pero^{xxxviii} yo, ¡caso es extraño! 710
 ¿hay ya de participantes
 excomuniones de amantes?

⁵⁹ O]

	Mandome que no saliese de casa, porque no hiciese pública nuestra venida.	715
	No tengo tan bien sufrida, como él tiene, la afición, déjole en resolución más ha de un hora acostado, y de la noche fiado	720
	a ver a Florela vengo. Alto, pues, que me detengo. Va el usado retintín. <i>(Fis, fis, fis. Silba)</i>	
FABIO.	Este es Guarín, ya su daifa ^{xxxix} viene a ver, mas hale de suceder al revés de su intención. Téngole por un lebrón ^{xl} , aunque [de] ^{xli} bravo se pica.	725
	Veré si lo que publica, cumple en ocasión forzosa, si no, más tempestuosa noche habrá jamás pasado malogrando su cuidado y pensamientos livianos escapando de mis manos, como cibera ^{xlii} molido.	730
GUARÍN.	Un hombre hablar he sentido, ¡Válgame Dios!, ¿quién será? Los pasos mueve hacia acá y el rostro se encubre y tapa. Si me quitase la capa (puesto que está bien raída), ¡Me daba por Dios la vida! ¡Ay, ciéguele San Antón!	740
	a esta parte está un rincón, en que suelo yo absconderme todas las veces, que a verme llego en apretura aquí. Hallele escondido así	745
	veré lo que hacer pretende ⁶⁰ .	750
	<i>(Escóndese a un lado y FABIO, fingiendo furiosidad, paseándose de una a otra parte, dice:)</i>	
FABIO.	Ya mi cólera se enciende. ¿No encontrara aquí un demonio para darle testimonio	

⁶⁰ Pretendo]

	al mundo que entre estos brazos hecho menudos pedazos, puedo esparcirle a los vientos? ¿No rebomban ^{xliii} mis acentos donde el cancerbero vela?	755
	¡Oh fementida ^{xliiv} Florela!, ¿Solos tres meses de ausencia pudieron con tal violencia borrarme de tu memoria? Hacer tengo pepitoria del que el ánima te inquieta.	760
	¿Soy astrólogo o poeta, alquimista o arbitrista? ¿Oficios que a vola vista están vertiendo pobreza? Yo no soy de la destreza el «non plus ultra» en Florencia, ¿Hay quien haga resistencia a mi española tajante? Pues, ¿quién es el arrogante que sin temer mi rigor goza agora de tu amor? De quién fue dueño Guarín, bastando este nombre en fin para que el mundo se asombre.	765
GUARÍN.	¿Que hay otro hombre de mi nombre en el mundo, tan valiente, que es amante juntamente de Florela como yo?	770
FABIO.	Si Otavio en Roma tardó dos meses más, ¿qué importaba?	775
GUARÍN. FABIO.	¡Por Dios que esto es cosa brava! Cuando de ti me partí, ¿no me prometiste, di, la firmeza de una roca?	
GUARÍN.	Admiración me provoca todo cuanto al hombre escucho, ¡De mis cosas sabe mucho!	790
FABIO.	Vengareme de tu olvido, que pues viene a ser marido mi dueño de quien lo es tuyo, no ha de ser nadie tu cuyo ^{xlv} , pues todo se cay en casa.	795
GUARÍN.	¿Quién creará lo que me pasa? ¡Yo estoy escandalizado! ¿Este mi ser ha tomado, o el uno del otro es sombra?	800
FABIO.	¿Cómo el mundo no se asombra viéndome enojado así? ¿No encontrara agora aquí	

	cien hombres con quien matarme? Aunque eran para vengarme cien hombres pequeña copia. ¡Quién tuviera la elit[r]opia ^{xlvi} , o de Angélica el anillo! ^{xlvii}	805
	<i>(Encogiéndose y retirándose)</i>	
FABIO.	¿Cuándo tuvo tal martillo en su oficina Vulcano ^{xlviii} , como el que en aquesta mano tengo yo encerrando el puño? Del primero golpe acuño los sesos en el ombligo.	810 815
GUARÍN.	Aquí estoy yo, y no me obligo, aunque en el nombre te imito, [a] acuñar los de un mosquito. Tú eres el primer Guarín valiente, supuesto, en fin, que suelo fingirlo yo.	820
	¿De dónde este hombre cayó? ¿No será estornudo mío, confesando que mi brío de valiente tiene nada?	825
	Como l[i]ebre ^{xlix} agazapada ⁶¹ a sus furias he quedado, pero quedo consolado, que aunque cual li[e]bre ¹ me tenga, en fin, mis agravios venga.	830
FABIO.	Mas si verdad va a decir, yo me quisiera escurrir. ¡Que no hallara yo aquí un hombre, aunque tuviera mi nombre, (puesto que mi padre fuera), en quien mi furia rompiera!	835
GUARÍN.	Espérete Bercebú.	
FABIO.	¿Quién eres, hombre? ¿Oyes tú?	
	<i>(Quiere huir y él le coge de un brazo)</i>	
GUARÍN.	¿Qué diré? Ayuda, San Pablo, esforzarme quiero: ¡el diablo!	840
FABIO.	Pues al diablo busco yo. ¿Tú eres el diablo?	
GUARÍN.	No,	
	no soy yo sino Guarín.	
FABIO.	¡Oh vil, infame, ruin! ¿En tan inútil sujeto	845

⁶¹ Agasapada]

	cabe nombre tan perfeto? No te lo nombres jamás.	
GUARÍN.	No, no haré, tú lo verás.	
FABIO.	¿Mi nombre usurpas? ¿Mi nombre? ¿Dónde naciste? Di, hombre.	850
	Algún engaño pretendes hacer con él, tú me vendes, porque en toda esta ciudad no hay otro Guarín.	
GUARÍN.	Verdad, eso me ha escandalizado,	855
	y me tiene con cuidado, mas di, ¿qué andas a buscar?	
FABIO.	Alguno en quien estrenar de aqueste puño el exceso.	
GUARÍN.	Pues si no buscas más deso ves allí un poste bien fuerte.	860
FABIO.	Mejor en ti desta suerte mi fiereza ⁶² estrenaré.	
	<i>(Aporréele)</i>	
GUARÍN.	¡Hombre o diablo, déjame! ¿Eres furia del profundo?	865
FABIO.	No soy sino yo, que el mundo tengo en el puño metido.	
GUARÍN.	¡Ay de mí que me has molido!	
FABIO.	¿De qué vives?	
GUARÍN.	De servir.	
FABIO.	¿Eso llamas tú vivir?	870
GUARÍN.	¿Pues llámase de otra suerte? Dímelo tú.	
FABIO.	Civil muerte más propiamente lo llamo. ¿Qué nombre tiene tu amo?	
GUARÍN.	Otavio.	
FABIO.	¿Otavio se nombra? Hombre o diablo, ¿eres mi sombra? Otro nuevo engaño entablas, todas ⁶³ cuanto in[s]tas ^{li} y hablas es todo en mi emulación.	875
	Sin duda mi indignación irritas en daño tuyo.	880
	¿Cómo dices que eres suyo? ¿Dónde posa?	
GUARÍN.	Ha de posar aquí, que se ha de casar con Belisa mi señora.	885

⁶² Fureza]

⁶³ Porque]

FABIO.	Con eso acabaste agora de apurarme la paciencia, pues llegamos a Florencia yo y Otavio aquesta tarde, que es mi dueño. ¿Y tú, cobarde, levantas esta patraña?	890
GUARÍN.	¿Tu dueño? ¡Cosa es extraña! ¡Amuéstrame el rostro! ¡Asoma! ¿Tú veniste desde Roma con Otavio, mi señor? Aún sería lo peor si tal me hiciese creer ⁶⁴ ! Por aquí le he de coger, ¿a qué fuistes?	895
FABIO.	No es notorio, que por la muerte de Honorio fue a disponer la hacienda, que le dejó en encomienda, en lo cual se ha detenido tres meses, y hoy ha venido a casarse con Belisa, aunque con tan poca prisa que sin verla se acostó, y recogerme mandó, porque saber no se pueda su venida.	900 905
GUARÍN.	¡Que suceda Esto a un hombre! ¿Hay cosa igual? Sin duda en ocasión tal se me ha caído el juicio o aqueste es hombre de vicio.	910
	<i>(Hace que le busca por el suelo)</i>	
FABIO.	Por aquí le he de pescar, por si me quiere engañar. ¿Cómo veniste? A la posta ^{lii} , con tanta pensión y costa que lo sienten mis perniles ^{liii} .	915
GUARÍN.	¡Mis preguntas son gentiles! A no tener yo los míos hechos de sangre dos ríos de la pasada carrera, sin duda que le creyera. ¿Es aquesto encantamento? ¿Hablo, toco, veo, siento? ¿Mas si Dios y norabuena,	920 925

⁶⁴ Creer]

	estoy muerto, y ando en pena? ¿Qué es esto, triste de mí?	
	¿No ha un momento que salí de casa en mis mismos pies? pues no digamos que es ilusión esta de Baco ^{liv} .	930
	No he bebido, de aquí saco, que era uno, y ya soy dos.	935
	Pues, sus, concertémonos, seor ^{lv} Guarín multiplicado, defiéndame ⁶⁵ aqúeste lado, hombre no pase esta calle, sin detenerle o matalle	940
FABIO.	mientras hablo con Florela. ¡Oh qué donosa cautela! En fin, tú eres el amante desta fregona ^{lvi} inconstante.	
	¡A ti buscaba, por Dios! ¡Alto, acuchillémonos!	945
GUARÍN.	¡Mete mano, vente a mí! Agora saco de aquí que este es yo, y aqúesto arguyo viéndome enemigo suyo,	950
	pues nadie (aunque es barbarismo) lo fue más que de sí mismo, y si yo soy mi mayor enemigo, será error	
	no huir de aquí al momento, pues [es] ^{lvii} este el vencimiento que el mundo celebra más, irme pretendo, además, que reducida a cuestión	955
	se me enfría la afición por ser poco porfiado.	960
FABIO.	¿Dónde vas?	
GUARÍN.	Se me ha [a]cordado ^{lviii} lo que Otavio me mandó.	
FABIO.	Mete mano, acaba.	
GUARÍN.	Yo lo doy ya por bien reñido.	965
FABIO.	¡Gentil mandria ^{lix} !	
GUARÍN.	Ya he creído que sois otro Rodamonte ^{lx} .	
FABIO.	Pues a dejarme disponte la calle o la vida, aquí.	
GUARÍN.	Pues si a escoger me da a mí, no hay que reñir entre buenos, que una calle más a menos,	970

⁶⁵ Difúndame]

FABIO.	vale menos que una vida. (<i>Vase</i>) A un corzo excede en vida, según vuela y se abalanza. La industria todo lo alcanza, si procede en este estilo, mi industria tendrá Camilo muy buen fin en su esperanza.	975
	<i>(Vase aparte. Y salgan Camilo y Belisa y Florela, y Fabio se llega a Florela)</i>	
CAMILO. BELISA.	¿Tan forzosa es la ocasión? No puede ser más forzosa, señor, que la obligación, que en correspondencia honrosa le tenéis a mi afición. Bien se ha visto el poco gusto que en ser mi dueño tenéis, pues, sabiendo cuánto gusto de que esta ausencia escuséis, gustáis darme este disgusto. Bien pude hasta dar el sí estar en dalle remisa, mas ya después que le di en la afición, Dido elusa ⁶⁶ xi, no me ha de ex[ced]er ⁶⁷ a mí. Desposémonos primero que a Roma os partáis, señor, que si en esto persevero, es por estimar mi honor que ya vuestro considero. ¡Qué dirá toda Florencia cuando de dos meses pasa que tenéis franca licencia de ser dueño desta casa, viéndoos hacer della ausencia, sin habernos desposado como la Iglesia dispone!	980 985 990 995 1000 1005
CAMILO.	Cuando lo hayan murmurado hay disculpa que me abone el haberlo dilatado. Bien veis que este casamiento no se puede celebrar, atendiendo al testamento, siendo fuerza haber de estar a nuestro consentimiento en Florencia Belisario, de quien agora está ausente,	1010 1015

⁶⁶ Elija]

⁶⁷ Creer]

	y que venga es necesario, pues, de más de ser pariente, quedó por testamentario.	
	A cuya disposición quedamos subordinados.	1020
	Y su mucha dilación, perezosa a los cuidados de una propincua ocasión, nos obligó a anticipar	1025
	los frutos de nuestro amor, que en los gozos del amar aquellos saben mejor, que suele el amor hurtar.	
	Pues esto está ya en estado, que divertirse no puede, sin causa es vuestro cuidado, nadie en amaros me excede, ni en cumplimientos de honrado.	1030
	En tanto que viene, yo de Roma podré volver, que, como os digo, quedó mucho por satisfacer de lo que allá me llevó.	1035
	Tal contradicción hallé en mi pecho, en vuestra ausencia, que por gozaros dejé los negocios, y a Florencia casi en dos días llegué.	1040
	Con esta misma presteza procuraré yo venir, que ausente de esa belleza un hora será vivir forzando a naturaleza.	1045
BELISA.	Bien veis, que ya me dejáis con prendas de nuestro amor, y si en venir os tardáis, quizá robará el dolor la joya que más preciáis.	1050
	Un mes ha que en mí he sentido, que siendo una soy ya dos, y pues así ha sucedido, no malogremos, por Dios, tanto bien con mucho olvido.	1055
	Y pues es fuerza partir, por esta noche siquiera se pudiera diferir.	1060
CAMILO.	Tarde es ya, señor. Quisiera tan justos gustos cumplir.	
	Mas pues que me parto agora,	1065

	creedme que importa así. Quedaos, adiós mi señora, que no puedo esta[r] aquí ni en Florencia media hora.	1070
	Una carta he rescibido que me da toda esta prisa, y así que me deis os pido licencia y brazos, Belisa: iré más favorecido.	1075
BELISA.	Suplícoos que os regaléis en aquesta ausencia mía.	
	Mientras vos ausente estáis, en pena y melancolía mis regalos cambiaréis.	
FLORELA.	¿Tú también te vas, Guarín?	1080
FABIO.	¿Pues cuándo viste tú andar a Sancho sin su rocín ⁶⁸ ?	
FLORELA.	¿Y diga, hame de dejar?	
FABIO.	¿Cómo?	
FLORELA.	Hecha matachín ^{lxii} .	
FABIO.	¿Qué quieres de mí?	
FLORELA.	Quisiera un abrazo.	1085
FABIO.	Toma dos.	
FLORELA.	¡Ay quién contigo se fuera! ¡Ay Guarín, mal me haga Dios si con gusto no lo hiciera!	
	¿Qué me ha de traer de allá?	1090
FABIO.	Esto estaba yo aguardando, que traer no faltará.	
FLORELA.	Diga, ¿qué?	
FABIO.	Estoylo pensando. Ansí por Dios, ya, ya, ya: he de traerte, y que tales, de famosos han de ser.	1095
FLORELA.	¿Qué, mi Guarín?	
FABIO.	Cardenales, pero para los traer dame acá tus atabales ^{lxiii} , que los míos, vive Dios, que me los dejó ocupado[s] ^{lxiv} , aquí para entre los dos, la posta de entrambos lados.	1100
FLORELA.	Toma, toma para vos.	
	<i>(Dele higas^{69lxv})</i>	
	Esos los regalos son	1105

⁶⁸ Rocino]

⁶⁹ Bigas]

	que de ti siempre esperé. Plegue a Dio[s] ^{lxvi} que un tropezón contigo la posta dé, que te mate, bellacón.	
CAMILO.	¡Ea! No haya más, mi bien, recogeos por vida mía.	1110
BELISA.	Adiós, mi señor, en quien se va toda mi alegría. Tráigaos Dios con bien, amén.	
	<i>(Vanse los dos.)</i>	
CAMILO.	Enternecido ⁷⁰ he quedado, y, de tanto sentimiento, celoso y amartelado, conociendo que su intento a Otavio va dedicado.	1115
	Que aunque de la posesión tengo agora la tenuta, carezco de real acción, que, aunque mi alma disfruta los gustos, es con pensión.	1120
	Nunca amor contento ha dado que no sea con descuento de otro pesar redoblado.	1125
FABIO.	¡Ánimo! ¡Qué lindo cuento! ¿Agora en eso hemos dado? ¿No me tienes vivo a mí?	1130
CAMILO.	¡Pues qué tienes que temer! Oh Fabio, ¿tú estás aquí? No te había echado de ver.	
FABIO.	¿Cómo te afliges así?	
CAMILO.	No ha sido más en mi mano, ya puesto en las tuyas veo mi remedio, Fabio hermano. Muy bien de tu ingenio creo, que no habrás trazado en vano la ficción ⁷¹ desta partida, ya me despedí cual viste, dime agora, por tu vida, ¿Qué es lo que hacer pretendiste?	1135
FABIO.	Eso por un rato olvida, ven y déjame a mí hacer, pues a mi cargo he tomado este negocio.	1140
CAMILO.	Entender	
FABIO.	quisiera lo que has trazado. Muy presto lo has de saber.	1145

⁷⁰ Entretenido]

⁷¹ Afición]

CAMILO.	Porque reconozco, Fabio, que es menester prevención contra el agravio de Otavio, pues toca en reputación la calidad de su agravio.	1150
FABIO.	Por eso soy yo nacido, nada tienes que temer. Calla, pues ⁷² yo te lo pido, que este agravio vendrá a ser el agravio agradecido. (<i>Vanse</i> ⁷³ .)	1155

⁷² Que]

⁷³ Vase]

ACTO⁷⁴ SEGUNDO⁷⁵

(Salgan OTAVIO, galán en Corte, y GUARÍN)

OTAVIO.	¿Quieres volcarme el juicio?	1160
GUARÍN.	¿Estás borracho, demonio? Yo daré por testimonio, aunque darle no es mi oficio, que estoy allá en otra parte, aunque aquí contigo estoy.	1165
	Dices que cobarde soy, y no es más valiente Marte ^{lxvii} : a cien hombres desafío y se me hace poca copia.	1170
	Y por mi persona propia diablos por el aire invío, pues que cuando cierro el puño, tanto a quien pego atosigo, que los sesos al ombligo del primer golpe le acuño.	1175
	Conmigo anoche reñí, y a coces y cintarazos casi me hiciera pedazos; defiéndame Dios de mí. estoy ya muy adelante,	1180
OTAVIO.	un Lucifer parecía. ¡Que sufra yo un ignorante! Si segunda vez repites semejante desatino,	1185
GUARÍN.	vive Dios de hacer que el vino por los ijares vomites. Mátame, yo soy tu hechura, mas la verdad he contado, no hay que dudar, yo he quedado como la mala ventura que «diz» ^{lxviii} que está en toda parte. No hay hoy rincón en Florencia en quien no esté por presencia.	1190
OTAVIO.	No, no hay que maravillarse.	1195
GUARÍN.	Después que yo me acosté, ¿Saliste anoche de casa? Yo te diré lo que pasa: sí salí, perdóname, que este diablillo de Amor, amigo de zancadillas, me sacó de mis casillas.	1200

⁷⁴ Jornada]

⁷⁵ segunda]

OTAVIO.	¿Dónde fuiste?	
GUARÍN.	Ese es mi error. En «cas» ^{lxi} de Belisa fui a ver a Florela.	
OTAVIO.	¿Y viote	1205
GUARÍN.	Belisa? ¿Reconociote? No, no encontré más de a mí, que me andaba paseando de Florela muy celoso, como el toro que en el coso ^{lxx} está la tierra aventando.	1210
	Vime y quíseme asconder, y como esconderme vi, cual toro me acometí y yo comencé a temer.	1215
	Quise y no pude escaparme, porque me agarré de modo que no fuera el mundo todo bastante a desagarrarme.	
	Entendí que era el galán, que a mi Florela recuesta ^{lxxi} , aquí sí que fue la fiesta puños vienen, coces van.	1220
	Molime de tal manera con puñadas que me di, que me estoy temiendo ^{lxxii} aquí, como si el demonio fuera.	1225
OTAVIO.	¿Es aquesto algarabía?	
GUARÍN.	¿Qué dices? ¿Estás en ti?	
	Digo, señor, lo que vi, ¿Es griega la lengua mía?	1230
OTAVIO.	Digo que encontré conmigo. Eso no te he de creer, Que, en llegando a anochecer, jamás estás tú contigo.	1235
GUARÍN.	Tú debiste de soñar a la sombra del tintillo. Dígalo este lobanillo ^{lxxiii} que tengo en este quijar.	
OTAVIO.	A entenderte no me obligo. ¿En qué me puedes fundar, que estás en otro lugar, si estás agora conmigo?	1240
GUARÍN.	¡Esa viene a ser mi duda! Mas pues es, bien puede ser.	1245
OTAVIO.	De risa he de perescer si este orate no se muda.	
[GUARÍN] ^{xiv} .	¿Ríeste? Pues, vive Dios, que no cuento chilindrinas ^{lxxiv} , sino verdades muy finas,	1250

OTAVIO.	y que soy hombre de a dos. Tú me quieres volver loco, bien dicen que uno hace ciento.	
GUARÍN.	Basta, que piensas que miento. Contigo valgo muy poco, si no somos dos Guarines, y el otro no me hizo alheña ^{lxxv} , que me veas hecho dueña con sus tocas y chapines. Mira si este es juramento que se me puede creer.	1255 1260
OTAVIO.	Dos Guarines puede haber, no está en eso mi argumento. El otro Guarín que viste, ¿Quién era?	
GUARÍN.	Digo que yo, ¿No preguntas esto?	1265
OTAVIO.	No	
GUARÍN.	¿Pues qué preguntar quisiste?	
OTAVIO.	Que quién era aquel Guarín con quien reñiste	
GUARÍN.	¡Oh, cansado de decirlo estoy! Criado tuyo, que es lo mesmo en fin.	1270
OTAVIO.	¿Tengo otro más de ti?	
GUARÍN.	Pues en eso está la ciencia.	
OTAVIO.	Tú me apuras la paciencia, demonio, déjame aquí.	1275
GUARÍN.	Si en las manos te pusiese otro Guarín, ¿qué dirías?	
OTAVIO.	Direte que desvarías, aunque lo que dices vieses.	
GUARÍN.	Plegue a Dios que deste agravio me vengue Belisa en fin, y que, como yo un Guarín, halles también otro Otavio. Aflígeme, date prisa, porque tu siervo me nombro.	1280 1285
OTAVIO.	Por una parte me asombro, por otra ^{lxxvi} muero de risa. Esta de Belisa es la casa. Di que he venido.	
GUARÍN.	Halles, pues no me has creído, Otavios de tres en tres.	1290

(Dicen dentro BELISA y FLORELA, y luego salen)

BELISA.	¿Otavio dices que viene?
FLORELA.	De la ventana le vi.

BELISA. Baja a abrir, ¿qué te detiene?
volver tan presto, ¡ay de mí!,
Misterio sin duda tiene. 1295

*(Ella muy alegre, y él muy compuesto,
quitada la gorra, muy remiso, como
ignorante del pensamiento de BELISA.)*

BELISA. ¿Señor?

OTAVIO. ¿Señora?

BELISA. Mi bien.

OTAVIO. ¿Cómo no me dais los brazos?
Cuando remisos estén
al gozo de aquesos lazos,
no lo juzguéis a desdén. 1300

Mi corto merecimiento
causa aquesta remisión,
señora, en mi atrevimiento:
mas ya en vuestra permisión
mi cortedad toma aliento. 1305

(Abrázanse.)

Aunque dueño he merecido
ser de tan sumo favor,
también estoy advertido
que sin posesión mayor
hubiera andado atrevido. 1310

Sin ella no me atrevía
gozar tan diestra fortuna,
pero ya desde este día,
sin contradicción alguna,
gozaré la que es tan mía. 1315

BELISA. ¿Cómo tan presto volvéis?

OTAVIO. Bien correspondéis mi amor,
Aunque irónica os mostréis,
mi buena dicha mejor
que no a mi amor culparéis. 1320

Ninguno que a Roma irá
presuma que breve corte
a sus negocios dará,
pues solo el tiempo en la corte
es quien por la posta va. 1325

Distesme de plazo un mes,
yo quisiera solo un día.
Mas sucediome al revés
la pretensión a que ibas,
pues en ella gasté tres. 1330
Meses dije y años fueron
por mis deseos tenidos,

	(tanto se me diferieron). años dije, y mis sentidos siglos les atribuyeron.	1335
BELISA.	¿Tres meses, señor, decís, que en Roma ausente estuvistes?	
OTAVIO. BELISA.	Siglos dije, si advertís. Siglos una noche hi[ci]stes ^{lxxvii} . ¡Mucho mi ausencia sentís! Juzgaba yo mi afición con antojos, de tal forma, que en pequeña digresión multiplicaba la forma del ausencia mi opinión.	1340
OTAVIO.	Mi señora, ¿no advertís que es vana la consecuencia que al argumento inducís, cuando tres meses de ausencia a una noche reducís? Mas no es caso muy injusto hacer tan corto descuento, antes hacerle es muy justo, quien para este casamiento siempre mostró poco gusto. Bien, señora, habéis contado, bastante disculpa os doy, habiendo considerado que, aunque esté muy lejos, soy el cerca ^{lxxviii} de vuestro enfado.	1345 1350
BELISA.	Señor, mientras que fui mía de mi libertad usé, porque en efeto podía, mas ya en vos la renuncié. Vuestra soy desde aquel día, mas no acabo de entender vuestro lenguaje, y el modo con que me volvéis a ver. No a donaires me acomodo, que soy principal mujer. Anoche de aquí salistes, de quien saqué el argumento, que pues tan presto volvistes fue amoroso pensamiento el que por verme emprendistes.	1355 1360
OTAVIO. BELISA.	¿Yo anoche salí de aquí? ¡Ese es muy buen preguntar! ¿Cómo lo decís así?	1365
OTAVIO.	Porque es forzoso el dudar en lo que nunca entendí.	1370
BELISA.	¡Bueno es eso, por mi vida! Así le dé logro Dios	1375 1380

	a aquesta prenda querida. resulta de ambos a dos, que en mis entrañas se anida, que me da que sospechar ese descuido avisado.	1385
OTAVIO.	A mí mucho que admirar vuestro aviso descuidado, digno ^{lxxix} de considerar. Mucho procuro entender, señora, vuestras razones, porque vienen a tener terribles contradicciones que no acierto a resolver. Ese lenguaje de prenda y de entrañas, vive Dios, que no sé cómo se entienda. Decidlo más claro vos, para que no me suspenda.	1390
BELISA.	Mucho del olvido infiero con que mis cosas tratáis, y puesto que considero que nada desto ignoráis, volver a decirlo quiero. ¿Quién es dueño del tesoro que mis entranas encierran ^{76?} ¡Eso es lo que más ignoro! ¡Mucho las mujeres yerran que aventuran su decoro! ¿Eso me decís? ¿Qué es esto? Daré voces a los cielos, pondré en aventura el resto de mi honor, obligarelos a que me venguen muy presto.	1395
OTAVIO. BELISA.	Reportaos, mirad primero lo mucho que aventuráis. Yo soy noble caballero y sin razón me imputáis un término tan grosero. ¿Yo imputar? ¡Aquí dé Dios! ¿Cómo me podéis negar lo que pasa entre los dos? ¡Si es burla es mucho apretar! Harto más me apretáis vos. ¿Yo vuestra mano he tomado, si no fue para asentar el casamiento tratado? ¿Yo he vuelto a aqueste lugar ni en tres meses os he hablado?	1400
		1405
		1410
		1415
OTAVIO.		1420
BELISA.		1425
OTAVIO.		1430

⁷⁶ Encierra]

Si pretendéis por ahí
 que lo que otro ha merecido
 se me ponga en cargo a mí,
 ni me siento tan rendido, 1435
 ni tan sufrido nací.
 No sé en qué predicamento
 a mi discurso tenéis,
 pues que tan sin fundamento
 persuadirme pretendéis 1440
 disparate tan violento.
 Perdonad este lenguaje
 que, como mi presunción
 va por distinto viaje
 de vuestra proposición, 1445
 extraña mucho el linaje.
 Conserve su posesión
 el dueño de tal empleo,
 que juzgo vuestra elección
 tan acertada que creo 1450
 será de satisfacción.
 Mil siglos os goce, amén,
 el que un hora os mereció,
 ¿Quién es?, porque el parabién
 después de dárselo yo 1455
 mis amigos se le den.
 Yo quedo desobligado
 de la palabra que os di,
 y puesto que lo he quedado,
 podré disponer de mí, 1460
 que no estoy tan despreciado
 que no me estime en Florencia
 alguna noble mujer,
 ni es tan pequeña mi herencia,
 en que vengo a suceder 1465
 según nuestra conveniencia⁷⁷,
 que no brille mi persona
 entre las de más caudal,
 que, aunque mi sangre me abona
 a la que es más principal, 1470
 el caudal la perfeciona.
 Y basta por fundamento
 y apoyo de mi intención
 ver que contra el testamento
 hicistes nueva elección 1475
 para vuestro casamiento.

(Alborotada.)

⁷⁷ Conveniencia]

	¡Vil infame florentín, el cielo vengue mi agravio! Tú sabes qué es esto, en fin.	
OTAVIO. GUARÍN.	Digo yo que habrá otro Otavio, como ha habido otro Guarín. Huélgome que me crearás, que no levanto quimeras. Ya satisfecho estarás.	1520
OTAVIO.	Mucho saco destas veras, cuanto las discurro más ⁸⁰ . Mucho hay que advertir aquí, y piden más atención estos discursos, y así no soltaré la ocasión, pues me da el cabello a mí ⁸¹ . Aquí no hay que esperar más, primisas son verdaderas. Adiós, señora.	1525 1530
BELISA.	¿A dó vas?	
OTAVIO.	¿Mandáis algo?	
BELISA.	¿Consideras la obligación en que estás?	1535
OTAVIO.	Yo, señora, considero que decís que estáis preñada, y que yo soy caballero. (<i>Vase.</i>)	
BELISA.	Dadme, Vireno, la espada, que a Olimpia ^{lxxxiii} imitar quiero. Florela, dame mi manto, y si no ireme sin él, provocando al mundo espanto por esas calles, tras d'él, o por el mar de mi llanto. (<i>Vase.</i>)	1540 1545
FLORELA. GUARÍN.	¿Qué es esto, Guarín? El diablo, que se ha soltado en Florencia. Presume que aunque la hablo, que excusara en mi paciencia la azotea, que la entablo.	1550
FLORELA.	¿De qué te quejas, traidor? ¿Pues no me quejo a los cielos de tu mucho desamor tras maltratarme con celos, tanta bravata y rigor? ¿Dirasme que no saliste de aquí anoche? Mas sois tales, que lo dirás.	1555
GUARÍN. FLORELA.	¿Tú lo viste? Sí, cuando los cardenales	1560

⁸⁰ Los dos discurramos]

⁸¹ Así]

GUARÍN.	de Roma me prometiste. Esos te puedo yo dar, Aunque no los prometí, que en este particular hartos tengo.	
	<i>(Señalando atrás)</i>	
FLORELA.	Besa y ^{82lxxxiv} ,	1565
	que no lo puedes negar. ¿No me dijiste ⁸³ al partir aquestas mismas razones? ¿De qué te sirve fingir?	
GUARÍN.	En ocasiones me pones que me venga a persuadir que fue yo el que se partió, porque yo no pude ser, porque no estaba aquí yo, y así me puedes creer, que el otro yo te engañó.	1570 1575
FLORELA.	¿Qué dices, que no te entiendo?	
GUARÍN.	¿Es acaso jerigonza? Ni aún yo que lo estoy diciendo lo entiendo.	
FLORELA.	¿Soy yo peonza, que así me has de andar trayendo?	1580
GUARÍN.	Vaya el diablo para puto ^{lxxxv} ,	
FLORELA.	y arrójame acá un abrazo. A fe que es un disoluto.	
	<i>(Abrázanse.)</i>	
GUARÍN.	Agradezca el picarazo ^{lxxxvi} que un sopapo no ejecuto. Queda, adiós, que Otavio espera, y mañana nos veamos.	1585
FLORELA.	Yo cada punto quisiera, pero quedan nuestros amos como ves.	1590
GUARÍN.	Que es vinagrera ^{lxxxvii} . Mañana estarán en paz, no tengas deso temor, esto que te digo haz.	
FLORELA.	Siempre sus gustos Amor nos desazona en agraz.	1595
	<i>(Vanse y salen CAMILO y FABIO)</i>	

⁸² Ahí]

⁸³ Dijisti]

CAMILO.	¿No me dirás lo que intentas?	
FABIO.	Diversas veces te he dicho que al tiempo y a mí nos dejes, y agora otra vez lo digo.	1600
	Presto verás lo que pasa, no seas tan mal sufrido, pues el tiempo es buen maestro y yo no soy mal ministro.	
CAMILO.	Pues quieres que pase así, por lo menos, Fabio amigo, me dirás algunas cosas desta tu ciencia o hechizos:	1605
	¿Quién fueron sus profesores? ¿De quién tuvieron principio? ¿En qué verdades se fundan? ¿Cuáles son sus aforismos?	1610
FABIO.	Hasme preguntado cosa que es para los hombros míos, aunque <i>ex profeso</i> la trato de peso muy excesivo.	1615
	Ese curioso deseo no prosigas ⁸⁴ , te suplico; déjalo para otro día, si fueres dello sirvido.	1620
CAMILO.	Aquesta curiosidad nace de haber advertido que quien no mira los fines, no pasa de los principios.	
	Después que en aqueste engaño andamos, Fabio, yo he visto que todos cuantos me ven por Otavio me han tenido.	1625
	Y sucédeme al revés cuando al espejo me miro, pues que nunca miro en él a Otavio, sino a mí mismo.	1630
	¿Cómo, pues, se compadesce que conservando yo el mío en rostro, en forma y sustancia el ser ajeno repito?	1635
	Esto no alcanzo a saber, y aunque co[n]tra ⁸⁵ tu desinio me has de resolver mi duda o no hemos de ser amigos.	1640
FABIO.	Contra tan fuerte conjuro, ni puedo, ni me resisto. Direte lo que me mandas, aunque en términos sucintos:	

⁸⁴ Propongas]

⁸⁵ Corra]

«magia» es vocablo persiano, 1645
y significa lo mismo
que «filosofía» en Grecia
y «ciencia» entre los latinos.
Zoroastro ba[c]triano,
rey en las partes de Egipto, 1650
dio principio a aquesta ciencia,
según lo refiere Plinio^{lxxxviii}.
Este es del mesmo que escribe
en sus historias Solino^{lxxxix},
que nació al mundo riendo 1655
contra el natural estilo.
Tiene mucho aquesta ciencia
de efectos demostrativos,
que los que ignoran las causas
las estiman por prodigios. 1660
San Agustín, doctor sacro,
largamente en los capítulos
diecisiete y dieciocho
del decimotavo libro
de *La ciudad de Dios*, cuenta 1665
haber en Italia oído
mil sucesos desta ciencia
a sujetos fidedignos.
Cuenta de unas mesoneras 1670
que daban un cierto mixto
de queso a los pasajeros
en hechizo tan activo
que en bestias los transformaban
y habiéndolos conducido
cargados por varias partes 1675
de cosas de su servicio,
después los restituían
por tiempo a su ser antiguo,
puniéndolos muy distantes
de aquella tierra y distrito^{xc}. 1680
Otras muchas cosas cuenta
que por brevedad no digo.
Léele que en él verás
mil sucesos peregrinos.
También refiere Apuleyo 1685
que tracando⁸⁶ un botecillo,
quiriendo mudarse en ave,
quedó en asno convertido,
cuyo unguento pienso yo
que aún dura hasta nuestros siglos, 1690
pues vemos que visten tantos
el irracional pellico^{xc1}.

⁸⁶ Trazando]

Nadie se pique de aquesto,
que tan rodado ha venido,
pues por un dicho en su tiempo
puede perderse un amigo. 1695
Y lo que me admira mucho
es lo que dice Virgilio
en un verso de la otava
Écloga, y es este el mismo:
«Atque satas alio vidi
traducere messis^{xcii}».
Mujeres hubo en Tesalia,
dice, que a fuer de exorcismos
transferían los sembrados
de los unos a otros sitios. 1700
Pero si quisieres ver
mucho desto, te remito
al *Mal[l]jeus Maleficarum^{xciii}*,
y al padre Martín del Río
en su *Magia a Torre Blanca*,
y ahora nuevamente al mismo
en su *Iure Spirituali^{xciv}*,
donde hay mucho desto escrito.
Pero en las unas y otras
se ha de asentar por principio,
según dice el dotor santo
en el lugar referido
que de realidad carecen,
por ser un ser apócrifo,
y no tener^{xcv} de verdad
más que engaño del sentido. 1710
Que puesto que en lo aparente^{xcvi}
a creer nos persuadimos,
que es real lo que miramos
por el símil concebido,
este concepto se causa,
como sucede al dormido
que juzga lo que no es
con el obtuso⁸⁷ juicio. 1715
Eso el mago con sus artes
en los extraños sentidos
causa con yerbas, palabras,
caracteres y sigilos. 1720
Por manera que mi ser,
naturalmente adquirido,
no puede el mago quitarme,
porque este es poder divino.
Puédeme hacer creer,
por encantos y prestigios, 1725
1730
1735
1740

⁸⁷ Obtasso]

	que la noche es claro día, que el casto cisne es un grifo. Así pasa en nuestro caso, tal en la idea te pinto	
	de Belisa y los demás, que he podido persuadirlos que eres Otavio, y que yo soy Guarín, y es desvarío, pues para esta persuasión aún no has mudado vestido.	1745 1750
CAMILO.	Esto es cuanto a tu pregunta, a quien creo he respondido, aunque en tan breve discurso, lo que es de saber más digno. He quedado satisfecho en mi duda, porque he visto el fundamento que tienen las razones que me has dicho. Mas dejando estos sucesos, será tiempo, Fabio mío, que te pregunte yo el fin en que han de parar los míos.	1755 1760
FABIO.	¡Oh qué terrible que estás! Presto pones en olvido las súplicas que te hago, no es tiempo, otra vez lo digo. Vamos en cas de Belisa, adonde te certifico que anda el diablo suelto ahora, y es necesario mi auxilio.	1765 1770
CAMILO.	¿Cómo así?	
FABIO.	Desde aquí allá te diré sucesos lindos, y el modo que has de tener para poder divertirlos.	
CAMILO.	¿Qué ha pasado?	
FABIO.	Ven, señor, y apercibe.	1775
CAMILO.	Ya apercibo.	
FABIO.	Prosigue y di lo que pasa. Pues está atento y prosigo.	
	<i>(Vanse. Salga sola BELISA)</i>	
BELISA.	Quien apriesa a un error se determina es justo que despacio se arrepienta. muchos disgustos a un placer aumenta quien el fin al principio no examina. Tire cuerdo del gusto la cortina quien consultar al desengaño intenta,	1780

	venimos a dar en una harto extraordinaria y nueva. Digo nueva para mí, que, aunque curial en Florencia, jamás entendí tal cosa, ni entendida la creyera. Mas certificolo tanto, y con tantas congruencias ⁹⁰ lo apoyó, que fue forzoso de todo punto creerla.	1830
	Es, pues, que vive aquí un hombre tan diabólico en las ⁹¹ ciencia[s] ⁹² de mágica ^{xcviii} , que hace cosas que excede a naturaleza.	1840
	Transfórmase en varias formas, ya de hombres, ya de fieras, ya de aves, ya de plantas y ya de cosas diversas. Con embustes semejantes ha dado en una quimera, que abrasará la ciudad si luego no se remedia.	1845
	Esto es, que se transforma (imaginarlo embelesa), por gozar mujeres nobles de sus dueños en ausencia, en sus personas, de modo, y con tantas conveniencias, la verisimilitud de sus engaños asienta.	1850
	Que sin que ellas se recaten, en fe de las evidencias, muchas quedaron burlad[as] ^{xcix} y con sucesión ajena.	1860
	Yo receloso de un daño tan grave, volví las riendas, dando de mano a negocios donde tanto honor se arriesga. Dadme, pues, mi bien los brazos sin culpar mi diligencia, pues no nació, vive Dios, de duda que de vos tenga.	1865
BELISA.	Es ilusión del sentido. ¿Cielos, qué máquina es esta? ¿Daré crédito al oído cuando la vista lo ⁹³ niega?	1870

⁹⁰ Cougruencias]

⁹¹ La]

⁹² Ciencias]

⁹³ Le]

	Mucho tengo que advertir en ocasión como esta, mayor que la que yo tengo necesito la prudencia.	1875
	Ya esto es hecho, el sufrimiento en las mujeres de prendas es timón con que la nave de sus flaquezas gobiernan.	1880
	Disimular me conviene lo pasado, agora sea verdad lo que usó conmigo o lo que de nuevo intenta.	1885
CAMILO.	Que el tiempo tiene de ser quien estas nubes resuelva, doliéndose de mis dichas, y premiando mis firmezas.	
	Pues, mi señora, ¿qué es esto? ¿Conmigo tanta esquivaza? ¿Cómo me negáis los brazos siendo mis más dulces prendas?	1890
BELISA.	No es maravilla, señor, que imaginar me divierta, si sois vos mi propio dueño o la fantástica idea	1895
	de ese embustero o demonio, muerte de las honras nuestras, que con tan arduos embustes ceba su apetito en ellas.	1900
	Qué seguro tendré yo que satisfacer me pueda de la verdad deste engaño, donde tanto honor se arriesga.	
CAMILO.	Acordaos de las palabras que aquella noche primera que merecí vuestros brazos os dije, que fueron estas.	1905
<i>(En secreto)</i>		
FLORELA	Guarín, ¿qué me dices desto? ¿Es la verdad lo que cuenta deste encantador tu amo?	1910
FABIO.	¡Triste de mí si lo fuera! No hay más verdad en el mundo. ¿Pues qué hay?	
FLORELA.	Con que me ofrezcas secreto, te lo diré.	1915
FABIO.	Sí te ofrezco, a fe de veras.	
FLORELA.	¿A fe de veras no más?	
FABIO.	¿Pues qué quieres?	

FLORELA.	¿Tan a secas?	
	Miren que por vida tuya al bellacón se le suelta.	1920
FABIO.	Ya lo juro. Dilo, acaba.	
FLORELA.	Sabrás que una linda fiesta tuvimos esta mañana.	
FABIO.	¿Cómo?	
FLORELA.	Quedo ^c , no lo entiendan.	
	Estuvo otro Otavio acá, y a fe que el bellacón era gentilmente redomado.	1925
FABIO.	¿Pues cómo así?	
FLORELA.	Olió la mecha y huyó el tiro que le hacía.	
FABIO.	¿No dirás de qué manera?	1930
FLORELA.	Dióle con la preñez luego y él sacó pasos afuera.	
FABIO.	¿Y qué infieres de eso tú?	
FLORELA.	No sé lo que inferir pueda.	
FABIO.	Pues has de saber que entabla el mago así su cautela.	1935
FLORELA.	¿Luego el mágico era aquel?	
FABIO.	Sí, y usó de aquella treta para comenzar con burlas lo que acabará de veras.	1940
FLORELA.	Ánimo, ¡Cristi Jesús! de temor estoy ya muerta, no estoy más en esta casa.	
FABIO.	Oye, escucha, no seas necia. ¿Trajo acaso otro Guarín?	1945
FLORELA.	Habla bajo, que sí.	
FABIO.	Ea, ¿Jugose un poco de manos?	
FLORELA.	Apostaré que lo niegas. Mal año para el bellaco, ¿A mí con aquesas fiestas?	1950
	Mejor le ⁹⁴ conocí yo, mi Guarín, que ello que se era.	
FABIO ^{xv} .	Con señas tan evidentes ninguna duda me queda.	
[FLORELA] ^{xvi}	Vos sois mi señor y dueño, y yo soy esclava vuestra.	1955

(*Abrázanse*)

CAMILO. Pues porque no os quede duda,
caso lo que Dios no quiera,
que este embustero o demonio

⁹⁴ Lo]

	a algún engaño se atreva, dadme, pondreme esa banda, que ella podrá haceros cierta desta distinción.	1960
BELISA.	Tomadla, que es prevención muy discreta.	
FLORELA.	Toma esta cinta y pondrasla en el sombrero, y con ella te sabré diferenciar.	1965
FABIO.	Estímola por tu prenda, <i>y ad perpetuam rei memoriam^{ci}</i> quedará en las entretelas de mi corazón.	1970
FLORELA.	Escucha, voy que llaman a la puerta. (<i>Vase.</i>)	
CAMILO.	Y por más confirmación de mis verdades sinceras, mañana quiero tomar la bendición de la Iglesia.	1975
BELISA.	Viváis mil siglos, amén, pues con eso se cierran a mil sospechas del vulgo, y a muchas más las puertas.	1980
<i>(Vuelve FLORELA)</i>		
FLORELA.	Leonora de un coche agora a nuestra puerta se apea, donde aguarda para verte que la mandes dar licencia.	
CAMILO.	¿Leonora? ¿Quién es Leonora?	1985
BELISA.	No es muy mala la deshecha. Es la hermana de Camilo y en un tiempo pasión vuestra.	
<i>(Vase a recibir la visita hasta el patio^{cii})</i>		
CAMILO.	¿Hay más graciosa ocasión? Fabio, escucha.	
FABIO.	Ten paciencia, que has de ver milagros hoy, lindo paso de comedia.	1990
CAMILO.	¿Qué dices, he andado ^{ciii} bueno? ¿Fingí ⁹⁵ bien?	
FABIO.	En tal escuela andas para no aprobar. Oye, que tu hermana llega.	1995

⁹⁵ Finjo]

*(Entran Leonor[a] y Belisa de las
manos, y Clavela y Florela^{civ} también)*

BELISA.	Jesús, señora Leonora, ¿Cómo es esta novedad? ¿Vos en mi casa?	
LEONORA.	Señora, no ha sido en mi voluntad nuevo lo que veis agora. El ausencia de mi hermano y ⁹⁶ mis indisposiciones el término cortesano me limitan.	2000
BELISA.	Aficiones todo imposible hacen llano. ¡Ay, Leonor! Dios os bendiga, que como un ángel venís; no escusáis aquesta higa ^{cv} . ¡Yo no sé cómo decís que estáis indispuesta, amiga! O es la regla general que usamos para encubrir el defecto natural que no pudo divertir el remedio artificial. Aunque vos sois ecepción desta regla, pues el cielo os dio en todo perfección.	2005
LEONORA.	Vos lo decís, creerelo. Puesto que lisonjas son, estas pido que excuséis, que es hacerme mucho agravio. Y porque las olvidéis, digo que al señor Otavio muy largos años gocéis. Mucha parte me ha tocado de vuestro gusto.	2010
BELISA.	Eso creo, y en ello le habréis pagado el retorno a mi deseo en vuestro empleo ocupado. Este sea el que merece vuestro sujeto divino.	2015
LEONORA.	Que nos tornamos parece por el dejado camino, y de llaneza carece. Quiero haber ⁹⁷ a vuestro esposo y ofrecerme a su servicio,	2020

⁹⁶ Om. y

⁹⁷ Ver]

	que hombre que fue tan dichoso de mereceros, da indicio de mérito generoso.	2040
BELISA.	Esa es merced infinita: él llega a veros.	
CAMILO.	Señora, ya sus glorias resucita Belisa, gozando agora tan favorable visita.	2045
FABIO. LEONORA	¡Aquí es Troya! ¡Santo cielo! Esto vine a ver, en fin. <i>(Desmáyase)</i> Jesús sea conmigo.	
CAMILO.	Al suelo cayó.	
BELISA.	Torciose el chapín ^{evi} , la mano tiene hecha un yelo, el color se le ha mudado, mal quien ama disimula. <i>(Aparte.)</i> Su desmayo he penetrado, que siempre un pecho regula por sí el ajeno cuidado.	2050 2055
CAMILO. BELISA.	¡Leonora, Leonora, amiga! ¡Haced traer una caja! Mucho la pasión me obliga, mas pues tiño con ventaja, vano temor me fatiga. Toma esta llave, Florela, pero no, que no sabrás, ven conmigo y sacarela, mientras disimulo más, mas el temor me desvela.	2060 2065
<i>(Vanse las dos, y quedan CAMILO, y FABIO con LEONOR[A])</i>		
CAMILO.	¿A mí, señora Leonora? ¿Qué inopinado accidente os ha sucedido agora? Llegad aquí en que se siente, ¿Qué es esto, Jesús, señora? Arrastrad aquí una silla, parece que un sudor cobra.	2070
FABIO.	¿No es muy grande maravilla supuesto que en ella obra de amor la zarzaparrilla? tiene jarabe el amor, más sudativo que celos ⁹⁸ .	2075

⁹⁸ Veloz]

(*Está ya asentada*⁹⁹)

CAMILO. LEONORA	En muchos cambia el color. ¿Qué es aquesto, santos cielos?	2080
CAMILO. LEONORA	¿Conmigo tanto rigor? Señora. Cruel tirano, ¿Qué me quieres? Suéltame, ya no es tuya aquesta mano, nunca menos sospeché de tu proceder villano. El decoro milagroso alabo de mi recato, que habiendo de ser forzoso conocer tu pecho ingrato viene a ser menos penoso. Bien sé que no te obligué del modo que pretendiste. Mayor obligación fue negarte, si lo advertiste, lo que sabes que negué. En los hombres de opinión que aspiran a casamiento, se dobla la obligación. Cua[n]do a un mal fun[da]do ^{cvii} intento se niega la ejecución, si es sola la honestidad en la mujer el decoro que le da más calidad, perdido aqueste tesoro lo que queda es vanidad. De más que, si aventurara un dote tan soberano (aunque al duque le entregara), tengo yo tan noble hermano, que su honra restaurara. Y aun si llegara a entender que paseaba su calle en razón de pretender (no digo yo de acrabialle, que esto no pudiera ser, porque tiene el fundamento la torre de su valor en muy profundo cimiento), sino en ganarme un favor, aunque para casamiento, sin que hubieran precedido	2085 2090 2095 2100 2105 2110 2115 2120

⁹⁹ Sentada]

intercesiones muy graves,
que le hubieran reducido
a permitirlo, y saber 2125
lo que hubiera sucedido.
Y no creas que el perderte
causa en mí alguna pasión,
ni que por venir a verte
he tomado esta ocasión, 2130
que será desvanecerte.
A lo que solo he venido,
es a darte el parabién
del estado recibido.
Este te dé el cielo, amén, 2135
tal como yo se lo pido.
CAMILO. Quisiérate responder,
pero ya Belisa viene
y hay mucho que resolver.
Esas lágrimas disuelve, 2140
que mañana te iré a ver.

*Entre BELISA y FLORELA^{cviii}, toalla al
hombro, en una mano una fuente con una
caja, y en la otra un vidrio^{cix} de agua.*

BELISA. Sospecho que llego tarde,
escusadme en la tardanza.
LEONORA Ay amiga, el cielo os guarde,
poca ha sido mi templanza. (*Aparte.*) 2145
De celos el pecho se arde,
perdonad, no fue en mi mano,
estos desmayos me dan
después que se fue mi hermano.
BELISA. No me espanto, si darán 2150
que la causa no es en vano.
Cobrado habéis el color.
Comed de aquesta conserva,
que es de azahar.
LEONORA Grande favor. 2155
Quien los azares conserva,
encuentros sabrá mejor. (*Aparte.*)
Sois vos grande conservera.

*(Siéntanse las dos en estrado y Camilo en
silla. Come Leonora. Fabio y Clavela
hablan aparte. Florela asiste a dar la
conserva y está mirando a Fabio, y Clavela
haciendo ademanes de celos)*

FLORELA. ¿Cómo que a mis ojos pase
esto y de celos no muera?

	Fuego que a los dos abrase, ¡Y yo que se le pusiera!	2160
FABIO.	Digo que no le ha tomado la mano Otavio a Belisa.	
CLAVELA.	¿Pues no se han ya desposado?	
	¡Anda que es cosa de risa!	2165
FABIO.	No basta haberlo jurado.	
CLAVELA.	¿No le tiene dentro en casa y en nombre de su marido? Pues tu ignoranci[a] ^{cx} es bien crasa, si ac[a]so ^{cx} te ha reducido.	2170
FABIO.	Oye y sabrás lo que pasa, mas has de jurar primero el secreto.	
CLAVELA.	Jurarele, ya le juro.	
FABIO.	Aqueso espero.	
CLAVELA.	¿Pues qué he de hacer?	
FABIO.	Haz la ele.	2175
<i>(Alza el dedo Clavela habiéndole alzado Fabio)</i>		
CLAVELA.	Vesla aquí, ya eres grosero.	
FABIO.	Mira, que me lo has jurado, has de saber que los dos tienen (quedito ^{cxii}) tratado.	
CLAVELA.	¿De casarse?	
FABIO.	No, por Dios.	2180
	Oye, escucha, han concertado que la hacienda se divida entre los dos por mitad, y estando así repartida, cada cual su libertad goce sin que al otro impida el casarse a su elección.	2185
CLAVELA.	¿Y hay deso algún escribano que dé certificación?	
FABIO.	Yo lo digo.	
CLAVELA.	Fabio, hermano, no es gran calificación, pero en fin.	2190
FABIO.	No te [de]s ^{cxiii} prisa, Que será cortar el hilo Que llevo.	
CLAVELA.	¿Pues bien?	
FABIO.	Belisa se ha de casar con Camilo.	2195
CLAVELA.	¿Y Otavio?	
FABIO.	Cosa es precisa,	

	que se case con Leonora, porque este el concierto es.	
CLAVELA.	¿Qué me dices?	
FABIO.	Lo que agora ha pasado entre los tres.	2200
CLAVELA.	Cuéntaselo a mi señora y las albricias partamos.	
FABIO.	¿No digo que no conviene? ¿Agora en aqueso estamos? ¿Ese valor en ti tiene el secreto que juramos?	2205
CLAVELA.	Ansí olvídeme por Dios, digo que yo callaré por vida de ambos a dos.	
FABIO.	El secreto en mujer fue lo que en el catarro tos. Toda aquesta prevención es para obligarla agora a que de mi relación le dé cuenta a su señora	2210 2215
CLAVELA.	Con lo cual se irá entablando de mi nuevo engaño el fin. ¿No dirás que estás hablando entre los dientes, Guarín?	2220
FABIO.	Estaba considerando que si Leonora se casa con Otavio, como digo, (puesto que tu amor me abrasa) que tú te cases conmigo, y se quede todo en casa.	2225
CLAVELA.	No soy mía.	
FABIO.	¿Cómo ansí?	
CLAVELA.	Porque soy toda de Fabio.	
FABIO.	Ansí, ansí cuerpo de mí. (<i>Aparte.</i>) Con eso respunto el labio, perdona si te ofendí.	2230
LEONORA.	Muy grande merced recibo cuanta os puedo persuadir en grado superlativo, cuanto y más que en recibir las vuestras jamás me esquivo.	2235
BELISA.	Ya que a honrarla habéis venido no os iréis ¹⁰⁰ sin ver mi casa.	
LEONORA.	La honra he yo rescibido.	
FLORELA.	¿Qué tal miro, qué tal pasa lacayo, en fin, mal nacido?	2240
BELISA.	Entrad, y merced me haréis,	

¹⁰⁰ Vais]

LEONORA. que de algunas niñerías
 que tengo participéis.
 Yo acepto, porque a las mías
 otra vez favor les deis. 2245
 BELISA. Dadnos licencia, señor.
 CAMILO. A mí para acompañaros
 me la dad.
 LEONORA. Tanto favor,
 quedaos.
 CAMILO. No quiero ocuparos,
 cuando hacerlo fuera error. 2250

(De las manos las dos dicen aparte)

LEONORA. De celos perdida estoy.
 BELISA. Celos me tienen perdida.
 LEONORA. Veneno he bebido hoy.
 [BELISA.]^{xvii} Veneno fue mi comida. 2255
 LEONORA^{xviii}. Muerta quedo.
 BELISA.^{xix} Muerta voy. (*Éntranse.*)
 CAMILO. ¿Qué dices, Fabio, de aquesto?
 FABIO. Que para el intento mío
 el negocio está bien puesto.
 CAMILO. De tu industria más confío. 2260
 ¿Cuándo acabaremos?
 FABIO. Presto.
 CAMILO. Que Leonora a Otavio amaba.
 y que yo no lo sabía.
 ¡Fabio, aquesta es cosa brava!
 FABIO. Sufre que la traza mía 2265
 en ese amor se apoyaba,
 ¿tú no te quieres casar
 con Belisa?
 CAMILO. Cosa es llana.
 FABIO. Pues si se ha de efetuar,
 es forzoso que tu hermana 2270
 la mano a Otavio ha de dar.
 No pierdes reputación
 en aqueste casamiento,
 iguales en sangre son.
 CAMILO. Y tú sabes el intento 2275
 de Otavio en esta ocasión.
 FABIO. ¿Pues de qué sirvo en el mundo,
 si eso no tuviese efeto?
 CAMILO. En ti mi remedio fundo.
 FABIO. Ser en ello te prometo 2280
 un Zoroastro segundo.
 ¿No quieres mucho a tu esposa?
 ¿No es muy grande su prudencia?
 CAMILO. En cuanto al amarla, es cosa

	que no admite competencia, en cuanto a prudencia, es diosa. Crece amor cada momento en mi pecho, de manera que me persuade su aumento, que está en mí, como en su esfera, pues está en mí su alimento.	2285 2290
FABIO.	¿Sabes lo que se me ofrece de ese tu amor verdadero? que al del dinero parece, porque el amor del dinero crece, cuanto el mismo crece.	2295
CAMILO.	Lo que más vengo a temer en mi buena suerte, Fabio, es que si aquesta mujer se ofende de aqueste agravio, me tiene de aborrecer.	2300
FABIO.	Ya he dicho que soy nacido, y esto supuesto, el temer en ti impertinente ha sido, que este agravio vendrá a ser el agravio agradecido. (<i>Vanse.</i>)	2305

ACTO¹⁰¹ TERCERO¹⁰²

Salgan Leonora y Clavela.

LEONORA.	¿Eso me cuentas, Clavela?	
CLAVELA.	Esto Guarín me contó.	
LEONORA.	Que sea verdad o no poco el pecho me desvela.	2310
CLAVELA.	Anda, que creer no puedo que no sientes otra cosa.	
LEONORA.	Gócese allá con su esposa, con gusto infinito quedo. Quien vio lo que vi, creará semejante desatino.	2315
CLAVELA.	Lo mismo que tú imagino, pero en fin ello dirá. ¿Hoy no dijo que vendría a verte?	
LEONORA.	Que venga o no, ¿qué importará?	2320
CLAVELA.	¿Qué sé yo? ¡Qué gentil hipocresía! Bien sé que otra cosa sientes, ¡ea! todo se me alcanza, haz de mí más confianza, que no es bien así me afrentes. Mal se te mira en los ojos el gusto que has recibido.	2325
LEONORA.	Clavela, ya te he pedido que escuses ^{cxiv} de darme enojos; no me verás en tu vida, si desto me tratas más.	2330
CLAVELA.	¡Oh qué rigurosa estás! Celos te tienen perdida.	
LEONORA.	¿Yo celos? ¿Por qué razón? Nada Otavio me ha llevado. Si en efeto ¹⁰³ se ha casado, cumplió con su obligación. ¿A qué puede aquí venir?	2335
CLAVELA.	Si a dar disculpas, es tarde. Señora, así Dios te guarde, que no me has de persuadir con tu disimulación, que te da desabrimiento del trazado ^{104cxv} casamiento el trueco y disposición.	2340 2345

¹⁰¹ Jornada]

¹⁰² tercera]

¹⁰³ Sin efeto]

¹⁰⁴ Trocado]

LEONORA.	¿Que a tal te hayas persuadido? ¿Qué fundamento has hallado, en quien hayas apoyado engaño tan conocido?	2350
	¿No advertiste en el imperio con que en su casa mandaba? ¿Aquello no descifraba todo abscondido misterio? El que marido no fuera (sin más indicios que dejo nunca con tanto despejo en casa ajena estuviera). Todo lo noté, Clavela, y así vengo a reducirme a que no has de persuadirme tan disparada novela.	2355
CLAVELA.	Quien bien ama tarde olvida, entre amantes no hay agravio, necia será quien de Otavio, señora, perdón te pida. Ojalá, y por esta puerta le vieras entrar agora.	2360
	<i>(Entren Camilo con una carta en la mano y Fabio con él)</i>	
CAMILO.	Ya, mi señora Leonora de hoy más podréis estar cierta que hay muchos hombres con fe y que en todas ocasiones cumplen sus obligaciones como yo las cumpliré.	2370
LEONORA.	Jesús, señor, ¿vos aquí? ¿Quién os dio tanta licencia? ¿Qué dirá toda Florencia de veros entrar así? ¡Triste de mí, si entendiese Belisa aquesta visita!	2375
CAMILO ^{xx}	Puesto que la solicita, no es posible que le pese. Reportaos, no os alteréis, que si a vuestra casa vengo, licencia bastante tengo. ¿Desta carta conocéis la letra?	2380
LEONORA.	¿No es de mi hermano?	
CAMILO.	Un pliego suyo he tenido en quien vino.	2385
LEONORA.	He recibido merced.	

CAMILO.	En serviros gano.	2390
	Leedla.	
LEONORA.	De buena gana, que ha días que la deseo. Con vuestra licencia, leo. Dice: «A Leonora, mi hermana»	
	<i>(Haciendo una reverencia, abre la carta y lee)</i>	
	<i>Los negocios a que vine de suerte se han dilatado, que, aunque creí no estar uno, dos meses se van pasando. No se ha ofrecido ocasión, (si muchas he deseado)</i>	2395 2400
	<i>de escribiros, hasta agora, que por haberla lo hago. Hame dado para hacerlo un propio^{cxvi} el señor Otavio, que invió de esa ciudad, dirigiéndome el despacho, en el cual me comunica un bien dichoso contrato, que por vuestro bien y el mío estos días se ha asentado.</i>	2405 2410
	<i>Ya tenéis larga noticia de lo que comunicamos sobre el amor de Belisa vos y yo los días pasados. Pues tenedla agora también, que todos los intervalos que obstaban la gloria nuestra¹⁰⁵, felicemente han cesado. La causa no la ignoráis, pues habéis de ser el arco que serene estas borrascas.</i>	2415 2420
	<i>Harto os he dicho, miradlo^{cxvii}. Mas dejando circunloquios, quiero deciros más claro que me manda que permita le deis de esposa la mano. Y que me la dé Belisa, con tal prevención y pacto, que faltando sucesión en cualquiera de los cuatro, el que sobreviva al otro entre la hacienda heredando,</i>	2425 2430

¹⁰⁵ Mía]

	<i>lo cual en mi nombre y vuestro con gusto tengo aceptado.</i>	
	<i>Estaré en esa ciudad</i>	2435
	<i>para veinte y dos de mayo en la noche, que aunque son diez días, serán diez años.</i>	
	<i>Téngome de ir a apear, que así me lo han ordenado,</i>	2440
	<i>a la casa de Belisa mi bella esposa, y, por tanto, conviene que allí os halléis, para que en solo un teatro el santo Himineo junte</i>	
	<i>de todos cuatro las manos.</i>	2445
	<i>Mas llevad por advertencia, que importa mucho en el caso, no hablar a Belisa en esto, el porqué sabréis despacio.</i>	
	<i>Con nombre de visitarla</i>	2450
	<i>podréis ir allá y, con tanto, Dios os guarde. De Palermo, Camilo, doce de mayo».</i>	
CAMILO.	¿Qué decís?	
LEONORA.	Digo, señor, que este favor estimando estoy dispuesta a seguir lo que mandare mi hermano.	2455
	<i>(Haciendo una reverencia se entra con Clavela)</i>	
CAMILO.	Oíd, ¿desa suerte os vais?	
CLAVELA.	Quien la vio melindreando, qué importa que venga o no, y mire en qué paró al cabo.	2460
FABIO.	Aguarde, ¿también se va?	
CLAVELA.	Ya no le han dicho que Fabio <i>me fecit</i> ^{cxviii} , ¿de qué le sirve derretirse al sor lacayo?	2465
CAMILO.	¿Qué te parece?	
FABIO.	Que va divinamente guiado. Aquí estoy y entre mí mismo de risa me hago pedazos.	
CAMILO.	¡Yo no acabo de entender, Fabio, dónde caminamos! ¿Cómo habemos de salir con aqueste nuevo engaño? ¿Cómo piensas reducir a nuestro concierto a Otavio,	2470 2475

	estando d'él tan distante, y siendo tan breve el plazo? Aquesta noche se cumplen los diez días destinados, y parece mucha obra	2480
FABIO.	la que de nuevo has cortado. ¿Hate salido hasta aquí de todas cuantas entablo alguna traza en vacío? ¿No las vas todas logrando? Pues calla tú, y ejecuta cuanto te ordeno.	2485
CAMILO.	Yo callo, mas, vive Dios, que el temor no se me aparta del lado. ¡Bravo enredo es si se logra!	2490
FABIO.	Yo confío de lograrlo, que es gran ventaja en nosotros ser tan señores del caso.	
CAMILO.	Por Dios, que si fuera vivo en aquestos siglos Plauto, que pagara a peso de oro el enredillo del diablo. Porque si el de <i>Anfitrión</i> escribió con tanto aplauso, vestido este de sus versos, y sentencias, fuera raro, suceso ha de ser notable: ¿mas qué falta?	2495
FABIO.	Que nos vamos a prevenir a Belisa primero que llegue el caso.	2500
CAMILO.	¿Qué le ¹⁰⁶ habemos de decir?	
FABIO.	Desde aquí allá iré trazando otro enredo que, por Dios, que no lo tengo pensado.	2505
<i>(Salgan Otavio y Guarín)</i>		
OTAVIO.	Sin embargo que he probado con muchos la intención mía, que tú depongas querría tu dicho en lo que ha pasado. Ya los suyos depusieron, Marcelo, Claudio y Antonio, que son los que testimonio mejor de mi ausencia dieron. Probada la coartada,	2510
		2515

¹⁰⁶ La]

	y probada su preñez, quedara de aquesta vez mi acción más justificada.	2520
	Ansí mi intento negocio, y a mi amor me restituyo, pues atendiendo ella al suyo, hizo mi propio negocio.	2525
	Consecuencia es manifiesta que al legado no asintió ¹⁰⁷ el día que se arrojó a una acción tan poco honesta.	2530
	Pues que no pudo ignorar, que un hombre de mi tamaño, nunca se abalanza a daño tan difícil de enmendar.	2535
	En fin, para que se acabe la probanza dirás tú lo que supieres.	
	¡Jesú!	
GUARÍN.	Nadie como yo lo sabe. No digo yo lo que he visto, mas lo que no vi diré, como no toque en la fe de mi señor Jesucristo.	2540
	Del cielo abajo imagina el dicho, ponle pintado, como no quede obligado a mitra ^{cxix} ni chamusquina ^{cxx} .	2545
	¿Seré el primero en el mundo, que diga lo que no vio? Venga el escriba, que yo en tu justicia me fundo. Pero aquí para <i>inter nos</i> ,	2550
	¿quién la dichosa será que esta hacienda gozará contigo mediante Dios? Vaya la ración de hoy, que digo quién ha de ser esta dichosa mujer,	2555
	aunque astrólogo no soy. Dí, que no lo negaré.	
OTAVIO.	¿Quieres que lo diga?	
GUARÍN.	Dilo.	
OTAVIO.	¿Es la hermana de Camilo?	
GUARÍN.	¿Quién te lo dijo?	2560
OTAVIO.	¿Acerté?	
GUARÍN.	De aquellos siglos dorados me quedó esta presunción,	

¹⁰⁷ Asistió]

	¿es ella?	
OTAVIO.	Tienes razón, conociste mis cuidados. A buena dicha he tenido de Belisa mi desprecio, pues estimo y precio la gloria que he conseguido con hacienda y calidad. El paso ¹⁰⁸ a mi intento allano, escribir quiero a su hermano en esta conformidad. Y sé que lo estimará, pues así se reconcilia la pasión que mi familia, y suya tuvieron ya.	2565 2570 2575
GUARÍN.	No pongo en tu casamiento duda, mas si vengo al mío totalmente desconfío, porque es grande impedimento casarte tú con Leonora, pues Florela ha de querer ser del criado mujer del dueño de su señora. Y en esto recibo agravio, que quiero bien a Florela. Casarete con Clavela.	2580 2585
OTAVIO. GUARÍN.	¡Guarda respecto ¹⁰⁹ de Fabio! No me pongo yo zapato que primero otro rompió. Todo lo dispondré yo.	2590
OTAVIO. GUARÍN.	Sí, sí, entre en el contrato, si de mí te has de servir, así tienes de trazallo.	2595
OTAVIO	Ven y darasme un caballo, que al momento quiero ir a presentarte, y dirás tu dicho y deposición, con lo cual la información sumaria rematarás porque esta noche pretendo que vaya el gobernador a confesarla.	2600
GUARÍN.	Señor, Florela me racomendó ^{exxi} .	2605
	(<i>Vanse. Salgan Camilo, y Belisa</i>)	

¹⁰⁸ Pasto]

¹⁰⁹ Respeto]

BELISA. ¿En efeto se ha casado
Leonora?

CAMILO. Y en la elección
de esposo, su discreción
bastantemente ha probado. 2610
Y aunque alguno habrá juzgado
el hacerlo a liviandad,
cuando no está en la ciudad
su hermano, disculparala
viendo que el novio la iguala
en hacienda y calidad. 2615
Sus parientes d'él no aprueban
con gusto este casamiento,
no porque el merecimiento
que hay en Leonora reprueban,
sino porque intento llevan 2620
de casarle en otra parte,
y contradícenlo de arte,
que el padre por divertirle
ha querido reducirle
al ejer[cí]cio^{cxii} de Marte. 2625
A mí, que su amigo soy,
parte de todo me ha dado,
y, como tal, obligado
a darle favor estoy,
y así concertamos hoy, 2630
para que esto tenga efeto,
que se casen en secreto,
que una vez hecho después
cosa necesaria es
que trueque el padre el decreto. 2635
Vendrán, pues, con ocasión
de honrar nuestro desposorio
a donde el suyo notorio
harán sin contradición
y adquirida posesión, 2640
(mediante el santo himineo)
de su deseado empleo.
Aunque el modo es clandestino,
no tendrán después camino
de impedirles su deseo. 2645

BELISA. Mucho de ese gentil hombre
las partes me exageráis,
solo falta que digáis
si puede saberse el nombre.

CAMILO. Aunque el callarle os asombre, 2650
habeisme de perdonar.
Dad a la ocasión lugar,
que ella os lo dirá en llegando.

BELISA. Eso al negocio importando

CAMILO.	cesaré de preguntar. Florela podrá llevar, señora, un recaudo ¹¹⁰ vuestro, suplicándole que nuestro desposorio venga a honrar.	2655
	Vos no la habéis de tratar cosa de su casamiento cuando venga, que este intento ha de ser decir y hacer, porque no lo ha de saber aun el mismo pensamiento.	2660
BELISA.	Prométoos que he rescibido del suceso mucho gusto.	2665
CAMILO.	Que lo celebréis es justo y calléis como he pedido.	
BELISA.	Haced cuenta que al olvido este secreto encargáis, callaré como mandáis, no diré nada a Leonora.	2670
CAMILO.	Así conviene, señora, que lo que os pido cumpláis. Con esto a prevenir voy algunos deudos y amigos, que vengan a ser testigos del bien de que dueño soy.	2675
	Dentro de dos horas doy la vuelta, haced vos mi bien, vengan los vuestros también, y quedad, adiós, que es tarde. Un siglo el cielo os me guarde.	2680
BELISA.	Y a vos mil siglos, amén. (<i>Vase.</i>) ¿A qué podré atribuir el secreto desta boda? Mal mi pecho se acomoda, si verdad he de decir.	2685
	Agasajar y admitir en mi casa esta mujer, que la ruina ha de ser del sosiego de los dos.	2690
	Deme la prudencia Dios, que sabe que he menester. De la visita pasada, su pensamiento entendí, supuesto que no la di a entender del mío nada.	2695
	Vi su pasión declarada, incitada de su agravio, diciéndome mal de Otavio,	2700

¹¹⁰ Recado]

porque la propia pasión
 ciega siempre la razón
 al sufrimiento más sabio. 2705
 Díjome, por buen estilo,
 cómo mi esposo sabía
 la correlación que había
 de amor entre mí y Camilo,
 y aunque yo le quebré el hilo 2710
 de aquesta conversación,
 prosiguió con su intención
 de forma que me enfadé,
 supuesto que toleré
 su^{111cxxxiii} agravio con discreción. 2715
 Así que habiendo entendido
 de sus avisos el fin,
 y que fueron solo a fin
 de acordarme lo que olvido,
 en mí había introducido 2720
 propósito irrevocable
 de dar a su inmoderable
 término el vale postrero,
 porque ya la considero
 cuanto celosa intractable. 2725
 Mas pues agora se casa,
 como me refiere Otavio,
 no procederá a mi agravio,
 a sus celos pondrá tasa.
 Venga en buen hora a mi casa, 2730
 cásese con quien pretende,
 que así mis celos suspende.
 Quietárase mi marido,
 de quien recelo he tenido,
 que por amarla me ofende. 2725

*(Vase. Salgan Otavio y un escribano, y
 Guarín y Fabio siguiéndolos sin ser
 vistos^{cxxxiv})*

OTAVIO. Yo tengo esa confianza
 y espero en todo buen fin.
 Aquí presento a Guarín
 por testigo en mi probanza. 2730
 Vuestra merced le examine
 con toda puntualidad,
 y en casos de calidad,
 si dudare le encamine,
 que no es práctico, en efeto,
 y en ocasión semejante. 2735

¹¹¹ Mi]

ESCRIBANO.	Un deponente ignorante quiere escribano discreto. Bien puede perder cuidado vuestra merced que, en mi oficio (sin ajeno perjuicio), ninguno me la ha ganado.	2740
OTAVIO.	Créolo. En resolución vuestra merced me la haga, y reciba (no por paga) por agora este doblón. Que si con el pleito salgo, tendrá famosas albricias.	2745
ESCRIBANO.	Si tengo tales primicias de vuestro valor hidalgo muy buenas me las prometo, y si como lo deseo sucede, sin duda creo que tendrá dichoso efeto.	2750
OTAVIO.	Voime, examínele luego, que importa la brevedad. (<i>Vase.</i>)	2755
ESCRIBANO.	Harelo. Hermano, esperad un instante solo os ruego mientras signo una escritura que el dueño aguardando está. (<i>Vase.</i>)	
GUARÍN.	Pues entretanto será razonable coyuntura de ir aquí a una cierta ermita, donde tengo devoción de rezar cierta oración con que la sed me quita. (<i>Vase.</i>)	2760
FABIO.	Famosa ocasión se ofrece para la pretensión mía. Fortuna a toda porfía a mi engaño favorece. El lugar quiero ocupar que Guarín desocupó porque en la probanza yo por él pueda declarar. Será el embuste galano si le llego a efetuar. Por Dios que la ha de mamar ^{cxxv} esta vez el escribano. ¿Con qué nombre o calidad, si viniere a averiguarse, ha de poder bautizarse semejante falsedad? Gente del escribanismo, cuando la fe interpongáis os advierto que excluyáis la ley <i>si exeat</i> ^{cxxvi} exorcismo.	2765 2770 2775 2780 2785

¡Oh lo que pasa en el mundo,
si no lo remedia el cielo!

(Entre Camilo)

- CAMILO. ¡Que está escondido recelo
en el centro del profundo!
Dos horas ha que no puedo
hallar a Fabio en Florencia,
aunque en esta diligencia
los ojos de Argos^{cxvii} excedo. 2790
- FABIO. ¿Señor?
- CAMILO. ¿Fabio?
- FABIO. ¿Qué hay de nuevo?
- CAMILO. Dos horas [ha]^{cxviii} que te ando
por esa ciudad buscando. 2795
- FABIO. Tu diligencia repruebo.
Pues que corre por mi cuenta
sacarte con brevedad
a puerto de claridad 2800
desta borrasca y tormenta.
No me has de preguntar cosa,
sino estate por ahí,
y en viendo venir aquí
(que será cosa forzosa) 2805
a Guarín, fingiendo que eres
Otavio, dile que ya
su dicho no importará,
entretanto que confieres
tu pleito con un letrado 2810
de entera satisfacción,
y que esta resolución
en este punto has tomado,
porque quieres escusar
el pleito, siendo posible, 2815
que en modo más conveniente
os vengáis a conformar.
Llevarasle de aquí al punto
sin detenerle un momento.
- CAMILO. El fin de tu pensamiento 2820
que me digas te pregunto.
- FABIO. Eso no te importa agora.
El tiempo te lo dirá
solo lo que importará
es que vayas de aquí a un hora, 2825
llevando a Guarín contigo
a cas^{cxix} de Belisa en nombre
mío.
- CAMILO. ¡Tú harás que me asombre!
¿En tu nombre?

FABIO.	No te digo en el de Fabio, que, en fin, hasta venir a acabar esta historia he de guardar siempre el nombre de Guarín. Harás que aqueste listón se le ponga en el sombrero.	2830 2835
CAMILO.	Ya casi penetrar quiero tu intento en esta ocasión. Pero, ¿qué tengo de hacer hablando a Belisa?	
FABIO.	En todo guardar con discreto modo lo que tratamos ayer. Ve que allí estará tu hermana y Otavio.	2840
CAMILO.	Temblando voy.	
FABIO.	Mientras yo contigo estoy toda confusión es vana. También al gobernador hallarás allí.	2845
CAMILO.	¿A qué efeto?	
FABIO.	Agora ha de estar secreto allá lo sabrás mejor. Solo te quiero advertir hagas según la ocasión se ofreciere, con acción libre en hacer y en decir. Vete por aquesta calle por donde vendrá Guarín, y haz lo que te dije, en fin, que ahí tienes de encontralle, y déjame estar aquí.	2850 2855
CAMILO.	Cielo, ¿en qué ha de parar esto? Yo me voy. (<i>Vase.</i>)	2860
FABIO.	Sí, vete presto, que importa que se haga así.	
<i>(Sale el escribano)</i>		
ESCRIBANO.	Bien podéis venir, que ya desocupado he quedado.	
FABIO.	Ya estaba bien enfadado, si verdad a decir va, que ha un hora que aguardo aquí.	2865
ESCRIBANO.	No pude desocuparme primero, así perdonarme podréis.	
FABIO.	Ya lo estáis por mí.	2870

(Salgan Belisa y Florela^{cxxx}, y Leonora y Clavela con mantos. Ha de haber cuatro sillas. Siéntanse las dos en las primeras)

BELISA.	Estimo lo que es razón, este favor que me hacéis.	
LEONORA.	La fuerza de obligación no quiero que exageréis con esa demostración, pues cuando no interesara lo que sabéis que intereso, mi deseo me obligara a que con mayor exceso mayor fineza mostrara.	2875
BELISA.	Está bien, sentémonos, y tratemos de otra cosa por vida de ambas a dos, que venís como una rosa, bendígaos, Leonora, Dios.	2880
	¡No sé qué gracia os tenéis que de suerte sazónáis cualquier gala que os ponéis, que (aunque al descuido) le dais toda la sal que queréis!	2885
LEONORA.	¡Oh cómo sois lisonjera! Siempre dais en mi hermosura, como si yo no supiera lo que mi espejo mormura detrás de su vidriera.	2890
BELISA.	Gracia tienen esos rizos.	2895
LEONORA.	Un poco el rostro acompañan, trajes son advenedizos. Algunos el rostro extrañan ^{112cxxxii} .	
BELISA.	¿Y cuáles son?	
LEONORA.	Los postizos.	2900
BELISA.	¿Y hay quien use esa quimera?	
LEONORA.	Infinitas.	
BELISA.	No las nombres.	
LEONORA.	Es esto en tanta manera, que por imitar los hombres dan en traer cabellera.	2905
BELISA.	¡Picante es algo el conceto! Muchos bolos derribáis.	
LEONORA.	No fue mi intento, os prometo, satirizar.	
BELISA.	No mostráis llaneza en el «cuodlibeto».	2910

¹¹² Estiman]

LEONORA.	No, a fe, no soy tan aguda como vos me presumís.	
BELISA.	Jamás os tuve por muda, pero, como vos decís, el tiempo todo lo muda.	2915
LEONORA.	No es bueno, que en mi juicio creí que estabais casada.	
BELISA.	Muy bien distes dello indicio en la visita pasada. (<i>Aparte.</i>) Hecha con tanto artificio hasta agora no lo estoy, mas estarelo, Leonora, seindo servido Dios hoy.	2920
LEONORA.	Gozaos mil siglos, señora. Asegurándome, voy. (<i>Aparte.</i>) Basta ser que me engañaron recibiendo el parabién, creyendo que me picaron en su donaire se estén, pues mis glorias me dijeron, lógrese vuestro deseo del modo que le aguardáis.	2925
BELISA.	Esa merced de vos creo, y con el vuestro tengáis muy felicísimo empleo.	2930
LEONORA.	Parece que se declara. Sin duda es mi suerte cierta.	2935
BELISA.	Que bien dicen que en la cara tiene el corazón la puerta de sus pasiones. Jurara yo el suceso a no saber por cierto su desposorio, pues le hace el rosicler ^{cxxxii} de su rostro ya notorio. Que hay que fiar de mujer: ayer a Otavio adoraba, y hoy con otro se consuela.	2940
LEONORA.	Pensando Belisa estaba cuán ligero el tiempo vuela. Lo que ayer hizo, hoy acaba.	2945
BELISA.	Eso imaginaba yo, basta que ese pensamiento con el mío se encontró.	2950
LEONORA.	¿Es posible? ¿Pues qué intento? ¿A pensarlo os obligó?	2955
BELISA.	Algún oculto furor estos efetos despide por secreto superior.	
FLORELA.	Licencia para entrar pide	2960

- el señor gobernador.
 BELISA. Que entre su merced le di.
- (Levántanse y entre el Gobernador y
 escribano y alguaciles y acompañamiento.
 Danle la silla de en medio)*
- GOBERNADOR. Juzgaréis a maravilla,
 si es justo decirlo así.
- BELISA. Hola, Florela, una silla. 2965
- GOBERNADOR. Sosegaos, ya estoy aquí.
 Ver que a vuestra casa vengo
 con aquesta prevención.
- BELISA. Aunque a novedad lo tengo,
 considero la ocasión, 2970
 y las gracias os prevengo.
 Mil años mi casa honréis,
 porque todo honor le cuadre,
 que cuando así le paguéis
 bien a mi difunto padre 2975
 aquestas honras debéis.
 Yo me comienzo a^{cxxxiii} alentar
 con un favor tan notorio,
 viniendo a considerar
 que hoy en nuestro desposorio 2980
 ocuparéis su lugar.
 A Otavio le supliqué
 esto mismo os suplicase
 y acuerdo acertado fue,
 pues no es justo que me case, 2985
 sin que esta obediencia os dé.
- (En secreto los dos, y Leonora con Clavela)*
- GOBERNADOR. ¿Es Otavio vuestro esposo?
- BELISA. ¿Pues eso ignoráis, señor,
 sabiendo que lo es forzoso, 2990
 no solo por su valor,
 en esta ciudad famoso,
 sino por el testamento
 de Filiberto, mi tío,
 que con este aditamento
 calificó el dote mío 2995
 para aqueste casamiento?
- (Llega más la silla)*
- GOBERNADOR. ¿Y está en efeto tratado,
 aquí para entre los dos,
 el casamiento?

BELISA.	Asentado está, pues mediante Dios hoy quedará efetuado.	3000
GOBERNADOR.	¿Cuánto habrá que a Otavio vistes?	
BELISA.	Un hora habrá que salió de casa.	
GOBERNADOR.	¿Reconocistes su intento?	
BELISA.	Sospecho yo que sí.	3005
GOBERNADOR.	Pues no le entendistes.	
BELISA.	¿Hay alguna novedad?	
GOBERNADOR.	Mas sola quisiera hablaros, vuestra silla más llegad.	
BELISA.	¡Cómo!	
GOBERNADOR.	Habéis de reportaros.	
BELISA.	¡Válgame Dios!	3010
GOBERNADOR.	Escuchad.	

(Prosiguen en secreto)

LEONORA.	Clavela, yo estoy vendida. Esta es traición declarada.	
CLAVELA.	Repórtate, por tu vida, aguarda el fin.	
LEONORA.	No me agrada visita tan prevenida.	3015
CLAVELA.	¿Qué infieres?	
LEONORA.	No sé qué infiera, mi desdicha inferir puedo, que si yo discreta fuera hartas voces me dio el miedo si yo entender le quisiera.	3020
CLAVELA.	¿Qué temes?	
LEONORA.	Temo, Clavela, alguna traición de Otavio.	
CLAVELA.	¿En qué fundas su cautela?	
LEONORA.	¿Hasle hecho algún agravio? No, pero el alma recela.	3025

(Prosiguen en secreto)

BELISA.	A tal estáis persuadido, ese es engaño notorio. Otavio es ya mi marido, y a honrar nuestro desposorio solamente habréis venido.	3030
GOBERNADOR.	Muy diferente es su intento,	

según ha dado a entender.
Ya os he dicho lo que siento,
y cuán fuera está de hacer 3035
con vos este casamiento.
Y porque creáis de mí
que no trato vuestro agravio,
vuela en un instante, y di
que yo le suplico a Otavio 3040
se venga al momento aquí.

(Vase un alguacil)

Con esta satisfacción
satisfechos quedaremos,
y si es otra su intención
para tan graves extremos 3045
no habrá tenido razón.
BELISA. Y hoy, señor, os ha pedido
hagáis esta diligencia.
GOBERNADOR. Del modo que he referido.
BELISA. Si lo pidió es insolencia, 3050
de quien el castigo os pido.
Yo, señor, soy ya su esposa,
y tiene en mí prenda suya,
y si pretende otra cosa, 3055
que mi honor me restituya
será cosa muy forzosa.

*(Entre Otavio y Fabio en lugar de Guarín.
Levántense y danle la tercera silla, de suerte
que las damas quedan en medio: Belisa al
lado del gobernador y Leonora al de Otavio,
y Fabio se va a Florela)*

OTAVIO. De vuestra parte un recado
acabo de rescibir,
por el cual me habéis mand[ad]o^{cxixiv}, 3060
señor, que os venga a servir.
GOBERNADOR. A buen tiempo habéis llegado.
Tomad silla.
OTAVIO. Así estoy bien.
GOBERNADOR. Tomadla y llegaos a mí,
que conviene así también. 3065
BELISA. ¡Ay Dios! ¿Qué es esto que vi?
Los cielos favor me den.

(Mira con atención a Otavio)

La duda está manifiesta,
Otavio verdad me dijo.

	A creerlo estoy dispuesta y con razón lo colijo, pues no tray ^{cxv} mi banda puesta. Este es el encantador, y su criado es aquel, que bueno ponen mi honor. Mas yo volveré por él, suplícoos que oigáis, señor.	3070 3075
	<i>(Han estado hablando en secreto el Gobernador y Otavio, y Leonora y Clavela, y agora vuelve el Gobernador a Belisa y hablan Otavio y Leonora en secreto^{cxvi})</i>	
GOBERNADOR. BELISA.	Este embustero que veis, llegados más os suplico, no es, como pensáis, Otavio. ¿Qué me decís ¹¹³ ? Lo que digo es, señor, que este embustero con diabólicos prestigios tiraniza, con sus formas, la honra a nuestros maridos. Él y este criado suyo Que tan propios habéis visto, que Otavio y Guarín parecen, no lo son.	3080 3085
GOBERNADOR. BELISA.	¡De vos me admiro! ¿Eso tengo de creer? ¡Por bien extraño camino prevenís vuestra defensa! Perdonad si ansí lo digo. Pues para que os admiréis de veras, quiero deciros lo que en este caso pasa.	3090 3095
GOBERNADOR.	¡Gracioso caso! Decidlo.	
	<i>(En secreto los dos)</i>	
OTAVIO.	Pluviera a Dios fuera ansí. Muy dichoso hubiera sido en merecer esa dicha de quien siempre me vi indigno. Lo que puedo aseguraros es que el principal disinio que llevo en aqueste pleito atiende solo a serviros. Quiera Dios que con él salga,	3100 3105

¹¹³ Dices]

LEONORA.	que si salgo os certifico que hacienda y dueño veréis luego a vuestros pies divinos.	
OTAVIO.	¿No fuiste hoy a mi casa?	
LEONORA.	¿Yo a vuestra casa?	
	Testigos fueron Guarín y Clavela ^{xxxxvii} .	3110
	Si no basto a persuadiros, ¿no me distes esta carta	
	<i>(Dale la carta)</i>	
	que de Palermo, Camilo me envió? ¿No me dijistes que en un pliego vuestro vino?	3115
OTAVIO.	¿Yo os di carta?	
LEONORA.	Aquesta misma, leedla.	
OTAVIO.	Estoy sin sentido.	
LEONORA.	Es de Camilo esa letra.	3120
OTAVIO.	Yo confieso que es del mismo.	
	<i>(Comience a leer la carta con ademanes de admiración, y en todo el tiempo, desde que entró Fabio, ha de haber andado tras Florela^{xxxviii}, y ella huyendo d'él, haciéndole la cruz)</i>	
FLORELA.	Cata la cruz abernu[n]cio ^{xxxix} , cata la cruz, enemigo, no te veo mi listón.	
FABIO.	Oye, espera.	
FLORELA.	Jesucristo, no me tienes de engañar, basta una vez.	3125
FABIO.	¡Oh qué lindo! Soy diablo, que me haces cruces, ¿tan feo te he parecido?	
FLORELA.	O me muestra mi listón, o cata la cruz.	
FABIO.	Quedito.	3130
FLORELA.	¿Piensas que no tengo yo todos mis siete sentidos? Pues, vale Dios, embustero, que al pagadero has venido.	
	Al señor gobernador tengo, por Dios, de decirlo.	3135
FABIO.	Mira, Florela, que soy Guarín.	
FLORELA.	¿Que es del listón mío?	

FABIO.	¿Qué listón?	
FLORELA.	Cata la cruz, o me le muestra o lo digo.	3140
OTAVIO.	A un suceso extraordinario me ha dejado persuadido aquesta carta, señora, y solo puedo deciros que no fui quien os la dio.	3145
LEONORA.	¿Qué me decís ¹¹⁴ ?	
OTAVIO.	Lo que digo es que sí nació esa traza de vuestro ingenio divino, y le dio la perfección después el señor Camilo, con esta carta que a entrambos una y mil veces bendigo, y me confieso dichoso, pues salistes al camino de mi misma pretensión,	3150 3155
LEONORA.	¿Esto me podéis negar?	
OTAVIO.	Niego el modo, mas confírmome (siendo posible) el efeto de lo que en la carta he visto.	3160

(Prosiguen en secreto)

BELISA.	Pasa todo desta suerte.	
GOBERNADOR.	Admirado y suspendido me dejan vuestras razones.	
BELISA.	Verdad es lo que publico. Para aquesta distinción, con la banda prevenimos el caso, presto veréis si en nada me contradigo.	3165

*(Entre Camilo con mucho despejo, con la
banda al cuello, y Guarín con el listón en el
sombbrero, y llegue Florela a él)*

CAMILO.	El señor gobernador a honrar mi boda ha venido. Esta es merced singular.	3170
---------	--	------

*(Levántanse todos alborotados, mirándose
unos a otros con admiración)*

GOBERNADOR.	Cielos, ¿qué es esto, qué miro?	
-------------	---------------------------------	--

¹¹⁴ Dices]

BELISA.	Este, señor, es mi dueño, y aquesta verdad colijo de la banda. Haced justicia como lo pide el delito.	3175
OTAVIO.	¿Qué es esto que estoy mirando?	
LEONORA.	¿Aquel no es mi rostro mismo?	
	Triste de mí, ¿qué es aquesto?	
	¿No es otro Otavio el que miro?	3180
FLORELA.	Este sí que es mi Guarín ^{cxl} ,	
<i>(A este tiempo Fabio ha de haber quitado a Guarín el listón, y puéstosele a su sombrero sin que Guarín lo sienta, y habla Florela con Fabio, creyendo que es Guarín)</i>		
GUARÍN.	el listón he conocido. Señor, señor, ¿ves aquí <i>(a Camilo)</i> ^{cxli} aquel otro yo, por Cristo?	
	¿Ves como de la verdad por más que adelgace el hilo, no quiebra? Creerame agora.	3185
CAMILO.	Digo que ya te he creído.	
GOBERNADOR.	Prended estos embusteros	
<i>(Señalando a Otavio y a Guarín)</i>		
	que en tan grave perjuicio de la República usan tan diabólicos hechizos.	3190
OTAVIO.	¿Qué decís, señor?	
GOBERNADOR.	Al punto vayan, que si justifico lo que del caso sospecho he de hacer quemarlos vivos.	3195
GUARÍN.	¿Cómo? ¿Cómo? ¡Vive Dios! Que es el negocio muy lindo, en que pecado elefante a los dos nos han cogido.	
LEONORA.	¿Ves, Clavela, si me engañó?	3200
	¿Haslo por tus ojos visto?	
	¿Quién me trajo a aquesta casa?	
	¿He de perder el juicio?	
CAMILO.	El jardín de Falerina ^{cxlii} en aquesta sala miro.	3205
	Si viene a parar en bien será el suceso escogido.	
GOBERNADOR.	Vos, señor Otavio, dad la mano a Belisa, y siglos eternos os guarde el cielo.	3210

(A Camilo, y danse las manos)

OTAVIO.	Señor, que advirtáis os pido con más acuerdo y consejo engaño tan exquisito. Mirad que yo soy Otavio en Florencia conocido por noble en familia y casa, y si por cortos indicios os dejáis llevar así tendrá dello el duque aviso, y responderá a mi causa ante quien desde aquí intimo la apelación deste agravio.	3215 3220
GUARÍN. GOBERNADOR.	Lo mesmo protesto y digo. Tú no tratas ante mí un pleito, en que has pretendido ser al dote de Belisa el sucesor más legítimo. Por decir que de su parte del todo ha contravenido contra el expreso tenor del legado de su tío.	3225 3230
OTAVIO.	Y es en lo que fundo yo mi justicia.	
GOBERNADOR.	Convencido quedas con tu confesión. No ostentes ^{cxliii} tantos indicios.	3235
ESCRIBANO.	Señor, con vuestra licencia quiero leer un testigo de la probanza de Otavio, (si es Otavio el que la hizo) que de su deposición un grave caso inferido tengo.	3240
GOBERNADOR.	Leed, secretario.	
OTAVIO.	¡He de perder los sentidos!	
GOBERNADOR.	¿Quién depone?	
ESCRIBANO.	Su criado.	3245
GOBERNADOR.	Proseguid, pues.	
ESCRIBANO.	El cual dijo (<i>Leyendo</i>) ^{cxliv}	
GOBERNADOR.	¿Cómo se llama?	
ESCRIBANO.	Guarín.	
GUARÍN.	Aqueso no, vive Cristo.	
ESCRIBANO.	Que tiene larga noticia de todo lo sucedido, porque ha tres meses que Otavio fue a Roma, en cuyo camino le acompañó hasta volver	3250

	por ir siempre en su servicio sin perderle de su vista, y aquesto desde el principio. Y después que está en Florencia, afirma aqueste testigo todo cuanto el litigante articula en sus escritos.	3255 3260
	Y demás de aquesto sabe, por habérselo así dicho un cierto Fabio, criado, que dijo ser de Camilo, que desde que Otavio falta, el Camilo sobredicho, ha gozado de Belisa, en fe de ser su marido, y que d'él está preñada, y lo sabe este testigo, por ser público y notorio, como por haberlo visto.	 3265 3270
GUARÍN.	Miente como un escribano, sin embargo que es su oficio decir verdades, que yo no he dicho lo que ha leído. Yo soy muy hombre de bien, trato verdad, aunque sirvo, (que no es pequeña virtud tratarla los que servimos).	 3275 3280
GOBERNADOR. GUARÍN.	Echad ese hombre de ahí. Que me escuches te suplico. Diré lo que en esto pasa.	
GOBERNADOR. GUARÍN.	Abrevia de presto y dilo. Verdad es, que en su probanza Otavio, mi señor, quiso que entre otros dichos que había dijese también el mío. Pero estando ya a la puerta deste escribano me dijo que ya no era de importancia, porque estaba convenido de casarse con Belisa, mi señora, y nos venimos derechos a aquesta casa. Esto pasa y esto he visto, y por más señas me dio este listón, ¿mas qué digo?	 3285 3290 3295

*(Busca el listón y no le hallando mira a
Fabio y dice)*

	Después que entré en esta sala, se me ha... se me ha...	3300
GOBERNADOR. GUARÍN.	¿Qué? Caído.	
	¡Mas vive Dios! ¡Que le tiene el otro yo! El labirinto de Dédalo ^{cxlv} es esta casa, ya se me agota el juicio.	3305
OTAVIO.	Hombre, ¿yo te dije tal?	
	<i>(Mirando a Otavio y Camilo)</i>	
GUARÍN.	No sé, por Dios, ya he perdido la cuenta, ¿cuál de los dos me trajo agora consigo?	3310
GOBERNADOR.	Aquí hay bien que averiguar. Todos cuatro determino vayan presos, perdonad que este es negocio preciso, a estos dos me echad prisiones, ¡Llevadlos!	
	<i>(A Camilo, Otavio y Guarín, y Fabio.)</i>	
GUARÍN.	¿Por qué delito? Si es que nos han de quemar venga el otro yo conmigo, que mi mitad no ha de ser obligada a los peligros, participe, pese a tal, de lo que yo participo.	3315 3320
OTAVIO. GOBERNADOR. FABIO.	¡Señor, reparad primero! ¡Llevadlos! Ya el tiempo vino de que el hilo atado al dedo salga deste labirinto.	
	<i>(Saque un papel que lleva doblado en la petrina y rómpale, y luego mirese todos unos a otros con admiración, y saque otro del pecho y póngasele donde quitó¹¹⁵ el otro)</i>	3325
	Este papel en que están caracteres y sigilos diversos, quedando roto cesará aqueste artificio.	3330

¹¹⁵ Quedó]

	Con los que en estotro quedan, a conformidad obligo en la causa deste agravio, por ser benévolo hechizo.	
BELISA.	Santo Dios ¿qué es lo que veo? ¿Vos no sois, señor, Camilo? ¿Y aquel criado no es Fabio?	3335
CAMILO.	Él y yo somos los mismos.	
GOVERNADOR.	¿Cómo es esto, hay nuevo engaño?	
CAMILO.	Prestadme atentos oídos, que disculpa es el amor de semejantes delictos. Notorio ha sido en Florencia, cuán largo tiempo he servido a mi señora Belisa	3340 3345
	con tantos desvelos míos. También lo es el testamento en que la dejó su tío por su heredera, impidiendo los suyos y mis disinios.	3350
	El casarse con Otavio fue violento, y así quiso guiarlo el cielo piadoso por tan extraño camino. Atrevido acometí	3355
	el hecho más peregrino que contarán las historias en los venideros siglos. El modo que en ello tuve se puede haber coligido	3360
	de este suceso presente, por lo cual no lo repito. De la ciencia y de la industria de aqueste criado mío en un negocio tan arduo, como miráis me he valido.	3365
	Confieso de cuánta gloria, mi señor Otavio, os privo, pero vos me la quitastes, si miramos los principios.	3370
	No puede dejar de ser lo que una vez se hizo. Si de mí queréis venganza, aquí me tenéis rendido.	
OTAVIO.	Antes quedo deste agravio alegre y agradecido, pues me ha dado el bien mayor, que en el alma solenizo. Vos me distes a Leonora por esta carta que he visto,	3375 3380

	traza en fin de vuestro ingenio a quien mil veces bendigo. Todo cuanto se contiene en ella, señor Camilo, con licencia de Belisa, yo desde luego confirmo.	3385
BELISA.	Lo que hiciéredes apruebo, que aunque la agraviada he sido (no digo en ser vuestra esposa, que en esto mi suerte admiro), sino en el engaño grave, desde luego me publico agradecida y dichosa en haberos merecido.	3390
CAMILO.	Esa merced reconozco, y a vos, señor, os pedimos confirméis aquestas bodas, siendo en todo nuestro asilo.	3395
GOBERNADOR.	Aunque el modo ha sido obsceno, porque con hacerlo evito muy grandes inconvenientes y escándalos muy precisos, cuanto a mí me toca apruebo estas bodas, y me obligo a que el duque las apruebe con gusto muy excesivo, pues con ellas cesarán ya vuestros bandos antiguos, que ha deseado quietar tanto su valor invicto.	3400
	Mas también le pediré, pida al pontífice Pío contra la nigromancia censuras, que es caso indino que la piedad cristiana permita aquestos ministros del demonio que ocasionen casos de tanto peligro.	3405
OTAVIO.	Todos los pies os besamos por favor tan conocido.	3410
CAMILO.	Dadle la mano, Leonora, al señor Otavio.	3415
LEONORA.	Sigo vuestro parecer en todo.	
OTAVIO.	Yo mi dicha solemnizo.	
CAMILO.	Yo como Camilo os doy la mía.	3420
BELISA.	Y yo la rescibo, como de mi propio dueño.	
GUARÍN.	Ya casi, casi me animo.	3425

	¿Hemos de quedar nosotros entre renglones?	
OTAVIO.	Olvido no tengo de ti, Guarín: Florela es tuya.	3430
GUARÍN.	Eso pido, pero no ha de ser a secas, que un matrimonio colijo, que si no hay con qué pasarle se queda al gaznate asido.	3435
OTAVIO. CAMILO.	Darete con que le pases. Pues yo también, Fabio mío, instrumento de mi bien, pues a tal punto has traído mis esperanzas, tomando cuanto tengo, poco he dicho, mi amigo serás desde hoy, que todo en eso lo cifro.	3440
FABIO.	Bien merezco ese favor, pero agora te suplico me concedas a Clavela.	3445
CAMILO. FABIO.	Lo que es tuyo me has pedido. Tus pies beso. Aqueste fin he puesto, como se ha visto, por medio de mis enredos al agravio agradecido.	3450

- Esta, padre nuestro —dije— es la comedia, y si no tiene de lo brillante de las voces que hoy corren en los teatros de España, tiene el lenguaje que se practicaba en el tiempo que se escribió.
- Antes —replicó el cura— si hemos de estar a la sentencia de los difinitores de la comedia, realmente no se le¹¹⁶ debe más del común lenguaje que se pratica entre ciudadanos. De donde pienso que no con acierto la han subido al coturno^{cxlvi}, no debiéndosele más de la planipedia^{cxlvii}.
- Lo que puedo decir —dijo Acrisio— es que a mí no me ha disonado el lenguaje, considerando el decoro de las personas introducidas. Y ya yo he leído algunas de las comedias modernas, y entre el estruendo y bizarría de voces y el concepto, he hallado poca conveniencia y, aunque confieso que tal lenguaje lisonjea el oído, saca el entendimiento poco que admirar del alma de las sentencias.
- Por eso —dijo el cura— estuve siempre bien con las de Lope de Vega, porque él solo fue el que supo dar el punto a esta cosa.

Y Acrisio:

- La traza y conexión desta me ha contentado mucho. Y no tendrá Plauto que se quejar de la imitación de sus *Anfitriones*, que vos la habéis hecho (a todo mi entender) sazoadamente. Y estas transformaciones y confusiones por ellas ocasionadas están bien advertidas.
- La verdad es —dije yo— que aunque hice esta imitación, fue más por seguir a Plauto que porque haya dado entero crédito a estas mágicas operaciones, en que parece hay tanta contradicción a la razón natural. Y aunque he visto algo acerca destas materias, querría instruirme con más particular y de más cerca con voz viva, pues se me ofrece con tales maestros tan oportuna ocasión, y mi comedia da motivo para discursar un rato sobre materia de mí tan deseada: por lo cual os suplico os sirváis de sacarme de las dudas que en esta parte se me ofrecen.
- Ya hoy —dijo el cura— es tarde. Difiramos para otra sesión esta materia, que pide má[s]^{cxlviii} espacio. Pondréis vuestras dudas y conforme a ellas será la satisfacción.

Así dijo y la ama nos avisó era hora de comer, con que por entonces cesó nuestra conversación.

¹¹⁶ *Om. le*

ⁱ Frixo sufrió el intento de ser sacrificado junto a su hermana Hele por parte de Atamante, su padre. No obstante, Zeus les envió un carnero alado con vellocino de oro. Pese a que Hele cayó y murió ahogada en el camino, Frixo consiguió llegar a la Cólquide, donde el joven sacrificó la res a Zeus y entregó el vellocino de oro al rey, Eetes, que lo consagró a Ares. El vellocino pasó a estar custodiado por un dragón y se convirtió en un reto para Jasón y los argonautas.

ⁱⁱ Casarrubios del Monte, localidad toledana.

ⁱⁱⁱ Felipe III creó en 1599 el título nobiliario del condado de Cosarrubios del Monte, que deriva del nombre de este municipio toledano. No obstante, ya en 1467, los Reyes Católicos habían generado el señorío de Cosarrubios del Monte y de Arroyo Molinos. La primera casa en ostentar ambos títulos fue la Casa de Chacón. En la actualidad pertenece a Carlos Fitz-James Stuart y Martínez de Irujo.

^{iv} La tercera obra de misericordia corporal consiste en dar cobijo o posada al peregrino.

^v Se considera a San Pablo de Tebas (s. III) el primer ermitaño que existió (Gil, 2007: 73).

^{vi} Esta variante figura en la fe de erratas («disinio, diseño»).

^{vii} Subsanado en el texto impreso.

^{viii} *Caricia*: «Vale también voluntad, afecto y favor» (Autoridades).

^{ix} *Sumiller de cortina* [‘sumiller’]: «Empleo honorífico en palacio, particularmente en la capilla, en los oficios divinos, a los que debe asistir en pié cerca del camón, donde los reyes tienen sus sillas y sitial. Sirve de correr la cortina del camón, quando entran, o salen los Reyes, o se hace alguna ceremonia; y de lo mismo sirve, quando los reyes van a alguna iglesia» (Autoridades).

^x «hechado» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xi} *Alforza*: «Es aquella porción que se recoge a las basquiñas y guardapieses de las mujeres por lo alto, para que no arrastren y puedan soltarla cuando quieran» (Autoridades). En el texto esta voz posee un valor metafórico en el sentido de «remiendo, pliegue».

^{xii} Se denomina «Primado de España» al arzobispo de Toledo, puesto que la Primacía de la Diócesis de esta ciudad castellana, durante la Edad Media y Moderna, estaba considerada como la más rica después de la de Roma.

^{xiii} En el manuscrito «sonriendo, me». Subsanado en el impreso.

^{xiv} El nombre de este personaje aparece tachado en el manuscrito. No obstante, es necesaria su inclusión. El error viene subsanado en el impreso.

^{xv} «Belisa» en ambos testimonios. La aparición de este personaje en dicha escena resulta incoherente en tanto que se trata de un diálogo entre Fabio —que simula ser Guarín—, y Florela. En efecto, la edición de 1629 atribuye esta intervención a Fabio.

^{xvi} Reconstrucción a partir de la edición de 1629.

^{xvii} En ambos testimonios la mano que copia ha olvidado insertar el nombre de Belisa para esta intervención, pues resultan obvios los juegos lingüísticos de este diálogo a dos voces (Belisa y Leonora), hecho que se aprecia nítidamente en la edición de 1629, si bien en dicha edición las interlocutoras Belisa y Leonora aparecen intercambiadas con respecto a este caso. En los testimonios de los que nos ocupamos, el despiste aludido provoca el descuadre de personajes y diálogos también en las dos intervenciones sucesivas.

^{xviii} «Belisa» en ambos testimonios.

^{xix} «Leonora» en ambos testimonios.

^{xx} «Belisa» en ambos ejemplares. Se trata de una errata. En la edición de 1629 aparece, en efecto, «Camilo».

^{xxi} *Albricias*: «Lo que se da al que nos trae algunas buenas nuevas» (Covarrubias).

^{xxii} «Excusar» en el texto manuscrito. «Escusar» en el texto impreso.

^{xxiii} *Flema*: «Uno de los quatro humores que se hallan en nuestro cuerpo, cuya naturaleza es fría y húmeda. Críase principalmente en el estómago, y auméntase en el invierno, y con los manjares fríos y húmedos, difíciles de cocer y pegajosos» (Autoridades)

^{xxiv} *Pollera*: «Cierta especie de cesto de mimbres u de red, angosto de arriba y ancho de abaxo, que sirve para criar los pollos, y tenerlos guardados» (Autoridades)

^{xxv} Esaú y Jacob fueron hermanos gemelos de caracteres antitéticos. Sus desavenencias comenzaron cuando aún estaban en el vientre mismo de su madre (*Génesis*, 25: 19-34).

^{xxvi} En la comedia plautina *Anfitrión*, Júpiter, enamorado de Alcmena, aprovecha la ausencia de su marido Anfitrión para transformarse y hacerse pasar por este y poder engañar así a Alcmena.

^{xxvii} Este error en el impreso viene advertido en la fe de erratas.

^{xxviii} Mercurio, hijo de Júpiter, participa en la argucia de su padre adoptando la apariencia de Sosias, criado de Anfitrión.

^{xxix} *Pardiez*: «Expression del estilo familiar, que se usa a modo de interjección, para explicar el animo en que se está, acerca de alguna cosa» (Autoridades).

^{xxx} Esopo es una población de Umbría, región italiana. En el libro III del *Libro de los diálogos* de San Gregorio I Magno (s. VI), capítulo XL, se cuenta que el sirio San Isaac llegó a la iglesia de Esopo y estuvo allí rezando tres días y tres noches. Uno de los guardias que custodiaban la iglesia lo insultó creyéndolo impostor. En ese momento, el demonio lo poseyó y solo fue expulsado de su cuerpo una vez que Isaac intercedió. Tras esta hazaña, Isaac se retiró a una cercana cueva del Monte Luco, territorio en el que multitud de anacoretas cristianos hallaron su retiro.

^{xxx} *Despicado* «El así satisfecho y vengado» (Autoridades).

^{xxx} *Potro*: «Se llama tambien cierta machina de madera, sobre la qual sientan y atormentan à los delinquentes que estan negativos, para hacerles que confiessen u declaren la verdad de lo que se les pregunte» (Autoridades).

^{xxx} Subsano en el impreso.

^{xxx} «Verla» en ambos testimonios.

^{xxx} *Prosupuesto*: «p.p.irreg. de ‘prosuponer’». *Prosuponer*: «Lo mismo que ‘presuponer’» (Academia, 1803).

^{xxx} «Sosie» en manuscrito e impreso.

^{xxx} *Zurribanda* «La zurra, ò castigo repetido, ù con muchos golpes, o la pendencia, ò riña ruidosa entre varios, en que hai golpes, ò se hacen daño» (Autoridades).

^{xxx} Valor de «sino»

^{xxx} *Daifa*: «es nombre arábigo y en rigor vale tanto como huespeda, pero alargase a sinificar el ama, la señora, y la dama [...]» (Covarrubias).

^{xl} *Lebrón* «Metaphoricamente se aplica al que es timido y cobarde, aludiendo a la timidez y rezélo que tiene la liebre» (Autoridades).

^{xl} Reconstrucción a partir del impreso. La preposición convierte el verso en octosílabo, que, tal y como aparece en el manuscrito, queda heptasílabo.

^{xli} *Cibera* «Heces, ò partes gruesas, que quedan de los frutos, después que se han molido mucho, para sacarles toda la substancia» (Autoridades).

^{xlii} «Rebomban» en el texto manuscrito. Subsano en el impreso. *Rebombar*: «Lo mismo que resonar, retumbar» (Terreros).

^{xlii} *Fementido* «Falto de fê y palabra» (Autoridades).

^{xlii} *Cuyo* «Tomado como substantivo, vale el galán o amante de alguna mugér» (Autoridades).

^{xlii} *Elitropia*: «cierta piedra preciosa, que fabulosamente dizen hazer invisible al que la trae consigo» (Covarrubias).

^{xlii} Angélica es uno de los principales personajes que intervienen en el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto (s XVI). Es poseedora de un anillo mágico que vuelve invisible a quien lo introduce en su boca.

^{xlii} Vulcano, correlato romano de Hefesto, era el dios del fuego, de la fragua.

^{xlii} Subsano en el impreso

^l Subsano en el impreso.

^{li} Subsano en el impreso

^{lii} *Postas*: «los cauallos, que de publico están en los caminos cosarios para correr en ellos y caminar con presteza» (Covarrubias).

^{lii} *Pernil*: «El anca y muslo del animal» (Autoridades).

^{liv} Ilusión, por lo tanto, perpetrada por el vino; esto es, embriaguez.

^{lv} *Seor*: «Lo mismo que ‘señor’» (Autoridades).

^{lvi} *Fregona*: «La criada que sirve en la cocina, y friega los platos y demás vasijas» (Autoridades).

^{lvii} Subsano en el impreso.

^{lviii} Subsano en el impreso. Es una tendencia el escribir palabras enlazadas por una letra en común.

^{lix} *Mandria* «El hombre de poco ánimo y espíritu, que se acobarda y no tiene valor para resistir a otro» (Autoridades).

^{lx} Personaje de la literatura caballeresca que destaca por su valentía y soberbia. Aparece en obras del quinientos tales como el *Orlando innamorato*, *Orlando furioso* o los libros del *Espejo de caballerías*.

^{lxi} Dido o Elisa, reina de Cartago, resulta un emblema de entrega amorosa debido a su suicidio en las llamas como consecuencia de la marcha de Eneas –fundador de Roma–, con quien había mantenido un romance.

^{lxii} *Matachín* «Hombre disfrazado ridículamente con carátula, y vestido ajustado al cuerpo desde la cabeza à los pies, hecho de varios colores, y alternadas las piezas de que se compone: como un quarto amarillo y otro colorado. Fórmase destas figuras una danza entre quatro, seis ù ocho, que llaman los Matachines, y al son de un tañido alegre hacen diferentes muecas, y se dan golpes con espadas de palo y vexigas de vaca llenas de aire» (Autoridades). *Dexar a uno hecho un matachín*: «Vale dexarle corrido, avergonzado, y sin tener que decir» (Autoridades).

- lxi *Atabal* «Instrumento bélico, que se compone de una caja de metal en la figura de una media esfera; cubierta por encima de pergamino que se toca con dos palos pequeños, que rematan en bolas» (Autoridades).
- lxiv Subsanado en el impreso.
- lxv *Higa*: «es vna manera de menosprecio que hazemos cerrando el puño, y mostrando el dedo pulgar por entre el dedo índice, y el medio, es disfraçada pulla [...]» (Covarrubias).
- lxvi Subsanado en el impreso.
- lxvii Divinidad romana asociada a la guerra.
- lxviii La forma verbal completa («dice») generaría un verso eneasílabo y, por tanto, hipermetría.
- lxix El sustantivo completo («casa») generaría un verso eneasílabo y, por tanto, hipermetría.
- lxx *Coso*: «la plaça, o campo donde lidian los toros, quasi corso; porque los corren alli» (Covarrubias).
- lxxi *Recuestar* (s.v. *requestar*): «Metaphoricamente vale acariciar, atraer con el halago, ò dulzura de amante» (Autoridades).
- lxxii «Demiendo» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.
- lxxiii *Lobanillo*: «cierta hinchazón, dicha assi por la semejança que tiene a lo que causa la mordedura del lobo» (Covarrubias).
- lxxiv *Chilindrina* «Cosa de poca entidad, ò ninguna substancia, fundada solo en apariencia ò artificio» (Autoridades).
- lxxv *Molido como una alheña* [*Alheña*]: «Se dice metaphoricamente hablando de uno que ha hecho larga jornada, ò ha recibido algun trabajo excessivo, de que está quebrantado: porque molida la alheña se hacia de ella polvo mui sutil para teñir las crines y colas de los caballos, y las lanzas de los caballeros [...]» (Autoridades).
- lxxvi «otro» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.
- lxxvii Subsanado en el impreso.
- lxxviii *Cerca*: «Se uso antiguamente por lo mismo que ‘cerco’ en el significado de assedio, ò sitio» (Autoridades).
- lxxix «Digo no» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.
- lxxx «decidle, decilde, presto» en el texto manuscrito. «decilde, decilde presto» en el texto impreso.
- lxxxi *Draque*: «Aguardiente muy aguado» (Salvá).
- lxxxii El profeta Habacuc fue llevado por un ángel que lo tomó de los cabellos desde Judea hasta Babilonia para que alimentase a Daniel (*Daniel*, 14: 32-39).
- lxxxiii «Olimpas» en ambos testimonios. Se trata de Olimpia, la amada de Vireno, a quien este abandona tras desposarse con ella en una isla desierta. La joven acaba siendo rescatada por Orlando.
- lxxxiv *Y*: «se usaba en lo antiguo como adverbio de lugar, y significaba lo mismo que ‘allí’» (Autoridades).
- lxxxv *Puto*: «El hombre que comete el pecado nefando» (Autoridades).
- lxxxvi *Picarazo*: «Lo mismo que ‘picarón’» (Autoridades).
- lxxxvii Es probable que esta voz tenga aquí similar significado a *vinagre*: «se llama tambien lo que se muda, o trueca de bueno en malo» (Autoridades).
- lxxxviii Plinio en su *Naturalis Historia* (libro VII, capítulo XVI), afirma que Zoroastro nació riendo y con el cerebro palpitando, como preludio de su «ciencia».
- lxxxix C. Julio Solino incluyó en el «Sobre el hombre» de su *Colección de hechos memorables* (s.III) el mismo comentario sobre Zoroastro, apunte extraído, además, de la obra de Plinio (Fernández Nieto, 2001: 163).
- xc San Agustín refiere este aspecto, tal y como aparece en el texto, en el capítulo decimoctavo de *La ciudad de Dios*, y añade como ejemplo de transformación similar la de figura en *El asno de oro* de Apuleyo.
- lxi *Pellico*: «El zamarro del pastór, ò otro vestido de pieles, hecho à semejanza dél» (Autoridades).
- lxii «Messes» en el texto manuscrito. «Meses» en el texto impreso. En el fragmento de la octava égloga de Virgilio al que pertenece este pasaje el poeta hace alusión a hierbas y venenos mágicos que otorgan diversas facultades, entre las que se halla la referida en el texto, «Y las mieses llevarse a otros terrenos».
- lxiii «Maleficaron» en ambos testimonios.
- lxiv «Spirituale» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.
- lxv Reconstrucción coincidente con la lectura del ejemplar R/ 023962 que contiene las seis comedias escritas por Matías de los Reyes (Jaén, Pedro de la Cuesta, 1629). En el manuscrito se lee «dener», en el impreso, «dever».
- lxvi «aperente» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.
- lxvii «Excusarte» en el texto manuscrito. «Escusarte» en el texto impreso.
- lxviii *Mágica*: «Magia» (Academia, 1832).
- lxix En el manuscrito, debido a la encuadernación, solo puede apreciarse una parte de la palabra. Pese a que se intuye más texto, resulta ininteligible. La lectura del impreso se corresponde con «burladas».
- c *Quedo*: «Lo mismo que ‘quieto’» (Autoridades).

-
- ^{ci} En el ámbito del Derecho, «Información que se hace judicialmente y a prevención, para que algo conste en lo sucesivo» ('información', DRAE).
- ^{cii} «Pario» en el texto manuscrito.
- ^{ciii} «ando» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.
- ^{civ} «Flora» en el texto.
- ^{cv} *Higa*: «amuleto con que vanamente se persuadían los gentiles que se libraban del fascino y mal de ojo, y apartaban de sí los males que creían podían hacer los envidiosos, quando miraban à las personas ò à las cosas. La figura era de una mano, cerrado el puño, mostrando el dedo pulgár por entre el dedo índice y el de en medio. [...]» (Autoridades).
- ^{cvi} *Chapín*: «Calçado de las mugeres, con tres, o quatro corchos: y algunas ay que lleuan treze por dozena, y mas la ventaja que leuanta el carcañal [...]» (Covarrubias).
- ^{cvii} Subsanado en el impreso.
- ^{cviii} «Flora» en manuscrito e impreso.
- ^{cix} *Vidro*: «Lo mismo que 'vidrio'» (Academia, 1803).
- ^{cx} Subsanado en el impreso.
- ^{cxí} Subsanado en el impreso.
- ^{cxii} *Quedito*: «Diminutivo de 'quedo', que tiene el mismo valor en la significación; aunque con alguna mayor energia» (Autoridades).
- ^{cxiii} Reconstrucción coincidente con la lectura del impreso. En el manuscrito se lee «no tes prisa», por lo que, amén del sentido, el cómputo silábico suma un heptasílabo.
- ^{cxiv} «Excuses» en el testimonio manuscrito. «Escuses» en el testimonio impreso.
- ^{cxv} Realmente en el manuscrito se lee «tracado», puesto que le falta el trazo inferior a la ç. Se trata de un rasgo frecuente en la caligrafía del manuscrito.
- ^{cxvi} *Propio*: «Usado como sustantivo se llama el correo de á pie, que alguno despacha para llevar una, ó mas cartas de importancia» (Academia, 1780).
- ^{cxvii} «miraldo» en ambos testimonios.
- ^{cxviii} «Me hizo».
- ^{cxix} *Mitra*: «Llaman vulgar, impròpia e indignamente a la corozza que se pone a los hechiceros y otros delinquentes» (Autoridades).
- ^{cxx} *Chamusquina*: «Metaphoricamente se llama la pendencia de espadas, en que concurren muchos, y es con bulla y alteración [...]» (Autoridades).
- ^{cxxi} Posible italianismo.
- ^{cxvii} Subsanado en el impreso.
- ^{cxviii} En el manuscrito se ha corregido «su» sobre «mi».
- ^{cxviii} «Visto» en el testimonio manuscrito. Subsanado en el impreso.
- ^{cxv} *Mamar*: «Por extensión significa 'comer y engullir'» [la mentira] (Autoridades).
- ^{cxvi} En ambos testimonios: «egead». *Si exeat*: 'si acabara en'.
- ^{cxvii} Argos, en la mitología griega, era un gigante de cien ojos, noventa y ocho de los cuales siempre mantenía en guardia mientras dos descansaban.
- ^{cxviii} Reconstrucción que coincide con la versión del impreso. En el manuscrito este verso es heptasílabo.
- ^{cxix} Podría tratarse de una apócope inserta con la finalidad de ajustar el octosílabo.
- ^{xxx} «Flora» en el texto.
- ^{xxxi} Lectura dudosa en el manuscrito (f. 32r, col.2).
- ^{xxxii} *Rosicler*: «El color encendido y luciente, parecido al de la rosa encarnada [...]» (Autoridades).
- ^{xxxiii} Enmendado en el impreso.
- ^{xxxiv} Enmendado en el impreso.
- ^{xxxv} «trae» en el texto impreso.
- ^{xxxvi} «y Leonora en en secreto» en manuscrito.
- ^{xxxvii} Tanto en el manuscrito como en el impreso, este verso y los siguientes se atribuyen al personaje de Octavio. No obstante, consiste en una errata evidente, en primer lugar, porque seguidamente vuelve a intervenir Octavio y, por otra parte, porque desvirtúa el sentido del texto. Es Octavio quien no entiende nada y Leonora quien le intenta explicar qué está pasando.
- ^{xxxviii} «Flora» en manuscritos e impresos.
- ^{xxxix} *Abernuncio*: «Voz con que se significa la oposición que se tiene a las cosas que pueden ser de mal agüero, u de daño conocido» (Autoridades).
- ^{cxl} Tanto en el manuscrito como en el impreso, este verso de Florela se repite en dos ocasiones: antes y después de la acotación que sigue. Por tratarse de una errata evidente, se ha suprimido la repetición.
- ^{cxli} En el impreso, la acotación no ha sido tratada como tal, sino formando parte del verso, que resulta así eneasílabo.

^{cxlii} *El jardín de Falerina* es el título de un auto mitológico de Calderón cuya protagonista, Falerina, es una hechicera.

^{cxliii} «obstantes» en ambos testimonios.

^{cxliv} En la edición impresa la acotación ha sido considerada parte integrante del verso, por lo que su inclusión desvirtúa la rima y la métrica.

^{cxlv} En la mitología griega, Dédalo era un arquitecto ateniense que construyó para el rey Mínos de Creta un laberinto donde el rey encerró al minotauro. El propio Dédalo, junto con su hijo Ícaro, acabó encerrado en su construcción como un castigo de Minos como consecuencia de haber aconsejado a Teseo y Ariadna sobre cómo salir del laberinto mediante un ovillo de lana que le permitiría a Teseo desandar sus pasos. Dédalo ideó entonces alas de cera que les posibilitaron a él y a su hijo escapar de la construcción.

^{cxlvi} *Coturno*: «Especie de calzado á la heroica de que usaban los antiguos, y de que se servían tambien los actores de las tragedias» (Academia, 1780).

^{cxlvii} Espectáculo teatral latino en el que los actores iban descalzos.

^{cxlviii} Subsancionado en el impreso.

DISCURSO PRIMERO. DISCURSO SOBRE LAS MAGIAS Y REPROBACIÓN DE SUS SUPERSTICIONES

No quise que la ocasión que tenía de satisfacer mis escrúpulos acerca de las operaciones mágicas se me malograra teniendo tan a la mano dos ingenios tan doctos como el cura y religioso. Y así en levantando los manteles quise proponerlos y, habida para hacerlo licencia de los dos, comencé absolutamente en¹ esta[s]¹ palabras:

— Algo dije, señores, en el discurso pasado haber visto en algunos autores graves, así antiguos como modernos, acerca de la magia, para asentar la verisimilitud que intenté dar a la imitación suya siguiendo las huellas a Plauto, pero que todavía (atribuyolo² a mi poco saber) se me quedaron pegados en el ánimo algunos escrúpulos de que deseo limpiarme. Estos son sobre los metamorfosis o transformaciones que los prestigiosos profesores desta ciencia hacen con sus encantos de unos cuerpos en otros, y ansimesmo de las transportaciones que los demonios hacen de sus magos de un lugar a otro instantáneamente y cómo los transformados obran y ejecutan ministerios incompatibles a sus fuerzas, si bien proporcionados a las de los³ animales, en que parece fueron transformados, como también no haber puerta cerrada para los tales, ni redendija o quiebra tan estrecha por donde no entren y salgan con toda agilidad. Y supuesto que mi primero⁴ escrúpulo no para en que las tales transformaciones y transportaciones no se obran y han obrado real y verdaderamente por Dios y sus ángeles buenos con expreso mandato suyo, como se vio la mujer de Lot transformada en real estatua de sal en el campo de Segor, y a Nabucodonosor en buey, y la vara de Moisés en culebra, como se lee en el capítulo diecinueve del *Génesis* y al cuatro de *Daniel* y al séptimo del *Éxodo*. Pero que a este ejemplo pueda el demonio también hacer transformaciones reales, sabemos que es erróneo y herético según las doctrinas de santos padres y doctores.

Y supuesto que es verdad que la operación divina es más válida y eficaz que la diabólica, así lo es también su criatura. Y dado caso que concedamos transmutaciones mágicas, hemos de conceder se han de obrar por el demonio, y que esta obra ha de ser en criatura de Dios (asentado por verdad que todas lo son). Luego no siendo lícito decir que la figura supersticiosa del demonio excede a la criatura real de Dios, tampoco lo será creer que las criaturas y obras de Dios en los hombres y en los brutos son viciadas por las operaciones del demonio. Demás, que si no es poderoso a criar una débil florecilla ni aun hacer o transformar un cabello negro en blanco, ¿cómo lo será para la formación real de tantas maravillas como⁵ los magos se atribuyen?

Cuanto a las transportaciones, reparo en que si los demonios obrasen esto, llevando de una parte a otra a sus brujas y demás sus secuaces corporalmente, se seguirían dello muy graves inconvenientes entre quien no sería el menor poder llevar así también a otras personas (aunque

S. Agustín,
libro 3 *De Trinitate*,
capítulos 7 et 8
D. Sto. Tomás de Aquino,
Cuestiones^{lxii}.
Libro 83,
capítulo 79, p. 1,
cuestión 65 y *Summa Contra Gentiles*,
[libro 3]
Capítulo 103
Bartolomeo Spina, *De Strigibus*,
capítulo 8 y otros

¹ Con]

² Atribuyo]

³ Los de]

⁴ Primer]

⁵ Add. A

forzados) a las partes y con las circunstancias que les pareciese a ellos. Y secundariamente podrían sacar de las prisiones, aunque más recatadas, a sus confederados o a los que su favor implorasen, impidiendo con esto el orden y ejecución de los suplicios ordenados contra los tales por la humana justicia. Y así parece que estas transformaciones no son reales como los tales publican sino imaginadas en la fantasía. Y desto hay algunos ejemplos, entre los cuales es el de una mujer dada a esta perversidad que, advertido su marido por otras personas [de] las andanzas de su mujer, por certificarse dellas veló muchas noches, aunque se fingía dormido y siempre la halló a su lado, para cuya satisfacción la tocaba con sus manos y hacía con ella otras corporales experiencias con que quedó persuadido era testimonio que se levantaba a la inocente mujer. Pero no pasó mucho tiempo que siendo presas otras comadresⁱⁱ cuyas indiciadas en este crimen, lo fue ella también y confesó de sí que tales noches era llevada a los aquelarres (así creo llaman ellas los lugares de sus juntas) y aunque su marido quiso redargüir de mendaz su confesión en fe de las experiencias que tenía hechas, no pudo excusarla del común suplicio con las demás sus colegas.

De aquí infiero que, como sucedía a esta, puede suceder a las demás que a tan diabólica secta⁶ se dedican y que todo lo que se les representa (que ellas juzgan real) es ilusorio y soñado en aquel arrobo ocasionado de la frialdad de los unguentos que usan, supuesto que se ha visto que sus cuerpos se quedan en sus mismas casas, y desto hay muchos ejemplos en los libros.

Y lo mismo juzgo se debe entender de las demás operaciones mágicas como de los daños y mutaciones en el aire y en los frutos de la tierra, aunque diga el poeta que

«Carmina, vel coelo possunt deducere Lunam.
Carminibus Circeⁱⁱⁱ socios mutavit⁷ Ulixi^{iv}»^v.

Porque no todos los poetas tienen autoridad para acreditar una opinión. Y más me arrimo a la del filósofo^{vi}, en el 7 de sus *Metafísicos*, donde dice que toda alteración corporal, como enfermedad o sanidad, es deducida del movimiento local del cielo, y siendo así que los demonios no son poderosos a variar estos movimientos de su elección porque esta potestad a solo Dios compete, sin cuya expresa voluntad no obran las criaturas, ni aun una débil hoja se mueve en el árbol; se sigue que los demonios y menos sus magos podrán obrar semejantes maravillas, siendo necesarias para ellas tales precedencias, a lo menos que sean reales. Y esto se prueba con el ejemplo de aquella mujer llevada a San Macario, de todos y aun de la misma tenida por perfecta yegua, advirtiéndole al santo cómo era una mujer a quien por arte mágica habían algunos enemigos suyos transformado en semejante animal, pidiéndole hiciese oración a Dios por su restauración al préstino^{vii} estado de su verdadero ser. Pero él, siervo de Dios, no yegua, como los demás, la veía, sino mujer real cuyo engaño quitó de los ojos de aquella iludida gente por medio de la oración.

Martín del
Río,
*Disquisitiones
Magicae.*

*Malleus
Maleficarum*

Dionisio in
*epistola ad
Policarpum*

⁶ Seta]

⁷ mui avit]

Y para que de una vez yo proponga mis escrúpulos y causas, que me los han introducido, y me dejéis limpio dellos, quiero saber también cómo se entiende a nuestro propósito el *Canon Episcopi* causa veintiséis, cuestión 5, en aquellas palabras «*Illud etiam non est omni tendum*»⁸, quod quaedam sceleratae mulieres retro Sathanam conuersae demonum ilusionibus, et phantasmatis seductae, credunt se, et profitentur, cum diana nocturnis horis, Dea paganorum, vel cum Herodiade, vel cum in numera multitudine mulierum supra quasdam bestias, et multa terrarum spatia in tempestae noctis silentio per lustrare», y añade después: «*Quis vero tam stultus, et habes sit*»⁹, qui haec omnia, quae in solo spiritu fiunt, etiam in corpore accidere aduitur», concluyendo finalmente con decir: «*Quod omnibus publice anuciandum*»¹⁰ est, quod qui talia credit, et his similia fidem perdit».

Aquí tomando la mano el padre Acrisio —dando primero un íntimo suspiro, prenuncio de lo que después se sabrá—, puesta la vista en la del cura, como pidiéndole licencia para hablar, dijo:

- Muchos, señor y amigo mío, tuvieron vuestra duda, si bien con menos modestia, pues quisieron afirmarlo con disputas y argumentos hasta que por razones eficaces de doctores y aun por experiencias se desengañaron, como lo quedaréis también con las que nos dará el señor doctor agora. Porque todas las que dudáis poder obrarse por medio de los encantos y supersticiones mágicas, que llaman demoníacas, se obran sin duda precediendo primero la divina permisión (como vos lo entendéis católicamente), no obstante lo que literalmente entendéis de las palabras del *Canon*^{viii} por vos referidas, que necesitan exposición a nuestro intento. Demás, que la autoridad que tenga este *Canon* podréis ver en muchos autores citados a su propósito por Torreblanca en su moderno libro de *Iure Spirituali*, libro 4, capítulo 3, que por no parecer justo vulgarizar esto ni importar aquí, no lo disputo. Y aun en la materia que entre manos tenemos también conviene ir con mucho tiento por si nos escucha alguno no capaz destas materias, pues para los doctos basta señalar la herida. Y volviendo al propósito y comprobación de que por el arte mágica suelen obrarse todas las cosas que significáis, y otras más admirables, digo que lo afirma Santo Tomás en la *Secunda Secundae*, cuestión 96, artículo 2, título *De Supertiti[o]us*, donde latamente habla desta cosa, y en las cuestiones disputadas, título *De Miraculis*, Silvestro Prierio en el tratado de *Admirabilibus Operationibus*^{xi} *Demonum* y Tomás Brabantino^{ix} en el *De Apibus* y otros muchos.

Perdonadme, señor doctor, que me dejé llevar en este punto de un furor interior a que no supe negarme, no advirtiéndome que sois el consultado y nuestro maestro, a quien toca el repartirnos el pan^{xii} desta y las demás doctrinas.

- Antes, padre nuestro —dijo el cura—, estoy en muy firme propósito de que habéis de ser el que nos le reparta hoy, pues la suficiencia vuestra me tiene

⁸ omitten dum]

⁹ Bebestit]

¹⁰ Anuntiandum]

¹¹ Operationus]

¹² Perú]

persuadidas mayores empresas. Y así os suplico prosigáis el intento comenzado, pues también conseguiréis el de nuestro amigo.

- A mucho, según eso —replicó él—, me ha obligado el acto descortés que ejercité anticipándome al lugar que no me tocaba. Dadme, os suplico, penitencia condigna^x a mi atrevimiento, y no tal que exceda a mis hombros ni a mi débil capacidad.
- Vuestra Paternidad no se excuse —replicó el cura— por tan modestos términos, supuesto que no hay causa que le releve de darnos este buen rato. Ábranos ya la caudalosa biblioteca de su gallardo ingenio fertilizado con largos estudios y experiencias, como aunque con modestia propia nos lo pretende encubrir con caridad santa nos lo manifiesta.
- Los términos mismos —replicó él— por quien pretendéis alentarme son los motivos que me acobardan, porque lo que más confieso que sé es saber que soy ignorante en todo, porque os suplico no permitáis malogremos este rato, pudiendo emplearle también siendo oyentes vuestros.
- Si el estar en mi casa —añadió el cura— induce en mí alguna jurisdicción sobre vuestra cortesía, os lo encargo en fe de ambas, y la que puede tocarme la renuncio en vos, para que como dueño mío tengáis la mano y primero voto.

Convencido el religioso de tan cortés instancia, se determinó a obedecer, con atención de que lo que dijese había de ir todo subordinado a su corrección y censura, y con este aditamento y sin otro prólogo, comenzó diciendo así:

- Sea pues la «basis»^{xi} y fundamento de nuestro informe probar que hay magia demoníaca y prestigiosa, que es de la que habla nuestra disputa, que, probado esto, no será necesario discurrir largo para hallar la consecuencia de que hay profesores della, y, por consiguiente, que los tales obran las cosas de que dudáis y por que sepáis lo que es magia y como es una de las ciencias que con las demás fue infusa en nuestro primero padre y como tal reverenciada y respectada por cosa divina (pues con su nombre se exaltaban los monarcas y sumos sacerdotes, cognominándose por excelencia «magos»). Entre los griegos se llamaron «filósofos»; entre latinos, «sabios»; los persas, «magos»; los etíopes¹³ «gimnosofistas»; entre los asirios, «caldeos»; entre los indos «brahmanes^{xii}»; y entre los galos, «druidas». Pero la prevaricación de los hombres (inducida de la doctrina de Satanás) que, deseosos de saber más de lo que es conveniente, inventaron otra magia vana, falsa y escandalosa, porque, como dice Casiano, *Colationes* 8, capítulo 12: «Scientiam rerum coelestium, et sublunarium, quam Adam a Deo, acceperat, tradit ipsam filio suo Seth, cuius semen seruauit eam in contaminatam, donec diuisini a sacrilega proginie¹⁴ Caim perdurauit, eam doctrinam, ad Dei cultum, et ad vtilitatem vitae comunis exercuit¹⁵. Cum vero fuisset impiae generationi per mixtum, ad res prophanas, adque noxias, quae pie¹⁶ didiscerat instinctu Demonis deuiauit¹⁷, curiosasque, ex ea Maleficorum

Porfirio, libro
De Sacrificiis;
Platón in
Alcibiades;
Apuleyo in
Apologia
vocat
«magiam»
‘cultum Dei’;
Plinio l.2,
capítulo 7;
Estrabón in
Geografía
Libros 15,16;
D.Jeremías. In
Daniel ley 2
S. Isidoro
Libro 8

¹³ Etíopos]

¹⁴ Progenie]

¹⁵ Exereuit]

¹⁶ Piae]

¹⁷ Deviabit]

Artes, adque praestigias, et magicas superstitiones audacter instituit». Por manera que sacamos destas palabras de Casiano que hay magia diabólica y que el demonio, émulo a la majestad divina, quiso también hacer su ciencia, por cuyo medio se usurpase la adoración a solo Dios debida. Y para comprobación desto, no bastando las doctrinas de santos y doctores que lo aprueban, de que después diré algo, trairé algunos ejemplos, pues estos son los instrumentos con que se obra el sosiego y descanso de toda dubda. Y si hubiese alguno que negase estos (como dice el filósofo, de los que niegan el movimiento y la razón experiencial) merecerá ser castigado como niño o como el cura de cierta aldea, cuyo suceso hace dos luces a mi propósito. Parece que este cura no debiera de ser tan docto como deben serlo aquellos que a su cargo tienen el cuidado de las almas, pues dudaba esto con notable aseveración. Sucedió cierto día salir al campo en un rocín, y al pasar una puente estrecha en que concurrió también una vejezuela algo indiciada desta miseria, y acaso obligado de la estrechez de la puente, el rocín encontró con la mujer y la precipitó al riachuelo, de que ella, ofendida, disparó contra su paracho[sic] muchas injurias e improperios, mezcladas con algunos conjuros tales que al siguiente día el cura se halló tan inválido a levantarse de la cama que, impedido del medio cuerpo abajo, le fue forzoso creer que había encantos mágicos, y aunque la buena de su ofendida feligrés era muy aprobada en la ciencia, a tanto, en fin, llegó su lesión, que le obligó por espacio de tres años a ser llevado en hombros ajenos a la iglesia, al cabo de los cuales enfermó la vieja del mal postrero, y enviando a llamar al cura para que la confesase, la invió a decir se confesase con el diablo, su maestro. Pero, en fin, obligado de su oficio y ruegos de personas piadosas, fue a confesarla y en toda la confesión hizo memoria de aquel pecado contra él cometido, aunque bien sí de otros muchos semejantes, y particularmente se acusó de que cierto día en que el tal cura iba a caza, ella, por burlarle, se convirtió en liebre, y a él y a los galgos trajo todo el día molidos sin que la diesen alcance ni encontrasen otra liebre en más de cuatro leguas. En fin, ella le preguntó si tenía noticia de la causa de su lesión, y él la confesó su sospecha, y entonces ella se declaró acusándose del pecado y después le dijo tuviese paciencia porque ella moriría presto, y dentro de tres días siguientes se hallaría sano y libre, lo cual sucedió así como ella lo predijo, muriendo el mismo día.

Así que, señor, es menester que creáis que hay magia diabólica y personas que, por medio de pacto implícito o explícito con el demonio contraído, obran todas las cosas que dudáis, si bien con las limitaciones que colegiréis de mi discurso.

Y es esto en tanto grado, que la opinión contraria repugna al texto sagrado, a la teología sacra, a los sagrados cánones, a las leyes imperatorias y a la experiencia misma ilustrada con la averiguación de muchos sucesos. Repugna, digo, al texto sagrado porque en el *Éxodo*, capítulo 22, se mandó que los maléficos fuesen privados de la vida, diciendo: «meleficas non patieris viure»^{lxiii}. Y en el *Levítico*, capítulo 19: «non declinetis ad magos, neque ab Ariolis aliquid sciscitemini»^{lxiv}, y en el capítulo veinte: «anima quae declinauerit ad magos, et Ariolos, et fornicata fuerit cum eis, ponam faciem meam contra eam, et interficiam illam de medio populi»^{lxv}, y en el fin del mismo capítulo se lee: «Vir siue mulier, in quibus phytonicus, vel

divinationis¹⁸ spiritus fuerit, morte moria[n]tur, et lapidibus obrue[n]t^{xvi} eos»^{xvii}.

Contradice también a los sacros cánones, como parece en el *Decreto*, causa 34, cuestión 1, capítulo «Si per sortiarias^{xviii}»^{xix}, donde se exhortan los maleficiados¹⁹ ocurran^{xx} a los verdaderos y santos remedios de la Iglesia para conseguir salud y remedio a sus daños, cuyas más favorables medicinas son: contrición verdadera de pecados, confesión dellos, limosna y otras obras pías. Y en el *Decreto* mismo, causa 26, cuestión 5, tenemos que el mago lego sea descomulgado y el clérigo depuesto y condenado a perpetua clausura.

Contradice también a la sagrada teología que universalmente afirma que el maleficio²⁰ o hechizo es cosa cierta y no imaginada como la han creído algunos tocados de la herejía y aun otros criados con la leche de la Iglesia, nombrados por Torreblanca de *Iure Spirituali*, libro 4, capítulo 3, número 3 y 4, y Plinio también lo pretendió. Pero no tenemos que dudar confesándolo Santo Tomás en el 4 *De las sentencias*, distinción 34, cuestión 3. Josef Anglés, sobre el 2 *De las sentencias* cuestión 1, *De Magia*, artículo 1, conclusión 1^{xxi}, el cual pone la razón diciendo que si esta arte fuera ociosa y vana, y no tan eficaz y perniciosa, no se castigaran sus profesores tan severamente con el divino, canónico y civil derecho que la prohíben y condenan, trayendo para esto los mismos lugares del decreto. Y añade que se colige ser la encantación de alguna eficacia, valiéndose para su comprobación de lo que dice el salmista, Salmo 57: «Sicud Aspides Surdae, et obturantes auras suas, quae non exaudiet voces incantantium, et benefici incantantis sapienter», y aquello de San Mateo: «Surgunt Pseudo Profetae, et Pseudo Christi, et dabunt signa».

Plinio, libro 3,
capítulo 1

Salmo 57

Los cuales ni por otra gracia ni por otro arte obran estas cosas, sino por la mágica, de que también parece que la opinión contraria repugna a la fe, la cual no solo tiene que los ángeles cayeron del cielo, pero que ya demonios tienen potestad sobre los cuerpos de los hombres, cuando por Dios se les permite, así lo dice Ricardo de Mediavilla, así San Buenaventura, así Silvestro Prierio en el lugar citado; y con todos concuerda Escoto en el 4 de las *Sentencias*, distinción 34, cuestión 1, el cual hablando de la impotencia del acto carnal, dice: la segunda imposibilidad es obrada por los malignos espíritus, los cuales tiniendo contraído pacto con los maléficos guardan el cumplimiento de sus promesas inviolablemente, no porque ellos sean veraces, mas para acreditarse en esta parte con los demás hombres, a cuyo engaño precipuamente^{xxii} son intentos. Porque si ellos no observasen así lo que prometen, ninguno de los hombres sería tan bárbaro que siguiese sus diabólicos dogmas y institutos, hallando al cabo frustradas las esperanzas a que aspirasen. Pero ellos en cuanto por Dios les es permitido cumplen sus palabras, en cuyo efecto logran el fructo de sus dañados intentos, que es ser adorados por sus secuaces miserables, porque como soberbios desean ávidamente los honores y culto a solo Dios debidos.

Repugna también a las leyes imperatorias que imponen penas severas a los

¹⁸ Diminutionis]

¹⁹ Maleficados]

²⁰ Maléfico]

magos, hechiceros y encantadores por la ley “nemo”, capítulo *De maleficiis*^{xxiii}, está determinado que los tales sean condenados a ser devorados de las fieras. Y en las 12 tablas fue impuesta pena gravísima contra aquellos que encantaban las mieses.

Según lo cual, como dijo Josef Anglés, todas estas determinaciones fueran ociosas, no habiendo en el mundo magia diabólica ni profesores suyos contra quien fueron determinadas y establecidas, por quien son prohibidos sus usos y castigados sus profesores.

- Pues siendo así, como bien Vuestra Paternidad lo deja probado —dije yo—, ¿cómo entenderemos la absoluta negación que de las palabras del *Canon* se infieren, que parecen opuestas, ex diámetro a estas resoluciones? Resuélvase²¹ esta dubda, que con lo que he oído, estoy más inquieto. Quanto a las palabras del *Canon*, respondo, dejado aparte lo que en su lugar advertí de su autoridad, se satisface con que en ellas no se atendió a negar que el demonio (permitiéndolo Dios) no pueda obrar estas cosas en la calidad que disputamos, porque se diría contra todas las autoridades prealegadas, y aun contra el texto sagrado evangélico de San Mateo, San Lucas y San Marcos, donde tienen muchos, que el demonio transportó el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo al pináculo del templo. Porque decir, como algunos afirman, que estas cosas pasan en sueños y no en las vigias, también repugna²² al texto sagrado. Si no, decid: ¿Soñaba San Pedro, príncipe de los apóstoles, cuando recordado por el ángel fue sacado de la cárcel? ¿Estaba Habacuc^{xxiv} durmiendo cuando, cogido por un cabello, por un ángel fue llevado desde Judea a Babilonia a proveer a Daniel de comida? Y si se dijere que estas fueron obras hechas por Dios por el ministerio de ángeles buenos, queda luego firme el argumento de que los demonios, precediendo también la permisión divina, pueden obrar las mismas transportaciones, pues en cuanto al poder que tienen por naturaleza, no son aventajados por los buenos ángeles como criados en una mesma. Y para comprobación desto, ¿No se lee en los *Actos de los Apóstoles*, que siendo Simón mago elevado en los aires por los demonios, San Pedro pidió a Dios no permitiese que tanto pueblo como el romano estuviese iludido con semejantes engaños, y así la divina providencia abstiniendo entonces su permisión y coartando la fuerza y virtud diabólica, vino el mago embustero a tierra precipitado, donde quebrándose las piernas cogió su maestro el fruto último de sus esperanzas, esto fue, su ánima dañada, llevándola al eterno suplicio a que se dispuso como se disponen todos sus secuaces?^{xxv}

Actos
Apóstoles
capítulo 12

Daniel 14

Santo Tomás
Quaestiones
disputatae
cuestión 5. *De*
mirabilis

Ansí que lo que el *Canon* pretende reprobar es la opinión de aquellas réprobas que creían que con la diosa Diana o con la deshonesta Herodías caminaban de compañía caballeras en bestias real y corporalmente, atribuyendo esta operación, no al espíritu divino, sino a la absoluta virtud del demonio, que con diabólica ilusión las engaña usurpándose la adoración a solo Dios debida.

- ¿Pues cómo hemos de creer —dije— las palabras del mesmo *Canon* más abajo, cerca del fin? A saber: «*Quisquis credit posse fieri aliquam creaturam, aut in melius, aut deterius transformari, aut transmutari in aliam*

²¹ Resuelveseme]

²² Repugna]

speciem^{xxvi}, vel in aliam similitudinem, nisi ab ipso creatore, qui omnia fecit, procul dubio infidelis est».

- Necesario será —replicó él— no pasar ligeramente por esas palabras en que tan a propósito habéis reparado, porque nos vamos desembarazando de la oposición que os hace el *Canon* respondiendo a todo con distinción y doctrinas de doctores que hablan en esto, y después responderé a vuestras objeciones (de que estoy olvidado) con que acaso quedaréis satisfecho.

Para lo cual digo que en esas últimas palabras del *Canon* se han de considerar dos cosas principales: la primera, que la palabra «fieri» se puede entender en dos modos. En el primero, que es criar, compete solamente a Dios, porque d'él se sabe que «De nichilo^{xxvii} cuncta creavit» y que «solius Dei es[t] creare», como dice Santo Tomás en el segundo *Contra Gentiles*^{xxviii}, capítulo 22. En el segundo modo también se debe distinguir el especie de criaturas, porque o son perfectas como el hombre, el león, el caballo y otras desta manera, o imperfectos como la culebra, la rana, el topo o ratón y sus semejantes: insectos, como mosquitos, la[n]gostas^{xxix}, abejas, etcétera, los cuales todos se llaman animales imperfectos por cuanto se pueden engendrar de la putrefacción de la tierra. De las primeras criaturas habla siempre el *Canon*, y no de las segundas ni terceras.

Segundariamente, es de considerar que aquellas palabras «Aliam transmutationem conuertit», es decir, que se hallan dos suertes de transmutaciones, a saber: una substancial y otra accidental. Y esta última puede ser también en otras dos maneras: una por la forma natural, adherente a la cosa que se ve, y la otra por la forma no adherente a la cosa, sino que se combina y corresponde con la potencia visiva. Y así se concluye que el *Canon* habla de la transformación formal y esencial en especie perfecta y no generable por corrupción o putrefacción, en que no se puede transformar una substancia en otra. Y no habla por ningún caso de las transmutaciones prestigiosas, por cuyo medio aparecen las cosas transformadas por ilusión diabólica. Y este engaño no todas veces es común a todos los que ven las tales cosas, porque muchas veces los siervos de Dios no le padescen como en el suceso de San Macario por vos traído, que pareciendo a todos generalmente yegua aquella mujer, él solo la miraba en su especie natural.

Entendida, pues, esta dificultad, no será contraria la opinión de los doctores a la intención del *Canon*, los cuales no contradicen a Dios el especial y singular poder de criar todas las cosas. Antes afirman que los malignos espíritus no tienen poder para mudar la forma de lo ya criado, atendiendo a que aquí la forma esencial del hombre es el ánima racional, la cual no se muda jamás en manera alguna, sino la forma corporal en los términos dichos y que se dirán. Y es claro que no se ha de entender que estas transmutaciones hechas por el demonio son reales y naturales, sino prestigiosas, porque lo contrario es error herético: que el transformar una cosa substancial y realmente es lo mismo que criarla o resucitarla, cuya potestad es solamente de Dios y por consecuencia es negada a los demonios y a sus magos como afirman los doctores. Pero lo que el demonio no puede hacer por potencia pretende fingir por arte en sus metamorfóseos. Y para esto, lo primero hace que el hombre a quien transforma se persuada estar transformado en tal bestia como lobo, perro, culebra u otro semejante como

D. Agustín
Libro 3. De Trinitate,
capítulos 7 y 8
Sto. Tomás
Cuaestiones libro 83,
capítulo. 79,

le aconteció al padre de Prestancio, que se imaginaba caballo y que traía sobre sus hombros el bastimento de los demás jumentos, como dice San Agustín, libro 18, *Civitate Dei*, capítulo 17, y las causas porque esto se suele hacer podréis leer en muchos autores, y agora lo juntó curiosamente Torreblanca en su libro ya citado^{xxx}: libro 3, capítulo 10, número 10.

p.1 cuestión
65 et libro 3,
*Contra
Gentiles*
capítulo 103

Pero quiéroos satisfacer las objeciones antes de pasar adelante, que después os satisfaré a lo demás.

San Agustín,
Libro 18,
Civitate Dei,
capítulo 17

Vuestro primero inconveniente fue decir que si el demonio pudiese hacer todas estas cosas, como son las transportaciones de los hombres de unas partes a otras corporalmente, se seguirían muchos inconvenientes por las razones que opusistes. A esto respondo con el angélico doctor^{xxxii} en las *Cuestiones Disputadas*, cuestión 5, *De Miraculis*, que los demonios, por su propia virtud, pueden hacer cosas portentosas (ya queda dicho), siéndoles por Dios permitido por medio de las cosas naturales, las cuales no ejercitan siempre por no les ser permitido, porque esta fuerza les fue coartada y limitada por medio de la pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo^{xxxiii}. Pero cuando se les permite este poder en los cuerpos, así de los hombres como de los animales y de los elementos, lo cual sucede o por castigo de los malos o ejercitación de los buenos (como dice San Agustín), o para aumento de la gloria de Dios, entre nosotros puede hacerlo como se ha visto, y con este poder no le es dificultoso transferir una montaña en un instante, turbar el aire, concitar el mar y revolver tormentas y hacer cosas más estupendas. Y en cuanto a la transportación de los hombres, que es de las que vamos tratando, dejados los ejemplos que en las divinas letras se leen, de que ya tocamos algunos, diré el que se refiere en el *Maleus Maleficarum* y le tray Martín del Río en sus *Disquisiciones Mágicas* y otros que desto hablan, cuyo caso fue así:

Gregorio
Tolosano in
comentario
*Artis
mirabilis*,
libro 7,
capítulo 16

Un hombre andaba sospechoso de que su mujer era dada a la depravada secta²³ de las brujas, y con este cuidado, hallándola menos^{xxxiii} una noche en su cama, se levantó a buscarla y la halló en otro diverso aposento desnuda en carnes. En medio de algunos botes de ungüentos se ungió con ellos y a poco espacio vio que, convertida en búho, se puso de un vuelo sobre lo alto de la casa, de donde también volando se le desapareció de la vista. Entonces él, llevado de una vana curiosidad, quiso hacer experiencia de la virtud de aquellos supersticiosos ungüentos, y ungiéndose también se sintió arrebatado por los vientos sin ver de quién hasta hallarse en unos desiertos páramos donde vio mucha diversidad de gentes en ambos sexos que estaban solazándose en varios entretenimientos, fiestas y lascivias, pero todo con tal confusión y desorden que más parecía infierno (como lo era) que lugar destinado a deleites. Estaba a una parte de aquel lóbrego campo un sitial o trono cuya disposición y adorno era tan horrible que ningún juicio humano fuera capaz de describirle. En este infernal teatro había una silla, en la cual sentado presidía un fiero demonio en figura de un asombroso sátiro cuya cabeza adornaban, como por real insinia, dos cabrunos cuernos, siendo también los pies del animal mismo. A este hacían todas aquellas miserables gentes reverencia y culto como a su rey y Dios, con nefandas^{xxxiv} ceremonias, entre las cuales era darle ósculo de paz en la más torpe y

²³ Seta]

asquerosa parte^{xxxv}. Después vio cómo algunos ministros infernales ponían por aquel campo muchas mesas que cubrieron con presteza de diversos manjares a quien todas aquellas gentes se acomodaron y él con ellos, donde por suerte le tocó el lado de su mujer mesma a quien reconoció muy bien, y quiriendo hablarla sobre el suceso en que se hallaban, ella le impidió, diciendo: «comer y callar, qué importa», y viendo todos lo hacían así, comenzó también a hacerlo, pero hallando aquellos manjares (aunque a la vista nobles y delicados) al sabor y gusto tan insípidos y desabridos, le obligó a decir en alta voz: «¿No pondrán sal en esta mesa?». Y apenas lo dijo, cuando un diablillo sirviente le puso un salero delante, que visto por él, exclamando dijo: «¡Bendito sea Dios, que ya tenemos sal!»^{xxxvi}. Pero aún no había pronunciado el inefable nombre, cuando desapareciendo de su vista todo aquel aparato y gente se halló solo y desnudo y en parte que no reconoció, de que comenzó a culpar su vana curiosidad. Así estuvo lo que de la noche restaba, hasta que siendo de día, caminando sin reconocer la tierra, encontró unos pastores de quien informado del sitio en que se hallaba, averiguó estar más de cincuenta leguas de su casa, adonde se volvió poco a poco vestido de lo que los piadosos pastores pudieron darle^{xxxvii}. Dio de todo cuenta al Supremo Tribunal, prendieron a la mujer y de su confesión resultaron otras culpadas, en cuya compañía se le²⁴ dio el castigo digno a sus errores.

Y no obsta el ejemplo de la mujer por vos traído porque a eso se satisface con dos cosas posibles ambas. La una, que pudo ser que aquella mujer fuese engañada por el demonio ilusoria y falazmente, dándole a creer en sueños lo que no la daba, sino fantástico y en apariencia^{xxxviii}. Porque si este enemigo del linaje humano puede conseguir el intento de su dañada intención con leves premios, no hay esperar d'él que empeñe muchas prendas por dar colmado el gusto a los miserables secuaces suyos.

La otra sea que también el demonio, en orden a oviar²⁵ los escándalos que pueden seguirse contra el secreto que él procura en estas cosas, no porque él estime mucho la honra^{xxxix} o vida de la persona, sino porque así se dilate su engaño, y hacer más obstinados los ánimos de los miserables vasallos suyos. Digo que puede el demonio hacer una de dos cosas: o representarles en aquel sueño o torpor fantásticamente las prestigiosas delicias, o cuando realmente las lleve (como puede) suponer en lugar de la tal persona otro demonio que substituya en todo sus veces, aunque sea en los actos venéreos por medio de un cuerpo de aire, de suerte que el marido no halle menos por entonces la consorte, mediante tal suposición con que es engañado, y esto mesmo pudo suceder con aquella mujer.

Y que esto tenga probabilidad no quiero dar más testimonio de los que se sacan de las sagradas letras y autores graves. Leed a Martín del Río en sus *Mágicas disquisiciones*, al *Maleus Maleficarum*, a Josef Anglés^{xl}, a Gregorio Tolosano en los lugares citados, a Mayolo en sus *Dias caniculares* diálogo *De Sagis*, y a Torreblanca en los libros y capítulos citados y en otros muchos sobre la materia de incubos y súcubos, cuyos escritos ilustran con lugares de la escritura sagrada.

²⁴ Les]

²⁵ Obviar]

- Al segundo inconveniente, por vos opuesto, diciendo que por medio destas transformaciones y transportaciones podrían los demonios frustrar el necesario objeto de la humana justicia, sacándoles a los prudentes ministros suyos de las recatadas prisiones a tan perniciosos delincuentes, respondo que a los demonios no les es lícito ejercer sus fuerzas contra el instituto y determinación de la humana justicia en quien Dios tiene librados los castigos temporales de tan execrables culpas, sacando de sus prisiones estos ni otros presos, porque esto nunca les es permitido por Dios, que a serlo, poder tienen los demonios en virtud de la naturaleza angélica que, como está dicho, no perdieron por su pecado, como se verifica en el ejemplo de San Pedro arriba tocado, libre de sus cadenas por ministerio de un ángel. Pero al demonio se les²⁶ coharte²⁷ el poder en esto por los ángeles buenos, como lo dice San Agustín. Porque de lo contrario se seguiera, dice Santo Tomás, que la potencia del demonio fuera más válida que la divina, cosa que no se ha de decir, con lo cual el ejercicio de la humana justicia peresciera y todas las leyes contra los tales establecidas fueran ociosas y suvertidas, lo cual por ningún caso permite Dios.

Actos
Apóstoles
Capítulo 12
San Agustín,
3 [7 y 8], *De*
Trinitate.
Santo Tomás
ubi supra

Esto se prueba con un suceso referido en el *Maleus Maleficarum*, donde haciendo tentativa ciertos jueces sobre este particular en la opinión de una maga hechicera que tenían presa (no porque ellos ignorasen doctrina tan cierta), la interrogaron en su confesión que siendo así que el demonio tan fácilmente la llevaba de unas partes a otras, cómo también no la sacaba de aquellas prisiones relevándola del castigo que la amenazaba. «Porque esa potestad —respondió ella— se le privó por la divina desde luego que entré en esta prisión. Y para que conozcáis, señores, que es así, restituidle vosotros (que en esta parte ejercéis las veces de Dios) esta permisión, y ponedme en las prisiones más estrechas y recatadas, y veréis lo que puede el demonio y si me libra dellas». Ellos lo concedieron así, alzando el ligamen de su voluntad con reserva d'él para su tiempo. Pusiéronla en más estrecha prisión, cargáronla de cadenas, pero no obstante tanta prevención a vista de todos, convertida en lagartija, se salió por entre los hierros de una espesa reja de una ventana de una alta torre por cuya pared serpeando llegó a tomar puerto al suelo de la calle, donde, ya restituida al humano ser, pedía cumplimiento de la palabra que se le había dado de su libertad, pero no le siendo cumplida fue revocada a la prisión, de donde si salió fue al fuego temporal, donde se dispuso para el eterno, a quien están destinados todos los que a esta arte se dedican.

Y a esta duda se reduce también la otra, a saber: que siendo así que estas transformaciones son prestigiosas, imaginadas y no reales, ¿cómo se compadece que aquel cuerpo transformado en opinión y corpóreo en ser, entre^{xli} por tan estrechas partes, y por cerradas puertas? Y sale bien el decir en el suceso presente, ¿cómo el demonio sacó el cuerpo de aquesta mujer por tan estrecha parte, siendo así que la figura de lagartija por todos vista fue ilusoria y prestigiosa? A esto se responde que el demonio, que es poderoso para mover un monte de una a otra parte, pudo instantánea y invisiblemente quitar aquella reja o abrir las puertas de la prisión y por ellas sacarla, y con la ilusión de la prestigiosa lagartija iludir a los jueces dándoles

²⁶ Le]

²⁷ Coarta]

a entender lo que no era. Lo cual, como dicen algunos doctores, pudo ser permisión de Dios en pena de la curiosidad de los tales jueces, en quien permitió semejante engaño. Y también puede estar esto de no sacar de las prisiones a esta gente de parte del demonio propio, y esto por persuadir a los jueces a que no son ciertas semejantes transportaciones de que pretende él la dilatación de sus engaños. Demás desto puede el demonio no querer sacar de la prisión a los tales, porque como quiera que no desea cosa con mas ávidos deseos, que es las ánimas dellos, y este logro viene a surtirle con su muerte, así no los saca de la cárcel, sin embargo, que como queda probado, puede. Que esto tiene este enemigo que mantiene el pacto en cuanto por Dios le es permitido, y le frustra y niega todas las veces que reconoce (haciéndolo) el daño mayor del género humano. De aquí se puede considerar a cuánta miseria viven expuestos los infelices que contraen pacto con tan mal correspondiente.

Cuanto a la duda que se os ofreció acerca de las transformaciones de un ser a otro, si habéis atendido a lo que hasta aquí he dicho no se os hará dificultoso creer que pueden, por la magia, obrarse con las limitaciones y en la forma que declaré, porque supuesto que todo se obra permitiéndolo Dios por sus secretos juicios, y que para obrarlo hay causas y materiales producidos por naturaleza al demonio notorios, queda llana toda dificultad.

- Yo no digo —dije— que Dios no es poderoso para mayores maravillas, como se experimentó en la transformación de la mujer de Lot y en el báculo de Moisés como confesé al principio, ni niego las transportaciones por ángeles buenos de que la misma escritura hace mención. Porque en aquella transformación no necesitó de materia alguna ni de operación prestigiosa, porque fueron transformaciones reales, dejando de ser carne lo que fue después sal y dejando de ser vara lo que después fue culebra. Lo que dudo es, por usar de un mismo ejemplo, ¿cómo haciendo lo mismo que Moisés los magos de faraón, en que sabemos no cooperó la operación divina, pues ellos obraban en emulación suya, diremos²⁸ se obraba aquella transformación de sus báculos en tan naturales culebras, como la de Moisés? Porque así se colige del sagrado texto en estas palabras: «Fecerunt etiam per incantationes aegiptiacas, et arcana quaedam, similiter».
- Para que os acabéis de instruir mejor —respondió él— en lo que vamos probando, quisiera no se os hubiera ido de la memoria lo que dejo dicho cerca^{xlii} destas transformaciones sobre las palabras del *Canon Epis[c]opi* «quisquis credit, etcétera»^{xliii} aquella palabra: «Aliam transmutationem conuerti», donde di la distinción dellas. Lo que podíades dudar agora es sobre si la eficacia de las yerbas o de las palabras es válida a estas transformaciones y ya dije allí lo que bastó. Y será posible tratar esto en mejor lugar en los discursos de nuestra conversación, para donde lo difiero, de lo cual y de lo dicho entenderéis que las obras de los magos solo son en apariencia, como lo probé en la mujer yegua llevada a San Macario.

Bartolomeo de Spina, *De lamis o Strigibus*^{lxiv}, capítulo 3, Castro⁴¹, capítulo 16, coe salp. De in vistig⁴². dem.[sic] capítulo 20
Martín del Río, distinción 16. Gri. el⁴³
Q.7. n. fin. Et q.9.n.1.[sic]

Binsfeld⁴⁴ in *De confessionibus maleficorum* Praeludium 6

Génesis, 19

Éxodo, 7

Éxodo, 7

²⁸ Dejemos]

⁴¹ Cast.]

⁴² Vistigio]

⁴³ Om. el

⁴⁴ Binifel]

- ¿Qué entiende vuestra paternidad —pregunté— por apariencia? ¿Pues no eran culebras aquellas que hacían los magos de faraón, como lo eran las de Moisés?
- Algunos expositores —respondió— llevan que lo eran naturalmente, traídas allí de otra parte por los demonios, abscondiendo con subtileza los báculos de los magos, aun de la vista y noticia dellos mismos. Pero la común tiene que eran aparentes y ilusorias para engañar la vista de los circunstantes, pero que la de Moisés era verdadera.
- ¿Pues en qué modo —pregunté yo— hemos de entender que los báculos de aquellos se transformaban en apariencia de culebras, pues la Escritura dice que hacían los magos como había hecho Moisés? La transmutación de la vara deste fue real y no aparente, luego, ¿verdadera había de ser la de los báculos de los otros?
- La sagrada Escritura —dijo él— con divino acuerdo, tal vez refiere los casos no como realmente son, pero según conviene a la opinión de algunos. Como, por ejemplo, dice la Santísima María a Cristo señor nuestro, habiéndole hallado en el templo: «Filii quid fecisti nouis sic? Ecce Pater tuus, et ego dolentes quaerebamus te». ¿Por ventura el santo Josef era verdaderamente padre suyo? No, por cierto, pero porque convenía entonces que así lo entendiesen aquellas gentes, lo dice así la Escritura. Y semejantemente se lee en San Mateo que Herodes se contristó de que la deshonesta bailarín[a] le pidiese la cabeza del Bautista^{xliv}. ¿Pues cómo entenderemos que se contristó, si el inicuo rey ya lo tenía decretado así, como San Jerónimo sobre este lugar declara? Y es que aquella exterior contristación es la que la Escritura refiere.

San Agustín,
3, *De*
Trinitate,
capítulo 7, 8

Lo mismo digo se ha de entender en la transformación destes báculos, porque los circunstantes no conocían en qué modo se transformasen, siendo con subtileza tanta, como dije, que por ser con mutación o trueco tan instantáneo tenía lugar la ilusión en la vista de los que lo miraban.

Lucas
Capítulo 2

Pero que no lo fuesen sino en la apariencia que por la magia se induce. La Escritura mesma parece que lo muestra con decir: «Fecerunt similiter» y no «Fecerunt simile», denotando la similitud en la apariencia y no en la existencia, que es lo que dejo probado.

Por manera que, dejando de una vez asentado esto, hemos de decir que las palabras no son válidas, ni otra cosa material, para transformar en existencia real sino en apariencia una cosa en el ser de otra (dejando de tratar del inefable misterio del santísimo sacramento del altar, porque, aun para entender este, es necesario el auxilio de la fe, sin quien son flacas las especulaciones del entendimiento humano). Hablo solo de la fuerza de las palabras consideradas en sí y no de aquellas cosas que ordena Dios con su inexhausta providencia y sabiduría, que fue poderoso para criar de nada todo el universo.

Éxodo, 8

- ¿De forma —añadí yo— que hemos de entender que tantas transformaciones como oímos decir se han hecho y hacen por ministerio de la magia son de la calidad que con suma erudición vuestra paternidad me ha probado? Según esto, ¿Hemos de decir que así fue obrada en Hipata^{xlv} la transformación que de sí mismo refiere Apuleyo^{xlvi} en su *Asno de oro* y todas las demás^{xlvii} que

cuenta[n] Ovidio y otros poetas, como la de Efigenia en cierva, los compañeros de Ulises en animales torpes, los de Diomedes en aves, Anteón en venado, Progne y Filomena en aves, Acrisio en peñasco, Dafne en laurel, y otros muchos de que los poetas están llenos, a que yo hasta agora he dado poco crédito?

- Ni aun os llevarán —dijo el cura—, amigo, al Sancto Oficio. Porque a la verdad, pudo suceder así por las causas que nuestro padre ha dicho o acaso (y es lo más cierto) lo fingieron así los poetas o para adorno de sus escritos o para enseñanza de los viciosos, porque la gentilidad fundaba su teología en semejantes mitologías, como se ve entre los²⁹ demás. La transformación de Anteón para reprehender su prodigalidad en los gastos de la caza a que era dado, fingiendo^{xlviii} ser convertido en ciervo y lacerado de sus propios perros para dar a entender había gastado en la caza todo su patrimonio, y así se deben entender las mitologías de las demás transformaciones, si bien hay quien afirme que la historia de Efigenia fue cierta, y que estando expuesta al sacrificio el demonio la desapareció instantáneamente, suponiendo en su lugar una cierva que por ella fuese sacrificada. Mayolo lo dice en sus *Caniculares*, y Sebastián Michael en su *Pneumologia*.
- Pues siendo así —pregunté— que esas transformaciones sean fantásticas y prestigiosas, mi duda procede todavía y me hace preguntar: ¿Cómo tengo de entender que las operaciones corporales obradas por los transformados según el ser de la cosa en que lo están, son ciertas? Como, por ejemplo, las que de sí cuenta el mismo Apuleyo y se sabe de otros, tales como las que San Agustín refiere haber oído a personas fidedignas de unas mesoneras de Italia que con cierta confección de queso que daban a algunos de sus güéspedes, los transformaban en jumentos, de quien se servían en ministerio de llevar sus cargas de unas partes a otras. ¿Cómo, pregunto, se compadesce que un hombre racional, que realmente según aquella prestigiosa transformación no consta de la robusticidad de miembros de bestia, mas de en fantástica apariencia, puede llevar en sus hombros cargas tan incompatibles a fuerzas humanas y ejercer otros ministerios de que sola la naturaleza de los brutos es capaz?
- A eso se satisface —respondió el religioso— con lo que está determinado por la censura de los doctos: esto es, que en tales operaciones coadyuva el mismo demonio, llevando él las tales cargas y ministrando las demás cosas de que la humana naturaleza no es capaz, y él lo es mediante la suya, engañando con esto los sentidos de los que ven tales operaciones, tan conformes al animal a quien las ven obrar, y lo que más es, que los mismos transformados o prestigiados se persuaden a lo mismo, sintiendo en sus cuerpos, en cuanto les es posible, los efectos de las tales operaciones o ya de trabajos y molestias o ya de deleite. Todo lo cual sucede a unos y a otros como al que ensueña³⁰ tales cosas, que a todo su entender las juzga por ciertas y verdaderas. Pero hay de diferencia que en el sueño cesan los ministerios de todos los sentidos corporales, pues de ninguno usa el cuerpo, pero el prestigiado mientras no duerme usa dellos libremente, oyendo lo que se habla, aunque él no ejercite este instrumento, mas dé al común sentido y

Sebastián Michaelis^{lxv} in *Pneumologia*.
Mayolus *Dies Caniculares*.
Diálogo *De Sagis*
Homero *Ulixea*
Virgilio, *Égloga* 8;
Ovidio, *Metamorfosis*;
San Agustín, *De civitate Dei*, libro 18, capítulo 18

San Agustín, libro 18, capítulo 18, *De civitate Dei*

²⁹ Las]

³⁰ Sueña]

al suyo mesmo, en el idioma del bruto en quien fue transform

- ado, pero de los de la vista, tacto, oído y gusto usa sin contradición, si bien en la vista padescer el común engaño de su transformación, y esto por la diabólica persuasión que le induce a tal crédito, como a los demás.

Y también hay otro género de transformación en que el demonio no tiene parte. Esta es solamente una persuasión singular en solo el hombre que la padescer, causada de un humor melancólico que le persuade a estar convertido en un bruto, en un lobo o en otra cosa particular. Y tal estuvo persuadido ser lobo, que con saña lupina^{xlix} se iba a los ganados, y con los dientes mismos devoraba la res que a las manos cogía. Estas transformaciones llama el griego «licantropía» y los latinos «melancolia³¹», y los tales no solo lobos pero perros, piedras, asnos y otras cosas se significan ser también. Los que padescen manía dan en decir están ya muertos y no hay quien los reduzga a comer ni beber, diciendo que los muertos ni comen ni beben, persuadiéndose padescen otras muchas incomodidades y fatigas, las cuales realmente no padescen más de en la depravada fantasía. Y otras muchas semejantes afecciones que tray Torreblanca en el capítulo 10 del libro 3 ya citado.

Pero aunque se ha dicho bastantemente para la comprobación de vuestras³² dudas, no dejaré de referir un suceso que por célebre le refieren muchos. Paresce que un caballero mozo de la orden de los hierosolimitanos, yendo embarcado aportó¹ su nave al puerto de Salamina en Chipre. Habiendo saltado en tierra todos los navegantes a tomar refresco, se dividieron por las convecinas aldeas. Este caballero llegó a una y en ella a una pajiza casa donde le salió una mujer de mediana edad y más que mediana hermosura y talle. Pidiola que por sus dineros le diese algo que comer y llevar a la nave; la cual, no desagradada de su talle y lozanía, le dijo atendiese un rato, que ella le daría provisión sin interés alguno. Entró en su casa y a poco espacio de tiempo le sacó una docena de güevos cocidos, pan y algunas fructas, todo en una curiosa cestilla de mimbres, sin querer recibir por ello precio alguno. Él se despidió agradecido del regalo y volviéndose a su nave vio que aún no era hora de embarcarse, y así sentado en una peña comenzó a satisfacer la hambre en aquellas cosas que la mujer le había presentado^{li}. Cuando oyó tocar a embarcar, acudió a hacerlo, pero al poner el pie en la plancha oyó una voz de uno de los marineros, que dijo: «Arre acá, diablo», acudiendo con la ejecución de un palo cuyo golpe sintió en las costillas, y que, prosiguiendo el marinero, dijo: «¿Cúyo es este asno que quiere también embarcarse como si fuera persona?». A la ofensa, volvió el caballero, y mirando que no había asno alguno por allí, quiso vengar su injuria, y previniendo la voz contra el marinero, que juzgó³³ ofensor suyo, disparó un³⁴ descompuesto rebuzno, y mirándose a sí mismo se halló vestido de una piel de asno y³⁵ en cuatro pies. Pero no dejando de proseguir el caminar por la plancha adelante, fue tanta la^{36 37} grita^{lii} de unos y de otros de fiesta y risa,

D. Agustín,
*De civitate
Dei*, libro 18,
capítulo 17

Inquisi. Germ.
In Mael. P.
1.c. 10 et p.1,
q.1.c.8. *et
cetera* [sic]

Johannes
Nider, in
Formicarius,
capítulo 12;
Petrus
Garsi^{lxvi} in
*Galen^{lxvii} De
locis⁴⁵ affectis*
Capítulo 14

Sprenger in
*Malleus
Maleficarum*.
Martín del
Río,
*Disquisiciones
Mágicas*, y
otros

³¹ Melanchoa]

³² Estas]

³³ Add. ser

³⁴ Add. grande y

³⁵ Add. puesto

³⁶ Om. fue tanta la

que no se entendían entre sí. El marinero proseguía en darle golpes y él, arrojado a su venganza, a puñadas se levantó en los pies posteriores y con los delanteros le arrojó dos manotadas, de que hurtando el cuerpo se escusó del golpe. En esto llegó aquella mujer con una jáquima, de quien él se permitió prender, y cogiéndole por el cabestro, dijo: «¿Ansí que os queríades ir de mí sin más cuenta? Pues yo os haré que os acordéis de mí, de un desconocido», y así se le llevó a su casa. La nave se partió sin echarle por entonces menos ni sospechar tal desgracia, pero él de cuando en cuando volvía el rostro a ella lamentándose en altos y descompuestos rebuznos. Pero como quiera que él fuese muy bien visto en historias y todas buenas letras, se persuadió que aquella mujer era maga y que en aquella comida le había ministrado el nocivo^{liii} encanto. Estuvo por acometerla y acabarla la vida con las armas asininas de bocados y coces, pero considerando que la nave había ya partido y que aun no lo siendo, no podía comunicar a sus compañeros su desdicha impedido con la bruta forma y ansí le convenía no disgustar aquella mujer de quien podía esperar su restauración, se determinó experimentar el intento que le dio motivo a hacele tanto daño. Este supo presto, porque ella le declaró cómo, vencida de su amor, le había convertido en semejante bruto para impedirle su partida, y que si la prometía condescender al remedio de su pasión, le restituiría su forma. Él, entendido el mal propósito, en la forma que pudo le negó la permisión quiriendo más vivir bestia racional que hombre embrutecido. Tal es el que vive en pecado. Y ansí se dilató su transformación cuatro años, sirviéndose d'él en el ministerio de bestia, ya que no quiso en el de³⁸ racional, hasta que un día, pasando el mesmo caballero suelto que le traía del exido^{liv} su ama por junto a la iglesia y oyendo tocar a alzar a Dios, con el afecto de cristiano se llegó cerca de la puerta a adorarle^{lv} y fue en ocasión que pasaban por allí ciertos caminantes (y entre ellos uno de sus antiguos compañeros navegantes, que ya tenía con los demás llorada su muerte desde que le echaron menos) y admirados de ver humillado aquel animal en la forma que le era posible a la naturaleza de tal, llegó a ellos una vejezuela, según pareció dada al arte misma, y por eso émula de la otra, la cual descubrió a los pasajeros toda la historia, de que ellos, compadescidos, dieron noticia a la Justicia. Y averiguado el caso, presa la mujer, fue obligada a restituir al caballero su ser, levantando el prestigioso encanto, y después castigada como merecía. El hierosolimitano^{lvi} caballero y su amigo, reconocidos, tuvieron el gozo que imaginarse puede, prosiguiendo su viaje con los demás.

- De la calidad destas transformaciones —dije³⁹— debió de ser la que se cuenta en la vida de los Padres del Yermo^{lvii} del discípulo de San Cipriano (que primero que santo fue mago) que a este su discípulo llamado Aglayo^{lviii} convertía en ave para que fuese a visitar a Santa Justina, de quien estaba enamorado, y por cuyo magisterio fue convertido; y otras muchas que

³⁷ Pero no dejando de proseguir el caminar por la plancha adelante, fue tanta la grita de unos y de otros de fiesta y risa que no se entendían entre sí] *ms.* 6521

Pero no dejando de proseguir el caminar por la plancha adelante, no pudiendo entender lo que en tan breve tiempo le había acontecido, porque era tanto el ruido y grita de unos y de otros de fiesta y risa que no se entendían entre sí] BNE R/ 4475

⁴⁵ Loc.]

³⁸ *Om.* de

³⁹ Dice]

refiere ⁴⁰ San Agustín en los lugares que citastes.

- ¿Pues habéis visto —dijo— lo que allí dice el santo? No tendré yo que referirlo sino ajustarme con la doctrina que allí da en fe del profético precepto que nos manda huir de en medio de Babilonia, lo cual se debe entender espiritualmente por el golfo deste siglo, que se compone de un concurso y junta de malos ángeles y hombres impíos, por lo cual nos aconseja huyamos de las sugerencias tuyas y, abrazándonos con la fe, de suerte que cuanto más esforzada viéremos la potestad del príncipe de las tinieblas en estas cosas, tanto más nos hemos de aplicar al medianero que nos levanta a la verdadera ciencia de Dios.

Y concluyendo estas materias, pues ya no os puede quedar que dudar en ellas, digo que aquel que supiere menos destas facultades, será más docto. Y infelice aquel que dado a su ejercicio dejare la verdad infalible, que es Dios, por seguir tan vanas supersticiones de quien es maestro el demonio. Y más infelice el que en algún modo hubiere experimentado la fuerza de los demonios en esta parte.

ET EXPERTO CREDE ROBERTO^{lix}

Aquí hizo punto Acrisio a su prudente razonamiento, perfeccionándole con un íntimo suspiro y puniendo los ojos en el cielo como quien se había acordado de algún grande pesar, pero disimulándole lo que le fue posible, prosiguió diciendo:

- Yo, señor doctor, he cumplido, ya que no con el modo que os prometistes, a lo menos con el que mi corta suficiencia me ha permitido lo que me mandastes. Pero hállome muy desfavorecido de vuestro amparo viendo que en todos mis razonamientos, no os habéis dignado de darme ayuda. Pero, en fin, yo he dicho lo que he sabido.
- Vuestra paternidad —dijo el cura— ha andado tan docto, distinto y resuelto en sus argumentos y conclusiones, que yo no me he atrevido a mover la vista, cuanto y más la lengua, con que pudiera tiranizarme tan buen rato. No en vano, padre nuestro, suposité^{lx} en vuestro talento la satisfacción de las dudas de nuestro amigo. Cierta salió mi presunción. Y así todos quedamos desempeñados en esta ocasión: vos de las premisas que nos distes de vuestra suficiencia, nuestro amigo de sus dudas y yo del concepto que en vos hice para todo.

Pero no creáis que con esto habéis acabado, pues os falta agora por disolverme a mí otra mayor duda, y aun creo la tendrá también nuestro amigo.

- Dubda por vos puesta, señor doctor —replicó él—, a mayor talento se endereza. Yo me doy por vencido.
- No hay por qué —añadió el cura—, que mi dudar, aunque lo ignoro todo, no se reduce a ciencias sino a una libre voluntad vuestra que en hacerme favor he reconocido muy liberal, esto es, querer saber de vos la causa que os movió a rematar vuestro docto discurso con el brocárdico^{lxi} «Experto crede Roberto», como atribuyéndoos algo destes sucesos mágicos, lo cual me

⁴⁰ *Add.* el glorioso doctor

confirmó el último suspiro, punto de vuestras últimas razones.

Mucho me alegré que la autoridad del cura terciase en mis deseos, y porque vi respondía a la demanda, cesé en el apoyo della, porque el religioso dijo así:

- La obligación, señor doctor, en que me tenéis puesto con tantas honras será forzoso impulso contra mi resistencia. Antes me facilita a referiros una historia, que aunque haya de afligirme el alma su recuerdo, conociendo que de una vez os sirvo a vos, obedeciendo vuestro mandato, y salgo de un empeño en que estoy con nuestro amigo desde los primeros pasos de nuestra amistad, ofreciéndole entonces lo mismo que agora cumpliré. Demás, que esta historia es un ejemplo de todo lo que he dicho en nuestra disputa, no traído por tradiciones ajenas sino por experiencias propias. Prevéngos con que sus accidentes me obligan a largos discursos, pues será forzoso y aun creo no enojoso al oído tocar de camino algunos sucesos y casos que diviertan algo de lo penoso de los míos. Pero porque la dilación que ha tenido este discurso os tendrá cansados, lo difiriré para mañana.

El cura agradeció la modesta llaneza del religioso y aceptó se comenzase la historia cuando él prometía. Pidíole también no omitiese cosa alguna, pues aun de sus desperdicios se prometía mucho entretenimiento y enseñanza.

Acrisio lo prometió así, y llegando el siguiente día a la hora ordinaria, nos entramos en el güerto y, tomados nuestros asientos, comenzó el religioso absolutamente, como se verá en el siguiente discurso.

ⁱ Subsanado en el impreso.

ⁱⁱ «comodres» en el texto.

ⁱⁱⁱ «circes» en el texto.

^{iv} «ulexis» en el texto.

^v *Bucólicas* de Virgilio, égloga VIII.

^{vi} Aristóteles, *Metafísica*.

^{vii} «préstino» por «prístino».

^{viii} Todas las ocasiones en que el texto alude al *Canon*, se trata del *Canon Episcopi*.

^{ix} «Barbantino» en ambos testimonios.

^x *Condigno*: «Debido, correspondiente y proporcionado» (Autoridades).

^{xi} Las comillas son fruto de la editora. Se trata de un latinismo, «basis, -is»: ‘base, pedestal’.

^{xii} «braemanes» en el texto.

^{xiii} 22:18.

^{xiv} 19: 31.

^{xv} 20:6.

^{xvi} «obrruet» en ambos testimonios.

^{xvii} 20: 27.

^{xviii} «sortiarijs» en ambos testimonios.

^{xix} La cita de esta fuente es errónea. Se trata del *Decretum* de Graciano (s. XII), referente medieval del derecho canónico y, en lugar de la causa XXXIV, la que se corresponde con el canon «*Si per sortiarias*» es la causa XXXIII, quaestio I, canon IV.

^{xx} *Ocurrir*: «Le toman algunos por acudir a alguna parte» (Autoridades).

^{xxi} Se trata del libro primero —y no del segundo, como figura en el texto— de *Flores Theologicarum quaestionum, in quartum librum sententiarum* de José Anglés, en concreto, del capítulo “Quaestio unica De arte magica”, artículo 1 “An sit ars magica”.

^{xxii} *Precipuo*: «Señalado u principal» (Autoridades).

^{xxiii} La ley a la que el autor se refiere forma parte del noveno libro del *Imperatoris Theodosii Codex* (s. V), concretamente, de un apartado titulado «De maleficis et mathematicis et ceteris similibus» y dictamina lo siguiente: «Nemo haruspicem consulat aut mathematicum, nemo hariolum. Augurum et vatum prava confessio conticescat. Chaldaei ac magi et ceteri, quos maleficos ob facinorum magnitudinem vulgus appellat, nec ad hanc

partem aliquid moliantur. Sileat omnibus perpetuo divinandi curiositas. etenim supplicium capitis feret gladio ultore prostratus, quicumque* iussis obsequium denegaverit». En esta ley se proclama la pena de muerte para aquellos cuya curiosidad los lleve a la práctica de la adivinación o a la invocación de demonios.

^{xxiv} Profeta hebreo.

^{xxv} En realidad, este episodio no forma parte de los *Hechos de los apóstoles*, sino de los *Hechos apócrifos de Pedro*.

^{xxvi} «spetiem» en ms., corregido en el impreso.

^{xxvii} «nichillo» en ambos testimonios.

^{xxviii} *Summa contra gentiles*.

^{xxix} «lagosta» en el texto del manuscrito, corregido en «langosta» en el impreso.

^{xxx} Alude a *Iure Spirituali*.

^{xxxi} Santo Tomás de Aquino. Posiblemente se trate de las *Cuestiones disputadas* sobre las criaturas espirituales.

^{xxxii} En el día cuarto del *Para todos* de Juan Pérez de Montalbán aparece inserto el «Discurso de los ángeles buenos y malos, en general y particular». Una afirmación similar a la expuesta por Matías de los Reyes puede leerse bajo el epígrafe de los «ángeles malos»: «Supuesto por verdad que hay maleficios, se ha de suponer también: lo primero, que el demonio no puede ofender el alma, aunque tal vez pueda el cuerpo con orden superior; lo segundo, que el demonio excede al hombre en fuerzas naturales, y lo uno y lo otro se colige de las sagradas letras; lo tercero, que dándole Dios licencia, puede por su virtud mover los montes, arrancar los árboles, secar las yerbas, abrir las nubes y fingir apariciones, porque todas las cosas corporales, y asimismo las causas segundas, le pueden obedecer cuanto al movimiento, como lo sienten Dionisio, san Agustín y santo Tomás» (Pérez de Montalbán, 1999: 613).

^{xxxiii} Echándola en falta

^{xxxiv} En ambos testimonios, «nefendas»

^{xxxv} Se trata del «osculum infame», rito consistente en besar al diablo en el ano como gesto de sumisión.

^{xxxvi} La sal, como símbolo, guarda una íntima relación con lo sagrado y de ello dan fe las sagradas escrituras. Así, por ejemplo, en el *Levítico*, figuran los siguientes preceptos: «Echarás sal en todas las oblacones que ofrezcas; no dejarás nunca de echar en la ofrenda la sal de la alianza con tu Dios; todas tus ofrendas llevarán sal» (2:13). Del mismo modo, el carácter purificador de la sal se constata en el segundo libro de los *Reyes*: «Los vecinos de la ciudad dijeron a Eliseo: “Mira, en esta ciudad se vive bien, como mi señor ve; pero las aguas son malas y esterilizan la tierra”. Él contestó: “traedme una escudilla nueva y poned en ella sal». Y se la trajeron. Y fue al manantial del agua, y echó allí la sal, diciendo: «Esto dice el Señor: Yo saneo estas aguas; no se originará de ellas en adelante muerte ni esterilidad”. Y el agua quedó saneada hasta el presente, tal como Eliseo había dicho.» (2: 19-22).

^{xxxvii} Idéntico fin experimenta Doristeo, personaje del discurso décimo, tras recuperar su forma humana después de pasar un tiempo transformado en cuervo. Asimismo un pastor socorre al joven.

^{xxxviii} «El demonio no muda las formas real, sino accidentalmente en la apariencia, haciendo que a nuestros ojos parezca animal lo que es hombre y selva lo que es edificio; y así, los hombres y mujeres que hacen tales encantos tienen pacto expreso con el demonio, sin cuya ayuda no pudieran hacer tal engaño a nuestros sentidos» (Pérez de Montalbán, 1999: 616).

^{xxxix} «honra» en el texto manuscrito. «Honra» en el impreso.

^{xl} Autor de *Flores Theologicarum quaestionum*.

^{xli} «intre» en el ms. «Entre» en el impreso.

^{xlii} *Cerca*: «Vale también lo mismo que ‘Acerca’; en quanto, por lo tocante, por lo que mira, respecto» (Autoridades).

^{xliii} «Aquellas palabras del Canon *Episopi quisquis credit etcetera*» en el manuscrito (f. 56v). Generalmente, la convención tipográfica de la época establecía el uso de tipos cursivos en aquellos fragmentos del original de imprenta que apareciesen subrayados, y en efecto así figura en el impreso (f. 39r). No obstante, en este caso, parece haber una errata al incluir «Episopi» en la cita, ya que el cura se está refiriendo a una cita ya proferida: «Quisquis credit posse fieri aliquam creaturam, aut in melius, aut deterius transformari, aut transmutari in aliam speciem, vel in aliam similitudinem, nisi ab ipso creatore, qui omnia fecit, procul dubio infidelis est».

^{xliv} Herodes había encarcelado a Juan por influencia de su cuñada Herodías (la mujer de su hermano Filipo). Llegado el cumpleaños de Herodes, su sobrina, la hija de Herodías y Filipo, bailó para él y quedó aquel tan agradado que le prometió concederle cualquier cosa que pidiese. Ella entonces deseó la cabeza de Juan, que le fue entregada momentos después (Mateo, 14,3).

^{xlv} «Hypathia» en el texto (filósofa griega). La ciudad griega de la región de Tesalia se corresponde con «Hipata».

^{xlvi} Matías de los Reyes no fue el único en incurrir en la confusión autor—personaje (Apuleyo—Lucio), equívoco con una difusión nada desdeñable. Sirva de muestra la idéntica mención que San Agustín refiere en *Civitate Dei* (libro 18, capítulo 18). En efecto, «la obra [*El asno de oro*] no fue percibida con nitidez por muchos lectores que

confundieron el autor con el narrador y se preguntaron si leían una autobiografía real o una inventada” (Fernández Corte, 2007: 679). Y es que el propio autor, Apuleyo, era conocido por su inclinación “a las artes mágicas [...] y a la religión y las iniciaciones místicas» (*ibidem*).

^{xlvii} «y todas las de demás» en ambos testimonios.

^{xlviii} «fingieron» en ambos testimonios.

^{xliv} «luprina» en el texto.

ⁱ *Aportar*: «es tomar puerto, y muchas vezes llegar a parte no pensada, sino que a caso yendo perdidos llegaron a aquel lugar» (Covarrubias).

^{li} *Presentar*: «vale también dar, graciosa y voluntariamente, a otro alguna cosa: como alhája ù otro regalo» (Autoridades).

^{lii} *Grita*: «las voces que se dan en confuso, y de allí, gritería» (Covarrubias).

^{liii} En ambos testimonios se lee «nocino».

^{liiv} *Exido*: «Es el campo que está a la salida del lugar, el cual no se planta ni se labra porque es de común para adorno del lugar y defefado de los vecinos de él, y para descargar sus mieses y hacer sus parvas» (Covarrubias).

^{liv} En el manuscrito se lee «áadorarle», por lo que es probable que el énfasis prosódico marcado mediante el acento indique la unión de ambas vocales átonas sin necesidad de escribir ambas. Resulta un rasgo particular del texto la unión gráfica de varias palabras contiguas. En el impreso se lee «a adorarle».

^{lvi} «hierosomilitano» en el texto.

^{lvii} Los Padres del Desierto eran monjes cristianos, eremitas o anacoretas que eligieron una vida ascética en los desiertos de Siria y Egipto renunciando con ello a los placeres mundanos. San Antonio Abad o San Cristóbal forman parte de este corpus santo.

^{lviii} Matías de los Reyes parece haber confundido algunos datos de la leyenda. Según «La vida de San Cipriano» recogida en la polémica obra *El libro de San Cipriano*, Aglaide –no Aglayo, tal y como figura en el texto del *Para algunos*—, joven enamorado de Justina, recurre al mago Cipriano después de solicitar a la doncella por esposa y recibir negativas. Cipriano pone en juego gran variedad de hechizos y encantamientos que tampoco surten el efecto deseado e invoca a Satanás para pedirle explicaciones. El demonio le confiesa que su poder está subordinado al de Dios omnipotente, revelación que mueve a Cipriano a la conversión al cristianismo.

^{lix} Síntesis de la expresión «Quam subito, quam certo, experto crede Roberto», fórmula escolástica atribuida a Antonius Arena, *Ad suos compagnones studentes, qui sunt de persona friantes bassas dansas et branlos practicantes, novellas* (Fumagalli, 1921: 126-127). Ya en la *Eneida* aparece una expresión similar: «experto credite» (libro XI), así como en el *Ars Amandi* de Ovidio (III, 511) y en otros autores clásicos (Fumagalli, 1921: 126-127). Con el uso de la aludida sentencia en este pasaje en el que se afirma que es «más infelice el que en algún modo hubiere experimentado la fuerza de los demonios» (ff. 60r-v), Acrisio solicita a su particular auditorio (el propio Matías de los Reyes ficticio y el sacerdote de Talavera) que dé crédito a lo que escuchará a continuación: el relato de un experto en la materia que ha sufrido en primera persona «la fuerza de los demonios».

^{lx} *Supositar*: «solo se dice del Verbo Divino, y vale hacer que la naturaleza humana, que unió a sí, subsistiese por la subsistencia Divina, quedando de las dos naturalezas un solo supuesto, y una sola Persona» (Autoridades).

^{lxi} *Brocardico*: «Senténcia, axioma, ò aphorismo trivial y sabido de todos, que algunos estudian para vana ostentación» (Autoridades).

^{lxii} Probablemente se trate de las *Quaestiones disputatae de spiritualibus creaturis*.

^{lxiii} «alli» en manuscrito, corregido en el impreso.

^{lxiv} *Tractatus De Stringibus et Lamis*.

^{lxv} «Meth» en impreso. «Mich.» en manuscrito.

^{lxvi} Pedro García Carrero, médico riojano del quinientos (Antonio, 1788: 195).

^{lxvii} «Galc.» en impreso. «Gale.» en manuscrito.

DISCURSO SEGUNDO. COMIENZA¹

Al pie del Apenino, cerca de la fuente, cuna del caudaloso Reno —ansí comenzó su historia Acrisio, cuando, suspendiéndose un tanto, como el que haciendo reflexión solicita² la³ memoria, y luego pidiendo a su donado la valija, en tanto que la traía, prosiguió diciendo—, ya que es forzoso cumplir con el gusto que habéis mostrado en saber la causa de mis lastimados afectos, satisfaciendo a vuestro mandato, quiero sea con más puntualidad que lo puede ejecutar la memoria, por un papel en que con particularidad tengo apuntados ⁴ los sucesos de mi vida¹, ⁵ donde los trasladaré agora a vuestra grata atención. A fragmentos os la iré dando, porque un discurso no será capaz de tanta historia, donde doblaremos la hojaⁱⁱ siempre que os halléis cansados de atenderme.

A este tiempo llegó el donado con la valija, y della sacó un libro escrito de mano, y leyendo, comenzó así:

Al pie del Apenino, comencé a decir, cerca de la fuente de quien se deriva el caudaloso Reno, en uno de los muchos villajes que la comodidad humana engastó entre la escabrosidad de los riscos de aquellas inaccesibles montañas, vi la primera luz, porque allí entre toscos robles, frondosos castaños y coposas hayas, en pequeño tugurio, me comunicaron el humano ser padres pobres en caudal, si nobles en sangre, como a su tiempo diré, que muchas veces la nobleza huye de la tiranía de las grandes cortes al asilo seguro de un desierto. Es aquel sitio favorecido mucho de las celestes influencias, porque en el verano parece que con más franqueza vierte allí Flora las riquezas de su abundante copia. El estío es más agradable que en otro clima, ansí por la abundancia de las puras y cristalinas fuentes que redundan en diversas venas frígidis licores, fertilizando y alegrando las amenas selvas. La pureza de los aires hacen [sic] saludable el sitio, constituyendo en él un favorable temple. El otoño con sus sazonadas frutas le lisonjea y regala. Y el invierno, aunque en aquellas partes cano, no caduco ni desapacible, pues antes lo cándido de sus guedejasⁱⁱⁱ le hace a la vista grato, no ofendiendo con destemplados fríos a los alegres valles en quien la abundante caza en todos géneros cruza en varias tropas, gozándola los naturales, ansí sin dispendio de tiempo como con sobra de recreo. Pesca bastante [sic] contribuyen las despeñadas gargantas que no con menor entretenimiento es presa en abundancia [sic]. En fin, todo aquel terreno es un olvido y desprecio de los elíseos campos, y, por decirlo de una vez, un remedo del terrestre paraíso.

Aquí, digo, nací, y aquí me crié también hasta tocar los términos del último año del tercer lustro, cuando también comencé a tocar los del humano discurso, alucinando, que aunque allí se gozaban delicias tantas para el recreo del vivir humano, faltaban también aquellas cosas con que se compone y adorna más ilustremente la mejor parte del hombre, cual es el ánimo. Metíame mucho en este discurso las conversaciones ordinarias que mi padre tenía con un venerable

¹add. la historia

² Solicitaba]

³ om. la

⁴ add. Todos

⁵ add. De

anciano, hombre de singular espíritu que, apartado del ⁶ mundo, pasaba su vida en una ermita retirada de toda conversación en medio de aquellas montañas.

Este había contraído con mi padre amistad estrecha, y cuando venía por aquellos villajes a pedir su moderado sustento se aposentaba en mi casa. Era, en fin, el oráculo, no solo de la sierra, pero de las populosas ciudades, en fe de sus muchas letras y talento. Tanto, que el que le podía atraer a su conversación o juntas se juzgaba por bien afortunado, porque él, aunque sin austeridad, procuraba huir el cuerpo a los bullicios por dar todo el espíritu a la contemplación. En fin, las veces que a mi casa venía el venerable Basilio (que este era su nombre) me llegaba yo a oír sus doctos discursos a que mi padre correspondía con no mediano talento, que le tenía excelente, como en fin derivado de más clara estirpe, que le mentía el sayal que vestía, y tal vez yo terciaba su conversación con alguna bachillera agudeza de que Basilio se admiraba, prometiéndome más de lo que aquel lugar me ofrecía. Y no hacía mal mi padre de permitirme estos atrevimientos, que en esto y no en otras libertades es lícito a los hijos mezclarse a las conversaciones de sus padres, pues destas resulta la aprobación en virtuosas enseñanzas y, de las otras, atrevidos desprecios.

De aquí nació un activo impulso de fundar mis estudios, buscando maestros que *ex profeso* me instruyesen en muchas ciencias y doctrinas. Pedile a mi padre licencia para hacerlo, reconociere obligado y agradecido a mis propósitos. Advertí se holgara de ejecutarlos, y que el estar remiso procedía de hallarse sin caudal para hacerlo. Pero yo le facilité este temor con decirle no quería más de su licencia, porque en lo demás yo libraba mi comodidad en la fortuna. Alabó mi resolución como medio de quien él conseguiría nombre de noble padre, pues realmente la buena índole del hijo es regla de la calidad del padre, y es dichoso aquel a quien el cielo concedió hijo capaz de virtud y de doctrinas, pues decir se puede que el tal hijo reengendra al padre. Que regeneración es la del buen nombre, y no puede ser mejor que el de padre del buen hijo. Sea esto dicho sin filauca^{iv} mía.

Y aunque el serle único pudiera divertirle de apartarme de sí (pasión que ha obrado mucho daño en muchos hijos de nobles) se resolvió (no obstante la instancia que para lo contrario hizo mi madre) a inviarme a Rávena (ciudad veinte millas distante de mi casa), dirigido a un amigo suyo en quien sustituyó su autoridad paterna para mi gobierno. Allí asistí cuatro años que gasté en las primeras letras, con que quedé capaz de pasar a mayores estudios.

A este tiempo tuve aviso de mi madre de que mi padre había pasado a mejor vida, con que me obligué por entonces a divertirme^v de los estudios por reducirme al gobierno y administración de mi hacienda. Hallé a mi madre desconsolada con los sentimientos debidos a su viudez. Consolose con mi vista, y más con las razones que el cielo me dictó, que por parescerle a ella de juicio más maduro, admiró mis bachilleras persuasiones. Comencé a descuidarla, con mi solícito cuidado, de los domésticos con que en cierto modo hacía en su ánimo menos penosa la grande falta de su difunto esposo.

No me divertieron estos cuidados mis estudios, pues sin intermisión de aquellos me ejercitaba en estos, teniendo en la una mano el arado y en la otra el libro.

Y⁷ estas virtuosas ocupaciones, si así puedo llamarlas siendo mías, y las partes

⁶ *add.*Engañoso

personales de que decían me había dotado el cielo, me acreditaron el nombre por todo aquel país^{vi}, y, con particularidad, en los pechos de algunas de las bellas serranas que producen aquellas montañas, ansí de las de mi lugarejo como de los comarcanos, juzgándome cada cual a propósito para empleo suyo. Pero entre todas se extremó Ismenia, hija de Melampo, ganadero caudaloso en aquella serranía, tan vecino a la casa de mis padres que sola una pared las dividía.

Era Ismenia, aunque muy parecida a mí en rostro, sumamente hermosa. Había nacido en su casa el día mismo que yo en la de mis padres. Era, digo, la semejanza de nuestros rostros tanta, que trocando entre los dos, cuando más niños, los vestidos, engañábamos a nuestros mismos padres en el conocimiento de su propio hijo, y lo mismo sucediera en mayor edad, cuando continuáramos estos truecos^{vii}.

Ismenia, digo, se redujo a amarme con las finezas que la redujeron a extraordinarios extremos. Diranlo a su tiempo estos discursos. A este amor, por natural aversión y antipatía, jamás correspondí, cosa que parece repugnante a la naturaleza, pues de razón relativa debiéramos amarnos, así por la semejanza nuestra como por el trato continuado entre los dos, pues solo este ocasionó los célebres amores de Tisbe y Píramo^{viii}. Pero lo cierto fue que jamás me hallé inclinado a amarla. Y a esta incompatibilidad se llegó haber sabido que Doristeo, un íntimo amigo mío, la amaba con terneza, habiéndome él mismo hecho partícipe de sus cuidados como él lo era de todos mis pensamientos. Pero al paso que yo la aborrecía, ella desdeñaba a mi amigo. Bien sabía Doristeo lo que Ismenia me amaba, pero también tenía entendido lo mal que yo la correspondía, y juntamente me reconocía causa de sus desfavores; pero no se afligía con celos que de mí tuviese, esperando ⁸ que el tiempo desengañaría a Ismenia y la haría cierta de lo que debía a su amor.

Vivía poco más de dos millas de mi aldea, en otra, una serrana, hija también de padres bien favorecidos de fortuna en lo que en tal tierra se permite, pero mejor afortunados por ser su hija Olimpia. Olimpia^{ix}, en quien cifraron los cielos los extremos de hermosura, virtud y discreción, cosas que juntas concurren pocas veces en un sujeto. Solo en Olimpia dieron la ecepción de tan general regla. Corría por todas aquellas montañas la fama de sus loables partes y hacíalas de mayor estimación el comunicarlas ella (no avara) pero recatada y recogida, calidad que constituye a una doncella más desiderable.

Acudía yo muy de ordinario a su aldea a causa de tener en su distrito una razonable heredad. Y como llegase a mi noticia la fama de sus nobles partes, me parecía oírlas con particular gusto, y casi sentía imprimirse en el alma un afecto que despertaba mi tibieza a un ardor que no sabía de qué calidad fuese. Solo reconocía en mí deseo de ver mujer a quien todos tanto alababan, pero su recatado retiro jamás por entonces me concedió este gusto. Yo interpusé muchas solicitudes para ello, pero fueron vanas, porque aún no había llegado el destinado bien que en ella me esperaba.

No fueron mis diligencias tan secretas que no llegasen a la noticia de Ismenia, de que le sobrevino una vehemente pasión de celos persuadida que mis desprecios nacían de aquella ocasión. En la averiguación de si yo era correspondido de

⁷ *om.*y

⁸ *add.*oportuna ocasión en

Olimpia interpuso más que extraordinarias diligencias, pero en ninguna averiguó aun un pequeño indicio de lo que procuraba. Y así por última prueba se dispuso a usar un estratagema, digno de un ingenio celoso. Permítaseme el referirlo, pues ha de ser este suceso el principal asunto de mi historia.

Hay en el lugar de Olimpia un templo fabricado dos tiros de arco de sus casas, en un ameno campo, el cual es dedicado a aquella señora nuestra que, siendo madre de su criador, conservó ser virgen siempre. Celébrase allí con particular fiesta la de su asunción gloriosa. Concurren a esta celebridad todos los habitantes de la comarca, extremándose a porfía en ella. Esles a las doncellas este día franco para hallarse en esta fiesta, pero a los mancebos no el mezclarse con ellas a conversación, porque en orden a excusar^x este desorden, tiene establecidas leyes rigurosas aquella (en esto política) serranía, con que tiene enfrenado el apetito desbocado de la ociosa juventud, costumbre loable, por cierto, y digna de ser imitada de la más política república, donde se veneran en esta parte tan poco los templos sagrados, que se hacen lonjas de contratos ilícitos.

En el ardor de sus celos vivía Ismenia cuando llegó este festivo día, y sin dilatar más el efeto de lo que ya tenía imaginado en orden a la averiguación de sus celosos cuidados, se previno para hallarse en la fiesta, adornándose de las más lucidas galas que su usanza le concedió. Cubriose el rostro de un sutil cendal, llevó en su compañía otras dos serranas amigas suyas y, llegada al templo en quien hizo su oración, más atenta^{xi} a informarse si estaba en él Olimpia que no a hacerla, súpolo de la persona a quien lo preguntó, que se la mostró también diciéndola era una de cinco serranas que hacían un coro a un lado del templo. No tuvo necesidad de informarse cuál era de las cinco Olimpia, porque se dejaba conocer como el sol entre las demás estrellas. Y así cierta en su conocimiento, instó tanto en mirarla, que obligó a Olimpia a reparar en su curiosidad, y con un impulso más que ordinario de saber quién fuese la forastera que con tanto cuidado la miraba, y por informarse mejor, determinó salir del templo al espacioso campo, y pidiendo a sus amigas la siguiesen, se levantó y todas juntas salieron. Lo cual visto por Ismenia, hizo ⁹ lo mismo con las suyas, y llegando a un tiempo ¹⁰ unas y ¹¹ otras a la puerta, se saludaron ¹² ambas partes, dando las naturales a las forasteras la bienvenida ¹³. Luego Ismenia, abrazando amorosamente a Olimpia, la prendió las manos con cariñoso afecto a que fue correspondida ¹⁴ cortésmente. Y puestas en el campo, se asentaron juntas a la sombra de una ¹⁵ fresca ¹⁶ alameda, que guarnece la margen de un cristalino arroyo que cerca del templo corre sesgo y agradable.

Gustosa Ismenia de ver ya entablado su juego, comenzó a prevenir las tretas que estudiadas traía contra la inocente Olimpia, en que anduvo si diestra, infelice, pues aunque ganó el juego, como era el de la gana pierde^{xii}, fue la perdidosa, pues pagó la posta^{xiii}. Prendiolla las blancas manos significándosele muy deseosa de tan dichoso rato, porque la fama de sus amables partes aun hasta las mujeres

⁹ *Add.* También

¹⁰ *Add.* Las

¹¹ *Add.* Las

¹² *Add.* De entre

¹³ *Add.* con mucha cortesía

¹⁴ *Add.* Muy

¹⁵ *Add.* Hermosa

¹⁶ *Add.* y deleitable

rendía y traía a su amor. Y que para que su gozo fuese del todo cumplido, la suplicaba se concediese un rato a sus deseos, dignándose de que, apartada de sus amigas, pudiese hablarla a solas. La cortés Olimpia, estimando verdades sus compuestas caricias, agradecida y deseosa de parecer correspondiente, se levantó con ella y, apartándose de las demás, se asentaron a la orilla del mismo arroyo, a la parte que de paso lava los pies a unos verdes mirtos. Y comenzando la conversación Ismenia, dijo así:

- Bien comprobada, sospecho, tengo la proposición que hice, oh bellísima serrana, gloria destas montañas, del amor que os tengo. Coligido lo habréis del afecto con que mi vista os solicitó en ese sagrado templo, donde luego que me informé asistíades, me inquieté de forma que atendí más a miraros que a la oración que hacía. Ya creo reparastes en ello. Perdóneme esta diversión la señora que adoraba, que sin desprecio de su debido culto (tal es mi amor) sospecho que me sacastes vos hoy de mi casa igualmente con la devoción suya.

Luego que oyó la bella Olimpia el inadvertido encarescimiento de Ismenia (si bien le consideró hiperbólica lisonja) como, en fin, era alabanza suya a quien toda mujer rinde las armas, sonrojando las mejillas y determinando pagarla en la moneda misma, respondió así:

- ¿Cómo podré yo creer, bella y discreta serrana, que teniendo vos tanto bueno dentro de vuestra casa, os obliguéis a peregrinar en demanda de hermosuras? Incompatible diligencia la juzgo entre mujeres y fineza poco practicada entre nosotras. Pero cuando sea así ya estaréis culpando vuestra oficiosa curiosidad, si no a quien os indujo el afecto, viendo cuán poca verdad os dijo describiéndoos mis partes.
- Cuando la emulación —dijo Ismenia—, peculiar en las mujeres, me desazonara el crédito de cosa que la vista tanto me ha acreditado, negara mi propio ser como indigno e incapaz de razón. Antes estoy muy quejosa de la fama, porque remisa, dijo tan pocas excelencias de las muchas que descubro en vos. Demás que, cuando la vista no hubiera apoyado lo que informó el oído, ya fuera imposible admitir mi ánimo, contradicción al primer concepto nada en sí prevaricable. Mirad, pues, qué será, hallando mucho más de lo que la imaginación pudo idear. Dad gracias a los cielos de vuestras perfecciones que, como destas no hay mercado, es fuerza que las¹⁷ que alcanzamos inferior puesto al repartirlas, hayamos de contentarnos con las que nos cupieron.
- Si mi débil espíritu —acudió Olimpia— me dictara en esta ocasión palabras para saber satisfaceros favores tantos, quedara yo presumiendo de mí algo de lo mucho que me atribuí, pero faltándome los términos debidos al menor dellos, ¿cómo creeré que no hay mucho de lisonja en tan incompatible amor? Pero no dejaré de decir, permitidme esta sospecha, que vienen vuestros favores muy de máscara, acaso más a celebrar nuestra fiesta que mis partes. Y siendo

¹⁷ Los]

ansí, quitaos la de lisonja y a vuestro rostro el rebozo. Conozca yo la cronista¹⁸ de mis alabanzas, porque vuelvo a decir me parece incompatible que una mujer enamore a otra con tan derretidos términos. No os hagáis sospechosa en alguna traición (perdonad el término), y para obligaros al efecto de lo que os pido, os aseguro primero que vuestro agrado, seáis quien fuéredes, me debe ya algún amoroso cuidado, si bien no sabré deciros de qué género sea.

Ismenia dijo lo haría con todo gusto si primero con juramento la confesase una cosa y Olimpia la prometió satisfacción en todo lo que le fuese posible. Y entonces ella dijo:

- Lo que saber pretendo, perdonad mi curiosidad, es que me digáis el nombre del dichoso que merece el de amante vuestro.
- Que haya quien me ame —respondió Olimpia restringiéndose en los hombros no lo tengo por posible, supuesto conozco cuán poco pueden obligar mis partes a ello. Que yo no amo a hombre¹⁹, puedo afirmar por cierto, cosa con que me hallo bien. Y creedme que si supiera otra cosa al propósito de vuestra pregunta os la confesara con llaneza. Esto me debéis ya.
- Mal, según eso, me informaron —añadió Ismenia— los que me quisieron persuadir amábades a un serrano de mi aldea y que d'él érades amada con igual extremo.
- Perdone Dios —dijo Olimpia— a quien hizo agravio tan conocido a ese serrano, pues fue calificarle por hombre de mal gusto. De mí vuelvo a certificaros²⁰ que no amo a nadie que yo conozca.

Y dijo bien, porque aunque realmente me amaba (como se verá) era por fama que de mí tenía, supuesto que hasta entonces, en fe de su honesto retiro no me había visto. Y lo mesmo era mi amor para con ella por las mesmas razones. Repreguntola Ismenia:

- En fin, ¿no conocéis a Acrisio, el hijo de Otavio, aquel que en gallardía y discreción es el objeto del amor de nuestras selvas?

Grande sobresalto causó mi nombre en el corazón de Olimpia, y a no redimir su prudencia la demostración del afecto, quedara satisfecha desta vez la celosa curiosidad de Ismenia con que desbaratara la máquina que sobre su celoso fundamento se levantó. Pero con toda severidad la afirmó que en su vida había visto a tal hombre, de que podría inferir cómo no podía amarle, siendo verdad que el amor se introduce por la vista.

- No sé —replicó Ismenia— qué verdad tenga esa proposición, pues de mí afirmo, como ya os signifiqué, que vuestro amor se me entró a mí por los oídos, y el que tiene este nacimiento le juzgo por más noble, pues se introduce por la puerta de la fe. De donde no sin causa puedo yo inferir que la fama de Acrisio pudiera haber causado este efecto en vos. Y si lo que digo no ha sucedido ansí —dando al decirlo un íntimo, si fingido suspiro— ¡ay infelice amante! Mal conseguiré,

¹⁸ Coronista]

¹⁹ Hombres]

²⁰ Certificar]

según lo que me dais a entender, el efecto a mis pretensiones, mayormente publicándoos tan exempta de la jurisdicción del amor. Mejor me será, ¡ay triste!, morir sin declararme, pues moriré en duda si merezco vuestros rigores.

Lo anfibológico destas razones confundían mucho el juicio de Olimpia, y todas eran incentivos que despertaban sus deseos a saber quién fuese la embozada serrana, y así cuanto más dilataba el descubrirse, tanto más fomentaba²¹ su apetito, y por salir deste cuidado, la pidió con instancia le cumpliera la palabra que la había dado en pago de haberla dicho la verdad. Entonces Ismenia, bajando el rebozo, descubrió el deseado rostro, diciendo:

- ¿Veis aquí señora lo que deseáis? Ya estaréis arrepentida, no de haberme visto, pues halláis mayores averiguaciones a la calificación de vuestra hermosura con las faltas de la mía, sino por el engaño que padesció vuestra imaginación, juzgando o esperando más de mí de lo que hallado habéis. Ya considero os llamáis a engaño y pedís restitución a vuestros deseos. Y aunque yo sea defraudado de mis favores habré de permitirlo por el aprecio que hago de vuestros gustos. ¡Mas, ay! ¿Qué dije? Ya no puedo negarme cuando mi parlera lengua publicó mi ser. Ya es forzoso confesaros que soy Acrisio, aunque engañado de mis pensamientos, atrevido desde el día que os vi y creí también ser de vos visto, y lo que más es, amado, así me lo mintieron las acciones de vuestros ojos bellos. Mas ya culpo a mi atrevida presunción que me persuadió tal imposible.

Olimpia, a la vista del descubierta rostro de Ismenia, quedó transformada en un helado mármol. Tal eficacia hizo en su corazón aquella semejanza mía de quien la fama ya la tenía informada y, al oír mi nombre, se alteró de forma que pudo conocer Ismenia el afecto a no reputarle admiración de la novedad del caso. Pero cobrada Olimpia con la presteza de que la previno su prudencia, dijo:

- Basta, hermosa serrana, que habéis pretendido hoy hacer toda nuestra fiesta vuestra sola, ¡y toda a costa mía! Pues ni tan común creáis mi opinión ni tan fácil mi crédito, porque aquella estimo yo mucho y este es poco crédulo. En primero lugar os aseguro que yo jamás vi a Acrisio (o como vos queráis²² llamarle) como vos me decís, ni menos sé cuándo él me viese. Esto último como cosa posible no lo afirmo. Pero lo que saco en limpio de vuestras afectadas diligencias es que no queréis mal al serrano. Estad cierta de que yo no os le inquieto. Amadle muy de veras, lógrese vuestro buen gusto, que sin dubda le tiene tal quien ama a hombre de tan laudables partes como me le habéis pintado. Y a no ser yo tan poco tierna, y ser, como vos decís, que amor entra por los oídos, bastante puerta habíades abierto en los míos para que el hombre se me entrase al alma, pero como no es cierta la proposición, tampoco lo es la sospecha. Sola una cosa hallo de peligro en vuestro amor, y es el entrar a la parte de tantas, como decís le aman, porque si él fuese tan buen correspondiente que a todas diese cartas, poca parte os tocara de su correspondencia. Mas no dejaré de decir en apoyo suyo el mucho bien que he oído de sus

²¹ Fomentaba]

²² Queréis]

partes. Y si ello es así, que se parece a vós, corta anda la fama; agraviádole ha mucho. Y no dudo que a ser yo algo tirana, desta vez quedáredes sin galán, si puedo presumir de mi atracción tanto. Pero doy al cielo gracias que me dio corazón hecho a prueba de mayores golpes. El que habéis intentado pudiera falsearle a no hallarme prevenida. Gozad, vuelvo a decir, vuestro empleo sin recelos, que fuera lástima que tantos merecimientos se malogaran.

Ya se arrepentía Ismenia de la comenzada quimera sospechando de las razones de Olimpia más ironía que llaneza. Mayormente que descubría en sus ojos ciertos indicios, bastantes a persuadirla, que mirarla tanto, y tal vez con hurtada ternura que, si no creía que realmente era Acrisio, por lo menos le adoraba en su imagen, de que infiría que, aunque lo negaba, ya le había visto. Quisiera, llevada destos pensamientos, desdecirse y volver pasos atrás del comenzado informe, pero por hacerse del todo cierta en lo que inquiría, quiso esforzar la fábula, diciendo:

- No permita el cielo, querido objeto mío, yo os trate engaño: la verdad os he significado y ¡ojalá fuera mi dolor sin causa! Ved, señora, la experiencia que queréis de mi verdad, que os juro que no es más cierto amaros²³, que lo es que soy Acrisio.

Bien lo dejó encarescido con tan hiperbólico equívoco, el cual para el dispuesto ánimo de Olimpia pasó plaza de certísima evidencia (que es fácil el engaño para quien le solicita). Y así, con un afecto tierno, los ojos llenos de amoroso llanto, dijo:

- Pluviera al cielo difícil enigma al acierto de mi sencillo ánimo, que de una vez yo acertase a construirte. No puedo hurtarme, confiésolo ingenuamente, a tu curiosa inquisición; forzoso es darme a partido^{xiv}. Mira el qué quieres de mí, o ya seas Acrisio o ya su dama. Por relación le amaba (mira como no lo niego) y ya con experiencias, es forzoso adorarle. Declárate pues conmigo, dime de una vez si eres Acrisio. Mira que habrá sido nuevo género de tiranía ganarme el alma con supuestas armas.
- La verdad he dicho —respondió Ismenia con alguna tibieza, arrepentida del todo de la impresa, conociendo el mal logro de su impertinente inquisición, tanto que quiso desdecirse y dar al traste con la tramoya, confesándose mujer celosa de Acrisio. Pero cuando quiso hacerlo, fue a tiempo que sus compañeras y las de Olimpia llegaron a avisarlas era tarde para volverse a sus lugares, con que ni a ella le fue lícito declararse ni a Olimpia pasar adelante en la averiguación; de manera que, siendo forzoso el dividirse, solo se le permitió a Olimpia decirle a Ismenia tuviese gusto de que se viesen y visitasen muchas veces, la cual se lo prometió, si bien se lo negó con la vista, porque conocidamente se le vía en ella el disgusto que llevaba. En fin, se partieron ella con sus compañeras, y Olimpia se quedó con las suyas; una de las cuales la dijo:
- Si no tuviera, oh amiga Olimpia, noticia de los milagros de naturaleza, certificara que esta serrana con quien tan despacio has

²³ Amador]

hablado es aquel Acrisio de Peñafior, de quien tantas veces hemos hablado. Y mira cuánto le parece, que a no estar tan afianzado tu virtuoso recato, sospechara entre los dos algún estratagema amoroso feriado a la ocasión deste día. Y ya no fuera nuevo el metamorfosis, que alguno le vistió primero y no por eso envileció su nombre.

Las otras amigas contestaron la sospecha, y aun procedieran a más ilaciones si Olimpia, con ánimo constante, no se opusiera a sus razones con otras que obligaron a las amigas si no a creer lo contrario, a no hablar más en ello. Pero como el crédito de Olimpia estaba también dispuesto a creer había hablado con Acrisio, todas las razones que favorecían su pensamiento eran materias combustibles que fomentaban el incendio que Ismenia había introducido en su dispuesto pecho. Y así, con esta última información, se asentó en su ánimo que la había hablado Acrisio, a quien ya se reconocía obligada²⁴, y deberle el ingenioso medio que dio con su disfraz a sus primeras vistas. Y así maldecía a sus amigas como divertidoras de sus mayores gustos. Pero fuele forzoso disimular con ellas porque no se acreditase su sospecha. Y ya solo deseaba²⁵ ocasión en que volver a ver a su amante.

Muy ajeno vivía yo²⁶ de la altura en que se hallaban mis glorias, ¡Oh qué buenas albricias diera yo a Ismenia si ella se persuadiera a ponerse en términos hábiles de darme tan dichosa nueva! Pues lo que tanto había solicitado con activas diligencias se me había venido a casa cuando menos me reconocía digno de merecerlo. Ocho días pasaron después de aquella solemne fiesta y todavía vivía yo ignorante de mi dicha. Pero en el último dellos se celebró en la aldea de Olimpia una boda de un serrano rico con una serrana de su calidad, a la cual, conforme a la usanza del país, concurrió mucha gente de todas aquellas aldeas en orden a festejar los novios con regocijos²⁷ y fiestas. Entre ellos me hallé también, y con tan buena²⁸ suerte, que una entre otras veces me tocó danzar con Olimpia, a quien vi entonces la primera vez con tanto aumento del relativo amor, que desde aquel punto me conocí enajenado de mis potencias todas, rindiéndolas en sacrificio en las arras²⁹ de su hermosura. Fácil le fue a Olimpia conocerme en viéndome por habersele grabado en el alma mi retrato, que original creyó. Entablamos nuestro baile con gallardas mudanzas, entre las cuales nos permitió una el prendernos por las manos, habiendo precedido para mayor certificación suya muchos amorosos hurtos que me cogió en la vista, los cuales yo también advertí en la suya, y aun creo que el más divertido de nuestros pensamientos pudiera averiguar en nuestras acciones: que no nos queríamos mal. Las manos en fin nos prendimos, en cuyo contacto³⁰ hallé otro testigo más en favor mío, que con sus intercadencias, ya de hielo, ya de fuego, ya de azogue, ya de mármol, me certificó mucho de los efectos de amor. No dudo que hizo ella en mí las mismas experiencias, supuesto que las almas entonces se comunicaban por aquel sentido. De mí confieso que hallé la lengua inválida para la expresión de mi cuidado, acaso por ser el primer lance de amor en que es ordinario este suceso. Y fue sin duda en mí, pues ella por los lances que jugó con Ismenia, a quien creyó Acrisio

²⁴ Obligado]

²⁵ *Add.* Tener

²⁶ *Om.* yo

²⁷ *Add.* Entretenimientos

²⁸ *Add.* y dichosa

²⁹ Aras]

³⁰ Contracto]

como soldado viejo en la milicia de amor, se dejó decir, aunque con voz trémula y submisiva: «¡Ay Acrisio mío, permita el cielo no me haya engañado tu lengua!».

No será necesario exagerar la turbación que recibió mi alma cuando entre ternura tanta oí que los labios de mi Olimpia pronunciaron las sílabas de mi nombre. Claro está que me admiraría el suceso cuando me consideraba tan remoto de su noticia. Baste decir que, inválido a la respuesta, no pude proferir³¹ palabra, si bien con la vista debí de suplir lo que la voz no pudo, pues, como en retorno de mi afecto, prosiguiendo, dijo:

— Ven mañana en la noche a verme, que en la fuente del ciprés te aguardo.

El último acento desta orden y el baile hicieron punto a un tiempo, y así fue forzoso el dividirnos los cuerpos, quedando las almas en eterna unión. Retireme luego al lugar más retirado de la sala en que el festín se celebraba por meditar a solas el impensado suceso. Hacía muchos discursos en orden a averiguar el origen de mis glorias, y en todos me hallaba más confuso, porque ya burlaba de mi presunción, creyendo había otro Acrisio más dichoso a quien Olimpia dirigía sus favores. Pero disuadíame deste engaño considerar que era mucho que ya que hubiese otro de mi nombre, concurriese también en él mi semejanza. Y rebatida esta presunción, presumía engaño en Olimpia, aunque por lo que tenían de celestiales sus ojos juzgaba no podían padecer error en mi conocimiento: y así, si lo primero me causaba celos, lo segundo no aliviaba mi dudar ni podía entender por qué camino yo hubiese llegado a su noticia.

En estas quimeras estaba envuelto y tan divertido que no había reparado en que mi amigo Doristeo me estaba preguntando la causa de mi diversión cuando, viéndome instado de su porfía, volviendo sobre mí y hallándome tan a la mano al tesorero de mis secretos, ni pude ni supe defraudarle este, y así en gracia de aconsejarme le referí todo cuanto con Olimpia me había pasado. Preguntome si nos habíamos hablado en otra ocasión.

— Ni aun vístonos los rostros —respondí yo—. Antes, amigo mío, es esa mi confusión, porque sus razones arguyen precedencias muy atrasadas^{32xv} de comunicación: y así he de perder el juicio si vos no me aconsejáis lo que debo hacer en este caso.

— ¿Ella no os ordenó —dijo él— la viésedes mañana en la noche en la fuente del ciprés? Pues no es largo el plazo. Id al señalado sitio, que si va, della mesma sabréis lo que os ofusca. Si no fuere, confirmada quedará la sospecha de vuestro engaño, y que fue picón^{xvi} que quiso daros.

— Bien me decís, amigo —dije—, yo haré lo que me mandó Olimpia suceda como sucediere. Acaso ganaré obediente lo que puedo perder remiso.

Ofreciome su compañía para el resguardo de cualquier peligro. No la acepté, porque a los desafíos de amor son las compañías superfluas. Finalmente me resolví a ir donde Olimpia me mandó y, acabada la fiesta, nos volvimos juntos a nuestra aldea, contando yo por instantes y átomos el tiempo de aquella a la

³¹ Preferir]

³² Abrasadas]

siguiente noche. Doristeo me animaba a la prosecución desta empresa, juzgándola (ya lo veo) por remedio potísimo^{xvii} del logro de sus amores, pues estando yo preso de los de Olimpia, le dejaba desocupado el campo a él para ganar la voluntad de Ismenia, hallándose desengañada de mi poco amor y reduciéndose al suyo d'él. Que no hay amigo, aunque el más fino, a quien diviertan las congruencias del estado del amigo las del suyo propio, si bien con pretexto siempre del beneficio del amigo.

Y bien se verificó en el mío este mi concepto, pues en gracia de desacreditarme con su Ismenia, le refirió mi secreto, no solo a la letra, sino con adiciones de muchas glosas, cuales él conoció podían exponer mejor su pensamiento, que era introducir en el pecho de su amada mi aborrecimiento. Pero todo fue fomentar el fuego del suyo propio y disponer a la infelice Ismenia para su última desdicha, como en mejor ocasión se sabrá.

Yo entre tanto atendía solo a que llegase la hora para mí tan deseada, y como quiera que en los deseos parece perezoso el tiempo, a la verdad corre y restituye a la esperanza los plazos que parecen más dilatados, y así restituyó a la mía el por mí tan deseado. Y cuando ya me pareció sería hora de partirme a la fuente del ciprés, en quien tenía librados mis desengaños, entrando en mi aposento para tomar mis armas sentí que mi madre, cerrando la puerta, le torció la llave dejándome preso dentro de mi aposento mismo, sin que la pudiese obligar con ruegos ni caricias a que me diera libertad, antes para no obligarse a mis instancias se fue de casa, dejándome encerrado. Quise echar la puerta en el suelo, pero pudo entonces con mi furor mucho el materno respecto, triunfando de todo el poder de amor, que es todo lo que puedo encarescer. Y, así, conformándome con la voluntad de mi madre, me reduje a padecer con paciencia su acción, persuadido que no sin ocasión de algún grande bien mío, o por excusarme un grande daño procedió a prenderme. Y así quietándome por aquella noche, libré para otra mis amorosas esperanzas. Con esto me acosté, si bien en toda la noche me rendí al sueño, pasándola^{xviii} toda en variedad de pensamientos, así de la justa queja que de mí tendría Olimpia viendo que no acudía al aplazado desafío en que yo interesaba tanto bien. Por otra parte, no sabía averiguar la causa que pudo mover a mi madre a la resolución de mi encierro, y devaneando entre tantos pensamientos, cerca del alba me rindió el sueño. Pero apenas me había entrado en sus primeros lumbrales, cuando me despertó un gran ruido y, reparando bien, conocí que las voces se oían en la casa de Melampo, padre de Ismenia. Y por atento que estuve, nunca pudo informarme de nada el ruido, porque las voces eran confusas y las razones entre sí encontradas, no dejaban³³ entenderse, pero a³⁴ ³⁵ poco rato oí abrir la puerta del aposento y vi entrar a mi madre muy lastimada y llorosa, y, sentada sobre la cama, en mucho tiempo no pude quietarla para que me dijese la causa de su dolor. Y al cabo, aunque entre sollozos y amargo llanto, dijo:

- ¿No has oído, hijo mío, el ruido que hay en casa de Melampo? ¿No has entendido su desgracia?
- El ruido —dije— me despertó, pero la causa d'él no he podido entender.

³³ *Add.* Bien

³⁴ *Om.* A

³⁵ *Add.* Dentro de

- Pues has de saber —dijo— que en este punto trajeron a la infelice Ismenia, que junto a la fuen^{xix} del ciprés de Belflor fue hallada muerta en hábito de varón.
- ¡Válgame Dios! —dije—. ¿Y cómo es eso? ¿Hase sabido la causa de su desdichada muerte? ¿Sábese quién se la dio?
- Hasta agora no se ha averiguado, ni aun lo que más es, se sospecha. Pero tiéneme admirada que ayer tarde la mesma Ismenia estuvo conmigo y me previno con todo secreto te encerrase esta noche, no permitiendo salieses de casa, porque no te importaba menos que la vida. Tengo sospecha y tal que me inquieta sobre temerme [sic], si quien a ti quiso quitarte la vida se la quitó a ella, hallándola en hábito de varón y siéndote tan semejante en rostro. Dime hijo, ¿a quién tienes ofendido? ¿De quién te recelas? Si importa que te ausentes, aunque será matarme, dispón tu ausencia y no será mala ocasión la que traigo estos días en la imaginación, que demás de ser precisa (como a su tiempo entenderás) esta presente parece que nos la acelera. Dime por mi vida lo que desto sospechas, pues estamos a tiempo de prevenir los daños. No aguardemos a llorarlos sin remedio.

Admirado me dejó el desastrado accidente de la infelice Ismenia, y aunque me desvanecía haciendo discursos, en ninguno hallaba pie ni resolución, porque no podía entender, en primer lugar, el motivo que Ismenia hubiese tenido en mi encierro y en el disfraz varonil, y ir a la fuente del ciprés donde se decía haberla hallado muerta, supuesto que invenciblemente ignoraba los disinios suyos ni los tratos que traía con Olimpia, y menos sospechaba que Doristeo, su amante y mi amigo, la hubiera comunicado mi secreto. Por otra parte, recelaba algún trato doble en Olimpia, sospechando si el mandarme ir a aquella parte hubiese sido con ánimo de darme la muerte y que esto hubiese llegado a noticia de Ismenia, y como amante mía había querido oponerse al peligro por excusarme d'él. Ya casi mostrándome agradecido a tan piadosa hazaña, me pesaba de su muerte y quisiera fuera viva para consagrarla mi amor. Pero luego desbarataba este pensamiento, considerando que en tan casto ánimo como el de Olimpia no podía haber traición tan alevosa. Esforzaba esta excusa el hallarme inocente en sus ofensas, si ya no lo fuesen el amarla con tanta fineza. Y esta culpa consideraba ya no mía sino la de su singular belleza, contra quien más dignamente pudiera volver las armas de su rigor como homicida universal.

Finalmente, habiendo discurrido entre mí mismo ³⁶ estas y otras muchas consideraciones, y en ninguna hallando puerto a mis confusiones, como quien vuelve de un profundo sueño, dije:

- Madre mía, ¡gran desdicha! En fin, ¿no sabéis la causa de su muerte ni quién fue el homicida?
- Nada —dijo— se sabe. Lo que yo quiero de ti saber es lo que te he preguntado, para que conviniendo pongamos remedio a cualquier desdicha, pues estamos a tiempo de prevenirla.
- Yo, madre y señora —respondí—, no tengo ofendido a nadie, ni menos causa para ausentarme agora, y solo os digo que estoy

³⁶ *Add. De*

admirado mucho de los sucesos de Ismenia. Y por muchas causas quisiera que viviera, pero supuesto que no puede no³⁷ ser lo que ya fue, yo estimo vuestro materno cuidado en el mirar por la duración de mi vida. Asegúroos, así tenga mi padre en el cielo el premio de sus virtudes, como no tenéis causa justa que os obligue a creer en mí inquietudes que me obliguen a temer muerte tan violenta. Ni mi término ha provocado ajeno enojo, ni yo puedo sospechar las causas que obligasen a Ismenia a la prevención de mi encierro, si ya no fue presagio de su desdicha.

- Con todo eso —dijo ella— no me aseguro mucho de tus razones, pues aunque tu recogimiento y cordura afianzan tu seguridad, las ocasiones que a los mozos asaltan son impensadas, siendo sus sendas tan abscondidas y indeterminables como la de la águila por los aires y la de la nave por el mar^{xx}.

Con esto me dio lugar para vestirme y que fuese a dar el pésame al desconsolado Melampo, a quien hallé de modo que ni él me respondió de terneza ni yo le pude hablar de llanto. Enterrose el defuncto cuerpo, y aunque se hicieron muchas pesquisas, jamás se averiguó quién fuese el homicida ni la causa de la muerte, porque en el lugar no se echó menos hombre, si no fue a Doristeo, que no se supo d'él más³⁸. Pero deste no pudo sospecharse, a causa que era público la amaba con las ternezas que yo he significado, y sabían también ella no le correspondía, fundada, según decía la misma, por ser forastero, como a la verdad lo era. Y lo que más pudieron sospechar fue que se habría ausentado por verse aborrecido.

Proverbios
30

Cuidadoso me dejaron estos sucesos, pero entre todos ellos, ninguno tanto como no saber la altura en que me hallaba en el ánimo de Olimpia, a quien ni culpaba ni escusaba en ellos. Y así en orden a esta averiguación, determiné ir aquella tarde misma a su aldea para buscar ocasión de verme con ella. Ejecutelo en tan buena ocasión que, pasando por las espaldas de su casa, que al exido del lugarejo corresponden, la hallé en su güerto sola, y por lograrla, entrando por una quiebra que un ensetado de zarzas y tarayes muro del güerto hacía, con el recato que me fue posible por no ser della sentido cuando, con sobrada alteración y mayor presteza, luego que me vio, quiso ponerse en huida, pero yo se la impedí prendiéndola por la ropa, obligándola a que me atendiese estas razones o las semejantes.

- Ya, divina señora mía, es imposible escusaros a mi audiencia. Y si yo supiere intimaros la mayor ofensa que en las leyes del amoroso duelo ha rescibido amante, esperaré que vos misma me haréis desagaviado, aunque es contra vós mi querella. Dignaos de atenderme sin violencia, que siendo para todos piadosa no es justo para mí solo seáis inexorable. Y porque conozco que el lugar en que os hallo no permite largos razonamientos, por lo que pueden hacernos sospechosos en ofensa del honor vuestro (a quien venero como cosa sagrada), procuraré reducirme a breves términos, si los en que me hallo permitieren expedición a mi lengua y razones al discurso. Yo, señora (no podéis negarlo), si no vivía libre de las prisiones del amor vuestro

³⁷ *Om. no*

³⁸ Más d'él]

(que destas no solamente la vista, pero el oído no se escapa), pasaba a lo menos entretenido en la fe de no mereceros, contento con amaros sin esperanza de ser correspondido. No sé si vós, por lo que tenéis de divina, alcanzastes a entender esto, y ufana de vuestras glorias, os dignastes de levantarme a ellas para que de allí precipitado fuese mayor el triunfo vuestro. ¿Qué mayor favor que mandarme os viese la pasada noche en la fuente del ciprés? ¿Y qué mayor ofensa, que sin preceder alguna mía (si ya no lo fue adoraros) mandarme dar la muerte en el puesto mismo³⁹ donde esperaba yo mi vida? Mucho le debí a Ismenia, pues por rescate de la mía ofreció la suya en sacrificio, despreciando riesgos y ofreciéndose a peligros.

No me dejó proseguir Olimpia porque encendido el rostro en un fino carmín, tomándome la mano dijo:

- No acabo de entender, oh ingrato Acrisio, tu lenguaje. Solo puedo colegir d'él y de su confuso aliño que vuelves nuevamente a engañarme. Conténtate con haber triunfado de mi constancia y recato, pues ya le hallarás reforzado de bastante munición para rebatir tus asaltos. Conténtate en el desengaño que de tu aleve^{xxi} trato la pasada noche me dejaste. Ya he inferido d'él la causa que te obligó al vil disfraz en que la primera vez me hablaste. Prevención fue de las desdichas en que me veo. No puedo negarte que el haber acreditado tu invención con tan cortas experiencias arguye mi liviandad, pero la disposición que hallo en mi pecho sazónada con los ordinarios informes que la fama me traía de tus laudables partes facilitó la impresión de tu alevoso engaño, que con máscara de verisimilitudes tantas, en atención más cuidadosa hallara entrada. Pero dejando mis errores, que nacieron de amor, ¿cómo escusarás los tuyos, producidos de infame alevosía? ¿No me dirás en qué te hallaste ofendido de mi inocencia? ¿Qué solicitudes te debía? ¿Qué finezas ejercitaste en mi pretensión? ¿Qué desvelos te costó? ¿Qué mañanas te halló a mi puerta el alba? ¿Qué ingratitudes mías te ofendieron o qué desdenes te despidieron? ¿No me rendí a tu primero asalto? ¿No me llevaste cautiva el alma a tu aldea? ¿Pues por cuál destas cosas me condenaste a tal desdicha? Si era tu esposa Ismenia, ¿por qué fingiste pretender mi mano? Ya que anoche me diste el último desengaño (a cuyo beneficio por ser al principio de mis empeños te debo estar agradecida), ¿qué me quieres agora? ¿Qué nuevas quimeras intentas? ¿Qué me has querido decir con frases tan intrincadas y oración tan confusa? ¿Cuándo te intenté la muerte?
- Señora, ¡aquí dé Dios! —dijo—. Declaraos más, que no entiendo lo que decís. Yo me vuelvo loco y no acierto adónde vais a parar con tantos afectos. Daisme a entender que os vi primero que en las bodas de Silvana. Y no sé qué decís de un vil disfraz ni menos comprehendo cómo me persuadís a que os hablé anoche, pues en todas estas vistas solo fui dichoso en veros en las bodas, ¡que la primera y última es engaño! ¿Yo casado con Ismenia? ¡Cielos! ¿Qué es esto?
- ¿Pues cómo puedes negarme —dijo ella— que el día de nuestra fiesta

³⁹ *Om.* mismo

me hablaste en hábito de serrana para dar con este ingenioso, si no alevoso traje, introducción a mi primera persuasión? ¿No sabes que mis amigas y las que en nombre de tuyas trajiste contigo fueron testigos de tu traición y mi desdicha? ¿Puedes negar tampoco que en las bodas de Silvana, cuando danzamos juntos, y aunque en concisas razones, te acordé este suceso, si no con expresión de palabras, con amorosas demostraciones no me lo negó tu vista? Ni menos podrás desmentir mi desengaño con lo que me dijiste anoche en la fuente del ciprés de los amores tuyos y de Ismenia, no menos fundamentados que con prendas irrevocables. Si esto no confiesas, o eres el padre de los engaños o yo estoy loca. Demás desto, ¿qué me dirás de haberte anoche traído muerto a esta aldea? ¿Cómo estás sano y vivo? ¿qué confusiones son estas? ¿Eres acaso mágico o vienes de la otra vida a pedirme perdón de engaños tantos? ¿Quién dice de ti que eres noble? ¿Quién te atribuye virtudes, siendo la infamia y siendo el vicio mismo?

Estas razones me sacaban de juicio, porque de las grandes virtudes que de Olimpia publicaba el mundo, parecía ajena toda mentira, mayormente hablando con tanta alma y en tan activos afectos. Ya no sabía qué satisfacciones dalla. Pero porque mi inocencia no quedase indefensa, me esforcé a presentársela y cuando quise hacerlo fue a tiempo que de la casa salía una prima suya que a buscarla venía, y así fue forzoso mi justicia quedase por entonces indefensa, porque me ordenó me retirase entre unos espesos rosales, a causa de que su prima no me hallase con ella, lo cual habiendo yo ejecutado con la revolución de pensamientos que considerar se puede, llegó la prima y dijo:

- ¿No sabes, prima mía, cómo el difunto de anoche no fue, como se entendió, Acrisio, sino Ismenia, la hija de Melampo el de Peñaflor?
- ¡Qué me dices prima! —añadió Olimpia—. ¿Pues no era hombre el difunto?
- Paresciolo —replicó la otra— por venir Ismenia en semejante traje. Y en tal opinión estuvo hasta que llevándola a la casa del mismo Acrisio, se halló el desengaño, porque su madre declaró que le tenía encerrado a causa que la precedente tarde la misma Ismenia la había persuadido no le dejase salir de casa aquella noche porque ella había tenido noticia cierta que aquella misma noche habían de matarle.
- Admirada^{xxii} me deja —dijo Olimpia— lo que me cuentas, pues, ¿de qué se originó el engaño de ser tenida por Acrisio?
- ¿Agora —dijo la otra— llega a tu noticia la grande semejanza que en los dos puso naturaleza? ¿No has entendido que eran ellos por esto el prodigio destas montañas?
- Muchas veces lo oí —dijo Olimpia—, pero jamás me persuadí fuese de forma que ocasionase esos engaños.
- Pues hanse ofrecido —dijo la prima— destos muchos, si no tan desastrados.
- ¿Y hase entendido —preguntó Olimpia— el motivo que tuvo esa serrana para esa transformación? ¿Averíguase quién la dio muerte?

- Nada —dijo la prima— está hasta agora averiguado. Todo es confusiones y lástimas.
- ¡Válgame Dios! —dijo Olimpia—, ¡y qué difíciles son de conocer los corazones de los mortales! Con esto salgo de un confuso labirinto.
- ¿Por qué lo dices, prima? —le preguntó. Y Olimpia:
- No es para tan breve tiempo la satisfacción. Déjalo prima ahora, que ya llegará ocasión en que sepas muchas cosas. Retirémonos por tu vida a mi aposento, que no me hallo buena.
- ¿Hate dado algún disgusto —dijo la otra— este suceso?
- La conmiseración —dijo Olimpia— de las miserias ajenas causa estos efectos en los pechos tan tiernos como el mío. Vamos, prima.

Y diciendo esto, como que llegaba a aquella parte donde yo estaba retirado a otra cosa, me dijo: «Acrisio, el cielo me es favorable. Venme a ver esta noche a la fuente del ciprés».

Yo atendí todo el coloquio de las dos bellas serranas, y d'él fui sacando consecuencias con que averigüé que la infelice Ismenia había sido el artífice de la causa de nuestras confusiones, con que ya quedé más alentado y desahogado de tantas penas. Y mejor lo averigüé aquella misma noche que, cumpliendo la orden de Olimpia, no embargantes los recelos de mi madre, que también pretendió impedirme la salida, a que yo previne con no recogerme a casa hasta haber hecho diligencia tan importante al sosiego de mi ánimo, porque a la hora señalada me hallé en la fuente del ciprés, donde ya el cuidado de Olimpia me había ganado el tiempo.

Un recíproco afecto causaron en nuestros ánimos apasionados estas deseadas vistas, quedando los dos como dos mármóleos simulacros, inválidos al ejercicio de las lenguas, pero cobrado yo primero, pude decirle así:

- Ya, señora mía, estaréis más dispuesta a la persuasión de mi inocencia. Ya aquella serrana bella, solución milagrosa del intricado enigma que a los dos confundía, dio la verdadera^{xxiii} a confusiones tantas. Ya de la muerte de Ismenia podremos sacar ilaciones de vuestros engaños. Y pues más desapasionada habréis^{xxiv} conocido la fineza de mi verdad, cuan digno soy de vuestros favores, para que yo reconozca los efectos dellos, os suplico me digáis lo que destos sucesos inferido tenéis. Comunicadme el juicio vuestro y veremos si con el mío se conforma. Decidme ahora con más claridad qué fue lo del disfraz que me atribuíis y qué fue lo que la pasada noche os sucedió en este sitio con la persona que por mí juzgastes, porque estoy persuadido que ambas veces os engañó Ismenia en nombre mío.
- Ya, Acrisio —dijo ella redundando glorias mías por aquellos dos luceros divinos—, ha permitido el cielo ministrarme mucho desengaño de tu valor. Ya tengo conocido cuán buen empleo hice en amarte. Ya he calificado los engaños de Ismenia, a quien disculpo si los hizo desfavorecida, que ya veo que no hay mayor desdicha que amar sin correspondencia. Y para que entiendas que no fue sin ocasión mi queja, atiende y oirás lo que me pasó con Ismenia el día de la fiesta de nuestro templo, que ya estoy reducida a que ella fue la

autora⁴⁰ de aquel primero engaño de quien la absuelvo por el bien que en mi alma introdujo en la representación de tu persona, cuyo papel supo fingir tan bien.

Y prosiguiendo luego, me refirió todo lo que con Ismenia le pasó en el campo del templo, según y como yo lo referí en su lugar. Y después me contó ansimismo todo lo que la noche de su muerte con ella le había pasado, cuya relación remito yo para mejor lugar, porque me instan en este los favores que en él me confirió Olimpia. De donde ⁴¹ averiguadas nuestras inocencias en los cargos que uno a otro nos imponíamos, resultó mayor firmeza a nuestro amor, que fue el que se verá por estos discursos. Y averiguado así que Ismenia lo había todo ocasionado, y que por medio de su muerte nos hallábamos libres de las invasiones de tan cauteloso enemigo, dábamos gracias al cielo, si condolidos de su miseria (que en los ánimos nobles nunca ha de faltar la conmiseración de las [des]dichas del más declarado enemigo) y riferíamos con gusto las pasadas borrascas, como lo hacen los afligidos^{xxv} naufragantes, después de la tormenta, gozando ya de seguro puerto. Solo nos faltaba averiguar quién hubiese sido el instrumento de nuestras venganzas, pero esto jamás pudo saberse hasta que lo supe yo por un bien impensado accidente, como a su tiempo diré. Finalmente, capitulamos entre los dos la eternidad de nuestro amor, y en confirmación desto nos dimos las manos de esposos, juzgando que, pues el cielo nos había librado de tan grande obstáculo a nuestra quietud opuesto, daría también perpetua felicidad a nuestros amores. Pero fue engaño de nuestros deseos, pues nos tenía prevenidas la fortuna otras mayores desdichas. Gastamos lo que de la noche faltaba en honestos, si amorosos coloquios, cuyo presupuesto oservamos todo el tiempo que duraron, sin que las soledades en que muchas veces nos hallamos prevaricasen tan nobles propósitos. Y ya que la rosada aurora comenzó a dar voces a la familia de su hermano, que era tiempo de ponerle el coche para comenzar su ordinario paseo^{xxvi}, deseando Olimpia no ser echada menos en su casa, se volvió a ella y yo hice lo mismo, hallando en la mía a mi madre, cuidadosa y desvelada de mi continuada tardanza, y con una amorosa exhortación reprehendió mi ausencia. Pero yo la quieté con las mayores demostraciones de humildad que pude, asegurándola que no tenía causas que me ocasionasen peligros que a tan infelices extremos como temía me empeñasen».

Aquí cerró Acrisio su libro, dando a entender^{xxvii} por entonces no proseguía más su lección. Nosotros admiramos el estilo y conexión de la historia, si bien a mí, como menos entendido, se me ofrecieron algunos escrúpulos, de cuya satisfacción no permití me defraudase la cortesía al crédito de tan valiente hombre, que nos vendía estos subcesos por propios suyos, y así se los propuse, pidiendo con debida modestia su solución. En primero lugar, le dije extrañaba mucho la semejanza que pintaba entre él y Ismenia fuese tanta que ocasionase semejantes engaños. Y que a esta admiración (por no decirle dubda) me obligaba el no entender cómo esta similitud fuese con tanta paridad en sujetos de diverso género, pues en uno mismo no ignoraba lo que las historias nos afirman con tantos ejemplos tales como Antíoco y Artemio, Pompeyo con Biblio y Publio, el padre del mismo Pompeyo con Menógenes, su cocinero, los dos muchachos que

⁴⁰ Aurora]

⁴¹ Add. estando ya con razones

Teorano vendió a Marco Antonio y el otro mozuelo que retornó el mordaz mote^{xxviii} a Octaviano, a quien era tan semejante. Y, en suma, otros muchos que omito por no dilatar la solución de mi reparo^{xxix}.

— Ese queda satisfecho —respondió él— con el ejemplo de Semíramis y Nino, su hijo, reyes ambos de Asiria, los cuales fueron tan semejantes en rostro, talle y acciones que dio lugar a que ella algunos años reinase creída Nino, su hijo, con solo tomar traje varonil^{xxx}. Tanto tuvo engañado al reino todo, que jamás sospechó el engaño hasta que el mismo Nino vengó con la muerte della la tiranía del reino, y el deshonesto concúbito que con él pretendió.

— ¿Pues de qué —pregunté— proceden semejantes milagros, supuesto que naturaleza, en general, atiende a la diversidad de semejanza en los humanos rostros? (A mi ver con providencia) pues sin esta prevención parece no se conservara entre los hombres la justicia, ni la forma de la república prevaleciera. Para comprobación de lo cual, supongo todos los hombres de un rostro mismo, como en forma y corpulencia lo son todos los animales en sus particulares especies, no hay dubda, sino que sucediera así, ⁴² hubiera grandísima perturbación en la conversación⁴³ humana, pues los maridos no conocieran a sus legítimas mujeres, los padres a sus hijos, los acreedores a sus deudores, los amigos a los enemigos, los magistrados a los delincuentes ni los súbditos a sus príncipes y lo mismo por el contrario. De donde todo el mundo estuviera lleno de impensados adulterios, incestos, fraudes, traiciones, homicidios y finalmente todas las maldades quedaran sin castigo y las virtudes sin premio, la verdad sin lugar y la mentira con valimiento. Porque cada cual pudiera fingirse en la persona del otro, en orden a cumplir sus apetitos, de manera que jamás se pudiera conseguir punto cierto y seguro en la equidad faltando tan importante distinción.

Justino, libro
I. Celio
Rodiginio,
libro 12,
capítulo 37

Ejemplos hay muchos de aquellos que, con esta ocasión o semejanza, violaron castos lechos, tiranizaron grandes monarquías y perpetraron execrables delictos, entre los cuales es notable el que vuestra paternidad acordó de Semíramis, y no es de menor ponderación el de Ismenia. Por manera que la variedad de los rostros fue muy importante para oponerla a tantos inconvenientes, de más de que con la variedad, como dijo el toscano, la naturaleza mesma se hace más gallarda y hermosa.

Y porque no creáis que mi reparo es acaso^{xxxi}, os quiero decir que me nace de haber oído decir a algunas personas que esta disimilitud no es propia de naturaleza, sino un suceso acaso y sin intento propio suyo ni particular providencia, con que así lo dispone. Y así os suplico me informéis mejor.

— A todo responderé —dijo él— si mi corta suficiencia puede prometerme tanto, ya que el señor doctor gusta de que no gocemos sus doctrinas, comprometiendo las que ofrece nuestra conversación a mi ignorancia.

— Vuestra paternidad —dijo el cura— prosiga sin esas salvas, pues no ignora cuán bien puede⁴⁴ salir de todo aprieto sin padrinos. Y advierta que le ha de tocar siempre este cargo con que no tendremos que gastar el tiempo más en esta dificultad.

⁴²Add. y

⁴³Conservación]

⁴⁴ Pude]

— Vaya, señor —dijo él—, pues lo mandáis así, ya sabéis que os toca el suplir mis ignorancias y la corrección de los yerros que dellas resultaren. Y digo que es absurdo entender que efecto tan necesario suceda acaso y sin particular providencia (dejo aparte el orden natural de que después hablaré), porque lo que ellos entendieron caso fue providente disposición para prevenir remedio a las injurias y establecer la justicia, negocio tan necesario a la conservación del ser humano, que sin él dijéramos que esta preclara virtud y toda razón política que entre los hombres se halla, dependía del caso, y que la fortuna era fundamento de toda cosa (error que tuvo la antigua gentilidad). Demás que lo que acaso sucede no es permanente ni sucede siempre, sino raras y inusitadas veces como Aristóteles y otros filósofos lo sienten. Nacer un hombre con seis dedos en cada mano no es cosa rara, que muy de ordinario sucede: pero nacer con dos cabezas o con los demás miembros duplicados se encaresce por prodigio.

La diversidad de los rostros no es suceso raro ya entre los hombres, porque comúnmente se ve suceder así. Y fue muy conveniente a la conservación civil, sin cuya variedad se confundiera. Si en la naturaleza humana y su propagación sucediera que los hombres ordinariamente nacieran en una semejanza misma en quien no cupiera distinción, se pudiera decir con más razón, ya que era suceso acaso. Pero lo contrario se ve, porque la disimilitud es ordinaria como la similitud rara. De donde se ha de tener por milagro nacer dos hombres parecidos, como providencia⁴⁵ nacer disímiles y diversos.

En los demás animales brutos es tanta la paridad entre sus especies que apenas se le puede dar individual distinción, importando poco a su conservación esta disparidad de formas, porque la naturaleza sigue lo que es más fácil, haciéndolos semejantes de tal manera que exteriormente no padezcan notable desemejanza. Bien es verdad que dotó a todos los animales de tal conocimiento entre sí, que por ningún caso su elección se embaraza con tan continuadas semejanzas en sus especies, pues conoce cada cual a su amigo o enemigo, y lo que más es a sus hembras, como se verifica con particular admiración y advertencia de los naturales en el león y el elefante y otros que no se mezclan a otras hembras: antes conocen el adulterio y le castigan con severidad.

Inclínase, digo, la naturaleza siempre a que las⁴⁶ cosas de una misma naturaleza y substancia sean interior y exteriormente dotadas de semejantes calidades y formas, aborreciendo las mudanzas y diversidades. Que si para el uso que dellas hacen los hombres conviniese la distinción, ya ellos han sabido hacerla con señales y marcas particulares. Y no solo convino la variedad en los rostros y cuerpos de los hombres para distinguirlos y determinarlos, que también la puso naturaleza en las voces, de tal manera que no menos se diferencian con ellas que con los rostros. Porque como la distinta noticia de las personas sea necesaria para establecimiento de la justicia y paz universal, no solo convino poner en los rostros esta diferencia, sino en las voces también en orden a que con los dos sentidos, oído y vista, como con dos testigos se pudiese hacer juicio entre los demás hombres desta diferencia, porque raras

Discurso sobre la semejanza de los rostros humanos

Aeliano^{xli}, libro I, capítulo 8

Plinio, *Naturalis Historia*, libro [sic]

⁴⁵ Provincia]

⁴⁶ Aquellas]

veces sucede engañarse ambos, y en caso que la vista de la descripción⁴⁷ y lineamento del rostro no se informe bien, lo haga el oído por el sonido de la voz, en quien no menor diversidad se conoce. Y cuando los rostros son conformes, es fácil el engaño de la vista, lo cual suele corregir el oído por las voces.

Hasta agora he discurrido políticamente y agora procederé gobernado⁴⁸ por reglas naturales, para lo cual digo que no se puede negar que comete defecto naturaleza no continuando la semejanza de padre a hijo, y que en buena consecuencia y recta correlación debiera hacerlo. Pero sucede así porque aunque la naturaleza de por sí^{xxxii} se esfuerza a engendrar lo mejor (como enseñan los naturales) de manera que en la generación (digamos del hombre), atiende a engendrar varón y no hembra, y a hacerlo más semejante al padre que a la madre, pero la vez que lo contrario sucede es por defecto y falta de la materia, que no teniendo disposición hábil a engendrar⁴⁹ varón, engendra hembra. Lo mismo sucede en el rostro y en la semejanza cuando la virtud, que da la forma (llamada de los naturales «informativa») de parte del hombre, es más poderosa, sale el hijo más parecido a él que a la madre, pero estando indispuesta esta facultad, vence la de la mujer y salen los hijos semejantes a ella. Y de aquí ha procedido la variación en la semejanza del primero padre en sus sucesores, y así de generación en generación. Y por esta corruptela tan recibida ya entre los hombres, trocando las manos, se tiene por milagro lo que es efecto propio de naturaleza y por acierto lo que es error suyo.

También se atribuyen los efectos desta desemejanza a lo activo de la imaginación que al tiempo de la genitura^{xxxiii} se transforma en los objetos que se le representan, abstrayéndose los agentes y pacientes de sí mismos. Para esto se tray aquello de las descortezadas varas de Jacob puestas en las canales donde bebían las ovejas de Labán, de que resultaron en sus crías las diversas manchas^{xxxiv}, y otros ejemplos que a este propósito suelen referirse.

Y si estas razones no os satisfacen, pasad señor a otra objeción a mi historia, porque no se me ofrecen otras.

— Yo quedo bastante satisfecho —respondí— de la causa que en naturaleza hay para los sucesos destas semejanzas y desemejanzas. Pero con paz vuestra no dejaré de decir el reparo que hice en la facilidad del crédito que dio Olimpia a la cautela de Ismenia, que en tan entendida mujer, como la vais pintando, parece baja mano y imbecilidad de juicio, y debiera, en ley de tan recatada, hacer mayores experiencias en caso tan importante a su pundonor.

— O no expresé yo bien —respondió— los exordios y previas disposiciones al amor de Olimpia o vos no atendistes a ellos.

Y yo repliqué:

— Ya sé que dijistes que esa serrana bella se aficionó de vos por relación que tuvo de vuestras partes, pero de ahí nació mi reparo, porque, ¿cómo se podrá probar que una persona se aficione tan activamente de otra a quien jamás vio, bastándole relación remota? Y aunque me digáis que la fe entra por los oídos,

Génesis,
capítulo 30

⁴⁷ Discreción]

⁴⁸ Gobernando]

⁴⁹ Engendrar]

en nuestro caso no corre esta⁵⁰ sentencia.

Y el cura, viendo tan encendida la cuestión, dijo:

- Alérgome, amigo, de vuestro dudar, por lo que obliga a nuestro padre a discurrir tan científica cuanto agudamente. Ya es fuerza que nos asiente en buena filosofía este negocio que a tantos ha hecho sudar. Porque bien sabe vuestra paternidad, mi padre, que Filóstrato dice que los poetas quieren que el primero amor proceda de la vista de la cosa amada, y que después aquella idea se sustenta en la virtud del alma, que el filósofo llama memoria, de que procede luego irse amor avigorando en el corazón del amante hasta hacerse perfecto, pero no quieren conceder que sin ser vista la cosa pueda ser amada.
- No hay para qué fundarnos —replicó él— en dichos de poetas que hacen y deshacen ideas a su modo en orden a fabricar sus fábulas. La filosofía está de contrario, y lo que más es, muchos ejemplos que son los instrumentos mejores (como en otra ocasión dije) con que se obra toda prueba. Jaufré^{xxxv} Rudel^{xxxvi}, señor de Blaya, de quien se acordó el Petrarca diciendo:

«Giaufrè^{xxxvii} Rudel che uso la vela e' il remo a cercar la sua morte,
et cetera^{xxxviii}».

Donde sus expositores dicen que oyendo este caballero alabar la belleza de la Condesa de Tripol, se enamoró ardentísimamente della y hizo en alabanza suya excelentes versos, y al cabo se embarcó a visitarla sin que le asombrasen ni divirtiesen los peligros de tan larga jornada, en la cual enfermó, y, llegado a Tripol, siendo sabidora la Condesa de la fineza de su amor, le hizo llevar a su presencia, y habiéndole acariciado y regalado a las primeras vistas, sin poder vencerse con prevenidas diligencias lo grave de su enfermedad, quedó rendido a la muerte en los brazos del objeto de su jornada, la cual, enternecida del suceso y obligada de fineza tanta, le pagó con un ilustre sepulcro en que inmortalizó la fama de amor tan constante cuanto extraordinario.

Veis aquí que aun los poetas no pueden negar cosa tan común en el imperio de amor. Y otro poeta de nuestros tiempos, pintando un efecto semejante, dice, hablando del galán que por relación se enamoró de una dama ausente:

«El amor se le entró por los oídos,
porque del alma son también las puertas,
como los ojos (estos dos sentidos)
que velando y durmiendo están abiertas, etcétera»^{xxxix}

Otros muchos ejemplos pudiera referir, pero ninguno es mejor que la experiencia. Y yo puedo testificar bastantemente en esta parte la proposición, pues amé a Olimpia por relación sin haberla visto, y lo mesmo quiero creer della, pues la experiencia muestra fue así, que a no serlo, no estuviera tan dispuesto su pecho al incendio que a la primera vista le introdujo Ismenia en fe de haber creído su engaño, y en él, que era yo quien la hablaba en el disfraz mujeril. Y añadido aquí la ⁵¹ historia de los dos ⁵² amantes de la peña de Antequera, que en otra ocasión encontraremos en estos discursos y, prevenida desde aquí a este intento, no parecerá allí ociosa.

Discurso
sobre si
amor puede
entrar por el
oído

Petrarca,
capítulo 4,
*Triunfo de
amor*, y
sobre el
mismo
Alejandro
Velutelo^{xlii}

⁵⁰ Esa]

⁵¹ Add. notable

⁵² Add. muy queridos

Pero quiero aun fortalecer más esta opinión concluyendo con que si amor puede entrar por la vista a los ánimos nuestros y introducirse también por los oídos, deste parecer fue el certaldo^{xl} en la novela de Ludovico y en la del Gerbino. Y esta proposición se allana así: Amor es deseo de gozar lo hermoso, supuesto que no se haya visto, luego también puede amarse lo que no se vio, siendo informado de su belleza por el oído el ánimo. Compruébase con lo que Aristóteles dice, que puede haber entre los que jamás se vieron benevolencia recíproca, la⁵³ cual se convierte con la vista en perfecto amor. Pero entiéndese así cuando la vista no desmiente a la fama.

De lo dicho queda concluido que Olimpia pudo amarme por fama y confirmarse en este amor con la vista de Ismenia, que invenciblemente creyó por mí corroborado su impulso con las finezas (si mentidas) con que la cautelosa serrana se introdujo a su noticia, y, confirmada luego con la contestación de sus amigas, parece no tiene violencia este suceso, sino mucho corriente en buena razón.

Y concluyendo por Olimpia sin defraudar en nada los términos de su discreción y valor, que parece no favorecen vuestros reparos atribuyéndola tácitamente alguna liviandad, usada en declararse con tan cortos indicios con quien creía su amante, que no lo fue, sino afecto necesario a un dispuesto amor por disposiciones en su ánimo tan previas. Bastará esto.

— Bastará —dijo el cura—, y cuando no os deba Olimpia más desta apología puede darse por bien correspondida a las finezas de su amor.

Aristóteles,
Ética, 8

Yo también le confesé quedar llano en mis reparos y agradicidísimo a sus doctrinas, porque yo mismo daba muchas gracias a mi ignorancia, como a ocasión y causa del logro de tan eruditos discursos, y que se previniese para los de adelante porque yo me había de esforzar a ignorar muchas cosas más de las que por naturaleza ignoro, si hay algo que no⁵⁴ ignore, para obligarle a tan buen discurrir.

— Dios ponga —dijo él— según eso, tiento en vuestro dudar para que no me obliguéis a lo que no pueda pagar, y por agora mirad si se os ofrece otro pecado.

— Nada se me ofrece —dije— porque todo lo demás del contexto de la historia es corriente a mi juicio. Porque cuando ella no estuviera autorizada con vuestra fe, arguye en sí verdad en lo esencial como en lo prudencial, y discursivo erudición [sic].

— A buen tiempo —dijo el cura— habéis concluido, porque Quiteria me está haciendo del ojo para que va[ya]mos a comer.

— A la voz del ángel —acudí yo—, ¿quién se hará rebelde y sordo? Vamos en buena⁵⁵ hora.

— Vamos —dijo el cura— y en reposando la comida volveremos a saber quién dio la muerte a Ismenia, pues aunque ella no era muy importante al mundo, parece que es lástima se quede sin saber el homicida y la causa que le obligó

⁵³ Lo]

⁵⁴ Om. no

⁵⁵ Buen]

a tan sangrienta venganza.

— De eso no cuidéis, señor doctor —dijo el padre— porque ese aviso os cogerá cuando más seguro estéis. Lo cierto es que si vivimos no quedaréis con ese cuidado.

En fin, después de reposada la comida, habiendo vuelto al jardín, comenzó Acrisio su lección como se verá en el discurso siguiente.

ⁱ Sobre biografías guardadas en maletas, v. Castillo Martínez, 2001.

ⁱⁱ A propósito de “doblar la hoja” en la narrativa del Siglo de Oro, v. 3.4.1.

ⁱⁱⁱ *Guedeja*: «El cabello que cae de la cabeza à las sientes, de la parte de adelante» (Academia, 1734).

^{iv} *Filauca*: «Lo mismo que amor propio». (*Autoridades*)

^v *Divertirse*: «Salirse uno del propósito en que va hablando, o dexar los negocios y, por descansar, ocuparse en alguna cosa de contento» (Covarrubias).

^{vi} Este término parece aludir a “pueblo, comarca”, significado que ostenta ‘paese’ en italiano.

^{vii} Sobre la similitud de rostros, v. 3.3.4.1.

^{viii} Los amigos Píramo y Tisbe, enamorados, se citaron una noche en una fuente donde había una morera. La joven, primera en llegar, huyó tras percatarse de la presencia de una leona dejando atrás su velo, que la felina destruyó tras comer moras. Cuando Píramo acudió al lugar, se encontró el velo de la joven manchado de lo que creyó ser sangre, por lo que se suicidó clavándose una espada. Tisbe, al volver y encontrar muerto a Píramo, agarró la espada que atravesaba el cadáver del joven y se quitó la vida.

^{ix} En el manuscrito el nombre aparece subrayado en las dos ocasiones y en el impreso, consecuentemente, figura en cursiva.

^x «escusar» en ambos textos.

^{xi} «intenta» en el texto.

^{xii} *Gana pierde*: «entretenimiento que se executa en un tablero de sesenta y quatro escaques, con veinte y quatro piezas, de las quales tiene doce cada jugador, que gana el juego en logrando comerlas todas al contrario, que es jugar á la gana gana, y al contrario si se juega á la gana pierde» (*Autoridades*), s.v. *damas*.

^{xiii} *Posta*: «en el juego, lo que se pone en la tabla de concierto» (Covarrubias).

^{xiv} *Darse a partido*: «Ceder alguno de su empeño u opinión» (*Autoridades*).

^{xv} Estas variantes figuran en la fe de erratas.

^{xvi} *Picón*: «El chasco, zumba ò burla que se hace para picar è incitar à otro à que execute alguna cosa» (Academia, 1737).

^{xvii} *Potísimo*: «Especialísimo, ó principalísimo» (Academia, 1780).

^{xviii} «Pesándola» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xix} *Fuen*: «Vale lo mismo que ‘fuente’, pero juntado con otro nombre suele perder la postrera sílaba» (Covarrubias).

^{xx} *Proverbios*, 30: 18-19: «Hay tres cosas que son misteriosas para mí, / y cuatro que no comprendo: / el sendero del águila en los cielos, / el sendero de la serpiente sobre la roca, / el sendero del navío en altar mar, / el sendero del hombre en la doncella».

^{xxi} *Aleve*: «el que es traidor, que se levanta contra su señor» (Covarrubias).

^{xxii} «Admira» en el texto. Subsanado en el impreso.

^{xxiii} «Verdera» en el texto. Subsanado en el impreso.

^{xxiv} «habres» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxv} «aflagidos» en el ms. «Afligidos» en el impreso.

^{xxvi} Se trata de Helio —el sol—, quien cada mañana, precedido por su hermana Aurora, recorre el cielo montado en un carro tirado por cuatro corceles.

^{xxvii} «Ender» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxviii} Dada la disposición tipográfica que figura en el impreso, «Mordazmote», todo parece indicar que el cajista ha asimilado ambas palabras como un antropónimo.

^{xxix} V. 3.3.4.1.

^{xxx} Matías de los Reyes refiere una versión diversa de la que aparece en la fuente anotada al margen: *Epitoma Historiarum Philippicarum* del historiador romano Marco Juniano Justino. En el libro primero de esta obra se cuenta que, tras la muerte de Nino, rey asirio y esposo de Semíramis (no hijo de esta, tal y como queda emparentado en *Para algunos*), le habría correspondido reinar al único hijo de ambos, aún menor de edad.

Semíramis, ante esta situación, decide tomar las riendas del reino fingiendo ser su propio hijo, artimaña que permiten no solo la similitud física entre ambos —madre e hijo— sino también un pertinente disfraz varonil. Esta leyenda la trató también el historiador griego Diodoro de Sículo en su *Biblioteca Histórica* (Libro 2), donde cuenta cómo Nino amenazó a Ones, esposo de Semíramis, con extirparle los ojos si no le concedía a su mujer en matrimonio y, ante tal situación, Ones acabó suicidándose. Semíramis habría reinado tras la muerte de su marido y murió a consecuencia de una conspiración de su hijo Ninias. Según esta versión, Semíramis habría acabado convertida en paloma. Otros autores como Lope de Vega trataron esta historia (soneto 187 «De Nino y Semíramis») si bien desde una perspectiva diversa a la de Justino. Asimismo San Agustín en *La ciudad de Dios* refiere la leyenda de Nino y Semíramis (libro XVIII, capítulo II), y ahí puede leerse un aspecto que incluye Matías de los Reyes en su relación, esto es, que el hijo de Nino y Semíramis habría reinado tras dar muerte a su madre por atreverse a incurrir en incesto con él.

^{xxx} *Acaso*: «lo que sucede sin pensar, sin estar preuenido, dezimos auer sido acaso, y de improuiso» (Covarrubias).

^{xxxii} «se» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxxiii} *Genitura*: «Generación o procreación» (Academia, 1734).

^{xxxiv} *Génesis*, 30: 31-43. En estos versículos se narra que Jacob, mientras se hacía cargo de las reses de Labán, descortezó varas verdes de plátano, álamo y almendro y las dispuso unas frente a otras en abrevaderos adonde acudía el ganado que, apareándose delante de las varas, engendraba crías manchadas o rayadas.

^{xxxv} «Granfel» en ambos testimonios.

^{xxxvi} Trovador y poeta occitano del s. XII convertido en leyenda debido a su sonoro enamoramiento de oídas, núcleo temático de sus canciones. Asimismo, *Jaufré* es el título de un poema caballeresco compuesto en provenzal en los albores del siglo XIII, dirigido a un rey de Aragón y difundido en Cataluña durante la centuria siguiente (Griffin, 1991: 222).

^{xxxvii} «Granfel» en ambos testimonios.

^{xxxviii} El texto del manuscrito contiene varias erratas: «Granfel Rudel che uso l' vella e' il rimo a cercar la sua morte, et cetera».

^{xxxix} Se trata de la estrofa 44 del canto III del *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* (Lima, 1627), de Rodrigo de Carvajal y Robles. A propósito de la relación entre esta obra y el *Para algunos*, v. 3.3.3.

^{xl} Gentilicio de la localidad natal de Giovanni Boccaccio, Certaldo, ubicada en la Toscana.

^{xli} Claudio Eliano, *De natura animalium*.

^{xlii} Alessandro Vellutello publicó sus comentarios sobre la obra de Petrarca en 1525 (*Il Petrarca con l'espositione di M. Alessandro Velvtello*) y pronto se convirtieron en los comentarios más divulgados, como así lo prueban las constantes reediciones de la obra a lo largo del siglo XVI (Belloni, 1986: 31).

DISCURSO TERCERO

En el pasado discurso se vio —dijo leyendo Acrisio— el estado que tenían mis amores, el cual se perturbó antes de dos meses de tiempo. Y fue el caso, que como mi madre viviese recelosa de algún mal suceso en mi vida, así por los temores que Ismenia la introdujo como por verme salir todas las noches sin que prevenciones y amonestaciones tuyas me abstuviesen, determinó un día proponerme lo que tantos había traído en el pensamiento y no se determinaba a ejecutar, abstenida de los sentimientos que mi ausencia la amenazaban. Pero en fin¹, vencida de los temores de mayores daños, me dijo así:

Prosigue la historia

— No puedo, hijo caro, excusarme a los sentimientos que se me ocasionan de la inquietud que en tu antiguo sosiego experimento estos días, pues a mí me traen tan desaso[se]gada¹ y cuidadosa² que de todo consuelo me hallo destituida. Y admiro mucho esto en las virtuosas demostraciones con que en tus primeros días comenzaste a alentar mis esperanzas en tus mayores aumentos. No sin causa la difunta Ismenia me previno estos recelos. Persuádome le fueron notorias algunas cosas de tu vida. Dame gusto, pues me le debes, en atender a mis razones estimando el alma dellas y obedeciéndome en lo que también ha de estarte. A mi pensamiento anima el entender que si la vivacidad de tu ingenio fuese animada con los favores de fortuna, podrías arribar a un estado de mayor felicidad que el que de presente gozas en estos desiertos. No ignorando este tu padre, en cuanto le fue posible procuró instruirte en buenas letras, por saber que estas son los medios con que llegar se suele a la mayor felicidad. En estos principios estabas cuando le asaltó la muerte, distrayéndote³ a ti de tan virtuoso ejercicio y reduciéndote al manejo de la corta hacienda que en estas soledades gozamos. Pero advirtiéndome que no es justo que se te pase la juventud en ejercicios a tu talento tan contrarios, parece que pues los estudios son vocación tuya, no les niegues el oído, antes te esfuerces a solicitarlos y buscarlos a ellos, pues por su ayuda podrás volver a suscitar el lustre de tus antepasados, que entre las cenizas frías del olvido destas montañas yace. Ya veo que me podrás decir que para hacerlo así te hallas destituido de caudal y que las letras piden desahogo de ánimo y libertad de los vínculos de la necesidad cotidiana, embarazo enojoso y diversión repugnante al sosiego que ellas buscan. Todo te lo concederé así, pues, aunque mujer, no ignoro esos lances. Ya sé que son necesarios los favores y ayuda de fortuna, pero es conveniente le salgamos al camino a ella, para que nos provea y reparta de sus bienes, que esperar que nos los traiga a casa es pensamiento de ociosos. Es menester, digo, salirle al camino y aun quitárselo por fuerza.

La madre, en quien se representa la ley de la carne, le instaba ya a buscar la hacienda

Pero, ¿para qué te hablo por circunloquios y pretendo obligarte a que vengas a tus aumentos, allanándote el camino con el apetito de tu inclinación? Ya conviene hablarte con más claridad y llaneza, ya has llegado a los términos hábiles de la razón, ya estás capaz de elegir lo

¹Om. en fin

²Om. Y cuidadosa

³Destruyéndote]

que al aumento tuyo sea más conveniente. Y para decírtelo de una vez, ya ha llegado el tiempo en que conviene sepas quién eres. Óyeme un poco, sabrás tu calidad, y después tú mismo podrás ser el que te cobres y levantes, pues como columna de edificio antiguo yaces enterrado en estas soledades. Y advierte cómo.

Aunque entre los olvidos destes fragosos montes recibiste el ser, fue tu origen y principio la ínclita Parténope, donde tus progenitores tuvieron ilustre nombre como se infiere del blasón de sus armas, que es un naranjo con tres desgajados ramos, a quien circuye por orla el mote «*PRAECISVMⁱⁱ RVRSVM VIRESCIT*»ⁱⁱⁱ. Pero como sucede que, por no pensados accidentes, aquel que gozó el más eminente punto en la mudable rueda de Fortuna se ve postradoalmás ínfimo, y, por el contrario, el más soez y olvidado, por caminos no sabidos, trepando llega a ocupar el lugar de quien el digno fue precipitado. Tenemos dello ejemplo en tu abuelo, segundo hijo en su casa, que parece que las desdichas siempre están vinculadas a los tales. Goza esta generosa casa un caudaloso mayoradgo en quien las hembras son excluidas y incapaces de la sucesión a él. Desfructábale como primogénito el señor Claudio, mayor hermano del señor Rodolfo⁴ (abuelo paterno tuyo), el cual casó con una señora descendiente también de una de las principales familias de aquella ciudad. Vivieron algunos años lastimados a causa de no les haber concedido el cielo sucesión en quien se continuase su nombre y mayoradgo, pero, al cabo de algún tiempo, las oraciones y limosnas que hicieron y intercesiones de varones santos que interpusieron, siendo a la majestad divina aceptas, les concedió un hijo varón y dentro de un año, otro, que se criaron hasta que el mayor llegó a edad de nueve años, en la cual breve enfermedad le llevó del temporal al gozo del mayoradgo eterno, para quien fue criado, dejando a los padres en el desconsuelo que presumir se puede, de quien tantas diligencias interpuso para haberle, si bien se moderó su pena, viendo afianzadas las esperanzas con el segundo hijo. Pero lo que está prevenido por el cielo mal lo disponen los hombres, como se vio en este caso, pues a pocos días que enterraron al mayoradgo, entrando el sucesor suyo en el templo donde fue sepultado, dijo a su ayo le mostrase el sepulcro de su hermano, y siéndole mostrado, dijo el rapaz: «Dentro de ocho días tengo de estar yo también dentro deste sepulcro, acompañando a mi hermano». El ayo tuvo por donaire semejante profecía y como tal la refirió a sus padres, que también la solemnizaron por pueril gracia, haciendo sobre ello poca reflexión. Pero sucedió así que al séptimo día el niño comenzó a desordenarse de salud, y sin bastar medios humanos, antes de pasar el octavo día, ya estaba acompañando a su hermano como él mismo lo había predicho, cosa que en común admiró a toda la ciudad. Pero sobre manera afligió este último golpe al señor Claudio, que, sin que le pudiese divertir el dolor nueva esperanza del parto de su esposa, que preñada estaba, dentro de pocos días fue a hacer compañía a sus amados hijos, dejando en el estado que digo a su esposa y al señor Rodolfo, abuelo tuyo, y su

⁴ Rodolfo]

hermano inmediato sucesor al mayorazgo en caso que no pariese varón.

En este mismo tiempo festejaba amorosamente a una principal señora, cuya historia ocupará mucho mi discurso y, por no hacer al propósito de mi intento, la dejaré para ocasión más desocupada. Solo diré della lo que haga a mi intento para mayor inteligencia de lo que te voy diciendo. Esta su amorosa correspondencia se fue de lance en lance eslabonando, de suerte que, para darme el deseado logro (no les siendo posible efectuarlo de otra suerte, a causa que las dos familias eran de contrarios bandos), se redujo a robar una noche a esta señora con grande escándalo de la ciudad y mayor aumento en los antiguos odios, de que hasta hoy duran las reliquias. Los fugitivos amantes, a pesar de las diligencias de sus contrarios, llegaron hasta encerrarse en el sagrado destas montañas, donde se acercaron en tanto que el tiempo iba minorando estos rigores, pero como se han ido heredando de padres a hijos, duran, como digo, hasta hoy. Y ya que no pudieron ejecutar sus venganzas en las personas (gracias a su buena suerte), lo hicieron a lo menos en la hacienda del señor Rudolfo, abrasándosela y destruyéndola sin dejar piedra sobre piedra, por lo cual ha sido forzoso el perseverar en la olvidada vida destas montañas. Tenía el señor Rudolfo un especial amigo, dueño de todos sus secretos como él lo era de los suyos, el cual en el tiempo mesmo trataba amores con una señora, de los cuales, por naturaleza, porque la muerte della anticipada malogró el efecto de matrimonio a que caminaban, nació yo. Luego que el señor Rudolfo⁵ llegó a estas montañas, dio aviso secreto a su amigo Alejandro —que este era el nombre de mi padre— de cómo estaba aquí, y desde aquel día se continuó su comunicación, sirviendo de centinela en aquella ciudad de todo lo que pasaba, dándole aviso de todo. Mi nacimiento, por la razón que dije, fue oculto, y para que lo fuese más, me remitió al señor Rudolfo⁶ para que me criase⁷ aquí como hija suya, que a la sazón de su matrimonio era nacido tu padre, a quien a debido tiempo^{iv} me dieron por esposa de acuerdo de nuestros padres. Rato ha que doblé la hoja^v, donde dejé preñada a la señora Policena, viuda del señor Claudio, impedimento entonces de que el señor Rudolfo no entrase poseyendo el mayorazgo como sucesor inmediato. Pues, volviendo a desdoblarla, digo que como con la ausencia del sucesor legítimo quedase desierta su causa, antes en odio suyo favorecida la de la señora Policena, para que más a su salvo pudiese disponer sus pretensiones, pues aunque mi padre velaba sobre el caso, no podía ser tan de cerca que pudiese ser dueño de los secretos del retrete de la señora Policena. Y así llegando el día de su parto, parió una hija en manos de una criada antigua, porque no quiso valerse de ninguna obstetrix^{vi} en orden al secreto. Suceso fue que conturbó mucho a la señora Policena, hallando frustrada la sucesión del mayorazgo en su casa. Pero la astuta vieja la dio un diabólico adbitrio como si el infierno todo dictado se le

⁵ Rodolfo]

⁶ Rodolfo]

⁷ *Add.* y alimentase

hobiera⁸. Díjola que en aquel mismo día una sobrina suya había parido un hijo y que siendo así que ella pretendiese continuar en su casa esta sucesión podía hacerlo, suponiendo por suyo el recién nacido infante, dando la niña a criar en lugar suyo a su sobrina, y que para que en este truco no hallase contradicción, podría, en siendo la niña de dos años, traérsela a su casa y criarla como hija suya, y a su tiempo casarlos a los dos, con lo cual ella eternizaba en su casa la sucesión del mayoradgo en caso que los dos niños la tuviesen, y que faltándoles, por lo menos le gozaban por sus días. ¡Oh, lo que puede la ambición en los humanos pechos! ¡Oh cómo atropella todos inconvenientes y facilita los mayores imposibles! De suerte agradó el consejo de su criada a la señora Policena, que sin reparar que arrojaba de sí aquel tierno pedazo de su alma y en su lugar el ajeno suponía, mandó que al punto se celebrase el truco, lo cual se hizo con secreto tanto que jamás se supiera, si la conciencia misma, como luego diré, no acusara a la señora Policena, porque la mala aconsejante, por el interés que se le seguía a su sangre con esta grandeza, no lo dijera jamás. Luego se publicó por Nápoles que Policena había parido varón, cosa que llegando a la noticia de mi padre fue sentida por él con grande dolor, viendo por entonces a su amigo destituido de su esperanza, que aunque no le era lícito restituirse a Nápoles por la contradicción de sus enemigos, a lo menos no le podían quitar este caudal para vivir en la parte que se hallase con el lucimiento a su calidad debido. Avisole del suceso y él le soportó con prudencia, puniéndole a cuenta de los demás golpes que la fortuna iba ejecutando en él.

Logrados tan felicemente los intentos de Policena hasta haber efectuado el casamiento de los dos hijos, putativo y legítima, sobrevivió dos años solos, pero como la conciencia la acusase de tan grande pecado, conociendo que la muerte se le acercaba, consultó el caso con personas doctas y piadosas que la aconsejaron debía declarar tan calificado engaño, restituyendo a su propio y legítimo dueño la hacienda que con tan malos títulos a su hija dejaba, pena de su damnación^{vii} eterna. Ella lo hizo así, dejándolo declarado por su testamento cerrado, debajo de cuya disposición murió. Y habiéndose publicado así, mi padre, sacando este testamento, lo envió al tuyo, porque a la sazón tu abuelo era ya defuncto. Y fue a tiempo que también tu padre murió dentro de pocos días, dejándome relación destes sucesos para que tú, como el legítimo sucesor, vayas a tomar posesión de lo que es tuyo, primero que con transcurso largo de tiempo estas memorias se envejezcan y nuestra acción se estrague, mayormente, hijo, que estos días he tenido aviso de que mi padre es muerto, cosa que nos promete daño. Pero, en fin, estando de nuestra parte la justicia parece no tenemos oposición que acobardarnos pueda. También he sabido tienen los intrusos poseedores de nuestro mayoradgo una hija sola, y aunque nacida por la paterna parte de humilde calidad, juzgo que cuando el padre lo intentase así, en orden a escusar pleitos, que en la restitución ofrecerse podrían, no te

⁸ Se le hubiera dictado]

estará mal casar con ella y así, cesando todo inconveniente, entras gozando en quietud pacífica lo que por tan justos títulos es tuyo.

Esto así estante, soy de parece[r]^{viii}, amado hijo, que te dispongas luego a hacer esta jornada tan precisa, pues el riesgo es ninguno y el aumento que se espera mucho, y con fatiga tan breve saldremos de miserias largas. No te asombre lo largo del camino ni los peligros que en él pueden asaltarte, que acomodándote de buena compañía será la incomodidad menor. Que si Dios permite ponerte en la posesión de tu hacienda, con ella podrás, teniendo gusto, proseguir tus estudios a que eres tan inclinado, más por recreo de ánimo que por necesidad de valerte dellos en tus aumentos, que es (a mi entender) el mayor logro que se consigue dellos.

Así dijo mi madre, y, quedándose en silencio, aguardaba mi respuesta creyendo sería muy conforme a sus deseos, mas sucedió⁹ al revés, porque yo me ocupé de pensamientos tantos que apenas supe tomar rumbo a la derrota que me llevase a dejarla con gusto, y disuadida de su propósito y no sospechosa de la oposición que pretendía hacerle a mi jornada, porque me tocó dos cosas de quien vivía yo muy lejos: la una^x de ausentarme de Olimpia y la otra proponerme el casamiento de mi parienta; tales, que primero eligiera¹⁰ mil muertes que ajustarme a ninguna dellas. Pero, en fin, armado de las sofisterías de que el amor en aquel instante me previno, la respondí¹¹ en esta sentencia:

— Ingrato fuera yo, carísima madre mía, y digno de vuestra indignación, no me confesando reconocido a los ardentísimos desvelos que mostráis en mi quietud y aumentos, que, aunque sea verdad que estos oficios son tan de madre, no quedo desobligado yo de la estimación debida a estos favores. Pues no como otras madres os contentastes con haberme dado el ser, trayéndome nueve meses en vuestras entrañas y darme en nutrimento vuestra sangre mesma, pero adelantastes vuestra caridad a ministrarme el suave alimento de vuestros pechos, no confiando esta necesaria nutrición de otra mujer extraña que en la leche me comunicase algún mal siniestro que degenerar me hiciera de mi ilustre nacimiento como muchas veces ha sucedido. Y no parando aquí vuestro celo piadoso, como otra Cornelia^x me procurastes instruir en doctrinas con que excelentemente¹² se pudo perfeccionar mi ánimo hasta constituirme en la verdadera nobleza que es la virtud. Y en esta última diligencia me reconozco sin duda más obligado, siendo cierto que es más piadosa la educación del severo labio que la del delicioso pecho. Todo lo confirmáis agora con los ardientes deseos que mostráis en mis aumentos, en que ponéis tanto esfuerzo que, sin divertíos¹³ la soledad que puede haceros mi ausencia, os resolvéis a aventurarme a prescío de que yo mejore en mis conmodidades.

Pero aunque todo parece ser así a la primera vista (perdóneme el decoro que debo a vuestra autoridad) he de decir que vuestra proposición desdice

⁹ Sucedióle]

¹⁰ Eligiría]

¹¹ *Add.* Así

¹² Excelemente]

¹³ Divertiros]

mucho de mis presupuestos por el olor que tiene de ambiciosa. Y porque no parezca en mí atrevimiento lo que digo por advertencia, oíd señora en qué me fundo. Y para venir a mi propósito, decidme primero (que quiero instruirme en esto), ¿cómo se compadesce el alentarme alacquisto^{xi} y posesión de muchos bienes para introducir y facilitar en mi ánimo el de las virtudes, supuesto que la experiencia nos muestra que aquellas son la total ruina y devasión[sic] de estotras? De donde arguyo (conociendo el valor de vuestra prudencia) que en esta proposición atendéis solo a hacer tentativa en mi inclinación, discurriendo que, como se conoce la sanidad del cuerpo de los efectos de la salud, así también se conocen los virtuosos de los efectos de las virtudes. Y aunque es ingeniosa ilación, pudiérades haber inferido la naturaleza mía de otras acciones en que hiciérades mejor ese tanteo. Pero si, como puedo sospecharlo mejor de la eficacia de vuestras razones, verdaderamente pretendéis yo haga esta jornada, sin dubda desvanecéis el concepto que hice de vuestra materna piedad, viendo que con esta proposición prevaricáis della, estimando en menos¹⁴ mi quietud que el interés que a las que juzgáis conmodidades mías os arrastra. Y porque no creáis hablo sin fundamento, oídme algunos:

Veis aquí que partiendo de vuestra vista llego sano y salvo a nuestra antigua ciudad y en ella a la casa de mis abuelos, poseída hoy del poseedor intruso (presupuesta por verdadera toda la historia que me habéis referido, en que no dudo por referirla vos) y supongo (esto con duda) que luego soy admitido y reconocido por el verdadero dueño de lo que él posee, que me agasaja gustosa y liberalmente, admitiéndome con llaneza a mi pretensión sin que en nada tercié por él la contienda de juicio, cosas todas que repugnan a la naturaleza de los sucesos humanos. Y, finalmente, vuelvo a vos con la quieta posesión de tan gruesa hacienda y por oliva^{xii} desta paz traigo a su hija por esposa mía, como vos, juzgando lo más felice, lo presuponéis por hecho y cuando, como es forzoso, sucediendo así vengo por vos para que nos ayudéis a gozar de tantas felicidades. Y, en suma, todo me sucede con tanta prosperidad que no nos las desazonen los asaltos que en tan largo viaje se me pueden ofrecer. Decidme, por Dios, ¿qué haremos luego? ¿Podremos llenar la casa de tanto oro, de tanto menaje rico, de tantas riquezas y grandiosas joyas, sin llenar también el corazón de cuidados,¹⁵ y inquietudes? ¡Oh, qué de castillos fabricaremos en el viento, gastando¹⁶ la solicitud del día y quietud de la noche en intrincados desvelos, formando adbitrios sin acertar con alguno que llene la vanidad de nuestro deseo! Ya trataremos (si nos redujésemos a la agradable y desahogada vida destas montañas, en beneficio de escusarnos al antiguo odio de nuestras familias, que este no se extingue en tan pocas edades, transfiriendo aquí^{xiii} toda la hacienda) derribar aqueste humilde albergue en que hasta hoy vivimos contentos para mejorarlo¹⁷ con soberbio edificio. Ya no cabrá nuestra ambición en los términos de tan humilde aldea. Compraremos los vecinos campos,

¹⁴ Manos]

¹⁵ Add. Penas

¹⁶ Add. Toda

¹⁷ Mejorarle]

arrasaremos las selvas, reduciéndolas a campiñas de labor. Las dehesas se nos antojarán incapaces y estrechas a los ganados que supondremos comprar y aumentar después. Harémos con estas mejoras odiosos a estos vecinos nuestros que hasta agora nos han amado como iguales en fortuna, siendo natural la aversión de los humildes para con los poderosos. Mirad, pues, con más atención luego a cuántos cuidados nos obligará el manejo y administración de tantas cosas. Ponderad cómo será necesario ajustarnos a la tolerancia de criados, mayordomos, aperadores, rabadanes y la demás chusma servil con quien la caridad jamás tuvo comercio, ¿antes la ingratitud y rapinales [sic] son familiares?

Cresciendo más el pensamiento en ambición, despreciaremos la amable vida destas soledades, intentaremos mejorarla con la conversación de cortesanos ciudadanos. Allí será forzoso prevenirnos de sumptuoso palacio y a este adornar de costoso y superfluo menaje como son colgaduras ricas, camas bordadas, vajillas preciosas y lo demás que ostenta la grandeza, tales que si ilustra al dueño, le inquieta el ánimo a la prevención de ellas y medios de acrescentarlas, porque siempre los que se dan a la vana pompa del mundo se animan a pasar de lo necesario a lo superfluo.

Y no por mejorarnos (al parecer nuestro) de vivienda nos excusaremos en la ciudad del cuidado de la aldea que allí también nos ha de instar la administración de lo que aquí dejaremos como medio de la sustentación de la opulencia que allá fuéremos a buscar. Ya juzgaremos indignidad de nuestro presente estado el personal manejo destas campestres granjerías, siendo cosa más ilustre darlo todo a renta o ponerlo en el adbitrio de ajena administración, pero las quiebras de los colonos y inquilinos y la infidencia de los mayordomos, nos desengañará de cuánto mejor nos está el ejercicio honesto del campo.

Pues, ¿qué diré cuando prósperamente hayamos cogido los frutos que nos rinda hacienda tanta? ¿Qué cuidado nos costará su cobro y conservación? Y no son menores los que se ofrecen para reducir estos frutos a dinero, que es el objeto de todas las fatigas, por ser este el instrumento por quien se obran las grandezas a que aspira la vanidad. Todo precio se nos hará bajo, desearemos siempre carestías y malos temporales, no haciendo escrúpulo del virtual daño que deseamos a los que menos pueden, a truco de que nuestro caudal se aumente. Y no será este el más nocivo medio, que otros ha sabido inventar la avaricia para saciar su famélico apetito [sic], aunque sea en la inocente sangre de los menesterosos.

Las supercherías de los gabelarios^{xiv} y receptores de las exactas reales, ¿quién las tolerará con paciencia? Pues siendo semejantes ministros por la mayor parte en los lugares cortos de la más baja plebe, dados a tales ejercicios en gracia de huir el cuerpo a la ocupación oficiosa en que nacieron, son también descorteses, interesados y impíos en la ejecución y cobranza de semejantes derechos. Pero todo lo que he dicho es poco para lo que me queda por decir.

Porque demos más anchura a nuestros buenos sucesos y de la pobreza presente ascendamos a tan grandioso estado. ¿Quién nos librá (como

apunté al principio) de las invectivas y incursos de la envidia? ¿Cuántos de los que hoy nos aman cordialmente nos aborrecerán luego que reconozcan nuestras mejoras? No las atribuirán todas a nuestra derecha y legítima sucesión en esta herencia. Prohijarán la mayor parte a nuestra avaricia y tiranía, porque en las ruines ¹⁸ intenciones siempre los aumentos ajenos son reputados sangre de los que menos pueden.

¡Oh cómo es felice, madre mía, el que se contenta con su estado sin aspirar a otro que le desconozca d'él en que nació! No me prohijéis estas advertencias a imbecilidad de ánimo ni a prevaricación de la naturaleza que me dieron mis progenitores, atribuidlo a un moral discurso de quien me he dejado llevar a esta filosofía.

¿Qué nos falta aquí, decidme, para nuestra conservación (si es este el incentivo que al hombre induce a buscar lo que juzga sus mejoras)? ¿No sabéis que la naturaleza se contenta con pocas cosas? Si el poderoso habita sumptuosos palacios adornados de sedas y brocados, viste sutiles holandas y delicadas telas, come sabrosos manjares, bebe generosos vinos, ¹⁹ es llevado de ajenos hombros, ya la naturaleza adquirida con ordinarios actos lo pide así, y a su conservación conviene todo. Pero no me negaréis (supuesto que lo experimento) que este tugurio humilde, adornado de rústicas alhajas, este sayal grosero y aquel tasajo hecho de jabalí que vencí con propia mano y los claros y puros cristales de esa vecina fuente, ¿no son muy bastantes para mi conservación? ¿Y no es tanto más robusta la complexión cuanto²⁰ son más bastos estos socorros de la vida? ¿Cuánto menos ágil vive el poderoso que libra su ejercicio en ajenos pies que el que en los suyos propios corre por lo más inaccesible destas montañas? Digan los cortesanos regalados entre sus delicias a cuántas enfermedades y disgustos viven sujetos. Gloriense los tales de las suaves melodías de concertadas voces con que se lisonjean sus oídos, pero no de que las gozan sin pensión, como acá en nuestras soledades, sin ninguna nos recrean las simples avecillas con incesable armonía, sin pedirnos más interés que la grata atención de nuestro oído.

Mirad agora cómo la pródiga naturaleza en nada de lo que nos basta se muestra escasa, antes con largueza provee a todos sin ecepción de todo aquello que a cada individuo conviene para su propia conservación.

Felice y dichoso llama el sabio al que no tiene tristeza de ánimo ni hace quiebra en la esperanza, pues, sin duda alguna, si cada cual se contenta con su suerte, será más rico que el que alcanza mayor parte de los bienes de fortuna, pues este tal siempre vivirá deseoso de más aumentos, y mientras el fuego es más cebado de materias combustibles, tanto más ha menester para su conservación y tanto mayor es su incendio y voracidad.

Eclesiastés,
14

Hasta aquí he hablado en nuestro caso en términos hábiles, que la cosa nos suceda con toda prosperidad. Pero, ¿Quién me hará seguro de los peligros que desde aquí a Nápoles ocurrirme pueden? Y, cuando dellos salga libre, ¿qué certeza llevo de la aceptación de mi persona en la voluntad de un hombre apoderado por intrusión de aquella mesma cosa

¹⁸ *Add.* Y dañadas

¹⁹ *Add.* Y

²⁰ Cuantos]

que pretendo? ¿Cómo (aun siendo sangre suya) me confesaré por tal en este grosero traje? ¿Cómo permitirá su presunción altiva se nombre deudo suyo sujeto tan humilde? No lo creamos, señora, porque nada desto es posible en los humanos pechos criados en ambición, a quien la sed del oro hace olvidar de las más propincuas obligaciones tanto, que el hermano en orden a poseerle solo atropella las leyes de la fraternidad. Ved, pues, lo que puede sucederme a mí. Acordaos de aquellos, que aún no siendo dueños sino inquilinos de la heredad al mayorazgo, que a cobrar fue las rentas, por alzarse con la posesión le dieron atroz muerte. ¿Cómo me aseguraré que, en vez de allanarse a darme lo que es mío, no pongan mortales insidias a mi inocente vida por eternizarlo en su casa?

Pero sea así, que no quieran contaminarse con mi sangre, porque no me podrá negar aquello de que tiene antigua posesión y causa exterior de litigar, aunque yo tenga en mi favor el testamento de su madre y otros más auténticos instrumentos y testimonios de mi justicia, porque negando el que posee, es fuerza sea vencido en juicio contradictorio. Pues si esto sucede así, ¿con qué caudal litigaré ni qué esperanzas tendré de vencer esta civil batalla contra un poderoso intentada? ¿Cómo hallaré abogado que me ayude, procurador que solicite, escribano que escriba limpio ni juez que me oiga, pues para con todo este linaje de gente solo tercián el poder y el interés? ¿Habrà alguno de todos que use conmigo su oficio en fe de las esperanzas de la victoria? No lo creáis, madre, porque si yo les hiciese tal oferta, se reirán de mí, como del que hacía almoneda^{xv} de la piel del oso que iba a cazar.

Pero demos también (caso bien dudoso) que con toda llaneza se me haga entrega deste caudal, reduciéndose el ánimo del poseedor a darme su hija en casamiento (que confieso ser este el medio que mejor puede estarle, pues así prosigue en su hija la posesión que goza con tiranía, con conciencia sana), no sé cómo este medio a mí pueda estarme bien, siendo cierto que casamientos fundados en intereses de los padres muchas veces resultan en desconsuelos de los contrayentes, pues raras veces se ve concordia en matrimonios hechos sin elección propia y por acuerdo del cielo. Y demos también que este pensamiento se ajustase en nuestras voluntades. ¿Cómo se ajustará un ánimo criado en la sencillez del trato desta serranía a las altiveces y presunciones de una dama criada en tanta opulencia y regalos? ¿Cómo tampoco ella se humanará a la humildad mía?

Ya me parece estaréis enfadada de escucharme tantas razones a vuestro parecer sofisticas, y así no pasaré a otras infinitas, pues pueden bastar estas a persuadirnos cuánto mejor nos está quietud cierta aunque en pobreza, que riquezas muchas en quietud dudosa.

Así puse fin a mi larga cuanto afectada arenga, opuesta en todo a los piadosos intentos de mi madre, en cuya atención hicieron tal eficacia las razones mías, que cediendo el deseo a lo verosímil, dio a entender entonces que se conformaba con mi parecer, diciendo hacía más estimación de mi vida y quietud que de todos los tesoros de la tierra, y que así por ningún interés quería aventurarme, en cuya consecuencia me pedía con toda terneza me abstudiese de salir de noche, porque me hacía saber, más en orden a evitarme a estos peligros que ambiciosos deseos

de hacienda la habían inducido a estas instancias. Yo la aseguré sus temores y la di a entender presto la daría cuenta de la ocasión de mis salidas, de donde inferir podría los pequeños peligros a que me aventuraba y el mucho bien que seguir se me podía. Con lo cual ella mostró quietarse, dejándome gozoso de semejante victoria y ansí suspendió por algunos días volver a tocar estas materias, hasta que, habiendo entendido que dos serranos de nuestro lugar mismo se prevenían para hacer jornada a la mesma ciudad de Nápoles, ocasión que juzgó oportuna para alentarme a la propuesta empresa, comunicómelo nuevamente, pero halló en mí las mismas contradicciones, corroboradas con nuevos inconveniente[s] que el amor supo dictarme. Pero paresciéndole que semejante ocasión no era para omitir, facilitándome (a su parescer) la voluntad, me ofresció dinero para el viaje, no cayendo en su sospecha las forzosas causas que de la jornada me divertían. Finalmente su autoridad prevaleció contra mis oposiciones, a que no pude contradecir más, ni excusarme de obedecerla. Quisiera yo obligarla con el principal inconveniente que obstaba mi determinación. Este era la contrariedad que hallaba al absentarme de la comunicación de mi amantísima Olimpia, pero impedíamelo el sigilo del secreto que en nuestros amores teníamos interpuesto, a que por ningún caso me era lícito contravenir aún en mayores riesgos.

Allaneme en fin, cosa con que la dejé muy gustosa, y desde luego comenzó a prevenir todo lo que le paresció (conforme a nuestro presente estado) convenir para que con menores inconmodidades hiciese mi viaje.

¡Oh, cómo nunca el corazón engaña! ¡Oh, cómo el mío me prenosticaba^{21xvi} los daños que desta jornada me resultaron, si bien fueron de bien diverso género que yo los imaginaba! Quien leyere estos discursos conocerá los lances a que la cobdicia del oro, introducida con máscara de piedad materna, me obligó. Porque en la jornada tuvo muy poca parte mi deliberada voluntad, hecha más por voluntad de mi madre que por gusto mío, pues cuando el^{xvii} alma no previniera de mis daños la ausencia de Olimpia, motivo potísimo entonces a mi repulsa, mi inclinación nada ambiciosa me aconsejaba desistiese de las instancias²² de mi madre y me contentase del²³ modo de vida a que el cielo, no sin²⁴ providencia²⁵, me había reducido por medio del retiro²⁶ de mi abuelo y padre.

Determiné hacer sabidora a mi Olimpia destas resoluciones, para lo cual procuré primero prevenirme de términos tales que moderasen en su pecho los sentimientos de mi ausencia. Pero aunque previne muchos, sintió de modo el golpe que todos mis alentados consuelos fueron vanos.

Hallela entonces en su güerto, entretenida en hacer ruido en un corcho o colmena para reducir a ella un inquieto ejército de susurrantes abejas que vagaba por el aire. Y valiéndome de la rústica metáfora, la dije:

— Muy mejor, oh mi Olimpia, hiciérades esa atractiva música para suspender el curso a un infelice caminante.

A esta voz, volviendo ella el apacible rostro adonde me oyó, con donairoso

²¹ Pronosticaba]

²² *Add.* y persuasiones

²³ Con el]

²⁴ *Add.* grande

²⁵ *Add.* Suya

²⁶ *Add.* y apartamiento

descuido dijo:

- ¿Y quién es, Acrisio mío, el tal caminante?
- El mismo Acrisio vuestro —respondí—.
- ¿Mío, y ausentarse sin mi licencia? —añadió ella—. ¡No es ausencia sino fuga!
- Esa —dije— no puede hacer el que está preso²⁷ en los estrechos lazos de vuestra hermosura. El alma no se absenta, pues la tenéis vos. El cuerpo es compelido por ajena voluntad.
- Según eso —dijo—, otra hay que puede más en ti, y siendo cierto así, amor repartido poca entereza tiene. Pero porque no me maten las sospechas, dime, ¿qué causa hay tan poderosa que de mí te aparte un hora? ¿Auséntaste por dicha, por buscar nuevo asiento? ¿Por ventura niégate la colmena antigua como a las enfermas abejas sucede? ¿O tú lo intentas por buscar más dulce y apacible albergue? Si es por esto último, ¡escusadas serán mis diligencias, pues ninguna²⁸ hará agradable,²⁹ consonancia en tu estragada voluntad! ¿De qué servirán los golpes de mis ruegos si tu resolución te encanta los oídos? Si es por lo primero, yo al modo de vacío vaso rendiré respuesta ronca y disonante, pero mostraré constante que por nuevo huésped no desprecié al primero.
- No permita el cielo —añadí yo—, gloria mía, que la una ni la otra razón jamás sea cierta, pues ni a mí me lleva mejora de afición ni tampoco me persuado vos ocuparéis mi ausencia con nuevo dueño. Lo que divide nuestros cuerpos es una ocasión por mí llorada ya. Acá os queda mi alma, en quien no caben mudanzas. Usad della como vuestra.

Luego le referí a la letra el coloquio que entre mi madre y yo tuvimos y la última resolución que había tomado, a que no pude últimamente excusarme. Díjele más: quedase cierta que el haberme allanado a emprender la jornada era más en orden de mejorar mi suerte con tal hacienda para poder con más comodidades gozarla y servirla.

Con tierno llanto se opuso ella a mi proposición, no menos que con volverme la espalda y retirarse a su casa sin responder palabra. Pero a ruego de mis instantes suspiros, los ojos hechos dos fuentes, me volvió el rostro a oír que la decía permitiese dejarse ver aquella noche en nuestro ordinario sitio, que era la fuente del ciprés. Y no le concediendo voz el llanto amargo, con una amorosa³⁰ seña me lo concedió.

Y así pasado el día que para los dos fue dilatado siglo, a la hora señalada nos hallamos juntos, si bien ella había llegado primero a la fuente y, por esperar mi venida, se había recostado sobre una lisa peña que de respaldo a la misma fuente servía. Y presumiendo yo que reposaba, por no divertirla el sueño, me senté algo distante esperando despertase. Pero apenas ocupé el puesto cuando oí que entre

²⁷ Presto]

²⁸ Add. De ellas

²⁹ Add. suave ni suficiente

³⁰ Add. y compuesta

interrumpidos sollozos articulaba estas razones:

- Acrisio se ausenta de ti, mísera Olimpia, ¿qué has de hacer? ¡Oh, frágiles esperanzas mías, hoy cayéndoos de mis manos, a guisa de frágil vidrio os habéis hecho pedazos! ¿Dónde se han volado aquellas promesas, al parecer firmes, con que me afirmaba que un solo día no podría vivir sin mi vista? ¿Dónde está aquella prometida fe? ¿Dónde aquella entereza de ánimo con que se esforzaba a rendirme segura que ningún accidente sería poderoso³¹ a apartarle de mí? Yo veo que se absenta no por solo un día, por un mes o por un año, sino acaso por un eterno siglo. ¿Quién me hará dudar no le haya inquietado el ánimo la proposición de las cortesanas bodas con la Iris bella, que presumen será la que reconcilie³² estas borrascas?

Y para examinar si mi³³ ³⁴ pasión ³⁵ me lleva a esta sospecha, quiero hacer escrutin[i]o en la importancia desta su jornada. Díjome (si no me engañó) va a hacer restituirse una gruesa hacienda que un poseedor intruso en Nápoles le tiraniza y usurpa, y que solo la pretende para facilitar mis comodidades y aventajar mi estimación, con cuyo ambicioso almíbar procuró aduicorarme³⁶ el desatado veneno que en el dorado vaso de su ausencia me prepara como que³⁷ para amarle yo hubiera hecho aprecio de temporales comodios^{xviii}. ¡Oh necio y desacordado amante! ¿Quién te persuadió que un amor casto necesita de alimentos? ¿Tuve algunas premisas cuando sin haberte visto te rendí el alma, de que en algún tiempo pudieras ascender a mayor fortuna? Pobre serrano te amé, no quiero perderte rico caballero. Amante que pretende poner caudal en la compañía de amor, amante es de cuenta pero no de razón, pues jamás la tiene quien al amor considera interesable. ¿Por qué tengo de creer quiere para mí lo que no le pido? ¿No es más cierto que el pretenderlo es para mejorarse de sujeto en su amor? Ya le vendrán estrechas estas selvas, ya el sayal tosco lastimará su delicado cuerpo, ya los vastos manjares le causarán apoplejías^{xix} indigestas, ya la sencillez de una serrana tosca enfadará sus cultos pensamientos que la imaginación en las ideas se alimenta y satisface. Claro está: ¿cómo puede compadescerse la humildad con el que se sueña ya poderoso, próspero y generoso en sangre? ¡Necia seré si de otra suerte lo creo! ¿Cómo después que haya experimentado el bullicio de la corte, se ajustará a la soledad deste ³⁸ desierto? ¿Cómo, digo, tolerará el rústico lenguaje, el que hobiere acostumbrado el oído a las sentencias y salas³⁹ cortesanas ⁴⁰? ¿Quién desnudará las costosas ⁴¹ galas por

³¹ Poderoso]

³² Reconcilió]

³³ Om. si mi

³⁴ Add. Con más cuidado y diligencia la

³⁵ Add. que

³⁶ Alduzorarme]

³⁷ Si]

³⁸ Add. tan retirado

³⁹ Sales]

⁴⁰ Add. de tanta policía

⁴¹ Add. Y adornadas

vestir antiparas^{xx} groseras, ⁴² zapato curioso⁴³ por toscas abarcas? ¡Necia será otra vez si lo creyere! ¿Quién me persuadirá que el deudo intruso no concurra también en pensamientos⁴⁴ con su madre (supuesto ⁴⁵ es su mejor suceso) procurando reducir a himineo santo, lo que por contienda de juicio no podrá conservar? ¿Y quién dudará tampoco que Acrisio no abrace el pacto considerando las mejoras que hay de una tosca serrana a una cortesana señora? Ea, que no es posible creerlo. Ea, que Acrisio me engaña y solamente pretende mi licencia por excusar agora el vil nombre de ingrato: cierto que cuando esté dorado con el poder de su hacienda ninguno se atreverá a imponerle tan exe[c]rable atributo.

¿Así faltan los hombres a sus promesas? ¿Así se engañan las esperanzas? ¿Así se rompe la fe? ¡Oh necio aquél que la pone en cosa humana! ¡Mísera yo que lo hice! Pero, ¿cómo pude oviar mi destino, supuesto que primero le hice entrega de mi albedrío, que deliberase amarlo? ¿Cómo pude defenderme? ¿Soy yo más valerosa que la africana Elisa^{xxi}? No⁴⁶ ¿Tengo el nombre y la fortuna que la burlada por Vireno^{xxii}? ¿Quién me persuadiera que amando yo al más bien intencionado de los hombres (tal era su fama) no fuera correspondida d'él con igualdad de amor? Estas sencillas montañas en quien está la inocencia en su primera⁴⁷ pureza me comunicaron este crédito, porque el fraude jamás arribó a ellas. Allá se las ha siempre con los cortesanos, ya reparo que en la sangre que de allí tiene mi ingrato amante, vino a ellas este abuso, y así correspondiendo a su propio ser usa deste pernicioso vicio.

¡Mas ay, Acrisio mío! ¿Cómo me he dejado llevar de mi pasión en tu descrédito? Perdona, mi señor, que ya confieso que no te absenta de mí ambición tuya sino mis cortos méritos. Justo es reconozca mi humildad, indigna a tu grandeza y generosidad, aunque se diga que amor iguala los sujetos.

Pero déjame culpar a tu madre que, avarienta y ávida del oro, te me arrebató con violencia tanta. Mas, ay, que tampoco es bien culparla, pues como madre procura tus aumentos y por este camino debo alabar sus deseos (si no amarlos) como medios de la privación de tu vista.

Mal haya el oro, objeto de tantas desdichas, ¿Qué monarquía permitió permanente? ¿Qué honor no contamina? ¿Qué adulterio no facilita? Por la posesión suya las guerras se encienden, el amigo es vendible, el secreto es público, la palabra falta, la ley no se cumple y la justicia prevarica. El que deste detrimento de los hombres más posee⁴⁸, a mayores desdichas está expuesto. Verdad debió de ser lo que cuentan de aquel rey Midas que, amante deste metal, alcanzó de

⁴² Add. el pulido y

⁴³ Curioso zapato]

⁴⁴ Pensamiento]

⁴⁵ Add. que

⁴⁶ Elisano]

⁴⁷ Primer]

⁴⁸ Posea]

los dioses prerrogativa y privilegio para que toda cosa por sus manos tocada quedase en oro convertida, de cuyo efeto estuvo cerca de morir famélico, a causa que hasta los manjares de su plato padescían esta indigesta transformación.

¡Mas, oh piadoso cielo, oh tú, luciente luna, que en compañía del lucido escuadrón de estrellas muchas noches fuiste[i]s testigos de nuestros castos y puros amores, sedlo ya de mis desdichas, pues lo seréis también de mi firmeza!

Y diciendo esto se puso en pie mirando a todas partes y, no reparando en mí, partió volando hacia el templo, que pocos pasos de aquella fuente dista, y sin advertir en que yo la llamaba, oí que, arrodillada a la puerta del templo, en forma de oración entre enternecido llanto, dijo así:

- Bien sé yo, reina esclarecida, que la criatura no debe ser más amada que el criador, y así tampoco yo lo hago, pero deseo yo amar a mi Acrisio hasta los términos que sin ofensa de su criador amarle puedo, y siéndome lícito de allí abajo amarle sobre todas las cosas criadas, así le amaré como me fuere permitido. Pero concédaseme, señora, también, que yo le ame mucho sin que se atribuya a ofensa de un amor casto. Vos, divina princesa, conocéis mi intención⁴⁹, y claro está que será honesta pues os la comunico, y demás desto tuvo principio en vuestra sagrada casa y como tal siempre seguirá la naturaleza de sus principios.

Dentro destes límites deseo amar y ser amada igualmente. ¡Yo no lo entiendo de otra manera! Sólo sabré decir, cuando se me pregunte, con qué fin amo: que amo y deseo ser amada. Y conozco también que este amor me encamina a virtuosas operaciones. Pues, ¿por qué no creeré, si deste impulso me siento encender, que amar en esta forma es lícito? Y siéndolo, permitid, abogada nuestra, os suplique intercedáis con vuestro precioso hijo, disponga el corazón de mi Acrisio a revocar el efecto de su jornada, conviniendo así a su servicio sancto y siendo su viaje conveniente tanto que suspender no se pueda, se sirva también dirigir sus pasos y sucesos de suerte que vuelva a mis ojos sano y salvo para que en los dos se cumpla su voluntad divina y a mí me conceda en su ausencia tolerancia y conformidad con que me sea menos penosa que la imagino agora.

Aquí llegaba Olimpia con su piadosa oración cuando un nocturno búho, levantándose de un olmo, pabellón del pórtico de aquel templo, la divirtió della, causándola algún asombro que se le acrescentó con mi vista, que reparado^{xxiii} del tronco del árbol mismo la escuchaba. Quietose en conociéndome, aunque dio muestras de pesar de que la hubiese oído, que las acciones virtuosas huyen siempre de la gloria vana, recelándose el que las ejercita aun de sus sentidos propios, en quien suele hallarse muchas veces el mal logro de tan santos ejercicios.

Cambió presto su sentimiento en gozo por el que se prometía de mi venida. Y por lograr la ocasión de nuestras aplazadas vistas, nos retiramos a parte oculta, donde gastamos grande rato de la noche en amorosos quanto castos

⁴⁹ Intento]

razonamientos, en los cuales parece que advertidamente uno ni^{xxiv} otro nos apartábamos de tocar^{50xxv} en mi ausencia, acaso por no mezclar nuestras presentes glorias con tan acerbos penas. Pero porque ya la aurora con sus anticipados reflejos nos avisó de que llegaba el día, fue necesario ⁵¹ yo tocarse en tan forzoso propósito y ansí, con las razones con que mejor supe prevenirla, dispuse su consuelo alentando el mío, certificándola que mi vuelta no se dilataría más de tres meses, a lo cual ella, con valor notable (acaso conforme ya con la necesidad) intrépidamente me aseguró me concedía con gusto licencia para mi jornada, con que mi vuelta no excediese del prometido plazo, lo cual volví a certificarla. Con lo cual, dándonos entonces el último abrazo, ella se partió a su casa y yo a mi aldea a disponer mi viaje para el siguiente día.

Ansí lo ejecuté luego que fue hora con tan buena prevención de regalos como si partiera de una opulenta ciudad, donde se puede prevenir con presteza lo que la imaginación pide, que no hay duda en que hace más la voluntad liberal que el poder avaro, que en esto mostró mi madre ⁵² bien la suya.

No sabré, caros amigos, deciros si fue tanto el dolor de mi corazón por ausentarme de mi Olimpia (mirad qué encarecimiento) o la penalidad que me ofresció en los dos primeros días de mi jornada el proceder in[f]orme^{xxvi} y rústico de mis dos camaradas, en quien mi madre comprometió las comodidades de mi larga jornada, los cuales siendo de un ingenio incapaz y rudo, eran en la conversación tan insípidos y disonantes que me llevaban con particular desconsuelo, porque todos sus discursos se reducían en morder maliciosamente no solo a los naturales de nuestra aldea sino a todos los convecinos (vicio peculiar en los villanos), no perdonando en esto deudo estrecho en sangre, porque todo lo igualaban sin reparar en singularidades, calidades ni secretos, mostrándose maliciosos censores del honor de todo estado, no perdonando casada recogida ni doncella recatada: que los desta calidad tantean las acciones ajenas con el malintencionado cálculo de su maledicencia. Y si ya de conversación tan odiosa los divertía mi contradicción, daban en cantar canciones pastoriles tan desairadas en tono como desatinadas en concepto con que, si conversando me escandalizaban el espíritu, cantando me martirizaban los oídos, para cuya evasión no hallaba remedio más eficaz como escusarme de su impertinente compañía, pasándome delante dellos o quedándome atrás, cuyos ratos lograba en las memorias de mi Olimpia, a quien llevaba en el alma, pasando con ella amorosos coloquios con que las fatigas del camino se minoraban, ya que las de su ausencia me afligían.

Esta fue mi diversión hasta que el tercero día me ofresció el cielo, al salir del lugar en que la precedente noche tuvimos el descanso del presente, dos peregrinos españoles que llevaban nuestra derrota^{xxvii} misma. ⁵³ Habiéndonos saludado, a cortos lances reconocí su buen talento y, por hacerles compañía, apeándome (aunque con su contradicción) de mi rocín, proseguimos a pie el viaje. Conocí, digo, también, el beneficio que el cielo me había hecho en haberme concedido tan agradable compañía, porque ellos lo manifestaron ansí con afabilidad y cariño más que de extraños, que esto puedo decir sin lisonja de España, que siempre hallé entre sus naturales más agradable acogida que entre

⁵⁰ Rocar]

⁵¹ Add. Que

⁵² Add. Muy

⁵³ Add. y

los míos. Y lo que mucho admiré fue la elocuencia de sus lenguajes con que me afianzaron la excelencia de sus calidades. Significáronse gustosos de mi compañía y, convenidos en que la continuásemos hasta Roma, adonde ellos caminaban y yo deseaba llegar también ⁵⁴, aunque me obligaba a algún rodeo. Supe dellos iban visitando los santuarios de toda Italia y aún que ⁵⁵ pretendían pasar a adorar los sagrados lugares de Jerusalén. Así pues, íbamos caminando y mis nuevos camaradas admirados y entretenidos con la simplicidad de los serranos, y ya yo, como me hallaba con quien me las ayudase a tolerar, las sentía menos y aún las ayudaba a solemnizar.

Ellos quisieron saber de mí adónde y por qué causa era mi viaje. Yo se le referí todo, consultándolos en lo que me parecieron a propósito para mi gobierno en los casos que se me podían ⁵⁶ ofrescer, en cuya consulta y consejos se me mostraron muy prácticos y entendidos. Agradecilos mucho sus prudentes advertencias y dejeme decir, llevado del común hablar, que si el destino me concedía la pretensión, les certificaba tendrían ellos la principal parte como personas a quien me reconocía obligado y reconocido. Ellos estimaron mi cortés ofrecimiento y luego Roberto, que así dijo llamarse el uno, volviéndose a mí, me dijo:

- Admírame mucho que un sujeto como el vuestro, que promete tan buen discurso y no ignorancia de buenas letras (y esto pase por entretenimiento y alivio de nuestro camino) atribuya favor en lo que el ignorante vulgo llama «destino», siendo una cosa que debe estar muy lejos de la intención de los cristianos.
- Mucho agradezco, señor Roberto —dije—, a mi ignorancia, pues por su medio quedáis obligado a mi instrucción, confirmando en mi ánimo el concepto que ha hecho de la grande suficiencia vuestra y, pues la ocasión del camino agora me es tan favorable, os suplico me saquéis deste error, que más por llevado del vulgar lenguaje que por atribuirle yo deidad alguna me dejó llevar en semejantes ocasiones destas voces: «destino», «hado» y «fortuna».
- No sois solo —dijo Alarcón ⁵⁷, que así dijo llamarse el otro peregrino, y ser natural de Antequera— los que por momentos tropiezan en ese erro ^{xxviii}, que hay muchos en el mundo, y aún lo que es peor, que, si decir se pueden, reconocen en esos nombres vanos algún género de deidad, atribuyéndoles fuerza sobre las acciones humanas, y pues mi camarada Roberto ha tomado la mano en entretenernos este rato de camino que de aquí al río nos falta, en cuya frondosa alameda podremos pasar los rigores del sol, gustaré de que nos diga lo que hay en esto.
- Destas tres voces, que se nos quedaron pegadas al ánimo de la antigua gentilidad, debríamos abstenernos con muy advertido recato. Porque decir «la fortuna hace esto, el hado me condujo a tal extremo o el destino lo tenía así dispuesto», atribuyendo realidad de personas

«Hado»,
«fortuna» y

⁵⁴ Add. por ver aquella tan grandiosa ciudad

⁵⁵ Que aún]

⁵⁶ Podrán]

⁵⁷ Alarión]

a estas cosas que en sí y por sí mismas no son nada, sabe⁵⁸ algo a idolatría y desviación de la debida adoración a Dios, que obra todas las cosas con providente disposición. Y para ir diciendo algo, ya que os prometéis de mí que podré hacerlo, digo que la fortuna no es cosa alguna sino sola una voz vana introducida por la humana ignorancia, que en todas las cosas de que no conoce las causas determinadas culpa o alaba a la fortuna. Aristóteles, desvelándose en inquirir qué sea esta tan querellada fortuna, dice que solamente es una cosa, por accidente, que ocurre al hombre en toda cosa que hace con propósito diverso. Tray por ejemplo el que yendo a abrir un hoyo para plantar un árbol halló un tesoro. Por manera que esta fortuna y sus parientes, el hado y el destino, son muy conjuntos hermanos de la ignorancia. Pero de todos los sabios, no solo cristianos sino también gentiles que conocieron la verdad, son como cosas vanas, inicuas, ⁵⁹ reprobadas, de donde San Gregorio dijo «destiérrese de los corazones de los fieles creer hay hado, destino o fortuna, porque si de necesidad naciese de los influjos del cielo todo nuestro bueno o mal suceso, sería ocioso el libre albedrío, supuesto que donde prevale^{60xxix} la fuerza o la necesidad, el libre albedrío no puede tener lugar, el cual nace solamente de elección propia».

«destino».
Destierro
de su abuso

Aristóteles,
Ética

Y si fuere así que el libre albedrío no fuese en el hombre, la ley dada por Dios a Moisés sería también vana y ociosa, y siéndolo no habría justicia que del bien fuese el hombre premiado ni del mal castigado, porque procediendo nuestro obrar necesariamente, destinado de los influjos del cielo, los buenos no merecieran alabanza y premio de sus obras ni los malos vituperio ni castigo por las suyas, supuesto que los unos y los otros obraran necesariamente a la disposición de los celestes movimientos y no por elección propia.

Libre
adbitrio

Bien es verdad que el cielo da principio a la mayor parte de nuestros movimientos o inclinaciones, las cuales decimos no estar en manos de nuestra potestad, por lo cual hasta estos términos ni merecemos ni desmerecemos. Pero aunque esto es así, por eso nos fue dada la lumbre de la razón, mediante la cual podemos distinguir el bien del mal. Esto es el libre albedrío, para hacer elección en aquello que más nos deleita debajo de especie de bien. Y si este libre albedrío ilustrado de la divina gracia se contrapone a lo vicioso, y desde el principio resiste a los gustos y apetitos de los sentidos a que los influjos celestes inclinan, perseverando siempre en el bien, queda victorioso engendrando un vigoroso hábito con que vence todo vicio.

Demás desto es conocida cosa que somos subordinados y sujetos a mayor fuerza y naturaleza mejor que la de los cielos, cual es aquella que Dios usa para con nosotros en gracia de enderezar nuestra voluntad a seguir el bien y huir el mal, la cual es tanto mejor, activa y eficaz cuanto es más digno y mejor el criador que la criatura. Y esta mayor fuerza y mejor naturaleza cría en nosotros el ánima, que no

⁵⁸ Sube]

⁵⁹ Add.y

⁶⁰ Prevalece]

está dependiente de la tutela y gobierno de los cielos, siendo criada por Dios, que es primera causa, sin necesitar para ello de las influencias del cielo, que son causas segundas. Y de aquí dijo Tolomeo que el hombre sabio domina los astros, y Santo Tomás, (*Contra Gentiles*), que los celestes cuerpos no son causa de nuestros deseos ni de las elecciones nuestras, por manera que, quedando nosotros libres, la causa de nuestras acciones buenas o malas las debemos retorcer a nosotros mismos y no necesariamente a los cielos, que a cosa alguna no pueden forzar. Y por tanto vos, amigo mío, y los demás que usan este lenguaje, no os debéis quejar de nadie en vuestras adversidades, ni gozaros en vuestras prosperidades sino en Dios, ocasión destas, y en vosotros, causadores de las otras.

Aquí dijo Alarcón⁶¹:

- El mayor absurdo, señor Roberto, que yo hallo introducido entre los hombres no es totalmente ese, eslo sin dubda el que cometen retorciendo los efectos adversos de sus acciones a la misma voluntad divina, confundiendo con esta voz «voluntad» lo que es permisión deducida de los juicios divinos, muchas veces para castigo de nuestras obras mismas.
- Ese —dijo Roberto— es mucho mayor error, porque la voluntad de Dios no es otra cosa que el mismo ser suyo, y Dios en su ser es un acto simplicísimo y puro, y de tanta pureza no puede proceder malicia alguna; lo cual se seguiría si él, como algunos dicen, causase que uno contra su prójimo cometiese alguna injusticia para sacar después de allí mayor bien, lo cual no podrá ser en beneficio del uno que no sea a⁶² condenación y daño del otro, como por ejemplo: alguno herirá malamente al prójimo, no hay dubdar que ya este en esta acción cometió pecado, y dado (mas no concedido) que tal herida ocasionase la emienda y salvación del herido, esta salvación y emienda no se podrá seguir sin condenación del ofensor, supuesto que no es lícito hacer bien de donde venga daño. Y Dios, que es suma justicia y autor de todo bien, quedaría con atributo de injusto, cosa incompatible a su esencia divina, y que no se ha de pensar, pues fuera ir él mismo contra sus leyes cuando dice en el *Éxodo*: «Si alguno temerariamente hubiere obrado iniquidad y engaño a la muerte de su prójimo, quitadle de mi altar y muera por ello». Demás desto parece que faltarían a Dios medios para sacar de un grande bien otro mayor, quiriendo que se ejecutase un gran mal para sacar un grande bien, porque entenderlo así sería juzgar a Dios por no omnipotente, antes por autor del mal, cosa impía solamente en pensarla.

Bien es verdad que si alguno, por propia malignidad, ofendiese al prójimo, sería posible que el tal fuese ministro de la justicia divina, pero no es lícito a nosotros el mirar tan adelante, haciendo tan absoluto juicio. De aquí hemos de sacar que ni la fortuna, el destino, ni el hado, ni los cielos ni lo que más es, Dios, no nos fuerzan a hacer

Éxodo,
capítulo 21
[14]

⁶¹ Alarcón]

⁶² Om.a

cosa alguna, porque esta libertad es prerrogativa de nuestro propio albedrío, de quien solamente debemos quejarnos en nuestros malos eventos. ¿Queréis ver cómo esto es verdad? Miradlo en la bella Susana, acusada injustamente de adulterio por aquellos malvados viejos irritados contra su honesta constancia por no haber permitiéndose contaminar de sus lascivias, cosa que, consintiendo, pudiera excusar su acusación, pero deliberando mejor, con sancta resistencia, dijo: «mucho mejor es sin tan pecaminosa operación caer en la indignación de vuestras manos que pecar en el conspecto^{xxx} del señor». También el virtuoso mancebo hebreo Josef, vendido de los ismaelitas a Putifal^{xxxi} de faraón, refutando los lascivos asaltos de la mujer de su dueño, manifestó su casta deliberación⁶³, diciendo: «Si es así, que yo soy en esta casa el hombre más válido, merced a la favorable benignidad de mi dueño, que me ha constituido poderoso sobre toda su hacienda y familia, concediéndome su poder en todo, reservando solamente su persona para sí, ¿cómo, pues, cometeré en presencia de Dios tan gran pecado contra quien tanto debo? ¿Quién duda que pudiera el casto mozo con seguridad y deleite gozar lo que se le ofrecía con tal eficacia? Pero entre las dos propuestas que le hacían, el deleite y la razón, eligió lo mejor y así quedó dueño del ⁶⁴ triunfo».

Daniel,
capítulo 13

Génesis,
capítulo 39

- Todo eso está bien —dije yo—, pero ¿cómo entenderé que Dios amó a Jacob y aborreció a Esaú mucho tiempo antes de su concepción, porque en aquella providencia, ni el uno parece haber merecido ni el otro desmerecido, supuesto ⁶⁵ no había llegado el acto de merecer o desmerecer?
- Vuestra duda es grande —dijo él— y para responder a ella necesitamos, vos para oír y yo para decir, mucha atención, y primero conviene que entendáis que Dios ni ama a uno ni aborrece a otro, porque ama a todos igualmente hasta querer que todos se salven, como no quede por nuestra parte el conseguirlo, siendo así, que aunque nos hizo sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Pero porque todas las cosas le son desde su eternidad presentes, por eso ve, según dice San Gerónimo, que previó Dios que Esaú había de desear derramar la sangre de su hermano, y Jacob había de observar la ley, y así dijo: «Amavi Iacob et odio habui⁶⁶ Esau». Y si hubiera previsto que Jacob había de desear la efusión de la sangre de su hermano y Esaú de observar la ley, trocara las manos al lenguaje, y así fue Esaú reprobado por justicia y Jacob amado por gracia de mérito. Demás que Dios no es capaz de odio, siendo así que ningún afecto, ninguna perturbación se puede introducir en la mente divina por ser un entendimiento y ser inalterable, y aunque en Dios se considere voluntad, causa de todas las cosas, no por esto es mudable, por ser cierto, no cabe mudanza donde está siempre el presente. Y quien no se muda no se arrepiente. Y quien no tiene necesidad de

Malaquías,
capítulo 1.
San Pablo,
Epistola ad Romanos,
capítulo 9

San Agustín
Jeremías.
In prologo
in
Malaquías
—ubi
supra—

⁶³ Carta de liberación]

⁶⁴ Add.dichoso]

⁶⁵ Add.que

⁶⁶ Habuit]

cosa alguna por contener en sí toda cosa, no puede desear, y donde el deseo no tiene vigor, la esperanza ni temor tienen fuerza, por ser estos dos efectos del futuro. Y quien no espera ni teme no tiene invidia para desear ni odio para aborrecer por ser suma bondad. Por manera que el odio de Esaú (esto es, del pecador) es aquello que se lleva tras sí el pecado por sí mismo mediante la justicia y no odio de Dios en quien no puede caber tal afecto, como por ejemplo: está preso un público ladrón u⁶⁷ homicida, y traído ante el juez temporal, el cual siendo certificado de la verdad del delicto, lo condena a muerte, mas no por esto le tiene odio, pero es que el pecado del agresor se llevaba tras sí la sentencia de muerte mediante la ley y no odio del juez, en quien no hubo causa propia que a condenarle le indujese, antes muchas veces piedad y compadescencia de la miseria del condenado.

Estas y semejantes imperfecciones atribuyen los impíos a Dios, de que nos enseñan la razón las divinas instituciones, esto es, que semejantes vocablos, nombres, apelaciones o voces se deben adscribir a Dios figuradamente y por translación, mas no como afectos, por ser su voluntad toda virtud, toda bondad y toda perfección.

San Agustín dice (hablando a este propósito) que las sagradas letras hablan muchas veces de Dios en aquella manera que suele hablarse de los hombres, atribuyéndole⁶⁸ muchos epítetos más convenientes al humano que al divino ser, y lo mismo aquellos afectos que padece nuestro ánimo, siendo de su divina esencia muy ajenos. Y no dudaron algunos inflamados con divino espíritu escribir en sus libros «Dios airado», «Dios arrepentido», «defender Dios debajo de sus alas», «pensar Dios» y otros atributos de semejantes pasiones, pero todos para excitar el sentido y entendimiento nuestro al divino conocimiento para que nuestro ánimo, deseoso de saber de las cosas materiales y corpóreas, ascendiese a las inmateriales, de las sensibles a las abstractas inteligencias y de los ejemplos tomados de las cosas inferiores llegase a las supernas. Y esto, porque conociendo ser difícil que el hombre se vengase sin ira, aunque el juicio de Dios cuando da condigna pena no padezca perturbación, aquel acto le nombramos «ira». El arrepentirse, el pensar qué adscribe a Dios, no es otra cosa que su razón inmutable, la cual siempre nos releva de miseria, confiriéndonos beneficios. Y así ningún afecto, si no es por figura o metáfora, se debe considerar en Dios.

Aquí llegaba mi camarada Roberto con su discurso cuando el mayor de los planetas obligaba a los caminantes a que se retirasen del rigor de sus activos rayos y fue a tiempo que llegábamos al río donde Alarcón destinó nuestra siesta, y vista la apacible sombra con que nos convidaba la fresca alameda, lisonjeados de su envite, nos recogimos a ella. Hacía aún más apacible el sitio el asombro que le daba un empinado risco, que era verruga en la hermosa planura^{xxxii}, tan desocupada de todo ribazo y eminencia que a espacio de dos leguas en contorno

⁶⁷ O]

⁶⁸ Atribuyéndoles]

se conociera un hombre. Este risco tan atlante de su cénit, que parecía que en aquella parte tenía el cielo en sus hombros, bañaba los pies el mismo río, cuyos cristales puros eran viriles, en que miraba su grandeza, ufanándose del nombre que le di agora. Y no menos recreaba el ánimo la fresca arboleda que se componía de verdes salces, frondosos olmos y coposos alisos, a quien silvestres parras y lisonjeras yedras enlazaban en intrincados lazos. La margen del corriente río guarnecía fresca y menuda yerba, cuyos campos bordaban en confusos laberintos diversas flores. Elegido el puesto en amenidad tanta, ordené a mis camaradas serranos consultasen a mi alforja sobre la comida de aquel día y fueron informados que aún duraba la prevención de mi madre, y habiendo dado a los cuerpos la ordinaria pensión de la vida, alzando los ojos a la excelcitud del risco, dijo Alarcón, dando un sentido suspiro: «¡Ah, Peña de los enamorados de Antequera, quién te viera agora, como veo esta a ti tan parecida!». Conocido por Roberto el afecto con que hizo la misteriosa exclamación, dijo:

- A la mano, amigo Alarcón, me habéis traído el cumplimiento de un deseo que tengo desde que pasando desde⁶⁹ Granada a Sevilla deseé saber por qué aquel risco que dista una legua de Antequera, patria vuestra, se le da ese nombre, pues aunque a la pasada intenté saberlo, no se me dio razón que me satisficiese, y agora espero nos la daréis como persona natural de aquella ciudad y práctico en todas buenas memorias. Servidos pues de hacerlo en tanto que el sol nos da lugar a proseguir el viaje.
- La certeza y verdad —respondió Alarcón— que tenga esa historia no está averiguada más de por lo que publica una vulgar y común tradición. Si con este testimonio os satisfacéis, yo os diré lo que se dice del nombre de aquella peña. Pero adviértoos que es algo dilatado el suceso y no nos ha de dar lugar el tiempo que aquí podemos estar para referirle, y así me parece que gastemos este en sosegar la siesta, remitiendo para el entretenimiento del camino la narración de la historia, que desde aquí os prevengo un entretenido rato en la novedad del suceso.

Mariana en
su *Historia
general de
España*

Todos venimos en el parecer de Alarcón y aceptamos el oír la historia y así por entonces, recostados en la fresca yerba, pasamos lo que de la siesta quedaba cada uno en las ocupaciones a que su espíritu le llevaba. De mí digo que se me fue toda en las memorias de mi Olimpia, de quien me divertían poco las agradables conversaciones de mis peregrinos camaradas.

Aquí cerró su libro Acrisio dando a entender hacía punto al presente discurso, y aunque le duraban también en el ánimo las reliquias de las memorias mismas, así lo publicó su rostro enternecido. Y el cura dijo:

- No podemos negar, padre nuestro, que vuestro camarada Roberto anduvo sutil y elegante en las materias de su discurso, como tampoco que se divirtió mucho del principal intento con que comenzó, que fue reprehender el abuso de las tres fingidas personas: fortuna, hado y destino, que aunque sea verdad que tocó algo de la

⁶⁹ De]

materia, se convirtió todo a tratar de una^{70xxxiii} muy dificultosa y no para todos los oyentes, cual es la de predestinación, y si bien la trató con alguna claridad, requiere otra mayor, pero pase por agora así. Y dadme licencia diga de vuestro amigo que trató más de ostentar sus letras que reprehender vuestro vicio, pues por esto pasó tan de paso donde hay tanto que decir.

- La verdad —dijo Acrisio— decís, señor doctor, pero no se niegue que el discurso fue bueno, y así no es mucho mi camarada Roberto se dejase llevar de la materia. Pero ya toparemos en mis discursos otra ocasión en que más difusamente tratemos destas tres cosas, para donde os remito.

Con esto tuvieron fin los discursos de aquel día, dejándonos deseosos al cura y a mí de que llegase el siguiente para que Alarcón nos refiriese la historia de la peña de los enamorados, de cuyo discurso prometió tanto entretenimiento, el cual llegado el tiempo de proseguir su viaje, leyendo Acrisio, dijo haber comenzádolo como se verá en el siguiente discurso.

ⁱ Subsanado en el impreso.

ⁱⁱ «Praecissum» en el manuscrito, corregido en «praecisum» en el impreso.

ⁱⁱⁱ Cita procedente de *Job* (14, 7): «*Lignum habet spem si praecisum fuerit rursus virescit*» (“Una esperanza hay para el árbol:/ Si es cortado, aún puede germinar, / y sus renuevos no dejan de crecer”).

^{iv} «teimpo» en el manuscrito (fol. 81v); corregido en el impreso.

^v V. 3.4.1.

^{vi} «obstretriz» en ambos testimonios.

^{vii} *Damación*: «Condenación, pena y castigo eterno de los condenados al infierno» (*Autoridades*).

^{viii} Subsanado en el impreso.

^{ix} «La auna» en el manuscrito (fol. 83r), corregido en el impreso.

^x Matrona romana que vivió en el siglo II a.C. y consagró su vida a la cultura y a la instrucción y el cuidado de sus tres hijos supervivientes de los doce que tuvo en total.

^{xi} *Aquistar*: «Adquirir, conquistar» (*Autoridades*).

^{xii} El olivo, ya desde los textos bíblicos, ha sido considerado un emblema de la paz. Así lo juzgó Noé al constatar que fue el único árbol indemne tras el diluvio universal. La paloma con la rama de olivo en el pico simboliza asimismo la paz.

^{xiii} «Transfiriendo a aquí» en el ms. (fol. 84v)

^{xiv} *Gabela*: «el derecho impuesto en las haciendas o mercaderías. El italiano usa deste término, y tomólo del francés» (*Covarrubias*).

^{xv} *Almoneda*: «La venta de las cosas pública que se haze con interuención de la justicia, y ante escriuano, y con ministro público dicho pregonero, porque en alta voz propone la cosa que se vende, y el precio que dan por ella, y porque van pujando vnos y otros [...]» (*Covarrubias*).

^{xvi} Tras un registro en el CORDE, se documenta esta voz como variante de ‘pronosticar’, aunque la última aparición registrada data de mediados del XVI. No obstante, en el diccionario de la Academia de 1803, “prenosticar” figura como voz antigua cuyo significado es «Lo mismo que ‘pronosticar’».

^{xvii} «le» en el manuscrito, corregido en el impreso.

^{xviii} *Comodo*: «vale prouecho» (*Covarrubias*).

^{xix} *Apoplejía*: «Acumulación ó derrame de sangre ó linfa en el cerebro que priva al paciente de sentido y movimiento» (*Academia*, 1832).

⁷⁰ Otra]

^{xx} *Antiparas*: «Es también cierto género de medias calzas, ò poláinas, que cubren las piernas y los piés solo por la parte de adelante» (*Autoridades*).

^{xxi} Nombre tirio de la diosa Dido, reina de Cartago. Según la versión que recoge Virgilio en la *Eneida*, Eneas, tras una tormenta en el mar, va a parar a las costas de África, donde es atendido por los habitantes de Cartago. Allí mantiene un romance con Dido y esta, tras la marcha del náufrago, se suicida arrojándose a las llamas de una gran pira (Grimal, 1982:137a).

^{xxii} Vireno es un personaje que aparece en el *Orlando furioso*. Olimpia, su amada, ha visto cómo el rey de Frisia, ante la negativa de la joven a contraer matrimonio con su hijo, ha asolado su ciudad, asesinado a su familia y raptado a Vireno. La joven Olimpia pide ayuda a Orlando y le confiesa que está dispuesta incluso a entregar su vida al rey tirano a cambio de la liberación de su amado. Orlando viaja a Holanda para rescatar a Vireno y lo trae de vuelta, pero este, al cabo de un tiempo, traiciona y abandona a Olimpia en una isla desierta, de donde hubo de rescatarla Orlando (cantos IX, X y XI). La historia de estos dos personajes, recreación de los amores de Ariadna y Teseo, ha tenido una presencia nada desdeñable en la literatura española. Así lo atestiguan los varios romances caballerescos del Romancero Nuevo que versan sobre esta pareja, la comedia de Juan Pérez de Montalbán *Olimpia y Vireno* (s.a.), incluida en el primer tomo de sus comedias, así como las referencias cervantinas insertas en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (II, LVII) o la novela ejemplar de *Las dos doncellas*.

^{xxiii} *Reparar*: «Vale asimismo defender, resguardar, ò precaver algún daño ò perjuicio» (Academia).

^{xxiv} Propondría una lectura alternativa: «uno y otro nos apartábamos de tocar».

^{xxv} *Tocar*: «Vale también tratar, ò hablar de alguna materia leve, ò superficialmente, sin hacer asunto principal de ella» (Academia).

^{xxvi} *Informe*: «Lo que no se ha hecho del modo y forma debida, ò no conforme á las leyes ò ordenanzas: esto es, le faltan las circunstancias y formalidades para ser válido en el todo» (*Autoridades*).

^{xxvii} *Derrota*: «Rumbo de la mar, que siguen en su navegación las embarcaciones. [...] Por extensión se llama también así el camino, rumbo, vereda, ò senda de tierra» (*Autoridades*).

^{xxviii} *Erro*: «Lo mismo que error ó yerro» (Academia, 1791) [la cataloga de “voz antigua”].

^{xxix} *Prevaler*: «Lo mismo que ‘prevalecer’» (Academia, 1803). [Catalogado como “voz antigua”].

^{xxx} *Conspecto*: «lo mismo que vista o presencia» (*Autoridades*).

^{xxxi} «Puthifal» en el texto. Se trata de Putifar. Era eunuco del faraón de Egipto y capitán de la guardia (*Génesis*, 39, 36).

^{xxxii} *Planura*: «Lo mismo que llanúra. Es voz antiquada» (*Autoridades*).

^{xxxiii} En el manuscrito parece que se ha corregido “una” sobre “~~otra materia~~” (f. 96v). No obstante, la lectura resulta confusa.

DISCURSO CUARTO

— Las dos cintas de plata —dijo Alarcón habiendo dado principio a nuestro viaje [prosiguió leyendo Acrisio] —, que del nevado turbante (adorno de la cabeza del granadino reino) se derivan en indisolubles lazos juntas, ciñen los caducos muros de la antigua Astigis, fundación de griegos, si no lo fue más modernamente de los galos como lo pretenden algunos. Écija hoy, y corazón de la Vandaliaⁱ, engaste de la andaluz nobleza y patria también de don Tello de Aguilarⁱⁱ, decendiente de la ilustre familia que con este apellido se decora caballero aunque en edad breve, que supo apropiarse con virtudes propias el esplendor deste generoso nombre. Con ellas se hizo amar, no como suele decirse de balde sino a precio de gratas cortesías y liberales obras. Sus aumentos eran en sus deudos tan esperados en fe de sus hazañas obradas en las ocasiones que los fronterizos moros cada¹ día le ofrecían con sus entradas y asaltos, que con razón podían prometer nuevos renombres en su casa, y fuera sin duda pusiera el suyo muy más allá de donde se le dejaron sus progenitores si lo infelice de su destino no le segara en flor.

Historia de
la Peña de
los dos
enamorados
de
Antequera

En toda conversación era bien admitido por práctico, liberal y cortés. Las damas de su ciudad le rendían a porfía sus favores, procurando cada cual ser el primero objeto de su afición. A todas igualmente servía sin particularizar ² alguna³ con singular nombre de su amante, supuesto que siendo de todas pretendido, ninguna se ofendía de verle de las demás amado, juzgándoleⁱⁱⁱ digno de serlo de todas. Libre vivía, digo, don Tello, de los asaltos de amor, gozando desta forma su general estimación, pero corrido el ciego Dios de su descuido, procuró experimentar en su corazón los efectos de su poder por el más riguroso camino que ejercitó jamás.

Estaba don Tello un día en una conversación de caballeros de su edad y alientos, y entre otras materias ⁴ se discurrió ⁵ sobre los sujetos hermosos de las damas de aquella su ciudad, haciendo cada cual alarde de las partes más laudables que en la dama que celebraba tenía observadas. Solo don Tello era oyente destes amorosos asuntos sin que él entrase a la parte de las alabanzas de alguna dama, ocasionando con esta esquivanza a que los demás le diesen trato con los atributos y epítetos que suelen imponerse y atribuirse a los galanes de su edad que no tienen voto en semejantes prácticas. Pero él se reía de todos, gloriándose de la libertad que gozaba en virtud de su retirada opinión. Pero durole poco esta gloria, pues le veremos presto reducido a la mayor desdicha a que un amante pudo llegar.

A esta conversación se halló también un hebreo llamado Levi, mercader natural de Granada, hombre práctico en todas materias y entremetido a toda cosa (como lo son todos los de su nación), el cual oyendo tantas alabanzas de las cristianas damas, dijo:

— Mucho, señores, admiráis la hermosura de vuestra ciudad, pues si yo os pintase la de las damas granadinas, quedaríades desengañados de que no se cifra en Écija la hermosura de toda la Andalucía.

¹ Ca]

² Add. a

³ ninguna]

⁴ Add. que entre ellos se trataban

⁵ Add. una

Y comenzando singularmente a nombrar muchas moras y pintar la excelencia de sus hermosuras con el agudo pincel de su lengua, dijo que todas las que había nombrado eran sombras de la belleza de Ardama, una de dos hijas de Abenabo, alcaide de las bermejas torres. Realzola el judío con tan hiperbólicos encomios que obligó a los cristianos caballeros a confesar que si el original correspondía al retrato, entendía con verdad la diferencia y exceso de perfecciones con que superaba la mora a las cristianas en hermosura. Añadió el judío en sus alabanzas que Ardama era pretensión de toda la nobleza del Andalucía.

Atento oyó don Tello la descripción que Levi hacía de la bella mora, ya menos libre de los amorosos incursos que cuando blasonaba su libertad porque los oídos, puertas del alma, jubiladas entonces al dulce aplauso, dieron entrada a una nueva pasión, apoderada del señorío y monarquía del alma, con tal predominancia que en aquel breve instante ya no se halló suyo sino esclavo humilde rendido a los pies de la retratada belleza. Y así, reconocido su rendimiento, solo aguardaba a que Levi se fuese de aquella conversación para informarse a solas con más particularidad de la causa del incendio en que sentía abrasarse⁶. Y cuando esto sucedió, él le fue siguiendo, haciendo entre sí mismo difere[n]tes^{iv} discursos, porque por una parte se reconocía ardientemente enamorado de la mora y, por otra, hallaba la incompatibilidad de las dos leyes que obstaban el cumplimiento a sus fogosos deseos. Ya aconsejado de la razón, pretendía abstraerse de pretensión tan indigna a sus calidades. Ya de la pasión amorosa ar[r]astrado^v, hallaba conveniencias con que facilitaba su error y, en fin, combatido de la razón y ya de sus deseos, prevaesció el apetito que le condujo al miserable fin que se verá. Y para colorar mejor sus pensamientos, discurría consigo mismo así:

— ¡Amor cuyo tirano poder avasalla toda potestad, ya tienes entre el tropel de tus trofeos aquel libre albedrío que tanto se burló de tus victorias! Pero no te jactes de la que de mí gozas, pues no la has obtenido en fuerza de tu valor, sino en el descuido y poco recato del descuidado alcaide del roquero^{vi} castillo de mi presunción. Mas ¡ay!, que llamo descuidado al vigilante alcaide, siendo cierto que las principales puertas a quien amor asalta son los ojos. Defendió siempre con observante vigilancia, pero tú, advertido de tan prevenida resistencia, asestaste la batería a los oídos, puertas de ti jamás⁷ asaltadas ni conocidas, por don te⁸ has entrado sin resistencia alguna, apoderándote de mi antigua⁹ libertad con rigor tanto que, rendidas¹⁰ las potencias, no soy válido a mi reformación. Ya estoy, vesme aquí, en poder tuyo. Gobierna, pues, este novel vasallo, dirige mis acciones con tal acierto que no se pierda todo. A un imposible me has ofrecido, ¡qué rigor! ¿Cómo me obligas a amar sujeto que jamás vi? Nuevo suceso es. Yo, sin dubda, soy el explorador deste nunca seguido rumbo, que si de Paris y de Elena se contó primero, no tengo averiguada su certeza, de mí puedo asegurarlo, pues lo experimento.

Y siendo así que la novedad del martelo^{vii} promete pocos medios al efeto de las felicidades que en él me prometes, necesario será me prevengas también alguno con que pueda experimentar con la vista lo que el oído me persuadió. Facilita

⁶ Abrazarse]

⁷ Jamá]

⁸ Donde]

⁹ Add. y incontrastable

¹⁰ Add. todas

imposibles tan arduos como opone a mis esperanzas la incompatibilidad de nuestros sujetos, pues si la humana ley me arrastra, la divina me detiene. Ardama sigue la del peor profeta y yo la del mejor maestro. ¿Qué medio, pues, sabrás dar, Amor, para justar^{viii}¹¹ extremos tan diversos? Prevenle, así goces de Psiquis^{ix} los favores eternos.

Y tú, objeto de aquesta pasión mía, ya que la memoria sola de tu divino ser inspira en mí estos afectos, facilita también aquestos inconvenientes, por quien se inhabilita el efeto de mis deseos. Saca argumento a tu persuasión del efeto que en mi alma hizo la simple relación de tus amables partes, de lo que después obrará tu¹² vista, pues el oído solo bastó a instruirme tanto ardor. Alaba mi afición por hija de la fe, pues es cosa evidente que es la más noble. Préciate del triunfo que de mí consigues, ya te le confieso y concedo la victoria. La imagen que de tu hermosura fabricó mi idea, ganó en nombre tuyo mi alma: fabriquéla de todas las perfecciones de que la sabia naturaleza suele componer muchas¹³ diversas hermosuras. Mira, pues, señora, con esta aprehensión, ¿cómo podré no amarte?

¿Pero de qué importancia son estas finezas, ni qué respuesta¹⁴ aguardo de tu gratitud, si ni las escuchas ni aún tienes noticia del que al aire las encarga? Bien me prometo de la benignidad que arguye tu hermosura, que si te fueran notorias las premiaras, porque ingratitud y hermosura, aunque dicen que andan juntas no lo creo. Pero medio se ha de dar para conseguirlo. Dispón, oh Amor, mi ingenio para que acierte alguno con que yo llegue a ver a mi querida Ardama, que si^x consigo este bien, lo demás dispondrá el hado.

Así discurría don Tello en tanto que seguía a Levi para que de nuevo le informase de las cosas de Ardama, dudoso y indeciso en el medio que tendría para verla, pero el amor que ya le tenía en su prisión para ir disponiendo su venganza (si pudiera enternecido de sus ansias) le instruyó hiciese lo que agora diré.

Llegó a verse con el hebreo Levi y pidiole se fuese con él a su aposento donde, encerrados solos, le previno con apretados conjuros le guardase secreto en lo que comunicarle pretendía, protestándole^{xi}¹⁵ grande premio haciéndolo así, cuanto por el contrario sería su venganza rigurosa. Dos afectos son el del premio y temor que tienen sobre los ánimos de los judíos grande potestad, porque este ruin linaje es muy proclive al interés, cuanto inválido al temor^{xii}. Destos dos, persuadido Levi, prometió con largueza no solo el secreto que don Tello le pidió, pero su persona, para todo lo que la considerase a propósito de su servicio, en cuya confianza el enamorado caballero le dijo así:

— Supuesta, amigo, la promesa que me haces (en cuyo cumplimiento no dudo en fe de tu honesto trato), quiero que sepas que de la ingeniosa descripción que hiciste hoy de la belleza de Ardama le¹⁶ comunicó a mi libre pecho tal incendio de amor que si tú mismo, que dispusiste mi daño, no previenes mi remedio, puedes acusarte de homicida mío, como remediándome, gloriarte del nombre de mi restaurador. Mira si te atreves a mi ayuda y finge en tu imaginación el premio, que el que te prometieres

¹¹ Ajustar]

¹² Su]

¹³ Add. y

¹⁴ Repuesta]

¹⁵ Prometiéndole]

¹⁶ Se]

tendrás de mí con largueza.

Alentado el judío con tales ofertas, le ofreció de nuevo su ayuda, aunque en ello aventurase su vida propia. Y don Tello, tan seguro como enamorado, dijo:

— Lo que intento, caro amigo, es que me lleves a Granada con nombre de esclavo tuyo y me vendas a Abenabo, padre de la bella Ardama, pues con tan ingeniosa introducción yo llegaré a verla y después en el resto de mis esperanzas, Amor, que supo instruirme en esto, sabrá disponer lo demás.

Con gusto ofreció el hebreo el efecto de lo que don Tello le pedía, que para un judío ninguno hay mayor que la venta de un cristiano, bien que al principio, con hipócritas¹⁷ excusas^{xiii}, procuró disuadirle el¹⁸ pensamiento, pero no tuvo necesidad el resuelto caballero de hacerle muchas instancias, pues a muy pocas dio a [e]ntenderle^{xiv} se allanaba a sus daños por servirle, pero que estuviese cierto que él dispondría sus cosas en Granada de forma que su estimación fuese aceptada a su dama. A los pies de Levi quiso arrojarle don Tello, aquel que tantos valerosos moros tuvo a los suyos vencidos. ¡Oh potestad del amor, qué fortaleza no rindes cuando la templanza y prudencia la desamparan! Esta acción reprobó el judío por indigna a ambos sujetos, y levantado don Tello, abrió un escritorio, de quien sacando un preñado bolsillo del mejor metal, le dijo que aquello era solo señal de lo que pensaba darle, con que le despidió^{xv} de sí con acuerdo de que al siguiente día partirían a Granada en el mayor silencio de la noche. La cual llegada, prevenido el enamorado caballero de todo lo que juzgó necesario para su jornada, se partieron al aplazado tiempo sin ser de nadie sentidos, y en llegando a Granada se fueron al castillo de Torres Bermejas^{xvi}, donde era Levi muy conocido y admitido. Hizo demostración ante Abenabo de la persona de don Tello, que fingió haber comprado en Loja y, visto por el moro, agrado de su talle y disposición, le pidió se le vendiese, y como quiera que fuese lo mismo que él pretendía en orden a su mayor aprecio, le dijo le traía de encomienda para un caballero Abencerraje, que le había pedido un esclavo de aquel jaez, pero que a él se le daría con más gusto por saber el buen trato que en su casa tendría el esclavo a quien él deseaba todo bien por constarle de sus buenas calidades en materia de servir, puesto que en lo demás era un hombre humilde nacido en baja fortuna.

— No lo muestra en su persona —dijo Abenabo—, pero sea de la calidad que fuere, esta es la que compro. Ponle precio, Levi, y haz que te le¹⁹ cuenten^{xvii} luego.

En suma, don Tello quedó con Abenabo, y Levi, satisfecho bastantemente de su corretaje, y cada cual contento con su suerte y más que ninguno don Tello por haber dado tan buen logro a sus deseos.

El mismo Abenabo le introdujo al cuarto de sus hijas, que en compañía de Zoraida, su aya, en su labor se ocupaban. Significoles el grande gusto que tenía en la compra que había hecho a Levi de aquel esclavo, el cual le confirmaron todas^{xviii} con muchas alabanzas que le dieron. Pero quien con la instante vista mostró mayor agrado del cristiano fue la bella Ardama, que desde luego que vio a don Tello pudiera leer en su rostro quien supiera algo de los intentos del caballero, que no la había pesado del empleo de su padre, en aquel en quien ella, sin advertirlo, hizo el de su alma. Mostrábase la bella mora compadescida de la miseria del captivo. Quisiera tener en su mano la llave de su libertad no para que

¹⁷ *Add.* y fingidas

¹⁸ *Add.* de aquel

¹⁹ Lo]

se restituyera a su patria sino por relevarle de las penalidades que siguen al captiverio, pero ya que esto entonces no le era lícito, no se despidió su piadosa imaginación de conferirle este bien siempre que ocasión tuviese para hacerlo.

¡Oh milagrosa simpatía de amor! ¿Quién avisó tan presto al corazón de Ardama que tenía obligación de solicitar el bien y comodidades de aquel captivo, y de empeñar todo su estudio en la solicitud de su libertad? Milagros son tuyos, oh Amor, que concilias las voluntades más remotas.

No sé si seré creído aunque con toda moderación signifique los efectos que en el alma de don Tello hizo la primera vista del objeto de sus locuras, cuyo conocimiento le facilitó el exceso que en hermosura hacía a la otra hermana. Mucho fue no hacer patente a Abenabo la causa de su esclavitud, ansí por haberse transformado en su cara prenda, con tal privación de sentidos, que aunque le llamó dos veces para llevarle consigo no le respondió, como por la recíproca suspensión de su hija, que padecía la misma transformación en su amante. Pero juzgó en los dos estos afectos, a pasión del uno por su prisión y a conmiseración de la otra por las miserias d'él. Condenaba don Tello a Levi por corto en la descripción de la belleza de su dama, hallándola a su juicio tan superior a la pintura. Pero excusábale^{xix} a él culpando a sus oídos por incapaces a la recepción de tantas excelencias, infiriendo de allí lo superior y excelente de la vista y la prestancia suya a los demás sentidos en orden a juzgar de las calidades de los objetos. Llamaba a la naturaleza «inadvertida distributora» por haber introducido alma mora en cuerpo tan hermoso (¡oh qué poco católicos son los amantes en sus juicios!).

Desacreditaba sus finezas juzgándolas de poco prescio comparadas a la conquista de tan celestial sujeto, y así, vencida de estos pensamientos, desde luego, confirmando por buena su primera elección, se rindió en sacrificio a las aras^{xx} de la deidad que idolatraba.

La historia refiere que a nuestro don Tello le fue señalada por ejercicio la cultura de un hermoso jardín de aquel castillo y de los que Abenabo tenía en el Jaraugüi^{xxi}, en cuyo ministerio dio él a entender era práctico, que es ya pensión de los amantes venturosos el servir este oficio en los jardines de sus damas^{xxii}. Debe de ser porque en ellos tiene el Amor sus cortes, desde que siendo niño andaba por los de Chipre^{xxiii}. Y si no es esto, será porque sus cronistas²⁰ lo quieren así. En fin, señores, a este precio se me vendió la historia y por el mismo en que le está a mi crédito os la repaso sin lograr en ella mi inventiva más de las palabras.

Jardinero, vuelvo a decir, quedó nuestro don Tello de los jardines de Abenabo, en cuyo ejercicio vivió algunos días sin un logro de la vista de su dama, porque Zoraida, su aya, era muy recatada en permisiones a las solturas de sus clientes^{21xxiv} y la mayor que las permitía era después de los ejercicios de su labor el dar vista al jardín desde unos altos balcones que a él caían. En estas ocasiones gozaba el encubierto amante algunos gajes de su esclavitud, y no menos Ardama las solicitaba, pues también lograba su parte de consuelo en la vista de aquel a quien ya su alma tenía en predicamento digno de su piedad. Esto verificaba ella con ser siempre la primera que el balcón ocupaba y última que le dejaba. Hacía algunas preguntas al jardinero sobre la cultura de los cuadros^{xxv} y yerbas que trasplantaba, a que él la respondía metafóricamente, aludiendo a su propio ministerio, a cuyo intento ella respondía nada apartada del propósito, porque ya

²⁰Coronistas]

²¹ Elientes]

el amor la tenía muy diestra y docta en su facultad. Lo cual la traía tan inquieta, divertida y vacilante entre dos extremos muy contrarios de amor y pundonor, que ni las noches reposaba ni en los días gozaba de quietud, y así combatida con estos pensamientos, siempre que a solas se hallaba discurría con estas o semejantes razones:

— ¿Soy por ventura yo, la celebrada Ardama, la hija del valeroso Abenabo, paralelo^{xxvi} de toda hermosura; el objeto de la granadina juventud y aquella, en suma, que huella^{xxvii} tan altivos trofeos de amor? No, pues mi celebridad se profana, mi calidad se deslustra, mi hermosura se vulgariza, mi estimación se desprecia y mis victorias se infaman.

¿Yo a un cristiano? ¿Yo a un mísero captivo rindo el homenaje de mi altivez, facilito lo arduo de mis respetos, humano la celsitud de mi soberanía y concedo lo sagrado de mi decoro?

¡Oh ejecución inevitable del destino, que tiranizas a los pechos humanos la mayor prerrogativa! ¡No permitáis, oh cielos, mis desprecios! ¡Venza mi valor a la porfía amorosa, no sea la flaqueza de mi ser fovento²² al incendio de amor! ¿Cómo aspiro al laurel si legítimamente no peleo? Nunca Dafne²³ lo fuera a permitirse a las lisonjas de Apolo^{xxviii}. Pero, ¿para qué tantas bravezas cuando ya el enemigo victorioso tiene a mi garganta el penetrante acero? ¿Cuándo mi austeridad dejó caer la máscara y me descubrió el rostro del rendimiento? Los yerros de amor son tan sucesivos que engazados uno a otro forjan una continuada cadena, en que una vez aprisionado el ánimo, tarde se liberta. Presa me tiene Amor. La llave ha entregado a Tello, él es dueño de mi libertad. Yo propia se la concedí con gusto, ¿Qué medio espero²⁴ en cobrarla?

¡Ay, Alá Santo! Dame que Tello iguale a mi altivo ser o humilla el mío al suyo miserable, haz en esto mi elección menos²⁵ culpable. Pero, ¿qué es esto, Amor? ¿Cuándo sois vos inquisidor de calidades? ¿Cuándo reparastes en sujetos? ¡O vos no sois bien nacido, Amor, o yo soy demasíadamente altiva! Persuadirme quiero que desta enfermedad proceden estos delir[i]os. Vengamos pues, Amor, a la disputa desta contradicción que me embaraza tanto: ¿el sujeto en que os introducís no es el alma? ¿Quién lo dubda? Porque amar lo corpóreo mucho tiene de material y nada de divino. Doy por concedido que los exteriores de Tello son amables, dignos son de mayor triunfo, pero no se ha de seguir que mi inclinación se quedó en la primera sala, lisonjeada de su adorno y compostura; esto es, en los primeros reparos de sus merecimientos. A la²⁶ alma pasó mi alma por transcendencia real. A ella se rindió luego que conoció su valor. Aquí no puede la mía alegar incompatibilidad de sujetos, pues por iguales modos en la naturaleza somos de una substancia misma. Y no importa que el derecho de las gentes haya introducido la esclavitud para desigualar los cuerpos en que solamente pudo introducirla, pues esa desigualdad muchas veces la dispensó Amor, supuesto que las almas no quedaron sujetas a tan peregrinas impresiones.

²² Fomento]

²³ Phaphnes] (en el ms. Daphnes)

²⁴ Espen]

²⁵ Om. menos

²⁶ Al]

Nadie culpará mi elección sino el que, ciego, no haya hecho aprecio de las loables partes de mi Tello. ¿Mío le llamo? ¡Ay, si fuera cierta mi profecía! ¡Ay si yo me asegurara que él gustara de serlo!

¿Y quién puede dudar que, aunque cristiano, que²⁷ sea noble? ¿No hay en su nación generosos caballeros que si no exceden, igualan la calidad de la nuestra? ¿Tan difícil me será esta información? ¿Ya no puede ser le conozca Levi, su primero dueño, mediante la ordinaria comunicación que tiene con los cristianos? Bien se dejará cohechar de mis caricias su perfidia aunque Tello le tenga prevenido a lo contrario. Ya creo no se abstendrá de mis joyas su avaricia. Él me dirá con certeza lo que de su calidad sabe. Suspéndase por agora mi confuso proceder en tanto que me informo.

Destá suerte discurría la bella mora sin saber tomar medio en su pasión, si bien de sus razones se puede inferir cuán de la parte de don Tello la tenía el amor. Y así vivió revuelta en estas imaginaciones hasta que un día tuvo favorable la ocasión de hallarse a solas con Levi, cosa que no era difícil a causa de la grande frecuentación que tenía en la casa de Abenabo. Y así, precediendo conjuros y procediendo dádivas, sacó del informe del hebreo mucho más de lo que esperaba de las calidades de don Tello, demás de lo cual le refirió cómo por verla, enamorado de la relación que él mesmo había hecho de su hermosura, se había fingido esclavo, y dádole a él orden para que le vendiera a su padre, significándola cuán grandes demostraciones de amarla había reconocido en él.

Muy pagada quedó Ardama con nuevas tan a su propósito por que daba inmensas gracias a los cielos, y por no le descubrir al judío de todo punto su pecho, le despidió bien satisfecho y pagado de su informe y conjurado en el secreto, no reservando d'él al mesmo don Tello, a quien aún no quería del todo manifestar su ánimo. Él se lo ofresció así y prometió su ayuda en todo lo que al caso conviniese. No hacía él estas ofertas sin ánimo de sacar más logro, que raras veces o ninguna los de su nación dan ayuda adonde no le esperan muy crecido. Él se despidió entonces, pero no con ánimo de encubrir estas cosas a don Tello, de cuyas albricias esperaba él no menor fruto. Y así, no perdiendo tiempo, fue luego a buscarle y le refirió cuanto con Ardama le había pasado y aún añadió él afectos que ella no le comunicó (si bien los padecía) de cuya gratitud liberal partió no menos contento que pagado.

Ardama quedó gustosísima de la buena elección de su gusto, y cuando el judío no hubiera asentado con tan notorias evidencias la verdad de su informe, nunca el crédito de los amantes, en abono de la cosa amada, se muestra contumaz y rebelde, aun a menores persuasiones. Y así desde aquel punto solo tractó de cómo podría lograr un rato a solas con su amante, porque en público muchas veces hacían suaves platos a la vista en la manera que dije atrás. Esto con el tiempo se fue mejorando, porque en fe de los servicios y apacibilidad suya le era ya lícito a don Tello no solo entrar a las primeras salas, pero hasta el retrete de las doncellas; tanto pudo su afable proceder. No estas licencias les dieron ocasión de hablar a solas, porque aunque tal vez pudieron, no quisieron aventurar con sospechas las glorias que tan de cerca gozaban con sus vistas, que aunque Ardama creía que el judío no le había dicho a don Tello la curiosidad de su informe, por lo menos ella le amaba y sabía era correspondida. Pero a este paso y con tan cortos alimentos iba no solo sustentándose pero aumentándose su amor

²⁷ *Om.* que

entre los dos. Y andando en tan dilatados plazos el logro que esperaban d'él, a don Tello se le ofresció un pensamiento por cuyo medio se lograron sus deseos a pocos lances.

Había en el jardín un moral tan gigante que sus frondosas y crecidas ramas hacían agradable pabellón a la ventana mesma de la cámara en que Ardama dormía, que era interior a la de Zoraida. Este árbol de[te]rminó^{xxix} hacer don Tello tercero de sus amores, y así, aguardando al mayor silencio de la noche siguiente al día en que se le ofresció este pensamiento, se subió en el árbol no con pequeña dificultad, a causa que las primeras ramas estaban altas y el tronco derecho y limpio de toda ayuda que facilitarle pudiese la subida. Pero venciendo con su agilidad lo difícil de la empresa, habiendo cobrado las primeras ramas, de unas en otras se fue encaramando hasta mejorarse de puesto, desde donde con facilidad registraba con la vista toda la cámara, ayudado de la luz de una lamparilla que siempre Ardama mandaba dejasen cerca de su cama. Fuele favorable también lo estivo y caluroso del tiempo, que obligaba a la dama dejar la ventana abierta por gozar el fresco de la noche. Pudo reconocer don Tello que su dama dormía, y que los olvidos del sueño no la guardaban el debido decoro, pues acaso cohechados del amante, le hicieron patentes si no lo más prohibido, a lo menos aquellas partes que con menos advertencias se recatan. No quiero hacer descripción desta descuidada belleza por no ofender el pudor²⁸ suyo. Basta saber que su contemplación fue el remate de la locura de don Tello. Quisiera él aproximarse más al objeto de sus gozos, no quiero yo entender sería con incastos intentos, porque de amores al suyo semejantes no se ha de presumir vileza, mayormente en tan generoso caballero. Sería sin duda para despertarla y comunicarle las aventuras a que su amor le obligaba. Pero ya que de entrar por el balcón (que le fuera fácil) se abstuvo, quiso buscar medio cómo divertirla el sueño, y reparando que en el balcón mismo, sobre un cojín de terciopelo carmesí dormía una perrica de falda que era el entretenimiento de Ardama, determinó inquietarla para que a su ruido ella despertase. Cortó para hacerlo una rama de aquel árbol con que asombrando la perrilla la obligó a retirarse ladrando a la cama de su dueño, con cuya^{xxx} orgullosa inquietud despertó la dormida dama, y reparando en su descompuesto descuido, tiró la cortina a su hermosura dejando a don Tello a oscuras de sus glorias y, arrepentido ya de inadvertida diligencia, mayormente porque por aquella noche no surtió efecto en su favor porque la perrilla, recogida al asilo de los brazos de su señora, se quietó, y ella sin inquirir la causa de su inquietud prosiguió en su sueño. Y don Tello, reconociéndolo así, no trató de volver a inquietarla, dejando para la siguiente noche la prosecución de sus deseos, con que bajándose del moral se retiró a su albergue.

Otras muchas noches gozó don Tello desta ocasión, pero no pudo en ninguna lograr el principal intento, que era hablar a su dama, por no hallar medio con que darla a entender su diligencia, a causa que la recatada Zoraida dormía muy cerca y recelaba no ser sentido de su vigilancia y perder el efecto de sus diligencias, y lo que mayor dolor le fuera, la esperanza de gozar de Ardama, blanco principal de su arrojado exceso. Pero todos estos temerosos inconvenientes quitó de por medio amor con la ocasión que diré.

Pasaban estas cosas en el tiempo que el serenísimo infante don Fernando tenía cercada la villa de Antequera (ya hoy ciudad insigne acrecida en la opulencia, que goza en fe de los favores y privilegios con que los señores reyes la han

²⁸ Pundonor]

honrado). Pues digo que habiendo tenido Aben Yucef^{xxx} (rey de Granada entonces) noticia del aprieto en que el infante tenía aquella plaza, envió a ella socorros diferentes pero ningunos pudieron obligar al cristiano a que levantase el cerco; y así determinó el moro enviarle embajada con ofertas de ventajosos partidos en razón que levantase el asedio²⁹. Esta embajada cometi6 el rey a su alcaide Abenabo, porque menos que a persona de la calidad suya no le pareció fiar tan ardua empresa. Pero importó poco esta prevención, pues no solo no consiguió lo que pretendía, pero se volvió a Granada muy desengañado de que la plaza sería presto (como lo fue) del cristiano.

Esta ausencia puso a don Tello en las manos la última ocasión del logro de sus deseos, a que ayudó la de Zoraida, que el mismo día que partió Abenabo a su embajada, le fue forzoso a ella asistir a una hermana suya que muriéndose estaba, con lo cual dejaron libre el campo para la amorosa batalla.

Llegada la hora, don Tello subió a su atalaya, desde donde comenzó a descubrir el campo, y reconociendo a su dama en la ordinaria quietud, vio también que la perrica estaba sobre el cojín como la noche primera; pero en esta no tuvo ella necesidad de las diligencias de don Tello para inquietarse, porque apenas comenzó a trepar al árbol cuando le sintió, y puesta en huida hacia su señora, instó tanto en ladrar que la despertó, y, reparando en la instancia del animalejo, quiso informarse animosamente de qué le procedía, y, tomando un faldellín, se fue hacia la ventana, cubriendo lo que aquel no podía con la madeja de oro que, repartida en varios mazos, lo hacía con maravilloso decoro, en cuyo cuidadoso descuido su belleza se exaltaba. Llegó, digo, al balcón cuidadosa de saber quién ocasionaba el enojo a su amada perrica, y con los rayos de la ya occidente luna pudo discernir, emboscado en la espesura del moral, el bulto de don Tello, a quien no conoció luego, de que le sobrevino tanto asombro que ni pudo articular palabra para preguntar al que en el árbol se encubría quién fuese ni tuvo movimiento para volver paso atrás a su retiro. Solo le quedaron, aunque con uso indistinto y poco válido, las manos libres para significar con acciones y movimientos su pavor. Lo cual, reconocido por don Tello, procuró redimirla presto de su confusión, y así comenzó a hablar y ella a entender con alguna seguridad que el que el moral ocupaba le era más f[av]orable^{xxxii} de lo que temió al principio, mayormente oyéndole decir así:

— Despedid, gloria mía, el escusado asombro, que aunque en la ocasión presente parece necesario, luego que reconozcáis quién os le causa tendréis menor disgusto, que tanto me promete mi atrevida osadía. Y si bien es cierto que introduce asombro en el ánimo más audaz un alma que anda en pena, no ha de militar esto así en vos, pues el desconsuelo no se compadesce con la gloria, en vuestro sujeto (bien mío) consiste toda aquella a que aspiro. Si vos me la negáis, mi pena será eterna, aunque si considero la benignidad de vuestro ser no temo esta desdicha. Si dudáis del mío y el corazón no os ha avisado, yo soy don Tello de Aguilar, dos veces captivo vuestro. Ni yo ignoro, ni vos podéis ignorar que en vuestra liberalidad consiste el ser yo libre de ambas prisiones. La del cuerpo no solicito, si esta ha de ocasionarme el perderos. Y si deseo la del alma, no es para que deje jamás de ser vuestra, que fuera pretender un imposible, solo ceso la libertad de sus acciones para emplearlas libres en servicio vuestro. El efeto de mi pretensión experimentaré luego que, quietando

²⁹ Asidio]

vuestro susto, me hagáis digno de algún favor de esos divinos labios con que me significuéis algún alivio a mis esperanzas.

Así dijo don Tello, no le permitiendo la amorosa turbación proceder a más palabras (que jamás amor fue muy retórico), cuando ella, que del concebido pavor no se hallaba desocupada, ya que el desengaño de lo que se le ocasionó la alentó mucho (no a lo menos al temor de ser sentida de su familia pudo negarse) aún la ausencia de su aya se le facilitaba, con que prevalescendo amor con voz trémula y interrumpida, dijo:

— Sabe el cielo, amigo don Tello, cuán en el alma siento que esta (a tu parecer) ocasión dichosa no pueda celebrarse por los dos con las solemnidades que a las aras de amor, que la dispuso, eran debidas. Pero mi dicha es tan corta que no me permite tanta quietud para gozarla. Este puesto es ocasionado a publicidades y, así, aunque me sea muy penoso el robarme de tu vista, conviene lo permitas así. Baste por agora sepas que hago mucha estimación de tus finezas y que me cuestan desvelos las incomodidades a que por amarme te has obligado. Yo procuraré no me venzas en esta parte, pues ningunas me acobardarán como a tu lado las padezca. Ruégote por Alá no cortes agora en los principios las ocasiones que el amor nos ofrece. Permite se avigoren, que en las que nos ofrecerá espero felices logros a los deseos nuestros. No malogremos con violencias lo que el amor mesmo nos concede, y libra en la prudencia y recato. Yo buscaré ocasión más oportuna. Amor sabrá instruirme, pues rendirme supo. En ella podremos con menos recelos hablar y dar asiento a la perpetuidad de tan bien nacidos afectos. Débete yo agora la obediencia de mi súplica y queda con el poderoso Alá.

Con esto Ardama a retirarse iba cuando, quiriendo don Tello ejecutar su mandamiento, trató de descender del empinado moral (infausta planta a los amantes desde Tisbe y Píramo^{xxxiii}), pero la turbación gobernó tan mal sus pasos que, falseando una rama, vino precipitado sin reparo alguno al suelo, lo cual reconocido por Ardama, que aún ocupaba el balcón por ser testigo de su obediencia, viendo el peligroso precipicio de su amante, olvidada de los respetos a que reducida la tuvieron sus temores (que siempre el mayor vence el menor peligro), sacando todo el cuerpo del balcón para informarse del estado en que la vida de su amado objeto estaba, pues del fracaso no se podía prometer menos que una gran desdicha y, habiendo atendido un poco y no viendo que se revolvía, tuvo por cierta su muerte, y persuadida a ello quiso arrojarse como segunda Hero al socorro de su Leandro^{xxxiv}. Pero aconsejada mejor, para guardarse a otra mayor desdicha a que su estrella la tenía destinada, de quien estos exordios de su amor fueron presagios, se acordó que cerca de su cámara se bajaba por un secreto caracol a unas oscuras bóvedas que con escasa luz de día eran alumbradas por unas lumbreras que al mismo jardín salían. ¿Qué dificultades no vence Amor? ¿Qué horrores y asombros no facilita? ¿Y qué peligros no desprecia? ¿Quién creerá que una doncella tierna ganase tantas victorias y venciese tantos imposibles? Creeralo quien hubiere hecho muchas experiencias en la milicia de amor. Luego que consideró tendría por allí salida al jardín, sin reparar en la tenebrosidad a que se ofrescía, en la dificultad de salir por la lumbrera ni en los asombros que a un tierno corazón suelen asaltar en tan lúgubres lugares en tiempo tan desconsolable como la noche oscura, se resolvió a vencerlos todos llevando por genio suyo a solo Amor que la guiaba, alumbraba y conducía. Y ejecutándolo, en un instante se halló abrazada del desmayado don

Tello, cuya caída fue tal que le privó de todos sus sentidos. Tanto, que no reconociendo la desconsolada dama en él algún sentido ni vital movimiento, persuadida a su muerte por la consulta que hicieron a los pulsos³⁰ su blanca mano [sic], y al aliento los rubíes de sus hermosos labios, y así recogiénole la cabeza en su regazo, vertiendo sobre el desmayado rostro abundantes lágrimas, decía:

— ¡Oh mísero y infelice caballero! ¡Oh siniestro y cruel hado! ¡Oh espíritu generoso! ¿Cómo has dejado desierto el cuerpo más excelente que jamás fue animado? ¡Oh Amor, cómo con tan mal acuerdo dispones los gozos de tus secuaces! ¡Oh cuán frágiles son tus esperanzas! ¡Oh cuán dudosas tus promesas, cuán acibarados tus gustos, cuán ciertos tus pesares y cuán infiernos tus glorias!

Pero, ¿por qué infamo tus hazañas y no castigo mi suerte, siendo ella la causa de tan acerbo daño? Esta por ser mía ha sido breve efímera, que en el día que nació tocó los límites de la muerte. ¡Yo he ocasionado la del más verdadero amante que conoció la antigüedad ni oirán los venideros siglos! ¡Oh árbol infausto, hoy tienes a tus pies mayor triunfo que el que ganaste de aquellos dos amantes nada superiores a nosotros en su amor, cuya inocente sangre vistió tu³¹ verde fructo! Hoy tienes ya la ocasión misma, hoy dará nuevo realce a tu color el humor rojo que mis venas atesoran, goza desta nueva tragedia que hoy representa Amor en tu presencia por quien no quedarás con menor nombre que te ha dado la primera. Ya no faltará aquí yerro para mi pecho, pues el puñal de don Tello me convida a la venganza de su dueño.

Y diciendo así, arrancando un puñal que en la cinta don Tello tenía, levantó el brazo para ejecutar el funesto golpe en su delicado pecho. Fue a tiempo que él, más cobrado de su desmayo, alcanzó a entender el estado en que se hallaba y algunas de las lastimosas razones que su dama pronunció, y, conociendo su furioso intento, pródicamente, fingiendo entonces se recuperaba, extendiendo dichosamente la mano, le detuvo el determinado brazo. A esta^{xxxv} no esperada^{xxxvi} acción quedó Ardama como si de un profundo sueño despertara, que la tenía opresa en tan confusos^{xxxvii} sobresaltos y, no determinándose al crédito de lo real y cierto, discursando de nuevo entre sueño y vigilia, se quedó suspensa. Lo mismo precedió a don Tello, quedándose los dos mirando con notable asombro de sus imaginaciones, no valiendo uno ni otro a pronunciar palabra para venir a la averiguación del estado en que se hallaban. Don Tello no sabía entender el modo como Ardama hubiese bajado al jardín, y ella, persuadida él estaba difunto, no se aseguraba en su reformation, y habiendo estado ocupados en estas dudas, alentado don Tello con los auxilios de Amor, enlazando el hermoso cuello de la dama con tiernas y amorosas razones, la desocupó del temor que la tenía opresa cuando ella, asegurada, reciprocó los amorosos abrazos, y ya más libre de los celos en que a las primeras vistas recató su decoro, habiéndole comprometido en el adbitrio de su amante en fe del empeño en que la puso la aprehensión que hizo de su muerte, por quien se obligó a tan ardua acción (que son efectos de Amor despreciar peligros por lograr deseos) la pesaba ya de que había de ser forzoso el dividirse tan presto, no se acordando tenía padre que se ofendiese, aya que la celase ni familia que mormurase sus acciones amorosas. Pero conociendo también que violentar a la dicha es poca cordura, viendo que ya la aurora les daba prisa para que se

³⁰ Pulsos]

³¹ Su]

retirasen por no aventurar sus futuras felicidades aunque con violencia de sus gustos, se dividieron entonces asentando el verse por aquella parte todas las noches, no la asombrando a ella el horror del lugar por donde se obligaba a venir a trueco de no empeñar a su amante a segundos precipicios, que Amor todo imposible vence y allana, y reiterando los amorosos lazos, cada cual se retiró a su albergue.

No porque Abenabo volvió de su embajada y Zoraida se restituyó a su oficio, se acobardó Ardama de cumplir el contrato que asentó con don Tello en orden a verle todas las noches, porque respectando solo al mayor silencio de la noche, en casi ninguna faltó a su promesa hasta que Abenabo, por solazar su familia, determinó irse a los jardines del xaraugi^{xxxviii} donde tenía una hermosa quinta, cosa que a los dos amantes fue de sumo gusto por la comodidad que aquel sitio les ofrecía para ejecutar lo que entre ellos tenían concertado.

De forma vivía Ardama transformada en don Tello, que no quiso faltar a acción en que sus dos almas desconviniesen, porque habiéndose instruido por sus exhortaciones en la excelencia de nuestra sagrada fe, se determinó dejar la falsa secta que profesaba bautizándose, y para conseguir este sumo bien se resolvieron de pasarse a tierra de cristianos, hurtándose una noche para cuyo cumplimiento solo aguardaban ocasión y ansí, en la que tenían entre manos, libraron el hacerlo. Estando, pues, Abenabo ya en su quinta bien libre de los pensamientos de su amada hija, concertó ella con su amante, en siendo hora competente para su fuga, sacase un buen caballo y la esperase a la orilla de Genil^{xxxix}, que no lejos de la quinta corría, lo cual pudo ejecutar con libertad en fe de la que su dueño le tenía concedida sobre el manejo de toda cosa, granjeo que él se hizo a fuer de su afable trato. Ella, por otra parte, se previno de muchas joyas de inestimable valor que sacó consigo, y llegada la deseada hora, tuvo felice suceso su fuga, si la fortuna, que les concedió tan favorables principios, los continuara y perficionara con dichosos fines.

Ella llegó a la parte donde don Tello la esperaba que, puniéndola en las caderas del generoso caballo, saltó con gallarda destreza en la silla, y dando hierro³² y rienda al ligero bruto, en poco tiempo, siguiendo la vía de Loja^{xl}, escusándose del real camino, tomó el de la sierra caminando todo lo que de la noche faltaba, llevando intento de ampararse en el real del infante. Pero al tiempo que las cándidas palomas sacaban por el horizonte el carro hermoso de la madre del Amor^{xli} (entonces precursora del día), se emboscaron entre la fragosidad de unos pelados riscos tan intractables a toda conversación humana que apenas pudieron hallar en sus asperezas hospedaje, aunque conociendo que el propio desagrado del sitio era el que más podía serles propicio a desmentir su rastro, lo juzgaron no bostezo del abismo (como realmente lo parecía) sino un remedo del terrestre paraíso. Mayormente que un violentado arroyo que de las inaccesibles cumbres se precipitaba ensordeciendo con su ruido los profundos valles, les ofreció entre menuda yerba y algunos silvestres enebros y venenosas adelfas sitio menos desapacible a su descanso y retiro.

Allí pasaron los fugitivos amantes aquel día en amorosos coloquios, todos reducidos a instruir en los misterios de la fe a la mora, que en este oficio pretendió mostrarla con verdad que no solo amaba la hermosura de su cuerpo sino la de su alma, que es la verdadera fineza del verdadero amor, en que la mora estaba tan entretenida que juzgó las horas indivisibles instantes.

³² Yerro]

Luego que amanesció este mismo día fue reconocida la ausencia de la mora y se confirmó con algunos indicios (advertidos aún en su mayor recato) que se había huido con don Tello, porque también siendo buscado no pareció^{xlii}, ni menos el caballo que en el principio de la pasada noche sacar le vieron con pretexto de llevarle a bañar al río. El sentimiento de Abenabo en la comprobación del suceso fue de forma que quiso abrasar la quinta y a todos los familiares, a quien culpaba de su poco recato y advertencia. Pero aconsejado mejor, viendo que así no se remediaba su desdicha, determinó irse al rey y significarle su agravio, pidiéndole, por favor, le diese gente para seguir los fugitivos amantes, persuadido llevaban su viaje dirigido al cerco de Antequera y real del infante. El rey le concedió su demanda y le dio bastante gente para conseguir mayor empresa, y sin perder punto se partió en su alcance. Pero, aunque llegaron a Loja y pasaron a Archidona, jamás descubrieron su rastro hasta que, procediendo más adelante, les sucedió lo que diré luego.

Al punto que el hijo de Latona³³ abscondió su dorado coche, que entonces lo hizo por entre celajes cárdenos, prenuncio del enojoso ceño con que Tetis^{xliii} le hospedaba, mostrándose melancólica y triste con tantas muestras de horrores que la imaginación sola de sus amenazas introdujera asombros en los ánimos más audaces, por puntos fue creciendo el tenebroso espanto, ayudado del desconsolable estruendo de unos sordos y disonantes truenos alternados con algunos bostezos de la melancólica noche, que con violentas y repentinas lumbres, dejando más oscuro el horizonte, ocasionaban mayores desconsuelos. Servían estos repentinos resplandores de mayor temor a los dos amantes (que ya iban prosiguiendo su viaje) llevando solamente por guía la elección de su alentado bruto, que venciendo y rompiendo dificultades tantas como la escabrosidad del camino y tenebrosidad de la noche le ofrecían, caminaba, porque siempre que alumbraban, descubriendo árboles y riscos, se les representaban a su imaginación temerosa escuadrones de gentes que en su seguimiento venían. Acrescía su asombro con el sordo ruido que las precipitadas y roncadas gargantas de agua hacían por entre aquellos escabrosos breñales, formando una desagradable música el desacorde³⁴ plectro de los riscos que las tocaba, a quien arrimaban sus desconsolables voces funestos búhos y siniestros mochuelos. Cada cual de los dos amantes llevaba el corazón tan lleno de congojas y temores que casi quería desamparar sus pechos, si bien ninguno lo daba a entender al otro, antes de su silencio hacían ellos asilo a su seguridad, recelosos que su voz misma fuese el índice de su fuga y camino que llevaban y los entregase a la sangrienta venganza de Abenabo, a quien juzgaban siguiéndoles el alcance ya muy vecino a sus espaldas.

Y no se engañaban sus afligidos corazón[es]^{xliv}, pues no mucho después experimentaron las mismas desdichas que temían³⁵. Porque habiendo ya pasado de Archidona y descubierto don Tello con los reflejos de los relámpagos el inaccesible risco asumpto de mi historia y, habiéndose animado, considerando cuán cerca estaba ya³⁶ su escampo³⁷ y vuelto a Ardama, le dijo:

— Gracias al cielo, bien mío, que ya nuestras desdichas harán muy presto punto. Desde esta peña al real del infante no hay camino de una legua. Ya

³³ La zona]

³⁴ Desazor de]

³⁵ Tenían]

³⁶ Add. de

³⁷ Amparo]

aquí no será tan corta nuestra suerte, que aunque vuestro enojado padre venga en nuestro seguimiento pueda conseguir la satisfacción de su enojo. Ardama solemnizó con alegría tan felice nueva, dándole en albricias della un tierno abrazo.

Este consuelo se les logró muy poco, porque antes de andar muchos pasos oyeron un grande tropel de gente de a caballo que a las espaldas les venía. Hacíanlos más notorios los continuados relinchos de sus caballos, a quien el suyo respondía alternativamente. Debía sin duda de reconocer entre todos el caballo de Abenabo y así le daba la bienvenida en su idioma.

También reconoció Abenabo en los relinchos de ambos cuán a los alcances iban a los fugitivos que seguía, y así, alentando la gente, dando a su caballo de las espuelas, ganó a todo el escuadrón la delantera, diciendo le siguiesen. El estruendo de la gente armada se iba oyendo más cerca y el caballo suyo menudeaba los relinchos y, conociendo en esto don Tello su ruina y que sería presto descubierto, quiso evitar estos daños, y apeándose él y después a Ardama, le dejaron libre y fue a tiempo que se hallaron al pie de la alta peña, y tan a tiempo que a pocos pasos que dieron, luego que el caballo se vio libre, partió de carrera hacia el ejército moro, no parando hasta que se encontró con el de Abenabo, de quien siendo conocido y juzgando el suceso mismo, siguió sin detenerse³⁸ el camino, y fue cuando ya Apolo^{xlv} comenzaba a dorar los más altos riscos de la peña con cuya luz pudo divisar bien cómo los dos amantes se iban encumbrando por lo más áspero y inaccesible della, a cuya ocasión llegó una tropa que del escuadrón se había desgajado, y oyendo a su caudillo daba voces a su hija y esclavo, improperándolos con inominosas y sañudas amenazas en orden a lisonjearle con su presa, llegaron de carrera hasta los términos concedidos a la huella de los caballos, y no pudiendo proseguir en ellos, se apearon y comenzaron a subir la peña, lo cual visto por el esforzado don Tello, animando a su consorte, comenzó a desgajar algunos fragmentos de aquellos riscos con que a sus perseguidores fue forzoso volver a lo llano, algunos huyendo, otros en menudas piezas y muchos precipitados, tanta era la batería que en ellos hicieron los despeñados riscos, con lo cual él y su dama pudieron mejorarse de puesto, si no de fortuna. A este tiempo llegó al cristiano campo una espía^{xlvi} que dio aviso de la gente mora que cerca de la peña quedaba. Y, sabido por el infante, envió a su encuentro para que les impidiesen el paso tres numerosas tropas de esforzados guerreros de quien eran caudillos don Per Afán de Ribera, adelantado mayor entonces de Castilla; don Pedro Enrique, almirante, y don Pedro de Córdoba, señor de Guadalcazar^{xlvii}. No dilataron mucho los valerosos capitanes la jornada, pues cuando Abenabo llegó a combatir la peña, venían ya marchando a ella, de suerte que pudo muy bien ser visto el cristiano ejército por don Tello desde que ganó la cumbre, y así, alentado con el nuevo gozo que el venidero socorro le ofrecía, dijo a su dama:

— No os aflijáis, prenda mía, que ya el cielo condolido de nuestra desdicha y acaso obligado de la intención del sacrificio que le hacemos de vuestra alma, nos previene de socorro tan importante como el que veis venir la vega arriba hacia nosotros. ¿No miráis el bizarro escuadrón que el señor infante nos invía en defensa nuestra? Alentaos señora, que en la majestad divina confío nos libraré de tan riguroso trance.

Ella entonces, alzando la vista a ver la cristiana gente, reconoció venían lejos y

³⁸ *Add.en*

que a la instancia con que su enojado padre procuraba su ruina, era muy dilatado el socorro, lo cual le dio así a entender a su amante, que aunque alentarse procuraba, lo mismo reconocía. Y no lo tantearon mal, pues conociendo Abenabo la ruina que en los suyos con tan poco rie[s]go^{xlviii} de sus enemigos hacían los arrojados peñascos, ordenó a un escuadrón de flecheros diestros, que pues vivos no los podía haber a las manos, los matasen a flechazos, los cuales comenzaron a disparar tantas flechas que cubrían al sol los rayos, cosa con que apretaron tanto a los infelices amantes, que los obligó a atrincherarse con los riscos mismos sin darles lugar al ejercicio y defensa que en las arrancadas peñas tenían libradas, porque la velocidad de las arrojadas flechas superaba la excelsitud de la encumbrada peña. Lo cual reconocido por Ardama, y que su peligro era inevitable por haber de venir presto a manos del rigor del furibundo padre, juzgando la muerte de sus manos por más rigurosa que la que los dos podrían ministrarse con las suyas mismas, llevada en esto del instituto de su pernicioso secta, por no estar aún entonces corroborada su alma con los santos sacramentos de nuestra sagrada fe, le dijo así a don Tello:

— Amado señor mío, nuestra perdición es cierta y el favor que nos invía el infante viene lejos, pues primero nos hallaremos en las manos del precipitado enojo de mi padre que el socorro llegue a divertir sus intentos vengativos. Menos penosa muerte será, sin duda, la que nosotros mismos nos prevengamos que la que nos dará mi iracundo padre, pues juzgo que en orden a hacer la mía más penosa, anticipará la tuya en mi presencia, obrándola con todos los tormentos que su ciega ira lo sabrá ministrar, con que no parando los míos en el cuerpo, forzosamente pasarán a la³⁹ alma, en quien hallándote se le seguirá segunda venganza, que a ejecutarla en mí primero me fuera de menor acerbidad, pues por lo menos partiera gustosa de dejarte vivo, y acaso con esperanzas de que habiendo quebrantado en mí sus iras, quedaran con más votos filos en tus daños. Y no presumas de la flaqueza de mi ser falta alguna de valor, porque sin duda tengo mucho para mayores trances. Atiende a mi pensamiento y no por de mujer le desprecies ni por desadornado de razones, que el conflicto en que nos vemos no permite dilatados y retóricos discursos. Lo bizarro consiste en los efectos. Solo te pido de camino adviertas con seguridad, que no lo acerbo del trance en que nos hallamos me induce arrepentimiento de considerarle causado por amarte, antes doy al cielo gracias por haberme dado este ser para amarte y ser de ti amada, considerando muy atentamente que fuera para mí mayor desdicha no haber sido para amarte que dejar de ser por haberte amado. Y así digo que moriré muy ufana, muriendo tuya y a tu lado, si bien (vuelvo a decirlo) con mucho dolor de que mueras mío y a mi vista. Lo cual así supuesto, por todo nuestro amor te pido, pues ya no será posible salvar las vidas, que hagamos un partido entre los dos con que inmortalicemos nuestra fama. Quitemos a mi enemigo padre de las manos esta victoria, sea él hoy triunfo nuestro, no se glorie de que lo fuimos suyo, atiende al valor mío. Enlacémonos los dos en apretados brazos, precipitémonos a su vista desta excelsitud, fiemos más del horror desta mi imaginada hazaña (no llamo muerte la que nos conducirá a perpetua vida, pues es la fama la que eterna la conserva) que de las iras de mi padre con celeridad

³⁹ A1]

pasaremos, no dejando al mundo más nombre que tú de infiel esclavo y yo de inobediente hija, oscureciéndose entre tan viles atributos el más valeroso amor que contarán los futuros siglos.

Ansí dijo la mora como poco instruida en la católica fe, mirando más a la temporal gloria que a los gozos sin fin de la eterna. Y digo que su desesperada resolución no debe admirar mucho, porque como su conversión tenía por objeto el gozo de su amante y este se frustraba en el presente peligro, creyendo poder hacerlo en la otra vida, como neciamente lo piensan en su falsa ley, le persuadía a esta (a su parecer) heroica hazaña en que creía lograr⁴⁰ sus deseos.

Habiendo atendido⁴¹ don Tello a la desesperada⁴² resolución de la mora, en el poco sosiego que las arrojadas flechas les concedían, quiriendo desanudar la lengua que la terneza le tenía presa para responderla, cuando pudo hacerlo, en⁴³ acentos interrumpidos⁴⁴ la dijo así:

— ¡Ay bella Ardama y qué infelice ha sido mi suerte, pues me usurpa en un instante lo que con muchas aflicciones había conseguido! Róbame tu valeroso espíritu con cuya prenda viviera yo dichoso. ¡Ya los lazos conyugales^{xlix} que esperaba de tus bellos brazos mi cuello serán los de mi muerte! ¡Ya el tálamo nupcial será funesto túmulo! ¿Quién vio jamás tal género de desdichas, que los mismos lazos que consideré mis glorias, me conviden a la muerte? ¡Ay, Ardama mía, cuán caro te cuesta haberme amado! Dejárame padecer en mi loco devaneo, no me favoreciera tu piedad, pues ella es causa de mi mayor desconsuelo, en cuanto la miro tan en daño tuyo. No lo digo, ni de mi dolor lo infieras por temor de mi muerte, que muchas diera yo por la vida tuya. El considerar que esta muerte será común a entrambos es lo que me atormenta. Permíteme, señora, yo solo me precipite, que no me persuado que viendo tu padre mi ruina, prosiga contra tu vida, pues el amor paternal forzosamente moderará sus rigores. Concédeme, señora, este bien, que yo partiré contento cierto de tan posible suceso.

No le dejó proseguir Ardama, antes con una aceleración notable le dijo culpaba más en aquello su necia piedad que estimaba la que parecía fineza de amor, y que si no se resolvía a ejecutar su resolución, ella se arrojaría sola, entregándose a su muerte, quejosa del poco retorno que hallaba en su amor, pues sin duda por no le bastar el ánimo a emprender hazaña tan⁴⁵ heroica, daba aquella afectada repulsa al dichoso efeto de sus deseos.

— Con todo eso, prenda mía —dijo don Tello—, es justo advierta que soy cristiano y vos estáis cerca de serlo, y en nuestra ley sagrada no se permiten semejantes impiedades⁴⁶. Reparad, señora, que no es este el valor que da la fama eterna, solamente le da el buen fin. El que libráis a nuestras presentes desdichas es instantáneo y de tal calidad que de las iras de vuestro padre podríamos pasar (queriéndolo vos) al gozo de las eternas felicidades, como será cierto resultará deste temporal precipi[ci]o^l a que queréis nos arrojemos: el eterno. No prevariquéis, señora, del propósito

⁴⁰ Lograra]

⁴¹ Add. el noble

⁴² Add. y atrevida

⁴³ Con]

⁴⁴ Add. y lastimosos

⁴⁵ Add. rara y

⁴⁶ Add. como vos me pedís

piadoso a que caminábades rescibiendo el bautismo santo, que aunque aquí nos falta comodidad, confesando la católica ley y deseando morir en ella, la sangre que vuestro padre os vertiere os servirá de agua con que lavéis el alma.

A esta sazón los soldados les ganaban ya la peña, lo cual conocido por Ardama, perseverante en su error, reprehendía audazmente al bienintencionado caballero, persuadiéndole al precipicio, el cual, acaso más por ⁴⁷ darla aquel contento, reconociendo que la muerte de los dos era ya inexcusable, abrazándose con ella, pronunció estas últimas razones:

— ¡Oh Amor, quién te dio nombre de Dios si en el que lo es verdadero el atributo principal es el ser piadoso! ¡No lo eres tú, pues con tan severo rigor das semejantes penas a los que te son más fieles! Mas ya que te agradas en⁴⁸ nuestra ruina, perpétuala⁴⁹ en las memorias de los venideros siglos las desta lamentable tragedia, y en señal suya haz que este risco se llame desde hoy “la peña de los dos enamorados”.

Y diciendo así, como estaban abrazados en indisoluble nudo y con indecible constancia, se arrojaron por lo más precipitoso de la peña, y dejando los espíritus amantes (si no católicos) en los vientos, no pararon hasta dar en los cristales del río, que al modo deste lava los pies a la encumbrada peña convirtiéndolos en corales rojos.

¡Oh felices amantes (hablando en lenguaje gentilico^{li}), que con tan heroica acción habéis dejado muchos pasos atrás a las Tisbes y Heros, Píramos y Leandro^{lii}! Perdonadme si el tosco pincel de mi lengua no ha sabido hacer eterna vuestra historia en los ánimos de los que la escuchan.

La morisma, que atendió al horrendo espectáculo, pasmó de ver extremo de tan heroico amor, y principalmente los que de más cerca pudieron entender su coloquio a causa de haberle hecho en voz alta. Y aún al iracundo Abenabo, si no la terneza de ver los desperdicios de los hermosos miembros de su amada hija, despojos de aquellos ásperos riscos, le dijo tan enternecido el suceso que olvidado de su pasión, en tierno llanto les hacía las obsequias. Y a serle ya posible, estimara sus vidas por concederles liberal el último descanso a tan infortunados amores.

Pero ya que esto no pudo, mandó recoger las reliquias de los desmembrados amantes para darles sepulcro en aquel lugar mismo por eterna memoria del suceso, para lo cual fueron sacados del río y, si desfigurados en menudos fragmentos, no deshecho el apretado nudo de los brazos, que permanecía en estrechez tanta que no fue posible desenlazarlos, y así de aquella forma fueron sepultados juntos al pie de la misma peña, a quien aplicaron una gran lauda^{liii} y en ella escrito en arábigo un epitafio cuya sentencia fue esta:

EPITAFIO

Un monumento de amor
es basa de aqueste risco,
que ya pira o obelisco
será su fama mayor.

Aquí se conserva en flor
la cifra del absoluto
poder de Amor o el tributo

⁴⁷ *Add.* agradarla y

⁴⁸ De]

⁴⁹ Perpetua]

debido a su tiranía.

Cobrole en el mismo día,
que pudo esta flor ser fruto.

Apenas acabaron los moros el acto piadoso (si no religioso) cuando tuvieron noticia de la venida de los cristianos, y así les fue forzoso retirarse a toda prisa hasta encerrarse en los muros de Archidona. Pero no pudieron excusarse algunos de los peones de ser cautivos, de quien supieron la causa de la jornada de Abenabo con todo lo demás que habían entendido de los amores de don Tello, su muerte y sepulcro. Admiráronlo mucho los cristianos y trataran de llevar a dar sepulcro más decente a don Tello si no juzgaran del modo de su muerte no le merecía. Publicose esta tragedia en el real del infante, por cuya fama quedó hasta hoy la peña con el renombre de «Los dos enamorados».

Esta, señores, es la historia de la peña de Antequera, tan semejante a esta que tenéis presente, causa que dio motivo a que yo os haya cansado con su prolijidad, así en estilo como en dilación. Perdonad, que el amor de la patria me ha llevado^{liv}.

Así puso fin a su tragedia Alarcón —prosiguió diciendo Acrisio—, que si ella fue verdadera, ya tendré en apoyo de que amor puede entrar por el oído otro testigo más con que mi crédito quedará más afianzado. He querido introducirla en mis discursos (aunque parezca extraña dellos) por ser en esta parte no fuera de propósito ni traída con violencia.

—Para conmigo, padre nuestro —dije yo—, no son necesarias⁵⁰ más comprobaciones de haber vuestra paternidad afirmado haberle sucedido así, mayormente habiendo quedado en su lugar la dificultad tan llana con tan buenas doctrinas. La verdad es que la historia está dispuesta sazoadamente, y que Alarcón descubre ingenio no degenerando de los muy ilustres que su patria produce, de que me consta a mí por los que en aquella nobilísima ciudad he comunicado, de quien pudiera yo hacer un largo catálogo a no ser materia tan odiosa, supuesto que donde hay tantos, no los memorando todos (que esto es imposible), los omitidos quedarán quejosos y, los referidos, poco agradecidos, como ya se ha visto esto en nuestra edad^{lv}. Pero dejando esto, porque no parezca censura, servidos de proseguir vuestra historia, que parece que de propósito nos la dilatáis interponiendo las ajenas.

—No os espanten, amigo —dijo—, mis digresiones⁵¹, que las solicito por dilatar el toque de mis penas. Pero ya estoy tan cerca de referirlas que será en el siguiente discurso su introducción, y entre tanto digo que al tiempo que Alarcón acabó la historia dimos vista a los muros de Arezzo^{lvi}, ciudad noble de donde partimos el siguiente día, y en breves jornadas llegamos a Roma, donde en tres días que en ella estuvimos, visitamos muchas^{lvii} de sus antiguas ruinas que hasta hoy publican la grandeza del ánimo de sus fundadores. Después, despedido de los peregrinos, con grandes demostraciones de sentimientos de ambas partes y instruido por ellos en las conveniencias de la buena dirección de mis negocios, partimos mis serranos y yo para Nápoles, adonde llegamos y nos sucedió lo que se sabrá después.

Aquí mostró Acrisio poner fin a este discurso, dándonos lugar para hacerlo nosotros sobre los amorosos sucesos de los amantes de la peña hasta que nos

⁵⁰ Nessarias]

⁵¹ Disgresiones]

llamaron a cenar.

ⁱ Topónimo latino para designar a Andalucía. Hace alusión al pueblo germano de los vándalos, que ocuparon la península en el s. V.

ⁱⁱ Don Tello, señor de Aguilar y de Vizcaya (1337-1370), hijo de Alfonso XI de Castilla y de su concubina regia Leonor de Guzmán, participó activamente a través de sus huestes en la Reconquista, en las diversas campañas que el monarca emprendió contra los musulmanes. En 1340 fue nombrado Canciller Mayor del Rey y recibió asimismo el Señorío de Vizcaya al contraer matrimonio en 1353 con Juana de Lara, heredera del mismo. En suma, desempeñó un papel activo en la ascensión de su hermano Enrique de Trastámara al trono, que acabó ocupándolo como Enrique II de Castilla (Díaz Martín, 1982).

ⁱⁱⁱ «Juzgándola» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{iv} Reparado en el impreso.

^v Subsanado en el impreso.

^{vi} *Roquero*: «Lo que pertenece a las rocas, o está formado de ellas» (*Autoridades*).

^{vii} *Martelo*: «La unión y correspondencia cariñosa entre dos personas» (*Autoridades*).

^{viii} *Justar*: «Exercitarse en las justas, pelear o combatir en ellas» (*Autoridades*).

^{ix} Los amores de Psique y Cupido constituyen una narración independiente e inserta en *El asno de oro* de Apuleyo. Psique era dueña de tal hermosura que ningún pretendiente se atrevía a conquistarla abrumado por su belleza. Ante tal hecho, el oráculo aconseja a sus padres que la atavien con galas de novia y la abandonen en una roca, adonde acudirá un monstruo que será su futuro marido. En efecto, acatada la profecía, Psique es desplazada por el viento hacia el palacio de su esposo, quien le impone una condición: debe vivir sin conocer su rostro y, en caso de que intente descubrirlo, será abandonada por él. La joven acepta el pacto hasta que un día, movida por la curiosidad, enciende una lámpara mientras su marido duerme. Cupido —pues era este su esposo— se despierta y cumple su promesa de abandono. No obstante, Amor acaba echándola tanto de menos que le pide a Zeus licencia para casarse con la mortal, de manera que ambos restituyen sus amores.

^x En el manuscrito, debido a una corrección, leemos «si si consigo este bien», repetición que ha sido subsanada en el impreso. En una primera redacción del manuscrito figura «que si ~~hego a verla~~» (f. 99r) y en el interlineado superior «si consigo este bien» (*ibidem*), remodelación que acaba con la repetición susodicha.

^{xi} *Protestar*: «Assegurar con ahinco y eficacia» (*Autoridades*).

^{xii} Carroll Johnson sugiere que Matías de los Reyes era descendiente de judíos (1973: 34 y ss.) y para ello se basa en una concatenación de factores. En primer lugar, parece ser que tanto el autor madrileño como su hijo y su nieto fueron investigados por la Inquisición y declarados «limpios». Por otra parte, Matías de los Reyes habría cambiado el apellido paterno, «Galán», por el materno, del que de hecho se valía («de los Reyes»), pues algunos Galanes habían sido previamente condenados por la Inquisición. Un último factor determinante estaría relacionado con la profesión que Matías de los Reyes desempeñaba en Villanueva de la Serena, alcahalero: «las actividades profesionales del converso seguían siendo, en gran parte, allá por los siglos XVI y XVII, las mismas que las del judío medieval, y abundaban, en consecuencia, entre los llamados ‘cristianos nuevos’ los mercaderes, los arrendadores, los alcahaleros, los usureros, los médicos» (Caro Baroja, 1961, II, 9; citado por Johnson, 1973: 36).

^{xiii} «escusas» en el texto.

^{xiv} «antenderle» en ms. Corregido en el impreso.

^{xv} Variante tipográfica en algunos impresos conservados del *Para algunos*, pues el deterioro del trazo superior de la ‘s’ larga hace que se lea «delpidio».

^{xvi} Fortaleza militar ubicada en la colina del Mauror y enlazada con la Alhambra en el siglo XIV. Con anterioridad, constituía una fortificación independiente.

^{xvii} *Contar*: «vale tanto como numerar, cuentase el dinero; y pagar de contado» (Covarrubias).

^{xviii} «Todos» en el texto del manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xix} «escusabale» en el texto.

^{xx} *Ara*: «es el altar para hazer sacrificio a Dios» (Covarrubias).

^{xxi} Se trata de la zona que actualmente constituye el barrio granadino de la Magdalena, creado en el siglo XVI. Con anterioridad a esta fecha, se trataba de una zona natural denominada desde la dominación musulmana «huertas del Jaragüí», próximas a la orilla del Darro.

^{xxii} V. 3.3.3.

^{xxiii} Es probable que se trate de los jardines que Afrodita, madre de Amor, poseía en Pafos (Chipre), su región natal.

^{xxiv} *Cliente*: «El que está encomendado, y debaxo de la confianza, tutela y patrocinio de otro a quien reconoce alguna superioridad» (*Autoridades*).

^{xxv} *Cuadro*: «En los jardines aquella parte de tierra labrada regularmente en cuadro, y adornada con varias labores de flores y yerbas» (Academia, 1832).

^{xxvi} En el manuscrito, «paralelo». En el impreso aparece la forma corregida.

^{xxvii} *Hollar*: «vale pisar, apretando debaxo alguna cosa [...] Hollarse vno bien, es tratarse honradamente. Hollar vno a otro, es tratarle mal y tenerle en lo que trae debaxo de sus pies» (Covarrubias).

^{xxviii} Resulta curiosa la ortografía peculiar de ambos nombres que Matías de los Reyes mantiene en el manuscrito, «Daphnes» y «Apollo», que se corresponden con las formas gráficas que adquieren en la lengua inglesa e italiana. Dafne («laurel» en griego) fue perseguida por Apolo hasta que, tras solicitar clemencia divina, acaba convertida en un laurel con el fin de frenar la persecución del dios e imposibilitar sus deseos.

^{xxix} Subsano en el impreso.

^{xxx} «Cuyo» en ambos textos.

^{xxxi} Rey de Marruecos en el s. XIII.

^{xxxii} Subsano en el impreso.

^{xxxiii} V. discurso segundo, nota VIII.

^{xxxiv} Los amantes Hero y Leandro vivían en orillas separadas del Helesponto. Leandro, guiado por una luz que Hero encendía al otro lado, cada noche cruzaba a nado el estrecho hasta que una noche de tormenta el foco se apagó y Leandro fue devorado por el tempestuoso mar. Hero, al ser consciente del fatal desenlace, se arrojó también a las aguas considerándose incapaz de sobrevivir a la muerte de su amado (Grimal, 2008: 310-11).

^{xxxv} «a aesta» en manuscrito. Subsano en el impreso.

^{xxxvi} «esparada» en el manuscrito. Subsano en el impreso.

^{xxxvii} «confuso» en el manuscrito. Subsano en el impreso.

^{xxxviii} Francisco Bermúdez, en relación con la Alhambra, asegura: «al poniente tiene el Xaragui, palabra árabe que significa “huertas de toda recreación”, que es la festejada vega de Granada. Es un llano y espacioso campo (que esto significa “vega”) de ocho leguas en largo, cuatro en ancho y veintisiete en circuito de huertas, olivares, viñas y sembrados» (Bermúdez, 1608: f.6v).

^{xxxix} Río andaluz que nace en Sierra Nevada y desemboca en el Guadalquivir en la localidad cordobesa de Palma del Río.

^{xl} Municipio granadino.

^{xli} Afrodita se desplazaba en un carro tirado por palomas, su animal predilecto.

^{xlii} *Parecer*: «hallarse lo que se había perdido» (Covarrubias).

^{xliii} Este pasaje induce a pensar que Matías de los Reyes habría confundido a Helio con Apolo, que también era una divinidad solar. En primer lugar, Apolo era hijo de Leto (Latona en la mitología griega), y vagaba por los cielos tirado por un carro de cisnes que su padre, Zeus, le había regalado al nacer. Helio, por su parte, hijo de Hiperión y Tía, cruzaba el cielo montado en un carro guiado por cuatro veloces caballos —Pirunte, Éoo, Flaetón y Flegonte— y estaba casado con Perseis, una de las hijas de Tetis y Océano. En suma, Tetis habita en el extremo más occidental del mundo, esto es, el lugar donde se esconde el sol y donde va a parar Helio cada noche tras caminar durante todo el día. Mientras él descansa, sus corceles se sumergen en las aguas de Océano.

Durante la primera jornada del *Para todos* (Juan Pérez de Montalbán, 1632), Fabio, encargado de amenizar el día, discurre a propósito del «planeta sol», del que afirma que «llámanle Sol porque es solo, y danle varios y diversos nombres los poetas, confundiendo el nombre de Sol y Apolo, y así hablan de entrambos como si solamente fuera uno» (Pérez de Montalbán, 1999: 499). Valga de prueba el siguiente comentario sobre el sol para ratificar la confusión: «Paséase por el cielo en un coche o carro de cuatro caballos que son *Pirois, Eto, Flegón* y *Eus*, que todos significan fuego, divinidad y resplandor, y se bañan en el Océano, según Virgilio. Sus padres, conforme Juan Bocacio, fueron *Júpiter* y *Latona*; Heródoto dice que *Dionisio* y la diosa *Isis*; [...] Teodoncio, que *Hiperión*...» (Pérez de Montalbán, 1999: 500).

^{xliv} Subsano en el impreso.

^{xlv} «Apollo» en el manuscrito. Subsano en el impreso. V. nota XLIII.

^{xlvi} En el capítulo XXII del vigésimo libro de la *Historia general de España* de Juan de Mariana, que lleva por título «De la Peña de los enamorados», se cuenta cómo una centinela del bando de los cristianos da aviso del peligro que corre la escolta cristiana por la llegada de enemigos moros, de modo que los cristianos toman las armas y obligan a recular a los enemigos árabes (1678: 719).

^{xlvii} A propósito de los personajes mencionados, existen ciertos desajustes históricos. En primer lugar, Per Afán de Ribera (1338-1423) fue regidor de Sevilla y actuó como capitán general de la flota en el bloqueo de Lisboa. Recibió, asimismo, la Notaría Mayor de Andalucía en 1386 y, una década después, en 1396, promocionó al cargo de Adelantado Mayor en Sevilla. Per Afán llevó a cabo una activa participación durante la Reconquista, principalmente a partir de 1407, cuando el infante Fernando se vio involucrado en una guerra contra Granada que culminó, a favor de los cristianos, con la toma de Antequera en 1410 (Ladero, 1984: 447-451). Por otra parte, Pedro Enríquez, uno de los hijos del Almirante de Castilla, contrajo matrimonio en 1460 con Beatriz, hija de María de Mendoza y Per Afán de Ribera, nieto del personaje homónimo que se explicaba en las líneas

anteriores (*ibidem*). En cuanto a Pedro de Córdoba (Pedro Fernández de Córdoba), perteneció a un linaje donde su nombre y apellidos fueron recurrentes, fue alcalde de Alcalá la Real, señor de la heredad de Baena y falleció en la vega de Granada contra los musulmanes.

^{xlviii} Subsancado en el impreso.

^{xliv} «conjugales» en manuscrito e impreso.

ⁱ Subsancado en el impreso.

ⁱⁱ *Gentílico*: «Lo que pertenece a los ritos y costumbres de los Gentiles» (Autoridades). Gentiles: «Los idólatras que no tuvieron conocimiento de vn verdadero Dios, y adoraron falsos Dioses, y de allí “gentilidad”, el paganismo» (Covarrubias).

^{lii} En relación con estos amantes desdichados, v. *supra* notas xxxiii y xxxiv.

^{liii} *Lauda*: «Lo mismo que “laude” por la lápida» (Academia, 1803). *Laude*: «La lápida, ó piedra que se pone en las sepulturas, por lo común con inscripción, ó escudo de armas» (Ibídem).

^{liiv} La parte destacada en un color más claro corresponde al folio 112 del manuscrito, perdido, que se ha reconstruido a partir del texto impreso.

^{liv} En este comentario podría entreverse la expresión de un anhelo frustrado de Matías de los Reyes: el de aparecer en alguno de los índices de literatos que con tanta profusión inventariaron a los ingenios de la época, omitiendo, en todo caso, al autor del *Para algunos*. Valgan de muestra el índice que Juan Pérez de Montalbán incluyó al final de su *Para todos*, en el que registró casi trescientos autores; el *Viaje del Parnaso* de Cervantes o el *Laurel de Apolo* de Lope de Vega (v. Johnson, 1973: 226).

^{lvi} «Arezo» en el texto. Localidad de la región italiana de la Toscana.

^{lvii} En el manuscrito aparece escrito en masculino («muchos»), puesto que concordaba en un principio con «monumentos», palabra que aparece tachada y sobre la que se escribe —en el interlineado superior— «ruinas», dejando sin corregir la concordancia del determinante.

DISCURSO QUINTO

De suerte íbamos pendientes de los sazonados discursos del padre Acrisio, que el siguiente día, sin perder punto a la hora señalada, nos entramos al güerto para que prosiguiese. Y tomados asientos y él abriendo su libro, comenzó así:

Prosigue la historia

Ya dije en el pasado discurso cómo mis serranos y yo llegamos a la gran Parténope. Y agora digo que dejándolos a ellos acomodados en una de sus posadas y entregándoles mi rocín y demás hato, me fui al punto discurriendo por aquella gran ciudad buscando la casa de mis antiguos abuelos. Y sin muchas informaciones, llevado de un natural impulso, me hallé en una de sus principales calles enfrente de unas casas que en fe de una ostentosa fachada de cuya sumptuosa portada¹ era timbre el blasón de quien mi madre me advirtió, esto es, un pie de naranjo con tres desgajados ramos por cuyas quiebras pululaban tres verdes pimpollos, de quien la latina letra «*PRAECISSUM RURSUM VIRESCIT*»¹ era la exposición. ¡Oh fuerza poderosa de la sangre! Luego que reconocí estos antiguos monumentos de mi generosa stirpe, sentí ocupada el alma de una interior terneza y, pasando deste afecto a la consideración de lo que me obligaba creerme uno de aquellos desgajados ramos, ponderando en el destrozado naranjo los efectos que la fortuna con sus mudanzas había hecho en las personas de mi abuelo y padre, y que los pimpollos tiernos que de sus quiebras renacían me daban voces con su ejemplo a que me animase a suscitar en nuevo ser el destrozado tronco. Pero si la ocasión honrosa me excitaba el ánimo a emprenderlo, deshacían la rueda de mis altivos impulsos los humildes pies en que tanta hazaña se fundaba, esto era, mi presente estado. Y si yo estaba muy bien con el ejercicio de toda virtud (medio eficaz por quien se adquiere la nobleza) naturalmente yo tenía apreciadas las humanas vanidades y me estimulaba poco la ambición a la ascendencia de mayor poder, mayormente considerando que para semejante empresa me convenía dejar la quietud de mis montañas, y lo que más era, el centro mío a quien naturalmente me arrebatava el activo imán de mi Olimpia.

En suma, persuadido desta consideración con que tanteé mi natural más en orden a obedecer a mi madre que a mis altiveces, quise proseguir los intentos de mi jornada y desembarazarme presto della para volver al aplazado tiempo a los ojos de Olimpia, y para esto entrar en aquella casa, hablar a mi deudo, ver la desposición que tenía en razón de restituirme mi hacienda y, siendo tal que prometiese dilatados lances o medios a mis intentos opuestos, dar de mano a la pretensión y restituirme pre[s]to a las felicidades de mis montes.

Un rato me gastaron estas consideraciones con que di motivo a un gentil hombre de buena estofa que a la puerta estaba (según después entendí, deudo del mío, aunque más despreciado entonces de fortuna, le servía), el cual habiendo reparado en mi advertido mirar a aquellas casas y acaso obligado de algún afecto que en mis acciones notó, quiso saber de mí lo que allí buscaba y, preguntándomelo, le respondí:

— Yo, caballero, como lo dice mi traje, soy natural del Apenino. Hame obligado a venir a esta gran² ciudad un negocio grave que tengo con el señor Octavio, y según la relación que traigo de sus honrosos blasones, estos que adornan el timbre de esa puerta me avisa [sic] que estas son sus casas.

¹ Portoda]

² Om. gran

- Así es verdad —dijo el gentil hombre— pero llegáis a tiempo que mi dueño no está en Nápoles, pero vendrá esta noche; que él y mi señora están hoy en su quinta.
- ¿Pues no hay —repliqué— persona propia suya con quien yo pueda hablar y significarle algo de la causa de mi prolijo viaje?
- La señora Silvia —respondió—, hija única de Otavio, mi señor, está en casa, pero dificulto que permita verse a causa de la ausencia de sus padres y su natural retiro a toda conversación de hombres, mayormente forasteros.
- La llaneza de mi persona y hábito —dije— allana todo inconveniente. Servidos señor, por cortesía, decir a esa señora me dé licencia para verla, que ya sería posible no se disguste con mi vista.
- En fe de vuestro agrado —dijo Mauricio, que así pareció llamarse— la daré ese aviso. Aguardad un instante.

Y diciendo así se entró dentro de casa, y sin tardarse mucho volvió a decirme traía licencia de que entrase, y siguiéndole por una espaciosa escalera que en una alegre galería adornada de valientes pinturas desembarcaba, pasamos tres grandiosas salas colgadasⁱⁱ de telas ricas, y entrando en una cuadraⁱⁱⁱ adornada con mayores riquezas, en un sumptuoso estrado estaba Silvia acompañada de tres doncellas y una reverenda dueña que en su labor se entretenían. La bizarría de la dama era tal que no me atrevo fiar a mi pluma su descripción. Cuanto a la hermosura, juzgué entonces que a no haber nacido Olimpia, ella se alzara con la monarquía de la belleza. Esta se aumentaba con lo precioso de las galas, pero si en esta superfluidad excedía a Olimpia, era excedida della en decoro y candidez de ánimo.

Luego que me hallé en su presencia, abstraído de la novedad del objeto, sin prevenirme de cortesanos términos, la saludé al fuer^{iv} de mis montañas con toda sencillez de palabras. Y luego con el lenguaje mismo le dije algo de mi jornada, no tocando en lo substancial más de en cuanto traía con su padre un negocio de mucha consideración que me había obligado a tan largo viaje.

- ¿Ansí —dijo ella con un irónico melindre— que hombre de importancia sois vos? ¿No me podréis decir a mí la causa de la vuestra tan penosa jornada? ¿No hubo en vuestro lugar sujeto de más importancia y porte a quien encargar tan importante embajada?

Yo entonces, ofendido del desprecio, quitando una cortina a mi talento y casi enfadado de sus afectados melindres, la dije:

- Primero, mi señora, que os informe de lo que me preguntáis, quiero que me saquéis desta duda: ¿cuál destos dos árboles juzgáis más noble: o el lauro, que jamás pierde sus verdes hojas comunicando siempre suaves fragancias, o la vid, que como defuncta yace la mitad del tiempo mustia, estéril y despojada de su verdor y hermosura?

Ella, que a la verdad era dotada de más hermosura que prudencia y saber, no penetrando el énfasis de mi problema, respondió absolutamente que sin duda estimaba por mejor la vid que el lauro. Y yo añadí:

- ¿Será sin dubda por causa del dulce fruto que la vid produce, suplemento de su desnudez, que la hace más estimable que al soberbio lauro que libra el fruto en ostentosas apariencias?

- Ansí es verdad —añadió ella—.

Y luego yo:

- Supuesto ansí, nunca juzguéis, señora, la estimación por los exteriores en

que las más veces se engaña la estimativa humana. Lo más vasto y de más baja materia es la concha en que la preciosa margarita se cría, ¿cómo nos informará el tacto que el pungente erizo encierra dentro de sus asperezas la castaña dulce? ¿Y quién creará que una olorosa camuesa, a quien lo rojo esmalta con tan lustroso decoro, cría en sus entrañas el roedor gusano que consume a la mesma que le produce?

Estas razones obligaron a la dama a concederme más afable el rostro que hasta entonces austero me esquivaba con tan melindrosos afectos, como que yo fuera el objeto del asco y del desprecio. Y ya con risueño ademán, mirándome más atenta, dijo:

— ¡Basta! ¿Qué sois bachiller? ¡Reconózcome inferior a vuestras subtilezas! No quiero con vos por agora más conferencias. Ya habéis entendido la ausencia de mis padres. Vendrán esta noche. Y entre tanto – volviéndose a Mauricio— haced hospedar en casa a este filósofo serrano y tratad de su regalo.

Yo la besé la mano por la gracia y favores que me hacía, confesándole que mis ignorancias eran incapaces de tan divinas competencias.

Mauricio me llevó a su cuarto, donde me hospedó y agasajó tratando de mi regalo^v muy lastamente^{3vi} y ansí, desde entonces, contrajimos muy estrecha amistad, que me importó mucho para lo que se dirá después.

Poco se dilató la venida de mis deudos, a quien recibí antes que de su carroza se apeasen, y avisado por Mauricio el señor Otavio, como le atendía, quiso saber quién era, de dónde venía y para qué le buscaba. Yo le besé la mano y dije como era natural del Apenino, y que por verle había hecho tan largo viaje, y que para que de mí entendiese otras cosas que no permitían publicidad, permitiese, después de haber descansado, darme audiencia a solas. Él entonces, puniendo en mí la vista, sospechoso de quién podía ser, abrazándome amorosamente y cogiéndome por la mano, me dijo:

— No quiero por ningún caso, hijo mío, dilataros la audiencia. Venid conmigo y decidme cuanto os importe.

Y entrándome en su retrete^{vii}, yo le representé luego mis calidades y se las verifiqué con los papeles y demás memorias que me entregó mi madre, entre los cuales fue el testamento de su putativa madre (a la verdad, suegra) con cuyos testimonios convencido, demostrando en el rostro mucho gusto con mi vista, me abrazó nuevamente con grande afabilidad, y cogiéndome por la mano, me llevó y presentó a mi tía y prima, diciéndoles quién yo era y encargándolas mucho tratasen de mi regalo. Mi tía me abrazó y rescibió con mucho contento, y dio licencia a Silvia hiciese lo mismo, la cual me admitió a sus brazos con tanto cariño que le juzgué por mayor que de prima, porque ya menos zahareña y esquiva parecía que aquellos primeros desdeños quiso resarcirlos en inefables favores, pues olvidada de la conveniencia de su estado, me permitió en ellos aun más de lo que yo pudiera prometer a mi estimación propia, si bien el pretexto del deudo pudo excusarla en tan activas demostraciones de amor. De mí digo que a no tener tan lejos el corazón pudiera sucederle algún descuido en ofensa de Olimpia, que tal vez comienzan los engarces de amor por menores prisiones de las voluntades.

Mandó el señor Otavio vestirme otro día a lo cortesano para que, depuesto el montañés sayal, pareciese lo que era y que la nobleza de la ciudad me

³ Largamente]

conociese por su deudo. Yo le advertí que por ningún caso venía entonces con ánimo de hacer pública mi venida, supuesto no la había puesto en ejecución más de para conocer mis tíos privadamente, porque mi vuelta había de ser con brevedad, que la publicidad de mi persona sería en mejor ocasión y a su tiempo, y así parecería prevaricación poco cuerda andar mudando trajes, por lo cual le suplicaba me permitiese por entonces aquel en que había nacido. Él lo concedió así, mostrando en apariencia tuviera más gusto en lo contrario. Abstraíanme destas mudanzas las razones de mi bella Olimpia y⁴ así, en lo que me fue posible, procuré siempre hacer inciertos sus temores estimándome por más calificado en aquel hábito suyo que en la mayor grandeza fuera de su gracia. Demás que el que yo vestía no era tan tosco y rústico que en su esfera no tuviese su punta de gala, pues de la limpieza y aseo no son incapaces los villanos trajes si el que los viste sabe darles la sazón y garbo que a su estofa se le permite. Yo tuve en esta parte entre mis paisanos razonable elección, siendo el norma[I] que en sus galas rústicas seguían, y por esto me llamaban el Paris^{viii} de su aldea. Perdóneseme el decir de mí estas cosas y pasen a la sombra de lo que allá Coridón sintió de sí mismo diciendo «necque⁵ adeo sum informis, nuper me in litore vidi!^{ix}».

Virgilio,
Égloga II^{xl}

Ojalá mi suerte me concediera en esta ocasión la deformidad de Tersites^x, pues si tal me juzgara Silvia, nunca yo hubiera sido el blanco de desdichas tantas como por su causa me sucedieron, y ella quedara con mejor nombre en mis escriptos. Mas, ¡ay, qué apriesa me voy entrando por estas memorias!

Homero,
Ulisea

Mucha contradicción hallé en la voluntad de mis parientes a la proposición que les hice de mi tan breve vuelta al Apenino, porque a ella me opusieron mucha contradicción, dándome a entender con toda llaneza el gusto que tenían en restituirme mi hacienda en cumplimiento de la voluntad que al punto de su muerte su madre había mostrado en esta restitución. Pero yo, aunque me lo decían así, creía lo contrario, ofreciéndoseme en ello montes de dificultades en que no era la menor considerar que ellos no se habían de permitir aniquilar con tanta llaneza, por engrandecerme a mí, si ya no fuese tomando el medio que mi madre previno, esto es, casándome con Silvia, y quedándose con todo. Pero como este estaba tan remoto de mi voluntad por la natural aversión que tenía a Silvia y los vínculos de amor que con Olimpia me tenían preso, no permitiendo mi alma cometer tan execrable estelionato^{xi}, delicto tan dignamente castigado por el mismo amor, alucinaba^{xii} yo algo destes intentos no solo en los ordinarios favores de Silvia sino también en las permisiones que para ello la concedían sus padres, así en permitirnos soledades como en acciones públicas, de que yo procuraba hurtarme siempre que la cortesía y gratitud no se ofendían. Nunca yo me declaraba por entendido de que estos favores excediesen los términos de la permisión del amor de la sangre. Y como con la ordinaria comunicación cresce el amor (sea del linaje que le queramos imaginar) se adelantó tanto en Silvia, que al paso de mis retiros él se iba aumentando en ella. ¡Qué desdicha, que libre el amor los alimentos suyos en desprecios!

Yo considero mis discursos impugnados por mis oyentes juzgándolos afectados de filauca^{xiii}, pareciendo describo ajenos vicios por realzar virtudes propias: pero satisfágoles con que las repulsas que yo al amor de Silvia oponía no nacían de virtud mía (porque en esto me conozco mucho). Hase de atribuir a que no tenía alma con que corresponder al amor de Silvia, supuesto que la poseía

⁴ Om. y
⁵ Neque]

Olimpia, y así ella pareció muy amante al paso que yo mal correspondiente. Considerando pues mi prima cuán poco sabía yo de la cifra de amor, determinó dármele por escrito en orden a salir de una vez de tantas dudas y inquietudes. Escribiome, digo, un papel en quien con razones vivas exprimí lo que con acciones demostrativas no había podido. Este encargó a la almohada de mi cama, cuyo aseo ella (depuestas sus altiveces) había tomado a su cargo, no le fiando de criada (acaso para lograr recatos en sus pensamientos). Hallele yo yendo a acostarme, y aunque juzgué lo que sería, llevado de curiosidad le quité sutilmente la oblea para volverle a cerrar después, como lo hice, por dar a entender no le había leído, el cual vi que decía estas razones mismas:

Silvia a su Acrisio:

«Suele, señor Acrisio, el que pretende hacer un grande salto, para hacerle ventajoso, apartarse muy atrás del término prescripto porque con esta fuga adelante más gallardo la opuesta meta⁶. Mi alma determinó, luego que os vi pasar desde el término de la natural aversión que tuve a todo hombre hasta el de amar, y así, retrocediendo aún más allá de la austeridad (que pudistes reconocer en nuestras primeras vistas) ha pasado a mucho más de amar. Y aunque suele decirse que en amar no hay elección, yo la he hecho muy buena en amaros. No sé si habré acertado con la correspondencia, digna a tan calificado amor. Dichosa me hará esta satisfacción. Vos solo sois poderoso a dármele. Suplícoos, en apoyo de mi atrevido concepto (de que ya me sois deudor^{xiv}) me quitéis este cuidado por el tercero deste aviso, a quien solo he fiado tan importante secreto. Dios os guarde. Vuestra. Etcétera».

Luego que leí este papel comencé a compadecerme de la miseria de mi parienta, considerándola reducida con violencia tanta a un imposible amor. El acierto de la elección amorosa no consiste en la calidad del amado sujeto sino en la quieta posesión con que se goza. En faltando en el amor lo recíproco ¡miserable del que ama! Ocupada mi voluntad toda en Olimpia, mal podía conceder parte della a Silvia. Bastante beneficio pienso que la hiciera en haberla respondido a este papel, dándole el desengaño de mi imposible correspondencia pero juzgando por mejor seguir mi comenzado estilo de no dar a entender conocía sus intentos. Volví a pegar la oblea al papel de suerte que se conociese no le haber leído, y le restituí al lugar donde estaba.

Gran desdicha es no poder, quien de veras ama, dar a entender sus afectos al objeto de su pasión, pero sin comparación es mayor cuando ya hecho el gasto del decoro, el amado no acepta el envite dándose por desentendido y aun desobligado del favor. Según esto, peligro corre la paciencia de Silvia para arrojarse a graves desconciertos, porque crece el amor entre desprecios, si bien con muchos se convierte en odio.

Destas y de otras más afectadas diligencias que esta dama hacía inferí con certeza que no era partícipe de los intentos que después averigüé en su padre, esto es, de casarnos a los dos para perpetuar así en su casa el mayorazgo, porque si ella lo alcanzara así, nunca se pusiera en tantos empeños para obligarme a su amor, pues comprometiendo en el tiempo los efectos, y a la agencia de su padre la disposición, moderara sus pasiones. Pero agitada dellas, considerando que ni al primero ni a otros tres papeles que me escribió no solo no respondí pero ni aun llegué a ellos, no pudiendo encubrir su pena en la mudanza y disgustos del rostro, lo alcanzó Corsina su aya, aquella dueña, digo, que la

⁶ Mita]

acompañaba con las otras criadas el día de nuestras primeras vistas, y aunque ella se lo quiso encubrir, prevalecieron sus caricias y ofertas de ayudarla, porque un día la dijo así:

— No merece mi amor, hija cara, la contradicción que haces a mis instancias, supuesto que se encaminan al sosiego de tus penas, pues ni encubrirlas tú, ni yo vértelas padecer podemos. Bien sé yo sin que tú me lo digas que las pasiones de tu edad no se fundan en discursos sobre los aumentos de la familia ni sobre los sucesos de la república, sobre las mudanzas de los tiempos ni las razones de estado. Fundar se suelen en los contratos de amor y en los altibajos de sus efectos. Ya yo, hija Silvia, fui moza y llena de experiencias. De aquel tiempo me nacieron estas canas y me quedaron más de cuatro textos con que puedo dirigir tus acciones a términos en que acaso descansan tus pesares. Dime con llaneza tu disgusto, que por la vida que más precio, que es la tuya, de ayudar tus intentos hasta ponerlos en seguro puerto [sic]. No te acobarde mi autoridad y oficio, que en fe de ser tu aya y de haberte dado mi leche en tu tierna infancia, estoy más obligada a tu quietud, y ya yo sé por mis pecados lo que es amar a un hombre. ¡Ay dolor dellos! Si las mujeres no los amamos, que nacimos para ello, ¿cómo lo pasarán? Dime, dime a quién quieres bien, no sonrojes al nacarado rostro, que ni eres la primera ni tampoco serás la última que lo comenzó y acabará en el mundo. Si te hallas desfavorecida de tu amante, si le juzgas indigno a tu calidad, si temes el rigor de tu padre, si estás celosa, que todos estos contrastes y⁷ otros⁸ muchos⁹ tiene amor. Dime de cuál dellos te hallas hoy combatida, háblame sin rebozo y fíate de mis industrias.

Obligada Silvia de los alivios de su aya creyendo que por aquel camino el cielo abría la puerta al logro de sus esperanzas, fiando de su agencia mi reducción a su amor, pues, hablándome con claridad, de suerte que yo entendiese cómo ella me amaba, no se persuadía cabría en mi ánimo desprecio de su soberanía. Y así, con toda puntualidad y llaneza le descubrió su amor, y que yo era el objeto suyo.

— Ay niña —dijo Corsina entonces abrazando a Silvia— qué bien se reconoce el buen talento que te dio el cielo. Sin duda alguna, la elección tuya ha sido inspiración suya. ¿En quién pudieras haber puesto mejor tu amor? ¿Qué cosa puede estarle a tu casa mejor? ¿Qué nueva pueden tener tus padres de mayor gozo, que verte a tu primo tan inclinada, supuesto que él es dueño legítimo del mayorazgo que gozan, y casándoos los dos se queda en su casa? Anda necia, ¿pues qué te conturba? yo quiero pedirles a todos las albricias.

— ¡No, madre mía! —dijo Silvia—, por ningún caso quiero que mi padre entienda mis intentos por agora. Escusad de darle ese aviso, pues ni es en tiempo ni mi temor permite profanar sus paternos respetos con recuerdos de mis indecentes pasiones.

— Pues ya que ello quieres que pase así —que casi alucino tus intentos— yo no les diré nada, pero dime tú el estado de tu amor y la causa de tus penas— dijo Corsina.

— Harelo —respondió Silvia— con que me digáis primero lo que de mis intentos alucináis.

⁷ Om. y

⁸ Om. otros

⁹ Om. muchos

- Digo yo —respondió Corsina— que lo harás por hacer al amor más oficioso, quiero decir que si tu padre interviene en estos contratos, casándoos luego, os priváis tú y tu amante de las zozobras de amor, entre cuyas borrascas él se exalta y multiplica, ¿no es esto así?

Aquí se sonrió Silvia como dándole a entender aprobaba el concepto. Y luego le dijo cómo hallaba mi correspondencia tan remisa y cobarde a su amor, que con ninguna de sus instancias había conseguido la menor demostración de amor, antes en todas me daba por desentendido. Refirióle cómo no había leído sus cartas aunque me las había puesto tan a la vista, de cuyas demostraciones ella estaba dudosa a qué atribuir tanta tibieza y sequedad.

- ¿Hasle hablado —preguntó Corsina— tú con claridad en tus intentos?
— Madre —dijo ella— no sé que a mi decoro estuviese bien tanta desenvoltura, si bien no ha sido encogimiento escribirle.
— Pues yo he de hacer —dijo la aya— por ti este oficio. Dame uno desos papeles que dices le has escrito, que yo se le quiero dar, y saldrás de una vez de aqueste encanto, y yo me prometo de mis inteligencias cuando él esté divertido de tu amor hacer que se te venga a la mano como el pajarillo al cebo.

Reconocida Silvia al favor que su aya le off[r]jeció, los ojos llenos de amoroso llanto, quiso arrojarle a sus pies. Y ella, impidiéndoselo, dijo:

- Anda, boba, dame el papel y quítate de ceremonias escusadas, que en manos está la gaita que sabrá bien tocarla.

Silvia le dio el último de los papeles que escritos me tenía, con el cual, luego que tuvo ocasión, me cogió a solas. Y procediendo a un largo prólogo de lisonjas, vino a parar en decirme la diera albricias de una muy agradable nueva que quería darme.

Yo me mostré muy grato a sus favores (aunque luego reconocí el arco de donde venía la flecha) y le ofrescí el retorno en que mi valor pudiese desempeñarme dellos. Y ella entonces sacando el papel del arrugado pecho me le puso en las manos diciendo:

- Requiérote, hijo, con esta real cédula despachada en la cámara de Amor, por quien su majestad te hace la merced mayor que a ninguno de los hombres ha concedido, lee, lee amores y verás tus dichas.

Yo conocí el papel al punto, porque aunque leído no le había, le tuve ya en mis manos. Conocí el lance apretado en que Silvia me ponía y que era fuerza leer ya el papel y prevenirme para la batalla que ya se me representaba, y así, con mucha turbación de todos mis sentidos, abrí el papel y leyendo vi que decía así:

Silvia a Acrisio:

«Suélese decir, señor, que a tres va la vencida, pero en mi negocio se dirá a la primera, pues no fue menester más de una para quedarlo yo. Y si para alcanzar la vitoria de vuestra esquivez son menester tres papeles, ya no quedará por esta diligencia mi victoria. Este es el tercero en que os tengo suplicado os dignéis de avisarme la altura en que me hallo en vuestra gracia, pues para llegar a la mayor de mis dichas me falta aqueste aviso, y dígolo así por prometerme de vuestra buena correspondencia, que sabiendo que deseo este lugar, no me le sabréis negar en ley de cortés. Entendido he tratáis de volveros al Apenino. No será posible lo ejecutéis sin quedar yo muerta o llevarme con vos viva, tan en vuestra mano están estos dos extremos míos de quien sois el medio. Dadle en que yo os hable donde os pueda significar mejor mis deseos, y si no yo le buscaré. Dios os guarde. Vuestra, aunque no lo permitáis, etcétera».

Leído este papel, puse los ojos en su portadora diciendo:

- Entendido tengo, señora Corsina, vos distes leche en su primera infancia a la señora Silvia, y que desde entonces ha corrido por vuestra cuenta su clientela y educación, y se ve muy bien lo aprovechada que ha salido en la naturaleza que la comunicastes y doctrinas que la habéis instruido, que es creación y disciplina vuestra la que en su sencillo pecho luce con tan honestas acciones. Y aunque era digno de ponderación que una doncella ilustre en quien las obligaciones del honor instan con más fuerza se haga despojo de los triunfos de Amor con tan arrojados extremos, cuales son solicitar al amante, debiendo ser ella la solicitada, encaresciendo sus permisiones con honestos y prudentes retiros, pudiera ser excusada con los ardores a que obliga la natural pasión en tan competente edad. Pero lo que excede a toda admiración es que quien debiera abstenerla con debidas correcciones, sea quien foyente sus desordenados apetitos, y aun adelantándose a mayor desorden se los tercié y solicite. Vos, digo, empleáis vuestros postreros años en honrosos ejercicios. Buena elección hicieron mis tíos y señores en vuestra persona para la enseñanza lustrosa del objeto de sus honrosas esperanzas, de quien hoy están pendientes los honores desta ilustre familia. Quién duda que ni yo seré el primero que haya obligado a la que dicen es mi prima a semejantes atrevimientos, porque del corriente estilo de sus escritos se infiere su destreza, la cual no se consigue sin muchos actos, ni menos será esta la primera de vuestras solicitudes y permisiones. Ya veo que estos intentos caminarán a juntarnos a los dos en himineo santo, que en esto fundaréis vuestras excusas. Pero aquí hay que advertir dos cosas importantes. O nuestro matrimonio tiene conveniencias justas a la conservación y aumento de nuestra casa y familia, o de todo punto se opone y contraría a esto. Si lo primero, ni por mi prima ni por vos corren estas conveniencias de estado, corren por la disposición del señor Otavio, mi tío, como po[r] mi prima la obediencia a ella. Si no hay conveniencia que pueda honestar tan atrevida acción, ¿cómo puede ser bueno que ella lo pretenda y que vos, debiendo aconsejarla prudente, la foyentáis¹⁰ liviana? Concluyo con deciros, madre mía, que os abstengáis destas solicitudes y lo mesmo aconsejéis a la señora Silvia, porque de no lo hacer así será forzoso yo dé noticia destas cosas a mis tíos para que las prevengan con remedios convenientes.

Y diciendo así la arrojé el papel volviéndola la espalda con indecible aceleración.

¡Cuál quedaría Corsina con esta repulsa mía! Sin que yo lo diga se podrá inferir de la ocasión misma. Baste decir que se le revestió en el pecho contra mí una infernal furia que la indujo a las rigurosas venganzas que dirán mis discursos. Ella se fue luego a Silvia y la refirió^{xv} el estado en que para conmigo estaba su amor mostrándose muy quejosa de mis razones y diciendo que no a conquistar hombre humano la había enviado, sino un intratable bronce, y que por tanto la aconsejaba desistiese de amar a una fiera tan inexorable y ruda, antes la permitiese ejecutar las venganzas de los agravios de entrambas en mi rústica desidia. Pero Silvia, que no tenía hecho su amor a tan fáciles contrastes, procuró quietar el furibundo enojo de su aya, excusando mi repulsa con decirle que el haberse mostrado tan rígido su amante a su intercesión sería sin duda por darla a

¹⁰ Foyentéis]

ella a conocer diverso intento del que yo tendría en el alma, a causa del recato que a semejantes amores se debía, y que para que entendiese^{xvi} que esto era así, ella estaba determinada a hacer conmigo la última experiencia, que era habla[r]me^{xvii} a solas por su persona, a la cual creía de mi cortesía no haría contradicción, antes grato y benévolo admitiría sus justas pretensiones. Corsina procuró divertirla de este pensamiento, no tanto por la indecencia que al honor de su cliente se le podría seguir de semejante acción sino porque los filos de sus venganzas estaban tan sutilizados contra mí que aun esto, por juzgallo favor mío, quería divertirme. Pero la pertinacia de Silvia prevalesció de forma a sus persuasiones que importaron poco cuantas le interpuso para que dejase de ejecutar su intento, de que sacó su último desengaño y yo el principio de mis desdichas, como se verá a su tiempo con la crueldad que a ellas procedieron.

En este intermedio, hablando yo a su padre en la causa de mi jornada en orden a aligerar mi despacho, tratándole estas materias con demostraciones de ánimo nada interesado y tocándole, no como en negocio principal la restitución de mi hacienda sino muy por accidente, pagado de mi modestia se resolvió a decirme de una vez su concepto, conociendo que mi principal instancia era restituirme al Apenino. Y así me dijo:

— Yo, hijo Acrisio, tengo dado muy diverso medio en nuestras cosas. No trato de permitir os volváis al Apenino, antes he acordado, dándoos a mi amada Silvia en casamiento, restituiros con estas mejoras la hacienda que confieso vuestra y haberla poseído yo en nombre de los sucesores desta noble casa. De aquí se sigue (viniendo vos en ta[n] razonable contrato) que el gozo deste mayoradgo se perpetúe en ambas casas, y pues constituyen en la sangre sola una, es razón corriente la constituyan también en la substancia, pues uno y otro se deriva de una mesma fuente [sic]. De aquí excusamos los pleitos y diferencias que a quien defender se quiere no le faltan ecepciones y dilatorias con que diferir las restituciones de lo que poseen, no solo a buena fe, como yo he poseído, pero aun con tiránicos títulos. Vos en esto no quedáis defraudado en calidades, pues vuestra sangre propia viene a ser la Iris^{xviii} destas borrascas cuando sus partes personales no fueran las que os son notorias, así en virtudes del¹¹ ánimo¹² como en hermosura exterior¹³.

¡Oh hambre insaciable¹⁴ del oro que los pechos humanos avasallas! ¡Grande fue mi valor en la ocasión presente, cuando puesta por cebo de mi aceptación, no me ganaste algún triunfo! Mucho fue a tantas conveniencias de mi estado hacer punta sin deponer las armas de mi resistencia a los pies de la proposición de mi tío, en quien parece estaban libradas mis temporales mejoras! No niego la batalla que en mi pecho se hicieron Amor y interés, porque siendo los contrarios entre sí tan poderosos, se puede colegir en qué¹⁵ aprieto con sus baterías^{xix} dejarían las provincias de mi alma, y cuán taladas y destruidas las fuerzas y resistencias de la razón. Porque como sea verdad que el amor y interés no caben bien en una silla, cada cual propina y anhela a la monarquía del alma, y aquel¹⁶ vence y se alza con ella, que más a su facción y devoción tiene las pasiones del

Horatio

¹¹ *Om.* del

¹² *Om.* ánimo

¹³ *Om.* exterior

¹⁴ Inaccesible]

¹⁵ Cuanto]

¹⁶ Ya que él]

ánimo, que son los soldados y poder en quien están las fuerzas de la alma. Y como fuese así que las mías siempre estuvieron dispuestas a la parte del amor, fue fácil el triunfo y vencimiento del interés dejándole confuso y desmantelado. Consideré yo las riquezas con la pensión de Silvia y privación de mi querida Olimpia muy incompatibles y adversantes a la quietud del ánimo por mí tan pretendida, quiriendo más esta en el rincón de mis montañas que la monarquía universal con tantas inquietudes como en la proposición de mi tío consideraba. Y así, resuelto en dar de mano a tan peligrosa restitución, quise, en orden a no dejarle desabrido, mostrarme muy grato a sus piadosos intentos, alabándole el adbitrio que daba tan ajustado a nuestras conveniencias. Pero pedile licencia para volver a mi casa a comunicar a mi madre el pensamiento, sin cuya permisión y bendición no parecía lícito aceptar yo ningún partido, aunque del propuesto eran tan ajustadas las calidades, que por ningún acontecimiento creería que mi madre disintiese de su efecto.

Cuadrole mucho mi determinación, juzgola por muy cuerda y hija de mayor madurez de juicio, en cuya confirmación me abrazó con ternura y me besó la frente y yo a él la mano, quedando conformes que mi jornada fuese dentro de tres días porque en este tiempo quiso prevenir un regalo que enviar a mi madre.

Ya estaba destinado el día de mi partida, cuya voz corrió por toda la familia y llegó a los oídos de Silvia, ya que no los conciertos de sus padres, porque dellos jamás a persona dieron parte temerosos acaso de que otra persona saltease sus intentos y me redujesen los míos a diferentes bodas con el cebo de la posesión de tan florido caudal. A este tiempo Silvia solo atendía a la ocasión de poder hablarme a solas y, reconociendo que esta se le malograba con mi partida y que hablarme en semejantes materias menos que muy privadamente desdecía mucho de su decoro, determinó hacerlo en mi aposento, luego que la familia estuviese entregada al primer silencio, y así lo ejecutó la penúltima noche al día de mi partida. Y fue así. Estaba yo en semejante noche recogido y acostado, entregado también a las memorias de mi Olimpia. Recreábame entonces en la consideración de que a tan cortos plazos me estaba ya librado el gozo de su deseada vista, y transformado en esta consideración me dejé vencer de un apacible sueño en el cual sumergido, me le violentó el ruido que a lo que pude juzgar fue el de la puerta de mi cámara, cosa que admiré por haberla yo dejado cuidadosamente cerrada por la parte de adentro, y estando así en este desvelo sentí que al ruido se siguió un recatado proceder de pasos que a la cama se acercaban, de que yo más alterado, incorporado en ella, pregunté aceleradamente:

— ¿Quién anda ahí?

Pero apenas lo pregunté cuando me sentí preso el cuello de unos tiernos brazos cuyo dueño en la fragancia^{xx} que de sí despedía más celestial criatura que infernal sombra se mostraba, si de su misma acción no resultara el desengaño de mi sospecha, pues entre caricias tiernas oí una voz que entre mudos acentos, respondiendo a mi pregunta, dijo:

— ¡Oh mi amado Acrisio! ¿Quién quieres que sea a tales horas? Soy un espíritu que en el infierno de Amor padezco rigurosas penas. ¡Oh cruel y ingrato dueño mío! ¿Piensas que jamás creí de tu advertencia, que dudaste en mi pasión? Ociosa fue para advertírtela la diligencia de mi piadosa aya. Solo fue en orden a intimarte mis desdichas, de forma que no pudieses pretender ignorancia en el tribunal de Amor ante quien contra tus rigores tengo expresados mis agravios. Ya he conocido mi desdicha

viendo que adoro a mis desprecios y sigo a quien me huye. Pero ya no puedo volver pasos atrás en tan grandes empeños. Este en que me he puesto por hablarte y oír de tu boca mis desengaños, puedes tomar por argumento del estado en que me hallo.

Y diciendo esto, se dejó caer la cabeza^{xxi} sobre mi hombro como el marchito lirio a quien el corbo arado cortó la vida.

Confieso, señores, que a no se hallar fortalecido entonces mi corazón con las memorias de Olimpia, que corría gran peligro el frágil navichuelo de mi valor en tanto golfo, donde la tramontana de la ocasión soplabla esforzada. Ya el austro^{xxii} de la gratitud zozobraba la firmeza. Ya el levante de la presente hermosura desmantelaba obligaciones. Ya el poniente de la ausencia echaba al mar memorias. ¡Oh mísera condición de la flaqueza humana, a cuántos peligros y contrastes está expuesta! ¡Cuán cerca vive la prevaricación de la constancia! ¡Cuán prevenido está siempre el rendimiento! ¡Cuán remisa y perezosa la repugnancia! ¡Cuán fácil la complacencia del presente deleite! ¡Cuán torpes a los desengaños y al arrepentimiento! No hay que dudar, confieso mi descuido. Titubante estuvo mi constancia, ya casi se iba a pique el destrozado casco rendido de tantas baterías, ya quería aligerar de ropa, ya estaba resuelto echar al mar antiguas obligaciones por dar escape a los presentes gozos. Pero cuanto fue mayor el peligro es digna de mayor fama la resistencia. A brazos andaba yo con mi enemigo. Mas cual otro Atlante^{xxiii}, siempre que hacía pie en las memorias de Olimpia cobraba nuevas fuerzas, hasta que a tan invencible Alcides^{xxiv} hice despojo de mis victorias. Y así, corroborado el ánimo con este pensamiento, cual el dormido villano a quien el abscondido áspid picó impensadamente, desasiéndome¹⁷ de sus hermosos lazos, saliendo de la cama con notable celeridad, la dije así:

— ¿Son estos, oh poco advertida Silvia, los efectos de tus favores? ¿A tales términos se redujeron aquellas tus fantásticas altiveces cuando el mayor sujeto de los hombres era desprecio de tu soberbia? ¿Qué color sabrás¹⁸ ¹⁹ dar que honeste tan desordenada acción? No la hallarás en los anales del honor. ¿Qué seguro puede ofrecerte esta ocasionada soledad? Dirás que tu propia estimación, en quien libraste tus defensas. ¡Oh qué débil fundamento, pues no es de corazones valerosos ir a buscar los peligros, aunque sea verdad que en estos se examinan! O a mí me juzgaste honrado o falto de honrosos respectos. Si lo primero, te obligaste a tu confusión, y si lo segundo, a tu infamia. Si opones las experiencias hechas en mi modestia y respectos, no en todas son los hombres de igual valor, y entre todas, la presente es la más peligrosa. No quiero yo dar que tus pensamientos se contaminasen²⁰ con ninguna indecencia, pero no pudiste ignorar lo arduo del peligro, y quien este ama no es mucho que en él perezca. Si fiaste, vuelvo a decir, en mi valor, no le hiciste lisonja alguna, obligándole a tan difíciles resistencias. Y demos caso en que nuestros valores escaparan victoriosos de tan difícil conflicto, ¿cómo nos escusaremos de las sospechas de quien te ayuda a este atrevimiento? Pues, ¿no manchan tanto los efectos como las apariencias? ¿Cómo te persuades secreto de quien ayuda al mal? La estrechez de nuestra sangre

¹⁷ Deshaciéndome]

¹⁸ Habrás]

¹⁹ Add. de

²⁰ Contraminasen]

no puede en horas tan desacomodadas y indecentes excusar nuestra conversación ni canonizarla por virtuosa, pues ya se han visto entre más estrechos deudos, profanadas las santas inmunidades de la sangre. Admiro mucho tu poca estimación, pues no repara tan graves inconvenientes. Y mucho más la admiro de que no te hayan desazonado²¹ la voluntad mis descortes desvíos. ¿No reparaste cuán poco obraron en la mía tus afectados papeles ni las solícitas agencias de tu aya? ¿No te dijo ella mucho de mi resolución?

Confíesote que antes que te precipitaras a este lance me compadecía de tus suspiros, me enternecían tus lágrimas, me solicitaban tus desvelos y me inclinaban tus pasiones. Pesábame de la imposibilidad de mi correspondencia por hallar mi voluntad en poder de ajeno dueño, mas ya que he visto lo fácil de tus arrojios y que tantos peligros y congruencias de honor no te abstuvieron, juzgo que les tienes ya perdido el temor en la continuación (acaso) de semejantes actos. Perdona, que no hallo términos más suaves con que honestar tu acción, disculpa mi lenguaje y castiga tu recato.

No puedo negarte procedemos de un tronco, pero no ignoras que en un árbol mismo pueden diversos frutos ingerirse. Confieso, digo, tener contigo una raíz misma aunque infecta y enferma en la parte que te toca. Pero al cielo gracias, que por medio de mi virtuosa Olimpia (subjeto opuesto a todas tus acciones) produciré gallardos renuevos en que nuestro nara[n]jo^{xxv} illustre dé a nuestra posteridad excelentes frutos.

Oh virtuosísima Olimpia, ejemplo vivo de la virtud y digno objeto de mis esperanzas. Agora conozco mejor la calidad de tu ser y fineza de tu amor. Mísero yo, que te dejé revuelta entre estos recelos mismos. Pero maldije dichoso yo mil veces, pues vine a hacer el aprecio de tus virtudes con la oposición del vicio, que para la distinción de dos objetos conviene oponer el uno al otro, porque ansí lucen mejor las excelencias. Glóriese esta antípoda de tus dignas prerrogativas de su singular belleza, generosidad de sangre, opulencia de riquezas, y de la aura popular que libra honores a su poder, que en ella son intrusas todas estas gracias que en ti con eminencia se exaltan como en centro propio²² suyo. Que si es verdad, que en la operación de toda virtud consiste la nobleza, y sin aquella²³ todas las corporales gracias se infaman, tú eres la que nobilitas [sic] tu²⁴ ser²⁵ y esclareces tus partes personales²⁶ y esta la que estraga las suyas, oscureciendo el lustre a su esclarecida familia.

Así dije, y procediera a más irritado de sus locuras, que aunque realmente²⁷ me persuadí que en esta acción ella no atendió a lascivos fines, mas de haber sido llevada de un impulso de amor a dar asiento a sus esperanzas, quise darle esta áspera²⁸ repulsa y desengaño para que reprimiese afectos tan desordenados que pudieran arrastrarla a mayores inconvenientes. Pero ella entonces, vencida de la

Aristóteles
libro [sic]

²¹ Tengan desazonada]

²² *Om.* propio

²³ Ella]

²⁴ *Om.* tu

²⁵ *Om.* ser

²⁶ *Om.* personales

²⁷ *Om.* realmente

²⁸ *Om.* áspera

impaciencia, no me permitiendo proceder²⁹ a más ofensas tuyas, me dijo:

- Sin duda alguna, ingrato Acrisio, por mi daño venido de las asperezas del Apenino helado, que juzgas a maravilla extraña el ver puesto mi amor en la austeridad misma. Concediérate yo la novedad de mi acción a no tener sabido que hubo ya mujeres en el mundo que de las fieras mismas se aficionaron, según lo cual no seré en esta parte digna de mayor vituperio que aquellas, pues somos todas afectadas de una misma pasión, podré serlo en^{xxvi} no haber conocido, que eres tú más fiero y intractable, que las más esquivas, inmunes^{xxvii} e inexorables fieras, cuyo rigor sin duda fue tu alimento entre aquellos intractables riscos, a que se llega de más a más la incivilidad y descortesía de que por naturaleza eres doctado. Y si bien todo lo coloras con pretexto de virtudes, infamas al amor de quien te reconoces indigno y incapaz, exagerando con levantados encomios la villana a quien tu naturaleza más se ajusta. Quédate, pues ansias³⁰, con el amor de quien tanto te satisface, que yo me quedaré cierta de que el cielo vengará mis injurias y que yo sabré solicitar mis venganzas.

Dijo, y partiendo como una herida corza, se fue de mi presencia, siendo dichoso en que por gracia de la oscuridad no padescí los amagos de su enojado rostro y menos vi la parte por donde había entrado ni salió, que no me admiró poco, respecto que registrando la de la cámara la hallé en la desposición que la había dejado. Pero luego que amanesció, reparé que los damascos que la cámara vestían, encubrían otra puerta que averigüé después se comunicaba con la de la misma Silvia, que siempre la facilidad de las ocasiones produce los atrevimientos.

Dejéronme confuso sus resoluciones y no sin temor sus amenazas, considerando que una mujer resuelta y agraviada es ira, es rabia y la venganza misma. Pero como yo librase mi escampo en la brevedad de mi partida, llegué casi a despreciar sus furores y hice mal, porque es cierto que ninguno despreció a su enemigo que a sus manos no muriese.

No me restituí más a la cama. Vestime para aguardar la luz del día como medio por quien caminaba a mis esperanzas. Este vino suscitando a la familia a las ordinarias solicitudes. Sola Silvia, con ocasión de hallarse indispuesta, se quedó en su cama, causando en sus padres mucha conturbación la novedad de su accidente, y como yo sabía la causa, culpaba su piedad y burlábala con risa, porque lo cierto fue que no quiso ponerse en ocasión de verme más, supuesto que todo su amor le convirtió en mortal odio y solo aspiraba a sus venganzas, como realmente las ejecutó presto.

Yo fui muy apriesa disponiendo mi viaje para el siguiente día como estaba dispuesto por mi tío porque ya el regalo para mi madre estaba prevenido y dos criados que acompañándome fuesen, entre los cuales era mi amigo Mauricio, de que yo no poco me alegré por la amistad que entre los dos había. Pues, habiendo llegado la noche, temeroso de segundo asalto, pedí al mismo Mauricio se viniese³¹ acostar conmigo, so color de que madrugásemos más para nuestra jornada. Hízolo así y, acostados juntos, gastamos gran parte de la noche en apacible conversación hasta que vencidos del sueño, cada cual se quedó con la última razón entre los labios.

²⁹ Pasar]

³⁰ Así es]

³¹ Add. a

Pero apenas yo di el primer paso en la casa del hermano de la muerte, cuando se me representó patentemente mi querida Olimpia con pálido y melancólico semblante, tal que parecía salir del sepulcro. Estaba reclinada en un pequeño lecho no muy distante del mío. Este doloroso espectáculo causó en mi sobresaltado ánimo tal aprehensión que me parecía carecer de los instrumentos vitales. Y lo que más aumentaba mi dolor era quererle suprimir a causa de no aumentar con él los que ella me parecía padecer en tan miserable estado. Representábaseme que con acentos tímidos la llamaba yo y la preguntaba la causa de sus pasiones, y que ella abriendo sus dos hermosos luceros, con prolija dificultad, puniéndolos en mí con voz lánguida y dibilitada, entre quebrados suspiros me respondía:

- ¿Por qué no permites, oh Acrisio mío, que muriendo una vez, me excuse³² a tantas penas?
- ¡Ay, descanso de todos mis cuidados! —respondía yo—, ¿cómo morir? ¿Qué causa, decidme, os obliga a desear la muerte con tan anticipados plazos?
- ¿Cómo puede sustenerse mi vida— decía ella— si tu descuido solicita su ruina? ¿Ignoras que tu ausencia puede producir otros efectos en mí?
- Aunque entre los amantes— replicaba yo— son comunes las voluntades, no lo son las ocasiones ni los medios de ejecutarlas. Mucho extraño que estando la vuestra tan unida con mi alma, no haya conocido mis afectos ¿Cómo no penetra mis ansias? La violencia con que vivo en esta ausencia, los lances por donde ha pasado mi constancia, lo que debe a mis finezas y la proximidad de nuestras vistas por mí tan solicitadas.
- Pues si es así —decía cobrando alientos³³ como la luz que, de alimento falta, revive para morirse luego— vente presto, sal de esa Babilonia^{xxviii} donde solas la ambición y las lascivias reinan.

Tras esto me pareció que me ofrescía su blanca mano, que yendo yo a rescibir gozoso, me lo impidió el asombro de la representación que se me ofresció a la vista de un ameno campo, donde de lo espeso de una copada mata salía una formidable culebra que abrazándose de mí con estrechos y indisolubles lazos, me oprimía fuertemente la garganta, brazos y piernas, invalidando mi agilidad a la resistencia de sus daños, cuando me pareció que Olimpia, atenta a este espectáculo, me decía:

- ¡Ay, infelice de mi Acrisio amado! ¿Cómo no quieres que muera, viendo frustradas ya y suvertidas mis esperanzas, y imposibles mis gozos?

A esta voz me sentí penetrar de un sudor helado con tan opuestos accidentes que ya un helado mármol y ya un encendido Mongibel[*I*]o^{xxix} me imaginaba³⁴.

Sin que os explique, amigos, mis congojas, os serán notorias, pues sabéis que muchas veces la imaginación obra el caso en los ánimos afligidos. Con estas penas, violentado el sueño, desperté no viendo nada de lo que la vacilante imaginación me estaba representando. Solo hallé constante el sobresalto de mi corazón y la experiencia del sudor que padecía. Volví luego a buscar a mi camarada Mauricio para comunicarle mi pasión, y aunque solicité con la voz y el tacto, no³⁵ me respondió a aquella ni le encontré con este, cosa que aumentó mi desconsuelo más que me admiró, si ya estaba declarada la guerra y el

³² escuse

³³ Aliento]

³⁴ Ignoraba]

³⁵ Ni]

enemigo en campaña, y las pretendía haber a solas conmigo.

En estas aflicciones estaba yo revuelto cuando súbita y repentinamente vi abrir aquella puerta que los damascos encubrían y salir por ella una luz que esclareció la cámara, con la cual reconocí la ausencia de Mauricio. Traíala en la mano mi enemiga Silvia a quien acompañaba su aya, ambas con tan asombrosos aspectos que causó en mi ánimo gran desconsuelo y espanto. Cuán grande fuese el quebranto de mi espíritu, con vista para mí tan odiosa, especialmente con las circunstancias que las representó mi imaginación, no sabré significaros. Infiriéndolo iréis del suceso mismo, si tuviere palabras con que explicarlo, que mucho será llegue la lengua adonde la vista llegó entonces.

Y para que de mí os compadezcáis, os suplico no me reputéis mendaz en esta descripción, porque os certifico en fe de bueno, que la describo y refiero con toda sencillez y verdad, y por esto será digno lo que os dijere de vuestro crédito y atención.

Con este presupuesto os digo con llaneza que a la vista deste riguroso tribunal que a residenciar venía mis castas intenciones, quedé defuncto. Pero oíd agora el progreso de mis desdichas.

Paresciome quedar privado de todos los sentidos ecepto el de la vista y oído, si bien para los sentimientos les dejaron sus oficios, y así puedo referir agora lo que vi, oí y sentí por lo que me informaron estos sentidos.

Luego que los ministros de mis agravios me intimaron la comisión que contra mi inocencia del infierno traían (que para hacerlo bastó representármese a la vista) la puerta por donde entraron se volvió por sí misma a cerrar, y acercándose a la cama oigo que la iracunda Silvia prorrumpió en semejantes palabras y de mi turbación me espanto cómo pude aperebirlas.

— Veis aquí, madre mía —dijo—, el ingrato ofensor del amor más digno de correspondencia. Veis aquí el desconocido a sus mayores dichas, el que huye dellas, como indigno de gozarlos [sic]. Este es aquel que venido de las asperezas del Apenino tiene el corazón fabricado de uno de sus riscos. Este es el que solicita volverse al centro de su bajo ser, despreciando el gozo de la excelsitud del mío, que obtuviera no menos que con legítimo nombre de mi dueño. Este, el que vende virtuosos afectos, más para imponer viciosos impulsos a mi verdadero amor que porque en él se conozca virtud loable. Este es el que se parte ufano con el triunfo de mis victorias. Deste incapaz de toda humanidad soy despreciada por una serrana humilde, a quien le propo[r]cionó^{xxx} su ser mismo, cuyo mayor caudal será un tosco cayado, gobierno de un rebaño pobre de vagabundas cabras. Este, finalmente, es el que infama vuestra piadosa intención dando indebidos atributos a vuestros amorosos deseos cuyos oficios son intentos a mi bien. Ofendida, pues, de tan inormes desdenes y tan villanos agravios, os suplico, así por lo que me toca [a]^{xxxi} mi venganza como por lo que a la vuestra toca, que de tan vil sujeto nos hagáis vengadas. Y no quiero acordaros cuán por vuestra cuenta corre este castigo por el amor que siempre me tuvistes, por la leche con que me alimentastes, doctrinas que me administrastes y asistencias que a mi regalo habéis tenido, a que yo siempre he correspondido con los afectos de obediente hija. Dad condigno castigo a este ingrato; sea también igual en sus penas la ocasión de mis desprecios. Dadle a él aquella forma con que por sí mismo más que por ajeno impulso sea ofendido, pues que para hacer esto y mayores cosas son capaces vuestras ciencias.

En el *Maleus Maleficarum*, Parte 2, *quaestio* I, capítulo 12 se refiere una privación de sentidos a esta semejante

Con haber entendido que Corsina era aya de Silvia y le había ministrado los primeros alimentos de naturaleza y después los de su educación, parece que la infelice dama tiene excusa en sus excesos y que podemos culpar de todo debidamente al recato de sus padres, que tan poco escrutin[i]o hicieron en la averiguación de las costumbres y calidades desta loba a quien entregaban la custodia de su tierna corderilla, pues en ley divina y humana debieron hacer rigurosos exámenes en cosa de tanta relevación. Colíjase, digo, cuál sería la enseñanza de mujer que de tales facultades era dotada y qué instrucciones podría hacer a su tierna cliente.

La fiera Lamia^{xxxii}, pues, con un rostro de infernal furia, dijo:

— ¿De qué importancia son tantos encarecimientos donde es la causa tan mía? ¿Para qué, hija, te desvelas en dar la forma de nuestra venganza? Fía más de mis deseos. Solo quiero hacerte cierta de que procederán a tanto mis rigores, que siendo tú quien los solicita, vengativa los llorarás cuando los veas piadosa.

Y diciendo así, puso sobre un bufete que cerca de la cama estaba una mediana caja que consigo traía llena, al parecer, de bujetas y botecillos de diversos ungüentos^{xxxiii}. Y luego ordenó a Silvia que dejando la luz sobre el bufete mismo se retirase, advirtiéndola no ser decente hacer en presencia suya aquel sacrificio. Y habiéndolo hecho así la infernal pitonisa, fijando en mí la vista, me miró atentamente en tanto que entre dientes mormuró cosas que no pude entender. Después, escupiéndose las manos me fricó el cuerpo todo, desde el vértice de la cabeza hasta las plantas de los pies, causando en mis sentidos tan íntimo sentimiento como si con una pungente³⁶ piel de erizo me hiciera la fricación. Y abriendo la caja, custodia de sus embustes, tomó con el pulgar dedo ungüento de uno de los botes, ungiéndome desde la garganta hasta la extremidad del vientre, figurando así una perfecta figura de culebra, con perfección tanta como si pintor diestro con sutil pincel la delineara. Después, tomando un hilo me ligó el brazo diestro sobre el cobdo, diciendo con voz distinta este verso:

«Con este débil hilo
su diestro brazo ligo»

Y tomando con el dedo mismo ungüento de otro bote, ungiendo el nudo, dijo:
«Tenga el nudo esta forma,
en tanto que en culebra se transforma»

Luego, tomando en la boca agua de una pequeña ampolla de vidrio, me roció el rostro y dijo:

«Al pie del Apenino,
la forma de serpiente
beberá en los cristales de una fuente»

Y sacando del infernal archivo un pellejo de culebra, me ciñó con él la garganta, la cintura, los músculos³⁷ de los brazos y piernas, diciendo.

«De escama serpentina
se vista su dureza diamantina».

Hecho esto, con una sutil aguja me picó en siete diversas partes del cuerpo con íntimo dolor mío, diciendo:

«Padezca mil fortunas
en tanto que giraren siete lunas».

Últimamente, abriéndome los brazos en forma de cruz, dijo:

³⁶ Gungente]

³⁷ Muslos]

«Con sangre de la dama que celebra
se libre de la forma de culebra».

Todo lo cual así hecho, recogiendo los supersticiosos materiales,³⁸ volviéndose a Silvia, que detrás de la cortina de una ventana había estado retirada, la dijo:

— Ya, hija mía, es esto hecho.

Y ella, acercándose entonces a la cama, mirándome atentamente como gloriándose en su venganza, con desdeñoso ceño revestido de falsa risa, me dijo:

— Ya, ingrato tirano, de mi quietud tendrás el merecido premio de tus villanas finezas. Goza así de tu adorada prenda, si la fuerza de mi justa indignación algún gozo te permitiere.

Y tornándose las espaldas, ambas juntas se volvieron por donde entrado habían, abriéndose y cerrándose aquella puerta por sí misma, quedando la cámara ocupada de lóbregas tinieblas, y yo, en más oscura confusión y asombroso desconsuelo, no acabando de asegurarme si todo lo que había visto y por mí había pasado desde que me acosté había sido sueño o suceso^{xxxiv} real. Para averiguación de todo me tentaba el diestro brazo, pero ni la ligadura estaba allí ni el dolor permanecía, como tampoco el de las picaduras de la sutil aguja, siendo los uno[s]^{xxxv} y los otros intensos cuando los padecía. Casi quedé consolado con esta experiencia, pero volviendo a buscar a Mauricio encontré con él, que a mi lado a sueño suelto dormía, cosa que me conturbó nuevamente considerando que habiéndole primero hallado menos, como sin sentirle yo había vuelto a la cama.

Estas consideraciones me sacaban de juicio. Traté de despertarle y no pude conseguirlo sin mucha dificultad; tan sumergido estaba en aquel profundo letargo. Despierto, en fin, y reparando que ya la aurora nos acechaba por entre las sutiles quiebras de ventanas y puertas, saltando de la cama dijo:

— ¡Cuerpo de tal y cómo nos hemos dormido! ¡Medio día es! Grande descuido ha sido el mío, habiendo de caminar hoy.

Y abriendo una ventana, mirándome al rostro, con admiración y [a]sombro^{xxxvi} santiguándose^{39 40} dijo:

— Válgame Dios, señor Acrisio, ¿qué tenéis que parece os acaban de desenterrar ahora?

A que yo, atónito y conturbado, comenzando a creer mis desdichas, le pregunté qué decía o qué mudanza reconocía en mí. Y él, afirmándose en lo que primero⁴¹ dicho había⁴², respondió:

— ¡Digo, señor, que parece venís de la otra vida!

Repreguntele yo que adónde había estado aquella noche.

— ¿Cómo dónde? —replicó él—. ¡Gentil descuido! A vuestro lado, en⁴³ el más profundo sueño que dormí en toda mi vida. Mas, hablando de veras, ¿por qué me lo preguntáis?

— No sé, amigo, por Dios —le respondí—, ¿sabéis, amigo, si yo he dormido?

— Lo que puedo decir —respondió—, es que desde que nos acostamos no despegué los ojos, mirad cómo sabré lo que me preguntáis. Solo puedo

³⁸ Add. y

³⁹ Om. santiguándose

⁴⁰ Add. me

⁴¹ Om. primero

⁴² Había dicho]

⁴³ Con]

decir que os considero tal que parece que brujas han jugado con vos a la pelota.

— Yo he padescido —dije—, según eso, un desvelo, por no deciros ensueño, tan asombroso que no dudo del estado en que me consideráis, sino si tengo vida.

A que él replicó:

— Vos, señor, estáis fresco si creéis⁴⁴ en sueños.

Y luego, con cordura y despejo procuró divertirme la pasión con otras pláticas. Acabamos de vestirnos y, prevenido el viaje, tomando la bendición de mis tíos que, reparando en mi conturbación, juzgándola accidente de indisposición, quisieran difiriera mi jornada, pero yo esforzándome lo posible no lo permití. Tomada, digo, su bendición y sin ver a Silvia, que ni ella lo permitió con ocasión de su indisposición ni yo tampoco insté mucho en hacerlo, comenzamos nuestro viaje.

No prosiguió Acrisio en la lección de su historia, dando a conocer el sentimiento grande que le habían ocasionado estas memorias.

Y el cura, en orden a divertirle dellas, dijo donairosamente:

— No puede encubrir vuestra paternidad, padre nuestro, la natural aversión que en ese viaje aprehendió contra sus dos compatriotas serranos, pues desde que los dejó aposentados en Nápoles jamás se acordó dellos. Y lo que más es, que partiendo agora de aquella ciudad se los deja en ella sin citallos para el viaje, pues de buena razón habrá de dar cuenta de sus personas en su pueblo habiendo salido juntos.

Sonrioso⁴⁵ Acrisio de la proposición y recuerdo del cura, y considerando se le hacía por vía de diversión a sus pasiones, usando de su natural prudencia quiso dar a entender reconocía su ánimo, y así quiso pagarle este beneficio con el suceso de sus camaradas, que dijo ser así:

— En rigor histórico —dijo—, señor doctor, está bien puesta la objeción, pues es a cargo del cronista⁴⁶ dar cuenta de todas las personas introducidas aunque sean de menor calidad. Y así porque la mía no quede defectuosa en esa parte, digo que la causa del viaje de mis camaradas a Nápoles fue porque trayendo entre los dos un reñido pleito sobre la posesión de cierta heredad, recelosos ambos de que su juez ordinario no les había de hacer justicia, de conformidad trataron de comprometer su pleito en el adbitrio de un gran letrado natural del mismo pueblo que a la sazón resedía en Nápoles. Habiendo pues llegado a aquella ciudad, intimaron luego su compromiso al adbitro^{47xxxvii}. Y fue en ocasión que le hallaron ocupado en un escrito en derecho, y así los mandó sentar y que aguardasen. Sentáronse y él prosiguió en su estudio sobre un bufete que estaba a una parte de la sala donde escribía tan divertido que todas las veces que había de tomar tinta, iba a tomarla al⁴⁸ tintero que sobre otro bufete distante de aquel estaba. El uno de mis villanos reparó en esta desacordada acción y mormurola con su compañero, y viendo que, aunque duraba el escrito, el jurisconsulto no

⁴⁴ Creis]

⁴⁵ Sonriose]

⁴⁶ Coronista]

⁴⁷ Adbitrio]

⁴⁸ A un]

advertía su desacuerdo, poniéndose en pie, dijo:

— Señor doctor, su mercé se quede con Dios, que nosotros nos^{xxxviii} vamos.

Y el letrado dijo:

— Aguardaos hermanos, que ya acabo.

— Prosiga su mercé —replicó el villano— en su negocio, que aquí no tenemos⁴⁹ que hacer.

— ¿Por qué no?— preguntó el letrado.

— Porque me parece —replicó él— que quien para sí no tiene parecer le tendrá mal para los otros.

— ¿Por qué lo decís, hermano? —replicó él—.

Y el villano⁵⁰:

— Porque pudiendo su mercé traer^{xxxix} desde la primera el tintero consigo, no lo ha hecho, obligándose a ir y venir a él siempre que le faltaba la tinta.

Y diciendo esto, sin bastar razones del letrado ni de otras personas que se hallaron presentes, se fueron a su posada, partiéndose al punto de Nápoles, aun sin avisarme a mí, que supe por relación esta historia a causa de haberse extendido por la ciudad la mordaz objeción del villano montañés. El cual y su compañero, juzgando por mejor sentencia su razonable avenencia, se conformaron por el camino, recelosos de fiar su justicia del adbitrio⁵¹ de hombres, en quien predominan las pasiones y ignorancias como en los demás.

— Deste suceso —prosiguió diciendo— podréis inferir, señores, el talento de mis camaradas y cuán acordadamente los omitía en mis relaciones.

— La verdad es —dijo el cura después de haber solenizado la mordacidad del villano— que vuestros camaradas no anduvieron desacordados en su conveniencia por lo mesmo que advertistes. Pero en intenciones más bien instruidas no cupiera semejante reparo, porque la experiencia de tales diversiones excusa cualquier⁵² acto desconveniente en el sujeto más docto. Porque la aprehensión que el alma hace a la explicación del concepto que produce obra semejantes arrobos⁵³, por tener entonces ocupados los sentidos en la consulta de aquella operación, en que entonces sirven al alma como en abstracto.

Pero volviendo yo a hacer reflexión sobre la historia de nuestro padre en la parte que tocó a los versos por la anciana Corsina pronunciados, con que ella creía haber obrado el encanto, aunque en razón deste punto se dijo mucho en el discurso primero, en lo que allí no quedé instruido quise instruirme aquí como en lugar más propio, por lo cual le dije así:

— No puedo excusarme, padre nuestro, de la pasión de ignorante, aunque reconozco os obligo a las resoluciones de mis ignorancias, puesto que lo concede la mucha facilidad con que la afluencia inexhausta de la perene fuente de vuestras ciencias no se agota con tan pequeño vaso como el de mi talento. Ya sabéis que todos los de mi ingenio, quiero decir, preguntadores, somos cansados. Tened paciencia y atended a mis reparos y resolvédmelos.

— Muy engañado estáis, amigo —respondió él—, en el mal concepto que

⁴⁹ Temos]

⁵⁰ Add. dijo

⁵¹ Add. y parecer

⁵² Cualquiera]

⁵³ Semejante a robo]

hacéis de vuestro ingenio, pues no vale la consecuencia. ¿Pregunta? Luego ignorante, siendo más corriente la contraria, pues nadie puede ser docto sin aprender y informarse. Solo se puede graduar de ignorante el que por no preguntar vive en su locura y muere en su ignorancia. Proponed, pues, la dubda que se os ofrece y ponga Dios tiento en vuestra imaginación para que no se remonte a tan alto vuelo que la insuficiencia⁵⁴ mía no le dé alcance.

A proponer iba yo⁵⁵ mi reparo cuando nos avisaron los criados nos aguardaba la vianda y ansí, quedándose mi proposición para después, nos fuimos a comer y después, vueltos a nuestro ejercicio, la propuse como se verá en el siguiente discurso.

ⁱ Cita procedente de Job (14, 7): «Lignum habet spem si praecisum fuerit rursus virescit» («Una esperanza hay para el árbol:/ Si es cortado, aún puede germinar, / y sus renuevos no dejan de crecer»).

ⁱⁱ *Colgar*: «Vale entapizar» (Covarrubias).

ⁱⁱⁱ *Qvadra*: «La pieza en la casa que está más adentro de la sala, y por la forma que tiene de ordinario cuadrada se llamó cuadra» (Covarrubias).

^{iv} *Fuer*: «a fuero» (Academia, 1832). *A fuero*: «Según ley, estilo ó costumbre» (*Ibidem*).

^v *Regalo*: «Significa también gusto ó complacencia que se recibe en qualquier línea» (Autoridades).

^{vi} *Lastar*: «es hazer el gasto en alguna cosa con ánimo y con derecho de recobrar lo de otro, a cuya cuenta se pone» (Covarrubias).

^{vii} *Retrete*: «El aposento pequeño y recogido en la parte más secreta de la casa y más apartada, y assí se dixo de *retro*» (Covarrubias)

^{viii} Paris, hijo de Príamo y Hécuba, fue criado en la montaña por unos pastores y se caracterizó por su insólita belleza.

^{ix} «Y yo no soy tan feo, poco ha me contemplé en la orilla» (Virgilio, 1990: 176). La historia de Coridón aparece en la Égloga II de Virgilio (*Bucólicas*), aunque Matías de los Reyes erróneamente anota al margen «Égloga I». En ella se narra cómo Coridón está profundamente enamorado del hermoso Alexis, aunque no obedece a un amor correspondido, de ahí que Coridón alegue que Alexis lo desdeña aun sin conocerlo, y pasa a enumerar sus virtudes y cualidades, entre las que aparece su particular concepción sobre su propia belleza.

^x Matías de los Reyes confunde la fuente en la que aparece la información sobre Tersites, ya que figura en *La Iliada* y no en *La Odisea*. En dicha obra el personaje se muestra caracterizado con tal elenco de defectos físicos y de carácter que se describe como el más feo y tardo de los griegos que participan en la Guerra de Troya.

^{xi} *Estelionato*: «Delito que comete el que maliciosamente defrauda a otro, encubriendo en el contrato la obligación que sobre la hacienda o alhaja que vende, tiene hecacha antecedentemente: y tambien si le defrauda adulterando y viciando la misma alhaja que vende o empeña, y al tiempo de la venta o empeño encubre el dolo y engaño, se llama Estelionato: como assimismo el que con malicia arranca del processo alguna escritura o instrumento, para poder defraudar y engañar» (*Autoridades*).

^{xii} *Alvzinar*: «es como adiuinar vna cosa, que ni se sabe ni se entiende bien al modo del que entre las dos luzes, o de la tarde o de la mañana, viendo vna cosa le parece otra, de la que es» (*Covarrubias*).

^{xiii} *Filauca*: «Delito que comete el que maliciosamente defrauda a otro, encubriendo en el contrato la obligación que sobre la hacienda o alhaja que vende, tiene hecha antecedentemente: y también si se defrauda adulterando y viciando la misma alhaja...» (*Autoridades*).

^{xiv} «deudora» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xv} En el manuscrito parece leerse «refería», aunque no de forma nítida.

^{xvi} «entiendese» en el manuscrito.

^{xvii} Subsanado en el impreso.

^{xviii} Iris simboliza el arco iris y, por tanto, la unión entre el cielo y la tierra al igual que entre los dioses y los hombres. Era hija de Taumante y Electra.

^{xix} *Bateria*: «Metaphoricamente se toma por qualquier cosa, que hace impresión con fuerza» (*Autoridades*).

⁵⁴ Insuficiencia]

⁵⁵ Proponco, ibayo]

-
- ^{xx} «frangrancia» en el manuscrito. Subsano en el impreso.
- ^{xxi} «caebeza» en el manuscrito. Subsano en el impreso.
- ^{xxii} *Austro*: «Uno de los cuatro vientos cardinales: y es el que viene de la parte del medio día, según la división de la rosa náutica en doce vientos, y en veinte y quatro según los antiguos» (Autoridades).
- ^{xxiii} El gigante Atlante, perteneciente a la generación de los «hombres violentos», fue condenado por Zeus a sujetar la bóveda del cielo sobre sus hombros (Grimal, 1982: 61).
- ^{xxiv} «Alcides» o «Alceo» fue el nombre que Heracles, hijo de Anfitrón y Alcmena, recibió al nacer en honor a su abuelo. Su figura estuvo siempre vinculada a la posesión de una fuerza extraordinaria.
- ^{xxv} Subsano en el impreso.
- ^{xxvi} «en en» en el manuscrito.
- ^{xxvii} «inmanes» en el texto.
- ^{xxviii} En el libro del *Apocalipsis* aparece una mujer que lleva escrito sobre la frente «Babilonia la grande, la madre de las prostitutas y de las monstruosidades de la tierra» (17:5). Esta mujer «es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra» (17: 18). La imagen que en estos y otros versículos del libro de la Revelación se proyecta sobre Babilonia compendia un cúmulo de pecado, crimen y degeneración.
- ^{xxix} En italiano, nombre por el que se conoce el volcán Etna.
- ^{xxx} Subsano en el impreso.
- ^{xxxi} Subsano en el impreso.
- ^{xxxii} Lamia fue amada durante un tiempo por Zeus y, cada vez que daba a luz un hijo de este, Hera, celosa, lo asesinaba. Entonces Lamia, desesperada, se reclutó en una cueva y allí, la envidia a madres dichosas la convirtió en un monstruo que robaba y devoraba niños. En este caso, la vinculación que Matías de los Reyes establece entre la maga Corsina y Lamia responde a la perniciosa educación que la maga ha inculcado a la joven, más dañina y destructiva que útil.
- ^{xxxiii} El uso de un unguento para provocar una zoantropía puede rastrearse ya en *El asno de oro* (Apuleyo, s.II), cuyo influjo queda sobradamente atestiguado tanto en el *Para algunos* como en *Le Metamorfosi* de Lorenzo Selva (v. 3.3.2.1.). En la novela latina, Fotis, amante de Lucio, le promete que saciará su curiosidad metamórfica con solo aplicar un unguento. Un equívoco de la joven provoca que, en lugar de la deseada metamorfosis en ave, el protagonista acabe convertido en asno.
- ^{xxxiv} «susceso» en el manuscrito.
- ^{xxxv} «uno» en el manuscrito. Subsano en el impreso.
- ^{xxxvi} Subsano en el impreso.
- ^{xxxvii} «Adbitro» por «árbitro». *Árbitro*: «El juez que las partes eligen y nombran, y en quien se comprometen para librar las contiendas, y diferencias que tienen entre sí, o se espera que haya entre ellas» (Autoridades, 1726).
- ^{xxxviii} «mosotros mos» en manuscrito e impreso.
- ^{xxxix} «Trayendo» en manuscrito e impreso.
- ^{xl} En el manuscrito aparece en nota al margen «Égloga 1». Matías de los Reyes confunde la fuente de esta relación, la de Coridón y Alexis, que aparece en realidad en la *Égloga II* de Virgilio.

DISCURSO SEXTO

— En el discurso pasado, padre nuestro, dijistes —dije yo— que la maga Corsina mormuró algunas palabras por vos no entendidas, pronunció aquellos versos y usó de aquellos unguentos con que parece (aunque hasta agora no ha llegado el caso) dispuso vuestra persona para alguna prestigiosa transformación. Y deso, primero que llegue, está prevenirme para estar advertido del modo como tengo de recibir semejante suceso, supuesto que no me acabo de limpiar de escrúpulos acerca destas transformaciones, que si bien vuestra paternidad me dijo mucho en el primer discurso, esto de las palabras y versos quedó todavía algo indeciso, y parece que este lugar viene rodado para tratar desto más en particular. Y aunque yo he leído algunos autores que desto hablan, como¹ ya he dicho, hallo que Pomponacioⁱ, para ejemplificar la eficacia de las palabras, dice: «Sicutⁱⁱ videmusⁱⁱⁱ fieri ab oratoribus facultate rethoricae et a peritis musicis vi armoniae». Pero hallo yo que los oradores, no con palabras desnudas sino con la energía y conveniencia de las sentencias y solidez de las razones obran las alteraciones en los ánimos de sus oyentes. Los músicos causan los mismos efectos, pero es en virtud de las consonancias y armonía de las voces. Lo que niego yo en los embusteros que usan de oraciones insulsas², vanas y nada significativas como son las de los mágicos, encantadores y zahoríes; y se puede colegir también del desatinado concepto de los versos de vuestra Corsina, en quien no solo no considero eficacia pero ni aun razonable método que los acredite. De donde infiero, caso que vuestra transformación prestigiosa tenga efecto, que ni de los versos ni de los unguentos procedió, sino de lo que se probó doctamente en el primero discurso. Pero sin embargo desta fe pretendo, mi padre, me digáis algo sobre esto de las palabras.

— Supuesto —dijo él— que estáis también en las doctrinas de aquel discurso y que me releváis de repetir lo que allí dije, atended agora y advertid que casi en todo lo que agora dijere me tengo de valer de las palabras mismas que el doctísimo Martín del Río en sus *Disquisiciones Mágicas*, en el capítulo 4 del libro 1, *quaestio* 3, donde concluye que no hay fuerza alguna en semejantes palabras ni en otra de que los magos usan para el efecto de sus vanas supersticiones, ni para introducir salud en el enfermo cuerpo, ni para enfermar el sano ni para obrar otras maravillas de que los tales se jactan.

Y siendo así, ningunas voces o vocablos tienen fuerza ni eficacia para sanar heridas, suspender dolores ni otra enfermedad. Dijo ningunas, excluyendo todo género de palabras o ya e[s]criptas^{iv}, o ya pronunciadas con la boca o ya solas y absolutas, o ligadas y comprendidas en oración, en verso o en prosa; significativas o no significativas, o sean en la hebrea, griega, latina o vulgar lengua, pronunciadas o escriptas, dichas con sibilo o aspiración o en otra cualquier forma, en presencia o en ausencia del enfermo o persona que pretenden encantar o maleficar. Y lo mesmo hemos de entender a nuestro intento en la operación de tales transformaciones o efectos mágicos, pues caminan sus efectos *pari pede*^v.

Dijo fuerza natural no tocando en lo inefable de los preces^{vi}, ordenados con

Palabras supersticiosas de que usan los magos: qué fuerza y valor tengan

Martín del Río, *Disquisiciones Mágicas*, libro 1, capítulo 4, *quaestio* 3. Mayolus *Collegnia de admirandis naturae rebus sev dies caniculares*, coloquio 3, *De sagis*^{lxvi}

¹ Coma]

² Insultas]

divino acuerdo por nuestra sacrosanta madre la romana iglesia, formas de los sacramentos y exorcismos que tienen fuerza sobrenatural por divina institución concedida por soberano modo, de que aquí no nos toca hablar. Ni tampoco tratar de las obras naturales en cuanto se oponen a las animales, y libre albedrío, sino en cuanto se contrarían a las obras artificiosas o³ sobrenatural⁴ [sic], para lo cual sabemos que Dios estatuyó un orden de naturaleza para la perfección del universo, dando con largueza a cada cosa su individua naturaleza y esencia particular, y a cada cual concedió y adornó de acciones propias, congruentes a su naturaleza, las cuales llamamos «operaciones naturales». Después añadió otro orden sobrenatural que se divide en otras dos especies, de quien es la primera el orden de gracia, o digámosle milagroso, que es lo mismo, al cual pertenecen ciertas operaciones que sobrepujan y vencen las fuerzas y potestades de todos los hombres y ángeles, de cuyas operaciones no es el principio la singular naturaleza de la cosa, sino sola aquella misma gracia de Dios, voluntad absoluta y omnipotencia. Estas, pues, se dicen operaciones de la gracia y sobrenaturales, tomadas estrechamente y también operaciones milagrosas.

La otra es un orden prodigioso que en sí mismo no excede los términos del orden natural, sino solo se dice exceder en la razón, del modo que los hombres todos o los más ignoran, y por esta razón muchas veces solemos llamarle (largamente) «sobrenatural», pero más clara y significativamente le llamamos «preternatural» o fuera de natural, al cual se refieren muchas miríficas^{5vii} operaciones obradas por los buenos y malos ángeles o por movimiento local o por súbita aplicación de naturales agentes. Pero porque en estos el efecto de la naturaleza de las cosas, según su esencia, no repugna ni el modo de obrar supera las fuerzas angélicas, resulta que tales efectos son más naturales (latamente hablando) que sobrenaturales o milagrosos, propiamente hablando, porque el vulgo juzga sobrepujan el orden natural, por eso los llama «sobrenaturales», «milagrosos» o «prodigiosos». Efectos son estos de la ignorancia humana, en tanto que remota a las noticias de muchas de las obras de naturaleza. Vemos que lo que a unos es común y ordinario a otros es asombro y prodigio por no lo haber visto ni conocido jamás, de que cada día se nos ofrecen ejemplos.

De lo dicho consta que Dios estatuyó tres órdenes, a saber, natural, milagroso y prodigioso, o si nos pareciere reducirlos a dos, que sean «natural⁶» y «sobrenatural⁷», a estos añadió el hombre otro orden, cual es el de las obras artificiales y por esto llamado «artificial⁸»^{viii}. Este se obra cuando aplicando cosas naturales a fin determinado, resultan diversas formas, las cuales la naturaleza no daría si la industria del hombre no lo obrase. Mezcla Aná^{ix}, biznieto de Esaú, las yeguas con los asnos de sus greyes y ganados, y resulta deste ayuntamiento el mulo, hasta entonces no producido, ni le produgirá [sic] jamás naturaleza, pues su orden pide igualdad en las especies, y así se ve que entre mulo y mula no se propaga⁹ la especie. Y de camino, según San Agustín

San
Agustín,
Libro 15,
capítulo

³ Y]

⁴ Sobrenaturales]

⁵ Mirifuas]

⁶ Natura]

⁷ Sobrenatura]

⁸ Artificia]

⁹ Paga]

siente, en el arca de Noé no entró este género de animales, librándose su propagación en los asnos y yeguas. ¿Quién, pues, a nuestro propósito, no se maravillara y tuviera por prodigioso animal aquel cuya especie no se conoce en las cosas de naturaleza si ya no estuviese su noticia tan familiar a nuestro conocimiento, como la destos animales?

27⁷⁶ *De civitate Dei*

Pero no siempre puede la humana industria perfeccionar algo que repugne en todo al poder de naturaleza, por lo cual al orden natural se allega el artificial, no destruyendo aquel, antes sirviéndole, ya que no excediéndole. Esto se comprueba con la industria que se halló de empollar los güevos sin el natural calor de la gallina, aplicándolos por el espacio de ciertos días entre el calor del estiércol, de quien proceden pollos naturales, si bien estériles para seguir su propagación, pues los güevos que destos proceden jamás se empollan.

Petrus
Crescentius
lxvii *De Rustica*

Demás de lo dicho se ha de advertir que ningún efecto natural produce la naturaleza si no es por movimiento o mutación. Para que produzga [sic] el grano en la tierra es necesario pase y se mude de su naturaleza a la putrefacción. La salud es necesario se mude de la indisposición de los humores a su sedación y quietud. Esto no se obra sin el medio y aplicación de calidades activas, las cuales para obrar, piden aptitud en el sujeto y idónea disposición a rescibir calidades extrañas.

Deste fundamento sale la conclusión contra los que pretenden introducir actividad en las palabras, tal que con ellas se obren tan estupendas maravillas. Y los que esto publican, quieren satisfacer su crédito con sola la sugestión diabólica, que se lo persuade en cumplimiento del pacto entre ellos contraído, implícito o explícito, siendo la verdad, que él, permitiéndolo Dios, lo obra todo con su naturaleza, dispuesta por su angélica intiligencia al conocimiento de las cosas naturales, con que las tales cosas se pueden obrar, y en la forma que ya hemos dicho.

Y para que se desengañen, consulten sobre esto en el lugar citado a Martín del Río (a todas las autoridades de doctores que él tray allí) y verán su engaño, pues todos afirman que las encantaciones de palabras ni semejantes unguentos [no] son aptas para obrar las maravillas que se atribuyen.

Y aunque nos opongán, cuanto a las palabras, que emanando el espíritu y exhalación desde el corazón por las arterias, y que por la vista del que mira o por la voz del que habla, tocando los poros del que es visto u¹⁰ oye se le comunica hasta el corazón donde como en oficina propia se fabrican tales efectos en el paciente y que esto se obrara más activa y vehemente cuanto lo fuere la intención del agente. Se concluye que semejante eficacia no se debe atribuir a la voz, lo cual se prueba porque esta no tiene eficacia en el que oye sino por accidente, por razón del sonido o significación de las palabras, con que se altera el ánimo del oyente o cuando son repentina y in[e]speradamente oídas, con sonido hórrido^x o inusitado o significando con ellas tristezas, alegrías o temores, porque todas estas cosas mudan el ánimo de un afecto a otro por accidente y no por existencia.

Condron-
chus^{lxviii},
libro 2, *de morb.*
venefi.[sic]
Capítulo 5

Y no obsta lo que dicen de las admirables mutaciones que suelen obrar los magos en los que malefician como susurradas al oído de un toro, rendirle y postrarle^{xi} a tierra como muerto, y luego con otras hacerle poner en pie. Ni las maldiciones de los padres, que suelen verse cumplidas en los hijos, porque las del toro, no las fuerzas de las palabras sino la invisible potencia del demonio la obra en virtud del pacto. La de la maldición del padre puede efetuarse no por la fuerza de la

¹⁰ O]
⁷⁶ 17]

palabra sino por la vehemente imaginación de vergüenza, de ira, de temor o de tristeza en la misma fervencia del enojo, del maldiciente y pasiones del maldito, y si suceden por transcurso de tiempo, no a la actividad de las palabras se ha de atribuir, sino que Dios quiere castigar así la maldad del inobediente hijo, como sucedió en Vestfalia^{xiii} donde con sus maldiciones convirtió una madre en inmóvil mármol a su hijo, aunque algunos lo atribuyeron al demonio.

Y para que no solo con la autoridad, aunque de varones tales, se acredite nuestro discurso, corroborémoslo con la razón, que es el mejor instrumento con que se obra¹¹ el desengaño, y discurro racionando así:

Las palabras, por sí solas, carecen de toda fuerza natural, sobrenatural ni artificial para obrar algo. Fuerza artificial nadie hasta hoy la ha conocido en ellas, porque el artificio supone materia. Las palabras son inmatrimales, luego no valen a ninguna artificial operación, que aunque decimos “habló Fulano con grande artificio de palabras”, es abusivo y no propio [sic].

Natural virtud es aquella que por sí misma, sin dependencia de otra, obra. Las palabras por sí no tienen fuerza natural alguna, porque no son más que una prolación^{xiiii} de la voz que hiriendo el aire circunstante causa aquel sonido comunicable a los oídos (de que viene vestido el concepto del hombre o el afecto del animal) que hasta términos hábiles pueden apercibirla, lo que no obra en los demás sentidos con quien no tiene conexión ni correspondencia, porque como ni el color es objeto del gusto, ni el olor del tacto, ni el sabor del olfato, tampoco el sonido lo es de los demás sentidos, si[e]ndolo^{xiv} solo del oído.

La sobrenatural virtud por gracia divina o milagro se obra y esto no se puede atribuir a semejantes palabras, porque Dios jamás permite ni a la iglesia santa reveló lo que los magos publican,¹² obran por sus palabras, ni la majestad divina favorece ni aplaude las mágicas supersticiones y encantos, ni obra en Beelzebub¹³, repartiendo con él su gloria en igual medida que a sus ángeles buenos y a los bienaventurados, a quien suele conceder obrar milagrosos efectos en que manifiesta su poder inefable.

Pero si esta virtud no es sobrenatural, tampoco diremos es prodigiosa, porque la tal no se obra por ministerio de ángel bueno, porque estos no se mezclan en sus operaciones con las mágicas artes, luego, ¿obrar se han por ministerio de los malos? Y siendo así es fuerza que en este obrar haya sugestión, engaño y mentira por ser el demonio padre destas hijas.

Si son escritas las palabras, supuesto que, como queda probado, por sí no tienen fuerza natural, acción ni vida, antes son expertas y faltas de toda energía. Si tienen alguna virtud, será por la ínsita en el pergamino o papel en que están escritas o tinta con que se fabricaron (caso negado) y esto a los tales materiales y no a las palabras se ha de referir. Y así no hemos de confesar obran en su propia virtud sino en la extraña.

Y porque para introducir la salud en el cuerpo enfermo es necesario preceda primero la mutación de los humores desordenados que persisten en el sentido del tacto, es necesario confesar también que con calidades no correspondientes al tal sentido no se obrará tal curación.

Concluyamos de una vez que las palabras y, en especial, las de los magos, no tienen eficacia para inmutar los humores y menos para obrar tales transformaciones mágicas, en quien se experimentan con engaños de los

¹¹ Obre]

¹² Add. o

¹³ Belcebriol]

sentidos, como luego diré, tan estupendas maravillas. Ni yo asiento por verdad en mi suceso que los versos y palabras pronunciadas por aquel infernal ministro ni el uso de aquellos supersticiosos ungüentos obraron en mí tan prodigiosa inmutación, porque con esto destruyera las doctrinas del primer discurso y las deste que no son de menor autoridad, a cuya posibilidad hemos de reducir mi transformación y no a más. Que aunque mis iludidos y prestigiados sentidos y los de los demás que en siete meses me trataron, padescieron este engaño, se ha de entender todo dentro de los límites destas doctrinas y no en más; concluyendo me sucedió todo así por permisión divina en castigo de mis graves culpas, y obrada así para persuasión de aquella mala vieja y engañada doncella, de cuyos efectos sacaba el demonio, su maestro, el fruto a que aspira, que es su tiránica adoración lograda en semejantes ministros.

Así dijo el religioso y yo, para mejor instruirme, proseguí diciendo:

- Confesando por cierta esa doctrina, padre mío, solo me resta saber: supuesto que las palabras no tienen eficacia para obrar tales transformaciones, ¿por qué el demonio manda a los magos usen dellas persuadiéndoles la[s] tienen para tales operaciones? Y si en su virtud no se obran, ¿cómo después dellas se sigue la operación a que atienden?
- A eso satisfago —dijo él—, con lo que dice Escoto, y lo refiere Mayolo hablando sobre si es lícito destruir los hechizos materiales como señales, en quien permanece la vejación conferida al maleficiado mediante el pacto que el demonio tiene hecho con el maléfico, y es a nuestro propósito, porque resolviendo, dice: «el demonio en la destrucción de tal hechizo cesa a la vejación y daños del tal maleficiado, porque conocido este efecto por el maléfico, se confirme y permanezca en la credulidad supersticiosa, en cuanto cree obrarse el hechizo y encanto con tales instrumentos, materiales y palabras, pues destruidos ellos cesa la vejación (a su entender) por ellos en el paciente introducida». Siendo así que el demonio mesmo por su propia virtud lo obra todo no cooperando en nada el maléfico, antes quedando iludido en la misma obra como los demás.

Pues a nuestro propósito se ha de decir lo mesmo de las palabras y ungüentos que los magos usan en sus encantos como instrumentos fabricados para las mismas operaciones por el demonio, su maestro, en cuanto les persuade estar en ellos toda la fuerza de los encantos, siendo así que no son más de vanidades con que los tray embebecidos y sujetos a su tirano imperio hasta dar con sus almas en el precipicio del infierno. Porque él, como dice Escoto, es el que obra en su propia virtud todo aquello que los magos creen obrar con yerbas, palabras, caracteres y sigilos. Y por eso, respondiendo al último periodo de vuestra cuestión, suceden tras las palabras, aunque prestigiosa y ilusoriamente, los efectos que por los magos se pretenden, precediendo primero y ante todas cosas la permisión divina sin la cual nada puede el demonio.

- Pues siendo así —dije—, hemos de concluir, por no volver a estas dudas, que aquella transformación no tiene nada de material ni real, sino que es mere^{xv} fantástica y prestigiosa, obrada por sugestión del demonio. Así lo tengo entendido. Solo dudo agora, ¿cómo se obra esta ilusión en los humanos sentidos, supuesto que ellos son corpóreos y esos objetos que se les representan son inmatrimales y ilusorios?
- Dudáis bien —dijo él—, y respondiendo con San Antonino que es así, que el demonio a las veces, para engañar a sus secuaces, obra en la fantasía del hombre iludiendo sus sentidos cosas que en ellos se juzgan

Escoto,
cuestión 34,
distinción 4
Mayolo,
*Dies
caniculares*
Coloquio 3
De sagis

Discurso

por reales, siendo ilusorias y prestigiosas. Lo cual declara el santo con la razón natural y también con varias experiencias con la razón, en este modo. Las cosas corporales naturalmente son sujetas y obedientes a la naturaleza angélica cuanto al movimiento local. Los demonios, aunque perdieron la gracia en su caída, no perdieron la virtud natural, porque como dice San Dionisio en el libro de *Los divinos nombres*, capítulo 4, sus partes naturales quedaron enteras y esplendidísimas, y supuesto que la potencia fantástica o imaginativa nuestra es corporal, por eso naturalmente¹⁴ está sujeta a los ángeles cuanto a las mutaciones por ellos procuradas, con cuyo medio pueden causar varias fantasías por la descensión^{15xvi} de los humores al principio sensitivo. En comprobación desto dijimos mucho en otra parte.

— No diga más vuestra paternidad —dije— que con lo dicho queda más claro lo que se tocó en el primer discurso, y a mí no me queda que dudar en esta materia. Pero tenga paciencia, que no he acabado de ser ignorante, pues del desenfrenado amor de Silvia se me ha introducido deseo de saber la causa de que provenga en los ánimos humanos esta pasión de amor, no digo entre dos correspondientes voluntades, que en estos términos fuera crasa mi ignorancia; de aquellos, digo, que sin correspondencia aman como sucedió a Silvia, causa de dar en tantos precipicios.

— Aunque mi hábito —dijo— me releva de satisfacer a vuestra cuestión, lo haré por agradaros, procurando encerrarme dentro de los límites del decoro religioso. Habéis de saber que los antiguos poetas fingieron que Amor no era uno solo, sino que había muchos amores, y redujéronse a este pensamiento reparando en las muchas y diversas pasiones que padescen los amantes, siendo así que no todos en una forma mesma ni en una cosa propia aman, sino que diversamente ama cada cual, y muchas veces muchas cosas juntas y entre sí diversas, lo cual no se siguiera si el amor fuera uno solo.

Discurso
sobre el
amor

Otros redujeron a menor número los individuos de amor diciendo hay una Venus en el cielo y otra en la tierra, aquella, madre del honesto amor, y esta, del lascivo, el cual no es otra cosa que una pasión que ciega el ánimo, que desencamina el juicio, que priva la memoria, disipa la hacienda, estraga la salud, enemiga de la juventud, muerte de la vejez, madre de los vicios, habitadora de vanos corazones, razón sin razón y prisión de la humana libertad. Pero aunque así lo dijeron los antiguos, con todo eso el amor es sola una esencia que informa, rige y mantiene el universo, la cual en tantas cosas se puede predicar, cuantas especies la comprehenden. Y bien que sean diversos los efectos amatorios, todos se derivan deste género,¹⁶ amor, la cual definición, según la opinión mejor, no es otra cosa que deseo de gozar lo hermoso. Y porque esto quede más claro, es de considerar que la hermosura es en tres maneras, a saber: de cuerpo, de ánimo y de voz. La primera se comprehende con la vista, la segunda con el entendimiento y la tercera con el oído, de adonde se dice que las tres Cárites^{xvii} o gracias representan estas tres partes. Mientras el amor es solamente guiado por los ojos del entendimiento y del oído, es

¹⁴ *Om.* naturalmente

¹⁵ Dicensión]

¹⁶ *Add.*de

verdaderamente honesto, y el amante que se contentare de gozar en los objetos amados, solos estos frutos sin pasar más adelante a lo lascivo, será digno de alabanza, como en lo contrario de vituperio.

Pero, sin embargo, de tan comunes reglas cada uno ama con más aprehensión no lo que es muy hermoso sino lo que más se asimila a su apetito, por feo y vicioso que sea. Y por esto suele decirse: «lo hermoso es hermoso, pero más hermoso es lo que más agrada»^{xviii}, o como dice vuestro brocárdico^{xix} castellano: «quien feo ama, hermoso le parece». Y esto sucede principalmente por imperfección de nuestra estimativa, estragada tal vez por la concupiscible pasión, que haciéndose señora del albedrío, pone en estrecha esclavitud a la razón.

Pero porque no parezca que voy huyendo de lo esencial de vuestra cuestión, que consiste en saber la causa porque uno ama donde no es correspondido, digo, que no siempre el amor nace de propia elección, sino de un impulso de naturaleza, o llamémosle apetito, que nos arrastra a unirnos con nuestro ser con una oculta fuerza o inclinación a que no podemos excusarnos sin grandes resistencias de la razón recta, la cual vencida, queda la elección informe y ciega sin saber hacer destrucción de sujetos, antes despreciando respetos y atropellando honores, camina hasta el último despeño.

Pintando este afecto alegóricamente Aristófanes en el *Simposio*^{xx}, dice que en el principio la humana especie era entera, esto es, constaba de dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas, siendo así en los demás miembros duplicados, de donde procedía ser el hombre de ánimo soberbio y presunción altiva, tanto que creciendo en altivez conspiraron contra los dioses, de que indignado Júpiter en orden a humillar su arrogancia, los separó y dividió por medio, haciendo de uno dos individuos. Por lo cual hallándose la naturaleza humana débil y desfallecida en esta separación, desde entonces, con apetito natural, cada uno destes individuos busca su mitad, deseoso de volverse a reintegrar en uno solo y restituirse a su primero ser, y no para hasta conseguirlo. Así vemos que el varón busca la hembra y esta al varón como mitad suya, sin quien no viven en paz de sus pasiones instados hasta que efetúan esta reintegración, a la conservación de su especie tan necesaria, empeñando en esto todo el lustre de los más excelentes atributos de su naturaleza sin atender a inconmodidades, desprecios ni fatigas, a trueco de conseguir tan natural apetito. Pero si como muchas veces sucede, se yerra la elección, esto es, que la mitad apetecida es diversa a la apetente¹⁷, de cuya desconveniencia y antipatía se le siguen desprecios y frustración de sus deseos, allí es donde se concitan los rigores, se declaran los odios y se solicita la desunión. Así lo hemos visto en Silvia, que en fe de creerme mitad suya interpuso a nuestra reintegración tan desatinados extremos y, conocido su engaño, trocó su apetito en mortal odio y venganzas.

- Agora acabo de conocer —dije yo— cuán peligroso animal es la mujer para la compañía del hombre, pues aunque sea verdad que la crió Dios para su alivio y consuelo, luego que la naturaleza humana se depravó por el primer pecado, se desazonó este tan necesario socorro. Y siendo la mujer por la docilidad de su ser y blandura de su naturaleza más apta a la

¹⁷ Aparente]

perfección de toda virtud que el hombre, experimentamos que es mejor la in[i]quidad deste, que la bondad de aquella.

- Paresce, amigo —dijo el cura— que en vez¹⁸ de divertir^{xxi} a nuestro padre de las memorias de la causa de sus penas, le metéis en medio dellas ocasionándole a discurrir por las flaquezas de la mujer, ocasión de sus pesares. Mejor es que tratemos que nos den de cenar, si es cierto que los duelos con pan son menos.
- Bien vale aquí —dijo él—, señor doctor, ese proverbio, porque la sobra de regalo que nos hacéis me tiene a mí tan prevenido que no puede hacer en mi pecho mella pesar presente, cuanto y más pasada memoria. Y supuesto que es temprano, dad lugar que la digestión de la comida le dé a la cena, que en esta parte andáis tan puntual que todo se nos va en comer y cenar, no como aquellos caballeros andantes de la antigüedad que jamás sus cronistas¹⁹ nos dicen cuándo comían.
- No es mala la advertencia —dije— para los que nos mormuraren de lo que menudeamos el comer y cenar en estos discursos, pero sírvanos por disculpa, que por eso estamos en casa de un liberal ánimo que no nos lo zahiera²⁰ y así, pues no nos lo da nadie, callen y oigan.
- Volviendo al propósito —dijo el padre— cuando duraran las pasiones antiguas en mí, que no lo hacen gracias a los hábitos en contrario hechos, con las conversaciones de tales amigos se divirtieran todas, y aunque tal vez della salgan memorias que refrescan llagas, también las curan con las opuestas doctrinas a fuer del cáustico que, si ofende la parte sensitiva, sana la ofendida. Y para que entendáis que esto es así, con licencia vuestra tengo de desahogar el espíritu, mormurando en común del ingenio lúbrico y vario de la mujer.
- Yo —dijo el cura— temo que, tratado desta conversación, en vez de alivio no demos en molestia. Si ya no es que queráis probar, que no solo es inútil y vana la conversación de la mujer pero peligrosa, y siendo así yo me prefiero aterciar [sic] en ella, que aunque mi estado me tiene mucho más allá del olvido destas materias, no puedo negar que en mis verdes años tropecé en ellas, de donde me quedaron algunas indisposiciones en la voluntad a su comunicación. Y si hay algún su aficionado que se sienta con espíritu de contrastar el mío en esta opinión, conjúremele y échele fuera de mi aprehensión, y sea en fuerza de tres sentencias, de las cuales la primera sea que si el mundo se pudiese mantener sin mujer, nuestra conversación no estaría muy lejos de Dios; la segunda, que no hay en el mundo cosa peor que la mujer y sea la última la que poco ha dijo nuestro amigo, esto es, que el hombre más in[i]cua^{xxii} es mejor que la mejor mujer.
- ¡Oh! —dije yo— pues si tantos enemigos tienen las mujeres, forzoso será proveerlas de curador *ad litem*^{xxiii}. Y así, para que la conversación dure, aunque yo no soy muy su amargo [sic] me esforzaré a su defensa, ya que vuestra piedad se halla embarazada de su aversión, y comenzando mi clientela me opongo al rigor de vuestras tres sentencias, salva²¹ paz²² de²³

Discurso
sobre la
mujer y sus
calidades^{lxix}

Eclesiástico,
capítulo
42^{lxx}

¹⁸ Voz]

¹⁹ Coronistas]

²⁰ Zahiere]

²¹ Salvo]

²² Om. paz

la que me toca, y digo, que todas tres se deben retorcer más a la conservación y²⁴ reverencia²⁵ del femenino sexo que a la destrucción de su decoro y opinión. Y considero, señor doctor, que en vuestra invectiva²⁶ sólo tocáis la corteza, pero si con lo sutil de vuestro juicio pasáis a la médula y corazón de la cosa, hallaréis las tres sentencias, no en vituperio de las mujeres sino antes²⁷ en señal y²⁸ demostración²⁹ de la incontinencia³⁰ de los hombres, los cuales pecan más fácilmente conversando con mujeres aun³¹ de³² excelente³³ fama³⁴, que con la de hombres ímprobos, siendo verdad que conversando con usurarios, con³⁵ ladrones y con³⁶ otros de³⁷ más³⁸ estragadas³⁹ costumbres⁴⁰, no serán tan fáciles a la tentación de semejantes vicios como conversando con mujeres, supuesto que muy honestas, pues se sentirá conmovido de un lascivo y desordenado apetito, lo cual se verifica con los ejemplos de que los libros están llenos, entre los cuales brillan los de David, Sansón y Salomón, a quien [sic] no valieron la sanctidad, fortaleza ni sabiduría, pues las rindieron a las mujeres^{xxiv}. Veis aquí las resultas de vuestras tres sentencias, las cuales son más hábiles a sustener la justicia de mis clientes que a su vencimiento y deslustre. Porque si es verdad que la virtud consiste en la resistencia y victoria de lo dificultoso e imposible, yo me persuado haber perfeccionado un acto virtuoso, acostumbrando mis sentidos al vencimiento de las perturbaciones, que la conversación de las mujeres ocasiona al más recatado ánimo.

Aquí acudió el cura, no dejándome proceder a más razones:

- Vuestra filosofía —dijo— os debe de haber de forma mortificado que os podéis prometer a vos mismo la constancia de aquel filósofo que por aquella ramera ilustre fue juzgado estatua. Pero quiero acordaros que esta virtud se concede a pocos, porque ya ha mostrado la experiencia que no solo a los hombres vulgares pero a los eremitas más retirados se les cayó el rosario de la mano a la presencia de las mujeres.
- Si bien —dije— no me reconozco tan abstinentemente como aquel filósofo, tampoco permito se me prohíje la liviandad de aquellos que se enamoran, como se dice, a cada mercado, y que son tan dulces de sal que se pierden a la vista de las mujeres, de quien es la locura tanta que cualquier sonrisa o señal de agrado que una mujer haga, se le apropian como hecho en

²³ *Om.* de

²⁴ *Om.* y

²⁵ *Om.* reverencia

²⁶ Inventa]]

²⁷ *Om.* antes

²⁸ *Om.* y

²⁹ *Om.* demostración

³⁰ Inconstancia]

³¹ *Om.* aun

³² *Om.* de

³³ *Om.* excelente

³⁴ *Om.* fama

³⁵ *Om.* con

³⁶ *Om.* con

³⁷ *Om.* de

³⁸ *Om.* más

³⁹ *Om.* estragadas

⁴⁰ *Om.* costumbres

favor suyo y llenos de vanas esperanzas se prometen por conseguido el último fin de sus devaneos.

- Y aun ese —dijo él— es uno de los mayores defectos de las mujeres, de quien se dice con verdad que son semejantes a la muerte, porque siguen a quien las huye y huyen a quien las sigue, de que ya tenemos ejemplos en Ismenia y Silvia, sin mendigarlos en otras historias.
- Las mujeres honestas —añadí yo— huyen a quien las sigue.
- Y aun las deshonestas —dijo él— huyen también, pero déjense alcanzar.
- Bien —dije yo— pero no hubo alguna tan deshonestas, que no tuviese por vituperio el seguir al hombre, y que no pretenda primero ser requerida, donde sacaréis, que el defecto, como queréis, no está de parte de la mujer sino del hombre.
- El ejemplo de Silvia —dijo él— está en mi favor. ⁴¹—Yo— en el mío el de Olimpia.
- Concedido —dijo él— que sea así, yo me atreviera a dar la causa de las afectadas austeridades de las mujeres, pero por justas causas la omito.
- Vos, señor —dije—, sois bravamente repugnante a las mujeres. Rebelde, quise decir.
- Rebelde —dijo— no, porque jamás les juré la fe. Pero ¿cómo, decidme, pueden ser amables las mujeres, pues son llamadas damas a «damna» por los muchos daños que al hombre se le siguen de su comercio?
- Eso —dije— se ha de entender de las viejas, que las jóvenes se dijeron a «iuuare»^{xxv} por la ayuda que confieren al hombre.
- Antes —dijo— las mozas son más dañosas que las viejas.
- Yo me allano —dije⁴²— en nombre del femenino sexo, mi cliente, que las viejas son más dañosas que las mozas, porque según el común proverbio, la cabra nueva come la sal y la vieja sal y costal, demás de que las tales ya no son en el mundo de más provecho que para los ministerios en que Corsina se ejercitaba.
- Tomadlo como quisiéredes —dijo— que entre las dos edades yo no me atreviera a hacer elección para el aumento de mis comodidades, para lo cual acordaos de aquel que era amante de una vieja y de una moza, al cual ella quitaba los pelos negros y esta los blancos en orden cada cual de convertirle a su ser, y al cabo entre las dos le dejaron como perro chino: en carnes^{xxvi}. Y así a la fin os resolveréis que la mujer vino al mundo para la desolación del mundo. Y por eso decía un miserable que se moría del mal francés^{xxvii} «donna m'ha fatto, et donna m'ha disfatto»^{xxviii}. Y no hay duda, sino que deshacen en dos modos, si creemos aquel gentil poeta toscano que dijo:
«Succia^{xxix} Lesbia la borsa, et succia^{xxx} il core,
Pazzo è chi compra con duo^{xxx} sanguì amore»
- Mucho me pesa ya, señor doctor —dije—, de haber dado motivo a esta conversación, y me parece extraña cosa que vuestra autoridad se esfuerce tanto a desfavorescer a las mujeres con tan acérrimo rigor.
- ¡Oh! —dijo él— ya eso es echar por el atajo y mostrar vuestro rendimiento. Eso tiene el que defiende opinión vana y sin fundamentos⁴³, que a pocos lances da, como se dice, la cuerda. Pero no os desconsoléis,

⁴¹ Add. Y

⁴² Om. dije

⁴³ Fundamento]

que hasta agora mi intento no ha sido en tocar por ningún caso en el decoro de las buenas. Solo he hablado en oprobio de las malas, provocado de las acciones de las que en estos discursos se han dejado conocer por tales, deseando que el vituperio de las malas sea la alabanza de las buenas, y que lo que en las unas se abomina sea en las otras obstáculo a sus impulsos y enseñanza a su proceder. Que este es el fin, porque en los libros se escriben semejantes ejemplos. Y en cuanto a las mujeres de bien, no ignoráis que es mi oficio no solo reverenciarlas, pero defender con todo esfuerzo su reputación. Y porque este no es el lugar donde estoy obligado a hacerlo, lo remito para mejor ocasión.

— Aquí —dijo Acrisio— huélgome no me haya tocado papel en vuestro coloquio, supuesto que el señor doctor ha hecho también mi causa, con que he divertido algo mi pasión y aún me hallo con bríos de proseguir mi historia en tanto que es hora de cenar.

— Yo me alegro —dijo el cura— de haber servido en algo a vuestra paternidad, si bien he tiranizado a mi espíritu esta ocasión, quitándole de la mano el discurso, en que hubiéramos logrado mejor el tiempo, y pues se halla con ánimo de proseguir su historia, hágalo, para que así volvamos a recuperar lo perdido.

Y él entonces, abriendo su libro, comenzó a leer así:

Dije en el discurso pasado comenzamos nuestro viaje Mauricio y yo, y el otro criado, yendo resuelto⁴⁴ en varias imaginaciones, no atendiendo a los divertimientos a que mi amigo me obligaba por sacarme dellas. Todo mi empleo era discurrir sobre los sucesos de la pasada noche. Tal vez consideraba el estado en que se me había representado mi querida Olimpia, juzgándolo por suceso real y verdadero, lo que era ensueño procedido de mis continuas imaginaciones. Obligábame a cre[e]rlo el suceso de Silvia y de su aya, en cuya verdad y realidad yo no dudaba, porque haciendo en este más reflexión, no dejaban también de ofrecérseme algunas contradicciones que me le afirmaban también en sueño, a causa de no hallar en mi pecho la pintada culebra, la cuerda al brazo atada ni las puncturas de la sutil aguja. Pero las razones de la fiera Corsina y indignada Silvia, que estaban impresas en mi ánimo, me reprehendían la incredulidad que me persuadía el consuelo, y creyendo ya lo uno y ya lo otro, entre estas variaciones se consumía la vida, mayormente acordándome haber leído en autores muy⁴⁵ graves acaecimientos al mío muy parecidos con que ya me imaginaba convertido en un fiero dragón, en fe de las amenazas de Silvia y obras de la supersticiosa maga. Por lo cual, desde que llegué a pisar las faldas del encumbrado Apenino, me abstuve de beber en alguna de sus fuentes, persuadido de la conminación diabólica contenida en aquel verso:

«Al pie del Apenino,
la forma de serpiente
beberá en los cristales de una fuente».

Con esta firme determinación caminé dos días por aquellas asperezas y cuando llegué a la famosa ciudad —⁴⁶ hoy es Pistoia—, en cuyos campos (como cuenta Salustio^{xxxii}), fue roto⁴⁷ Catilina, patria después de mi bella Olimpia. Enternecida

Prosigue
Acrisio su
historia

⁴⁴ Revuelto]

⁴⁵ Om. muy

⁴⁶ Add. que

⁴⁷ Rota]

la⁴⁸ alma con su vista, en cuanto la consideré origen de mis glorias, dije «Sálveos Dios, oh felices muros, ya antiguo albergue de los progenitores de aquella estirpe de quien procedió tan generosa rama. ¡Oh cuánto más dichosos fuéades agora honrados con ella, que con vuestros antiguos triunfos! Estad invidiosos con justa emulación de que la gocen ya las asperezas del escabroso Apenino». Así iba yo entretenido en este pensamiento cuando, a pocos pasos de los muros, entre un apacible bosque, había un pozo de quien una mujer anciana sacaba agua con un cántaro, de cuya ocasión brindado^{xxxiii}, pretendí satisfacer la sed dilatada por el temor de mis desdichas, a que no poco fomentaban los solares rayos, que por más rectos entonces herían con mayor rigor. Pedí a la mujer me diese agua, la cual levantando el rostro y mirando el mío con demostraciones de piedad y terneza, me dijo:

— Oh mancebo gentil, ¿para qué quieres agora beber agua? Mira que te pronostico en ella un grave daño. A lo que juzgo de tu rostro, no gozas buena salud. Persuádome que esta tu sed no es natural, antes ocasionada de accidente de algún grande mal que tienes en el cuerpo. Si tú te atreves a sufrir con paciencia esta sed, ella por sí misma se te extinguirá.

A saberme oponer yo a mi destino, bien pudiera persuadirme este oráculo, que a no ser de ángel celestial, me persuadí después que esta mujer, acaso maga, conoció mi enfermedad y piadosa quiso con su consejo preservarme de mis prominentes daños, pero no atendiendo a sus razones la insté a que me concediese el agua y ella, todavía excusándose, dijo:

— No querría ser ocasión de acrescentar tu mal.

Y yo dije:

— Seréislo sin duda privándome deste refrigerio sin quien temo la muerte, pues la queja de la sed es tanta que no bebiendo no podré vivir. Dadme siquiera un solo trago con que por lo menos refresque los labios.

Entonces ella, mirándome al rostro con más atención, dijo esta sentencia:

— ¡Oh cuán mal se compadesce la ciencia con la piedad! Toma, bebe.

Y poniéndome el cántaro a la boca, no solo me contenté con refrescar los labios, pero satisfice bastantemente la sed. Y cobrando la buena mujer su cántaro, *derramando lo que me había sobrado*^{xxxiv}, lo volvió a llenar, y diciendo «hágate el provecho que deseo», se fue para su casa y nosotros proseguimos el viaje.

No habríamos caminado una milla cuando me sentí agitado de dos opuestos efectos cuales son calor y frío, pues ya me consideraba un abrasado Etna^{xxxv} y ya un helado Calpe^{xxxvi}.

— ¡Oh desdichado de mí —comencé a decir—! ¿Qué significan estas tan opuestas calidades? Esta agua que he bebido no es la destinada a mis desdichas, ¡pues es de pozo y la otra, según el verso, ha de ser de fuente!

No discurría yo entonces que también los pozos son llamados fuentes. Pozo era el de Jacob, donde el Salvador llegó fatigado del camino con sed de la salvación de una⁴⁹ alma^{xxxvii}. Y dice el texto sagrado que, fatigado del camino, estaba sentado así sobre la fuente. Ya comenzaba a batir los unos con los otros dientes, aquejado del frío como el opreso de una recia quartana y así, por refrigerarme a los rayos del sol, aunque entonces tan activos, pedí a Mauricio hiciésemos alto a la ribera de un mediano arroyo que cerca de aquel bosque con apacible ruido convidaba a pasar la siesta. Pero reconociendo mi estado, ni él ni el compañero me lo permitían, diciendo me animase hasta llegar a un pequeño lugarejo no muy

⁴⁸ El]

⁴⁹ Un]

distante de aquel sitio donde con más comodidad descansar podría. Pero yo, aquejado de mi mal, sin atender a sus piadosos consejos, me arrojé del caballo y me tendí sobre la yerba donde el sol con más vigor hería. Ellos quisieron levantarme de aquel sitio y volverme a reducir a la silla, pero vencidos de mis ruegos me retiraron a la arboleda, cerca de la ribera del mismo río y, haciéndome cama del hato que llevábamos, ellos se redujeron, por dejarme reposar, a otro lado algo distantes⁵⁰ de mí, y reclinados en la verde yerba, a poco tiempo quedaron entregados al sueño con actividad tanta que no sintieron nada de mis siguientes sucesos.

Yo en tanto, pues, que ellos lograban su sosiego, desvelado de mis melancólicos temores, discurría en la memoria por todas mis fortunas, así las que ocasionaron mis pasadas glorias como las que amenazaban las futuras penas, cuando me sentí oprimido el diestro brazo en la parte que el hilo me fue atado con rigor tanto como si un cruel verdugo ejercitara en mí su oficio. Y echando la siniestra mano a su favor, sentí la cuerda al tacto, pero apenas la toqué, cuando a fuer de una estirada cuerda de laúd, con sonoro estrépito se rompió. «¡Oh infelice yo! ¿Tendré aliento para proseguir mis lamentables sucesos hasta el cabo?». Escuchadme amigos con atención grata, no reputando a efectos de mi melancólico humor los que voy diciendo porque os certifico con toda verdad que (dentro de los límites de la posibilidad, que con tantas doctrinas hemos asentado) a mi presente imaginación se representaron reales y verdaderos.

Transformación de Acrisio

Rota así la cuerda, en un instante me pareció hallarme despojado de todos mis vestidos como salí del vientre de mi madre. Agora sí que yo quedaría pálido y un fiel trasumpto de la muerte, porque de todo punto, luego que reconocí este impensado despojo, me rendí con todos mis sentidos a la disposición de la vengativa Silvia. Pero usando de la natural resistencia a los incursos de la muerte, quise llamar en mi favor a mis compañeros y, cuando quise ejecutarlo, reconocí ocupadas de un no experimentado impedimento las fauces y instrumentos de la voz, sin poder usarla en aquel trance, y procediendo mis desdichas, sentí que las piernas se reducían a sola una y ⁵¹ esta procedía a la figura de una cola de una larga culebra, y ⁵² semejantemente, sin intermisión, los brazos se embebieron en las espaldas y caderas formando el cuerpo del fiero animal. Luego creciendo la nariz y aplanándose la frente, se constituyó una cabeza semejante al cuerpo ya formado, y todo junto, a todo mi entender, quedé perfecta culebra. Ya olvidado o destituido de los movimientos a un humano cuerpo propios, en vez de pasos comencé a serpear por entre la verde yerba haciendo diversos giros y lazos con el flexible cuerpo y cola, todo en orden a huir de mi desdicha. Pero ¡ay dolor!, que era en vano, porque la operación diabólica, en crédito del supersticioso encanto, obraba en mí activamente. Viéndome privado de mi antigua forma y vestido en la del ⁵³ animal que a nuestra primera madre persuadió el mayor engaño, quedándome para mayor penalidad ⁵⁴ la razón libre como no sujeta a semejantes impresiones ni fuerzas, discurría entre mí, representándose a la fantasía todos los daños que fui experimentando presto. Porque persuadido⁵⁵ ⁵⁶ me convenía vivir en aquella

⁵⁰ distante]

⁵¹ Add. que

⁵² Add. que

⁵³ Add. fiero

⁵⁴ Add. y sentimiento

⁵⁵ Persuadiéndome]

miserable ⁵⁷ vida, me acomodé a pensar cómo la pasaría menos penosa, pero no podía ser esta mi conformidad tal, que dejase ⁵⁸ mis potencias ⁵⁹ desahogadas, antes con notable opresión, viendo que no las podía ejercitar con la excelencia que por los corporales órganos en que fueron criadas, no informando (como no pueden informar ningún firino^{xxxviii} cuerpo) como informan al humano, de quien son substancial forma. Solo podían, como el preso, usar sus oficios en aquellos términos que las condiciones de la prisión conceden.

Creía que después de siete lunas, conforme al oráculo de la mala vieja, se acabaría mi transformación, cobrando mi propio ser, pero afligíame⁶⁰ mucho hubiese de obrarse esta mi reformatión a costa de la sangre de Olimpia, como lo dio a entender en aquel verso:

«Con sangre de la dama que celebra
se libre de la forma de culebra».

Si bien no comprendía que esta medicina de su sangre había de ser la común vida de los dos, como a su tiempo se verá, y ansí, llevado del primer crédito que lo literal del verso significaba, deseaba morir en la firina forma para no experimentar tan contradiciente efecto a mis glorias. Pero como quiera que la propia conservación nos divierte mucho de la ajena, aunque más se ame, yo me entregué al tiempo hasta que llegase el día de mi reformatión, creyendo que este lo dispondría con más suaves medios que el infernal oráculo prometía, y ansí, acomodándome entre tanto al natural apetito del ser que gozaba, traté de refrescarme en los cristales de aquel río, con que por entonces lo pasaba menos mal.

Cuando despertaron mis compañeros, vinieron a ver el estado en que me hallaba para tratar de proseguir el viaje, y hallando el lugar desierto de mi persona y en él los vestidos, se persuadieron que obligado del calor que la veniente fiebre me amenazaba tras de tan rigurosa acción^{xxxix}, me habría obligado a arrojarme al río, y juzgándolo por exceso grave contra mi salud, me buscaron por todo el río y no me hallando, quedaron persuadidos me hobiese ahogado en él, cosa que sintieron con notables extremos, quedando sin ánimo de proseguir el viaje hasta los ojos de mi madre, en orden a darle tan desastrada nueva, y así se resolvieron de volverse a Nápoles, donde se hicieron los diversos sentimientos de mis sucesos, que a su tiempo sabremos. Yo, subido en una peña vía sus diligencias y oía sus sentimientos, y era grande el mío de no poder desengañarlos que no eran (aunque graves) mis desdichas tales que me hobiesen traído al extremo que imaginaban, y ansí vencidos ellos y yo desta imposibilidad, se fueron su camino y yo quedé comenzando la representación de mi tragedia.

Dijo bien, amigos míos, el que dijo que la fortuna es como el vidrio, que mientras más esplendor ostenta, con tanta más facilidad se rompe. En mis sucesos experimento esta verdad. Ufanábame yo en la victoria conseguida contra las amorosas infestaciones de Silvia. Pero apenas había comenzado a resplandecer en mí esta heroica acción, cuando se hizo menudas piezas, hallándome privado, como oído habéis, no solo de los humanos honores, pero de la humana forma en que debieran introducirse. ¡Oh infelice suerte mía! Cuando en lugar de valerme de mis brazos y piernas para ir a buscar los medios de la

Aristóteles
libro 2 *De anima*,
capítulo I.
Ludovicus
Díaz
Franchus in
sua
*Doctrina
Filosofica*,
libro *De
natura et
essentia
animae*,
cuestión I,
capítulo I,
número 7

⁵⁶ Add. a que

⁵⁷ Add. Y triste

⁵⁸ Add. Todas

⁵⁹ Add. Tan

⁶⁰ Afligíame]

conservación de mi vida, formaba en vez de pasos intrincados⁶¹ lazos con el cuerpo entre la menuda yerba. ¡Oh si yo tuviera la facundia de Demóstenes para poder, con poderosas palabras, exprimir todo lo que de mis sucesos resta por decirlos! ¡Oh cuánto siento que la humildad de mi estilo no pueda igualar la alteza del concepto introduciendo, como se dice en el teatro, una hermosísima dama humildemente vestida! Pero, en fin, en el modo que la cortedad de mi talento me permita, proseguiré. Estadme atentos.

Si en mí era firme el crédito entonces o no de mi transformación, no puedo afirmar, porque por una parte me veía raciocinar como hombre y por otra obrar como fiera. Estaba atónito de ver cómo con tanta agilidad hiciese de mi cuerpo tan varias formas. Ya me hallaba hecho un indisoluble nudo, ya en un instante desenlazado me extendía, sirviéndome de la flexibilidad del cuerpo en vez de plantas y brazos. Afligíame sobremanera de hallar inválida la garganta y lengua a la articulación de los suspiros y quejas que el corazón les enviaba. Sentía mis pesares, sin el medio de comunicarlos, por aquellos órganos por quien suelen desfogarse y hacerse menores. Solo me servía de alivio el crédito de que se habían de acabar mis males. Pero ya subido sobre la alta peña donde mis camaradas me dejaron, discurría en mis desdichas, diciendo: «¡Oh infelice de mí!, ¿pudiéraseme dar para esta mi transformación forma de animal más fiero ni aborrecido de la humana naturaleza? Si Ío fue convertida en vaca^{xl}, Calixto en osa^{xli} y en cierva Efigenia^{xlii} y otros en más gratas formas, como las antiguas fábulas nos dicen, y después de aquellos antiguos tiempos el mancebo Apuleyo en asno^{xliii}, menor fue su desdicha, pues les dieron formas más tractables y menos aborrecibles que la mía. ¿A quién no inquieta y perturba el ánimo una escuálida serpiente? ¿Para qué puede ser buena ni agradable la conversación de tan fiero animal? ¿Cómo, siéndome posible, poniéndome en la presencia de aquella por quien mis fatigas son menores, seré grato a su vista? ¿Cómo la podré asegurar que de mí no se asombre? ¿Cómo podré persuadirla que de mí no huya? ¿Tendrá agilidad mi lengua para exprimirle mi concepto, como muchos árboles cuyas cortezas encerraron humanos espíritus lo hicieron? ¿Y no me siendo lícito hablar, serame lícito e[s]cribir en el arena mi nombre, como ya hizo la transformada Ío delante de su padre? ¡Ay de mí! vuelvo a decir, ¿púdoseme dar forma peor que esta? Ciertamente no. ¡Ay crudelísimas y malvadas hembras!, ya estaréis vengadas de vuestras injustas pasiones. Ya con una sola pena habéis resarcido vuestros agravios, y ya según vuestra opinión, con esta misma pago todos mis defectos. ¡Oh inicuo y cruel sexo (de aquellas digo, que a estas son semejantes) que así en un instante el amor convierte en odio, las caricias en rigores y los favores en ofensas! ¡En un instante aquello de que se agradan les displace, de caro amante hacen pésimo enemigo! ¡Ay de mí!, ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo es verdad lo que por mí pasa? ¿Cómo lo permite la naturaleza? Si ya no es que por ser la hembra un monstruo tan horrendo, vino al mundo contra toda intención natural, lo cual no puede ser de otra manera, siendo como es la deformidad del universo. De aquí con gran razón la llaman «principio del pecado», «armas del demonio», «transgresión de la ley», «corrupción de las costumbres», «seminario de males» y «ruina del hombre», al cual es también natural tentación, inevitable pena, doméstico peligro y deleitoso detrimento. Pero ¿cómo deleitoso detrimento? Porque debajo de una agradable vista se absconden tantos daños. De aquí las Euménides^{xliv} con rostros apacibles, de aquí las

Ovidio *per
toto*

⁶¹ Intrincados]

Sirenas^{xlv} con sonoras voces, de aquí las Harpías con rostros de hermosas doncellas, de aquí las Medusas^{xlvi} que convierten los hombres en peñascos, de aquí las Medeas^{xlvii}, las Circes^{xlviii}, las Escilas^{62xlix}, las Esfinges^l, las Hidras^{li}, las Quimeras^{lii} y las Furias^{liii} infernales las cuales cuanta simpatía, oh crudelísimas mujeres, tengan con vosotras, lo dirá quien con atención escuchare mis desdichas. Ay nueva Circe, que de tal forma me vistes, ¿qué te hice? ¿Qué error fue el mío que por tal manera le quieres castigar? ¿No te bastaba (en caso que de mí te sintieras ofendida) la penalidad a que me obligaste aquella noche infausta con los asombrosos ensueños que me representaste, si ya no fueron burlas que ensayaban estas pesadas veras? ¿No te bastó el triunfo que te concedió mi rendimiento, no se oponiendo mi indignada resistencia, si ya no inválida a la fuerza de los diabólicos encantos, sin serme lícito pronunciar en mi defensa aun sola una palabra? Oh cruel, más infame que la más cruda fiera, si mi pecado no era digno de venia (si es pecado la firmeza en la fe), ¿faltábase un lazo, un puñal o un veneno para ahogarme, atosigarme, o traspasarme? Mas ay, qué cruel, más que las infernales furias, no te aplacaste con ministrarme ofensas en súbitos y transitorios dolores, mas has querido vayan con pie igual tu indignación y mis fatigas. Agora, pues, ¿estarás ya satisfecha? ¿Habrás ya saciado el impío deseo tuyo? Yo temo que no, porque no experimentando con la vista mis graves penas, no se mitigará tu pasión. Ay Dios, quién se las pudiera haber comunicado a mi amigo Mauricio y a su compañero para que a ti te las notificaran. Acaso ya compadescida, tratarás piadosa de mi remedio. Pero si prestaste fe a la cruel ministro de tus rigores, sin duda sabrás que ya padezco aquello mesmo que tú supiste desear. Alégrate pues de mis daños y imagina, no sin mucho contento, que aquel mesmo cuerpo que tú tanto amabas ya le arrastro por la tierra y lacero entre espinas y abrojos. ¡Ay de mí! ¿Qué digo, este no es aquel pecho, estos no son aquellos miembros? Si dentro están aquellas mesmas entrañas, no lo sé: estas exteriores^{liv} partes yo no las reconozco. ¿Esta no es una piel pintada de colores varias? Aquí no hay brazos ni manos porque por ella la cabeza ejerce sus oficios y ministerios. ¡Ay de mí! ¿Si se me ha negado el morir natural en la primera forma? Casi me persuado que sí, pero para que se dilate más mi pena. Mas si no tengo de morir, ¿de qué tengo de vivir? Si se me ha dado la forma de culebra, ¿por qué no se me concede también que sepa sus propiedades y se me da conocimiento de los manjares de que se alimentan los animales deste género? Parésceme haber oído decir que las sierpes unas a otras se devoran⁶³, y así me será forzoso o devorar o ser devorado. ¡Oh miseria mía, mayor que las⁶⁴ de⁶⁵ los demás hombres⁶⁶! Mirad agora, madre mía, ¿qué habéis de hacer del tesoro que pretendíades? Ya por lo menos tenéis dragón que os le guarde, como el otro a quien en los güertos Hespérides mató Hércules por robar las manzanas de oro^{lv} o como los de Colcos vencidos por Jasón, que guardaban el dorado vellochino^{lvi}. Así yo en las asperezas del Apenino helado guardaré las riquezas por vos tan apetecidas. Oh dulcísimas selvas, oh amenos valles, oh claras fuentes, oh murmurantes arroyos, o bien cultivados huertos, y oh mi dulcísima Olimpia, ¿cuándo gozaré de vuestra agradable vista? No creo ya me será posible, porque en este sitio o ya de cualquier pasajero o de la acerba hambre seré muerto. Pero

⁶² Soilas]

⁶³ Deveran] [en el manuscrito la grafía de la vocal es dudosa]

⁶⁴ La]

⁶⁵ Add. Todos

⁶⁶ Add. del mundo

en fin, cuando mi buena dicha a tus ojos me llevase, ¿qué me importará en esta forma verte? Dulce y bellísima señora, bien sé que aunque yo te vea, no por eso me conocerás. Antes asombrada de la forma en que me hallo o me huirás temerosa o me matarás atrevida. Muerte fuera esta para mí dichosa, cuando por tu piadosa mano me fuera ministrada. Pero qué dicha me atribuyo cuando fueses informada que tu amado Acrisio es el defuncto. ¿Quién duda que te darás también a ti misma la muerte? Mejor será que por otra vía yo muera. Y cuando todo medio me nieguen las mágicas artes, yo mesmo con la hambre me mataré». Así dicho, estando inmóvil extendido a lo largo sobre aquella dura peña, intentó el ánimo a morir en aquella forma. Estuve un grande rato pensando, sin intermisión, la crueldad de mi enemiga, y queriendo exclamar contra su obstinada protervia^{lvii}, olvidado del ser en que me hallaba quise prorrumper en elevada voz y decir: «¡Oh Silvia crudelísima!». Pero abriendo la boca, no pude exprimir más de la primera sílaba, pronunciando el sibilo que las culebras usan, el cual fue tan sonoro que en toda aquella campaña se pudo muy bien oír. Por lo cual dos fierísimas y venenosas culebras, que no muy distantes debieran de estar de aquella peña o que porque no reconociesen en mí la propiedad específica de su ser, o que de su especie yo fuese muy diverso, bien que entre semejantes brutos hay siempre enemistad, vertiendo dos rayos, cada cual por su vista, y por los alientos un río de ponzoña, con venenoso diente, a boca abierta, subiendo donde yo yacía, se vinieron a mí^{lviii}. Yo que con el olfato había sentido el olor de su mortífero veneno, sin poner tardanza a mi escape, con acelerado aunque flexible movimiento arrojándome de la peña me puse en huida. Mas fue mi diligencia en vano porque la una de ellas, ganándome el paso, en un instante se enlazó conmigo. Sin poderme prevenir, me tenía enredado en intrincados lazos. En tanto, acercándose la otra, bien que más tarda si no menos fiera, aferrándome con la gran boca cerca del cuello con violencia tanta que fue maravilla no tarazarme⁶⁷ por allí. Lo cual sin duda consiguiera a no suceder que en el anudarse⁶⁸ y desanudarse⁶⁹ de la primera, la obligó con los golpes que con la cola le daba (acaso creyendo herirme a mí) me soltase. Mas ¿por qué os entretengo en cosas de poca utilidad? Baste deciros que a no acudir a nuestra batalla unos leñadores que por leña pasaban al más cercano monte, llamados de nuestros silbos, viendo los apretados nudos en que nos enredábamos, no comenzaran a pedradas a dividir nuestra pelea, quedáramos todas tres tendidas en aquel campo hechas despojos de cuervos y cigüeñas. Y así, luego que me sentí suelta de los lazos de mis contrarias, temiendo menos a los hombres que a aquellas fieras, todo ensangrentado así de la propia como de la ajena sangre, en medio dellos me metí como implorando su favor. No por esto se desistieron mis enemigas de su determinada presunción de acabar conmigo, que despreciando las ofensas de los villanos me siguieron hasta el asilo que dellos había hecho. Pero creyendo eran el objeto de su ira, asombrados del asalto, volviéndose contra nosotras armados de piedras, a guisa de granizo las llovían sobre nuestras espaldas. «¡Oh desdichado de mí! —decía yo—, ¿de Caribdis huyendo he venido a dar en Escila?^{lix} Infelice es mi suerte, pues siempre hallo mayores mis daños, allí donde más cierto consideraba mi amparo». Así decía, o por mejor decir pensaba, cuando veo que una arrojada piedra de un valiente brazo partió en dos partes a una de mis enemigas, y no sé si por natural instinto o inducida sobrenaturalmente

⁶⁷ Trozarme]

⁶⁸ Añudarse]

⁶⁹ Desañudarse]

de mi suerte, que a mayores desdichas me destinaba, la que abrazada de mí quedaba, desenlazándose con indecible presteza de mi cuello se fue huyendo, quedando yo solo por blanco del rigor de los villanos, de quien no escapara con vida si permitiéndolo el cielo no llegaran al puesto mismo unas damas que de una cercana casería caminaban a Pistoia, aquella ciudad donde yo bebí el agua. Venían acompañadas de algunos gentiles hombres ciudadanos. Parándose pues toda esta compañía a ver el destrozo que en mí hacían los obstinados villanos y la defensa que yo hacía a mi vida, y reparando en la culebra, que aunque muerta, volteaba, les preguntaron cómo la habían muerto y qué significaba haberse juntado allí tantas culebras. A que el villano, que de una pedrada había muerto a la otra, dijo:

— Cuanto a saber la causa de su junta no la sabemos, cuanto a cómo la maté, fue desta manera.

Y sacando pies atrás desembrazó una piedra, cual pudiera un trabuco, de cuyo golpe, que a mí venía enderezado, me libró el cielo pasando la piedra por junto a mi cabeza y hiriendo a un opuesto árbol, llevándole hacia adelante⁷⁰ una gruesa rama. La ciudadana gente a una voz pidieron a los villanos me dejaran y no me ofendiesen más, ya que hasta entonces me había librado mi suerte de las manos de su rigor. Pero quien con más eficacia instaba en mi defensa era uno de aquellos gentiles hombres, que preciándose de muy entendido en secretos naturales, reparando en que yo me diversaba [sic] mucho de las comunes serpientes dijo que sin duda yo era hada, lo cual oído de las damas, mirándome con más atención y curiosidad, acordaron de común acuerdo que no podía yo ser⁷¹ otra cosa que la que el gentil hombre decía. Lo cual por mí entendido, y conociendo cuán bien me estaba allí asentar plaza de hada con que negociaría mi presente estimación hasta que el cielo ordenase otra cosa. Para comenzar a asegurar más su crédito y moverlos a mi acogida, comencé⁷² usar tales ademanes, que no de tan fiero bruto, pero de muy racional pude venderlos. De donde sin dudar más concluyeron que yo era hada y no culebra.

— Ah, no os fiéis della —dijo el villano tirador, deseoso de tirarme otro golpe para mostrar su destreza— que todas son de una raza.

Y diciendo esto y desembrazando otra piedra, que a no quebrar también su violencia en una peña intermedia, yo acababa con mi hado y dejaba de ser hada. Pero con todo, de las resultas de la arrojada piedra me alcanzó una chispa en la cabeza, que me llevó rendido al suelo privado de los sentidos, cuando una de las damas dijo:

— ¡Oh! seco tengas el torpe brazo, villano zafio y descortés, ¿qué pesadumbre te daba aquella pobre culebra, qué pesadumbre?

— Eh, a fe que si yo la acierto de llano, que no me la dé jamás.

— Bien podrá ser —replicó ella— que te diese agora muerta mayor pesar que pudiera viva, y si no quieres hacer la experiencia pártete de aquí al punto.

El villano, reconociendo el rigor de la dama y que los gentiles hombres comenzaban a tomar la demanda de la ofensa mía, abajó la cabeza y se fue tras sus compañeros, que ya iban caminando.

⁷⁰ Delante]

⁷¹ Ser yo]

⁷² Add. **A**

Y a este tiempo las damas y galanes se habían apeado, y estaban ellas sentadas a la sombra de unos enebros, aguardando lo que de mí sucedía⁷³, no creyendo que a guisa de hada, como el ignorante vulgo cree, yo dejase de mostrar alguna acción que me acabase de graduar de tal hada. Ya yo me había cobrado del daño de la piedra, y a vista de todos me estaba lamiendo mis heridas, cuando aquella culebra que sana había escapado del rigor de los villanos, de nuevo llena de ira y saña se venía a mí.

Yo afirmo de cierto, que por la flaqueza en que me hallaba y por la ira que la provocaba el hallarse sin su compañera, que a no hallarse aquella piadosa gente allí, que levantados a mi defensa acudieron a desparcirnos^{lx}, yo quedara muerto a manos de su rigor. Pero reconociendo su amparo, saliéndome de un espino adonde me había retirado con cuanta velocidad me fue posible, me acogí a ellos y especialmente a aquella dama que tan en mi favor contra el villano se había enojado, la cual verdaderamente fue mi refugio, porque todas las demás, levantadas en pie, se pusieron en huida. Los galanes con piedras entretenían la fiereza⁷⁴ de mi enemiga, que les hacía rostro levantando el cuello más de una vara, de cuya ocasión valiéndose uno dellos sacando la tajante cuchilla, acercándose a ella, de un revés le echó el orgulloso cuello más de seis pasos del cuerpo, que entre la arena, formando diversos lazos, quedó gran pieza revolcándose no en sangre sino en hediondo veneno.

— Agora conoceréis —dijo— el que me graduó de hada, que yo os he dicho bien, ¿no advertís cómo la culebra muerta es de las pésimas y venenosas y estotra por el contrario, de las hermosas?

Y diciendo así, audazmente y deseoso de apoyar su opinión me cogió en las manos. Yo, que otra señal de benevolencia indicarle^{lxi} no podía, en reconocimiento de tanto beneficio como por él gozaba, revolviéndome alrededor de su brazo, con suave destreza le^{lxii} lamía las manos. Todas las damas quedaron admiradas y en particular mi defensora, la cual parece quisiera ya tocarme pero no se determinaba, y si tal vez, tomando una yerba, con ella me tocaba la cabeza, viendo que pretendía acercarme con mi boca a la mano, temerosa, dejándola caer, la desviaba y retiraba así con mucha presteza. Finalmente, animada del que me tenía en sus manos y persuadiéndola mi domesticidad y mansedumbre con que mostraba cierto género de entendimiento y discreción, se aseguró tanto, que con el índice dedo asaz^{lxiii} ligeramente me tocó la cabeza y parte del cuello, y experimentando mis carnes, sobremanera más tractables que las^{lxiv} prometía mi ser, demás que mi olor no le desazonó su delicado olfato, antes en un cierto modo se le lisonjeó,⁷⁵ tomando más atrevimiento, se dejó, no de otra manera que la bella Europa^{lxv} del engañoso toro, una vez y dos y tres besar de mí la mano. Con que del todo asegurada, y creyendo ya que yo era hada, como aquel hombre todavía aseveraba, me cogió con la mano, de que haciendo grande alarde de su ardidoso atrevimiento, mostrándose de más valor que las demás se burlaba dellas, y volviendo a tomar sus cabalgaduras, públicamente me llevaba revuelta a su siniestro brazo, repasando por mi cuerpo sus blancas y delicadas manos hasta su casa, permitiéndome tal vez me revolviere a su cuello y intentase absconderme en su nevado pecho, no tanto por mi deleite cuanto por asegurar a la dama de mi afabilidad y granjearla a mis comodidades, que aunque bruto entonces, gobernado por la razón, contradecía al apetito sensual si admitía el

⁷³ Sucedió]

⁷⁴ Fureza]

⁷⁵ Add. Y

favor, porque ninguno me divirtió jamás del amor de mi bella Olimpia, a quien naturalmente todo estaba dedicado.

Tanto pues conmigo se gozaba la dama, como si realmente yo la hubiera de conferir algún bien. Y de suerte me regalaba con delicados manjares (admirando ella mucho, viéndome comerlos) que todo el día gastaba en este ejercicio. En esto consideré que no hay estado tan miserable en que un hombre se halle en que no pueda hallarse felicidad alguna. Esta gozaba ya en el regalo desta dama. Y ella el nombre de “la dama de la culebra”, por quien era conocida no solo en aquella ciudad sino en toda la comarca, y esto no sin causa, porque por dos felices sucesos que acaso se le ofrecieron y yo referiré en el siguiente discurso, voló su fama a tanto nombre.

Aquí cerró su libro, y fue a tiempo que nos llamaron a cenar, con que se ajustaron los discursos deste día.

ⁱ Pietro Pomponazzi (1462-1525) fue un humanista italiano que intentó dismantelar, a través de su obra, algunos de los dogmas cristianos más arraigados. Así, por ejemplo, en su *Tractatus de immortalitate animæ* (1516), cuestionó racionalmente la inmortalidad del alma, lo cual provocó que su obra fuese quemada en Venecia. Años más tarde, en la misma línea, en *De naturalium effectuum causis sive de Incantationibus* (1520), declaró que los hechos sobrenaturales que el vulgo y la Iglesia atribuían a la acción demoníaca también podían explicarse mediante otras causas, entre las que se encontraba la superstición amén de otros motivos naturales u ocultos, pero nunca atribuibles al maligno (Trevor-Roper, 2009: 140).

ⁱⁱ «sicud» en el texto.

ⁱⁱⁱ «vidimus» en el texto.

^{iv} Subsanado en el impreso («escritas»).

^v Literalmente, podría traducirse del latín como «con igual pie», esto es, «del mismo modo». Se trata de una variante de la expresión latina «*pari passu*».

^{vi} *Preces*: «Los versículos tomados de la sagrada Escritura, y uso de la Iglesia, con las oraciones destinadas por ella, para pedir el socorro de Dios en las necesidades públicas o particulares» (Autoridades)

^{vii} *Mirífico*: «Maravilloso, admirable» (Academia, 1803).

^{viii} En relación con estas variantes: «natural/natura», «sobrenatural/sobrenatura» y «artificial/artificia», todo parece apuntar a que el cajista no ha apreciado el trazo estilístico de las mayúsculas de estas palabras en el manuscrito. Un examen detenido de las mismas revela que el trazo largo de la *e* se representa compartido con el segundo trazo oblicuo de la *a*.

^{ix} «Anás» en el texto. Matías de los Reyes confunde el parentesco de este personaje, puesto que en realidad se trata del suegro de Esaú, padre de su mujer Aholibama (Génesis, 36:2). Este hecho aparece tratado en la *Naturalis historia* de Plinio (tomo IV) y asimismo lo recogieron autores como San Isidoro.

^x *Hórrido*: «El que viene espeluzado el cabello con rostro triste, vestido desharrapado y medio desnudo» (Covarrubias).

^{xi} «prostrarle» en el manuscrito.

^{xii} Westfalia, región de la Alemania occidental, se convirtió en uno de los principales focos de brujería durante el Medioevo así como en la comarca donde la persecución de brujas gozó de mayor perdurabilidad. Tal fue su magnitud, que en el transcurso de procedimientos judiciales que tenían como objetivo erradicar estas prácticas heréticas se arrollaron poblaciones completas (Trevor-Roper, 2009: 152).

^{xiii} *Prolación*: «la acción de proferir o pronunciar» (Autoridades).

^{xiv} Subsanado en el impreso.

^{xv} *Mere*: «meramente» (Autoridades)

^{xvi} *Descensión*: «La acción de descender la misma cosa o persona que baja» (Autoridades).

^{xvii} Las tres Cárites, Eufrosine, Talía y Áglæ, hijas de Zeus y Eurínome, son divinidades de la belleza y están relacionadas con las actividades creativas.

^{xviii} Se trata de una variante de la sentencia que aparece en la *Summa theologica* de Santo Tomás: «*Pulchra enim dicuntur quae visa placent*» (I-II, 27, 1 en Micó, 2009: 245), proyectada asimismo en la primera parte de *Guzmán de Alfarache*, donde leemos: «solo es hermoso lo que agrada» (I, 8, *ibidem*), precisamente en el capítulo que se corresponde con la narración de Ozmín y Daraja, cuyas concomitancias con el *Para algunos* de Matías de

los Reyes y, más en concreto, con la novela corta de «Los dos enamorados de la Peña de Antequera» han sido enumeradas en 3.3.3.

^{xix} *Brocárdico*: «Senténcia, axioma, ò aphorismo trivial y sabido de todos, que algunos estudian para vana ostentación» (Autoridades). Llama poderosamente la atención el uso de mayúsculas en esta palabra y la siguiente, «Brocárdico Castellano», como si se tratase de un nombre propio, no solo en el impreso, sino, y lo que resulta aún más curioso, en el propio manuscrito.

^{xx} *El simposio* o *El banquete* constituye un diálogo platónico que gira en torno al amor. En él, entre otros contertulios, toma parte Aristófanes.

^{xxi} «divertar» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxii} Subsanado en el impreso.

^{xxiii} Un curador *ad litem* es un abogado «para el pleito», es decir, representa a la parte acusada en casos en que esta no puede o no quiere acudir a su defensa. Debe ser nombrado por un juez.

^{xxiv} David, rey de Israel, se enamoró de la hermosa Betsabé, mujer de Urías. Mientras su marido luchaba en la contienda de Rabbah, David la dejó embarazada y urdió un plan con el que encubrir el adulterio. Tras dos intentos fallidos con los que pretendió que Urías durmiese con su mujer, ordenó que lo colocasen en el lugar más peligroso del frente de batalla y que, llegado el momento, lo dejasen solo en aras de que lo hiriesen y matasen. En efecto, así se sucedieron los hechos, después de los cuales David tomó por esposa a la viuda Betsabé. El Señor, irritado con la actitud del rey de Israel, envió al profeta Natán para que le comunicase que no sería él sino su hijo quien pagaría sus culpas. Consecuentemente, el retoño de Betsabé y David murió a los siete días de nacer (2 Samuel, 11-12). Culminada la tragedia, David volvió a dejar embarazada a Betsabé, esta vez de Salomón, cuya historia mantiene numerosas concomitancias con la de su progenitor. Salomón, además de recibir por esposa a la hija del faraón, contrajo matrimonio con setecientas reinas y trescientas concubinas extranjeras que lo apartaron de la fidelidad al Señor arrastrándolo hacia otros ídolos y cultos. Como respuesta a esta deslealtad, el Señor le prometió que le quitaría a su hijo el reino que, ciertamente, acabó dividiéndose (1 Reyes, 11).

En relación con Sansón, los textos bíblicos narran cómo este juez israelita se enamoró de Dalila, cómplice de los filisteos que consiguió sonsacarle el verdadero secreto de su fuerza. Dalila lo comunicó a los filisteos y le encomendó a un hombre que le cortase las trenzas a Sansón, quien, tras perder su fuerza, fue capturado, aprisionado y maltratado por los filisteos (*Jueces*, 16: 4-21).

^{xxv} El discurso sobre la mujer que mantienen los tres contertulios constituye una traducción de la obra italiana *La civil conversatione* (1574) de Stefano Guazzo (v.3.3.1.2.). En esta ocasión, Matías de los Reyes emparenta forzosamente voces españolas con un origen latino erróneo en un intento de emular y saldar este escollo de la traducción italiana. Así, para la palabra «dama» echa mano de la latina «*damna*» («daños, perjuicios») para intentar demostrar el germen pernicioso del sexo femenino, idea que descansa en la fuente de la que se vale, donde el Cavaliere sentencia que «*E come si possono amar le donne, se così si chiamano dal danno che ne segue?*» (1575,II: 289). En el caso de las doncellas ocurre algo similar: Matías de los Reyes inventa de nuevo una etimología vinculando «jóvenes» con «*iuarer*» («ayudar»). En la obra de Guazzo, Annibale considera que «*le giovani così si chiamano dal giovamento, perché giovano*» (*Ibidem*) [«*Giovare*»: «favorecer»].

^{xxvi} Nuevamente esta fábula fue tomada por Matías de los Reyes de *La civil conversatione* (v. 3.3.1.2.). Se trata de la fábula número XXXI de Esopo (s. VI a.C.) retomada por Fedro (II,2; fabulista latino del siglo I) y Diodoro, y que cuenta con una ingente proyección literaria posterior. Sirva de muestra la comedia *El guante de doña Blanca* atribuida a Lope de Vega e inserta en el volumen colectivo *Parte treinta de comedias famosas de varios autores* (Zaragoza, Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, 1636). En el primer acto de esta, Brito, que se halla doblemente amenazado por féminas, afirma que: «Parece aquel sabio, que tenía/ dos mugeres por lo menos, / que la vna le quería/ quitar los blancos cabellos/ y la otra más celosa/ le repelaua los negros,/ con que vino a quedar calbo» (p. 436, ejemplar T/25542 de la BNE). Asimismo, el fabulista francés Jean de la Fontaine (1621-1695) la recoge en sus *Fables*. (v. Esopo, 1978: 56, Rodríguez Adrados, 1985-87, II: 103-4; III: 56-7).

^{xxvii} El llamado «mal francés» fue el nombre por el que comúnmente se aludió a la sífilis. En 1495, tropas francesas de invasión, que incluían soldados mercenarios que habían regresado del Nuevo Mundo, celebraron su victoria en Nápoles, donde se establecieron durante un tiempo. La milicia francesa llevó de vuelta la sífilis, que asoló, a partir de entonces, a buena parte de la población europea. (Dunant, 2013).

^{xxviii} En ambos testimonios esta cita aparece con errores en italiano: «*dona me ha fato e dona me ha disfato*».

^{xxix} «*Succa*» en manuscrito e impreso.

^{xxx} «*Succa*» en manuscrito e impreso.

^{xxxi} «*Dui*» en manuscrito e impreso.

^{xxxii} En ambos testimonios «*Salustrio*».

^{xxxiii} *Brindado*: «Convidado, incitado, y excitado» (Autoridades).

^{xxxiv} Mantengo las cursivas en estas dos oraciones porque aparecen así en el impreso y subrayadas en el manuscrito.

^{xxxv} Volcán ubicado en Sicilia.

^{xxxvi} Los romanos conocían el Peñón de Gibraltar como “mons Calpe”.

^{xxxvii} Juan, 4: 6-26. Mientras descansa junto al pozo de Jacob, Jesús dialoga con una samaritana a la que le revela su condición de mesías.

^{xxxviii} *Ferino*: «Cosa perteneciente à fiera, ò que tiene su condición y propiedades» (Autoridades).

^{xxxix} «Accción» en el manuscrito, subsanado en el impreso.

^{xl} Ío, amante de Zeus, cayó bajo sospecha de los celos de Hera, de modo que el padre de los dioses la transformó en una ternera blanca para disuadir la desconfianza de su esposa. Esta, aún intranquila, exigió que se la regalase, y le encomendó su custodia a Argo de los Cien Ojos.

^{xli} Calisto era una ninfa de los bosques consagrada a la virginidad y perteneciente al grupo de Ártemis. Tras sus escarceos con Zeus, y, mientras se bañaba en el río, Ártemis descubrió que estaba encinta, por lo que la expulsó del bosque y la convirtió en osa, aunque también se atribuye la transformación a una medida protectora de Zeus (similar a la aplicada a Ío) o bien a los celos de Hera. Esta la descubrió y persuadió a Ártemis para que le diese muerte de un flechazo.

^{xlii} Ifigenia era hija de Agamenón y Clitemestra. Agamenón, tras provocar la furia de Ártemis, fue avisado de que esta solo se aplacaría en el caso de sacrificar a su hija Ifigenia, a lo que acabó cediendo. En el momento del sacrificio, Ártemis se compadeció de la joven, y en su lugar colocó a una cierva.

^{xliiii} Matías de los Reyes no fue el único en incurrir en la confusión autor—personaje (Apuleyo—Lucio), equívoco con una difusión nada desdeñable. Sirva de muestra la idéntica mención que San Agustín refiere en *Civitate Dei* (libro 18, capítulo 18). En efecto, «la obra [*El asno de oro*] no fue percibida con nitidez por muchos lectores que confundieron el autor con el narrador y se preguntaron si leían una autobiografía real o una inventada» (Fernández Corte, 2007: 679). Y es que el propio autor, Apuleyo, era conocido por su inclinación «a las artes mágicas [...] y a la religión y las iniciaciones místicas» (*ibidem*).

^{xliv} Las Euménides o Erinias, divinidades violentas que no están bajo supervisión de ningún poder superior, enloquecen y torturan a las víctimas que apresan. Muy pronto las Furias, demonios del infierno, fueron identificadas con aquellas.

^{xlv} Las Sirenas entonan un canto inesquivable que provoca que los seres humanos se arrojen al agua y sean devorados por ellas

^{xlvi} Medusa (también conocida como “Gorgona”) era un monstruo marino con grandes colmillos, cabeza rodeada de serpientes, manos de bronce y alas de oro, que convertía en piedra a quien la mirase a los ojos.

^{xlvii} Medea constituye el prototipo de bruja y hechicera en la mitología clásica. Participó, mediante sus artes oscuras, en la consecución del vellocino de oro, empresa liderada por Jasón, con quien acabaría contrayendo un funesto matrimonio.

^{xlviii} La maga Circe convirtió en bestias a todos los acompañantes de Ulises cuando la tripulación hizo escala en la isla de Ea, en la que habitaba.

^{xlix} Monstruo marino con cuerpo de mujer que habita en la costa siciliana. Va siempre acompañado y rodeado de seis feroces perros que devoran todo lo que está a su alcance.

^l La esfinge es un monstruo femenino con aspecto híbrido, en tanto que mezcla partes corporales de un león, un ave rapaz y una fémica. Fue enviada por Hera a un monte de Tebas, donde planteaba enigmas irresolubles a los viajeros con la finalidad de devorarlos.

^{li} Serpiente acuática de varias cabezas con aliento mortal que fue aniquilada por Heracles como uno de sus doce trabajos.

^{lii} Animal fabuloso al que se le atribuyen rasgos físicos de animales, que expulsa fuego por la boca.

^{liii} v. *supra* nota XLV.

^{liv} «extorieres» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lv} Alude al dragón de cien cabezas que, junto a las ninfas Hespérides, custodiaba las manzanas de oro que crecían en el jardín homónimo, ubicado en el Occidente extremo. Dichos frutos dorados eran el regalo que la Tierra le otorgó a Hera con motivo de su enlace con Zeus. Heracles hubo de matar al dragón como parte de su undécimo trabajo.

^{lvi} Jasón era hijo de Esón, a quien su tío Pelias (hermanastro de su padre), le había arrebatado injustamente el trono. Jasón, al solicitarle a su tío la devolución del reino a su padre, recibe como respuesta una condición: para que eso ocurra deberá conseguir el vellocino de oro, procedente de un carnero milagroso; proeza que acaba resolviendo.

^{lvii} *Protervia*: «Tenacidad, soberbia, arrogancia è insolencia» (Autoridades).

^{lviii} Plinio en su *Historia Natural*, afirma: «Este tan pestífero animal tiene un sentido, o por mejor decir un cierto afecto: andan siempre dos juntos, y no viven sin compañía, porque si matan al no, es increíble el cuidado que el otro tiene de vengar su muerte» (Libro VIII, capítulo XXIII, «De serpientes»).

^{lix} Caribdis y Escila, monstruos marinos que se dedicaban a acechar a los navegantes y seres del mar, estaban ubicados a ambos lados del estrecho que separa Italia y Sicilia.

^{lx} *Desparcir*: «*Dispergere*; comúnmente dezimos esparcir» (Covarrubias).

^{lxi} *Indiciar*: «Dar o ocasionar indicios de alguna cosa, por donde se venga en conocimiento de ella» (Autoridades).

^{lxii} «La» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lxiii} *Asaz*: «Bastante ó abundantemente, y alguna vez tenía la misma fuerza que el superlativo muy» (Autoridades).

^{lxiv} «La» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lxv} Zeus se enamoró de la bella Europa y, con el fin de aproximarse a ella, se metamorfoseó en toro y se acercó a la joven. Europa, aunque asustada al principio, poco a poco fue perdiendo el miedo al animal hasta sentarse sobre sus lomos. En ese momento Zeus comenzó a correr hacia el mar y ambos acabaron llegando a Creta, donde se unieron y tuvieron tres hijos.

^{lxvi} En realidad, el tercer coloquio de *Dies caniculares* lleva por título «mulier».

^{lxvii} Pietro Crescenzi (s.XIII-XIV) escribió *Opus ruralium commodorum*, un tratado de agricultura dividido en 12 capítulos que contó con un éxito arrollador en el Medioevo y siglos sucesivos. En suma, se convirtió en la primera obra impresa que versaba sobre dicha materia.

^{lxviii} Baptista Condronchi de Imola, filósofo y médico italiano renacentista, escribió *De christiana ac tuta medendi ratione*. El capítulo aludido al margen lleva por título «Ministri dantes, uel facientes aliquid cum graui damno aegri grauius peccant, et irregularitatem contrahunt, et Ideo Medicos sacris initaturos a Pontifice absoluendos esse, Arsque Medica Sacerdotibus est prohibita» (1591: 151). Es probable que Matías de los Reyes se basase en un capítulo diverso al que realmente remite el texto

^{lxix} Este discurso sobre la mujer resulta una traducción de un fragmento del Libro Secondo de *La civil conversazione* (1574) de Stefano Guazzo (1530-1595). Dicha obra viene constituida por los diálogos que mantienen Annibale y un Cavaliere a propósito de diversos temas vinculados con la sociedad.

^{lxx} *Eclesiástico*, 42: 14.

DISCURSO SÉPTIMO

Quedamos —dijo Acrisio prosiguiendo el siguiente día su lección— en el discurso pasado en referir hoy las dos maravillosas suertes que sucedieron a Lisena, que así se llamaba mi dueño, en cuya virtud ganó el renombre en toda aquella comarca de «la dama de la culebra». Y refiriéndolas agora, digo, que la primera fue que padesciendo por aquel tiempo su madre una enfermedad de cuartanas¹ que la habían afligido un año, el día que me trajo a casa, en aquella misma hora la comenzaba el frío de la cuartana y entró a verla Lisena en ocasión que acostándose estaba, y aproximándose a la cama de la enferma (muy contenta de¹ haber² hecho³ en⁴ su⁵ jornada⁶ tan⁷ dichoso⁸ empleo⁹ en¹⁰ mi hallazgo y¹¹ posesión¹²) dijo:

— Mirad, madre mía, lo que traigo.

La cual atendiendo más al aprieto en que su mal la tenía, que a lo que la hija le decía, solo trataba de acomodarse en la cama, cuando yo, no sé de qué espíritu compulsivo, desprendiéndome de las manos de Lisena, me abalancé a la madre revolviéndome estrechamente a su cuello, lo cual reconocido por ella, dio un asombroso grito, saltando como un ligero alcotánⁱⁱ de la cama. Comenzó a discurrir por la cámara con notable asombro hasta que yo, considerando el daño y descrédito que de allí me podía resultar, desenlazándome de su cuello de un salto me volví a cobrar a los brazos de mi dueño, que al socorro de su madre con grande turbación acudido había.

Fue tanto el espanto que rescibió, que no solo en aquel día pero ni jamás le repitió la fiebre, quedando libre della y obrando más el sobresalto que había obrado la medicina. El caso para ella resultó bien, pero púdome a mí costar la vida porque Lisena, con la presente turbación, me arrojó de sí por acudir a su afligida madre, cuando los criados de casa, que no tenían noticia de mí, incitados a la venganza de su señora, me acometieron con palos y cuchilladas, poniéndome en tal estrecho que a no oponérseles Lisena mandándoles me dejasen libre, yo peresciera a manos de su venganza, pero reportados ellos, yo me volví a restituir a sus brazos, en que hallé amorosa acogida.

La otra suerte fue que pocos días después, habiéndose quebrado la soga del pozo, como muchas veces sucede, y en él caído el caldero, no hubo en casa quien tuviese suerte de sacarle. Pero Lisena, llegándose al pozo, tiniéndome revuelto al brazo como lo tenía de costumbre, cogió la soga y comenzó a diligenciar también la busca y saca del caldero. Pues sucedió, que en vez de aquel sacó engazada en los garfios una famosa cadena de oro de peso de una libra, la cual, aunque se me atribuyó a mí, no sacara ella ni otra persona humana a no la haber puesto allí quien la puso para los fines que después se sabrán. La cosa pues que sucedió con tan ordinarios adminículos y tan indigna de admiración en los dispuestos ánimos de aquella gente se juzgó a maravilla obrada por la hada.

¹ Om. de

² Om. haber

³ Om. hecho

⁴ Om. en

⁵ Om. su

⁶ Om. jornada

⁷ Om. tan

⁸ Om. dichoso

⁹ Om. empleo

¹⁰ Con]

¹¹ Om. y

¹² Om. posesión

Prosigue la historia

En fin, por semejantes casos, uno de naturaleza y otro de fortuna, siendo así, que en el primero suelen los humores melancólicos de que las cuartanas proceden quietarse con semejantes excesos de asombro, y el de la cadena por estar verdaderamente en el pozo, como había de asir el garfio otra cosa la asió y sacó a ella, yo quedé constituido en grande crédito con el nombre de «hada».

Lisena, que sumamente era dada al estudio de la vanidad, no solo se pagó con que yo fuese estimado con tal nombre, pero aun procuró introducir era un espíritu familiar por quien crecía en discreción y en hermosura y riqueza. A tanto llegó esta opinión, que aunque realmente estos efectos en ella no se experimentaban, todas sus amigas estaban persuadidas a ellos, juzgándola en estas partes por aventajada más de día en día (acaso serían efectos de la invidia, que los ajenos aumentos, aunque enanos, se representan gigantes), y así la preguntaban muchas veces los modos con que aquella hada o espíritu familiar le confería tantas cosas.

¡Oh ignorancia vulgar que a tanto te esfuerzas, que aquello que no es lo afirmas por cierto solo en fe de haberlo oído! Y aun tal vez lo adelantas a tanto, que el primero que lo dijo viene a desconocerlo por parto de su concepto.

En este predicamento estaba Lisena cuando llegó a su casa un religioso grave, muy propincuo deudo de su madre, que en un solitario convento retirado en lo más áspero del Apenino vivía, hombre de madura edad y sólido en doctrinas y ejemplar en virtudes. Vino a visitar a su parienta obligado de las nuevas de su prolija enfermedad, y hallándola ya con salud entera, admiró que con brevedad tanta hubiese en ella tan súbita mudanza. Y así quiso informarse de los remedios que se le habían aplicado que con tal eficacia la habían conferido tan perfecta sanidad. Fuele dicho que en¹³ virtud de la hada se había obrado tan grande maravilla. Él, admirando palabras tan indignas de cristianos pechos, volvió a preguntar qué era lo que le decían, porque extrañaba¹⁴ semejante lenguaje. A lo cual, tomando Lisena, su sobrina, la mano, como persona a quien más tocaba la satisfacción, le dijo:

— Agora sabéis, señor y padre nuestro, cuánta sea la virtud que hay en las hadas. Mucho me admiro que en tan largas experiencias se os haya pasado esta, pues si no lo habéis sabido, o acaso creído por falta de ocasión que os haya podido hacer cierto en verdad tan llana, agora lo sabréis, y lo que es más, haréis experiencia de que hay hadas y de sus grandes virtudes en obrar en toda cosa, con tan maravillosos efectos que os admiren.

— Mucho lo estoy ya, sobrina —dijo el religioso—, de que en vuestra cordura, a quien juzgaba yo diversamente sabida, haya cabido tal engaño, si no digo error.

— ¿Error llamáis —dijo ella— las evidencias? Pues si no lo cre[é]is, desengañaos con la vista, y lo que más será, con la experiencia, pidiéndola que obre en presencia vuestra alguna de sus maravillas.

Y diciendo esto, con grande confianza y necia presunción echó mano al siniestro lado, y desvanándomeⁱⁱⁱ d'él, poniéndome en su regazo, hizo demostración de mi persona, haciéndome allí todos los regalos y caricias de que mi presente forma era hábil, a que yo la correspondía con toda humanidad. Lo cual, visto por el religioso, persuadido¹⁵ yo debiera de ser algún demonio que en semejante forma me había introducido para engañar [a]¹⁶ aquella simple doncella, determinando informarse

¹³ Por]

¹⁴ Add. Mucho

¹⁵ Add. Que

¹⁶ Add. A

mejor del modo como a su poder yo hubiese venido, preguntó a su parienta lo que sabía o entendía de aquello, la cual le satisfizo ¹⁷ cómo ella no sabía más de que por medio de aquella hada ella se hallaba libre de sus penosas cuartanas, para cuya mayor satisfacción le refirió el modo como el caso había pasado y así mismo el hallazgo de la cadena y otras cosas particulares que fortuitamente les habían sucedido después que estaba yo en su casa, atribuyéndome a mí el milagro de todo suceso.

— ¡Grande —dijo el religioso— es el engaño que hallo introducido en esta casa!

Y la parienta ¹⁸:

— ¿Cómo engaño, supuesto que toda esta ciuda[d]^{iv} está persuadida y cierta, en fe de las maravillas que cada día ven? Tanto, que ya Lisenica¹⁹ no se conoce por su nombre, sino por el de «la dama de la hada».

— Mucho es el engaño —dijo él—, vuelvo a decir, y cuanto es mayor el contagio mayor curación requiere. Y por agora, privadamente²⁰ diré solo el error que padecéis en creer tales desatinos, tocando solo en el pseudomilagro de la curación de vuestras cuartanas. Para lo cual digo, informado del suceso, que el erradicarse de vos la enfermedad con tan repentino efecto es caso que sucede muy de ordinario en naturaleza dispuesta a semejantes mudanzas. Y hablando con fundamento, digo, que entre la enfermedad y sanidad no hay más de un medio por quien estas dos facultades se comunican, propensando [sic] la una contra la otra, en orden a la aniquilación de su contraria, para quedarse cada cual con la monarquía del sujeto.

Este medio es la disposición o concertación de los humores que de continuo^v están en perpetua pelea, hasta que venciendo uno, los otros con su destemplanza y alteración quedan padesciendo, en tanto que, como se dice, en viendo la suya cobran su valor, y aun a veces con detrimento y aniquilación de los contrarios. Y sucede muchas veces con una fácil ayuda, cobrar tal poder los vencidos, que de todo punto desbaratando el imperio y predominación de los vencedores, quedan con el ceptro de la corporal monarquía, quietando y sedando las sediciones y desconciertos, que la tiranía de los humores rebeldes con tanto daño del sujeto habían introducido en el compuesto humano, con la ardiente fiebre que padecía, pues así os sucedió, señora, en vuestra convalecencia. Los humores anduvieron por tan largo tiempo en reñida batalla hasta empeñar vuestro sujeto en la última contingencia. Y acaso los pecantes humores gastados con sus causas mismas, o por mejor decir, con los efectos de sus destemplanzas, y reforzados los contrarios a cobrar su prestancia y señorío, propensaban [sic] entonces en el calor y fervencia de la comenzada fiebre, con tan buena ocasión que, ayudados de la agitación de vuestro ánimo con el impensado asalto de la culebra, aquella alteración y temor fueron poderosos a dar la victoria a los rendidos, lo cual fue obra de naturaleza, porque²¹ como los humores^{vi} de que la cuartana procede son melancolía y flegma^{22vii}, los de cólera y sangre, opuestos con la ayuda del susto, que concita semejantes humores, fue muy posible el suceso de vuestra sanidad sin que el

¹⁷ *Add.* Diciendo

¹⁸ *Add.* Dijo

¹⁹ Lisenia]

²⁰ Probadamente]

²¹ Porbue]

²² Fligma]

animal por virtud propia obrase, sino por el accidente sobrevenido de su asombro. Y esta razón es, salvo la voluntad divina a quien todo bien debemos atribuir, la que se ha de dar a vuestra repentina salud, y no la supersticiosa que dais a ese animal inundo y asqueroso. Cuanto al hallazgo de la cadena, os persuado que a no haber sido allí puesta por algún accidente que acaso descubrirá el tiempo, nunca el garfio la sacara de la profundidad de aquel pozo. Pero porque esta enfermedad requiere mayor cuidado, respecto de haberse extendido, según me dais a entender, tanto, quiero que convidéis a algunos de nuestros deudos y amigos, en quien entendáis este crédito sea^{viii} introducido, para mañana a vuestra quinta, donde pretendo refutar semejante superstición erradicando la de vuestros ánimos en cuanto, mediante la divina gracia, me fuere posible.

Madre y hijas quedaron absortas a las razones del religioso, si bien Lisena no resuelta a desampararme; tales efectos obra un error introducido en los ánimos con máscara de utilidad, inferilo de razones que la oí a sus solas^{ix}. De mí confieso que aunque el piadoso afecto del religioso me satisfizo mucho, me desconsoló como medio de mis descomodidades. *Que esto tiene el interés propio, que no repara en ajenas ruinas a trueco de lograrse^x*. Consideraba yo cuán bien me estaba aquella comodidad en tanto que se pasaban mis siete fatales lunas. Pero como quiera que los gozos humanos no tengan estabilidad ni permanencia, fue forzoso que los míos, siguiendo su naturaleza, se acabasen presto para que prosiguiese a padecer las fortunas destinadas en las siete picaduras de la sutil aguja de Corsina.

Estaba la quinta de la madre de mi dueño una legua de la ciudad, que era la misma de donde venía Lisena con sus amigas el día que me hallaron. Corría cerca della un mediano río que era el mismo también donde se obró mi transformación. Estaba toda cercada de una apacible alameda, constituyendo un sitio de admirable recreación. Aquí se juntaron la casa de mi dueño y los demás sus convidados según el religioso lo había determinado; y no solo estos, pero otra mucha gente que tuvo noticia del intento desta junta, llevados de la gran fama de las letras del religioso, quisieron hallarse a oírle. Y estando todos congregados en lo más ameno de un deleitoso jardín cuyo sitio entoldaban entre[te]jidas^{xi} parras y trepadoras yedras que lisonjeadas de algunas acequias que por toda parte discurrían en cristalinas corrientes, daban verdor apacible a la vista, fructo suave al gusto y fresca sombra a todo el cónclave. Y habiéndose acomodado de asientos, el venerable religioso, en lugar eminente desde donde pudo ser de todos bien entendido, comenzó su razonamiento con semejantes palabras que yo apercibí muy bien desde e[1] regazo de Lisena:

— Aunque por las divinas letras, carísimos señores y discretas damas, y por doctrinas de sanctos y católicos doctores sea cosa clarísima que el hombre es libre en sus operaciones, porque con tan excelente prerrogativa fue criado por la poderosa mano de Dios, y que todo el bien o el mal que obra es efecto de su propia voluntad, bien que en el obrar virtuosamente sea ayudado de los divinos auxilios, sin los cuales nada bueno obrar se puede que sea digno de mérito, no han faltado algunos pésimos ingenios que han pretendido afirmar con pertinacia que los males que los hombres obran son necesarios efectos de las influencias de las estrellas, planetas y demás cuerpos celestes, con lo cual pretenden negar el libre albedrío en las criaturas racionales. Y cubriendo con diabólicas ficciones su maldad, quieren atribuir la culpa de sus malvadas operaciones y desafueros al hado, a quien ellos prohíjan el ser de una especie de demonios, llamados por ellos «parcas», que no son otra cosa que ciertas imaginadas hembras que

Reprobación del abuso de los nombres de fortuna, hado y destino

introducen en los que nacen, ¡qué error!, de las cuales habla Séneca en su primera tragedia, coro primero^{xiii}, de cuya propiedad y naturaleza más abajo haré mención, bien que incidentalmente.

Pero es sin duda que los que van con esta opinión viven en grande error, contra los cuales dice San Agustín en el sermón 3 sobre San Juan: aquellos que creen y persuaden a otros que estos hados sean hembras o diosas que dispensen las cosas de esta humana vida, son necios y locos en su corazón^{xiii}. Y dice más el mismo santo en el 5 libro de *La ciudad de Dios*, capítulo 8: si este nombre de “hado” se halla con verdad, no se puede con razón atribuir a otra cosa que a la voluntad inmutable del sumo y verdadero Dios, el cual verdaderamente ve y conoce todas las cosas, cuyo orden y armónica operación, pende del mismo Dios. Y esto es lo que muchos llaman «hado». Pero para mayor claridad de mi intento, se ha de notar, que el mismo santo en el mismo 5 libro dice que diversamente hablan del hado los poetas, los filósofos estoicos y los astrónomos, de lo que entienden los teólogos. Porque los poetas suelen decir que el hado son tres hermanas a quien, como dije, llaman ellos Parcas, las cuales por «antífrasis», significan²³ lo contrario de lo que suena la voz de su nombre, que en rigor es lo mismo que las perdonadoras, siendo así que su principal oficio es no perdonar a nadie. A cada una dan su nombre particular, es a saber Cloto, Láquesis y Átropos. La primera, dicen ellos, tiene la rueca en la cinta. La segunda se ocupa en hilar el hilo de nuestra vida y la tercera, más rigurosa, con su fatal tijera le corta, con cuyos oficios quieren significar que la primera nos representa las cosas futuras, la segunda las hace presentes, y la tercera las despone^{xiv} para el tiempo que ha de venir. De forma que la primera da la vida a las cosas, la segunda las conserva y la tercera las corta o consume. Otros representaron en estas tres personas los sucesos humanos, atribuyéndoles a la primera el nombre de la fortuna, a la segunda el de destino y a la tercera el de hado, significando que la fortuna previene los sucesos buenos o malos, el destino los determina para tal tiempo y el hado o hecho es el que los ejecuta y obra.

«Hado»
según
poetas
Antífrasis

Parcas

Estas opiniones o fábulas nos dejó tan introducida la ciega gentilidad, que algunos han afirmado que estas diosas suelen aparecer a los hombres en varias formas, dándoles respuestas y haciéndoles promesas infalibles. Deste error, esto de paso, hallo contaminados algunos ánimos de los presentes, pues con toda sencillez dan crédito a tan desatinadas fábulas, llamando “hadas” a estas fingidas diosas de cuyo error más propiamente hablaré en su lugar.

Y porque todas estas cosas son ficciones poéticas fingidas para adorno de sus obras, no merecen gastarnos ahora el tiempo en su reprobación, pues ellas mismas se traen consigo el descrédito, y así pasaremos a ver lo que nos dicen los filósofos deste hado, que en fin suelen hablar muchas veces con fundamento, si no todas con verdad, porque como más discursivos y escudriñadores de las cosas, dan tal vez cerca del blanco de la verdad. Hado, pues, según ellos, no es otra cosa que un orden o disposición de las segundas causas, esto es, de las estrellas, planetas y influjos celestes, debajo de cuyo dominio nace cualquiera de nosotros, el cual determina, regula y necesita todos los efectos inferiores, buenos o malos, que provienen a los hombres.

«Hado»
según
filósofos

Así lo difine Tolomeo, Séneca, Demócrito, Epicuro y Crisipo estoico, todos los cuales atribuyen al hado los efectos naturales y voluntarios, todas las inclinaciones, vicios o virtudes, las pasiones de los hombres, las concupiscencias

²³ Significando]

y deseos, los sucesos de fortuna que han de suceder o ya buenos o ya adversos, los pensamientos y tentaciones de los hombres.

Y afirman algunos dellos que todas estas cosas son necesariamente ordenadas y prevenidas inmóvilmente deste hado sin el querer expreso de Dios y de los mismos hombres, de forma que ninguna destas cosas está en nuestra libertad. Y pretenden probarlo con razones, si puede haberla[s]^{xv} en semejantes desatinos. La primera dellas es: *Concedida la causa suficiente, necesariamente se le sigue el efecto. El hado y el orden de las segundas causas es suficiente causa de todos los efectos voluntarios, y naturales acá abajo. ¿Luego todas las cosas necesariamente nacen y provienen del hado?*^{xvi} Prueban la menor con la autoridad de Boecio, el cual en el cuarto libro de *Consolación*^{xvii}, dice: «El orden del hado mueve al cielo y las estrellas, templando los elementos uno con otro», y poco más abajo, dice: «Los actos, pues, humanos y sus fortunas, con indisoluble ligamen de las causas, ata y liga»; y en otra parte: «Nosotros no podemos mudar los hados, porque son duros e inexorables». Aducen también la autoridad de Tolomeo, que hablando a este propósito dice: «los cuerpos celestes fuerzan al hombre a pecar y a obrar bien». Dan también otras razones, autoridades y ejemplos con quien concluyen que todas las cosas están sujetas y subordinadas y regidas por el hado, y que ninguno puede evitarse a sus influencias. Y de aquí nace que algunos astrólogos se arrojan a juzgar de las cosas futuras que han de venir a los hombres, como predecirles muerte o vida larga de reyes o príncipes, de la paz o guerras, de las riquezas o pobrezas de los hombres, de la fecundidad^{xviii} o esterilidad de las mujeres, animales o frutos, * de las dignidades y honores y de las prelacías, de las cuales cosas^{xix} tal vez, contingentemente, predicen verdad. Todas las cuales por ser dañosas al estado humano, así espiritual como temporal, conviene agora esforzarnos a mostrar cuán dañosas sean y descubrir para esto la falsedad de tan perversas y pestíferas doctrinas.

El primero error es, pues, decir que el hado necesita todos los efectos puestos debajo de la luna, expeliendo protervamente en todo y por todo la providencia de Dios, paliando este su error con la autoridad alegada de San Agustín, donde dice «que el hado es un cierto orden y disposición de las segundas causas para producir los efectos en las cosas generables y corruptibles sin la voluntad de Dios y de los hombres». Esta doctrina se prueba por falsísima con razones y autoridades. La razón es esta. Porque es cosa imposible que las cosas que no conocen el fin obren por aquel fin y ordenadamente le prevengan, no siendo reguladas y movidas de quien tiene el conocimiento del tal fin. Todas las cosas naturales, las estrellas y planetas obran a algún fin, se mueven y consiguen el tal fin, supuesto que no le conocen, necesario es pues, que todas sus operaciones sean ordenadas y reguladas de otro agente, y este será aquel a quien los católicos llamamos “providencia divina”, de quien dice la sabiduría hablando de Dios: «Tu providencia, oh padre, desde el principio gobierna toda cosa». Y en otro lugar dice lo mismo: «Tu providencia abraza de uno a otro término», y más abajo prosigue: «No hay otro Dios sino tú, que tienes cuidado de todas las cosas». Y el doctísimo San Agustín, libro 3, *De Trinitate*, capítulo 4, dice: «Ninguna cosa visible es hecha en este mundo que no sea por mandado y permisión de aquel sumo, invisible, y incompreensible emperador, el cual según la inefable justicia premia o castiga, da las gracias y retribuciones». Y San Juan en su evangelio a sus primeras palabras, dice, que «sine ipso factum est nihil^{xx}». De las cuales razones y autoridades se conoce la falsedad de aqueste primero error.

El segundo es que todas aquellas cosas que son sujetas al hado necesariamente

Error de los filósofos gentiles

Lugares de Boecio mal entendido[s] destes filósofos o herejes

Tolomeo en el Almageo

Primero error San Agustín libro 5 *Ciudad de Dios*, capítulo 8 Lugar por ellos mal entendido, explicase abajo

suceden. Esto también es falso, y se prueba lo primero cuanto a las cosas humanas, porque los humanos actos no están sujetos a las acciones del cielo de tal manera que estas no puedan ser impedidas de las acciones voluntarias de los hombres y aun de las demás cosas a que se extienden las operaciones de los mismos hombres. Demás desto, se prueba la falsedad desta conclusión con que hay ciertas causas que son ordenadas a sus efectos, no necesariamente sino en tales veces, las cuales suelen faltar en cualquier pequeña parte por falta de algún principio, como por ejemplo sería, cuando la naturaleza produjese algún monstruo, el cual, según el filósofo, es caso fortuito. Y en el libro *De Somno y Vigilia*^{xxi} dice el mesmo que los cuerpos celestes no siempre producen sus efectos en estas cosas inferiores inanimadas, y esto por las contrarias disposiciones que los²⁴ impiden, porque dice él, muchas veces aparecen señales de febias [sic] y vientos, los²⁵ cuales después no suceden, por las contrarias disposiciones más valientes.

Error
segundo

Síguese pues de lo dicho que ni cuanto a los efectos voluntarios ni cuanto a los naturales, que son sujetos derechamente al hado, no suceden todas las cosas necesariamente. También se muestra ser esta doctrina errónea por los inconvenientes grandes que se siguen. Porque si fuera verdad que el hado necesitase, seguirseía que Moisés errase cuando, hablando de las estrellas criadas en el cuarto día, dice: vio Dios que todo esto era bueno, conviene a saber, el gobierno de las estrellas^{xxii}. Y si compelido y forzado de las estrellas este fuese ladrón, aquel avaro, tal lujurioso y tal ebrio^{26xxiii}, esto no solo no sería bueno sino muy pésimo. Mas si el curso de los cielos y estrellas hiciesen esto, no ayudarían a los hombres iluminando la tierra para llegar al último fin, antes d'él los divertieran. De que se seguiría que nuestro señor Dios, que dio la potestad y influencia a los planetas, habría dado también grande ocasión a los hombres de divertirse y menospreciar las cosas que la fe nos enseña y nos obliga a creer, y que no se daría pecado entre los hombres, pues el hado, según dicen aquellos, usurpa la libertad de la voluntad, con la cual se cometen todos los pecados. Seguirseía también que Dios fuese contrario a sí mismo, pues manda obrar bien y fuerza a la obra del mal, de donde los hombres injustamente fueran castigados, supuesto que ninguno pecara en aquellas cosas de que no puede²⁷ huir, y que sin justicia los buenos serían premiados, pues que la voluntad es causa de los méritos como del castigo.

Génesis, 1

También se seguiría que de los hechos de los hombres ningún juicio se reservaría Dios, y que la teología, filosofía y medicina, y todas las demás ciencias y artes serían frustratorias, porque, ¿de qué importancia fuera enseñar a escribir, a persuad[ir]^{xxiv} ni curar si todas las cosas penden de la necesidad del hado? Y si toda acción es en el hombre gobernada por el hado, no ser alguna digna de alabanza ni de vituperio en él, pues ninguno merece castigo ni premio por las cosas que procede[n] de naturaleza. Síguese también que no hay necesidad de consejos porque en las cosas que no pueden suceder de otra manera es superfluo todo consejo, pues ninguno será tan necio que se aconseje sobre que el sol esta noche no se absconda^{xxv} en el ocaso y mañana no se muestre en este hemisferio por oriente, supuesto que todos los humanos consejos no pueden adbitrar ni dar medio en que así no suceda. Tampoco sería necesario hacer resistencia a los vicios, antes fuera diligencia vana, pues sería mejor esperar adonde el hado nos conduce, supuesto que no le pudiésemos hacer resistencia, siéndole, como ellos

²⁴ Las]

²⁵ Las]

²⁶ Tal bruto]

²⁷ Pueden]

dicen, sujetos.

Por manera que será frustratorio persuadir al hombre y retiralle del mal y vano el dicho del Salmo que nos encarga nos apartemos del mal y sigamos al²⁸ bien. Agora veamos cuál será aquel que se persuadirá a hacer aquello que no está en su potestad. ¿Quién será el que quiera persuadir a alguno que destruya y pervierta el orden de los cielos? Y si los hombres son sujetos al hado, ¡ociosas son todas las leyes! ¿Para qué se alaba la paz, si el hado me obliga a la guerra? ¡Injustamente se prohíbe el robar, si el hado me fuerza a ello! Castíguese a este hado como atacillo [sic] y incitamento de todo mal y dénese también los premios como a eficiente causa de las virtudes.

Y siendo el hado, como Prisciliano quiere, un cierto orden de las estrellas y planetas que causa y mueve acá abajo, el cual no niega sea por Dios ordenado y por él dado a las estrellas para influir tales efectos, seguirse ha que los males que obra el hombre impelido de sus activas influencias, se hayan de atribuir a Dios, que de tal manera ordenó la potestad del hado que fuerza a los hombres necesariamente a obrar mal, el cual es pensamiento tan impío que no hay oidor que lo permita^{xxvi} sin error y aborrecimiento de quien lo supone así.

Y si esta doctrina es buena, pregunto yo a los tales, ¿para qué permiten al labrador que labore la tierra? ¿Por qué no aguardan a los campos, que por sí mismos den el fructo necesario, sin más diligencias que las que consideran en el hado? Pues si él no quiere enviárselo, ¡ociosas serán sus fatigas! ¿Para qué se oponen los mercaderes a tantos desvelos ya sulcando^{xxvii} mares, ya facilitando inaccesibles montes, arr[i]esgando sus caudales, si con solo su hado pueden enriquecer sin salir de sus casas? ¿Y por qué los hombres ponen tanta solicitud en adquirir^{xxviii} riquezas y honores, si esto o lo han de haber o no lo han de haber de su fatal destino? Porque todas estas cosas, según la opinión destes, no se consiguen por solicitud de la voluntad sino porque las da el hado a quien mejor le parece. Y donde hay una cierta necesidad, allí está una viciosa industria o necia solicitud, como dice San Ambrosio en el *Hexamerón*^{xxix}.

Estos inconvenientes y otros muchos más que se podrían traer, que dejo por abreviar, son tan claros que no hay necesidad de gastar más tiempo en demostrarlos. Contentémonos con escuchar a la sancta romana iglesia, nuestra piadosa madre, la cual, determinando sobre este artículo, en el primer concilio Bracarense^{xxx}, en el capítulo ocho de sus decretos dice: «el que creyere que las ánimas y cuerpos humanos estén obligados a los influjos o señales fatales, como dicen los paganos y Prisciliano²⁹, sea descomulgado». Y San León, Papa Primero, en una epístola que escribe al obispo de Astorga, que es la 71, dice: «La undécima blasfemia de los priscilianistas y sus secuaces es creer que las ánimas y cuerpos humanos sean constreñidos por las estrellas, por cuya locura son persuadidos, enredados en todos los errores de los paganos, a adorar a los planetas que les son favorables y aplacar a los que les son odiosos. Pero ninguno de aquestos que siguen este error tienen entrada en la sancta iglesia», dice este sancto, «porque los que son dados a esta persuasión totalmente sean separados y cortados del mismo cuerpo de Jesucristo».

Según esto, ¿no es verdad que este hado pueda necesitar nuestras operaciones, como blasfema Prisciliano, hereje en compañía de los paganos? Y no es bien dejar de oír lo que dice Damasceno en el 2 de las sentencias^{xxx1} cuando, hablando a este propósito, dice: «No es verdad que los cuerpos celestes sean causa de nuestras

Error de Prisciliano

«Hado» según doctores santos y determinaciones de concilios

²⁸ E]

²⁹ Priscilianos]

acciones, sino que así como somos criados libres por nuestro criador, así quedemos libres dueños de nuestros actos». Y San Gregorio dice: «Póngase lejos de los corazones de los hombres fieles el pensar, decir, o creer alguna cosa del hado, porque solo aquel criador administra la vida y acciones de los hombres, que la crió». Y Tolomeo en el *Almagesto* dice «que el sabio domina las estrellas». Ejemplo nos dé desto un astrólogo que, mirando a Platón, le juzgó dado al vicio contra naturaleza, a quien el mismo filósofo respondió: «Yo he vencido la inclinación de los planetas con la sabiduría». Porque los planetas no hacen a los hombres ladrones o adúlteros, pero sí bien demuestran sus inclinaciones, las cuales pueden vencerse por los hombres mediante la libertad humana concedida de Dios. Pero porque muchos santos doctores en sus escritos han pronunciado este nombre de hado o destino, será necesario ver cómo entienden estas voces para que por sus dichos el piadoso cristiano que los leyere u³⁰ oyere, o llevado del uso los pronunciare, entienda lo que oye, lee u³¹ pronuncia sin concebir alguna siniestra opinión^{xxxii}.

Divus
Gregorius in
Moralia^{lxi}

«Hado» pues, según ³² San Buenaventura, en la 2, distinción 4, cuestión última^{xxxiii} y otros teólogos, no es otra cosa, «que una disposición en las cosas mudables, la cual junta la divina providencia a todas sus órdenes ³³. O es un orden de las segundas causas en el producir sus efectos en estas cosas inferiores, según la dependencia que tienen de Dios». Este orden se puede considerar en dos modos, ³⁴ a saber, en cuanto él viene en la mente de Dios, que le ordena y divide todas las cosas, según el tiempo, lugar, forma y movimiento. Y así, considerado el hado, no es otra cosa que la voluntad o providencia divina.

Prosiguen
las doctrinas
de doctores.
Definición

En otro modo es considerada esta ordinación, a saber, en cuanto que en el tiempo conveniente, con el medio de las causas segundas es ordenada de Dios a producir los propios efectos según la dependencia que tienen de Dios, y este modo es llamado de los teólogos «hado». De manera que causalmente la voluntad de Dios es llamada «hado», de suerte que aquella disposición de las segundas causas a sus efectos que dependen de Dios, se puede llamar «hado» esencialmente. Y vale tanto decir y pronunciar hado o destino, según los teólogos, cuanto efecto de la divina providencia preordinado, según Santo Tomás, libro 3, *Contra Gentiles*, capítulo 93, y en el primero de *Las sentencias*^{xxxiv}, distinción 38, dice «que Dios con su providencia habla por el hado como el hombre exprime los conceptos del corazón con las palabras, y así como el artífice manifiesta la cosa que primero concibió en el entendimiento con la obra y efecto exterior, así Dios con su providencia simplemente dispone aquellas cosas que se han de hacer por el hado, y en muchos modos temporalmente los administra».

Buena
definición

De aquí se puede conocer qué cosas son sujetas al hado y cuáles no, porque solamente aquellas lo son que se subordinan a las segundas causas, si bien hay algunas cosas que son inmediatamente sujetas y hechas por Dios, de suerte que no lo son a las causas segundas. Estas semejantemente no lo serán al hado, como son los ángeles, los cuerpos celestes y el tiempo, la materia de los cuatro elementos, la glorificación de las substancias separadas o espirituales, la justificación de pecadores y las almas, que son criados³⁵ por su divina majestad, lo

³⁰ O]

³¹ O]

³² *Add.* el glorioso doctor

³³ *Add.* Y mandatos

³⁴ *Add.* Conviene

³⁵ Criadas]

cual todo inmediatamente es criado por Dios, y de otra manera no puede ser producido. Estas cosas, digo, no pueden ser sujetas al hado, porque aquellas cosas que son hechas por aquella potencia superior no son inmutadas por la potencia inferior. Por esto dice Boecio «que las cosas que son propinuas a la primera divinidad, son de tal manera fijas y estables que exceden al orden de la movilidad. Como por el contrario, las que están lejos de la primera causa, tanto más son sujetas al ligamen del hado, y tanto más son mudables cuanto más se alejan de la primera causa». Aquellas cosas pues, que son hechas por Dios, solamente a él son sujetas. Los otros efectos particulares y naturales son sujetos al movimiento de los elementos, a los cuerpos celestes y al movimiento del primer móvil, y finalmente a la providencia del primer motor, de quien toda cosa recibe su estabilidad, sin la cual nada puede conservarse en su propio ser.

De aquí se saca cómo los cristianos podemos conceder la existencia del hado o destino, porque si se toma este nombre «hado», por la disposición de las estrellas y planetas en que el hombre es concebido o nace, la cual necesariamente produce todos los efectos inferiores sin el concurso de la divina y humana voluntad, sin duda alguna lo habemos de negar con San Gregorio. Mas si se toma por la disposición de las segundas causas y órdenes de los actos humanos, refiriéndolo todo a Dios y a su providencia, como ordenada por él, seranos lícito conceder el hado, si bien los santos doctores se abstienen del uso desta voz por ³⁶ respecto de aquellos que la toman en mala parte, por lo cual decía el doctísimo Agustín en el 5 de la *Ciudad de Dios*, capítulo 1: «Si alguno quiere atribuir al hado estas cosas humanas intitulado la divina potestad con el nombre de “hado”, tenga la sentencia, mas corrija la lengua». Hay pues grande diferencia entre la providencia y el hado porque la disposición de las cosas que se tienen de producir, gobernar y conservar en el entendimiento y mente divina se llama providencia. Aquella misma disposición en las causas medianas, ordenadas por Dios a la producción de algunos efectos y explicada en los tiempos convenientes, es llamada hado. Son también diferentes, porque así las cosas necesarias como las contingentes son sujetas a la divina providencia, y así también el mismo hado le es sujeto, y a él le son sujetas solamente las cosas movibles y inestables^{xxxv}. También hay otra diferencia, porque la divina providencia, siendo de la misma razón y del sumo príncipe de todas las cosas constituido, solamente se halla en Dios, pero el hado en las segundas causas. Otra diferencia se halla porque las causas que son en Dios, por modo de providencia están allí unidas y identificadas con él, pero las que están sujetas al hado son disjuntas, de manera que por ello se consideran muchos hados, y por esto decía un poeta: tres hados te arrastran. Son, finalmente, diferentes porque la divina providencia se llama hado causalmente en cuanto el orden fatal descende y depende del orden de la divina providencia, mas aquella disposición de las segundas causas se llama hado esencialmente, y también porque la divina providencia es inmutable y permanente, que a todas las cosas da el movimiento, pero el hado, hallándose en las cosas movibles es también el movable e inestable.

De cuanto queda dicho es claro y manifiesto que no todas las cosas son sujetas al hado y, en particular, hablando de las acciones humanas voluntarias, porque la divina providencia de manera ha ordenado esta máquina mundanal que hace que las cosas más innobles sean regidas y gobernadas por las más nobles y las ínfimas de las superiores, como dice el doctísimo Agustín en el 3 *De Trinitate*: Hállanse

Resolución

Diferencia entre la providencia y hado

Otra

Otra

Otra

Otra

Resuelve

³⁶ Add. El

pues en el hombre dos cosas principales, es a saber el ánima y el cuerpo, el cual por ser al presente pasible^{xxxvi} y mortal es inferior a los cuerpos celestes, y por eso les es sujeto, los cuales obran en él según aquella virtud y complexión debajo de quien es formado. Pero la³⁷ ánima, porque es a semejanza del mismo Dios criada, siendo ella y el espíritu, y el efecto es tan noble cuanto se asimila a la causa, por esto directamente no es el alma sujeta a los cielos y planetas, por ser ella más noble que ellos y, consiguientemente, no será buena o mala por causa del hado o destino, ni de los cielos y planetas, sino de su propia voluntad. Hay también otra razón, porque siempre que hay dos motores que hacen algún movimiento en una misma cosa, si uno dellos es más noble y poderoso que el otro, y que se acerca más a la cosa movida, será más eficaz a imprimir el efecto. El cuerpo nuestro es sujeto a los cuerpos celestes y al ánima racional, que es más noble que ellos y los vence en poder, como queda dicho, luego será más eficaz en el imprimir en su cuerpo sus operaciones, siendo conjunta con él, que no lo son los cielos. Y así si Marte, por ejemplo, mueve el cuerpo a la perturbación de la ira, moviendo y perturbando la sangre, con todo eso podrá más el alma, ordenada con su templanza en el mismo cuerpo, quietando la sangre, de donde se le podrá³⁸ seguir alegría y mansedumbre. «Callen —dice San Ambrosio— los astrónomos con su largo razonar de aqueste hado, y sepan que el sol no es autor de las cosas que nacen sino Dios solo con la clemencia suya, el cual por su piedad hace nacer los frutos. Es bueno el sol —prosigue el santo— en cuanto es dado en ayuda, mas no por señor. Bueno es el sol en cuanto ayuda a la naturaleza a producir los frutos, mas no por eso es criador suyo; él produce los efectos de naturaleza, mas no como autor suyo —y así se ha de entender lo que dice el filósofo—, que el sol y el hombre engendran al hombre».

Aplicación

Otra razón

Aplicación

Estas y otras razones muestran que este hado no puede forzar al hombre como han blasfemado algunos poetas gentiles y heréticos.

Aristóteles,
*De
generatione
animalium*

Pero agora es necesario satisfacer a sus razones y autoridades. A la primera se responde que los cuerpos celestes son causa de los efectos inferiores, pero con la ayuda y medio de las causas particulares inferiores, las cuales, como queda dicho, pueden faltar en alguna parte a la autoridad de Boecio^{xxxvii}, por ellos³⁹ mal entendida o, por mejor decir, depravada. Digo que él verdaderamente entendió que todo es hecho por Dios y por su providencia con el medio de las segundas causas, las cuales por él son llamadas con el nombre de «hado». A la de San Agustín, digo que él no habla por su propio entender, sino según la opinión de los estoicos, la cual expresa allí. Cuanto a la de Tolomeo y otros filósofos, digo que si tomando el hado por aquella unión y ligamen de las causas segundas excluyendo la divina providencia, se han de negar sus acepciones, porque las segundas causas no obran por sí sino en virtud de la primera.

Responde a las razones de contrario arriba dadas. Satisface a la autoridad de Boecio, por ellos mal entendida. Responde a la de San Agustín, libro 5, *De civitate Dei*, capítulo 8

Y para poner fin a esta materia y venirme entrando en la causa que me movió, señores, a que me oyédes, digo que todas las autoridades que demuestran la necesidad del hado, que pone en nosotros hábitos y costumbres corporales, todas se deben entender cuanto a la inclinación, porque todos los planetas inclinan mas no pueden forzar a los hombres al bien o al mal. Y si alguno opusiere, por ejemplo, que conociendo que los hijos propios habían de morir de mala muerte y puniendo toda industria y diligencia por evitarlos a la ocasión de que se les había de seguir la tal muerte, no los pudieron librar del hado, como se cuenta de un gran

³⁷ El]

³⁸ Podía]

³⁹ Ello]

legista y astrólogo de la ciudad de Bolonia, el cual, previendo que un hijo suyo había de ser ahorcado, quiriendo socorrer y remediar tan desdichado caso, le hizo tomar orden sacro y le amaestró y instruyó en buenas letras y otras virtudes, pero con todo eso él no quiso evitar este su fatal destino, porque siendo enviado por los señores boloñeses ⁴⁰ embajador al pontífice Martino en orden a componer ciertas discordias que entre ellos había, él lo hizo todo al revés en ruina de la propia patria, de suerte que por su interés propio la entregó a la disposición del pontífice, lo cual entendido por aquellos senadores^{xxxviii}, después de su jornada, una noche le hicieron ahorcar. Y viéndole el padre la siguiente mañana ahorcado, dijo: «¡Ay de mí, hijo mío, tú no quisiste, (como pudieras), vencer tu infelicísimo destino, ni con la ayuda de las letras, ni con los ministros y órdenes sacros!».

Ejemplo de aquellos que por su propia depravación se sujetan necesariamente a las estrellas y a su inclinación

Se responde a esto que aquel no quiso vencer su destino u⁴¹ hado, como en su paréntesis lo sintió su padre, porque con la razón no quiso vencer la pasión y deseo intensísimo que él tenía de hurtar, el cual pudo superar con la razón y libertad del albedrío.

No es pues verdad que los males o bienes que los hombres obran son efectos de los influjos de las estrellas, cielos y planetas como han querido aquellos, porque todo procede de la voluntad nuestra con el medio⁴² y instigación de la sugestión diabólica y con la ayuda del demonio mesmo, el cual por ruinar^{xxxix} al hombre y usurpar el honor a solo Dios debido, introduce en sus entendimientos semejantes errores; a que se llega el haber persuadido que hay Parcas^{xl} a quien el ignorante vulgo por instrucción suya llama «hadas», por usurpación del nombre de «hado», suponiéndose el mesmo en la figura de una horrible culebra, hábito de que se vale después que logró tan a costa del género humano el engaño primero, haciéndose adorar de mujeres simples en fe de algunos aparentes beneficios que les ministra. Como lo experimentamos en la engañada Lisena, que llevada deste error cree que aquella fiera que en su regazo tiene es poderosa a obrar las maravillas que tan acaso le han sucedido, siendo así que es un notorio engaño a que el demonio vanamente la tiene persuadida.

Hadas y su desatinado abuso

Aquí llegaba el religioso con su docto razonamiento cuando se oyeron a la puerta de la quinta unos descompuestos golpes, y habiendo abierto, entró por ella^{xli} un tropel de gente que acompañando venía al gobernador de la ciudad, que habiendo entrado hasta el jardín donde la gente oyendo al religioso estaba, a cuya vista levantándose todos, él los pidió cortésmente se sosegasen y asentasen, que no era su intento divertirlos antes que se prosiguiese el acto en que estaban, que él también tendría gusto de ser admitido por un oyente, pero siéndole dicho que el razonamiento estaba acabado, habiendo él tomado silla y todos asentados, dijo:

— Pues agora diré a lo que ha sido mi venida. —Y prosiguió diciendo— por delación de un ciudadano noble nuestro ha sido preso un criado suyo por indicios vehementes que le hacen culpado en el robo de grande cantidad de joyas de mucho prescio. Y en la prosecución de las diligencias ha confesado su culpa el reo y la distribución que de algunas de las joyas hizo, en que declaró haber dado una cadena de oro de peso de una libra a una criada de la señora Lucrecia —que era el nombre de la madre de Lisena—. Esta, he sabido, se halla hoy en esta quinta, y porque semejantes diligencias no admiten dilación⁴³, he venido a averiguar esto (perdonad

Prosigue la historia

⁴⁰ Add. Por

⁴¹ O]

⁴² Miedo]

⁴³ Delación]

esta inquietud) y a que la tal criada declare lo que en esto pasa. Tened pues, señores, por bien parezca aquí y díganos públicamente lo que sabe.

Apenas nombró el gobernador la cadena cuando yo sentí en Lisena el sobresalto y susto con que dije entre mí «muera yo sin ver a Olimpia, si no queda el milagro mío de la cadena tan calificado como el de la salud de Lucrecia, y yo degradado de la milagrosidad». Y volviendo a mirar al cóncave, oí que prosiguiendo el gobernador, dijo:

— Parezca aquí Drusila, que así parece llamarse la tal criada.

La cual comparecencia se ejecutó, y pareciendo Drusila vergonzosa en rostro y perezosa en pasos, prevenida con las diligencias del derecho y siendo preguntada en el caso, confesó ser verdad que el delincuente le había entregado aquella cadena con ánimo de casarse con ella, y que habría cuatro días la había enviado a decir la hundiese donde en mucho tiempo no pareciese^{xliii} porque le importaba no menos que la vida el hacerse así, y que ella, más deseosa de la conservación de su amante, que ya juzgaba esposo, que el interés de la cadena, la había arrojado al pozo de casa, de donde su señora Lisena el mismo día la sacó atribuyendo a milagro de su hada⁴⁴ su hallazgo, y que era la misma que al presente tenía al cuello.

Quiso entender bien el gobernador qué era aquello⁴⁵ de la hada, y el religioso le hizo una breve⁴⁶ resumpta de todo su razonamiento en oprobio⁴⁷ de la supersticiosa opinión, lo cual todo⁴⁸ bien entendido por el juez, mandó que luego⁴⁹ y sin dilación⁵⁰ Lisena me entregase a uno de sus ministros para que me arrojase al campo por encima de las paredes del jardín, lo cual fue⁵¹ ejecutado. Sin embargo, de las excusas de Lisena, que aunque provocada ya a mi desprecio por los desengaños del razonamiento de su tío, confirmados con el⁵² hallazgo de la cadena, de que sintió mucho hallarse despojada, quería conservar la opinión ganada de quien, aunque a costa de su conciencia, no quería descaecer^{xliiii} como sucede a muchos en el mundo, doctados de mayores partes que Lisena. De mí sé decir que sentí agramente^{xliiv} la sentencia, que aunque la tenía tragada desde el primero razonamiento del religioso, la agravación de la circunstancia de ser arrojado con⁵³ violencia por encima de las paredes con peligro⁵⁴ de mi vida me fue de gran dolor, y quise abalanzarme del regazo de Lisena y escabullirme por entre la gente y ponerme en salvo, pero no pude ejecutarlo porque el diputado ministro acudió a ejecutar la sentencia y, cogiéndome en la punta de un varal largo, que con la mano no se atrevió a prenderme, me arrojó por encima de la pared, dando con mi cuerpo muchas vueltas por el aire hasta dar, y no fue mala suerte, en las ramas de un álamo de los muchos que alrededor de la quinta había, quedándome colgado en un dichoso lazo que acaso hice con la cola, donde quedé por largo rato aturdido sin saber adónde me hallaba; por lo cual y⁵⁵ la distancia de

⁴⁴ *Add.* La dicha de

⁴⁵ *Add.* Que decían

⁴⁶ *Add.* Y compendiosa

⁴⁷ *Add.* Y descrédito

⁴⁸ *Add.* Muy

⁴⁹ *Add.* Al punto

⁵⁰ *Add.* Alguna

⁵¹ *Add.* Luego

⁵² *Add.* d'el

⁵³ *Add.* Tanta

⁵⁴ *Add.* Grande

⁵⁵ *Add.* Por

la gente, no podré decir lo que sucedió de los que en el jardín quedaron, pero bien juzgué después de vuelto en mi acuerdo, que se efeturaría la restitución de la cadena y lo mesmo se puede entender del fruto que el religioso haría en sus oyentes acerca de divertir de sus ánimos tan perniciosa superstición y abuso.

Aquí, tomando respiración Acrisio, dio lugar a que yo dijese:

- Par diez, padre nuestro, que me ha quitado el varón piadoso la objeción de la hada de la boca, en quien había librado mi duda, y me huelgo, perdonadme lo que os toca de daño en mi gozo, que arrojasen por encima de las paredes la hada porque quede fuera de la opinión y comercio humano tan ignorante abuso. Y lo cierto es, al cielo gracias, que ya semejantes consejos^{56xlv} se han reducido a los cuentezuelos de las abuelas para entretener a los netezuelos^{xlvi}.
- Verdaderamente —dijo el cura—, el religioso anduvo docto y corriente, y que se explicó bien en la materia, y que desempeñó al peregrino Roberto en todo, porque la materia vino aquí más rodada y la trató más doctamente. Pero agora, padre nuestro, proseguí⁵⁷, pues no es tarde, ⁵⁸ vuestra historia, que me da mucha pena veros colgado del árbol con tanto trabajo. Despenadnos a todos, por amor de Dios.

Y él, volviendo al libro, prosiguió así leyendo:

¡Oh vanidad de vanidades^{xlvii}! ¡Oh mundanas glorias, con cuánta velocidad pasáis⁵⁹! ¡Qué corta es vuestra permanencia! ¿Qué monarquía, por muy poderosa que haya sido, duró en su esplendor? ¿Qué gustos no se marchitaron en el verdor de sus flores? ¡Oh qué poco permanesció la quietud que yo gozaba en los agasajos de Lisena! ¡Con qué inopinada violencia me arrojó la fortuna desde sus caricias al precipicio⁶⁰ de mi muerte! La cual sin duda se ejecutara si el piadoso álamo no me recogiera en sus brazos. Colgado ⁶¹ quedé, como ya dije, d'él, con cuya acogida me preservó de la muerte, que se me siguiera si llegara precipitado a la acogida que me aguardaba en la dureza de los muchos peñascos que en aquella parte había. Pero, ¡ay dolor! que esta fortuna era víspera y prenunció de mayores daños, pues acabando con solo un golpe en aquel precipicio excusara muerte más dilatada, la cual pudo seguirse muy presto.

Prosigue la historia

Ya más cobrado del sobresalto y violento vuelo, reconocí el estado en que me hallaba, que era, como ya dije, colgado de aquel árbol, expuesto a los rigores de algún pasajero a quien se le antojase probar la furia de su valiente brazo con alguna volante piedra en mis delicadas carnes, a la voracidad de una ave de rapiña de las muchas que por allí andan buscando semejantes presas. Determiné bajar del árbol para ocultarme en tanto que daba orden de mi vida entre las grandes quiebras de aquellos peñascos. Y habiéndolo ejecutado, mi desdicha me opuso a peligro mayor, porque al pie del mismo álamo estaba agazapado un feroz gato que de aquella quinta había salido a caza de los muchos conejos que entre aquellas peñas ⁶² crían. El cual, luego que me sintió, puesto en sus cuatro pies, levantando la

⁵⁶ Consejos]

⁵⁷ Prosiguió]

⁵⁸ Add. Proseguí

⁵⁹ Pagáis]

⁶⁰ Precipio]

⁶¹ Add. Me

⁶² Add. Se

erizada espalda y el hopo^{xlviii} como de un valiente raposo a quien en ferocidad y astucias excedía, denodadamente vino a mí desenvainando las afiladas cuchillas, echando por el aliento de boca y narices fogosas llamas, hechos los ojos dos fulminantes rayos. ¡Oh infelice de mí! Tanto mayor fue este asalto que el primero, que con las venenosas sierpes tuve, cuanto si allá de dos bocas, y aquí de una, tenía de más a más contra mí cuatro crueles sanguinolentas garras de quien me era forzoso defenderme. Demás que aún no me hallando convalescido del pasado sobresalto, desarmado, sin defensa, y no tener prevenido entre los peñascos mi asilo, en quien había librado mi presente quietud, quedé como el sobresaltado caminante al encuentro impensado de un león furioso a quien imposibilitó la huida el repentino suceso. Y bien debió de reconocer naturalmente mi turbación el animal feroz, pues tiniendoalzada la diestra garra para el primer empleo, súbitamente se abalanzó a mí, y haciéndome presa en las partes del cuerpo que comprender pudo con las cuatro carniceras garras y voraces colmillos, me laceró lastimosamente por otras tantas partes como montaban sus uñas y colmillos.

Oh Acrisio, Acrisio, o por mejor decir culebra, sin duda fuera este el fin de todas tus desdichas si en aquel punto no trajera el cielo por aquella parte un pastorcillo que una res perdida venía buscando, y a las voces que daba, el fiero animal, asombrado, no me soltara y huyendo no se fuera por las paredes del jardín. Dichoso fui entonces de que la naturaleza deste animal sea tan cobarde a las voces del hombre cuanto el perro alentado con las mismas. Oh cuántas veces entre mí mismo bendije a aquel rapaz como restaurador de mi vida, no embargante, que después aconsejado de su travesura y natural aversión que todos los hombres tienen a tan fiero animal como me consideraba, armándose de piedras comenzó a seguirme, pero valiole poco su diligencia pues a pocas vueltas escapé de sus dañados intentos, deparándome el cielo una quiebra en que pude absconderme d'él, la cual era tan profunda, que aunque con una vara larga procuró sacarme, jamás me alcanzó a herir, porque yo hecho una rosca en lo más profundo, vencí sin menearme su travesura hasta que, cansado, prosiguió en la busca de su res.

¡Oh in[i]cua^{xliv} condición de la flaqueza humana, que no se experimente bien alguno que el hombre haga, que no le asegunde^l con un pesar mayor que el conferido bien!, pues este es obrado siempre acaso o con esperanza de mayor retorno, y aquel premeditado, prevenido y por hacerle.

Yo me estuve en mi estrecha espelunca^{li} un grande rato descansando de mis fatigas y aguardando mayor quietud para salir a campaña en orden a buscar algo para sostener la vida (porque solo había comido aquel día alguno de los regalos de que siempre Lisena andaba prevenida para el mío, y estos como no fuesen de tanto alimento como necesitaba el cuerpo humano, que en fin la transformación no suprime las acciones humanas, y aquí las representa en diversa forma) y estando en este pensamiento, oí no⁶³ lejos de mí unos chillidos como de gazapillos tiernos que a su madre llamaban, y juzgando esta ocasión⁶⁴ oportuna, me fui deslizando hacia aquella parte donde el ruido sentía, y a poco trecho di con el nido en que estaban cinco tiernos gazapillos, los cuales uno por uno me fui engullendo sin que fuese sentido por ellos. Apenas, pues, acabé con el último, cuando llegó la madre que de fuera venía y hallando desierta la cama de sus tiernos cacho[r]rillos^{lii}, y allí el robador, embistió conmigo con no menor rabia (si con mayor razón) que el fiero gato, lacerándome^{65liii} el cuerpo con poco menor rigor. Pero viéndome allí

⁶³ Add. Muy

⁶⁴ Add. Por

⁶⁵ Lacrándome]

oprimido y falto de remedio a mi fuga, siguiendo el natural del ser que representaba y sin que yo lo intencionase, le revolví la cola al cuello con tan apretado nudo que a pequeño espacio le quité la vida, y quiriendo salir de la cueva, como me hallé con ella enredado y la estrechez era mucha, dificultosamente pude desenlazarme, pero en fin lo conseguí.

Y como aunque bien comido, yo me hallaba malparado de las heridas del gato que el enojado conejo me ref[r]escó^{liiv}, para tratar de buscarles algún alivio traté de salir de la cueva, y para hacerlo con seguridad saqué primero por la quiebra de la peña cautamente la cabeza, y reconociendo toda la campaña estaba en silencio, me fui poco a poco restituyendo a ella y, viendo un coposo fresno que a la corriente del arroyo daba apacible sombra, deseoso de gozar su frescura, habiéndome primero refrescado en las aguas en gracia de lavarme las heridas, me extendí de largo a largo debajo del coposo árbol, donde a mi parecer me quedé dormido, de cuyo sueño desperté tan desazonado y descompuesto que no acertaba a discurrir sobre mi estado, y sin saber a qué parte caminaba, no sé si inducido de la naturaleza de aquel ser, arrastrando y con flexible⁶⁶ aunque acelerado curso, me fui a meter entre un grande matorral de hinojo que en la ribera del mesmo arroyo había y ,comiendo de sus más tiernos cogollos y^{lv} revolcándome entre sus ramas, me volví a quedar dormido hecho una rosca del flexible cuerpo, en cuyo sueño gasté lo que del día restaba, que a mi parecer serían cuatro horas. Reconocí en mí entonces una notable maravilla, porque aquel estupor que me saltó en el primero sueño, hallé desvanecido en el segundo, y lo que es más, las heridas sanas. Hice reflexión sobre tan súbita y impensada mudanza y acordeme de haber leído en autores naturales y en otros que a ellos se refieren que el fresno es nocivo a las serpientes, y con mayor actividad a las mañanas y a las tardes les son sus sombras muy perniciosas. De donde es tan grande la aversión que tienen con este árbol que si esta fiera se halla cercada por una parte de sus hojas, y por otra de vivas y encendidas llamas, primero se abalanzará a huir por medio destas que tocar en aquellas. Y es tan grande la providencia de la naturaleza común a favor de la humana, que habiendo producido este árbol para antídoto contra la fierísima y ponzoñosa sierpe, le previene de flor primero que ellas salgan a gozar del verano, y no le despoja della hasta que vuelven a encerrarse. Y por el contrario, el hinojo las renueva, sana y refrigera. Todo lo cual yo experimenté en este día. Pero reparé mucho en la fuerza de mi encanto, que no solo comunicaba el engaño prestigioso a los hombres y a mí mismo, sino que también pasaba a los animales expertos de razón, como se vio en las culebras y en el gato, y lo que más es, a las inanimadas plantas, con cuya consideración me afligí mucho, y revolviendo la imaginación sobre estas cosas, vencido de la pasión, aplicándome entre las frescas ramas del hinojo me quedé dormido, en cuya quietud estuve hasta que las suaves armonías de los simples pájaros que se aposentaban en aquella selva avisaron de que ya la aurora anunciaba la venida de la luz común, a cuyas voces levantando el soñoliento oído, abriendo los ojos, hallé junto a mí un perezoso jumentillo que a mi piadoso médico^{lvi} roía los más tiernos tallos de que me moví a tanta saña que quise embestirle, y en el modo que posible me fuera, vengar sus daños, pero divirtiome deste intento el reparar que cerca d'él estaba el dueño, que era un cansado viejo que con una hoz en la fresca ribera del arroyo segaba yerba para el alimento del animal mismo. Y reparando en él mejor me pareció haberle visto ya otra vez, y en fin vine a averiguar era de Belflorida, el lugar donde vivía mi

El fresno es nocivo a las culebras

Plinio libro de *Naturalis Historia*, 16, capítulo 13

Vicent^{lxii}.
Historia Nat. lib. 20 capítulo 14.
Mayolus Dier.
Caniculares Coloquio De plantis ver.
Fraxinus.

⁶⁶ Frexible]

Olimpia, que distaba de allí una legua. El decrepito villano tarda y perezosamente compuso un hacecillo de la segada yerba, y dejándole un rato junto al jumento dio una vuelta por aquel campo cogiendo algunas medicinales yerbas. Pues viendo yo ocasión tan buena y que aseguraba mi viaje hasta la casa de Olimpia, que no distaba mucho de la del anciano, determiné entrarme entre la fresca yerba para que así me llevase hasta su casa, de donde con facilidad pasaría al huerto de mi Olimpia. Ejecutado así, el buen viejo cogió su haz y, subiendo en su perezoso jumento, le antepuso en él enderezando su viaje hacia su aldea.

A pocos pasos alcanzó cuatro serranas que a pie hacían la jornada misma por ser del propio lugar. Iban entre sí admirándose en las razones que trataban, y luego que llegó cerca dellas, las saludó, correspondiéndole ellas. Alegrándose con su compañía, preguntolas de dónde venían y si iban cansadas:

— ¿De dónde venimos? —respondió la más anciana—. Yo seguro^{lvii} que si no os lo decimos, que no lo sabréis. Cuanto a si venimos cansadas, nuestro aliento y la fuerza con que el sol ya hiere os respondan. ¿Quién no ve que apenas nos podemos mover, especialmente esta muchacha (mostrándole una dellas que no pasaba de dieciocho años) la cual no estando enseñada a caminar, ya no puede ir atrás ni adelante?

Oyendo esto el cortés vejezuelo, se arrojó de su pollino y poniendo en tierra el haz, cogiendo la cansada doncelluela, la puso en él, y aunque al principio ella vergonzosa rehusaba la cortesía, lisonjeada de la comodidad, dejó vencerse della. Entregola luego la yerba que ella acomodó sobre sus rodillas en que yo tan a mi placer y lleno de esperanzas iba acomodado y gozoso. ¡Quién creerá sin la experiencia que no hay suerte ni estado tan abatido y desechado en que tal vez no haya alivio alguno! Sobremanera, digo, iba yo contento, acomodado entre aquella fresca yerba, que los desdichados con pequeño bien están contentos, mayormente, que se mejoraba ya mi comodidad, habiendo pasado del poder de la decrepita senectud del vejezuelo a la floreciente juventud de la mozuela, y de las manos de la muerte a las de la vida y, en fin, pasé en todo de un extremo a otro por tan frágil medio como un haz de común yerba. ¡Oh lo que divierten las mejoras deste siglo, aunque tan débiles como esta mía! Cómo con pequeño bien presente nos olvidamos de mucho mal pasado. Y cómo con pequeños daños se nos engrandecen los pequeños bienes que ya gozamos en otro tiempo. Ya yo, vuelvo a decir, iba muy contento allí, en cuanto me consideraba libre de los pasados asaltos, y ya con el presente gusto de ser llevado entre los brazos de la hermosa aldeanilla, creo que me había olvidado del principal objeto de mi jornada. Infiero todo esto de que deseaba que aquel viaje se dilatara por más tiempo que el que prometía el camino de una legua, aunque en tan perezosa bestia caminado. Pero presto pagué la bajeza de tan ruines pensamientos.

El simple montañés, que de cuando en cuando hería con su vara al perezoso asnillo para que caminase, en gracia de entrar en conversación con las mujeres, (tal era el tardo paso suyo, que no igualaba el de las cansadas serranas) y habiéndolo conseguido, les preguntó qué era lo que trataban cuando las alcanzó, que con tanta risa lo solemnizaban.

— Agora —dijo la que primero había hablado— entra bien deciros de adónde venimos y de aquí sabréis luego la causa de nuestra risa, con cuya relación entretendremos lo que de⁶⁷ camino nos falta desde aquí al lugar. Nosotras venimos de Belmirar^{lviii}, ya sabéis, ese pueblo que está en aquel collado,

⁶⁷ Del]

donde tenemos cercanos parientes. Pues pasa así, que este día estuvo preso y en grande aprieto un sobrino mío, de suerte que me obligó llegar a verle. La causa de su prisión fue por querrela de tres mujeres, cercanas vecinas suyas, por decir las había maltratado tanto de obra que de las heridas que las dio yacien⁶⁸ en sus camas. El juez del lugar es conjunto deudo de una dellas, y por esto a instancia suya en algunos días no quiso tomarle su confesión en orden a molestarle pero, en fin, obligado de ruegos de los buenos, se la tomó. Hízole en ella las generales preguntas del conocimiento de las querellantes: si sabía sus heridas, si había tenido con ellas algún disgusto y, en suma, si él las había herido y la causa que para ello tuvo. Y resolviendo a todo, confesando conocerlas, negó haberlas herido pero declaró ser verdad haber reñido con ellas sobre algunas palabras disonantes a su fama, a que él había correspondido con otras de no menor satisfacción, que era su ofensa. Volviósele a repreguntar si movido deste enojo había puesto en ellas violentas manos hiriéndolas malamente hasta sacarles sangre por muchas heridas, lo cual dijo negaba, y que no pasaba así. Preguntósele adónde había estado tal día a tal hora. Dijo que en el tiempo que se le preguntaba estuvo en el campo haciendo leña, de que daría información, y que para mayor prueba de su verdad referiría lo que entonces le sucedió por digno de ser sabido. Mandósele que al punto lo refiriese y él dijo así:

- El día y hora que se me pregunta estaba yo haciendo leña en ese primero monte.⁶⁹ Vi venir a mí un gato de indecible grandeza que por ser en aquella parte le juzgué montés, el cual importunamente se esforzaba de molestar me acometiéndome con audacia terrible y, cortando una vara recia para defenderme, le alcancé algunos golpes con que parece se me acobardó y temió mi defensa, cuando vino otro, al parescer mío, mayor y más feroz que el primero, y confederados ambos, me embistieron con indecible furia, de quien yo me desenvolví de forma con la vara que a pocos lances quedaron rendidos, pero vino muy presto en su ayuda^{lix} otro de no menor ferocidad y avilantez, y cobrando con su venida esfuerzo los rendidos, todos tres me acometieron de forma que el rostro y cuerpo, como lo testifican las señales que aún vierten sangre, me le laceraron de forma que no creí salir vivo de sus garras. A las voces vinieron otros leñadores en mi ayuda, a cuyo ruido los gatos, no menos mal parados de mis manos que yo lo quedé de las suyas, me dejaron y se entraron por lo más espeso del monte, sin que, aunque los seguimos, pudiésemos darles alcance. Esto es lo que pasa en el caso, y desto ofrezco a su tiempo la prueba.

La fama de las tres amigas es constante en esta tierra, de que se les entiende mucho de andar de noche por las ajenas casas en semejantes figuras, y esto al^{lx} juez no le era muy oculto y, temeroso que si apretaba al preso saldría alguna mala resulta contra su parienta, procuró despachar el preso so color de no le hallar culpado, pero como Dios no permita sin castigo semejantes pecados, algunos, celosos del servicio de Dios, teniendo noticia del caso la dieron a los superiores ministros, que sacando a luz la verdad, castigaron a las tres con las penas condignas a sus maldades, que fueron muchas las que confesaron.

Así dijo la vieja, y de común acuerdo de todos se celebró la historia, a que yo iba muy atento porque desde que la vieja la comenzó saqué la cabeza por entre la

⁶⁸ Yacen]

⁶⁹ Add. Y

yerba para entenderla mejor, con cuyo discurso consideré que era posible padecer semejantes pasiones los prestigiados, tales como los que yo padescí de las culebras y gato, y las mujeres de las manos de los leñadores. Bien que entonces yo no podía saber con mis cortos estudios (como después lo supe con algunos que en estas materias he tenido) en qué modo pasan estas pasiones en fantásticas apariencias, supuesto que ni yo era realmente culebra ni las mujeres gatas. En estas consideraciones iba yo cuando la doncella que en brazos me llevaba, como quiera que el calor crecía, en orden a refrigerarse las manos las metía en el haz de yerba por diferentes partes, y una vez acaso encontró con mi cabeza y habiéndomela cogido con la mano y sentido mi movimiento, asombrada dio un grande grito, y saltando al suelo del jumento arrojó el haz de la yerba de sí, de que alborotadas las otras mujeres, llegándose a ella la preguntaban qué le había sucedido, pero ella, ocupada del temor y sobresalto, no acertaba a ⁷⁰ pronunciar palabra ⁷¹, más de señalar con el índice el haz, dando a entender que en él estaba el daño. Al punto, el buen ⁷² ⁷³ hombre comenzó a desbaratar ⁷⁴ la yerba, esparciéndola de aquí para allí, cuando impensadamente en medio de las mujeres me arrojó, las cuales, luego que me vieron, dando alaridos que en el cielo los ponían, olvidadas de su cansancio, se pusieron en huida por diversas partes de aquel monte sin aguardarse unas a otras hasta el lugar, dejándome a mí al adbitrio del enojado viejo que, en fe de ver la causa del desparramo de su yerba, dio tras mí de forma que primero que me desenvolviese de entre la mesma yerba me había dado con la vara tres pesados golpes, de que yo ofendido y instigado de la natural defensa, despreciando las fuerzas débiles de mi ofensor, levantando el orgulloso cuello una grande braza del suelo, le hice rostro y a boca abierta, vibrando la veloz lengua, me fui acercando a él y le di con el resto del cuerpo tal latigazo que le hice venir a tierra sobre las caducas rodillas, con que pude ganarle el tiempo de mi huida hasta absconderme de su vista, de forma que me buscó para vengar su ofensa, pero en balde, pues ya yo estaba puesto en salvo. Y así, recogiendo su yerba y subiendo en el jumento prosiguió su camino.

En este punto suspendió Acrisio su lección que, aunque tan entretenida, lo deseaba ya yo, deseoso que me resolviese la objeción que él mismo se había puesto en orden a las heridas que de las ajenas manos resciben los prestigiados, como las rescibió él del gato y las culebras y las mujeres convertidas en gatos del leñador. Y como quiera que él deseaba darme esta satisfacción porque su discurso no quedase duro en esta parte, prosiguió diciendo:

— Ya veo, señor y amigo, que aguardáis la exposición de aquella dubda que arriba dejé tocada y no resuelta sobre entender cómo se efetúan aquellas heridas en los maleficiados o transformados, supuesto que aquellas formas en que se muestran son fantásticas y no reales cuerpos según lo tenemos bien probado. Dubda es esta que me trajo mucho tiempo desvelado porque, por una parte, consideraba que lo incorpóreo y fantástico, como lo son semejantes formas, no es capaz de sentimiento en ninguna de las afecciones y heridas que se dice se dan a los tales. Por otra parte, hallaba en mi cuerpo las cicatrices de las heridas que las culebras y gato en mí

Cómo los transformados reciben las heridas que se les dan

⁷⁰ *Add.* hablar ni

⁷¹ *Add.* Alguna

⁷² Bueno]

⁷³ *Add.* Del

⁷⁴ *Add.* Y descomponer

hicieron, y andando con este cuidado con el crédito, aun en la experiencia misma vacilante, hallé en algunos autores quien me resolvió la duda. Y parece ser así.

Dos modos hay por donde esto puede suceder. Y sea el uno, que así como los demonios en la forma de gatos asaltaron al pobre leñador, infestándole realmente con uñas y colmillos, formados tales cuerpos de aire o trayendo realmente allí tres gatos naturales que ejecutaran la operación, pudieron también instantáneamente llevar aquellos golpes y heridas que los leñadores creyeron dar a aquellos gatos a los cuerpos de aquellas tres mujeres (que aunque para esto pudieron estarse en sus casas sin salir dellas) las cuales creyeron ir en aquellas formas a vengarse del leñador, lo cual pueden hacer los demonios instantáneamente, como he dicho, por medio del movimiento local a ellos tan práctico, lo cual no es dificultoso de creer, pues se experimenta con ejemplos cotidianos que las mismas magas, con instrucción diabólica, causan diversas lesiones y afecciones en cuerpos muy distantes por medio de figuras supersticiosas en que introducen los daños que a los cuerpos reales, aunque muy apartados, hacen.

El otro modo sea que ellas pudieron parecer allí con sus mismos cuerpos, creyendo y haciendo creer a los leñadores eran gatos, y como tales dieron y rescibieron las heridas engañándose ellos y ellas con las prestigiosas y fantásticas formas, cuyo crédito es corriente según las doctrinas que hemos visto.

Y en este modo último me sucedían a mí mis fortunas, pues persuadidos los que me veían y comunicaban y yo con ellos que realmente era culebra, padecía yo o gozaba, y me conferían ellos los daños o beneficios que hemos visto y veremos de aquí adelante. Y esta es verdaderamente la solución de aquesta duda, y si hay quien me dé otra gustaré entenderla.

Y el cura dijo:

— A todo mi discurrir la juzgo por ajustada a la razón, por serlo también a las doctrinas de los que hablan en estas materias.

Y yo dije:

— También me persuado pasa así por las mismas razones.

Y hallándonos tan conformes pusimos fin al primero discurso de aquel día.

ⁱ *Quartana*: «Especie de calentúra, que entra con frío de quatro en quatro días, de donde parece tomó el nombre. Llámense dobles quando repite dos días con uno de hueco» (Autoridades).

ⁱⁱ *Alcotán*: «Ave de rapiña, que sirve para la caza de cetrería. Es especie de halcón menor que el gavilán, y mayor que el esmerejón» (Autoridades).

ⁱⁱⁱ *Desvanar*: «Lo mismo que desdevanar». *Desdevanar*: «Deshacer el ovillo que se había formado al tiempo de devanar» (Autoridades).

^{iv} «ciuda» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^v *Contino*: «Lo mismo que continuo, y por algún tiempo continuada» (Autoridades).

^{vi} «umeros» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{vii} *Flegma* (lo mismo que «flema»): «Uno de los cuatro humores que se hallan en nuestro cuerpo, cuya naturaleza es fría y húmeda. Criase principalmente en el estómago, y auméntase en el invierno, y con los manjares fríos y húmedos, difíciles de cocer y pegajosos» (Autoridades).

- viii «se» en manuscrito. Subsanado en el impreso.
- ix «A sus solas» lo mismo que «a solas».
- x Mantengo la cursiva del texto original.
- xi «Entrejidas» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.
- xii «Las crueles hermanas prosiguen sus tareas y nunca desenrollan los hilos de sus husos. La raza de los hombres sin ser dueña de sí va en busca del destino que la arrastra [...] Las Parcas llegan en el justo momento. Nadie queda eximido de esa orden, nadie puede aplazar el día que está escrito. La urna encierra los nombres de la gente que ha sido convocada» (Primera intervención del coro en *Hércules loco*, Séneca, 1979: 129).
- xiii Matías de los Reyes debió de confundir la fuente, ya que el tercer sermón de San Juan (nº 119) versa sobre «La palabra encarnada». Sin embargo, el concepto del hado fue tratado ampliamente a lo largo de su obra. Así, el 199º de sus sermones versa sobre «La manifestación del Señor» y recoge, en el tercer punto, sus consideraciones a propósito del hado, que identifica con juicios insensatos. En la parte octava del tratado octavo de los *Comentarios al evangelio de San Juan*, San Agustín trata sobre «La hora de Jesús. Herejes y astrólogos». Sin embargo, en este caso tampoco se halla una personificación femenina de este concepto. Quizá la referencia más cercana a la que refiere el texto pueda rastrearse en el Sermón 16 B (comentario del Salmo 40:5), en el que puede leerse: «Muchos quisieran pecar sin atribuirse las cosas malas que hacen y se disculpan diciendo que fue por influjo de la suerte o del hado. Alguno dice: “Lo hizo el diablo”, en vez de decir: “Lo hice yo”. Aleje, pues, de su mundo todo esto el que así pretende disculparse, ya que la suerte es una quimera humana y el hado es una entidad huera. Aquel que piensa que la fatalidad es algo, él mismo se hace fatuo» (San Agustín, 1981: 277).
- xiv «Desponen» en el manuscrito. *Desponer*: «Lo mismo que ‘deponer’» (Autoridades).
- xv «Haberla» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.
- xvi Mantengo la cursiva del texto impreso, que a su vez aparecía subrayada en el texto manuscrito.
- xvii *De consolatione philosophiae*, *La consolación de la filosofía*.
- xviii «Facundidad» en ambos testimonios.
- xix Subsanado en el impreso.
- xx «Nichil» en ambos testimonios. San Juan (1: 3): «Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est».
- xxi Aristóteles.
- xxii Esto último parece una glosa subjetiva de Matías de los Reyes. El *Génesis* prescinde de tal información: «Dios dijo: “haya lumbreras en el firmamento que separen el día de la noche, sirvan de signos para distinguir las estaciones, los días y los años, y luzcan en el firmamento del cielo para iluminar la tierra”. Y así fue: Dios hizo dos lumbreras grandes, la mayor para gobierno del día, y la menor para gobierno de la noche, y las estrellas. Dios las puso en el firmamento del cielo para iluminar la tierra, regular el día y la noche y separar la luz de las tinieblas. Vio Dios que esto estaba bien. Hubo tarde y mañana: día cuarto» (*Génesis*, 1: 14-19).
- xxiii «taebrio» en manuscrito. «Tal bruto» en el impreso.
- xxiv Subsanado en el impreso.
- xxv «abscondas» en el texto manuscrito. «Esconda» en el texto impreso.
- xxvi Subsanado en el impreso.
- xxvii Resulta curioso este caso en que se ha corregido «sulcando» sobre «surcando».
- xxviii Italianismo. La adaptación al español resulta «aquistar».
- xxix El *Hexamerón* (s. IV) constituye una glosa de la parte del *Génesis* dedicada a los seis primeros días de la creación.
- xxx El primer Concilio de la Iglesia de Braga se celebró en 561. En realidad, Matías de los Reyes confunde el decreto, pues el que menciona ocupa la posición novena –y no octava– de los cánones: «Si quis animas et corpora humana fatale signo credit adstringi sicut pagani et Priscillianus dixerunt anathema sit».
- xxxi No debió de existir ninguna obra de Juan Damasceno (ss. VII-VIII) que hiciese alusión explícita en el título a sentencias. La obra a la que se refiere Matías de los Reyes es *De fide*, libro II, capítulo 27, que gira en torno al libre albedrío.
- xxxii En este fragmento se plasma la impronta del tercer libro de *El peregrino de su patria* (1604) de Lope de Vega. En él, Pánfilo, el protagonista, mantiene un diálogo con un mancebo a propósito del hado, coloquio que hubo de leer y tener muy en cuenta Matías de los Reyes a la hora de confeccionar esta parte de su obra (v. 3.3.4.3.).
- xxxiii Debe de tratarse de la obra *Comentarios a las sentencias de Pedro Lombardo*, que San Buenaventura estructuró en cuatro libros, divididos a su vez en distinciones.

- xxxiv Santo Tomás de Aquino, *Comentario a las sentencias de Pedro Lombardo*.
- xxxv *Instable*: «Poco firme o seguro» (Autoridades).
- xxxvi *Passible*: «lo que puede o es capaz de padecer» (Autoridades).
- xxxvii «Boecia» en el texto manuscrito. Corregido en el impreso.
- xxxviii «señadores» en el manuscrito.
- xxxix *Ruinar*: «Lo mismo que ‘arruinar’» (Autoridades).
- xl Las Parcas, identificadas con la Moiras griegas, se vinculan con la ejecución del destino. Se trata de tres hermanas hilanderas que disponen a su antojo los hilos de la vida de los seres humanos. Cada una de ellas presencia un momento crucial de la vida de los mismos: nacimiento, matrimonio y muerte.
- xli «Ellas» en ambos testimonios.
- xlii *Parecer*: «Aparecer ù dexarse ver alguna cosa» (Autoridades).
- xliii *Descaecer*: «Baxar, ir a menos, perder poco a poco del vigor de la salud, de la autoridad, crédito, riquezas, etc.» (Autoridades).
- xliv *Agramente*: «Lo mismo que agriamente» (Autoridades).
- xlv *Conseja*: «la maraña, o cuento fingido que se endereça a sacar della algún buen consejo, de donde tomó el nombre de conseja» (Covarrubias).
- xlvi A este tipo de cuentos se refiere Lope de Vega con «cuentos/ de viejas, para la lumbre,/ las noches de los inviernos» (citado a través de Chevalier, 1975: 16). Al respecto, afirma Chevalier que «dichos cuentos eran, pues, cuentos de hadas o de aparecidos [...] El hecho debía de ser ordinario en las veladas de los pueblos y aldeas; pero podemos estar seguros de que estos cuentecillos también se conocían en las ciudades y andaban en boca de clérigos y caballeros [...]. Hemos de suponer, eso sí, que estos cuentecillos desempeñaban papel relativamente menos importante en las tertulias de los caballeros que en las veladas de artesanos y campesinos» (1975: 17).
- xlvii *Eclesiastés*, 1:2.
- xlviii *Hopo*: «El rabo ù cola que tiene mucho pelo ò lana» (Autoridades).
- xlx Subsanado en el impreso.
- l *Asegundar*: «Repetir algún acto con intermediación al primero, o con corto intermedio» (Autoridades).
- li *Espelunca*: «Concavidad de tierra, y lo mismo que cueva» (Autoridades).
- lii Subsanado en el impreso.
- liii «Lazarándome» en el texto manuscrito.
- liv Subsanado en el impreso.
- lv El fragmento que sigue, marcado con un color de letra más claro, corresponde al recto y vuelto del folio 161, perdido en el manuscrito. Por tanto, este pasaje ha sido reconstruido solo a partir del testimonio impreso.
- lvi Al hinojo junto al que descansa.
- lvii *Segurar*: «Lo mismo que asegurar, que es como ya se dice» (Autoridades).
- lviii Es probable que Matías de los Reyes aluda con este personaje a la composición popular de la «Serrana del bel mirar», villancico anónimo que figura en el *Cancionero de Palacio* y al que Millán puso música:
- Serrana del bel mirar
dominguilla vi loçana
enamorome su cantar
yendome por la majada
a do mi ganado tenía
vi estar vna serrana
cantando con gran pofía [...] (Alonso, 1992: 28-29).
- lix «Ayudo» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.
- lx «el» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.
- lxi Se trata de la obra *Moralia in Job* (s. VI).
- lxii Matías de los Reyes ha tomado la referencia de los *Dies caniculares* de Simone Maiolo (s. XVI) —también anotado al margen— quien, en el libro vigésimo de la obra, dedicado a las «Herbae», recoge un apartado sobre el fresno —«fraxinus»—: «Quoad solos serpentes, noxia memorabilis es fraxinus, cuius tanta vis est, ut eius matutinas vespertinasque; umbras, quando longissimae sunt, serpens nulla audeat attingere, quin etiam procul quoque; aufugit. Experta se prodere inquit Plinius lib. 1, c. 13. Nam si fronde Fraxini in gyro claudatur ignis et serpens, in ignem potius, quam in Fraxinum fugiet. Mira igitur naturae benignitas, priusquam serpens prodeat, floret Fraxinus, necante conditas folia dimittit: hace Plinius. Eadem recenset Vinc. Hist. Nat. Lib. 20. Cap.14. Accedit aliud memorándum, unam Fraxinum reperiri ad aquas Scantias, quae perpetuo viret, cum tamen ibi fons ignites sit, et qui semper ignem emittat, uti tradit Pli. Lib.2 c.107». La fuente a la que ambos remiten no es otra que el *Speculum Naturale*, que forma parte del *Speculum Majus* de Vincentius Bellovacensis (Vincent de Beauvais, s. XII-XIII). En efecto, en el capítulo decimocuarto del vigésimo libro, se lee: «Fraxini tanta vis contra serpentes extat, ut ne matutinas quidem vel occidentales umbras quaequis longissime sunt: serpens huius arboris

attingat: sed procul ipsam fugiat». Vincent remite para este fragmento al libro XVIII de Plinio, aunque en realidad en este hay meramente una breve alusión al fresno. Donde realmente Plinio explica las propiedades de esta planta en relación con las serpientes es en el capítulo XXIII del octavo libro de su *Natural Historia*, lugar en que, a propósito de la muda de piel de las serpientes, refiere: «Desnúdanse de él en un día y una noche; pero primero ayunan tres o cuatro días; en los cuales se abstienen de toda carne, y no comen sino hinojo». En el mismo lugar: «Dicen que la yedra es muy agradable para las serpientes, porque entre ella se guarecen del frío, y al contrario el fresno les es tan molesto y nocivo, que no solo huyen de él, pero aun también de su sombra [...] y así escribe nuestro autor Plinio, que cercado a una serpiente con ramas de fresno por una parte, y con fuego encendido por otra, antes se meterá en el fuego, que llegar a tocar las ramas, o hojas de fresno, y así es cierto, que el zumo de sus hojas o los polvos de su simiente, son antídoto y medicina contra las mordeduras de las víboras y de otras serpientes venenosas» (Plinio, 1624: f. 403). El influjo de Plinio resulta palmario en todas las obras posteriores que versaron sobre botánica hasta bien entrada la Edad Media. Valga de muestra la traducción que Fray Vicente de Burgos (s. XV) llevó a cabo a partir de *De proprietatibus rerum* de Bartholomaeus Anglicus. En el libro XVII de dicha obra, «De los árboles, plantas y yerbas», figura un apartado sobre el fresno.

DISCURSO OCTAVO

¡Oh dura condición de mis desdichas! —comenzó leyendo Acrisio después que habiendo reposado la vianda nos redujimos a nuestro museo—, ¿habrás ya acabado con mis pesares? ¿Fáltante más géneros de ofensas que conferirme? ¿Tanta comodidad y consuelo consideraste la estancia y retiro mío en aquella tosca yerba? ¿Tan blanda cama la juzgaste a mis cansados miembros que con tanta violencia me expeliste de ella?

Prosigue la historia

Así iba yo discurriendo entre mí mismo, arrastrando por la fragosidad de aquellos pizarrales sin saber con certeza si mi camino se enderezaba bien al norte de mis deseos, cuando no muy lejos de aquel sitio me pareció oír templar un instrumento en que daba a entender el dueño querer cantar algo, y yo, llevado de la curiosidad y deseando informarme de la parte en que me hallaba, me fui acercando a un güerto cuyo ensetado era fabricado por la naturaleza de espesas matas, por cuya estrechez no me fue dificultosa la entrada. Y habiendo llegado felicemente a términos hábiles de poder ver y oír con tanta dicha que no fui sentido por la persona que el instrumento templaba, que era un mancebo ni de ciudad ni de aldea, pero de alguno de aquellos villajes de más fama que en aquella serranía yacen. Y habiendo yo puéstome en parte donde pude oírle, y encomendado a mi atención apercibiese lo que cantar quería, aclarando la voz oí que con una muy acorde, con el instrumento cantó así:

Amor, que sin esperanzas
caminas hacia el deseo,
muy lejos tu objeto veo,
muy vanas tus confianzas.
Si en mudanzas
te fundas, de quien es roca,
¡grande locura provoca
tu creer poco advertido!
¿No has oído
que la dama
tarde olvida si bien amaⁱ?
Pues si ella no amó jamás,
Tarde, amor, la obligarás
a amar a quien aborrece,
porque siempre el odioⁱⁱ crece
cuanto el odio crece más.
Plácida procede así,
mal podremos conformarnos,
determina pues de darnos
a ella amor u^l olvido a mí.
Mas de ti
paresce, que oigo en respuesta,
que en mi elección está puesta
toda mi satisfacción.
¡Oh qué acción
tan poco digna
del que amante se imagina!
Pero si fuerza el rigor

^l O]

de dos daños, el menor,
pues el mismo amor me esfuerza,
venza Plácida, la fuerza,
lo que no vence el amor.

Este fue el concepto que aquel mancebo y desesperado amante exprimí en los acentos músicos mejor aduzorados de la voz, que engendrado en el ánimo, pues caminaba a un mal propósito, indigno de hombre que creyó amar, pues jamás se cree ni presume que injurias, desdenes y desprecios obliguen al que es verdadero amante a ofensas tan graves de su dama como yo colegí de los cantados versos. Después de los cuales, poniendo apartado de sí el instrumento, apoyando en una cercana peña el cobdo y mejilla en la siniestra mano, se quedó suspenso y melancólico, como quien de una cruel pasión, ocupado el pecho, aun la respiración no se le permite. Deseaba yo hablase algo para inferir más clara la causa de su aflicción, que si bien la manifestaban los versos, quisiera yo oírlos más desnuda de metáforas.

Pero él perseveró tanto en su imaginación, que ella misma le condujo al sueño, y yo, deseoso de proseguir mi viaje, quise espaciarme por aquel güerto en tanto que la estividadⁱⁱⁱ [sic] del sol se minoraba. Y habiendo discurrido por él un grande rato, vi hacia una parte una sombra o enramada de verdes y frescos ramos, y sentí también una delicada voz de mujer que cantando estaba, y dije entre mí «buen anuncio fuera para mí el ver que cuando más me acerco a l[a] vista de mi Olimpia, me reciban con música estos valles, si bien la pasada tiene tanto de ofensa a toda razón de amor». Pesome de no haber llegado a tiempo que pudiese entender lo que la mujer había cantado, porque a poco de mi curso, que hacia ella dirigí, sentí había cesado en el cantar, pero con todo eso, obligado de la suavidad de la voz, quise acercarme a conocer su dueño. Y llegando a la ramada vi que en ella estaba asentada haciendo labor una dama de igual estofa al melancólico mancebo que atrás dejaba. Todo aquel sitio de aquel valle está a trechos poblado de caserías de labranzas de todos los lugares circunvecinos, y en ciertos tiempos del año suelen venirse a ellas los dueños, o a recrearse o a recoger los frutos que en ellas y en su comarca tienen. Esta era una dellas, y esta doncella, según pareció después, hija de su dueño, que hombre rico y poderoso y de no ínfima calidad era.

Yo me introduje sin ser sentido de la dama y me puse en parte donde contemplé su belleza, que no era de las comunes, adornada de mucha modestia y decoro en que se vía resplandecer la calidad de sus padres, porque siempre son los hijos los viriles por donde se ven aquellas.

Poco tiempo estuve allí, sin que la dama diese indicios, disponiendo la garganta de querer volver a cantar, cosa de que me alegré infinito y, estando atento y comenzando ella, oí que cantó estos versos:

Quien al amor da entrada
hallarase obligada
a eterna esclavitud, a eterno llanto.
Muy poco me adelanto,
muerte es amor; veneno es su regalo,
a poco mal le igualo,
si no le apropio todos los del mundo,
¿del mundo, dije, siendo daño eterno?
Pues digo, en fin, que amor es un infierno.
Dichosa yo, que libre de su imperio,

las penas todas por las glorias ferio^{iv}.
En mi vida le he dado
al alma este cuidado,
trayendo recogidos
y a la razón sujetos los sentidos,
no forzada o violenta.
Porque es mi voluntad de fuerza exenta,
y para aquesta ciencia,
no hay escuela mejor que la prudencia,
pues es vicio sin esta
toda virtud en una dama honesta.

Por la correlación que hallé destes versos a los de aquel mancebo, juzgué ² entre los dueños había una grande antipatía y aversión que dividía sus voluntades. Y de los arrojos de los d'él y sentencias de los della, cuánta razón tenía la dama, siendo cierto mi juicio de aborrecerle, y cuánta él de amarla con pensamientos más nobles de los que significó en los suyos. Persuadime, digo, era ella el objeto de sus quejas y blanco de su depravada resolución. Consideré cuán poco segura estaba su persona en tan desierta parte, estando tan cerca el enemigo que tan armado venía de ruines resoluciones. Quise obligarla con el asombro de mi vista, ya que no podía con razones advertirla a que de allí se fuera. Pero divertido en lo admirable de su hermosura, me dejé llevar a su contemplación. Parecíanme sus madejas de oro esparcidas por el nacarado rostro y pechos los rayos que el rojo Apolo comunica por entre nubes cándidas, al tiempo que invía las primeras luces. Común comparación son dos luceros a sus hermosos ojos, mejor diré, que aquellos³ tomaban la vida destes. Mostraban, siendo su menor decoro la hermosura, tal gravedad y modestia, que ocasionaba virtuosos respetos⁴ a la vista más libre. Pero, ¿para qué me detengo en su retrato, cuando me están instando los afectos de su amparo, cuando el mal aconsejado mozo estaba a los umbrales de su ofensa y el remedio librado en mis avisos? En esta diversión, entretenido y olvidado de mi piadoso intento, estaba yo cuando llegó el resuelto amante a aquella parte, con cuya vista se confirmaron mis sospechas y comencé a culpar mi curiosidad vana y, de camino, la hermosura suya, como ocasión de tan sucesivos daños. No causó pequeña turbación en la dama su vista. Tanta fue que aunque quiso ponerse en huida, la redujo inmóvil, dando lugar a su enemigo a que prendiéndola una mano del todo se la impidiese, y con arrogante orgullo, como el que canta su victoria, la dijo desta suerte:

— Ya, señora Plácida, faltan aquí las causas de vuestras afectadas excusas. Ya no hay razón que de mis glorias me divierta. Agora veré si soy indigno de llamarme vuestro. Ya no os podréis robar a la ocasión, pues la que amor me ofrece es tan propicia a mis dilatados deseos.

Quiso comenzar a dar voces la afligida doncella, pero quedó a ello inválido su turbado pecho y su lengua inmóvil a proferirlas^v. Solo podía mirar piadosa al cielo, llamándole en su ayuda con lastimosos afectos, y tal con las mismas acciones, parecía pedir misericordia al descortés amante. Ya procuraba soltarse de sus manos, ya miraba a todas partes, mendigando socorros y solicitando amparos. Pero él, previniendo sus intentos, temeroso de que malograrse sus disinius la tardanza, prosiguió diciendo:

² Add. Que

³ Aquestos]

⁴ Respetos]

— En vano daréis voces. No os fiéis ya en favor humano, que el amor ofendido de vuestros rigores y mi ofensa ha conducido mi esperanza a tales términos. Yo tengo tanteado bien vuestros socorros, lejos está de aquí quien conferiros los pueda, pues siendo así, vana es ya la resistencia. Ya no vengo a pedir os que me améis porque esto importa poco a la resolución que traigo. Ya se acabó el tiempo en que amándome, excusáredes⁵ estos extremos. Entonces me confesara⁶ yo dichoso, gozando lo que ya no podréis negarme por ser mío, gracias a mis instancias prevenidas. Tampoco tengo de averiguar aquí si tuve merescimientos en quien se empleasen los favores vuestros, pues ni por aquellos pretendo granjearos ni por estos me desvelo. Disponed os pues a una de dos cosas: o a concederos a mis deseos o a los filos deste acero, porque en la una o en la otra forma han de quedar hoy ejecutadas las venganzas de mis desprecios.

La afligida señora, inválida a la resistencia y irritada con la descortés cuanto deshonesta proposición del descompuesto mozo, sacando fuerzas de flaqueza, ya que con las corporales se hallaba indefensa, quiso con las de la razón intentar su reparo, y así con voz tímida y quebrada le dijo:

— Suplícoos, señor Leonicio, no me hagáis ofensa tan violenta primero que no oigáis mis razones.

— Como las propongáis breve, y os resolváis cuerda, decid —dijo él—.

Y ella:

— Decidme en primero lugar, si es así que os juzgastes digno de mi amor, ¿cómo se compadescen con esto palabras tan ajenas desta presunción? ¿Qué quiere significar en hombre, aún de menos que razonables respectos, decir a una mujer de la calidad mía “o disponeos a hacer mi gusto o a los filos de mi acero”? Si yo fuera de aquellas que son muy poco buenas, ¿qué más pudiera decirseme? Pero dejemos este lenguaje por odioso y infame en la lengua y oídos de mujeres de mi ser, y vengamos al argumento de vuestros pensamientos. Por manera, que si yo asiento a vuestros torpes deseos no me mataréis, pero cuando vos no ejecutéis mi muerte, ¿quién me asegura la vida, si por no concederos esta, os concedo el triunfo de mi honor? ¿No reparáis⁷ que mi padre, hombre en quien vos mismo reconocéis tantas prendas de valor, no me permitirá la vida luego que le sea notoria mi flaqueza? ¿No advertís cuánto mejor me está morir con honor a vuestras manos, que sin él a las del que me dio el ser? Vos, señor, venís muy errado, si creis atemorizar el valor mío con tan infame amenaza, supuesto que admitiré la muerte con todo gusto cien mil veces, primero que ofender una ⁸ tantos pundonores. ¿Cómo decidme, también, os concederé forzada lo que no concedí amorosa? ¿Cómo no consideráis que no hay amor donde hay fuerza? Y supuesto que confesáis tan libremente que no me tenéis ninguno antes que como enemigo intentáis mis ofensas, ¿cómo, asegurada en esta fe, podré ajustarme a complacer tan a costa mía al que declarado procura mis ruinas?

— Por manera, Plácida —dijo él—, que con razones sofisticas pretendes frustrarme tan dispuesta ocasión. Humana ya tus rigores, que aquí no hay persona que pueda testificar el logro de nuestras dichas.

A lo cual ella replicó:

⁵ Escusáredes]

⁶ Cofesara]

⁷ Reparéis]

⁸ Add. A

- ¿Cómo no hay persona donde estamos dos? ¿Cómo no hay quien lo vea, estando Dios mirando, no solo las acciones nuestras, pero lo más oculto de nuestros pensamientos? ¿Cómo se absconderá la hazaña que intentas si llega a ejecutarse? ¿Qué sabemos, quien sin ser de nosotros visto, está notando tus acciones y las mías? Lo cierto es que el cielo, el aire, ni las demás criaturas sabrán lo que jamás se hiciere, porque hasta que la cosa está hecha no está en potencia de saberse que se hizo, pero una vez hecha es necesario se sepa tarde o temprano.
- Plácida —dijo él—, esas son razones echadas al viento, resolvedos a complacer mi gusto o a morir, pues no soy tan necio que permitiré se me vaya de las manos ocasión tan oportuna. Si amorosa me complacéis, quedaré obligado infinitamente. Y si tengo de deber a mi violencia el logro de mis gustos, a mi ardid y no a vuestra cortesía deberé el premio, de que resultará que engrandeciéndole entre la juventud de nuestro lugar, vendrá a ser pública vuestra infamia, y mi constancia y valor celebrado.

Entonces ella con el rostro encendido en santa ira, dijo:

- ¿De qué te jactarás, de haber vencido un valeroso y invencible contrario? ¿De haber quitado a Hércules la clava^{vi} o las glorias a Alejandro? ¿Tan gran victoria es hacer violencia en el honor de una doncella inerme y sin defensa? ¡Mucho te engaña la pasión! Advierte que te precipita a tu infamia, pues todos los que entendieren tu violencia y la resistencia mía, a mí, no a ti concederán el lauro de la victoria, pues considerada la mujeril flaqueza con el valor del hombre, siempre en semejantes batallas el rendido es el vencedor. Demás que importarán poco tus jactancias a mi ofensa, pues dándome yo misma la muerte no dejaré sujeto en que la emplees. Y será esto con tan anticipada prevención que primero que llegue la ejecución de tus depravados intentos la tendré yo en mí ejecutada.
- Y yo —dijo él— diré cuando así te desesperes, que movido de tus maldades te di muerte, afirmando que en este sitio te hallé con hombre ajeno.
- Y del cómplice de mi infamia —dijo ella—, ¿qué dirás? ¿Publicarás también haberle muerto? ¡oh! ¿cómo dispondrás la verisimilitud de aqueste engaño?
- Diré —replicó— que huyó del rigor mío.
- Créolo —dijo ella— que de tu valor mayores victorias puedes prometerte, pero lo cierto será cuando en mí ejecutes la muerte con el riguroso o infame⁹ instrumento de tu torpeza, que el fugitivo serás tú, que vagando el mundo como otro Caín tratarás de absconderte de la justicia humana, ya que a la divina no te será posible ante quien importará poco tu mal fundada ficción.
- En cuanto a palabras —dijo él— yo confieso que no podré rendirte, mas cuanto a las obras será de otra manera.

Y diciendo así, se abrazó con ella con ánimo dañado de hacerla violencia. Pero la honesta Plácida, no de otra manera que si fuera una leona despojada de sus tiernos cachorrillos se resistía valerosamente interponiendo las mujeriles armas, cuales son lengua, uñas y dientes. Pero en fin, superada de las varoniles fuerzas vino a ¹⁰ tierra, si no su heroico valor, que ese voló a Dios a pedirle justicia de tan grave maldad, el cuerpo delicado saltó de las fuerzas naturales. Y hallándose en tan apretado conflicto, dijo con un afecto interno «Reina del cielo, no me desamparéis en tanta necesidad», de cuya invocación y villana injuria yo, movido y indignado, sin dilatar un punto la venganza y socorro, me arrojé al

⁹ Om. o infame

¹⁰ Add. Dar en

cuello del lascivo mozo, y dándole tres apretadas vueltas, le apreté de forma que pudiera con una cuerda y garrote un desapiadado verdugo ejecutar en él el castigo de tan inorme delicto. De suerte, digo, fue el aprieto en que le puse, que dejando de las manos a la opresa doncella, las comenzó a ocupar en su desahogo, pero en vano, porque yo se las laceraba^{vii} y mordía tanto que en lo mismo que libraba su alivio reconocía sus mayores daños. Ella ansimesmo, de semejante espectáculo asombrada, luego que se halló libre de su ofensor inicuo, se puso en veloz huida, retirándose hacia la casa, que no lejos estaba, en lo cual yo no reparé entonces, atendiendo solo a la justa venganza, que no aspiraba a menos de quitarle la vida. Él se revolcaba por la tierra sin poder proferir palabra con que llamar gente a su socorro. Procuraba levantarse para buscar quien le favoreciese, pero ya le faltaba el vigor y ya el rostro tenía tan horrible que en color parecía adusto etíope y en las faciones infernal furia. Ya la lengua, instrumento de sus infamias, desavecindada de su casa, publicaba la insolencia de su dueño, si no con expresión de palabras, con el maltrato que en sí misma demostraba. Pero en fin, con las bascas^{viii} de la muerte, puesto en pie comenzó a huir como furioso desatado, siguiendo su curso hasta encontrar unos villanos que labrando el campo estaban no muy lejos de aquel sitio. Y reconocido por mí su socorro, por no caer en las manos de aquellos en quien libraba su socorro, me desasí¹¹ de su cuello, y abalanzándome al suelo me puse en huida volviéndome al puesto mismo para saber el estado en que se hallaba Plácida. Pero como ella se había ya recogido, como ya dije, a su casa, no la hallé allí, y buscándola por varias partes del espacioso huerto vine a dar con la casa, y en un pórtico que al güerto mismo miraba, vi a la hermosa Plácida en compañía de los que después supe eran sus padres y un sacerdote venerable, hermano de la madre de Plácida. Yo me fui acercando a ellos con todo recato y silencio para no ser dellos sentido, y habiéndome puesto en parte que pude atender su conversación, entendí que aunque la turbación con que llegó a ellos fue grande, no les dio cuenta la prudente Plácida de la eficiente causa que a semejante aflicción la había obligado, pues solo les dijo que había visto una hór[r]ida culebra que a semejantes extremos la había obligado. Que es grande prudencia y de ánimos virtuosos excusar relaciones semejantes, aunque del mismo peligro y liberación d'él resulte gloria propia, porque siempre las intenciones de los oyentes se inclinan más a creer lo vituperoso del peligro que lo laudable de la resistencia.

En esta conversación estaban consolando a la virtuosa doncella en su sobresalto, ignorando la ofensa que a su casa había intentado hacer el deshonesto Leonicio, cuando llegó un mozuelo a las boladas a llamar al sacerdote, pidiéndole se fuese con él a una cercana quinta donde quedaba un mancebo con peligro de muerte. El piadoso sacerdote les dijo a sus hermanos que aquel era un lance forzoso a que no se podía excusar, y que la jornada que tenían determinada para el siguiente día por la mañana la dilatasen para la tarde, porque estando aquel enfermo tan peligroso no sería acción piadosa desampararle aquella noche.

— Está así bien —dijo el padre de Plácida—, porque por la mañana podremos ir Luciana y yo —por su mujer— a la quinta del señor Estéfano^{ix} a despedirnos, y así venid, señor, a comer temprano, porque por la tarde a buena hora nos partamos.

Quedando en este acuerdo, se partió el sacerdote con el mensajero que a llamarle venía, y sus hermanos y sobrina se recogieron a la casa, y muy poco después el

¹¹ Desací]

sol a su ocaso, como yo también entre una fresca mata de arrayán donde pasé la noche considerando mis varias fortunas, que parecía que necesariamente dependían de las ajenas. No acababa de bendecir la virtuosa constancia de la honesta Plácida y las prudentes razones que opuso a la depravada intención de Leonicio, a quien no me hartaba de vituperar mostrándome glorioso en su castigo, el cual consideraba tan adelante, que el mancebo a quien iba a confesar el sacerdote era el mismo. Daba muchas gracias al cielo porque a tan oportuno tiempo me había traído a aquella parte. Ya me estimaba mucho culebra, pues en su forma había obrado tan próspera acción. En estas y otras consideraciones del estado en que me hallaba me asaltó el alba y el ruido de la gente, que se prevenía para ir a la quinta del señor Estéfano, como habían quedado de acuerdo. Ellos, digo, el padre y madre de Plácida y algunos criados fueron a hacer la aplazada visita, quedando en casa Plácida y dos primas suyas que con ella se habían venido a estarse aquellos días, una llamada Florida y otra Laurencia, y aunque ninguna de igual hermosura a Plácida, realmente no era la suya de las vulgares ni digna de pequeña estimación. Yo pretendí informarme de más cerca (efectos de la mocedad) destas partes para poder hacer con certeza el juicio, y me fui acercando a ellas, pero fue a tiempo que todas tres, en gracia de gozar el fresco de la apacible mañana, se encaminaron a lo más espeso del güerto, adonde poco a poco y con todo recato las fui siguiendo hasta que, habiendo llegado a una clara y fresca fuente, alimento común de todo el güerto, por gozar del agradable ¹² sitio se asentaron a su margen, sirviéndoles de dosel una muy ¹³ poblada higuera a quien yo (luego que las vi sentadas) me subí ¹⁴ para gozar mejor su vista y conversación.

Luego que se asentaron, Plácida, en orden a dar principio al entretenimiento de aquel rato, dijo a las primas:

- ¿En qué os parece, amigas, pasemos el tiempo que los estivos rayos de Apolo, como dicen los poetas, nos permitiere este sitio? ¿Qué queréis que hagamos: parlaremos, cantaremos, novelaremos o jugaremos algún honesto juego?
- Cuanto a mí —dijo Laurencia— más querría, Plácida, oírte cantar, que el cielo te dio tanta gracia en esa parte que elevas los ánimos más divertidos, demás que parece que los corrientes cristales desta¹⁵ fuente a ello convidan, como porque es la música la cosa en que más me alegro, mayormente, prima, siendo tal como la de tu garganta.
- No me deleito yo tanto con música —dijo Florida—, salva paz de Plácida, cuya excelencia concedo, porque esta facultad más fue hallada en gracia de relevar las fátigas y desterrar las tristezas que por deleite que cause¹⁶, y aquí ni estamos fatigadas ni tenemos de qué estar tristes. Y siendo así, ¿a qué efecto hemos de cantar agora? Contemos, si os agrada, una novela que nos entretenga y dé alguna enseñanza, que yo he oído decir que no hay cosa que mayores ni mejores experiencias administre que saber sucesos y dichos ajenos.

¹² *Add.* Y deleitoso

¹³ *Add.* Hermosa y

¹⁴ *Add.* Sin ser sentido

¹⁵ De la]

¹⁶ Causa]

- Esto¹⁷ es muy cierto —respondió Plácida—, como los sucesos se refieran por personas judiciosas, doctas y piadosas, que con los colores de su estilo, eficacia de las razones y prudencia de los discursos y castidad de los sucesos, saben mover las pasiones del espíritu a la imitación de lo bueno y aborrecimiento de lo malo, que es el blanco y objeto a que debrían mirar todos los que novelan, porque el introducir los vicios desnudos de enseñanza, más mira a impiedad que a recreo de espíritu. Y los que así lo hacen no son dignos de las honestas orejas, mayormente de doncellas tiernas como somos nosotras. Y ansí soy de parecer, que huyendo este peligro, no experimentemos alguna ruin doctrina enmascarada^x con lo deleitoso de la fábula.
- ¡Oh qué escrupulosa eres siempre, Plácida! —dijo Laurencia— pues si las novelas fueran tan dañosas, ¿las permitiera a la stampa la piedad cristiana?
- Mira —replicó Plácida—, no todo lo que se permite a unos es lícito a todos. De una flor misma saca la abeja miel y ponzoña la araña, y así si se pudiera escusar en naturaleza que hubiera flores, se perdonara lo dulce de la miel por escusar lo mortífero del veneno. Y no por esto condeno yo el uso destes libros en común, pero digo que fuera bien que primero que llegasen a las manos de doncellas simples, les hiciesen^{xi} la salva^{xii} juicios más maduros, que experimentando algún veneno, quebraran el vaso y vertieran el licor.
- No me parecen —dijo Florida— materias estas para nuestra censura. Yo me afirmo que el día que sale el libro viene a nuestro poder con todas esas salvas, y ansí no nos tocó más de usar en común de lo que vemos usar a los doctos y dejar bachillerías, no nos vamos de puntos de almohadillas a los de teología y de estado. Remitámonos a quien sabe y tratemos de nuestro entretenimiento.
- Es —dijo Laurencia— que nuestra prima Plácida se precia de muy leída y escribida, y aún presume de hacer sus versos, como dicen en la aldea. Pero no nos ha de negar la enseñanza de las fábulas. ¿Quién no ve que la hormiga, pequeño animalejo, nos amaestra en la providencia y solicitud? ¿Qué nos quiso decir Esopo con la astucia¹⁸ de la raposa y socordia^{xiii} del asno? ¿Qué con la vanagloria del pavón y simplicidad de la paloma? En fin, Plácida, novelemos si te parece, desterrando, ansí lo quiero yo, todo suceso que no mire a la virtud y enseñanza nuestra, ¿qué dices?

Aquí ella con mucha modestia, dijo:

- Yo, amigas, qué puedo decir ni querer contra el gusto vuestro. Mas, ¿qué cosa diremos que buena sea? Paréceme que nuestra corta experiencia en semejantes materias, por mí digo, haremos poco admirable nuestra conversación, pues sacadas de la almuhadilla y rueca todas somos ignorancia.
- No es cosa imposible —riplió Florida— que las doncellas, aunque de tan poca edad como las nuestras, sepamos muchas cosas. Antes suele decirse que hay muchas que saben mucho sabiendo muchas cosas malas, y algunas siendo tan sagaces en las cosas de amor, ocultando con agudeza sus amorosas llamas, y con tanta cautela y austeridad, que vencieron las ciencias y experiencias de hombres muy doctos, rindiéndolas a su recato obstinado. Y para que conozcáis como esto puede ser verdad y os receléis de tanto saber, quiero, con un suceso breve, en propios términos de una vez comprobar mi proposición y dar principio a nuestro entretenimiento.

Y Laurencia dijo:

¹⁷ Eso]

¹⁸ Austucia]

— Comienza por tu vida, Florida, que yo prometo seguirte luego y espero de Plácida que no deshará la conversación por su parte.

— Por mí —dijo Plácida—, no se defraude vuestro gusto.

Y luego Florida comenzó así:

— En Perugia, según oí referir a mi hermano, que fue cursante de sus escuelas, hubo una hermosa doncella. Su hombre era Lucía y su edad no excedía de dos lustros y medio. Esta se enamoró ardientemente de un gentil mancebo romano llamado Lucio, que también asistía en aquella ciudad estudiando la facultad de la juresprudencia¹⁹. Tanto, digo, se aficionó deste mancebo, que ni de noche ni de día hallaba reposo en su ardiente afecto. Y como quiera que de sí sola determinó fiarse en este secreto, siendo las amorosas pasiones tan imposibles al recatado silencio, porfiando en no desfogar su pasión comunicándola a persona alguna, le fue forzoso cerrar la puerta al remedio de la consecución de sus deseos, y lo que más es, al desahogo de tanto incendio, que haciéndose cada día mayor, cebado con la privación, vino a crescer tanto que cuando quiso extinguirlo no pudo conseguirlo. De manera que abrasándose de dentro sus potencias, no permitiendo exhalar fuera sus congojas a guisa de la planta, que secándosele el intrínseco humor, por de fuera queda mustia y seca. Ansí, ya vuelto su rostro árido, lánguido y macilento, los ojos faltos de las primeras luces y, en fin, todo el compuesto rendido a la pasión, vino a reducirse a la cama, donde a pocos lances se dio por vencida toda la medicina, porque como su mal no era de los sujetos a su jurisdicción, prevalescía en sus rigores, alzándose con el dominio de aquel tierno sujeto. Quedaban atónitos los médicos no les pareciendo posible que por lo menos no supiesen conocer su enfermedad, aunque por haber descubierto en ella una aflicción melancólica, solo contenta con la soledad, pudieron inducir sospechas que su mal nacía de amor. Pero acogiéndose al parecer de sus autores, que dan el prefijo tiempo a la natural generación, sacaban por consecuencia que hasta el mismo, tampoco Amor comunica sus ardores a los sujetos humanos, de donde concluían que la que no había llegado a los doce años no podría enamorarse. Y ansí, habiendo de dar causa a tanto mal, se resolvían en que procedía de algún asombro, porque instantemente la preguntaron si había visto algo que la hubiese asombrado. Pero ella, viéndose instada de semejante pregunta, constreñida de sus instancias, siéndole fuerza responder algo, dijo:

— Algo he visto, algo he visto.

Y repreguntada qué cosa fuese lo²⁰ que había visto, respondió:

— He visto una luz que me ha privado los sentidos, de modo que no soy la que ya fui —aludiendo en esto al nombre de Lucio.

Entonces los deslumbrados (más que la doncella) médicos, blasonando mucho de su ciencia, publicaban haber ya dado en el punto de la enfermedad, y que ansí sería fácil la cura. Y por mejor informarse, la preguntaban qué era lo que hacía aquella luz y si la veía a menudo o si sola una vez la había visto, y qué forma tenía la tal luz a que respondía la discreta doncella:

— ¡Ojalá yo la viera siempre! Mi desdicha es esa, que no la vi más de de una vez sola, pero veo siempre una como sombra que me la representa.

¡Quién vio, señores, tal cosa que la luz se represente con la sombra! Los físicos, que no profundaban muy adentro lo infecto de la herida o lo admirable de la metáfora, contentándose con lo que su Galeno y Hipócrates^{xiv} les enseñan,

¹⁹ Jurisprudencia]

²⁰ La]

procuraban saber cómo fuese la forma de aquella sombra a que Lucía respondía:

— Tal vez alegre y tal vez muy triste.

Y preguntada cuándo le fuese triste, respondía que siempre que no la veía. ¡Oh amor! ¿En qué escuelas amaestras los sujetos tuyos? ¿Quién creará que una niña de tan tierna edad discurra tan prompta en su concepto? Agradable le era la imagen de su amado, cuyo deleite se le des[a]parecía siempre que viese lo que no era él. Pero no entendiendo los médicos lo alegórico deste informe, creyeron que sin duda alguna ella estaba obsesa de algún espíritu maligno, y así se resolvieron que fuese entregada a algún sancto varón que con espirituales medicamentos tratase de su cura, despidiéndose ellos de poderla conseguir con los materiales que su ciencia les dictaba. Pero una hermana suya mayor en edad y no menos²¹ en discursos, llamada Labinia, que en hábito de religiosa vivía con sus padres reducida a no casarse, persuadió a su madre no se usase con su hermana de aquel medio, pidiéndola le entregasen la enferma a su disposición porque ella quería tratar de curarla. Habiendo pues concedidola la comisión, se dio a atender con mucha particularidad a todas sus acciones y movimientos, por ver si en alguno podía descubrir el origen de tanto mal. Y reparando que siempre que oía nombrar la luz o la veía materialmente se cambiaba en semblante con algún conocido extremo, para mejor certificarse en su pensamiento, una mañana llegándose a la cama la dijo:

— ¡Oh Lucía, si supieses las nuevas que te tra[i]go^{xv}! sin duda, que luego te levantarías sana desa cama.

Y preguntando ella qué eran las nuevas, acudiendo Labinia de presto a la ventana la abrió de par en par, diciéndola:

— Tu luz, ¿no la ves?

Lo cual oyendo Lucía, toda se estremeció, y despidiendo un gran²² suspiro salido de lo²³ íntimo del corazón, dijo:

— Oh luz de los mis ojos, ¿cuándo será?

Y volviéndose del otro lado sin proseguir más, calló, como reparando²⁴ en su engaño. De donde conoció la hermana que su mal era muy diverso²⁵ de asombros ni²⁶ espíritus, como los médicos juzgado habían, y aunque era muy más corporal la luz que inquietaba a la enferma que la natural en que ella había hecho la experiencia. Y así, sentándose a su cabecera al principio con caricias²⁷, luego con amenazas y después con promesas²⁸ de ayudar²⁹ sus deseos³⁰. Tanto pudo su elocuencia y arte que la sacó del³¹ recatado³² pecho lo que toda la medicina no había podido³³ con todos sus aforismos. Sacola, digo, la causa³⁴ de su enfermedad, porque la refirió³⁵ los principios y recatos de su amor, y cómo

²¹ Menor]

²² Grande]

²³ Add. Más

²⁴ Add. Y advirtiéndola

²⁵ Add. Y diferente que el

²⁶ Add. de

²⁷ Add. Y amorosas palabras

²⁸ Add. prometiéndola

²⁹ Add. la en todos

³⁰ Add. Como por la obra lo vería

³¹ De su]

³² Add. Y honesto

³³ Add. Descubrir

³⁴ Add. Y ocasión

³⁵ Add. Todos

por no los comunicar a nadie, en lisonja de su honor, había llegado su salud a tan extremados³⁶ extremos. Habiendo ya la sabia médica conocido radicalmente los humores pecantes de su enferma, procuró³⁷ disponerle el ánimo para purgarla de tales imaginaciones con cariciosos consejos y suaves doctrinas, pero experimentando que con estos preparativos no obraba nada en su salud, porque³⁸ resuelta la enferma a morir en su pasión mientras no viese su luz,³⁹ considerando la prudente hermana que estas no son las enfermedades que se curan con violencias, se dispuso a tomar contrarios medios a la curación, determinándose a ayudarla, si bien llegaron tarde sus remedios, supuesto que la infelice doncella estaba en tal extremo, que ya no tenía su cuerpo más que la piel y los huesos. Tarde, digo, llegaron los remedios de la piadosa hermana, aunque pretendió por su parte no faltasen las diligencias, y así la consoló en el modo que mejor supo, dándole palabra de traerle allí a su Lucio, y que en fe desta verdad y para que mejor pudiese gozar de su presencia y vista se esforzase cuanto la fuese posible, cosa con que ella se regocijó infinito, deseando sobremanera tuviese efecto lo que la piadosa hermana la ofrescía. Luego ella por su persona propia fue a buscar a Lucio, a quien halló tan ajeno de ser causa de tan graves daños que causó a Labinia notable admiración, considerando la prudencia de su rapaza hermana, tan atenta a su honor y estimación, que aún a su amado no había dado noticia de su pasión. Significole el estado en que su hermana estaba y lo que por él padecido había, y súposelo decir con eficacia tanta que el infelice mancebo, sin saber cómo, en aquel punto se halló su agradecido ánimo en el amor de su amante, con tal actividad que le obligó al extremo que oiréis.

Sin embargo de haber reconocido Labinia esta intantánea correspondencia en Lucio, no se resolvió a llevársele a Lucía atendiendo al honor de su casa y a que sus padres no tenían noticia destes conciertos, creyendo iría entreteniéndola a la enferma con hacerle notorio el amor que en Lucio había reconocido, y de más a más llevarle un regalo de su mano. Y si bien ella⁴⁰ se mostró alegrar con tales nuevas, como todos sus deseos estaban librados en su vista, nada le satisfacía que no fuese esta, antes las finezas que reconoció en su amante fueron mayores incentivos a su desdicha, porque cuanto esto se le dilataba, tanto se iban atenuando y debilitando sus fuerzas. Finalmente, los efectos del amor se administran mal por intérpretes. Han de ser puras las reciprocaciones de los amantes para ser gozos, que pasando por agua mano⁴¹, se queda mucho en los vasos en que se ministran, y llegan fríos y desazonados al gusto. Y ansí se vio aquí, pues crecía en la doncella el accidente con lo mismo que Labinia entendía curarla. Pero viendo y reconociendo el daño se resolvió (como cuando al enfermo desahuciado de los médicos se le concede cuanto le pide el depravado apetito, aunque con evidencia se conozca ser veneno a la poca vida que le resta) de entrar en casa secretamente a Lucio sin que persona⁴² lo entendiese. Y pudo ejecutarlo muy a salvo suyo en un día que sus padres estuvieron ausentes de casa en su quinta. Introdújole, digo, hasta la cama de la desfallecida doncella, lo cual no solamente no la sirvió de alivio⁴³, antes gravemente la dañó⁴⁴, porque⁴⁵ al

³⁶ Grandes]

³⁷ Add. Luego

³⁸ Add. Estaba

³⁹ Add. Y

⁴⁰ Add. Por entonces

⁴¹ Manos]

⁴² Add. Alguna

⁴³ Add. Ni de consuelo

tiempo que ella vio al objeto ⁴⁶ de sus fatigas, fue tal la vehemente concitación de sus espíritus que concurrieron a su enamorado corazón, que sufocándola, con solo decir «¡Oh ánima mía! ¿Aquí estás tú?», se quedó defuncta en brazos de su mísero amante, que desde que llegó a vella la recibió en ellos, cuyo repentino suceso obró de forma en su enamorado y afligido pecho, que desunidos los vitales espíritus, sin poderla responder ni proferir razón alguna, expiró en los brazos mismos.

A tan miserable tragedia, hallándose Labinia ocupada de excesiva turbación, reconociéndose en aquellos daños formalmente eficiente causa, fue mucho que no terciase la desdicha, y acaso la preservó el amor para que hubiese quien publicase una hazaña tan suya, con todas sus admirables circunstancias. Pero lo cierto fue que ella quedó muy a la puerta del suceso, pues perdidos los vitales movimientos, cayó en tierra sin aliento. Y esto fue a tiempo que volviendo sus padres ⁴⁷, hallando la casa alborotada con el lastimoso suceso, entraron a ver lo que les decían, donde hallaron el lastimoso espectáculo. Y aunque a unos y a otros se les hicieron eficaces remedios para su reformatión, solo en Labinia, que realmente no era defuncta, aprovecharon, y así, vuelta ⁴⁸ en su acuerdo, refirió a sus padres todo el suceso, de que ellos y ⁴⁹ los demás a cuya noticia llegó ⁵⁰ ⁵¹, admirados, no supieron culpar la acción de Labinia⁵², juzgándola ⁵³ piadosa y ordenada a la salud de su hermana. Trataron de enterrar los defunctos cuerpos en un sepulcro honroso juntos, con una inscripción que decía así:

Yace en esta losa fría,
un prodigio del amor,
que consumido en su ardor,
murió cuando más lucía.

Recíproca tiranía,
extinguió dos luces bellas,
cuando alternativas ellas,
vida pudieron prestarse,
mas quisieron apagarse
para vivir siempre estrellas.

Veis aquí, amigas, como mi Lucía, aunque más tierna que nosotras, supo mucho más que debiera, y tanto que no solo no le fue útil, sino muy dañoso, como habéis podido entender.

Aquí calló Florida, dando fin a su historia, de mí oída con atención y gusto tan sobrado como de sus primas, las cuales compadescidas mucho de la infelice Lucía apenas pudieron contener las lágrimas, de donde Plácida, vuelta a Laurencia, dijo:

⁴⁴ *Add.* Y entristeció

⁴⁵ Poorque]

⁴⁶ *Add.* Y causa

⁴⁷ *Add.* De la quinta

⁴⁸ *Add.* Ya

⁴⁹ *Add.* Todos

⁵⁰ *Om.* a cuya noticia llegó

⁵¹ *Add.* que allí se hallaron quedaron

⁵² Libinia]

⁵³ *Add.* Por

— Por eso digo yo que el saber mucho ⁵⁴ las doncellas tiernas es muy peligroso, y así digo también que debríamos huir todo aquello que a saber más de lo conveniente nos induce.

— Con todo eso —dijo Laurencia— porque de los tres modos en que comúnmente sabemos las mujeres, ya que entramos en esta conversación, ha significado el uno Florida en su *novella*, me has de conceder diga yo el mío y no te has de excusar tú de decir después el que te toca, para perfeccionar estas tres partes, o modos de saber. Para lo cual oídme.

Fue en Roma, según yo he oído contar a mi tío, una gran señora, digo grande en nobleza y caudal, la cual, habiendo quedado viuda y de madura edad, determinó (de todo punto consagrada a Dios) hacer una obra muy heroica, útil y ejemplar, la cual fue fundar en su casa (que muy capaz para el caso era) un colegio en que recoger cierto número de doncellas pobres, hijas de gente noble, que por serlo no se podían casar conforme a su calidad ni entrar monjas y servir a Dios en clausura, proveyéndolas de comida y copiosamente en lo necesario y honesto, y de maestros que las instruyesen en todas doctrinas pertenecientes a virtuosas y nobles doncellas, de forma que nada les faltase, ya que les sobrara poco, para que así, divertidas de todo vicio, solamente vacasen^{xvi} a la oración, aspirando a la salvación de sus almas.

Novela

La obra verdaderamente fue santa y buena y de todos alabada por tal, por ser cosa que a muchos desórdenes y inconvenientes se oponía. Pues, como se dice por proverbio, la hambre saca al lobo de la selva y de los términos del honor a la doncella.

Andando pues esta santa obra cada día de bien en mejor, perfeccionándose, su fundadora era en tanta reputación tenida por lo principal de la ciudad que se llevaba el común aplauso, mayormente experimentando cuánto crecían aquellas ovejas suyas en bienes espirituales.

Pero porque todo lo que por sancto agrada a Dios es de grande ofensa y rabia para el enemigo del linaje humano, doliéndose de tan heroica obra, dio traza y buscó medios para impedirle y divertirla.

Había en aquel tiempo en Roma una moza de edad de hasta dieciocho años, muy hermosa y dotada en todas aquellas cosas que a la venustidad^{55xvii} del cuerpo se requerían, pero tan manchada de maldades y pésimas costumbres, y de tan diabólica naturaleza, que ya era tanta como la belleza del cuerpo la fealdad del alma a que se llegaba haber nacido vilmente, cosa que suele ser medio muy eficaz para darse en empeño a todo vicio y maldad, siendo por el contrario la nobleza un freno que comprime mucho las humanas pasiones, particularmente en nuestro género. Siendo pues esta vil por nacimiento, y mala (más que sabré decir) por arte, así fue sujeto muy a propósito para la ejecución de todo mal. Tanto, que parecía haber nacido al mundo para ministro del demonio, de manera que a ser varón, como era hembra, sin dubda alguna pudiera persuadir al mundo había nacido en ella el antecristo. Porque además de estar llena de todos aquellos vicios que en las mujeres de su porte se hallan, siendo lasciva, golosa, ebria, locuaz, descompuesta de toda buena acción y compuesta de toda maldad, adelantándose a tanto que triste de la persona que en su odio u⁵⁶ desprecio caía, que sin ningún escrúpulo le levantara un testimonio, también colorido y circunstanciado que a la misma verdad le antepusiera en los ánimos mejor

⁵⁴ Add. a]

⁵⁵ Vencestidad]

⁵⁶ O]

intencionados y escrupulosos en crédito. Y lo que más daba el colmo a su iniquidad era su poco juicio y lubricidad de ingenio y liviandad, porque siendo débil caña al viento sin estabilidad alguna, aquellas personas que hoy amaba con indecibles extremos, mañana con mortal odio los aborrecía, y haciendo de sí copia a cuantos la pretendían, a ninguno amaba ni ninguno obligaba a su amor, ofendidos todos de su deshonesta vida, lo cual recambiaba ella con mucha jatancia, publicando que jamás había amado a⁵⁷ alguno cordialmente, haciendo de sí misma mucha estimación y publicando que la eficacia de su lengua era bastante para atraer tras sí a todo el mundo.

Quiriendo pues el demonio hacer un gran empleo por mano de tan buen ministro, juzgó que en nada podía hacerle mayor que en la impugnación de obra tan santa como la entablada por aquella virtuosísima señora. Para lo cual la puso en el corazón un fervoroso dolor de sus culpas y un íntimo afecto de apartarse de su mala vida, tratando de volverse a Dios para salvar su alma (que también el demonio sabe introducir santos pretextos para hacer mayores daños en las almas). Determinó, digo, esta mujer, dar traza de entrar en compañía de aquellas santas doncellas al olor de la grande santidad que en aquel honesto recogimiento se practicaba. Pero como allí no fuesen admitidas personas de su jaez sino de la calidad que al principio dije, pensó cómo suplir⁵⁸ tantos defectos⁵⁹ como en sí reconocía para su introducción. Y por no dejar de mentir, aun en las acciones virtuosas, para conseguir sus intentos pidió a uno de los muchos de sus galanes un vestido de varón, significándole^{xviii} quería salir de máscara la siguiente noche, que era la última de Carnestolendas.

Así vestida en el varonil traje, quedó tan natural en él como si realmente fuera nacida varón, porque el despejo y garbo suyo era dispuesto (como su naturaleza) a toda mudanza. La noche pues que se determinó a tal disfraz, se fue al colegio, y haciendo saber a la santa matrona estaba allí un caballero a quien importaba no menos que la salvación del alma hablarla luego, la suplicó lo permitiese así. Ella, reducida al crédito de negocio tan importante, deseando que por su omisión no se dejase de salvar un alma, al punto salió a una grada, y pidiéndola quedasen a solas y concedídosele así, prorrumpió en un amargo y doloroso llanto, que como quiera que era muy dueño deste y de los demás afectos y pasiones de que quería vestirse para hacer mejor sus engaños, le fue fácil agora el del dolor y ternezas con tal simulación que a ánimo más caviloso y recatado que el de aquella santa sencillez, persuadiera a conmiseración y lástima. Mostraba ser tantas sus congojas que se le arrancaba el alma, no permitiéndole la respiración para articular palabra con que significar la causa de su dolor. Pero la señora, que estaba muy ajena de conocer el infernal espíritu que en tantas apariencias venía disfrazado, vencida de dolores y compasiones, comenzó a acompañar su llanto. Y esforzándose lo posible a su consuelo, la ofreció con toda llaneza su ayuda en todo aquello que ella pudiese dársela, pidiéndola se quietase y dijese la causa de sus aflicciones y congojas, la cual, después de haberse dejado rogar mucho, fingiendo no poderse contener del llanto, dijo:

— Yo, señora, soy una doncella florentín nacida de noble gente, que ofendida de la tenaz fuerza de mis padres, que tratan de casarme contra mi voluntad y dictamen (que es de servir a Dios en perpetua virginidad en una recogida clausura), y hallándome instada y aun obligada del paternal respecto a la

⁵⁷ Om. a

⁵⁸ Supliría]

⁵⁹ Efectos]

ejecución de sus intentos, dichosamente tuve noticia de la santidad de vida que en este seminario de virtudes se profesa, y luego que lo supe, determiné (abandonando el regalo de mi casa y el amor de la patria) trocarlo todo por aquella principal a que todos los fieles caminamos. Y para poder hacerlo con más seguridad y secreto, y encubrir mi persona a los peligros del viaje, tomé este traje y hábito de varón tan diverso y indecente a mi naturaleza, persona, y estado, con que mediante la divina gracia he llegado aquí libre de todos riesgos y inconvenientes a vuestra vista por mí tan deseada. Donde dignándoos de admitirme a la congregación destas angélicas criaturas, de quien sois madre y ejemplar vivo, yo logre mis piadosos deseos y vos en mí una víctima, aunque indigna para las divinas aras^{xix}, y para que el hábito en que me veis no dificulte en vuestra permisión mis dichas y vuestra gracia (desabrochándose el pecho, prosiguió diciendo) por estas evidencias que atestiguan mi ser os aseguraréis de mi verdad y quedaréis cierta soy quien digo y no lo que parezco.

Lo cual entendido así y visto por la piadosa matrona, llena de gozo y lágrimas de la ocasión que se le ofrecía de añadir a su manso rebaño aquella cordera, la hizo al punto abrir y entrar dentro, y rescibiéndola en sus brazos, con maternal ternura la rescibió y mostró a las demás doncellas, dándoles a entender con gozo espiritual la buena compañera que las añadía, significándolas sus calidades.

Luego el primero día de cuaresma (que fue el siguiente a su introducción) la vistió el honesto hábito que las demás vestían, metiendo en su aprisco^{xx} un[a]^{xxi} loba entre corderas y un cuervo entre las palomas y entre las vírgenes la meretriz, no conviniendo con ellas en más que el nombre, porque Virginia publicó llamarse, siendo su propio nombre Lebinia (o por mejor decir, Liviana).

¡Oh enemigo de la humana naturaleza, qué astuto eres y cuán difícil es de conocer tu intento! A esta a quien movió y redujo a entrar en aquel recogimiento tan incompatible a su depravada inclinación, la obligó también a hacer toda aquella cuaresma tanta penitencia, que todas aquellas doncellas quedaron edificadas y confusas de que aquella nueva doncella se les pasase tan adelante en el ejercicio de toda virtud, tiniéndola no por mujer mortal sino por un ángel encarnado, enviado del cielo para la reformación y perfección de su colegio, y así la veneraban como a tal. Vestíase de un áspero silicio que todo el cuerpo la cubría, y debajo otro que la fajaba el pecho cuajado de puntas de acero. Tomaba rigurosas diciplinas y abstinentes ayunos, comiendo solo pan y bebiendo agua. Con estas y otras notables y inimitables⁶⁰ demostraciones de santidad y virtud procedía de suerte que se tenía por bien aventurada aquella que conseguía un rato de su conversación.

Así pasó el tiempo santo de la cuaresma y vino la pascua, en que la nueva santa comenzó a publicar veía grandes visiones del cielo, y si no fue invención suya serían ilusiones^{xxii} de su maestro, el demonio, lo cual es más verosímil según las precedencias y consecuencias de su vida. En fe de tantas ostentaciones de santidad, la pidió aquella señora quisiese encargarse del gobierno y magisterio de aquellas doncellas para que, aprendiendo de sus heroicas virtudes, de hora en hora se fuese mejorando su instituto y el servicio de Dios procediese a más aumento, a que ella tan resplandeciente caminaba.

A esta proposición mostró Libinia turbarse mucho, significándose indigna del cargo a que pretendía promoverla, diciendo que solo a llorar sus culpas había

⁶⁰ Mimitables]

venido a aquel colegio, y así la suplicaba con toda humildad no la honrase con cargo de que se confesaba muy indigna. Pero cuanto ella con más afectación se excusaba, tanto más instaba la bien intencionada señora en persuadirla, hasta que últimamente, dándola a entender que lo aceptaba más por cumplir con la obediencia que por conocerse capaz de tanto ministerio, se allanó a recibir el oficio a que mucho su maestro el diablo la persuadía, como potísimo medio al logro de sus dañados intentos, que eran de introducir en los sencillos ánimos de aquellas tiernas ⁶¹ doncellas aquellos frutos de que en aquel inmundo almacén tenía hecha copiosa cosecha.

Constituida ya en tan preclara dignidad, a pocos días fue divirtiéndose y desviándose de aquellos actos virtuosos que en ella resplandescieron. Ya daba de mano a los silicios, ya no se oían sus disciplinas, ya sus ayunos eran crápulas y banquetes, ya las mortificaciones eran ruines ejemplos y, en suma, volviéndose (como se dice) al vómito de las antiguas costumbres, devoraba los vicios tanto más famélica cuanto más tiempo dellos se abstuvo con la represa de su afectada hipocresía.

En fin, retirando aquellas tiernas doncellas ya de la oración, ya del ejercicio virtuoso de sus manos, ya de las abstinencias de los sentidos y ya de todo lo que a virtud olía, introduciendo en vez de virtudes tantas todo género de vicios y torpezas como quien tanta destreza y magisterio tenía en ello, de suerte que en poco tiempo las redujo a tales términos que ya el colegio no solo no parecía lugar santo pero un público lupanar y receptáculo de perdidas mujeres.

¡Oh cuán poderoso es el ejemplo de las cabezas en los súbditos! ¡Cómo al ejemplo suyo se componen y reducen! ¡Oh como si se conociese esto en las comunidades y repúblicas, debía atenderse mucho a las elecciones de los superiores ministros, no entregando el gobierno de la carroza común a un Erictonio^{xxiii} que en fe de la exterior apariencia vence las opiniones de los que no reparan en que pretende el puesto, por encubrir los torpes pies de sus dañados afectos! ¡Oh cuánto más destruye un mal ejemplo que edifican muchos buenos! ¡Presto aquella casa se vio muy trocada de lo que fue en sus principios! Corrió veloz de uno a otro extremo. Ya allí no se oían piadosos y santos razonamientos, divinas alabanzas y cánticos espirituales. Ya las celebridades de santas fiestas estaban olvidadas, porque en vez de virtudes tantas solo se practicaban conversaciones lascivas, versos de poetas poco honestos y profanos. Las asistencias del coro se habían pasado a las celosías públicas, haciendo desde ellas terrero a la vana juventud. En suma, de suerte se contaminó toda aquella clausura y sus habitadoras que hasta encantos y hechicerías se practicaban en ella. Y dando aviso la mala mujer a sus rufianes antiguos de cómo allí asistía, los admitía a sus visitas, con que de todo punto puso aquella santa casa en muy ruin nombre y predicamento, pues donde de santos religiosos solía ser frecuentada, ya de gente infame era profanada, haciendo de noche público terrero como en las puertas de las ramerías públicas hacer se suele.

La virtuosa señora conoció, aunque tarde, su mala elección, y reconoció también el mal fin para que aquella fiera loba se había introducido en su manso rebaño con piel de humilde cordera y, procurando reparar tanto daño, no pudo, a causa de estar muy internado el cáncer en la llaga. Porque aquel demonio encarnado con su eficaz lengua supo decir tanto mal de aquella virtuosa señora, cuanto el demonio mesmo no supiera imaginar, pues no contentándose de cosas generales

⁶¹ Add. Y delicadas

como eran publicarla por no tan buena, como la común opinión la reputaba, antes dando a entender que todas sus apariencias eran hipocresías ostentativas de la virtud que no tenía, añadió ⁶² era ⁶³ poco honesta, y para confirmarlo, la impuso que cuando vino a su casa en hábito de varón, creyendo ⁶⁴ lo fuese, la solicitó lascivamente, y que ella misma la había cogido hablando secretamente con hombres sospechosos en materias nada⁶⁵ honestas. Y que finalmente habiéndose hecho preñada, con arte y medicinas había provocado aborto, valiéndose della en secretos de tanta importancia, y que por serle así ⁶⁶ notorias tantas ⁶⁷ ofensas contra el cielo hechas, ya no le bastaba el corazón a la tolerancia. Y no solo esto, sino que como quiera que para toda maldad tenía destreza y vivacidad diabólica, supo fingir cartas escritas a la buena señora como que se las escribían personas sospechosas, con que confirmaba y apoyaba su ⁶⁸ maldad, todo en orden a desacreditar su virtud y santidad. De lo cual tanta ⁶⁹ pasión ⁷⁰ rescibió, que en breves días mártir a manos destas injurias dio su alma a Dios. Con lo cual el colegio que ya fue seminario de santas ⁷¹ vírgenes voló en humo, porque ya con la mala fama en que vino, ninguna doncella de opinión, aunque más pobre, ⁷² trató ⁷³ de recogerse a él. Y así, poco a poco se fue consumiendo hasta que de todo punto quedó desierto. Pero volviendo Dios por causa tan suya, permitió que aquel ministro de Satanás, cansada ya de perpetrar tantas maldades o temerosa de que se entendiesen y cayese sobre ella el edificio de sus iniquidades, se huyó secretamente una noche sin que jamás se supiese della, y es de creer acabaría tan mal como había vivido. Con lo cual, permitiéndolo Dios, faltando la causa de los daños introducidos en tan sancta obra, cesaron también los malos efectos, reformándose de costumbres y procediendo a vida muy religiosa y recogida, se continuó el recogimiento de doncellas muy virtuosas.

De aquí, primas, pues, resulta la verdad de su proposición, a saber, que algunas mujeres saben más de lo que debían, pues saben las maldades que el mismo demonio ignora.

Así dio fin Laurencia a su narración, de que yo quedé tan ocupado de asombro que ya juzgaba a Silvia y a su aya por virtuosa gente, averiguando que hobiese habido en el mundo mujer tan mala como Lebinia. Plácida y Florida^{xxiv} quedaron también admiradas, habiendo oído que una mujer fuese capaz de tantas maldades, y mirándose a los rostros parece se avergonzaban de haber nacido mujeres como sujeto en quien tales iniquidades pueden concurrir. Y después de algún silencio, dijo Plácida:

- Carísimas primas, aunque nuestra madre Eva diese motivo a nuestro mal nombre, la gloriosísima madre del hijo de Dios grandemente nos hace gloriar en nuestra naturaleza. Y así como es verdad que en el mundo no faltan malas mujeres, lo es también que hay muchas muy llenas de virtudes por quien las

⁶² *Add.* Que

⁶³ *Add.* Muy

⁶⁴ *Add.* Que

⁶⁵ Poco]

⁶⁶ *Add.* ciertas y

⁶⁷ *Add.* y tan grandes

⁶⁸ *Add.* malintencionada y dañada

⁶⁹ *Add.* Fue la

⁷⁰ *Add.* Que

⁷¹ *Add.* y virtuosas

⁷² *Add.* No

⁷³ *Add.* Más

mujeres son dignas de toda estimación. Verdaderamente que esa mujer fue digna de todo vituperio, y en tanto grado que me avergüenzo de que la nombremos, como quiera que no merece que della se hable, por lo cual doy muchas gracias a Dios cuando oigo las alabanzas y virtudes de algunas mujeres. Aunque también confieso que es útil haber sabido tales iniquidades, porque por los extremos de los vicios se conocen los medios de las virtudes, que claro está que si no hubiera vicio que aborrecer, no tuviera mérito el amor de la virtud, pues las calidades de las cosas se conocen por sus contrarios. Y así, sabiendo por las operaciones del bueno lo que debemos seguir y por las del malo lo que debemos huir, se llega al efecto de una buena elección en que la virtud consiste. Y porque esta es el verdadero tesoro, a ella debemos atender, pues solo en ella consiste todo bien, pues no hay más fortuna en el hombre que el virtuoso obrar en que consiste todo bien, siendo todo lo demás del mundo vanidad de vanidades^{xxv}.

- Si no me acuerdo mal, Plácida —dijo Laurencia— yo te he oído cantar unos versos a propósito dese último concepto, y aún tengo creído los hiciste tan bien, y me holgara de oírlos agora.
- En fin, Laurencia —dijo Plácida—, no te has olvidado de tu primera proposición. En suma, tú me quieres hacer cantar^{xxvi} los versos que como has entendido te confieso por míos, y cuando yo no lo confesara, ellos mismos lo dijieran en su humildad. El concepto es razonable, así lo fuera su expresión, pero pase por de mujer. Y la verdad es, prima, que yo canto de mala gana y más en esta parte, porque este ejercicio me ha salido muy azaroso y así querría me excusádes agora desto.
- No, por tu vida, prima —acudieron las dos a una—, aquí no nos oye nadie, solas estamos. ¿Qué inconveniente se te puede seguir aquí?⁷⁴ Hazlo, así te goces.

¡Oh lo que me alegraba yo de la instancia que las primas la hacían para que cantase, porque de lo que la había oído quedé deseosísimo de volver a oírla. Y logróseme a puras instancias de sus primas, porque comenzó así en angelicales acentos^{xxvii}:

Los bienes de fortuna,
(en quien no hay sombra de constancia alguna),
hoy los poseen estos,
y mañana, por medios nada honestos
pasan a nuevo dueño.

Y cuando en más empeño
aquel los disfrutaba,
se los pensiona y grava.
Y, en fin, varia y caduca
de aqueste a aquel los trueca y los trabuca.

Hoy preñado el tesoro
de perlas, plata y oro,
en término muy corto
es miserable aborto.

Y a un monstruo de grandezas le da al⁷⁵ mundo,
y desde lo profundo

⁷⁴ *Om.* ¿Qué inconveniente se te puede seguir aquí?

⁷⁵ E]]

levanta su persona,
al ceptro, a la corona.
Y al que la frente altiva
coronaba de oliva,
valeroso y bizarro,
ya es triunfo de su carro.
De tantos desengaños persuadida,
nunca aprecié en mi vida
por noble al que es más rico.
Solamente publico,
y aclamo poderoso,
al que es más virtuoso,
pues sola la virtud da la nobleza,
verdadera riqueza,
bien en el hombre estable.
Y que sea más loable
que el oro, se averigua,
en que ella es más antigua.
Que si el oro se precia,
porque con él todo interés se aprecia,
no por eso es forzoso
que no se estime el pobre virtuoso.
Así había de entenderse,
si a la razón hubiera de atenderse,
pero el vulgo ignorante
que a la virtud errante
ve andar de pobre en pobre,
sin que nada le sobre
con mordaz ironía,
pobre y desnuda vais, oh virtud mía,
le dice inadvertido,
de que es el virtuoso preferido
de aquel recto juicio
que exalta a la virtud, detesta al vicio.

Ansí dio fin Plácida a sus sentencias áureas, con tan elevados acentos que tuvo suspendidas hasta las inconstantes hojas de los árboles de aquel guerto. Alabaron las primas el concepto de los versos y armonía de la voz, publicando que lo uno y otro eran muy parecidos a su dueño. Y Florida dijo:

- Pues no pienses, Plácida, que por haber cantado te has de relevar de tu novela, que a fe de amiga que no te la he de perdonar de mi parte.
- Ni aún de la mía —dijo Laurencia—. Disponde, prima, antes que el sol nos eche de aquí.
- En fin —dijo Plácida— vosotras estáis en mi casa, y ansí os toca el indulto de mandarme como a mí el mérito de obedeceros. Atended, pues.

A este tiempo andaba un muchacho, hermano de Florida, recor[r]iendo⁷⁶ los árboles del huerto, informándose si sus frutas estaban sazonadas, cuando llegó a la higuera en que yo con tanto gusto estaba atendiendo a la conversación apacible de las tres doncellas. Y comenzando a encaramarse para coger el fruto,

⁷⁶ Reconociendo]

dio su vista conmigo, causándole tanto asombro que medio muerto vino a tierra diciendo «¡la culebra, la culebra!».

Apenas oyeron las doncellas su voz, cuando se levantaron desalentadas a ponerse en huida, mirando a todas partes para encontrar conmigo y, cogiendo cada cual una caña, se pusieron en arma contra mí, cuando el rapaz, alentado con la avilantez de su edad, habiendo hallado cerca de sí una vara larga (que mi fortuna le previno a mano para daños míos) comenzó a querer herirme, y lo hiciera a no hallarme atrincherado de dos gruesas ramas y haberme aplicado en el tronco hecho un ovillo. Pero no obstante^{xxviii} estas defensas, su porfiada travesura pudo tanto que me alcanzó dos o tres golpes de que me sentí mucho. Y viéndome infestado de su dañada intención, juzgué que si me arrojase del árbol (que no muy alto era) con sola mi presencia le haría huir: pero no me resolví a ello por no asombrar juntamente a las doncellas a quien ya debía gratitud, porque con voces instaban al rapaz no procediese en mis daños. Pero él, o ya porque me hubiese perdido el temor o por mostrar gallardía de ánimo, despreciando sus instancias, procedía a mis ofensas. En fin, fue tanta su porfía que me obligó a ejecutar mi defensa, y abalanzándome de un salto sobre él, le causé tal asombro que cayó al suelo desalentado. No lo pasaron las damas con menor sobresalto, pues sin atender al amparo del muchacho, se pusieron en huida sin parar hasta encerrarse en la casa. Pero viendo yo cuán a mi salvo me había librado, sin proceder a mis venganzas, contentándome con tener rendido a mi ofensor, me aparté d'él, recogíendome a la frescura y retiro de un verde herbazal que el haz de la fuente derivado fomentaba. Viéndose libre el atribulado muchacho, cual suele el ratero cohete^{xxix} que había estado quieto, a quien el perezoso fuego impróvidamente dispertó, medio rodando y tropicando se fue también a recoger al refugio en que ya las damas estaban, atendiendo a lo que pasaba desde una alta ventana.

Reparando yo en su cuidadoso mirar, determiné acercarme a la casa y presentarme a su vista, deseoso de que me reconociesen en mí algunos indicios de humanidad que las asegurase de mi exterior fiereza⁷⁷. Y para hacerlo comencé a coger con la boca algunas de las muchas flores que por aquel distrito había. Y con acción, que por más que de bruto se dejaba conocer, las ponía debajo de la ventana donde ellas estaban. En lo cual reparando Plácida, que con más afecto me miraba, les dijo a sus primas reparasen bien en lo que me veían hacer, que no con menor admiración lo celebraban, aunque o menos piadosas o más atemorizadas quisieron desviarme de aquel sitio con arrojadas piedras a que se opuso Plácida, pidiéndolas no me hiciesen daño, acaso agradecida, reconociendo en mí algunas señales que la avisaban del socorro que el día antecedente la había conferido. Y habiéndoles hecho sobre mi defensa una piadosa exhortación, de que yo pude inferir su pensamiento, me arrojó un hermoso leonado clavel que entre su dorado cabello tenía, el cual tomé yo en la boca con acciones demostrativas de gratitud, dando muchos saltos y haciendo ingeniosos nudos y giros con el cuerpo, con que les causaba notable asombro. Y se les aumentó más cuando habiéndome arrojado la misma Plácida un hermoso albérchigo, habiendo puesto primero el preciado clavel con mucha veneración sobre una piedra eminente, me comí el regalo con acciones de gusto, puniendo de cuando en cuando amorosamente la vista en mi favorecedora en muestras de la estimación del favor, y acabado volví a cobrar el clavel, como en demostración de lo que le estimaba. Admiraron el modo con que comí el albérchigo y a una voz común

⁷⁷ Fureza]

dijeron: «Buen provecho te haga», y luego Plácida dijo:

— Yo he oído decir que hay hadas, y que andan en figura de culebras, ¿que sería, amigas, que esta lo fuese?

Pesome mucho de que Plácida, a quien juzgaba bien entendida, saliese con este concepto, que aunque por entonces no le estaba mal a mi aceptación, con todo lo tuve por mal presagio, acordándome de lo que con Lisena me había pasado y la violencia con que me sacaron de su regalo.

Maldecía mi suerte y ser transformado en animal que tenía librada su benevolencia en solo esta supersticiosa abusión, no teniendo otra gracia con que hacerse grato.

— Por cierto, prosiguiendo el pensamiento —dijo Laurencia—, que estaba yo en eso mismo, y más es que estoy persuadida a que lo es. ¿No reparaste en la quietud con que se estaba en la higuera, aunque tan ofendida de los incursos de Filipo^{xxx}, pues teniendo tan a su mano la venganza, se abstuvo della? Pero, ¿cómo nos podremos certificar desta verdad? Porque si ella es lo que pensamos, grandes dichas se nos previenen. Nada desearemos que no gocemos luego.

— Yo he leído en el Ariosto⁷⁸ —dijo Plácida— muchas cosas destas, y en otros libros también, donde dicen que estas hadas son unas doncellas doctas en profesión, castísimas y honestas, dichas así por la santidad o cierta deidad que en sí tienen, en gracia de su elocuencia, así porque predicen las cosas futuras como porque obran grandes efectos con las palabras.

— ¿Y de dónde procede —dijo Florida— que así se muden en sierpes?

Y Plácida⁷⁹:

— Dicen que así como Proserpina^{xxx}, que fue destinada a estar los seis meses del año en el infierno con el⁸⁰ marido Plutón⁸¹, y los otros seis en el cielo con su madre, así también las hadas están seis meses culebras y seis damas o ninfas⁸². Con lo cual quieren dar a entender que en este mundo no puede haber igualdad de fortuna y dicen bien, pues siempre gozamos las prosperidades con los contrastes de cuidadosos desvelos. Y así parece que a la belleza destas se les dio por pensión la fiereza.

«¡Oh!» dije entre mí, «qué falta hace en esta ocasión el religioso docto, tío de Lisena, para que, aunque a costa de mis comodidades, desterrara destes tiernos ánimos este abuso introducido entre mujeres sencillas». Admirábame mucho, habiendo reconocido en Plácida tan buen natural y saber, que hablase en esta materia con tanta ignorancia, que si bien parece la salvó con la moralidad, en fin prosiguió como veremos en su fatal crédito, con que yo me fortifiqué en el mío que la mujer más docta es más ignorante, pues todo su saber viene a ser una afectada bachillería.

— Si ella es hada —prosiguió Plácida— sin duda oye y entiende todo cuanto aquí decimos. Llamémosla si os parece, que si ella oye también vendrá a nuestro llamamiento, y si lo hace no nos queda que dubdar de su ser. Y si lo es, recojámosla y hagámosla muchas caricias obligándola a nuestra amistad.

— ¡Ay! —dijo Florida— ¿y quién la había de tocar? ¿Es cosa fácil familiarizarse con una fiera?

⁷⁸ Arcosto]

⁷⁹ Add. Dijo

⁸⁰ Su]

⁸¹ Platón]

⁸² Om. o ninfas

— Que no es culebra, prima —replicaron las otras—, aunque lo parece, ¿no lo infieres de su apacibilidad y agrado?

— Yo la veo culebra —respondió ella— y me causa miedo. Allá os lo habed con ella, que yo os cedo mi parte a trueco de no mezclarme a su conversación.

— ¡Oh —dijo Laurencia—, guarda, no te coma!

Y volviéndose a Plácida, prosiguió⁸³:

— Prima, ¿en qué nos detenemos que no la llamamos?

— Llamémosla —dijo Plácida—. Pero, ¿cómo lo haremos? Supuesto que no nos será lícito tratarla como ⁸⁴ cosa humana.

Y Laurencia prosiguió:

— Menos lo sabré yo si tú lo ignoras. Determinate y háblala con los términos que tú sabrás mejor serle convenientes⁸⁵ a su ser.

Y luego Plácida, cobrando aliento, dijo así:

— ¡Oh nobilísimo espíritu, símbolo de la prudencia y sabiduría: o ya de toscas conchas o ya de hermosos miembros te compongas, nosotras, doncellas tiernas, rendidas a tus afectos y depuesto todo temor, determinamos contraer contigo amistad estrecha! Y así te suplicamos que (no imputando a indecencia el primer concepto que hicimos en tu ser, vencidas de tu exterior fiereza, pretendiendo atrevidas tu muerte, pues la natural aversión entre nuestro ser, y el que representas nos escusa) en la suavidad y mansedumbre con que sueles comunicarte cuando la forma humana gozas, te permitas agora a nosotras, mostrándote grata a nuestro amor y admitiendo con agrado las caricias nuestras.

Entonces yo, levantando el rostro, puse en ellas apacible la vista y con presta agilidad comencé a subir la escalera de la cámara adonde se habían retirado. Y aunque ya para con ellas estaba yo acreditado por hada, con todo eso me atendían con conocido temor, así por la forma que comúnmente causa horror como por imaginarme cosa casi divina, acreditándoseles ⁸⁶ esta opinión con mis discursivas ⁸⁷ acciones, de que todo bruto es incapaz, por lo cual estaban embarazadas de un venerando^{xxxii} temor, con el cual me atendían al desembarcar de la escalera las dos que de más esforzadas blasonaban, no resueltas a recibirme ni a defenderme la entrada, porque el temor es padre destas dudas. Pero como quiera que el deseo de experimentar novedades sea tan propio en la mujer (herencia de la primera madre a quien no asombró la vista y conversación de otra serpiente, en fe de que prometió hacerla sabia) que permitieron la entrada, bien que pálidas y tremulantes. Florida no me esperó, antes retirada a otra pieza por las quiebras de la puerta atendía a lo que pasaba afuera. Yo que en sus rostros leía el temor que las poseía, me ensayaba en las acciones más libres de ferocidad para asegurarlas. Ya abajando la cabeza, persuadiéndolas humildad, ya abriendo la boca, vibrando la veloz lengua como en señal de querer hablarlas, ya levantándome de la tierra, como quien hinca la rodilla impetrando favor. En tanto que en estas demostraciones me ocupaba, esperando que alguna dellas se me acercase y cobrando seguridad me tocase, he aquí que se apareció a mi lado una feroz gata a quien acompañaban cuatro cachorros de no mucho menor

⁸³ La dijo]

⁸⁴ Add. A

⁸⁵ Conveniente]

⁸⁶ Add. Más

⁸⁷ Add. Y advertidas

disposición, los cuales se cercaron de⁸⁸ mí, erizados los pelos y levantados los lomos en guisa de pelear. Cuando yo, que por experiencia sabía ya el rigor de semejantes contrarios y cuán inválida era mi resistencia a los filos de tantas tajantes uñas, dichosamente me deslicé de entre ellos al tiempo que la madre, más determinada iba a embestirme, acogiéndome al sagrado de Plácida, a quien vi que más asegurada me esperaba, y en tanto Laurencia ahuyentó a mis enemigos. Y como quiera que una ni otra no se resolviese a tocarme con la dubdosa mano, con todo no se esquivaban de que les tocase a la ropa, regalándome con ellas, Plácida más determinada, cogiendo las dos puntas de su cándido avantal^{xxxiii}, me previno regazo, convidándome con él, lo cual por mí reconocido, sin perder punto, de un salto me abalancé a él, y en muestras de reconocimiento al favor, con la veloz lengua lamía el sutil cambray^{xxxiv}. Laurencia entonces con una rama de fragante toronjil me tocaba la cabeza y lomos, convidándome luego a que de la mano se le tomase con la boca, lo cual yo hacía con toda apacibilidad y sutileza. Y luego con la rama misma tocaba su blanca mano, no sin admiración de entrambas. En suma, yo hice tanto que vencí todo su temor, y con más seguridad se atrevieron a tocarme con el extremo de una hoja de cándida azucena (tales juzgué los dedos de sus nevadas manos). Ya pasaban de este atrevimiento a cogerme en ellas, y deste a no negarme apacibles giros y suaves vueltas a sus cristalinos brazos, dando como vencedoras de una difi[cil] hazaña la baya^{xxxv} a Florida, que ya más asegurada en las experiencias de sus primas⁸⁹ había salido de su retiro, deseando no mostrarse menos ardidosa que ellas, y aún significándose invidiosa de las que ella juzgaba mejoras de sus fortunas. Que esto tienen las ajenas, que aunque para llegar a poseerlas se opongan inaccesibles dificultades, todas las vence la ambición de gozarlas también. De suerte estaban ya todas tres gozosas con mi amistad, que creciendo entre ellas los celos sobre cuál me tenía más tiempo en su poder, juzgaba cada cual el que no me poseía por perdido.

En esta ocupación estaban cuando llegaron sus padres de su visita y a un tiempo mismo el sacerdote, el cual refirió cómo el enfermo era Leonicio, y cómo del achaque de habersele revuelto al pescuezo una culebra había muerto sufocado, reservando para el secreto lo que el sigilo de la confesión no permitió publicar. Admiraron mucho los oyentes la desdicha del mancebo, no sabiendo que les tocaba de tan cerca la venganza, solamente a Plácida y a mí que sabíamos con cuánta razón el cielo le había dado el castigo; nos gozamos mucho en el suceso. Las dos primas recibieron mal el rigor de la culebra, temiendo de la que regalaban semejante suceso, pero Plácida las aseguró el temor con decir que acabasen de creer yo no era culebra sino hada, y, aseguradas en esta fe, proseguían en mi regalo con todo cuidado y puntualidad, y por tenerme encubierta de la familia me pusieron en una cesta labrada de curiosos mimbres, haciéndome en ella la cama con olorosas flores.

Ya se llegó la hora de la jornada que siendo por mí entendida me alegré infinito, porque el lugar adonde iban se encaminaba al de Olimpia, y me persuadía tendría ocasión de poder hacer mi jornada a ella presto y con más comodidad.

Puestos, en fin, a caballo, comenzaron el viaje llevando sobre su regazo Plácida mi cesta que de nadie, ni aún de las primas quiso fiarla entonces, no sin mucho pesar dellas, pero conformadas en que se repartiría mi parte entre las tres por el camino se quietó la pendencia.

⁸⁸ A]

⁸⁹ Primos]

Ya iban caminando, pasando entre todos el camino gustosamente con apacible conversación, no reparando en que las doncellas se quedaban atrás (cosa que ellas hacían de intento, por ir hablando en mis cosas) cuando llegando a un mediano río cuyo vado habían de pasar y era el primer tercio del camino, donde tocaba a Laurencia el llevarme en su poder y, aunque contra el gusto de Plácida, quiso ella gozar de su derecho, y así se pararon en la mitad del río en lo más rápido y corriente d'él, y alargando el brazo Plácida para entregarme y Laurencia el suyo para rescibirme, creyendo la una que me tenía la otra, desviándose entre sí las cabalgaduras, me dejaron caer de conformidad y sin voluntad propia en la corriente del río, que arrebatándome en un instante me des[a]pareció^{xxxvi} de su vista sin poder ser socorrido, aunque ellas hicieron grandes exclamaciones por la pérdida de su cesta, bien que no dijeron jamás lo que en ella iba, mas de que eran frutas y flores. Yo iba enredado entre aquellas yerbas, hecho un ovillo, de suerte que cuando reparé en mi daño ya estaba mi peligro irremediable. Y lamentándome conmigo mismo, decía: «¡Oh infelice de mí! ¡Desdichada es mi suerte, si me tiene destinado a padecer en todos los elementos!». En fin, yo fui dichoso entonces, pues volcándose la cesta me vertió con la yerba y flores sobre las corrientes de las aguas, donde desembarazándome mejor, nadando como una anguila^{xxxvii} salí a la ribera, muy distante de la parte donde caí (a lo que pude juzgar) donde (aunque algo lejos) pude oír las voces de la gente que buscando andaba la cesta, de cuyas deligencias eran reprehendidas las damas, porque se obligasen a ellas con tanto sentimiento por la pérdida de una cesta de fruta. Y como se iban alejando, así iban faltando en mis oídos sus acentos, hasta que de todo punto no los oí más, quedando allí doliente sobremanera de haber perdido por tan súbito accidente tan apacible compañía, de quien tantos regalos recibí.

Aquí dio a entender Acrisio quería poner fin a este discurso, escusándose, con que en él más que en los pasados se había dilatado, por serle forzoso llegar a este punto con su historia. Y la verdad es que a nosotros no nos pareció tan largo como él le confesaba, en fe de la diversión que en él nos dio con la conversación honesta de las tres doncellas, juzgando de su virtuoso proceder cuán dichosos eran sus padres en serlo de hijas que tan bien sabían gastar el tiempo, pues el que suelen otras profanar con liviandades, ellas le ocupaban en tan prudentes discursos, cosa a que todas debrían atender, como cosa en que las mujeres más se decoran y exaltan.

A este tiempo nos llamaron a cenar, dejándonos deseoso[s]^{xxxviii} y pendientes de lo que le sucedió a nuestra culebra en aquel desamparo en que la dejamos.

ⁱ Paráfrasis del refrán «Quien bien ama, tarde olvida».

ⁱⁱ Es muy probable que se trate de un error de memorización por anticipación. Es posible que la palabra primigenia fuese, en este caso, «amor».

ⁱⁱⁱ *Estividad*: «Cualidad de lo estivo» (Domínguez).

^{iv} *Feriar*: «Vender, comprar o permutar una cosa por otra» (Autoridades).

^v «Preferirlas» en ambos testimonios.

^{vi} *Clava*: «propiamente es la porra, porque tiene a manera de clavo la beza» (Covarrubias). La representación iconográfica de Hércules suele exhibirlo ataviado con una piel de león y portando una clava. En esta ocasión, la referencia del texto hace alusión al logro de una gran hazaña.

^{vii} «Lacerraba» en el manuscrito. Subsano en el impreso.

^{viii} *Bascas*: «Las conjugas y alteraciones violentas y penosas que padece el pecho, quando el estómago repugna admitir algo que le provoca a vómito, o quando interiormente por otro algún accidente se inquieta y apassiona con náusea y angustia» (Autoridades).

-
- ix «Estafano» en el texto del manuscrito, subsanado en el impreso.
- x «Enmascarado» en el texto manuscrito. Subsanoado en el impreso.
- xi «hiciense» en el manuscrito. Subsanoado en el impreso
- xii *Hacer la salva*: «Vale asimismo pedir la vénia, permiso, y licencia para hablar, contradecir, ò representar alguna cosa» (Autoridades).
- xiii *Socordia*: «lo mismo que pereza» (Terrerros y Pando).
- xiv Padres de la medicina. A Hipócrates se le debe el Juramento hipocrático, compromiso moral que contraen los profesionales de la salud con respecto a sus pacientes.
- xv Subsanoado en el impreso.
- xvi *Vacar*: «Significa asimismo dedicarse, ó entregarse totalmente à algun exercicio determinado» (Autoridades).
- xvii *Venustidad*: «hermosura perfecta, o muy agraciada» (Autoridades).
- xviii «Significándola» en el texto manuscrito. Subsanoado en el impreso.
- xix *Ara*: «es el altar para hazer sacrificio a Dios» (Covarrubias).
- xx *Aprisco*: «el cercado, o la estancia donde recogen los pastores su ganado» (Covarrubias).
- xxi Subsanoado en el impreso.
- xxii «Illusiones» en el manuscrito. Subsanoado en el impreso.
- xxiii «enictonio» en ambos testimonios. Erictonio, uno de los primeros reyes de Atenas, fue el retoño resultado de una pasión entre Hefesto y Atenea. Ciertas versiones recogen que expulsó del poder a Anfición, rey de Atenas. A él se le atribuyen, entre otros, la organización de las Panateneas –fiestas en honor a Atenea— o la invención de la cuadriga. Ciertas versiones recogen que expulsó del poder a Anfición, rey de Atenas.
- xxiv «Flerida» en el texto manuscrito.
- xxv Evidente resulta en estas palabras el eco existencialista contenido en el libro bíblico de *Qohélet*, 1:2, también conocido como *Eclesiastés*, timbrado por el desengaño y el pesimismo vitales.
- xxvi «En suma, tú me quieres hacerme cantar» (ms. f 180r) en el texto manuscrito, errata corregida en el impreso. En este fragmento, la causa de la repetición viene dada por un proceso de corrección y reescritura. La estructura primigenia leía «en fin quieres hacerme cantar», que queda del siguiente modo tras la enmienda de la mano escrituraria: «~~en fin~~ en suma tú me quieres hacerme cantar», por lo que el pronombre acaba reiterándose.
- xxvii Entre el final de este párrafo, y la composición poética subsiguiente puede leerse en el manuscrito el siguiente aviso destinado al componedor a propósito de la disposición formal del texto: «esto a de yr de crusias» [mantengo la grafía original, fol. 180v].
- xxviii «obstantes» en ambos testimonios.
- xxix *Cohete*: «el cañuto de papel reforçado con muchas bueltas, que tiene dentro poluora, y vn solo respiradero por donde prende el fuego, y se abre con vn trueno [...]» (Covarrubias).
- xxx Puede intuirse que se trata del hermano de Florida, cuyo nombre no se menciona en ninguna otra parte.
- xxxi Proserpina –Perséfone en la tradición griega— fue raptada por Hades (quien se había enamorado de ella) y llevada a los Infiernos. Cuando Zeus ordenó la restitución de la joven a la tierra, era demasiado tarde puesto que Proserpina se había encadenado al mundo subterráneo involuntaria y descuidadamente, como consecuencia de haber ingerido un grano de granada. Zeus dispuso entonces que repartiese su tiempo entre la tierra y el infierno.
- xxxii *Venerando, da*: «Lo mismo que venerable» (Autoridades).
- xxxiii *Avantal*: «Paño de seda, lana, algodón o lino, de que usan las mugeres por adorno o limpieza, trahíendose atado a la cintura sobre la basquiña o brial» (Autoridades).
- xxxiv *Cambray*: «cierta tela de lienzo mui delgada y fina, que sirve para hacer sobrepellices, pañuelos, corbatas, puños y otras cosas. Dixose assi por haver venido de la ciudad de Cambray, donde por lo regular se fabrica» (Autoridades).
- xxxv Hace alusión, metonímicamente, al fruto de algunas plantas como el laurel, cuyas bayas conformaban coronas que a modo de trofeos se otorgaban en Grecia y Roma.
- xxxvi Subsanoado en el impreso.
- xxxvii «Anguilla» en ambos testimonios.
- xxxviii Subsanoado en el impreso.

DISCURSO NONO

¡Grande fue la aflicción —prosiguió al siguiente día Acrisio leyendo— que padescí luego que me vi desamparado de las tres damas, aun antes que hubiese comenzado a experimentar sus regalos! ¡Pero qué otros frutos o favores esperaba de bienes que comenzaron por supersticiosos auspicios! Ya yo debiera estar recatado de semejantes sucesos, pero como al desdichado toda sombra de bien se le antoja perman[en]teⁱ gozo, nunca se pone a examinar de cerca los inconvenientes que el aparente bien trae consigo, sino cerrando los ojos, lisonjeado de la comodidad futura y acosado de los presentes daños, admite muchas veces lo que después le suele ocasionar mayores desdichas. Bien se comprueba en mí esta doctrina, pues la grata acogida que comencé a experimentar en las tres doncellas en quien consideraba ya el remate de mis fatigas me puso en contingencia de perder la vida en aquel golfo cuando con mayor fineza ellas ejercitaban mis favores.

Prosigue la historia

Salí, como ya dije, a la ribera de aquel río, desembarcando entre un espeso juncal, muy cansado de la pelea que con la corriente tuve a causa del embarazoⁱⁱ que para mayor comodidad mía las damas habían compuesto. Ya cuando me hallé en este estado era la hora mesma en que Apolo se hallaba a las puertas del occidente, y así procuré luego buscar algún albergue donde pasase aquella noche con alguna comodidad y ninguna infestación de otras fieras de mi especie, y la que me pareció mejor fue subirme a un álamo blanco que cerca del corriente estaba, en que aplicándome, pasé la noche hasta que fue de día, si libre de incursos de animales, no de mis cuidados, pues estos con mayor infestación me perseguían, sin valerme a su defensa árboles altos ni floridos campos, porque como estaban dentro de mí mismo, en toda parte me seguían.

El siguiente día, apeado de aquel, árbol comencé a discurrir por varias partes de aquel sitio hasta hallarme en un ameno y espacioso valle, el cual fue por mí reconocido por haberle paseado muchas veces a causa de no distar más de una legua de mi pueblo y otra del de Olimpia.

¡Oh singular dulzura del amor de la patria! ¿Cómo podré yo significar con palabras la que rescibió mi afligido espíritu, reconociéndome tan propincuo a mi paterno albergue? Ya me pareció habían hecho punto mis desdichas. Pero engañeme, porque a la verdad aún me faltaban otras más rigurosas.

Había en aquel valle un edificio antiguo a quien las injurias de los tiempos perdonaron, merced a su fortaleza, en que se conservaban unos hermosos baños a quien muchas gentes en diversos tiempos del año venían a bañarse y recr[e]arseⁱⁱⁱ. Pues en este mismo día habían venido a ellos unos caballeros de una de las ciudades comarcanas. El rumor de la gente me llamó el deseo de saber quién fuesen, y acercándome por entre la yerba con todo el recato que me pudo escusar de su noticia, estaba la gente entonces, por ser muy de mañana, tendida sobre la fresca yerba algunos, y otros sentados en algunas peñas, entre los cuales reconocí algo más eminente que los demás, a aquel venerable Basilio (ya os acordaréis de aquel anciano, de quien me acordé al principio, que era muy grande amigo de mi padre). Este, digo, estaba allí, llevado de aquellos caballeros en orden a dar mayor sazón a su fiesta con la conversación de tan docto sujeto, cosa que él hacía muy forzado a causa de haber hallado en su retiro todo su consuelo y haber dado de mano a todo el vulgar aplauso.

Confieso que al punto que le reconocí me causó grandísimo consuelo, prometiéndome un buen rato en alguno de sus doctos discursos, lo cual se me logró presto, y por gozar mejor sus razones me subí a un árbol en que él tenía

apoyadas sus cansadas espaldas.

No pasó mucho tiempo que, provocado de los ruegos de los circunstantes (como todos los músicos pretenden serlo) un gentilhomme de muy buen porte, habiendo templado un sonoro laúd y despuerto la voz con dulces y apacibles consonancias, nos regaló el oído cantando los siguientes versos:

¡Miserable¹ libertad no conocida,
hasta que ya es perdida!
¡Pero más miserable,
quien pretende servir al más afable!
quien libre vivir puede,
en lazos de esperanzas no se enrede,
pues vale poco el oro,
donde es la libertad mejor tesoro.
Las aves y las bestias
sabias, en esquivarse a estas molestias
aprecian su alimento,
(sino tan noble, el de la tierra y viento)
Al que en jaula dorada,
le da abundante esclavitud forzada.
Que es² fuerte silogismo,
¿sirves a otro? Mueres a ti mismo.

De modo suavizó aquel gentilhomme estos versos con los dulcísimos pasos de garganta que aspiró, que hizo igual la armonía al concepto. Y habiendo parado en el último acento, dijo un anciano varón que al lado de Basilio estaba:

— Bien, señor Filardo, habéis exprimido en el concepto de vuestros sonoros versos el desengaño que sacastes de la Corte, el tiempo que asististes sirviendo en ella a vuestro príncipe. ¿No salistes de allí? Mal, pues, se libraron vuestras medras en tan rico desengaño.

A lo cual Filardo respondió:

— Si mis sentimientos, señores, en esa parte hubiera de explicaros, no pudiera reducirlos a oración tan breve. Bien me obligara a entretener la conversación de hoy con su discurso, si bien nadie lo hará mejor que nuestro padre Basilio, que como más anciano y más experimentado del tiempo que gastó en palacio, hará mejor este placto, pues sabemos que aquellos concursos le obligaron a estas dichosas soledades. Valga vuestra autoridad con su reverendísima, para que hoy nos diga algo sobre tan fértil materia.

Entonces aquel anciano que primero habló, como al parecer el que más autoridad tenía en aquel cónclave, y por hallarse también más cerca del religioso, dijo:

— Buena ocasión es esta, padre Basilio, para que gocemos de vuestras doctrinas. Filardo os ha dado la materia, dignados³ de dar la forma en que nuestra conversación hoy se logre.

A lo cual con reverente modestia respondió excusándose con razones tales que me afligieron mucho, creyendo de todo punto se excusaría de lo que todos⁴ deseábamos. Pero prevalescendo los ruegos de todos, así comenzó a decir:

— La sabiduría, señores, conducida y persuadida no sé por cuál pecado de los Discurso

¹ Miserable]

² Om. es

³ Dignaos]

⁴ Add. Tanto

hombres al vilipendio de la cosa por ellos más amada, esto es, la estimación propia al común desprecio y baja mano: esta es la servidumbre. Llama hoy mi lengua solicitada por vuestras imperiosas exhortaciones, obligándome, bien que en materia lata, a hablar solo donde tantos callan, siendo una de las más difi[ci]les acciones que el hombre emprende. Y aunque como dice Publio Siro^{iv}, sea fácil la elocuencia al que trata la verdad, todavía no juzgo pequeña fatiga contrastar contra los grandes ingenios que mostrando más su prestancia en el decir que la voluntad resulta en el sentir, lo mismo que defienden han persuadido lo contrario de sus propios dictámenes, más por consolar la necesidad de los que sirven que por deseo de opugnar la preciosa prerrogativa de la libertad preciosa de aquellos que viven, que tal se debe sentir de los que al ejercicio servil del todo se niegan.

sobre el infelice estado de los que sirven en la corte

Mi lengua reverencia a la sabiduría, en⁵ forma que he dubdado conmigo mesmo de no disentir de lo honesto, desintiendo de la opinión de algunos doctos y sabios que con grande aseveración quieren asentar por lícito al hombre libre el servir. Pero, en fin, considerando que no es indecencia dejar a Dios por Dios, creyendo yo sirvo tanto a los hombres si los libro de lo acerbo de la cadena, como aplaudiendo a su elección, en que se les siguen sus daños, apartándolos de las doctrinas de aquellos que saben leer la cátedra de la servidumbre y practican la libertad.

¡Oh Dios, y qué grandeza de ingenio supone aquel a quien sobra eficacia para persuadir el servir a los que nacieron libres! Y lo que más es, sabios. Sabios, digo, aquellos que reconociéndose señores, no solo dominan a los inferiores pero a las estrellas mismas.

Alguno habrá que tenga por desdicha suya el valor y pujanza de su contrario. Y yo tengo agora por suprema fortuna que aquel a quien pretendo impugnar en este concepto sea de ingenio tan prestante que haya pretendido contrastar y reducir a la misma Sabiduría a su sofística enseñanza, pues cuanto fuere mayor su saber, si yo consigo la victoria será mayor mi triunfo, porque no es reputado en más el valor del vencedor de cuanto es el del vencido.

Será pues este mi cuidado, ya que os habéis servido, señores, de encargármele, el retirar al libre de palacio, mostrándole cuán indigna y peligrosa cosa le sea el ministerio de servir a otro. Con aquel hablaré, que siendo un milagro de la tierra, es una resumpta y epítome del universo. No quiero obligarme a destruir todas las opiniones que impugnan mi concepto, singularmente por no difundirme tanto que mi discurso supere a la materia. La que me ha dado el concepto de la elegante estancia, por Filardo, con suaves acentos proferida, será sujeto del mío, que desearé no tenga en vuestros juicios nada de paradojo, porque la modestia de mi ingenio no se extiende a persuadir quimeras. Mi principal intento será, si tanto puedo prometerme, erradicar los fundamentos desta vana opinión, tras quien se dejan llevar los ambiciosos cortesanos, para lo cual comenzando, digo, a once puntos reduciré mi discurso, en los cuales he de procurar hacer probable mi impugnación. En el primero quiero que sepamos qué sea corte o palacio. Quizá por la difinición sacaremos la calidad de lo difinido.

Hermes Trimegestro

Examina la definición de la corte o palacio

La corte, pues, no es otra cosa que una junta o ayuntamiento numeroso, dedicado al servicio y culto de la majestad de la persona del príncipe. A esta es provocado el sabio libre como a una fuente de bien, porque le honestan el servicio con un celo de aprovechar a otro. Calidad, no lo dudo, tan digna del sabio cuanto es

⁵ De]

muy propia en Dios. Guisan lo amargo, precipitoso y escabroso del servir con lo suave del útil y del bien, como que no se acercase más al peligro de los rayos el que más que los otros se remonta. Proponen por reclamo los bienes y tesoros, de que la corte tanto menos abunda cuanto es más numerosa, siendo estas cosas menos estimadas del verdadero sabio cuanto él es más sabio. He aquí a lo que le convidan a la corte, de manera que por darlo a otro se le quitan a sí mismo, como dijo bien Filardo en la conclusión de su concepto, y aún tal vez a Dios, pues por hacerle servir al príncipe le hacen rebelde a la naturaleza, convirtiéndole de libre en esclavo y de hombre en jumento, siendo un^v simulacro en quien se representa Dios. Le constituyen en una figura, no para otra cosa fabricada que para adorno de la sala de un príncipe, que muchas veces como ciprés estéril otra cosa no tiene de grande que la alteza de su estado. La corte, dije, es un ayuntamiento numeroso. A⁶ allí invían al sabio a acrescer el número de los bufones, truhanes y aduladores. ¿Quién no se afrenta de que todas sus cosas sean comunes con los⁷ semejantes? Es un ayuntamiento numeroso al servicio de la persona. Hele aquí llevado a las bajezas. Tolerarlo ha el que nació a dominar el mundo y pasear los cielos y lo que más es, gozar la conversación de Dios. Platón tuvo por sacrilegio y blasfemia el aplicar a la matemática algún uso profano. ¿Que será, pues, aplicar al sabio a quien las matemáticas son su menor calidad, a la servidumbre, siendo el erario de los celestiales tesoros?

Veamos a quién ha de servir. ¿Acaso a la justicia, a la fortaleza, a la templanza? No, sino a la contemplación y apetitos de un príncipe. ¡Oh necio de ti, si permitiéndote robar a ti mismo, permites dedicarte al servicio de la persona⁸ de un hombre, que nacido entre las más viles corrupciones de la naturaleza no es otra cosa que una materia fluxible^{9vi} y caduca, a quien pueden llevar a los últimos extremos del horror un ventecillo destemplado y un vil gusanillo! Y esto en¹⁰ cada instante. Y que¹¹ en suma, es tan inválido a sí mismo que necesita de tu servicio y ayuda.

Un ayuntamiento numeroso al servicio de la majestad de la persona del príncipe, ¡oh desdicha grande de la pobre humanidad! No bastaba servir a la persona sino que también es necesario servir a la majestad del príncipe.

He aquí el estado substancial del mísero cortesano. Servicio de la fortuna, número al rebaño del servicio, pompa de la grandeza, espaldar o arrimo de una antecámara. Infelice de ti, ¿estos son bienes?

¿Serale honesto al sabio servir a un grande en aquel oficio que le sirven los alanos^{vii}, custodios de las grandes casas, los papagayos para las ventanas, las monas^{viii} o micos para las galerías? Porque ¿para qué efecto se substenta esta chusma, más que para pompa y aparato de la grandeza? Luego como un perro, un papagayo o una simia, pretendes tú ser entretenido y alimentado a honor y aparato, o por mejor decir, a hinchar a un hombre que, si le consideras bien, no tiene más en la nave desta vida que el timón. Si tú no vas a servir a otro, porque es más justo o virtuoso que tú, ¿por qué con tanto conato lo pretendes, porque es más rico que tú? Si tú eres sabio no necesitas al poderoso, porque el que lo es se contenta con aquello que basta a la naturaleza, la cual siempre le provee de

Seneca, *De brevitatis vitae*

Séneca, *Ibidem*
Lipsio 1, *Políticas*^{lxviii}
Luciano *De mercede conductis*^{lxix}

Aristóteles, *Magna Moralia*
Libro 4, *capitulo 3*^{lxx}

Inocencio *De contemptu mundi*^{lxxi}

⁶ Om. a

⁷ Las]

⁸ Om. de la persona

⁹ Flaxible]

¹⁰ A]

¹¹ Om. que

cuanto le es necesario.

Por manera que el sabio estima en más al rico que al justo o virtuoso, siendo así que la justicia y la virtud pueden hacer de un hombre de tierra un celeste espíritu, lo cual no pueden la potencia y riqueza material, con todo su poder y aparatos.

Si al sabio, teatro de la omnipotencia, espejo de la eterna sabiduría, idea de la perfección de los siglos y máquina mayor de la mano de Dios ha de ser lícito el servir, ¿quién le distingue, antes quien no le compara a un vil jumento? Ya veo que el humano ingenio ha hecho desiderable esta profesión, pero no suave su yugo. Si al sabio, que es el más perfecto parto de la naturaleza, ha de ser honesto, repugnar a la misma que le produjo, pues no por otra cosa armó de uñas y picos a las fieras y aves que para asegurar la libertad suya de los incursos de la fuerza, ¿qué ley obligará más a la observancia deste principio de movimiento y quietud, mezcla y separación de los elementos, sino la providencia divina, autora de toda naturaleza? Yo hago agravio a las fieras que hasta morir combaten por la conservación de su libertad. Mejor compararé este sabio con el hombre que más vilmente que ellas se subjeta a este miserable yugo. Si el sabio es el que lleno de gozo, tranquilo y constante vive vida divina, considérese cómo gozará destes dotes el que siempre ha de esta[r]^{ix} hecho blanco a la invidia de los menores, a los ultraje[s]^x de los mayores, a los peligros de la fortuna y a las dificultades de la obediencia, andando siempre afligido y temeroso o de conseguir lo que espera o de no perder en un momento, aun sin propia culpa, aquello que con tanto sudor, estudio y tiempo procuró conseguir y merecer. Dirase que vive vida divina, ¿quién no se avergüenza de servir a un hombre con aquella puntualidad que a Dios debería? Antes se dirá que el que se emplea más en servir al hombre que a Dios, que totalmente se olvida de que es hombre. Y aún lo que es peor, que acordándose se le olvidó luego.

No repara este miserable que esta desdicha le ha quitado y ocupado los oficios de la vida. Ni el cuerpo ni el alma obran según el entendimiento, según la libertad ni según la voluntad. Introdúzganse los mármores en la memoria destes, pues la suya es lo mesmo. Ellos tienen el alma en el cuerpo, mas no tienen el cuerpo para el alma; tienen tiempo pero no vida, pues no vive para sí el que de sí mesmo no se sirve, viviendo obligado siempre al servicio de otro. Como no puede decir haber navegado el que girando en varias partes, por procelosa tormenta sulcó todos los mares, así tampoco no se ha de decir haber vivido el que no ha empleado en otra cosa la fruición de la vida que en un desvelo y olvido de su mesmo ser, sin atender a sus daños.

Yo he reparado siempre en que la servitud fue dada por Dios al hombre por castigo desde la primera culpa. Y fundo mi pensamiento en la incontrastable verdad de las divinas letras. Fue condenada nuestra primera madre por la divina justicia a muchos trabajos y a dolores del parto, y por último grado de castigo le fue mandado que todo el tiempo de su vida sirviese a su marido. Aquí parece tuvo principio esta miseria, hija fue del pecado, ¿quién puede ser? De donde ningún siglo ni tiempo hubo jamás después del pecado, que no haya experimentado esta verdad. Y por eso los teólogos de la gentilidad, por boca del pastor Eumeo^{xi} dijeron que Júpiter quita la mitad del juicio a aquellos que se reducen a servir a otro.

Los que honestan el servir dicen que los sabios saben vencer aquellas

El servicio repugna⁶⁷ a la naturaleza del hombre, aunque no sea sabio

*Aristóteles
Metafísica^{lxxii}
Empídocles
Tolomeo*

*Séneca Ubi supra
Séneca
Epístola 60^{lxxiii}
Aristóteles⁶⁸
Libro 6*

*Génesis,
capítulo 3*

*Homero,
Ulixea 18*

⁶⁷ Repugnante]

⁶⁸ Ant.]

necesidades que no se pueden huir, que el vencedor no vencido de las riquezas sabe estar firme al austro borrascoso de las invidias, hecho un escollo en firmeza y un áspid sordo al encanto sin oír las lisonjas del sentido y las ternezas de los afectos. ¡Ah cómo es más fácil cerrar la puerta a los males que gobernarlos, el no admitirlos que moderarlos! He entendido de Salomón que el peligro del sepulcro es el olvido d'él. Yo no niego que el sabio sepa ceder a la inexorable robusticidad de la necesidad, a la cual ceden las mismas leyes, pero no sé cómo honestamente pueda ir a buscar a la misma necesidad antes de haberla conocido. Y, ¿cómo puede sabiamente gozarse de haber hecho necesario aquello de que Dios y la naturaleza le criaron exempto? Quien puede mirar todas las ocurrencias sin afectos, sin duda será seguro de los ultrajes de la violencia, pero ¿cómo mirará todas las ocurrencias sin afecto, el que por un afecto da de ojos en estas ocurrencias? Si el sabio sirve, acaso será sin fin propio y consiguientemente sin afecto, pero no confesaré que el tal es sabio. Si tuviere por fin el propio útil o el ajeno, tendrá siempre consigo un afecto, o por más claro una pasión que atormentándolo le haga conocer de la aspereza del camino, la incerteza del puerto, y con dolor, sintiendo lo presente, suspirando lo pasado y temiendo lo por venir, no podrá escusarse al llanto, por la perdida quietud o la cuasi desesperada felicidad.

Confórmome con Epí[c]teto^{xii}, que dijo que necesitado el sabio a ceder a la guerra, a la enfermedad, a la pobreza, nunca pecara de inconstante ni afeminado. Hambres, incomodos y heridas son los expositores de la fortaleza y generosidad suya. Pero sé decir con Séneca que es de necios el buscar la enfermedad, la guerra y la pobreza, pudiendo vivir conforme a la disposición de la naturaleza, que tiene por sus enemigos aquellas cosas que oprimen este individuo suyo, por cuya conservación ella suda y se fatiga. Pero si de los sabios es conocida y confirmada por una estulta locura el buscar y desear estos males, ¿por qué no será también el buscar la servitud, siendo el epílogo de todos?

Ella es una guerra entre la razón y el sentido, la una llama al sabio a sí mismo, la otra arrastrándole y empeñándole a los afectos de aquella imaginada prosperidad, que son prometidos de la misma servitud, gloria, poder, honor y riquezas, le saca de sí mismo.

Ella es una enfermedad que constituye al paciente inválido y inepto a mover un pie por sí mismo. Pobreza, miseria y calamidad incomportable que constituye al triste cortesano tan mísero y desdichado que no posee la propia vida.

Alabo mucho el avisar al sabio la fortaleza destes males, el componerlo ansí que no sienta las miserias, o que a lo menos las sienta como accidente y no como las mismas desdichas.

Deseo también que por ningún caso le juzgue más necesario a otro que a sí mismo, como el que no debe juzgar miserias aquellas cosas que no pasan a ofender más del cuerpo, despojo más propio de la naturaleza que del sabio. Pero esta es una sabiduría que no se halla a cada paso, es más para imaginada que para practicada. Una cosa es pintar a un hombre con la pluma y otra cosa es practicarle entre los afectos. ¿No creemos que la humanidad del mismo Cristo sudó sangre entre las congojas de la carne? Un hombre que es insensible a los afectos y que hace rostro a las desgracias sin duda ha dejado de ser hombre. Pero sepamos quién es el que viviendo en carne obra estas maravillas, y alabarle hemos.

Ello no es cierto que el cuerpo es peso del alma sino compañero y consorte. Ella jamás querría dividirse d'él, más bien sí ser separada, mas como esto ha de ser

Responde a ciertas razones estoicas que facilitan el servir Séneca *De Ira*, libro I, capítulo 3

Proverbios

Plutarco, *De rebus nat*^{lxxiv}
Eurípides et Tito Livio *Décadas*, I libro 6^{lxxv}

con tan rígidas angustias, aborrecidas de la naturaleza, que por no llegarse a esta lacrimable separación, está siempre temerosa y sospechosa de los asaltos de la muerte. No vio como estos Atlantes fortísimos acometan¹² valerosos los trabajos como las bonanzas. Ni tengo por pequeña industria el saberlos huir. Y si es así que más veloces que nosotros caminan, yo tengo por grande maravilla el componerse así que no se caiga primero por temor que por dolor. Huelgo de que enseñen al hombre lo que debe hacer combatiendo, pero pésame que lo lleven al campo a combatir.

Todos los preceptos estoicos son raros y por eso caros. Deseo yo al sabio un preservativo, no una medicina, pues sin duda es muy cruel el médico que por hacer experiencia de una complexión la conduce a la enfermedad. Porque, ¿no es mejor preservar al sabio de las insidias, de las invidias, de los apetitos, del interés, del furor, de las pasiones, de los incursos de la fortuna, de los peligros de la corte, que obligarle a pelear con aquellos enemigos que no solo le combaten, mas le insidian? Sin duda es una ánima beata la que ceñida con la prosperidad de la fortuna posee no como suyas las riquezas. Pero ¡ay, que es muy fácil dejarse corromper de la batería de la prosperidad! Grande es aquel que entre estas ocasiones sabe gobernarse sin caer, pero más seguro se vive en lo llano, en el cual o no se da caída o por lo menos no se da precipicio¹³.

No son estas cosas para olvidarse, no porque sean malas pero porque pueden hacer malos. La razón es muerta donde los afectos han hecho el asalto. Necesario es fortificar los términos, porque después que el enemigo ha asaltado la ciudad no acepta las leyes de capitán ni se allana a partidos. No es vileza de ánimo huir la guerra, pero es lo huir en la guerra.

El sabio es sabio, pero también es hombre. La victoria de los afectos se consigue huyéndolos. El que quiere vencer los de amor con ojos, será despojo de amor. El que quiere oprimir la ambición con la adquisición de muchos tesoros verá a su corazón encerrado en el tesoro mismo. Es muy de mariposas necias ponerse a burlar con la llama. No faltan monstruos en que el sabio se ejercite, muchos le sobran a este Hércules. Los estragos de su gloriosa mano son bastantes para adornar los teatros de la eternidad. No le pueden faltar ocasiones de combatir al hombre, cuya vida toda es una guerra.

Job,7

En suma, yo no confiara mi sabio a la corte. Muy grande parte tiene en el dominio¹⁴ desta humanidad esta humanidad. Muy grandes tentativos son los objetos de los que se reputan felices el engaño de la prosperidad, que siempre se muestra tan vecina como se hace desear apartada. «¿Queréis que os enseñe — dice Séneca— una cosa muy salutífera? Pues no converséis con los disímiles a vuestra naturaleza, deseos y inclinaciones». Mucho puede el mal ejemplo y la práctica con los malos, porque es necesario o aborrecerlos o imitarlos, y lo uno es dañoso como lo otro peligroso. Y cuando más no fuese, y que el sabio invencible de ninguna destas cosas pudiese ser corrompido ni persuadido, será a lo menos titubante, hallará en sí diferidas si no impedidas y extinguidas sus buenas operaciones. A tanto obliga el servir y la ocupación de la vida del mísero cortesano.

Seneca *De
brevitate
vitae,
Capítulo
último*

Yo sé que ninguna cosa podrá mejor disuadir el ministerio servil que el pintarlo y describirlo, pero no tengo ingenio tan pacífico que sin enojo pueda tratarlo, ni corazón tan enemigo de la humanidad, que me obligue a instruirlo con la

Séneca
epístola
32^{lxxvi}

¹² Acometen]

¹³ Principio]

¹⁴ Demonio]

detestación misma. Acaso o hombre atemorizado de la fealdad suya, te retirara los sentidos d'él. Pero yo quiero que tu libertad sea trofeo de la razón y no de los sentidos.

La corte, como hemos visto, es una congregación numerosa, ordenada al servicio de la persona y majestad del príncipe, de donde yo muchas veces ando investigando cómo sea posible que entre una congregación numerosa se espere autoridad felice, y cómo se pretenda dignidad entre los pies de los caballos de la servitud. El oficio del que sirve es la obediencia, efecto de la voluntad no tanto concurrente cuanto vilipensa [sic]. El lugar donde se sirve es una cámara, no un teatro, donde no puede el príncipe constituirte en dignidad, teniendo necesidad de ti en las ocurrencias de su persona. Dirás acaso los méritos de mis largos y exquisitos servicios me conducirán al colmo de la gracia, que pasándome del servicio al ministerio y comunicándome la potencia, me pondrá en términos hábiles de ejercitar la virtud en conmodo^{xiii} y utilidad de la república. Y si yo no espero luz de la lumbre y bien de la fuente de los bienes, ¿de dónde puedo esperarlo todo?

La práctica, sabio mío, ha mostrado los contrarios efectos, siendo ordinario aforismo de los príncipes mantener siempre al criado necesitado de su favor, y más cuanto más ellos necesitan de su servicio. No quieren que el cudicioso corra a gozar de aquellas comodidades y premios que le enriquezcan tanto cuanto empobrezcan al señor, privándole de una vez del conmodo que él sentía de tan puntual servidor. Como las hormigas roen el grano de aquella parte por donde comienza a brotar, en orden a que con sus aumentos no se haga inútil para ellas, así los príncipes detienen los premios a sus criados, porque siendo ricos, no hagan como dijo un príncipe sabio viendo que ciertas aves necesitadas bajaban a rescibir el cebo casi de la mano de unos marineros, y apenas lo habían conseguido y satisfecho su hambre, cuando se volaban, dijo “así hacen mis criados, luego que han acomodado su fortuna, me dejan y se van”. He aquí el estado infelicísimo de la corte, en la cual quien mal sirve no tiene que esperar ni le queda más que desesperar a aquel que sirviendo bien nació, no a gozar los premios de sus servicios, sino para acrescer el número de los tesoros del príncipe.

Concedo también que el que está más cerca del fuego abunda de más luz, mas hallo también que el fuego de los grandes príncipes, es un fuego de llama que aunque resplandece, consume todo lo que se le acerca.

Demás, que aunque la potencia fuese la verdadera fuente de la luz, quién ignora que la luna recibe tanto menos¹⁵ esplendor cuanto está más vecina al sol, que si es verdad que se la da entonces es hacia a sí mismo y a su respecto, y de forma que no puede comunicarla más de en servicio del mismo que se la da. Conveniencia es acercarse al poderoso como al fuego, pero ha de ser ni muy cerca por no abrasarse ni muy lejos por no helarse, porque también concedo en la naturaleza de los príncipes que para gozar sus favores ni se ha de estar con ellos ni sin ellos.

Fue establecido por aforismo en las divinas letras que se viva lejos de la potencia el que no quisiere estar en continuo temor de la muerte. Muy peligrosa es la vecindad de aquel, que si se reputa por fuente del bien, ¿no se repara que cuando sea tal, es una fuente que causa sed ostentando las aguas que no reparte? Pocas veces redundo, y si lo hace es con peligro de anegar, no de refrigerar. El tocarla

La calidad de las cortes, lo difícil del premio, la naturaleza del sabio y la utilidad de la quietud del sabio.

Det[es]ta^{lxxvii} el servir y responde a algunas razones aducidas en contrario

Eclesiastés 9

¹⁵ Más]

es casi imposible, y sin casi peligroso, porque quieren los señores que siempre te reconozcas^{xiv} obligado a sus mercedes, y no del ingenio o merecimiento tuyo.

Estiman ellos por merced grande el permitirse servir de ti y no me espanto, pues ve cuantas diligencias interpones para conseguirlo.

Por todas estas cosas no comprehendo qué fuente de bienes sea esta. Si bienes del ánimo, ociosa cosa es buscarlos en la corte donde es el receptáculo de todo fraude y de todo vicio, meretriz que a los más sabios corrompe. Si de fortuna, averigüemos qué bienes tiene esta para deseados del sabio, que se sienta sobre la fortuna mesma. Si me dijeres que es verdad que el sabio no desea, como aquel, que no necesitando nada está contento de sí mismo, ¿De dónde nace, pues, querer introducirle a la corte? Si él atiende a la grandeza por hacer mayor el poder de la virtud con mostrarse bien visto a todos, él llama los accidentes a servir, no ayudar a la sabiduría. Si él piensa que la virtud, para iluminarse, necesita de ser levantada como antorcha en público, él reduce a la pobre virtud a mendigar los rayos de la fortuna, como que ella no fuese poderosa por sí misma a levantar los rayos de su excelencia hasta los mismos cielos. Es un sol la virtud que da luz, no la rescibe. Es un mar a quien toda fuente restituye, no presenta.

Demás, que cuando estos fuesen bienes o el sabio los necesita o los apetece, si los necesita el servir es un medio muy largo y casi más incierto, ¿qué dije casi? Incertísimo, y aun peligroso. Si apetece, no es sabio, porque el sabio es aquel Dios terreno que contento consigo mismo, nada que esté fuera de sí desea. Puede padecer, no apetecer sujeto a los sentidos, mas no secuaz. Aquellas cosas, que son fuera de mí, no me pertenecen, dijo el oráculo de los estoicos. Conmigo está lo que me puede beatificar. Si me contento de aquello de que tengo necesidad, me contento de poco. Si quiero más de lo que necesito, pido más de aquello que le conviene desear al sabio. Son cargas, no ornatos; ocupación, no empleos; cuidados, no tesoros, estas que el mundo llama riquezas, oficios y dignidades.

El oficio propio del sabio es el vivir a sí mismo con una tranquilidad a sí útil y operosa, que este ocio toda negociación adelante, árbitro¹⁶ de sí mismo y de la propia vida, que siempre es larga, si siempre propia, no inútil al público bien, si útil con la sabiduría de sí mismo. ¿Os parece que no tiene con qué ayudar al príncipe y al público el que rectamente viviendo enseña a vivir honestamente? Tanto es más pública cuanto es más particular la vida del sabio. Es el erario público el ocio suyo, de las resultas del cual proceden los consejos, los magisterios, las doctrinas y los ejemplos, tesoros que se extienden a todos los siglos. Bien haya quien le llamó ley animada. Más refrena él con el¹⁷ ejemplo y con la severidad de su aspecto que la justicia con el rigor del suplicio. Escriben los abderitas^{xv} a Hipócrates, suplicándole fuese a curar a Demócrito, y decían para obligarle que enfermo aquel hombre, todas sus leyes estaban enfermas^{xvi}.

Internándonos un poco más adentro, veamos si esta mi doctrina es quimera estoica filosofada o experiencia del uso en la naturaleza practicada. Pregunto, ¿cómo debe el sabio aplicarse al servicio del príncipe, llamado o solicitándolo él? Si esto último, necesidad tiene de muchos ruegos y intercesiones para llegar después de largo tiempo y dispendio de vida a merecer la entrada a la gracia, necesaria para levantarse¹⁸ a aquella grandeza que él entiende ejercitar en el consejo del príncipe y beneficio del público, en uno y otro con el ejemplo. Yo sé que su valor habrá de interponer muchos medios para alcanzarlo. Y esta es la

Séneca
epístola
59^{lxxviii}

Alexan. Ap.
Laer. In
Dioge [sic]

Epi[c]teto

Séneca,
epístola 12

Séneca *De
brevitate
vitae*

Hipócrates
in *Epistolae*

Da el daño
del tiempo
de la vida
calidad,
peligro del
servicio.
Examina la
naturaleza de
los príncipes
y abomina la
corte
Séneca, *De*

¹⁶ Arbitrio]

¹⁷ Om. el

¹⁸ Levantase]

peor de las servitudes, esto es, comenzar a tener necesidad de la fortuna. ¿Y qué se sigue a esto? Vida ansiosa, tímida, insidiada, pendiente del caso, y obligada al momento.

¡Ay del sabio, que con esto no hace una basa estable a la vida y a la virtud! Él funda en lugar falso y movedizo y muy peligroso de ruina. ¿Parécete, oh sabio, acción de tal expender la parte mejor de tu vida a adbitrio de la fortuna? ¿No reparas que este vivir para otro es morir para ti mismo?

¿Por ventura no es esta vida tuya el sentido de aquella pintura que se celebraba¹⁹ en el templo de Plutón?

Cuenta Plutarco que estaba pintado en un cuadro un hombre, que muy oficioso atendía a tejer una cuerda de esparto, y cuanta él tejiendo echaba a sus espaldas, iba devorando un famélico jumentillo sin que advirtiese en ello el miserable. ¿No te avergonzarás de que esta vida tuya sea consumida de un hombre que las más veces puede ser simbolizado si no excedido de semejante bruto? ¿Te has por ventura olvidado de cuántas veces maldijiste de Alcides, que se había reducido a usar la rueca en el regazo de Onfale^{xvii}?

Si tú vas llamado, todos aquellos que al príncipe te conducen, te llevan robado a ti mismo. Y si te llevan al servicio de la persona, te llevan a un ministerio no solo indigno del sabio, pero de todo hombre. ¿Por manera que por servir el corpezuelo terreno de otro has de divertirte del servicio celestial de tu entendimiento? Quitando tú como sabio los aparatos que la fortuna prestó a aquel hombre a quien vas a servir por estar en opinión de su grandeza, ¿qué otra cosa experimentarás en él cuando le consideres despacio sino un mezquino, salido a esta aura, desnudo, entre lágrimas, un asco de la naturaleza, tan opuesto a las miserias del caso, enfermedad de la naturaleza y certeza de la muerte como tú u²⁰ el otro, con nada más o menos que los demás hombres, y si tiene más que los otros, son cuidados que mientras en más altura, mayor ruina le amenazan, y cuanto nació en más sublime estado, nació también a mayores fortunas? ¿Será bastante un despojo de la muerte, caduco y terreno, para ocupar en su servicio a la sabiduría? ¿Y qué quiere significar este servicio de la persona? ¿Es otra cosa más de una asistencia oficiosa, impedida y atormentada, dedicada a los afectos del príncipe y por esto inconstante, voluntariosa, ansiosa, y trabajada, insidiada por la fortuna, opresa, y despechada por la mayoría pretendiente, superba, despreciada y ingrata? A la comunicación destas cosas, que cualquiera dellas es muy a propósito para fundar un infierno, ¿te parece caso honroso correr tan desalado a obtenerlo? ¿No te duele mucho, dime, el obligarte a perder aquella libertad por cuya recuperación el más mísero esclavo opone el más precioso peculio^{xviii} suyo, robando no menos al sueño que al vientre su derecho?

Algunos se persuaden no son siervos, porque no son de aquellos vilísimos que por el prescio de un corto estipendio adulan al dueño, sirviéndole en indignos ministerios, estimándose porque no sirven, sino en cosas graves, creyendo que la eminencia de los oficios los haga mayores en el honor que en servitud. ¡Ah, que la distinción del siervo grande al pequeño no supone libertad!

No puedo dejar de acordarme en este lugar de que una vez, llevado a servir a un príncipe, pasé por un compartimiento donde unas cadenas coligaban unas medias columnas, formando una espaciosa lonja. Hallé la puerta entre abierta por ser de noche, la cual de otra cadena estaba detenida porque del todo no se abriese, obligando a los que por allí entraban a bajar la cabeza. Por no

brevitate vitae,
capítulo
15

Antonino,
libro *De vita sua*, libro
6^{lxxix}

Plutarco, *De tranquillitate animi*^{lxxx}

Séneca.
De brevitae vitae,
capítulo 7

Aristóteles
in *Arriano*,
Apot. Libro
3, capítulo
26
[sic]

¹⁹ Celebra]

²⁰ O]

encontrarse en ella, y despertando el genio bueno, consulté conmigo mismo cuál debiera de ser el estado de aquel palacio, que por todas partes ofrecía prisiones y cadenas, y entrando con la cabeza inclinada para no encontrar la cadena de la puerta, juro a mí mismo que se me representó a los ojos la infelice salida que hizo el ejército romano por bajo de las horcas caudinas^{xix}. Suspiré pensando en la diferencia de los siglos, que constituyó detestable a un ejército valeroso el pasar por debajo del yugo de la libertad, cuando yo tenía por fortuna felice el inclinarme a una cadena por llegar a perder la libertad, no menos que del a[l]bedrío^{xx} hidalgo. Dio a entender el prudente arquitecto con aquella encadenada entrada que la fortuna del grande primero quiere ser reverenciada que conseguida, ensayándose en el rendir a los primeros pasos el cuello a la cadena, que es la primera cosa que antecede a la grandeza. Pero si te llaman al gobierno, al consejo y a los advertimientos, guárdate, que aquí es donde está abscondida la sierpe. No hay bestia en el mundo más indómita y que menos se permita manosear que un hombre felice y constituido en dignidad. Lino, excelente músico, fue muerto por Hércules, por haberlo (como maestro) reprehendido de ciertos errores por él cometidos en el ejercicio de las lecciones. «El dar leyes a gente afortunada es peligroso ministerio», respondió Platón a los cirinenses que le pedían quietase su república. Difícil cosa es dar consejo a los grandes, con cuyo poder vale poco la razón, porque la juzgan más poderosa a impedir su potencia y libertad, en cuanto los obligan a obedecer lo honesto. Si ofreces el consejo eres importuno, si le das pidiéndotele o dices la verdad o no, si no la dices, ya dejas de ser sabio, antes eres traidor a tu príncipe. Si la dices acaso le ofenderás como a quien pide muchas veces consejo más para aprobar y autorizar el suyo que por saber ni elegir el ajeno. Jerges^{xxi} quiso pasar a la Grecia²¹. «Aconsejadme», dice, «lo que debo hacer. Pero pensad primero que os estará mejor obedecer que consultar». Experimentarás si discordas, atenuada y precipitada en un instante tu ingenuidad por tu consejo tan estudiada y maquinada por largo tiempo, para llegar hombro a hombro con la gracia. Dijo Galo^{xxii}, un orador de aquel que hablaba con valor romano a Tiberio, «la libertad deste le encamina al precipicio», bien pueden testificar Asinio Galo^{xxiii}, Calístenes y otros muchos. Búrlase con la muerte el que se obliga, y es necesario que se obligue el sabio a tratar verdad con el príncipe. Alguna vez será mejor la muerte que ser hombre de bien con el poderoso, porque esta bondad y libertad muy de ordinario hace perder con la vida la buena fama, joya más estimable que todos cuantos bienes a la corte pueden llamarte. Las diligencias dan en importunidad, las discordancias de la justicia se reputan rebelión, los remedios prevenidos para aplacar los errores del príncipe son sospechados máquinas opuestas a los disinius del principado. Muy confinante está allí la virtud con el vicio, pues muchas veces se toma uno por otro. Ya tú sabes a lo que se subjeta aquel miserable que comienza a ser mal visto.

¿Pero cuál será el estado del sabio en la corte? Si no fuere favorecido, padecerá cosas indignas de sí mismo, y por ellas de ser reputado, de quien huyéndolas el cuerpo puede con otros mejores medios de gloria y de valor rescatar a la pobre virtud de las afrentas y burlas de la ignorancia. Quien quiere subir al sumo es imposible dejar de volver a descender a lo ínfimo. Ningún estado está más sujeto a la emulación cuanto el del valido. Y el que quiere saber cuánto puede la invidia y la persecución de los émulos en la corte, se

Tito Libio, I,
libro
Décadas^{lxxxix}
9

Plutarco
quod
Princeps
combeniat
esse doctum.
Aeliano
Libro 3

Manuti in
apot [sic]

Tácito,
Annales 2.

Proverbios

Séneca

Prosigue
examinando
las calidades,
tiempos y
fines del
servicio
Ripa in
Iconologia,
verba
invidia.

²¹ Gracia]

informe de las sagradas letras. Aquís, rey de Gat^{xxiv}, se confiesa por bien servido de David, y le publica por bueno a los sátrapas de los filisteos, émulos suyos. Pero despediéndole de su servicio, le dijo “el cielo sabe cuánto te estimo, pero estos que me asisten no te pueden ver”.

Regum
capítulo 29,
libro I

La corte se viste de tornasoles. El estado desta nuestra inestabilidad no permite larga continuación de estado. Además que esto o será en obras o en palabras. Si en estas, ¿de qué importancia, qué premio se le sigue a la virtud ni al virtuoso con alabar sus acciones? ¿Con [qué] medios ayudará esta virtud a beneficiar si este es el fin único que al sabio lleva a la corte? Si en obras, ¿cuáles otras pueden ser, que las ya mencionadas, a saber, potencias, honores, glorias y riquezas? ¿Estos, pues, accesorios o impedimentos de la humanidad serán de tanto valor que aprecien tu libertad, tu tiempo y tu vida? Pero veamos, ¿qué edad es la que tú llevas a la corte y gracia del príncipe? La juventud aún no es capaz, por no lo ser de la prudencia, del mérito, prudente al servicio y al ejemplo, raros medios para llegar al crédito, que acerca^{22xxv} del príncipe es el padrino del favor. Y no sé cómo pueda soportar la naturaleza oficiosa en beneficiar al sabio, que él viva una docena de años en la corte, esperando a darse a conocer, no digo a conseguir el favor. Pero, en fin, esta pasciencia es necesaria porque el que no es tolerante huya la corte, la cual es como la palma que gasta diez años en criar una raíz primero que brote una hoja. Pues entretanto, sabio, ¿qué vida será la tuya no ocupándote en más que vivir? Serás, como dice Constantino, la polilla y el roedor ratón de palacio.

Boecio. *De*
Consolatione
philosophiae

Aristóteles,
Ethica

Si aguardas a la vejez para ir a servir, supongo que serás prudente. Pero ¿cómo lo será el que se reduce a servir en la vejez? ¿Ni cómo será bueno que el tiempo de tu reposo legastes²³ por inútiles o por indignos fines, dedicándole al ministerio de piloto de la ajena nave a la hora que la tuya llega al último puerto de tu navegación? ¿Y qué cosa hay más vergonzosa que tratar de comenzar a servir cuando se va acabando el vivir? ¿No es indigno de ser nacido el que habiendo sabido vivir libre, no sabe morir suyo? Ah, qué bien dijo el apóstol: «estos sabios solo piensan a la vanidad, Dios los conoce bien».

Si la media estación de la vida juzgas oportuna para hacer esta embarcación por este vasto Egeo^{xxvi}, dime, de gracia, ¿por qué quieres expender o desperdiciar la parte más útil de la vida por comprar la gracia a aquella potencia que en virtud de tu solícito servir conquistaste cuando, aunque fuera un tesoro, faltándote la vida, no pueden ser gozadas, y sobrándote, se te han de quitar en habiéndote reducido a la vejez inútil y impotente a proseguir los servicios? En consecuencia desto es que te será forzoso perder la reputación de la antigua destreza, vivacidad y aptitud de ingenio, siendo bastantemente claro cuánto con la edad caduca el ingenio y cuánto la vejez traiga consigo de defectos incomfortables y enfadosos a la fortuna del grande, a quien causan náusea los impedidos a su servicio como los necesitados y inmundos al avaro. ¿Será, pues, lugar para un sabio aquel donde se tiene por milagro el llegar a ser viejo²⁴ y donde no se puede efeturar este milagro si no es aquel, que como dice Séneca, negocia dando gracias por agravios, cosa tan indecente a la sabiduría, cuando ella misma aconseja al sabio que no sea sobradamente humilde en la misma sabiduría, a causa que la ignorancia no prevalezca contra ella? Dijo el griego Paladio^{xxvii} que es mejor sufrir a la fortuna que oprima, que no a la insolencia

I *Corintios*
capítulo 3
et Salmos,
93

Séneca, *De*
la ira,
capítulo 2
Proverbios,
26
Páldas,
Epigrama 2

²² Cerca]

²³ Ligases]

²⁴ Visto]

que atropelle.

La corte no es otra cosa, como ya dije, que una congregación numerosa, ordenada al servicio de la persona y majestad del príncipe, de donde vengo a dudar que donde se hace congregación o junta de muchos se pueda esperar mucho bien. Pero ya no dubdo nada cuando veo que se debe temer mucho mal donde no se va más de a hacer número y número de gente servil, tal que no rehúsa de inclinarse, y poco menos, como dijo Filóstrato, de idolatrar, no solo a la persona de un hombre poderoso, que no es más que hombre ejemplo de la imbecilidad, despojo del tiempo, juguete de la fortuna, imagen de la inconstancia, trastornada balanza de la envidia, y en lo demás todo flegma, cólera y podredumbre. Ansí que como un nido de golondrinas, compuesto de paja y lodo, cualquiera lluvia^{25xxviii} que lo rocíe, lo precipita y resuelve en nada, aunque le vista la majestad, que no es otra cosa que una opinión que el más poderoso introdujo en los ánimos menores de ser más que ellos. Y quien bien examinare su ser, hallará que no es más que una luz deificada de la ignorancia. Si algunos piensan que de la necesidad de los inferiores, deseando esta fortalecer su ambición o temiendo el detrimento de su gloria, se esfuerza a implorar la potencia en que viéndose como adorado, juzga como el jumento de Esopo^{xxix}, que aquellos honores son conferidos a su persona, que se hacen a la diosa de que va cargado. Pobre potencia, si no adviertes que estos deseados honores son no solo vergonzosos y simulados, mas dañosos y peligrosos, pues no caminan a más que a corromper la buena intención del príncipe, para que lisonjeado y obligado, permita o perdone la culpa y dé acatamiento a la ambición y al deseo desordenado.

¿Qué cosa tiene el príncipe de propio, que lo manifieste mayor que al súbdito? Acaso las riquezas y la potencia, bienes propios de Dios, en los cuales si el príncipe quiere ser justo, no tiene dellas otra cosa que la administración, y si no quiere serlo, no halla más que servitud, insidias²⁶ y precipicios. Agora ²⁷, si la injusticia, la ambición²⁸, ²⁹ el desordenado deseo han hecho al príncipe soberbio de majestad, allí donde se sirve a la ambición, a la injusticia, ¿ha de humillar el cuello al yugo ³⁰ aquella sabiduría que es un vapor de la virtud y un espejo de la majestad de Dios? Y si aquella majestad asombrada otra luz no tiene que la que la opinión le da, ¿no será más de topo, que águila el ojo, que a su vista se deslumbra? Y si el sabio no ha de ser el que conozca y distinga lo real de lo aparente, ¿cuál es la sabiduría que admira el siglo y adoran los inmortales? Mas, ¿qué tiene que hacer el sabio con el príncipe? Por ventura no teme la fuerza del poderoso, ansí porque no tiene la conciencia manchada, que es la madre del temor, como porque no es tan inclinado a lo terreno que haya de temer la violencia, ligero daño, si puede soportarse, y si no breve y transitorio. El sabio no busca ni apetece en el grande la fortuna o la dignidad, supuesto que no se halla necesitado. Vese ansí rico, que no se conoce, sin saber qué desear. Si se inclina al grande, le considera tanto más pobre que a sí mismo, cuanto es más pobre aquel a quien falta lo que a él le sobra.

Por algunas flaquezas del servir y algunos defectos de la potencia, retira a el sabio de la corte, y le amenaza peligros a el alma, como a la vida

Filóstrato, *In vita Apolonis*, l. 7⁶⁹, capítulo 13

²⁵ Lluvia]

²⁶ Incidias] [caligrafía dudosa]

²⁷ Add. Pues

²⁸ Ambicon]

²⁹ Add. o

³⁰ Add. De

⁶⁹ I]

¿Y quién no sabe que la pobre grandeza, insidiada y opresa de la propia condición, es tan mísera que no solo tiene necesidad del propio hombre y del mismo sabio, pero de los ir[r]acionales brutos, perros, caballos y demás bestias, y aún de las cosas inanimadas como estatuas, piedras, oro, púrpuras y tesoros, de que es tan menesterosa la potencia, que le son más genitores suyos que aparatos, pues sin todo ello no puede representarse? Ella es tan mal fundada e imperfecta por sí misma, que de cualquiera, aunque mínima cosa, va mendigando esplendor y decoro.

No hay avecilla que vuele por el aire, no animalillo^{xxx} que produzga la tierra, ni pece^{31xxxii} que sulque las aguas que ella no desee, apresciéndolas para adorno de su soberbia ostentación y saciedad de su gula. Navegan los indios papagayos y los simios se vienen de Etiopía. Regálanse los caballos para ornar³² la grandeza de los príncipes y grandes, que a veces están tan ciegos del esplendor de su fortuna que solicitan y procuran mejor comodidad a estas peregrinas bestias, que descanso, aumento y premio a los atentos³³ servicios de sus criados. Antes se ha ya visto alguno que conducido a la corte, atraído³⁴ de la aparente benignidad de un príncipe y de la presunción del propio mérito persuadido, no menos que de ocupar la administración ansí de los secretos como del erario del señor, y hallarse ayo de un papagayo o de un simio^{xxxiii}, o^{xxxiii} cortejante³⁵ de un perrico a cuyo adbitrio y ocurrencias ha menester asistir con tanto afecto y negociación que ninguna cosa podría servirle más eficazmente a una seguridad de conciencia, libertad de entendimiento y un desprecio desta vanidad que el hallarse un hombre de bien embarazado en el servicio de tan inútiles animalejos. ¡Oh infelice estado el del mísero cortesano, reducido a menor estimación que las bestias, pues le constituye su desdicha a servicio suyo!

No es ya tal el sabio, que no ve fuera de sí mismo cosa que le pueda hacer más estimado, y si tal vez atiende al esplendor de lo extrínseco, atiende a los aparatos de la real casa en que se aposenta su entendimiento, la adorna y compone con los arreos de las virtudes, los cuales son eternos y no corruptibles. En esta sí se ve la majestad de la sabiduría, que ejerciendo el ceptro de la razón, modera la turba de los afectos, y tranquilando^{xxxiv} el ánimo entre las delicias de lo honesto, le rinde contento de su estado, principado más que otro felice, siendo siempre obedecido y más que otro sobrado y rico, si jamás desea ni apetece.

Será lícito que este hombre de bien corra a la cadena de aquel que es tan pobre y infortunado que no puede vivir ni gobernarse si no hace esclavo suyo al prójimo, que no tiene más tierra propia que su cuerpo. ¿Podrá, sin nota de vergüenza, dejarse conducir a aquella, que como dijo el trágico³⁶, fue siempre receptáculo de todo fraude y de todo vicio? Esto es la servitud. En este teatro no entran a combatir por lo ordinario, si no desesperados, ambiciosos, bufones, truhanes y muchas veces sujetos peores. Él es un teatro de gladiadores^{xxxv}, no de regocijos. La fortuna es la que conduce al campo, la esperanza la que mantiene a los combatientes, el tiempo el que los vence y entrega a la penitencia, y la vergüenza³⁷ quien los saca del campo, los cuales pesarosos y amargos de haber

Boetio, De

³¹ Pez]

³² Adornar]

³³ Add. Y fieles

³⁴ Add. Y obligado

³⁵ Cortesante]

³⁶ Trásito]

³⁷ Venganza]

primero arribado a la muerte que a la pretensión³⁸, sin haber gozado de la vida, no se pudiendo afirmar³⁹ que vive el que ejercita la vida, empleándola en viles actos hasta que arriba a la muerte, de quien fue el principio el día del nacer y el fin él en que se muere. Catulo llamaba a Nonio^{40xxxvi} por sobrenombre «estruma» o «chusma», que quiere decir «concurso⁴¹ de hombres bajos». Y Filipo el Grande de Macedonia, habiendo edificado en Tracia una ciudad, llenándola de la peor gente que pudo escoger en todas las ciudades de su reino, la puso por nombre «Ponerópolis», que quiere decir «ciudad de hombres soeces». De razón podemos llamar estruma o Ponerópolis la corte, si el uso del mundo no hubiera obligado a muchos buenos a servir en ella, y si la piedad de muchos grandes no hubiera ejemplificado que todos los cortesanos no sirven a malos príncipes.

En suma, yo concluyo que son incompatibles por naturaleza el sabio y la corte. No es sabio el que no estima la justicia de su conciencia y se destierra de la corte, el que⁴² la tiene en estimación. «Salga de la corte el que quiere vivir pío», dijo⁴³ Lucano.

Que el cortesano deba ser prompto al servicio del dueño en toda ocasión está introducido por honesto y está en lugar de virtud, escribe Publio Siro⁴⁴, el pecar por su rey, pues ha de ser el criado ejecutor y no censor del mandato de su dueño, porque la vergüenza está desterrada de la corte como mal ministro de la voluntad de los príncipes. Corriendo el sabio a servir se aparta desta seguridad de conciencia, y si no quiere servir que se vaya para sabio a encontrar en un gran peligro con todas sus esperanzas. Acusa al señor de injusticia y parece que ostenta a sí mismo por más hombre de bien⁴⁵ aquel que recusa^{xxxvii} de servir al no decente. Si él quiere retirarse, no halla segura la salida porque la contumacia de la corte es mortal, y porque toda mudanza de vida es peligrosa, siendo caso forzoso el servir en la escena a que es introducido a la grandeza, porque conociéndose el grande descubierto del sabio por reo, teme de⁴⁶ ser publicado por tal, de donde por asegurarse del mal nombre, deseará un sepulcro para guarda del silencio de aquel.

Y no se aduzga aquí por excelencia que el príncipe tenga al sabio por amigo y no por siervo, que Calístenes come cuando quiere Alejandro y no cuando quisiera Calístenes^{xxxviii}. Bien se conoce si convive o sirve quien come, duerme, camina, estudia, y lo que más importa, muchas veces sirve también al altar a adbitrio de su señor, hombre y casi fiel «ad Placitum». Pídase pues a Polixeno^{xxxix} Dialechio^{xl} qué sentían los príncipes de la conversación del sabio. Gloriábase una vez este de haber convencido a Dionisio con muchos argumentos, de que el tirano respondió⁴⁷ enojado: «verdad es que me has convencido con palabras, pero yo te convenceré con obras, obrando ansí que despreciándote tú a ti mismo y tus cosas propias, me sirvas a mí y a las mías».

Pero aún de las especies propias del servir se puede sacar la condición del pobre

*consolatione
philoso-
phae*, libro I,
Proverbios,
4
Plutarco
Apos
Salva.
Joan. Salub.
Capítulo 10,
libro 5
Publius [sic]

De las
especies de
servicios; de
los términos
del cortejo.
Examina la
necesidad de
adular y
abomina la
corte

³⁸ Posesión]

³⁹ *Add.* De ningún modo

⁴⁰ Noñio]

⁴¹ *Add.* O ayuntamiento

⁴² Cual]

⁴³ Dijo Pío] [alteración del orden de estas dos palabras. “Pío” se asimila como nombre propio por el cajista]

⁴⁴ Sirio]

⁴⁵ *Add.* A

⁴⁶ *Om.* de

⁴⁷ Repondió]

cortesano. Pareceos que sirve como amigo el que guardando una puerta ocupa el oficio de una llave, y ha envejecido cien cortinas primero que repare en la pérdida de tanto tiempo, que de menos tuvo necesidad Alejandro para vencer un mundo y Catón^{xli} para reformarle.

¿Vive como amigo el otro, que Ganimedes de su Jove^{xlii}, ministro de copa, quita la sed al señor cuya diligencia y obsequio es prevenir bebidas que hayan peregrinado enteros mares, para uno que no sabe beber el vino de su tierra?

¿Es por ventura este siervo u⁴⁸ amigo de aquel que no recibe el servicio suyo, si con una genuflexión no le idolatra a aquel, digo, que no le sabe bien la bebida, si Midas no le tocó la taza y si en verano no ha nevado a la bebida?

¿Está entretenido como amigo el otro, que haciendo mal a los caballos, estima por dichosa ocupación, a truco de servir, el ministrar en una caballeriza? ¡Oh necio, que no sabes gobernarte a ti mismo y presumes enseñar a un caballo! Vano tanto, que por privarse de libertad, se paga con servir a las bestias, no al señor. ¡Oh mísero de ti! ¿Y aquesta es vida?

¿Representa el amigo entretenido el otro a quien se hace expender la vida de la cocina a la mesa, practicando un arte que no tiene más excelencia que cuartejar un ave y destazar^{xliii49} una fiera, estipendiado y viviente no de otra cosa que de saber regularmente hacer estos destrozos?

Mas pasemos adelante y sepamos si se goza de las delicias de la amistad allí donde se tiene por ley prescripta, antes por honestidad no reprehensible, el aprobar las pasiones y inclinaciones de un hombre, que muchas de las veces es más malo que el hombre.

Las leyes de la corte son como las de Arabia: obligan a los naturales a fingirse enfermos en aquella parte en que el príncipe es achacoso. Adiátomo, rey de los socianos⁵⁰ pueblos de la Francia, tenía ordinariamente cerca de sí seiscientos hombres escogidos por él, a quien llamaban «los devotos». Cualquiera destes era un simulacro vivo del rey: lloraban si lloraba, reían si reía, y llegando a la muerte todos disimulaban su mal, y no simuladamente, sino real y prontamente le seguían con propia muerte su partida^{xliv}.

En la corte es necesario sea el hombre de cera para ser apto para recibir la impresión de toda forma en que se halla el señor. Reprehendido por Dionisio Crisóforo su cubiculario de adulación porque se reía⁵¹ de una gracia suya que por la distancia a que estaban no podía por él ser entendida, respondió, «porque he visto, señor, reír a los que contigo están, me río yo también. He considerado ser deuda mía aplaudir el juicio de los que te atienden, arguyendo que ellos no se rieran si lo que dijiste no fuera digno de solemnizarse con risa».

Por manera que ha de ir el hombre de bien donde no tanto el no ser virtuoso, mas imitar los vicios es regla para huir la envidia. Son necesarias e inevitables no solo a ti, oh sabio, estas miserias, pero igualmente a toda la plebe servil, y desto también se te sigue una miseria no menor, que es el tener toda cosa común con los peores: en todo te vienes a igualar con los bufones y truhanes, fuera de las gracias y premios, en los cuales muchas veces te serán antepuestos y preferidos.

En suma, el que se quiere salvar de las manos deste Polifemo^{xlv} de la corte, es necesario vestirse las pieles de las más fieras bestias que se albergan en su confusa espelunca^{xlvi}. Ello es necesario adular a tanto, que sueña que los sabios

Responde a la razón aducida en

⁴⁸ o]

⁴⁹ Destrozar]

⁵⁰ Sociano]

⁵¹ Rió]

han hallado una distinta adulación para honestar lo más que puedan esta indignidad, por no desterrarse del todo de la corte.

¡Ah, pobre de ti si esta es tu condición!, más que la de todo animal infeliz, si cuanto más eres nacido al imperio de tantos, más artificios necesitas para servir! Yo no sé lo que dirán los cielos viendo que ha llegado la humanidad a no sentir el yugo por castigo, sino por gloria. Hanse abierto y fundado academias donde se lee la facultad del servir, de suerte que ya no se reputa desdicha, sino ciencia y disciplina.

Libertad, dice Cicerón y primero que él Zenón, es una vida al propio adbitrio, y yo pienso que no es a propio adbitrio, pero que es también propia, no juzgando libre a aquel que bien que por elección enamorado o por complacencia engolfado a navegar, expuesto a los peligros del mar y a los fracasos de los vientos, no es dueño del movimiento ni del estado. Tuvo, no lo dudo, el que sirve a su dama, adbitrio de elegir y sujetarse a aquel afecto, mas habiéndose hecho este tirano, le ha estrechado con prisiones y vínculos tan fuertes, que se puede decir bien que el pobre enamorado tiene el adbitrio esclavo y encadenado. ¿Quién negará que este tal del juicio propio y no de la fuerza superior es privado de las operaciones de su talento? porque poca diferencia hay que hacer de un muerto a un encarcelado, y menos de un preso que se goza tanto en las prisiones que olvida la libertad, antes que no siente la esclavitud. Si porque aqueste amando por elección, podrá decirme alguno, y el otro navegando, les es forzoso servir al amor y al mar, se ha de concluir ⁵² que no son libres sino esclavos. Pero, ¿quién hay en el mundo ⁵³ libre, habiendo estado en la humanidad, que no esté sujeto a la razón superior y le conduzga, aunque de los cabellos, a obedecer (cuando no a otro) al mismo orden de las cosas? El que tuvo arbitrio^{xlvii} de embarcarse, combatido de la procela y tempestad, no sirve, pero combate con el viento. Determinose oponerse a las fuerzas, no a sujetarse al yugo de la fortuna el que se engolfó a mensurar los mares. ¿Y quién no sabe que previniéndose uno a sulcar el océano necesita ⁵⁴ ancora^{xlviii} para prepararse a la subjeción de la tempestad? Pero esta subjeción no es defecto del navegante sino de la navegación. Sin duda sirve aquel que por su flaqueza es privado de su arbitrio, no aquel que contrastando y combatiendo cede, como el navegante, que aunque amaina las velas, engaña, no obedece al viento, triunfante por haber deludido al cielo y al mar, se conduce a gozar^{xlix} el dilatado y deseado puerto. Aqueste no es un modo de defender la servitud, sino de describir los peligros y publicar la indignidad de aquella. Porque el navegante se complace de encontrar los vientos, luego, ¿por esto él no se subjeta a su obediencia? Porque tú lisonjees el fluctúo del mar que te agita el leño, ¿por eso no eres trabucado sino navegante?

En fin, tu locura será prudencia, ¿por qué corriste a enloquecer por elección? ¿Por qué supiste querer navegar? ¿Has hecho bien en navegar? Y, aunque asidiado de las ondas y combatido de los vientos, eres forzado a importunar con mil votos el cielo. ¿De dónde nacen estos temores y estas flaquezas? ¿Acaso de un ánimo libre y compuesto? Si tú eres libre y no obediente por debilidad de ánimo, ¿qué te obligó a perder el arbitrio, difinición verdadera de la servitud, para qué pliegas las velas, para qué restituyes el mar al mar? Que habiendo poco menos tiempo ocupado la nave, te obliga ⁵⁵ a arrojar en sus ondas tus amadas

contrario, a saber: que el sabio en todo lugar es libre

⁵² Add. Con decir

⁵³ Add. Tan

⁵⁴ Add. De

⁵⁵ Add. Y precipita

mercaderías. Ah, que es este el fin ordinario de la navegación de aquellos que por poca, incierta y peligrosa ganancia, fiándose al océano de la corte, no primero se aseguran del naufragio, que deponiendo como Diógenes cuanto de sus bienes lleva su leño, halla que otra cosa no ha granjeado en tan peligrosa navegación que el mar, en el cual los bienes del pobre cortesano quedan (no ya gastados, que fuera el menor daño) sino disipados y anegados.

Bien sé que el sabio puede vencer la inexpugnable robustez de la necesidad, y que no cabe violencia en aquellos que pueden soportar lo inevitable, pero no sé cómo sabiamente vaya a rescibir en sus hombros la insoportable carga para hacer experiencia en su robusticidad, supuesto que el soportarla más es robustez de bestia que de hombre. «Yo concedo que nuestro sabio sea tolerante y sufridor, mas no que busque los males», dice Séneca. Ella es una gran fortaleza, no lo niego, contrastar con la fortuna, pero también es gran locura el salirle al paso cuando no lleva más que vilezas, peligros, lisonjas y insidias. Es necesario en la corte, como en tierra de enemigos, traer los ojos abiertos a toda parte, a mirar cuanto se mueve, porque allí jamás se está sin pulsaciones de corazón.

Es una gran miseria el no saber sin peligro, dice Publio Siro^l. Ningún avaro se halla que no estimase necio al otro que se arrojase a un pozo para enterrar su tesoro. Porque otra cosa hace el infelice, que surtido de tantas comodidades cuantas le concedió naturaleza, por no más de mejorar su fortuna corre a sepultar su vida y su quietud a la corte, de quien creo es aquel pozo que dice David cuando le llama pozo de la muerte. Con el acostumbrado juicio de Séneca, entendió Séneca cuando dijo que no es libertad el no saber sufrir la violencia sino el oponerle el ánimo. El que lleva el suyo a la violencia, se obliga a padecerla, y esta no la llamaré yo generosidad o ingenuidad, mas quien le opone o queda triunfante, o devas[t]ado, vencido no, jamás, pues no es vencido aquel que combatiendo hizo cuanto le fue posible por conseguir la victoria.

En suma, si la vida no es propia, aunque subordinada al arbitrio propio, yo no solo no la doy por libre pero ni aun por vida. Ya sé que alguno dirá con Crisipo^{li} “el que es libre no es siervo, ni sirve el sabio, que nada hace involuntario ni forzado”^{lii}. Pero yo pregunto, con Cicerón y con Epí[c]teto, ¿será libre aquel a quien manda otro, a cuya vida y acciones, así naturales como accidentales, son impuestas y prescriptas leyes el que es mandado y prohibido⁵⁶ aquello que viene a la elección del dueño? ¿Aquel será libre que ni puede ni se atreve negar cosa alguna que concede pedido, que corre llamado, que huye despedido y teme amenazado? Este tal no es por mí juzgado libre sino vilísimo esclavo, aunque sea nacido del muslo de Júpiter.

Verdad es que Aquiles sabe combatir en Asia y hilar en Esciro[s]^{liiii}, pero también es cierto que los valerosos hombres no engullen la comida que escotan, aunque los excelentes truhanes lo sepan hacer. Esta voz *excelencia* no es siempre nombre glorioso. Aquel que mendigó el nombre del incendio de aquel famoso templo estudió mal la ciencia de la gloria. La excelencia se ha de hallar en las lecciones de la bondad y de la virtud, que el ser todo para todos, es de San Pablo, no se incluyendo las maldades en aquel todo que era una esfera en que habitan los ángeles, no una caverna en que se anidasen los demonios. Preguntado Arpago de qué artes necesite el cortesano, respondió tiene necesidad de alimentarse de las entrañas del propio hijo y reconocer por decente toda cosa que el príncipe desea o ejecuta. Si el cortesano rehúsa estas condiciones, yo le

Heródoto,
libro I

Va pintando

⁵⁶Add. A

doy no solo por excluido, mas despeñado en el precipicio de la corte, si las acepta y acomoda el ánimo al imperio por necesidad o por naturaleza, haciéndose verdaderamente servil y en efecto consumiéndose y envileciéndose. Es tan abominable esta condición, que el estoico, por conservarse libre, tuvo por inconveniente aun el servirse a sí mismo cuanto más a otro. Y se debe perdonar uno a sí mismo, mas servir no, dijo Séneca, porque el que se sirve a sí mismo, se necesita de servir a otro, no hallándose fortuna tan grande que por servir a los propios efectos no se halle menesteroso de muchos. Y si el servirme a mí mismo me ha de poner a peligro de servir a otro, véase cuán indigno será el servir a otro, que no me deja tiempo para servirme a mí.

Tú, sabio, a quien el altísimo después de tantos dones de vida, de razón, de salud, te comunicó los más íntimos y abscondidos secretos de naturaleza y aún de la eternidad; tú, hecho partícipe de una gran parte de los divinos consejos, hechote moderador y árbitro al imperio del todo, hechura y retrato de Dios, humillando tantas calidades, ¿te humanarás por fines las más veces viles y inútiles a servir a un hombre? ¿No reparas que el altísimo dio a este la gravedad del ceptro para que te sirviese ya velando para que tú reposes y para guardarte la vida de los insultos de la injusticia?

Murmurando todo el ejército de que el sol hubiese llegado al medio día y Filipo no hubiese despertado, respondió Parmenión^{liv}: «cuando dormiades vosotros, velaba él». Porque Dios ha propuesto un otro hombre, no has nacido tú esclavo. Si fueres hombre de bien, no tiene otra cosa más que tú el príncipe que la grandeza regia, a la cual es conveniente aquella pomposa abundancia con que en servicio tuyo alimenta un número incircunscripto de cuidados y negocios. Dieron el cielo y la fortuna al grande un trono de alteza, no por hacerle soberbio de majestad, sino para proveerlo de un sitio proporcionado a su oficio, que es estar en lugar eminente, mostrando los vientos para asegurar el reposo del pueblo con la vigilia de su centinela. De toda cosa, dijo Arriano^{lv} filósofo, se cuida con particular cuidado, como de negocio propio, más del rey, como de un jumento, porque a él le toca llevar la carga del público, que por eso es promovido a una carga, no a descansada posesión el que es convidado al gobierno de un reino. Diógenes dijo que la posesión de los hombres era como la del león, que trae consigo la carga de alimentarle, peinarle, limpiarle y servirle. Obediencia estrechamente tomado y no servicio corresponde a este nombre “imperio”, que nació a la vista de un ejército. Es sin duda imperio el estado del grande en tanto que dura la guerra desta vida, conduce el ejército de la mortalidad, en orden, oh sabio, a que tú, no apto a embriagarte de sangre, puedas reposadamente quedarte a entender a los cuidados más suaves desta nuestra patria universal. Andaría Marte a pie si el caballo supiese el precio de sus espaldas. «Conócete a ti mismo»^{lvi}, gritan con Tales todas las escuelas. Ninguna cosa halló en el mundo Abdallah^{lvii} sarraceno más milagrosa que el hombre, y Mercurio Trismegestro, considerándole bien, le llamó «milagro del universo»^{lviii}. Es de tanto valor la sabiduría, que Alfonso, rey de Aragón, celebrado por el más rico rey de su tiempo, preguntado si un hombre muy rico podría empobrecer, respondió que sí, si se vendiese la sabiduría. Fue tenida en tanto precio la vida del sabio que no sufren los secuaces de Teodoro que ella se ocupe por otro que por sí misma. Atribuyen al sabio la delicia mayor de la humanidad, afirmando que él se basta a sí mismo, negándole también el exponerse a los peligros de la patria, porque dicen que la comodidad de los necios no ha de hacer peligrar en el sabio la prudencia y la virtud.

la grandeza del sabio y con autoridades de algunos santos se prueba cuán injusto sea aventurarlo por algún bien terreno. Oficio de los reyes

El mundo es nuestra patria, si no me ha de obligar a combatir, más que el amor destos muros y destos ciuda[da]nos^{lix} no lo debo. Todos los hombres son de una raza. Por un hermano no tengo de ocasionar el daño de otro hermano, en todo lugar tendré un techo que me cubra y compañía que me acoja, y cuando todo faltase, el cielo cubre a quien no tiene techo y no falta compañía al hombre, que cuando está más solo, está más acompañado. Fue tenida siempre por tan peligrosa la profesión del servir que se me erizan los cabellos siempre que me acuerdo cuánto lo encarece Dios en las divinas letras: «Sabed», grita el eclesiástico, «que esta vuestra práctica con el poderoso, es una comunicación con la muerte. Entrando a servir os entregáis en brazos de los vínculos y cadenas». Y no mucho después da por consejo del sabio un consejo de sabio: Huye, huye, hijo mío, de la servitud. Tú has caído en manos de tu prójimo. Corre, date prisa, no duermas, pero como gama veloz o como libre ave escapa de las manos del cazador. Vete a la hormiga y aprende la sabiduría, como si dijera el prudentísimo rey «¿es posible que el hombre sea más vil que una hormiga, que no se desespera, antes nos falta a la provisión de sí misma de cuanto le es necesario sin perjuicio de su libertad ni de su vida, y el sabio mismo venderá por aquella poca mesa de que le ha necesitado la pobreza de la fortuna su libertad preciosa?» Porque ¿de qué precio es la sabiduría, si no ha de valer tanto que sin obligarse a los grillos pueda bandearse y adquirir el victo de que un pájaro sabe proveerse⁵⁷ aún cuando la tierra está abscondida y sepultada en el hielo y en la nieve?

El servicio es del que no quiere por sí mismo ser enemigo de la naturaleza, y no haber quien le rescate de sus dueños

Asombrado un espartano de la grande costa con que los atenienses celebraban una grandísima fiesta en el teatro, «Dios bueno», exclamó, «¡Cuánto pecan estos que expenden en juegos sus mayores tesoros!» Este mismo juicio hago yo del hombre que no repara en expender tesoros cuales son tiempo, vida y libertad, por andar a burlarse con la fortuna, que le ha cegado tanto que le persuade a los presupuestos de aquellas esperanzas que tanto más lo⁵⁸ atormentan cuanto más se le van haciendo necesarias. Ordenó Licurgo⁵⁹ sacrificios de muy bajo ⁶⁰ precio, dando a entender que no se había de dejar por los excesivos ⁶¹ gastos de adorar a Dios. Han proveído el cielo y la naturaleza a todo aquello que es necesario al hombre, que bien loco es el que acomodado de lo necesario, por adelantarse a una vana opinión de opulencia y de autoridad, quiere empeñarse a la necesidad de lo imposible, que tanto mal⁶² le constituirá mendigo y pobre, cuanto más le aquejare la provisión de las cosas a que su ambición le arrastrare.

No ha conocido el hombre el estado de honor en que se halla, dice David, antes hecho igual a los más viles jumentos se deja llevar en todo semejante a ellos.

El que sirve a otros, como dice Aristóteles, no es suficiente a sí mismo, según esto, vil, rústico y inhábil será el que no solo por naturaleza es rico, sino también por su parecer. Salomón dice que siempre el sabio se juzga rico, y así llena y fecunda y contenta la sabiduría que en nuestros siglos es persuadida a servir a la fortuna. Yo por mí creo certísimo que la sabiduría increada lo entendió del servir en la corte, donde dice que es mejor ser pobre y bastar a sí mismo que tener necesidad de pan y ser glorioso. «La sal de Atenas es más dulce que las mesas

⁵⁷ Aprovecharse]

⁵⁸ Le]

⁵⁹ Licurso]

⁶⁰ Add. Y tenue

⁶¹ Add. Y grandes

⁶² Mas]

de Macedonia», escribió Diógenes a Antipa^{lxi}, que le convidaba a la corte. ¿A cuál de los hombres, por felice que sea, habrá que invidie aquel que se dará por contento, después de haber almorzado con Curtio^{lxii} o cenado con Epaminondas^{lxiii}? Mas si este no es el sabio que buscamos, que en ninguna cosa pende de la fortuna, ¿en nada se ve forzado a proveer más de a su fortuna? ¡Válgame Dios! ¿Cuál será?

Exhortado Pelópidas a proveerse de un poco de más dinero, enseñando con el dedo a un hombre cojo y manco, respondió “a aquel y no a mí son necesarios”. No juzgaba este gentil espíritu que los tesoros le oprimían, de suerte que le fuesen necesarias aquellas riquezas a cuyo acquisto^{lxiv} nuestros sabios se encaminan, aunque por los medios del servir, nota de ánimo imbécil y flaco que necesita de guía en el camino real desta vida.

Bellísimo a maravilla y lleno de maravillas es aquel apólogo de Jonatan^{lxv} escrito en el *Libro de los Jueces*, acerca de la resolución tomada en una dieta general del colegio de los árboles, congregados para elegir rey. Repudiaron el ceptro, aunque rogados con él, la higuera, el olivo y la vid, a causa de no desamparar los felices, abundantes y dulcísimas condiciones de su quietud. Ahora, ¿qué juicio creeremos hicieron estos árboles si fueron llamados a dejar sus particulares felicidades para irse a ocupar en el servicio de aquel reino de quien repudiaron el imperio?

Yo no sé cómo ser pueda, que pretenda el nombre de sabio el que no vive conforme a la naturaleza, ni sé cómo sea que crea vivir conforme a ella el que tanto ama la servitud, epítome de todas las desdichas y miserias en que puede tropezar la humanidad.

Atan tan estrechamente las cadenas destas, que una buena parte de los animales se dejan morir de hambre entre la comida por no ceder el derecho de la libertad. Escribe Plutarco que los peces que viven en el mar a los ríos y lagos vecino⁶³, cuando se acerca el tiempo de sus partos, caminan debajo de las aguas, buscando la más dulce, la más agradable y quieta, conducidos de la naturaleza a un deseo de proveer en cuanto les es concedido a sus propios partos de la anhelada y deseada tranquilidad.

Estudiaba una vez Platón cuál estado de la vida conviniese a aquel que nacido y criado entre la rustiquez de la ignorancia, fuese incapaz de saberse gobernar, ya que no de obrar cosas de sabio, y dijo que este tal, como a bestia humanada, que no sabe servirse del alma, le era mejor vivir siervo que libre, como si dijera que la servitud era propia a aquellos que no saben servirse del alma, indignidad tanto más remota del sabio cuanto indigna del hombre nacido a las mayores cosas que haya pensado y criado Dios.

Ya me parece tiempo, por lo que se ha dicho, que el sabio o el hombre conoz[ca]⁶⁴ a qué estado le convida el que le llama a servir, proposición que no dice tanto de pena por la suma grande de males a que este ministerio está sujeto, cuanto supone de daño por el valor de los bienes a quien es quitado y robado.

Pregunté una vez a un amigo mío, cuyas calidades eran tanto mayores cuanto peores las de su fortuna, por qué no se resolvía a retirarse de aquella corte ingrata que le había consumido quince de los mejores años de su vida y la parte mejor de su hacienda. Respondió que él conocía así la verdad de mi consejo, como suspiraba la pérdida de su libertad, pero que el haber expendido y servido

⁶³ Vecinos]

⁶⁴ Conozcan]

hasta allí por merecer acerca de su dueño, le habían conducido a tal estado que aún todavía le era forzoso servir. Lloraba de verse pobre por culpa del servicio mismo, de tanto cuanto le fuera bastante para retirarse a gozar su libertad.

Imagínese pues cuál estaría el corazón deste miserable a cuya infelicidad concurría por incentivo el conocimiento de su error. Yo no quiero decir más por no dejarme llevar de la pasión a mostrarme irreverente contra la providencia, que se [ha]^{lxvi} agrada de darme estas lágrimas para limpiarme el corazón y el juicio desta mancha del interés, que prometiendo fortuna despoja de lo supremo de la fortuna, que es la propiedad y dominio de nosotros mismos.

En suma, no vale tanto aquel poco de pan que puede dar la corte cuanto vale nuestra vida y nuestra libertad.

Caído una vez Filipo el de Macedonia en tierra y abriendo los brazos y considerando en el polvo la impresión de su persona, dijo: «¿Cómo es posible que los que queremos ser dueños del universo ocupamos tan poca tierra?». Así, por consecuencia, me parece a mí que se puede decir de nosotros mismos que por lo infelice de un pequeño entretenimiento, considerado en la corte enterramos en un puño de polvo un hombre nacido tan grande, que David se asombraba viéndole hecho poco menos en naturaleza que los ángeles. ¡Ah, que nosotros somos nuestros mayores enemigos, no conservando nuestra dignidad ni sustentando nuestro prescío! Si tal vez con ojos que otra cosa no miran que lo presente nos aplicamos a considerar aquella infelice comida con que la corte simbolizada a una cocina, entretiene casi tantos perros al olor del asado, juzgándola honesto entretenimiento, corremos a aquel servicio que por un poco de pan, consumiéndose el tiempo y la vida, hace reducir a historia la fábula de Eresitón^{lxvii}, que se alimentaba de sus entrañas mismas. Así Dios conceda crédito a mis oyentes, como ha concedido verdad a mi lengua, que yo no sé cómo podrá mover paso alguno de los que me hayan oído a servir a las cortes. Y si esta desdicha no la he pintado con todo el horror que en sí contiene, se atribuya a la impotencia de mi lengua⁶⁵ y no a lo estéril del concepto que pudiera dilatarse a mayores invectivas.

Bien sé que el que no quedare atemorizado y resuelto a huir estas desdichas, podrá confesarse y pedir a Dios misericordia y perdón de sus pecados, porque le llaman a rigurosa penitencia, en cuya virtud y la divina gracia podrá presumir conseguirá tan sumo bien, pues yendo a servir a la corte, purgará sus culpas y levantando el corazón al cielo impetrará el divino favor para salir de tan áspero purgatorio a la gracia de la libertad a que le llama mi lengua, sino como de trompa profética de mensajero divino, a lo menos como de un cuervo por presagio, ya que no por voz celestial.

Así dio fin el venerable Basilio a su acérrima invectiva cortesana, dejando a todos los oyentes confirmados en la buena opinión que tenían de su espíritu, experiencias y buenas letras, no admirando ya mucho el retiro al desierto en hombre que tenía tanto desengaño del mundo y sus vanidades. En tanto se hizo tiempo de irse toda la gente que a los baños había venido, quedándome yo aquella noche en el castaño, temeroso de los incursos noturnos, contentándome por entonces con castañas, de que a la boca tenía tanta cantidad para satisfacer la natural necesidad. Y venido el nuevo día, me descendí d'él, deseoso⁶⁶ de acercarme a la casa de Olimpia, que como dije estaba de aquel sitio menos de una legua.

Ovidio,
Metamor-
fosis 8

⁶⁵ Lengua]

⁶⁶ Deoso]

Aquí llegó Acrisio con la lección de su historia, y cerrando el libro dio a entender haber hecho allí punto. Nosotros solemnizamos mucho el discurso del cortesano Basilio, retirado por desengañado. Y por ser ya hora de comer, dejamos para después de mesa el saber lo que nuestra culebra hizo en su viaje.

ⁱ Subsanado en el impreso.

ⁱⁱ *Embarazo*: «Impedimento, dificultad y obstáculo, que embaraza, retarda y detiene la operación» (Autoridades).

ⁱⁱⁱ Subsanado en el impreso.

^{iv} «Sirio» en ambos testimonios. Escritor latino del que exclusivamente se ha conservado un repertorio de sentencias.

^v «una» en el manuscrito, a consecuencia de una enmienda textual. La redacción originaria leía «siendo una figura en quien se representa Dios». No obstante, se ha tachado “figura” y en su lugar se ha sobrescrito “simulacro”, lo cual ha generado un error de concordancia relativa al género entre tal sustantivo y el determinante precedente.

^{vi} *Fluxible*: «Lo mismo que fluido, ó líquido» (Academia).

^{vii} *Alano*: «Especie de perros mui corpulentos, bravos y generosos, que sirven en las fiestas de toros, para sujetarlos, haciendo presa en sus orejas: y en la montería a los ciervos, javalíes, y otras fieras, como también para guardar las casas y huertas» (Autoridades).

^{viii} «Mana» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{ix} Subsanado en el impreso.

^x Subsanado en el impreso.

^{xi} Eumeo, porquero de Ulises, recibe generosamente a este último a su llegada a Ítaca y es el encargado de introducirlo, ataviado de mendigo, entre los pretendientes de Penélope. Este episodio aparece, en realidad, en el canto XIV de la *Odisea* y no en el XVIII, como figura en nota al margen.

^{xii} Filósofo griego estoico (s. I) que sirvió como esclavo en Roma.

^{xiii} *Comodo*: «Utilidad, provecho, conveniencia» (Autoridades).

^{xiv} «Reconzcas» en el manuscrito.

^{xv} Habitantes de la ciudad griega de Abdera, en Tracia, urbe aborigen de Demócrito.

^{xvi} En las *Sátiras menipeas* de Bartolomé Leonardo de Argensola se recoge el mismo episodio con palabras similares. De manera que cuenta el mismo Hipócrates que, al llegar a Abdera, sus habitantes lo recibieron diciéndole «bien seas llegado, Hipócrates, a curar un varón insigne en quien está enferma toda la patria y todas nuestras leyes» (Leonardo de Argensola, 2011: 72). Matías de los Reyes anota al margen la fuente de la que presuntamente ha extraído tal información: el epistolario de Hipócrates. No obstante, la autoridad del médico griego ha sido desvinculada del corpus de cartas que tradicionalmente se le han atribuido (Pérez Cuenca y Schwartz, 2011: LXI).

^{xvii} Alcides (Heracles), estuvo prisionero en la corte de Lidia, de la que Ónfale era reina. La versión más idílica de este mito cuenta que ambos cayeron en las redes del amor y, mientras la reina enarbolaba la clava de Heracles cubierta con su piel de león, él vestía la túnica de Ónfale e hilaba a sus pies.

^{xviii} *Peculio*: «La hacienda ó caudal que el padre ó señor permite al hijo ó siervo, para su uso y comercio» (Autoridades).

^{xix} «Candinas» en ambos testimonios. En el año 321 a.C. los romanos intentaron penetrar en el Samnio (región histórica ubicada en la parte central de la península itálica) con la finalidad de atacar de forma improvisada a los enemigos samnitas. Sin embargo, dicha operación culminó con la derrota monumental del ejército romano. Tras esta, los samnitas obligaron al ejército de Roma a entregar las armas y a pasar bajo un arco conformado por tres lanzas (Roldán Herbás, 1991: 107-108).

^{xx} «Abedrio» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxi} Jerges (s. V a.C.), emperador persa, tras la batalla de Maratón, mandó construir un canal subterráneo con el que arribar más fácilmente a la península Calcídica, parte de la costa griega (Bengtson, 1977: 43).

^{xxii} «Gayo» en ambos testimonios. Se trata, en realidad, de Galo Asinio, con quien Tiberio mantuvo ciertas desavenencias.

^{xxiii} «Gallo» en ambos testimonios.

^{xxiv} «Aquis, rey de Geth» en ambos textos. Pese a la anotación marginal y a la información del texto, Matías de los Reyes debió de confundirse a la hora de referenciar este episodio bíblico. En el primer libro de *Samuel*, 21: 10, se narra la llegada de David a Gat, país filisteo gobernado por Aquis. Siendo llevado ante este rey y temiendo

recibir la muerte, David se ve obligado a hacerse el loco. Aquí le pregunta entonces a sus sirvientes por qué han llevado un demente ante él, de modo que dejan ir a David sin consecuencia alguna.

^{xxv} *Acerca*: «Lo mismo que cerca» (Autoridades).

^{xxvi} Mar que forma parte del Mediterráneo y baña el área comprendida entre Turquía y Grecia.

^{xxvii} Se trata del epigramático Páladas de Alejandría (v. Ortega Villaro, 2006: 33, 51).

^{xxviii} *Luvia*: «Lluvia» (Terrerros).

^{xxix} Se trata de la fábula CLXXXII de Esopo en la que un asno que cargaba la estatua de una diosa, al ver cómo los seres humanos que con él se cruzaban le hacían reverencia, creyendo que a él la dirigían, comienza a rebuznar y se niega a seguir caminando colmado de orgullo. Su arriero se da cuenta y lo azota para que continúe.

^{xxx} «Animallillo» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxxi} *Pece*: «Lo mismo que pez, animal que nada, que es como mas comúnmente se dice» (Autoridades).

^{xxxii} «Simia» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxxiii} En el manuscrito parece que esta palabra está tachada, pero no queda claro.

^{xxxiv} *Tranquilar*: «Quietar, apaciguar, reducir à sossiego, y tranquilidad lo que está turbado, ù alterado» (Autoridades).

^{xxxv} *Gladiatores*: «como si dixeremos espadachinos de las espadas. Entre otros juegos, y espectáculos que tenían los Romanos, era pares de hombres, que en medio del Teatro se matauan vnos a otros [...]» (Covarrubias).

^{xxxvi} La mayor parte de los comentaristas señala que este Nonio es L. Nonio Asprenas, protegido de César, que en este momento ostentaba alguna magistratura curul (Dolç, 1997: 52). Poesía LII de Catulo: «¿Qué, Catulo? ¿Por qué de una vez no te mueres?! Nonio el tiñoso ocupa un alto cargo/ y por su consulado Vatinio jura en falso./ ¿Qué, Catulo? ¿Por qué de una vez no te mueres» (Fernández Corte y González Iglesias, 2009: 289).

^{xxxvii} *Recusar*: «No querer admitir o aceptar alguna cosa» (Autoridades).

^{xxxviii} Calístenes, sobrino de Aristóteles, acompañó en calidad de historiador a Alejandro Magno en sus campañas. Es por ello por lo que la tradición le ha atribuido equivocadamente la *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* (s. III). En las ediciones modernas se alude a la autoría mediante el marbete «Pseudo Calístenes».

^{xxxix} «Poliseno» en ambos testimonios.

^{xl} No se ha hallado la referencia de esta cita. En relación con los personajes, se trata de Dionisio I El Viejo, tirano de Siracusa (s. V-IV a.C.), cuya hermana Testes contrae matrimonio con Polixeno. (Diodoro de Siracusa, libro XIII, 96,3).

^{xli} Catón “El Censor” (s. III-II a.C.) fue un venerable romano que ostentó varios cargos políticos. Su estilo de vida así como sus costumbres y la defensa de la tradición romana, entre otros aspectos destacables, se convirtieron en todo un referente cultural.

^{xlii} Jove –Júpiter–, tras enamorarse de Ganimedes, lo raptó trasladándolo al Olimpo, donde el joven se dedicaba a servir el néctar en la copa de Júpiter.

^{xliiii} *Destazar*: «Hazer vna cosa pieças» (Covarrubias).

^{xliv} La historia de este rey celta la recoge Nicolao de Damasco en su *Historia* (libro CXVI).

^{xlv} Mítico ciclope que participa en la *Odisea*. Se dedica al cuidado de su rebaño, habita aislado en una caverna y se alimenta de carne humana.

^{xlvi} *Espelunca*: «Concavidad de tierra, y lo mismo que cueva» (Autoridades).

^{xlvii} «adrbítio» en el manuscrito.

^{xlviii} *Ancora*: «instrumento de hierro muy conocido, con dos arpones; sirue de afirmar las naues y retenerlas» (Covarrubias).

^{xlix} «a a gozar» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^l Publilio Siro fue un escritor romano del s. I a.C famoso por sus pantomimas. De su obra solo se ha conservado un corpus de *Sententiae*, de las que forma parte la máxima incluida en el texto: «Misereri scire sine periculo est vivere».

^{li} Emblema del estoicismo (s. III a.C.).

^{lii} En los *Testimonios y Fragmentos* de Crisipo de Solos figura un apartado titulado «La vida del sabio. Preceptos». No obstante, no aparece ninguna cita similar a la inserta por Matías de los Reyes. En los fragmentos 167 (Ateneo, *Banquete de los eruditos*, VI 267B, 2006: vol. I, 306) y 549 (Séneca, *Sobre los beneficios*, III 22,1; 2006: vol. II, 180) se trata la esclavitud, pero no en relación con la figura del sabio.

^{liii} Isla griega.

^{liiv} Parmenión fue el general muy valioso al servicio de Filipo II. Sirvió asimismo al hijo de aquel, Alejandro Magno que, por desavenencias con el hijo de Parmenión, Filotas, ordenó asesinarlo sin causa explícita (Bengtson, 1977: 293).

^{liv} Flavio Arriano Jenofonte fue un filósofo e historiador griego del s. II, destacado también en cuestiones militares y políticas (Bravo García, 1982: 10 y 22).

^{lvi} Inscripción ubicada en el templo de Apolo en Delfos.

^{lvii} Probablemente se trate de Abdallah Ibn al-Muquaffa, «traductor árabe de obras persas, que floreció en el siglo octavo» (Fantazzi, 2003: 80).

^{lviii} Este fragmento reproduce casi literalmente el comienzo del manifiesto renacentista *Discorso sulla dignità dell'uomo –Oratio de hominis dignitate-* (1486) de Giovanni Pico della Mirandola: «Negli scritti degli Arabi ho letto, Padri venerandi, che Abdalla Saraceno, richiesto di che gli apparisse sommamente mirabile in questa scena del mondo, rispondesse che nulla scorgeva più splendor dell'uomo. E con questo detto si accorda quello famoso di Ermete: «Grande miracolo, o Asclepio, è l'uomo» (Pico, 1994: 3).

^{lix} Subsanado en el impreso.

^{lx} Personaje envuelto en cuantiosas incógnitas que alcanzan incluso la de su existencia. No obstante, se le considera en diversos testimonios artífice de la constitución espartana. (v. Bravo, 1994: 257-8).

^{lxi} No se han encontrado las referencias relativas a esta correspondencia. No obstante, debió de tratarse de Antípatro de Macedonia (s. IV a.C.), general durante los reinados de Filipo II de Macedonia y su hijo Alejandro Magno, quien manifestó, en una expedición a Corinto, sus deseos de conocer al filósofo cínico.

^{lxii} Mecio Curtio fue un general que estaba al frente del ejército de los sabinos cuando estos se enfrentaron al bando de los romanos —liderados por Rómulo— en el Foro romano (s. VIII a.C.) como consecuencia del rapto de las sabinas. El conflicto culminó pacíficamente con la intercesión de las sabinas (libro I, *Ab urbe condita*).

^{lxiii} Líder tebano del siglo IV a.C.

^{lxiv} *Aquistar*: «Conquistar, adquirir. Es voz tomada del italino. Lat. *Acquirere*» (Autoridades).

^{lxv} Se trata de una errata pues, en realidad, es en el «Apólogo de Jotán» (no de «Jonatan»), inserto en el *Libro de los Jueces* (9: 7-16), donde aparece esta fábula de los árboles vinculada con la elección de Abimelec como rey.

^{lxvi} Subsanado en el impreso.

^{lxvii} «Eresitón» en ambos testimonios. Erisictón fue un héroe tesalio irreverente con respecto a las advertencias divinas. Un día decidió talar un bosque consagrado a Deméter y la diosa, como castigo, lo castigó con un hambre insaciable que lo llevó a devorarse a sí mismo.

^{lxviii} Justo Lipsio (humanista flamenco del s. XVI), *Los seis libros de las políticas o doctrina civil*.

^{lxix} «De mercede conductis», carta de Luciano de Samosata en la que arremete contra las penalidades de un funcionario pasa al servicio de la corte. En «Sobre los que están a sueldo» (Luciano, 1988: vol. II, 237 y ss.), Luciano advierte a Timocles sobre las penalidades de intelectuales que trabajan a sueldo en casas de ricos.

^{lxx} Se trata del libro V de la moral a Nicómaco.

^{lxxi} Inocencio III (s. XII-XIII), *De contemptu mundi, sive De miseria conditionis humanae*.

^{lxxii} «Methe» en el texto.

^{lxxiii} Esta carta se titula «Debe despreciarse lo que desea el vulgo».

^{lxxiv} En la referencia de Plutarco anotada al margen, *Cuestiones sobre la naturaleza*, no figura ningún contenido vinculado con la figura del sabio.

^{lxxv} «Livi. Deca.I. Lib.6» en ambos testimonios. *Ab urbe condita* fue conocida popularmente como «Las Décadas».

^{lxxvi} «Exhorta a la filosofía» se titula dicha carta.

^{lxxvii} El folio aparece cortado en el manuscrito, corte con el que se ha perdido parte de esta palabra. Reconstruimos a partir de la lectura del impreso.

^{lxxviii} «Los viajes frecuentes perjudican a la sabiduría» lleva por título esta carta.

^{lxxix} Se trata de la obra de Marco Aurelio Antonino conocida como *A sí mismo o Meditaciones*.

^{lxxx} Esta referencia contiene un error de autoría, puesto que la obra *De tranquillitate animi* fue escrita por Lucio Anneo Séneca y Matías de los Reyes se la atribuye a Plutarco.

^{lxxxii} V. *supra* nota LXXV.

DISCURSO DÉCIMO

Dos días gasté por aquellas soledades —dijo leyendo Acrisio— sin que en ellos me sucediese cosa digna de memoria, al cabo de los cuales llegué a la vista de Belflorida, aldea de mi Olimpia y centro de mis deseos, y, tan cerca de su casa, que desde una levantada peña se registraba el güerto a donde ella de ordinario salía a recrearse. Por ser el tiempo en que allí llegué el mismo en que Apolo sustituía en su casta hermana el ministerio de sus resplandores para que los comunicase en su ausencia al mundoⁱ, traté de acomodarme el albergue aquella noche en tanto que volviendo él a su ejercicio, amaneciesen también en mi alma las luces de los ojos de mi Olimpia. Para ello elegía la eminencia de aquella encumbrada peña donde pasé la noche velando mis esperadas glorias. En fin, llegado el día, al punto mismo que el esperado Apolo habría hecho una de las doce partes de su diurno curso, mi solícita vista reconoció comenzaba [a]ⁱⁱ amanecer en mi alma el que yo esperaba tras de la dilatada noche de mi ausencia. Vi, digo, salir la ocasión de aquestas dichas: mi bella Olimpia por entre los fértiles fructales cogiendo en una cándida cestilla de sus sazonados fructos. Y reparé, no sin aflicción de la^l alma, que estaba vestida de negro lucto, mostrando en él y en el apasionado semblante que el eclipse de su belleza (juzguelo así) le ocasionaba la interposición de mi ausencia, y así llevado deste pensamiento dije entre mí mismo: «oh dulce descanso de todas mis fatigas, si tú sientes mi ausencia al paso que la tuya me atormenta, ya no admiro de hallarte en tan funesto estado como representan el lúgubre vestido y el eclipsado rostro. ¿Qué pensará de mí agora tu noble corazón? Creerás, considerando mi tardanza, o que soy muerto, que así creo lo significas con el negro lucto, o que ya olvidado destas selvas (como lo temiste) por habitar la ciudad, a ti ni a ellas no vuelvo. Virtuoso dueño mío, si yo te he olvidado lo sabe el mismo Amor y aún tú lo sabrás, si merezco tanto que pueda darte a conocer que debajo desta asquerosa piel se absconde tu amado Acrisio, tan amante y tan tuyo como el primero² día». Así decía, pretendiendo arrojarme del peñasco para llegar de más cerca a gozar de su adorada vista, cuando vi una gran sombra que en desigual circunferencia me cubría y a un tiempo mismo [me]ⁱⁱⁱ sentí atravesado de unas afiladas garras y, volviendo el rostro por reconocer el dueño de tan crueles armas, me hallé presa³ de una real águila. ¡Oh desdichado de mí!, dije, ¿aún no se han acabado mis fatigas? ¿Aún a la vista del puerto fracasa el frágil navichuelo de mi esperanza? Procuré instantemente⁴ desasirme del ministro cruel de mi muerte pero⁵ en vano, porque tiniéndome preso por dos partes con las armadas garras, me levantó por los vientos con el veloz curso. Quiriendo entonces yo decir «adiós amada patria, que ya segundo Ganimedes voy a servir la copa al grande Júpiter»^{iv}, apenas proferir pude mi acostumbrado «sí», en tanto la real ave, cual saeta despedida de la retirada cuerda, rompía los vientos. Me puso en un instante mucho más arriba de las nubes. Creí su intento era llevarme vivo a sus polluelos. Inferilo de que ni con uñas ni con pico⁶ hirió mis palpitantes carnes. Acordeme entonces, ¡oh qué sabia es la necesidad! haber oído que cuando las culebras se reconocen presas destas aves, revueltas a su[s]^v orgullosos cuellos suelen conseguir el triunfo de sus batallas. Y así con ardidosa agilidad me fui deslizado con el flexible

¹ el]

² Primer]

³ Preso]

⁴ Instantáneamente]

⁵ Add. Fue

⁶ Add. No

cuerpo y, cuando reconocí el tiempo, girando al aire la volante cola, diestramente le ceñí su cuello con dos apretadas vueltas como pudiera una torcida cuerda, afligiéndola con estrechez⁷ tanta⁸ que vencida a mi opresión cedió a mi adbitrio, dando libertad al resto de mi cuerpo que entre sus garras le quedaba, y ganándola la plumosa espalda me acomodé de suerte en ella que, sirviéndome de silla y la cola de riendas, la traía por los aires subordinada a mi gobierno.

No podré ponderar el gozo que me ocasionó este dichoso triunfo, así por considerarme libre de sus peligrosas armas como porque desde aquella suprema altura, con la vista de dragón (tal personaje componíamos yo y la águila) registraba este inferior mundo y tanto más cuanto a mayor altura me levantaba y remontaba, porque⁹ mi veloz caballo procedía a mi disposición.

Sirviéndome entonces de la vista, reconocí la pequeñez de la tierra y del mar que la circuye y ciñe. ¡Válgame Dios, señores, y qué grande risa me ocasionó el tanto¹⁰ que des[de]^{vi} allí hice, considerando las fatigas a que los hombres se aventuran y facilitan, no porque por ser cosa tan pequeña combatiendo unos contra otros toda la vida! Decía entre mí «yo quiero averiguar qué cosa es este pequeño globo». Hallábale un indivisible punto, comparado al cielo de la luna. Reparaba luego que esta pequeñez está dividida en cuatro distintas partes según al vario antojo de los hombres ha parecido, cuales son Asia, África, Europa y América. Consideraba después que, divididas estas partes, a cuán pequeños fragmentos quedara reducida esta redondez. Advertía también que de su entera corpulencia (ya que en diversas partes) ocupa el agua las tres partes. Exclama[ba] luego «¡Oh miseria nuestra (diciendo entre mí) siempre habemos los hombres de ser niños, amando, digo, aquellas cosas que examinadas solo son juguetes! ¿Por un palmo de tierra tantos reinos suvertidos¹¹ y asolados, tanta humana sangre derramada? ¿Dónde están agora los caldeos^{vii}, en el mundo la nación primera? ¿Dónde los asirios^{viii}? ¿Dónde los persas, partos y medos^{ix}? ¡Oh Asia, de cuánta variedad de gentes y naciones te has visto dominada, sucediéndose unas a otras! Y tú, Egipto, ¿en qué términos te hallas? ¿Qué son de tus faraones, Tolomeos, soldanes y califas? Ya ni con los unos ni¹² los otros te considero felice, no sé por qué causa a tu Arabia le fue dado este nombre. Lo que en ti veo más constante y permanente son las fieras, será porque estas, no como los hombres, carecen de ambición, en quien están libradas las universales ruinas, como en la templanza, la tranquilidad y permanencia. ¡Oh, Grecia, la célebre en el nombre como en los sucesos!, ¿tienes hoy algún vestigio en la Europa que conserve alguna de tus antiguas glorias? ¿Dónde está Lacedemonia^x, tan respectada en su tiempo por su militar doctrina y observancia de heroicas costumbres? ¿Dónde está la gran Tebas^{xi}, tan famosa por sus Alcides^{xii}, Bacos^{xiii} y Epaminondas^{xiv}? ¿Dónde, Atenas, gloriosa con la[s] ciencias y madre de tan excelentes filósofos y oradores? ¿Qué es de ti, Tesalia, patria de Aquiles? ¿Qué es de Macedonia, madre del Magno Alejandro?

¡Finalmente el tiempo consumió vuestras glorias! Pero cuando consumído las no hubiera que fuérades más que otros tantos puntos, en el que aún es indivisible.

¡Oh Europa, considerada de la humana idea en figura de una humana efigie! ¿Dónde están tus antiguas memorias? Oh, España, cabeza desta figura, dame razón

⁷ Om. con estrechez

⁸ Tanto]

⁹ Porque]

¹⁰ Tanteo]

¹¹ Suvertidos]

¹² Add. Con

de las razones varias, ¿de quién te viste esclava tantas veces? ¿Qué se hicieron los griegos, godos, ostrogodos, hunnos, suevos, vándalos^{xv}, y últimamente, qué es de los agarenos^{xvi}? Glóriate en los presentes siglos viéndote reengendrada, restaurada y poseída por las generosas reliquias de tus progenitores. Pídele al cielo conserve por incesables siglos tu presente estado. Admírate carroza del mayor planeta que desde ti vis[i]ta^{xvii} dominante las provincias más remotas.

¡Oh, Francia, cuello orgulloso desta efigie! modera tus altiveces, vuelve los ojos a los pasados siglos en que tantas veces te has visto arrestada. Advierte que está cerca del precipicio¹³ quien por lo inaccesible se encamina.

Oh Alemania, pecho y espaldas deste simbólico¹⁴, desta estructura¹⁵, dichosa te considero por el dueño cuanto infelice por la diversidad de colores de que tu religión se viste. Mira que todo reino entre sí diviso no arguye permanencia.

¡Oh Roma! por testigo te presento en comprobación de mis verdades, ¿cuántas veces asaltaron tus sagrados muros las naciones extranjeras y las bárbaras? Si bien muchas dellas aterradas¹⁶ con solo el nombre tuyo perescieron primero que a ti llegasen, haciéndose aumentos de tus glorias y constituyéndote temida y dominadora del universo, tanto, que al fin quedaste sola, hecha deseo de ti misma! Para conseguir lo cual, dividiéndote en dos parcialidades, veniste a ser reducida por tus propias manos al estado que tus enemigos desearon! ¿Dónde, pues, están tus centurias, tus tribunales¹⁷, tus cónsules y tus fascas^{xviii}, tus estandartes y insignias adornadas de aquel soberbio blasón, correspondiente al de los sirios?, Diciendo este «SIRIIS POPULIS QUIS RESISTET», respondió el vuestro «SENATUS POPULUSQUE ROMANUS». Las grandezas tuyas, hablo de las profanas, son hoy muros arruinados, estatuas rompidas, colosos despedazados, columnas prostradas^{18xix}, arcos destruidos y piedras vestidas del olvido. Esto solo hallo en ti de todas ellas.

El diestro brazo es la generosa Italia, si bien está descripta primorosamente en forma de una pierna con su cadera. “¡Oh dichosa un tiempo patria mi[a] —dije— señora del universo y ya sierva de muchos dueños!” Oh cómo es verdadera la sentencia que dice que todas las cosas nacidas mueren y en su aumento mayor faltan y desfallescén. Esto se comprueba bien en tantos reinos, imperios, y estados que habiendo llegado a la más sublime altura apenas hoy se leen en las historias. Y tú, Italia, más que otras provincias puedes decirnos esto, pues en ti se conocieron en los antiguos siglos tantas ciudades, de quien si hoy quisiese averiguarse el número, apenas se llegaría a la tercera parte del antiguo. Y de las que faltan no conoce un vestigio por quien a lo menos se reconozcan¹⁹ sus sitios.

En el siniestro brazo descubrí²⁰ la Dacia^{xx}, en quien no reconocí menores ruinas y, lastimado de tantas, me convertí a hacer cuenta con el hombre, causa de todas ellas, diciéndole con íntimos afectos:

«¡Oh ciegos mortales verdaderamente, que miráis estas cosas con antojos fabricados de los grados de vuestra ambición, por quien estas pequeñeces se os antojan tan extendidas y desiderables! ¿Qué diré de vuestro corazón? ¿Confesaré en él grandeza, viéndole en tan viles cosas embarazado? ¡Oh necios mortales,

¹³ Precipio]

¹⁴ Simbolizo]

¹⁵ Estatura]

¹⁶ Atirradas]

¹⁷ Tributos]

¹⁸ Postradas]

¹⁹ Conozcan]

²⁰ Descubre]

vuelvo a repetir, que tan privados estáis del juicio que no consideráis que siendo el corazón vuestro mayor que el cielo, pretendáis llenarle con este indivisible átomo de tan poca tierra! No advertís, que este anhélito^{21xxi} os ocasiona sed mayor, pues así como el hidrópico acrece su sed con mucha agua, así el avaro, acreciendo su apetito, jamás se halla satisfecho de las mundanas riquezas, que es imposible llenar la grande capacidad del ser humano con este pequeño bien terreno. Los bienes temporales, haciéndose más desiderables, pueden cansar mas no saciar, antes dejan los deseos más famélicos, lo cual se ²² conoce²³ con que los que más dellos poseen, están menos contentos. Por esto tuvo Alejandro invidia a la pobreza de Diógenes^{xxii}, viendo que no se dignó el abstigente filósofo de mirar a su grandeza, siendo tanto príncipe cuanto y más invidiarla. Y en suma, ¿quién no sabe que siempre el más rico vive menestero de más cosas que el más pobre?».

Mientras conmigo mesmo procedía tan mora[1], acaso por hallarme entonces tan lejos de la tierra, la veloz ave, como quiera que comprimido el aliento con la opresión de mi ligadura, ya no pudiese ejercitar el ejercicio de las ligeras alas, quiso abalanzarse la vuelta de un alto monte, llamado de mis naturales «las escalas» y reconociendo yo que aquella parte iba amainando el vuelo y que si lo ejecutara yo quedaría imposibilitado de salir de tan inaccesibles asperezas, esforzándome a detenerla y no pudiendo vencer del todo su intención, después de haber descripto en los vientos diversos giros, vencida de mi opresión y rendido el vital aliento, por línea perpendicular venimos los dos a tierra o, por mejor decir, a unos riscosos peñascos con no pequeño asombro y terror mío, cuando ya me conocí bajar precipitado de tanta excelsitud, entregado a la fragilidad de los brazos de los vientos. Caí finalmente, y si no muerto como la águila, que a mi ruina sola me fue apoyo, poco menos, a causa del precipitoso golpe que me dejó atónito y aturdido. Pero usando entonces naturaleza de su providencia en mi remedio, me sacó (no sabré decir cómo) de las manos de dos hombres a cuyos pies caímos. Solo sé decir que me hallé debajo de una peña a quien debí acogerme, naturalmente huyendo, donde luego vi sentados en la mesma aquellos dos hombres, y oyéndolos hablar, con la inclinación natural de saber (precipua^{xxiii} en todo hombre) saqué por entre las peñas la cabeza para reconocer quién fuesen, y vi que el uno era un peregrino mozo de gallardo talle y el otro un hermano lego de la religión camandulense^{xxiv}. Reparé en el rostro deste y pareciome haberle visto y aún comunicado muy de cerca, pero por entonces, aunque hice muchos discursos, nunca me determiné en saber quién fuese. Tenían junto a sí su ható, descargado de un pequeño jumentillo que suelto pacía la yerba que las avaras peñas le permitían, y parece el hermano venía de pedir la limosna del convento de las vecinas aldeas. Yo, deseoso de informarme de quién fuesen, oí que el peregrino dijo:

— Quedó, amigo, el punto de vuestra historia en que referistes a Ismenia lo que vuestro amigo Acrisio os había comunicado acerca del concierto que hizo con su Olimpia de verse aquella noche en la fuente del ciprés, y queriades comenzar a referir las razones que ella os dijo para engañar con arte vuestro arte, que enderezábades a introducir en su pecho odio contra Acrisio, que juzgábades rival vuestro.

A lo cual respondió el hermano:

— Buena memoria tenéis y discurrís mejor. Oídme, pues, agora y sabed que fue esto lo que me dijo Ismenia:

²¹ Anclito]

²² Add. deja bien

²³ Conocer]

— Bien satisfecho vienes, amigo Doristeo, de los engaños de tu amigo Acrisio. Bien ha sabido triunfar de tu llaneza. Pues ¿qué dirás, si el no corresponder yo a tus finezas amorosas, a quien me reconozco obligada, se ocasionan del mismo? ¿Qué dirás si te descubro un secreto a solo el cielo y a los dos guardado? Compadescida de tus engaños me allano a profanarle para que desta vez quedes libre y desengañado del imposible a que te esfuerzas. Amigo, vea yo lo que me has amado, en que no publiques lo que de ti confío. Yo soy esposa de Acrisio, ayer hizo dos años y ya lo soy tan suya que su padre y el mío antes de tres lunas tendrán un nieto. Esta amorosa acción aún no les es notoria porque quisimos experimentar ²⁴ entre zozobras y gustos los frutos del amor, y ya hemos visto^{xxv} que los hurtados son los más suaves ²⁵. Dignamente está disculpado Acrisio, pues estos no son los secretos que los espíritus al suyo semejantes han de comunicar al mayor amigo. Las diversiones que te ha dado fueron ordenadas ²⁶ a no malograr nuestros amores, pues aunque con igualdad nuestros padres permitirán nuestras bodas, ya te dije la causa de no comprometer nuestros gustos en sus atendidas dilaciones. Todo esto te digo para que entiendas como yo lo entiendo^{xxvi}, que el decirte que tiene tratado con Olimpia esta noche para el asiento de sus amores, ha sido nueva diversión a tus sospechas, persuadiéndote esa afición por deslumbrarte estotra. Lo cual supuesto, acaba de desengañarte, y quédate en buen hora.

Y diciendo así, sin atenderme palabra, me dejó con la primera en la boca y muchas en el corazón, que prorrumpieron al aire contra mi amigo Acrisio, que inocente estaba de todo como luego oiréis.

¿Quién dirá, digo yo ahora, que no me causó grande admiración que en tan remota parte viniese a encontrar a mi amigo Doristeo, dueño deste razonamiento y intérprete de las dudas que quedaron pendientes en mi historia, de que yo, como allí pudo entenderse, yo no pude^{xxvii} tener noticia, y asimesmo de la que se me ofresció entonces en su conocimiento, de quien el hábito y lugar en que le hallaba me abstraieron? ¿Quién pudiera advertirle cuán cerca de sí tenía al sujeto de su historia? ¿Quién le previniera hablase bien de Acrisio porque hay veces que hasta las peñas oyen?

Ponderé mucho la obstinación²⁷ de Ismenia que, resuelta a la perversidad de sus intentos, no tuvo escrúpulo de levantar a su mesmo honor tal testimonio sin advertir se lo decía al mesmo que celoso había de publicarlo. Pero por ver si por la relación de Doristeo podía llegar a saber quién la había dado muerte, me di a oír y él prosiguió:

— Llevado, digo, de los rabiosos celos contra mi inculpable amigo, era tanto el fuego que de mi corazón brotaba que pudiera con él arrasar aquellas sierras. Llamábale alevoso, inicuo y cauteloso; proponía mil géneros de venganzas, si bien ya más discursivo hallaba en las razones de Ismenia grandes desconveniencias y muchos fundamentos en las de Acrisio. Asegurábame mucho la llaneza de su trato, siendo esta la que me detuvo en aquella aldea cuando a²⁸ ella²⁹ llegué peregrino, pues él fue mi apoyo y socorro en todas mis ocurrencias. Vía que él mismo apoyaba y terciaba con Ismenia mis intentos,

²⁴ *Add.* Primero

²⁵ *Add.* Y deleitosos

²⁶ *Add.* Y dispuestas

²⁷ Historia]

²⁸ *Om.* a

²⁹ Allá]

que aunque jamás supo quién yo fuese, levantaba mis calidades con encarescimientos muy subidos. Por otra parte, hallaba en Ismenia muchas quejas de hallarse mal correspondida. Y así, revuelto entre tantas confusiones, determiné asegurarme de una vez, y ninguna me pareció mejor experiencia que irme aquella noche a la fuente del ciprés y ponerme en parte donde pudiese, sin ser visto, oír ³⁰ lo que con Olimpia tratase y, si disentiesen sus razones de mi buena opinión, ejecutar en aquel desierto mis venganzas y ausentarme de aquellas montañas vengado y desengañado.

Ejecutelo así como lo dispuse, y puesto en parte que una peña pudo atrincherarme de sus vistas, pasó³¹ poco tiempo no³² vi acercarse una persona a quien los ³³ rayos de la luna (que en su mayor creciente hacía claro día las noturnas tinieblas) me representaron a mi amigo Acrisio, y no mucho después llegó la ³⁴ hermosa Olimpia con acción muy ajena del recato de que siempre opinada estuvo en aquellas ³⁵ montañas (pero que no muda y facilita amor). Llegó, digo, con los abiertos brazos, dando indicios de recibirle en ellos. Pero él, poniéndole la diestra mano en el hermoso pecho, despreciando el favor, la dijo de forma que pude oír y conocer por la voz era el mismo Acrisio:

— Suspende —dijo—, oh engañada serrana, los no debidos favores. Advierte que los malogras y desperdicias indignamente en hombre, aunque amante tuyo, inhábil de corresponderte. Sabe el cielo cuánto dolor me cuestan estas verdades, pues no puedo negarte un grande amor a quien la fama de tus heroicas partes me tuvo ya inclinado. Muchos tiempos solicité tus vistas, pero tus avaras permisiones helaron mi pecho, que el cierzo^{xxviii} de una esquivada apaga Etnas^{xxix} de amor. De Ismenia hermosa, la hija de Melampo, me hallé obligado entonces con finezas tales que cuando me hallara yo (mira qué encarescimiento) en posesión de tu amor, bastaran a divertirme d'él. Perdona esta grosería, no la juzgues desprecio de tus grandes méritos, que a conocer a Ismenia desculparás mis arrojos. Y para que de una vez creas que el corresponderla no fue inclinación violenta sino necesaria, sabe (si ya no lo supiste) que nacimos en un día mismo a nuestros padres, a quien solo una pared divide, como se cuenta de los infelices amantes de Babilonia^{xxx}. Solo nos diferenciamos dellos en lo que más conformó nuestro ser, esto es, en ser tan parecidos en rostros, cuerpos, acciones, hasta en la voz, cosa que en nuestra aldea ha ocasionado sazonados engaños^{xxxi}. Y si es verdad que un amigo mío³⁶ llamado Doristeo ha servido a vista mía a Ismenia, no me dio jamás ocasión de celos por la certeza que apercibí en las finezas della. Antes servía de deslumbre a las sospechas de los amores nuestros, que siempre divertir pretendimos a toda noticia por honestos fines. Burlábamos los dos de sus instancias, fomentávaselas yo, terciando con Ismenia cuando ella con rigores le alentaba. Pero ¿para qué dilato el decirte que ha dos años que estamos en secreto desposados, y medio que reconocimos el fruto de nuestro amor?

Bien veo, hermosa Olimpia, cuánta contradicción habrá causado mi relación en tu pecho como opuesta a la certeza que aprehendiste³⁷ de mi amor el día de la

³⁰ *Add.* Todo

³¹ a]

³² *Om.* no

³³ *Add.* Hermosos

³⁴ *Add.* Bella y

³⁵ *Add.* Apartadas

³⁶ *Om.* mío

³⁷ Aprendiste]

fiesta de tu templo, en quien Ismenia, recelosa de que yo te amase, en orden a averiguar sus celos, aunque en su propio hábito te persuadió, era Acrisio. No quiero obligarte a vergonzosos pesares con estas memorias ni concitar tus iras contra ella. Confiésote que sentí mucho su resolución, luego que della me dio noticia, pero vistiéndola en mi ánimo con el traje de una aguda fineza, aunque se la reprehendí, la alabé mucho. Y si bien el día de las bodas yo vine a instancia suya a buscar ocasión en que darte estos desengaños, la brevedad del baile no permitió más de tu licencia para hablarnos en este sitio, adonde libré relación tan dilatada.

Así que, serrana hermosa (supuesto que venero tus favores), recibe este desengaño en recompensa suya, que a veces este es digno de mucha estimación. No permitió la bella Olimpia oír más descortesías a su ingrato amante y, sin responder palabra, como cierva fugitiva se encaminó a su casa, que no lejos de aquel sitio por el güerto se correspondía. Apenas ella se perdió de vista, cuando yo, rematado y ciego, salí de mi retiro (donde oí todo lo que he dicho, que sin perder razón en el alma se me quedaron grabadas las razones) determinado a vengar mis agravios y de Olimpia en la vida del descortés Acrisio. Y caminando a él como un león furioso, le dije así:

— Ya, enemigo Acrisio, he llegado a conocer tus cautelas. Ya puedo, sin romper las leyes de amistad, mostrarme riguroso vengador de mis agravios, no contra mi amigo, siendo verdad, que nunca lo fue quien con tantos engaños me ha correspondido. Confesarasme alabé los amores de Ismenia. No me empeñarán tus foventos a tan grandes ar[r]estos. Bien supiera yo ceder en los principios mucho amor, pero ya no el infinito. Pero yo vengaré mi injuria y la de Olimpia, a quien tan descortés has correspondido, indigno de sus favores.

Pero, él, sin permitirme más razones, comenzó diciendo ³⁸:

— Espantárame mucho, oh caro amigo, que no hubieras venido a hacerme escolta en esta soledad, temeroso de los daños que ofrecérseme pudieran. Holgaré hayas atendido que discretamente he hecho tentativa en el amor de Olimpia, pues ningún medicamento saca el oculto amor del corazón a los labios como los celos. ¿No advertiste con el desenfado que le signifiqué mi retiro y cómo ella rabiosa y desesperada partió? Confiésote que me hallo ya arrepentido de haberla puesto en tanto aprieto. Corramos tras ella, no la dejemos obligada a algún despeño. Bastábame por experiencia haberla visto venir a buscarme, ¿para qué quise mayores experiencias? ¡Oh necio y impertinente amante!

Tan loco estaba yo que no solo me dieron satisfacción estas palabras, antes provocadome a mayores iras, persuadido eran nuevos engaños maquinados contra mí. Y ponderando que las razones que a Olimpia había propuesto tenían mucha conexión y apariencia de verdad, mayormente, conformándose³⁹ con las que Ismenia me había dicho, llevado de ira, puniendo mano a un afilado puñal, se le clavé cuatro veces por los pechos. Y viéndose herido^{40xxxii}, dando un lastimoso grito, revolcándose en su sangre, dijo:

— Ay desdichada Ismenia, ya en este hacen punto tus pesares, ya tus amorosas diligencias tienen el justo premio condigno a su afectación, ya ingrato Acrisio estarás libre de mis instancias, ya gozarás libre de tu amada Olimpia, ya reconozco (aunque tarde) que es temerario intento querer violentar las voluntades de los cielos, ya confieso Doristeo tus finezas, y que me hubiera

³⁸ Add. así

³⁹ Confirmándose]

⁴⁰ Herida]

estado bien haberlas estimado, no permitiéndome tan ciega a mi destino. Perdóneme mis culpas, indignas a tanto amor, y disuádetes ya de todas mis delaciones quimerosas. Acrisio es tu verdadero amigo, en nada te ofendió jamás ni es verdad que soy esposa suya, y menos que tenga prenda suya; perdóneme mi honor tan grave testimonio. Y en retorno de todo te perdono yo mi muerte, reconocida de la pureza de tu amor, y de que fuiste ministro de la justicia divina irritada de mis culpas. Solo te pido por último beneficio hagas llevarme a nuestra aldea, donde sea sepultada.

Así decía cuando yo, reconocido mi engaño, arrojando el puñal, la tenía ya en mis brazos, regando su hermoso rostro con tierno llanto y dando ella el último suspiro se quedó defuncta en ellos, y procurando entender si estaba capaz su vida de algún remedio, quedé desengañado del todo. Quiso el dolor darme también la muerte; procuré el puñal par[a]^{xxxiii} ayudarle pero⁴¹ prevenido del favor del cielo, que para mayores trances me guardaba, me reporté discurrendo con más acuerdo, repasando las acciones de mi pasada vida y cuán infelices sucesos habían tenido todos mis amores. Traté de reformar la que me restaba y dejar aquella tierra donde muerta Ismenia ya no tenía que esperar.

Procuré cumplir lo que me dejó mandado, y por no hacerme sospechoso en su desdicha, me contenté con pasar por el lugar de Olimpia (fiado en la noche el no ser conocido) diciendo «serranos de Belflorida, acudid a la fuente del ciprés, donde hallaréis un defunto cuerpo, y a darle sepultura», con lo cual caminé lo que de la noche restaba y el demás tiempo que me bastó hasta llegar a este convento, donde me resolví a pasar lo restante de mi vida en este humilde ministerio, desengañado ya de las mundanas vanidades y escarmentado de los trances por donde he pasado.

Así dio fin mi amigo Doristeo a su historia, causando en mí notable admiración, conociendo quien hubiese dado a la infelice Ismenia la muerte. Extrañé mucho el diabólico ingenio de que dotada era, ejercitado en engaños tales. Con todo, me dolí mucho de su desastrado fin y alabé mucho la resolución sancta de Doristeo, en que también logró su desengaño.

Preguntóle el peregrino luego que deseaba saber cuál hubiese sido la causa que le sacó de su aldea, porque desde que con su madre y hermana dejó su ciudad no supo nada de sus sucesos, de que inferí que su conocimiento tenía muchas precedencias y aun que eran naturales de una ciudad mesma; a que Doristeo le satisfizo así:

— Ya sabéis, amigo Leoncio⁴² (que así pareció llamarse), la ocasión que a mi madre obligó a dejar nuestra ciudad y retirarse a la aldea, que fueron los empeños con que murió mi padre, obligándonos con ellos a contentarnos con el pasaje de los frutos de la hacienda que allí nos había quedado. Pues sabréis agora que, arrojado de semejantes accidentes, vivía en el lugar mismo Erodiano, también concive^{xxxiv} nuestro, el cual tenía una hija única, que también lo era en belleza. Comenzose la comunicación de nuestras casas con más estrechez que de deudos, pues los hijos nos tratábamos como hermanos, y los padres como que lo fueran nuestros. Desta comunicación se encendió entre mí y Potencia (que tal era el nombre de su hija) un ardiente amor, el cual fue el exordio de mis desdichas, no porque ella me las ocasionase, sino porque mi destino en ella me las tenía libradas. Como el amor es fuego, por más que ocultar se quiera, no se puede encubrir sus rayos, mayormente cuando los

⁴¹ *Om. pero*

⁴² Leoncio]

jueces están a la vista de los amantes. A pocos lances fue reconocido el nuestro por nuestros padres, y no disgustados dello determinaron que su estrecha amistad se redujese a parentesco y que las haciendas que allí tenían se hiciese de un solo dueño. Lo cual con gusto y común acuerdo^{xxxv} de todos se capituló así, difiriendo el efecto para tiempo más oportuno que en las aldeas juzgan serlo después de cogidos los frutos.

En tan felice estado estaban nuestras esperanzas, fomentándose el amor y creciendo por instantes en nuestros pechos, cuando un aldeano natural de aquel lugar que había vivido en Roma muchos años, donde ayudado de su fortuna, o lo que es más cierto, de su buena industria, consiguió autoridad y un grandioso caudal con que determinó (cuerdamente) retirarse con tiempo a su natural, temeroso que la fortuna mesma, que tan liberal se le había mostrado, no le volviese las espaldas como de ordinario lo acostumbra.

Este, pues, reducido así a tan corta habitación, compró casa y muchas heredades con que adquirió el nombre del más poderoso de aquella tierra. Tenía solo un hijo, a quien como único heredero venía la sucesión de hacienda tanta. Andaba cuidadoso de casarle, pero atendía a ocasión tal que juntando por lo menos calidad a su caudal, su casa se fuese mejorando. Entendidos por el hijo estos intentos, andaba también atento⁴³ a que lo que deseaba su padre tuviese efecto, con tal que la elección de⁴⁴ sujeto quedase por la suya.

Sucedió que un día vio a Potencia, de quien la^{45xxxvi} agradó tanto que desde luego dio por conseguido lo que su padre pretendía. Y proponiéndole la persona y advirtiéndole de camino que por ningún caso admitiría otra mujer alguna aunque el padre quisiera más alta esfera, viendo la resolución d'él, cuyo gusto idolatraba, por dársele en todo, comunicó su pensamiento con Erodiano. Pero él, considerando que este era una estatua dorada, cuyo interior era un madero tosco, no le dio por ningún caso esperanza cierta a su pretensión, contentándose más de que nuestros conciertos pasasen adelante, aunque yo no era tan adelantado en caudal, estimando en más la nobleza de mis progenitores que la dorada guarnición de aquel villano. Y persistiendo en este pensamiento muchos días, procediera en él hasta el fin si la persuasión de sus mismos deudos (atraídos acaso de las promesas del villano) no prevaleciera contra sus honrosos pensamientos. Porque le dijeron que en estos tiempos, toda nobleza sin dinero es una honesta miseria. Y así, vencido de sus instancias, concedió con dalle a Monardo (que así se llamaba el mancebo) mi cara prenda, quitándomela a mí. Todos estos conciertos anduvieron tan debajo de tierra que jamás Potencia ni yo los alcanzamos, hasta dos días antes d'él en que se había de celebrar el desposorio, que entonces se le notificó a ella la rigurosa sentencia, amenazando sus resistencias con crueles rigores de forma que, atemorizada, le fue forzoso allanarse al gusto violento de su padre y deudos, no se le permitió a ella medio por quien dar me cuenta desta violencia, ni jamás me fue notoria, hasta el mismo punto en que quería celebrarse el desposorio, que pasando por su casa, sin saber a qué, como de ordinario solía, me entré dentro al tiempo que hallé junta la gente, y que el indisoluble^{xxxvii} nudo se vinculó con sus dos sies. A tan desdichado espectáculo quedé tan defuncto que sin hablar palabra ni saber de mí mismo, en el mismo estado y hábito que me hallé y, sin llegar a mi casa, me salí del pueblo caminando sin camino cierto todo lo que de la noche restaba y otros dos días hasta el alba del tercero. Al cabo deste tiempo me hallé entre unos

⁴³ Atteno]

⁴⁴ Add. Su

⁴⁵ Se]

profundos valles falto de aliento, así por la continuación del camino áspero y dilatado como [por] la falta de mantenimiento, de forma que cediendo la pasión a la flaqueza, me persuadí ser imposible pasar adelante, y levantando la vista descubrí al pie de un risco una casa a quien circuían diversos árboles silvestres, y encaminándome a ella, hallé cerrada su puerta, cuyo desconsuelo obró tanto en mi dispuesta flaqueza que, falto de los vitales espíritus, vine rendido a tierra. No podré decir el tiempo que allí estuve, pero qué me sucedió os iré diciendo. Halleme desnudo dentro de aquella casa en una bien compuesta cama, cercado de una mujer de grande edad y una moza de no aborrecible persona ni desentendido ingenio, como después experimenté. Informé de sus caricias cómo a fuerza de remedios me habían restaurado. Hiciéronme comer bien contra mi dictamen, que la había hecho en mi ánimo de hacerme morir, vencido de inedia y hambre, pero persuadido a sus piadosas razones, más por mostrarme grato a sus regalos que por deseo de vivir, comí entonces y me fui reduciendo (ya que no a consuelo alguno) a no dejar llevarme de tan desesperada resolución, bien que las pasiones del ánimo se estaban en mí muy activas y poco convalescientes mis dolores. Pero, en fin, con el tiempo que lo madura todo, las fue minorando en parte.

Es menester que sepáis que mi güéspedes la vieja, según experimenté, era una perversa maga y aquella moza era hija suya, la cual, aficionada de mi vista, atendía con todo afecto a mi regalo. Y bien que jamás en algunos días que allí estuve, no se declaró conmigo. Realmente sus acciones y caricias me persuadían más que una cristiana caridad, pero jamás me di por entendido. Antes deseaba mucho me permitieran proseguir mi viaje a la parte que el hado me condujese, porque parte alguna cierta jamás la deliberé, solo tenía por constante el no volver a la aldea de donde había salido, como lo cumplí hasta hoy. Muchas veces determiné hurtarme a los favores que Drusila (así se llamaba la moza) me hacía, y no pude ejecutarlo sin que ella, que vigilante vivía en esta parte, no lo reconociese. Procuraba divertirme con nuevas caricias estos intentos, aunque yo se los desmentía con fingidas razones, temeroso de algunas experiencias en mi daño obradas en virtud de sus encantos. Pero ella, nada asegurada de mis satisfacciones, quiso quedarlo de mi fuga y, descubriendo a su madre su amor, la pidió hiciese conmigo de forma que no me ausentase de aquella casa sin licencia suya, protestándola de no lo hacer así un gran desastre en su vida. La madre, por complacerla, ligó mis pasos de forma que aunque mi ánimo estaba siempre intento a la fuga, cuando la intentaba, a pocos pasos del camino me sentía impulsado a volverme allí sin acabar de averiguar de qué me proviniese aquel impulso.

Siempre procedía [a] divertirla a sus instancias, y siempre yo la divertía dellas. Pero, en suma, vino a declararse más conmigo y para obligarme más a su amor, me refirió en forma de cargos cómo el día que llegué a su puerta su madre y ella andaban por el campo, recogiendo yerbas para el ejercicio de sus ciencias, y que recogíendose a casa, hallándome en aquel estado, creyendo su madre yo estaba defuncto, intentó despedazarme para valerse de mi unto y otras partes de mi cuerpo de que las tales usan en sus supersticiosas operaciones, y que ella, rendida desde luego a mi afición, se había opuesto a tan horrible sacrificio, y que finalmente con aplicaciones de aromáticas unciones y otros beneficios me había restituido la vida. En suma, tanta fuerza hizo en mi voluntad que me obligó a que un día me arrestase a darla el último desengaño, significándola me pretendía reducir a un imposible. Y porque lo entendiese así, la referí las ocasiones de mis pesares, asegurándola que en tanto que Potencia viviese, yo no amaría a otra (¡oh qué indiscreta proposición!). Terrible herida fue esta para el corazón de Drusila,

que se acrescentó mucho con la ocasión de celos. Consideraba la imposible entrada de su amor en pecho de que otra tenía la posesión. Con lo cual se encendió (como siempre sucede) en mayores deseos, porque siempre los imposibles son más deseados. Y no desistiendo de la empresa, nuevamente me instaba y nuevamente era desengañada. Y enfurecida con tantos desengaños, comunicó a la madre más de cerca sus congojas, pidiéndola proveyese a ellas de remedio, apercibiéndola que de lo contrario experimentaría presto su desastrada muerte. Instigada ella con los desprecios de su hija, a quien me consideraba tan obligado, habiendo reconocido (según mi resolución) que no podría amarla en tanto que Potencia tuviese vida, determinó quitar de por medio la causa que obstaba mi gratitud. Y partiéndose a mi aldea se introdujo a la vista de Potencia, colorando la ocasión con aparentes causas. Y con solo mirarla el basilisco infernal, obró tanto que al tercero día consiguió en la inocente vida sus dañados intentos. Desta cruel hazaña me hicieron sabidor, creyendo que con haber muerto a Potencia, habían conseguido (según yo les había propuesto) el fin de sus esperanzas, y fue notorio su engaño, pues antes me obligaron a mayor aborrecimiento, y así le dije a Drusila con gran despecho:

— Dime, ¿a qué efecto impides mi viaje? ¿Qué fruto esperas sacar de mi prisión? ¿Crees por ventura que por haber dado tan alevoso fin a Potencia, me la sacaste del alma? Antes sabiendo yo he sido la causa de su desdicha, a mí mismo me aborrezco. Mira, ¿cómo amaré al cruel ministro della? Primero humanarás las más inexorables fieras que habitan estas montañas que puedas reducirme a tus porfías. Con sola una acción podrás reducirme a tu amor, que es dándome también la muerte. Hazlo así pues la tienes tan a tu disposición, porque en tanto que viva no será posible amarte, y lo que esto no sea será solo acrescentar ocasiones a tu odio. Y para que acabes de conocer cuánto puede en mí esta voluntaria obstinación, desde ahora ni te hablaré palabra ni te miraré al rostro, aunque como otra Circe me detengas en las prisiones de Ulises^{xxxviii}.

Y diciendo esto, bajando los ojos y cerrando los labios cumplí por muchos días mi proposición. Y no por la experiencia della desistió Drusila en sus solicitudes, pero siempre me halló constante sin oírme sola una palabra ni ver mi vista levantada a mirarla, de forma que vencida de mi constancia, furiosa y desesperada, comprometió en un lazo el remedio de sus desdichas, haciéndolas de temporales eternas. Lo cual visto por la madre, iracunda y vengativa, poniendo mano a sus diabólicos encantos, me transformó instantáneamente en cuervo condenándome a la vida y acciones desta infausta ave por el tiempo mismo que su hija había padecido el ardor de sus amores. A mayores daños me había condenado en los rigores de la maga, luego que entendí el desastre de su desesperada Drusila. Ya me consideraba convertido en un dragón horrendo o en una escuálida y asquerosa culebra, como ya otros lo estuvieron muchos tiempos en venganza de menores agravios. Y así en cierta forma me reconocía agradecido a la supersticiosa vieja y la daba gracia por su moderación.

Hallándome ya pues en aptitud de gozar alguna libertad, usando de la que naturaleza libró a las aves en la velocidad de sus alas, levantando el vuelo me puse en la más alta rama de un coposo castaño que cerca de aquella casa estaba, donde con grande lozanía y contento (cual suele el pajarillo suelto de la cerrada jaula, solemnizando su amada libertad) comencé a componer mis plumas con el pico, disponiéndolas para mayor⁴⁶ jornada. Consideré conmigo mismo a qué parte la

⁴⁶ Mejor]

encaminaría. Hice primero tanteo del ser en que me hallaba, que es cordura medirse siempre el hombre con su presente estado, no embarazándose en imaginar las felicidades pasadas, que suelen estos discursos hacer mayores las presentes desdichas, y tal vez, por respetar a aquellas, vienen a hacerse irremediables estotras. Comencé, digo, a conformarme con mi fortuna y [a] acomodarme a la corvina vida, eligiendo no las fétidas carnes de que las aves deste género suelen saciar su voracidad, y para esto propuse de huir su conversación, considerando que aquella vida me estaba destinada por dos meses, que era el tiempo que vivió Drusila en sus amores. Determiné pasarme con las silvestres fructas que por las selvas me ofresciesen los árboles. No me causaba novedad el ser en que me hallaba, porque yo había leído en autores graves semejantes sucesos, que importó a mi consuelo, si bien admiraba mucho mirarme cuervo, ejerciendo acciones de tal y racionar como hombre, de donde llegué a averiguar con la experiencia que no pasa esta transformación de los sentidos exteriores que informan a la fantasía, en cuyo teatro se representan privadamente estas tragedias.

Después destas consideraciones, yo levanté el vuelo entregándome a los vientos sin determinada derrota y así anduve vagando de monte en monte. Así pasé muchos de los días de mi fatal desdicha, y si hubiera de referiros los sucesos que en ellos tuve, fuera hacer mi relación muy larga. Solamente os diré uno por ser el que celebró las vísperas de mi reformatión, pues suele ser un gran pesar presagio de un gran placer.

Enfadado vivía ya de tanta silvestre fructa y discurriendo entre mí mismo cómo podría mejorarme de manjares, me acordé que los gañanes siempre llevan a su arada bien surtidas las alforjas, y que con pequeña industria podría proveer mi necesidad presente. Y con este pensamiento, enderezando el vuelo a unos que desde el monte vi que araban una espaciosa campiña, llegué a tiempo en que el arado los tenía desterrados un largo trecho de su hato, y gozando la ocasión felice yo di asalto a las alforjas, dando saco a un gentil tasajo y otras cosas de que las hallé bastecidas. Continué este modo de vida hasta que los villanos, conociendo su ruina, intentaron resarcirla con una cruel venganza. Para el siguiente día llenaron una hortera^{xxxix} de Ceres y de Baco^{xl}, y exponiéndola a mi adbitrio, estuvieron atentos desde aparte a la ejecución de mi engaño. Acudí como lo acostumbraba, y reconociendo el regalo prevenido, nada celoso de la villana asechanza, me entregué a él de forma que en breve sentí en mí obrar sus accidentes, tanto, que ocupándome Morfeo^{xli}, su ministro, los sentidos, quedé rendido y dispuesto a los rigores de la canalla rústica, que reconociendo el estado en que me hallaba, cobraron sus raciones en mis plumas, no me perdonando en todo el cuerpo más de la de los vuelos, en orden de hacer mayor su venganza. El rigor del desplume fue tan acerbo que me restituyó los mortificados sentidos, y aunque con pico y uñas solicitaba mi venganza, era en vano, que como eran muchos, aún me faltaban miembros en quien todos se ocupasen. Solemnizaban su fiesta con grandes algazaras y chacotas, y cuando ya me vieron despojado del plumaje, me arrojaron al aire, en quien tomando vuelo, no paré en dos muy largas leguas, y fue en una fresca y poblada alameda donde procuré repararme de la fatiga del camino, que la de las carnes era tanta que no le hallé reparo hasta arrojarme a las aguas de un cristalino arroyo, que allí cerca corría, en que habiendo refrescado un rato quedé ref[r]igerado y prevenido para mayor desdicha, porque habiendo determinado pasar aquella noche (que ya estaba propincua) en aquella alameda, me encumbré en el álamo más eminente, donde no reposé mucho, cuando llegó allí una grande bandada de cuervos y de grajos que a acostarse a ella venían, pero apenas los sentí,

cuando, por evitar su compañía, me levanté volando, y reconociéndome desnudo^{xlii}, alborotados y puestos en arma me siguieron, haciendo en mis desnudas carnes cruel batería con uñas y con picos, y si no me abatiera prestamente al socorro de un espeso zarzal, sin duda pereciera entre sus afiladas armas. Nuevamente me laceraron las pungentes púas de mi asilo, si no con tanta impiedad como lo hacían mis parientes, que a veces estos son⁴⁷ más inhumanos que los extraños enemigos, mayormente cuando nos ven desnudos y menesterosos. Ellos anduvieron revolando⁴⁸ alrededor de mi retiro, y conociendo que a su inmunidad no prevalían sus diligencias y que el sol con su ausencia los llamaba a recoger, se volvieron a su dormida^{xliii} dejándome en la mía, donde yo me estuve recogido y temeroso gran parte de la noche. Repasando mis desdichas lloraba la violenta muerte de Potencia. Juzgaba que mis presentes daños se derivaban della, culpando mi inadvertencia cuando significué a Drusila que en tanto que viviera ella, no podía yo amarla. Y aunque el amarla yo en poder de ajeno dueño era poca prudencia, como los términos de amor son sin término, ni yo sabía no amarla, ni menos darme por ofendido de verme dejado por otro. Pero viniendo a la cuenta del tiempo que había pasado de mi destinada transformación, hallé que aquella noche era la última del prescripto término, y por poder pasar un pedazo que della me restaba, me salí del zarzal a causa que sus espinos no me permitían reposo. Y habiendo salido al espacioso campo, aplicándome al abrigo de una peña, me quedé dormido en un continuado sueño, para mí el más apacible y regalado que dormí en mi vida. No desperté d'él hasta que los pajarillos que avecindados estaban en aquellos zarzales, con su dulce armonía me dieron aviso de que la blanca aurora me miraba, no ya cuervo sino en forma humana. Reparé que me hallaba en carnes, y avergonceme dello. Reconocí luego cerca de mí algunas desgredadas ovejas que por allí andaban lamiendo el aljófár que la⁴⁹ noche había ensartado en la menuda yerba, y no mucho después vide junto a mí⁵⁰ a su pastor, que piadoso y condolido de verme en tal estado, me preguntó si algunos salteadores de que aquellas montañas abundaban me habían desnudado.⁵¹ Hallando yo en el pensamiento del buen hombre puerta por donde entrarme a su piedad, esfo[r]cé^{xliv} su juicio diciéndole era así, que salteadores me habían despojado de cuanto conmigo llevaba. Pedile amparase mi desnudez y socorriese mi hambre, y él acudió al remedio destas dos con lo que le fue posible dándome algunas pieles con que cubrirme y algo de su zurrón con que reparar la hambre.

Así estuvimos los dos en compañía algunos días, fingiéndole yo algunas tragedias más aunque diversas de las padescidas, nada degenerantes de mi calidad con que yo me acredité con mi amigo el pastor, de forma que dio muy buenas nuevas de mí a su dueño, que era Melampo el padre de Ismenia, el cual tuvo gusto⁵² yo asistiese con el pastor a la guarda de su ganado, y no después de mucho tiempo, conociendo mi trato, me fue mejorando^{xlv} de oficios hasta llegar al del manejo de toda su hacienda, con que en breves días de extranjero me hice natural de aquella aldea, donde determiné quedarme enamorado de Ismenia, ya olvidado de Potencia, viendo que ya no la podía haber para gozarla, que el tiempo todo lo consume y

⁴⁷ Son estos]

⁴⁸ Revolviendo]

⁴⁹ *Add.* Fresca

⁵⁰ *Om.* a mí

⁵¹ *Add.* Y

⁵² *Add.* En que

muda a su voluntad. Aquí se contrajo la amistad⁵³ de Acrisio y mía, a quien hallé siempre tan conforme a mi naturaleza, que le amé no como amigo, con más amor sin duda que a⁵⁴ un hermano. Lo demás de mi vida, amigo, ya lo habéis entendido de mis relaciones con que he dado un círculo perfecto a las acciones de mi vida toda.

Así concluyó su historia mi amigo Doristeo, a cuyas ausencias favorables quedé muy agradecido, con que acabé de conocer la nobleza de su naturaleza, que para experimentar esta no hay piedra de toque como las ausencias de los amigos. Y reparando en la transformación suya, dije conmigo mismo: «¡Válgame Dios, que ya ha habido en el mundo quien ha pasado por mis desdichas!». Y en cierta forma le estaba envidioso a las mejoras del ser en que fue transformado^{xlvi}, maldiciendo a Corsina porque no se le antojó de transformarme en águila, o por lo menos en cuervo como lo estuvo Doristeo, con quien determiné irme a su convento por introducirme en el modo que me fuera posible a su conservación, en tanto que llegaba mi día. Y queriéndolo hacer, me pareció sería acertado entrarme en sus alforjas, que ya dije estaban en el suelo, pero sucediome al revés, que, trocando posada (como después pareció), me entré en la valija del peregrino, desde donde oí que Doristeo prosiguió diciendo⁵⁵ así:

— Pero, en fin, vos me decís, amigo, que habiendo escapado libre del naufragio que hicistes viniendo de España, prometistes visitar en ese hábito los lugares santos de Italia, y que habiendo visitado muchos, determináis agora visitar también⁵⁶ estos santos anacoretas^{xlvii} que viven este yermo. Hallaréis sin duda unos ángeles en carne, recibiréis un gran consuelo conversando con ellos. El primero que encontraréis, tomando aquesta senda hasta enriscaros en lo más áspero de aquella sierra que dista de aquí dos millas, es el venerable Nacario, hombre docto a la medida que sancto.

A que dijo el peregrino:

— Estimo, amigo Doristeo, mucho, el haberos encontrado en tan buena ocasión. Yo llevaré a vuestra madre muy felices nuevas, pues según lo que de vuestras relaciones infiero no han sabido de vos desde que salistes desesperado de vuestra aldea. Yo en visitando estos padres daré la vuelta de nuestra ciudad, y de camino haré lo que os prometo.

— Antes —dijo Doristeo— os encargo escuséis esa diligencia, que los que nos determinamos a salir del siglo^{xlviii} es bien dejemos de todo punto el siglo. No hay cosa, amigo, que más desazone a un religioso que pensar que tiene deudas, pues este pensamiento le arrastra a volverse al mundo con el piadoso pretexto de visitarlos, que el religioso fuera de su convento es como el pece fuera del agua, que muere luego y se daña en hallándose extracentrado⁵⁷ [sic] de su elemento. Y así os vuelvo a suplicar me hagáis esta caridad de escusar de dar aquesa nueva, que ya llegará día en que nos veamos todos en la celestial Jerusalén.

— Mucho me edifica —dijo el peregrino— vuestro religioso discurso, y en fe d'él os doy palabra de abstenerme de lo que me fuera de tanto gusto.

Y Doristeo prosiguió:

— Yo estimo vuestra^{xlix} noble oferta, y porque ya la obediencia me llama, guíeos

⁵³ Voluntad]

⁵⁴ Si fuera]

⁵⁵ *Om.* diciendo

⁵⁶ *Add.* A

⁵⁷ Extracentreado]

el señor, que yo quiero proseguir el viaje de mi convento. Y cargando el jumento con las alforjas de la limosna, el peregrino se echó a las espaldas su valija, donde yo estaba ya⁵⁸ hecho una rosca, presumiendo iba en compañía de mi amigo Doristeo, pero desengañeme al tiempo ⁵⁹ de⁶⁰ despedirse⁶¹ los dos, porque echándose el uno al otro los brazos y dándose el último vale, sentí apretarme en la valija misma de su abrazo, que por la correspondencia con⁶² la voz conocí eran de Doristeo. Sentí mucho el cometido error, pero siendo ya irreparable, me dejé llevar de mi fortuna a la parte que el peregrino quisiese. El cual ⁶³ despedido de Doristeo sentí que me llevaba, y habiendo caminado, al parecer mío, más de tres horas, oí que dijo: «la paz de nuestro señor sea en esta santa casa», y que le respondieron con una voz grave: «y en vuestra alma, hijo amado, se glorifique su majestad divina». Yo, deseoso de ver el dueño de aquella voz, saqué el cuello de la valija, y fue a tiempo que el peregrino se arrojaba a los pies de una estatua animada, a una venerabilidad penitente, y a un santo en carn[e]^l mortal. Tal me pareció aquel ermitaño que respondió a mi peregrino, y como quiera que por verle mejor yo tuviese fuera la mitad del cuerpo, con aquella acelerada prostración^{li} me arrojó de sí más de seis pasos, de forma que fui de los dos visto no con pequeño asombro suyo, y persuádome que el varón santo sin duda creyó que peregrino que arrojaba de sí culebras tenía algo de demonio, porque se retiró d'él con algún asombro, mirándole a la cara y signándose muchas veces con la cruz. Y el peregrino, acaso con mi pensamiento mismo, reparando en lo que pudo ser, le refirió al eremita el suceso del águila y que yo había sido el aguilicida [sic], de suerte que cuando huí⁶⁴ de sus manos y de las de Doristeo, yo me había metido en la valija, con lo cual el venerable Nacario se quietó y yo me ausenté de su vista, recogíendome entre las raíces de un añoso castaño que cerca de la ermita estaba, y cogiendo él al peregrino por la mano, le llevó debajo del castaño mismo y se sentaron en una de sus raíces que formaba un muy acomodado asiento. Y estando así sentado quiso saber el padre la causa que por tan desiertas soledades le había conducido, y él se la dijo de la suerte que a Doristeo. Y añadió deseaba saber el ver a todos los santos anacoretas y saber la causa de sus retiros, por quien pretendía provocar su espíritu si el cielo dello le dignase a su santa imitación.

Yo había salido ya⁶⁵ de mi retiro sin ser sentido de los dos y puesto en parte donde sin ser visto pudiese oírlos. Y así entendí yo que le respondió Nacario, diciendo desta forma:

- Pues habéis mostrado gusto, oh amantísimo hijo, para tan santos fines, de que yo os refiera la causa que me trajo a este desierto, lo haré para que de mis sucesos conozcáis cuán diversos son los caminos por donde Dios nos llama a sí. La ciudad nobilísima de Luca^{lii}, colonia antigua de los romanos, aquella que tuvo siempre su pueblo tan instruido en los marciales ejercicios, que los romanos mismos en todas sus expediciones de guerra, sacando de su distrito muchas compañías de valerosos soldados (así ecuestres como peones), se hallaron siempre bien servidos de su valor; esta, digo, es mi patria. Nací en ella

⁵⁸ *Om.* ya

⁵⁹ *Add.* que

⁶⁰ Se]

⁶¹ despidieron]

⁶² De]

⁶³ *Add.* Habiéndose

⁶⁴ Huí]

⁶⁵ Ya salido]

de los antiguos pobladores suyos, que me dieron por nombre Nacario, pero, porque al estado en que me halláis, ofende y descompone todo olor de vanidad; no procedo en tan pegajosas materias. Paso a la educación que en mí hizo mi padre, con que no tendré que divertirme a deciros que era noble, pues en nada muestran los hombres más serlo que en la buena enseñanza de sus hijos. Instruyome, digo, en todas las doctrinas que dignamente pudieron concederme el nombre de hijo suyo. Habiendo yo llegado a cuatro lustros, amor (peligroso accidente de aquella edad) me prendió con la vista de una dama no menos virtuosa y noble que hermosa y discreta, de quien recíprocamente me hallé correspondido. Pero porque las memorias destes verdores de la juventud no son muy seguras al sosegado espíritu, no os diré los lances destes correspondientes amores, diré solo que nuestras calidades corrían con tanta igualdad que sin contradicción de los suyos y mis padres, nos vimo[s]^{liii} presos los dos del yugo de un himineo santo, de que yo vivía sumamente contento, mayormente porque de día en día experimentaba en ella muy singulares virtudes, de que daba al cielo gracias infinitas. Mas como quiera que en este miserable mundo no haya bien alguno permanente ni mal que por largo tiempo aflija, mostrándose en mí dicha esta inconstancia antes de año y medio, cuando esperaba el deseado fruto de nuestro consorcio, vencida de los peligros del parto, dándome un bello infante, dio al cielo un hermoso espíritu, dejando el mío en obscuras tinieblas de dolor. Acresciose mucho con seguirse⁶⁶ la muerte a pocos días del tierno consuelo que me había dejado. Pero fueron tan prudentes los consuelos de mi padre y tanto lugar se hizo en mi pecho la razón y conformidad con la voluntad de Dios, que hice algún tanto treguas con el dolor.

No hizo punto en esto mi fortuna, pues dentro de seis meses murió también mi madre, por cuya causa, resuelto mi padre no permitirse a segundas bodas, quiso substituir en mí desde luego la sucesión de nuestra casa. Para lo cual, aunque sin gusto mío, vine yo a ellas con una dama de no menores calidades que la defuncta, de quien también tuve un hijo, sustitución en los gozos del primero, después de cuyo nacimiento no sobrevivió la madre cuatro meses. No pararon aquí mis penas, que cuando las dispone el cielo para nuestro mayor bien, parece que unas a otras se dan las manos, de forma que engarzándose una larga cadena, tray⁶⁷ a tierra el edificio de la vanidad de nuestras humanas pretensiones.

Añadiose a esto que en aquel tiempo mismo se suscitaron en aquella ciudad dos parcialidades contrarias, siendo el origen de sus odios originado muchos siglos antes, que renovados entonces con ocasiones muy leves, propinó la una contra la otra (sin bastar la autoridad de aquella noble república a extinguir ⁶⁸ tanto fuego) hasta su última destrucción. Era mi parte de la facción de aquellos a quien tocó la peor parte, y así participó de los ⁶⁹ sangrientos daños, en tanto que rindiera toda nuestra casa en una noche la vida, si en ella ocultamente no dejáramos la ciudad, saliendo mi padre en hábito diverso de su calidad, llevando consigo a mi tierno hijo en brazos de una criada. En este tiempo estaba yo retirado en una aldea donde teníamos ⁷⁰ hacienda, ocupado en mis continuos estudios a que me había entregado, resuelto de no volver a probar la suerte en

⁶⁶ Conseguírsele]

⁶⁷ Trae]

⁶⁸ Add. Y apaciguar

⁶⁹ Add. Más

⁷⁰ Add. Un poco de

tercero matrimonio, desengañado ya que aquel no era el camino por quien⁷¹ Dios ⁷² me llamaba.

Siendo, pues, allí avisado de la violencia con que nuestros contrarios iban usando de su victoria y que también venían contra mí, me fue forzoso escapar, como se dice, a uña de caballo, sin sacar conmigo más del vestido que llevaba⁷³ puesto. No pasó mucho que llegando allí su tiranía y saqueando a fuego y sangre mi casa y⁷⁴ criados y hacienda la resolvieron en ceniza como a otra Troya. De forma que en una hora de ricos y poderosos quedamos mendigos y miserables. Mas en todos estos turbulentos ímpetus de la fortuna varia, mi principal cuidado fue de buscar a mi querido padre, y tanto hice vagando por varias partes, que le hallé siendo d'él rescibido con la alegría que las presentes desdichas pudieron concedernos. Gocé muy pocos días su amable compañía porque las penas le quitaron la vida presto. En tanto, pues, que yo enjugaba el llanto de pérdida tan grande, se siguió la de mi tierno hijo, cuyo último accidente me colmó de dolor tanto que estuve muy dispuesto a seguir también sus ⁷⁵ muertes. Pero como quiera que esto no sucedió, quedé como ⁷⁶ acosada fiera, del todo transformado de mi ser primero, y revolviendo por instantes la memoria de mis sucesos, cansando el entendimiento en discursos, ordenados a los medios que ⁷⁷ librar me pudiesen⁷⁸ de pesares tantos, dispuse la voluntad a la ejecución de mayores ⁷⁹ daños, no temiendo entonces los efectos de una última desesperación, acordándome de lo que casi en propios términos hizo un padre de familias^{liv}, por la muerte de la mujer y de dos tiernos hijos, de quien se dice que quiriendo la mujer deste miserable un día lavar estos dos niños (que el mayor tendría tres años y el menor dos) calentó un baño, y estando prevenido así, en tanto que bañaba al mayor, sintió que el pequeño, a quien dejó sentado junto al fuego, cayendo en él se abrasaba, y acudiendo a su socorro, dejó al otro en el baño, inadvertida, y llegando halló aquel abrasado en las activas llamas, y volviendo al primero, también le halló en el baño sumergido, de forma que las vidas de los tiernos pedazos de sus entrañas no pudieron ser socorridas porque llevada de la pasión cayó a tierra defuncta. Y no tardando su esposo en venir a casa, halló en ella el lastimoso espectáculo, de cuyo dolor llevado se colgó de un lazo, entregado al aire, cuyo suceso publicó este epigrama:

Deja en el baño al menor hijo y corre
la madre al otro, que en el fuego mira,
aquel se ahoga, a este no socorre.
Y ella en la tierra dolorosa expira^{lv}.
El padre, que desdicha tal recorre,
suspense de una cuerda no respira,
y ofrecen a sus cuerpos monumentos
los mismos homicidas elementos.

— Suceso fue, por cierto —dijo el peregrino—, digno de admiración, y tanto más se debe ponderar cuanto se considere atentamente el haber dado cada cual de

⁷¹ Donde]

⁷² Add. Nuestro señor

⁷³ Tenía]

⁷⁴ Om. y

⁷⁵ Add. Tristes

⁷⁶ Add. Una

⁷⁷ Add. Mejor

⁷⁸ Me pudiesen librar]

⁷⁹ Add. Y más rigurosos

los elementos su lugar propio a cada uno de los pacientes, como lo dijo bien el epigrama.

- En fin —prosiguió Nacario—, volviendo a mi intento, recogiendo yo las riendas de la razón, volví todo mi ánimo al que solo es consuelo de los atribulados, que a él humildemente ocurren, diciendo aquellas ponderosas palabras que dijo Job, cuando en un tiempo mismo le fueron traídas tantas dolorosas nuevas. Esto es, «el señor me lo dio, el señor me lo quitó, sea su santo nombre bendito»^{lvi}. Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo he de volver a él, con cuya consideración el señor mismo, que llenó de dulce ardor el pecho del negante Pedro al cantar del gallo^{lvii}, corroboró de forma el mío que, olvidado en un punto de tan miserables accidentes, determiné huir las falacias y engaños del mundo, reduciéndome a servir a Dios en vida contemplativa como camino más cierto a la salvación, desengañado de los impedimentos que se ofrecen a esta seguridad en la activa. Pero con todo eso, sobre esta deliberación, quise pensar primero con maduro acuerdo, así por justificarle al mundo, a quien se reservan siempre parte de nuestras acciones, para que no pareciese mi resolución hecha acaso o por despecho, como también por hacer prueba de mí mismo, porque si se me siguiese arrepentimiento, no se me siguiese también desconsuelo propio, perseverando o mormuración ajena apostatando, para lo cual comencé a frecuentar la oración y culto divino, a retirarme de las conversaciones mundanas, a vestir con más humildad, a mortificar la carne con ayunos, silicios y diciplinas; de suerte que en término de dos años me hallé no solo renovado en vida sino más constante en el propósito, por lo cual a la deliberación di efecto. Y teniendo (dichosamente) noticia deste desierto, me retiré a él, en quien he hallado toda la quietud que buscaba, donde he vivido con grande consuelo más de treinta años. Lo que me falta de vivir sabe Dios cómo será, a quien suplico me gobierne de modo que dejando la mano del arado, no vuelva el rostro a⁸⁰ atrás a ver las cosas del mundo, en cuyo divertimento me ponga a peligro de perder lo ganado.
- Verdaderamente, mi padre —dijo el peregrino—, que son admirables los accidentes de vuestra vida y dignos de ayudároslos a llorar, pero considerándolos como medios de haber llegado por ellos a tan dichoso estado, nos podemos gozar en Dios que los dispuso a este fin.

Pero hame ofrecido una dubda vuestro discurso, en cuanto dijistes que esta vuestra contemplativa vida es más cierta a la salvación que la activa, de lo cual (y puede proceder de mi ignorancia) no quedo bien satisfecho, sabiendo que Dios crió al hombre a su imagen y semejanza, dándole mujer por compañera, mandándoles cresciesen y multiplicasen, y no que viviesen castos. Y seguida después la inobediencia de la comida manzana, dijo el mesmo Dios a Adam⁸¹ «en⁸² el sudor de tu rostro comerás el pan y no vivirás en vicio⁸³». Demás desto sabéis bien que somos obligados a subministrar ayuda al prójimo, no habiendo nacido el hombre para sí mismo solo sino para el socorro de aquellos que descendiendo de Jerusalén a Jericó, caen en las manos de los ladrones, y que debiendo obedecer a los divinos consejos de Cristo nuestro bien, debemos ayudarnos a llevar las cargas unos a otros. De todo lo cual viven los que retirados se dan a la contemplación, lejos, en tanto que los activos lo

⁸⁰ Om. a

⁸¹ Adán]

⁸² Con]

⁸³ Ocio]

observamos o podemos observar. De donde no sé entender cómo ese sea más cierto camino a la salvación que el de los seculares, que viven dados al nudo del matrimonio y en términos de poder ministrar ayuda al prójimo necesitado.

— Reconociendo voy —dijo Nacario— en vos que sois más estudioso de saber que de contradecir a las escrituras sagradas y a la palabra mesma de Dios, y así os tengo de responder con las mismas, para lo cual estadme atento.

Léese en el *Génesis* que habiendo Isa[a]c echado a su hijo Jacob la bendición, le mandó no recibiese mujer de las hijas de Canaán sino que fuese a Mesopotamia, en Siria, a recibirla de las hijas de Labán, hermano de su madre.

Y puesto el obediente hijo en camino para hacerlo así, llegó a un pozo, el cual estaba cubierto con una gran losa en cuya circunferencia había muchos pastores con rebaños de ganado para abrevarlos, y por ser dispuesto por costumbre ninguno pudiese dar de beber a sus ganados hasta que estuviesen juntos todos los de la comarca, para que revolviendo la losa entre todos diesen juntamente el agua a sus ovejas, y viendo allí aquella gente, les preguntó de dónde eran, a que ellos le⁸⁴ respondieron eran de Harán, y él les repreguntó si conocían a Nacor y, cuando querían responderle, vieron venir a la hermosa Raquel, hija menor de Labán, su tío, la cual venía con sus ganados al mismo pozo, y así le dijeron quién era aquella pastora; por lo cual saliéndole⁸⁵ al encuentro la habló diciéndola quién era y la abrazó con fraternal decoro, y ella, tornándose a su casa, dio aviso a su padre de la venida de su primo, el cual salió al punto a buscar a Jacob, a quien rescibió con mucha ternera y demostraciones de amor y le llevó a su casa. Preso él de los amores de Raquel, se la pidió a su tío, pero él vino a pacto que sirviéndole siete años se la daría por esposa. Concedió el gallardo joven, y sirviendo el prescripto tiempo con diligente afecto y llegado el plazo, pidió el debido precio de sus cuidados. Hizo Labán un espléndido banquete al cabo del cual, en vez de Raquel le dio a Lía, su mayor hermana, de cuyo truco querellándose el primer israelita, a causa de que Lía tenía los ojos lacrimosos y Raquel la excedía en belleza, le satisfizo el suegro, diciéndole: «en nuestra tierra no es lícito casar primero a la menor que a la mayor hija, pero cumple la semana de estotra, y te daré también a Raquel, por quien me servirás otros siete años». Vino en ello el enamorado joven por conseguir premio por él tan deseado. Agora a nuestro propósito, esta Raquel, más hermosa que Lía, es figura de la contemplativa vida, como lo es Lía de la activa. Porque sin duda tiene mayor hermosura la contemplativa por ser más vecina al señor, supuesto que Lía solo en obrar tiene su objeto, como Raquel en contemplar. Para llegar a esta es necesario desposarse primero con Lía, porque por medio de la acción se llega a merescer a Raquel; esto es, la contemplación, pero es necesario servir siete y siete años, de donde por ser la vida contemplativa tan difícil, por eso es menos usada. Por donde debemos considerar que podemos llegar a tener dos felicidades en esta vida, según estos dos misteriosos⁸⁶ caminos que a ella nos conducen, que son estos. Pero aunque por la activa se puede venir a buena felicidad, la contemplativa la promete mejor, guiándonos a mayor beatitud, siendo así que la operación mejor del entendimiento es la humana felicidad y, a tanto se extiende esta, a cuanto puede llegar la contemplación, y donde hay más desta hay más de aquella, lo cual no ignoró Aristóteles y nuestro redemptor Jesucristo, maestro de la divina filosofía, lo afirmó por su boca, como lo escribe

Génesis,
capítulos
28 et 29 et
30

Aristóteles
Ética

⁸⁴ Om. le

⁸⁵ Saliéndola]

⁸⁶ Menesterosos]

San Lucas, cuando María⁸⁷ Magdalena⁸⁸, estando a sus pies en⁸⁹ aquel divino arrobo de contemplación, ^{lviii} no curaba nada del ministerio de la casa, solo escuchaba las palabras del salvador, de que Marta, querelosa murmuraba su descuido, por la cual la satisfizo el Señor diciendo: «Marta, Marta, tú te afliges y trabajas en muchas cosas, pero dígotte de verdad que una sola es necesaria, y así te advierto que María ha escogido la mejor parte, la cual jamás le será quitada»^{lix}. Quiso en esto el señor mostrar que la vida contemplativa es mejor, supuesto que sea buena la activa. Y así lo entendió Inocencio⁹⁰ sobre el capítulo *Nisi cum pridem, De Renuntiatione*^{lx}. Ni pienses, dice, que por eso Marta eligió la peor parte, porque se ocupase en muchas cosas, porque María escogió la mejor porque, aunque sea más segura, estotra es más fructífera, y aunque aquella sea más suave, es estotra más útil. Y aunque bastaba esto, oíd solo lo que agora os diré para vuestra entera satisfacción. La operación que tiene mayor similitud con la de Dios es la de las substancias separadas, y tanto más perfecta que no admite semejanza. La contemplativa tiene tal semejanza con mayor excelencia que la activa, luego es más perfecta. Pero por responder a una objeción que me podéis hacer, diciendo que siendo esto tan cierto y infalible, ¿Por qué todos los hombres no seguimos la contemplativa derrota? Satisfago con que en toda doctrina se ha de tener atención a la facultad y talento del que aprehende⁹¹, para encarmararle por su propia vocación en que cada cual aprueba con mayor excelencia. Por lo cual, así como las virtudes morales son más comunes que las intelectuales, así la vida contemplativa consiste en estas y por eso es más difícil y por tanto menos usada.

Y puesto que algún entendimiento (bien que sea dificultoso de conseguir) sea bien dispuesto mediante las virtudes morales, las cuales habiendo (por los hábitos virtuosos) quietado los afectos, y por eso puedan reducir al mismo entendimiento a aquel perfecto reposo que suele la contemplativa, no se ha de entender por esto que luego este entendimiento contemplará en esta vida el nobilísimo y perfecto objeto, que es Dios óptimo y máximo, como lo hará el entendimiento especulativo, la cual vida es tanto más noble que la activa cuanto las cosas ciertas de las menos ciertas, las eternas que las corruptibles y las divinas que las humanas. Antes es de tal naturaleza que excede a todo bien y se ve estar en el hombre, no como hombre sino como en quien vive vida más que de hombre, de que proviene, que toca a pocos y debería ser de muchos más deseada con preces^{lxi} que experimentada temerariamente con obras. Y así la mayor parte de los hombres caminan por la activa como más fácil y común.

Aquí arqueando las cejas el peregrino, dijo:

- Que sea menos usada, os concedo. Que sea más difícil que la más activa no se cómo os concederé, hasta que me lo hayas⁹² probado, porque los contemplativos no estáis ocupados como los oficiosos en el deleite de los sentidos, en la ambición de la avaricia y en otras tantas más inconmodidades que por puntos asaltan a los míseros seglares, de quien es lo menos penoso el continuo obrar, por lo cual os es más fácil el elevaros a la contemplación de las cosas supernas que a las demás, el ocuparse en tantas cosas en quien

⁸⁷ La]

⁸⁸ Madalena]

⁸⁹ Con]

⁹⁰ Inocencio]

⁹¹ Aprende]

⁹² Hayais]

singularmente se experimentan tantos pesares.

- Puesto —replicó Nacario—que Aristóteles juzga hazaña ardua el saberse explicar el hombre exactamente, querría que con lo que agora diré diésemos fin a tan dificultosa materia.

Para entender que sea más difícil nuestra vida, es este el punto: que la dificultad consiste en el conocimiento de tal vida, porque es de saber, como ya dije, que para aprehender las virtudes intelectuales es necesario mayor estudio que para morales y, consiguientemente, para haberse de negar el hombre a tantos lazos como a la humanidad están puestos y reducirse a esta angélica vida es obra difícilísima y por eso son pocos los que llegan a conseguir esta palma. Mas conseguida ya, es sin dubda alguna mucho más fácil que la activa, porque el entendimiento nuestro ilustrado en las cosas de que es capaz es prestísimo a recibir, y las cosas acerca de quien va obrando trascienden a toda excelencia por estar en continua operación. Y por eso podemos mejor contemplar que obrar continuamente, de que se sigue que una vez llegando a conseguir esta vida es más fácil que la de los seculares y por eso más segura a la salvación.

Y yo puedo seros ejemplo en todo lo dicho, supuesto que cuando a la elección desta vida me dispuse, yo era en algún prescío en aquel siglo y no fuera de esperanzas de recobrar lo que la enemiga violencia me tiranizó por los accidentes que suelen moverse en las variedades de la fortuna, de quien los hombres mismos son ministros. Era también joven, y lo que más es, formado de carne y sangre, como los demás, y todavía más impelido a tomar la espada que la cruz. Por manera que la dificultad de conseguir yo este bien, estuvo en vencer tantos afectos y deseos vanos y a cocear a la voluntad rebelde, pero una vez triunfado de todos ellos, con grande seguridad se gozan los regalos desta vida.

Pero no puedo negar tampoco que el mundo y sus tentaciones en los principios que aquí vine no hiciesen en mí rigurosa batería, pero con todo eso poco a poco fueron de mí vencidos con la continua oración, mediante la divina gracia, sin quien valen poco las humanas fuerzas, porque los hábitos en el alma apoderados difícilmente se remueven sin ella, y el obrar nuestro, con lo cual después he vivido una vida no digna de compararse a ella la de los más poderosos reyes. Y puesto que tal vez me asalte algún mal pensamiento (que en tanto que vivimos en esta carne mortal son forzosos, merced a los incursos de nuestro cruel enemigo) con más facilidad le despido que los que viven en el mundo, así por el hábito ya hecho en el bien obrar como también por la falta de cómplice con quien ejecutarlo, siendo como lo veis que en este yermo, otra cosa no se ve que precipitosos riscos, fértiles abetos, cristalinos arroyos, parleras aves y diversas fieras, cosas todas que nos incitan y provocan más a alabanzas de su criador que a ofensas suyas.

Y aunque esta nuestra vida en lo exterior parezca austera porque comer y vestir y dormir con la abstinencia y aspereza que podéis presumir son, con todo eso, tantos los bienes interiores que Dios nos difunde al entendimiento mediante la contemplación asidua, que sin dubda alguna esta vida se puede llamar felicidad verdadera, porque aquellos⁹³ que en nosotros parecen penalidades son en Dios únicos gozos.

¿Y no sabéis que cuando el hombre eleva el entendimiento a lo alto, en contemplación de las cosas supernas, que allí encuentra luego la verdadera

⁹³ Aquellas]

felicidad, más que en cuanto se ocupa en las acciones mundanas? Lo cual sucede a la mayor parte de aquellos que viven vida llena de innumerables afanes. De donde a nuestra vida no falta otra cosa que el sustento necesario, salud del cuerpo, y la compañía de los demás hombres, penalida[de]s^{lxii} recompensadas con muchas glorias de que aquí gozamos.

Aquí llegaba Acrisio cuando entró el sacristán muy depriosa a llamar al cura para sacramentar un enfermo que estaba muy de partida. Y como las obligaciones de tal oficio no admiten dilación, él se fue a cumplirlas y nosotros quedamos pendientes para la siguiente junta del docto razonamiento de Nacario.

ⁱ De nuevo Matías de los Reyes confunde a Apolo con Helio, cuya hermana, Selene —la luna—, es la encargada de sustituir al dios del sol.

ⁱⁱ Subsanado en el impreso.

ⁱⁱⁱ Subsanado en el impreso.

^{iv} Ganimedes, considerado el más bello de los mortales, fue objeto del amor de Zeus, quien raptó al joven y se lo llevó al Olimpo, donde lo empleó en escanciar el néctar en su copa.

^v Subsanado en el impreso.

^{vi} Subsanado en el impreso.

^{vii} Pueblo nómada cuyos orígenes se remontan al s. VII a.C. Los caldeos habitaron en Caldea —ubicada entre los ríos Tigris y Éufrates—, región de Mesopotamia. Resistieron el poder de los asirios en Babilonia hasta vencerlos, de modo que pasaron a formar parte, junto a los persas, de la sociedad babilónica.

^{viii} V. nota anterior.

^{ix} V. nota VII. Los partos, residentes de Partia —actual Irán— fundaron un imperio en el siglo III a.C. Asimismo los medos mantuvieron un imperio —conquistado por los persas con posterioridad— ubicado en Oriente que tuvo origen en el siglo III a.C.

^x Puede aludir bien a la región del Peloponeso cuya capital era Esparta, o bien a esta polis en particular.

^{xi} Ciudad griega.

^{xii} Heracles, hijo de Alcmena y Zeus, nació accidentalmente en Tebas.

^{xiii} También llamado «Dioniso», se identifica con la divinidad del vino y de la viña. Introdujo en Tebas las Bacanales, festividades en su honor, dedicadas particularmente a las mujeres y caracterizadas por su naturaleza mística y ritual. Debido a las consecuencias de los excesos de dichas fiestas, el dios fue castigado por Penteo, rey de Tebas.

^{xiv} Epaminondas (s. V-IV a.C.) fue un general tebano que destacó en disciplinas como la música o la oratoria. Venció a los lacedemonios en la batalla de Leuctra acabando así con la hegemonía espartana. (v. Nepote, 1985: 145-157).

^{xv} Se trata de diversos pueblos que ocuparon parte o la totalidad de la Península Ibérica en una época previa a la dominación romana.

^{xvi} Musulmanes.

^{xvii} Subsanado en el impreso.

^{xviii} Emblema de los monarcas romanos, formado por treinta varas a las que se une un hacha, todo unido mediante cuero rojo formando un cilindro.

^{xix} Prostrar: «Lo mismo que ‘postrar’» (Academia, 1803).

^{xx} Región del imperio romano que se corresponde con los actuales países de Rumanía y Moldavia.

^{xxi} *Anhérito*: «Lo mismo que respiración, o aliento» (Autoridades).

^{xxii} Se cuenta que Alejandro Magno, tras visitar al filósofo que vivía voluntariamente en la indigencia, aseveró que de no ser él mismo, habría querido ser Diógenes (Diógenes Laercio, 1990:114).

^{xxiii} *Precipuo*: «Señalado ù principal» (Autoridades).

^{xxiv} Orden religiosa de tendencia eremítica, surgida en el s. XI, que se rige bajo los preceptos de la Regla de San Benito, cuya máxima consistía en el *ora et labora*.

^{xxv} «vistos» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxvi} «Entienda» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxvii} «Pudo» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xxviii} *Cierzo*: «Viento que corre del septentrión, frío y seco» (Autoridades).

-
- xxix Volcán ubicado en la isla de Sicilia.
- xxx Se trata de los desdichados Píramo y Tisbe. V. nota XXXIII discurso cuarto.
- xxxi A propósito de la similitud de rostros, v.3.3.4.1.
- xxxii El narrador cree que se trata de Acrisio. No obstante, como a continuación se verá, era en realidad su vecina idéntica en rostro y objeto de su amor, Ismenia.
- xxxiii Subsano en el impreso.
- xxxiv *Concive*: «Conciudadano» (Alemay y Bolufer).
- xxxv «Gusto» en ambos testimonios («con gusto y común gusto de todos»).
- xxxvi Esta palabra no se aprecia muy nítidamente en el manuscrito.
- xxxvii «indisoluble» en ambos testimonios.
- xxxviii En efecto, la retención de Doristeo, contraria a su voluntad y motivada por causas de amor, así como el componente metamórfico afiliado siempre a la figura femenina, remedan a la detención de Ulises por parte de Circe incluida en la *Odisea*. En el camino de regreso a casa, Ulises junto a su tripulación hace un alto en la isla de Ea, donde habita la hechicera Circe, que acaba convirtiendo a los compañeros de Ulises en bestias. El esposo de Penélope, gracias a un antídoto revelado por Hermes, consigue rehuir el efecto del hechizo y mantener su forma humana. Finalmente, Circe y Ulises mantienen un idilio que concluye en el momento en que el protagonista abandona la isla para volver a Ítaca (Grimal, 2008: 107-8).
- xxxix *Hortera*: «Escudilla de palo, que ordinariamente usan los pobres, y la trahen colgada à la cintura, para recibir la comida que les dán: y en algunas provincias de España es el uso común de las casas pobres» (Autoridades).
- xl Trigo y vino, aludidos mediante las divinidades de estos frutos.
- xli Alude de la somnolencia provocada por la ingesta de vino.
- xlii «Desnudos» en ambos testimonios.
- xliii «Dormidada» en ambos testimonios. *Dormida*: «El descanso que se toma durmiendo» (Autoridades).
- xliv Reparado en el impreso.
- xlv «Mejorándome» en el texto del manuscrito. Subsano en el impreso.
- xlvi «Transformada» en el texto manuscrito. Subsano en el texto impreso.
- xlvii *Anacoreta*: «El que vive en lugar solitario, retirado del comercio humano, y entregado enteramente á la virtud y penitencia» (Autoridades).
- xlviii *Siglo*: «Significa asimismo el comercio, y trato de los hombres en quanto toca, y mira à la vida común política: y assi decimos, que el que se entra religioso, o se va desengañado à un desierto, huye, ò dexa el siglo» (Autoridades).
- xliv «Vuestro» en el texto manuscrito. Subsano en el texto impreso.
- l Subsano en el impreso.
- li *Prostrarse*: «Humillarse, echarse por tierra» (Covarrubias).
- lii Localidad italiana perteneciente a la región de la Toscana.
- liii Subsano en el impreso.
- liv Es probable que sea una errata inducida por la expresión latina «pater familias».
- lv «Espira» en ambos testimonios.
- lvi *Job*, 1:21.
- lvii Jesús le había revelado a Pedro que antes de que cantase el gallo lo negaría tres veces. En efecto, hasta en tres ocasiones gentes diversas le habían preguntado si había estado con Jesús, a lo que Pedro había respondido que ni siquiera conocía a tal hombre. Al recordar el vaticinio de Jesús, Pedro rompió a llorar (*Mateo*, 26: 69-75).
- lviii En el manuscrito se lee: «como lo scrive S. Lucas quando María Magdalena estando a sus pies, en aquel divino arrobo de contemplación, estando a sus pies no curaba nada del ministerio de la cassa» (f. 224v). La expresión repetida «estando a sus pies» ha de deberse a un error de lectura, puesto que en la segunda ocasión aparece a la misma altura que lo hace la ubicada en la línea anterior. La errata ha sido solventada en el impreso, donde se ha optado por mantener la primera de las expresiones duplicadas.
- lix *Lucas*, 10: 38.42.
- lx El papa Inocencio III (s. XII) emitió un decretal titulado *Nisi cum pridem* (1206) mediante el cual fijaba los casos de renuncia y traslado del obispado (André, 1847: 495).
- lxi *Prez*: «vale estima» (Covarrubias).
- lxii Subsano en el impreso.

DISCURSO ONCE

Muy pendientes nos dejó la ausencia del cura en el discurso pasado del razonamiento del venerable Nacario, y así en la ocasión acostumbrada, juntos, prosiguió Acrisio diciendo haberlo hecho el ermitaño así:

- Pero porque nos divirtamos un rato de materias tan dificultosas, quiero saber de vos, pues venís del mundo, ¿cómo les va a las virtudes entre los hombres?
- Las virtudes por sí mismas —respondió el peregrino—, como siempre, son reverenciadas por su esencia misma, pero en cómo sean recompensadas está la dificultad, porque la avaricia (o como los que la poseen quisieren llamarla) de suerte predomina, que ya no vale en el mundo el que mucho no posee, porque han llegado a averiguar los hombres que la verdadera calidad la da el oro, y que cuanto más uno posee tanto es más adorado. Y no me espanto que se estime tanto este metal y que le estén muy agradecidos los mundanos, pues ha sido él solo el potísimo fautor de sus ascensos, y mereciera nombre de ingrato el que al que le dio la mano a sus grandezas no le amara mucho y le reconociera vasallaje, procurando tenerle siempre consigo en veneración perpetua, sin permitir comunicarle a la virtud y al mérito; antes le divierten y ocupan en lascivias y vanidades, que a ellos los ostentenⁱ todopoderosos. Solo vale con estos la lisonja y el interés, y a los desvelos de los estudiosos son reputados desperdicios del tiempo. Murieron los Mecenatesⁱⁱ. Acabáronse los Alejandros y ya no son en el mundo los Tiberiosⁱⁱⁱ, y así necesitan los ingenios destos tiempos el acierto de un ángel y la vista de un lince para el logro de la elección de ¹ empleo de sus vigiliass, tal que si no en fe de méritos del oferente, se muestre liberal a sus aumentos, no más de porque ya el mundo le reconoce su dueño.
- No es mucho —dijo Nacario— que se use y continúe en el mundo esa miseria que ya yo sé que en tiempo de Aristóteles se practicaba también, pues quejándose el filósofo de los incursos de fortuna, promete poca suerte a todos los estudiosos de las buenas letras, aconsejando se toleren con paciencia semejantes accidentes, y que los tales reciban con alegría todo lo que de necesidad de la condición humana procede inevitablemente, en tanto que ya habiendo pagado la común deuda a la naturaleza, vamos a aquella patria donde todos somos iguales.
- Eso no entiendo —replicó el peregrino— que se entiende que hayamos de ser todos iguales, supuesto que se sabe que un alma merece más que otra según los méritos de sus obras hechas en vida, de donde aquella será más preferida a la que fue más tibia en obrar, y por eso verá más perfectamente la divina esencia como lo demuestra nuestro salvador, diciendo que en la casa de su padre hay muchas moradas.
- La igualdad que yo dije —replicó él— se debe entender según la esencia específica de las almas, que serán de un mismo ser, pero gozarán después grados distintos y separados, y como vos decís, una preferirá en perfección a la otra y por eso verá a Dios más perfectamente, según más o menos ven los nobles que los plebeyos las representaciones y actos de los públicos teatros. Pero aquí aquella verá más perfectamente que tuviere mayor luz de gloria por haber tenido mayor caridad, en tanto que vivió y hubiere perseverado en ella hasta la muerte.
- Y el que fuere inferior —añadió el peregrino—, ¿invidiará al superior?

¹ Add. El

- Bien digo yo —dijo él— de la agudeza de vuestro ingenio, que es estudioso de instruirse, y con esta perspicacia pudiérades haber conocido que en la beatitud eterna no puede haber cosa que contriste el ánimo, porque si ansí fuera, ya no se pudiera decir bienaventuranza. Y tanto menos² cabrá allí la invidia (pecado horrendo) cuanto allí no hay más que gozo siempre eterno, de tal manera que si un alma bienaventurada viese a su padre ³ arder en el fuego eterno, le será en Dios de suma ⁴ alegría, no ya ⁵ cuanto a la pena ajena (que fuera contra caridad) sino ⁶ cuanto considera allí el orden de la divina justicia. Pero por salir destas dificultades en que parece que de propósito tratáis⁷ de entrarme ⁸, ¿en qué entiende el siglo^{iv}?
- En ostentar —dijo el peregrino— la nobleza de la sangre generalmente. Tanto, que otra cosa no se oye ni ve sino nuevos cognombres^v, títulos y dignidades, y otros sigilos o señales que publican a voces nobleza en quien las posee, y aquellos que no llegaron a conseguir estos honrosos caracteres, por accidentes varios pasan su carrera nobilitándose a sí mismos en la forma que les es posible, y cuando a más no pueden empinarse, encajan (aunque con violencia) un «a fe de caballero». Por lo cual querría asegurar los escrúpulos que me inquietan la conciencia en esta distributiva justicia que me obliga a dar a cada uno el lugar que se le debe en la nobleza. Y ansí os suplico me digáis lo que hay en esto y que sea meramente según vuestra sentencia, sin ajenas⁹ autoridades, esto en fe de la mucha estimación que hago de vuestro concepto.
- Más presumo, hijo mío —replicó Nacario—, que tratáis de hacer tentativa en mi capacidad que favor a mi juicio. Pero cuando sea lo último, ¿presumís que dejaré de rozarme^{10vi} con los dichos y sentencias de los que sobre esta materia tan doctamente discurrieron? Aunque sea ansí, que por mí no hayan sido hasta hoy oídas ni vistas, siendo ansí que ¹¹ ellos haya[n]¹² escrito u¹³ hablado conforme a buena razón y verdadero sentido de la cosa. Demás, que cuando *sine lege loquimur erubescimus*^{vii}, necesarias son las autoridades para la comprobación de todo concepto, porque de otra suerte quedaremos como las lechuzas al resplandor del sol, porque entonces se da más crédito a la cosa cuanto son más graves las autoridades que en su apoyo se aducen. Platón en su *Fedro*, en persona de Sócrates, nos dice bien esto: «Y porque (dice Sócrates) conozco bien la ignorancia mía, confieso que no ¹⁴ sé si no por haberlo oído, leído o visto de otros y no por haberlo inventado por mí mismo, conviene que yo confiese haber sacado estas cosas de otras fuentes como con un vaso». Y a esto se llega el africano Terencio, que fue más ha de mil y seiscientos años, el cual habiendo compuesto su *Andria* a imitación de

² Menor]

³ Add. Padecer y

⁴ Add. Y grande

⁵ Add. en

⁶ Add. en

⁷ Procuráis]

⁸ Add. decidme

⁹ Ajenar]

¹⁰ Deroçarme]

¹¹ Add. De

¹² Hay]

¹³ O]

¹⁴ Add. lo

Menandro, y sacado mucha parte de la *Perinthia* del mismo, siéndole mormurado el hurto, dijo (como se lee en los últimos versos del prólogo del *Eunuco*) «ninguna cosa es dicha que no fue primero dicha»^{viii}. Pues si mil y seiscientos años ha que no se podía decir cosa que primero no hobiese sido dicha, ¿cómo se podrá (por consecuencia) decir hoy nada que no haya sido mil y seiscientas veces primero dicho, pensado y escrito? En cuya confirmación jura Alejandro Aquilino que escribió muchos periodos enteros que de palabra en palabra se conformaron con los de otros autores, de quien jamás tuvo noticia. ¿Qué creéis que hacen los escritores de hoy? No pueden ocuparse en más que tejer guirnalda de varias flores: esto es, de muchos volúmenes hacer uno, según el sujeto que eligen, con lo cual hermean, adornan, dilatan y facilitan la materia, la cual facilidad consiste de ordinario en el hablar familiar como más común y mejor entendido, en lo cual y la elección consiste la excelencia y felicidad del acierto, cuyo trabajo excede a todo estudio, porque si esto se hace cogiendo de los ajenos escritos¹⁵ pensamientos, cuadrándolos con decoro y hermosura a los suyos, no se puede negar que es una novedad maravillosa de ingenio digno de estimación y premio. Porque si a los pintores (como dice Horacio) y a los poetas se concede igual licencia, ¿quién no sabe que el pintor más excelente, para pintar una excelente hermosura que conste de todas las partes requisitas, la compone de varias hermosuras tomando de cada cual lo más perfecto, excediendo en esta perfección a la misma naturaleza, que no sin particular acuerdo junta en un sujeto todo lo perfecto, antes de ordinario falta en esta perfección? ¿Por qué condenaremos al escritor que hiciere lo que aquel pintor discreto? Y para concluir, si no se escribiese en este o en aquel método, sería una ignorancia.

Horacio,
Ars Poetica

- Yo¹⁶ no sé cómo esto pasa —dijo el peregrino—, que yo me acuerdo de un gentilhomme amigo mío que tiniendo para estampar un escrito suyo, fue impugnado por cierto Zoilo^{ix} por haberle observado¹⁷ en él algunos pensamientos que él acaso había oído o leído en otros autores, abominando las imitaciones, condenándolas por hurtos descarados^x.
- Poco discurría ese censor —dijo Nacario— si lo imitado estaba con propiedad como en lugar propio, porque siendo así, aunque se juntaran las cornejas¹⁸ de Esopo^{xi} no conocieran sus plumas, que es como yo querría estas colecciones. Que bien sabemos que los más excelentes autores tomaron de otros o la invención¹⁹, la sentencia, la translación, el modo del decir y aun los enteros discursos. Pero desembaracémonos de la nobleza de quien nos ha divertido mucho esta digresión no sin ocasión hecha, y para que procedamos con acuerdo digo así. He oído decir —dijo él— porque comencemos de su etimología, que esta palabra «nobleza» se dijo del verbo latino *nosco*, por «conocer», y de ahí «noble cuasicognoscible, conocido o notorio por su claridad y esplendor». Bien es verdad que muchos son conocidos por sus maldades y allí se ha de entender la nobleza por abusión^{20xii} con la junta, como si se dijese noble ladrón o noble ramera y semejantes. Pero Dante en

¹⁵ *Add.* Algunos

¹⁶ Y]

¹⁷ Obligado]

¹⁸ Los conejos]

¹⁹ Ambición]

²⁰ Abución]

su *Convite* la entiende de otra manera. A este propósito dice estas palabras: «digo pues, que si queremos reparar en la común costumbre de hablar, que por esta voz “nobleza” se entiende perfección de naturaleza propia en cada cosa, de donde no solo del hombre es predicada, sino también de toda otra cosa, como a decir, noble piedra, noble planta, noble caballo y otros tales, que en su naturaleza se conocen perfectas. Y por esto dice Salomón, “dichosa la tierra donde el rey es noble”^{xiii}, que no es más de querer decir, es en su naturaleza perfecto. Algunos hay que creen que por esta voz “nobleza” se entiende ser de muchos nombrados y conocido, y dicen viene de un verbo, cual es *nosco*, lo cual es falsísimo, porque si esto fuese, aquellos que más fuesen nombrados serían más nobles: de donde la aguja de San Pedro en Roma será la más noble piedra del mundo». (Y Juan de Leganés, un inocente prodigio de la Aritmética mental²¹ a quien yo conocí en la corte de España^{xiv}, sería el más noble de su tiempo, por ser muy conocido por su nombre y habilidad en la cuenta, cosas que en sí son falsísimas), «por lo cual lo es también que noble venga de *nosco*. Desta perfección entiende el filósofo, donde dice: cada cosa es mucho más perfecta cuanto más se acerca a su virtud propia. Por lo cual el círculo se puede decir noble, cuando es ²² verdaderamente círculo, tocando su virtud propia. De donde manifiestamente se puede ver que esta voz, “nobleza”, suena perfección en toda cosa de su propia naturaleza»^{xv}. Hasta aquí Dante. Pero vos, destas opiniones, ¿cuál tenéis por ²³ cierta?

Aristóteles,
7 Física
Corf [sic]

- Yo —dijo el peregrino— no puedo alzarme con la judicatura desta sentencia por defecto de jurisdicción en todo buen saber, y así por eso deseo ser de vos informado.
- Pues lo que yo puedo entender —dijo él—, es que pudo suceder que Dante lo hubiese entendido a su modo, demás que las prosas de su *Convite* son algo intrincadas y podría ser él lo entendiese bien. Pero con todo eso a personas más cuerdas que yo dejaremos abierto el camino para disputarlo.
Y lo que yo siento, salva paz de quien más sepa, es que un noble debe ser enteramente perfecto y son tantas partes las que se requieren a esta entereza, que es necesario más que palabras para decir uno de sí mismo «yo soy noble».
- ¿Y qué partes son estas? —preguntó el peregrino—.
- Hágoos saber —respondió— que son tantos los autores que copiosamente han escrito desta materia que todo nuestro decir será sobrado. Pero con todo, por satisfacer a vuestra pregunta, estrechándome lo posible, digo que las partes que a²⁴ la verdadera nobleza se requieren principalmente son ser bien nacido, no solo de personas que no hayan manejado oficios bajos y que habiendo tenido progenitores claros en virtudes, también ellos prosiguiéndolas viven en²⁵ estimación del mundo. Porque de otra manera no hay nobleza donde no hay virtud, la cual con largo tiempo o a lo menos por cuatro grados de edad sea reducida a luz, y cuanto a más edades se extendiere, tanto será más preclara. Pues de razón es que donde más se persevera en la virtud, allí se ha de considerar más nobleza, y yo no daría por

²¹ Montal]

²² Add. Cierta y

²³ Add. Más

²⁴ Para]

²⁵ Con]

la nobleza del vicioso, respectando al dueño una vil moneda, porque en el tal está deslustrada y vile²⁶ pensa [sic]. ¿Queréislo ver? Viene Esaú del campo pericido de hambre, hombre de tan baja estimación que por cumplir sus gustos ni estimaba su reputación ni apreciaba su nobleza. Halla a Jacob, su hermano, comiendo una escudilla de lentejas, y a trueco de saciar su apetito, malbarata su nobleza y mayoradgo por la vileza de tan basto manjar^{xvi}. Pero pregunto yo, ¿a cuál destos dos hermanos juzgaréis por agraviado en estas ferias^{xvii}? Apostaré que decís que Esaú lo fue, pues dio la joya de mayor estimación por tan vil precio. Pues engañaisos que el engañado fue Jacob, que aunque lo que dio fue tan poco, lo que recibió fue menos, porque nobleza de vicioso de balde es cara.

- El pensamiento y ponderación —dijo el peregrino— me agrada mucho. Según lo cual ha de fundarse la nobleza además de la antigüedad, valor y virtud de los pasados en las propias nuestras, como partes integrantes de aquellos, la cual será mayor y más espléndida cuanto fuera²⁷ más antigua y hubiere conseguido mayores blasones.
- Así es —dijo Nacario—.
- Pues siendo así —prosiguió— vos decís muy bien que son menester más que palabras para decir «yo soy noble», porque son muy pocas las noblezas que hayan proseguido en personas virtuosas hasta la tercera generación, no digo a la cuarta o más bien que en los descendientes no se haya perdido la nobleza por la copia del oro, el cual tiene tanta potestad que la pasa en hombros hasta los postreros, séanse quien fueren por sí mismos y aún lo que es peor, suele darla al que no conoció a su padre. Pero si faltase este membrudo gigante perescería la triste nobleza en el golfo de la pobreza²⁸, como vemos cada día. Demás desto parece que generalmente sucede que sean pocos los hombres dotados de sumo ingenio y ricos de muchos bienes, antes cada día se experimenta haber allí más carestía de claro nombre donde hay más haberes, porque hay muchos viciosísimos nacidos^{xviii} de noble familia que degenerando de los abuelos, quedan ignobilísimos, pero con todo esto, por descender de la tal casa noble y por tener dinero (que importa el todo) son llamados a grandísimos honores y dignidades, y destos está lleno el mundo y yo he conocido muchos. Pero, en fin, considere allá cada uno como le pareciere sus obligaciones, que lo demás importa poco, y tanto más, que el día de hoy, son en mayor número los hombres que viven según el sentido que según la razón. Y aunque sea verdad que las riquezas no puedan dar nobleza, porque estas, como he dicho siempre, viven della muy lejos, con todo eso parece ellas son las que dan la nobleza y el honor y cubren toda falta. De donde esta nobleza que nace tan de atrás por virtudes y proezas de las familias, es tan dudosa que se puede mejor hablar della por opinión que razón. Y tanto más, no se pudiendo adivinar los secretos de las mujeres, de que pueda suceder que alguno se juzgue hijo de Agamenón, que lo sea de Egisto^{29xix}. Y por esto la más cierta nobleza es la que procede de la virtud, supuesto que está en punto de razón, que aquellas cosas que por sí son manifiestas no necesitan de más prueba, así como es correlación cierta que donde hay humo hay fuego, así también donde hay virtud hay nobleza. Y

²⁶ Vil]

²⁷Fuere]

²⁸ Probreza]

²⁹ Egipto]

poco importa jactarse un vicioso de las noblezas de sus progenitores, porque si bien se repara, enciende delante de sí otras tantas antorchas con cuyas luces se descubren y manifiestan más sus vicios y bajezas.

- Confórmome —dijo el peregrino— con toda esa doctrina, mas ya no con su consecuencia, pues vemos cada día condenar Pedro a Juan, aunque el tal Pedro haya degenerado de sus abuelos.
- No entiendo —dijo Nacario— ese lenguaje.
- Pues si no me he dado a entender —replicó— declárome más. Alonso noble, engendra a Pedro, doctrínale y gobiérnale virtuosa y loablemente, déjale sucesor en su casa y mayoradgo. Francisco engendra a Juan ignoble^{xx}, críale acaso y sin doctrina. Este en edad adulta por inopia de bienes y lo que más es, siguiendo la bajeza de su ser y ruin educación, se da a robos y latrocinios. Pedro también en edad semejante dándose a todo vicio, disipa^{xxi} sus substancias y por conservar su³⁰ lustre de su nobleza, no bastándole sus rentas, ni paga a sus criados ni cumple debidamente con sus obligaciones, antes con la³¹ capa de noble usurpa a los humilde[s] las substancias, siendo la polilla de cuantos se le acercan. A este que procede así, ¿quién con buena conciencia le negará el título de tan solemne ladrón, como el otro Juan, a quien por ser humilde se le da, porque hurta sin autoridad y por medios menos honestos? Y con todo eso se ve que el tal Pedro, constituido en la judicatura por noble y de más poder, condena a Juan a muerte por los delitos mismos en que él puede ser convencido.
- ¿No sabéis —dijo Nacario— lo que dijo aquel pirata al Magno Alejandro, cuando teniéndole preso le reprehendía sus latrocinios y robos que por el mar hacía? le respondió intrépidamente: «Oh Alejandro, a mí me llaman ladrón porque robo con solo un bajel y a ti monarca porque con muchos tiranizas el mundo»^{xxii}.

Vos querriades que el que degenerase de la virtud que heredó fuese desterrado³² del humano comercio y no gozase de preeminencia alguna, y aunque debiera ello ser así, la costumbre que es otra ley, practica lo contrario y así no hay sino paciencia y acomodarse al tiempo o venirse a este desierto. Pero esto nace de vivir los hombres, como ya dije, más conforme al sentido que a la razón de donde toda cosa se reduce a la simulación y engaño, que la simulación cuando no se usa, en orden a evitar escándalos, se hace compañera del miedo, y por eso son pocos los que se determinan o atreven a descubrir los ajenos pecados, temiendo que por ellos no sean descubiertos los suyos propios. Y así no hemos de atender rigurosos a este inconveniente por ser reservados tales juicios al señor de lo alto, ante quien cada cual llevará el fardel^{33xxiii} de sus acciones. Atendamos nosotros en cuanto nos toca a la virtud como a verdadera nobleza, cuyo valor nos mostró Aristipo^{xxiv}, el cual derrotado en el puerto de Rodas, como en aquellas escuelas comenzase a darse a conocer con sus disputas filosóficas, fue aplaudido de los rodios y gratificado con favores y premios, obligándole a que se quedase con ellos. Y despidiéndose de sus compatriotas, les dio por consejo enriqueciesen a sus hijos de aquellas riquezas que aún del mayor naufragio pudiesen escapar salvas.

³⁰ el]

³¹ Om. la

³² Destinado]

³³ Favor del]

- ¿Pues cómo entenderemos —dijo el peregrino— esta virtud³⁴, mediante la cual el hombre que por sangre no es noble, se pueda nombrar tal?
- Dígalo —dijo Nacario— nuestro certaldo^{xxv} en la primera *novella* de la jornada cuarta³⁵, donde prosigue así: «Pero si respectamos a los principios de las cosas, veréis todos tenemos la carne de una mesma carne y de un mesmo criador todas las almas con igual fuerza y con igual virtud criadas. La virtud (supuesto que todos nacemos iguales) nos distingue, y aquellos que de mejor ley participan y obran con más rectitud son dignamente dichos nobles, los demás no lo son. Y bien que el uso tenga abscondida esta ley, no por eso está derogada por la naturaleza ni por las buenas costumbres irritada, porque aquel que virtuosamente obra, claramente se muestra noble, y quien de otra suerte le llama no el que es llamado, mas el que se lo llama comete defecto»^{xxvi}. Hasta aquí el Boc[c]ac[c]io³⁶. Por manera que el que fuese valeroso en las armas o estudioso en las letras, que son las oficinas en que se forjan las virtudes, se podrá decir noble como en ellas haga muchos actos virtuosos. Pero no hemos de decir lo será el que tenga la virtud intelectual sin el hábito ni menos el que ejercita tales virtudes, mas por el aquesto^{xxvii} que por ellas suele hacerse del dinero que por el ejercicio de las mesmas virtudes. Siendo así, que no debe tenerse por noble virtuoso el que es amigo de la sabiduría, por el útil que della se le seguirá, como se ve que hay infinitos que no estudian por saber sino por adquirir^{xxviii} dineros y dignidades, en³⁷ forma que si ellos pudiesen conseguir estos sus optados objetos, sin que ellos trabajasen en conseguir las ciencias, ellas se estarían ociosas y los libros llenos de polvo, y lo mesmo entiendo de las armas.
- ¿Quién puede dudar la nobleza en el que asalariado de un príncipe comunica a los demás desde una cátedra las facultades y ciencias? ¿Quién no la concederá al que en el supremo magistrado promulga leyes y patrocina las promulgadas en beneficio del gobierno, y³⁸ aumento y conservación de las repúblicas, y semejantemente el teólogo, el médico y el filósofo? Con tal que todos ellos apenas hayan empuñado la promoción al ministerio de su facultad ~~**~~^{xxix}, no quieran resarcir con violencia los desvelos y gastos de sus fatigas, a costa de los objetos mismos, en cuyo beneficio fueron ordenadas las tales ciencias y artes contentándose con el honroso título que se les da en el grado.
- Aquí se puede decir —dijo el peregrino— lo que dijo Cristo cuando le presentaron aquella mujer convencida de adulterio: «El que se hallare sin pecado tírele la primer[a] piedra»^{xxx}. Así que el que es virtuoso y tiene hecho hábito en las virtudes, publíquese por noble, aunque yo creo que se hallarán tan pocos que los podamos contar. Porque, ¿cuál es el templado que sea vigoroso en sus miembros? Demás que los legistas y teólogos lo pasarían mal, no pudiendo ganar el victo^{xxxi}, a lo menos sin ser estipendiados de los príncipes, supuesto que los príncipes que tratan de premiar las letras son muy pocos, y los letrados muchos más que las letras mismas. Y esta abundancia se dice procede de la benignidad de los colegios.
- Yo diría —dijo Nacario— que no, sino de la vanidad del mundo.

³⁴ Verdad]

³⁵ Om. 4

³⁶ Boracio]

³⁷ De]

³⁸ Om. y

- Paresce —dijo el peregrino— que nos contradecimos en lo que dejamos asentado, ¿cómo puede ser la vanidad madre de la virtud, de quien las letras se derivan?
- Porque quiriendo los hombres —replicó Nacario— adelantar sus nombres, habiendo reconocido son las letras el eficaz medio por quien se llega a este fin, inclinan a sus hijos a tan arduo y divino ministerio. Y fuera loable esta noble ambición si las elecciones se ajustasen a los sujetos, quiero decir, que en los tales hijos se descubriesen los talentos hábiles a tales ministerios, pero es el daño, que no miran los padres a que sus hijos sean a propósito para las letras, sino que quieren apropiarse las letras para sus hijos sean o no capaces para ellas. Esto hacen por lo más común aquellos que desde Adam³⁹ hasta sí mismos trayn rodando la humildad y ejercicios mecánicos, atreviéndose a esta soberanía de que resultan los daños y inconvenientes, de que vemos llenas las repúblicas por no usar cada uno la profesión a que es llamado por su individual naturaleza. Y donde más se conocen estos errores es entre los que son violentados a la profesión de las letras como ministerio por quien corre el gobierno, en que consiste el general consuelo de los hombres.
- Bien sentido —dijo el peregrino— está así. Pero querer coartar esa costumbre fuera lo que sucede al impírico médico que por no evacuar el humor sano se abstiene de sacar el pecante con que el bueno se corrompe y todo el compuesto peresce. No porque uno sea humildemente nacido, será incapaz de las ciencias y no podrá aspirar a ellas como el más noble, pues como queda probado, la virtud es la verdadera nobleza. Porque no se puede dudar ser más útil en una república un hombre humilde valeroso que muchos nobles viciosos, y así paresce no ser inconveniente, antes grande aumento de las repúblicas el inclinar a las letras desde el más ilustre al más abyecto⁴⁰ y humilde, cuando algunos salgan inhábiles a ellas, serán más aptos y dispuestos a otros ministerios que si en ellas no lo fueran.
- Pero porque estoy temeroso de haberos cansado y que os tendrán violento mis aserciones en cuanto ocupan vuestra contemplación, os suplico me concedáis licencia para proseguir mis intentos, que son de visitar los demás padres deste yermo a quien deseo comunicar diversos pensamientos que importan a mi quietud, y ya os confieso que en lo que os he propuesto llevo mucho consuelo y edificación del alma, y si así me sucede (como lo espero) con los demás, yo volveré a mi casa dichoso y aprovechado.
- Yo lo quedo mucho —respondió Nacario— admirando el buen empleo que habéis hecho de vuestros años. Suplico a nuestro señor os conserve en su gracia, y cumpla todos vuestros santos intentos.

Entonces se arrojó el peregrino a sus pies pidiendo le bendijese y rogase a Dios por él. Y habiéndosela dado y prometido haría lo demás, se despidieron el uno del otro, tomando el peregrino su viaje a la visita de los demás padres de aquel desierto y Nacario recogióse a su celda.

Yo alabé mi error en haberme entrado en la valija del peregrino, por quien logré tan buen rato de conversación, y a poder volver a hacerlo segunda vez, por gozar de las que tendría con los demás padres, lo hiciera, pero no me fue posible porque el peregrino se tuvo su valija a cuestras siempre, no me dando lugar a hacerlo.

Así me quedé allí harto afligido y indeterminable de lo que haría de mi vida, hallándome en tan torpe naturaleza que no podía hacer largas jornadas por mi

³⁹ Adán]

⁴⁰ Abjeto]

persona, no siendo llevado de otra alguna persona. Invidiaba mucho la suerte de mi amigo Doristeo, que cuervo podía vagar por las partes que más a cuento le estaba. Yo no sabía aquella tierra ni el rumbo que tomar podría para salir della y encaminarme hacia Olimpia. Llegábase a mi fatiga hallarme falto de mantenimiento, porque ya las silvestres frutas me tenían enfadado. Y reconociendo en fin mi necesidad y que era forzoso dar orden a⁴¹ mi vida, siendo cierto que si la hormiga a quien no invía el sabio no saliese a buscar su alimento y después de hallado no lo beneficiase, el alimento no iría a buscarlas a sus intrincadas⁴² cavernas. Determiné salir de entre aquella yerba y caminar a la parte que la suerte me llevase, y haciéndolo así, arrastrando por entre ásperos pizarrales, caminé más de una hora (al parecer mío) cuando, saliendo a una amena llanada, a poco espacio que por ella anduve⁴³ sentí no muy lejos de mí la infestante música de unas garrulantes ranas. Parecióme que compadescidas de mi necesidad a cenar me convidaban⁴⁴ mostrándose lastimadas según lo significaban los acentos de sus repetidos guayes^{xxxii}, si ya no procedían de las muertes que ⁴⁵ mi famélica necesidad se preñosticaban⁴⁶.

En suma, yo me dejé llevar de sus ecos roncós hasta que reconocí una más que mediana laguna, patria común de aquellos aquiterrestres⁴⁷ animalejos. Encaminé contento a ella, y determinado de poner mi hambre para que me la pasasen desde la necesidad a la refección, y llegado a ella⁴⁸ me embosqué por un espeso monte de juncos y espadañas, donde puesto de celada^{xxxiii} a⁴⁹ una descuidada rana me engullí enteramente⁵⁰, no reparando entonces que destas sabandijas se tiene por asqueroso todo lo que es de la cintura arriba.

¡Oh lo que tiene esto de no contentarnos los hombres con lo razonable, queriendo pasar a lo superfluo! Qué de peligros se experimentan en esta ambición. Así lo experimenté, pues no me contentando lo que me pudiera bastar por⁵¹ cena, llevado del apetito desta voz «más», cuando poco antes no tenía más que yerba o silvestre fruta, hallándome en aquella abundancia, no respectando el daño ajeno por el interés propio, mejorándome de puesto salí de aquella espesura al golfo, donde inopinadamente di en el pico dilatado de la ave clysterista [sic], que en sus prolongadas zancas por aquella laguna andaba⁵² en corso, la cual en viendo[me]^{xxxiv}, alargando la voraz tenaza me hizo presa por la mitad del cuerpo y sin dilación alguna levantó el vuelo y comenzó su viaje, levantándose por los encumbrados vientos, ya que no tan remontada como la águila, lo que le bastó a ponerme en lo alto de la torre del convento de Doristeo, en que tenía su nido y polluelos, a quien por cebo me llevaba. Inferilo de lo que después sucedió. Pero primero que llegase a lograr sus intentos, diestro ya en la del águila, yo tuve por mía la victoria, pero no pude en todo gobernarme como entonces, a causa que me llevaba preso por la mitad del cuerpo, tan apretado que me hacía echar por los ojos

⁴¹ De]

⁴² Intrincadas]

⁴³ Om. que por ella anduve

⁴⁴ me convidaban a cenar]

⁴⁵ Add. De

⁴⁶ Pronosticaban]

⁴⁷ Terrestres]

⁴⁸ Om. Y llegado a ella

⁴⁹ Om. a

⁵⁰ Me engullí una descuidada rana enteramente]

⁵¹ Para]

⁵² Andaba por aquella laguna]

y boca las entrañas, bien que yo con la libre cola castigaba su rigor y con la boca laceraba las partes que de su largo cuello alcanzar podía, pero todo no bastó a rendirla. En esta forma fuimos batallando hasta que ya llegamos cerca del convento, cuya torre descubierta por mí confirmó mi sospecha, pues en lo más eminente della reconocí el nido en quien estaban de posta cinco cegoñinos, cada cual de tan gallarda presencia que imitaban en corpulencia a sus padres. Aquí fue donde yo me confesé muerto, inválido a toda resistencia a causa de estar ya rendido de la brega y apretura de mi cuerpo que, cuando muy valiente llegara, ¿Qué resistencia bastar podía al encuentro de cinco buidos^{xxxv} picos, si no estoques? Confieso que me reduje a tanto dolor y compunción de mis culpas que si las voraces aves ejecutaran en mi vida sus naturales costumbres me hallara la muerte en disposición de hacerme digno de las divinas misericordias obrando su gracia. ¡Oh qué de plegarias hice al cielo! ¡Oh qué de votos! ¡Oh qué de buenos propósitos! Y sospecho que fueron válidos para que la divina clemencia, que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, porque cuando más en estos ardores estaba ocupado, sentí pasar por junto a mis oídos un manso sibilo, casi conforme al que profieren las fieras a quien yo entonces era semejante, y a un tiempo mesmo dio un lánguido graznido mi portadora ave, soltándome del pico tenaz, y ambos juntos por perpendicular línea venimos a tierra; si ella muerta, yo con poca vida, pero no tan muerto que no reconociese me hallaba entre los pies de unos caballos cuya inquietud pudo acabar lo que la cigüeña comenzado había, pero siempre Dios sabe sacar un grande bien de un grande mal. La muerte del ave ocasionó una bala al vuelo suyo arrojada por uno de los dueños de los caballos a cuyos pies caímos, que eran unos caballeros que por aquellos montes cazando andaban a toda caza.

Tanto fue su ruido y vocería de los caballeros y gente de a pie por el buen logro del tiro, que bastaron a restituirme los sentidos, mayormente habiéndome hollado uno de los caballos en dos partes con notable sentimiento mío, obligándome a retirarme temeroso de segundo encuentro. Fue a tiempo que el caballero que había logrado su tiro y mi vida (que era un gallardo joven), habiendo cobrado el despojo de mano de uno de los criados de a pie, asida por el cuello comenzó a solemnizar su gloria, haciendo por el campo varios caracoles con el caballo, bandeando al aire la defunta ave. En tanto los peones, que repararon en mi fuga, comenzaron a gritar «¡a la culebra, a la culebra!», a cuyas voces acudió un suelto galgo cual despedida saeta, y cogiéndome de corrida en la boca, sin hacerme lesión importante, me arrojó al aire por un largo tre[c]ho adonde acudió otro a hacer la misma suerte, pero como el temor es siempre prevenido, yo me previne levando^{53xxxvi} el cuerpo de tierra una braza, y queriendo hacer en mí la presa, yo dichosamente le así con la boca en lo más sensible de su hocico con tenacidad tanta que aunque procuró despedirme de sí no le fue posible, dando alaridos que los ponía en el cielo y conmigo azotes en la tierra, que me molía. A su amparo acudió toda la gente y, uno de los criados, que más alentado se mostró, me asió de la cola y echando mano a un tajante cuchillo de monte que en la cinta llevaba, amagó a quererme partir por medio. Pero mi buena suerte, que no tenía destinado mi fin a semejante lance, quiso que el caballero de la cigüeña se encargase de mi defensa, y siendo suyo el galgo, se apeó por dársela también, y viendo el amago del criado, a voces le dijo: «Tente, tente no mates ese animal, que en defensa suya procedió con tan sagaz destreza. Advierte que me incumbe el defenderla, como uno de los blasones

⁵³ Levantando]

de mis armas, aparta». Y diciendo así, él mismo me cogió con su diestra mano, entregando la cigüeña al pretensor de mi muerte.

Pues como yo reconociese palabras tan en favor mío pronunciadas por aquel bien intencionado caballero, luego que me sentí asido de su mano, tan intrépida y audazmente reconocido a su piedad, solté al galgo, y con la mayor suavidad que supe me le revolví al brazo, y con la misma le comencé a lamer las manos, lisonjas que siempre me fueron favorables, cosa que él rescibió sin turbación alguna, antes con sumo gusto admirando mi mansedumbre y cariñosas acciones. El mismo efecto causé en el ánimo de todos los presentes, de suerte que a porfía cada uno deseaba recibirme en sus manos, y aunque yo lo permitía⁵⁴ con demostraciones agradables, luego procuraba volverme a las manos de mi protector. En lo cual reparando para experimentar si mi inclinación era acaso o era realmente radical, determinaron ponerme en el suelo y hacerse rueda para ver a cuál de todos me inclinaba, y hecho así, andando buscando entre todos (no sin advertencia mía) me llegué cerca del que riguroso intentó mi muerte, y alzando la cola le di un cruel azote y en el aire me acogí al caballero que diametralmente se le oponía. Acción fue esta con que me acredité de más juicio que culebra. Ya me hacían espíritu infernal, y los que menos entendían me apropiaban el común atributo de hada, pero Federico, que así pareció llamarse mi caballero, dijo:

— ¿Qué hay que maravillarse de la prudencia con que este bruto ha querido manifestar el agradecimiento del rescate de su vida, por mi intención obrado? ¿No sabemos que las serpientes son símbolo de la prudencia? ¿No aconseja nuestro maestro y salvador Jesucristo seamos prudentes como las serpientes? ¿Qué es en las armas de mi casa salir de la boca deste animal un niño, si no que él procede de la prudencia? ¡Oh! cuánto más que otro pudiera ser estimado este bruto, porque además de los milagros que los poetas fingen en sus jeroglíficos, también es comparado al Cristo nuestro bien. ¿No sabemos que la sierpe de metal que levantó Moisés en el desierto, fue figura suya en la cruz? ¿No eran sanos con la vista de aquella de las mordeduras de otras serpientes (esto es el pecado) de quien somos libres, mirando aquella divina culebra levantada en la vara de la cruz? ¿Y qué sabemos si debajo de la aspereza destas escamas se encierra algún humano espíritu?

Y diciendo esto, con mucha humanidad y blandura me pasaba la diestra mano por el escamoso lomo, de cuya blandura, informado el tacto confirmaba su juicio con más eficacia, a que no desayudaba yo con mis cariciosos ademanes, antes parece lo confirmaba.

Eran varios los juicios que de mí se hacían entre aquellos señores y turba de criados, juzgando cada cual, como ya dije, conforme a su talento, pero concluyeron todos con que semejantes animales son capaces de la virtud de la amistad, con que muchas veces han prestado beneficios a los hombres, mostrándose gratos a los que dellos rescibieron. En confirmación de lo cual uno de los caballeros, anciano en edad y bien entendido en buenas letras, dijo:

— Es lo que decimos tan verdad, que para que no nos falte ejemplo con que probarlo, diré lo que sucedió a una persona. Este tal era curioso de tener en su casa todo género de animales, no esquivando el más fiero y veninoso, a los cuales trataba con toda providencia y regalo. Entre ellos crió un áspid que con los demás andaba familiarmente por la casa. Este, llevado del apetito de su conservación en su especie, se ausentó (como otras veces lo

Números,
21

Plinio, libro
10
Naturalis
Historia,
capítulo 74
y Mayolus
Dies
Caniculares

⁵⁴ Prometía]

acostumbraba), y vuelto a ella a su tiem[p]o⁵⁵, parió y crió sus aspidillos, hasta que llegaron a grandes, de los cuales uno picó a un hijo pequeño de su bienhechor de forma que murió de la picadura. Lo cual reconociendo la madre con particular instinto, hizo pedazos a su hijo propio como en venganza de la ingrata ofensa cometida contra su patrono. También dice Mayolo que San Marcos retirado en el monte Marsio, ayudado del favor divino, comunicaba con las serpientes, y en particular viniendo una a visitarle a su cueva estando él en oración, se estaba ella queda hasta que el santo acababa de orar, y prostrada en su presencia le daba la obediencia como pidiéndole su bendición. Y llegó a tanto su familiaridad que se acostaba a su lado y por vía de recreo la metía la mano en la boca sin recibir de la fiera lesión alguna. Y en esta amistad vivieron tres años hasta que ella espontáneamente se fue un día sin volver jamás. Tray por autor a San Gregorio en el 3 libro de sus *Morales*, capítulo 16. Y no solo se ha hallado esta familiaridad en las sierpes, sino que mandadas de sus amigos han ejecutado obedientes lo que se les encargó. Y refiere el autor mismo por autoridad del mismo santo, libro primero, capítulo 3, que un religioso, sirviendo el oficio de hortelano en su convento, halló en la güerta una gran culebra a la cual no solo no persiguió, pero la acarició y familiarizó con ella dándole pan y otras cosas que comiese, de suerte que ella le seguía domésticamente a cualquier parte que el religioso iba. Pues como sucediese que en el tiempo de la fructa entrase por las paredes de la güerta un ladrón a saquearla, mandó él a la culebra guardase con todo cuidado el portillo por donde el ladrón entraba, y en viéndole entrar le prendiese hasta que él viniese a castigarle y que la prisión no fuese con peligro de su vida. La fiera hizo su comisión con tanto cuidado que puesta en acecho al tiempo que el ladrón vino, se le revolvió de forma a las piernas que de ninguna manera se pudo desenredar, hasta que vino el religioso, que se contentó con darle una buena reprehensión mandando a su ministro le dejase libre, en lo cual le obedeció. Por los cuales ejemplos podremos creer que estos brutos son capaces de la amistad.

Diálogo *De serpentibus*

Mayolus,
De serpentibus

Diciendo esto se pusieron todos a caballo y se encaminaron a un lugarejo que cerca de allí estaba, donde el anciano caballero tenía mucha hacienda y unas principales casas con ánimo de pasar allí aquella noche para volver el siguiente día al ejercicio de la caza. Por sus razonamientos vine a entender que aquel lugar no distaba del de Olimpia más de media legua, con que yo me alegré tanto cuanto no lo sabré significar.

En fin, llegamos al lugar a la hora que el sol se abscondía en el ocaso, donde todos aquellos señores fueron gratamente recibidos por el casero, que en la casa tenía el caballero anciano, que Arnesto se llamaba. Prevínoseles lauta^{xxxvii} y espléndida cena al campesino modo, de que yo participé en el brazo de mi dueño, que con cuidado y admiración de verme comer de todo me regalaba, con lo cual, y la imaginación de la cercanía de mi Olimpia, ya yo tenía olvidados todos mis pasados infortunios.

Alzados los manteles, ocasionándoles yo la conversación vinieron a tratar en las diferencias que hay entre amor y⁵⁶ amistad y benevolencia. A esta ocasión entró el cura del pueblo y valle, que la tiene de ocho feligresías, hombre que dio muestra de ser tan bien entendido en todas letras como lo debían ser todos los que ejercen

⁵⁵ Tumo]

⁵⁶ Om. y

tan alto ministerio, aunque las ovejas de su cargo sean más silvestres, que antes por esto mismo deben ellos ser más doctos para saber reducir su rústica ignorancia a la perfecta sabiduría, que es saberse salvar.

En fin, este llegó a visitar al señor Arnesto y a sus amigos, y después de dadas las saludes de ambas partes le dijo Arnesto:

— Vos, señor cura, habéis venido a bonísimo tiempo, en que nos halláis embarazados en una grande dificultad. Estos caballeros han entrado en cuestión sobre las diferencias que se hallan entre amor, amistad y benevolencia, y pues ha venido quien nos la resolverá tan bien, sirvidos, señor, de hacerlo.

El cura se excusaba con modestia de la empresa diciendo no se atrevería a salir con ella, mayormente cuestión comenzada a descurrir por ingenios tan célebres como los de aquellos caballeros.

— Servios⁵⁷ —prosiguió Arnesto— de no excusaros, pues es forzoso el hacerlo, y nos hacéis mala obra en gastarnos el tiempo con tan excusadas modestias. Y no reparéis en no venir prevenido a la respuesta, pues cuanto menos premeditada fuere, hemos de creer es la más cierta, pues carecerá de las escaramuzas de opiniones con que las más veces se perturba la verdadera inteligencia de la cosa. Porque siempre el primer concepto del alma suele ser el más cierto y verdadero, como inmediatamente emanado de la cierta verdad que es Dios, la cual, en tanto que no se mezcla con la sabiduría terrena, está en su pureza y integridad.

A esto el buen cura, sonriéndose, dijo:

— Poco importó a Moisés el ser tan práctico en todas las ciencias y cortesanos lenguajes de los egipcios. Acercándose a Dios quedó balbuciente, sin ser válido a hablar delante del rey de la mesma Egipto, y por lo mismo el apóstol se apartó de la humana sapiencia, predicando el evangelio, diciendo no sabía otra cosa que a Cristo crucificado.

Éxodo, 4

Mas, porque pretendéis saber de mí el parecer que tengo acerca de las amistades del mundo, en una palabra os digo que en el mundo no hay ni se conoce amistad alguna. Ansí lo siente la escriptura sagrada: «Sapientia huius⁵⁸ mundi inimica est Deo»^{xxxviii}.

I Corintios 2

A que Arnesto añadió:

2. Paral. 19 [sic]

— Es cierto que es eso ansí. Y también lo es que Josafat, rey de Judá^{xxxix}, fue reprehendido por haber hecho amistad con Acab^{xl}, y en la antigua ley era prohibido el tener amistad con los cananeos^{xli}. Y sé también que la amistad de Herodes y Pilatos^{xlii}, después de tantos recuentros^{xliii} de enemistades, fue para dar la muerte a Cristo. Pero por esto no hemos de negar que entre los del mundo pueda haber una honesta amistad, pues la encarga el mesmo Cristo. Y aun entre los filósofos gentiles, que no conocieron esta suma verdad, era esta virtud de la amistad realzada con grandes encomios.

Éxodo 34

— Yo creo —dijo el cura—, que donde no está Cristo no puede haber ninguna verdadera virtud, siendo él, como dice San Pablo, virtud y sabiduría de Dios. Y entre los filósofos gentiles estoy entendiendo que solo era conocido el nombre de la amistad, no la esencia. Y ciertamente que no sin causa el divino Ambrosio dijo que sin el culto del verdadero Dios lo que parecía virtud era vicio.

Ambrosius, De vocati

— ¿Qué decís, señor —dijo Arnesto—, pues cómo en sus historias y escriptos

⁵⁷ Servidos]

⁵⁸ Buius]

- hallamos alabados a muchos dellos por virtuosos?
- Creo que son alabados —respondió él— atento que entre ellos había otros menos virtuosos, siendo cierta la sentencia de San Gregorio Nacianceno en la oración que hace *De se ipso*, diciendo, «Optimus ille censendus est, qui inter plurimos malos paucioribus vitÿs obnoxius est»^{xliv}. Y también el publicano^{xlv} salió del templo justificado^{xlvi}. ¿Mas de quién, del fariseo? Antes en comparación del fariseo. Porque sepamos, ¿qué virtud es la del fornicario, que le haga menos malo que el adúltero? ¿Qué alabanza daremos al hallado en el simple hurto porque no cometió sacrilegio? ¿O qué premio se dará al capitán del ejército, que habiéndose portado imprudentemente, diga «yo no cometí traición»? Cierto, que si el no cometer mayor error es excusa de los menores que cometemos, ninguno, por grande pecador que sea, deberá con razón ser castigado, porque así como todo virtuoso puede ser superado de otro más virtuoso, así también un pecador de otro mayor pecador.
- No me desagrade —dijo Arnesto— vuestro sentido, pero con todo eso no me parece se puede negar que los gentiles no hayan sido virtuosos, porque como leemos en sus escritores, como en Valerio Máximo^{xlvii} y otros muchos, este es alabado de fortaleza, aquel de templanza, el otro de prudencia, y cual de justicia y otros de otras virtudes. Porque parece ser conveniente decir o que estos escritores escribieron falso o que aquellos hombres fueron dotados de tales virtudes. Lo primero no se puede decir por lo que tiene la común opinión, que los dichos de los hombres famosos no pueden ser falsos del todo, y cuando no lo dijieran autores tan recibidos al buen crédito, ¿por qué no hemos de creer que un gentil no pudo ser casto, sobrio, magnánimo, veraz y semejante?

gent.,
capitulo 3
[sic]

A esto respondió el cura:

- En el Evangelio es alabado de prudente el mayordomo inicuo, y a las bodas son también convidadas las vírgenes locas. Y cuanto a la justicia, David, aun cuando estaba en poca gracia de Dios, dio la sentencia justa que se restituyesen cuatro ovejas por una^{xlviii}. De sufrir y ser tolerante bastara lo que dijo Horacio⁵⁹ reprehendiendo al avaro:

Lucas 16
Mateo 25

«in piger extremos, curris mercator ad Indos,
per mare pauperiem⁶⁰ fugiens, per saxa, per ignes»^{xlix}

2 Reges 12

Si la virtud, como dice el filósofo «Est dispositio^l perfecti^{li} ad optimum»^{lii}, ¿Qué virtud puede ser aquella que está con el vicio? Y si acaso se mostrase virtud cuanto a la apariencia, acordémonos de lo que dijo el poeta mismo en la *Poética*, a saber «Decipimur specie recti»^{liiii}, supuesto que a muchos el aparente bien se le antoja bien verdadero. De donde así como no es cierto siendo aparente, así la virtud que a él conduce no es verdadera. Y dijo bien el apóstol^{liv}, que todo lo que hiciese entendido o hecho sin la verdadera virtud (entendió la caridad) no era nada. Agora, ¿quién dirá que el avaro que se abstiene de la lascivia por no gastar sea casto? ¿Quién afirmará que el que fue afrentado y no trata de su venganza por temer peor suceso sea pacífico? ¿Alabaremos a Diógenes de humilde, si toda su humildad era una hipócrita ostentación como le redarguyó agudamente Platón^{lv}? Los medios ordenados a un fin no son buenos, sino en cuanto más a él⁶¹ se acercan. El verdadero fin del hombre, ¿qué otro^{62 63} es sino Dios? Diciendo David

Horacio
Epistolas
1

1
Corintios
13

Plutarco,
Apoteg-
mas

⁵⁹ Horatio]

⁶⁰ Pauperiem]

⁶¹ A él más]

⁶² Otra]

«mihi^{lvi} ad haerere Deo bonum est»^{lvii}. Si a otra cosa que al verdadero bien enderezo mis obras, ¿cuál será mi virtud?

Salmos
72¹²³

De la otra parte, volviéndonos a nuestro propósito, de donde nos hemos divertido mucho aunque bien, ordenando los mundanos sus amistades según su propio interés, ya por el útil, ya por el deleite suyo o de la cosa amada, o de la virtud misma (según obraban los estoicos, como dice Cicerón en el 6 *De los oficios*) y no según el último fin, ¿qué virtud pueden tener allí? Ninguna, ciertamente. Y así queda firme mi sentencia, esto es, que en este mundo no hay amistad. Atento, que las amistades santas y virtuosas no son deste mundo, habiendo dicho Cristo: «ego elegi vos de mundo»^{lviii}.

San Juan
15

Aquí respondió Arnesto:

- Los filósofos dijeron que hay tres suertes de amistades, a saber: útiles, deleitables y honestas. Las dos primeras habéis impugnado hasta ahora, pero la tercera, contra quien no cabe vuestra impugnación, ¿qué será sino virtud?
- Virtud sin duda es —respondió—; yo lo confieso. ¿Pero quién la tiene? ¿Acaso los gentiles o los pecadores? Érales fácil a los gentiles el definir la rectitud y partes de la virtud o la justicia, pero el practicarla tocaba a otros. Afirmábanos que la amistad honesta era virtud, pero ¿cuál dellos la practicó? Aquel solo que por ostentarse virtuoso al mundo⁶⁴ observaba. ¿Y qué otra cosa [fue] el vivir virtuoso de Platón y de Sócrates, sino una hipócrita ostentación, supuesto que ellos mormuraban en otros el pecado mismo?

Aristóteles
Ética,
libro 8
capítulo 3

De donde Aristóteles, hablando en sus *Morales*^{lix} de la fortaleza de Héctor^{lx}, no fortaleza sino obstentación la llama, pues solo por ser estimado de los suyos obraba virtuosamente. Por lo cual si aquel bien por quien buscaban a la virtud, enderezando a él sus comodidades y estimación no era el verdadero bien, también hemos de confesar resueltamente que era fingida toda su gloria, como la virtud era fingida. Y si alguno dijese que Platón y los otros sus semejantes conocieron el verdadero bien (supuesto que no falta quien quiera que Platón se salvase, citando a Damasceno^{lxi} en la oración *De fidelibus defunctis*, el cual quiere que cuando Cristo bajó a los infiernos, no solo aquellos que señalados eran con la marca de la fe, pero otros también no fieles librase), siguiendo en esto la opinión de San Gregorio Nacianceno⁶⁵ en la segunda oración de la Pascua, en cuyo lugar Niceta[s], comentador suyo, cuenta de Platón cómo podía ser salvo. A esto respondo que si Platón conoció a Dios, y es del número de los escogidos (lo cual no afirman los predichos padres en los lugares citados, bien que lo dicen) no tendré por inconveniente hobiese sido tal su amistad, cual es la de aquellos que son del número de los escogidos, de donde le podremos asentar en el catálogo de los virtuosos, en cuanto no siguió al mundo en la manera del obrar. Pero así como es lícito dudar de su salvación, lo es también que haya obrado virtuosamente, con lo cual torna a quedar firme la dicha proposición: que no hay verdadera amistad en el mundo. Por lo cual solía decir Jeremías: «omnis⁶⁶ amicus fraudulentem^{lxii} incedit^{lxiii}»^{lxiv}. Y Miqueas: «Nolite credere amico»^{lxv}. Si ya no fuese de la calidad que le pinta el sabio^{lxvi}, «amicus sit tibi unus de mille»^{lxvii}. Y yo entiendo esto de un solo Cristo, que solo es aquel uno de mil que dice el mismo⁶⁷

Jeremías 9
Miqueas 7
Eclesiás-

⁶³ Add. cosa

⁶⁴ Add. la

⁶⁵ Nancianceno]

⁶⁶ Omnes]

⁶⁷ Om. el mismo

Salomón, el cual de tal suerte sabe amar que no dudó de dar por nosotros la vida. Y por esto con razón nos^{lxviii} debemos morir al mundo por vivir a él y amarle a él solo. Con lo cual me parece, señores, se ha dicho bastante de la definición de la amistad, amor y benevolencia, pues de las partes de los amigos y de sus correspondencias no era vuestra conversación, y estas son materias más difusas.

Todos quedaron con grande satisfacción de la elegancia con que el cura definió la amistad, con que en el juicio de todos calificó sus buenas letras, y por ser ya tarde se fueron todos a las camas con ánimo de madrugar a proseguir su caza.

Luego que amaneció el nuevo día, los caballeros, puestos a caballo con la demás gente, se volvieron a su caza, no me dejando jamás Federico de su brazo, haciendo⁶⁸ mil regalos, y yo se los merecía con mis discursivas acciones, de que él se pagaba tanto que de nada hacía mayor estimación que de mí. Toda aquella mañana anduvieron cazando, haciendo muy buenas suertes hasta que el sol llegó a hacer las menores sombras, obligándolos a retirarse a las de unos frescos fresnos que coronaban la margen de un claro arroyo, donde trataron de tomar refresco, y por lisonjearme^{lxix} mi dueño me dio libertad para que me espaciase⁶⁹ por entre la fresca y crecida⁷⁰ yerba. Yo reconocí bien todo aquel sitio porque no estaba cuatro tiros de escopeta del güerto de Olimpia, y así despreciando las caricias de Federico, determiné ponerme en abitud⁷¹ de gozar las de mi cara Olimpia, objeto de mis esperanzas. Para poderlo ejecutar procuré aguardar que él se divirtiese de mí, y al punto que reconocí estarlo, me deslicé por entre la yerba, y en breve espacio (como⁷² llevado de mi deseo) me hallé en el ensetado del güerto, por donde me entré en él; y quiso mi suerte que ella estaba a la fresca sombra de un coposo moral, dose⁷³ de una cristalina fuente, vida de las plantas de aquel güerto. Reparé en ella y vi que dormida estaba. «¡Oh felice yo», dije, «consuelo y descanso último de mis fatigas, que antes de mi muerte he merecido verte!». No me atrevía [a] aproximarme mucho a ella, temeroso que mi dicha no se desvaneciese despertándola, y obligándola con lo horrible de mi vista a la fuga. Pero venciendo el deseo al temor que tenía de tocarla o a lo menos besar una de sus blancas manos, o por mejor decir, lamérsela con la veloz lengua, dándola muchas vueltas en contorno, así entre mí decía:

«Felice lugar, felice viento, felice vestido, que sois dignos de tocar y poseer tanto bien. Oh amor, no me pesa el ser por causa suya vestido desta áspera piel que tan asombroso a su vista me ofrescerá, antes me glorio mucho. Solo siento hallarme inhábil de poderla declarar mis dolorosas penas. Detenla a lo menos en el sueño tanto, que con esta lengua inválida a la expresión de mis conceptos, me goce⁷⁴ tocando un rato sus delicadas manos^{lxxi}, ya que más celestiales partes no me sea lícito». En tanto que así conmigo discurría y con toda destreza me enderezaba para ejecutar la suerte que el amor y el tiempo me ofrecían, se apareció allí un lagarto de no grande corpulencia pero de ánimo atrevido y ardidoso, que despreciado todo temor se me opuso celoso (acaso de mi dicha) o temiendo que yo a la bella dormida quisiese hacer alguna ofensa. Lo cual fue cierto así, porque

tico 6
Eclesiás-
tico 7

San Juan
15

¹²³ 22]

⁶⁸ Add. Me

⁶⁹ Esparciase]

⁷⁰ Om. y crecida

⁷¹ Aptitud]

⁷² Om. como

⁷³ Docel]

⁷⁴ Add. Un poco

según los naturales^{lxxii} cuentan deste animal, por natural simpatía es amicísimo al hombre, en tanto ⁷⁵ que audazmente se opone a las culebras y ⁷⁶ otros ponzoñosos animales en quien conoce intentos de ofender a este su natural amado, y particularmente cuando duerme, como lo hizo en esta ocasión. Porque con tanto ímpetu me encontró que me separó más de una braza de Olimpia, y no pudo en mí tanto entonces la pasión de mi ofensa como el conocer el intento natural del atrevido animalejo, antes alabé mucho entre mí su piadosa acción, considerando era ordenada a la defensa de la persona de mí más amada, y si como impedimento de mis glorias presentes le aborrecía, como protector destas mismas le amaba, y así ni con enojo ni agrado le hice rostro. Pero hallándose él a mis fuerzas inferior, siguiendo su natural piedad como mejor pudo ayudar a la dormida doncella, la pasó por el rostro para que despertase como avisándola de sus daños, lo cual no sin grande disgusto mío logró, porque ella súbitamente despertando, abriendo aquellas dos lúcidas estrellas o comparando mejor sus bellos ojos, dos soles, y viéndome cerca de sí cual otra bella Eurídice^{77lxxiii}, si no de mí picada, como la otra del áspid, dio un grito que resonó en todos aquellos valles.

¡Oh dura suerte del que ama, inválido de expresar sus conceptos! ¡Oh lo que maldije entonces a Silvia y a la mala vieja Corsina, que a tan desdichada suerte me redujeron!, ¡oh cuánta envidia tuve [a]^{lxxiv} aquellos árboles que cortó el cruel Erectonio^{lxxv}, pues en fin pudieron manifestar los suyos! Yo me retiré aparte por causarla menos asombro mas no perdiéndola de vista para notar sus intentos, la cual luego que se puso en pie se fue corriendo a recoger a la casa, cambiada toda en color y puesta a una ventana. Desde allí me miraba atenta. Yo la seguí los pasos y presentándome a su vista procuraba girando la cabeza, abriendo la boca y pronunciando el ordinari[o]^{lxxvi} «sí» que la voz me permitía darla a entender que mi fiereza no era la que recelaba, antes suponía más humano ser que fiereza bruta. Pero ella, que todas mis acciones tomaba en muy diverso sentido del que yo darle a entender pretendía, viéndome hacer semejantes ademanes oí que dijo «¡Oh maldita sierpe, miren si no es de las perniciosas, cual se tuerce y añuda, mostrándose pesarosa de no haber ejecutado en mí su fiero natural!»

¡Oh cómo reventaba yo por no poder satisfacer su mal concepto! Pero en lo que se me permitía procuraba hacerlo.

— ¡Pero venenosa fiera! —añadía ella—, ¿no te quieres ir? Pues atiende un poco que yo haré que te vayas.

Y cogiendo piedras me las tiraba, las cuales reputaba yo favores, y así no me apartaba de sus ofensas, aunque herido muchas veces de las piedras, estimando ⁷⁸ pequeño daño el del cuerpo a trueco de las glorias que por la vista gozaba el alma. Causábala mucha maravilla el sufrimiento mío, juzgando acaso ella pertinacia repetía los golpes, y yo mi tolerancia.

En suma, visto^{lxxvii} por ella mi sufrimiento constante, pensando acaso entre sí misma que yo fuese algún espíritu o infernal sombra, por lo cual, con más temor que audacia bajó a mí armada de un pastoril cayado, y mirándome más atenta y de más cerca, reparando acaso que en mí no concurrían algunas de las calidades que en otras fieras de aquella especie había visto, porque o ya por requerirlo mi propio ser humano o por quererlo así aquella maga, bien que a mi primera vista yo causase asombro. Con todo eso, poco a poco, cuanto más era mirado menos odiosa

Plinio,
*Naturalis
Historia,*
Animalia,
libro
Capítulo
[sic]

⁷⁵ Add. Grado

⁷⁶ Add. A

⁷⁷ Erudize]

⁷⁸ Add. Por

se mostraba aquella fiera forma, porque según decían los que me trataron, procedía de mí un olor suave que en cierta forma lisonjeaba el olfato. Todo lo cual considerando ella, y particularmente reconociéndome intrépido y insensible a sus golpes, estaba tan atónita mirándome que indeterminable a mi daño o caricias, por asegurarse del todo quiso hacer la última experiencia, y de nuevo comenzó a herirme^{lxxviii} con el cayado, bien que ligera y piadosamente, temerosa de herir en aquella hórrida apariencia alguna cosa espiritual. De nuevo yo, constante al sufrimiento de sus golpes, hacía aquellas demostraciones de humanidad que me eran lícitas, entre las cuales hice una que la pudo dar de mí bastante noticia.

Había en el güerto cantidad de arena, traída allí para esparcirla al viento al tiempo que las abejas suelen pelear entre sí, y acercándome a ella para ver si podría hacer la diligencia que Ío, cuando convertida en la vaca escribió en el arena de la ribera del río con la uña delante de su padre su propio nombre, pero por ser muy árida no me fue posible hacerlo, aunque lo intenté con el hocico. La sagaz doncella reparó bien en mi intento, de que confirmó en su opinión yo era mucho más de lo que en mi forma se miraba⁷⁹, de donde medio muerta y atónita se sentó en tierra prorrumpiendo en un amargo llanto. Oh con cuánto gusto (aunque no sin compasión) atendía yo mirando sus copiosas lágrimas, que a fuer de lúcidos cristales, saliendo de sus bellos ojos, regando las nacaradas mejillas, ya convertidas en perlas, partes⁸⁰ entre los hermosos corales de sus labios acrecían el número a las de sus hermosos dientes, y parte se dilataba y perdía entre los alabastrinos pechos.

— Mísera yo —decía entre sollozos tiernos—, ¿qué presagios son aquesto[s]^{lxxix} que amenazan a mis dichas? ¿Qué significa esta sierpe que parece ser dotada de humano conocimiento? ¿Quién me la invía? ¿De dónde viene? ¡Oh dulcísimo Acrisio mío! ¿vives o mueres? ¡Ay infelice⁸¹ mujer más que cuantas nacieron! ¿Quién me dará mi señor, que contigo también muera? ¿Quién duda que esta no sea alguna infernal sombra que de su⁸² muerte viene a darme aviso? ¿Y por qué no podré creer que sea su alma que a buscarme viene, y yo cruel y impía, con tan acerbos golpes le he herido y con tanta pertinacia perseguido? ¿Pero qué podía yo saber, qué podía creer ni cómo⁸³ persuadirme que debajo desta⁸⁴ piel escuálida⁸⁵ se podía absconder un espíritu divino?

¡Oh ánima beata! (si es que hablo contigo), yo no creyera jamás que otros miembros que aquellos suyos pudieran ser por ti vivificados ni informados. Pero, ¿tú que en país ajeno le dejás sepultado y vienes en tal forma a hacerme cierta en mi desdicha? dime también adónde queda para que vaya luego a hacerle compañía. ¡Oh luz de aquestos ojos, apagada ya del soplo inevitable!, ¿cómo tan⁸⁶ anticipadamente os eclipsastes? ¡Oh vaso lleno de virtudes! ¿Cómo dando en tierra te has hecho pedazos? ¡Oh virtuoso mancebo, el mundo te ha perdido!⁸⁷ ¿Qué valdrán sin ti estas⁸⁸ selvas?

⁷⁹ Conocía]

⁸⁰ Parte]

⁸¹ Add. Y desdichada

⁸² Add. Triste

⁸³ Add. Podía

⁸⁴ Add. Fiera y

⁸⁵ Escuálida piel]

⁸⁶ Add. Presta y

⁸⁷ Add. En tu más floreciente edad

⁸⁸ Add. Agradables

¿Qué cantos resonarán entre sus ⁸⁹ valles? ¿Qué harán sin tu vista ya sus ⁹⁰ ninfas? ¿Qué honores conseguirán sin imitación tuya los jóvenes serranos? ¡Mas ay, que perdiéndolo yo todo junto, por compadescerme de todos, de mí misma me he olvidado! ¿Qué suerte será la mía: viviré o moriré? Vivir no me será posible y morir no me será concedido. ¿Pues cuál será mi ⁹¹ estado? Acrisio, de mí te partiste y no has vuelto a mis ojos. ¿Cuál ha sido la causa? ¡Oh cuántas cosas me decía el corazón, pero ninguna cierta! Dilo tú, infelice ⁹² Olimpia, ¿qué se ha hecho? Bien puedes decirlo. Di, ¿por qué no ha tornado? ¿Acaso por haberse rendido a otra más dichosa que tú? No Olimpia, no sospechas bien si alguna vez lo ⁹³ imaginaste ⁹⁴. Pues, ¿por qué no, porque consagrado al oro, del amor se ha olvidado? Esto mucho menos. Porque, ¿cómo se podía compadescer de un valeroso espíritu disponerse a tan peregrinas impresiones? Pues, ¿por qué no ha tornado? ¿Quién le detiene, quién le impide, quién le ha ⁹⁵ divertido del camino? ¡Dilo de una vez! ¿Por qué no ha vuelto? ¡Ay!, ¿cómo decirlo puedo? Porque es muerto. ¡Oh palabra crudelísima y dura de tolerar! ¡Oh corazón mío! ¿Cómo no saltas de mí ⁹⁶ en menudas piezas al sentimiento solo ⁹⁷ desta ⁹⁸ voz? ¿Cómo no revientas de dolor? ¿Acrisio es muerto y queda viva Olimpia? ¿Acrisio muerto, y Olimpia no le busca? ¿Acrisio ido al cielo y Olimpia acá en la tierra? ¡Oh incompatibles ⁹⁹ sucesos! Acrisio es muerto, en fin, Olimpia, ¿sueñas o estás velando? Velo sin duda, ¹⁰⁰ que ni estas ¹⁰¹ lágrimas soñando se vierten, ni estos cabellos se arrancan entre sueños ni se reciben durmiendo aquestos ¹⁰² golpes sin despertar a ellos.

En ¹⁰³ tan furioso dolor cayó la ¹⁰⁴ mísera doncella, combatida destos ¹⁰⁵ ¹⁰⁶ pensamientos, que todo lo que con la lengua decía ¹⁰⁷ ejecutaba con las manos, y derramaban sus bellos ojos todo con tan activas ¹⁰⁸ acciones que daban bastante ¹⁰⁹ señal de que deseaba más la muerte que la vida.

Yo, doloroso sobremanera, silbando y haciendo de mí diversos lazos, no sabía qué partido tomar para su desengaño y consuelo, y más me afligí, cuando mirándola al ¹¹⁰ rostro y ¹¹¹ pechos vi que le tenía todo lacerado ^{lxxx} y sangriento del cruel

⁸⁹ *Add.* Espaciosos

⁹⁰ *Add.* Hermosas

⁹¹ *Add.* Infelice

⁹² *Add.* Y desdichada

⁹³ *Add.* Entendiste y

⁹⁴ *Add.* Así

⁹⁵ *Add.* Estorbado y

⁹⁶ *Add.* Y te partes

⁹⁷ *Add.* grande

⁹⁸ *Add.* pronunciada

⁹⁹ *Add.* Y discordes

¹⁰⁰ *Add.* Por

¹⁰¹ *Add.* Abundantes

¹⁰² *Add.* Tan crueles

¹⁰³ Con]

¹⁰⁴ *Add.* Triste y]

¹⁰⁵ De tan]

¹⁰⁶ *Add.* varios

¹⁰⁷ Pronunciaba]

¹⁰⁸ *Add.* Y lastimosas

¹⁰⁹ *Add.* Y suficiente

¹¹⁰ *Add.* Hermoso

¹¹¹ *Add.* blancos

destruizo que en él hacía. ^{lxxxi} Cómo ^{112lxxxii} sufría el corazón el asistir ^{lxxxiii} a tan lastimoso espectáculo. Mas ella, continuando su llanto, se puso en pie y, depuesto ya todo temor, se vino a mí segura y intrépidamente. Yo la esperé por ver lo que hacer quería, y alzándome del suelo lo más que pude, abría la boca como a ¹¹³ ¹¹⁴ querer hablarla, cuando ella extendió la mano y me cogió, y llegándome a su nevado pecho, comenzó a decir:

— Dime, sombra, o quier que seas, ¿mi Acrisio es muerto?

Yo quise responder que no, antes que yo era su mismo Acrisio, y arrojándome a proferirlo en palabras, olvidado de mi inhabilidad, pronuncié el acostumbrado «sí». Entonces ella, juzgando lo que de necesidad fue hecho por voluntad y evidencia de su pensamiento, dejándose vencer del dolor, helándosele la sangre y faltándoles a los espíritus vitales el ejercicio, quedando en ¹¹⁵ ¹¹⁶ vista como un cárdeno ¹¹⁷ ligustro se dejó caer a tierra.

Agora sí que yo experimenté el colmo de todos mis pesares. Creedme, señores carísimos, que es ¹¹⁸ engaño decir que el dolor tiene fuerza de matar, porque a ser ¹¹⁹ cierto en ningún sujeto como el mío más francamente pudo ejecutar su golpe.

¡Oh amor, qué corazón fue el mío cuando entre las yerbas y flores me vi delante de la vista difunta del objeto de mis glorias! Ay de mí que no podía llorar y me sobraban sentimientos, porque la forma de mi ser me impedía este afecto tan necesario a divertir el dolor. Tampoco podía, como ella lo había hecho, lacerarme el rostro, pero en el modo que se me permitía lo procuraba con los dientes, y aporreándome, azotando las peñas, y ya arrastrándome por entre pungentes abrojos. Y aunque tan grande era mi dolor, le hallé algún consuelo, porque con la veloz lengua la lamía el bellissimo rostro, que matizado ^{lxxxiv} con el rojo carmín de su vertida sangre, le constituía ^{lxxxv} más lastimoso. Y engullendo las preciosas gotas (¡oh admirable suceso!) impensadamente me hallé hombre, a guisa del que despertando de un profundo sueño no sabe determinar lo que por él ha pasado o en qué parte se halla. Sentime, digo, en aptitud de poder usar de mis piernas, brazos y manos con los demás miembros humanos, y lo que más estimé entonces, de la lengua, y, en fin, me hallé en mi prístina y antigua forma de hombre, y vestido de los vestidos mismos que tenía cuando a la serpentina forma me reduje. Cuán lleno de admiración y asombro yo quedase no es necesario que lo signifique con palabras, pues la ocasión misma lo publica. La verdad es que por algún tiempo estuve suspenso entre el sí y el no de creer por sueño todo lo que por mí había pasado, pero acordándome que la prendida forma había de durar siete lunas o meses, que es lo mismo, y haciendo la cuenta hallé que en aquel punto se cumplían y que la sangre de Olimpia me había de restituir al antiguo ser conforme el verso:

«La sangre de la dama, que celebra
le libre de la forma de culebra».

Casi me pudo hacer cierto de que cuanto por mí había pasado era verdad y que yo había llegado al deseado fin, por lo cual, contento sumamente, cogiendo en brazos a Olimpia, no ya con boca de fiera, pero con la que más caricias hacer la supe, las

¹¹² No me]

¹¹³ *Om.* a

¹¹⁴ *Add.* Dando muestras de

¹¹⁵ *Om.* en

¹¹⁶ *Add.* A la

¹¹⁷ *Add.* Y macilento

¹¹⁸ *Add.* Grande

¹¹⁹ *Add.* Así

lágrimas de los ojos y la vertida sangre que pecho y rostro le esmaltaba con mil afectos la enjugaba, los cuales pudieron tanto que en el vital vigor la restituyeron. Cuando ella, como quien de un profundo sueño se despierta, abriendo los ojos a fuer de dos saetas, el corazón me traspasaron, mirándome atenta, aunque tan atónita del suceso de su desmayo cuanto de la novedad de hallarse en mis brazos, no sabiendo resolverse en lo que por ella había pasado y pasaba agora. Yo estrechándomela al pecho con el mayor afecto que supe mostrar, con acciones y palabras me esforcé a hacerla cierta de la verdad que dudaba. Y después de haberme mirado bien, y tocándome con las manos, cierta ya en lo que tanto deseaba, abrazándome y llorando dijo:

— ¡Oh vida humana, no siendo más que un sueño así en los pesares como en los gustos, con razón podríamos para aquella que es verdadera, debríamos¹²⁰ despertar!

Finalmente, terminados nuestros cariñosos recibos y enjugados con los gozos nuestros llantos, cogiéndome por la mano a parte más oculta donde no pudiésemos ser vistos me llevó. Y estando allí quiso saber muy en particular la causa de mi tardanza. Y yo deseoso de satisfacer su gusto y dar a mi dilación descargos, la referí todo lo que habéis oído, comenzando desde el punto que de sus ojos me ausenté hasta el de mi reformación, no dejando cláusula de todo lo que con Silvia y Corsina me había pasado, con todos los demás sucesos y accidentes de mi penosa peregrinación. A todo estuvo atenta Olimpia, y habiendo yo dado fin a mi narración, no hizo mudanza alguna del ser en que la atención la tenía, porque fija la vista en mí con notable arrobamiento, prosiguió el silencio. Y tras suspensión tan dilatada, sin despegar los labios, dando un íntimo suspiro, desprendiendo de mi mano la suya, con extraña celeridad me dejó y se fue sin parar hasta encerrarse en casa, con mayor prest[ez]a que cuando me huyó fiera. Quedé absorto del inopinado suceso, y con indecible disgusto, advirtiéndome que por donde creí obligarla, más quedé ofendida, y a mi entender celosa del amor de Silvia, no se asegurando acaso de la constancia mía que a quedarlo más digno era de gracias que de rigores tales. En suma, después de haber pensado mucho en el caso no acababa de averiguar cuál fuese la causa de su intempestiva ira. Ya la atribuí¹²¹ a mudanzas, ya destas me aseguraban sus acciones. Pero finalmente irresoluto y penado entre diversos discursos, determiné por entonces dar la vuelta de mi casa pensando al¹²² remedio de desdichas tantas.

Aquí terminó Acrisio su discurso con demostraciones de sentimientos tantos como si realmente en aquel punto se hallara en tan apretado trance dejándonos deseosos del tiempo en que prosiguiese su historia, en orden a averiguar las causas que tuvo Olimpia para tratarle con rigor tanto, las cuales le dilató por algunos días como después veremos.

¹²⁰ *Om.* debríamos

¹²¹ Atribuía]

¹²² El]

ⁱ «ostententen» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

ⁱⁱ Clinio Mecenas (s. I a.C.), consejero de César Augusto, fue administrador general de Roma e Italia durante las guerras civiles. En este periodo adquirió poder absoluto, por lo que dispuso ciertas leyes de carácter social. Fue gran impulsor de la cultura (Tácito, 2007: VI, 11).

ⁱⁱⁱ Tiberio Julio César Augusto, emperador romano entre el siglo I a.C. y el siglo I d.C.

^{iv} *Siglo*: «Significa asimismo el comercio, y trato de los hombres en quanto toca, y mira à la vida común política: y assi decimos, que el que se entra religioso, ò se va desengañado a un desierto, huye, ò dexa el siglo» (Autoridades).

^v *Cognombre*: «Sobrenombre, y lo mismo que cognomento» (Autoridades).

^{vi} *Rozarse*: «Vale tambien tener una cosa semejanza, ò conexión con otra» (Autoridades).

^{vii} Nacario emplea esta expresión como apología del uso de autoridades. La glosa de dicha sentencia figura en *Examen de ingenios para las ciencias* (capítulo XI, 1575) de Juan Huarte de San Juan (s. XVI): «los muy peritos de esta profesión [los letrados] no osan negar ni afirmar cosa ninguna tocante a la determinación de cualquier caso, si no tienen delante la ley que en propios términos lo decida. Y si alguna vez hablan de su cabeza, interponiendo su decreto y razón sin arrimarse al Derecho, lo hacen con temor y vergüenza; y, así, tienen por refrán muy usado: *erubescimus dum sine lege loquimur*, como si dijieran: «entonces tenemos vergüenza de juzgar y aconsejar, cuando no tenemos ley delante que lo determine».

^{viii} En realidad, las declaraciones preliminares de Terencio en *El eunuco* no conciernen a su comedia *Andria*, sino a la obra que prologa, *El eunuco*, donde figuran ciertos personajes de *Cólax*, comedia de Menandro. En efecto, Terencio desvela en el prólogo de *El eunuco* que fue acusado de plagio, pues un magistrado, mientras veía la representación, «gritó que quien había presentado la comedia era un ladrón, no un poeta; y que, con todo, no había logrado su engaño» (2008: 316), basándose en la supuesta existencia de comedia de Nevio y Plauto, *El adulador*, de la que Terencio habría extraído ciertos personajes. El comediógrafo latino puntualiza que realmente esos personajes figuran en *Cólax* de Menandro, y concluye: «en fin, ya no se puede decir nada que no haya sido dicho antes. Por esta razón, es justo que vosotros lo sepáis y perdonéis a los poetas modernos si hacen lo que una y otra vez hicieron los antiguos» (2008: 318).

^{ix} *Zoilo*: «nombre, que se aplica oy al crítico presumido, y maligno censurador ò murmurador de las obras ajenas, tomado del que tuvo un retórico crítico antiguo, que por dexar nombre de sí, censuró impertinente las obras de Homero, Platón e Isócrates» (Autoridades).

^x El concepto de originalidad aplicado a las artes no se convierte en un criterio estético hasta el Romanticismo. Durante el Siglo de Oro, persistía aún, por tanto, «la práctica de la imitación, tan habitual como desprovista de las connotaciones peyorativas que posee actualmente» (Arredondo, 1989: 223). No obstante, ya en la época que nos ocupa no pocos autores claman a favor de la creatividad en detrimento de la *imitatio*.

^{xi} Las cornejas son uno de los animales que más fábulas protagonizan en la colección esópica.

^{xii} *Abusión*: «Uso malo y con impropiedad de las cosas, y comúnmente tomado por lo mismo que abuso» (Autoridades).

^{xiii} *Qohélet* (también conocido como “*Eclesiastés*”) atribuido a Salomón, 10: 17.

^{xiv} A Juan de Leganés también lo menciona Quevedo en *El Buscón*: «Los rufianes hicieron la cuenta, y vino a montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Leganés la suma» (libro I, cap.IV, 1980: 119) y asimismo lo había hecho Zapata en su *Miscelánea* (Ynduráin, 1980: 119). José Fradejas recoge un fragmento de las *Relaciones Topográficas* que mandó recolectar Felipe II y en el que se menciona a este personaje: «Al capítulo cincuenta y siete declararon ser cosa rara y notable la memoria que tiene en el contar todo género de reglas de cuenta por sola memoria, un hombre simple y pobre, hijo de vecino y natural de este dicho lugar [Leganés], llamado Juan Monge, y por otra parte llamado Aticón, de edad de treinta años, cuya fama es muy notable en todos los reinos y señoríos de Su Majestad, como es notorio, porque no sabe letras de leer ni escribir, y no se le pedirá regla que pueda hacer cualquier aritmético por pluma, que este no la haga con gran facilidad sin errar medio cornado, y, otrosí más, que la cuenta que una vez le piden y hace, aunque pasen días y años, si le vuelven a repreguntar de ella, la declara sin pensar como si por letra la tuviese ante sus ojos...» (Fradejas, 1995: 148 citando a Alvar Ezquerro, A. [coord.], *Relaciones topográficas de Felipe II*, Madrid, CAM y CSIC, 1994, 3 vols.).

^{xv} *Il Convivio* (s. XIV), tratado cuarto, XVI.

^{xvi} *Génesis*, 25: 29-30.

^{xvii} *Feriar*: «[...] Es comprar y vender, y trocar una cosa por otra» (Covarrubias).

^{xviii} «Nicidos» en el manuscrito. Corregido en el impreso.

^{xix} Agamenón, rey de los griegos durante la Guerra de Troya, es asesinado a manos de Egisto, amante de su esposa Clitemestra. En algunas versiones su esposa también colabora —e incluso se convierte en ejecutora— en el crimen.

^{xx} *Ignoble*: «Lo mismo que ‘innoble’» (Academia, 1803).

^{xxi} «Disepa» en el texto manuscrito. Subsanado en la edición.

-
- ^{xxii} San Agustín, *La ciudad de Dios* (s. V), Libro Cuarto, IV.
- ^{xxiii} *Fardel*: «El saco, o talega, donde se mete alguna cosa, y se aprieta, que va como embutida, como las sacas de lana, que se lleuan de España para Italia» (Covarrubias).
- ^{xxiv} Filósofo griego, discípulo de Sócrates. V. *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* (Diógenes Laercio).
- ^{xxv} Gentilicio de la localidad homónima de la toscana, que en esta ocasión alude a su ciudadano más ilustre: Boccaccio y su *Decamerone*.
- ^{xxvi} Boccaccio, 2001: 498.
- ^{xxvii} *Aquestar*: «Adquirir, conquistar. También se decía ‘aquistar’» (Autoridades).
- ^{xxviii} *Aquistar*: «Conquistar, adquirir» (Autoridades).
- ^{xxix} F. 232r, lin.15.
- ^{xxx} *Juan*, 8:7.
- ^{xxxi} *Víctor*: «Interjección de alegría, con que se aplaude a algun sugeto, ù alguna acción. Dicese más comúnmente ‘vitor’, por suavizar la pronunciación» (Autoridades).
- ^{xxxii} Interjección que expresa lamento, dolor, etc. Sinónimo de «ay», de la que «guay» es precedente.
- ^{xxxiii} «Donde puesto de celada donde» en el texto manuscrito.
- ^{xxxiv} Subsanado en el impreso.
- ^{xxxv} *Buido*: «Lo assi acicalado y hecho punta, que con particularidad y común uso se dice del puñal de tres esquinas» (Autoridades).
- ^{xxxvi} *Levar*: «En la náutica es lo mismo que ‘levantar’» (Autoridades).
- ^{xxxvii} *Lauto*: «Rico, rica» (Terreros y Pando).
- ^{xxxviii} Pese a la anotación marginal, esta sentencia se halla en el primer libro de los *Corintios* (3:19).
- ^{xxxix} Después de la muerte de Salomón el reino de Israel se escindió en dos partes: el reino de Judá y el homónimo reino de Israel.
- ^{xl} Rey de Israel (s. IX a.C.). Las relaciones entre ambos reyes figuran en dos pasajes bíblicos: 1 *Reyes* (22: 1-40) y 2 *Crónicas* (18: 1-34). Acab le pide ayuda al rey de Judá, Josafat, para atacar a Ramot de Galaad. Antes de llevar a cabo la empresa, ambos reyes toman en consideración los augurios de un buen número de profetas. Acab, rey de Israel, dispone las cosas del siguiente modo: él irá disfrazado a la batalla mientras que Josafat irá ataviado con su vestimenta real. Al llegar a territorio bélico, Josafat se convierte en el blanco de los enemigos, que lo confunden con el rey de Israel, por lo que clama y recibe el auxilio del señor, que lo ayuda a salvarse. Acab, en cambio, es sorprendido por azar con el impacto de una flecha, herida que acaba provocándole la muerte.
- ^{xli} Habitantes de la región de Canaán, ubicada en Asia Occidental (actuales Israel y Cisjordania). Practicaban el politeísmo. Dios prohíbe al pueblo de Israel la relación con algunos pueblos, entre los que se hallan los cananeos (*Deuteronomio*, 20: 16-18).
- ^{xlii} Herodes Antipas era tetrarca de Galilea y Perea, reinado en que se desarrolla toda la vida de Jesús de Nazaret. En el Nuevo Testamento, Herodes aparece vinculado a la muerte de Juan Bautista como respuesta a un mero capricho de la hija de su mujer, Salomé, quien, como premio, anhela la cabeza del bautista (v. Mateo, 14: 3-12). En relación con la muerte de Jesús, Poncio Pilatos, prefecto de Judea, recibe acusaciones que inculpan a Jesús de blasfemia y envía el caso a Herodes. Tras serle devuelto, el procurador romano se considera incapaz de juzgar un asunto religioso y declara la inocencia de Jesús. Tras este intento fallido, los judíos le atribuyen a Jesús delitos de sedición y Poncio Pilatos entrega el caso al pueblo, que debe decidir entre liberar a Barrabás o a Jesús. La deliberación del pueblo resuelve crucificar a Jesús de Nazaret (*Mateo*, 27: 11-56, *Marcos*, 15: 2-15, entre otros).
- ^{xliiii} *Recuentro*: «Lo mismo que ‘reencuentro’» (Academia, 1803).
- ^{xliv} No se ha localizado la aludida sentencia en dicha oración en *Patrologiae*, J. P. Migne (ed) (“Sancti Patris Nostri Gregorii Theologi”).
- ^{xlv} *Publicano*: «entre los romáanos era el arrendador ò cobrador de los derechos públicos» (Autoridades).
- ^{xlvi} Este pasaje tiene su razón de ser en el Evangelio según San Lucas, concretamente, en la parábola del fariseo y el publicano (18:9). «A unos que se tenían por justos y despreciaban a los demás les dijo esta parábola: “Dos hombres fueron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, de pie, hacía en su interior esta oración: ‘Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano; yo ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseoj. El publicano, por el contrario, se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: ‘Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador’. Os digo que este volvió a su casa justificado, y el otro no. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado”» (2003: 1503).
- ^{xlvii} Escritor romano del siglo I, autor de *Factorum et dictorum memorabilium*.
- ^{xlviii} La nota del margen no remite a la fuente de este suceso bíblico, que se halla en realidad en 2 *Samuel* 12:1-6, donde se cuenta la parábola del hombre rico y el pobre. El profeta Natán, enviado por el señor a David, le narra que había un rico propietario de infinidad de reses y un pobre que solo era dueño de una corderilla a la que

trataba como si fuera su hija. El rico, ante la visita de un huésped, decide robar la corderilla al pobre. David, como respuesta, asevera que el rico es digno de muerte y debería pagar por cuadruplicado el valor de la res robada.

^{xlix} «Mercader incansable, corres junto a los indios remotos, escapando de la pobreza por mar, por peñas y fuegos» (Horacio, 2008: 239).

¹ «Disposicio» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{li} «Perfecta» en ambos testimonios.

^{lii} Aristóteles, *Física*, VII.

^{liii} «Las apariencias engañan» (Horacio, *Ars Poetica*, 25) (Cantera Ortiz, 2005:58).

^{liv} Se trata del apóstol San Pablo en las cartas a los corintios. No obstante, los versículos indicados versan sobre el amor más que sobre la virtud o la caridad.

^{lv} Sobre la relación entre ambos filósofos, v. «Diógenes» en el libro sexto de *Vida de los filósofos más ilustres* de Diógenes Laercio.

^{lvi} «Mithi» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lvii} «Para mí lo mejor es estar con Dios», ubicado en *Salmos*, 73: 28. Su emplazamiento en el texto bíblico difiere, por tanto, del señalado por Matías de los Reyes al margen.

^{lviii} «Yo os escogí del mundo», *San Juan*, 15:19.

^{lix} *Ética*, libro III, capítulo VIII.

^{lx} Héroe y principal defensor de Troya, cuyas hazañas se revelan principalmente en *La Iliada*.

^{lxi} Juan Damasceno, teólogo sirio del siglo VII.

^{lxii} «Fraudentur» en ambos testimonios.

^{lxiii} «Incidit» en ambos testimonios.

^{lxiv} «Todo amigo siembra calumnias», *Jeremías*, 9:3.

^{lxv} «No confiéis en el amigo», *Miqueas*, 7:5.

^{lxvi} Se trata de Ben Sirac (s. II a.C.), a quien se le atribuye la escritura de uno de los libros sapienciales de las sagradas escrituras, el *Eclesiástico* o *Sirácides*.

^{lxvii} Matías de los Reyes cita el versículo de forma incompleta. En el *Eclesiástico* (6:6) se lee «Multi pacifici sint tibi, et consiliarius sit tibi unus de mille» ('Que sean muchos tus amigos, pero uno entre mil tu consejero').

^{lxviii} «Mos» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lxix} «Lasonjearme» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lxx} Resulta curioso el caso de este sintagma, puesto que en el texto se lee «en aptitud» tachado, y al margen la corrección siguiente: «en abtitud».

^{lxxi} En el folio 240r del manuscrito se lee: «me goce un rato tocando un rato sus delicadas manos», pasaje que en el impreso ha sido enmendado del modo que sigue: «me goce un poco tocando un rato sus delicadas manos» (f. 186v), donde se ha llevado a cabo la disimilación de la palabra repetida. No obstante, todo parece apuntar a que se trata de una reduplicación debida a un error de memorización en el acto de copia, por lo que optamos por suprimir una de las formas repetidas.

^{lxxii} Plinio en su *Naturalis Historia* compila información sobre los animales en los libros VIII- XI. En concreto, el capítulo XXXIX del libro VIII versa sobre los lagartos. No obstante, nada de lo que expone Matías de los Reyes aparece en la fuente aludida.

^{lxxiii} Eurídice, esposa de Orfeo, fue mordida de forma letal por una serpiente mientras paseaba por un prado de Tracia junto a las náyades.

^{lxxiv} Subsanado en el impreso.

^{lxxv} Matías de los Reyes ha confundido a Erictenio con Eresictón. Fue este último, temerario y soberbio, quien taló un bosque consagrado a Deméter. La diosa lo castigó con un hambre voraz, por lo que acabó devorándose a sí mismo. Se trata de un error de copia. En las metamorfosis italianas se lee «o quanta inuidia hebbi a gli arbori, che tagliò il crudo Eritone, i quali...» (1583: f. 249).

^{lxxvi} Subsanado en el impreso.

^{lxxvii} «Vista» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lxxviii} «Herrirme» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lxxix} Subsanado en el texto impreso.

^{lxxx} «Lazarado» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lxxxi} En el manuscrito aparece una suerte de flecha apuntando hacia la línea superior (f. 242r)

^{lxxxii} «Co me» en el texto manuscrito. Lectura diversa en el impreso.

^{lxxxiii} «Asistar» en el texto manuscrito. Subsanado en el texto impreso.

^{lxxxiv} «Maticido» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{lxxxv} «constituyñ» en el manuscrito. «Constituía» en el texto impreso.

DISCURSO DOCE

No reposamos mucho la comida de aquel día, deseosos de volvernos al jardín a saber la causa que tuvo Olimpia para dejar a su amado Acrisio en tan graves penas, debiendo a sus finezas más grata acogida, mayormente habiendo ella poco antes mostrádas tan crecidas con solo imaginar que era muerto. Y si bien es verda[d] (y él se lo refirió así, como a nosotros lo había hecho) que tal vez se dejó llevar de alguna complacencia de los favores que las damas que le poseyeron le hacían, jamás se halló rendido de forma que se divirtiese de sus memorias. Esto podemos colegir en que todas las virtudes que en ellas consideraba, las refería todas a su Olimpia, oponiendo las mismas a las viciosas acciones que en otras experimentaba, mostrándose en todas ocasiones fino amante suyo. Y porque vimos que abierto su libro comenzó a leer, atendimos cuidadosos.

No pararon —dijo— mis pesares, en los que dejé entablados en el pasado discurso, pues esforzándose a mi fin pasaron muy adelante. Y fue el caso que llegando a mi casa hallé a mi madre grabada de la enfermedad postrera, con tal extremo que ya más del otro mundo que deste parecía, porque apenas después de haber hablado con ella mucho rato tuvo¹ vigor para conocerme ni gozarse con mi vista. Pregunté a mi hermano (hasta agora no se ha ofrecido ocasión de introducirle en mi historia¹) de qué le había procedido enfermedad tan grave, y díjome que a las penas de mi ausencia y dilaciones de mi tornada se había juntado de que la poca hacienda que en aquella aldea poseíamos engañados, en ausencia mía toda se había consumido, y los frutos de la tierra no habían llegado a logro y las abejas al tiempo de enjambrar todas se habían ido, y las que quedado habían los osos habían dado cabo dellas. Acrescentó en mí este nuevo incómodo mal sobre mal y dolor sobre dolor. Pero no perdiéndome de ánimo, procuré a su peligrosa enfermedad los remedios posibles, y si bien a esta pudieran darme esperanzas de mejoras los naturales remedios que la medicina tiene hallados (en cuanto Dios lo permite) a la que yo en el alma padecía las tenía perdidas, porque mi Olimpia, que un tiempo que fue piadosa, ya cruda y falta por lo menos de las dos primeras letras de su nombre, de todo mi remedio me desahuciaba. Y a este desconsuelo acrecía mucho la reflexión que hacía sobre la etimología o interpretación de su nombre misterioso cuando reduciéndolo a nuestro común lenguaje quiere decir ‘ya fue pía’, pues como sabéis «olim» en latín suena en nuestra lengua antiguamente, y «pia» lo mismo que allá suena, de suerte que deste nombre, exprimidas estas dos voces, da a entender que ya fue pía y lo que dice fue en duda se espera que vuelva a serⁱⁱ.

Pero prosigamos la tragedia de mi madre. Quedaré desocupado para proseguir la mía. Ella, después de pocos días inválida a la respiración y recepción de los aplicados beneficios, pasó a la otra vida con mucho dolor mío, así por el natural afecto, que en los hijos tiene mucha fuerza, como porque desde entonces quedaban a mi cargo los domésticos cuidados, y aunque pudiera librar algunos en mi hermano, era su edad tan incapaz de tantos por no pasar de catorce años, que antes me los acrescentaba. Los cuales incómodos, aunque eran bastantes a todaⁱⁱⁱ inquietud, comparados con los que del alma estaban apoderados a causa del retiro de Olimpia, eran muy fáciles y tolerables.

Cumplido, pues, con las obligaciones forzosas de la defuncta madre, traté de hacer desde luego experiencias en aquel pecho, ya para mí piadoso, cuanto agora cruel y

¹ Tuno]

inexorable² más que el de una tigre. Porque fue de forma su retiro que no bastaron mis diligencias a que me atendiese sola una palabra, aun en ocasiones que se me ofrescieron, en que parecía no poder escusarse al lance y qué digo hablarla, pero ni aun levantar sus bellos ojos a mirarme piadosa ni iracunda. Procuré tomar por medio el escribirla algunos papeles en que la persuadía sus rigores y mi inocencia, y si bien los tomaba de la mano que se los llevaba, ni daba indicios de recibirlos con gusto, ni aún de que después los leía, porque a leerlos me persuadía ser imposible no se humanase a mis ternezas. No me respondía, digo, pero ni aun una palabra hablaba en mí con la persona que se los daba, antes si me nombraba desamparaba la conversación, haciéndose odiosa con tan afectados extremos a los que tenían noticia de la igualdad de nuestros amores, ya públicos en nuestras aldeas. ¿Quién creará esta entereza en mujer tan amante? Mucho fue que yo no rematase con esto mi juicio, lo cual sin duda me sucediera a no hallar algún alivio en los consejos de mis cercanos amigos, que de mis desesperaciones me divertían. Había en mi lugar un serrano llamado Macrino, ya de madura edad y muy vecino a mi casa, con quien yo tenía particular amistad, en cuya consecuencia era dueño de mis íntimos secretos y yo estimaba mucho sus saludables consejos. Este, siendo mozo, fue muy práctico en los lances de amor y, aunque ya el invierno de la vejez coronaba su cabeza de la venerable nieve, mostrando en lo árido de su rostro los destrozos de aquella edad, estando ya en él secas y mustias³ las flores de la juventud, con todo no estaba abstraído totalmente de los lances de la edad lozana, a la suya ya indecentes cuanto peligrosos, pues cuanto más seca está la leña, más fácil y presto es el incendio. Porque habiendo en aquel lugar una serrana tierna en años y ángel en hermosura como en virtudes esclarecida, tanto de su amor el anciano serrano se encendió que, según él confesaba, nunca en su verde edad lo estuvo tanto de otra alguna. Acresciase este incendio al aliento de las satisfacciones que tenía de ser de su dama correspondido, porque como discreta conocía que cuanto faltaba en lo exterior suyo a los objetos del amor común, tanto se lo⁴ recompensaba en lo interior al aumento del particular, que es el verdadero amor. Este, pues, habiendo entendido bien la causa de mis pesares y siéndole notorio todo cuanto por mí había pasado en los amores de Olimpia, habíale significado mi desesperación, la cual llegó a tanto que casi convertido mi amor en odio, me determinaba a dejarla en su constante porfía y proveerme de otro amor por despícarame y divertirme de todo punto del suyo, creyendo poderlo hacer así y vengar mi agravio. Comuniquésele así a mi amigo Macrino, pero el prudente anciano, que lleno de experiencias tenía mucha práctica en los lances de amor, mirándome atentamente al rostro, vestido el suyo de una irónica risa, me habló desta manera:

— No te venga jamás en ánimo, oh Acrisio amigo, de matarte (como muchas veces me has dado a entender has intentado hacello llevado de esta desesperación) porque semejantes impiedades suceden a aquellos ignorantes que no tienen conocimiento de mejor vida o que totalmente están ajenos de toda virtud, o lo que es más cierto, de juicio.

Que pongas tu amor en otra por olvidar a Olimpia también te lo disuado, porque además que yo no sé cuál podrás hallar que igual le sea, sé que el tiempo que gastarás en proveerte de otra, si tratas de emplearlo en reconciliarte con la primera, no dudo que consigas tu deseo. En lo cual hallarás tres bienes, no negándote que

² Memorable]

³ Muertas]

⁴ Le]

con la nueva amante consigas uno.

El primero será que llegarás a conseguir aquello que más deseas, porque si es así que por no poder convencer a esta buscas otra, de creer es que mucho más della que de otra vives deseoso.

En el segundo, ¿quién no ve con cuánta seguridad gozarás el primero amor (difícil de olvidar) que ya conoces? ¡Cuán forzosos son los temores de ser correspondido del segundo! ya recelando si ama a otro más que a ti, que no con pocos actos se averigua esto. Una cosa [es]^{iv}, amigo, caminar por camino conocido por quien pasaste muchas veces, y otra encaminarse por aquella parte que jamás experimentaste y por donde el acertar es acaso y el perderse certísimo.

Lo tercero, si es verdad que los enojos de los amantes son una reintegración de su amistad, yo no sé por qué debas buscar nuevo amor por ese enojo que en Olimpia has descubierto. Acuérdate, Acrisio, que es muy diferente hacer una casa de nuevo que aderezar y reparar la antigua arruinada. A la otra faltan los fundamentos y todo material, cuando estotra, teniendo los unos y los otros con mucha facilidad se puede restaurar.

Demás desto, ¿no sabes que el árbol muchas veces transplantado nunca lleva fruto? Antes si no le da en un buen terreno no hay que esperar le produzga en el estéril y árido. Ya te he dicho que ignoro puedas hallar dama que iguale a Olimpia. Pues si a esta hallas mudada, ¿qué te obligas a padecer con otra? Y no me respondas que tal fruto se puede conseguir en un día con una cuanto en muchos años con otra no se conseguirá, porque el fruto que dan las ruines hembras no le considero yo en el amor que nosotros practicamos.

Los que tratamos de hombres de bien, debemos constituir el deleite en lo bello de nuestras damas, sí, mas no de tal manera que las ocasionemos su ultraje y deshonor. Antes si nuestro amar ocasionase a su honestidad algún deslustre, debemos retirarnos a lo menos de aquellas apariencias que puedan engendrar sospechas de mal en el ánimo del vulgo, imitando al sol, que no cesando de resplandecer en el cielo, tal vez a la tierra cela sus activos rayos entre nubes pardas por beneficio de la tierra misma.

Vesme aquí (si ya no parece jactancia contar alabanzas propias) que no ceso de amar a mi cara prenda, aunque me persuado no ser della correspondido, supuesto que ha tres años que no le debo una pequeña señal de amor. Bien es verdad que yo tampoco hasta agora he mostrado mi enamorado ánimo, atento que alguno demasiadamente curioso de los negocios ajenos, sospechando mal de nuestro amor (que colorar no querrán con el honesto fin del matrimonio, atentos a la disparidad de la edad nuestra) esto digo, es causa que yo me abstenga de indicios exteriores, no siendo bien yo fuese causa que ella no se casase como ya lo es. Agora, pues, ella por el amor nuevo (que ya sabes que destruye al antiguo, aunque hay quien sienta lo contrario) divertida del mío, porque se dedigne de verse amar como siempre de mí o por otra razón que ella sabe, pagándome con este retiro tres años de afición recíproca, ¿será bien que yo la ame una dragma^v menos que siempre? No, por cierto. Así porque no puedo y así porque no debo hacerlo, porque, ¿cómo no tengo de amarla siempre, siendo cierto que en aquel tiempo ella me amaba con finísimo afecto? Si debe durar tanto la memoria de una cosa cuanto fue estimada, ¿cómo podré olvidarme de su amor, habiendo sido para mí la cosa de mayor estimación? Yo merecí ser amado por ella entonces, cuando yo la amaba, pues también merece ser amada por mí, entonces, agora y siempre. Tú no me negarás que el que mejor conoce el valor de una cosa está más obligado a su estimación. Demás desto, haciendo yo más estima del amor della que ella debiera hacer del

Nótese el blanco del virtuoso amor

mío en comparación del suyo, ¿por qué no he de ser yo tan grato correspondiente a aquel su amor, que no esté obligado a estarla siempre amando aunque ella agora no me ame? ¿Y por qué no tengo yo de hacer toda esta estimación de su amor que ella debía hacer del mío supuesto que no es maravilla ser amado lo hermoso, como lo feo aborrecido, siendo ella el ejemplo de la hermosura, en edad de diez y ocho años, como yo de la deformidad en la de cincuenta? Por cuyas razones ni puedo ni quiero dejar de amarla siempre, ni⁵ solo por esto sino por saber que el verdadero amor no es mercenario, que a serlo no fuera virtuoso y para haber^{vi} de serlo debe asimilarse al divino amor.

Tristes de nosotros si Dios óptimo y máximo aguardara a que le amáramos para amarnos, supuesto que primero mucho tiempo que fuésemos nos amó, y aun agora que de cotino^{vii} le ofendemos nos ama y solicita nuestro amor, no despreciando que rucie su ⁶ cabeza el aljófár de la noche, en tanto que nos ronda las puertas de nuestras almas.

Séame dicho (como muchas personas me lo dicen) que ella no me ama ni de mí se acuerda, y si llego a su memoria, no sin desdén suyo, como pesarosa de haberme amado, que por esto no dejaré de amarla ni me olvidaré de que ya me amó. No podré decir que nunca la amé, lo uno ni lo otro se conseguirá en mi ánimo, y lo que más es, que espero volver a ser amado della en algún tiempo, a cuyas esperanzas me anima el suceso que quiero referirte, que a los dos nos puede servir de consuelo en nuestras presentes pasiones.

Cuando en mis primeros años yo seguía los pasos de mis mansas ovejas por las fértiles faldas destas encumbradas montañas, vivía también aquí un pastor nombrado Silvio, el cual de una serrana destas selvas gloria, se enamoró tan ardientemente que el suave nombre suyo (que Cintia se llamaba) en varias rimas resonaba por estos montes, y no contento con hacerla oír en voz, con la punta de un ⁷ sutil cuchillo, en mil hayas la esculpió, y no solo su nombre, pero a ella misma retrataba y esculpía tan vivamente que hacía olvidar la fama de Praxíteles^{viii}. Parecían en⁸ estas gracias en él adquiridas (tal era su perfección) siendo naturales de su florido ingenio, no teniendo para tan elegantes esculturas más buriles ni cinceles que la aguda punta de su sutil cuchillo. Sea comprobación desto una hermosa taza hecha de dorado boj con su cubierta, que recibí⁹ de su mano y hoy poseo con estimación de prenda suya. Harete descripción della, pues esta diversión no me apartara nada del principal intento. De la diferencia que hay entre el oído y la vista, juzgarás la excelencia desta obra.

Era labrado el vaso de perfectísimas figuras a relieve. Primeramente estaba rodeado de una vid vestida de frondosos pámpanos, de quien pendía en fértil copia el opimo y sazonado fructo. Mirábanse en una parte dos silvestres sátiros¹⁰, tan perfectamente fabricados que la vista estaba indeterminada en su vital movimiento. Tiene el primero en la siniestra mano levantada en alto un proporcionado¹¹ vaso en quien la diestra, exprimiendo un racimo, destila el licor sabroso tan natural a la vista que convida a que le beban. El otro sátiro que menor es, con ademán de apetecerlo, levantado sobre las puntas de los cabrunos pies por

⁵ No]

⁶ *Add.* sagrada

⁷ *Add.* Muy

⁸ *Om.* en

⁹ Recibe]

¹⁰ Estayros]

¹¹ Proporcianado]

alcanzar con las manos el deseado vaso, con tal donaire intenta de ganársele que a quien lo mira causa deleite. ¿Pues qué diré volviendo al lado opuesto? Mírase el retrato de su dama tan viva que anima el breve leño. Está tejiendo una guirnalda de diversas flores, y con tan sutil arte, volviendo el rostro sobre el diestro lado, mira a dos muchachos que quiriendo coger de las maduras uvas de la vid pendientes,¹² uno está puesto en tierra dando con sus espaldas apoyo al otro, que ya en ellas se encarama. Con esta descuidada vuelta de la dama da ocasión a un cuidadoso descuido. Esto es, que la vestidura se descuide también del recato y custodia de su rosado pecho, dando abierta licencia a la ociosa vista para cebar su oficio en el más bello objeto. En la cubierta, en fin, está retratada¹³ la luna (aludiendo al nombre de su dama) la cual mostrándose en los serenos campos de su cielo, entre algunos rojos celajes emboscada, mira atenta a su querido Endimión, que en una espesa selva está durmiendo. También se miran en aquel cielo las estrellas a los pastores más notorias y con sutil¹⁴ destreza en la asa de la cubierta acomodó la¹⁵ siete que en forma de bocina nos muestran las noturnas horas.

Pero porque todo esto y mucho más te informará mejor la vista, por volver a mi intento te remito a ella, si curioso quisieres divertirte en tan admirable artificio.

Digo, pues, que nuestro Silvio amaba a Cintia de¹⁶ un tierno y honesto amor, siendo^{ix} también correspondido della con igualdad¹⁷ de¹⁸ correspondencia, por lo cual, ya en voz, ya por escrito (como se dice) resonando las selvas el nombre de Cintia, semejaban a las de la antigua Arcadia^x. Así pasaron algunos¹⁹ años, pero como no son estables los gozos desta vida, sucedió venir²⁰ aquellos montes un día, en que²¹ hicieron punto los destos felices amantes.

Vecino a un valle que al pie de la montaña yace, llamado el lago de Pie de Luco^{xi} hay un castillo donde vivía retirado un caballero que gran parte de aquel territorio dominaba. Este en su juventud (que ya en aquel tiempo era anciano) había vivido más dado a los gustos del sentido que al gobierno de la razón, y en orden a esta libertad de conciencia jamás quiso casarse, con cuya rebelde opinión llegó a los sesenta años, en cuya edad, por no tener nada que agradecer a su virtud, determinó dejar los vicios de la corte antes que dejándole^{xii} desairado ellos se retirasen d'él. Y así se vino a su castillo de Pie de Luco donde pasaba su vida en la caza, a que tenía propensión. Andando^{xiii} este día²², pues, en este ejercicio llegó a aquel lugar donde vivían los dos amantes, y siéndole forzoso hacer en él la²³ noche, se aposentó por más ostentativa en la casa del padre de Cintia.²⁴ Vio a la hermosa serrana (y como quiera que los viciosos hábitos, que hasta los umbrales de la vejez acompañan el ánimo, no se quedan a la puerta, antes entonces a pesar de la prudencia quieren todavía²⁵ mandar en casa) y de suerte se transformó en su amor, que olvidados los antiguos presupuestos de su reformatión, volvieron a reverdecir

¹² *Add.* El

¹³ Retirada]

¹⁴ *Om.* sutil

¹⁵ Los]

¹⁶ Con]

¹⁷ Igual]

¹⁸ *Om.* de

¹⁹ Alguno]

²⁰ *Add.* A

²¹ Quien]

²² *Om.* este día

²³ *Om.* la

²⁴ *Add.* Donde

²⁵ Toda día]

en su mortificado apetito los estímulos de amor. Y así se resolvió de llevarse a su castillo a Cintia, permitiéndolo o no sus padres, juzgando haber hecho en aquella jornada una caza de mucho gusto suyo, y así luego de²⁶ mañana, prevenido su viaje, se la pidió a sus padres, los cuales dolorosos con semejante demanda quedaron mudos a la concesión. Pero viendo su omisión y que no correspondían gratos a sus ruegos, los trocó en amenazas no menores²⁷ de abrasarles la casa y con ella el lugar todo. Cintia, que entendió la pretensión injusta del caballero, armándose de su prudencia y valor constante, con ánimo intrépido y sosegado persuadió a sus padres que sin recelo alguno se la concediesen, que ella gustaba mucho de acompañar aquel caballero.

Los padres y aún los que presentes nos hallamos a todo esto, entre quien también estaba Silvio con los dolores que creer se pueden, sospechamos que era asentado acuerdo entre los dos, si bien la opinión de Cintia divertía mucho estas sospechas a causa de la experiencia que se tenía comúnmente de la excelencia de sus heroicas virtudes. En fin, los padres temerosos y confusos a más no poder, permitieron el robo que pareció voluntario en Cintia, la cual con ánimo varonil los confortó, diciendo no temiesen nada, antes la encomendasen muy de veras a Dios. Si a esta resolución Silvio no se cayó muerto fue en fe de su mucho valor y de la firme aprehensión que tenía hecha en las virtudes de su dama, como después sabrás. Yo, que también me hallé presente, viéndola poner a caballo con tanto aliento y despejo, juzgué (indignamente, como ya dije) que iba deseosa de mejorar su suerte, siendo amada de tan gran señor, despreciando la humildad de Silvio. Otros, mejor intencionados, juzgaron piadosamente²⁸ que aquella ingenua seguridad que mostraba se ocasionase²⁹ de su cándida conciencia, y que como otra Judith³⁰, sacaría su honor intacto de los intentos de aquel lascivo Holofernes^{xiv}, como a la verdad³¹ después sucedió.

Como quiera que ello fuese, ella finalmente fue llevada al castillo donde su nuevo amante la hizo vestir a lo cortesano de finísimas telas y preciosas joyas, con que sacada su belleza del bosquejo en que la tenía la rustiquez de la sierra, en limpio quedó con los ilustres realces admirable a la vista.

Apresta la cena, la cual el lascivo caballero aceleró lo posible en orden a acercarse al último fin de sus pésimos deseos, recogidos los dos a su cámara, él se acostó al punto y ella sentada en una silla que cerca de la cama estaba, soltando la represa a los sentimientos reprimidos, en orden a no hacer mayor el sentimiento^{xv} de sus padres obligando a su tirano amante a que usara con ellos algún furioso exceso, rompió en un tierno y³² lamentoso³³ llanto en quien no tuvo la menor parte su querido Silvio, cuya ausencia y sentimientos justos³⁴ tenían atravesado su tierno corazón. A tanto se adelantó en su lloro, que derivándose dos caudalosos ríos de sus hermosos ojos pudieran anegar aquella fortaleza. Lo cual advertido por el anciano amante, juzgándolo a novedad en quien con tanto gusto admitió su robo, con mucha ansia y compasión le preguntó la causa de su llanto. La discreta Cintia, que de todo punto desfogó sus penas, levantándose en pie, puniendo en él la vista

²⁶ Por la]

²⁷ *Add.* Que

²⁸ *Om.* piadosamente

²⁹ Ocasionaba]

³⁰ Judic]

³¹ *Om.* a la verdad

³² *Om.* tierno y

³³ Lastimoso]

³⁴ *Om.* justos

le dijo así:

— El llanto que hoy escusé, mi señor, fue por no conturbar más a mis dolientes padres y demás deudos, que a las espaldas me venían, ha reventado³⁵ agora de mi recatado pecho para convenceros a vos que presente os tengo. Y así como la constancia que mostré allí no provino de insensibilidad mía, y mucho menos por complacencia de ser de vos amada, conociéndome solamente una serrana humilde. Así también las lágrimas que aquí lloro no proceden de temor o fingimiento que me disguste aquello que a vos agrada y suele agradar a otras mujeres del tamaño de mi ser. Pero como he dicho, por confusión vuestra y por dar puerta al concebido dolor, y por cuanto el desahogo deste es pasado y solo me queda vuestra confusión, atento, que no permito que esta se me olvide con el llanto. Oídme, os suplico, lo que deciros pretendo.

Vos, que conducido me habéis a este castillo vuestro para hacer de mí todo aquello que vuestros deshonestos apetitos os instan y hacerse suelen con las ruines mujeres, conviene que sepáis que habéis emprendido una difícil hazaña, supuesto que no será posible logréis tan depravados deseos, porque habiendo yo dedicado a Dios mi honestidad, o [a]caso^{xvi} (que no doy posible) habiendo de hacer don della al que hobiere de ser mi legítimo esposo, primero sufriré mil muertes que permitiros a ningún atrevimiento que a tan justos intentos se oponga.

Y no os persuadáis que por hallarme en poder vuestro a viva fuerza llegaréis a conseguirlo, que no es verdad que los hombres prevalgan a esa fuerza, si una mujer constante se defiende, porque no faltando en mí la voluntad que tengo de morir en defensa de mi honor, estoy cierta que saldré con la victoria muriendo en esta batalla donde el vencedor es el vencido. Demás, que en estas ocasiones no desampara Dios a quien le llama.

La verdad es que en mí no persiste aquella gracia que en muchas sanctas vírgenes se vio, porque con la fe santa conservaron también la entereza de su ser y virginidad, y tanto más, que yo no combato por la fe; pero si el querer morir primero que hacer una ofensa a Dios es especie de martirio, ¿Por qué temeré no ser fortalecida en este trance como ellas lo fueron en su martirio?

Yo verdaderamente no temo no poder, de que es testimonio la confianza con que os hablo. Lo cual siendo por vos considerado, no como precipitado joven que con dificultad enfrena sus apetitos, pero como judicioso y maduro anciano, no pretenderéis de mí aquello que con justicia negaros puedo, pero os contentaréis de que como a mi muy amado padre os reverencie, sirva y ame, acordándoos de que así como un buen morir toda la pasada vida honra, así también una heroica acción en los últimos pasos de la vida tilda, cancela y borra todo lo que inormemente se obró en la mocedad.

Aquí dio fin la prudente Cintia a su piadoso razonamiento, cuando el anciano amante, cual el viejo Mauro a la vista de Medusa^{xvii}, quedó como una marmórea estatua, pero cobrado su estupor, procuró con caricias y promesas atraer a sus intentos a la castísima doncella. Mas ³⁶, cual combatida torre de contrarios vientos,

³⁵ Arrebatando]

³⁶ Add. Ella

ella³⁷ estuvo siempre constante sin que los contrastes de promesas ni amenazas la desmantelasen una sola piedra del fortificado edificio de su valor.

En esta porfiada batalla se les pasó la noche toda hasta que llegó la luz del nuevo día, cuando el miserable, vencido de su pasión misma, o por mejor decir, de la divina justicia, se quedó dormido, y a poco más de una hora despertó opreso de una cruel fiebre, y convocando a todos sus criados publicó la virtuosa constancia de Cintia, refiriéndoles todo lo que con ella le había pasado, no olvidándose de alguna de las prudentes razones de su ³⁸ virtuosa oración, confesando que su inopinada enfermedad era castigo justo de sus ruines pensamientos. La cual se adelantó tanto que le duró ³⁹ seis meses, siendo la fiebre tal vez continua y tal terciana, conduciéndole a tales términos que ya más le instigaba la memoria de la ⁴⁰ muerte que el violento amor. En el cual tiempo la piadosa Cintia jamás desamparó su cabecera, tratando ⁴¹ de su regalo con aquella puntualidad y aseo que si en la corte hubiera sido criada, exhortándole por puntos al reconocimiento de los desperdicios de su mocedad con que le hizo tan devoto, que dado del todo a Dios, de león le hizo cordero, de tirano, verdadero señor y de pecador, justo. De donde haciendo muchas limosnas a pobres, alzando a sus vasallos muchas gabelas^{xviii} y daciones que injusta y tiránicamente les tenía impuestas, publicando a Cintia por autora de su reformatión, al séptimo mes se desposó con ella, sobreviviendo después un año en el cual pudo tanto en⁴² él la divina gracia que siendo el mismo que en otro tiempo, que⁴³ por tiránicos modos pretendió gozar lo ilícito, ya dueño legítimo se abstuvo de lo lícito de conformidad de los dos, consagrando al cielo sus propios gustos. Y al cabo del año murió a esta para vivir en mejor vida, que así se pudo creer de la mudanza que hizo en la primera suya. Dejó a Cintia por su universal heredera en todo lo que era libre, que fue el castillo y su tierra, que es una grandiosa hacienda.

Muerto que fue después de las debidas obsequias a cuyo cumplimiento acudió Cintia con excelente disposición, grandeza y caridad, trató de llevar consigo a sus padres, a los cuales, ya que no en la vida de su esposo trajo, ⁴⁴ acudió a lo menos a sus aumentos y regalo con toda puntualidad y largueza, dándole para ello su esposo franca mano.

No en tan larga ausencia ni en tantos divertimientos Cintia se olvidó de su Silvio. Siempre tuvo en su corazón estas memorias, si bien recatadas, respectando a las presentes obligaciones, pero alimentábase mucho su amor con las nuevas que las secretas espías la daban de sus finezas. Y ya que se vio señora absoluta de sus acciones, quiso hacer personal experiencia en lo que de su amor podía esperar, y para hacerlo se determinó salir secretamente del castillo en hábito de serrano, y sabiendo la parte donde con sus ganados asistía se fue a buscarle con tan dichosa suerte, que en el sitio mesmo donde muchas veces los dos se hablaron le halló más de una ⁴⁵ hora después que el rubio Apolo estaba entretenido en los brazos de la etiopesa⁴⁶ esposa^{xix}.

³⁷ *Om.* ella

³⁸ *Add.* Compuesta y

³⁹ *Add.* Por espacio de

⁴⁰ *Add.* Triste

⁴¹ *Add.* Con mucho cuidado

⁴² Con]

⁴³ *Om.* que

⁴⁴ *Add.* Y

⁴⁵ *Add.* Larga

⁴⁶ Etiopisa]

Reconocíole a tiempo que templando su instrumento daba indicios de querer cantar alguna cosa, y deseando ella oírle y entender de sus conceptos si exprimían algo de lo que a buscar venía, suspendiendo sus pasos se detuvo atenta a escucharle, cubriéndose de la densidad de unos coposos lentiscos cuando él, disponiendo la voz, a quien previnieron algunos suspiros como indicios de penosas memorias, en sonoros acentos oyó que cantó así sus acordados conceptos:

Selvas, que testigos fuistes
de mis antiguas venturas,
por ser mías no seguras,
como entonces lo creísteis,
si cubristes
de esmeraldas
vuestras faldas,
alegrándoos con mi suerte,
ya os advierto de mi muerte,
para que, valles floridos,
de mi muerte condolidos
escuchéis la causa della:
oid, que para entendella
las peñas tendrán oídos.
Un tiempo me vi en el cielo
al lado de Cintia hermosa,
daba mi suerte dichosa
común invidia en el suelo.
Y recelo
que de gloria
tan notoria,
invidioso el mesmo Amor
marchitó mi gloria en flor
antes de lograr el fructo,
vistiendo de eterno lucto,
de tanta fe la esperanza,
que solo este fin se alcanza
de su poder absoluto.
A poder de dueño extraño,
transfirió todas mis glorias,
reservando sus memorias
en mi alma deste daño.
¡Mas qué engaño!
Que en rigor
se quedó Amor
en ella para matarme,
y sin tratar de acabarme
las memorias me dilata,
que es el rigor con que trata
a los suyos más cruel.
Porque el veneno u⁴⁷ cordel
de una vez ahoga y mata.

⁴⁷ O]

De Cintia me están contando
que ya de mí no se acuerda;
dicen que no es cosa cuerda
morir a quien mata amando.
Pero cuando
considero
que si muero
en tal fe me ha de salvar
esta firmeza en amar,
morir amando elegí,
porque quien lo entienda así
publicar al mundo pueda,
que hay amor que a⁴⁸ amor exceda,
y que yo el amante fui.
O me quiera Cintia o no
juré amarla. He de cumplirlo,
que más hace en permitirlo,
que hago en amarla yo.
Ya me amó,
bastante fue
esta fe
para que yo eternamente
tenga aquel amor presente.
Demás de que no es creíble
rigor tan incompatible
a la que es en nuestra edad
el templo de la piedad,
y al viento roca invencible.
Cesar su curso ordinario
podrá el Olimpo bizarro
y Apolo llevar su carro
en movimiento⁴⁹ contrario.
Tributario
será el mar
a su pesar,
enriqueciendo los ríos,
podrán resistir los bríos
de los vientos arrogantes,
las siringas^{xx} inconstantes,
pero imposible es mayor
no tener a Cintia amor,
Silvio el ejemplo de amantes.

Así cantó el enamorado Silvio ilustrando sus conceptos con las suaves quiebras de garganta, que cuando Cintia no estuviera tan presa de su amor, los conceptos tan en favor suyo y la armonía tan suave a su oído bastaran a rendirla, y así hallando tanta prueba de lo que buscaba, sin esperar más salió de su retiro y casi estuvo determinada, sin darse a mayores experiencias, ⁵⁰ declararse con él desde

⁴⁸ *Om. a*

⁴⁹ *Moviento]*

⁵⁰ *Add. A*

luego, y si no lo hizo fue por el recato que debía al hábito en que se hallaba, que aunque entre amantes toda fineza es gala, a quien estaba ya constituida en el estado que Cintia, cualquier extremo aunque amoroso pareciere⁵¹ vicio, y así, mirándolo mejor determinó sin darse a conocer hablarle, y para esto se acercó a él saludándole y llamándole por su nombre, a que él correspondió con más que serrano estilo, recibéndola amigablemente y pidiéndola se sentase si quería descansar y participar de lo que su bien proveído zurrón tenía. Ella se mostró agradecida. Ella⁵² lo aceptó cortésmente por hacerse con él más práctica, y habiendo comido de lo que le dio, con gallardo despejo le dijo:

— Cierto, Silvio amigo, que así presumo te llamas según inferir he podido de tus versos, y que eres el mismo que ha cerca de dos años deseo conocer, que eres dignamente celebrado por todas estas montañas con el nombre de verdadero amante. Yo tengo, digo, grande noticia de tus cosas y por eso deseaba conocerte, y agora fui tan dichoso que viniendo por estos montes de lejos oí tus acentos, y guiado por ellos llegué a tiempo que entender pude mucha parte de tu elegante canción, y no hay duda sino que si en las demás gracias que de ti se publican eres tan excelente como en el amor, en la poesía y música, que es dichosa Cintia en ser de ti amada, y debiera tenerse ella en el predicamento mismo, amándote también, pues del concepto de tus versos se arguye de cuán excelentes quilates es tu amor.

Pero si la fama no miente, ella ha procedido ingrata a tantas obligaciones. Y bien puedo yo atestiguar algo desto porque pasando por vuestro lugar el día de su robo, me hallé presente a su partida y vi el despejo con que se puso a caballo, con que dio bien a entender no ir forzada, antes indujo sospechas de estar de acuerdo con el robador. Entonces te vi también y conocí en tu arrobo tus sentimientos, pues te dejó de modo que aún a los que te hablaban procurando divertir tus penas no respondías.

No es justo acordarte cómo aquel caballero la llevó consigo, y que su resistencia fue tan valerosa que no solo venció sus incastos deseos, pero que con su prudencia le redujo a mejor vida, con que últimamente le obligó a que con ella se desposase, y lo que más es, le persuadió a vivir continente un año que vivieron juntos, y que muriendo al cabo d'él, la dejó por su heredera en el señorío de tan grande hacienda. Pero todo esto es muy bueno de decir y fácil de oír aunque muy difícil de creer. Perdona estas malicias, que no es amigo aquel que lisonjeando empeña a su amigo a mayores pricipi[c]ios^{xxi}. Si no, dime, ¿cómo es de creer que aquella que tan plácida se mostró⁵³ a su raptó, ignorase los fines a quien era conducida? Y si los conoció, ¿cómo se compadesce que habiéndose permitido a lo más, que son las publicidades, se negase a los secretos de quien si el cuerpo salió inmune (caso bien dudoso) la fama se salvase? Y dado que aquellas apariencias con la declaración del caballero se salvaran (crédito que no pasa de la cortesía) como tampoco creeremos la continencia de aquel año en hombre que de lo ilícito no se recataba, ¿cómo nos persuadirá se abstuvo de lo lícito? Y aunque esto ya para vos viene a importar poco, pues el día que os dejó tan despejadamente se fue con otro y, en fin, le hizo su dueño, exemptándose de todo punto de la jurisdicción de vuestro amor, antes desobligándole de sus memorias. Lo cual ha confirmado, según es la

⁵¹ Pareciera]

⁵² Y]

⁵³ Mostraba]

voz pública, que no solo no os ama^{xxii}, mas ⁵⁴ ya ignora vuestro nombre y si alguno se le acuerda hace d'él irrisión y donaire, subida ya en la cumbre de su soberanía con tal desvanecimiento que todas estas montañas, no digo sus habitantes sino sus excelsas cumbres, considera playas llanas. Bien creo ⁵⁵ nada desto ignoráis. Y siendo así, juzgo a mucho desacierto que améis a quien no os ama, porque aunque así sea que lo hermoso es objeto del amor, la ingratitud lo es del aborrecimiento y desengaño.

No permitió Silvio proceder más adelante al desconocido pastor. Antes tomándole la mano, dijo:

- Primero, oh gallardo serrano, que a tus objeciones responda, quiero que me digas quién eres, ya que de tus razones puedo colegir la amistad que te debo.
- Yo soy —dijo ella— de Belmirar, que como sabes de aquí dista⁵⁶ seis millas. Mi nombre es Cintio. Lo demás que me obliga a tu amistad de mis razones lo pudiste ya inferir.
- Pues ya que sé quién eres —replicó él— y las obligaciones en que te estoy, responderé ahora a lo por ti opuesto a mi necesario amor. Y aunque pudiera hacerte sospechoso en las ofensas de mi querida Cintia, el afecto con que me las has propuesto quiero perdonarte por la ocasión que me das a esforzarme a responder por ella. Y así escucha. Aunque yo conceda por verdadero cuanto me has dicho, con todo quiero amar a Cintia, obligándome a ello la certeza que tengo de que ya me amó. Demás de que ¿quién me hace cierto de que agora no me ama? ¿Quién cree que vivió concubina si no la vido cómplice tal vez en el delito? Aunque es grande argumento del hecho hallar al⁵⁷ homicida con la espada tinta en la sangre del difuncto no es evidencia cierta de haberle muerto, no habiendo visto dar el golpe ⁵⁸. Que Cintia estuviese encerrada con su robador en hábiles términos de ser por él gozada no se ha de seguir por eso que se siguió⁵⁹ también el gozo, pues como pudo ser cierto esto lo pudo ser también su victoria en el modo que el caballero la publicó, y de dos casos dudosos, al más piadoso debemos dar el crédito.

Y aun siendo ya casada, ¿quién se atreverá a afirmar que no fue continente? Pues no serían ellos los primeros casados que consagraron a Dios los gustos lícitos del tálamo conyugal. ¿Y quién sin experiencia cierta puede juzgar de su integridad? Y si, en fin, no me ama, qué milagro que yo naciese indigno de su gracia. Ella según su nombre es celestial, yo según el mío soy terreno, qué maravilla pues que la tierra no merezca al cielo. De suerte que mis cortos méritos no han de ser deslustre de los suyos soberanos, ni cabe queja donde no hay obligación rompida, ni yo puedo obligar^{xxiii} a Cintia que me ame por quien soy, y si ya me amó por quien es en aquello me confieso eterno deudor suyo. De mi naturaleza podré yo estar quejoso que no me dio mayor estado, si con alguno puede llegarse a tan alto merecimiento, y más lo puedo estar de mi atrevido pensamiento que a tan divino objeto me remontó. Y nadie con verdad puede decir que

⁵⁴ *Add.* Que

⁵⁵ *Add.* Que

⁵⁶ Está]

⁵⁷ *Om.* al

⁵⁸ *Add.* Primero

⁵⁹ Figuró]

mi amor no es recompensado, pues permitirse ella amar de mí es recompensa excesiva. Y no me desobliga de amarla el decir que ya desde la excelsitud de majestad en que se halla por el nuevo estado (a que no la fortuna sino sus propios méritos la levantaron) no se digna de amarme, por lo mesmo que dejo dicho^{xxiv} debo amarla, y aunque me está muy mal que ella no me ame por la incompatibilidad de estados, yo me conformo con tan miserable suerte a precio de que ella goce de tan merecidos aumentos. Ansí que cuando sea verdad quanto se dice en esta parte, quedan siempre constantes mis obligaciones de amarla. Y si se me dijera⁶⁰ que ella no permite que la ame y que ansí debo en fe de amarla abstenerme de amarla por no darla disgusto, satisfaré diciendo que cuando sea ansí procuraré amarla de suerte que ella no lo entienda, pero dejar de amarla no me será posible.

Nadie, según esto, me reprehenda, pues ya es en mí natural lo que en otros accidente; ni se me advierta que en tal suerte de amor no merezco, atento que amor me compele y yo me agrado en su violencia, antes deseo ser más compelido a más amarla. Ya veo que no me es lícito aquel amor primero ni puedo esperar d'él más gloria que amar, pues entonces amaba^{xxv} lo que entendía mío y hoy amo lo que entiendo ajeno. Agora triste, entonces vivía alegre, agora gozo infierno y entonces paraíso, ya me es el bosque asombro cuando me fue delicias, entonces grato amante y agora aborrecido. Pero con estos efectos he de morir siempre amando.

Con atención oyó Cintia las finezas de su amante, de que quedó tan pagada y enamorada que quiso darle el último y más dichoso desengaño, pero por pasar aun a mayores experiencias⁶¹ se abstuvo entonces, diciéndole:

- Dichosa puede llamarse Cintia, perdonen sus altiveces, de ser amada de un tan firme amante. Por cierto, yo quedo muy admirado de tu constancia y quisiera tener entrada con ella para advertirla cuán obligada vive a tu amor, pues cuando te cor[r]esponda y te llame a su consorcio (cosa que puede ser factible pues hoy se halla en libertad de su elección) aún no quedas pagado, siendo verda[d]^{xxvi} que llegando a mediros las calidades no te excede en más de la riqueza, en que puede la fortuna igualaros al menor tumbo de su inconstante rueda. Y aunque el mundo lo practica ansí, esta debiera ser la calidad en que menor aprehensión debiéramos hacer los hombres cuando las interiores virtudes de la esposa (en que se repara menos) debieran ser las inquiridas con riguroso escrutin[i]o. Pero dejando al mundo con sus locuras, ¿qué me darás, Silvio, si te digo dónde y cómo podrás ver y hablar a Cintia?
- ¡Es corto mi caudal —dijo Silvio— para apreciar tanta gloria! Averigua tú el que tengo, hazme tu esclavo. Sola el alma no te puedo dar porque la tiene Cintia, de lo demás eres ya dueño. Pero dime, Cintio amigo (que por este nombre te venero), si ya no ángel que vienes a darme este consuelo, ¿dónde o cómo me será posible tanta dicha?
- En su castillo mismo —dijo ella— la verás mañana, pues muerto ya su esposo es fácil diligencia. Todos los días sale a un deleitoso jardín que en el castillo tiene, a quien pasa por el común patio. Ve, digo, mañana a la primera hora. Ponte en partes⁶² que verte pueda, no te acobarden temores,

⁶⁰ Dijere]

⁶¹ Experiencias]

⁶² Parte]

pues el amor te anima. Llega a hablarla, que acaso lo que el tiempo consume suele también volver a reedificar.

- Que podré, por tan importante aliento —dijo él—^{xxvii}. Fíame aqueste bien para algún día, y porque conozca entonces a quién le debo, toma en señal este cayado que ya labró mi mano, niñerías que estimar se suelen entre los curiosos pastores destas selvas, por lo que han dado en decir tienen de primorosas. Doytele para conocer en ti lo que la oscura noche me niega. Esta será la firma de mi conocimiento, para que ya que no te pague aqueste aviso, sepa que te le debo.

Cintia tomó el cayado mostrando grande agradecimiento, y prometió buscarle y pagarle el cay[a]do^{xxviii} con cosa en que se confesase muy remunerado, con lo cual le dejó y se partió al punto, cuidadosa de volver a su castillo antes que se reconociese su ausencia.

Era el cayado labrado de un oloroso cedro en cuya maza estaba esculpido a relieve con primoroso artificio el robo de Cintia, donde se veía la humilde casa de sus padres entre unos coposos castaños y ella en el caballo puesta con gallardo despejo, que el original ostentó en su mayor pesar. Mirábanse sus padres con las manos al cielo levantadas representando una espantosa grima en sus acciones y rostros, tal que persuadían al oído sus lamentables voces. También estaba a un lado el mismo Silvio, apoyado el cobdo izquierdo en su cayado y la mejilla en la mano en tan profundo éxtasis, que en toda aquella fábrica él solo parecía el cedro. El anciano robador, sus criados, aves y animales de la caza estaba tan al vivo que la artificiosa escultura burlaba a la naturaleza en sus obras con notable emulación.

Pero volviendo a Silvio, que por instantes contaba los espacios de la prolija noche, y así luego que vio que las candidas palomas sacaban el carro de la madre del Amor por el oriente^{xxix}, se encaminó al castillo de Pie de Luco donde se prometió puerto seguro a sus esperanzas. Llegó a él cuando ya Apolo tiraba la primer línea en el Oriente, dorando los remates de los más altos riscos desas montañas, y no sin buena suerte, pues imitando a Apolo mismo (¿quién vio a Cintia alguna vez lucir en competencia de su hermano? pues entonces vio Silvio este prodigio) nuestra bella Cintia, digo, amaneció por el marco de una puerta que a una baja sala del castillo daba entrada. Mejoróse de puesto Silvio para mejor gozar sus bellas luces, y viola salir de campo con sombrero bizarro de plumas que al viento tremolando, ya verdes, ya pajizas, ya leonadas engañaban la vista en sus cambiantes capotillos de jabir^{xxx} [sic] de las colores de las plumas, de cuya tela era el vestido todo. La diestra mano apoyaba a fuer de muletilla en el cayado de Silvio, haciendo patente la primorosa historia porque no tuviese que dudar el ingenioso artifice. Salió acompañada de sus mujeres y criados representando grandeza. A todo quedó absorto el enamorado Silvio, no pesaroso, antes con interior gozo de ver al objeto de sus glorias en majestad tanta, sin divertirle destos gozos el conocer que aquesta frustraba a su humildad las esperanzas, que el verdadero amante, aunque en detrimento suyo, debe gozarse en los aumentos de lo amado. Contentábase entonces con acordarse que ya en un tiempo se vio dueño de aquella beldad misma. Reparaba en su cayado, admirando mucho verle en su poder. Sospechaba muchas cosas, pero no jamás hubiese sido Cintia el fingido Cintio, no prometiendo a su dicha tan dificultosos imposibles. Volvíale loco aqueste pensamiento. Sospechaba, cuando más a sus favores se persuadía, que Cintio fuese enviado por Cintia para que le advirtiese el modo como podría hablarla, pero desvanecíasele este pensamiento con otros que con razonables títulos se le oponían. Buscaba a

Cintio entre la familia, confundíase no hallándole, porque aunque por el rostro no pudiera conocerle, por la persona y traje se prometía su conocimiento.

Cintia, extendiendo la vista a la parte que él estaba, con un descuido cuidadoso, puniendo la blanca mano sobre los dos soles como quien recoge la vista para mejor usarla, le miró atenta y luego enderezándose a él, dijo:

— ¿Qué buscáis, serrano?

Y él entonces, despidiendo un íntimo suspiro, respondió:

— Busco, señora, un ganado perdido.

— ¿Perdido habéis ganado? —preguntó ella—, ¿y sospecháis dónde está?

— De esa ignorancia nació mi pérdida —respondió—. Solo he tenido nuevas ciertas que una ovejuela, a quien particular amor tenía, me la robó un lobo.

— ¿Y habéis sabido —añadió ella— si os la devoró?

— Algunos pastores me dicen que la han visto viva, pero tan mudada de mis antiguas señales que me persuaden su desconocimiento —dijo él—. La pérdida desta res sola por mí tan estimada es la que me aflige más que el resto de mi ganado.

— ¿Tanto —dijo ella— la amáis?

Y él:

— Es con exceso tanto que dudo de mi vida.

A lo cual ella:

— ¡Gran fineza de pastor! ¿Pero cómo venís a buscarla a esta casa?

— Porque tengo noticia —dijo— que está en ella.

— Pues buscadla —replicó—, que muchas veces halla quien busca. No sé dónde os he visto...

— Esos, señora mía —añadió él—, son efectos de las mudanzas del tiempo. Yo sé muy bien dónde me vistes.

— ¿Ah, sí^{xxx}? —dijo ella—pues decídmelo.

— Dígaoslo por mí —replicó él— ese cayado, apoyo de vuestra hermosa diestra.

Y ella:

— ¿Pues qué sentido reconocéis en este palo en quien podáis comprometer esa advertencia?

Y él:

— El que de su grabada historia se colige es bastante a informaros.

— ¿Pues en qué manera? —le repreguntó—.

Y él:

— Mirad bien ese pastor que sobre su cayado se reclina llorando suspenso el robo de su cordera.

Y ella, mirando el cayado atentamente:

— Ya le he visto —dijo—.

— ¿Pues no advertís —añadió él— si en su figura se retratan mis desdichas?

— Así que vos sois Silvio... —respondió como previniendo una muy remota memoria—. Ya, ya tengo de vos noticia, ¿fuistes el ingenioso artífice deste curioso cayado?

— Solo puedo decir —replicó él— que anoche estaba en mis manos y agora le admiro en las vuestras.

— ¿Cómo pudo ser —dijo ella— tan súbita mudanza?

Y él:

— Enigma es para mí dificultoso, pero basta ser mudanza para ser cierta en mi suerte, pues a fuerza de rigores destas se forjó mi perdición.

- De mudanzas os quejáis —añadió ella—.
- No es la menor la que advierto en vuestro olvido.
- ¿Pues de qué no me acuerdo? —preguntó ella—.
- De cuando fuistes piadosa —respondió él—.

Y ella:

- Según eso^{63, xxxii} ¿no lo soy agora?
- A lo menos —dijo él— parecéis cruel, mucho mudan los tiempos. Yo me acuerdo de una serrana hermosa, gloria de mi aldea, que publicaba grandes finezas en favor de un dichoso serrano en aquel tiempo. Tenía nombre de luna, paresciola mucho en sus mudanzas, pues alumbrada de otro nuevo sol se olvidó del antiguo, en tanto que aun tiniéndole delante no se preciaba de su luz. Y sé también de aquel serrano y su constancia muchas finezas que le debe su serrana. Y no es la menor el amar olvidado.
- En fin, Silvio, yo me acuerdo de vos, aunque teméis lo contrario. Pues decís perdistes vuestro ganado, yo quiero que guardéis desde hoy el mío. Quedaos en casa en tanto que cobráis vuestra perdida cordera. Servidme agora y no temáis mal logro de vuestros servicios.
- Los pies, señora, os beso —dijo él— por tan singular favor, y acepto obediente el cargo que me dais, que cuando más humilde me publicara por más dichoso, sabiendo que os dignáis de mis servicios.
- Pues servidme —dijo ella— y esperad.

Y volviéndole las espaldas se entró en el jardín ostentando una compuesta gravedad, dejando al enamorado Silvio revuelto en un intricado⁶⁴ labirinto de confusiones, sin saber determinar el fondo de los intentos de su Cintia.

En fin, se quedó en casa sirviendo algún tiempo el pastoril ministerio sin que en él pudiese sacar en limpio entre los altos y bajos de los favores y desprecios que Cintia le hacía, si gozaba en su pecho el dichoso nombre que mereció otro tiempo. Porque ya con la diestra mano le mostraba el favor y ya con la siniestra le amenazaba el desdén. Pero en ninguno de los que le mostraba experimentó la bella Cintia quiebra en el amor de Silvio, antes tal fineza de constancia, que vencida de su mismo amor se resolvió a hacerle verdadero dueño suyo y de las riquezas de su primero esposo, sacándole de las dudas que tan inquieto le tenían, y la que más él estimó fue cuando supo que ella misma fue el Cintio a quien presentó el cayado, en cuyo retorno le daba a sí misma como se lo había ofrecido.

Perseveremos pues, Acrisio, que a este intento he referido esta historia. Perseveremos, digo, también nosotros, no obstante^{xxxiii} los rigores y desdenes de nuestras serranas, ni por eso dejemos de amar, pues me persuado que en un pecho que no es de fiera, pueda mucho la perseverancia y conocimiento de su propia estimación. No siempre a un prefijo fin atienden los ánimos humanos, que ya se ha visto a muchos amar hoy lo que ayer aborrecieron. Haga particular estudio el amante en conocer que la persona que ama por naturaleza no sea inicua, ingrata, perjura o de lúbrico juicio, y en lo demás, aunque la experimente áspera y rigurosa y casi inexorable a sus deseos, no se pierda de ánimo ni desista de la empresa, porque finalmente a largo andar se humanará a la conocida perseverancia de su estimación, que es el objeto en que toda mujer libra sus intentos. Y lo mismo creo harán las nuestras de quien conocemos las heroicas partes de virtud, por lo cual debemos amar esperando que seremos presto por ellas aceptados. Que el amor no repara en calidades ni en él no valen señoríos de castillos, ni aun supremas

⁶³ Esto]

⁶⁴ Intrincado]

majestades, pues iguala el humilde cayado al real ceptro.

Esto dijo el sabio Macrino, con que alentó de suerte mis ahogos que dispuse no perderme de ánimo, antes perseverar en el prefijo amor puniéndome a la vista el perfecto ejemplar de Silvio, persuadiéndome que mi perseverancia no me saldría vana.

Más de un mes perseveré en esta firme esperanza, al fin del cual los continuados rigores de Olimpia me la desahuciaron con no moderada ocasión. Porque es de saber que un día, encontrándome con ella rostro a rostro, reconociéndose obligada a hablarme por ser forzoso el lance, en orden a evitarlo, antes de empeñarse en él no de otra manera me huyó el rostro que la vez primera que me vio culebra, y aún me persuado que más en esta que en la otra ocasión le parecí más fiero, pues su retiro fue con más asombro. Y no me admiro ya desta su acción, porque cuando culebra me miró con ojos corporales, que naturalmente aborrecen semejantes fieras, ma[s] ya hombre^{xxxiv} con los espirituales que detestan lo odioso, con más eficacia cuanto tiene mayor nobleza el agente. De modo se alteró mi ánimo con la desdeñosa acción de Olimpia, que olvidado de mí mismo propuse no verla más, no obstante a mi resolución las doctrinas de mi amigo Macrino.

Confirmome este intento otra acción no menos afectada, pues ni el tiempo, ocasión ni lugar pudieron ofrecerle excusa, antes hacerla cargo de una desazonada descortesía. El caso fue que en cierto día que festivo era, le fue necesario alejarse de su casa, y tornándose ya a ella la asaltó un tempestuoso aguacero que la obligó a retirarse a un populoso alcornoque, que desabrochado su tosco seno la dio capaz acogida y defensa a la abundante lluvia. En la ocasión mesma, descuidado yo de semejante encuentro, en orden al mismo escampo me encaminé al asilo del alcornoque mismo, por mí en semejantes ocasiones experimentado. Y siendo de mí impróvidamente vista, con voz trémula y turbada la saludé, cuando ella, como si la ferocidad de un cruel león la hubiera asaltado, posponiendo a su fuga el rigor del tiempo como corza seguida de ligeros lebreles, sin mirarme siquiera se fue volando.

Mis sentimientos no sabré expresar, quiero decir solo, que ya olvidado (solo con su vista) de todos los propósitos que hecho había de no la ver jamás, se me renovó en el alma el amortiguado fuego del amor, juzgando tan oportuna ocasión prevenida del cielo para rematar las cuentas de nuestros pesares. Pero fue este gozo como cuando en tenebrosa noche bosteza el cielo repentinos aunque perezosos relámpagos, cuyo esplendor confuso deja con su ausencia desconuelos mayores al tímido caminante. Ansí, cuando la vi partir con tal presteza, quedó mi alma añadiendo desconuelo a desconuelo, ⁶⁵ ver que no fueron válidas mis instantes⁶⁶ voces con que la pedía no se fuese, asegurándola yo la desocuparía el árbol para que retraída en él se escusase a los rigores del tiempo, porque ella en un instante, sin atender a mis razones, se desvaneció de mi vista. Entonces confirmando mis propósitos, vencido ya de tantos desengaños, me volví a mi casa luego que lo permitió el tiempo, resuelto de no seguir más sus pasos, antes buscar modo como mi vida no se rindiese a tan impertinentes pesares. Y no hallando alguno más a propósito de mis venganzas, determiné volverme a la gran Parténope, juzgando ⁶⁷ cosa muy corriente y factible mi aceptación en la voluntad de Silvia, persuadido de sus finezas, que estimaría verme reducido a su amor, a que se llegaba perfeccionar el contrato que con su padre dejé hecho mediante la

⁶⁵ Add. Por

⁶⁶ Instantáneas]

⁶⁷ Add. Por

permisión de mi madre, la cual ya toda con su muerte quedaba comprometida en mi voluntad. Y aunque era hacer de la necesidad virtud, considerando las ingratas⁶⁸ aversiones de Olimpia, juzgaba que ya no caminaba forzado a esta resolución sino llevado de una suave y necesaria vocación. Pero con todo esto (¡oh qué mal se arranca un árbol, cuando por largo tiempo ha dilatado sus raíces por la tierra! ¡Oh cuán mal un radicado amor, dilatado en el alma con muchos hábitos, se despide!) Con todo esto, digo, no quise ejecutar esta jornada sin que la entendiese Olimpia. No me atrevo a decir con certeza si en esta acción atendí más a picarla que a darla parte de mis intentos con pretexto de cortés obligación. Lo primero creo que sería, pero sea por lo que fuere, yo la escribí un papel con estas razones mismas:

Acrisio a la virtuosa Olimpia, y cruel amante, etcétera.

Podemos aprender, señora, en las enfermedades corporales de las curaciones que les hacen los peritos médicos cómo podemos curar las dolencias del ánimo. Estos, como se ve cada día, primero que vienen al rigor del hierro y fuego para curar la encancerada llaga usan de unciones, emplasto[s] y otras medicinas tales. Pero reconociendo que los suaves medicamentos antes afistolán que mundifican la herida, echan la mano al riguroso cauterio, oponiéndose con semejantes armas a lo malicioso de la enfermedad.

Imitando pues yo el estilo desta ciencia en mi peligrosa enfermedad, habiendo reconocido que los suaves remedios tanto me han dañado, me hallo necesitado de acudir al último, el cual ha de obrar o acabar mi vida o absentarme desta tierra. Privarme de la vida antes del día que Dios me tiene estatuido no me parece seguro, porque si bien en todas mis acciones me reconozco grande pecador, en esta no quiero serlo sabiendo que la desesperación es el más grave de los pecados, por cuanto es opuesto al divino atributo de misericordia. Por lo cual me conviene elegir el último remedio que consiste en mi partida. Iré a la parte donde rogado desprecié quedarme por no dejar a quien sin causa me ha dejado. Pero porque deseo perder primero infinitas veces la vida que faltar una a la generosidad de mi ánimo (que aún entre estas selvas tiene lugar honroso) me ha parecido necesario daros cuenta de mi determinación por experimentar siquiera vuestra piedad, y si tratáis de curar mi dolencia con suaves unciones para escusarme a los rigurosos medios. Esta unción no ha de ser otra, mas de que de tal manera no permitáis mi muerte, antes concederme haga como dice el proverbio griego “tornar al antiguo pesebre y provisión”, que ya no es justo, siendo cristiano, hacerme entrar en la ley de Beotia^{xxxv}. Lo cual permitiendo vos se comprobará: ⁶⁹ me permitís también licencia para que os hable. Y pues la aspereza del tiempo nos niega la acostumbrada fuente, conservadora de todos nuestros secretos, servíos de veniros esta noche a la casa de la portadora deste, donde iré solo. No más. Aquel que ya fue vuestro.

Con el tenor deste papel, cerrando su libro Acrisio dio a entender no quería proseguir en la lección de su historia, dándonos al cura y a mí lugar para discursar en tanto que tomaba aliento. Y por dar la materia yo, dije:

- Mucho me he alentado, padre nuestro, en mis desconfianzas, después que atiendo vuestros científicos discursos, a quien^{xxxvi} hallo esmaltados⁷⁰ de voces y locuciones extranjerías a nuestra lengua, en que más que en otra eligistes escribirlos, porque yo en mis escriptos he usado algo desto, de que

⁶⁸ Add. Y mal correspondidas

⁶⁹ Add. Si

⁷⁰ Esmaltado]

he sido reprehendido por sujetos a quien yo estimaba por los de la primer clase.

Y tomando la mano el cura, dijo:

— Como esos engaños obra la exterior apariencia. No todo lo que parece hemos de creer que es. Pero para que vuestro consuelo se aliente más, con licencia de nuestro padre hemos de discursar un poco en esta materia, puesto que en el discurso que hicistes estotro día sobre las comedias, si no me acuerdo mal, dijistes vos mucho a este propósito que me parecía bastante, pero acaso diremos algo de lo que no dijistes. Para lo cual digo, que todos aquellos que profesan algún arte, deben atender con advertencia el modo con que obran los más doctos, prácticos y ejercitados en tal arte, porque siguiendo sus huellas, quiero decir, su método, acertarán en sus operaciones y ministerios. El escriptor que siguiere a aquellos a quien la común opinión tiene por oráculos irá acertado en sus escritos. Veamos pues lo que hicieron aquellos para que por sus obras regulemos las nuestras. Y comencemos por los griegos y latinos, que fueron los padres de la elocuencia, y luego descenderemos a los vulgares de más nombre. Aquellos no se dedignaron de usurparse las voces, términos y frases, antes las usaron por decoro y adorno de sus escritos, pues vemos en los latinos introducidas muchas voces griegas y aún de otras naciones, y lo que más, inventaron muchas por sí mismos, y no solo las voces pero las figuras y modos de⁷¹ decir, trasladándolas y usurpándolas a los suyos de los ajenos escritos. Y porque no parezca solo pensamiento mío, conviene saber si hay con qué probarlo y darle apoyo. Aristóteles, así en la *Poética* como en la *Retórica*, dice que convenientemente y con decoro le es lícito al orador y escriptor introducir en sus obras voces extranjeras a su idioma propio, porque así dice que los escritos, mayormente poéticos, serán más floridos y agradables cuanto más se apartaren del ordinario y común lenguaje. Y da la razón, porque deleitan más las composiciones así ordenadas con el ejemplo y semejanza de los naturales y extranjeros. Cicerón, Demetrio, Quintiliano y Horacio, y, en suma, todos los que en esto hablan lo dicen. Y se puede colegir de algunos en todo y de algunos en parte. Y esto es en cuanto a la licencia de poder usar estos términos y voces, que a los que las ignoran suenan tan mal. Pero veamos si hay quien así lo haya usado.

¿No saben los que leen que todos los autores de nombre, así griegos como latinos, indiferentemente han usado desta elegante usurpación? Los latinos usaron de las griegas, y lo que más es, de las bárbaras. Los toscanos aún muchos años antes que naciesen el Dante y el Petrarca y el Bembo^{xxxvii}, no usaron esta misma usurpación, si bien con mayor excelencia estos, porque merecieron ser los oráculos de aquella nación, siguiéndoles de mano en mano los demás hasta nuestra edad. Y no basta para constante establecimiento de tan necesaria usurpación el haberla usado nuestro culto cordobés^{xxxviii}, con que dejó su nombre escrito en láminas de eterna celebridad. ¿Hay periodo o cláusula en sus obras que no sea esto mismo? ¿No es a quien hoy debe el castellano poema el lucimiento y decoro? Hablo en el poético lenguaje. ¿No nos le dejó enriquecido con tantas voces, términos y frases que casi quiere tenérselas con la madre de las lenguas?

⁷¹ Om. de

Pero especificando de los autores griegos, en Hesíodo^{72xxxix}, ¿no se hallan voces que no conoció Homero? ¿En Píndaro^{xl} muchas que Hesíodo⁷³ no alcanzó? ¿Calímaco^{xli} no inventó las que no pasaban en la edad de Píndaro? ¿Teócrito^{xlii} las que ignoró Calímaco? Pues no hemos de decir que estos excelentes hombres tuvieron mala elección, porque será absurdo intolerable. Empédocles^{xliii} a cada paso usa voces extranjeras a su lenguaje, y tales, que hasta su edad no las conoció su Grecia. Cicerón^{xliv}, Quintiliano^{xlv}, Servio^{xlvi}, Macrobio^{xlvii}, Aulo Gelio^{xlviii}, y en nuestros más cercanos tiempos, ¿el Mureto^{xlix} y otros no explicaron muchas voces que fueron introducidas de diversos escritores en diversos tiempos por usurpación, derivación, y invención, así poetas, como oradores? Como del mismo Cicerón, Asinio Polión^{74l}, Sergio Flavio, Mesala y Augusto⁷⁵, y primero de Pacuvio, Cecilio, Laercio, Plauto, Terencio^{li} y de otros muchos pudiera hacer un gran catálogo de las voces que por estos fueron introducidas, pero ni aquí nos importa gastar el tiempo en esto, ni vos estáis por verlas, ni los doctos necesitan de que se les repitan las cosas que saben.

Y si venimos a lo particular de una lengua, hagamos alto en la nuestra, pues della y en ella hablamos. Y desta, dejando tantos que precedieron al culto de nuestros tiempos, hallaremos que de tiempo en tiempo, desde que estaban válidos el «maguer», «ensoras», «cedo», y otras muchas voces de que nuestros abuelos usaron, se han ido introduciendo nuevas y externas voces que ellos no conocieron, con que han enriquecido la castellana lengua en⁷⁶ el decoro y lustre que la gozamos hoy. Lo cual nunca sucediera si hobiera de valer el voto de los no entendidos, que por no ser de su manjar ordinario, las reprueban y abominan, con lo cual de bárbara y inculta (merced a las naciones que la dominaron) ya la vemos calza[n]do el dorado coturno^{lii} con que puede apostárselas^{liii} con las madres griega y latina, adornada no solo con las voces que dellas usurpa sino con otras muchas que ellas no conocieron, debiéndose a sí mesma la invención que sus juicios⁷⁷ inventores prudentemente han considerado. Y no porque los ignorantes no las entiendan ni sepan poner en práctica han de carecer los doctos deste bien conferido a nuestra patria, ni el mal uso que de tan heroicas voces hacen los ignorantes ha de obstar, aunque se experimenten cada día semejantes absurdos, al de uno que perecía por usar de semejantes voces, de quien ignorando los significados, decía graciosos desatinos, tal como habiendo pronunciar «parangón» perescía por encajarle él en alguna ocasión, y así viniendo a visitarle un caballero, dijo a un criado que arrastrere⁷⁸ un parangón por decir una silla.

Y mi pensamiento no es que se haga, como dice el proverbio, el haz de toda yerba, mas sí la guirnalda de toda flor, no que⁷⁹ se coja de todo monte, como han hecho algunos, sino con discreción como hizo Góngora; y no tampoco de todas las que aquel prodigioso espíritu usó ni en todo lugar, porque para hacerlo es necesario mucho acuerdo y estudio, pues sabemos que hoy no

⁷² Hesrodo]

⁷³ Esrodo]

⁷⁴ Pohon]

⁷⁵ Agosto]

⁷⁶ Con]

⁷⁷ Judiciosos]

⁷⁸ Arrastrase]

⁷⁹ Om. que

están acabados de entender todos sus conceptos, como algunos han creído, pues sería locura si uno quisiese seguir los pasos de otro que pisa con gallardía para imitarle en ella, ir puniendo sus plantas en las huellas del otro, y será lo mismo querer seguir los pasos de tan excelente ingenio con usar su lenguaje y voces sin proporción ni elección alguna y prudente uso, como el amigo del parangón.

El imitar a uno que gallardo pasea consiste en proporcionar sus pasos y ademanes, no pisar sus huellas, que ni todos los hombres tenemos una igual corpulencia, ni los ingenios todos son equipolentes entre sí. Por lo cual, como dijo Horacio, hemos de medir las acciones a nuestro talento, tantear con esta medida los ajenos, cuadriculando los pequeños nuestros para mejor reducir a proporción la magnitud de aquellos que imitar pretendemos, con lo cual científicamente se vendrá al intento deseado.

Esto mostró bien el Bembo a los de su nación en sus prosas y nos lo mostró nuestro Quintiliano español en su *Elocuencia española*^{liv}, los cuales han enseñado el modo como esto se ha de hacer y refrenan la audacia de aquellos que licenciosamente se dejan llevar de su ignorante capricho. Quién dubda, que estas voces «sedar», «sublimar», «asilo», «purpurizar», «apropincuar», «candor», «corimbo», «acerbidad», «undosa», «tortuosa», «famélico», «abstraído», «coadyuvar», «salubre», «pudor», «voraz», «inficionar», «reintegrar», «anhelar», «lustrar», «excluir⁸⁰», «eternizar», «infecto», «inculto», «sumergido». Pero adónde voy, pues si miramos los modernos escritos y les sacamos estas voces y otras infinitas, a estas semejantes dejaremos el papel en blanco, pues todas estas sacadas son de la latina lengua y ya son familiares nuestras naturalizadas por el uso y se las debemos a los curioso[s]^{lv} escritores que nos las trasladaron a⁸¹ nuestra lengua con tanta diversidad de significados, facilitándonos las conversaciones. Y no quiero ponerme a citar⁸² autores que hoy viven, que sus elegantes escritos hablan por ellos, en quien hallamos usadas estas translaciones con tanto ornato y decoro que hacen perder de vista a la antigüedad, maestra nuestra. Repárese, pues ya pasó a mejor vida, en los del Fénix de España, Lope de Vega Carpio, misteriosamente así cognominado por la fertilidad de su⁸³ prodigioso ingenio y diversidad de flores con que esmaltó y eternizó su nombre, que en él se experimentará bien, como en una resumpta, todo lo que hablaron los antiguos, elegante y sentencioso, y lo mucho que él añadió a lo dicho, con que enriqueció nuestra castellana lengua dejándonosla en la fertilidad que la gozamos.

- Con lo que habéis dicho, señor doctor —dije yo—, debemos temer mucho al vulgo, que quiere también tener su parte en el modo de hablar, y aún presunción de dar a ello preceptos, fundado⁸⁴ acaso (si no por natural propio) en lo que dice Eurípides cuando se reconoce que del común modo del hablar había él hecho la cosecha de sus escritos. O de Alcibíades en Platón^{lvi}, que decía que su buen lenguaje le había aprendido del vulgo. O de Sócrates, que le aprueba por buen maestro en esta facultad, pues dijo

⁸⁰ Extinguir]

⁸¹ En]

⁸² Add. Otros muchos y muy doctos

⁸³ Add. Heroico y

⁸⁴ Fundando]

que para ⁸⁵ formar un perfecto orador era necesario ponerle a la escuela del vulgo. O de Dionisio Halicarnaseo^{lviii}, que alaba ⁸⁶ a Lisias^{lviii} como óptima regla del hablar ateniense, añadiendo no del antiguo que hablaba Platón y Tucídides^{lix} sino del que corría en su edad. Y Favorino^{lx}, acerca de Gelio^{lxi}, reprehendiendo ⁸⁷ un introductor de voces nuevas, ⁸⁸ dijo ⁸⁹: «Vive a lo antiguo y habla a lo moderno». Estas sentencias me obligaron a reparar en algunas de las voces de que nuestro padre usa en sus discursos. Pero vuestras razones han alentado ⁹⁰ mi cobardía, y⁹¹ aun me dan atrevimiento de⁹² usarlas, cuando se me ofrezca ocasión, si ⁹³ de la elección mía puedo prometerme algún acierto.

Y el cura dijo:

- Bien sabe nuestro padre, aunque no se ha dignado de terciar esta conversación, que las doctrinas que he traído son constantes. Y no disintiendo de vuestros autores traídos, digo, que ya está tan introducido el buen lenguaje en España, que no en la corte, pero en la más zafia serranía dan ya su voto en esta parte, y ansí cuando los que vinieren al mundo aprendan del común hablar que hoy se practica, serán doctos. Por lo cual, ya se extraña más un escrito desnudo de buen lenguaje que no el que abunda de voces extrañas, y aún lo que es más, no entendidas por los mismos que las leen, que estos milagros hace la novedad.
- No entiendo yo —dijo el padre— que he hecho falta a la defensa de mi partido, donde estáis, señor doctor, vos habéis hecho bien mis partes, de forma que nuestro amigo queda satisfecho y no receloso de usar de aquestas voces cuando las necesite, como las ha usado ya en sus escritos que hoy tenemos y tiene para darnos.
- Señores —dije yo— usádoslos he y he sido reprehendido de algún docto a cuya censura quedé cobarde, y me alegrara mucho que el tal os escuchara y oyera el parecer vuestro, con quien me ajusto.

Ansí dimos fin a esta sesión, aguardando la última para el siguiente día, que lo era también el de nuestro hospicio.

⁸⁵ *Add.* Hacer y

⁸⁶ *Add.* Mucho

⁸⁷ *Add.* A

⁸⁸ *Add.* Le

⁸⁹ *Add.* Desta manera

⁹⁰ *Add.* Tanto

⁹¹ Que]

⁹² Para]

⁹³ *Add.* Es que

ⁱ La aparición de un hermano de Acrisio al final de la obra supone un despiste por parte de Matías de los Reyes, quien incurre en contradicciones con la información que confiere en el discurso segundo, donde Acrisio, en relación con su padre, confiesa: «y aunque el serle único pudiera divertirme de apartarme de sí (pasión que ha obrado mucho daño en muchos hijos de nobles) se resolvió (no obstante la instancia que para lo contrario hizo mi madre) a enviarme a Rávena, ciudad veinte millas distante de mi casa, dirigido a un amigo suyo...» (ca.1637: f. 63r). v. 3.3.5.

ⁱⁱ Esta pseudo-etimología procede de *Della metamorfosi cioè trasformazione del virtuoso*, referencia que Matías de los Reyes ubica en un pasaje diverso con respecto a su fuente literaria. En la obra italiana, el pastor Macrino explica del siguiente modo el origen del nombre de su amada, “Olimpia”: «O quanto benedico coloro, che tal nome li posero, da che se ben si considera quel nome, egli debbe essere interpretato GIA FV PIA; percioche io mi ricorda hauere vdito da alcuni letterati, che questa voce OLIM, è latina, e nella nostra volgar lingua vuol dire gia, ouero per il passato, la voce PIA, che seguita poi, così nella latina, come nella volgare è d’vn’istesso significato, accompagnando adunque l’vna con l’altra, chi non vede come s’è detto, che denota, e fa questo senso GIA FV PIA. Onde dalla ricordanza della pietà già vsatami, sia ch’io l’ami, sperando che anco vn giorno ritornerà a tale pietà, quello a me interuenendo, che interuenne a vn’altro pastore secondo che veddi, essendo io molto giouanetto, e voglio che tu permetta, ch’io tel dica» (Selva, 1591: 290).

ⁱⁱⁱ «Todo» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{iv} Subsanado en el impreso.

^v «dragma» en el texto. *Dracma*: «Cierta peso, o medida que contiene tres escrúpulos, y está reputada por la octava parte de una onza» (Autoridades)

^{vi} «Paraver» en el manuscrito. Resulta un rasgo habitual de la escritura de Matías de los Reyes la unión gráfica de palabras amalgamadas por sinalefas, enlace que supone la omisión de ciertas grafías.

^{vii} *De continuo* [«continvar»]: «Siempre» (Covarrubias).

^{viii} Praxíteles fue uno de los más destacados escultores griegos de la etapa dorada de la cultura helena (IV a.C.). Entre sus obras destaca la *Afrodita Knidia*, estimada por los antiguos como la más bella.

^{ix} «Siento» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^x Arcadia era una región de la antigua Grecia. A partir de su inclusión en las *Bucólicas* de Virgilio, pasó a convertirse en el lugar de referencia de la literatura pastoril, donde los pastores vivían en armonía con la naturaleza cantando sus cuitas de amor.

^{xi} Este lago se ubica en la parte central de la península italiana, concretamente, forma parte de las regiones del Lazio y la Umbría.

^{xii} Resulta muy confusa la lectura del manuscrito. Podría corresponderse tanto con «dejándole» como con «dejándolo» (f. 248r, lin.33).

^{xiii} «Ando» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xiv} Este episodio aparece en el *Libro de Judith* (13:1), que forma parte de los libros bíblicos históricos. Judith, viuda judía, ante la intención de Holofernes –general asirio– de asolar su población por órdenes de Nabudocosonor, consigue cortarle la cabeza mientras el general duerme embriagado tras un copioso banquete en el que ambos habían estado presentes.

^{xv} «Sentimientos» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.

^{xvi} Subsanado en el impreso.

^{xvii} Es probable que Matías de los Reyes tomase esta referencia de la composición número CXCVII del *Canzonere* de Petrarca:

[...]L'aura celeste che 'n quel verde lauro
spira, ov'Amor ferí nel fianco Apollo,
et a me pose un dolce giogo al collo,
tal che mia libertà tardi restauro,
pò quello in me che nel gran vecchio mauro
Medusa quando in selce transformollo; [...]

Medusa, monstruo ctónico, convertía en piedra a quien la mirase a los ojos. Perseo consiguió decapitarla mientras dormía.

^{xviii} «Gabellas» en el manuscrito.

^{xix} Según Ateneo de Náucratis, Helio, dios del sol (que sería identificado más tarde con Apolo), recorría una trayectoria diaria desde las Hespérides (ubicadas en el Norte de África) hasta Etiopía, donde pasaba las horas sin luz. Es probable que el momento señalado en el fragmen se trate, entonces, del anochecer.

^{xx} *Siringa*: «Comúnmente dicha ‘geringa’, es vn instrumento de metal que recoge assi por no dar vacío, el agua, u otro qualquier licor» (Covarrubias).

^{xxi} Subsanado en el impreso («precipicios»).

^{xxii} «amas» en el manuscrito. Subsanado en el impreso. Es probable que se trate de una errata propiciada por la siguiente palabra, «mas».

-
- xxiii «Puede obliga» en el texto del manuscrito. Subsanado en el impreso.
- xxiv Ininteligible en el manuscrito.
- xxv «Amala» en el manuscrito. Subsanado en el impreso.
- xxvi Subsanado en el impreso.
- xxvii «Que podré, dijo por tan importante aliento, dijo él» en el texto manuscrito. Subsanado en el impreso.
- xxviii Subsanado en el impreso.
- xxix Se trata del carro de Venus, tirado por palomas, el animal predilecto de la diosa.
- xxx «cambiantes. capotillos de jabir» en ambos testimonios.
- xxxi «Ansí» en el manuscrito. «Assí» en el impreso.
- xxxii Trazo dudoso en el manuscrito
- xxxiii «obstantes» en ambos testimonios.
- xxxiv «maya hombre» en el manuscrito (f.256v). Subsanado en el impreso.
- xxxv «Ley beocia, en que se significa cuando una cosa tiene buen principio y mal fin, como le tuvo la tal ley Beocia» (Reyes, *ca.* 1637: f. 267).
- xxxvi Errata en el manuscrito: «a quien a quien».
- xxxvii Autores emblemáticos de las letras italianas, ubicados entre los últimos estertores del Medievo –Dante- y el auge del humanismo.
- xxxviii Luis de Góngora.
- xxxix Poeta griego del siglo VIII a.C. que cultivó el género didáctico. Fue autor de la *Teogonía*, tratado mitológico, y *Los trabajos y los días*, que versa sobre agricultura.
- xl Poeta lírico heleno del siglo VI a.C.
- xli Poeta griego que vivió entre los siglos IV-III a.C.
- xlii Poeta griego, coetáneo de Calímaco, creador del género pastoril.
- xliiii Poeta y filósofo griego del siglo V a.C.
- xliv Destacó como orador, político y escritor latino –entre otras actividades culturales—. Vivió entre los siglos II-I a.C.
- xlv Retórico romano (s. I).
- xlvi Maurus Servius Honoratus, gramático latino del siglo IV conocido por sus comentarios a la obra de Virgilio.
- xlvii Escritor romano (s. IV) de obras como *Saturnalia*.
- xlviii Escritor latino del siglo II, autor de la obra miscelánea *Noches áticas*.
- xlix Marc-Antoine Muret (s. XVI) fue un filólogo francés. Buena parte de su producción consiste en comentarios a autores de la Antigüedad Clásica (Cicerón, Aristóteles, Catulo...).
- ¹ Polifacético autor latino del s. I a.C. La caligrafía del manuscrito puede interpretarse también como la lectura del impreso.
- ^{li} Todos estos autores romanos de diversas épocas aparecen nombrados por Quintiliano (s. I) en sus *Instituciones Oratorias*, libro VIII, capítulo III, epígrafe tercero: “Las palabras unas son propias, a las que da valor la antigüedad, o nuevas, y aquí se trata del modo de inventarlas o trasladarlas, de las que se trata en otro lugar” (v. Quintiliano, 1916: 42 y ss.)
- ^{lii} *Calzar el coturno* [‘coturno’]: «Usar de estilo alto y sublime especialmente en la poesía» (Academia, 1780).
- ^{liiii} *Apostárselas*: «Phrase expressiva y exagerativa de algun realce, prenda, y ventaja que se considera en alguno» (Autoridades).
- ^{liv} La *Elocuencia española* es obra –tal y como Matías de los Reyes precisa al margen– del humanista Bartolomé Jiménez Patón y forma parte, junto con los tratados *Retorica Sacra*, *Retorica romana e Instituciones de la Gramática Española*, de *Mercurius Trimegistus, siue De triplici eloquentia sacra, española, romana...* (Baeza, Pedro de la Cuesta, 1621). Consiste en el tratado de retórica más importante del seiscientos español (Rincón González, 2013).
- ^{lv} Subsanado en el impreso.
- ^{lvi} *Alcibiades* es un diálogo entre Alcibiades y Sócrates atribuido a Platón.
- ^{lvii} Erudito heleno del s. I a.C.
- ^{lviii} Orador ático (s. V-IV a.C.).
- ^{lix} Historiador griego (s. V a.C.).
- ^{lx} Favorino de Arlés fue un filósofo nacido en la Galia en el año 80, perteneciente a la segunda sofística y de cuya ingente producción solo se conserva *Sobre el destierro*. (v. Alsina, 2000: 1047).
- ^{lxi} V. nota XLVIII sobre Gelio.

DISCURSO TRECE. EN EL CUAL DA ACRISIO FIN A SU HISTORIA

Repartió de forma Acrisio la lección de su entretenida historia que siendo este el último día de nuestro prescripto hospedaje, lo fue también este el de sus discursos, y vino todo tan a plana renglón que en este mismo punto que nos juntamos a oír como los demás días, llegó el pariente que había de sustituir la ausencia de mi amigo el cura, con que se nos logró su compañía hasta Guadalupe, y así juntos todos en el jardín, comenzó Acrisio desta manera:

Cerrado el papel que dejé escrito en el discurso pasado para Olimpia, le entregué a la persona que en él decía nos daría su casa para nuestras vistas¹, que era la prima suya que nos halló en su güerto, cuando, si os acordáis, yo estaba dándole la satisfacción de la inocencia mía en los engaños de Ismenia, que ya participante de nuestros amores era quien nos los terciaba, participando también de mis disgustos y condenando los injustos rigores de Olimpia, supuesto que jamás ella la descubrió los intentos que en ellos llevaba, como después lo declaró.

Entreguele, digo, el papel para que se le pusiese en sus manos quedando deseoso (¿quién lo creará de mis propuestas resoluciones?) que llegase la noche para ver a mi enemiga, porque luego supe había dado palabra a su prima de hacer lo que la pedía por mi papel.

Esta llegó, como suelen los más deseados o temidos plazos, y así luego que con oscuro asombro cubrió la sublunar esfera la madre de las tinieblas, me fui a aquella casa. Allí estuve esperando en conversación de su discreta prima grande parte de la noche, repasando las crueldades de Olimpia, las cuales prudentemente patrocinaba ella en orden a modificar mis penas, que es consuelo tal vez del agraviado el entender dio él la ocasión a sus agravios, mayormente si el agraviante es por él de veras amado. Reparé en que la prima tal vez se divertía de mi conversación, dejándome solo y entrando en otra cámara que cerca de nosotros estaba, y volviéndose luego a mí, volvía a repetir una y muchas veces esta inquietud, cuya causa no pude averiguar hasta después.

En suma, allí estuvimos en esta forma esperando a que viniera Olimpia hasta más de media noche, con que yo me desesperaba y aún me confirmaba en los propósitos de mi viaje a Nápoles. Pero pudiéraseme decir justamente entonces que por qué no iba yo a buscarla a ella a su casa, siendo más lícito al hombre el buscar a la mujer, que no a ella el ir a buscar al hombre, mayormente a una doncella de las calidades de Olimpia y tan sospechosas horas. A esto satisfago con que las llanezas de semejantes aldeas permite lo que en las grandes ciudades se juzgaran peligrosos excesos, demás que ella me invió a decir con su prima la atendiese sin salir de aquella casa.

Tan inquieto me tenía su tardanza que todas las veces que su prima me dejaba solo con la ocasión que dije, acudía yo a la ventana a ver si venía, juzgando con el palpitante corazón todo pequeño ruido que fuese ella. Pero vencido de tantas diligencias y esperanzas ya vanas en mi concepto, sobresaltado de temores y pensamientos vagos, viendo su mucha tardanza como el que desespera de conseguir sus deseos, entregándome de todo punto al dolor, una vez que me dejó, como otras, solo su prima, exclamando en voz, dije así:

— ¡Oh infelice Acrisio! ¿Qué tienes ya que esperar, cuando tantos desengaños te avisan de la crueldad desta rigurosa mujer? ¿Este fin ha tenido tu firme y verdadero amor? ¿Tal premio han merecido tus fatigas y desesperada

¹ Vidas]

peregrinación? Oh suerte mía más cruel que las de los demás hombres, ¿por qué culpas merezco este castigo? ¿Qué gravedad tienen mis errores? ¿Acaso no he amado yo con aquella pureza de ánimo que se requiere en un verdadero amante? ¿Por ventura he dado acogida en mi corazón a otra dama fuera della? ¿Acaso no he huido siempre todo aquello que no podía serle grato? ¡Oh iniquidad de los humanos pechos! Por ella olvidé a mis parientes, desprecié las riquezas y repudié a quien cordialmente me amaba. Los honores sin ella me enfadan, huigo [sic] las persuaciones amorosas de mi madre, ordenadas a mis aumentos, y lo que más es, a mí mismo no me amo, antes me obligué a las desdichas que por siete meses he padescido con tan graves infortunios, ¿y por tales afectos soy recompensado con desprecios y rigurosas sinrazones?

Estas, engañosa serrana, ¡oh si me oyera agora!, son las debidas gracias que me ofrece tu voluntad en consuelo de los trabajos y peligros que por ti he padescido. Por ti, sin duda, y no por otra causa, por estos siete meses he vivido vestido de fiera forma, no más afable que de una escuálida sierpe. Pluviera al cielo yo no hubiera sido restituido a mi antigua forma, antes cuando perdí la humana, perdiera también la vida. ¡Oh felicísimo día en que por ella fui herido, si en él por sus heridas rindiera el alma! ¿Por qué no fueron tan eficaces que ejecutaran esto? Oh dichoso yo, ¡cómo por tan dichosa muerte escusara agora tan penosa vida! ¿Por qué deseé cuando me vi entre las rapantes uñas de la real ave preso salir dellas con vida? ¿No me estuviera mejor ser pasto de sus polluelos, que de los rigores desta fiera y inconstante? ¿Y quién ignora que es mejor suerte no haber conocido jamás el bien que gozarle una vez y verse d'él privado? Vila, ya mi deseo tuvo efecto por medio suyo gozo de mi propio ser, pero esto qué me importa si ya en la forma más perfecta me huye, y cuando en la fiera gozaba de sus brazos, ¿entonces me agasajaba, ahora me despide? Allí se me mostró amante tierna, ¿y aquí rigurosa enemiga? ¿Acaso me redujo con su sangre a tan perfecta forma para con más perfección satisfacer sus rigores? ¿Mostrome entonces tan piadosas caricias, para que agora conociese sus desprecios en tanto extremo, que no solo de una palabra, pero de una simple vista no quiere hacerme digno? ¡Ay de mí! ¿Y por qué? ¿Por qué la he ofendido? ¿Pero en qué, en una que apenas llegó a ser complacencia? ¿Cómo pudo persuadirse que por estimar a la aborrecida Silvia me detuve en su casa? Pero cuando fuera cierta en mí tal complacencia como ella la imagina, yo no quiero negarla su proposición, si la tuve deber amarme, ¡no fue tan grave pecado! ¿Propiné en esto contra el amor suyo? ¿Es esto haberla despreciado? ¿Esto fue dejarla por otra? ¿Por esto mi pecado es indigno de venia? ¿Por esto ella ha de permanecer inexorable? ¿Por esto no se ha de permitir ver de mí, no ser rogada ni responder a mis papeles? ¿No aceptar mis recaudos ni mostrar una pequeña señal de aquel antiguo amor de quien tanto blasonaba? ¡Oh corazón obstinado! ¿Es posible que siquiera la memoria de las antiguas ternezas de ambos no tenga fuerza a moverte a piedad? ¡Ay de mí, que la causa de no humanarte es que así como yo de fiera soy ya hombre, tú de tierna doncella eres ya fiera intractable! Pero es mi daño que no lo eres espantable, como lo fui yo, antes de agradable vista, con que huyendo arrastras a ti toda cosa. ¡Hasta cuándo triste yo! Huyéndome, he de seguirte, como dijo aquel poeta:

«Siguiendo de una fiera que me ofende
la voz, pasos y huellas,
hasta que cierre mis cansados ojos»¹.

Él tuvo mucha razón de decirlo así, pues en tanto que ella vivió, la halló siempre cruel a sus ruegos, y después de muerta se le apareció piadosa. Pero esta, nacida

entre las tigres, ¿cuándo se me mostrará tal? Ah no lo permita Dios, que yo más la busque ni más me mate por ella, pues ya de mí no cuida. Apelo para el consejo de aquel poeta que dice: «Si tu dama te aborrece, déjala y busca otra». Pero así yo la hubiera admitido como la había ya hallado. ¡Oh qué necio soy, el oro desprecio por el plomo y aún este se me niega! Ahora, pues, yo quiero ser más sabio, y recibiendo esta repulsa en penitencia de mis culpas, buscar hasta hallar la que desprecié con desdén tanto, volverme a aquella a quien ingrato desprecié, pues estoy cierto no seré della despreciado como lo soy de aquesta.

Así dicho comencé a bajar la escalera aun sin despedirme de su prima, que no había vuelto a salir de aquella cámara donde tantas veces entraba y salía. Llevaba firme propósito de partirme al punto a la gran Parténope. Ya tenía puesta la mano a la puerta de la calle para abrirla, cuando la bellísima Olimpia (que todo mi razonamiento oído había desde aquella cámara que tanto la prima visitaba, en orden a solicitarla suspendiese sus rigurosas dilaciones, porque es de saber que primero que yo había llegado, quiriendo experimentar mi ánimo hasta el último lance) saliendo pues, entonces, y puesta al cabo de la escalera, dijo con una donairosa ironía:

— ¿Adónde, adónde, novel amante, tan apriesa que no guardas a que llegue el alba para con su luz poder mejor hallar oro tan finísimo?

¡Oh tierra, cómo no te abriste entonces, para que abscondido en tus ocultos senos, no oyera tal palabra ni pudiera parecer ante el dueño de su voz. ¡Oh cómo por todo el cuerpo se me derramó un tan mortificante frío que helándome la sangre en las vivientes venas me constituyó una inmóvil estatua de marmórea peña!

— No, no te pese —prosiguió ella— volver a subir la descendida escalera. Alienta tus pies turbados, sube donde conozcas que esta ingrata, inconstante y desabrida no lo es tanto como la difamas. ¿Por qué te apresuras tanto a la jornada? Sube, sube, que luego podrás proseguir tus gustosos² intentos, sube, experimenta primero la calidad deste tosco plomo. Por tu vida que te detengas a examinar esta nueva transformación desta mujer mudada en fiera.

Yo os certifico, señores, que con tantas flechas como tenían sílabas sus irónicas razones me traspasaba el alma, pues cuanto más me animaba a subir la escalera, tanto menos (cresciendo mi debilidad) podía. Pero en fin, aunque con fatiga mucha, tanto me alenté que subí. Y no pudiendo tenerme en pie, apoyé la espalda a la pared, no de otra manera que suele estarlo el que atiende oyendo la sentencia difinitiva de su muerte, condigna a la gravedad de sus delitos, con la cabeza baja y la vista en la tierra. Ansí esperaba aquello que decirme quisiese, la cual después de una pequeña suspensión, como que pensaba lo que decir quería, así comenzó luego:

— ¡Acrisio fue ya mío! ¿No es poco bien este para que yo crea que en algún tiempo fui dichosa? Bien es verdad que la memoria de haberlo sido y no serlo ya es crecido dolor y miseria suma. Pero yo no me acordaré, pues siendo vilísimo plomo, el oro tosco me habrá quitado la memoria. ¡Cuánto y más que lo que por tal se reputa jamás sería estimado!

¡Oh cómo le está bien a la señora Silvia el ser oro finísimo, pues no como yo, triste, podía ser olvidada, y lo que más debe estimarse en ella, que aquello que agora es conservará para siempre, mayormente tiniendo una sierpe de guarda como el otro dragón el vellocino de oroⁱⁱ. Y bien por tal razón es de creer le hobiera mudado en piedra para gozarle eterno, mejor que el otro Acrisioⁱⁱⁱ, ya que

² Justos]

no constante en la virtud sino a la guarda de tanto oro! Porque esto no se compadesce con una mujer ingrata, pérfida y desconocida, sino con una virtuosa y valerosa dama, que d'él jamás se verá enfadada, como yo le he parecido, supuesto que por tiempo tanto hablarle no he querido, ni responder a sus papeles, ni admitido sus recaudos, no estimando sus recomendaciones, antes huido d'él como de enemigo, restituyéndole a su préstina y antigua forma para su mayor desdicha. Llenando destas quejas no solamente los oídos de los más remotos a su amistad pero los vientos vagos, comunicando a las soledades para que los ecos de sus penas le ayuden a llorar sus penas.

La nueva diva, inmune de semejantes vicios, le será tan correspondiente y grata que con los presentes cariños le olvidará de las pasadas penas. Mucha razón tuvo de pasar de un paso la escalera para anticipar camino que promete fines tan gloriosos, y mayor de parecerle cada grado inaccesible para restituirse a la vista de quien ya le es^{iv} tan odiosa. ¿Quién duda que fuera desacuerdo dejar el oro cierto por el dudoso plomo? Olimpia, ¿en qué le culpas? ¡Sabio procede en dejar escabrosas montañas por apacibles Parténopes! Déjale, no le detengas, que no es justo obligarle a que siga hasta la muerte las pisadas de una fiera, y menos siendo cierto que primero despreciará mil vidas que su generosidad. Ha querido que entiendas su determinación, por medio, si no breve, bien compuesto papel, cuyo principio es este: «A la virtuosa Olimpia y cruel amante». ¡Principio cierto en sí mismo repugnante! Válgame Dios, siendo virtuosa, ¿cómo soy cruel? Porque si soy cruel, ¿en qué consiste mi virtud, siendo este vicio tan opuesto a ella? Si ya no quiera entender que el mucho dulce pueda hacer grato el veneno al gusto. Quiere valerse allí por metáfora de la comparación hecha entre las enfermedades del cuerpo y del ánimo (aunque con violencia) porque para una y otra usa primero de remedios piadosos, y después amenaza con los ásperos. Y concluye que le será forzoso venir a estos para convalescer de su rigurosa enfermedad, no le saliendo los primeros favorables, cuyos medios son o darse la muerte o ausentarse desta tierra. Ser de sí mismo homicida no le parece a propósito, porque es tan considerado en esta parte que juzga tal ejecución por pecado grave, indigno de hombre tan bien morigerado^v. Luego no habiendo de matarse, el ausentarse es forzoso. Pero en esto tan bien advertido, me lo quiso primero notificar por ver si yo me determinaría darle la confortativa unción antes de venir al hierro y fuego, la cual unción da a entender no es otra cosa sino que yo no permita verlo así morir, antes según el proverbio griego le reduzga al antiguo pesebre y provisión ordinaria, pues él no está sometido a la ley de Beocia³. ¡Oh qué de mentiras, Santo Dios, en tan pocas palabras! ¡Oh qué de desconveniencias en tan breve papel! ¡Oh qué de afectaciones en una sola demanda! ¡Oh cómo se ve, que todavía^{vi} conserva las engañosas astucias que le comunicó el serpentino ser! ¡Oh cómo evidentemente muestra que no está ya su ánimo vestido de aquel antiguo y perfecto amor! ¡Oh cómo lo que siempre temí le ha sucedido! Véase como buscando el oro, ya que este no halló, encontró con sus efectos perniciosos y detestables. ¿No es así? ¿Cómo podrán convenir en uno el amor virtuoso y el de la insaciable avaricia? Ya todo hasta la dama se le antoja oro, como otro famélico Midas^{vii} de quien está muy a pique de experimentar los efectos, faltándole en su abundancia lo mesmo que desea. Es pesado el oro, y corre al centro, y la virtud pura y neta de toda ambición terrena se sube al cielo. Se deleita en la soledad esta, y aquel no se halla fuera del estrepitoso bullicio de la ciudad. Aquella se desdeña

³ Beotia]

de vivir en la tierra y el oro no puede della desasirse. Y bien (aunque esto nadie lo haya advertido) le fue dada la forma de aquel animal que menos que los demás se levanta de la tierra, si ya del medio arriba no está alado. De aquella, pues, tomando semejanza (de la serpiente digo) ha infectado y contaminado la pureza de Amor, la verdad a las palabras y la constancia al bien obrar. Lo cual siendo así, ¿qué maravilla que en amar sea defectuoso, en el hablar mendaz y en el sufrir impaciente?

El verdadero amor de tres calidades es doctado: de pureza limpia de toda mancha, que por eso le pintan niño hermoso^{viii}; de lealtad desnudo de todo doblez, y por eso desnudo; de fortaleza, porque triunfa de todos los mortales, y aún del mismo Dios, que de ninguna otra cosa puede ser vencido y por esto con las doradas saetas y el arco le vemos siempre armado.

Ansí, habiendo nuestro novel amante vuelto las espaldas a tan perfecto amor, por seguir otro carece de todas heroicas calidades, como se colige bien de todo el contexto deste papel y se apercibe de sus palabras. Y aunque estas se pueden negar, no quiero censurarlas, pero el papel que de todos puede ser leído, ya dejo dicho con cuán poca consideración le dio principio por su incompatibilidad. Pero vengamos al fin, especialmente a la comparación. Aquí dice le conviene tomar los últimos medios, pues de nada le han aprovechado los primeros. Dime, por mi vida, ¿experimentaste ya los suaves por tí propuestos? Si me dices que no, ¿cómo intempestivamente ocurres a los rigurosos? Esto no lo hacen los peritos médicos de quien tú tomas la comparación. Si me respondes que sí, ¿cómo prosiguiendo más abajo dices que me escribes para ver si yo con alguna unción quiero hacer de modo que no te obligue a valerte del fuego y hierro? Si allí me pides remedios suaves, que pues no te aprovechan habiéndolos experimentado, ¿Quer[r]ás⁴ echar mano del cauterio^{ix}? ¿No reparas en cuán breves^x palabras cuántas contradicciones se encierran?

Prosigues diciendo no quieres privarte de la vida, porque semejante acción es grave pecado, y por excusarte d'él, quieres volverte allí donde fuiste convidado. Dime, ansí se cumpla tu deseo, ¿por qué te partes de aquí, caso que yo me resuelva en no verte más? Dirás que por no matarte, que es grave pecado. Bien está el ir adonde fuiste convidado, ¿es pecado o no? Acuérdomme que escusando tu tardanza me pintaste aquella casa un retracto del infierno por estar llena de vanidad y avaricia y de lascivi[a]^{xi} y lo que más es, de prestigiosos encantos. Si es pecado comunicar viciosos, cuando es inexcusable el imitarlos, ¿qué excusa es la tuya en decir te vas^{a5} allí por no cometer aquí un grave pecado? Pero tú debes de querer decir que por ser mayor el estar aquí, donde te obligas a comunicarme, quieres irte acullá, porque de dos daños el menor se ha de elegir. Pues siendo ansí, ¿qué necesidad hay que tú te vayas a un lugar nefando y pésimo por huir un grande mal, no le puedes evitar por otros medios más honestos? ¿Tú no echas de ver que deseas mentir y no hallas el modo de saber mentir? ¿Por qué defiendes la mentira con otra mentira? Acuérdate del precepto de los oradores, que dice que el mentiroso debe ser muy memorioso. Pero vengamos a tu proverbio griego. Permitid que yo vuelva al pesebre antiguo, etcétera. Muéstrame agora quién fue el autor deste proverbio, porque no me ocurre haberle oído⁶ en esa sentencia, sino simplemente el antiguo pesebre, significando el concepto de aquellos que desean volver al prístino estado. No sé pues de qué cartapacio sacaste la adición de

⁴ Quieres]

⁵ Om. a

⁶ Haber leído]

provisión o pienso que es ofensa de la invención el violentarla con adiciones insulsas y no pertinentes. Dejo de mostrarte cuán desproporcionada es allí aquella voz «pienso» (que esto entendiste por provisión) porque cuando de tu capricho hubieras querido alterar el recibido proverbio, había de ser con otra más digna voz y no con la que los muleros dan a sus bestias. ¿Faltábate acaso esta voz «mesa»?

Pero está bien que con el segundo proverbio adornaste el primero. Tú quisiste darnos a entender lo mucho que en la corte habías aprovechado tu erudición. Has hecho muy bien de no volverte a casa sin algo bueno, como lo es aquel tu excelente modo de decir en el otro proverbio, en que con tu acostumbrada ignorancia dices así: «que ya no es conveniente siendo cristiano que entres en la ley de Beocia». ¡Oh con cuánta afectación te alejas de la llaneza del bien decir! «Entrar» se dice en una selva, en un jardín o en una sala o cosa tal. Pero entrar en las leyes, siendo la verdadera frasis decir: «vivir conforme a la ley». Yo a lo menos no entiendo otro lenguaje que el común, el cual no dice entrar a la ley de Beocia, sino absolutamente ley Beocia, en que se significa cuando una cosa tiene buen principio y mal fin, como le tuvo la tal ley Beocia. Mira qué bien entendida me hace la razón.

Demás desto, con la acostumbrada candidez de tu elegante estilo⁷, pidiéndome que venga a hablarte, prosigues así: «Porque la aspereza del tiempo nos niega la acostumbrada fuente, conservadora de todos nuestros secretos». ¡Oh cómo se ve que escribes más acaso que a razón! ¿La fuente dices es conservadora de todos nuestros secretos? ¡Oh triste de mí, si todos mis secretos puse en cosa tan lábil como el agua de una fuente, donde pueden ser vistos, no solo de nuestros naturales pero de todos los más remotos que la bebieren, hasta encerrarse al mar! Verdaderamente, que la gran Parténope debe de producir conceptos, pues de tantos y tan excelentes hiciste tanta cargación [sic]. Nombre de receptáculo solemos dar al retrete retirado a los secretos nuestros. Así lo sintió nuestro poeta^{xii}, donde dijo:

*A le grave tempeste mie diurne*⁸

Y más abajo

Ne pur il mio segreto, è il mio riposo.

Fugo, etcétera.

En el cual verso muestra que por el secreto entiende el retrete. Esto es, por el lugar donde pone sus secretos, como por el reposo parece entiende la cama, de quien habla en el segundo cuarteto.

¿A quién puede disonar que un lugar cerrado guarde nuestros secretos y no una campaña, donde el viento (no digo las palabras) pero ni aún las peñas deja en sus lugares?

¿Mas cómo tan apriesa me voy al fin deste discreto papel, digno de más sabia coméntación^{xiii} que la mía? Primero debiera yo mostrar cuánto a sí mismo se contraría, porque la conclusión de aquellas palabras donde pidiéndome la unción, dices que esta será aquella, que no permitiéndote morir, permitiere que me hables. Verdaderamente, que como los hombres judiciosos hacen, debieras volver a leer lo que escribiste para emendar los errores que advirtieses, aunque los de la pluma, que acaso con más acuerdo te retractaras de algunos de sus⁹ periodos. ¿Tú no sabes que el escribir y el hablar no militan una corrección mesma? Pues si las palabras pronunciadas con la lengua, sin deliberación, tienen excusa en duración

⁷ Estudio]

⁸ De urne]

⁹ Om. de sus

momentánea, ¿no se les debe a las que la pluma forma, en fe de quedar expuestas a más meditadas y espaciosas censuras, supuesto que el escribir es un hablar considerado? Lo cual arguye no solo defecto de sabiduría en el escritor sino de juicio.

Dichoso fuiste en que yo no haya tenido más tiempo para considerar tu escrito con más aseveración, que a tenerle estoy cierta hubiera hallado en él más errores que palabras, o por mejor decir, letras.

Podrás decir en defensa tuya que el amor que te ha volado el juicio te guió la pluma, y que aunque lo pretendieras no pudieras decirlo mejor. Pero dime, ¿cuál amor, el virtuoso o el lascivo? No creo yo lo haría el virtuoso, porque la virtud no produce efectos tan viciosos, antes al más ignorante instruye y hace docto. Si el lascivo, estimaré mucho saber de dónde se introdujo en tu virtuoso pecho (que tanto aborrece el pecar) este vicioso amor. ¿Es por causa mía o por la de aquella diosa, en comparación mía oro finísimo, siendo yo tosco plomo? Por causa mía no lo concederé, porque el primero amor con que me amaste tanto tiempo no admitió jamás la compañía del lascivo (que así lo capitulamos entonces) pues él por sí solo es sufficientísimo a obrar todos aquellos efectos que se pueden desear en un corazón que verdaderamente ama.

Si fue por esta nueva diosa, tú tienes razón de estar fuera de juicio, pues sabemos que no ha mil años que por ella te viste ajeno de tu humano ser o forma. Por lo cual no quiero maravillarme de tus defectos, antes tener mucha compasión de ti, porque la pérdida del juicio y de los sentidos es muy mal recompensada con todo el oro del mundo. Pero aunque yo quiera compadecerme de ti, no permito que sea en tanto extremo que me abstenga de advertirte tus errores, y aún te los reprehenda. Y en esto no iré contra el amor que te he tenido, antes es una firmísima comprobación d'él, porque no todo el que castiga es enemigo, como ni amigo el que perdona, pues es mejor amar con severidad que engañar con blandura.

Pero prosigamos diciendo de aquella unción que me pides, cuya interpretación, haciendo tú mismo, dices que yo no permita verte morir. Escucha agora, paisano de Beocia, que si bien tú no quieres entrar en su ley, por lo menos te has hecho morador suyo, mostrando haber bebido de su fuente, con cuya agua dicen se pierde la memoria. Si tú por no morir de aquí te partes, ¿por qué me pides que yo no permita verte morir? No tienes que temer tal cosa, no, no te veré morir si no está en más la resolución de tu viaje de que yo no lo vea. ¿Pero qué puedo decir desta afectación, de aquellos tus desazonados¹⁰ proverbios, de aquellas tus comparaciones lánguidas, de aquel principio sin conveniencia y de aquel fin sin fin de arte, aducido en comprobación? Poniendo con tanta frialdad, «aquel que ya fue vuestro». ¿Quién es aquel que ya fue mío? ¿Eres tú u¹¹ otro? Yo no quiero conceder que lo fue otro, porque fuera de ti, en el modo que yo te he amado, a otro no amé jamás, ni tampoco estoy de parecer de amarle. Si eres tú, ¿qué quiere decir «aquel que ya»? ¿Que tanto tiempo ha que fue esto? ¿Acaso ha mil años? Fue en el tiempo que tus generosos abuelos cortando por el pie el naranjo que después brotó tan ilustres pimpollos, ofreciéndoles el gallardo blasón de las sagradas letras usurpado.

¿*PRAECISVM RVRSVM VIRESCIT*^{xiv}? ¿Cuánto tiempo ha que sucedió esto? ¿No se podrá saber? Si no eres mío, serás sin dubda desta nueva dama de oro. ¿No es así? Sí, pues robándoteme te transforma en fiera. Yo no me maravillo, que en tal

¹⁰ Desacordados]

¹¹ O]

forma te haya usurpado si para sí te hubiera mantenido en humana forma.

A Pat[r]oelo (como cuenta Homero), en tanto que fue tenido por Aquiles, cuyas armas se había puesto, ninguno se atrevió a tocarle, pero luego que fue conocido no ser Aquiles, fue muerto por los que primero le respetaron. En tanto que fuiste mío, Acrisio, ninguna se atrevió a tiranizarte a mi amor, acuérdate que Ismenia lo intentó y no pudo conseguirlo. Pero luego que te diste a ser hombre vulgar hasta las viles hembras te consiguen y hacen de ti a su modo hasta convertirte en fiera, como Circe a los compañeros viciosos de Ulises.

¡Oh cómo dice bien quien escribe que no son más venenosos los basiliscos, que con la vista matan que lo son las malas mujeres que con sus perversas costumbres quitan la vida corporal y espiritual!

Fue el casto Hipólito^{xv}, por los consejos de una perversa vieja y por el deshonesto amor de una lasciva madrastra, muerto, y tú semejantemente como una copia de aquella memorable historia has quedado por su memoria y ejemplo.

Pero prosigo diciendo que me fuiste usurpado. Dime pues, ¿y por cuántos modos llorando te pedí no me dejases ni abandonases estas alegres selvas por habitar las confusas cortes y populosas ciudades? Porque ¿cuáles creías entonces que fuesen aquellos llantos míos, aquellas lágrimas y aquellos íntimos suspiros por mi particular bien? ¿Por la complacencia^{xvi} de un fugaz apetito? ¿Por algún deleite que yo solicitase a mis sentidos? No lo creas, por ningún caso, porque si crees que por comodidades mías yo te amaba, creerás también y con razón que mi amor era mercenario y como tal imperfecto y indigno de estimación.

Verdaderamente que yo no por otra cosa lloraba sino por ver este llanto que tú ahora haces, cuando ya no te aprovecha más que si te rieses. Entonces vi el mal que te amenazaba. Primero sentí el golpe que el trueno y que la bala ejecutase el golpe, aún no era estirada la cuerda al arco cuando la flecha atravesó mi corazón, porque el mal de que no tenía experiencia le supe por doctrina.

¡Oh si le hubiera agradado a mi fortuna, que no te hubieras ido! ¡Oh que yo sin ti no hubiera quedado! Pero este fue nuestro común daño, que tú sin mí partiste y yo quedé sin ti. Ya veo cumplida la profecía mía. Esto es, yo perderé mi quietud y tu madre no gozará su tesoro, pues no solo no le goza pero te perdió con él y tú a mí con todo. ¡Oh si pluviera el cielo (perdona este rigor de mi afecto) que ella saliera desta vida primero que tú destas montañas! Pues yo tuviera agora a mi Acrisio y él no padesciera la pena de su ambición. Oro ciertamente para el tolosano, como dice el proverbio, como ocasión de tantos males.

Mas el que no se confiesa enfermo, dirá ¿qué males? Pues mostrémoselos^{xvii} y concluyamos tan dilatado razonamiento, que la razón es siempre verbosa y indefectible.

No puedes negar que no vuelves tal como partistes, antes has de confesar vienes infecto y lacerado y nada sano, y para que así lo conozcas, quise hacer como los buenos médicos (por valerme de tu concepto), esto es, oprimir con la mano sin piedad alguna la afistolada herida, para que llegándote a la parte donde está la infección, no lo pudiendo sufrir avises con un grito que es allí, confesando que en aquella parte está la apostema donde está el dolor, ¿parécete que con astucia he descubierto dónde te duele?

Por algunos días te he mostrado mal rostro, apretándote algo, mostrándome abstraída y disgustada de tu amor, a fuer de mis desdenes, diligencias con que he llegado a dar con la apostema, por lo cual como un espíritu en pena has andado por esos montes quejándote de mis ingratitudes, contándolo^{xviii} no solo a los hombres, pero también a las peñas, ya llamándome inicua, ya ingrata, ya vilísimo

plomo, no perdonando atributo que constituirme pudiese en nombre y crédito de una mujer vil y indigna de ser amada. Y todo esto porque la carne está enferma y tu amor se voló en humo.

No veo en ti aquella magnanimidad, aquel corazón invicto, aquel entendimiento constante y paciente. ¿No sabes que la fortaleza de quien las demás virtudes son parte, es como el niervo^{xix} y sustentáculo del amor? ¿Cuántas veces te he dado penas y disgustos, mostrando no cuidar de ti, mostrándotelo con acciones propias y otras veces avisándotelo por terceros? pero no por estas cosas de mí formaste queja ni menos por ella me querías dejar. ¿Esto de qué procede? No de otra cosa sino de la fragilidad de tu amor, porque así como no teniendo apostema el brazo, aunque más le opriman, no se siente tanto como cuando habiendo algún daño, aún de la camisa se ofende; así, estando tu virtud sana, aunque todo un año duraran mis diligencias, no por eso dejaras de amarme. Conoce pues, conoce, digo, de cuánta altura a cuánta bajeza te has precipitado, pues como ya te dije, en el hablar te has hecho mendaz, en el sufrir impaciente, en el amar lascivo y en las demás acciones poco virtuoso.

¡Oh miserable de mí!, ¿quién me persuadiera que tan santo y virtuoso amor había de tener tan contrario fin? ¿Esto merecía mi belleza, siendo tal como tú publicabas celebrándola? ¿Este es el pago que de ti rescibo por haberte hecho don libre de mi alma? ¿Esta la estimación de aquella virtud que tanto exagerabas, ya haciéndome Venus^{xx}, ya Palas^{xxi} cuanto al saber, y ya Juno^{xxii} cuanto a la gravedad?

Mira si sale cierto lo que tantas veces te dije, acuérdate dello. «El amor te engaña, no soy como me imaginas». ¿Ves agora como todas estas excelencias y atributos las conviertes en bajo plomo? Ya me dejas por otra. ¿Y por cuál? ¡Oh amor, dilo tú! Por una que no tiene más de bueno que aquello que acaso y fortuitamente le concedió la naturaleza, porque de lo que es virtud no se hable. Pues según lo que tú me dijiste siendo ella un receptáculo de¹² todo vicio, no quedó lugar en ella para la virtud, y con todo esto, según tu enfermo juicio, yo soy para con ella lo que el tosco plomo con el oro.

Ya veo, según esto, que no fue maravilla si Paris en el monte Ida, a la sabiduría de Palas y a la majestad de Juno antepuso la hermosura de Venus^{xxiii}. ¿Pero qué se le siguió de su lúbrico juicio sino la suversión de Troya y de toda la Asia?

Ansí dijo, y aún quería pasar adelante (que la pasión es incesable en explicarse) si yo con tierno llanto no interrumpiera su dilatada oración, por lo cual suspendiéndose un tanto por dejarme desfogar el corazón, también ella, no se pudiendo contener de la amorosa piedad, comenzó a acompañar mi llanto.

Lo cual por mí visto, cobrando alguna seguridad en su amor, enjugando el rostro así la dije:

— No puedo negar, virtuosa señora mía, que mi jornada no haya sido causa de todos los daños de que con tanta particularidad os habéis acordado, por lo cual me conviene tener la frente vergonzosa y los ojos llenos de lágrimas como veis. Pero por otra parte, paresciéndome ser cierto que cuanto he pecado, no de malicia sino de ignorancia y fragilidad ha procedido, me parecía también me había quedado ancho camino para venir a vuestra presencia a pedir os perdón de mis flaquezas y poco saber. Lo cual no me habiendo sucedido así solo ha servido de fomento al fuego en que me veis arder. Por lo cual, como aquel que vueltas las espaldas a la luz, entrando en una gruta él mesmo se la quita, así yo, que dejándoos he andado siempre huyendo de la luz caminando hacia las tinieblas de la ignorancia, he

¹² A]

venido a tal que méritamente tengo agora ocasión de llorar y sospirar, de que ya no me conduelo, supuesto que lo merezco por haberos ofendido en las cosas de que me hacéis cargo. De donde cuanto menos causa tenéis para perdonarme por mí, tanto más la tenéis por ser quien sois, quedando vos inocente cuanto yo culpado, lo cual siendo un sumo adorno y realce de vuestras heroicas virtudes, por lo que os toca quiero suplicaros, piadosa señora, me queráis perdonar, no mirando a mis ¹³ palabras ni a mis ¹⁴ obras según su gravedad, mas según la grandeza del mucho amor que os tengo. Y porque creéis que yo no os di los indignos atributos a quien sois de plomo, desconocida, cruel, ingrata y ¹⁵ los demás, porque entienda que en vos concurren, es necesario ¹⁶ los ¹⁷ atribuyáis a la locura de un despreciado amante. Acordaos que no hay en el mundo mayor impaciencia que la de amor, lo cual no os probaré con más ejemplo que con vos misma. ¿No advertís que elocuente y difusa os ha hecho esta pasión? Decidme, ¿cuál ha sido la impaciencia vuestra, si queréis confesar verdad? y cuando no lo confeséis de vuestras razones se infiere. ¿No os parece que me habéis dicho poco, supuesto que me habéis dicho tanto? ¿Y esto por qué? ¿Acaso porque no me amáis? No lo entiendo así, porque en nada se conoce más el amor que entre las escaramuzas de las quejas de los amantes enojados, porque allí brillan más sus armas y se ejercitan más sus ardores. Y si se me dijere que vuestra ira (si ya no impaciencia) ha sido justa por ser la mía injusta, donde me vale poco el propuesto ejemplo, válgame a lo menos esto que habéis mostrado por de fuera lo que dentro no tenéis, porque ya he conocido que quiriendo herirme tratáis de sanarme. Crease pues lo que dije que el veneno que vertían vuestras palabras no redundaba del ánimo infecto. Y así queda por verdad constante, que del mucho amor hecho yo impaciente, aquello he hecho y dicho que hacer ni decir quería ni menos ejecutara.

Séneca

Ella entonces, enjugando los bellísimos ojos, dijo:

- Siendo verdadera, oh Acrisio, la sentencia del trágico, esto es: «¿Depuso el vencedor el rigor habiendo depuesto las armas el vencido?» ¿Cómo podré, quedando vencida de tu humildad, dejar de rendir las del rigor y reconciliarme contigo? Y esto, no tanto porque entienda que tus lágrimas por tanto tiempo vertidas sean bastantes recompensas a tus culpas, cuanto porque espero no volverás a caer en semejantes errores, así por el escarmiento que deste peligro se te puede haber seguido como porque no tendrás causa por haberse acabado la que le dio principio (tu madre digo). Vivamos pues, Acrisio, con la antigua seguridad que ofrece un virtuoso amor.

Y diciendo esto se vino a mí y con una fraternal benevolencia me dio un honesto abrazo.

¡Oh abrazos honestos, premios suficientes a mis insuperables fatigas, cuán gratos me fuistes! Y como así como de un penoso infierno a un delicioso paraíso me trasladastes.

Así tuvo sin mi largo penar, habiéndome durado poco menos de un año, porque al principio de abril fue cuando comenzó mi madre a persuadirme al viaje hasta fin de marzo, que tuvo el fin que acabo de decir.

Pero ¡ay de mí! cuán ligeros y de poca consideración puedo juzgar todos los

¹³ *Add.* Desacordadas

¹⁴ *Add.* Malintencionadas

¹⁵ *Add.* todos

¹⁶ *Add.* que

¹⁷ lo]

pasados infortunios si los mido con solo uno que me aguarda, de quien tendréis después noticia para cuya tolerancia desde luego prevengo vuestra piedad.

¡Oh vida humana! ¿Es posible que no seas otra cosa que una continua batalla? Y aunque con tantas zozobras y sobresaltos vivimos, nunca querríamos morir. ¡Qué sería si viviésemos con las comodidades¹⁸ que mejor sazonasen nuestros continuos¹⁹ apetitos! Ciertamente seríamos como el santo viejo que allá en el²⁰ monte quiso fabricar los tres tabernáculos. Pero al cabo no supo lo que se pretendía, pues en el desierto desta vida no puede haber permanente gloria. En suma, pues, este falaz mundo no sabe dar un contento sin mil pesares. Juzgo ser opuesto a un sano²¹ juicio el no admitir gustosamente la muerte, procurando en todo cuanto sea²² posible no andar prorrogando a largos plazos el último día, en quien está librado el²³ fin de todos los males que en²⁴ la vida al hombre asaltan. ¡Oh insipiente²⁵ nuestra!, ¿es posible que ya con la continua experiencia no hayamos averiguado que si en este mundo hay algo agradable, es solo para cebarnos hasta que de aquel tanto mal quedemos presos, que el pequeño placer no nos permite ver? Oh qué bien escribiendo a un su amigo dijo el poeta toscano:

*Questa vita mortal, e quasi un prato,
che'l serpente trai fiori, e'l herba giace
e'se alcuna sua vista a'gli ochi piace,
e'per lasciar piu l'animo in vescato^{xxiv}.*

Yo, pues, conociendo (en parte ya que no en todo) cuán pocos son los placeres y cuán muchos los pesares desta vida, no solo no deseo vivir siempre, ma[s]^{xxv} anhelo por morir. Porque, ¿qué otra cosa es la muerte si no término de las miserias y fin de oscura prisión? Pues cuando viví con más comodidades, lloré más miserias. Entonces, aunque me instaban estos pensamientos, acordándome de lo que por mí había pasado, juzgaba que cuando me asaltasen mayores, como no faltase la gracia de mi Olimpia, lo dulce de sus caricias suavizaría las mayores penas. Pero engañeme, que en medio de tantas glorias estaba el áspid que impensadamente me asaltó privándome no menos que del objeto dellas. Y pues así sucedió, ¿por qué me puede ser enojosa la muerte? Pero sirva mi suerte de ejemplo a aquellos que desean vivir eternos.

Digamos con brevedad el origen de mis desdichas, no nos estemos revolcando en ellas haciéndolas más penosas y dilatadas.

Digo, pues, que siendo ya recuperado en mi antigua forma y lo que más estimé, a la gracia de mi Olimpia, llegó el primero día de mayo en que se celebraba a la serenísima señora, que siendo madre del mismo Dios lo es también nuestra en aquel templo que a los exordios de mi historia dije se había visto en representación mía Ismenia con Olimpia, que es el que está en la aldea de Belflorida. En este día, para mí el más infausto, concurrió a la festividad, como en todos los años lo acostumbra, toda aquella comarca, a que yo ni Olimpia²⁶ faltamos, quizá más en orden de vernos juntos que por acompañar (como ello debiera ser) la fiesta, y si esta flaqueza se originó de los idólatras pensamientos míos, que solo en amor

¹⁸ Comodidas]

¹⁹ Add. Y dilatados

²⁰ Add. Retirado

²¹ Add. Y maduro

²² Fuere]

²³ Add. último

²⁴ Add. El discurso de

²⁵ Insapiente]

²⁶ Add. No

reconocían entonces deidad, justo fue mi castigo y justo es siempre en aquellos que con actos indecentes profanan las devociones sagradas, haciéndolas pretexto de las comodidades de sus vicios y pasatiempos, sin mirar que aquello está dedicado al culto de un solo verdadero Dios y de sus santos en él.

Al templo vino Olimpia. De su virtud presumo traería más gobernados los intentos, que si bien en nuestro amor jamás se introdujo indecencia, en tanto que el conyugal yugo no honesta, semejantes conversaciones siempre son peligrosas. Al templo digo que vino, donde en cumplimiento de nuestro acuerdo ya yo la aguardaba, y habiendo hecho su oración devota, luego que me vio se salió al campo. Verdad es que ya nuestras bodas estaban muy próximas con gusto común de sus parientes, y por esta causa no se hacían sospechosas a la común mormuración nuestras vistas, y así nos fuimos juntos a hacer, como se dice, nuestro rancho^{xxvi} (como otros muchos por aquel campo hacían los suyos) debajo de un coposo castaño apartado algo de la demás gente, donde discurrimos un largo rato de todos nuestros sucesos, no con ánimo de reiterar nuestras quejas sino antes de²⁷ desahogarle de las que las causas dellas le habían causado, como sucede a los naufragados que después de pasada la tormentosa borrasca se alegran de referir los peligrosos lances en que se vieron.

En tan dulce conversación estábamos entretenidos (ay de mí y qué presto este gozo se mudó en doloroso llanto) cuando de una de las ramas altas del populoso castaño se descolgó una ponzoñosa araña de las que aquella tierra cría por uno de los sutiles hilos que de su misma substancia hilaba, y llegando al cándido pecho de mi amada Olimpia (qué dolor) le comunicó su mortífero veneno. Lo cual ejecutado así la cruel émula de Palas^{xxvii} con tal presteza por el hilo mismo se restituyó a su tela, que ni advertí en su golpe, ni en su apresurada diligencia. Solo reparé en un lamentable «ay» que pronunció mi Olimpia, a que se le siguió puniéndose en el herido candor la diestra mano una turbación tan grande que tembló su hermoso cuerpo como si del metal inquieto estuviera ocupado, y mirándose el pecho vio en él un cárdeno lunar no mayor que la cabeza de un pequeño clavo.

En un punto perdió el virgíneo color, y volviendo la mano a la herida, dijo:

— ¡Ay Acrisio mío, y cuán poco permanecen las glorias deste mundo!

Yo, que no había reparado en el daño (tan instantáneo fue) mirándola tan cambiada en el color, reparando suspenso la dije luego que por qué causa lo decía, y esperando atento su respuesta, ella por no me representar de repente nuestro común dolor, dijo:

— No, por nada, prosigamos nuestra conversación.

Y quiriendo proseguir, he aquí el venenoso animal (invidioso acaso de mi bien) otra vez volvía bajando por su hilo con ánimo de ejecutar segunda herida, y como quiera que yo inquieto con la mudanza que en Olimpia reconocido había no atendiese a sus palabras sino a mirar a todas partes por reconocer la causa que a tal turbación la había inducido reparé en el intento de su bajada, y levantándome en pie la di con la mano, y divirtiéndola, la arrojé de allí muy lejos, diciendo:

— ¿Qué nos quería aquí este animalejo? He oído decir son venenosos y que causan mucho daño a los que pican.

— ¡Ay Acrisio! —dijo ella entonces— a llaga hecha no vale sospecha. Si quieres acabar de oír ²⁸ mi razonamiento, asíéntate y escucha. Escucha, digo, si quieres que a un tiempo dé fin a mis razones y a mi vida.

²⁷ Om. de

²⁸ Add. Me

— ¡Ay dulce esperanza mía! —dije—, ¿qué me queréis decir en eso?

Y mirándola con atención, llena de sospechas vi que cerró los ojos como que algún helado desmayo la ocupara el corazón, y apoyando la desalentada cabeza sobre la siniestra mano, con la diestra abrigaba la mortal herida, profiriendo con voz lánguida aquella sentencia del trágico «¡Oh que no hay felicidad por largo tiempo!».

Luego yo, sospechando mis desdichas más defuncto que ella, cogiéndola en mis brazos, llegando el mío a su amortiguado rostro, bañándosele en tierno llanto, me alenté a decirle:

— ¡Ay de mí, único bien mío!, ¿Por qué no me decís qué os ha sucedido? ¿Por qué no me hacéis partícipe de vuestros dolores para que juntamente con vos tenga fin esta miserable vida? ¿No me oís? ¿No atendéis a lo que os dice vuestro Acrisio? ¡Vida de mi vida grande agravio me hacéis estando desta forma y no decirme la causa!

Entonces ella, con un lento suspiro, abriendo los ojos con gran ternura, dijo:

— ¿Qué importará decirte lo que padezco agora si tú lo has de ver presto? Pero porque conozcas cuán poco tiempo hemos de estar juntos, porque tú le gastes en lo que es más necesario, te lo diré. Acrisio mío, yo soy muerta. Y no me pesa, pues en fin muero en tus brazos. Tú divertiste la venenosa araña, arrojándola lejos de aquí, diligencia intempestiva, pues ya émula de nuestras glorias había ejecutado sus ofensas.

Ansí diciendo se descubrió el pecho mostrándome lo que había obrado el pésimo veneno, de forma que el siniestro pecho estaba ya cárdeno y negro, y ya dos veces mayor que el no ofendido. Mostraba los peligrosos términos a que tenía reducido aquel corazón casto. ¡Ay de mí, qué ánimo fue el mío cuando vi el cándido alabastro, cárdeno y lleno de livores²⁹!

— ¡Oh crudelísima suerte! —comencé a clamar— ¡esto faltaba al colmo de mis desdichas!

Y poniendo los labios sobre la mortal herida procuraba no solo con el aliento sacar el introducido veneno, pero a lo menos hacerme d'él partícipe y morir con ella juntamente.

— ¿Qué haces, mísero mancebo —acudió ella—, crees que ha de menguar mi daño porque le participes? Suplícote que con el tuyo no quieras acelerar mi muerte. Baste que yo me parta con satisfacción de que vivo y sano te dejo, consuelo el mayor en mi desdicha. Merezca esto en premio de haberte amado. Demás desto lo será muy grande que no dejes estas selvas, a lo menos trocándolas por aquella gran Parténope, pues como ya has experimentado no corren allí parejas la ganancia con la pérdida, siendo esta mayor que aquella cuanto lo son los pesares que los placeres sensuales. Vive pues, Acrisio mío, entre estos montes donde si no hay tantas grandezas como en la corte se gozan, no a lo menos se experimentan los pesares de que ellas están llenas. Ten memoria de los castos y sencillos amores nuestros para que jamás te inquiete deseo de los del mundo a estos tan opuestos. No pienses que aunque no veas este frágil despojo de la muerte por eso faltará en mí la ya radicada afición, que como el alma será eterna, siendo así que es esta el sujeto en que ella está introducida. No las frágiles hermosuras te diviertan, considera su inconstancia, advierte en esta mía a quien tú por única exagerabas, mira cómo la ha tratado un débil animalejo borrando sus esplendores con tan fácil diligencia. Yo, delante de aquel que lo ve todo no dejaré de amarte, y tanto más en

²⁹ Labores]

favor tuyo cuanto conoceré mejor en Dios lo que te convenga. Y sobre todo te encargo que no dejes vencerte deste sensible dolor, de suerte que te entregues todo al llanto como lo hacen aquellos que solamente aman la corporal presencia, antes templando con prudencia la pasión. Ansí me llores como si no fuese muerta y así me ames como si fuese viva.

Yo me esforzaba a escucharla^{xxviii} atento, haciéndome fuerza para no salir de sus prudentes órdenes. Pero mísero de mí, ¿cómo podía siendo como los demás hombres sujeto a las pasiones humanas? Por lo cual, no pudiendo suspender el curso al llanto, y ansí, cual rápida corriente a quien si cerró el paso violento muro, procura franco paso a costa de su defensa misma, desmantelándola de los unidos materiales, ansí mi llanto comprimido rompiéndose en suspiros, ya en sollozos, al cabo se desató en copiosos raudales y finalmente a las voces y a los gritos, y a las ofensas de mi rostro y cuerpo, llamando a la muerte como a remedio de tan graves daños.

A los escandalosos extremos míos acudió mucha gente de la que a la fiesta venido había, que hallándonos de aquella suerte, informados de la causa procuraron reportar mis desesperados desconsuelos, pero no les siendo posible porque mis desdichas no admitían consuelo, la piadosa gente acudió al socorro de la desfallecida Olimpia, a quien hallaron de forma que desahuciada de los corporales remedios trataron de prevenirle los del alma. Y para unos y otros la llevaron a su casa, siguiéndola yo como un furioso suelto de las prisiones. Puesta en su casa, refrigerada el alma con las celestiales medicinas de la iglesia, visto que para el cuerpo faltaba todo remedio humano, trataron de disponerla el alma con piadosas exhortaciones. Ella quiso antes de partir desta vida que se celebrase nuestro desposorio como ya estaba dispuesto, lo cual se efetuó, cosa que la causó grande consuelo cuanto aflicción al alma mía, conociendo por cuán cortos plazos el cielo me concedía aquellas dichas. No había quien de los brazos me la pudiese sacar, no se la concediendo³⁰ al más propincuo pariente.

Ella pidió nos dejasen solos, y quedándolo, yo rompí en doloroso llanto estas palabras:

— ¡Oh cielo! ¿Es posible que no te mueves a piedad de mis desdichas? Oh selvas, oh montes, oh valles, ¿no daréis señales de lo que sentís desta desdicha mía³¹? Oh inicua fortuna, ya hallaste modo por donde yo eternamente viva desdichado, pues donde no queda esperanza es la desdicha eterna y más penosa. ¿Qué fue ponerme debajo de aquellas fieras conchas en comparación de lo que aquí padezco, sino un sumo deleite y placer, pues en fin tenía esperanza de que algún día gozar podría la conversación suave de mi querida Olimpia? Pero ya desahuciado de poder gozarla en algún tiempo, ¿cuál quedará mi paciencia? Oh cruel Silvia si de ti viene como el primero este segundo daño. Alégrate, que ya hallaste modo con que poder saciarte en mis pesares, agora sí que tú has conseguido tu venganza. ¿Pero qué culpa tiene en tus ofensas esta cándida paloma? ya a fuer de tus crueldades, cuervo negro, ejecutarás en mí este lastimoso golpe, pues de mí solo pudieras darte por ofendida, pues en esto parece satisfacías tus injustas venganzas. Mas ay que no, que has querido dilatarlas en los sentimientos míos con dilatados plazos. Pero no lograrás estos intentos, pues te quitaré yo de las manos el instrumento, esto es, mi vida, con que pretendes agravarlas en mi alma.

Esforzábame a entender esto ansí el acordarme de la venganza a esta tan semejante de la madre de Drusila en la hermosa Potencia, gloria de mi amigo Doristeo.

³⁰ Conciendo]

³¹ Misma]

Volvíame luego al objeto de mis ansias y apretándola a mi pecho decía:

— ¡Oh singular belleza! ¿Adónde te has ido? Oh precio de la virtud, ¿quién te arrebató hoy de la tierra? Oh vaso de honestidad, ¿quién te ha roto? Oh mi Olimpia, ¿quién te roba a tu Acrisio? ¿Acaso aquella cruel hembra que me quitó la humana forma? ¿Ha enviado ella acaso la venenosa araña por ministro de sus rigores? ¿Ha llenado ella de veneno tu casto pecho? Ella ha tenido osadía de infectar corazón en quien jamás cupo pensamiento bajo. ¿Ella con el sutil hilo de la araña pudo disolver el indisoluble nudo que de nuestras volunta[de]s^{xxix} el amor había hecho? Ella, en fin, de mí ofendida, ¿en ti se vengó? Yo hice el mal y tú padeces la pena. ¿Yo, yo en fin soy causa de tu muerte? Ay de mí, pues que yo no quiero vivir más. Ay que no quiero que se jacte que sin ti he quedado vivo. Dulce ánima mía, espérame, que así como he sabido vivir contigo, también contigo quiero morir.

Y diciendo así, desprendiéndome de sus brazos eché mano a mi puñal para herirme. Pero impidieron mi furioso intento los que a mis acciones (lastimados) atendían, no sabiendo a cuál de los dos debían llorar, o a la que ya por defuncta reputaban o a mí que procuraba seguir sus pasos. Yo³² como quiera que no podían remediar el daño della, al mío a lo menos oponerse pretendían con lágrimas y plegarias de unos y otros, pidiéndome me quietase.

— ¿Quietarme? —respondía yo— dejadme y veréis cuál será mi quietud. Dejadme, digo, ¿cómo no me dejáis? Dejadme, ¿por qué me vedáis la muerte si deseáis mi quietud, pues ella sola podrá dármela? Dejadme y no me quitéis la ocasión de ir acompañando a la que sola es mi gozo, a la que lleva mi corazón. Dejadme porque de ningún modo yo tengo de vivir y vuestra diligencia no servirá más de impedirme el partir a un punto mesmo con mi diosa, y si ha de ser después, permitídmelo ahora, supuesto que cuando me escuséis^{xxx} al puñal, no me escusaréis un precipicio, un lazo o un veneno o un profundo río, y cuando también me procuréis preservar de aquestos ejecutores de mi deseo, no podréis la inedia y hambre con que yo sabré matarme, por más que vuestra cruel piedad mi vida solicite. Ea pues, dejadme, si ya vuestra diligencia es tanta que a ella la prorroguéis la vida, pero sin este medio no esperéis mudanza en mi resolución, pues me es forzoso o vivir o morir con ella.

Lágrimas y suspiros eran los que daban a mis locuras en respuesta, que eran tantos que unos a otros en aquella casa no se entendían.

La bellísima Olimpia, llegada ya al último extremo de su vida, haciendo señas pidió que a ella me acercasen. Y echándome los brazos lánguidos al cuello, más ayudada de los presentes que por sí misma con cuanto vigor le concedió su flaqueza, abriendo los ojos, mirándome al rostro dijo:

— Acrisio, ¿adónde está la virtud que supone nuestro amor? ¡Si tú no le tienes no hay amor! Si me amas, vive, si no me amas, muere.

Y aquí cerró los cárdenos labios, un tiempo rojos rubíes, no pudiendo decir más. Yo, apretándola a mi pecho, besando mil veces sus cerrados ojos y la boca, sintiendo que aún tenía algún aliento, refrenando el llanto lo más que pude, por no le ser molesto en tan extremo conflicto la dije:

— Yo viviré, señora, pues lo queréis así. Mas ruégoos por el mismo amor que mostráis tenerme que tengáis piedad de mí, no permitiendo que largo tiempo esté sin vos.

³² Ya]

Ella entonces, abriendo los ojos cual suele la material luz, cuando dando paroxesmos³³ luce para acabar más presto, con palabras apenas inteligibles, dijo:

— Antes no, jamás, siendo agora y siempre conti...

Creo quiso decir «contigo», pero con el flato de la terrestre vestidura, saliendo el alma no pudo pronunciar la última sílaba «go», acaso por dejármela a mí para que llevado del espíritu, con un no conocido furor comenzase con ella estos versos:

«Goza, oh alma felice, el puerto cierto,
que al premio deseado te conduce.

Huye de los rigores del desierto
adonde el esplendor eterno luce.

Al cielo vives si a la tierra has muerto,
que aqueste fructo la virtud produce.

Goza, vuelvo a decir, la eterna palma,
palio dichoso a quien camina el alma».

Así fenecieron, oh amigos, mis dichosas esperanzas a la puerta del gozo mismo. Soñada pareció mi gloria, pues cuando ya llegaba a poseerla, desperté hallándome burlado de lo que con tanto gusto gozando estaba.

Por los afectos que de mis sentimientos podéis haber notado, entenderéis también sin que yo lo diga cuál fuese mi dolor cuando con efecto vi defuncta la prenda que más amaba. Pero en fin, como el cielo es el que provee en los mayores aprietos, me proveyó entonces de cierta insensibilidad, que ni bien sentía mi ³⁴ desdicha, ni bien dejaba de atormentarme ³⁵. Tratamos de dar sepulcro honroso al defuncto cuerpo y yo de disponer mis cosas por desembarazarme a la ejecución de mis propósitos, los cuales hice luego que vi defuncto aquel hermoso cuerpo por quien se introdujo en mi ánimo un notable desengaño de todas las cosas deste miserable mundo, y un gran desprecio de todas sus vanidades. Acordándome de las doctrinas del religioso Nacario me determiné a seguir el estado religioso y dar de mano al mundo en quien tanta fragilidad hallé, considerando aquella bella criatura, poco antes cándida azucena, en un instante ya cárdeno y mustio lirio. Determiné tomar el hábito que hoy profeso en el convento camandulense donde vivía mi amigo Doristeo. Y así resuelto en este santo propósito, dispuse las cosas de mi casa, casando a mi hermano^{xxxii} con una hermana de mi Olimpia para que los dos fuesen herederos de nuestras substancias y amores. Y luego en breves días apresté mi viaje para el desierto, no comunicando con alguno mis propósitos. Pero antes de llegar a esta felicidad, diré lo que se me ofreció en el viaje mismo. No sé si diga fue tentativa que el cielo quiso hacer en mi constancia o tentación diabólica para divertir mi espíritu de tan acertado camino.

Dos meses gasté en disponer estas cosas, y ya dejándolas en corriente estado y a mi hermano en la posesión de mi hacienda, y lo que más consuelo me causó, empleado en prenda de mí tan amada, me partí a mi piadoso viaje, determinando primero que al convento fuese a pedir el hábito, visitar los santuarios de Italia para pedir en ellos a Dios la justa dirección de mis intentos. Pues caminando así, al siguiente día de mi partida, bien ajeno de semejante encuentro, vi venir hacia mí un caminante con alguna aceleración de su caballo, y acercándonos más el uno al otro con nuestros movimientos, reconocí a mi amigo Mauricio, aquel criado o deudo de mi tío, de quien en Nápoles recibí tan buenas amistades. Aquel, digo, con quien dormí la última noche en que me sucedieron los prestigiosos sucesos de

³³ Parasismos]

³⁴ Add. Impensada

³⁵ Add. Y afligirme

mi transformación, aquel que acompañándome venía y creyendo haberme ahogado en aquel río se volvió a Nápoles.

Este, pues, habiéndome reconocido, arrojándose del caballo se vino a mí con los brazos abiertos, con caricias tantas y admiraciones de tanta grima llenas como si del otro mundo me considerara haber vuelto. Yo le recibí con no menores demostraciones de gusto, y procurando saber d'él la causa de su viaje por aquellas partes, me satisfizo diciendo que a buscarme, a causa que había grandes novedades en la casa de mi tío, y queriendo saber en qué manera, me respondió que lo que a su jornada le había obligado requería más espacio y asiento, y que así nos volviésemos a mi casa, donde me contaría y comunicaría cosas que me admirasen. Yo no quise dilatarlo para más largos plazos, mayormente que yo no pensaba dar paso atrás de mi comenzado viaje. No quería tampoco volver a mi casa. Y así convidado de la frescura de una espesa alameda, le pedí nos recogiésemos a ella con pretexto de pasar la siesta, y concediéndomelo así, después que en ella estuvimos un rato, le pedí no me dilatase la ocasión de su venida y procurando darme gusto en todo, comenzó diciendo así:

— Luego, señor Acrisio, que en aquel infausto día, ciertos en haberos perdido y temerosos que en aquel río donde pararnos mandastes, con tanto descuido nuestro os hubiédeses ahogado, determinamos yo y la demás gente que acompañándoos viníamos volvernos a Nápoles a dar la desgraciada nueva a vuestro tío y mi dueño, cosa para él y mi señora tan agriamente recibida como que³⁶ fuéades su hijo propio, mayormente habiéndose ya extendido por la familia, ³⁷ habiades de serlo, mediante^{xxxii} las felices bodas que entre vuestro tío^{xxxiii} y vos quedaron asentadas^{xxxiv} con mi señora Silvia, cuya entereza se admiró mucho entonces, habiendo conocido de su ánimo cuán intrépida recibió esta infelice nueva, pues siendo así, que en tanto que en Nápoles asististes dio más que premisas de aficionada vuestra, agora las dio de no haberse conturbada³⁸ a la infelice nueva, antes parecía mostrarse muy gustosa del suceso de cuyo afecto jamás se adivinó la causa hasta que el tiempo, que como a los demás secretos saca a plaza, sacó este también y oídme cómo.

A pocos días de mi llegada murió mi señora, dejando a Otavio, mi señor, en desconsuelo grande, el cual se le acreció con el suceso grave que sucedió presto en su casa. Y fue, que habrá cosa de mes y medio que prendieron en Nápoles ciertas mujeres indiciadas en las supersticiones mágicas, una de las cuales citó en el mismo delicto a Corsina, nuestra dueña, aya indigna de mi señora Silvia, la cual fue también presa, y a fuerza de tormentos confesó delitos estupendos^{xxxv}, de los cuales referiré solos aquellos que hacen a nuestro propósito. Declaró, digo, cómo por gusto y persuaciones de Silvia, en orden a castigar la rebeldía de vuestro amor para con ella os convirtió en culebra, refiriendo todos vuestros sucesos en aquella forma como si siempre a vuestro lado anduviera. Y de aquí fue que siendo cierta Silvia que no os ahogastes en el río, como nosotros lo creímos, no tuvo turbación alguna estando cierta de lo contrario. Y procediendo adelante en los sucesos vuestros, conociendo cuán grande obstáculo era al cumplimiento de sus deseos, Olimpia (así dijo llamarse) una serrana destas montañas a quien tiernamente amastes, determinaron darla muerte creyendo que con ella vos quedaríades reducido a su amor, cumpliendo el contrato que con su padre habiades hecho. Y para que esto

³⁶ Si]

³⁷ Add. Que

³⁸ Conturbado]

tuviese efecto, la misma Corsina transformada en una ponzoñosa araña, un festivo día que juntos os hallastes debajo de un coposo castaño, despeñándose desde³⁹ una de sus ramas la picó en uno de sus hermosos pechos, con cuyo livor le había causado la muerte con grandes despechos vuestros, de todo lo cual dio cuenta a Silvia, la cual cierta que eternamente se mejorarían sus deseos en vuestra voluntad, entendiendo que aún muerta Olimpia no se había extinguido vuestro amor, antes en orden a no olvidarla con otro nuevo empleo, estábades resuelto a entraros en religión, vencida del dolor cayó en una pésima melancolía que la estrechó con tan cruel enfermedad que cayó en la cama mortalmente herida sin que los favores humanos bastasen^{xxxvi} a reducirla a su antigua salud, hasta que finalmente presa Corsina^{xxxvii} y publicados todos estos accidentes, sobresaltada nuevamente con la vergüenza de su publicidad^{40 41}, el mismo día que su supersticiosa⁴² aya fue entregada a las llamas, con las demás sus cómplices⁴³, ella también rindió su espíritu. Y añadiéndose desdichas a desdichas⁴⁴, vuestro tío dentro de ocho días murió también^{45xxxviii}, pero con mejor prevención, pues viéndose ya cercano al trance último hizo su testamento⁴⁶ declarando⁴⁷ cómo todas sus desdichas las había encaminado el cielo en castigo de la tiránica posesión de la hacienda vuestra, y⁴⁸ así os declaraba por verdadero dueño de todo, y que en virtud del testamento de su suegra y en virtud del suyo pedía fuédeses puesto en quieta y pacífica posesión de todo. Este fideicomiso^{xxxix} me encargó como a persona de quien más satisfacción tuvo así por el cercano deudo (que sabéis teníamos) como por las experiencias que de mis servicios tenía. Y lo cierto es que a nadie pudo encargarlo con más acierto, pues ninguno con más gusto acudiera que yo a su ejecución. Respecto al afecto con que os amo, en cuya fe no quise dilatarlo un punto, pues luego que cumplí con las obsequias de los difuntos⁴⁹,⁵⁰ me partí a buscaros para daros⁵¹ estas nuevas, que aunque tienen tanto de penosas, traen consigo el indulto de la herencia con que semejantes pesares se suelen convertir en gozos⁵².

En este punto comencé a creer mi desengaño y cuán cierta era mi vocación, pues ni me alegraron las venganzas que en Silvia y Corsina me había dado el cielo ni descompusieron las nuevas⁵³ de mi caudalosa herencia mi espíritu con algún

³⁹ De]

⁴⁰ *Om.* La vergüenza de su publicidad

⁴¹ *Add.* Tales nuevas

⁴² *Om.* supersticiosa

⁴³ *Om.* con las demás sus cómplices

⁴⁴ *Om.* añadiéndose desdichas a desdichas

⁴⁵ *Om.* también

⁴⁶ *Om.* pero con mejor prevención, pues viéndose ya cercano al trance último hizo su testamento

⁴⁷ *Add.* en su testamento

⁴⁸ *Add.* Que

⁴⁹ *Om.* y que en virtud del testamento de su suegra y en virtud del suyo pedía fuédeses puesto en quieta y pacífica posesión de todo. Este fideicomiso me encargó como a persona de quien más satisfacción tuvo así por el cercano deudo (que sabéis teníamos) como por las experiencias que de mis servicios tenía. Y lo cierto es que a nadie pudo encargarlo con más acierto pues ninguno con más gusto acudiera que yo a su ejecución. Respecto al afecto con que os amo, en cuya fe no quise dilatarlo un punto, pues luego que cumplí con las obsequias de los difuntos

⁵⁰ *Add.* con lo cual

⁵¹ *Add.* Cuenta de

⁵² *Om.* que aunque tienen tanto de penosas, traen consigo el indulto de la herencia con que semejantes pesares se suelen convertir en gozos

⁵³ Nueuss]

afecto de gozarla, antes levantando al cielo los ojos, en vuestras manos, señor, puse mis venganzas. Vos las habéis obrado, no permitáis pasen a las almas de mis ofensoras, dad el perdón a su culpa, supuesto ⁵⁴ no supieron lo que hicieron^{xl}.

En siendo hora nos partimos la vuelta de mi casa, negocio que me pareció forzoso para dar de mano de una vez a las cosas del siglo y no llevar cuidados ni dependencias de hacienda a la religión, cosa tan repugnante a la quietud que allí va a buscarse.

Llegamos, digo, a mi casa, donde me fue forzoso entonces dar a entender mis disinius, porque hasta entonces no los había comunicado sino con mi confesor. Y así, haciendo renunciación del mayorazgo en mi hermano, dando a mi amigo Mauricio un buen pedazo de los bienes libres con que pudo con sobra pasar su vida, dentro de cuatro días comunicando mi pensamiento con mis hermanos, deudos y amigos, volví a la prosecución de mi viaje despidiéndome de todos con tiernas lágrimas.

Y habiendo visitado los santuarios todos, di la vuelta al convento donde me vi con mi amigo Doristeo, a quien comuniqué mis pensamientos después de haber tratado largamente de los sucesos de mi vida, por cuya comprobación admiró mucho cuando llegué al paso suyo y del peregrino, y cómo caí a sus pies con la muerta águila, con todo lo demás que le oí referir de su historia, y no le facilitó poco el crédito la experiencia que hizo destas cosas en el tiempo que fue cuervo. Y así, llevado de gusto de gozar mi compañía, dispuso de forma mis intentos que dentro de ocho días me dieron el hábito santo que hoy indignamente visto. En él he vivido treinta y seis años que he gastado en los estudios de las divinas y humanas letras, no divirtiéndome (a Dios gracias) por esto de las obligaciones de mi estado. Agora el convento (no sé qué suficiencia reconoció en mí para ninguna empresa) determinó inviarme a la corte de España a ciertos negocios graves, de quien no me es lícita la publicidad. Llegado⁵⁵ agora de la devoción desta divina señora, a quien vamos a visitar, he partido a hacerlo, por cuyo beneficio he granjeado dos tan principales amigos por que la doy infinitas gracias, y también por haber llegado al fin de mi historia con que querría haberos servido y no enfadado.

Aquí cerró su libro Acrisio, dejándonos a todos satisfechos de sus muchas partes, santidad y letras. Y yo le dije:

— Son, padre nuestro, los admirables sucesos de vuestra historia dignos de toda ponderación, y fue bien prevenir su crédito con la autoridad vuestra y las aserciones de nuestro primero discurso, sin el cual son duras de creer semejantes cosas. Todos ellos están tan bien discursados que se ha criado en mi ánimo deseo de hacerlos notorios al mundo (si tanto puedo prometerme de vuestra permisión y mi talento) agregándoles los demás discursos de nuestra conversación, que aunque por escribirlos yo no podré prometerme serán «para todos», me contentaré de que sean «para algunos»^{xli}.

A que él me respondió:

— En eso nos veremos más despacio en Madrid, que yo me daré por muy gustoso de ser eternizado de vuestra pluma, no por elación^{56xlii} mía, sino por el fruto que pueden causar los escarmientos míos en el mundo.

Con lo cual dimos fin al discurso de aquel día y también al de nuestro hospedaje, y dando gracias al cura por las liberalidades que con nosotros había usado,

⁵⁴ Add. Que

⁵⁵ Llevado]

⁵⁶ Elección]

dispusimos nuestro viaje para el siguiente día todos tres juntos, y llegados a Guadalupe visitamos aquella cámara angelical dándole las gracias por los inmensos beneficios que por instantes nos confiere, y yo con especialidad por el que me dio motivo de hacerla aquella visita.

Mostronos uno de aquellos padres amigo⁵⁷ del cura todo lo admirable que en aquel santu[a]rio^{xliiii} hay que ver, lo cual admiró mucho Acrisio, certificando exceder en muchas cosas a muchos de los santuarios que él había visto, así en riquezas como en reliquias y grandezas. Y, en fin, regalados con la esplendidez con que aquellos religiosos regalan a todos los peregrinos, después de cuatro días que allí estuvimos nos tornamos al lugar de nuestro cura, donde quería detenernos otro tanto tiempo, pero ni al padre Acrisio ni a mí nos fue posible a causa que nos llamaban nuestros negocios en la corte, adonde nos volvimos. Y aquí comuniqué al religioso el tiempo que en ella asestió, y en él volví a pedirle licencia para publicar su historia, y él me lo permitió con menos afectación que modestia. Y yo, luego, los escribí con los afectos mismos, deseando por lo menos haber acertado con algo bueno «para algunos».

*Hic adest finis lector, liberque valete,
sed defuit scriptis ultima línea meis.*

*Siquid dictum contra fidem, et bonos mores, quasi non dictum, et omnia subiicio
sub correctione, sanctae matres Romanae ecclesia, ac doctisimorum piorum quae
censurum etcétera. Matriti sexto idus octobris*⁵⁸.

ⁱ En el impreso, en nota al margen figura «Petarca Canc.».

ⁱⁱ Frixo sufrió el intento de ser sacrificado junto a su hermana Hele por parte de Atamante, su padre. No obstante, Zeus les envió un carnero alado con vellocino de oro. Pese a que Hele cayó y murió ahogada en el camino, Frixo consiguió llegar a la Cólquide, donde el joven sacrificó la res a Zeus y entregó el vellocino de oro al rey, Eetes, que lo consagró a Ares. El vellocino pasó a estar custodiado por un dragón y se convirtió en un reto para Jasón y los argonautas.

ⁱⁱⁱ No ha sido posible documentar esta afirmación. En manuales y diccionarios de mitología grecolatina, Acrisio figura como el padre de Dánae, madre de Perseo quien, tal y como pronostica el oráculo, acabará matando a su abuelo, lo cual ocurre por puro azar.

^{iv} «Les» en el manuscrito.

^v *Morigerado*: «Lo assi templado ù moderado» (Autoridades).

^{vi} «Todavía» en ambos testimonios.

^{vii} El rey Midas tenía la facultad de convertir en oro todo lo que tocara debido a un deseo concedido por parte de Sileno.

^{viii} Cupido, amoreillo, hijo de Venus.

^{ix} *Cauterio*: «Metaphoricamente se llama todo aquello que corrige, atája y preserva del mal» (Autoridades).

^x «Bresbes» en el texto manuscrito. Subsano en el impreso.

^{xi} Subsano en el impreso.

^{xii} Se trata del soneto CCXXXIV del *Canzoniere* de Petarca:

O cameretta che già fosti un porto
a le gravi tempeste mie diürne,
fonte se' or di lagrime nocturne,
che 'l dí celate per vergogna porto.
O letticiuol che requie eri et conforto
in tanti affanni, di che dogliose urne
ti bagna Amor, con quelle mani eburne,
solo ver' me crudeli a sí gran torto!

⁵⁷ Amigos]

⁵⁸ *Om. Siquid dictum contra fidem, et bonos mores, quasi non dictum, et omnia subiicio sub correctione, sanctae matres Romanae ecclesia, ac doctisimorum piorum quae censurum etcétera. Matriti sexto idus octobris*

Né pur il mio secreto e 'l mio riposo
fuggo, ma piú me stesso e 'l mio pensiero,
che, seguendol, talor levommi a volo;
e 'l vulgo a me nemico et odioso
(chi 'l pensò mai?) per mio refugio chero:
tal paura ò di ritrovarmi solo. (Petrarca, 2011: 710).

^{xiii} *Comentación*: «lo mismo que comento» (Autoridades). *Comento* «Explicación, glossa, exposición u declaración de lo que está confuso y poco inteligible» (Autoridades).

^{xiv} Cita procedente de Job (14, 7): «Lignum habet spem si praecisum fuerit rursus virescit» (“Una esperanza hay para el árbol:/ Si es cortado, aún puede germinar, / y sus renuevos no dejan de crecer”).

^{xv} Hipólito, hijo de Teseo, desdeñaba a Afrodita, de modo que la diosa del amor, en venganza, motivó una pasión en Fedra (segunda esposa de Teseo) hacia Hipólito. Cuando su madrastra se le insinuó, el joven la rechazó y ella, por miedo a que se lo confesase a Teseo, fingió un intento de violación por parte de Hipólito. Teseo, que no quería matar con sus propias manos a su hijo, pidió ayuda a Posidón, que le había prometido concederle tres deseos. Uno de ellos fue acabar con Hipólito.

^{xvi} «Co complacencia» en el manuscrito. Subsanoado en el impreso.

^{xvii} «Mostremos se los» en el manuscrito. Subsanoado en el impreso.

^{xviii} «Contando» en el texto manuscrito. Subsanoado en el impreso.

^{xix} *Niervo*: «vide supra ‘neruio’» (Covarrubias).

^{xx} Diosa romana del amor.

^{xxi} Palas Atenea encarna, en la mitología griega, la deidad de la sabiduría.

^{xxii} Una de las divinidades romanas más veneradas, junto a Júpiter y Minerva. A ella se asociaba la protección de las mujeres (esto es, toda mujer romana tenía su *Juno*).

^{xxiii} Paris, destacado por su belleza, fue el encargado de resolver la disputa que había generado Éride, la diosa de la discordia. Esta deidad otorgaría una manzana de oro a la divinidad que fuese elegida como la más bella, mención para la que proponía a Atenea, Hera y Afrodita. Puesto que los dioses se vieron incapaces de juzgar el pleito, se lo encomendaron a Paris, que acabó eligiendo a Afrodita, la cual le había prometido el amor de Helena de Troya.

^{xxiv} Consiste en la segunda estrofa del soneto número XCIX del *Canzoniere* de Petrarca:

[...] Questa vita terrena è quasi un prato,
che 'l serpente tra' fiori et l'erba giace;
et s'alcuna sua vista agli occhi piace,
è per lassar piú l'animo invescato.[...] (Petrarca, 2011: 384).

La variante «mortal» del primer verso de este cuarteto, en lugar de «terrena», tal y como consta en la versión original, se debe a la copia directa de Matías de los Reyes a partir de *Della metamorfosi cioè trasformazione del viruoso*, donde se halla la misma variante (1581: 323-4).

^{xxv} «Ma» en el texto del manuscrito.

^{xxvi} *Rancho*: «Por translación se llama la unión familiar de algunas personas, separadas de otras, y que se juntan à hablar ò tratar alguna materia o negocio particular» (Autoridades).

^{xxvii} Se trata de Aracne, reputada hilandera que, tras desafiar a Palas Atenea, fue convertida por esta en araña como respuesta a su soberbia.

^{xxviii} «Escuchalo» en el texto manuscrito. Subsanoado en el impreso.

^{xxix} «Voluntas» en el texto manuscrito. Subsanoado en el impreso.

^{xxx} «Excuseis» en el texto del manuscrito. «Excuseis» en el testimonio impreso.

^{xxxi} La aparición de un hermano de Acrisio al final de la obra supone un despiste por parte de Matías de los Reyes, quien incurre en contradicciones con la información que confiere en el discurso segundo, donde Acrisio, en relación con su padre, confiesa: «y aunque el serle único pudiera divertirle de apartarme de sí (pasión que ha obrado mucho daño en muchos hijos de nobles) se resolvió (no obstante la instancia que para lo contrario hizo mi madre) a inviarme a Rávena, ciudad veinte millas distante de mi casa, dirigido a un amigo suyo...» (ca.1637: f. 63r).

^{xxxii} «Mediantes» en ambos testimonios.

^{xxxiii} «tíos» en el manuscrito. Subsanoado en el impreso.

^{xxxiv} «Asentados» en el texto manuscrito. Subsanoado en el impreso.

^{xxxv} *Estupendo*: «Admirable, assombroso, pasmoso, maravilloso» (Autoridades).

^{xxxvi} «Bastantes» en el texto manuscrito. Subsanoado en el impreso.

^{xxxvii} «Corcina» en el manuscrito. Corregido en el impreso.

^{xxxviii} «Vuestro tío también dentro de ocho días murió también» en el texto manuscrito.

^{xxxix} *Fideicomiso*: «Especie de disposición testamentaria, en que el testador dexa su hacienda, ó parte de ella encomendada á la fe de alguno, para que execute su voluntad» (Academia, 1780).

^{xl} Acrisio se erige, con estas palabras, como ente redentor que remeda al momento en que Jesús, ya crucificado, proclama: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (*Lucas 23, 34*).

^{xli} En ambos testimonios los dos sintagmas figuran en letras mayúsculas.

^{xlii} *Elación*: «Altevez, presunción y soberbia» (Autoridades).

^{xliii} Subsano en el impreso.

ANEXOS

ANEXO I. Dedicatoria a Tirso de Molina inserta en el manuscrito *La culebra de oro. Para algunos (ca. 1637)* precediendo a la comedia *El agravio agradecido*. Se trata de una versión revisada y corregida de la que apareció en la edición facticia de 1629 de las comedias de Matías de los Reyes (Jaén, Pedro de la Cuesta)

Al reverendo padre maestro fray Gabriel Téllez, religioso de nuestra señora de la Merced, Redención de Captivos

Es cara la patria (reverendo Padre) a todo hombre, aunque en la extranjera goce de todas comodidades. Díganlo las fieras orbadas [sic] de la parte en que vieron el primero sol, las aves remontadas por los aires y los peces por los mares, pues siempre anhelan por volver a sus selvas y bosques, a sus patrios nidos, y a sus conocidas cavernas. Pues que mucho lo haga el hombre por volver al suyo, a la conservación suave de sus contemporáneos amigos. De aquí inferirá Vuestra Paternidad mis deseos en volver a esa villa (patria nuestra) de quien vivo ausente, impulso de obligaciones de mi profesión. Y cuando este natural amor no me llamara, la conversación de Vuestra Paternidad (imán de mi voluntad) era bastante para afectar más estos deseos. Cuando estuve en esa corte el año pasado, ofrecí cumplir su mandado en volverme a ella con toda presteza. Esta oferta no se ha logrado, puesto que la esperanza me promete brevedad. Si bien como dice San Agustín que «Etiam, quod tempore acceleratur, desiderio tar dum videtur». Lo cual tiene más lugar cuando el deseo tiene por objeto el gozo de lo que mucho se ama. Cuanto Vuestra Paternidad lo sea por mí, se deduce de la definición que de la amistad hace Sancto Tomás, diciendo «Amicitia est amor mutua venevolentia fundatus super aliqua communicatione, et cetera». Si nuestra comunicación fue desde los rudimentos de las primeras letras contraída, sin duda será eternamente estable. Y así lo confirma Aristóteles: «Magnum (dice) est ad amicitiam momentum una educatos et aequales esse: quoniam aequalis aequali delectat, et vitae consuetudine fiunt sodales [sic]». Y aunque es verdad que entre la luz del sol y de la luna hay la diferencia que entre el que da y recibe, ambos en su ejercicio y ministerio esencialmente corren a un objeto que es alumbrar. No dejo de presumir que nuestros genios simbolizan bien que con la distinción de los dos luminares, príncipes de las luces: pues los escritos de Vuestra Paternidad han esclarecido la edad nuestra cuanto ellos publican, en cuya alabanza ceso, porque *amico laudante credendum non est; sicut neque inimico detrahenti*. Al genio ilustre, digo, de Vuestra Paternidad, ha seguido el mío (no en lo superior, porque no es ave que tanto se remonta): en escribir comedias sí, ejercicio en nuestro tiempo poco estimado (acaso por su mal uso), debiendo estar en el predicamento que Vuestra Paternidad de su esencia tiene tan bien apeado con sus continuos estudios. Las que hasta hoy tengo escritas son seis solas, por haberme acobardado la poca estimación que los mercaderes o autores hacen desta mercadería, no solo feriendo los ingenios gigantes: si bien es verdad que estas pocas pasaron ya su carrera como testificaron muchos de aquellos a cuyas manos llegaren. Entre ellas va la de *El agravio agradecido*, imitación de los *Anfitriones* de Plauto, que es la misma que a Vuestra Paternidad leí en su celda, y por haberme dicho bien della, me atrevo a juntarla con las otras cinco que doy a la estampa, y esta debajo de su protección; porque le advierto que si no es acertada, sus defectos serán clientes de la aprobación de Vuestra Paternidad, que dio entonces, y así correrá por cuenta suya la defensa. Hágalo así, suplicóselo, para que yo quede cierto, Vuestra Paternidad pagó mi voluntad con desengaño; pues lo contrario fuera disentir de la doctrina de San Agustín, que dice: «Non omnis qui parcit amicus est: neque omnis qui verberat inimicus. Melius est, cum severitate diligere, quam cum lenitate decipere». Cierto en esto, no me prometo mal suceso del

amparo en que Vuestra Paternidad está empeñado aquí en gozar de Dios con los aumentos grandes que merece y le deseo etcétera.
Villanueva de la Serena y septiembre de [1]622.

ANEXO II. Textos preliminares de la edición del *Para algunos* (Madrid, viuda de Juan Sánchez, 1640)

Advierto al que leyere que si se hallare embarazado su gusto con la lección del primer discurso, por lo que le parezca contradiciente a lo que promete de entretenido este libro en la disputa de la magia, podrá pasar al siguiente, en que se da principio a la narración, que fue necesario escribirle para algunos que no son prácticos en las operaciones d'estas ciencias, que ya será posible le vuelva a buscar después de haber leído el libro, por infor[mar]se de lo duro que ofrecerán a su crédito los admirables sucesos de Acrisio.

SUMA DE LA TASA

Tasaron los señores del Consejo este libro intitulado *Para Algunos* a cuatro maravedís y medio cada pliego, el cual tiene cincuenta y siete pliegos, con principios, que al dicho precio monta en papel siete reales y dieciocho maravedís. Despachado en el oficio del Secretario Arrieta, en 30 de enero 1640. Secretario Arrieta.

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene privilegio Matías de los Reyes para hacer imprimir un libro intitulado *Para Algunos*, como más largamente consta de su original. Despachado en el oficio de Francisco Gómez de Lasprilla, en 18 días del mes de noviembre de 1637. Secretario Francisco Gómez de Lasprilla.

LICENCIA DEL ORDINARIO

El Licenciado don Lorenzo de Iturrizarra, Vicario General de la villa de Madrid y su partido, etcétera. Por la presente, habiendo hecho ver este libro intitulado *Para Algunos*, no contiene cosa contra nuestra Santa Fe Católica y buenas costumbres, y así, por lo que nos toca, se le puede dar licencia para que se imprima. Dado en Madrid a 24 días del mes de octubre de 1637. Licenciado Lorenzo Iturrizarra.

ERRATAS

Folio I, página 2, línea 12: disinio, diseño. Folio 3, página 2, línea 11: oscuridad, obscenidad. Folio 6, página 2, línea 17: Alemana, Alcumena. Folio 12, página 1, línea 24: Eltra, Elisa. Folio 33, página 1, línea 14: operationus, operatiombus. Folio 50, página 1, línea 18: abrasadas, atrasadas. Este Libro intitulado *Para Algunos*, con estas erratas, corresponde con su original. En Madrid a 30 de enero de 1640. Licenciado Murcia de la Llana.

APROBACIÓN

Aprobación del Licenciado Valdivieso, capellán de su Alteza, el serenísimo señor infante Cardenal de España y de la capilla de los mozárabes de Toledo. De orden de Vuestra Alteza vi un libro intitulado *Para Algunos*, su autor, Matías de los Reyes. Hele leído con el gusto y atención que todas las obras d'este lúcido ingenio piden y no solo juzgo no haber en él cosa que ofenda a la pureza de nuestra Santa Fe y buenas costumbres, sino que además de ser útil a ellas lo es también para divertir los ratos y tiempo gustosamente. Muestra en él su continua lección y en la filosofía que trata erudición mucha, y merece ajustadamente el renombre que le da, porque es la prudencia con que en él nos enseña de aprecio subidísimo. Por lo cual le puede dar Vuestra Alteza la licencia que pide. En Madrid a 4 días del mes de noviembre de 1637 años. El Licenciado Josef de Valdivieso.

DEDICATORIA

Al señor don Pedro de Carvajal y Ulloa, Caballero de la Orden y Caballería de Alcántara, Gobernador de su villa y partido por el Rey nuestro señor, etcétera. Hago, señor, particular reparo siempre que con atención advierto las cosas que en el común vivir de los hombres suceder suelen y pondero mucho cuánto la flaqueza humana en diversos modos, con pequeños accidente[s], se mueve y convierte a las mudanzas sin permanecer mucho tiempo en la aprobación de aquello mismo en cuya consecución costosas diligencias interpuso. Y al cabo saco por conclusión, tanteada con el limitado cálculo de mi juicio, que esta variedad procede o ya de las pasiones propias que conturban el ánimo o ya de las turbulentas borrascas de ajenas opiniones que ofuscan el entendimiento más claro y tranquilo, arrebatándole a la novedad a que naturalmente es inclinado. Y no parando aquí mi discurso, hallo en apoyo suyo que habiendo descubierto esta humana inconstancia (en gracia de sus mejoras mentidas por el apetito) tantas artes, invenciones, ministerios y instrumentos para fabricar el reparo, adorno y regalo del cuerpo, empeñando en esto las fuerzas de ingenio, no relevando aún las del cuerpo mismo, antes oponiéndole a los riesgos más arduos y peligrosos, todo en orden a la conservación d'este objeto, se convierte con tanta inercia y desidia a la inquisición y práctica de las virtudes, instrumentos con que se obra el lustre del ánimo y le dispone al fin último de su creación. Y prosiguiendo adelante mi desvelo, se ha embarcado a buscar las causas de tan gran desorden y a no muy largo viaje he hallado dos, a mi parecer, potísimas. La una es que no con tanta presteza conocemos los hombres las pasiones y enfermedades del ánimo como las que aquejan y desacomodan al cuerpo, lo cual procede de haberlas dejado envejecer desde la niñez, con que se hacen insensibles en fuerza del uso, no aplicándolas los mayores en edad las doctrinas y educación, ministradas en ejemplos propios y instrucción en los ajenos, obligando a la juventud ociosa a la práctica de colaterales virtuosos y lección de buenas letras, expeliendo de sus lados las viciosas conversaciones y de su vista los libros torpes y doctrinas sospechosas con que la mocedad se facilita a lo horrendo del vicio y se inhabilitan a la virtud, con que las enfermedades del ánimo se hacen incurables y del todo peligrosas.

La otra es haber asentádose, por opinión común, que la virtud de suyo es proporcionada al hombre y que para habituarle en ella no se necesita de magisterio de doctrinas piadosas ni de su uso y ejercicio, como si el ingenio, la industria y el estudio con que las virtudes se consiguen fuesen cosas ociosas y no necesarias a este fin: antes se persuaden que depende todo de la buena naturaleza heredada de los mayores en la sangre, o por favor y beneficio de la fortuna o benévolo influjo de los celestes astros, o que finalmente ellas por sí mismas se introducen en el ánimo sin diligencias propias.

Pero estas fantásticas persuasiones, sin dispendio de mucho estudio ni palabras, se desvanecen así: uno por naturaleza propia de su individuo es vicioso y perverso, ¿cómo esperaremos del tal su reformatión en fe del buen obrar de sus pasados, si él por sí mismo no interpusiere los medios proporcionados a su reformatión? No negando que la buena naturaleza es grande artífice de virtudes y reformatones: y aun en estos términos es necesario preceda propia disposición, sin mendigar relativos.

Parece que a lo dicho me pone por objeción el poco activo a estas doctrinas, que este defecto en el hombre tiene sus precedencias desde la culpa de nuestro primero padre, de quien nos demanó todo mal. Pero respondiendo digo que aunque es verdad que todos nacemos (como dice el apóstol) infectos en aquella infección y por eso proclives y inclinados a todo mal, no por eso se ha de negar que desde el instante de nuestra creación pone nuestro criador en nuestras almas algunas facultades a modo de semillas y centellas de virtud, bien que por entonces áridas y amortiguadas, las cuales si con debidos modos

se cultivan y avivan, producen y resplandecen en opimo frutos y fulgidos esplendores de preciosas virtudes.

Y si esto no basta, ¿quién (con prudencia) atribuirá virtud alguna a la fuerza de la lisonjera y nada constante fortuna, siendo cierto que un continuado hábito de costumbres, auxilios superiores y de mayor eficacia necesita para su reformación?

Y menos posible es que el fatal curso de las estrellas y su benigno o nocivo influjo tenga imperio sobre los ánimos de quien demanan las virtudes o los vicios; antes (católicamente hablando) se ha de decir lo contrario. Y si alguna cosa por influjo celeste se imprime en el ánimo sucede por la concomitancia del cuerpo, en quien tiene jurisdicción, obrando ahí (a nuestro entender) como con instrumento bien o mal dispuesto.

La divina inspiración jamás faltó a alguno de los hombres por estímulo al bien y virtuoso obrar, atendiendo siempre la suma providencia a la conservación de las cosas criadas y a evitar su ruina, pero no fuerza la elección de suerte que facilite el acquesto del bien o el mal, antes la deja en su mano con tal que ponga de su parte el estudio y diligencias con que se consigue la virtud y se evita el vicio, proponiéndole los medios en la enseñanza de los mejores y más virtuosos, en la lección de buenos libros y práctica propia en todo. Que si bien los sagrados apóstoles y otros santos, alumbrados por el Espíritu Santo en un punto se habituaron en toda virtud, fue privilegio particular de la inexhausta providencia de Dios a ellos conferida, la cual emplea sus dones donde, a quien y como le parece. Mayormente que habiendo de ser ellos los predicadores de las doctrinas sagradas, fue cosa conveniente que el Espíritu Divino los amaistrase: porque como quiera que no está sujeto a tiempo, tampoco necesita d'él en sus operaciones para dotar los ánimos de soberanos y incomparables dones. Y no siendo concedidas a todos tan súbitas mudanzas, es necesario adquirirlas con las diligencias que dejó repetidas y con otras que se hallan escritas en las sagradas lecciones.

Pero bajemos el punto al discurso, que mi pluma no es de ave de tan alto remonte, y entrémonos en la aplicación de lo dicho, pues ya el discurso mismo me tiene a sus umbrales. Y digo así, que uno de los instrumentos que he propuesto para facilitar el uso de las virtudes es la lección de buenos y virtuosos libros; pero quédase la dificultad en pie, por serlo grande la elección de los mejores, mayormente en tiempo en que vemos cumplida la profética amenaza del apóstol en estas palabras: *«Erit enim tempus cum sanam doctrinam non sustinebunt: sed ad sua desideria coacerbabunt sibi magistros prurientes aures; et a veritate quidem auditum auerent, ad fabulas autem conuertentur»*. Porque se van los hombres tras la lección de semejantes libros por el atributo que en sus ánimos los nobilita de entretenidos, pero, ¡ay dolor!, que a la sombra d'este pretexto, el enemigo común de nuestro bien pretende que *«ibi latea anguis»*, habiendo de estar en lugar suyo, si bien lo dulce de la fábula, lo severo de la doctrina, que esta introdujo a aquella en el mundo como se colige de las escritas en la Escritura Sagrada. Y séame en ejemplo aquel general concilio que celebraron las plantas para elegir su rey.

Pero sería bueno que esta doctrina se retorciese a mí, concluyéndome con cuatro libros, sin este que he dado a esta agradable diversión. Solo podré excusarme, si ellos van contra ella, que fueron hijos de verdes años, si bien ingenuamente puedo afirmar que deseé darles el punto que quiere Horacio: si no lo conseguí, castíguese mi ignorancia y estímesese mi intención.

El que consagro a Vuestra Merced, señor, es el quinto parto. Escrito es en más madura edad: con más eficacia he deseado huir estos vicios. No sé si lo he conseguido, por eso le opongo a la experiencia de los rayos que proceden de la prudencia y excelentes virtudes de Vuestra Merced por quien examinado reconoceré si es hijo de mi afecto, en cuya aprobación le publicaré por tal y temeré poco los incursos de milanos bastardos, que Arista[r]cos y Zoilos impugnar le pretendan, pues no podrá padecer impugnación lo

aprobado por el que con virtudes propias por antonomasia ha sabido apropiarse el atributo del discreto.

Suplico a Vuestra Merced le examine y favorezca, y siendo digno de su patrimonio le admita a él por dos cosas: la primera, por el beneficio del libro y, luego, por señal del afecto con que siempre he deseado merecer el nombre de criado de Vuestra Merced, cuya vida prospere el cielo para que goce el mundo los frutos de su gran valor al paso que los experimenta, etcétera. Villanueva de la Serena primero de enero [1]639. Matías de los Reyes.

A LOS QUE LEYEREN

Del Licenciado Gregorio Cid de Car[r]jazo, alcalde y justicia mayor del partido de Villanueva de la Serena por el Rey nuestro señor. Bien seas de los electos a quien nuestro autor ha presentado en el valor intrínseco más rica que en el nombre aquella sabia joya, o tú a cuyas manos llega, o ya de aquellos a quien tácitamente excluye el título, seas en fin: «*Quisquis es armatus, qui nostra ad limina tendis/fare, age, quid venias iam istine, et comprime gresum*», porque hallarás antes de pasar adelante un amigo, cuando no tuyo, tanto sí del autor, que resista a la entrada tu mayor presunción no siendo de los escogidos, y quien te advierta, si lo fueres, lo que hará gustoso tu ingenio, sin embargo, de que no necesita de otro más brazo que su pluma, y que podría decirme lo que aquel grande Escipión Africano a un soldado que le presentó un pavés, a quien airado respondió: «*Abi bone miles cum tuo munere, ego dextera, non vtor leua*». Y dijera bien, que lo que por sí está defendido, «*Nec eget Mauri iaculis, nec arma/nec veneratis grauida sagittis*», pero es mi precisa obligación de la amistad, *quia amicus est alter ego*, y debido al bien intencionado que el serlo ha llegado a ser beneficio en estos tiempos y en cualquiera, «*deceat bene merenti ferre gratiam*», como merecido castigo del necio maldiciente contra quien la mayor presunción puede ser solo el hacelle rostro, según sintió Livio, «*ostendite modo bellum pacem habebitis: videam vos paratos ad vim ius ipsi remittunt*».

Digo, pues, que entre manos se ha puesto ya el *Para Algunos*, parto felice de uno de los más gallardos espíritus que en todos siglos ha llevado nuestra España, del bien afortunado con las musas, a quien festivamente han aclamado por más que merecedor de la gracia de sus números, del tantas veces admirado de las antiguas y nuevas deidades del melifluro Manzanares y nunca bien conocido Matías de los Reyes, cuyos poemas en verso y prosa han sido iguales a la escaseza de su fortuna, con que dio tanto menos de lo mucho cuanto de lo más. En tan poco quedas advertido, pensión de la singularidad de un hombre verdaderamente grande y no menos sentida de Virgilio: «*Fortuna omnipotens insipientibus,/tantum iuris at rox, quae tibi vendicans,/euertenesque bonos exigit improbos*».

Aquí más que animoso el espíritu solicitara la pluma, aunque menos delgada de lo que a más veneración se debe, a remontarse sobre lo heroico de un lamentable panegírico (que no desdice con la gloria de los hechos el sentimiento de verlos malogrados) si con igual correspondencia pudiera de los medios asistirse el afecto que un deseo ardiente aun tuvo corta satisfacción en grandes logros, atención que suspendió la pluma de la viveza de Horacio, hallándose indigno de celebrar las grandezas del César Octaviano: «*cupidum pater optime vires deficiunt*», cuyo rendimiento pudiera ser ostentación gloriosa de mi empleo, cuando le faltaran los quilates con que se realza al mayor acierto al desearlo solo, «*magis enim sine actione est eligenda voluntas, quam sine ea actum*», pero por no escribir borrando, como otro Cherilo introducido coronista de Alejandro el Magno, de que le nota Horacio: «*Sed veluti tractata notam, labemque remittunt/atramenta; fere scriptore carmina faedo/splendida facta linunt*». Y que decirse no pueda «*vltra vires tuas est negotium solus illud non poteris substinere*». Harto se dice, con que habiendo gozado en

la corte y fuera d'ella favores más que particulares de algunos señores, no pocas veces grandes y muchas debidos a su natural agrado (digámoslo así) le dejó la suerte volver segunda vez a la administración de las reales alcabalas de las yerbas de la orden de Alcántara, conformándose con el consejo del poeta: «*Quo Deus, et quo dura vocat fortuna sequamur*», que a los golpes de tan fuerte contrario no hay pavés que resista, como dice el Petrarca: «*Che poco val contra fortuna scuto*».

En esta ocupación, no habiendo aún cumplido cuatro lustros, le aclamaron las fértiles riberas de los dos reyes, digo, de los dos ríos de Extremadura, por el Adonis de sus ninfas y Apolo de sus Musas (negarme es imposible a la justicia, perdóneme la célebre academia de mi patria), «*Cedat, et auriferi ripa beata Tagi*», pues aunque la «*amo quidem effusse (ista officiis, et reuerentia meruit) iudico tamen, et quidem tanto acrius, quanto magis amo*», honrada porfía de pocos años que, advertidos de mayores esperanzas (sin infinitas obras sueltas), en seis comedias aplaudidas en públicos teatros pudo gloriarse con más razón que Ovidio, cuando dijo: «*Carmina cum primum populo iuuenalia legi, / barba resecata mihi bis, ve semel fuit*». A tan poca edad pudo suplir su mucha suficiencia, pues en ningún tiempo se vieron las rentas reales que administraba con tanto aumento ni los libros tan ajustados y corrientes como entonces debajo de su mano, sin estorbo del furor con que su estudioso natural le arrebatava a tanta ocupación, que es lo que admiró a Horacio. «*Nescio quid meditans nugurum totus in illis*».

Menos festivo ya, sin perder la gracia de las musas, se abstuvo de la dulzura de sus versos al paso que, puesta en pie la razón, fue premiando sus desvelos con mayores logros, dando por testimonio d'ellos *El Curial del Parnaso, La Ulixea, El Menandro* y el embrión que está para darse a la estampa: *El Sabio del Guijo*, y este último de sus trabajos. En él verás el desempeño de mi afecto, un oráculo de sentencias, un tesoro de erudición, una escuela de voces tan naturales como castas, una historia de moralidad tan bien discurrida cuanto ejemplar, un poema bien, si logrado, entendido, y finalmente «*Vnum pro cunctis fama loquatur opus*».

No es menos notable haberle dicho *Para Algunos*, porque no solo es algo mucho y bueno, sino lo que más sentencioso que pudiera decirse para algunos es este libro, que fuera poco segura confianza pensar que podía hacerse para todos, porque no hay pluma que universalmente pueda satisfacer lo necesario, como ni ajustarse a la voluntad de todos ni atribuirse a natural humano que no ignore algo de lo que todos saben, en opinión de Séneca, porque, aunque Valerio alaba tanto a Georgio Leontino, que fue el primero que en público se puso a responder cuanto le quisiesen preguntar, dice San Jerónimo: «*Georgiam Leontinum cuncti Philosophi, et oratores lacerant, quod ausus sit. Publica sella possita polliceri responsurum se, de qua quisque, reinterrogare voluisset*», mayormente en nuestra España, que, como dijo Livio, «*Hispaniarum inquieta, auida que in res novas ingenia*», y a esta causa pudo decir con sentimiento Ovidio: «*Proh superi quantum mortalia pectora caecae. / Noctis habent*».

No todos los hombres en el saber pudieron ser iguales, porque los que no entienden la latinidad, que comúnmente llaman legos, aunque el buen discurso del que le llega a tener le hace capaz de la lectura, para gustar más d'ella que los otros de menos caudal no puede juzgarla con fundamento «*qui candorem lucis ignorat, etiam obscura pro lucis approbat*». De los que han estudiado no todos llegan a ser doctos, que como el sol no calienta a todos los que alumbra, así dice san Bernardo vienen a ser los que estudian. Antes algunos se empeoran, porque demás de no ayudalles el entendimiento, que es una de las dos partes de que se compone la sabiduría, «*sapientia, et intellectu, et scientia composita, quia erit circa haec, quae, et scientia, et intellectus*», conténta[n]se cansados de muy poco trabajo y se juzgan por hombres consumados y siempre se están hechos la

ignorancia misma, *«qui se putat scire nondum sapit quaemadmodum oporteat eum scire»*.

De los que saben más, hay muchos que deslucen sus ingenios con el espíritu contradictivo que tienen, a quien llamó Justo Lipsio *«scabies ingeniorum»* por lo que toca a la pasión del entendimiento, que presuntuosos suelen tener contagio que de ordinario padecen los que satisfechos de sus letras viven enamorados neciamente de sí mismos, *«Quibus nimium libet licitum, et apud eos, quod placet licet»*, y estos dos géneros de gente vienen a ser siempre los árbitros más severos de los ajenos trabajos, los que echan el fallo, *solam ex cervice*, los que no alcanzan que se les puede decir aquello de san Pablo *«qui alium doces, te ipsum non doces»*, y a quien podemos entender llamó san Gregorio soberbios, *«superbi non eorum vitam considerant, quibus se humiliando post ponam sed quibus superbiendo se praeferant»*. D' esta necia soberbia, que es la primera entre los vicios, les nace la invidia. *«Prior est inuitiis superbia, non enim imbidia parit superbiam, sed superbia imbidiam»*, y así no puede ser bueno su juicio, pues lo condena el grande Aurelio Casiodoro, *«quid quid ex imbidia dicitur veritas non putatur»*. Mal contentadizos, terrible gente parece que contra ellos y aún quien los consiente da voces el poeta: *«Quod genus hoc hominum, quae ve hanc tam barbara/feram permitit patria»*.

Hay otros que, ayudada la buena intención de la viveza de su naturaleza y letras, se aventajan a los demás y saben dar a entender lo que juzgan con verdad y sin pasión, que es propio del hombre docto: *«duo sunt opera sapientis, quorum unum est non mentiri alterum vero manifestare posse»*.

Estos y los legos pueden ser los «algunos» para quien se escribió este libro: los legos para que se diviertan con la dulzura del lenguaje del anacoreto Acrisio, héroe de la historia, y aprovechen de la moralidad que pudieren alcanzar de lo que le fuere inteligible, que será mucha. Los doctos, para que conserven la memoria de las sentencias y doctrina que entre los senos d' esta culebra volvieran a ver y obren lo que de nuevo hallaren, que es consejo de Sócrates *«quae quidem scis conserua, quae autem non dedicisti cape doctrinis»*, que no hay libro tan malo para el sabio, en opinión de Plineo, de que no pueda sacar algún provecho, y cuando en algo la censuren, prudente es la culebra, *«stote prudentes sicut serpentes»*, y lo tendrá por bien, *«vir prudens et disciplinatus non murmuravit correctus»*. A los ignorantes y a los caprichosos de espíritu contradictivo podrá servirle el título «Para Algunos» lo que aquel tan cuerdo aviso que tenía por frente el tan celebrado templo del dios de Apolo en Delfos, *nosce te ipsum*, para que se vuelvan atrás sin entrar en la lectura d' este libro, pues el título no les convida a otra cosa. Conténtense con esto, pues se le enseña lo que Tales Milesio, filósofo, dijo, que solo era dificultoso *«se ipsum agnoscere»*. Y tengan entendido que no quiere el autor su aprobación, que a Horacio los remite que le diga la causa. En tu nombre te prometo, lector de los *algunos*, *El sabio del Guijo*, que es una de las entretenidas leturas que de su género se han dado a la imprenta. En el entretanto te divertirán los encantos d' esta culebra de oro que aun hasta en verle el fin los has de experimentar si los comienzas, te aseguro, y que puedo decirte d' ellos lo que Estacio de los Eneidas: *«Nec tu diuinam Aeneida tenta,/sed longe sequere, et vestigia semper adora»*.

Y yo de mí, en este apologético discurso, lo que el glorioso Jerónimo de su carta a Nepociano, *«Nullum laesi, nullius nomen mea scriptura designatum est, neminem specialiter meus sermo pulsabit generaliter de vitijis disputatio est, qui mihi irasci voluerit ipse de se, quod talis sit confitebitur»*.

PRÓLOGO

No solamente los hebreos, instruidos por la divina ley, escondieron a la ignorancia vulgar la celestial sabiduría, pero también los egipcios, y después d' ellos los griegos lo usaron

también, poniendo debajo de figuras jeroglíficas, enigmas y fábulas, sus enseñanzas y doctrinas, y los unos ni los otros lo hacían tiranos del común bien, sino advirtiéndolo no ser decente poner las margaritas donde fuesen incultadas de aquellos que no supiesen hacer aprecio de su valor y dignidad, demás de no ser justa la confusión entre sabios y ignorantes, sino que entre estos hubiese debida prelación.

De aquí los egipcios adornaban sus templos y casas de jeroglíficos, a quien adelantándose los griegos, no solamente los templos y casas pero sus libros escribían con este escondido lenguaje, hablando en ellos por jeroglíficos, fábulas y enigmas, en los cuales leyendo los doctos, penetraban luego el alegórico sentido fertilizando sus ánimos en toda buena enseñanza, pero los vulgares contentábanse con lo ingenioso de la pintura sin pasar a lo interior de su significado.

Pintaban los egipcios (por dar algún ejemplo suyo) el escarabajo, por quien ellos (los sabios digo) entendían al sol. Porque, ¿Quién no sabe (hablo con los doctos) la conveniencia que entre sí tienen el monarca de los planetas y este vil insecto? ¿Quién no le ha visto revolver sus inmundas esferuelas caminando hacia atrás por la más recta línea que le es posible? ¿Y quién no ha entendido que el sol en su movimiento propio camina contra el ordinario de la octava esfera por la línea eclíptica? Y los vulgares saben que el escarabajo vive seis meses sobre la tierra y otros seis es subterráneo. El sol en la misma forma camina seis meses sobre la línea equinocial y los otros seis debajo d'ella, en respecto nuestro. El animalejo en su especie no tiene hembra, porque por sí mismo en aquellos seis globos fomenta y empolla sus hijuelos. El sol tampoco padece propiedad defectible como los demás planetas, por ser casi toda su virtud masculina y de todo punto perfecta. Pues por estas conveniencias no conocidas entre los demás animales (hablo de los que nos son familiares) los egipcios sabios, con sutil ingenio, simbólicamente entendieron el Sol.

En este jeroglífico admira el vulgo el linamento y simetría d'este animal y aquella viva acción con que revuelve sus esferas. Pero el sabio, luego que miraba la pintura, leía en ella las propiedades y calidades en el sol consideradas.

Manda Pitágoras que luego que se quite del fuego la ferviente olla, se borre aquel vestigio o señal que con su asiento en la ceniza dejó estampada, y que cuando el hombre salga de la cama, deshaga asimismo el hoyo que en ella estampó el cuerpo. ¿Quién creará que en cosas al parecer tan insulsas, aquel ingenioso espíritu descubriese tan morales enseñanzas? El vulgo no se mete en más especulaciones que igualar la ceniza y mullir la cama, contentándose con obedecer la costumbre recibida. Pero el sabio conoce luego que en estos dos preceptos quiso el filósofo enseñar que luego que nos apartamos del fervoroso ardor de la ira donde estuvo hirviendo nuestra pasión, cual la olla en el material fuego, no hemos de dejar algún vestigio ni señal de odio ni rencor contra el prójimo. Y semejantemente levantándonos de las delicias de la torpe lujuria, entendida por la mullida cama, no hemos de dejar memoria que nos despierte a volver a ella, desbaratando toda ocasión y reliquias del pecado.

Con semejantes invenciones consigue el docto inventor d'estos modos de enseñanza lo que dijo Horacio, que «*Omne tulit punctum, qui miscuit vtile dulci*».

Los santos, también con semejantes modos predicando y escribiendo, nos suelen hablar en este lenguaje amaestrando nuestro proceder en toda moral acción, ya asombrándonos en la soberbia del león, ira del oso, voracidad del lobo, astucias de la raposa y lujuria del animal, si más sabroso, más inmundo, o ya suavizándonos las virtudes con la simplicidad de la paloma, mansedumbre del cordero, continencia del castor y sabiduría o prudencia de la sierpe.

De aquí yo, no presumiendo de mi saber pero sí deseoso de no ser en el mundo segundo Acrisio (símbolo de la ociosidad y por eso transformado en peñasco) he pretendido,

fingiendo otro Acrisio, pintar un opuesto suyo no transformado en perezoso risco sino en culebra prudente, el cual nos represente en el teatro de la humana vida la ciencia del bien vivir.

Ama mi Acrisio a Olimpia, figura de la virtud y verdadera sabiduría, y cuando más encendido en este amor, persuadido de su madre (en quien entiendo la ley de la carne), deja a Olimpia y va a buscar riquezas. Halla en lugar d'estas a la culpa (representada en Silvia), la cual, ya que no le convence al efecto del pecado por medio de la complacencia de considerarse amado (que es la maga Corsina), le transforma en fiera, privándole de las acciones humanas; esto es, virtudes morales y hábitos virtuosos. En andar tanto tiempo privado del humano ser se supone el estado de la culpa, en quien David juzga al hombre «*sicut aecus, et mulus quibus non es intellectus*».

Los infortunios que en este tiempo padece es la correlación a los vicios (a quien aquellos suceden), pues en los deleites mismos que la culpa ministra (figuradas en las damas, a cuyo poder vino) hallo siempre pesares mayores. Las infestaciones de los terrestres animales significan que para volver a la virtud y perdida sabiduría se ha de trabajar corporalmente y remontarse también con el espíritu a la contemplación, significada en las águilas y cigüeñas de quien es arrebatado en alto.

La instantánea reformación suya mediante la sangre de Olimpia es la inspiración divina, que por puntos despierta nuestro descuido llamándonos a la virtud. Pero porque aún vivía la madre o la ley de la carne, con quien la virtud no siempre se compadece, Olimpia se retira d'él esquivándose a su conversación hasta que, muerta la madre, redarguyéndole con sus mismas culpas, él, penitente y confuso, reconociéndolas, y muertos los malos hábitos en Silvia y en sus padres y Corsina (que estos fueron significados en los varios y lúbricos pensamientos que tuvo de dejar a Olimpia y volverse a ellos) tibio ya en el amor d'ella, la cual depuestos tantos óbices y impedimentos, le recibe en su gracia y se desposa con él.

Y porque ya restituido a la gracia, de lo sensible se ha de pasar a lo espiritual, esto es, a la contemplación, conviene muera Olimpia, porque el amor de las cosas temporales en ella aquí imaginado impide este tránsito: desnúdase también de las riquezas, dejándoselas al mundo (que representa su hermano) dándose del todo a la contemplación (que es lo mismo la religión) a quien se dedica.

Por manera que yo, en esta alegoría, mirando a las manos a aquellos excelentes espíritus, he procurado el deleite en lo moral y alegórico para algunos doctos, y para algunos vulgares lo literal, porque ni a todos los doctos ni a todos los vulgares se puede satisfacer con singularidades, pues dijo el poeta: «*Trahit sua quemque voluptas*». Mayormente, quien tan poco surtida como yo tiene la oficina de su ingenio para poder dar a todos cartas. Y no se dedignen los doctos d'esta diversión, que tal vez los más elevados espíritus, agravados con el continuo estudio, necesitan alguna relajación, porque el trágico dijo que «*post multa virtus laxare solet*», y de aquí Lelio y Escipión se entretenían cogiendo conchuelas en la ribera del mar de Gaeta, Sócrates jugaba cañas con sus hijuelos en sus pueriles caballejos, y Augusto a los dados con los niños, y el Evangelista regalado se recreaba con una ave que en las manos tenía, porque el arco que siempre está tirado, lánguido y remiso despide la flecha; por lo que dijo Ovidio, que «*quod caret alterna requie durabile non est*», y Horacio «*est modus in rebus, sunt certi denique finis, / quos ultra, citraque nequit consistere rectum*». Pero ya veo que esto ha de ser dentro de discretos términos, porque en dando en los extremos sin tocar los medios, se encuentra con el vicio, como dijo Horacio, que «*dum vitant stulti vicia in contraria cvrrunt*».

Querría yo mucho cumplir con algo de lo que prometo, pero si mi corto ingenio no llegare a tanto, suplico a los benévolos lectores estimen de mi voluntad el haberlo pretendido, etcétera. Valete.